Selecta

VALERIA NAYA

# Alma

## Ciudad de tempestades

Selecta

VALERIA NAYA

# Alma

## Ciudad de tempestades

# Alma. Ciudad de tempestades

Serie Amor en la tormenta 1

*Valeria Naya*

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

# Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la Real Academia Española* siempre está disponible para consultas.

Para el amor de mi vida, Gustavo, que me ha acompañado caminando a mi lado, tomándome la mano en los momentos más difíciles, y que ha disfrutado conmigo los felices. Te amo, vos sos mi puerto seguro; mi lugar en el mundo está donde vos estés.

Para mis dos amores, mis hijos: Katerina y Alejo, que son mis motores en la vida. Los amo con todo mi ser. Ojalá nunca dejen de tener sueños y luchen por hacerlos realidad, mamá intenta darles ese ejemplo.

Para mis padres: Julio y Graciela, porque ustedes me dieron los primeros libros, me inculcaron este amor por la literatura, y porque soy de este modo gracias a sus enseñanzas. Los adoro.

Para cada una de mis amigas, que en algún momento me escucharon narrar y han disfrutado de aquellas historias; tanto me han insistido en que escribiera que aquí estamos. Espero estar a la altura de las expectativas. Gracias por su insistencia.

Para Florencia Bonelli, mi escritora de historias románticas, porque sus libros me devolvieron las ganas de leer, de manera febril, como cuando era adolescente. Pero, sobre todo, porque ella, con su simpleza y humildad, me devolvió las ganas y la confianza para hacer lo que siempre quise: escribir.

Mereces un amor que te quiera despeinada, con todo y las razones que te levantan de prisa, con todo y los demonios que no te dejan dormir.

Mereces un amor que te haga sentir segura, que pueda comerse al mundo si camina de tu mano, que sienta que tus abrazos van perfectos con su piel.

Mereces un amor que quiera bailar contigo, que visite el paraíso cada vez que mira tus ojos, y que no se aburra nunca de leer tus expresiones.

Mereces un amor que te escuche cuando cantas, que te apoye en tus ridículos, que respete que eres libre,

que te acompañe en tu vuelo,

que no le asuste caer.

Mereces un amor que se lleve las mentiras, que te traiga la ilusión, el café y la poesía.

Frida Kahlo

# Capítulo 1

Fragmento del Diario de Alma Recabarren

*Lunes 1º de abril de 2013*

*Fin de semana largo. Pascua. Demasiado junto. Mañana voy a almorzar con papá, Karen y su familia. Adoro ver a mi sobrina, pero mi hermana… uffffff. Ya sé que me va a preguntar lo de siempre: que si empecé a salir, que si estoy viendo a alguien, que tengo que continuar mi vida, etc., etc. Nadie entiende, nadie sabe que el corazón se rompió en mil pedazos, que después de perder a mi bebé, perdí la vida. Que Mariano se fue, que nunca me quiso, que nunca quiso a mi hijo, que siempre fue un egoísta. Demasiado, todo junto. Mi corazón no tiene arreglo ya, no siento nada ya. Nadie me hace sentir nada. La vida me pasa por las narices y se escapa, y yo, como una estatua que ve pasar delante suyo todo, y nada. Nadie me entiende realmente. Solo Lucas. Él sabe lo que es no sentir nada. Cuando falleció toda su familia en el accidente (su padre, su madre y su hermana), perdió la capacidad de sentir. Como yo.*

*Fue muy graciosa la forma en que nos conocimos. Todavía lo recuerdo y me muero de risa. ¿¿Ya lo escribí?? No creo. Sé que he mencionado a Lucas en varias páginas, pero no recuerdo si escribí sobre el día que nos conocimos («conocernos» es una manera de expresarlo, nunca nos vimos las caras, pero nuestras almas se conocen, definitivamente). Bueno, lo hago ahora que tengo ganas y así ya me queda plasmado para siempre en estas páginas. Entré, como cada noche (casi como un ritual, como hago todo*

*últimamente), al blog de literatura donde hablo durante horas de lo poco que aún siento que me gusta: la lectura, la literatura. Un blog donde funciona un club de lectura. Cada mes se propone un libro y tenemos cuatro encuentros mensuales por chat, donde cada uno hace su crítica literaria al texto designado para el mes. Los encuentros son los lunes. Ese lunes trabajábamos el libro Lo que dicen tus ojos, de Florencia Bonelli. Un texto que me había apasionado. La historia de Kamal y Francesca era hermosa. Discutimos varios temas que atraviesan el texto: política internacional, ecología, relaciones extramatrimoniales en los '60, el amor.*

*Ese día íbamos a debatir sobre el amor. ¿Francesca había estado enamorada de Aldo o solo lo quiso y conoció el amor con Kamal? ¿Uno debe hacer sacrificios por amor? ¿El amor exige sacrificios? La discusión se puso álgida. Había gente de diversos países de Latinoamérica y algunos españoles. Yo tecleaba a diestra y siniestra, muy metida en la pelea. Allí, todos hablábamos en español neutro, nadie debía utilizar regionalismos, dialectos. La idea era que fuese una comunidad virtual homogénea. Ni siquiera usábamos nuestros nombres, sino* nicknames. *Yo era «Artesana». De pronto surge en el margen inferior derecho un recuadro de conversación. Alguien del blog me pedía hablar en privado. Abrí la pestaña. Era «Conductor».*

*Busco la conversación y la copio porque no tiene desperdicio. Gracias a Dios que existe la opción de «copiar» y «pegar» en estos diarios virtuales… de lo contrario, reproducir el chat hubiera sido imposible. ¡Gracias Sr. Historial!*

*Hola, Artesana, mucho gusto.*

*No hablaba en privado con nadie, siempre me mantenía escondida en el anonimato del montón de gente que participaba en ese grupo. Nunca me gustó resaltar en nada. Odio ser centro de atención. La vergüenza me mata. Esa noche ya me había aburrido. Estaba por despedirme cuando Conductor me acababa de escribir. Resolví que, solo por ese día, iba a hacer algo distinto. No huir. Decidida, tecleé en la pestaña.*

> *Hola, Conductor, ¡el gusto es mío! Estaba a punto de irme del blog. Hoy me han cansado con frases muy estúpidas, y justo me aparece tu diálogo privado y me dije: veamos qué tiene para decir.*

*Uy, demasiada presión me has puesto, chiquilla!!! Jajajaja.*

*Naaaaaa, es broma!!!! Cómo estás tú, amigo?*

*Ya era casi natural hablar de «tú» en el blog. No me costaba, solo en la conjugación de algunos verbos que debía pensar dos veces antes de escribir.*

*Bien! Gracias por preguntar! Me atreví a escribirte en privado porque has anotado unas cuantas frases que he leído y me identificaron. Quisiera conocerte un poquito más, si eso es posible…*

*Claro que sí. Es posible. Cuáles fueron esas frases que tanto han llamado tu atención???*

*Cuando dijiste por ejemplo: "El amor merece de nuestros sacrificios", "Si no hay sacrificio, no hay amor verdadero", "El amor puede salvar muchos escollos", "Lo que no se puede arreglar es la falta de amor o un amor egoísta, o un amor tibio", "El amor es puro fuego que debe mantenerse muy alimentado para que no vaya apagándose". Me pregunté: ¿qué clase de amor ha vivenciado y qué clase de sacrificio ha tenido que hacer?*

*Ups, directo al punto. Conductor había dado en el blanco de mi dolor. Durante una hora hablamos y le conté, sin demasiados detalles, todo lo que había sufrido tres años antes con Mariano. El dolor de la pérdida. No le hablé de mi depresión, de la medicación, los psiquiatras, mi familia mirándome como potencial suicida, etc. Solo los hechos más importantes.*

*Él hizo lo propio. Es increíble cómo un espacio virtual, un ambiente de intimidad logrado sin estar presente, posibilita abrirse a un desconocido. Conductor me confesó su dolor, la pérdida de su familia, sus meses de internación para recuperarse de las heridas, las operaciones a las que tuvo que ser sometido, e incluso se animó a contarme que había intentado suicidarse una vez, al año de su accidente. Dos horas más tarde seguíamos hablando. Bah, escribiendo. Solo veía sus letras. No había audio ni imagen. En ese momento, de la nada se despidió.*

*Artesana, debo marcharme. No puedo seguir hablando contigo. Si continúo aquí, terminaré sufriendo,*

*si eso es posible para un corazón que hace mucho no funciona correctamente.*

*Qué pasa, Conductor? No entiendo. Creí que ambos estábamos a gusto hablando de cosas que no hemos hablado con nadie más en este espacio. Te he insultado o molestado de alguna manera??? Si así fue, te pido disculpas.*

*No, Artesana, no me has insultado, por el contrario. Tus palabras, tu forma de ver la vida, tu sufrimiento. Todo me acerca demasiado a ti. Demasiado… No tengo protección contra ti. Los demás no me han tocado el alma. Pero tú… eres especial. Me entiendes como nadie porque has vivido algo similar, un dolor igual de grande que el mío. Y yo te entiendo del mismo modo. Esto no nos hará bien a ninguno, estoy seguro. Sobre todo, porque estamos en diferentes lados del planeta, seguro.*

*Al otro lado del planeta???? No entiendo. Qué tiene que ver eso? Además, tú no sabes dónde estoy ni yo sé dónde estás.*

*Artesana, me gustas. Hace años que nadie me interesa. Tengo el corazón dormido. Pero tú lo has despertado con tus palabras. Estoy seguro de que no estamos ni remotamente cerca. Eso me temo…*

*Pará, pará… Exceso de información que no puedo procesar de manera tan rápida… Vos me decís que yo te gusto???? Pero si ni siquiera sabés mi verdadero nombre!!!*

*Cuando leí, luego de poner Enviar, me percaté del cambio en mi neutro: lo abandoné por completo y marqué mi nacionalidad claramente. Cerré los ojos, arrepentida. Esto traería cola…*

*Conductor no respondía. Yo leía: «Conductor está escribiendo», pero nada salía. Luego de unos minutos interminables, apareció en mi pantalla:*

*Vos? Vos? Pusiste vos????? Pusiste "sabés"???? Sos argentina!!!! O uruguaya????*

*Dudé unos minutos, ¿debía responder con la verdad? Perdería el anonimato si… De saber mi nacionalidad a que me pregunte mi identidad era un pequeño y natural paso… Pero la curiosidad de saber también de él me hizo responder.*

*Soy argentina, vos también???*

*No te puedo creer que hace dos horas y media que hablamos como dos boludos en neutro y somos argentinos!!!!! Jajajajaja. Qué par de pelotudos!!!!!*

*Jajajaja, sí!!!!*

*Ya esperaba la pregunta fatídica…*

*Y de dónde sos??? Yo estoy en Neuquén, en Plottier exactamente. Decime que estás cerca de mí!*

*Respiré con alivio. Su ciudad y la mía no estaban cerca.*

*Mmm… nop. No estoy muy cerca. Vivo en La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires.*

*Sí, la conozco. Mi hermana estudiaba allí Medicina, hasta que vino por las vacaciones, donde ocurrió el accidente. Ubico la zona. Estamos lejos, pero al menos en el mismo país.*

*Pasaron varios meses ya de esa conversación (seis para ser exactos) y aún no tengo claro qué siento por Lucas. Nos hicimos muy cercanos, hemos hablado cotidianamente. Durante el día, nos enviamos SMS. Por las noches, nos conectamos por Facebook, tipo 22. Escribimos durante una o dos horas de lo que nos pasó en la jornada. Es una rutina. Realmente es parte activa en mi vida. Es como si fuéramos amigos desde siempre. Pero vengo haciendo esfuerzos para evitar lo que él quiere llevar a cabo: un encuentro real, fuera de las computadoras. Por ahora, el trabajo de Lucas y mis ocupaciones nos lo han impedido. De todos modos, sé que en algún momento Lucas sacará vacaciones en la empresa de comunicaciones donde trabaja y me dirá que viene a verme (si logra superar su fobia).*

*Aún no tengo claro qué siento por él. Y esto me asusta. Tengo la*

*sensación de que él puede entenderme como nadie, me cae muy bien, lo quiero. Pero no estoy segura de estar enamorada. Y la duda no hace otra cosa que confirmarme que no puede ser «esa clase de amor», «amor de pareja». No quiero lastimarlo, no quiero ser otra herida en su marcado cuerpo. Por eso sigo pateando el encuentro para adelante… Hoy, antes de terminar nuestra charla virtual, me dijo que cargara en mi celular un nuevo programa que nos permitiría ahorrar plata. «Usando WhatsApp enviás mensajes, fotos, audios y solo gastás el paquete de datos». ¡¡¡Lo comentó con una facilidad!!! ¡¡¡Y yo que no entiendo ni jota de tecnología!!!! Nos despedimos como cada noche con la promesa de seguir la charla durante el día. Hoy no entré en el blog. No tengo ganas de discutir ni sostener mis ideas. Una debe saber cuándo pelear sus batallas…*

*Mejor me voy a dormir, mañana debo ir a comer con mi familia, temprano, así ayudo a papá con el menú. A pesar de que hace grandes esfuerzos por ser un chef gourmet, ¡¡¡hay mezclas que no me gustan nada!!!!*

Adivinaba que se trataba de un sueño, lo intuía. Pero todo se sentía muy real, demasiado real. Miró a ambos lados. Estaba en su habitación, sin lugar a dudas. Había relámpagos y truenos, una cortina espesa de lluvia nublaba la visión a través de los vidrios de la gran ventana que se encontraba frente a los pies de la cama (y que daba al patio interior del pequeño departamento). Estaba acostada, desnuda y boca arriba. En la fugaz luz de un relámpago, alcanzó a divisar un cuerpo masculino que se acercaba, también él desnudo…

Era extraño, reflexionó en medio del sueño, nunca soñaba con hombres, y menos, desnudos. Contrariamente a lo que hubiera imaginado, no sentía miedo, no pensaba en ese cuerpo como alguien intruso que quería poseerla por la fuerza. Se sentía anhelante, deseosa, impaciente. La anticipación la hacía retorcer, contornear sobre las sábanas. Un hormigueo le recorría el cuerpo y no podía mantenerse quieta. No escuchó su voz, pero entendió perfectamente lo que su mirada le indicaba. Se acercó, tomó su muñeca derecha y la miró. No pudo ver sus ojos con claridad, pero el brillo que adivinó en ellos la tranquilizó, debía confiar en él y, extrañamente, lo hacía. La agarró con decisión y la ató, con un pañuelo de seda, a uno de los barrotes de la cabecera de la cama. Cuando asió la otra y cruzó su cuerpo por encima de ella, logró olfatear su perfume: un aroma masculino que le generaba puntadas tan abajo en el vientre como nunca creyó que una

fragancia podría hacerle sentir.

En medio de las sensaciones intensas y confusas, pudo razonar que definitivamente era un sueño extraño. Nunca soñaba con perfumes ni aromas, sin embargo, se sentía demasiado real. «Solo las pesadillas, que me han acompañado mucho tiempo, han tenido tal grado de verosimilitud, y las erradiqué con mucha medicación y terapia». Ese hombre la invadía lentamente; primero, su fragancia; luego, sus manos. Moría por sentir su cuerpo invadiendo el suyo. Pensarlo le produjo otra puntada en la vagina. Estaba mojada y anhelante. Ese espacio de su anatomía había permanecido dormido demasiado tiempo. Por eso era extraño soñar y sentir todo tan real. Despertó de su letargo. Estaba excitada, sus células tenían vida propia, no podía evitar refregarse contra la rodilla de él mientras el desconocido terminaba su tarea de atar la muñeca izquierda a la cabecera. Se acercó a su oído y susurró:

—Ahora eres mía, toda mía, de nadie más… solo para mí… Quiero que goces tanto, Alma. Tanto como nunca antes te hicieron gozar. Quiero ser el que te devuelva a la vida.

El desconocido comenzó un lento camino con la punta de su lengua. Tocó su oreja (pero sin entrar en ella). Era como si adivinara sus gustos. Los hombres siempre intentaron meter sus lenguas en la oreja, como si eso la excitara, y era exactamente lo contrario. Él parecía entenderlo, solo un toque leve por el pabellón de la oreja; le produjo un escalofrío sentir esa lengua húmeda y caliente. Sintió su respiración, el sonido y el aire que salió acariciando la piel de su cara. Eso la estremeció. La besó, mordisqueó y lamió su cuello. Y siguió bajando con pequeños mordiscos. Todo su cuerpo estaba estremecido con esos leves contactos. Sus pezones estaban endurecidos, de un modo casi inhumano. No podía hablar, no salían palabras, solo gemidos ante cada roce. Cuando esa lengua experta ya había rozado el primer pezón, una descarga eléctrica atravesó cada centímetro de su cuerpo y el terremoto hizo epicentro en su vagina, donde tanta excitación estaba produciendo una inundación. El hábil amante apoyó las yemas de los dedos en el cuello y comenzó a bajar lentamente, siguiendo el camino que había hecho su boca. Tenía las palmas abiertas, apenas la rozaba. Sus dientes mordisqueaban los pezones y sus dedos tocaban las zonas humedecidas por su lengua. Cuando sus manos llegaron al mismo puerto, comenzó el lento y exquisito juego de pellizcar los pezones. Su boca migró más abajo en la geografía corporal, dejando un camino húmedo de saliva. Pasó por abdominales, ombligo, vientre. Combinó besos, mordiscos y lengua.

Sintió crecer en su interior la sensación (olvidada ya) del orgasmo.

No podía emitir palabras. Su cuerpo, cada una de las fibras que lo conformaban, tenía vida propia, y el más mínimo roce despertaba mil sensaciones en cada centímetro de piel. Quería más, deseaba más placer. Se había despertado y buscaba su propio goce. Se arqueaba y acercaba la vagina aún más a la boca enfebrecida del desconocido. Buscaba que tocara el centro del placer. Y así fue. La lengua finalmente llegó a destino. Comenzó a lamer el clítoris inflamado, y no pudo refrenar sus gemidos. Él recorría los labios exteriores e interiores, abriéndose paso. Luego, con la punta, refregaba el clítoris, haciendo que se hinchara aún más. Lo tomaba y lo succionaba, después lo acariciaba. Una alternancia que estaba enloqueciéndola: mordiscos suaves, succión y lamidas. Sus dedos continuaban la tarea de pellizcar los dos pezones al mismo tiempo. Sintió crecer la explosión: calor, combustión, luz, vibración, temblor interno… Cuando el amante entendió que el orgasmo se estaba avecinando, en un hábil movimiento, se posó en las rodillas y apuntó su pene erecto a su vagina húmeda. La penetró de una sola estocada. En cuanto se sintió colmada, el orgasmo la invadió de una manera tan salvaje como había sido su penetración.

Un grito increíble, así como increíble fue su éxtasis, la despertó. Se sentó sobre la cama aún temblando por el orgasmo del sueño y que replicó en ese solitario lecho. Miró hacia la ventana. No llovía. Prendió la luz del velador. Estaba sola, como cada noche desde hacía mucho tiempo. Miró su tanga y comprobó que el orgasmo había sido real. «¿Cómo puede ser que se haya sentido real? ¿Cómo pudo ser un sueño y llegar al éxtasis sin siquiera tocarme?». Aún estaba agitada. «¿Qué ha producido ese sueño? ¿Demasiado tiempo sin sexo? ¿La conversación de la noche con Lucas acerca de lo que extrañamos estar en pareja?». No lo sabía… No podía dejar de pensar en ese hombre. Nunca le llegó a ver el rostro, solo el brillo de sus ojos y una mirada que le decía: «Confiá en mí». «¿Lo conozco? ¿Lo vi en algún momento y lo guardé en mi subconsciente? Debo encontrar a ese hombre para repetir lo que viví en el sueño. Pero… ¿qué estoy pensando? ¿¿Busco a un desconocido para decirle que haga lo que yo misma creé en mi imaginación?? Sin dudas, estoy loca. El orgasmo ha enloquecido mi cerebro. ¡Dios!». Nunca la habían desquiciado de esa manera. Con nadie había disfrutado tanto el sexo. Nunca, en su vida, un hombre había descubierto cada acción que la llevara, en picada, al orgasmo más salvaje… Estaba enloqueciendo. «¿De qué hombre hablo? Es una invención de mi cabeza y supo con exactitud qué hacer porque mi cerebro se lo indicó».

Se levantó y fue al baño mientras seguía analizando («Demasiado

análisis, Alma», le habría indicado Mirta, su psicoanalista). Se lavó los restos visibles, tomó un vaso con agua, aunque tenía más claro que nunca que otro tipo de sed la invadía, y se propuso retomar el sueño. Quería devolverle al desconocido la amabilidad (y ver si así repetía las sensaciones corporales). Miró el reloj despertador: 3 a.m. Se acomodó en su almohada y buscó relajarse. El cuerpo recuperó sus sensaciones, aquellas que había perdido de manera momentánea; luego del orgasmo, lo había sentido tembloroso como gelatina.

Casi no se dio cuenta de en qué momento se durmió. No volvió al sueño deseado. Se despertó, como cada mañana, con la sensación de que se había acostado hacía solo unos minutos. No recordaba nada de sus sueños posteriores. Miró el reloj. Eran las 9 a.m. Debía desayunar, bañarse e irse a casa de su padre. «Martes feriado. Día aburrido». Solo la alegraba encontrarse con Karen, su sobrina, su padre y sus abuelos. Preparó el café con leche que tomaba cada día al despertar. Era adicta a esa infusión. Armó sus dos tostadas con queso blanco y mermelada de naranjas (siempre meticulosa con lo que comía). Era una delicia simple que le alegraba cada mañana. Mientras sorbía su infusión caliente, envolviendo la taza con ambas manos, volvió sobre el sueño.

Desde que Mariano la había dejado, no había vuelto a tener relaciones con nadie, y desde que había perdido el embarazo, nadie tocó ese lugar de su cuerpo; solo los médicos, para sacar los restos del embarazo que habían quedado en su vientre tras el aborto natural. Ya habían pasado tres años desde aquel día. Sus ojos se humedecieron al recordar, de nuevo, esa experiencia. «¡Qué increíble!». Su psicoanalista y ella habían hablado tantas veces de lo acontecido en ese diciembre fatídico donde perdió un bebé y sus ganas de vivir. Hablaban de ese dolor, de lo que significaba, de la posibilidad de gestar otros hijos. Alma creía que tenía asumido todo el asunto, que todo estaba hablado, que casi no la afectaba. Sin embargo, allí estaba una vez más. Recordando y llorando por la muerte de su bebé. Se secó las lágrimas en cuanto se percató de que caían sobre el mantel. Volvió a sorber el café, su calor la reconfortaba.

Cambió el hilo de sus pensamientos. Volvió sobre el hombre del sueño. Ni siquiera en sus mejores noches de sexo con Mariano había sentido lo que había logrado con aquel hombre. Tenía que existir alguien que la hiciera vibrar de ese modo, solo debía encontrarlo. Y ese era su problema, no quería salir a buscar a nadie. Estaba desencantada y enojada con los hombres… «Mariano», otra vez pensó en él. Su tristeza se fue trocando en enojo, en ira. La había dejado, la abandonó a pesar de aclarar que la amaba. «¿Qué clase de amor era ese?».

Un bebé no estaba en sus planes, en los de ninguno de los dos, pero sobre todo en los de Mariano. Su vida híper organizada, planeada hasta el último detalle, tenía una meta. Debía estudiar Ingeniería en La Plata, recibirse y luego volver a su Comodoro Rivadavia natal, donde su padre tenía apalabrado un buen puesto en YPF. No podía cargar con una esposa y un hijo. No aún. No hasta haberse establecido. Alma recordaba con claridad la última conversación, cuando sus destinos se separaron. Mientras lo hacía, apretaba el puño izquierdo, clavándose las uñas en la palma. No sentía el dolor. Solo la furia contenida al recordar las palabras cobardes de Mariano.

*—Alma, entendeme, no puedo cargar ahora con una familia. Tengo que ponerle sacrificio ahora que puedo. Soy joven y tengo la posibilidad de agarrar un buen laburo, pero tiene que ser full-time. Eso me exigen. Tengo mi título y me necesitan, pero esas son las condiciones. Entendeme. Yo te amo, Almita. Pero ahora no es el momento.*

*Alma miraba el piso. No hablaba. Solo caían lágrimas silenciosas, rodaban por las mejillas e iban directamente al suelo. La vista baja. Las pestañas casi infantiles ocultaban el origen de ese silencioso río de pena.*

*—¿Me entendés? ¿Me escuchás? Yo te amo, pero no podemos seguir con esto justo AHORA. Si querés hablo con mis viejos, les pido un préstamo y te lo sacamos. Y terminado el tema. Nadie tiene que saber nada. Cuando yo esté establecido en Comodoro, cuando tenga un departamento, te mando a buscar y te venís a vivir conmigo. Cuando estemos más tranquilos, dentro de unos años, buscamos otro bebé, ¿qué te parece? ¿¿Eh??*

*Alma levantó la cabeza lentamente, Mariano creyó que la había convencido, pero cuando ella posicionó su mirada en la de él, entendió que algo se había roto en ella. Su mirada era otra, fría, dolorida.*

*—Andate —contestó Alma con una dureza en la voz y en el gesto que Mariano nunca le había escuchado ni visto.*

*—Pero… —intentó decir Mariano, aún no queriendo entender.*

*—Andateeeeeeee, andate de mi casa, andate a Comodoro, andate de mi vida, andate a la mierdaaaaaaaa —había elevado el tono y se la notaba ofuscada—. Pero andate adonde carajo se te ocurra. ¡¡¡¡Egoísta!!!! Sos un egoísta de mierda. Sos una porquería de persona, no entiendo cómo pude amarte. No puedo creer que estuve tanto tiempo ciega y no vi la mierda de persona que sos. Te importa tu vida, tu carrera, tu persona. Los demás somos títeres que entran y salen de escena a tu antojo, ¿no es así?*

*Bueno, se terminó. En el momento en el que no pudiste hablar de nuestro hijo como un ser humano, en el momento en el que me dijiste que «me saque» de las entrañas un hijo, Mariano, me perdiste. Me perdiste, pero para siempre. No hay vuelta atrás.*

*—Pero, Alma…, yo te amo, es solo que ahora no es el momento. Dame uno o dos años y entonces…*

*—¿Qué pensás? ¿Creés que un hijo es una pizza por encargue? —dijo, e hizo la seña con la mano como si estuviera hablando por teléfono—. Hola sí, quiero un hijo en dos años, póngale todo lo necesario y vaya hornéandolo. Pero, ojo, no me lo traiga hasta que yo le avise, en dos años. —Clavó sus ojos en los de Mariano—. Es un ser humano que ya está adentro mío. Me importa una mierda cagarte los planes. Y el solo hecho de que me pidas hacerme un aborto me confirma que no me conocés ni un poco.*

*Alma se levantó; con su mirada endurecida, con un gesto distinto al dulce que siempre caracterizaba su rostro, se dirigió a la puerta, la abrió y lo miró.*

*—Chau, Mariano, andate con tu vida planificada y tus pelotudeces a otra parte. Te fuiste hace cinco minutos de mi vida. Que tu cuerpo haga lo mismo que hizo tu boca. Si en tres años de noviazgo nunca pudiste entender qué tipo de persona soy, no puedo explicártelo en los últimos dos minutos de esta relación. Te vas. Y no me busques.*

*Mariano entendió la verdad en sus palabras, lo vio plasmado en esos ojos verdes endurecidos que tenía delante, llenos de lágrimas aún. Pero esos ya no eran los de su Alma. Algo se había roto dentro de ella, y lo había hecho él.*

*—Alma, ¿podrías pensarlo un poco más? Mañana me voy en avión a Comodoro. En unos días te llamo y volvemos a hablar de eso, ¿te parece? —esbozó con esperanza.*

*—No.*

*Alma buscó un pañuelo desechable del dispensador que siempre tenía en el aparador de la cocina. Se limpió los ojos, los surcos que habían dejado las lágrimas, se sonó la nariz. Esa era la última vez que ese imbécil la vería en su vida. No podía dejarle el recuerdo de una mujer débil y llorosa. Debía recordarla con la dureza de su voz, con la decisión de sus ojos. En un tono más compuesto, más serio, agregó:*

*—Hasta acá llegué, Mariano. Me destrozaste. No me llames, no me busques. Estoy muerta para vos. Mi hijo y yo lo estamos. Quedate tranquilo que nunca te voy a contactar para que me pases nada de mantenimiento ni esas cuestiones legales. Mi hijo es solo mío, y mi vida será para él. Por favor, salí ahora.*

*Mariano supo que ya nada había para hacer o decir. Su mirada, sus*

*palabras eran contundentes. Conocía en algo a Alma, sabía que era terminante en sus decisiones. Creyó que debía dejarla pensar un tiempo largo y luego volver, intentar contactarla, convencerla. Se levantó de la silla y se fue de manera lenta, con la misma lentitud con que hacía todo en la vida.*

Un poco más de tres años habían pasado desde esa noche. El hecho de que ya no recordara con exactitud cuántos meses, además de los tres años, le marcaban que estaba superando a Mariano y a su huida cobarde. Volvió al presente. «Hoy tengo que llamar a Pato y a Amanda cuando regrese de la casa de mi viejo, debo contarles lo del sueño. Este va a ser tema de risas y de cargadas durante un largo tiempo. Es como si ya escuchara lo que ellas mismas me van a decir: "Alma, dejate de jorobar, tenés que volver a vivir, tenés que volver a sentir. Vos no te moriste aquel día, no te niegues a vivir. Si Dios te dejó viva, es por algo, no para que te conviertas en esto que sos ahora"». Amanda se lo repetía cada vez que la veía, era la más insistente: «Chau, amiga, no te olvides de vivir. Dejá de ser esta zombi para volver a ser mi amiga, la que irradiaba vida y alegría». Alma la abrazaba con fuerza, sabía que Amanda la quería mucho, que hubiera ido al infierno a rescatarla y traerla a la vida. Ella y Pato eran las dos que habían estado con Alma cuando murió su madre, cuando se fue Mariano y cuando entendió que algo malo estaba sucediéndole a su bebé. Las había llamado y ambas corrieron a socorrerla. La llevaron a Urgencias y se quedaron ahí todo el tiempo que estuvo internada. Ellas habían hablado con su familia, con sus médicos. Eran su barrera de contención. Alma recordaba la época de la Clínica como una nebulosa, nada era claro, ni las imágenes ni los sonidos.

Amanda, Pato y Alma se habían conocido en la Facultad de Humanidades, cuando las tres estudiaban el Profesorado en Letras. Alma nunca se recibió. La muerte de su madre la había hecho abandonar, a pesar de que solo le faltaran dos materias. La agonía de su madre por el cáncer y su posterior desaparición la llevaron a un límite. No podía terminar la carrera que su madre le había ayudado a elegir. Siguieron su amistad. Amanda y Pato sí la habían concluido. Pato estaba preparando su boda, se casaría en seis meses con Martín, su novio desde hacía ocho años. Amanda, por su lado, seguía siendo una mujer aventurera que se salía de todos los moldes. Había sido amada (tal y como su nombre le auguraba) por todos los hombres que

se cruzaron en su camino, pero ninguno había logrado conquistarla, excepto el único que no debía. Nadie logró sobrevivir en su vida más de lo que duró el enamoramiento inicial, a no ser por el hombre que la había lastimado. A partir de su recuperación, nació la nueva Amanda. Una mujer que pasaba de una relación a otra, dejando corazones partidos por doquier. Pero ella seguía fiel a su premisa en la vida, ser amada, es decir, ser objeto pasivo de la acción de otros.

«Nos divertimos hasta que se enamora de verdad, de ese amor que necesita compromiso y fidelidad. Yo no puedo dejar a tantos hombres futuros sin la alegría de conocerme y tenerme aunque sea por un ratito, ¿entendés?», bromeaba cada vez que Alma y Pato la acorralaban por su falta de compromiso en sus relaciones. No había encontrado nuevamente el hombre que la enamorara. En realidad, no se lo había permitido.

Amanda había quedado muy enojada con Mariano por el abandono. Alma era una sombra y lo culpaba a él. Así que, cuando supo que el bebé de Alma ya no vendría a este mundo, le mandó el único mail que le envió en su vida a Mariano. El primero y el último.

*DE: amandavaldez@yahoo.com.ar*
*PARA: marianourrutia@hotmail.com*
*ASUNTO: Noticias importantes sobre Alma*

*Hola, aunque no te merecés una mierda, cumplo en avisarte que el bebé que esperaba Alma falleció. Ella está bien, su cuerpo se recupera, por suerte. Psicológicamente no está tan bien, muy deprimida, aunque sigue teniendo en claro que lo mejor que podés hacer es seguir viviendo tu vida. Ni siquiera sabe que te estoy contando esto. No quiere verte ni saber de vos. Creí que correspondía avisarte que ese bebé, que tanto te preocupaba en tu vida, no llegó a vivir. Murió a las veinte semanas de gestación y era un varón.*

*Ni se te ocurra venir a consolarla o a querer convencerla de nada. La primera en darte la piña voy a ser yo, y luego me van a seguir Pato, Martín, y toda la familia de Alma. Todos te detestamos. No llames ni vuelvas.*

*Ahora seguí tranquilo tu camino, no hay lastres que no te permitan cumplir con ese plan que te armaste. Chau. Buena vida.*

*Amanda*

Mariano nunca respondió el *mail,* pero Amanda, adicta a la tecnología, sabía (gracias a un programa) que había sido leído. Esperó casi un año para contarle a Alma que había enviado la misiva y lo que

había escrito en ella.

La pérdida del bebé se había llevado la alegría y las ganas de vivir de Alma. Durante meses se convirtió en un fantasma. Lentamente comenzó a recuperarse con el cuidado de sus amigas y de toda su familia. Alma se había negado a dejar su pequeña casa, no quiso mudarse con su padre como él le había propuesto. Así que Jorge, su padre, la buscaba en su automóvil y la llevaba a tomar la merienda en su casa, con los abuelos. La esperaban, cada tarde, con un café con leche que le iba cicatrizando el alma, y unas tortas que las abuelas se turnaban en cocinar. El domingo se les juntaba su hermana Karen con su esposo Guillermo y su hija Lola. Todos se reunían esos días para almorzar y pasar la tarde. Alma tenía una relación muy especial con su sobrina. Lola era todo un personaje. Un angelito con cara pícara que, a veces, decía cosas que terminaban asombrando a más de uno. Así lo demostró la primera vez que todos se juntaron luego de la pérdida de Alma.

*—¡Hola, mamina! —le gritó con alegría desde la puerta, cuando la divisó sentada en la silla mecedora.*

*Corrió a abrazarla e intentó treparse a su regazo. Todos fueron a bajarla y a explicarle que la mamina (como ella la llamó desde el primer día que supo pronunciar una palabra) no podía tenerla en su regazo por un tiempo, porque le habían arreglado la pancita y no podía hacer fuerza. La miró con cara de que estaba por decir algo serio, pero su rostro nunca dejó de mostrar esa sonrisa tan característica de Lola.*

*—Mamina, ¿estás bien? —preguntó mientras se agarraba de su cintura y la abrazaba fuerte.*

*—Bien, Lolita, la mamina está mejor. —Alma había intentado no llorar delante de la nena, pero las lágrimas amenazaban con caer sin control. Tomó aire y se contuvo.*

*Lola la miraba, la abrazaba, le apoyó la oreja en el vientre y dijo:*

*—La nona lo está cuidando, ¿sabés?, quedate tranquila, mamina. ¿Te acordás que la nona hacía unos ñoquis muy ricos? Bueno, anoche, la nona me dijo en mi sueño que ella estaba cuidando a tu porotito y que le iba a hacer unos ñoquis muy ricos. Así que no te preocupes.*

*Todos se quedaron escuchando como atontados. Lola no les dio tiempo a ninguno de callarla. Cuando terminó de decir eso, Karen la tomó de un bracito.*

*—Vamos, Loli, vení, vamos a ver la tele, que ya empezó Angelina Bailarina.*

*Comenzaron a moverse, incómodos, a ordenar cosas que no necesitaban ser ordenadas. Alma estaba congelada. Impactada. Su madre siempre había llamado a los embarazos incipientes «porotitos», y ella había*

*muerto cuando Lola no tenía más que un año. Un manto de tranquilidad la cubrió. Su madre cuidaba a su bebé. Un poco de tristeza la abandonó ese día. Lola era un ser mágico, sin lugar a dudas.*

Dejó la taza del desayuno en la pileta y comenzó los preparativos para ir al almuerzo.

# Capítulo 2

Continuó con los preparativos para ir a almorzar con su familia. Se vistió con sus *jeans* azules y una remera verde de manga corta. Aún no empezaban los días de frío. Por las dudas llevaría el piloto, se venía una tormenta que estaba oscureciendo el cielo. Se ató las zapatillas y, al levantarse, se vio en el espejo del costado de su cama. Su rostro seguía siendo el de la mujer de veintinueve años que encontraba cada mañana, pero su mirada había cambiado. Se acercó para ver en detalle. Le faltaba la chispa que había tenido en otra época. Mantenía una silueta armónica, no era la clásica esquelética de moda en esos tiempos. Tenía 1,70 metros de altura y eso significaba un cuerpo que tuviera las curvas necesarias para sostener esa estructura. Su cabello marrón rojizo caía sobre sus hombros, lacio. Era una mujer atractiva, aunque hacía tiempo que había perdido el interés en los hombres; se sentía asexuada desde la pérdida del embarazo. No había extrañado el cuerpo de un hombre durante mucho tiempo, hasta la noche anterior, hasta el sueño. Recordaba la necesidad, la excitación que ese desconocido le había hecho vivir. Mientras recordaba, comenzó a sentir de nuevo la humedad que evidencia la excitación. Definitivamente algo había vuelto a funcionar aquella noche y ella no tenía la clave para detenerlo.

Preparó el horno de vitrofusión con las piezas que debía cocer ese día. El trabajo con vidrio había comenzado como una terapia alternativa, cuando la depresión por la muerte de su madre la alejó del mundo. En la actualidad era su trabajo, una artesana del vidrio. Realizaba piezas de joyería y artículos de decoración de una calidad y delicadeza sorprendentes. Programó el horno para hacer las mesetas

de calor que necesitaban esas fuentes que debía terminar, y salió apurada. Llegó a la casa paterna, donde la comida la esperaba. Ese día, Jorge le había cedido el honor de la cocina a la «amona» (así llamaban a la abuela, usando el vasco). Dorleta había cocinado su especialidad: merluza con salsa verde, un plato vasco clásico que llevaba merluza, almejas, langostinos, espárragos, arvejas y perejil. La amona Dorleta nunca le había dado su receta a nadie, pero cada uno de la familia había ido descubriendo los ingredientes poco a poco. El proceso de guisado seguía siendo un secreto. Mientras almorzaban, empezó a llover. Con una insistencia y abundancia preocupantes. Alma recordó el sueño de la noche anterior, la cortina de lluvia que enmarcaba la ventana de su habitación cuando el hombre la trasladaba a otro mundo con su boca. Luego del postre, una torta de chocolate exquisita hecha por Karen, Alma y Lola se sentaron a ver una película, juntas. Cuando Lola se durmió sobre su tía, Karen la llevó a la cama del abuelo Jorge. Alma decidió irse a eso de las ocho de la noche. Desde el *living* de su padre podía ver la calle. Oscurecía. La casa se encontraba ubicada atrás en el terreno. Mucho más arriba que el nivel de la calle. La de sus abuelos paternos estaba detrás, unos metros después del patio que ambas viviendas compartían. El agua empezaba a acumularse en la vereda. Ya no se veía el cordón ni la calle. El líquido, empujado por los automóviles que aún intentaban pasar, armaba olas que llegaban hasta la reja. Alma se levantó del sillón, se puso el piloto y comenzó a despedirse.

—¿*É prudente irte, Bimba*? —Las palabras de la nona Donatella salían con una mezcla de pregunta y aseveración. Forma típica de hablar, propia de ella.

—Sí, nona, no te preocupes. Cuando llueve así, me gusta estar en mi hogar. Karen, ¿vos te llevás a la nona a tu casa? Si acá está lleno de agua, en Berisso debe de estar peor. Que se quede con vos, ¿no?

—Sí, Almita, quedate tranqui. La nona se viene con nosotros y mañana la llevo a su casa. ¿Vos te vas caminando? ¡Te vas a empapar! Esperá, que Guille te lleva.

—No, no. Que se quede. Yo estoy bien, me encanta caminar bajo la lluvia, traje piloto, zapatillas y un buen paraguas. Me voy caminando y, cuando llego a casa, me doy una duchita caliente y listo.

—¿Te parece, hija? —intervino Jorge.

—Sí, papi, no te preocupes, en serio. Che, pero al final todos están encima mío. Es solo un poco de agua que cae del cielo. Como decía mami:«San Pedro está llorando, nada más». —Rio.

Se puso su piloto color crema, tomó su paraguas y saludó a todos. Salió de la casa pensando por qué no se le había ocurrido traer las

botas de lluvia. Cuando llegara a su casa, debía poner a lavar esas zapatillas que, al bajar a la vereda, quedaron hundidas en un agua oscura que parecía cubrir todo el camino. Miró a las dos esquinas. Decidió tomar el camino más corto, por ambos lados se veía la misma cantidad del oscuro líquido. Comenzó la caminata. Se puso los auriculares de su celular, buscó la música que tanto amaba y, al ritmo de David Bisbal, dio los primeros pasos. Sus labios cantaban en voz alta las palabras que Bisbal decía a sus oídos. La canción "Hasta el final" tenía un significado muy profundo para ella.

La música la transportaba a otro mundo, le daba un poco de alegría. La voz del cantante español le parecía muy dulce y la letra le resultaba muy fuerte. Era exactamente lo que ella había necesitado de Mariano y no lo había tenido. El verso que decía «te voy a cuidar, nadie te va a lastimar» la destrozaba. Justamente él, Mariano, quien debía cuidarla, fue quien le había dado la estocada mortal… Cantaba a medida que avanzaba por las calles. La casa de su padre estaba a veinte cuadras de la suya. Empezó a desandar el camino casi de manera mecánica, sin prestar demasiada atención al nivel del agua, que iba subiendo lentamente. Sentía los pies fríos, estaban sumergidos en la negrura. Poco a poco el caudal crecía. De manera casi imperceptible. Alma cantaba y fijaba la vista en el líquido negro, pero sin prestar real atención. Comenzó a sentirse algo extrañada cuando, a casi siete cuadras de caminata, le llegaba ya a la mitad del muslo.

—Esto no está bien. Cada vez más agua. Me parece que me mandé una cagada. Tendría que haber aceptado que Guille me trajera —hablaba en voz alta, como comentando con alguien que estuviera a su lado. Estaba sola en la calle y expresar sus pensamientos le daba seguridad.

Comenzó a vadear el camino, cambió varias veces el recorrido y el sentido de su peregrinación, otras tantas tuvo que regresar sobre sus pasos cuando comprobaba que algunas cuadras estaban intransitables.

—Puta madre. ¿Qué mierda está pasando? Nunca vi una inundación tan grande en esta zona. El agua ya me llega a la cadera, estoy helada. ¿Ahora por dónde me conviene ir? Bueh, pruebo en la próxima esquina y veo qué onda.

Alma seguía hablando sola, como si alguien pudiera escucharla. El temor la estaba invadiendo y caminar por ese lugar, que parecía sacado de una pintura barroca, no ayudaba. Lo que normalmente le hubiera llevado una hora, según el ritmo de la caminata, se estaba convirtiendo en mucho más de lo esperado. En la esquina siguiente, miró hacia delante, el agua se veía caudalosa. Oscuridad total. Alma tenía en su haber muchas películas de terror, la ambientación de una

ciudad en medio de una catástrofe era especialmente usada en ese tipo de filmes. Pensar en lo que podría pasarle no la ayudaba a calmarse. La luz intermitente de los rayos la dejaba ver. Giró su cabeza hacia la derecha y la izquierda, oteando la tormenta y los caminos. Cuando se pierde alguno de los sentidos, el resto parece agudizarse. Los aromas que la rodeaban eran extraños. El agua olía fuerte, acre. Ese elemento no debería tener olor, color ni sabor, sin embargo, ese líquido que la rodeaba tenía un tufo nauseabundo, una textura casi grasosa y un color oscuro (no podía definirlo exactamente, los flashes no se lo permitían). El sonido era ensordecedor por momentos. Todo eso la estaba preocupando. Las piernas y parte del cuerpo se sumergían en ella, sentía frío y la mandíbula no dejaba de temblarle. Trataba de identificar peligros en la oscuridad, las pupilas ya se habían habituado a las sombras y lograba definir espacios, movimientos cercanos, obstáculos. Se quedó meditando qué le convenía hacer. Decidió continuar por la calle por la que iba transitando. En la cuadra siguiente, cuando la lluvia arreciaba sin piedad, esperó a que parara, refugiándose debajo de un alero. Le extrañó no cruzarse con seres vivos. El silencio humano la preocupaba. Esperó un rato largo, un poco más de una hora. La tormenta no parecía bajar su intensidad.

«Boluda, boluda. Boluda atómica soy. ¡¡¡Qué pelotuda!!! Quién me manda a caminar bajo la lluvia. ¿No ves que soy una boluda? Una romántica al pedo. Caminar bajo la lluvia sí es romántico, caminar en esta tormenta es suicida». Miró nuevamente su celular, algo mojado ya. No tenía señal. Aparecía una leyenda que decía: «Solo llamadas de emergencia», pero luego de tres intentos de comunicarse con su padre, Guille y la policía, se dio por vencida, debía seguir caminando.

—No entiendo para qué te ponen «Solo llamadas de emergencia» —seguía hablando en voz alta— si estoy en una emergencia y no puedo hacer una puta llamada a nadie, solo sirve para escuchar música. Bueno, al menos no me siento tan mal. —Volvió a mirar la pantalla del celular. Tenía poca batería y hacía casi tres horas que había salido de la casa de su padre—. Voy a tener que seguir.

Retomó la caminata accidentada luego de la espera infructuosa. Comenzó a evadir, con la lentitud característica que otorga estar sumergido hasta la cintura, las cosas que iban flotando en el agua: maderas, pedazos irreconocibles de diferentes texturas, ramas pequeñas y otras inmensas. Cruzó varios cuerpos de ratas flotando y sintió un escalofrío por toda la espalda. Caminaba con los dientes apretados, llevando al límite la resistencia de sus mandíbulas. Estaba bastante agotada y con mucho frío. Todo era oscuridad, solo veía con más claridad cuando algún refucilo cortaba la negrura como un

cuchillo plateado. Nunca imaginó que llegar a su casa sería tan difícil. No podía ver bien dónde pisaba. No pensó, cuando salió de la casa de su padre, que se encontraría con semejante cantidad de agua. La zona en la que vivía era inundable, se juntaba de cordón a cordón, pero nunca había visto tanta. Caminaba con los brazos elevados y su celular en alto, temía que se le mojara y lo perdiera. No era gran cosa, pero era lo único que tenía. Seguir escuchando música la pacificaba. Si perdía esa pequeña porción de tranquilidad, no imaginaba qué podría hacer. El paraguas estaba bastante destartalado, el viento se lo había dado vuelta varias veces. Ella seguía levantándolo como si fuera un premio, el del triunfo sobre la tormenta. Cuando llegara a su casa, lo iba a guardar como recordatorio de su estupidez, para no repetirla.

«Papá debe de estar esperando que lo llame para avisarle que llegué bien, qué cagada. Se van a preocupar todos. Voy a tener que caminar más rápido. Cuando entre en casa, tengo que cargar la batería e intentar nuevamente», se dijo, como si armando la lista de lo que iba a hacer cuando arribara le llevara más tranquilidad.

Evitó pasar por el Parque Alberti, temía que, si en la cuadra donde ella estaba en ese momento, el agua le llegaba a la cadera, en el Parque estuviera peor. De pronto sintió que algo, arrastrado por la corriente, le tocaba la espalda. Giró rápidamente y un grito salió desde su estómago. Una mata de pelo mojado estaba detrás de ella. Esa cosa peluda no podía seguir su camino enloquecido en la corriente porque ella le vedaba el paso. Alma temblaba de frío y por temor. No alcanzaba a divisar qué era. Luego del temor inicial, de la parálisis, intentó correrse y liberar el paso para que continuara su viaje. Apenas lo tocó con dedos temblorosos y, al hacerlo, el bulto giró levemente. Era un perro ahogado. Se apartó, bastante impresionada, y ese cuerpo sin vida continuó su silencioso andar.

—Calmate, Alma. Pará de temblar o no vas a poder llegar a casa. Calmate—se decía como un mantra.

Intentaba controlar el temblequeo que la recorría, pero al hacerlo se hacía más poderoso. Cuando se acercaba a la calle 35, la de su casa, escuchó un sonido estridente que venía de más adelante. Un sonido constante. No supo definir qué era. Entre la lluvia, el viento y los truenos, no atinaba a discernir. Solo le faltaba recorrer tres cuadras y llegaría.

—Dios mío…, el agua está cada vez más alta. Esto no puede ser normal.

Giró en esa, el sonido de la corriente era ensordecedor. Había mucho más caudal que por la que iba caminando. No iba a poder tomar esa vía, el nivel había subido terriblemente, casi le llegaba al

cuello. Una mano en el celular, la otra en el paraguas, como si esos dos elementos fueran sus anclas para mantenerla con vida. Decidió regresar e intentó volver sobre sus pasos. Algo iba moviéndose por debajo de la superficie del agua, arrastrado por la corriente, algo que estaba casi en el piso y, de golpe, subió a la superficie, enfrente de Alma. El sonido fue similar al de una burbuja gigante y ella miró con detenimiento. Fueron unos segundos, nada más. Su cerebro recargado de imágenes, de miedo, decodificó la figura en una fracción de segundos. Una mano humana, dura, fría, casi gris, la había tocado y el resto del cuerpo comenzó a golpearla porque impedía, nuevamente, su camino. Esa vez el grito fue aterrador, no quería entender lo que estaba viendo. Su necesidad de correrse, de evitar el contacto, la hizo virar con brusquedad, intentó hacerse a un lado de un salto, pero resbaló. En ese instante se sumergió completa en el agua. Todo se hizo silencio y oscuridad. Estaba debajo de ese líquido opaco, no debía soltar el celular. No podía pensar en otra cosa que en ese cuerpo, no quería volver a tocarlo. El paraguas roto, que aún mantenía en su mano izquierda como forma de defenderse, imaginariamente, del cuerpo, que se escapó tironeado por la corriente. Trató de salir a la superficie. No supo en qué momento el nivel se había elevado tanto. No hacía pie.

Salió y pegó una bocanada de aire. No veía nada. Los dedos le dolían alrededor del celular, lo apretaba con fuerza. El aparato se había sumergido completamente en el agua, ya no funcionaría, sin embargo, no lo dejaba ir. Como el sobreviviente de un naufragio que se niega a soltar el pedazo de madero al que está abrazado, Alma se negaba a soltar el pequeño artefacto, aunque fuera, a partir de ese momento, inservible. La corriente, fuerte como la de un río caudaloso, la estaba arrastrando. No sabía aún en qué dirección. Ese era el sonido ensordecedor, lo supo tarde. Intentó permanecer en la superficie y asirse de algo, cualquier elemento, que le permitiera parar esa marcha involuntaria. Entendió que debía tener las manos libres para tomarse de lo que cruzase, y solo tendría segundos. Soltó el celular. Su cabeza seguía mostrándole la imagen de un minuto atrás, el ser humano que la había golpeado y que estaba muerto. «¡¡¡Dios mío!!! ¡¡¡Se ahogó!!! ¡¡¡Dios mío!!!». Su mente repetía frases inconexas, no podía salir del asombro mientras luchaba por mantenerse a flote. Intentó buscar algo para aferrarse y así detener su marcha. Iba por el medio de la calle, alejada de las veredas, la corriente parecía la del río Iguazú en plena época de lluvias, desordenada, fuerte, arrasadora. Sentía que por debajo de ella pasaban objetos arrastrados, como ella. «¿Habrá más cuerpos flotando que no puedo ver?». El solo hecho de pensarlo la

enloqueció más. Comenzó a dar manotazos a diestra y siniestra. Debía calmarse, debía tratar de salir de esa corriente… «¿A dónde voy a terminar si sigo acá? Al arroyo… Seguro. Debo salir. No queda opción».

De pronto un automóvil flotando se acercó. Pudo ver a un hombre en su interior, que estaba vivo y que, con cara de desesperación, intentaba por todos los medios abrir la puerta, pero la presión del agua le impedía hacerlo. La suerte (y también la física de los cuerpos y sus pesos específicos) quiso que ella pasara por delante del vehículo sin rozarlo. Lo dejó atrás en cuestión de segundos. Su mente viajaba veloz, encontraría en su camino más coches y objetos que pudieran lastimarla. Debía estar atenta para evitarlos, como si eso fuera posible. Movía las piernas y los brazos constantemente para no volver a hundirse. Había probado ya esa agua oscura y sabía que estaba contaminada. La visión se fue aclarando, logró identificar algunas casas. Estaba siendo arrastrada por la corriente sobre la calle 35 e iba en dirección descendente. Pasaría en cualquier momento por la puerta de su casa. Al llegar a una esquina, vio un bulto que corría desde una de las cuadras que cortaban en forma perpendicular a la calle por la que venía. Se acercaba rápidamente. Chocó, sin poder evitarlo. Se enredó en su cuerpo… Lo dio vuelta. Era otro ser humano, otro hombre, sus ojos opacos y abiertos.

—¡¡Ahhhhhhh!! ¿Cuánto más, Dios?, basta, basta, por favor. —El llanto que había intentado parar durante un tiempo se abrió paso. Lloraba mientras seguía luchando.

La sorpresa, la impresión y la certeza del peligro inminente la hicieron perder la coordinación que tenía para mantenerse a flote. Se hundió en un intento desesperado de alejarse, lo empujó con piernas y brazos. Salió a la superficie cuando logró desasirse del cadáver e intentó, de nuevo, flotar. El cuerpo continuó su camino, replicando las ondulaciones del caudal. Volvió a hundirse y a salir. Dio una bocanada de aire. Los ojos le ardían, tosía debido al agua que le había entrado por la nariz y la boca.

«¿Adónde me lleva la corriente?». Los pensamientos de Alma se sucedían con rapidez. «¿Terminaré muerta como ese hombre?». Y una idea se hizo lugar en su mente. Una idea que la calmó. De manera sorpresiva se aquietó. Si durante tanto tiempo le había pedido a Dios que la liberara, tanto tiempo esperó la muerte, tal vez Dios escuchó sus ruegos, tal vez ese era el momento. Su hora. Quizá su madre y su bebé la esperaran del otro lado. Dejó de luchar, relajó los músculos y el cuerpo. Intentó flotar, sin oponer resistencia a la corriente. Que el agua la llevara adonde quisiera, ella ya se había entregado. Los brazos

abiertos en cruz. Las piernas sueltas, un poco abiertas. El agua salpicaba su rostro y sus ojos se cerraban de modo repentino al sentir las gotas. Los objetos arrastrados en la corriente la golpeaban, pero ya había decidido. El gesto relajado. A pesar del temor, sentía paz. De pronto sintió una puntada fuerte. Algo se había clavado en una de sus piernas y el dolor la hizo salir de su somnolencia. Movió instintivamente el cuerpo y lo arqueó para proteger la pierna izquierda. Tras su movimiento repentino, y sobre el sonido de la corriente, escuchó un golpe seco detrás de ella. Y luego sintió una mano que la tomaba con fuerza.

# Capítulo 3

Paulo supo que esa situación empeoraría con el correr de la noche. Había caminado hasta que el agua le llegó a la cadera. Luego entendió que debía protegerse, esperar a que parara de llover y el nivel bajara. Desconocía esa parte de la ciudad, tal vez fuera normal que se inundase de ese modo. En todos sus viajes a ese país, nunca había presenciado una tormenta tan intensa. Todavía maldecía, se maldecía a sí mismo por haberse bajado del automóvil alquilado cuando empezó a flotar. Maldijo también al tipo del taxi que no le había querido ayudar cuando pidió su auxilio. Estas catástrofes siempre sacan lo mejor y lo peor de la gente. La mayoría de las veces, tristemente, era más probable lo segundo. El miedo vuelve a muchos humanos más egoístas que nunca. Trató de pensar con frialdad la situación. Seguía lloviendo de un modo intenso, el agua seguiría subiendo un tiempo más. Había unos edificios altos en la zona, pero no podía ingresar en ninguno. Decidió que lo más acertado era subirse a la copa de algún árbol. Quedarse allí hasta que el agua perdiera profundidad y rogar a Dios que ningún rayo cayera sobre él. Otra opción era usar las ramas como escalera, alcanzar alguno de los balcones y resguardarse allí. De cualquier modo, toda opción incluía un árbol. Eligió uno que estaba inclinado hacia un edificio. Parte de su copa se acercaba a los balcones y, además, se veía lo suficientemente robusto para sostenerlo sin que se rompiera. Decidió intentarlo. Cuando se elevó un poco, miró el cartel de las calles que se cruzaban en la esquina, apenas a unos metros. Este rezaba la intersección de las calles 35 y 24. Estaba lejos de sus tíos y de su hotel. Escaló haciendo un esfuerzo. Logró ascender hasta una rama que evaluó gruesa, lo suficiente para que soportara el peso de un hombre de treinta y cinco

años, de 1,85 metros y con un cuerpo robusto y marcado. Pasó una pierna a cada lado, como si se tratara de un caballo al que fuera a montar. Allí se quedó descansando su agitación, pensando cómo había llegado a esa situación. La lluvia no paraba. Era una tormenta sin piedad. Pasó más de tres horas en esa posición, endurecido, mirando la corriente que arrastraba todo. «Ni siquiera vivo en este país, qué buena fortuna pegar la suerte de llegar a La Plata en este nefasto fin de semana largo».

Cada año, desde 2010, volvía a Argentina en abril. Iba a ver la tumba de su padre. No porque fuera su aniversario de muerte o de cumpleaños. No volvía porque lo recordara claramente como padre (nunca llegó a conocerlo), sino porque se trataba de una nueva conmemoración de su desaparición y era el mes en que su mamá sintió el comienzo de su viudez. Alejandro Girat era uno más de los 30.000 desaparecidos durante la dictadura militar en ese país. Se lo habían llevado una noche de abril de 1977. La madre de Paulo, Valentina, estaba embarazada de casi cuatro meses y no fue capturada junto al padre porque no se encontraba en la casa familiar, sino en la de una amiga a la que estaba ayudando a escapar al exterior. Alejandro no volvió nunca, nadie lo vio de nuevo. Se llevó consigo su fuerza para pelear por un sindicato que lo abandonó en el peor momento y silenció, además, el paradero de su mujer con su hijo en el vientre. Jamás lograron extraerle una palabra de dónde se encontraba Valentina, ni con la picana, ni con los golpes, ni con las vejaciones, ni con el resto de torturas que le hicieron. Se fue de este mundo con una sonrisa; había salvado a su mujer. Alejandro le había hecho prometer que, si algo le pasaba, si desaparecía (como había estado ocurriendo, desde hacía tiempo, con mucha gente que ellos conocían), ella tomaría un pequeño bolso, la poca plata que tenían juntada y se iría a vivir a España. Allí tenían a la familia de Valentina. Ella aún conservaba en regla su pasaporte español.

Esa mañana de abril, cuando Valentina había regresado y encontró la puerta abierta de su casa, todas sus pertenencias revueltas, y comprobó la ausencia de Alejandro, lo supo: era hora de partir, debía cumplir con lo prometido. Pero no se resignaba a escapar sin haberlo buscado. Habló con varios vecinos, que ya la miraban recelosos, seguramente, pensando qué habrán hecho esos jovencitos revolucionarios para que se los lleven. Todos coincidían en que era un Ford Falcon verde el que había ido la noche anterior. Detrás del automóvil, un camión lleno de gritos. Alejandro fue subido al vehículo colectivo después de un golpe certero en la nuca con una culata de fusil, desmayado.

Valentina se había ido caminando a la casa de su cuñado, Adrián. Le explicó todo mientras lloraba. Su cuñada Matilde la sostenía mientras le daba un vaso con agua. Acordaron ayudarla a comprar el pasaje en avión. El hecho de que Valentina hubiera sido secretaria privada de un gerente de Iberia y que tuviese pasaporte español la ayudarían a salir sin problemas del país. Valentina llamó a una amiga que aún trabajaba en la aerolínea española. Le explicó rápidamente el peligro que corría y le pidió auxilio para conseguir el boleto. Su amiga, aunque asustada, la ayudó. Dejó el pasaje de ida a Madrid en la ventanilla del aeropuerto, a su nombre. Adrián y Matilde la llevaron a Ezeiza. La abrazaron con fuerza y le pidieron que, en cuanto naciera el bebé, les avisara. Que no perdiera el contacto. Que usara el nombre de su madre —Catalina Rielto— para enviar cartas, que ellos responderían. Ambos se comprometieron a seguir buscando el paradero de Alejandro. Valentina sabía, muy dentro de su corazón, que no volvería a ver a su amor. Se fue con lágrimas en los ojos y con el alma llena de dolor.

En octubre de 1977 nació Paulo, en Madrid. Allí creció, escuchando las historias que su madre le contaba cada noche sobre su padre, un hombre que algunas veces era pirata y en otras, soldado, pero que siempre terminaba logrando la justicia para los hombres por los cuales luchaba. Valentina no volvió a Argentina nunca. A pesar de la noticia, en 1983, de que en Argentina habría elecciones democráticas, no quiso volver. Supo, por Adrián y Matilde, que las cosas habían cambiado, pero el temor le impedía regresar al país que le había quitado al hombre de su vida. A partir de ese momento y para siempre su prioridad sería Paulo. Lo protegería de cualquier daño, y eso incluía regresar a Argentina.

Paulo aún recordaba la mañana de 2010 en que su tío Adrián había llamado para avisarles que habían encontrado los restos de Alejandro. El llanto de Adrián había hecho difícil entender lo que decía.

*—Sobrino… Paulo —no podía decir una frase entera, el llanto lo embargaba—, lo encontramos.*

*—¿De qué coño me hablas, tío? Es que no entiendo, ¿por qué lloras? ¿Qué ha sucedido? Estoy asustándome. —Paulo era una ametralladora de preguntas. Valentina se había acercado al escuchar el cambio en el tono de voz de su hijo.*

*—Lo encontramos, sobrino, a tu padre. Pudimos identificar sus restos. Mi pobre hermano va a poder descansar en paz, finalmente.*

*—¿Mi padre? —La sorpresa en el tono de Paulo alertó a Valentina, que corrió hasta ponerse al lado de su hijo. Paulo abrió el auricular para que ella escuchara.*

*—Adrián, soy Valentina. ¿Qué pasó? —inquirió ella ansiosa.*

*—Valentina, querida…, lo encontramos. Ayer pudimos identificarlo, vamos a poder darle cristiana sepultura. Quisiera que vengan ustedes al entierro. —Valentina sintió que sus piernas le fallaban, tuvo que sentarse en el silloncito cercano a la mesa con el teléfono.*

*—¿Cómo? No entiendo, tío. —Miró a Valentina, que lloraba en silencio, y se acuclilló—. ¿Estás bien, mamá? —Valentina contestó que sí con la cabeza y él retomó la charla con Adrián—: ¿Cómo lograron hallarlo?*

*—En 1984 encontraron una fosa común en el cementerio de Rafael Calzada, un lugar dentro de la provincia de Buenos Aires, Paulo. Los restos fueron puestos en bolsas sin los cuidados necesarios. Recién en 2002 llegaron a manos de antropólogos forenses argentinos. En 2008 las muestras óseas fueron enviadas para que se analizaran en Bode Technology Group Inc., en Estados Unidos.*

*—Entiendo. Pero si no se habían tenido las precauciones necesarias para evitar contaminaciones, ¿podemos estar seguros de lo que arrojaron esos estudios?*

*—Aquí, sobrino, nadie duda. Si bien los bomberos y los sepultureros no tuvieron en cuenta técnicas forenses, el resto de la cadena estuvo custodiada y se hizo según las normas. No olvides que el tema de los desaparecidos es un tema que aún duele en las entrañas del país.*

*—Bien, continúa.*

*—Bueno, después se cotejó el perfil genético de los restos óseos con las muestras de sangre tomadas en diferentes centros de salud del país, todas de familiares de desaparecidos. Yo había dejado una muestra de ADN para ser comparada si encontraban cuerpos.*

*—Entonces… —Valentina seguía llorando y Paulo comenzó a sentir los ojos acuosos.*

*—Así es, sobrino. Es él. No hay lugar a dudas.*

*El llanto los había embargado a ambos, Paulo se sentó en el piso y abrazó a su madre. El tubo del teléfono se cayó y golpeó en el piso. Ninguno hablaba, solo lloraban. Valentina no había podido viajar para el entierro. Algo en su corazón se lo impedía. Paulo lo hizo. Fue su primera visita a Argentina.*

Había tenido una infancia feliz a pesar de la ausencia paterna. Creció con la orientación masculina de dos tíos. El tío José —tío abuelo, era hermano de su abuelo materno— y el tío Fernando —hermano de Valentina—. Tuvo su adolescencia rebelde, como cada joven del planeta; pero la historia de su padre, la verdadera, le fue llegando junto con la madurez. En su sangre corría la genética del justiciero que había sido Alejandro, pero en lugar de buscar la justicia en alguna organización sindical, o agrupación política, Paulo había decidido convertirse en periodista. Estudió varios años y se recibió en la Universidad Complutense de Madrid, «cuyo prestigio está avalado por siete premios Nobel, veinte príncipes de Asturias, siete premios Cervantes, premios Nacionales de Investigación y a la Excelencia, profesores miembros de las Reales Academias», como repetía memorísticamente Valentina cada vez que alguien le preguntaba por la carrera de su hijo. El orgullo le salía por los poros. Gracias a un excelente promedio en su carrera, fue contratado por el ABC de Madrid para trabajar en ABC.es, un periódico digital líder en España, que ofrecía noticias en español sobre el país y el resto del mundo. Paulo escribía para la sección *Política exterior*. Viajaba bastante por el mundo siguiendo investigaciones que luego concentraba en notas claras y concisas, muy afiladas.

Ese año, el 2013, aprovecharía su viaje a Argentina para ver desde adentro el régimen político y social de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, un personaje controvertido.

Después del 13 de marzo, cuando el cardenal argentino Bergoglio fue nombrado papa Francisco I, Argentina volvió a tomar renombre mundial y, con ella, su presidenta. Su jefe le había pedido que viajara para hacer una investigación. Que viera de primera mano cómo se vivía en ese lugar del fin del mundo, el país del que su madre había huido con él en el vientre —Vicente, su jefe, sabía toda la historia de Paulo y su familia—. Arriba del árbol, colgado, muerto de frío y de hambre, no podía creer en su suerte.

—¡La madre que me parió!, espero que me disculpes, mamá, pero no puedo creer el coño de suerte que me he echado. ¿Puede ser posible que venga al puñetero fin del mundo a morir en una inundación cuando he presenciado batallas en Medio Oriente y en Sudáfrica y he salido vivo?

Hablaba solo para darse ánimos y descargar su furia y enojo. Desde un balcón vecino, alguien lo escuchó. El edificio tenía varios y el del primer piso estaba iluminado levemente por velas. Hacía rato que se había cortado el suministro eléctrico en toda la zona. Eso lo tranquilizaba, si bien odiaba estar a oscuras. Más que el nivel del

agua, que ya había pasado el metro ochenta, le preocupaba la posibilidad de electrocutarse. Paulo divisó a un hombre que sacaba medio cuerpo por la baranda y le gritaba haciendo ademanes.

—Uy, loco, ¿estás bien? ¿Estás lastimado?

—Gracias, estoy bien, asustado, pero sin heridas. Con un hambre de los mil demonios. Ah, y esta jodida lluvia que me tiene al borde de una pulmonía, nada más.

La entonación, el uso de regionalismos y la musicalidad utilizadas le marcaron al vecino que se trataba de un turista:

—¿De dónde sos? ¿México?

Paulo comenzó a reír.

—No, chaval, de España, soy madrileño. Estoy de visita. Me llamo Paulo, ¿y tú? —contestó mientras se limpiaba el agua de lluvia que seguía cayendo sobre su rostro, aunque en ese momento con menos intensidad. El sonido del agua les impedía hablar en un tono normal, ambos lo elevaban.

La correntada era fuerte aún, pero el balcón y la copa del árbol estaban cercanos. Sus voces fuertes se distinguían sobre el sonido de la inundación. La lluvia y el viento estaban menguando lentamente. Paulo sabía que no podría moverse hacia el balcón sin romper la rama. Se quedó quieto sin intentar ningún movimiento.

—Yo soy Mauro. Soy de acá. ¿Querés intentar saltar al balcón? Estás cerca —propuso el muchacho, pero al observar el cuerpo de Paulo agarrotado por el tiempo que llevaba inmóvil, el frío y el agua, entendió que sería casi imposible—. No creo que podamos hacerte entrar, esa rama se vuelve muy fina y no soportaría el peso —concluyó.

—Es cierto, además, estoy muy endurecido, mis movimientos torpes también me harían caer.

—Esperá que me fijo si te puedo tirar alguna cosa para que comas. ¡¡¡Vieja!!! Venite, hay un flaco colgado del árbol, vamos a ayudarlo. ¿Tenés algo para comer? —Mauro desapareció en el interior del departamento. La madre se asomó por el mismo balcón.

—¡Virgencita mía! ¿Nene, estás bien? ¿Tenés alguna herida?

—Que estoy bien, señora, gracias. Su hijo me ha preguntado lo mismo y le he dicho que estoy bien, solo con hambre y mucho frío.

El rostro de la mujer se relajó.

—Esperate, nene, ahora te traigo algo.

—Vale. Aquí espero. —Pensó la ironía que estaba diciendo, ¿adónde más iría?

Paulo observó que llovía con menor intensidad. Y el viento iba disminuyendo su ímpetu. Era probable que el agua bajara en algunas

horas. Agradeció en silencio a Dios, miró el cielo aún encapotado, cerró los ojos y repitió una plegaria que Valentina le había enseñado cuando era pequeño. Salvarse de esa realmente sería un milagro. Miró la corriente y vio pasar un perro ahogado. «Pobre animal, se habrá cansado de nadar y se ahogó». Mauro salió nuevamente por el balcón.

—Loco, ¿cómo mierda fuiste a parar al árbol? ¿Me podés explicar? —dijo Mauro volviendo con algo entre las manos.

—Pues… es que el agua me fue trayendo hasta este punto de la ciudad. Me quedé parado, pero el nivel comenzó a subir, me asusté y trepé. Hace horas que estoy aquí. Ni te imaginas cómo me duele el culo —explicó riendo.

—Me imagino, loco, esa rama es gruesa, pero no creo que sea blandita. —Rio, a su vez, Mauro—. Pablo me dijiste, ¿no? —Paulo hizo gesto de no escuchar, Mauro indicó que no importaba la pregunta —. Ahí te tiro una frazada de viaje. Fijate si la podés cachar. —Mauro habló en un tono más elevado para ser oído por Paulo, usando sus manos para direccionar el sonido, Paulo movió en gesto afirmativo la cabeza—. Te la encargo, esa me la afané del avión cuando me fui con mis amigos de veraneo a Cancún, hace unos años, en el uno a uno. —Mauro se refería a los años en que la economía argentina había aplicado un concepto económico de *convertibilidad* por el cual un peso argentino tenía el mismo valor en el mercado que un dólar estadounidense. Paulo lo comprendió. El argentino reía a la vez que comenzó a hamacar el rollo de manta, como tomando carrera para tirarla lejos.

—Vale, chaval, tírala, ea.

Mauro arrojó la manta. Se abrió en el aire y se desplegó como un papel. Uno de los flecos quedó enganchado en una de las ramas. Paulo se estiró lentamente. Ya había perdido la noción del tiempo que había pasado colgado allí. Con las puntas de los dedos mayor e índice, formando una pinza, logró tomarla ligeramente. Tironeó y pudo hacerse con ella. Algunas gotas alcanzaron la tela, así que apuró los movimientos. Se la pasó por la espalda y empezó a sentir algo de calor. Una sensación de bienestar comenzaba a ganarlo. A pesar de la ropa mojada, lentamente cambiaba su mal humor. La madre de Mauro se asomó y le gritó:

—Nene, tengo unas galletitas, pero no sé cómo alcanzártelas. A ver, Mauri, ayudame, ¿cómo hacemos?

—Vieja, trae una bolsa del supermercado, las ponemos dentro y con el palo de la escoba la colgamos y me estiro lo que más puedo, ¿te parece?

—Mauri, no te vas a caer vos, ¿eh?

—Dale, vieja, dejate de joder, ¿cómo me voy a caer?

Mauro medía casi un metro noventa. Era jugador de rugby. Parecía un ropero. Una espalda muy ancha, un cuerpo trabajado y musculoso. Había ido de visita a lo de su madre ese día y la tormenta lo sorprendió allí. Como aún conservaba su habitación intacta, había decidido pasar ahí la noche. Los tres seguían hablando a los gritos, el ruido del agua era muy fuerte aún. Mauro tomó el palo de la escoba, anudó la bolsa del otro lado y comenzó la ardua tarea de estirarse de una manera casi graciosa, como si fuera un bailarín clásico, estirando torso, brazos, manos y dedos al máximo, doblado sobre sí mismo y usando la baranda como sostén. Paulo se estiró a su vez lo que más pudo. La bolsa casi rozaba sus dedos, resbaló del palo y cayó directamente en su mano derecha.

—Gracias, Mauro, tengo todo.

—Joya, loco, qué buena atrapada. Espero que esta mierda de inundación baje pronto. Vos sabés que nunca pasó esto acá. Hay zonas inundables cerca, pero nunca esta cantidad de agua ni esta correntada. —Se dio vuelta y gritó hacia dentro del departamento, a su madre que estaba en la sala, rezando—: Vieja, quedate tranquila, está todo bien, el gallego tiene la comida y la frazada. Dejá de rezarle a la Virgen. Andá a dormir. —Paulo no oyó la pregunta que la madre de Mauro hacía, solo escuchó su timbre de voz, pero no pudo identificar palabras, el ruido de la corriente lo impedía—. Sí, sí, quedate tranqui, vieja, yo me quedo acá un rato más charlando con el gallego.

—Que no soy gallego, Mauro, soy madrileño. ¿Es que vosotros no conocéis las zonas de España? ¿Todos somos gallegos si venimos de la península? —se quejó Paulo mientras devoraba, famélico, unas galletitas dulces que le parecieron el manjar más grande. Mauro comenzó a reír.

—No te enojes, gallego, pero acá no nos damos cuenta si sos de Madrid, de Barcelona, de Galicia o de dónde seas, todos los unificamos como «gallegos» y punto. Pero no lo tomes a mal.

—Sí, lo sé. En días normales trato de que no me moleste, pero hoy tengo permitido todo, creo. —Esbozó una sonrisa—. ¿Y cómo es que vosotros os mantenéis levantados a estas horas?

—Es que mi vieja le tiene terror a las tormentas, no sé a qué específicamente, pero llueve y ella ya no duerme. Se queda en vela toda la noche. O por lo menos hasta que para.

—¿Pero ha vivido alguna inundación que le provoque este miedo?

—Creo que sí, cuando era chiquita vivían en un campo con sus padres y hermanos, al lado de un arroyo, solía entrarle un poco de agua y debían levantar todo por arriba del nivel de la mesa, pero

nunca esta cantidad.

—Pues mira, creo que la entiendo, de ahora en adelante no me van a gustar demasiado las tormentas. —Analizó mirando fijamente hacia el cielo—. ¿Y se pone muy nerviosa?

—En general, no, hace años que vive en este primer piso, eso la deja más tranquila. Pero te repito, gallego, esta cantidad de agua no hubo nunca. Es histórica.

—Pues evidentemente seremos historia, ojalá seamos historia viviente, colega —dijo Paulo, bajando la mirada y observando nuevamente la corriente.

El balcón tenía otros dos por encima, así que Mauro estaba protegido de mojarse. Solo lo salpicaban las gotas que volaban con el viento. Tenía miedo de que su nuevo compañero perdiera la conciencia por el frío. Había bajado la temperatura, bastante, la lluvia había parado, el viento era menos fuerte, pero la ropa mojada y el cuerpo cansado de Paulo podían llevarlo a una hipotermia. Decidió que se quedaría en el balcón hasta que descendiera el nivel del agua. En ese momento ayudaría a Paulo a bajarse y le daría algo bien caliente para que tomase. Mauro se empecinó en hacerlo hablar, entretenerlo. Si Paulo comenzaba a escucharse mal, o adormecido, sabría que algo le estaría pasando. Charlaron durante más de una hora. La inundación, contrariamente a la lógica, seguía subiendo, y eso era algo que ambos habían notado. Cuando la lluvia cesó, esperaban a que el caudal de la calle comenzara a disminuir. No tenía sentido. Mauro retomó la conversación, intentaba despabilar a Paulo.

—¿Así que tu viejo es desaparecido? Qué loco, che, mi tío también. Mi vieja sufrió mucho cuando desapareció. Yo no lo conocí, pero mi hermano mayor me cuenta que era re buena onda, que cantaba con una banda y que se lo llevaron una madrugada de la casa de la novia.

—A mi padre se lo llevaron de su casa. Mi madre escapó apenas. Mis tíos paternos la ayudaron a viajar a España. Es española.

—Che, pero lo tuyo es para película de espías y de acción. Qué historia. ¿Y qué hacés acá?

—Pues en el 2010 encontraron a mi viejo. Se le dio sepultura aquí, en La Plata. Yo vengo cada año a dejarle flores por mí y por mi vieja. Aprovecho la ocasión para visitar a mi familia paterna. Mi tío Adrián y mi tía Matilde fueron a Madrid hace unos años a ver a mi madre, llevaban casi 30 años sin verla, y a conocerme.

—¿Viven por acá?

—Pues, joder, la verdad es que aún no me ubico bien en esta puñetera ciudad, orientarse aquí, con las malditas diagonales…, mucha caña. De hecho, estaba perdido cuando empezó la tormenta.

Había ido al camposanto, salí con el automóvil de alquiler, empecé a dar vueltas y me perdí. Cuando el nivel de agua fue demasiado, y cuando el vehículo comenzó a flotar, me tiré. Y aquí estoy, todo un gilipollas mojado hasta la médula.

—¿Qué caña? Me perdí, che. —Mauro miró nuevamente hacia la calle—. Pero esto es para película tipo catástrofe.

—«Mucha caña» significa algo así como… —Paulo pensó sinónimos para cambiar la expresión— demasiado difícil. Sí, la verdad es que parece filme. Cogí una diagonal, terminé en una calle que no reconocí y ahí la cagué.

—Loco, me divierte mucho escucharte, decís cosas graciosas. —Rio con ganas Mauro—. ¡Menos mal que hablamos castellano los dos! ¡Que si no!

Paulo también rio, aunque sus sonidos eran más amortiguados, más débiles.

—Es cierto. Pues bien, que tomé una diagonal y me fui a parar a la parte de tu ciudad que no conocía, chaval, y de ahí, pues que no sé si estoy cerca o lejos de la casa de mi familia. Recuerdo que su casa queda en la 54 y la esquina de la 19. Veo, por los números de los carteles de ahí —dijo señalando—, que no estoy cerca, ¿no es así?

—Uyyyy, estás por el otro lado, gallego, te fuiste para el punto contrario. Bueno, cuando baje el agua, te ayudo a volver ahí. ¿Vos estás durmiendo en esa casa?

—No. Estoy durmiendo en un hotelito bonito, cerca de la casa de mis tíos, es en la 46, entre la 5 y la 6, creo, Hotel Argentino.

—Ahhh, sí, lo ubico, che, pero no es un «hotelito», está buenísimo, tiene la fachada semicircular, mucho vidrio y metal. No entré nunca, pero se ve bueno.

—Sí, ese mismo. Cada año que vengo me quedo unos cuántos días y, pues, me gusta estar con la familia, pero me gusta también irme cuando me siento medio borde. —La cara de Mauro le indicó que tampoco había entendido esa expresión, así que Paulo aclaró—: «Borde», cuando me siento sobrepasado, demasiado cansado del lío familiar.

—Y sí, uno necesita un poco de intimidad, aunque sea para gritar de bronca o llevarse alguna minita.

—Es bonito el hotel y cómodo, tiene buenos desayunos. —Paulo no había prestado atención a la última frase de Mauro y, cuando su cerebro adormecido cayó en la cuenta de lo que había dicho Mauro, contestó—: Pues sabes, no es mi caso lo segundo que has dicho. Si por minita te refieres a una mujer. Estoy de novio hace un tiempo, así que no necesito.

—¿Ah, sí? Mirá vos al gallego, qué fiel. Pero cuando te venís para acá, ¿no te comés un bomboncito nuevo?

—Oye, Mauro, que ahora eres tú el que me divierte. Vosotros sí que tenéis una forma pintoresca de hablar, ¿te refieres a tener una aventura?

—Claro, justamente. Cuando te venís, ¿no te dan ganas de tener alguna relación pasajera, un *touch-and-go*, una salida de una noche? No sé, algo así, con una argentina.

—Pues no, estoy bien con María de los Ángeles, así se llama ella. Y me llama cada noche o hablamos por Skype. Así que es como tenerla a mi lado todo el tiempo.

—Uhhh, boludo, re persecuta la mina. Ah, esperá, quise decir… —pensó la traducción al ver el gesto de Paulo— que la mina es medio obsesiva, parece.

—No sé si llamarla obsesiva. Aunque a veces se pone algo pesadita, debo reconocerlo.

Ambos se quedaron en silencio mirando correr el río improvisado. El espectáculo era aterrador. El sonido del caudal seguía siendo elevado. En la oscura superficie, corrían muebles rotos, basura, automóviles. El agua no parecía tal, era una masa oscura que corría a gran velocidad a pesar de parecer espesa. Tal vez algunos vehículos habrían perdido combustible o algún otro líquido que le diera esa textura. Cada tanto veían pasar un cuerpo, a veces boca arriba, vivo, intentando dar pelea, pero pasaba tan rápido que no hacían a tiempo para ayudarlo. En otras ocasiones pasaban boca abajo, flotando.

—Mauro, ¿tienes alguna soga? —había dicho Paulo hacía más de una hora—. Tal vez pudieras atarla al barandal y tenerla preparada por si pasa alguien más que necesite ayuda. Yo podría tirarme, pero luego, ¿cómo evito ser arrastrado también?

—Tenés razón, gallego, esperá que busco algo.

Paulo volvió a sonreír, no tenía opción, debía seguir esperando en ese lugar.

Minutos después, Mauro apareció con una soga, le dio unas vueltas por el barandal y la tiró para que Paulo la atase alrededor de su cintura. Si algo pasaba, estarían preparados.

—El año pasado me puse de novio con una minita que hacía escalada, me convenció de ir una cuántas veces con ella a Tandil. Yo no sabía mucho, pero fuimos unas veces al Rocódromo y me enseñó lo básico. Hasta me compré un equipo, mirá las cosas que hacemos por ponerla, ¿eh? —Mauro comenzó a reírse de manera contagiosa, como si su broma hubiera sido entendida por el extranjero.

—¿Por «ponerla»? Oye, que realmente sois gráficos. —Paulo rio a

su vez.

—Gallego, «ponerla» es… —Mauro se quedó buscando un sinónimo.

—Que ya tengo la imagen. Sí. Hacemos cualquier cosa por una mujer.

—Bueh, la cosa es que tenía la soga con los enganches. Ahí la puse en el barandal. Si alguien pasa manoteando, lo vamos a poder ayudar. ¡¡Uy, loco, mirá la esquina!! —Ambos giraron sus rostros hacia el lugar indicado—: No para de venir agua, esto va a seguir. ¿Viste el Clío que pasó flotando? Increíble. Esperá que voy a buscar el celular para sacar unas fotos y filmar.

—Ve, ¿a dónde carajos me iría si estoy colgado? Qué costumbre tenéis vosotros los argentinos de usar como latiguillo el «pará, esperá».

—¿Qué mierda decís, gallego? —Mauro ya entraba y hablaba desde adentro—. ¿Latiguillo? Te consigo un látigo si querés, si se te da por el sadomasoquismo, pero eso otro no lo conozco —reía divertido.

—Eres bruto, un latiguillo es una muletilla, es una palabra que se repite mucho por hábito. Es algo que sirve como soporte. Pues vosotros estáis repletos de ellas, hombre.

Paulo cerró los ojos, divertido, mientras reía de su explicación *académica* del latiguillo. A los pocos minutos, regresó Mauro con el celular y con una cámara de fotos.

—El celular del orto no tiene línea, está cortada. ¿A vos te parece? Estamos en medio de una emergencia y no tenemos ni luz ni teléfono. ¿No se supone que deberíamos usar todo eso en emergencias? Qué país bananero es este.

—Tranquilo, que todo terminará en algún momento. Si tu madre está bien, tú también y yo, pues aquí, mejorcito, no tenemos necesidad de llamar a nadie. Ya volverá el servicio.

Mientras tranquilizaba a Mauro, Paulo insultaba para sus adentros, su celular se había mojado y se había apagado. Sabía que debía esperar a que estuviera seco del todo para intentar volver a encenderlo, y su familia ya estaría preocupada. Además, seguramente María de los Ángeles habría intentado comunicarse con él como cada noche y le habría saltado el contestador. Tendría que soportar la escena de celos que montaría a la mañana o cuando lograran hablar. «¿Por qué has apagado el celular? ¿Con quién estabas? ¿Estabas con alguna mujer?».

Se puso a pensar en María de los Ángeles. La amaba, hacía dos años y medio que estaban de novios y estaban pensando en irse a vivir juntos, en un mes aproximadamente. Pero algo aún lo detenía y lo hacía empujar hacia adelante la fecha. «¿La amo?». Cuando lo

mencionaba, lo decía más por una cuestión de costumbre, o de ritual, uno debía amar a la persona con la que compartía el día a día, eso era lo que se creía. Pero realmente había momentos en que Paulo se lo preguntaba. «¿La amo? ¿Cómo darme cuenta?». Aún no estaba convencido de dar ese paso importante. Era una mujer hermosa, inteligente, eso saltaba a los ojos. Pero era, además, muy insegura, con unos celos increíbles y un carácter bastante difícil. «¿La amo?». El tema de su trabajo y sus constantes viajes al exterior los hacía discutir. Ella trabajaba en la Universidad Complutense. Dictaba clases de Historia del Cine en el primer año de cursada de la carrera de Comunicación Audiovisual. Su vida eran su trabajo en la Universidad, sus proyectos de filmación de cortos (constantemente escribía cortometrajes que intentaba presentar en concursos) y asistir al cine a ver los estrenos.

La vida de Paulo era diametralmente opuesta. Paulo había estado en la Universidad hasta lograr su título. Luego había salido a la vida, había encontrado un buen trabajo y hacía lo que le gustaba: viajar por el mundo y escribir para el diario digital para el que trabajaba. Cuando se encontraba en Madrid, debía repartir su tiempo entre su familia y María de los Ángeles. Para ella siempre resultaba poco. Ella no era la típica persona a la que le gustan las reuniones familiares, casi no veía a su familia, tan solo a su madre una vez cada varios días, su padre había fallecido hacía poco más de un año, y con su hermana habían tenido una pelea hacía bastante y seguían sin hablarse. Cuando acompañaba a Paulo a sus reuniones con la familia, se la notaba incómoda, como fuera de lugar.

Tal vez era por eso que se atraían tanto, sus posturas tan enfrentadas los hacía atraerse como imanes. La intimidad era fantástica, pero su convivencia en el resto de los temas diarios era difícil. Aún dudaba sobre si comenzar una vida de familia con ella era una buena idea o no. Dudaba. Eso era suficiente para que no estuviera conforme con irse a vivir con María, había una lucecita de emergencia titilando en su interior. Lo había charlado con Valentina, su madre. Ella tenía su propia teoría al respecto. Adoraba a María de los Ángeles, la quería como a una hija, pero reconocía entre ellos diferencias que, tal vez, no llevaran a buen puerto la relación.

Valentina era una mujer que había estudiado mucho los signos del zodíaco, era una gran fanática de la astrología. Le había dicho muchas veces que él era Escorpio en el zodíaco occidental, y los nacidos en ese signo eran de mente analítica e investigadora. Su madre hablaba de esos temas y Paulo luego la recordaba como uno de esos videos de YouTube donde hablan astrólogos con una patética musiquilla de

fondo, de esas para películas de alienígenas. La recordaba hablando de su signo como si estuviera delante de sí.

«—Los escorpianos sois intuitivos, autocríticos, intensos en sus sentimientos y emociones, curiosos, muy imaginativos y con un gran poder de seducción. Así eres tú, hijo mío, calcadito del molde. Tienes una energía tan grande que puedes convertirte en un gran líder y construir un mundo mejor, pero a la vez puedes ser una bomba atómica.

—Mamá, de verdad que me haces reír con tus cuentos.

—Hijo, ¡que no me digas eso! ¡Que ya te lo he dicho millares de veces, que no son cuentos! Las estrellas hablan cuando tú naces y te dan ciertas características y energías que te acompañarán toda la vida. Eres hermoso por dentro y por fuera. Pero necesitas a una mujer que sepa manejar tu energía. Veamos, los más compatibles con Escorpio son los signos de agua, como Cáncer o Piscis, y los de tierra, como Tauro, Virgo o Capricornio. María es Géminis, hijo. He ahí el problema, no te auguro buen camino, tendrás que aprender a ceder, a negociar con ella y por ella, hijo. Aunque en un Escorpio lo veo difícil».

Su madre le decía eso como una verdad absoluta, como si los rasgos del signo zodiacal fueran la sentencia sobre la relación de Paulo. Si bien él se reconocía en muchas de esas características, no las compartía por completo. Cuando Valentina se ponía a dar cátedra sobre astrología, le agregaba sus características del horóscopo chino.

«Además, hijo mío, no te olvides que tú eres serpiente de fuego, un animal sagaz, astuto, inteligente, sabio, se adapta a todo, logra salir de situaciones difíciles. Eres romántico, seductor, pero puedes llegar a ser algo egoísta. La serpiente es posesiva y celosa. ¡Y ella también es serpiente de fuego! No creo que dos serpientes puedan convivir. Lo siento, hijo». Y con esa aseveración, Valentina había terminado su decreto. Ella sabía, como una verdad universal, que dos serpientes de fuego, que fuesen Escorpio y Géminis además, no podían estar juntas. Era como si el universo conspirara para enfrentarlos. Para Valentina, todo eso era contundente. Paulo la escuchaba como embobado, no porque le interesara el tema astrológico, sino porque le encantaba verla apasionada por algo. Le hacía mucha gracia lo que concluía Valentina, pero respetaba lo que su madre adoraba, esa «ciencia», como la llamaba. Mientras pensaba en su madre y en esos diálogos astrológicos, se había quedado en silencio. Recostado sobre el tronco que lo sostenía. Mauro se asustó. Creyó que finalmente Paulo había entrado en ese sueño previo a morir por hipotermia. Se movió en el balcón, buscaba mejor posición para ver el rostro del español. Lo miró

con detenimiento, tenía los ojos cerrados, pero sonreía.

—Gallego, ¿seguís acá? ¿Te dormiste?

Paulo abrió los ojos, que no recordaba haber cerrado, y, con mucho cansancio, le respondió:

—Que estoy aquí. ¿Adónde mierda me iría?

Abrió los ojos con mucho esfuerzo y centró su vista en el rostro de Mauro, que tenía una mirada preocupada. Luego miró hacia la esquina y observó un bulto que venía flotando en el agua. Prestó atención y agudizó sus ojos, eso lo puso en alerta, su cuerpo completo recibió una ola de adrenalina que le despabiló, por completo, la somnolencia.

—Mauro, alguien viene flotando. Atento. Si está con vida, me lanzo. Tú tienes mejor perspectiva que yo. Dime lo que ves.

Mauro miró en la dirección del bulto y trató de identificar si había movimientos. No reconoció ninguno en su primera oteada. Parecía un cuerpo tieso, se movía a la par de la corriente, brazos y piernas ondeaban como el agua que los transportaba. Los golpes del líquido contra los objetos, que también iban flotando, hacían que todo el tiempo hubiera gotas y chorros de agua saltando sobre la superficie. Nada de eso parecía inmutarlo. Estaba demasiado sereno. A medida que se acercaba, ambos podían distinguirlo mejor y lo inspeccionaron con detenimiento. El cielo estaba empezando a clarear lentamente. Distinguían los brazos en cruz, las piernas, el torso y el cabello. Se trataba de una mujer. El cabello largo y la forma de guitarra en la silueta la delataban. A medida que se acercaba en la correntada, la imagen se iba enfocando. Paulo no podía creer lo que veían sus ojos. El cuadro *Ofelia*, de *sir* John Everett Millais. Recordó, en fracción de segundos, la vez que vio esa pintura en la Tate Gallery de Londres y la sensación de tristeza que le había generado. Ofelia flotando por el arroyo, con un sinfín de flores, una integración de elementos de la naturaleza que acompañaban al cuerpo, suspendidos en el agua. La angustia que había sentido en aquel momento se volvió presente. Algo en el pecho, una sensación extraña en el centro del plexo, lo agobió. Cuando leyó por primera vez *Hamlet*, sintió muchísima pena por el personaje de Ofelia, cómo el dolor y la desesperación la habían orillado primero a la locura y luego a la muerte. Odiaba que pintaran a las mujeres de aquella época como muy frágiles, porque vivir en aquellas épocas, con las guerras, los enfrentamientos, no eran cuestiones que pudieran soportar personas sin coraje. Aquellas mujeres debieron de ser frágiles solo en apariencia. Sostener a sus hombres, curarles sus heridas, parir eran acciones de seres fuertes. Siempre pensó que le hubiera gustado poder salvar a Ofelia si él hubiese sido Hamlet. Hubiese tramado la venganza igual, pero hubiera

intentado que Ofelia estuviese de su lado, hacerla partícipe de su plan y así salvarla. Locuras de niños pensar en cambiar la historia, pero siempre sintió esa tristeza. En ese momento, tenía una Ofelia de carne y hueso, una a la que él podía salvar. Se trataba de una belleza muy pálida, pero con un gesto de paz bien grande. Sus labios morados dibujaban casi una sonrisa. Increíblemente, el cuerpo ondulaba, de manera casi violenta, sobre el agua, sin embargo, su paz era imperturbable. El cabello oscuro tenía un tinte rojizo, ¿o era el agua que daba esa impresión? Se esparcía alrededor del rostro como formando una corona. El agua no era tan clara como la del cuadro ni la acompañaban flores, y no llevaba los ojos abiertos. El corazón de Paulo comenzó a latir con una frecuencia muy acelerada y sintió correr la adrenalina por todo el cuerpo.

—Que no haya muerto, por favor —murmuró Paulo, más para él mismo que para Mauro, y comenzó a repetir la frase casi como un mantra—, que no esté muerta, que no esté muerta, que no esté muerta…

En ese instante, como si lo escuchara, la Ofelia, la que creía sin vida, hizo un movimiento reflejo como el de alguien que se lastima. Se tomó la pierna izquierda y el gesto pacífico se trocó en una mueca de dolor. Su cuerpo giró la orientación al tomarse el miembro inferior, como si tener las extremidades juntas hubiera funcionado como timón de navegación y, al perderlo, el rumbo se hubiera girado ciento ochenta grados. Ese cambio brusco fue el detonante. Paulo no lo pensó, no razonó las consecuencias. Debía salvarla. Debía tener la oportunidad de conocer a esa mujer. Sentía una necesidad suprema de protegerla, de cuidarla. Soltó la frazada en un movimiento rápido, la que quedó enganchada en las ramas. Se lanzó al vacío, pero su caída fue brusca y sin planear. El golpe de su cuerpo contra la superficie negra del agua fue seco. Mauro vio la precipitación rápida de Paulo, no entendió lo que sucedía. No había visto el movimiento de la misteriosa mujer. Pensó que se trataba de un cadáver, de manera que no entendía el accionar de Paulo. Lo único que atinó a hacer fue a sostener con las dos manos la soga que hacía horas habían atado alrededor de la cintura de Paulo y convertirse en su respaldo. Sintió alivio cuando se aseguró de que seguía atada correctamente. Tenía que comprobar que Paulo se mantuviera con vida luego de semejante golpe, que no hubiera por debajo del nivel del agua algo que lo hubiese lastimado. Paulo salió a la superficie casi inmediatamente después de haberse sumergido. Tomó aire y buscó frenéticamente a la mujer. Se limpió los ojos.

—Gallego, ¿estás bien? —gritó casi desesperado—. ¿Estás loco?

¿Por qué te tiraste? Está muerta, ¿o no?

—No, Mauro, se movió, la vi —vociferaba enloquecido—, ¿dónde está? ¡No la veo!

—¡Viene atrás tuyo, a la izquierda, gallego!

Se giró rápidamente y vio el cuerpo acercarse. Paulo se movía rápidamente para el lado contrario a la dirección en que iba la mujer, fue siguiendo a la correntada hasta que la soga que le había dado Mauro llegó a su límite. El tirón fue espantoso, pero eso detuvo su marcha. Esperó unos segundos hasta que la misteriosa mujer lo alcanzó. La tomó con decisión y fuerza del brazo derecho. Paró de manera violenta la marcha de ella, que levantó la cabeza del agua, sobresaltada. Paulo observó la transparencia de un par de ojos verdes que lo miraron desconcertados.

# Capítulo 4

La pierna le dolía bastante, algo le había cortado el pantalón y la piel. Estaba segura de que se infectaría. Esa agua oscura iba a contaminarla. «Ya no importa». El dolor inesperado le había hecho perder la concentración y la paz que estaba sintiendo. Se tomó la pierna y, de modo automático, el cuerpo completo comenzó a girar su orientación, escuchó un golpe seco muy cerca y luego una mano que, de manera ruda, la tomaba. Tirón, dolor, sorpresa. Alma levantó la cabeza del agua y, con la mano libre, se limpió los ojos que le ardían. No podía ver con claridad.

—Estás viva —le dijo la voz, asombrada—. Tú —el hombre hizo un silencio—, ¿te encuentras bien? ¿Estás herida?

—Eh… es… estoy bien, estoy bien —respondió aún confusa. Se quedaron en silencio, mirándose.

Ambos eran tironeados por la corriente. Paulo la sostenía del brazo. Ella, aún atontada por la situación, tardó unos segundos en darse cuenta del peligro en el que estaban. Realizó un esfuerzo grande para acercarse a él y abrazarlo. El terror se le pintó en el rostro. El instinto de supervivencia había regresado.

—Agarrame, no me dejes ir. Ayudame, por favor. —Alma se aferró al cuerpo de Paulo casi como una garrapata—. Estoy lastimada, algo me cortó. Me duele bastante.

—Tranquila, hermosa, no te suelto, mi amigo me tiene atado, así que no vamos a ningún lado. Tranquila. —El tono usado por Paulo iba calmando a Alma.

Alma vio los ojos grises de Paulo y leyó sinceridad. Su mirada le decía «confiá en mí». Su seguridad, al hablar y al tomarla, la

tranquilizaron. Lo tenía agarrado del mismo modo que una pareja se posiciona para bailar una música lenta. Paulo había quedado de espaldas al balcón de Mauro y la soga estaba tirante. Alma estaba de frente a él y a Mauro. Ambos estaban algo recostados debido a la furia de la corriente. Paulo quedaba por encima de ella, que estaba reclinada sobre el agua. Cuando Paulo mencionó la cuerda y a su amigo, Alma miró en dirección de la línea, siguió su recorrido y vio a un Mauro que aún no salía del estupor y movía la mano derecha de lado a lado, muy lentamente, como saludando. La corriente seguía tirando de ellos y esa presión iba empezando a lastimar el cuerpo de Paulo. Él pensó que debían tratar de salir del agua. No iba a soportar mucho tiempo más su peso ni el de su Ofelia. Su cintura estaba siendo presionada por la fuerza de toneladas de agua que hacía fuerza en sentido contrario a la ejercida por Mauro. Podría lastimarse seriamente. Decidió girarse y hablar con el coloso que los estaba sosteniendo para que él tirara desde arriba y los fuese sacando. Trataría de meterse en algún zaguán o tomarse de un tronco o poste de alumbrado, y allí esperarían a que bajara el agua. Miró a la Ofelia salvada y vio su belleza a pesar de la mugre y de tener el cabello repleto de partículas indefinibles, tenía un rostro único, unos ojos increíbles y unos labios demasiado seductores. Intentó concentrarse en lo que debía explicarle.

—Escucha, ¿te encuentras en condiciones de que nos movamos? —Alma miró a Paulo con gesto de no entender. Paulo comprendió que debía ser más claro—. La soga me está comenzando a lastimar, la presión es demasiada y temo que se corte. Voy a girarme para hablar con Mauro y ayudarlo a él para que nos arrastre. Deberás posicionarte en mi espalda. Pásame tus brazos por el cuello y enrolla tus piernas por mi cintura, ¿vale? —Alma seguía en silencio, con el rostro hizo un gesto afirmativo—. Tómate fuerte y no te caerás. Confía en mí. Ten cuidado con la pierna lastimada. —Alma no pensó demasiado en lo que le decía su salvador, sus ojos la tenían en su embrujo, casi no podía articular palabra. Escuchó claramente lo último y tuvo temor.

—No me dejes caer, por favor. Hace rato que estoy en el agua, arrastrada, y no podía agarrarme a nada, estoy agotada. Tengo mucho miedo. —Se le notaba en la mirada.

—Tranquila, belleza, te lo he dicho, que tú no te vas a ningún lado. Que me he tirao' desde aquel árbol, ¿lo ves? Y no lo he hecho para luego perderte.

Alma miró hacia donde señalaba, había sido una caída dolorosa seguramente, era bastante alto y de ramas añosas, gruesas. Confió en su palabra. Volvió a verlo, él la miraba con insistencia. Hizo un gesto

tímido con el rostro y le indicó que sí, que estaba de acuerdo con lo que él quería intentar. Lentamente comenzaron la tarea de cambiar sus lugares, rotar posiciones sin soltarse ni resbalarse. La soga no estaba atada al cuerpo de Paulo tan fuertemente como para impedirle que girarse en el interior del círculo que lo rodeaba. La correntada dificultaba los movimientos, los hacía torpes y lentos, Paulo cambiaba su orientación. Parecía un juego dentro de una pileta, solo que no se trataba de un juego ni de una pileta, exponían la vida en una inundación sin precedentes. Cuando logró girarse por completo, tomó con sus manos las piernas de Alma. Las posicionó en su cintura, sin querer tocó la herida en el muslo de Alma. Se sentía un tajo bastante grande. Ella gritó.

—Perdón, pequeña, no recordé tu herida, ¿te he lastimao' aún más?

—No, no, está bien, no te hagas problema, ya pasa… Me arde bastante. —En medio de la situación, Alma tuvo un pensamiento ridículo, pensó que ese hombre usaba un apelativo incorrecto para ella. Jamás nadie la había vuelto a llamar «pequeña» desde sus trece años, cuando había logrado crecer hasta su metro setenta. Se deshizo de ese razonamiento enseguida. Cuando, luego de unos minutos interminables, lograron quedar en la posición deseada, Alma le pasó los brazos por el cuello y Paulo le dio indicaciones.

—Tómate fuerte. Con tus piernas aprieta y mantente unida a mí. Trataré de sacarnos de la corriente.

Alma estaba en su espalda, lo apretó contra su cuerpo. Tenía su boca al lado de su oído y le respondió con voz más segura.

—Quedate tranquilo, me voy a quedar muy quieta, no sea cosa que te haga hacer más fuerza por estar moviéndome como una loca. Estoy asustada, pero entiendo los riesgos.

Paulo giró levemente la cabeza hacia donde estaba la boca de Alma. El susurro le había producido un estremecimiento en todo el cuerpo y lo había sorprendido, además, el cambio de actitud de Alma, su seguridad y su tranquilidad.

—*Okey*. Maurooooooooo, ¿me escuchas? ¿Puedes tirar de la soga hacia ti? ¡Yo intentaré hacer lo mismo, así podríamos acercarnos a las fachadas de las casas y tomarnos de algún lado, esta puñetera soga me está por cortar al medio! —Paulo gritaba, el agua corría de frente a él y no lo dejaba escuchar la respuesta de Mauro, incluso no podía verlo claramente, le salpicaba al golpearle el pecho y le caía directamente en los ojos. Se sentía en una postura casi antinatural, la corriente quería llevarlo, pero él y su preciosa carga se empeñaban en quedarse allí, como una roca se queda en medio del arroyo y soporta

estoicamente la fuerza acuática.

Mauro entendió lo que Paulo le pedía, contestó elevando la voz, aunque supo que Paulo y la mujer no podían escucharlo. Le hizo una seña con el dedo pulgar. Comprobó que la soga estuviese bien atada al barandal. Luego comenzó la tarea de tomar pequeñas porciones de soga y arrastrarla hacia sí, usando toda la fuerza de la que era capaz. Enroscó la primera parte de la soga, que pudo subir alrededor de su cuerpo para ayudarse. Estaba muy pesado. Era el peso de un hombre como él más el de la mujer, y a eso debía sumarle el del agua que corría en sentido contrario al que él intentaba rescatarlos. Lentamente comenzó a acercarlos. Mauro parecía Sansón, estirando su anatomía para atraer dentro del balcón una porción de soga; las venas de los brazos y del cuello se le marcaban. El esfuerzo era terrible. Paulo lo observaba desde abajo, supo que Mauro era un hombre fuerte, pero que no aguantaría todo el recorrido. Debía encontrar algún lugar donde protegerse, por lo menos salir de la correntada. Comenzó a tirar él también de la soga para adelantarse, mientras miraba con detenimiento las fachadas. La cuerda le empezaba a lastimar las manos. Avanzaba unos centímetros y luego la fuerza del agua le hacía retroceder un poco de lo adelantado. Las manos le ardían, la soga estaba quemándolo. Imaginó que Mauro estaba sufriendo las mismas consecuencias en su piel.

El caudal, evidentemente, estaba bajando, lo que era buena noticia, pero eso hacía acelerar la corriente. Las fachadas mostraban la marca final, la más alta del agua, y luego se veían los arañazos que quedaban cuando el líquido aceitoso se retiraba y dejaba rastros de su pasada. «Bien, si el ya está bajando, en poco tiempo estaremos a salvo». Vio el zaguán de una casa de dos pisos a su derecha, una residencia vecina al edificio de Mauro. Al bajar el nivel estaba descubriendo el pórtico. El zaguán era estrecho, Paulo supuso que tenía algunos escalones, podrían dejar de flotar y descansar. Si pudieran acercarse lo suficiente, cabrían los dos. Seguirían sumergido, pero evitarían la corriente protegidos por las paredes que se adentraban en la fachada. Sin soltar la soga, intentó nadar contra la furia del elemento. Era imposible: por su peso y el de la mujer, la física le explicó en segundos que esa era una batalla perdida. En su intento, se acercó a la casa, pero la inercia volvió a alejarlo en un movimiento brusco. Hizo un esfuerzo sobrehumano y logró casi tocar la pared, nuevamente el envión lo llevó en sentido contrario luego de tocarla. Vislumbró una posible solución, levantó la cabeza y le gritó a Mauro:

—Necesito que me ayudes a columpiarme con la soga, necesito

llegar al zaguán de la casa de al lado de tu edificio. Ahí estaremos a resguardo.

Mauro nuevamente hizo una seña para avisar que había entendido, aunque esa vez no podía usar sus manos. Hizo una bajada leve de su cabeza. Se había ido alejando de la baranda del balcón a medida que hacía fuerza. Comenzó a moverse por el espacio para generar un movimiento ondulante en la soga.

Paulo y Alma lo replicaron, abajo. El primer acercamiento no alcanzó, pero en el segundo Paulo logró asirse, con una mano, de la manija de la puerta. El resto de su cuerpo seguía en posición horizontal por ser arrastrado por el torrente. Sus brazos tomaron protagonismo (en momentos como esos, agradecía haber ido siempre al gimnasio, estar en forma y tener resistencia). Logró meterse por entero en el pequeño zaguán. El agua seguía corriendo con furia fuera de ese espacio reducido, pero en franca bajada. La puerta estaba grasienta y apestosa, pero para ellos pareció el paraíso, un cubículo donde aún estaban sumergidos pero hacían pie por estar a varios escalones sobre la vereda. De costado a la abertura, uno detrás del otro, se acomodaron. Paulo ocupaba casi por completo la profundidad del zaguán, el ancho de sus hombros coincidía con la pared perpendicular a la entrada. Cuando dejaron de sentir la presión del agua, Alma soltó su agarre en Paulo. De a poco comenzó a desasirse. De nuevo, le habló al oído (aún seguía en su espalda):

—¿Ya me suelto?

—Sí, lentamente ve aflojando. Si compruebas que tus piernas no pueden sostenerte, me avisas. Yo me voy a ir girando de a poco. Así que primero baja tu pierna derecha, esa no es la que tienes herida, ¿no es así? —Paulo temía que el tiempo flotando hiciera que, al ponerse de pie, Alma perdiese la estabilidad.

—No, esa está bien.

—*Okey*. Baja esa primero y apóyala para ver si haces pie.

Paulo estaba parado dentro del zaguán, habían entrado y aún no sabía si ella haría pie. El pórtico tenía, tal y como había sospechado Paulo, dos escalones altos que los elevaba sobre el nivel de la vereda. Alma apoyó su pie. A Paulo, el agua le llegaba por debajo del pecho; a ella, arriba de los hombros. Cuando apoyó la pierna en el suelo, con sumo cuidado, y pisó sobre seguro, comenzó a soltar la izquierda, que estaba lastimada. Sintió un dolor punzante agudo y emitió un gemido que escapó de su garganta. Paulo escuchó y giró rápidamente sobre su eje. Quedó de frente a ella.

—¿Te he lastimado? Te pido disculpas —dijo con gesto compungido.

—No, quedate tranquilo, es la pierna, la que me lastimé y que seguro van a tener que cortarme por la infección machaza que me estoy agarrando. Nada más. —Lo miró con ojos de agradecimiento—. ¿Cómo voy a poder agradecerle, señor de ojos lindos, que se puso en peligro para salvarme la vida, a mí, que solo era una cosa flotando en el agua? GRACIAS —le dijo con un sentimiento tan grande en los ojos que Paulo se sintió avergonzado—.Gracias por haberme salvado. De verdad. Nadie más se hubiera tirado para salvar a una desconocida.

—No es nada, bonita, ya me pagarás con alguna rica cena antes de que me marche, con seguridad —propuso él con una sonrisa tan genuina como seductora. Levantó levemente la ceja derecha al mismo tiempo. Alma se sonrió, la tomó por sorpresa la reacción de Paulo.

—Va a ser un placer cocinarte algo rico cuando pueda volver a mi casa. —Rio ella a su vez. Aprovechó la ocasión para presentarse—: Hola —pronunció, y le dio la mano a modo de saludo—, soy Alma Recabarren, es un placer conocerte, ah, y que te hayas cruzado justo cuando estaba a punto de morir. —Hizo el gesto de saludarlo de manera formal, fuerte y segura.

—Un placer conocerte, Alma, ¡qué hermoso nombre tienes! Yo soy Paulo Girat, español, nacido en Madrid, donde vivo cuando no estoy trabajando. —Tomó la mano de Alma y la apretó a su vez.

—¿Español? ¡Uy, mirá vos! Mis abuelos son vascos, los paternos digo. Viven acá desde hace años, pero siguen insistiendo en hacer la guerra a España.

—¡Pues que me lo he imaginado con semejante apellido! Mira tú, mi madre es española, pero mi padre, argentino.

—Tal vez ahora mis abuelos tengan otra visión de los españoles —dijo riendo—. ¿Y tus padres viven allá o acá? —Alma preguntaba con su cara sorprendida, con las cejas levantadas. Casi sin darse cuenta, empezó a sentir todo el frío que no había tenido mientras flotaba (tal vez era la adrenalina la que se lo impidió mientras se supo en peligro). Su barbilla comenzó a temblar sin que ella pudiera contenerla.

—Mi madre vive en Madrid, compartimos apartamento. Mi padre falleció antes de que yo naciera. Es uno más de los desaparecidos de tu país. —El rostro de Alma se contrajo como si hubiera sentido un dolor profundo. Paulo reflexionó que ese tema seguía siendo una herida abierta para todos los argentinos, como lo era para su madre.

—Uy, qué triste, Paulo, qué mal que tu viejo haya muerto de esa manera. Debió de ser muy duro, ¿no? —logró articular Alma luego de unos segundos de pensar qué decirle a alguien que había sufrido algo tan terrible. Cuando pronunció su nombre, paladeó el sonido de cada vocal y consonante, apreció la belleza de cada letra, lo sintió un

paraíso de la pronunciación.

—Alma, no llegué a conocerlo, mi madre se escapó embarazada de mí. Y él ya estaba en cautiverio o muerto cuando nací, casi seis meses después. —Alma cubrió su boca con la mano, en señal de sorpresa. Paulo continuó su relato—: No fue tan duro, mi madre lo hizo presente cada noche. Ella me acostaba y me contaba cuentos donde mi padre tenía aventuras, así armé la imagen de él. Me hizo falta muchas veces, pero mi madre hizo un buen trabajo.

—Qué linda tu vieja; un dulce de leche —Alma logró pronunciar las palabras a pesar de cómo le temblaba la barbilla. Paulo observó que no cesaba de temblar.

—¿Estás bien? Tienes frío.

—Sí, tengo bastante frío, ¿se nota?

—Sí, sí, se nota… pero no sé cómo hacer. No tengo forma de darte algo seco que te abrigue.

—No te preocupes, ya pasará. El frío me recuerda que aún estoy viva, y eso es bueno —analizó Alma tratando de contener el temblequeo, quería olvidarse del frío, así que intentó retomar la historia—. ¿Y viniste a trabajar? Dijiste que, cuando no estás trabajando, vivís en Madrid, ¿te trajo tu trabajo?

—Sí y no. Mi jefe me mandó a hacer una investigación y aproveché para venir a saludar a mi familia paterna que aún vive aquí. Y, de pasadita, dejar flores a mi padre en su tumba.

—Ah, pero entonces, ¿lo encontraron?

Paulo le contó la historia de la recuperación e identificación de los restos. Alma escuchaba atenta. Intentaba no pensar en el frío que sentía. El tono de voz que debían usar era alto, el agua bajaba, razón por la cual su sonido era cada vez más elevado. El hecho de estar tan cerca, en un espacio tan reducido, ayudaba a la acústica. Paulo hacía ademanes al hablar y, en un momento, corrió su cabeza y dejó ver las manchas que el agua dejaba en el muro. Alma se distrajo, se quedó mirando, pensativa, la pared que estaba detrás de Paulo. Comprobó que el nivel disminuía.

—¿Qué sucede, Alma? —dijo Paulo notando la distracción en Alma.

—Nada, nada, es que me quedé mirando la pared que tenés atrás, fijate —señaló Alma, y Paulo miró hacia donde le indicaba el dedo de ella—. ¿Ves? El agua está bajando, creo. —Tocó la pared y recorrió unas líneas dibujadas por la grasitud del agua.

—Sí, lo he notado hace rato. Por suerte esto está mejorando. Cuando dejó de llover y comprobé que el agua seguía subiendo, vaya, pues me atemoricé bastante. —Luego pensó que quedaba como un

cobarde, así que se apuró a aclarar—: No porque sea un gallina, sino porque no me parecía natural que siguiera subiendo. Digo, lo esperable hubiera sido que, al cesar la lluvia, el agua empezara a bajar rápidamente, ¡parecía algo pensado por el diablo!

—Sí, te entiendo —respondió Alma riendo—. La realidad es que yo estuve varias cuadras intentando agarrarme a algo para parar, pero fue imposible. Me enredé el cuerpo en varias cosas, bolsas de basura, mugre, me choqué a dos ahogados y un automóvil… De verdad parece algo planificado por alguien diabólico.

—Pues, mira, belleza, no sé si del diablo, pero alguien allá arriba nos juega una mala pasada. —El frío invadía el cuerpo de Alma, él lo notaba, los labios estaban azulados y el cuerpo se sacudía por los temblores. Paulo pensó de qué modo podría darle calor. En un segundo surgió una idea, pero no quería que Alma se sintiese incómoda o pensara que él tuviera otras intenciones.

—Yo creo que también alguien allá arriba, o varios, nos están cuidando. Cruzaron nuestros caminos y, finalmente, nos salvamos, ¿no te parece?

Alma terminó la frase y la acompañó con una sonrisa. Paulo volvió a sentir que su corazón se aceleraba, como cuando la identificó en el agua y vio su belleza.

—Vale, tienes razón. Ha sido una muy original forma de conocernos, ¿no crees? —sugirió Paulo con esa sonrisa tan seductora que Alma ya había visto una vez y que la hacía sentir tan bien.

Paulo aprovechó el momento para acercar su mano al rostro de Alma, estaba mojado, el cabello sucio y enredado, y sobre su mejilla izquierda tenía pegada una hojita de árbol. Paulo intentó tocar el perfil sonriente de Alma y, con el dedo índice, quitar la hoja. Alma se asustó; en un acto reflejo, intentó correr hacia atrás el cuerpo, pero el agua (si bien estaban fuera de la correntada, se armaban remolinos en el interior del zaguán) la hizo resbalar y casi cayó nuevamente. Paulo notó el movimiento violento de Alma, la tomó con fuerza por la cintura y la apretó hacia su cuerpo.

—Ayyyyyyyyyy. Casi me caigo de nuevo, menos mal que me agarraste otra vez.

—Te lo he dicho, niña, que si me tiré a salvarte, no te dejaría ir después —le recordó Paulo con su sonrisa.

Estaban muy cerca. Casi podían sentir el aliento de cada uno golpear en los labios del otro. Paulo comenzó a soltarla con lentitud, aunque su instinto le dictaba otra acción. Sentía la urgencia de besarla, necesitaba saborear esos labios. Nunca, desde que estaba con María de los Ángeles, había sentido ganas de besar a otra. Esa mujer

estaba cambiando sus reglas. De todos modos, debió recordarse que ese no era buen momento para besarla, había pasado por demasiadas cosas. La soltó casi del todo, y seguían mirándose con insistencia.

—Perdón, te he asustado. Solo quise sacar una hoja pequeña que tenías en la mejilla, nada más.

Alma, avergonzada, bajó el rostro unos segundos, luego lo subió iluminado con una sonrisa.

—Disculpame vos, no estoy acostumbrada a tener a un caballero delante. Vos sos todo un caballero. ¡Te falta la armadura solamente! Perdoname.

—No, perdóname tú a mí. No quiero asustarte por nada del mundo. —Observaba el temblor que recorría el cuerpo y el rostro de la joven. La palidez se acentuaba por el azulado de los labios—. Oye, en situaciones de mucho frío, la única forma de darse calor para sobrevivir es con los cuerpos. No quiero que malinterpretes mis palabras, pero creo que deberíamos abrazarnos para darnos calor, hasta que baje el agua al menos. Alma escuchó su idea y, cuando entendió lo que le proponía, no pudo evitar que sus mejillas se pusieran levemente rojas. Lo miró desconfiando, como midiendo lo que le decía, pero el frío que sentía era tal que tardó poco en evaluarlo. Lo miró y, con decisión, le dijo:

—Bueno. ¿Cómo hacemos? —Se quedó observándolo. Meditó que el hombre que tenía delante era hermoso. Tenía un color tostado en todo el rostro, unos ojos grises intensos. Las pupilas estaban enmarcadas por unas pestañas negras, tupidas y arqueadas. Al estar mojadas por el agua, se habían pegado entre sí. Las cejas eran también oscuras y densas. Los pómulos bajaban hasta una boca de labios gruesos y delineados. Una barba de un día hacía el marco de una sonrisa perfecta con dientes blancos y parejos en su interior. La nariz era recta, como la de esas estatuas griegas que tanto observaba cada vez que entraba en un museo; Alma solía mirarlas detalladamente, sin cansarse. Tenía el cabello algo crecido. Caía rozando los hombros y, en la parte de la frente, se le había pegado, formando un jopo largo. Se adivinaba castaño oscuro, o al menos eso pudo suponer Alma.

—Bien —dijo Paulo, algo sorprendido de que esa mujer no desconfiara y que tuviera mente práctica como él—, veamos, creo que lo mejor será que te gires y que apoyes tu espalda en mi pecho. Así te daré calor en ese sector y, pues, si me permites, te abrazo y te cubro el resto del cuerpo. Creo que así sentirás algo de calorcillo, lo suficiente para que dejes de temblar y no pilles una pulmonía. —Terminó su idea y se quedó a la espera de la respuesta de Alma.

—Okey, hagámoslo —respondió ella, y puso manos a la obra para

voltearse. Era difícil hacerlo sin resbalar. Lo fue haciendo lentamente, ambos en silencio. Ella lo tomó con su mano derecha; él le dio la izquierda. Y como quien hace un giro en medio de un baile, Paulo fue rotándola lentamente, sosteniendo con su mano derecha el resto del cuerpo de Alma. Cuando ella terminó la vuelta de ciento ochenta grados, dio un medio paso hacia atrás. Su espalda chocó con el pecho fuerte y marcado de músculos de Paulo (un pecho que se adivinaba en la chomba empapada y celeste que tenía puesta). Se apoyó contra él. Empezó a sentir levemente el calor, pero también comenzó a sentir a un hombre demasiado cerca de ella. Al principio, Alma agradeció que su rostro estuviera orientado hacia el lado contrario y que Paulo no pudiese ver lo colorada que estaba en ese momento.

—¿Mejor, hermosa? —consultó Paulo aún preocupado por darle calor y que ella no pensase que eran otras sus intenciones. También él agradecía que el agua fría lo cubría de la cintura para abajo; en esa posición en la que se encontraban, y sin el agua, no hubiera podido controlar la expresión de felicidad de su cuerpo al tenerla tan cerca y pegada a él.

—Sí, Paulo, algo mejor. Empiezo a sentir un poquito de calor, gracias de nuevo. —Cerró los ojos sintiendo bienestar, hizo un silencio que Paulo también respetó—. Está visto que estás destinado a ser mi salvador hoy. ¡¡Decime que tenés un sándwich de milanesa escondido y te beso los pies!! —Alma lo dijo riendo francamente.

Sorprendido por la frase de Alma, Paulo no atinó a decir nada, solo se rio con muchas ganas, la primera vez en toda la noche. Su risa rebotó en las paredes del zaguán. Se escuchó franca y masculina.

—Pues, mira, eso te lo debo. Que no tengo nada pa' comer. Pero como viene bajando el agua, en un rato podremos salir de aquí. Mauro, el del balcón, nos dará algo caliente. Quédate tranquila. —Y continuó con su tarea de pasarle los brazos por delante para darle más calor.

Los acomodó arriba de sus pechos y debajo del cuello. Un lugar algo incómodo, razón por la cual tomó los de Alma y los guio para que ella los colocara primero sobre ese lugar, y él colocó los suyos encima. Alma comenzó a sentir el bienestar del calor corporal, si bien un poco por arriba de su cintura aún sentía el agua. Le ocurría lo que muchas otras veces, cuando estaba en una pileta o en el mar. Por debajo del agua sentía el cuerpo calentito, pero por arriba, el viento y la temperatura la hacían temblar sin control. El cuerpo entero de Paulo y sus grandes brazos la protegían del frío justo donde ella lo sentía: la espalda y el pecho. Se mantuvieron un rato en silencio, tal vez la vergüenza de sentir sus cuerpos en contacto les impedía retomar la

charla. Alma no soportaba esos silencios incómodos en las situaciones de encuentros con otros. Era la típica persona que se ponía a hablar de cualquier cosa, el tiempo, fútbol, política, música; todo tema era bueno para evitar esos instantes. Sin embargo, en ese momento no se sintió incómoda. El calorcito iba adormeciéndola, se sentía a gusto, en paz, como cuando flotaba en la corriente y había decidido dejar de luchar. El sonido del agua parecía un arrullo.

—¿Sabés una cosa, Paulo? —Sin esperar respuesta, continuó—: Había decidido morir, había decidido dejar de luchar. Hacía más de una cuadra que había dejado de intentar agarrarme de algún lado para salvarme y me entregué en paz a la muerte. —No estaban de frente, así que creyó necesario elevar su voz, y eso contrastó de plano con la intimidad de lo que estaba diciendo. Era algo para decir casi en susurros, pero nada en ellos era lo típico. Agregó—: La muerte me ha cercado varias veces y nunca me llevó, pensé que era mi momento… y no. De la nada apareciste vos y me salvaste.

—¿Por qué dices que la muerte te ha acercado? —Paulo acababa de sentir un escalofrío que le recorrió la espalda al escuchar las palabras de Alma, le intrigó saber qué situaciones había tenido que vivir esa mujer que ahora en ese momento estaba, literalmente, en sus brazos.

—Es largo, Paulo, tengo historia con la muerte. No quiero sonar melodramática, pero es así. No le temo, no me río de ella tampoco, ha estado cerca de mí en varias oportunidades, en algunas de ellas hasta le he rogado que me lleve. Pero parece que se burla de mí, que me hace creer que ya llega mi momento y luego me hace sobrevivir.

—Dios nunca juega con nosotros, pequeña, creo que simplemente nos pone a prueba. Pone a prueba nuestra fe en él. Sé que has debido de pasar situaciones muy difíciles para pensar eso, pero estás aquí, eso significa que has pasado las pruebas, que eres una luchadora, una mujer fuerte.

—Puede ser… viéndolo ahora, desde la distancia, puedo entenderlo de esa manera. Cuando uno está inserto en el momento, parece que el mundo se le viene encima y que Dios te ha abandonado. —La conversación se estaba poniendo demasiado filosófica para estar donde estaban y en la situación en la que se encontraban. Alma decidió cambiar el rumbo—. Demasiada filosofía y teología juntas para estar en el agua, ¿no? —dijo, entonces, con un tono más alegre —. ¿Y qué tipo de trabajo hacés vos?

—Soy periodista, trabajo para un periódico digital.

—No te puedo creer, ¿y para qué diario trabajás?

—Escribo en el ABC de España, lo hago desde el lugar del planeta

al que me envíen y mis palabras vuelan por el ciberespacio para llegar a término a la fecha de entrega.

—Nooooooooo, ¿en serio?

Alma adoraba en un hombre la elocuencia, el discurso bien armado, el uso de la ironía y de la picardía. Recordó con una sonrisa una frase que le había dicho hacía tiempo Amanda, una en la que había ironizado acerca de ese gusto por la forma de hablar de los hombres: «Ay, amiga, vos y tus gustos. No te puede atraer un tipo lindo y punto. El pobre tipo tiene que pensar y hablar demasiado bien. Sos muy exigente vos. —De pronto había comenzado a hablarle a la pared, como si tuviera delante a un hombre—. Verá usted, gentilhombre. Mi amiga es una mujer muy ardiente, aunque usted no lo crea y ella no lo demuestre, solo que a ella la buena ortografía la excita textualmente, caballero. Sepa usted disculpar, pero no está a la altura». Esa ocurrencia de Amanda las había hecho reír durante días, y cada vez que algún hombre se acercaba a ellas en algún lugar, con intenciones claras de seducirlas, lo recordaban, se mataban de risa y lo corrían diciendo esas frases en inglés. El tipo salía creyendo que eran turistas y que no tenía chance. Volvió al presente cuando la voz extrañada de Paulo le respondió:

—Sí, es verdad, ¿por qué te mentiría? —planteó Paulo algo confundido por la expresión bien argentina de Alma.

—Está bien. —Reía abiertamente Alma mientras hablaba—. No es que desconfíe de lo que decís, es que no puedo creer la casualidad —mencionó eso sin pensar, debería explicarle lo de la casualidad sin confesarle que los hombres que le habían gustado toda la vida eran personas que manejaban muy bien el discurso.

—¿Eres periodista tú también acaso?

—No, no. No soy periodista. Cuando dije lo de la casualidad, me refería a que estudié mucho el tema de la escritura y de la literatura. Estudié Profesorado en Letras. No llegué a recibirme, pero solo me faltaron muy poquitos finales. Mis dos mejores amigas, de hecho, se recibieron. Y amo los libros, las historias, las sensaciones que me generan. Participo de cuanto blog y página encuentro sobre este tema encuentro.

—Bueno, pues sí que es algo curioso. No me imaginaba que la escritura fuese parte de tu vida. ¿Escribes algo? ¿O solo lees? —Alma hizo ademán de responder y él rápidamente agregó—: Debo aclarar que mis escritos no son literarios, son periodísticos. Pero el manejo del lenguaje es mi vida también.

—No escribo, es decir, ahora no escribo. Lo hacía cuando entré en la Universidad, pero estudiar a los grandes escritores y a los críticos

literarios, tantas teorías que sirven para entronizar a un libro pero para destrozar a otros. La verdad, me quitó la inspiración. No volví a escribir. Sigo siendo una ávida lectora.

—Pues verdaderamente es una lástima que la Universidad haya producido ese efecto en ti. Creo que todos tenemos mucho para decir en esta vida, y quienes podemos usar como material la palabra, debemos hacer arte con ella. Nuestra misión es transmitir con esta, así como otros lo hacen con la pintura, la escultura, la danza y otras artes.

—Sí, tenés razón, pero uno no puede manejar esos mecanismos internos. A mí se me fue la inspiración y ya no volvió. Ahora uso vidrio.

—¿Vidrio? Me he perdido, ¿cómo es eso?

—Bueno, he aprendido a trabajar el vidrio para lograr piezas de decoración o *bijou*. Esa es mi forma actual de ganarme la vida.

—Bien, ahora entiendo.

—Soy una artesana, tengo un puesto de arte de vitrofusión en una feria artesanal, y con eso vivo.

—¿Y cómo es eso de hacer arte con vidrio? —preguntó interesado.

—Trabajo cortando el vidrio plano, el vidrio *float*, lo pinto siguiendo patrones o dibujos, con pigmentos específicos, y luego lo llevo a un horno especial, a ochocientos grados, donde el material fusiona y adquiere formas y texturas increíbles. Los tintes que uso cambian sus colores al llegar a la temperatura, y algunos hacen efectos hermosos, como burbujas. No es por agrandarme, pero soy buena en eso.

—No lo dudo —agregó Paulo.

—Tengo muchos clientes fijos que me encargan piezas. Un restaurant de la ciudad me encargó fuentes y centros de mesa; un restaurant japonés de sushi, la vajilla. Así que estoy feliz. Ahora la literatura es mi escape. Cuando termino de cortar y pintar las piezas, y solo queda hornearlas, enciendo el horno, lo programo y me voy a otros mundos. Me siento y leo, vivo las vidas de los personajes y tengo las aventuras más extraordinarias.

Esa mujercita no dejaba de sorprenderlo, tenía una mente inteligente y, además, tenía el don de crear arte con sus manos.

—Pues estoy seguro de que me mostrarás tu arte y compraré muchas cosas contigo. Mi madre es adicta a las artesanías, es una loca por la ferias. Así que ya tienes un potencial cliente al que puedes pelar. —Largó una carcajada fuerte.

Alma no pudo evitar pensar el doble sentido de sus palabras y comenzó a reír con ganas. El agua ya había bajado lo suficiente. Ya era de día. El nivel les llegaba al muslo. No corrían peligro ya. Paulo

se percató de eso, pero no quería soltarla. Estaban tan bien, tan cómodos en ese momento, en esa posición. Escucharon desde arriba un grito inconfundible:

—Gallegoooooo, ¿están bien? ¿Están ahí todavía? El agua bajó. No creo que los arrastre ya. Vengan para la puerta del edificio que les abro. Suban a tomar algo caliente y cambiarse de ropa.

«La madre que me parió, este Mauro me está echando a perder el ligue». Ya no podía pasar por inadvertido, debían separarse. Trató de hablar con naturalidad, como si el hecho de tener que soltar el abrazo no le molestara.

—¿Estás bien, Alma? ¿Te sientes con fuerzas para caminar y subir escaleras?

—Sí, estoy segura de que podré caminar y subir, ¡¡más, pensando en un rico y caliente café con leche!! —contestó Alma algo contenta por poder salir de esa situación acuosa, aunque, a la vez, abandonar los brazos salvadores no era tan grato—. No te das una idea lo que me duelen los pies, de estar parada, digo, y la pierna, un poco —agregó mientras levantaba uno del piso, aunque seguía sumergido, y comenzó a girarlo como haciendo un masaje en el tobillo. Primero uno y luego el otro.

—Vayamos entonces —propuso Paulo, esperando que ella diera el primer paso, puesto que, literalmente, debía darlo—. ¡Allá vamos! —gritó para ser oído por Mauro.

Comenzaron la tarea de destrabar sus cuerpos, que se habían acoplado tan perfectamente. Ambos sintieron escalofríos al perder el contacto. Caminaron en el agua (aún bastante alta como para dificultarles la caminata), primero de manera muy lenta, ya que tenían las piernas entumecidas; luego, un poco más rápidamente. La pierna lastimada de Alma la hacía renguear, porque cuando la apoyaba para dar el paso sentía una puntada que la recorría. Ya no sangraba, pero dolía. Salieron del pórtico, que los había protegido, a la calle. El nivel, que dentro del zaguán les llegaba casi a la rodilla, al bajar a la vereda subió casi a la cadera. Les permitía caminar, aunque tenían algunas dificultades para moverse con rapidez. El panorama, desde que se habían protegido en la entrada de esa casa, había cambiado. La calle se adivinaba en el nivel del agua que seguía bajando. La claridad del día dejaba ver en las paredes los rayones de la sustancia viscosa que estaba suspendida sobre la superficie, que había descendido. La basura se iba estancando en recovecos. La mirada general daba la idea de que había caído un meteorito y se había destrozado la ciudad. Ambos miraron hacia todos lados, no podían creer cómo estaba quedando todo. Paulo tomó de la mano a Alma, instintivamente. Ella lo aceptó

del mismo modo. Él enfiló para la puerta del edificio de Mauro, vio que se abría y sintió que algo le molestaba en la cintura. Era la soga que aún colgaba de él. Soltó brevemente la mano de Alma, quien lo miró sin entender. Luego bajó la vista y vio la lucha entre Paulo y la soga grasosa que los había sostenido y salvado de seguir a la deriva. Intentó ayudarlo a desatar los nudos, pero estaban muy difíciles. Caminaban hacia la puerta. Cuando se encontraron de frente a Mauro, pudieron dimensionar la fuerza de aquel hombre que los había socorrido. Medía más que Paulo, y eso era decir mucho. Mauro parecía una mole.

—¿Qué pasa, gallego? ¿Te ayudo? ¿Qué pasa que no entran?

—Este puñetero nudo, Mauro, que no puedo desarmarlo.

—Vení, gallego, vení que te lo desarmo yo.

En ese momento, Paulo encontró la vuelta que le faltaba y logró desarmar el primer tramo del nudo. Siguió rápidamente con las otras partes y se sintió libre. Un dolor constante aunque no muy fuerte le recordó la cantidad de horas que esa soga había formado parte de su cuerpo. Entraron rápidamente al *hall* de acceso al edificio, que aún estaba inundado, pero el nivel era bajo. Paulo se acercó a Mauro y, casi sin pensarlo, lo abrazó como lo hace uno cuando se reencuentra con alguien que hace mucho tiempo no ve. Esa noche en el árbol, la buena predisposición de Mauro de ayudarlo, a él primero y a ambos después, los hermanaba. Mauro aferró a Paulo a su vez. Sin palabras. Solo abrazo. Únicamente aquellas personas que habían vivido esa misma noche situaciones parecidas a aquella entenderían el lazo que se había generado entre ellas.

—Gallego, un gustazo poder saludarte como se debe. Pensé que te perdía, ¡y encima, después de que me banqué toda la charla de la noche para que no te me durmieras, te me tirás para salvar un bulto! —En ese momento, Mauro giró la cabeza y la posicionó en el rostro de Alma—. Aunque si hubiera advertido este rostro hermoso, yo mismo me hubiera tirado del balcón, loco. —Con una sonrisa abierta y sincera, Mauro se acercó a Alma para saludarla—: Hola, bonita, soy Mauro Pellagatti, espero que no te hayas aburrido tanto tiempo con el gallego, no tiene mucha onda el loco este. —Los tres rieron.

—Hola, Alma Recabarren —dijo cuando Mauro ya estaba sobre ella y la abrazaba. Ella recibió el abrazo sin decir palabra, luego agregó—: Gracias por ayudarnos, Mauro, si no fuera por vos, ambos hubiéramos terminado muertos en algún arroyo.

—Es cierto, Mauro. Gracias, realmente increíble tu ayuda. Y la de tu madre. A propósito, ¿cómo está ella, sigue arriba?

—Sí, durmió re poco. Estaba preocupada por vos y porque yo me

cayera. Madres… Siempre serán iguales. Vengan, mi vieja les preparó un desayuno y tiene algo de ropa seca.

Tomaron las escaleras hasta el primer piso. La madre de Mauro los esperaba en la entrada del departamento. Todo seguía a oscuras, no había luz.

—Vengan, chicos, pasen. Siéntanse como en sus casas. Ay, nena, estás empapada. ¡Uyyyy, y helada! Vení, vení. Mauro, yo acompaño a la nena que se dé una ducha caliente y rápida en mi baño. Vos llevalo a Paulo al tuyo para que haga lo mismo.

—Dale, vieja, no hay problema. Che, pero no tarden mucho, ¿eh?

Alma y Paulo fueron separados en ese momento, ambos caminaban como autómatas llevados por sus guías. Se miraron con una sonrisa. Alma entró en el lavado. Mónica, la madre de Mauro, le alcanzó un toallón seco y limpio, le indicó dónde encontrar todo. Le dio una pequeña pila de ropa y le dijo:

—Nena, ¿cómo te llamás? No te pregunté nada, perdoname.

—Soy Alma, un gusto. Muchas gracias por todo lo que está haciendo por nosotros, de verdad.

—Nada de eso, corazón, dejate de embromar. ¿Cómo no ayudar? Esto es una catástrofe, nena, si no nos auxiliamos entre nosotros, ¿quién va a venir a hacerlo? ¿El gobierno? Sí, justo. Esos van a venir mañana o pasado a sacarse fotos para las elecciones, a tirarnos unas bolsitas de algo. Pero cuando realmente se los necesita, no aparecen, ¿dónde estaban anoche todos esos? —Mónica hablaba mientras preparaba la ducha de Alma y como si lo que decía fuera una verdad universal—. Escuchame, Alma, ¡ayyyy, mirá que tenés lindo nombre vos!

—Gracias. Pero yo no sé el tuyo aún.

—Uyyyy, qué bruta soy, perdoname, soy Mónica. Te decía, acá te dejo esta pilita de ropa, es de una sobrina que suele venir a quedarse de vez en cuando. No es tu talle, pero al menos es ropa limpia y seca.

—Gracias, Mónica, no hay problema. Además, te prometo traerla mañana mismo lavada y planchada, quedate tranquila.

—Pero dejate de embromar, dale, andá a bañarte.

Mónica salió del cuarto de baño y Alma procedió a desnudarse. La ropa era realmente un asco. Tenía la grasitud del agua impregnada en la tela. Los jeans bajaron con mucho esfuerzo. Observó con detenimiento la herida. No era muy grande, apenas el mismo largo que su dedo pulgar. Estaba cerrada pero fresca. Iba a tener que lavarla con fuerza y con mucho jabón para sacar cualquier tipo de bacteria que pudiera haber ingresado. Entró a la ducha. El agua caliente la reconfortó. Se lavó el cabello, lo tenía enredado, hasta encontró hojas

y pequeñas ramitas rebeldes envueltas en él. También se lavó el cuerpo, friccionando para sacar la sustancia pegajosa que la cubría. Se restregó bastante la herida, lo que hizo que se le abriera nuevamente y que sangrara. Salió de la ducha y se secó el cabello y el cuerpo con movimientos enérgicos. Un hilo de sangre persistente le caía por el muslo. Buscó algo con qué curarse, pero no encontró nada. Se puso un papel higiénico hecho un bollo y apretó durante unos minutos. Abrió y confirmó que no iba a seguir cayendo mucha sangre, había menguado. Se vistió con la remera y el pantalón de gimnasia que le había dado Mónica (ambos eran por lo menos un talle más grande) y salió en busca de los demás. Todos estaban en la cocina. El aroma del café la atrajo. La cocina estaba apenas iluminada por la claridad del ventanal. Sentados a la mesa estaban Mauro, Mónica y Paulo. Paulo, limpio y con ropa seca. Alma le dirigió una sonrisa.

—Buenos días a todos —dijo Alma como si recién se levantara de una larga noche de sueño—. Esa ducha me devolvió la vida. —En ese momento, se escuchó el ruido del estómago de Alma—. ¡La vida y el hambre! —exclamó antes de largar la carcajada. De pronto, Paulo trocó su sonrisa en seriedad. Había visto que, en el muslo, comenzaba a marcarse una aureola de sangre.

—Vení, Almita, sentate acá. ¿Te tomás un cafecito con leche? Tengo unas tostaditas en el horno. Esto de estar sin luz nos vuelve a la época de mi niñez, donde para hacer muchas tostadas se usaba el horno. —Mientras hablaba, Mónica ya estaba sirviendo el café con leche.

—Alma, siéntate rápido, la herida está sangrando —advirtió Paulo en un tono grave que alertó a todos.

—¿Herida? —preguntó Mónica sorprendida—. ¿Qué herida, nena?

—No es nada, Mónica —atinó a decir Alma.

—Cuando Alma flotaba en el agua, algo la golpeó en su pierna y la cortó —explicó Paulo a la vez que se paraba y ayudaba a Alma a sentarse. Mónica y Mauro prestaron atención entonces a la mancha que empezaba a verse.

—Ayyyy, nena…, ¿por qué no me dijiste? —reclamó Mónica, preocupada—. Maurito, andá a mi pieza, encima del tocador tengo una caja de primeros auxilios que siempre me llevo cuando me voy de viaje con mi grupo de la Tercera Edad, tráela, que la curamos. —Mauro salió caminando con rapidez.

Paulo la sentó y se arrodilló frente a ella para levantarle el pantalón. Lo hizo con suavidad hasta unos centímetros por arriba del corte. Alma sintió una punzada e hizo cara de dolor.

—¿Duele mucho? —preguntó intranquilo.

—No mucho, algo. Estaba cerrada cuando me empecé a bañar, pero refregué mucho porque tenía miedo de que me hubiera cerrado con bacterias adentro —explicó Alma.

—Hiciste bien, Almita. Lo primero es lavar bien con agua y jabón. Y eso ya lo hiciste. Ahora vamos a ponerte algún desinfectante y taparla. Yo te diría que mañana vayas a una guardia para que te la vean, pero seguro te hacen dar la antitetánica —sentenció Mónica—. No parece muy profunda —opinó a la vez que se calzaba los lentes de ver de cerca y aproximaba el rostro a la pierna frunciendo la nariz y agudizando la vista.

—Es cierto, deberás ir a por el doctor, a que vea ese corte, pequeña.

En ese momento, entró Mauro con la caja. Mónica los corrió a ambos y se puso manos a la obra. Limpió bien la sangre y comenzó a ponerle agua oxigenada sobre la herida. Tenía una forma semicircular, como la boca de un tubo, y se llenaba de espuma al entrar en contacto con el agua oxigenada. Mónica esperaba unos segundos y volvía a comenzar la tarea. Luego de unos minutos de silencio (y de tensión por parte de Alma, que resistía estoicamente las curaciones, a pesar del dolor) armó una tapa de gasa bien gruesa y la adhirió a la pierna con cinta adhesiva hipoalergénica. Cuando estuvo conforme con el resultado, Mónica se levantó y dejó a Alma libre.

—Listo —dijo Mónica—, ahora a desayunar, chicos. Siéntense todos.

Alma se corrió a la silla de al lado, le dejó el lugar que había ocupado a Paulo y lo miró con una sonrisa. Ambos se sentían mejor. Mauro hablaba con Paulo, pero ya ni este ni ella escuchaban. Estaban inmersos en un conjuro. Se miraban de una manera intensa. Paulo no podía creer la belleza de Alma. Cuando la había visto flotando, la adivinó, pero en ese instante la veía mucho más hermosa. La mirada de Alma, de un verde intenso, lo tenía prendado. Mónica dejó las tostadas, el queso crema y la mermelada en la mesa. Acercó una taza grande a Alma. El aroma del café la sacó del hechizo. Y ambos volvieron a la realidad.

—¿Dónde vivís, Almita? ¿Muy lejos? —preguntó Mónica mientras Mauro le hablaba a Paulo de la posibilidad de llevarlo a la casa de su familia en su automóvil, si es que no lo había perdido. Estaba guardado en un garaje alquilado a la vuelta del departamento.

—La verdad es que no sé si estoy lejos o cerca. No sé en qué calle estamos. Perdí la orientación cuando el agua me arrastró.

—Estamos en 35, entre 23 y 24. Casi en 24 —Mauro contestó rápidamente, Alma comenzó a reír—. ¿Qué pasa? ¿Por qué te reís?

—Es que estoy casi en mi cuadra. Vivo en 35, entre 24 y 25, pero mi casita está casi en 25. ¡No lo puedo creer!, es que con el agua y la basura no reconocí nada.

—¿Vives por aquí entonces? —preguntó Paulo, sorprendido.

—Sí, a menos de una cuadra. ¡Qué increíble!

—¿Cuál es tu casa exactamente, Alma? —curioseó Mauro con cautela. El agua había subido casi dos metros, era probable que Alma hubiera perdido todo, excepto que viviese en un primer piso.

—En la esquina hay un chalet, ¿lo ubicás? De la mano de enfrente a este edificio. —Mauro hizo gesto positivo—. Bueno, al lado hay dos departamentos en planta baja y otros dos arriba. Mi departamentito es el primero desde la esquina, el de abajo. ¿Te das cuenta cuál te digo?

—Sí, sí —dijo Mauro—, creo que sí lo ubico. Uno que tiene dos balconcitos, ¿no?

—Sí, esos. El mío es el de abajo. ¡Qué loco! Vivíamos en el mismo barrio y no los conocía. Me mudé hace tiempo, pero no soy de andar en la calle.

Mauro sonrió al comentario de Alma y luego miró con una mirada sugestiva a Paulo. Este entendió que algo no andaba bien y frunció el entrecejo como haciendo una pregunta. Alma se entretuvo hablando con Mónica acerca del barrio y los vecinos. Mauro aprovechó para decirle a Paulo por lo bajo:

—Alma debe de haber perdido todo, gallego, el agua en esa zona rozó los dos metros, su casa es planta baja. Imaginate. Vamos a tener que acompañarla a la casa y ayudarla.

—Ohhh, tienes razón. No lo había pensado. Ok. Terminamos de desayunar y vamos. Veremos con qué nos encontramos.

Alma, ajena a la charla, sorbía el café con leche con adoración. Sentía un bienestar inmenso.

—Tendría que llamar a mi papá y a mi hermana. Deben de estar preocupados. Ayer me vieron salir caminando de lo de mi viejo y ya no supieron nada más de mí. Perdí el celular en la corriente.

—Llevas razón, Alma, pero creo que los celulares están colapsados. El mío por lo pronto se mojó. Pero antes de eso ya no tenía sistema. El tuyo tampoco, Mauro, ¿no es cierto?

—No. El mío tampoco. Esperá que me fijo. —Mauro tomó el celular y comprobó que aún no tenía línea—. No, nada. Y el de línea… tampoco, creo. —Fue hasta la base y lo levantó, luego recordó que era eléctrico y supo que no funcionaba por eso—. ¡Qué pedazo de boludo! Este teléfono es eléctrico. Vieja, ¿dónde está el viejo, el de cable?

—Esperá que lo busco. Lo tengo guardado en una cajita. —Mónica salió de la cocina y regresó en unos minutos con un teléfono de los

tradicionales, color beige claro. Mauro lo conectó y vio que había línea, a pesar de una descarga constante.

—Tomá, Alma, llamá ya, en cualquier momento se corta, se escucha muy mal.

—Dale. —Alma tomó el tubo y marcó el número de su hermana. No quería preocupar a su padre y mejor era que su hermana supiera todo y juntas vieran qué decirle al padre—. ¿Hola, Karen? Uy, te desperté. Perdoname. Sí, soy yo, Alma. Escuchame, ¿no sabés nada de lo que estuvo pasando en La Plata? ¿Ustedes llegaron bien con la nona? Pará, escuchame, pará te digo, dejame explicarte. Yo volví caminando, ¿te acordás? Bueno, acá por mi casa se inundó, mucho. Sí, mucho, más de dos metros. El agua me arrastró y… ¿Karen me vas a dejar explicarte? No grites, no te asustes, estoy bien, ¿no ves que te estoy hablando?

Alma siguió con la ardua tarea de contarle a Karen lo sucedido y dónde se encontraba. Acordaron que Karen iba a hablar con el padre y que en una hora o un poco más estarían en la puerta de su casa para verla y ayudar en lo que fuera necesario.

—Gallego, llamá vos ahora —indicó Mauro, que no quería perder tiempo, temía que el teléfono se cortara en cualquier momento, y sabía lo importante de darles noticias a las familias.

—Ok, Mauro. —Marcó el número de la casa de sus tíos—. Hola… sí, hola. ¿Tía Matilde? Soy Paulo. ¿Cómo estáis vosotros? Yo bien, tía, tranquila. Que he estado bajo el agua un rato largo, pero estoy bien. Me han ayudado unas personas muy agradables y ahora estoy en su casa. ¿Cómo? ¿Casi un metro y medio adentro? Dios mío. Bueno, en cuanto pueda iré a ayudaros. Sí, tía, quédate tranquila. Vale. ¡No! No hables con mi madre, espera que yo llegue. Se va a poner loca si no puede escucharme. Vale. Nos vemos en un rato. Beso, tía. —Paulo cortó y se giró para mirar a sus acompañantes. Todos desayunados, con ropa seca y limpia. Mauro fue el primero en hablar:

—Alma, ¿te parece si te acompañamos a tu casa? Tal vez necesites ayuda.

—Dale, estaría bueno un poco de ayuda antes de que llegue mi familia, no quiero que se impresionen mucho. Paulo, vos tendrías que ir a lo de tus tíos.

—No, de eso ni hablar. Yo voy contigo y Mauro. Ayudamos y luego, cuando estés mejor en tu casa, pues ahí me voy. Ya les avisé que estoy bien.

—Bueno, pero ¿estás seguro?

—Que sí, niña, que estoy seguro.

Los tres saludaron a Mónica, Paulo con dos besos, uno en cada

mejilla, a la usanza española, y salieron hacia la calle.

# Capítulo 5

La calle se encontraba ya sin agua, pero la basura, las ramas, las hojas, los automóviles chocados colmaban aún la ciudad. Era una visión del apocalipsis. La gente salía a ver de qué modo había quedado la zona: vehículos apilados, cuerpos humanos, animales muertos. Los vecinos, comprobando si el resto de las personas del barrio estaban bien. Alma caminaba abstraída, miraba a ambos lados de la calle. No reconocía los espacios. Esa calle era transitada por ella cada día cuando iba a hacer sus compras; sin embargo, esa mañana no le parecía familiar. Las paredes de los frentes de las casas mostraban la raya inconfundible de la altura máxima a la que había llegado el agua. Una línea negra. Esa raya se desdibujaba en arañazos azabaches de grasa hasta llegar al piso. Las rejas de las casas con parques adelante aún mantenían, como rehenes, las bolsas de basura, la hojarasca y mugre que habían flotado por encima de la parte superior y luego, al producirse la bajante, quedaron atrapados, como la red de un pescador. El olor nauseabundo era irrespirable. La mañana se presentaba soleada y la gente lentamente comenzó a salir a la calle, sacando muebles y colchones a secar a la luz. La desolación se dibujaba en los rostros de todos los vecinos. Con una tristeza indescriptible en sus miradas, abrían las puertas para sacar los restos de inundación. Paulo, Mauro y Alma caminaban abatidos, asombrados. Si bien entendían que lo que habían vivido era grave, cuando vieron ese cuadro comenzaron a entender la real magnitud de lo acontecido en esa noche. Se acercaron a un hombre que recién llegaba y se abrazaba a su esposa con desesperación.

—¡Qué locura, Vivi! ¿Cómo estás vos? —Casi sin darle chance a su

esposa de que respondiera, continuó—: ¿Cómo están los nenes? Por Dios…, perdimos todo, ¿no? Decime que todos están bien, por favor. —Los ojos se llenaban de lágrimas.

—Sergio, tranquilo —su mujer intentaba calmarlo y lo abrazaba fuertemente—, quedate tranquilo, estamos todos bien, los nenes y yo nos subimos al techo, pasamos la noche ahí. Traté de subir todo lo eléctrico a la mesa, al aparador. Hice lo que pude. Pero el agua vino tan rápido… —Ella también lloraba—. ¿Y vos? ¿Qué pasó con vos? —Mucha gente paraba y se quedaba escuchando. El trío paró también—. Te llamé varias veces al celular y no me pude comunicar. Luego intenté llamarte al trabajo, pero las líneas se cayeron.

—Sí, perdimos la línea telefónica temprano —dijo a su vez él—. Cuando el agua comenzó a subir tanto, les dije a los del trabajo que me iba. Salí con el automóvil hasta que empezó a flotar y se trabó todo. Estaba desesperado. Salí y caminé todo lo que pude. Pero el agua estaba tan alta que se me hacía difícil dar los pasos. Encima se cortó la luz, así que no veía nada.

—¡Hola, Sergio! —Le tocó el hombro por detrás un hombre mayor, parecía un vecino de toda la vida—. Qué suerte que estás bien.

—Hola, don Pancho, gracias, gracias. Estoy medio loco todavía. —En ese momento, salieron corriendo los hijos gritando «papá», y todos se abrazaron en un nudo que a todos les llenó de lágrimas los ojos. Los presentes en silencio, en señal de respeto por ese reencuentro tan sentido. Cuando aflojaron el apriete, alcanzó a decir—: Hijos queridos…, qué miedo tuve. Pensé que los perdía a todos, Dios mío. —Los nenes lo abrazaban y besaban.

—Papi, nosotros pensábamos que a vos te había pasado algo. No te podíamos llamar —dijo el mayor de los pequeños, un niño de unos diez años.

—No, Maxi, yo estuve bien, me mojé mucho, pero nada más. Mucho frío.

—Sí, nosotros también. Mami alcanzó a subirnos camperas y unas frazadas, pero con la lluvia se nos mojaron. Teníamos mucho frío, temblábamos todos, pero yo me la aguanté —aseguró Maxi inflando el pecho de orgullo.

—Muy bien, hijo, vos cuidaste a mami y a Alejito. Ya sos todo un hombre —le expresó el padre a la vez que lo abrazaba. Se hizo un silencio y don Pancho retomó:

—Viviana, los nenes y nosotros, como muchos otros de la cuadra, pasamos la noche en el techo. Quedate tranquilo, nada les pasó. —Sergio asentía con su cabeza—. ¿Cómo lograste llegar? ¿Te quedaste en algún lugar?

—Sí. Obligado. Tuve que parar en 12 y 64 porque no podía seguir con ese nivel de agua. ¿Puede creer que varios tocamos timbre en un edificio para pedir que aunque sea nos dejasen pasar la noche en el palier del edificio, que también tenía agua, pero al menos no llovía, y los hijos de puta nos dijeron que no? «Disculpame, pero no te conozco —Sergio simulaba la voz de la persona que le había contestado al pedido—, vos podés ser una muy buena persona, pero también un chorro que nos viene a afanar». ¿Puede creer, don Pancho? Y no una persona, varias de ese edificio dijeron lo mismo.

—Lo dicho, Sergito —siguió don Pancho—, en la cancha se ven los pingos, la mierda de la gente se ve en estas situaciones.

—Tal cual —coincidió Sergio—, diga que en la misma cuadra, pasando dos edificios más bajos, que están al costado de uno de dos pisos, me vieron pasar caminando y no solo me llamaron, sino que me abrieron. Estuve ahí toda la noche hasta que bajó bastante el agua y pude seguir caminando. —Viviana lo abrazaba fuertemente—. Éramos varios caminantes y nos quedamos juntos en las escaleras porque el palier tenía mucha agua. Nos sentamos y nos contamos las historias de lo vivido hasta llegar a ese lugar.

Paulo tomó de la mano a Alma para llamar su atención. Ella estaba compenetrada en el relato de Sergio. Le hizo una seña en la que le daba a entender que quería continuar el camino. Mauro asintió. Los tres retomaron el paso. A medida que se iban arrimando a la casa de Alma, el panorama era atroz. Se acercaron a la entrada de la vivienda de una vecina de Alma, muy mayor. Los vecinos estaban tratando de sacar la abertura, la anciana estaba adentro, sola. Estaba viva, herida, pero viva al fin. Había estado sola toda la noche, subida a una mesada. Empezaba a llegar ayuda para todos. Se acercaron para dar una mano, pero ya había mucha gente. Todo el barrio seguía con las puertas abiertas, sacando restos de agua grasosa, extendiendo en la vereda muebles, colchones, ropa. Alma se aproximó a la de la casa de otra señora mayor que estaba abierta y preguntó:

—¿Está bien, doña Celina?

—Ay, nena, menos mal que vos estás bien. Yo estoy bien. Me subieron mis hijos al techo y estuve ahí toda la noche. Pero ninguno pudo bajar a ayudar a Raquelita, pobre Raquelita —dijo señalando con sus manos añosas la entrada de la casa de doña Raquel—, estuvo solita, los hijos nunca llegaron. Solita se subió a una mesada y el agua le llegó al cuello. La escuchábamos pedir ayuda. —Los ojos de doña Celina se llenaron de lágrimas—. Ay, nena, fue desgarrador escucharla toda la noche pedir ayuda. Es algo que me va a quedar grabado de por vida. Lo tengo acá —decía mientras con sus dedos se tocaba la frente

—, no puedo dejar de oírla: «Ayúdenme, alguien que me saque, tengo mucho frío» —lo mencionó y las lágrimas comenzaron a recorrer el pergamino de las mejillas de Celina. Alma la abrazó.

—Tranquila, doña Celina, le va a hacer mal. No se me ponga así. —Le acariciaba la espalda a la anciana—. Piense que Raquel está viva, no murió. Es una luchadora, como usted. No se me caiga. Fuerza, Celina. —La anciana, con las palabras de Alma, comenzó a calmarse.

—Tenés razón, nena. Ahora la van a llevar al hospital, por el frío que pasó. Va a estar todo bien, ¿no?

—Así es, doña Celina. Tranquila. ¿Quiere ir a sentarse un poquito? ¿Necesita que le traiga algo? ¿Un té calentito?

—No, hija, andá tranquila. Me quedo acá. Mis hijos están ahí, ¿ves? —dijo señalando a un hombre grande que intentaba romper un barrote para sacar a Raquel—. Ahora me voy con él.

—Bueno, pero me promete que se va a tranquilizar, porque le va a hacer mal. —Alma tenía tomada la mano de Celina y la acariciaba, le hacía recordar a sus abuelas.

—Prometido, Almita —aseguró doña Celina. En ese momento, Alma escuchó otra voz conocida. Mauro y Paulo se habían mantenido callados, al margen, prestando atención a todo. Los tres se giraron.

—Alma, ¿estás bien? ¿Dónde estuviste? —le preguntó el vecino de arriba cuando la vio acercarse—. Nosotros estuvimos en el balcón, subimos gente, pero a vos no te vimos. Tu casa estuvo cerrada toda la noche.

—Hola, Eduardo, a mí me arrastró el agua, ellos —agregó señalando a Paulo y a Mauro; Eduardo los miró y les hizo un saludo bajando levemente la cabeza— me salvaron. Estuve acá nomás, en la esquina. Estuvimos sumergidos hasta que el agua bajó, luego Mauro nos hizo entrar a su casa y nos dieron ropa limpia y algo de comer. ¿Ustedes cómo están? ¿Alguien se lastimó?

—¿Necesitan algo? —indagó Mauro.

—Nosotros, todos bien; las personas a las que ayudamos, asustadas. Gracias, flaco, por ahora no necesitamos más que sacar restos de agua en la escalera. Esto de vivir en un primer piso nos hizo zafar bastante. ¿Vos estás bien, Alma? —preguntó observando su rengueo.

—Sí, estoy bien, me corté con algo en el agua, nada más. Me duele un poco aún.

—Vas a tener que ir a que te lo vean y a darte una antitetánica —opinó Eduardo.

—Tiene razón, Alma. Deberíamos ir antes que nada para que te den la vacuna. No sea cosa que te agarres tétanos —dijo Mauro.

—Es cierto, pequeña, deberíamos irnos a una sala de primeros auxilios —intervino Paulo que hasta ese momento había estado en silencio. Alma puso cara de odiar las inyecciones.

—¿Ahora? ¿Te parece? Después. Vamos a entrar.

—Ok, Alma, daremos un vistazo y luego iremos a que te vacunen —dijo Paulo muy seriamente.

—Dale. —Ella siguió caminando los pasos que le faltaban para su puerta, sacó del bolsillo la llave, que había tenido en su jean y, al cambiarse, había trasladado al otro pantalón, e intentó abrir—. Ahora venimos, Eduardo, quiero ver mi casa.

—Dale, entren con cuidado. Alma —le llamó la atención, suponía cuál sería la imagen al abrir la puerta—, pensá que estás viva, lo material se recupera. Vos estás bien por suerte, ¿no?

—Sí, tenés razón. Pero ¿por qué me lo decís? —preguntó Alma casi sin pensar.

—Por nada, quedate tranqui. Entrá —indicó Eduardo.

Alma lo miró con el rostro que denotaba preocupación, luego pensó con calma las palabras, Eduardo tenía razón: si a ella el agua la había arrastrado, si no había hecho pie en ninguna parte del recorrido, si la furia de la correntada había hecho que Paulo se refugiara con ella en el zaguán porque le dolía la presión de la soga, el agua debería de haber entrado con violencia en su casa y colmado todo. La llave giró con la misma facilidad que lo hacía cada día, pero cuando intentó empujar la puerta de madera, no la movió ni un milímetro. Parecía que no hubiera abierto con la llave y siguiera cerrada.

—¿Qué pasa?, no abre —dijo Alma, frunciendo el ceño.

—Alma, si la puerta ha estado bajo el agua toda la noche, es probable que se haya hinchado, permíteme intentar abrirla —se ofreció Paulo con calma, pero decidido a correrla del lugar que ella ocupaba.

Se movió a un costado, dejándole paso a Paulo que, con su cuerpo, ya intentaba ocupar mucho más espacio del que había ocupado ella. Intentó pegando el hombro a la puerta y dándole un empujón fuerte. La misma cedió apenas unos milímetros. Nuevo empujón y cedió otro poco. Si seguían así, tal vez en unas horas lograrían abrirla.

—Mauro, ayúdame, yo intentaré darle con el hombro de nuevo, me apoyaré por arriba de la manija, tú intenta con una patada fuerte del lado contrario al mío. Hagámoslo al mismo tiempo. —Mauro asintió con un leve movimiento de cabeza, se posicionó en el espacio indicado por Paulo y preparó las piernas para la patada.

Alma observaba todo desde un metro atrás, tenía las manos juntas sobre su boca y los ojos significativamente grandes por la expectativa.

Paulo y Mauro se miraron para sincronizar movimientos.

—Uno, dos, ¡tres! —exclamó Paulo con voz decidida. Casi con la pronunciación del tercer número, ambos acometieron la puerta. Paulo le pegó con todo el cuerpo, Mauro dio un golpe seco con el pie.

La mole de madera cedió ante la fuerza de ambos ataques combinados. Parte de la madera, la zona cercana a la cerradura, saltó por el aire. Casi inmediatamente empezó a salir un arroyo de agua sucia que caía por el escalón pequeño de la entrada, llevando en su cauce ropa y papeles que casi eran una pasta. Los hombres hicieron un salto instintivo hacia atrás para dar espacio a la salida torrencial. Alma, desde un metro atrás, observaba con cara compungida y de sorpresa la salida de sus pertenencias en el agua. El olor que venía de adentro era nauseabundo. En ese momento, sintió que alguien se acercaba por detrás. Era Eduardo.

—Tranquila, nena, estás viva, es lo importante. Veamos qué podemos salvar. Tranqui. —Le puso una mano sobre el hombro y sintió el modo en que Alma temblaba—. ¿Estás bien, Almita? —La miró preocupado y le pasó una mano por la cintura, temía que se desmayara.

—Es… sí… no… estoy bien, voy a estar bien, perdón. Es que no creí que hubiera tanta agua. Me parece que perdí todo. —Un rostro de abatimiento se instaló en su expresión.

—Escucha lo que te dice, Eduardo, pequeña —dijo Paulo, acercándose a ella, estirando una mano hacia la temblorosa de Alma. Sentía unas ganas irrefrenables de abrazarla, de darle consuelo a través del contacto físico. Y ni siquiera habían llegado a ver el caos interior de la casa.

Alma tomó la de Paulo dando un paso adelante, desasiéndose del brazo de Eduardo y mirándolo para indicarle que se encontraba bien, que no corría peligro de desmayarse. Eduardo fue soltando el abrazo con lentitud. Paulo afirmó su apriete para darle ánimo. Ella dio los primeros pasos dentro, muy lentamente, observando sorprendida el aspecto interior de su casa. Parecía que un huracán hubiera pasado por el medio de su hogar. Todo estaba dado vuelta, el sillón acostado sobre el respaldo, el mueble biblioteca había flotado y caído sobre su parte delantera, los libros yacían sobre un colchón de agua y barro. La otra biblioteca, empotrada en la pared, mostraba los libros que contenía, compactados por la mojadura, y se veía claramente hasta dónde había llegado el nivel del agua. Todos los libros estaban mojados y manchados de barro, excepto los del último estante. En ese espacio, los textos mostraban los rastros de agua hasta la mitad de sus lomos. La parte superior estaba seca. El nivel del agua había llegado

hasta un metro ochenta aproximadamente. Unas lágrimas silenciosas empezaron a caer de los ojos de Alma, sin sonido, sin gestos. Solo silencio. Paulo apretó nuevamente la mano de Alma, dándole ánimos. Con el apretón, Alma volvió en sí y giró la cabeza hacia Paulo. Movió el rostro indicando que entendía que debía continuar. Se soltó de Paulo y comenzó a caminar entre los obstáculos que encontraba a cada paso: sillas dadas vuelta y rotas, la mesa había peregrinado hacia otro espacio de la casa que no era el acostumbrado, ropa y papeles tapizaban el suelo. Platos y vasos sobre diferentes superficies, algunos rotos, otros levemente cachados; unos pocos, enteros. El agua había entrado y salido haciendo destrozos. Desolación, eso fue lo que Alma sintió en ese momento. Le parecía egoísta sentirse de esa manera, pero no podía evitarlo. Su vida, sus pertenencias, todo lo que había sufrido y vivido estaba reflejado en esa casita que había construido sola, que era una extensión de su personalidad. Sus libros… algunos costaban mucho dinero, pero no era eso lo que le importaba, muchos libros eran herencia de su madre, tenían un valor personal incalculable y se habían perdido para siempre. Alma se puso en cuclillas, revolvió el barro y los libros y encontró un *Don Quijote de la Mancha* que su madre había comprado cuando ella estaba en la escuela secundaria. Estaba cubierto de una película grasosa. Limpió con su mano la tapa y trató de abrirla. Logró separar la tapa de la primera hoja (que formaba con el resto de páginas un grupo compacto) y vio casi borroneadas las letras de su madre. Birome azul, trazos seguros, el agua no pudo borrar todo, Alma sabía de memoria la dedicatoria: «Has de conocerte a ti mismo, que es el más complejo de todos los conocimientos. Almita, seguramente serás un Quijote a lo largo de tu vida, nunca pierdas la decisión ni la ilusión. Te amo. Mamá». Los ojos se le llenaron de lágrimas. Los hombres caminaban por el interior, ajenos a ese dolor que estaba atravesando a Alma, solo Paulo se percató de que ella no se movía y que se mantenía en el piso. Se acercó y se acuclilló a su lado. Por sobre ella pudo visualizar la dedicatoria y entendió. En silencio, apoyó su mano sobre el hombro de Alma. Ella se giró y lo miró con los ojos repletos de lágrimas. Paulo le dijo:

—Si quieres, pequeña, puedo probar recuperar este tomo. Déjame intentarlo. Sé que puedo comprarte uno nuevo, pero que nunca tendrá el mismo significado.

Alma le dejó el libro empapado a Paulo, él se levantó y la tomó de la mano para ayudarla a incorporarse. Ella hizo un gesto afirmativo, como indicando que podía sostenerse, que se había repuesto. Él se giró luego, buscando algún lugar donde apoyar la obra hasta el momento de irse.

—Si me pongo a mirar cada libro que está en el barro, no voy a poder salir de acá sin desmoronarme. Este es el único que puedo intentar salvar, aunque sea la hoja con la dedicatoria —dijo ella más para sí. El olor fuerte, penetrante, la sacó de sus pensamientos. Se giró y contuvo un sollozo, se limpió una lágrima que caía de su ojo y secó el rostro completo. Habló con decisión—: Mauro, abrí el ventanal del frente, el olor es insoportable. Nos vamos a ahogar. Para poder limpiar, tenemos que ver bien y respirar.

Mauro se giró y buscó la soga de la persiana del ventanal. Lo encontró y tiró de él con fuerza. La persiana se quejó apenas, pero no pudo resistir el movimiento brusco. Se fue abriendo lentamente, era de plástico y la inundación no había modificado su grosor. El sol comenzó a iluminar más el desastre.

Mauro abrió la ventana de vidrio, una ráfaga de aire fresco entró de golpe y ayudó a respirar a los de adentro. Alma se volvió, inspiró para tomar fuerza y se dirigió a su habitación. El colchón había cambiado la posición, había mutado su orientación. Las sábanas, acolchado y almohadas en el piso, con manchas de barro. El placar tenía una puerta abierta, se veía ropa descolgada, como arrancada, mojada y sucia. Los estantes de más arriba se habían salvado, pero los intermedios se encontraban como los de los libros, con la diferencia que la ropa había flotado y luego se había enredado. Alma abrió la ventana que daba al patio, para ventilar. Dos imágenes la atravesaron: el horno para vitrofusión, caído sobre el piso de lajas del patio, y los vidrios que había comprado para sus encargues de la semana, que había depositado entre los caballetes protectores donde solía dejarlos para evitar roturas. Vidrios rotos por todo el patio. Su gesto cambió. Sus ojos mostraron preocupación. Eduardo abría, justamente, la puerta de la cocina que iba al patio y la miró con la misma desolación a ella.

—Eduardo, tené cuidado, hay vidrios por todos lados, te podés cortar. —La voz de Alma se escuchó como debilitada.

—Sí, Almita, quedate tranquila, veo los vidrios —respondió Eduardo elevando el tono de voz—. Escuchame, pensá que el vidrio que se perdió lo podés usar en otras cosas, y los encargues los hacés con nuevos. Yo te ayudo a conseguir *float*.

—Sí, ya sé. Gracias. Quedate tranqui, que eso no me preocupa mucho, me preocupa más el horno, ¿se habrá roto?

—Deberíamos levantarlo y moverlo para que le dé el sol —intervino nuevamente Eduardo—, todo lo que es eléctrico y se haya mojado puede recuperarse si se seca completamente de manera natural. Movámoslo, llevémoslo hacia el lado donde da el sol.

Los tres hombres fueron al patio y comenzaron la labor de levantar

el horno y ponerlo de pie sobre el pequeño espacio del patio donde daba una columna intensa de sol. Por suerte, el interior del horno no estaba quebrado ni se veía roto. Pero que volviera a funcionar, luego de haber estado tantas horas bajo el agua, eso sería difícil. Alma y sus tres mosqueteros comenzaron la ardua tarea de enfrentar la limpieza de la casa. Ellos levantaban los muebles y los sacaban a la calle, donde quedaban a la espera de que el sol los secara (previo lavado con agua limpia y detergentes que desintegraran la grasitud que les había quedado). En bolsas gigantes iban poniendo los libros, los papeles, las telas y ropas que tapizaban los pisos, embarrados. Por más buena voluntad que pusieran, todo eso era insalvable. Alma acomodó sus documentos mojados, la escritura de la casita y las fotos en bandejas al sol. Cuando estaban en plena tarea, entraron con los ojos desorbitados Jorge y Karen:

—Hija, ¡por Dios! ¿Estás bien? —preguntó Jorge, su voz notaba el dolor en su alma, el miedo que lo había torturado toda la noche.

—¡Papá! —Alma corrió a sus brazos abiertos, que cerró a su alrededor. Jorge la apretó fuertemente, como si estuviera salvándola, en ese momento, del agua que casi se la arrebata.

—¡Nena! ¿Qué te pasó? ¿Llegaste antes que el agua? —preguntó Karen, abrazando a su vez a su hermana por encima del abrazo de su padre, pero sin quitar los ojos de los tres hombres que ayudaban en la limpieza.

—No, Karen, no llegué nunca, vine hace un rato.

—¿Pero dónde estuviste, hija? —Jorge se separó del abrazo para mirarla a los ojos—. ¿Estás lastimada?

—Tranquilo, papá, dejame que les cuente.

—¡Pero dale, Alma! Arrancá de una vez a contarnos, la inquietud nos carcome.

—Sí, Karen, ya empiezo —dijo Alma mientras ponía en blanco los ojos—, pero antes díganme, ¿los abuelos están bien? ¿Ustedes, Karen, les pasó algo?

—Hermanita, estamos todos bien, los abuelos casi no tuvieron agua, viven detrás de la casa de papi, el agua entró a lo de él, pero apenas llegaba al zócalo. La de los abuelos está más atrás en el terreno y ahí es más alto. Casi no les entró nada. La otra abuela se vino conmigo, pero cuando vimos el lío que había por todos lados, se quedó con nosotros, que no tuvimos agua por suerte. Estuve llamando a tu celular toda la noche, Alma. Estaba loca por saber si estabas bien. La llevamos a su casa tempranito hoy, estaba todo bien, por el barrio de la abuela no hubo inundación.

—Bien, sí, es que el celular lo perdí con el agua. Les explico.

Alma comenzó su relato con lujo de detalles. Luego, al finalizar, señaló a su salvador.

—Paulo me salvó. Se tiró del árbol donde se había refugiado y me agarró. —El mencionado hizo un ligero saludo con la cabeza, bajándola. Alma continuó su narración de la aventura—: Después, Mauro —hizo lo propio con el aludido, quien también hizo un gesto de cortesía— nos mantuvo a flote con una soga y, cuando bajó el agua, nos hizo subir a su departamento. Él y su madre nos atendieron con un desayuno caliente, nos dejaron bañarnos y nos dieron ropa seca. A mi vecino Eduardo ya lo conocen, está ayudándonos a limpiar. —Eduardo les hizo una seña con la mano en forma de saludo.

Jorge, con los ojos llenos de lágrimas, conmovido por el relato de su hija, se soltó del agarre de Alma y fue con las manos extendidas a abrazar a los dos salvadores de su hija.

—Muchachos, no tengo palabras. —Abrazó a Paulo, con esos abrazos típicos de hombre, con golpe seco sobre la espalda—. Gracias por salvarla, muchacho. Y vos, pibe —dijo mientras se acercaba a Mauro—, gracias por ayudarlos a los dos. Chicos, no tengo palabras, nunca voy a poder agradecerles lo suficiente, si tengo viva a mi hija es por ustedes. Mi casa tiene las puertas abiertas para ustedes siempre.

—Gracias, señor. Mi nombre es Paulo, un placer conocerlo, lamento las circunstancias. Esta situación nos tomó por sorpresa a todos, salvar a Alma no ha sido otra cuestión que suerte, suerte para ella, pero también para nosotros, puesto que la hemos conocido y se nota que es buena gente. —Ante la entonación de Paulo, Jorge abrió los ojos de manera increíble.

—¿Español? ¿Sos español, muchacho? Yo soy hijo de vascos, escucharte hablar me recuerda… —Jorge se quedó pensativo unos segundos, la eterna pelea entre españoles y vascos siempre estaba presente, pero ese español había salvado a su hija. Tenía su agradecimiento de por vida—. Nada, nada, ¿Paulo dijiste, no? ¿De qué parte de España sos?

—Soy madrileño. Pero mi padre fue argentino, señor.

—No me llames señor, decime Jorge.

—Jorge, soy Mauro, un placer. A ver si usted logra que su hija le haga caso, estamos diciéndole desde temprano que debe irse a dar una antitetánica porque se cortó la pierna cuando flotaba en el agua. Puede que le agarre una infección o tétanos. Todavía no logramos que vaya.

—Nena, no podés ser tan cabeza dura —intervino Karen—. Vamos, dale, vos y yo nos vamos a la farmacia que está sobre 25, vi que estaba abierta. Vamos a ver si ellos tienen la vacuna y te la pueden

dar.

Alma miró con cara de enojo a Mauro y luego a Paulo, que asentía con la cabeza cuando su hermana Karen tomó las riendas de la situación, como era costumbre. Karen se acercó a los hombres y les dio un beso en la mejilla y un apretón en el hombro a cada uno.

—Gracias, chicos, gracias, porque si tengo aún una hermana es por ustedes. Desde ya les aviso, hoy cenan con nosotros y tienen dónde dormir y comer si necesitan. Las puertas de mi casa también están abiertas. —Los dos la observaron con gratitud y afirmaron con una bajada de sus cabezas.

—Gracias, guapa, pero por ahora solo queremos que le den su vacuna a la pequeña, —dijo Paulo, mirando con cariño a Alma—, aquí nos falta un poco para acabar, pero no mucho. Una vez que terminemos de sacar muebles, seleccionar lo que tiramos a la basura y lo que guardaremos para lavar y secar, vamos a hidrolavar el piso y paredes con agua y cloro. Así evitamos infecciones de toda clase.

—Bien, papi, vos y yo vamos con Alma a que le pongan la vacuna, te llevo a casa, prepará el almuerzo para todos con los abuelos, en cuanto finalicen acá, los llevo a todos a tu casa.

—Agradezco el ofrecimiento, yo debería pasar por la casa de mis tíos, desde ayer estoy sin verlos, apenas logré decirles hoy que estoy bien. No quiero que se preocupen —intervino Paulo.

—Bien. Dale, no hay drama. A lo de tus tíos, yo te llevo.

—Yo les agradezco, pero mi mamá debe de estar esperándome para el almuerzo, así que, cuando terminamos acá, me voy con ella.

—Bueno, entonces, chicos, los invitamos a cenar. Tenemos que agradecerles de algún modo, dennos esa oportunidad —dijo Karen con gesto de súplica.

—*Okey*, guapa, prometo esta noche ir a cenar, solo deben decirme cómo llegar. Si consigo un taxi o un automóvil de alquiler, iré. —Al momento recordó que había perdido el suyo con el que había ido al cementerio, debía ir hacia el lugar donde lo había dejado para ver si lo encontraba.

—Dale, mejor hagamos así: yo te paso a buscar por donde vos me digas. Mauro, a vos también te paso a buscar si querés, y tu madre está invitada, obvio.

—Gracias, mi vieja va a estar chocha, le encanta hacer sociales. Si no, pregúntenle a Alma —dijo Mauro señalando con el pulgar a Alma, quien con una risa divertida confirmaba con movimiento de cabeza lo dicho.

—Yo les agradezco mucho, pero no voy a poder ir. Estoy realmente agotado. No dormí nada en toda la noche y todavía no descansé nada

en todo el día. Creo que, si me tiro en el sillón, me duermo hasta mañana. Pero de todos modos, gracias por la oferta —contestó Eduardo.

—*Okey*, guapa, cuando regresas del vacunatorio, te paso la dirección de mis tíos.

Jorge, Karen y Alma partieron hacia la farmacia, Alma giró la cabeza y observó a los hombres con una mirada de reprensión, ella odiaba las inyecciones, odiaba que la vieran los médicos. Y aquellos hombres la pusieron en manos de sus *desalmados familiares*, que no tendrían piedad en hacerla vacunar y no escucharían sus ruegos. Ya eran inmunes a los pedidos de Alma con ojos de gatito que ruega clemencia. Les hizo un movimiento de dedo sobre la garganta que significaba una amenaza directa a los tres, y luego, una sonrisa cálida, dando a entender que la que sufriría el pinchazo sería ella, si bien habían hecho lo correcto. Dos horas después, la casa estaba hidrolavada, los muebles esperaban secarse al sol. Los pasaron hacia el patio, donde daba ya la luz solar completamente. Algunos habían vuelto a ocupar sus espacios habituales. Karen, junto a Alma, había guardado la ropa en bolsas gigantes de residuos, para llevarla a su casa a lavarla y secarla. Los documentos y fotos que se pudieron salvar fueron puestos sobre la mesa de la cocina. Los almohadones, almohadas, colchón, sillas, los electrodomésticos y el televisor estaban en el patio, al sol. Paulo había encontrado una bolsa plástica, guardó en ella el libro con la dedicatoria de la madre de Alma y lo puso debajo de su brazo. Había tenido la precaución de separar la tapa de la dedicatoria y con la segunda hoja había puesto un cartón seco de una caja a la que no había alcanzado el agua, pues temía que, si las dejaba en contacto, ya no podría separarlas más tarde. Cerraron con llave la casita y todos partieron. En el automóvil de Karen, se sentaron ella, Jorge, Paulo y Alma. Mauro los abrazó, saludó y caminó hacia su casa, Eduardo hizo lo mismo. En el camino fue saludando a vecinos y viendo si podía ayudar a alguien más. Todo el barrio estaba en la calle, los muebles de muchos de ellos se secaban al sol. Personas de la Cruz roja y de agrupaciones barriales pasaban preguntando si necesitaban cloro, detergente, ropa seca. Mientras Karen iniciaba el viaje, miró por el retrovisor a Paulo y le preguntó la dirección de sus tíos:

—Es en *la* 54 esquina con *la* 19, a pasos de la Plaza Islas Malvinas, ¿ubicas la zona?

—Sí, Paulo, es zona bastante céntrica. Quedate tranquilo, soy platense, así que no me pierdo en mi ciudad —dijo Karen con una sonrisa segura.

—Bien. Espero que el agua no haya hecho tantos destrozos. Cuando hablé esta mañana, mi tía me dijo que tuvieron el nivel hasta la cintura.

Alma tomó la mano de Paulo casi de manera instintiva, necesitaba darle ánimos como él había hecho desde el momento en que se conocieron. Lo hizo casi sin pensarlo. Un segundo después se dio cuenta de lo que estaba haciendo, pero ya no pudo retirarla. Él la tenía tomada con fuerza. La miró con ojos agradecidos y con una ternura inmensa. No entendía exactamente lo que le estaba sucediendo, quería ver a su familia, rogaba que nada les hubiera pasado, pero la perspectiva de separarse de Alma lo hacía sentir algo incómodo, algo que nunca antes había sentido y que no sabía describir bien.

—Contame, Paulo —dijo Jorge, tratando de distraerlo de la visión apoteótica que se movía por las ventanillas—, ¿quiénes viven allá?

—En esa casa viven mis tíos paternos, el hermano de mi padre con su esposa y sus dos hijos, es decir, mis primos. Estuve muchos años sin saber nada de ellos; después de retomar el contacto, empecé a viajar una vez al año para visitarlos.

La aferró más fuerte, acariciando el dorso con su dedo pulgar, haciendo pequeños círculos. La suavidad de la piel de ella lo tranquilizaba, le daba paz tan solo tocarla… «¿Qué me está pasando? ¿Cómo coño tengo esta conexión tan profunda en tan poco tiempo? ¿Es una conexión? Dios, estoy muy confundido. Pero lo que sé con claridad es que la necesito cerca, necesito tocarla, sentir su presencia, su piel me da… una cierta sensación de seguridad. ¿Seguridad?, ¿de qué? No lo sé. Ya lo averiguaré».

Cuando el automóvil de Karen se acercó lo suficiente a la plaza, la visión fue terrible. El agua había pasado por allí. Había dejado una marca bastante alta en las paredes de las casas linderas. La familia de Paulo debió de haberlo pasado mal. Su rostro se demudó. Los ojos buscaban con desesperación el hogar de los tíos.

—Tranquilo, Paulo, seguro están bien, el agua no subió tanto acá —esbozó Alma apretando más aún la mano de Paulo.

—Mira, fíjate en la marca. Está bastante alta. Espero que mis primos hayan estado con mis tíos anoche. No quiero pensar lo que debe de haber sufrido mi tía.

—No nos apuremos, muchacho, esperá a bajar. Tu misma cara tenía yo a medida que me acercaba a la casa de Almita… y ya viste, estuvo todo bien.

—Paulo, no está permitido el giro a la izquierda acá, te dejo del lado de la plaza. No. Mejor voy hasta calle 56 y giro. Lo mínimo que

podemos hacer, Almita, es bajar a ayudarlos como él te ayudó a vos.

—Sí, tenés razón, Karen. Bajamos las dos.

—No, guapas, mejor se van a ver a sus abuelos, no quiero ser responsable de que pasen un minuto más sin tener noticias de vosotras.

—De eso nada, todos bajamos. Si hay algo que podamos hacer, lo hacemos y listo —insistió Jorge.

—De acuerdo, Jorge, bajen conmigo. Así los conocen.

Karen estacionó en la puerta de la casa. Había muebles secándose al sol. El portón de entrada estaba abierto y por esa abertura caía agua sucia que estaban extrayendo desde adentro. La marca en la pared exterior llegaba a la cintura de Alma, la cadera de Paulo. El madrileño bajó del automóvil inmediatamente, se acercó a la entrada y comenzó a llamar con voz alta:

—¡Tía Matilde! ¡Tío Adrián! ¡Germán! ¡Marce! —nombraba a cada uno de los integrantes de la familia, casi con desesperación.

Una mujer mayor, de unos sesenta años, salió corriendo, con ropa mojada, los ojos saltones, no se sabía si de sorpresa o temor.

—¡Nene! ¡Por fin! Te estuve llamando toda la noche, imposible comunicarme con vos. —Cuando llegó a Paulo, lo abrazó con ganas mientras seguía gritando—: Estamos sin luz desde medianoche. ¿Estás bien? No te pasó nada, ¿no?

—Estoy bien, sí, quédate tranquila. —Mientras él le hablaba, la tía le apretaba los brazos y la cintura buscando heridas, como si se tratara de un niño pequeño que regresa de una aventura y su madre lo revisa porque no le cree que está bien—. Tía, tía, quédate tranquila, te lo he dicho esta mañana cuando hemos hablado. Que no me he lastimado. Que el agua me ha arrastrado un poco, pero me han ayudado y estuve a buen resguardo toda la noche.

Matilde seguía en su inspección.

—Cuando nos llamaste hoy, se escuchaba muy mal, apenas distinguimos tu voz y luego mucha descarga eléctrica, no entendimos mucho de lo que dijiste, pero al menos sabíamos que estabas vivo.

—Sí, ¿y cómo os trató el agua? He visto que la marca en el muro es bastante alta.

Matilde dejó de revisar a su sobrino, se dio vuelta y gritó hacia dentro de la casa.

—¡Adrián! ¡Marcela! ¡Germán! ¡Vengan! ¡Ya apareció Paulito! —Después, se giró sobre sus talones y encaró nuevamente a Paulo—. Ay, nene, menos mal que no te pasó nada. Nosotros estuvimos todos acá por suerte. Los nenes habían venido a almorzar y como estuvo feo todo el día se acostaron a dormir la siesta, ¿te acordás que cuando te

fuiste al cementerio ellos estaban acostados? —Paulo hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Bueno, cuando se levantó Marcelita, vimos que el agua estaba subiendo, llegaba casi a este escalón del garaje —explicó señalando el escalón en el que se encontraba parada—, lo desperté a Germancito y con Adrián pusieron una compuerta, pero nada, che. A la hora, el nivel del agua estaba por encima de la compuerta. Así siguió subiendo y subiendo.

En ese momento aparecieron corriendo los tres integrantes de la familia que faltaban. Lo abrazaron con fuerza y siguieron con el relato:

—Alcanzamos a subir a los dormitorios los televisores, los electrodomésticos y las cosas de valor. A la perra la llevamos y la dejamos hasta hoy allá. ¡El nivel del agua la pasaba! —Tomó la voz cantante Adrián.

—Paulito, ¡por Dios! Esto no pasó nunca, mirá qué justo fue a pasar el fin de semana que venís a vernos. Tu mamá debe estar asustadísima, anoche no hablaste con ella ni con María.

La mención de su madre, pero sobre todo de María, lo puso en alerta. Estaba Alma y su familia muy cerca. Tal vez no hubiera escuchado, o tal vez no entendieran que María era alguien más importante que una prima o una tía. Paulo, de manera automática, se giró y levantó el brazo izquierdo, haciendo una invitación a Alma y su familia para que se acercaran.

—Familia, les presento a Alma y su familia. Pasé la noche protegido en un zaguán con ella. Esta mañana la he ayudado junto a otro chaval a limpiar su casa. Ahora ellos han tenido la gentileza de traerme hasta aquí.

—Muchas gracias, gente, de verdad no tengo forma de agradecerles. Mi sobrino es turista y se pierde siempre —dijo Adrián, tomando las manos de Jorge y sus dos hijas alternadamente.

—No es nada en comparación con lo que su sobrino hizo por mi hija. De verdad.

Adrián miró sorprendido a Paulo. Este comenzó a explicar su aventura en el agua y lo que hizo para salvar a Alma.

—Nene, qué locura vivieron… Acá el agua fue subiendo sin corriente, era como un manto negro liso. Muy tranquila, no hubo ni siquiera olas, solo cuando pasaba algún auto. Subió bastante, pero nunca hasta no hacer pie —explicaba Matilde mientras volvía a hacerse una cola de caballo alta en su cabello para seguir trabajando en la limpieza.

—De verdad, señora, la que está más agradecida soy yo con Paulo, si él no me hubiera atrapado, ahora estaría flotando en algún arroyo,

muerta.

—Ay, Alma, ¡por Dios! Eso ni lo digas —pidió Matilde tomándola del brazo con cariño—. Dios está siempre con nosotros, aún en los malos momentos, nena. Pero decime Matilde, no me digas señora, che.

Alma sonrió y el clima se fue distendiendo lentamente. Paulo tomó nuevamente la palabra:

—¿Así que acá no subió de manera violenta, tía? Es extraño, estamos a unas cuadras y pareciera que habláramos de inundaciones diferentes. —Se giró para hablar con Alma y su familia—.Os agradezco mucho por traerme, os libero. Así descansaréis un poco —dijo Paulo con las manos en forma de rezo a la altura del pecho, sentía una incomodidad terrible al pensar en separarse de Alma, pero quería liberarla, que pudiera ir a ver a sus abuelos. Él necesitaba tiempo, además, para llamar a su madre y, sobre todo…, a María.

—De ningún modo, de acá no nos movemos. Nos quedamos hasta haberlos ayudado como vos me ayudaste a mí, Paulo —contestó Alma con una convicción superior a cualquier queja que pudiera interponer Paulo.

—Ay, Alma, muchas gracias, somos cuatro y todavía estamos sacando barro. Ni hablar de poder hidrolavar las paredes. Por suerte las habitaciones están arriba y ahí zafamos la ropa, las camas, los zapatos…

—Alma, yo os agradezco, en verdad, pero tal vez tus abuelos estén preocupados.

—Muchacho, no hay forma de que nos hagas ir, somos tres vascos cabeza dura. Imaginate. No nos vamos. Karen, llamá a la casa de los abuelos y deciles que Almita ya se dio la vacuna, que nos quedamos acá a ayudar y que vayan preparando algo rico para la noche. Seremos los de siempre más los cinco de Paulo. —Giró para enfrentar a toda la familia de Paulo y a él mismo—. Ustedes se vienen con nosotros; después de trabajar todo el día, no se van a poner a cocinar. Ah, y Mauro con su madre. Los abuelos sí que tienen trabajo por delante —afirmó Jorge sonriendo.

—Bueno, sí, la verdad que tiene razón. Encima tuvimos que tirar todo lo que teníamos en la heladera, porque flotó hasta la mitad de la cocina y, cuando pudimos volver a ponerla en su lugar, la abrimos y tenía agua sucia en su interior. Descartamos todo —insistió Adrián con cara preocupada.

—Arreglado entonces —dijo Jorge—. Karencita, ponete a llamar.

Karen intentó comunicarse con la casa de los abuelos. Los demás se pusieron en la tarea de la limpieza. Mientras limpiaban los pisos y paredes, y sacaban al sol de la tarde los muebles, los papeles, libros y

fotos a secar, cada uno contaba su propia aventura en el agua de la inundación.

—¿Te acordás de la película *Titanic*? —dijo Marcela, y Alma respondió con un gesto afirmativo de la cabeza—. Bueno, ¿viste que hay una parte donde el agua parece un agujero negro que va entrando muy lentamente, al principio del hundimiento? Bueno, así fue acá. Agua oscura, lenta, muy lenta, pero que se va comiendo todo.

—Sí, recuerdo. Bueno, en mi caso fue como cuando Rose y Jack corren por el pasillo y salvan a un nenito hindú. ¿Te acordás? El agua entrando con furia, rompiendo puertas y todo a su paso. Así fue para mí y para tu primo. Si él no me hubiera agarrado, yo terminaba en el fondo de un arroyo.

—Uy, Alma, qué peligro. Bueh, ¿mi primo será tu Jack entonces? —Marcela bromeaba y reía, y Alma se quedó pensando. ¿Habría entre ellos algo tan fuerte como lo que vivieron en la ficción esos dos personajes? Alejó esos pensamientos de su mente, no quería pensarlo ni hacerse ilusiones de la nada. Rio ante la broma.

—Espero que no termine como él, muerto de frío literalmente. —Usó el humor para salir de la situación incómoda, como lo hacía siempre.

Karen se fue caminando por el barrio para tratar de conseguir algo para comer. Todos estaban con el estómago vacío desde la mañana temprano. En cuanto llegó a la esquina de 19 y 55, se encontró con un automóvil, un Ford Focus, color bordó. Le llamó la atención la posición del vehículo y el espacio que ocupaba: se encontraba sobre la vereda, en diagonal por la ochava, bien atravesado y muy cerca de la puerta de entrada de la casa, casi obstruyéndola. Era como si hubiera chocado contra la pared. Karen sintió curiosidad y se asomó. Dio un salto del susto. En su interior se encontraba un hombre mayor que tenía puesto aún el cinturón de seguridad. La cabeza se encontraba inclinada sobre el pecho, se veía el color de la piel de un gris cetrino y los ojos abiertos con gesto de terror. Las manos aún sostenían el volante, era probable que hubiese tenido un paro cardíaco. Seguramente la inundación transportó, flotando, el coche y, al bajar el agua, se depositó en ese lugar. «Pobre hombre», pensó luego de que su corazón se calmara del tremendo susto que se había dado, «seguro tuvo un ataque al corazón en medio de la inundación y no tuvo tiempo de nada. Voy a llamar a Defensa Civil para que vengan a retirar el cuerpo; con este sol, en unas horas, va a empezar a largar mal olor, y la familia, además, lo debe de estar buscando».

No se animaba a abrir la puerta y revisarlo. Ya mirarlo a través del vidrio le había dado impresión. Sacó el celular para hacer la llamada,

pero en ese instante vio acercarse por la avenida 19 un patrullero. Le hizo señas con los brazos y este se detuvo.

—Oficiales, los molesto porque en el automóvil que ven ahí, el Focus, hay un cuerpo sin vida. Recién lo encontré, no me animé a abrir la puerta. Estaba justo a punto de llamar a Defensa Civil.

—Buenos días, señora. Sí, gracias por el aviso. Los vecinos de la cuadra ya lo habían visto y nosotros venimos porque nos han llamado. Nos vamos a quedar custodiando el cuerpo hasta que los de la policía científica puedan venir a revisarlo. No se puede tocar nada. Gracias de todos modos —dijo la agente mujer que viajaba en el asiento del acompañante.

—Ah, listo, no sabía que ya habían llamado. ¿Pero no estaría bueno, aunque sea, ver si tiene algún teléfono celular para localizar a su familia? Digo, porque deben de estar muy preocupados.

—El tema es que no podemos mover nada. Seguramente, en cuanto lleguen los de la científica, vamos a poder sacar algún dato. De todas formas, ya no se puede hacer nada. Y los de la científica van a tardar un rato, hay muchos cuerpos por toda la ciudad —acotó el oficial que estaba detrás del volante.

—Sí, tienen razón. Bueno, sigo mi camino. Que tengan buen día… si eso es posible hoy.

—Gracias, señora, lo mismo para usted —contestó la agente mujer.

Entró, aún pensativa, en el supermercado chino de 19 y 59. No podía creer la magnitud de lo que había sucedido la noche anterior. ¿Cuántas personas habrían perdido la vida? De solo pensar que su hermana casi murió, se le erizaba la piel. Había mucha gente comprando. Karen miraba desconfiada los estantes con alimentos, ahí también debió de haber entrado agua. Decidió tomar todo lo que estuviera ubicado en las góndolas superiores. Solo consiguió unas galletitas dulces y otras saladas. Agregó en la bolsa una yerba mate, por las dudas. Volvió a la casa de los tíos de Paulo y habló con Guille, su esposo. Al pasar nuevamente por donde estaba el automóvil, vio que el patrullero se había estacionado al lado del Ford Focus. Levantó la mano, saludando, y ambos agentes le respondieron.

En cuanto regresó Karen, todos hicieron un recreo y comieron las galletitas con mate. Paulo aún no estaba habituado a ingerir esa infusión tan argentina, así que pidió solo un poco de agua fresca. Karen comentó lo del muerto en el automóvil, los más curiosos fueron a mirar. Marcela y Germán volvieron diciendo que ya estaban los de la policía científica y que habían sacado el cuerpo. Unas horas más tarde, ya no estaba ni el hombre ni su automóvil-tumba.

La tarde continuó entre limpieza, mates, charlas e intentos de

conocerse. Paulo se mantuvo físicamente cerca de Alma, aunque no compartían justamente la tarea, pero siempre en la misma habitación o en una cercana. Tenerla cerca y escuchar su voz, sus respuestas, le hacían bien. Alma tenía un excelente humor. Sus bromas eran ocurrentes y siempre tenía una contestación rápida a las de los demás.

—Germán, pasame el secador de piso así saco lo único que queda de agua —pidió Alma al primo de Paulo.

—Ya te lo doy, ¿por dónde te lo paso? —contestó Germán con cara pícara, haciendo una burla.

—Ups, sonó feíto eso, ponelo donde más te guste, ¡pero dámelo ya! —contestó Alma entre risas.

Cuando concluyeron la tarea de limpieza, fueron metiendo los muebles que ya se encontraban en el garaje y no en la puerta, anochecía y la casa de la familia de Paulo seguía sin luz, todo el barrio lo estaba. Se comentaba que había personas entrando en las casas que no tenían movimientos, para robar. Así que ellos decidieron poner a resguardo el moblaje primero en el garaje y, cuando estuvo la vivienda en condiciones, volvieron a sus lugares originales. Los documentos, papeles y demás elementos que habían quedado al sol fueron puestos sobre la mesa del comedor para ser organizados al día siguiente con la luz matutina. Cuando todo estuvo terminado, Alma y su familia les avisaron que se marchaban, que los esperaban a cenar cuando estuvieran listos.

—Lleven ropa seca y lo que necesiten para tomarse unas duchas. Hay dos baños a su disposición. Acá ya no se ve nada, así que no pueden bañarse —indicó Alma.

—¿Nena, no será mucho? —dijo Matilde, algo preocupada por sentir que abusaban de la buena voluntad de la familia Recabarren—. Es demasiado, nos ayudaron a limpiar, ¿y ahora vamos a ir a tu casa a bañarnos y comer? No, nena, te agradezco mucho, pero no, es un abuso.

—Nada de eso —contestó terminantemente Alma—, ustedes se vienen o volvemos a buscarlos. Si estoy viva es gracias a Paulo, y lo mínimo que podemos hacer es retribuir el favor. Comida y baño no es nada. Matilde, de todos modos, van a venir a casa de mi padre y la de mis abuelos, ellos no tuvieron agua adentro. Mi casa está limpia pero sin luz también. —Miró a Paulo que negaba con la cabeza—. No acepto un «no» por respuesta, y es definitivo.

—Gracias, Alma, quedate tranquila, o vamos todos por las buenas en unos minutos o me los llevo a la rastra —intervino Germán—. Papá, vamos a preparar unos bolsos; mami, dame unas velas; Marce, vos agarrá una y buscá tus cosas en el cuarto. Yo preparo las mías y

los espero en diez minutos en el automóvil. El mío es el único que no se inundó, así que es el que va a andar. Paulo, vos acá no tenés nada de ropa, te llevo algo yo, ¿te parece?

—Ok, Germán, está bien por mí. —Miró a Alma con agradecimiento—. Escríbeme la dirección, preciosa, y mi primo sabrá cómo llegar, vosotros deberíais ir yendo, así os ocupáis de los abuelos —dijo mirando a Jorge y a Karen.

—Sí, dale —contestó Alma, tomando la lapicera y el papel que Paulo le alcanzaba para escribir.

Todos se pusieron manos a la obra, Matilde buscó más velas y las encendió, los hombres y Marcela fueron a buscar ropa y todo lo necesario para las duchas. Alma terminó de escribir, entregó el papel y se retiró con su familia.

—Miren que los esperamos, ¿eh? —insistió Jorge levantando un poco la voz—. ¿Hay algo que no les guste comer a alguno? ¿Alergias?

—Nada nos produce alergias, Jorge, y comeremos lo que con tanta generosidad nos pongan delante, no te preocupes —contestó Matilde mientras seguía prendiendo velas.

—Muy bien, vamos saliendo, chicas. —Jorge comenzó a caminar delante de ellas y encabezó la retirada.

Mientras salían, Paulo apoyó su mano sobre la parte baja de la espalda de Alma. Una sensación de electricidad le recorrió el cuerpo, sentía una atracción magnética. Alma sintió la palma de Paulo sobre su cintura y se estremeció. Giró la cabeza un poco y lo miró sin que se diera cuenta. El pasillo por el que iban estaba tenuemente iluminado con las velas que cargaban Jorge, por delante, y Paulo, que iba casi a la par de ella pero con un poco de retraso. El perfil del madrileño era perfecto: frente amplia, nariz recta, pómulos poco marcados, una mandíbula fuerte, unas pestañas casi infantiles, realmente tupidas y oscuras, y la expresión de los ojos… una expresión muy dulce, muy profunda. En la oscuridad, el brillo de su mirada era especial. Una idea cruzó como un rayo la mente de Alma, pero fue tan fugaz que no pudo atraparla. Llegaron al automóvil, Karen lo abrió y comenzaron a saludar a Paulo.

—Paulo, vengan rápido. Mis abuelos ya están preparando la comida, así que, cuando lleguen, casi como que va a estar listo todo —explicó Karen sin mirarlo, abriendo la puerta del conductor.

—Quédate tranquila, guapa, ya entro y los hago darse prisa. Creo que podríamos pasar por la casa de Mauro y buscarlos, el problema es que no creo que quepamos todos.

—Creo que lo mejor es que pasemos ahora nosotros a buscarlos —dijo Karen—, ¿les parece? Tenemos lugar. —Todos acordaron con

gestos afirmativos.

—Bien, vamos, chicas, entonces. Paulito, nos vemos en un rato. Karencita, poné en marcha y prendé las luces, esto parece una boca de lobos.

Alma comenzó a reírse de su padre y de su costumbre de usar diminutivos con las personas. Paulo abrió los ojos, sorprendido al escuchar su nombre como cuando era un niño y su madre lo llamaba para hacerlo entrar de sus juegos callejeros con los amigos de su Madrid natal. Arqueó las cejas y comenzó a reír como Alma.

—¿De qué se ríen ustedes dos, che? —los indagó Jorge, intrigado.

—Perdón, don Jorge, es que su forma de nombrarme me recordó mi infancia, mi madre me llamaba así cuando tenía listo el almuerzo y yo estaba jugando en la calle con mis amigos, me causó gracia eso, nada más. Ahora cada tanto lo vuelve a usar. —De pronto recordó—. Ah… y mi tía Matilde cuando se asusta, como hoy. —Comenzó a reír.

—Papi, sos un dulce, eso causa risa, somos tremendos adultos y vos nos tratás como nenes —completó Alma.

—A ver, Almita, a ver si te lo explico por enésima vez y me entendés. Vos y todos pueden seguir creciendo todo lo que quieran, cumpliendo años, sacando canas y arrugas; pero yo crezco con ustedes, así que seguiré siendo muuuuuucho mayor, y ustedes serán siempre pequeños al lado mío. De ahí que tengo autoridad para usar los diminutivos, ¿se entiende? —Jorge se acercó a su hija con los brazos abiertos y la envolvió con ternura—. Almita, Almita…, casi te pierdo hoy. Mamá y el abuelo te estaban cuidando desde el cielo, seguro ellos te mandaron a Paulito para que te salve. —Los ojos de Jorge se llenaron de lágrimas, aún no podía hablar de su esposa fallecida sin emocionarse, sin sentir una puntada profunda en el corazón, o en el vacío, donde debería estar. Ella se había llevado casi todo su corazón cuando se fue. Solo le quedaba un pedacito que latía por sus hijas y su nieta.

—Dale, papi, no te pongas triste ni filósofo. Fuerza, viejito. Dios no quiso que fuera mi hora. Ahora vamos, dale, entrá al automóvil —dijo Alma emocionada a su vez, intentando que su padre no se quebrara. Sabía del dolor de Jorge de haber perdido un amor tan puro.

—Venga, don Jorge. En un momento estaremos ahí. Piense positivo. Alma está aquí y a salvo —dijo Paulo para tranquilizarlos a ambos—. Alma, nos vemos allá.

—Dale, Paulo, no tarden. —Ella sentía una sensación extraña al separarse de él. Paulo hizo un gesto afirmativo con la cabeza, se acercó a su rostro y le dio dos besos en las mejillas, uno de cada lado, a la usanza española. Alma se quedó sorprendida, pero los aceptó de

buena gana. Subió al automóvil, cerró la puerta, se pusieron en marcha y ella se quedó mirando el cuerpo de Paulo a medida que se alejaban por la calle. Él siguió saludando con la mano, como si se estuviera despidiendo de alguien a quien no volvería a ver durante un tiempo largo. Cuando giraron en la esquina, y el vehículo ya no era visible, tomó de su bolsillo el teléfono móvil que su primo le había dado y se dispuso a hacer sus llamadas de rigor. Marcó primero el número de su madre.

—*¿Aló?* —dijo Valentina con su tono claro y algo temeroso.

—Mamá, soy Paulo.

—*Hola, hijo, ¡joder! Que me has tenido en vela desde anoche, niño, pues que me has dado un susto de muerte, ¿dónde te has metido?* —La voz de Valentina se escuchaba aliviada pero enojada a la vez.

—Madre, dame un minuto para que te explique, si me regañas no podré contarte lo que ha sucedido —Paulo hablaba en la calle, moviendo los brazos a la vez que gesticulaba. Era realmente gracioso verlo.

—*Que te he llamado al jodido móvil ese que tienes, niño, que la operadora se cansó de decirme que estabas fuera del área o apagado. Paulito, te he dicho mil veces que no me dejes en ascuas tanto tiempo, este corazón ya está viejo, vida. Ya no aguanto estos sustos.*

—A ver si me entiendes. Déjame hablar antes de regañarme. Que yo no he apagado el móvil, madre, que se me ha mojado con la inundación y dejó de funcionar. Ni siquiera sé si podré arreglarlo.

—*Ayyyy, que me duele el alma de escucharte. Que te ha agarrado el agua, pues espera que me sube un calor, niño. Que los nervios se me crispan, anda, cuenta más rápido o me matarás. María de los Ángeles tampoco logró comunicarse, las dos estábamos harto preocupadas.*

Paulo comenzó el relato, aunque decidió evitar contarle, por el momento, toda la aventura con Alma. Por un lado, para que no se preocupara sobre el peligro en que se había puesto para salvar a una desconocida, y por el otro, porque quería evitar que su madre hablara con María del tema.

—*Ay, hijo mío, ¡¡¡madre de Dios Santísima, Jesús y todos los santos!!!* —Paulo podía imaginar a su madre persignándose al momento de evocar a todos sus protectores—. *¿Y te lastimaste? ¿Estás herido? Que ya me tomo el primer avión y me voy para allí.*

—No, mamá, no seas exagerada. Estoy bien, perfectamente. Además, los dos sabemos bien que, aunque estuviera herido, no vendrías.

—*Paulo, ¿cómo me dices semejante atrocidad? ¿Acaso crees que podría no ir a auxiliarte? Que te lo juro por el San Antonio de Padua, que*

*si estuvieras en peligro supero cualquier temor y viajo.*

—Bueno, mamá. Está bien, déjame que te ponga al tanto. Hubo gente que me ayudó, y otros a los que yo ayudé. Por la tarde pude regresar con los tíos. Ahora estoy en su casa. Nos iremos a cenar con una familia que nos ayudó a limpiar todo. Aquí el agua entró y se elevó hasta la cintura. Aún no hay luz. Pero por suerte todos estamos bien. Madre, debo colgar, debo llamar a María y en unos minutos deberemos partir hacia donde nos esperan, amablemente, para cenar.

—*Muy bien, mi niño, pero me llamas a primera hora mañana, cómprate otro móvil, y me avisas. ¿Necesitáis que os gire unos euros? Mañana mismo puedo irme al banco y enviarte algo de dinero para ti y tus tíos, sabes que eso no es problema* —dijo Valentina recordándole a su hijo, de manera subrepticia, que aún tenía intacta la cuenta con el dinero que había recibido unos años atrás por parte del gobierno argentino como indemnización *reparatoria* de la pérdida de su padre.

Paulo nunca la había tocado. Adrián le había hecho los primeros trámites, cuando no pudieron obtenerlo durante el gobierno de Alfonsín. Adrián hizo lo posible e imposible para que sí lo lograran durante el gobierno de Menem. Se habían hecho las denuncias pertinentes de la desaparición de Alejandro, al día siguiente en que se lo llevaron. A esa, Adrián sumó otras, *habeas corpus*, *etc.* Se unió a las Madres de Plaza de Mayo y siempre mantuvo informada a Valentina sobre todos los adelantos respecto del tema. Valentina nunca quiso nada de dinero. Si bien estaba casada con Alejandro y hubiera podido recibir una pensión de por vida, nunca quiso que Adrián realizara ningún trámite por ella. Sí quería que su Paulito recibiera algo por el sacrificio de su padre. Con esa reparación, Valentina había pensado en pagarle los estudios o en comprarle una casa cuando fuera. Después de muchos trámites y análisis, Paulo recibió una suma importantísima de dinero, que incluía una cantidad grande por cada día que su padre había estado en cautiverio, y luego, otra por haber perdido la vida a causa de las torturas. Toda la plata fue enviada a Madrid a un banco que indicó Valentina. Y allí se mantenía todo ese tiempo, aumentando lentamente. Paulo no quiso pagar sus estudios y aún no había intentado comprar una casa ni hacer un gasto que él mismo, con su sueldo, no pudiese costear.

—Sabes perfectamente, madre, que nunca fue mi intención tocar ese dinero. Si necesito efectivo en este momento, que te aclaro que no es el caso, no tengo más que ir al banco y pedir una transferencia. Y si los tíos requieren de mi ayuda económica, la tendrán, pero siempre a mi modo.

—*Bien, hijo, pero recuerda que tienes esa reserva.*

—Sí, lo sé. Preferiría que no me lo recordaras tan seguido. No me hace sentir orgulloso que me hayan pagado por perder a mi padre.

*—Hijo, ya lo hemos hablado, no te pagaron por eso. Velo desde otro punto de vista, piensa que es un legado material que te deja tu padre, nada más, nada menos.*

—Ok, trataré de analizarlo. Necesito tiempo para verlo así, por ahora me quedo sin tocarlo. Madre, hasta mañana, debo llamar a María.

*—Muy bien, hijo, me llamas mañana, por favor. Y le envías mis saludos a todos los de allí.*

—Bien, los envío de tu parte. Adiós.

*—Te amo, hijo.*

—Y yo a ti, mamá.

Cortó la llamada. Le quedaba poca batería: perfecto, así la llamada a María no debía extenderse demasiado. Evitaría la sensación de incomodidad que estaba dominándolo.

*—¿Bueno?* —La voz de María se escuchaba como siempre, fuerte y concisa. Pero había un dejo de temor, o enojo tal vez.

—María, soy yo, Paulo.

*—¡Por Dios! Al fin te dignas comunicarte, gilipollas… He estado llamándote toda la noche y el día. Ni tu madre ni yo teníamos novedades tuyas, ¿qué carajos te pasó?*

—Primero, debo decirte que estoy bien, nada me ocurrió que me haya lastimado. —Paulo trataba de mantener la calma al ser abordado con tanto enojo por parte de su novia—. Segundo, te digo que sabrás por mi madre, que habló temprano con mis tíos, que aquí hubo una inundación terrible, y esa fue la causa de que no respondiera a tus llamados. Por un lado, porque perdí mi móvil al mojarse y, por otro, porque estuve sumergido y peleando por mi vida toda la noche. Recién he logrado hacerme de uno para comunicarme. —El tono de enojo usado por Paulo, y lo que le explicó, puso sobre aviso a María de los Ángeles de que debía cambiar su actitud si no quería terminar en pelea.

*—Paulo, siento mucho escuchar eso, lo siento, en verdad, es que estuve toda la noche pensando lo peor. Creí que te había pasado algo terrible.*

—Y así fue Mari, me salvé de milagro y ahora estoy hablándote para contarte y me tratas como si me hubiera ido de putas —dijo tranquilo pero seguro, conocía mucho a María, sabía de sus celos, seguramente había pensado toda la noche en que él había estado con alguna otra. Si bien era verdad, no lo había estado en la situación que ella imaginaba.

*—Bueno, no… no quise decir eso. Si te di una imagen errónea de mi*

*comportamiento, me disculpo.*

—Mari, nos conocemos bien, déjalo ya. Tengo poca batería y en cualquier momento se me apaga el móvil de mi primo. Aquí aún no hay luz, no tenemos comida, está todo hecho un verdadero desastre. Media ciudad ha quedado destruida y el resto, si bien no se destrozó, hay que limpiar y desinfectar bastante. Deberé comprar un nuevo aparato. En cuanto lo haga, me comunicaré contigo. ¿Bien?

*—Sí, entiendo. Está bien. Te siento muy frío y distante conmigo. Deberías entenderme. No podía imaginar que te estuviera pasando todo eso. No te enfades, por favor. Te amo.*

—Mari, no me enfado, pero tuviste algunas horas sabiendo que estuve perdido en una inundación terrible y, cuando me escuchas, solo me regañas por no haberte llamado. Realmente increíble.

*—Ya te he dicho que lo siento, en verdad es así.*

—Ya sé que lo dijiste, pero no sé si realmente lo sientes. Esta situación de tus celos me está agotando la paciencia.

*—Pauli, por favor, no me hables así, me hace daño. Me da la sensación de que quisieras alejarte aún más de mí.*

Paulo comenzó a escuchar, del otro lado de la línea, unos sollozos.

—Está bien, Mari, dejémoslo así. No quiero ponerte mal ni hacerte daño. Hablemos mañana más tranquilos, ¿sí?

*—Ok. Me llamarás entonces. Estaré esperando. Te amo.*

—Ok, mañana habla… —La comunicación se cortó sin que pudiera terminar de pronunciar la palabra.

Casualmente no había llegado a decirle a María que la amaba. Ya se imaginaba que ella estaría toda la noche pensando si él no había cortado a propósito la llamada para castigarla. Había veces en que se alegraba de ser hombre. Qué simples eran las cosas para ellos y qué rebuscadas para las mujeres. Germán salió en ese momento, ya preparado.

—Mis viejos y Marce ya vienen. Che, vos no sos ningún boludo para salvar chicas, Alma es una muñequita hermosa, simpática y tiene un sentido del humor…

—Pues mira que eres… Yo no la elegí, me tiré sin pensar y la salvé —explicó Paulo mintiendo de algún modo, él la había visto antes y había suplicado que estuviera viva—. Y sí, es hermosa, pero eso es un condimento agregado —dijo con una sonrisa socarrona en la cara.

—Ahhhhh, mirá que sos bravo, primo. Te gusta, te lo veo en la carita. ¿Y qué hacemos con María, el caramelito madrileño? —Sonreía muy divertido—. Pasame una a mí, che, no seas egoísta, ¿tu vieja no te enseñó a compartir? —Rio.

—No debes contarle a tus viejos ni a mi madre lo que acabas de

decir, que eso puede meterme en un aprieto muy grande, ¿me entiendes?

—Sí, primito, quedate tranquilo. Nadie lo sabrá por mi boca.

Paulo sintió que ya estaba en un aprieto, pero no sabía si quería salirse de él. Se acercó a su tío Adrián, tomó la bolsa que contenía el libro de Alma y que había dejado en una mesita que estaba en el garaje.

—¿Tío, cómo puedo hacer para preservar, aunque sea, la primera hoja de este libro? Es lo único que pude salvar de las cosas que Alma tenía de su madre fallecida, quiero que al menos le quede la dedicatoria, es muy importante para ella.

—Entiendo. Mmm —dijo Adrián prestando atención, inspeccionando el libro—, creo que lo mejor será enjuagar la hoja enseguida para sacar los restos de tierra. Luego pongámosla estirada sobre una mesa o madera y vamos a secarla con papel *tissue* de manera lenta. Cuando hayamos sacado el exceso de agua, podríamos intentar secarla con el secador de cabello. Pero va a quedar arqueada, seguramente.

—¿Tal vez si la coloco en un marco, con un vidrio, logre evitar el arqueamiento?

—Puede ser. Empecemos ahora —propuso Adrián, poniéndose a trabajar. En unos minutos habían terminado de limpiar y escurrir. Solo quedaba secarla. Pero no había luz—. Paulo, yo te diría de dejarla aquí hasta mañana, tal vez vuelva la luz. La puedo colgar de una cinta aquí adentro para que no entre en contacto con ninguna superficie y se pegue.

—Me parece buena idea. Mañana por la mañana buscaré un marco para ponerlo. Muchas gracias, tío, por tu ayuda. —Se dieron abrazos, de esos con golpes secos en la espalda.

—No es nada, sobrino, gracias a Dios que estás bien. Tu vieja, y mi hermano desde el cielo, no me hubieran perdonado que te pasara algo estando de vacaciones y en mi casa.

—Tranquilo, nada de eso hubiera pasado, pero por suerte, todo está en orden. —Y por dentro se cuestionó la frase. ¿Todo estaba en orden?

Salieron de la casa, cerraron y se subieron todos al automóvil de Germán. Apretados y cansados hasta los tuétanos, se dirigieron hacia la casa de los Recabarren. Paulo miraba por la ventanilla del acompañante, la luz de la luna daba de lleno sobre la calle. No podía dejar de pensar en María y su ataque, en sus celos, en su inseguridad. Viajar a Argentina le había supuesto una prueba, cada año realizaba el viaje sin invitarla, para ver si así lograba curarle esos celos. Nunca lo

había logrado, eso estaba claro. En la noche tranquila, el vehículo se deslizaba por las calles semiabandonadas, como lo había hecho el cuerpo de Alma durante la noche anterior, sumergida en el agua. El automóvil de Germán se detuvo.

# Capítulo 6

Los abuelos Recabarren habían puesto a cocinar unas espinacas, ajos y arroz. Querían agasajar al salvador de Almita y a su familia. Sentían que era lo mínimo que podían hacer. Se pusieron manos a la obra ni bien Karen se comunicó para decirles que estaban por salir. Les iban a hacer un arroz que era una receta familiar, se servía verde. Un manjar. El aroma del ajo dorándose en la manteca había invadido todo el comedor y la cocina. El abuelo Sabino estaba poniendo la mesa, había agregado una auxiliar para que cupieran todos los invitados. Dorleta salió de su reino culinario con el delantal puesto y miró el trabajo de la preparación de los lugares para cenar. Con la cabeza hizo gesto afirmativo, todo estaba preparado, en las mejores condiciones. La nona Donatella había ido con Karen y Guillermo, había ayudado en todos los quehaceres. Guille se había quedado con ellos para ayudarlos, pero, por sobre todo, cuidarlos: todos eran muy mayores. La luz había regresado hacía un rato. Lola estaba sentada mirando su dibujito preferido, parecía obnubilada, y, gracias a eso, ya no preguntaba cuánto faltaba para que llegaran su mami y su mamina.

Jorge entró a la casa con una sonrisa cansada, sus dos hijas caminaban detrás, sanas y salvas. Las chicas ingresaron después que él y esbozaron una sonrisa amplia, aunque se les notaba el agotamiento. Los abuelos corrieron a abrazarlos. Dorleta fue la primera en estrechar a Alma; Donatella, a Karen; el abuelo Sabino, a Jorge y luego comenzaron una serie de combinaciones donde se pasaban entre todos. Hablaban a la vez, se respondían. Guillermo y Lola los miraban sentados en el sillón, divertidos. Sabían que debían darles ese espacio de cariño. Lo respetaban. Cuando dejaron de abrazarse, Guillermo

tomó a su esposa de la cintura, la ciñó y le dio un beso en los labios.

—Hola, sexi… Te extrañé todo el día, ¿y vos? —La besó sin esperar respuesta, apretándola con fuerza.

—Absolutamente, hermoso, no pasó un minuto en el que no pensara en vos. Hola, hijita, belleza de mami, ¿le das un abracito a mamá? —contestó Karen al terminar su beso con Guille. Hablaba mientras bajaba al nivel de altura de su hija.

—Sip —contestó Lola con simplicidad y una sonrisa, le rodeó el cuello cuando Karen se agachó—. ¿Adónde se habían metido? Te esperé para ver juntas a *Angelina Bailarina*, pero empezó y no llegaste. Mamina… ¿por qué llora la mamina? —preguntó la pequeña mirando a ambos padres.

—Lo que le pasa a la mamina, bonita, es que se emocionó por ver a los abuelitos, que estaban bien, que la tormenta no les hizo nada. Nada más, bombona.

—Ah, bueno. —Se giró, se acercó a su tía y le tironeó de la remera —. Mamina, ¿y a mí no me abrazás? Yo también estoy bien, el agua la vimos cerca del automóvil, pero ni nos tocó.

Alma se limpió los ojos de lágrimas, sus abuelos la habían hecho largar todo la emoción que había guardado en ese tiempo. Se acercó a Lola y la abrazó con firmeza; el cuerpito de la niña se cubrió con el de Alma.

—Mamina, despacito, me vas a romper toda si me apretujás tan fuerte. Te quiero mucho, pero no me rompas, ¿eh?

Todos soltaron la carcajada, Lola siempre tenía expresiones que los dejaban sorprendidos y divertidos.

—Mmm, qué rico aroma, amona —dijo, enseguida, Karen, cerrando los ojos y aspirando lentamente por su nariz.

—Arroz cons, Karencita, sé que a ustedes les encanta, y cuando avisaste que venían y eran tantos, solo teníamos arroz, algo de espinacas, ajo y manteca. Dije: «Perfecto para hacer un arroz cons y agasajar» —comentó Dorleta mientras miraba al vacío y representaba el papel de ella misma en la cocina cuando resolvió qué iba a cocinar.

—Ay, amona, no llegamos a avisar, pero seremos menos. Dos de los invitados no van a venir. —Dorleta miró a Alma con cara de interrogación, siempre quería que le explicaran todo—. Es que iban a venir Mauro y su mamá, Mónica, una señora muy mayor, que nos recibieron en su casa. Pero la mamá estaba muy cansada, casi no había dormido anoche, ella y su hijo nos ayudaron a Paulo y a mí mientras estábamos sumergidos. Mauro estaba preocupado, así que decidió quedarse con ella y que se acostara temprano.

—Bueno, niña, no es problema. Ojalá se reponga, ya le rezaremos a

la virgencita por ella.

—Uyyyyyy, amona, cuánto hacía que no cocinabas ese arroz. ¿Te acordás, Almita? Cómo le gustaba a mami, y siempre lo quiso hacer, pero nunca le salió como a vos, amona —comentó Karen retomando el tema culinario.

—Gracias, amona —expresó Alma con ojos agradecidos—, un manjar, de todos modos, cuando vos cocinás, todo sale rico. Los demás llegarán en un ratito.

—*Va bene, espeta…, e nessuno si ricorda di me, ¿eh?* —dijo la nona Donatella.

—Ay, nonita, no te me enojes, vos sos la que hace los mejores postres y la mejores pastas, sos una especialista —repuso Alma abrazando a Donatella.

—*Bene bimba, che é meglio.* —La nona besó a Alma en la mejilla —.*La metá del riso l'ho fatta, ha il mio gusto.*

—Ya sé, la mitad del arroz lo hiciste vos y tiene tu sabor especial, eso seguro lo notaremos todos —dijo Karen a la vez que guiñaba el ojo a los demás.

—Vamos, chicas, dejen de hablar. Vayan yendo a los baños, dense una ducha y estén preparadas. Para la comida, faltan solo unos minutos, así que tienen tiempo las dos de bañarse, pero rápido. Karen, entrá a mi baño, Almita vos andá al de tu padre. Ni bien lleguen los demás, arrancamos la comida y que todos ellos se bañen cuando terminen de cenar. Ala, ala, muévanse, niñas —intervino Dorleta.

—Almita, cuando terminemos de cenar, telefoneá a Amanda, ella y Pato me estuvieron volviendo loco toda la tarde, llamaron a tu celular toda la noche y el día, pero no tuvieron respuesta. Les informé que estabas bien y algo de lo que te había pasado. —Mientras el abuelo Sabino contaba a Alma esas novedades, el rostro de ella mostraba la sorpresa de haberse olvidado de tranquilizar a sus amigas. Había borrado por completo que no tenía celular y que sus seres queridos estarían preocupados por ella. Se puso la mano delante de los labios casi de manera inconsciente—. Me pidieron que, cuando terminaras de bañarte y estuvieras tranquila, las llamaras.

—Gracias, aitona, lo voy a hacer ni bien terminemos de cenar. —Alma se acercó al abuelo y nuevamente le dio un abrazo.

Alma y Karen fueron corriendo a los baños. Alma, al de la casa de su padre, la vivienda que ocupaba el espacio delantero del terreno; y Karen, al de sus abuelos, donde preparaban la cena. La nona Donatella les había dejado preparado en cada uno una muda de ropa. Alma entró en la ducha del baño de la casa de su vida infantil y adolescente. Se sentía tan familiar todo allí. Volvió a lavar su cabello, se puso

acondicionador del que siempre usaba (su padre aún compraba una botellita, por las noches en que Lola se quedaba a dormir y debía bañarse). Se secó, se vistió. Se miró al espejo mientras peinaba el cabello mojado. Se sintió renovada, aunque el cansancio de los músculos se comenzó a sentir luego del agua caliente. De golpe percibió un agotamiento físico increíble, pero pensar en que Paulo llegaría en cualquier momento la despabiló. Se miró a los ojos y vio un brillo especial. Tenía las mejillas sonrosadas por el calor del baño. Salió de la casa de su padre y se dirigió a la de los abuelos por el camino de lajas. Cuando dio el tercer paso, escuchó un ruido a su espalda, el sonido de la reja de la calle abriéndose. Se giró sobre sus talones. Se asomó por el costado de la vivienda y vio a Paulo y su familia. Todos se estaban acercando a la puerta, mirando hacia el timbre. Alma salió del costado y les llamó la atención.

—Por acá, estamos en la casa de mis abuelos, que está atrás. Hay más espacio y las abuelas cocinaron allí. Pasen, por favor —dijo Alma asomando la cabeza y haciendo gesto con la mano para invitarlos a tomar por ese lado.

—Hola, bonita —dijo Paulo que, sorprendido, le descubrió una luz mágica en el semblante—. ¿Qué has hecho? Algo ha cambiado en tu rostro —señaló casi sin poder contener la frase en sus labios.

—Nada, me bañé. —Rio ella con ganas—. Será que me conociste sucia y no me viste bien hasta ahora —agregó divertida—, tal vez te parezca muy fea —comentó golpeando con el codo a Germán en el costado. Todos rieron.

—Nunca, Alma. Es que tienes una luz especial. —Paulo no acertaba a describir lo que le generaba Alma, su voz se fue apagando con lentitud, se quedó como extrañado de lo que estaba diciendo, como si su cerebro hubiera perdido el filtro. Alma se distrajo un momento.

—Epa, epa, primito, si no te conociera bien, pensaría que te querés levantar a Alma —intervino, en voz muy baja, con gracia, Marcela. Sabía que Paulo estaba a punto de mudarse a vivir con María y que le era fiel. Lo dijo en broma, pero Paulo lo sintió como un golpe en la boca del estómago. La miró con una cara que indicaba que silenciara cualquier otra expresión que pudiera dejarlo mal parado.

—Vamos, vamos, chicos, no empiecen a pelear, esto comienza como broma y luego terminan peleando —propuso Matilde, que los trataba como si fueran niños.

Alma sonrió y miró a Paulo, sorprendida por lo que había dicho. Y muy entretenida por la dinámica familiar de Paulo y los suyos.

—Pasen, por favor, la comida debe de estar lista. Al final, Mauro y

su madre no pudieron venir. Mónica se sentía muy cansada y, como es hipertensa, Mauro tenía algo de temor. Prefirió quedarse con ella, cocinarle y que se acostara tempranito —explicó a todos, pero mirando a Paulo.

—Imagino que el hecho de quedarse levantada toda la noche ha sido demasiado para su salud. Si Mauro ha decidido quedarse, estoy de acuerdo, nadie la conoce como él. Seguramente aún debe de estar peleando con ella porque debe de querer venir —supuso Paulo, algo sonriente, recordando el carácter de Mónica.

—Tal cual. Bueno, cuando terminen de cenar, tenemos listas las duchas para que puedan bañarse. —Alma se giró sobre sus talones y comenzó a caminar, todos la empezaron a seguir—. Los varones pueden bañarse en la casa de mi padre y las mujeres, en la de mi abuela. Ya tenemos todo listo. Les advierto que mi nona habla en italiano, no porque no entienda el español, de hecho, todos le hablamos en español.

—Ah, mirá vos, Alma, qué dato pintoresco —dijo Matilde—. ¿Nunca aprendió a hablar español?

—No es que no haya aprendido, mi nono hablaba en español y se lo enseñó a ella también. Es su manera de seguir sintiéndose italiana, nunca quiso dejar de serlo, la guerra la obligó a venirse. Si bien está agradecida de este país, nunca quiso dejar de ser lo que es: una italiana laboradora.

—Entiendo el sentimiento, cuando uno viaja tanto o, como en su caso, se ve obligado a irse, nada se siente peor que perder la identidad. Y el idioma, las costumbres nos dan pertenencia —comentó Paulo.

Alma apuró el paso, caminando por el jardín que separaba la casa paterna de la de los abuelos. En un momento, sintió un calor inusual y, al girar un poco el rostro para ver de dónde provenía, descubrió a Paulo muy cerca de su cuerpo. Alma no se había percatado de que él iba unos pasos delante de su familia para aproximarse a ella, sin rozarla. Sintió que las mejillas le ardían e imaginó que tendrían un tono rojo intenso. «Qué extraño —pensó mientras, con dismulo, no dejaba de observar a Paulo—, hace años que no me ponía colorada. Creo que la última vez que lo hice era una adolescente».

Alma siempre fue, desde corta edad, muy racional. Después de una pubertad normal, donde el amor no correspondido fue protagonista, había decidido que podía controlar las expresiones irracionales de su cuerpo. Comprendió que no debía fijarse en imposibles y, si alguien aparecía y ella se fijaba en él, pero mostraba ser inalcanzable, se lo sacaba de la cabeza lo antes posible. Los hombres que habían pasado

por su vida habían sido comunes y no habían vuelto a generar extrañas reacciones en su cuerpo. El enrojecimiento de sus mejillas fue un síntoma que perdió en el camino, nadie le había vuelto a hacer sentir ese calor.

—Pasen, por favor, siéntanse en su casa —dijo, en un tono más alto, Alma para llamar la atención de su familia—. Abuelos, les presento a Paulo, Matilde, Adrián, Germán y Marcela. —Fue marcando con su brazo a cada uno—. Ellos son mi familia —dijo girando hacia su familia y repitiendo el proceso—: mi nona Donatella, mi aitona Sabino, mi amona Dorleta, mi cuñado Guillermo y esa preciosura que se esconde detrás de mi hermana… —señaló a Lola que, vergonzosa, se ocultaba tras la pierna de su madre— es la muñequita de la familia, Loli.

—Mamina, no soy muñeca, tengo piel de verdad, no de plástico, ¿querés tocar? —Salió de su lugar seguro, alzando su bracito para que Alma lo comprobara.

Todos lanzaron una carcajada. Esa confusión de la niña aflojó un poco la tensión del ambiente. Las presentaciones siempre se volvían muy serias y Lola había terminado con la formalidad. Se saludaron con apretones de manos y besos en las mejillas. Paulo se acercó a Lola e intentó hablarle para romper el hielo.

—Hola, Lola, has extrañado mucho a tu mami, ¿a que sí? —dijo con llaneza. Lola lo miró, lo estudió y luego movió la cabeza en gesto positivo. Tenía de la mano a Alma y no la soltaba—. Y seguro a tu tía también. —Nueva afirmación—. Y cuéntame, bonita, ¿qué estabas mirando en la televisión? —preguntó Paulo mientras le estiraba la derecha a Lola para que se la tomara y se acercara para entablar conversación—. A mí me encanta *Bob, el constructor*, no sé si a ti te gusta —comentó mientras guiñaba un ojo a Alma. Lola lentamente se iba soltando de Alma y acercándose a Paulo, que se sentó de frente a la niña.

—Sí, lo conozco. Bob es uno que arregla cosas —comentó Lola mientras entraba en confianza—, pero a mí mucho no me gusta. Es para varones. Y yo soy nena —aseguró con su contundencia habitual.

—Creo que me he percatado de eso, Lola —expresó Paulo a punto de reír.

—¿El qué? —agregó Lola confusa, y sumó un gesto muy gracioso de montoncito de dedos con la mano derecha.

—Lola, ¿qué te dice mamá siempre que hacés pilita con los dedos? —preguntó Karen, que seguía la escena y vio a su hija hacer el gesto. Lola dio vuelta los ojos, la habían pescado *in fraganti*, no podía dar ninguna explicación.

—Que es de mala educación hacer montoncito de dedos —repitió imitando el tono materno—, pero yo no entiendo, mami. Si yo no digo nada y pongo el montoncito, ¿también es falta de respeto?

—Sí, hija. Queda feo —aseveró Karen.

—A vos, ¿te parece feo mi montoncito? —le consultó a Paulo sorpresivamente.

—Me parece el montoncito de dedos más hermoso que he visto en mi vida, Lola. Pero siempre debemos hacerle caso a las mamás, que saben más que nosotros —dijo Paulo, casi tentado.

—Bueno, entonces —Lola empezó a hablar y se puso las manos tomadas por detrás de la espalda— a vos te gusta Bob; a mí, *Angelina Bailarina*. Es una ratoncita que tiene una pollera de bailarina y se la pasa bailando. A mí me gusta bailar, mucho. ¿Querés que te muestre?

Paulo había logrado que Lola se acercara y se relajara con él. Alma miraba en silencio toda la escena, con una sonrisa dibujada en los labios.

—No, Lolita —dijo Karen—, ahora no, bombona. Vamos a comer, así que andá a lavarte las manos, cuando terminamos, te ponemos la música y bailás. ¿Sí?

—Ufa, justo cuando empiezo a divertirme —se quejó Lola, frunció el entrecejo y puso boca de enojada. Todos rieron.

—En cuanto terminemos la cena, Lola, te prometo que buscamos una linda música y bailas, ¿vale? —le propuso Paulo tomando su manito.

—No, no me llamo Vale, soy Lola. Mi amiga del jardín es Valentina, hablás raro vos —dijo, algo confundida, la niña.

Alma se arrodilló al lado de la pequeña y le aclaró.

—Lolita, Paulo viene de otro país. ¿Viste que los nonos vienen todos de otros países y hablan distinto a vos y a mí? —La pequeña asentía—. Bueno, Paulo viene de España, allí todos hablan como él y cuando dicen «¿Vale?», quieren decir si a vos te parece bien —aclaró Alma.

—Ah, bueno. —Y agregó mirando a Paulo—: Dale, está bien. —Lola se giró y fue caminando solita al baño para lavarse las manos.

—¿Estáis seguros de que es una niña? —dijo Paulo riendo abiertamente.

—¿Viste? Es terrible y a la vez adorable —agregó Jorge mientras todos reían—. Bueno, preparen el babero, que al abuelo se le empiezan a caer las babas —mientras lo decía, se pasaba la mano por el mentón, limpiando una saliva imaginaria.

—Bueno, tomen asiento, por favor. Bienvenidos —dijo a todos Dorleta, sacándolos del clima, e indicó la mesa que ya estaba puesta

—. Hicimos una comida que a nosotros nos gusta mucho, esperamos que sea de su agrado también. Si me permiten, voy a servir los platos así comenzamos. Almita y Karen, me ayudan a traerlos y distribuirlos, ¿no?

—Por supuesto, amona, vamos.

Las tres salieron seguidas de Donatella, a la cocina. Las tres primeras servían los platos y los comenzaban a llevar a la mesa. Donatella cargaba los potes con queso rallado y las paneras con pan recién horneado. Cada uno iba tomando su lugar en la mesa e iban mirando con curiosidad la comida en los platos.

—Mmm, ese aroma… Ajo, manteca, pan recién horneado. —Paulo miró a Alma con el entrecejo fruncido y con cara de tener una pregunta entre los labios.

—Tal cual —dijo Alma, sorprendida—, esos son dos de los ingredientes de esta receta, casi diría secreta, de mi amona, y el pan horneado es obra de mi aitona, con mi hermana le regalamos un horno eléctrico para hacerlo.

—Las chicas me lo regalaron un día de mi cumpleaños, es un invento bárbaro. Ahora hacemos nuestro pan, sano, sin aditivos ni conservantes. Todos los días hago uno o dos al día, seguro se me notan —señaló Sabino, tocándose la abultada panza. Todos rieron de buen gusto ante la broma.

—Tomen asiento, por favor, donde les parezca —indicó Jorge.

Todos fueron sentándose a lo largo de las dos mesas unidas. En la cabecera, de un lado estaba Sabino; a su derecha, Dorleta; a su izquierda, Jorge. Del lado de Dorleta se sentaron a continuación Matilde, Marcela, Guillermo y Karen. Lola, con su sillita alta, ocupaba la otra cabecera. Siguiendo la línea de Jorge se sentaron Donatella, luego Adrián, Germán, Paulo y, finalmente, Alma. Lola se encontraba custodiada por su madre y su tía. Ambas podían ayudarla en la cena si lo necesitaba. El brazo de Alma estaba muy cerca del cuerpo de Paulo, su calor la reconfortaba, la hacía sentirse familiar.

—Acabo de abrir un Merlot muy rico, espero que me acompañen saboreándolo, esta noche hay mucho para festejar, empezando por que todos estamos vivos y sanos. —Jorge tomó una botella de vino que recién había descorchado y comenzó a servir a los comensales que deseaban beber vino. Lo hizo con las copas de Paulo, de Germán, de Adrián, Sabino, Dorleta, Marcela y Guillermo. Jorge debió traer una segunda botella para terminar la vuelta. Cuando regresó a la mesa, traía consigo además una de vino blanco, justo el que le encantaba a Alma. Karen abrió una gaseosa e hizo lo propio con todos los que, como ella, no beberían vino.

—Almita, quedó una botellita de Chenin Dulce Natural que tanto te gusta, te sirvo un poquito, ¿no? —ofreció Jorge mientras intentaba destaparla.

—Bueno, papi, un poquito, mucho no. Estoy sin dormir y trabajé todo el día en la limpieza, así que un poquito de alcohol de más puede llevarme a los brazos de Morfeo antes de terminar la cena.

Todos sonrieron.

—Dale. No hay problema. —Jorge procedió a servirle—. Bien, si me permiten, quisiera hacer una oración. Si bien somos católicos, no practicamos muy seguido los rituales, pero creo que hoy es una noche especial y tenemos mucho que agradecer. —Miró a los rostros de todos esperando una respuesta, nadie respondió en voz alta, pero bajaron la cabeza en señal inequívoca de que participarían.

—Yo, yo, yo, abuelito, me encanta hablarle a Diosito, lo hago todas las noches, pero hoy le voy a hablar una vez más —repuso Lola, entusiasmada. Todos esbozaron una sonrisa.

—Gracias, Dios mío —empezó Jorge—, por esta mesa llena de alimentos que vamos a comer, por permitirnos estar juntos y, sobre todo, por habernos iluminado en tu santa gracia y permitirnos sobrevivir a la inundación, sanos y salvos. Te agradezco enormemente haber cruzado a Paulo en el camino de Alma y haberlos sostenido de tu mano hasta que el agua bajó. Gracias, además, por darnos la posibilidad y el honor de compartir esta mesa con tan buena gente, que pasará a formar parte de nuestras vidas para siempre. Amén. —Levantó el rostro y mostró unos ojos humedecidos por la emoción. Todos se vieron conmovidos por las palabras.

—Esperá, abuelito. Falto yo —dijo Lola ofendida. Todos sonrieron y Jorge le hizo una seña silenciosa para indicarle que le cedía la palabra—. Gracias, Diosito, por la comida, porque nos cuidás; gracias, abuelita, por ayudar a Diosito desde el cielo y cuidarnos más —terminó Lola, y varios la miraron con ternura—. Amén —sentenció.

—Amén —respondieron todos casi en forma de coro.

—Bien, gente, ¡ataquemos el plato, que se enfría! —propuso Jorge con más ánimo para cortar la tensión que había dejado en el ambiente su oración.

Paulo probó el primer bocado. La sensación del alimento caliente, con una mixtura exquisita de sabores, lo obligó a cerrar los ojos y agudizar el sentido del gusto.

—Doña Dorleta, que este plato es un manjar. Jamás había probado un arroz tan sabroso. Es cremoso, con el picor justo por el ajo, pero a la vez fresco. Y tiene un dejo dulzón además. Delicioso verdaderamente.

—*Eskerrik asko*, mi niño, es decir «Gracias», es un placer cocinar para tan altos catadores que pueden disfrutar de un buen plato —dijo Dorleta algo avergonzada, pero orgullosa de su trabajo.

—Es cierto, muy rico —coincidieron los demás.

—Amona, esta comidita tiene espinaca, ¿me voy a poner fuerte, como me dice siempre el abuelo Jorge?, él siempre me hincha con que tengo que hacer como el dibujito animado del marinero que él veía de chiquito, uno que se la pasaba comiendo espinacas para ser fuerte —intervino Lola y todos sonrieron.

—*Popeye* se llama, Lola, y no era chiquito cuando lo veía, era más grande. Él llevaba una lata de espinacas en el bolsillo, siempre, y si tenía algún problema con alguien, la sacaba, la abría y se comía el vegetal. Sus brazos se volvían mucho más gordos y fuertes. A vos no te va a pasar enseguida, pero seguro te ponés más fuerte con el pasar de los años —respondió, divertido, Jorge.

—Ah, buenísimo, entonces mañana te juego una carrera, papi, seguro te gano —le dijo Lola a Guille.

—Dale, Lolita, ni bien podamos salir al patio de casa, la hacemos —respondió Guille.

—¿Por qué, Guille? ¿Qué le pasó al patio? —preguntó Alma curiosa.

—Es que la cantidad de agua que cayó ayer, más la que subía por las rejillas del patio, hicieron que todo el fondo, la parte de césped que recién habíamos sembrado, se volviera un barrial terrible. Por suerte, nosotros en Berisso no tuvimos la inundación que hubo acá, pero el agua de lluvia hizo estragos de todos modos.

—Sí, me imagino. ¿Y cómo hicieron para llegar? —siguió preguntando Alma.

—Dimos no sé cuántas vueltas para poder llegar a casa, evitando las calles con agua en La Plata, luego en Berisso, pero hubo sectores que también se inundaron, aunque no tuvo la magnitud de lo que pasó acá.

—El tema del terraplén costero sirvió bastante para drenar el agua —tomó la palabra Karen—. A la nona la llevamos con nosotros a casa. Durmió en la pieza con Lolita. Esta mañana la llevamos a ver su casa, estaba todo en orden. Pero anoche no me animé a dejarla sola.

—*Volevo tornare a casa, ma la tempesta ha causato danni in tutta la cittá* —aclaró Donatella. Si bien hablaba en italiano, lo hacía lentamente, y la familia de Paulo esperaba traducción. Alma tradujo rápidamente. La de de Alma ya estaba acostumbrada, a veces mezclaba algunas frases en español.

—Para nosotros, el agua, vos sabés, Almita, Berisso se inunda

seguido, igual que Ensenada. No estamos acostumbrados, uno nunca se acostumbra, nunca, pero estamos preparados. Lo que nos tuvo en vilo toda la noche fue el olor ácido que te hacía arder los ojos, venía de la destilería de YPF. Creímos que iba a explotar. Terrible —siguió Karen.

—¿La destilería? ¿Por qué? ¿Qué pasó? —preguntó, asombrado, Germán, y en su pregunta se reflejaba la curiosidad de todos los comensales que no conocían lo ocurrido esa noche, fuera de la inundación.

—Anoche, parece que abrieron unas compuertas y entró agua del río en lugar de salir, el nivel de unos piletones superaron lo permitido y algo hizo que se prendiera fuego un sector entero. Se escucharon explosiones, había un humo espeso y en el aire se olfateaba, ya les digo, un olor persistente, muy fuerte, no sé exactamente describirlo. Pero se sentía como ácido, te ardían los ojos y molestaba respirarlo, te daba tos.

—Pero es muy grave, Karen —intervino Paulo—. Digo, si realmente se hubiera encendido un sector tan grande, considero que debieron haberos evacuado, a vosotros, Ensenada y La Plata. Imagina si realmente hubiera explotado ese lugar, pues, joder. Os borra del mapa, a vosotros y a media provincia.

—Por Dios —intervino Adrián—, no te puedo creer. Así que, si no moríamos por el agua, podríamos haber muerto por la explosión. Si hasta se me puso la piel de gallina.

—Pero… —empezó Germán, algo confundido, y, luego de un silencio, continuó—: Mirá, no recuerdo bien, pero creo que mi amigo de la facultad, Sergio, ¿te acordás, mami?, el que venía a comer tus milanesas cada vez que estudiábamos álgebra.

—Sí, lo recuerdo, un muchacho encantador, ¿no trabaja ahora en YPF? —respondió Matilde.

—Sí, ese. Bueno, creo que él me había explicado un sistema de seguridad que tenían, algo del nivel del río, el nivel de los piletones y unas compuertas. No recuerdo bien, no quiero decir una boludez, pero creo que YPF podría cerrar unas compuertas para evitar una explosión, y esas compuertas pueden haber tenido que ver con la inundación entonces…

—¿Cómo es eso? —preguntó Paulo—. Explícate, primo, esto puede ser un punto importante para encontrar responsables.

—Pará, che, a vos te sale enseguida el periodista de adentro, ya ves una confabulación o una trampa entre poderosos —contestó Germán casi a la defensiva, cayendo en la cuenta de lo grave de la situación que acababa de verbalizar.

—Es que, joder, si es como tú lo presentas, seguro se va a intentar tapar lo sucedido, deberé ponerme a trabajar en ello —expresó Paulo más para sí mismo que para los demás, que miraban a los dos interlocutores, azorados, como si se tratara de un partido de ping pong—. ¿Tienes forma de comunicarte con ese amigo tuyo? ¿Podrías conseguir una entrevista?

—Pará, primo, pará un cachito. Esas son ideas mías, elucubraciones. Dejame ver si, cuando se restablezcan las líneas, puedo hablar con él. No tiene teléfono de línea fija, debo llamarlo sí o sí a su celular, y los servicios aún no funcionan bien.

—Está bien, esperaré a que logres comunicarte, pero cuando lo hagas, te pido que me dejes hablar con él. Necesito tener, básicamente, unos lineamientos para detallar la noticia a mi editor.

—¿Para qué diario trabajás, Paulo? —se interesó Sabino.

—Pues, es un diario virtual, no viene en soporte papel —aclaró Paulo, y allí comenzó una larga charla acerca de la conveniencia o no de editar los periódicos en papel. De ahí volvieron a contar las aventuras vividas en el agua y cada uno hizo el *racconto* de lo que pudieron enterarse por otros o por los noticieros. La cantidad de muertos parecía irrisoria, Paulo puso gesto de confusión—. Creo que debe de haber un error, estoy seguro de haber visto pasar flotando varios cuerpos, os aseguro que la cuenta casi alcanza ese número. No puede ser que todos los cuerpos pasaran justamente por esa esquina.

—Mmm —intervino Guillermo—, mirá, Paulo, creo que aquí tenés otro temita para investigar, estoy seguro de que van a mentir, que no van a dar datos reales.

—Conspiración para ocultar errores políticos, no es ninguna novedad.

—Bueno, en primer lugar, si en el casco urbano de La Plata el agua llegó a casi dos metros, en las zonas aledañas a arroyos como El Gato y otros debe de haber sido peor. Y por esa zona hay muchos asentamientos —empezó a explicar Guillermo con la tranquilidad y parsimonia que lo caracterizaban—. En esos lugares viven muchos inmigrantes, indocumentados y muchos que, habiéndose documentado, no le han hecho a sus hijos los documentos al nacer. —Giró la cabeza para interrogar a Karen—: ¿No me habías dicho vos que tu amiga, la que trabaja en el Tribunal de Menores, te había contado de infinidad de nenas y nenes sin documentos? ¿Que los padres recién se avivaron de anotarlos cuando salió lo del Salario Universal?

—Sí, tal cual. Mi amiga me contó de familias enteras que viven en una misma habitación, y tal vez pasan años hasta que una asistente

social se mete en la villa y logra instruirlos, decirles las cosas que deben hacer en favor de sus propios hijos, como DNI, vacunas, *etc.* Es increíble que aún haya gente que no sabe lo que debe hacer. Bueno, no quiero recordar todas las animaladas que ella misma me contó que algunos les hacen a sus propios hijos, es terrible, denigrante. Y eso no tiene que ver con clases sociales, digo esto de hacerles cosas denigrantes a los propios hijos. Te aseguro que pasa en todas las clases, solo que las más pudientes pueden taparlo más tiempo. Jamás podría trabajar en ese lugar, creeme, te toca el alma escuchar los relatos. Tristísimo.

—Pues, por lo que contáis, seguramente hay un número mayor de muertos que nunca se podrá calcular si muchas de las personas que viven a orillas de los arroyos no están registradas en ningún lado. La única forma es hablar con los vecinos o con la familia que haya sobrevivido —acotó Paulo.

—No lo puedo creer —fue la única frase que pudo emitir Alma al escuchar el relato de su hermana, de Paulo y de Guillermo. Su movimiento fue instintivo, apoyó su mano derecha sobre el corazón—. Dios mío, Karen, no sigas contando, me muero si sé de maltratos o abusos, me hace mucho mal. —Todos escucharon a Alma, los ojos brillantes, con lágrimas, daban testimonio.

—Bueno, bueno —intercedió Jorge—, cambiemos de tema, muchachos, mi Almita es muy sensible y ya vivió suficiente por esta semana, ¿no?

Todos contestaron que sí, al unísono.

—Bien, mejor así. Contame, Paulo, cómo es eso de que tu padre es argentino y tu madre, española. ¿Adónde viven ellos?

—Pues verá, don Jorge, mi padre no vive, murió hace ya tiempo. De hecho, no pude conocerlo en vida.

—Gracias a Dios ahora podemos decir que sabemos eso, Paulito —intervino Adrián—. Perdón la intromisión, Jorge, mi hermano fue un desaparecido más hasta hace unos pocos años, cuando pudimos identificar su cuerpo en una fosa común. Gracias a Dios, ya pudimos darle cristiana sepultura, está acá, en el cementerio de La Plata.

—Ah, lo siento mucho, no sabía nada. Perdón que remueva recuerdos tan duros entonces.

—Nada de eso —siguió Paulo—. El recuerdo de mi padre nunca será triste. Mi madre se dedicó de hacerlo real para mí. La familia de mi padre es esta que usted tiene en su mesa, ellos lo sienten tan vivo como yo. Mi madre es la que vive en Madrid. —Y procedió a contarles a todos la historia de Valentina al enamorarse de un argentino, casarse con él, quedar embarazada y, finalmente, huir del país por la

persecución.

—Ay, nene, parece una historia de película de espías lo que contás —comentó Dorleta, casi abrumada por la historia y por la soltura con la que contaba Paulo lo sufrido por su madre y el resto de su familia.

—Es la segunda que me lo dice en menos de veinticuatro horas. Puede ser, pero para mi madre fue muy real, ojalá hubiera sido una ficción. En fin, la cuestión es que cada año regreso en el aniversario de su muerte a ver su tumba y aprovecho para visitar a mi familia argentina.

—Pero ¿es que también pudieron saber la fecha exacta de su muerte? —inquirió Sabino.

—No —respondió Matilde—, es que mi cuñada sintió que él murió a la semana de cuando lo llevaron. Es algo inexplicable. Ella estuvo segura desde el principio. Incluso quisimos hacer denuncias en su momento, un *habeas corpus*. Nada dio resultado. Luego lo entendimos. Todos sabíamos que a los que se los llevaban era difícil volverlos a ver, pero teníamos la esperanza de que estuvieran presos.

—Años después supimos lo que les hacían a los secuestrados, nos enteramos de las torturas. Entendimos que Valentina adivinó, con dolor en el alma, que mi hermano había dejado de luchar y se había entregado a la muerte —agregó Adrián—. Esa fecha es la que nosotros tomamos como de su muerte. La que ella sintió en aquel entonces. Ahora que encontramos sus restos, tenemos adónde ir a llevarle unas flores.

—¡*La tua mamma conosceva nel cuore, bambino*! —intervino Donatella, que se había mantenido callada hasta entonces. Paulo miró a Alma esperando traducción. No tenía tantos conocimientos del italiano.

—Dice que tu mamá lo supo en su corazón. Muy triste para ella —aclaró Alma.

—Sí, doña Donatella, así fue. Pero unos meses después llegué yo y ocupé su vida. Le traje muchos trabajos, la mantuve entretenida —contó, sonriendo, Paulo.

Alma observaba en silencio a Paulo. Tenía sensaciones encontradas con él. Por un lado, era un desconocido; por el otro, lo que habían compartido la noche anterior los unía de un modo increíble, y se sentía muy cerca de él. De hecho, el tiempo que le había tomado a Paulo armar con su familia los bolsos y luego llegar a casa de los abuelos de Alma le había parecido una eternidad. Lo miró a los ojos, estudió todo su rostro. El cabello oscuro lo llevaba largo, «como si el plan fuese mostrarse descuidado, pero todo estaba calculado», caía muy lacio y en las puntas se enrulaba levemente. Tenía unas cejas

pobladas y oscuras que le imprimían un matiz de seriedad al rostro. Las pupilas grises, de un color indefinido entre el celeste y el gris, tan claras que parecían casi transparentes. Una mirada profunda. Los labios… Dios, qué hermosos labios, gruesos, definidos, carnosos, deseables. Justo en ese momento dibujaban una sonrisa hermosa, con unos dientes parejos y blancos, perfectos. Alma recordaba su cuerpo, los grandes brazos rodeándola para darle calor. El pecho fuerte y duro en el que se había apoyado, la manera protectora con que la había cubierto con todo su cuerpo para evitarle el frío durante la inundación. Se acordaba de haberse sentido pequeña a su lado. Ella, que nunca se había visto a sí misma así, puesto que su altura y su contextura grande nunca le habían permitido sentirse de ese modo. Al lado de Paulo, se sentía diminuta. Una espalda grande, trabajada; más de un metro ochenta de altura, sus hombros anchos, sus manos inmensas. Todo la hacía verse pequeña. «Pequeña», como él la había llamado varias veces. Reconocía que se había establecido entre ellos una conexión extraña, no podía explicarla. Con el resto de personas con las que había estado durante el día había sentido un sentimiento de comunión, de unión por lo que habían vivido. Pero con Paulo era más. Nadie, ni siquiera Mariano, se había aproximado a hacerle sentir eso. Siempre sus sentimientos habían sido medidos, esto era nuevo, y la atemorizaba. En el momento en que su cerebro reconoció que Paulo estaba generándole sensaciones intensas, su cuerpo fue recorrido por un estremecimiento. Paulo se giró en segundos al sentirla atravesada por el movimiento involuntario del escalofrío.

—¿Estás bien, pequeña? —Cortó lo que venía explicando y la miró directamente, se notaba preocupación en su mirada. Guillermo le tocó la pierna a Karen por debajo de la mesa y ella le dedicó una mirada que le pedía silencio.

—Sí, sí. Tranquilo, Paulo. Me agarró un poquito de frío. Nada más. —Y le sonrió tímidamente. La nona Donatella tomó una campera tejida que descansaba en el respaldo de su silla.

—*Prendi la mia borsa, bimba* —dijo concentrada en alcanzarle el saco—,*tenere al caldo, perché ho fatto, vieni ragazza*. —Y, paso seguido, intentó levantarse para pasar por los hombros de su nieta la prenda. Paulo se apuró a dejar el asiento y tomó el abrigo de manos de la anciana.

—Permitidme, doña Donatella. Yo le acerco a Alma la chaqueta, siga comiendo tranquila usted.

Donatella se quedó mirándolo asombrada, ese muchacho tenía muy buenos modales, ya le caía muy bien.

—*Grazie, ragazzo. Che siate piú veloce… Vecchiaia certamente non é*

*sola*. —Y sonrió a Paulo.

—Dice que sos más rápido que ella, que la vejez no viene sola —tradujo Alma.

—Por eso es que no se debe perder el tiempo —respondió Paulo a la vez que ponía el saco sobre los hombros de Alma. Los demás seguían hablando con el de al lado o tomando pan casero sin prestar atención. Él aprovechó el momento para pasar sus manos por la espalda de Alma y frotarle los brazos para generarle calor—. ¿Mejor, pequeña? —Su mirada se veía preocupada.

—Mucho mejor, sos mi angelito de la guarda personal, anoche, toda la noche, me diste calor, y parece que es tu tarea asignada también hoy —dijo ella, sonriendo.

Paulo se acercó a su oído y le dijo en tono bajo:

—Conozco mejores maneras de darte calidez, pequeña, pero no quisiera perder la imagen de caballero que he logrado —expresó a la vez que le hacía un guiño seductor con su ojo derecho. Alma sintió una puntada entre las piernas y el color volvió a teñirle los cachetes.

—*Guarda, e si trasforma il colore al viso de la mía piccola* —indicó la nona, feliz de verle las mejillas rozagantes.

—Es cierto, doña Donatella —agregó Paulo con una sonrisa y una mirada cómplice con Alma—, necesitaba el saco, le ha regresado el color a la cara, se ha hecho evidente.

La conversación seguía de manera alegre, distendida. Un hormigueo extraño la sacó de sus cavilaciones; entre sus piernas, algo parecía estar despertando. Mientras observaba a Paulo, fue subiendo su intensidad. Cuando pensó en el cuerpo de Paulo rodeándola, él sobre ella, cubriendo el suyo, la puntada se hizo notar. No pudo evitar pensar que, si toda su estructura corporal era armoniosa, había que pensar detenidamente en una medida que le hizo sentir en el centro de su anatomía una humedad que la incomodó. Sus pezones se erizaron dentro de su corpiño, Alma hizo un movimiento casi involuntario para esconder su pecho y hacer que la remera disimulara el efecto que esos pensamientos estaban teniendo en su cuerpo.

Lola, algo adormilada, se sentó sobre las piernas de su madre y se quedó dormida. Alma aprovechó el movimiento de su sobrina y decidió ponerse a hacer algo para disimular la batalla de hormonas que tenía lugar en ella: se puso de pie para encargarse de lavar los trastes. Las abuelas hicieron lo propio.

—De ningún modo, abuelas, ustedes se me quedan sentadas —ordenó Alma al ver que las dos se aprestaban a ayudar con los platos junto a ella—, ya hicieron demasiado. La mesa la levanto yo.

—Bien dicho, pequeña —intervino Paulo con una sonrisa en el

rostro—, y yo lavaré la vajilla si me lo permitís. Quisiera agradeceros de alguna manera vuestras atenciones, quitarles esta tarea rutinaria y aburrida me dará una oportunidad. —Paulo había querido decir que le daba la chance de devolver el favor, pero quedó la ambigüedad flotando en el aire, así que aclaró casi al instante—: De devolveros el favor.

Todos sonrieron. Alma comenzó a levantar los platos y cubiertos; Paulo, las copas.

—Ay, chicos, se me durmió Lolita encima, no puedo ayudarlos— acotó Karen con una cara divertida.

—Qué lástima, ¿no, hermanita? —dijo Alma e hizo un guiño.

—Bue, mañana lavo yo —completó Karen sonriente.

—Yo los ayudo —propuso Marcela. En el momento en que se paró, Paulo le dedicó una mirada que indicaba que no quería que los siguiera, pero ella ya se había levantado, así que siguió su movimiento. Le hizo gestos con el rostro cuando estaba de espaldas al resto y caminaban juntos a la par detrás de Alma—. ¿Qué te pasa, primo?

—Vuelve a la mesa, Marce, por favor —respondió Paulo casi en su susurro—. Dame unos minutos.

—Okey, dejo esto y me vuelvo con alguna excusa —propuso Marcela casi en secreto, luego levantó la voz para que escuchara Alma —. Dejo esto y busco el resto, chicos, quédense acá, que les alcanzo todo. —Apoyó las fuentes en la mesada donde se encontraba la pileta y tomó una rejilla húmeda—. Limpio la mesa y traigo lo que queda. — Se giró, le guiñó el ojo a su primo e hizo un leve asentimiento con la cabeza.

—Buenísimo, Marcela, muchas gracias. Yo ayudo a Paulo acá y me pongo a hacer un rico café. ¿Preguntás si alguien quiere tomar un té?

—Listo, yo me encargo. —Y salió de la cocina.

—Dime, hermosa, ¿dónde están los elementos para el aseo? — consultó Paulo, se acercó a Alma y dejó las copas sobre las fuentes. Sintió una electricidad que le recorrió el cuerpo cuando rozó, sin querer, la piel de la parte superior de la mano izquierda de Alma. Una correntada lo atravesó y se centró en su ingle. Alma sintió algo similar, un estremecimiento circuló por su cuerpo, un leve escalofrío le hizo mover involuntariamente los hombros y miró a Paulo con un rostro desconcertado.

—Pequeña, ¿sigues teniendo frío? Déjame darte un poco de calor como ayer. —Casi sin pensarlo Paulo la abrazó. Alma se quedó quieta, tal vez algo asombrada por su reacción, pero también porque le agradaba la sensación de calor y electricidad que la surcaban al

contacto con Paulo—. Estás temblando, ¿te sientes bien?

Alma estaba en silencio, con los ojos sorprendidos. Ante el mutismo, Paulo se alejó y la miró unos segundos. Ahí cayó en la cuenta de lo que había hecho casi como un autómata.

—Perdón, Alma, no quise asustarte, es que… —balbuceó alejándose un poco más y apoyando las manos, nervioso, sobre la mesada de atrás—. En verdad no sé lo que me pasa. Siempre he sido un chaval respetuoso y cuidadoso de las formas. Contigo… siento que te conozco desde tiempo atrás y realmente no mido mis reacciones. Te pido disculpas, pequeña, si te asusté. Tal vez sea la intensidad de lo que vivimos anoche, estuvimos tan cerca, no sé. Creo que es por esto que no se sienten las barreras y pruritos normales entre dos personas que recién se conocen —expresó Paulo de manera casi nerviosa.

—Está todo bien, Paulo —lo tranquilizó Alma—, no me asustaste, de verdad. Es que hace tiempo que no tengo contacto físico con nadie, excepto mi familia. —Cuando cayó en la cuenta del modo en que podía interpretarse esa última frase, se apuró a aclarar—: Quiero decir, tuve algunas situaciones en mi vida que me alejaron de los abrazos, excepto de mi familia. Tu abrazo me reconfortó, es solo que me sorprendió.

—Perdón, Alma. De verdad lo digo. No quiero generar ningún temor entre nosotros, desde ayer, desde que te vi aparecer flotando, tengo una sensación extraña, una necesidad que nunca antes había sentido. Necesito… protegerte. —Paulo hablaba y lentamente volvía a acercarse a Alma.

Sus ojos la hipnotizaban. Como buena serpiente, estaba atrayendo a su presa, pero él también estaba obnubilado con esos ojos verdes tan intensos que no se apartaban de los suyos. Levantó la mano derecha y con el dedo índice comenzó a correr un mechón de cabello que le caía sobre la mejilla a Alma, lo acomodó detrás de su oreja. Se encontraba a escasos centímetros de su rostro. Alma se quedó quieta, Paulo se acercaba muy lentamente, alternaba su mirada entre los ojos de Alma y su boca. Finalmente, los alientos se encontraron. Fue un roce leve, pero despertó terminales nerviosas que Alma no recordaba. Paulo sintió una conmoción interior, un frenesí que era difícil de parar. El primer toque fue muy suave, labio con labio. La temperatura de los labios de Alma, su suavidad, su textura, lo enloquecieron. Él abrió levemente los suyos y su lengua rozó el superior de Alma, como pidiendo permiso para entrar. Alma respondió abriendo el camino y rozando la parte de abajo de la lengua de Paulo. Con ese simple toque, el beso se volvió profundo. Paulo entró en su boca, arrasando. La recorrió con premura, la rodeó al mismo tiempo, su brazo la tomó por

la cintura y la acercó hacia él. Con su otra mano la tomó de la nuca para levantar su rostro y posibilitar un beso más profundo. Ambos se mezclaron, Alma lo abrazó a su vez y enredó los dedos en sus cabellos. La electricidad que generaban, en ese apretado nudo de cuerpos, era palpable. Alma sintió el sabor de Paulo, un sabor único, y eso la sumió en un éxtasis. De pronto comenzó a sentir una puntada entre las piernas, una necesidad imperiosa de sentir el peso de él sobre ella. Las respiraciones entrecortadas, agitadas, eran el único sonido que rompía el silencio.

Marcela se acercaba con una copa y la rejilla, dio un paso dentro de la cocina y, cuando vio a su primo y a Alma tan entreverados en ese beso, tuvo dos impresiones: por un lado, sintió envidia de las sensaciones que esos dos estaban viviendo (un primer beso era algo irrepetible, seductor, ansiado) y, por el otro, la vergüenza de encontrarlos. Debía salir sin ser escuchada, sin romper el mágico momento. Apoyó la rejilla sobre una silla a su lado, la copa sobre la mesada y caminó hacia atrás sin hacer ruidos. Dejó la cocina con una sonrisa dibujada en el rostro.

—El cafecito ya viene, ¿eh? Los chicos lo están preparando —avisó con un gesto divertido que intrigó a Germán.

—Esperá, nena, le voy a avisar a Almita dónde están los filtros para la colada del café —anticipó Dorleta mientras intentaba levantarse.

—¡No! —exclamó, en un tono demasiado alto, Marcela. Todos se giraron a mirarla, asustados—. Perdón, es que soy algo tosca para hablar. Quédese, Dorleta, recién vi que Almita los buscaba y que los encontraba. —Miró a su hermano con cara de que algo escondía. Germán frunció el entrecejo como interrogando. Cuando Marcela se puso a su altura, le dijo casi en un susurro—: Después te explico.

En la cocina, Paulo y Alma seguían abrazados y besándose. Ajenos a lo que ocurría del otro lado de la pared. Alejados del mundo. Con lentitud fue soltándola, besando de manera más superficial, mordisqueando el labio inferior de Alma. Ambos fueron abriendo lentamente los ojos. Se miraron en silencio. Ella pasó el torso de su mano por la mejilla de Paulo; él, a su vez, acarició con el pulgar el recorrido del labio inferior.

—Eres tan hermosa, tan especial. Alma… Alma, ¿qué me estás haciendo? No me reconozco, jamás me he comportado de esta manera tan visceral, jamás he sentido esta imperiosa necesidad de protección.

—Paulo, me pasa exactamente lo mismo. Desde ayer tengo sensaciones en mi cuerpo que no entiendo, que ni sabía que podían existir. Te pido que no nos apuremos. Esto me asusta mucho.

—A mí también, pequeña. Sí, lo mejor va a ser ir a paso de crío. —No quería romper el momento, pero las risas del otro lado de la pared los devolvieron a la realidad. Comenzaron a soltar el abrazo de a poco. Paulo se apoyó sobre la mesada y se quedó mirándola—. Debo lavar los trastos o tus abuelas no me permitirán invitarte a cenar mañana, dirán que no soy hombre de palabra —dedujo Paulo con una sonrisa, bromeando para salir del momento tenso.

—Sí —confirmó Alma sonriendo a su vez, agradeciendo que la tensión se diluyera—, y yo tengo que preparar el café. ¿Dónde ponía mi amona los filtros? —Y se estiró sobre la mesada, abrió una de las puertas de las alacenas y cruzó su cuerpo por delante de Paulo, que ya giraba la canilla del agua caliente. Él la vio estirarse a centímetros de él y se quedó observando su perfil.

—Pequeña, pequeña, eres tan bella, no puedo apartarme. Deberás hacerlo tú, hermosa, aléjate para que pueda asear los trastos —le pidió con un gesto pícaro, como poniéndola a prueba.

—Bueno, deberé sacar fuerza de voluntad de algún lado —contestó ella con una sonrisa tímida, aunque seguía buscando los filtros sin bajar su cuerpo estirado—, así que estamos en igualdad de condiciones.

Alma entró al comedor y todos se giraron para mirarla, esperaban que ya viniera con el café, así que les sorprendió verla con las manos vacías:

—Pensé que ya estaba el café, Almita… ¿Necesitás ayuda? —preguntó Dorleta con una mirada de reojo a Marcela, quien había indicado que ya estaba preparado—. Marcela nos dijo que tenías todo en marcha cuando quise ir a darte los filtros.

Alma miró sorprendida a Marcela, esta le hizo un guiño que dejó en evidencia que había visto lo sucedido en la cocina. Las mejillas de Alma se volvieron a teñir de un rojo intenso.

—Amona, está todo bien, solo vine a ver cuántas tazas de café traigo y si alguien quiere tomar un té —disimuló Alma, aunque la realidad era que debía volver corriendo a la cocina y encontrar los filtros, sola, y apurar la preparación.

—Yo quiero café —acotó Jorge, resolviendo el problema—, los que toman café, levanten la mano.

Adrián, Sabino, Donatella, Germán, Guillermo y Karen hicieron lo propio.

—Alma, si no te molesta —propuso Matilde poniéndose de pie—, Marcelita y yo vamos empezando con la ducha. Preferimos no tomar nada aún, tal vez después, cuando regrese, un té.

—Perfecto, Matilde, no hay drama. Abuela, yo preparo todo para

tomar el café, ¿las acompañás al baño de la casa de papi, así están más tranquilas?

—Por supuesto —dijo Dorleta, y se puso de pie para acompañarlas —. Vengan por aquí. —Señaló la puerta.

Marcela dio la vuelta y tomó el bolso que había dejado en una silla, pasó al lado de Alma y le susurró:

—Tu abuela dice que los filtros están en el tercer cajón, detrás de los repasadores. Me dijo que seguro no los encontrarías y no la dejé ir, le mentí sobre que ya los habías encontrado. —Le guiñó un ojo y siguió el camino.

—Gracias —Alma respondió en un tono muy bajo. Luego, más alto, se dirigió al resto de la familia de Paulo—: Si quieren ir duchándose también, pueden, el baño está por allá y encontrarán todo lo necesario. Papi, ¿les mostrás el camino? Seguramente llegarán a bañarse ambos y podrán tomar el café después.

—Buenísimo, Alma, muchas gracias. Tengo el cuerpo pegajoso, debe ser lo que transpiramos, pero también el tema de esa agua que tuvimos que padecer —señaló Germán con cara de asco.

—Gracias, Alma —respondió, a su vez, Adrián, se levantó y se pusieron a caminar detrás de Jorge.

Karen se había quedado mirando a su hermana desde que había aparecido de la cocina. Se había dado cuenta del color de sus mejillas, de la conversación en susurros con Marcela y del nerviosismo que la movía.

—Parece que algo extraño ha estado sucediendo allí adentro, ¿no? —dijo Karen con cara de entender o sospechar algo, con una sonrisa ladeada—. Si querés, ayudo en algo, ¿o preferís volver solita? —comentó aguijoneándola.

—Quedate, Karencita, yo soy lo suficientemente grande y puedo manejar todo, incluso hacer un café —alegó Alma con cara inocente, se giró y le sacó la lengua a su hermana, como provocación.

Karen rio de manera sonora y le hizo, a su vez, un gesto silencioso: levantó su mano izquierda (que tenía debajo de la espaldita de Lola, absolutamente dormida) y señaló sus ojos con dos dedos, luego giró la mano y la señaló a Alma. Le indicaba que iba a estar vigilando. Alma mordió su labio inferior y movió la cabeza de un lado a otro. Guillermo presenciaba ese diálogo mudo, bastante divertido. Alma entró en la cocina y Guillermo miró a su esposa.

—¿Qué carajo está pasando? —preguntó con cara sorprendida.

—Nada, amorcito, cosa de mujeres. Creo que Almita está volviendo del mundo de los muertos vivos, ¿viste el color de sus cachetes? ¿Sabés cuánto hace que no se ponía así? —Guille negó con la cabeza

—. Desde la secundaria. Creo, mi vida, que Almita está cicatrizando su corazón y que alguien se está instalando allí.

—¿En serio? ¿Lo decís por Germán? —bromeó Guille.

—A veces creo que te hacés el distraído, y ahora lo confirmo —ambos cuchicheaban—. Te diste cuenta de cómo mira a Paulo, de cómo volvió de la cocina toda colorada. Algo pasó ahí. ¿Viste cómo la mira él? Yo creo que se viene una historia importante acá.

—¿Sabés que me encanta que seas tan chusma? —dijo Guille, y acercó el rostro al de su esposa para besarla, depositó un beso corto sobre sus labios y comenzó a levantar a Lola para llevarla al sillón—. Si vos decís que Almita está caliente, ojalá que así sea. Ese boludo de Mariano le cagó la vida, parecía que la había hecho morir por dentro, así que si está caliente, bienvenido sea. —Karen le dio un pequeño golpe en el brazo cuando terminó de apoyar a Lola en el sillón.

—Si serás animal vos, ¿caliente? ¿Eso es lo único que cuenta para vos? Yo dije corazón, cicatriz que se cura, dije historia, no hablé de encamarse y punto.

—Bueno, amorcis, vos ya sabés cómo somos los hombres. Todo empieza y termina en la cama, si no hay química, no se puede hacer nada, y si la hay, todo se puede arreglar. Yo creo que con el tarado de Mariano nunca tuvo piel, y ahora que me decís eso de los cachetes, lo confirmo. Tu hermana nunca se puso así de colorada con él, incluso tenía siempre cara de aburrida, un gesto… opaco, casi sin gracia. ¿Ves? Lo que te digo, está caliente, eso es pura química. Si todo anda bien con la atracción, todo va a marchar bien entre ellos.

Karen pensaba la lógica de la teoría de Guille, tenía sus puntos a favor, muchos, pero no iba a dar el brazo a torcer.

—Ojalá que así sea, ojalá que en la cama la dé vuelta como una media y que Alma se termine de sacar de la cabeza a Mariano. En realidad, no se tiene que sacar a ese imbécil, a él se lo sacó hace mucho. Lo que tiene que sacarse de encima es el temor a ser lastimada, a volver a sufrir, eso es.

—Como sea, el gallego va a hacer algo. Lo que sea la va a devolver a la vida, eso ya es mucho.

—Solo espero que no vuelvan a romperle el corazón, Guille —acotó con el rostro compungido.

Alma regresó a la cocina, silenciosa, pasó por detrás de Paulo y buscó, en el cajón donde le indicó Marcela, los filtros. Ahí estaban. Tomó uno y lo puso en la cafetera. Paulo la veía realizar los movimientos de manera automática. El agua corría haciendo un sonido bajo pero continuo. Él la miraba como absorto. Se le resbaló un cuchillo y cayó sobre la olla de metal. El ruido asustó a Alma, que giró

la cabeza y lo miró. Paulo levantó las cejas y sonrió a manera de disculpa.

—Tomás un cafecito, ¿no? —consultó Alma—. Estoy contando las tazas —agregó señalando la hilera que había preparado.

—Sí, un cafecito me haría bien —dijo sonriendo—. Estaba pensando, Alma, ¿te parece bien si mañana te paso a buscar a la tardecita y vamos a cenar a algún restaurante? Tengo ganas de estar a solas contigo, no quiero decir que me molesten nuestras familias, es solo que tengo esta sensación y necesito hablar contigo, a solas. ¿Te parece muy apresurado? —Sus ojos parecían una súplica.

—Entiendo lo que sentís, estoy pasando por los mismos sentimientos confusos. Está bien, mañana salimos a cenar y hablamos, entiendo que ya no somos unos adolescentes para dar tantas vueltas, yo tengo casi treinta y vos… ¿cuántos tenés?

—¿Es un problema la edad? —Se giró Paulo algo preocupado, cerró la canilla y comenzó a secarse las manos—. ¿Crees que soy demasiado mayor para ti, pequeña?

—No, nada que ver. No lo dije por eso. Te puedo asegurar que la edad es lo que menos me importa, mi mamá era mayor que mi papá, no mucho, pero lo era. Y fueron muy felices. Mis abuelos son muyyyyy mayores y se siguen amando como el primer día. No, nada que ver. Simplemente que anoche hablamos de muchas cosas, pero nunca dijiste tu edad. Y tenía curiosidad, nada más. Si naciste durante la dictadura militar, deberías tener treinta y algo, ¿no? —calculó Alma algo divertida por el comentario y la preocupación de Paulo.

—Bien, pues, tengo treinta y seis, aunque hoy me estoy sintiendo algo menor —aseguró con una sonrisa pícara en el rostro. El sonido de la cafetera, que indicaba que el café estaba listo para ser servido, los volvió a la realidad.

—B… bueno… voy a servir el café. ¿Vos terminaste ya?

—Sí, ya casi. —Paulo estaba acabando de lavar una olla gigante—. Me faltan las copas, podrías ir llevando el servicio del café mientras yo concluyo, ¿te parece?

—Dale —contestó Alma—, tus tíos y primos deben de estar terminando de bañarse, así que no hay apuro.

Alma comenzó a poner sobre la bandeja las pequeñas tazas de café (las que tenían virola dorada, sabía que su abuela Dorleta no le hubiese perdonado usar las comunes habiendo invitados) y la azucarera. Tomó tres tazas de té, del mismo juego, y las agregó al conjunto. Contó cucharitas para todos y luego agregó unos sobres de edulcorante para aquellos que no usaran azúcar (la nona, por su diabetes, lo usaba, y Alma lo hacía también por acompañarla y por

cuidarse: «Siempre es algo menos»). Levantó la bandeja con cuidado y comenzó la caminata lenta hacia el comedor.

Paulo dejó la primera copa enjuagada sobre el espacio que había preparado para tal fin y observó a Alma retirarse, se quedó en silencio cavilando. «Es tan hermosa… ¿Qué coño me está sucediendo? Ya no entiendo lo que siento. María de los Ángeles, la olvidé por completo desde que Alma apareció flotando. Es que no sé qué estoy haciendo, debo estar volviéndome loco. Nunca me he comportado de esta manera, debo hablar claro con Alma, no puedo lastimarla, pero ¿y si la pierdo? ¿Y si pierdo a María? Dios, la cabeza me va a explotar. Y, encima, Marcela: no va a dejar pasar esto sin hablar. ¿Qué mierda le voy a decir? Pues coño, la verdad, que ni yo sé qué carajos me está sucediendo».

Alma entró a buscar la cafetera y la pava con agua para el té. Lo vio pensativo, con la mano debajo del chorro de agua caliente, sin mover un músculo.

—Parece que alguien está pensando mucho —dijo con una sonrisa—. Si terminaste, cerrá la canilla, no sea cosa que te quedes sin agua caliente para bañarte vos. —Alma tomó la cafetera y un plato de madera para apoyarla en la mesa, y salió hacia el comedor. Volvió a entrar y repitió el proceso con la pava.

Paulo cerró la canilla y comenzó a secarse las manos. Cuando Alma había salido finalmente con la pava, él la siguió. Matilde y Germán ya estaban bañados y sentados en sus lugares.

—Paulo, papá está terminando de bañarse, cuando termines de tomar el café, podrás hacerlo vos —informó Germán mientras frotaba con su mano derecha el cabello húmedo. Tenía el pelo del mismo color de Paulo, un poco más largo. Los ojos le brillaban por el calor de la ducha. Sus ojos verdes se hacían más llamativos, los mismos que su hermana Marcela.

—Okey, Germán, haré rápido también, os veo bastante cansados. Si es mucho esperar, puedo ir a bañarme al hotel, allí tengo luz y agua.

—De ningún modo, Paulito —dijo Matilde—, te esperamos, vos debés de estar más cansado que nosotros, no dormiste nada y limpiaste dos casas enteritas. Te esperamos, nene. Uy, mañana vamos a tener que buscar un lavadero para mandar toda la ropa que se nos mojó. Las cortinas, manteles, algunas camperas. Menos mal que tenemos las piezas arriba, en un primer piso, zafamos la ropa de cama, colchones y los placares. Si no, sería terrible. —Matilde era una mujer de edad, sin embargo, aún conservaba su cara de niña. Se había negado a usar el cabello corto como la mayoría de sus amigas, que

argumentaban que una mujer que pasaba los cincuenta debía usarlo de ese modo. Ella lo llevaba hasta los hombros, con una tonalidad rubia oscura. Tenía la misma altura que Marcela y era un poco más pequeña que Germán.

—Qué suerte la de vosotros, tía, Alma, en cambio, ha perdido todo, su departamento es planta baja, así que se mojó desde el colchón hasta toda la ropa ubicada en los placares, el agua tocó todo hasta llegar al metro ochenta —explicó Paulo, algo preocupado, mientras Alma lo miraba entristecida.

—Sí, de todos modos, Almita, ya estuvimos hablando con los abuelos y te vamos a comprar un colchón nuevo —intervino Jorge—, no nos parece prudente que vuelvas a dormir sobre ese colchón. A pesar de que se seque, debe de estar contaminado.

—Pero, papi, no quiero que se pongan en gastos, yo con ese colchón, una vez seco, me arreglo —dijo Alma—, de verdad.

—*In nessun modo, ragazza* —intervino Donatella—, *la tua salute prima di tutto, il denaro è la meno importante, si ¿capisce? Non parla più.*

—La nona tiene razón, Almita. Tu salud es lo más importante —dijo Karen tratando de suavizar la respuesta de Donatella—, dejalos que te ayuden con eso. Guille y yo vamos mañana a comprarte algo de ropa, y de todos modos me voy a llevar todo lo que tengas mojado para intentar salvarlo. Hago el intento de lavar todo y desinfectarlo, lo que no se puede salvar lo tiramos, ¿te parece?

Alma asintió con un movimiento lento de cabeza. El sonido del timbre le evitó tener que pronunciar palabra. Estaba muy conmovida, nunca había sido ella la que había necesitado ayuda, ni siquiera cuando ocurrió lo de su madre o cuando perdió el bebé. La habían cuidado físicamente los abuelos y su padre mientras no pudo moverse, pero luego se fue a su casa a lamerse sola las heridas. No le gustaba que todos estuvieran tan pendientes de ella, preocuparlos.

El abuelo había atendido el portero, se giró y miró a Alma.

—Almita, son tus amigas, Pato y Amanda, se vinieron, ¿les devolviste la llamada? —preguntó Sabino algo preocupado de que esas chicas hubieran salido tan tarde.

El rostro de Alma mostró la sorpresa.

—Uhhh. Me olvidé por completo, aitona, ¡pobres chicas! Las hice salir tan tarde… podría haberles pasado algo —dijo a la vez que se movía para ir a abrirles la puerta. Las vio entrar por la reja de la calle, se apuró a alcanzarlas a mitad del parque—. ¡Chicas! Uyyyy, perdón que no las llamé, ¡perdón! —Ya estaba al alcance de las amigas, las tres se abrazaron en un nudo fuerte, un amasijo de brazos y lágrimas —. Chicas, no saben todo lo que me pasó…

—Sí, nena, tu abuelo nos contó lo básico. Qué cagazo, Almi, por Dios, ¡si todavía, cuando pienso que casi te ahogaste, se me ponen a temblar todos los pelos del cuerpo! —repuso Amanda con su jovial tono característico.

—Almita, por Dios, cuando Amanda me llamó y me dijo, casi me desmayo. No lo podía creer. Tu vieja te puso en el camino de ese flaco que te salvó, menos mal que él pudo, que si no, estaríamos buscando tu cuerpo en la morgue —dijo Pato.

Las tres hablaban al mismo tiempo y lloraban. Esa frase de Pato la trajo otra vez al presente.

—Chicas, esperen. Paulo está acá con su familia —avisó Alma, y vio los rostros de sus amigas que no entendían—. Paulo, el chico que me salvó, con el que estuve hasta que bajó el agua —siguió explicando—, me ayudó a limpiar mi casa y luego mi viejo, mi hermana y yo lo ayudamos a él y a su familia con la suya. Mis abuelos los invitaron a cenar porque no tienen luz ni agua, así que están todos acá. Por favor —miró directamente a Amanda—, no metan la pata, por favor.

—Che, nena, ¿qué querés decir? ¿Me estás diciendo que te voy a hacer pasar un papelón? Nunca, amiga, vos sabés que nunca te haría pasar un mal momento. —Las tres se rieron con ganas.

En ese momento, salía Marcela de la casa de su padre, recién bañada; el cabello mojado le cubría hasta la mitad de la espalda, de un color como el de su madre. Las tres se giraron para ver a la persona que se les acercaba desde atrás. Alma se puso algo nerviosa.

—Marce, estás mejor ahora, ¿no?

—La verdad es que me siento renovada, bastante cansada, pero con energía suficiente. —Miró a las recién llegadas con interés. Alma comenzó las presentaciones.

—Me alegro mucho. Te presento a mis amigas, casi hermanas, Pato y Amanda —dijo señalándolas—. Ella es Marcela, la prima de Paulo, el chico que me salvó.

—Hola, chicas, encantada —saludó Marcela sonriente—. Sí, mi primito es el héroe de la noche —expresó, y le guiñó el ojo derecho a Alma—. ¿Vamos adentro?, me está agarrando algo de frío.

Marcela empezó a caminar adelante, Amanda y Patricia la miraron a Alma con los rostros llenos de preguntas. Alma les hizo seña de que después hablaban y contestaba todo. Todas avanzaron detrás de Marcela. Cuando entraron al comedor, los abuelos se acercaron a saludarlas, igual que Jorge. Cuando se aproximaron más a la mesa, las dos se quedaron algo intimidadas por la gente que ocupaba las sillas y las observaban con detenimiento. Las dos clavaron la mirada en el hombre de pie al lado de la puerta de la cocina. Era altísimo, hermoso.

Miraron los rostros de cada uno y trataron de sonreír a todos. Alma tomó la voz para hacer las presentaciones.

—Ellos son: en la mesa, Matilde, Germán, Adrián. —Alma los iba señalando a medida que los mencionaba—. A Marcela ya la conocieron, y Paulo es quien está ahí parado. Ellas son mis amigas más cercanas: Amanda y Patricia. —Las dos se acercaron a todos y saludaron a la usanza argentina, con un beso en la mejilla a todos. Al llegar a Paulo, la altura las sorprendió.

—Encantado, bellezas. Si sois amigas de Alma, seguramente seréis buenas personas —saludó Paulo con ánimo.

Amanda y Patricia miraron a Alma, sorprendidas.

—¿Sos gallego? Ayyyy, me encanta cómo hablan, la musicalidad… —Amanda esbozó una sonrisa que parecía colgada de ambas orejas—. Decime algo lindo, gallego, que me muero. —Amanda era una mujer muy cómica y sus salidas siempre sorprendían a todos y los divertían. La familia de Alma ya la conocía y no les asombraba nada de ella, pero Paulo quedó algo confuso.

—Pero, bueno, es que aquí no entendéis que no todos somos gallegos, que no soy de Galicia, soy de Madrid. Así que dime español, madrileño, pero no gallego. —Y luego agregó, como si su discurso no hubiera alcanzado—: Pues fíjate que a mí me parece que la musicalidad distinta y graciosa es la vuestra, os escucho y me parece estar escuchando a un malevo cantar un tango. —Y todos rieron.

—¡Me encanta, me encanta! ¡Bonito, habla sensual y encima es un héroe!, lástima que te vio antes mi amiga, lindo, te salvaste, porque si no, no te dejaba posibilidad de escaparte —dijo Amanda con su comicidad acostumbrada.

Paulo levantó las cejas en sorpresa y comenzó a reír con ganas.

—Pues mira que eres una loca linda tú, ¿eh, rubia? —comentó Paulo.

—Bueno, bueno, pero acá hay más hombres con sangre de héroe, che, y aunque no pronunciemos al estilo español, tenemos otras facetas ocultas —acotó Germán, como si se hubiera despertado de golpe. Parecía que Amanda volvía a provocar la atención de los hombres como cada vez que salían ellas solas. Alma se sonrió e hizo el ademán de invitarlas a sentarse.

—Bueno, bueno —dijo Amanda prestando más atención a Germán —, parece que tienen buenos genes en esta familia. —Y le guiñó un ojo, cómplice.

—Chicas, ¿comieron algo?, les pido disculpas por haberme olvidado de llamarlas. Es que llegamos de la casa de la familia de Paulo, nos bañamos, preparamos todo, llegaron ellos y nos sentamos a

cenar. Ustedes llegaron justito para el café. Pero si no comieron nada, las esperamos, les servimos algo rico, ¿no, amona?

—Por supuesto, Almita, tenemos arroz para las chicas.

—No, gracias, Alma. Ya cenamos cada una en su casa. Gracias, amona Dorleta, esta vez nos vamos a perder alguna de tus exquisiteces. Yo tomaría un cafecito —dijo Patricia.

—Uy, bueno, qué aburrido, un cafecito, Pato. Almita, ¿no tenés algo más fuerte?, un champagne, algún ron, algo más rico y divertido. Tenemos que brindar porque están vivos —intervino Amanda.

—No, Amanda, no tenemos nada de eso. Quedó algo de vino, si querés te servimos una copita —respondió Jorge, animado.

—No, don Jorge. No se preocupe. Me tomo el cafecito entonces, pero hacemos brindis igual, ¿eh?

—Dale, ya vuelvo con dos tazas extra. Amona, ¿vas sirviendo las que ya están en la mesa? —sugirió Alma mientras caminaba hacia la cocina.

Pasó por el costado de Paulo, él la siguió con la mirada todo el trayecto y, cuando pasó a su lado, movió ligeramente su dedo índice y rozó la superficie de la mano derecha de Alma. Una descarga eléctrica atravesó los cuerpos de ambos, Alma lo miró, sonrió, algo incómoda, y siguió su camino. Paulo tenía una media sonrisa dibujada en el rostro desde antes de tocarla.

Amanda, que no sacaba los ojos de encima de Paulo, vio el movimiento de él y la reacción de Alma. Por debajo de la mesa le tocó la pierna a Patricia y le señaló a Paulo. Patricia no llegó a ver nada, giró la cabeza hacia Amanda nuevamente y esta le indicó acercándose un poco:

—Almita se olvidó de contarnos una parte importante, creo. Miralos bien, fijate la tensión entre ellos. —Luego dijo en voz alta, para todos—: Así que tuvieron mucha agua ustedes también, ¿dónde viven?

—Sí, casi un metro y medio —tomó la palabra Germán que, desde que Amanda había entrado, no le quitaba los ojos de encima —.Vivimos enfrente de la Plaza Islas Malvinas. El agua subió bastante rápido, pero tuvimos la suerte de que fuera agua calma. Si tuviera que describirla, diría que se parecía… —se quedó pensativo buscando una metáfora apropiada— a un espejo negro. Era una superficie plana, sin ondulaciones y oscura, pero que reflejaba todo. Por suerte no fue como les pasó a Paulito y Alma, que fueron arrastrados por la corriente. ¿Vos? ¿Tuviste agua? ¿Por dónde vivís?

—No, yo, gracias a Dios, tuve poca, apenas entró hasta el zócalo de la pared, nada. Vivo en 37, entre 3 y 4. Ahí no se juntó mucha, en

realidad, la que entró en mi casa era la que salía por la rejilla del baño y la del patio pequeño que tengo —respondió Amanda, y miró a Alma que volvía de la cocina—. Nena, qué julepe, ¿no? ¿Te lastimaste?

—No, por suerte floté casi todo el camino, me mantuve arriba. Solo me hice un pequeño corte en la pierna, pero no es nada.

—¿Y vos, Paulo? —preguntó Patricia.

—Pues veréis, no me he lastimado, gracias a Dios. Yo estaba colgando de un árbol al que había logrado trepar. Ahí, un nuevo amigo me cuidó bastante, me ató a una soga para evitar seguir la corriente si me caía, me dio una manta, algo de comer y charla para evitar que me durmiera. Cuando divisé a Alma, creí que estaba muerta.

—Dios no lo permita —dijo Dorleta persignándose.

—Lo creí porque estaba flotando, sin moverse. Ya había visto pasar varios cuerpos. Pero en ese momento se movió. Así que no lo pensé dos veces, me tiré tras ella. —Mientras explicaba, Paulo había cambiado su mirada de Amanda y Patricia a Alma, de un modo intenso, como si volviera a vivir toda la situación.

Amanda percibió la mirada intensa y, disimuladamente, tocó con el pie la pierna de Patricia, quien respondió con otro golpecito.

—Sí, es que me quedé quieta porque pensé que ya no iba a poder hacer nada. Bueno, en definitiva, Paulo me tomó, me sostuvo, nos escondimos en un zaguán hasta que bajó el agua y Mauro nos ayudó después. Mauro es quien estaba ayudando a Paulo desde su balcón. —Giró el rostro para ver a Paulo—. Deberíamos ir a agradecerles a Mauro y a su madre.

—Tienes razón, pequeña. Deberíamos pasar mañana a agradecerles. No tengo su móvil, ¿y tú? —preguntó Paulo. Patricia y Amanda se miraron al escuchar el mote que Paulo había usado.

—No, tampoco. Yo perdí el mío en la correntada, así que no tengo el suyo ni el mío. —Rio.

—Si seré gilipollas, es cierto. El mío no se perdió, pero se mojó al hundirse conmigo en el agua. Mañana sin falta deberé adquirir uno nuevo, y tú deberías hacer lo mismo —siguió Paulo con naturalidad—. ¿Te parece si vamos juntos y compramos los móviles? Tal vez consigamos alguna buena oferta.

—S… sí, no tengo problema. Pero mirá que yo no soy muy tecnológica. Solo necesito mandar SMS, llamar y WhatsApp. El resto no lo preciso, cuanto más simple sea, para mí es mejor. ¿Podré conservar mi número? —siguió Alma.

—Pues, pequeña, así lo creo. Tengo entendido que el número se respeta. ¿Con qué compañía tienes tu línea? Deberíamos ir a esa

empresa a ver aparatos.

Se armó una charla acerca de la nueva ley que indicaba que los números de las líneas telefónicas pertenecen al usuario y no a la empresa, y que debería restablecerle el chip con el mismo número. Paulo se había sentado cerca de Alma y sorbía el café mientras la observaba detenidamente, no podía quitarle los ojos de encima. Un mensaje sonó en el celular de Marcela, esta lo leyó y, acto seguido, le pasó el aparato a Paulo.

Se trataba de un mensaje de María de los Ángeles.

> Hola, Marcela, disculpa que te incomode, pero sé que Paulo perdió su móvil anoche. ¿Estáis todos juntos? Si estáis con él, ¿podría llamar?

Paulo leyó y el mensaje le cayó como una piedra estrellándose en su rostro. María de los Ángeles. ¿Qué estaba haciendo él? ¿Ella se merecía todo eso? No, definitivamente no. Pero él no podía parar lo que estaba sintiendo. Jamás en su vida había sentido algo parecido. Sabía que estaba haciendo las cosas mal, pero no podía alejarse de Alma. Algo muy dentro de él lo impelía a seguir adelante, a dejar todo lo demás de lado, ella era un camino nuevo. Tomó el móvil, leyó nuevamente y respondió.

> Hola, María, no me molestas para nada. El problema es que Paulo estuvo aquí con nosotros hasta hace un ratito y ahora se fue a su hotel. Estaba muy cansado. Anoche no durmió nada y hoy nos ayudó limpiando todo. Debe de haber caído rendido. No lo llames al hotel porque seguro está tan dormido que no escucha. Mañana le presto mi celular así te llama. ¿Te parece? Besito.

Escribió rápidamente, intentando copiar el modo de hablar de su prima, incluso agregó una carita sonriente, típico de Marcela al terminar un mensaje. No quería lidiar con María de los Ángeles en ese momento porque sabía que iban a discutir cuando ella le planteara que volviera cuanto antes, que el miedo de perderlo, etc., *etc.* Por otro lado, no estaba preparado aún para que Alma supiera que él estaba de novio, no quería perderla «¿Perderla?… ¿La tengo de algún modo? ¿Acaso es mía? Esto me está volviendo loco, necesito aclararme». Se levantó de golpe y todos lo miraron.

—Si no os molesta, preferiría irme a descansar. El cansancio está matándome. Me bañaré en el hotel. ¿Nos vamos, familia? —Al decir eso, todos se fueron poniendo de pie.Siguió hablando mientras se despedía de cada uno, daba la mano a los hombres y dos besos en las mejillas a las mujeres—. Abuelas, ha sido un placer, sus cuidados nos han devuelto el alma al cuerpo —dijo y, al terminar la frase, miró de reojo a Alma y le guiñó un ojo—. Don Sabino, don Jorge, gracias, desde mi corazón, por abrirnos las puertas de sus casas y compartir con nosotros esta cena.

Amanda aprovechó el movimiento de todos, se puso de pie, se acercó a Alma yle susurró:

—Almi, acá hay más de lo que dijiste. Te conozco, gatita, y no me voy hasta que me cuentes. Acá hay gato encerrado, y me parece que es uno que habla como el gato con botas de *Shrek* —le confió con una sonrisa pícara.

Patricia se acercó e hizo un gesto afirmativo para apoyar las declaraciones de Amanda.

—Shhhhhh, hablamos después —murmuró Alma, ya que Paulo se acercaba a Karen y Guillermo. Alma no alcanzó a escuchar cómo se despedía de ellos, pero él ya llegaba adonde se encontraban ellas.

—Pequeña, nos vemos mañana entonces. Por la mañana deberé ir a la agencia de automóviles donde alquilé el que perdí. Pediré que me den otro por estos días, ¿te parece bien que venga a por ti a las 11 horas? —preguntó ansioso.

—Sí, está perfecto. Te voy a esperar así vamos a ver lo de los celulares y a lo de Mauro —contestó Alma rápidamente, y siguió inquieta—. Vamos, los acompaño hasta la puerta.

—Gracias —dijo Paulo, luego se giró para despedirse de Amanda y Patricia—. Un placer haberos visto. Espero tener oportunidad nuevamente y conoceros mejor —afirmó con una sonrisa inocente cuando las miró de frente.

—Ay, bonito, no me digas esas cosas que me derrito. Seguro vamos a tener oportunidad de vernos, ¿qué mejor puente, para llegar a una mujer, que sus amigas? —soltó Amanda con el mismo desparpajo que la caracterizaba, y le hizo un guiño cómplice. Paulo se sorprendió y sonrió. Alma clavó un dedo en la cintura de Amanda—. Ay, nena, ¿qué hacés?, no me lastimes, che…, solo digo.

—Pues tomaré nota, rubia. Me cae de maravillas la sinceridad —continuó Paulo, divertido.

—Vamos, los acompaño —repuso Alma, algo nerviosa.

Salieron caminando Adrián, Marcela, Matilde y Germán, cerraban el grupo Alma y Paulo. Ella sentía el calor del cuerpo de Paulo muy

cerca, pero no se animaba a mirarlo. Estaba colorada de la vergüenza. «Amanda tiene un buzón por boca y debo hablar con ella para que no siga haciendo este tipo de cosas».

Paulo la tomó del brazo y la acercó a él antes de que su familia llegara a la reja y se giraran a mirarlos. Le depositó un pequeño y rápido beso en los labios. La electricidad volvió a recorrerlos. La oscuridad del parque ocultó el rubor, cada vez más intenso, de Alma.

—Mañana estaré esperando verte. Necesito hablar contigo. Buenas noches —dijo Paulo. Se giró y siguió caminando. Alma se movió como una autómata.

—Dale —logró articular. Al llegar a la reja, saludó con un beso a todos. Cuando llegó a Paulo, él la tomó por los brazos y le dio dos, uno en cada mejilla. Pero se detuvo unos segundos en cada una. Absorbía el aroma de ella para llevarlo consigo en su memoria hasta volver a verla.

—Hasta mañana, pequeña. Estaré esperando ansioso —la segunda frase la dijo casi en un susurro, en el oído de Alma.

—Hasta mañana —repuso Alma notablemente afectada por Paulo. Se quedó mirando el automóvil mientras se iban. Entró a la casa de sus abuelos, sabía que tendría que dar explicaciones. Amanda, Patricia, Karen. «Ufff, qué trío». No iban a parar de hacer preguntas. Entró, los abuelos ya estaban lavando las tazas. Karen cargaba todas las cosas de Lola en su bolso. Guillermo levantaba a la pequeña dormida y se preparaba para llevarla al vehículo. Donatella se ponía un abrigo y se despedía. Jorge acompañaba al grupo. Amanda y Patricia estaban sentadas y no tenían intenciones de moverse.

—Vayan a lo de mi viejo —sugirió Alma, indicándoles a sus amigas que en breve vendrían las explicaciones—, yo ya voy.

Karen saludó a todos y, cuando se acercó a Alma, le comentó al oído:

—Mañana hablamos, hermanita, hoy te salvó tu sobrina dormida y la hora. Quiero detalles.

—Dale, mañana hablamos. Andá, que Guille no puede solo con todo. —Se despidieron. Alma caminó hacia la casa de Jorge, donde sus amigas la esperaban en su habitación. Parecían tres adolescentes, las miró sin saber por dónde empezar.

—¿Y bien? Nos vas a contar todo. Con lujo de detalles, Almi —aseveró Amanda.

# Capítulo 7

Alma cerró los ojos, inspiró profundo y se preparó para dar todos los detalles que estaban esperando. Los abrió lentamente y comenzó su relato desde su salida de la casa del padre. Cuando llegó al momento en que perdió pie y cayó, se detuvo para dar más detalles de sus sensaciones.

—Chicas, no se dan idea del susto que tuve, cómo me arrastró la corriente. Fue tan fuerte, tan salvaje. Y junto conmigo iban flotando miles de cosas que no se veían, pero que me golpeaban. —Amanda y Patricia la miraban expectantes, sin decir una palabra, absortas en las imágenes que el relato de Alma generaba en ellas—. Al principio me desesperé, empecé a dar manotazos, me hundí varias veces. Horrible. Hice una fuerza increíble para nadar hacia los costados o a un lugar seguro. No vi a nadie que me pudiera ayudar, las cosas me golpeaban y yo traté de acercarme a las orillas para agarrarme de algo, pero no podía, no alcancé nada. Me lastimé los dedos al intentar hacerlo —destacó mostrando, a la vez que lo decía, las manos con las palmas hacia abajo; se veían arañazos y algunas marcas rojas suaves. Luego de que ambas amigas miraran y levantaran la vista, prosiguió—: Chicas, vi pasar a dos personas muertas. —Ambas amigas se llevaron las manos a sus bocas en señal de impresión—. No se dan una idea del terror que sentí, se me heló la sangre. Uno pasó flotando y otro, dentro de un automóvil. El color de sus pieles, los ojos fijos, opacos, el rostro de terror… Lo pienso y todavía se me ponen los pelos de punta.

—Pará, Almi, si te hace mal no sigas. No queremos que te pongas así —recomendó Amanda algo preocupada.

—Estoy bien —dijo Alma tras unos segundos de silencio—. Es muy

fuerte contarlo, es como revivirlo, pero tengo una sensación acá adentro —expresó señalando la parte superior del estómago—, necesito hacerlo.

—¿Estás segura? —inquirió Pato, también preocupada.

—Sí —lo afirmó con una contundencia que las convenció, ambas hicieron silencio y fue la señal para que Alma continuara—. No veía qué eran las cosas que me golpeaban, tenía terror de que fueran cuerpos o animales ahogándose, no sé. En ese momento pensás de todo… Creo que fue después de ver al segundo cuerpo que lo entendí. —Ambas fruncieron el entrecejo a modo de pregunta—. Entendí que ya no tenía que seguir luchando, que había llegado el momento. Entendí que ese era mi pasaje al otro mundo, adonde me esperaban Lucio y mi vieja.

—¿De qué carajo hablás, Almi? —se asustó Amanda.

—Tuve la plena seguridad de que iba a morir. —Una lágrima silenciosa empezó a caer desde el lagrimal derecho de Alma. Pato y Amanda comenzaron a lagrimear también, y, en un acto instintivo, ambas la tomaron de la mano. Las tres formaban un círculo cercano y cerrado—. Lo entendí de golpe, como si uno de los rayos que caían me hubiera atravesado. Iba a morir. Y, de pronto, una paz grande me empezó a recorrer. Me relajé. No pensé que me iba a ahogar, que no iba a poder respirar, que me iba a electrocutar o que algo me iba a golpear y lastimar. Nada. No podía pensar en nada. —Lo decía con la voz quebrada, pero se la escuchaba muy sincera—. Lo único que podía pensar era que mi vieja y mi hijo me estaban esperando, que yo tantas veces me había querido ir con ellos y nunca pude. Y en ese momento me iba a ir. Por fin iba dejar de sufrir. —Se hizo un silencio extraordinario entre las tres. Ninguna podía dejar de llorar. Alma retomó su discurso—: Creo que esa calma y esa paz me hicieron relajar tanto el cuerpo que empecé a flotar. El agua me zarandeaba de un lado al otro, sentía que las gotas me caían por todo la cara, algunas cosas se me enredaban en el pelo y sentía tirones, pero nada me perturbaba. Estaba en paz, como en un trance. —Alma calló y pensó una metáfora—. ¿Vieron cuando una está muy triste por algo, deprimida, y te llevan a una fiesta para levantarte el ánimo? Ves a la persona con su gesto triste, con su dolor en los ojos, que camina entre la multitud mientras todos bailan, gritan y se divierten. Y esa persona transita todo ese vendaval de alegría sin salir de su tristeza. La mueven, la chocan, le sonríen, pero nada hace mella. Nada está sucediendo, solo lo que está en su cabeza. —Enmudeció para dejarlas procesar esa imagen—. Así exactamente, chicas, así estaba yo. La creciente, el agua, la mugre, las cosas que flotaban y me golpeaban,

otros cuerpos, todos me saltaban, me golpeaban, me empujaban, me salpicaban, pero nada pasaba realmente. Solo la paz de saber que en unos minutos vería a mi vieja y a mi Lucio, ¿entienden?

—Sí, Almita. Puta madre, che. Tenés una forma de contar las cosas que me mata, nena —dijo Amanda conmovida—. No puedo dejar de llorar, boluda.

—Ay, Almi, por Dios, qué terrible —expresó Pato mientras tomaba unos pañuelos descartables de su cartera y le daba uno a cada una.

—No, Patito, paradójicamente no lo sentí terrible. Lo sentí… una bendición. Me iba y punto. Lo único que me sacó de mi trance fue un golpe sobre el muslo, fuerte, un dolor intenso. Algo puntiagudo me golpeó y me hizo una herida, y me agarré la pierna enseguida. En ese momento escuché un sonido seco detrás. Una caída. Un segundo después sentí que alguien me tomaba con fuerza. Y luego, un tirón horrible que me hizo doler el brazo.

—No me digas, dejame adivinar —se aventuró Amanda mientras se sonaba la nariz y restablecía su rostro—: El gallego —dijo, luego, con una sonrisa triunfal.

Alma hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Pato se tomó las palmas de las manos y se las llevó hasta el pecho, como si fuera a rezar.

—Sí, chicas, Paulo. Ahí nos vimos por primera vez, me salvó. Se tiró de un árbol altísimo cuando vio que me movía. Creyó que estaba muerta, y creo que un poco ya lo estaba. No sentía los dedos de los pies ni de las manos por el frío, y lo más importante: ya me había entregado.

—Qué groso el gallego, cada vez me cae mejor —dijo Amanda con una sonrisa.

—Bueno, ya saben que nos quedamos en un zaguán hasta que bajó el agua. No pueden imaginarse el frío que teníamos. Los dos tiritábamos, aunque yo creo que lo hacía más, ni hablar podía… me temblaba todo. Durante el resto de la noche que estuvimos bajo el agua, él hizo que me apoyara en su pecho y me cubrió con sus brazos para darme calor, estaba a punto de desmayarme, estaba congelada.

—Será gallego pero no es ningún boludo, ¿eh? Mirá cómo se avivó para abrazar y toquetear a mi amiga —bromeó Amanda.

—Pará, Amandita. No todo pasa por ahí —acotó Pato.

—De verdad, chicas. No se dan idea del frío que sentimos. Me temblaba el mentón, no podía contener el castañeteo de los dientes. Paulo me tomó y me dijo que era necesario darnos calor. Me sentí de pronto tan segura… A medida que me subía la temperatura, que me cubría completamente, me empecé a sentir tan a gusto, tan bien. No

me importó que fuera un desconocido. Hablamos mucho hasta que bajó el agua. Me sentí muy cómoda y cercana a pesar de que era la primera vez que lo veía en mi vida. Y ustedes saben cómo es mi relación con los hombres últimamente —dijo Alma, y ambas acordaron con una sonrisa—. Cuando bajó el nivel, Mauro, el que lo había ayudado a él primero y a los dos después, nos dio una mano más. Nos bañamos en el departamento de Mauro, la madre nos preparó algo para desayunar y fuimos a casa. —Las dos amigas miraban a Alma casi sin pestañar, ninguna hablaba, estaban absortas en el relato—. Chicas…, no se dan una idea de cómo había quedado mi casa. —Alma comenzó un detallado resumen de cómo la encontró y de qué modo eficiente aquellos tres hombres la ayudaron a limpiar y desinfectar su hogar—. Luego nos fuimos a la de su familia. Con mi viejo y Karen, los ayudamos nosotros a ellos. Cuando terminamos, nos vinimos para acá a preparar todo. Llegaron, cenamos y… bueno.

—Ah, no, Almi, quiero detalles. Todo lo que nos contaste está bien, pero en alguna parte está lo jugoso, decinos, porfis —intervino Amanda casi suplicante.

—No me quitó el ojo durante toda la cena y yo lo observé mucho también —confesó Alma de manera precavida.

—Alma, ¿viste cómo lo hace?, se nota que Paulo te mira de un modo muy intenso, es algo que se palpa —analizó Patricia mientras hacía gestos con sus manos como mostrando una textura, rozándose la yema de los dedos.

—Paren, paren, chicas, no me digan esas cosas. Me hacen tener esperanzas y no sé si quiero —las frenó Alma con una mirada atormentada.

—Almita —continuó Patricia con su tono calmo acostumbrado—, lo que tenga que pasar va a pasar. No te pongas a armar historias antes de tiempo, eso ya lo hablamos. Vos te adelantás y ya ves que él te va lastimar o a mentir. Pará. Primero permitite vivir la parte linda, quién te dice si él no es como los otros que conociste hasta ahora. Además, todavía no hizo ningún movimiento, ¿no?

Alma mostró una leve sonrisa.

—¡Vamos todavía con el gallego! —gritó Amanda y sobresaltó a Alma y a Pato.

—Si serás bruta, Amanda —dijo Pato dándole un pequeño golpe en el brazo a su amiga—. Me hiciste pegar un julepe bárbaro, nena —la regañó con el ceño fruncido—. Dale, Almita, no nos tengas en ascuas, contá.

—Cuando fuimos a lavar los platos, yo tuve un escalofrío y él, sin decir nada ni avisar, me abrazó. Me quedé helada. Temblaba. Él se dio

cuenta y después de eso… me besó.

—¡Lo sabía, lo sabía!, sabía que había algo más. Decinos, Almi, ¿besa lindo? Ayyyy, nena, es un machote, hermoso, valiente, decime que besa como los dioses —pidió Amanda con mirada insistente.

—Ay, chicas, me mató. Besa tan bien… Primero fue muy suave, como dándome tiempo para que me negara, muy suavecito, pero insistente. Después lentamente entró en mi boca y, no sé, nunca nadie antes me había besado de esa manera. Fue como si quisiera comerme, devorarme, no dejó espacio de mi boca sin recorrer, y sus brazos fuertes me apretaban contra él. Por Dios, chicas, si hasta me hizo mojar toda —confesó Alma, poniéndose toda colorada, y, al terminar la frase, se tapó la boca, como dándose cuenta de que lo había dicho. Evitó darles el detalle que en el abrazo intenso había podido sentir la erección de Paulo a la altura de su abdomen y que había quedado impresionada por lo grande que parecía. Si les hubiese contado eso, Amanda no hubiese parado en insistirle con que debería haberle hecho el amor ahí mismo, a metros de su familia. La conocía, la adoraba, pero tenía salidas que la dejaban sorprendida.

—¡Ay, amiga!, qué alegría, qué bueno que te esté pasando esto —dijo Patricia con alivio, luego miró a Amanda—. Te dije que debía esperar, que ya llegaría. Volvió a vivir. —Las dos se abalanzaron y abrazaron a Alma, que las recibió algo sorprendida.

—¿Qué? No entiendo —alcanzó a balbucear Alma.

—Es que, Almi, nosotras estábamos muy preocupadas. Desde lo del Bicho —Amanda hizo gesto de asco. Cada vez que recordaba a Mariano no lo llamaba por su nombre, sino que lo había bautizado el Bicho—, creímos que nunca ibas a volver a sentirte viva, estabas como muerta en vida. Nos contaste miles de historias de Lucas, pero nunca te sentiste así con él. Siempre nos decís de la ternura que te genera, de la confianza, de aquí de allá, pero nunca dijiste que te haya calentado. Paulo te hizo sentir nuevamente. Ese gallego es un genio, ya siento que lo quiero.

—Uy, Amanda, pará, nena, es demasiada información para ella —habló Patricia con más prudencia—. Almita, es que realmente no te veíamos bien, sabíamos que habías cicatrizado las heridas físicas, pero temíamos que no pudieras volver a sentir o a confiar en otro hombre. Y en menos de un día Paulo logró hacerte confiar en él y que volvieras a sentirte mujer. ¡Es genial!

—Ay, chicas, de verdad no me había dado cuenta de que había dejado mi sexualidad dormida, me parecía normal no sentir nada de nada. Ahora que lo pienso, la noche anterior a la tormenta tuve un sueño rarísimo, y creo que… —Alma se avergonzaba de decirles lo

que iba a decir, pero sus amigas nunca habían sido pacatas, y tenían confianza— la noche anterior a conocer a Paulo tuve un sueño erótico, e incluso tuve un orgasmo intenso. Intenso de verdad, hasta diría que nunca antes tuve uno así.

—Lógico —afirmó Amanda—, el Bicho era un inútil, podría haberla tenido larga como mi brazo, pero no sabía usarla, un pelotudo entero. ¿Cómo fue ese sueño? Contá.

—Amanda, Mariano no la tenía así, y en ese momento me alcanzaba con lo que él me daba. Es un pelotudo, pero no precisamente por el tema sexual —respondió Alma algo enojada con su amiga, ella ya no quería a Mariano, pero no tenía que denigrar toda su relación. Lo había amado, así que no todo había sido malo. Amanda ponía todo en la misma bolsa—. El sueño fue raro, yo estaba en mi cama, en mi habitación, podía reconocer todo, estaba a oscuras, atada a la cabecera de mi cama.

—Uyyyyyy, sado, me encanta, me re calienta eso del *bondage*. ¿Leyeron la novela nueva? —interrumpió Amanda.

—Ay, Amanda, dejala terminar —pidió Patricia—, pará un poquito, además, ¿de qué novela hablás?

—*Cincuenta sombras de Grey*, está buenísima. Mis compañeras de la escuela me la pasaron. Dicen que es la nueva pornografía de las amas de casa. Buenísima. El tipo podrido en guita es un amo, ella es virgen y una sumisa en potencia. No te va a gustar, te aviso —aseguró mirando a Patricia—. Te vas a quejar de la traducción y de lo repetitiva, pero la historia atrapa. La ata, usan juguetes eróticos. La tengo en mi *tablet* en formato digital, se las paso si quieren.

—No, gracias, paso —dijo Patricia, que no soportaba ver ni siquiera un SMS con faltas de ortografía o sin signos de puntuación—. Dale, Almita, seguí. Estabas atada a la cama.

—Yo la leí, Amanda —Alma hizo un *impasse* en su relato, adrede, no quería contar tantos detalles, tomarse unos segundos para hablar del libro le daba tiempo de pensar lo que iba a decir—, por lo del blog, ¿te acordás que te di mi opinión hace más de un mes? Bueno, me pareció interesante la historia, bien trabajada la trama erótica y romántica, y la policial. Bien trabajado el perfil psicológico, pero todo se desluce por una traducción poco cuidada. Es como un ejercicio de taller de escritura: errores de ortografía, de sintaxis, demasiadas expresiones y estructuras repetidas, una traducción del inglés no muy buena. No sé, me pareció una buena historia, de hecho, está vendiendo muchísimos libros. A mí no me gustó mucho, aunque debo reconocer que es novedosa —continuó Alma, y se giró a Patricia—. Bueno, mmm, ¿dónde me había quedado? Ah, sí. —Alma pensaba

cómo contar lo que se venía y que le daba mucha vergüenza—. Estaba en que me encontraba atada a la cama. El desconocido me seducía, me besaba, me tocaba, pero lo más importante fue que me hacía sentir segura, deseada. Esa mirada, chicas, era tan intensa. Me tenía como obnubilada, como el hechizo que genera una serpiente en su presa. Sentí confianza plena. Me comenzó a besar todo el cuerpo, lentamente, muy suave, me desnudó y me hizo sexo oral. ¡Dios!, si existiera ese hombre lo buscaría corriendo, no se dan una idea de lo bien que lo hizo. Hasta llegué a un orgasmo fuertísimo, en el sueño y en la realidad. Me desperté empapada…

—Quién te dice, amiga, y a lo mejor el gallego te hace mejor sexo oral que tu amante nocturno —observó Amanda guiñando un ojo.

Las tres se rieron con ganas. Alma, un poco avergonzada, pero divertida a la vez. Siguieron charlando de manera desordenada de temas sexuales mientras Amanda aún comparaba la situación con la de los personajes de la novela.

—Entonces, Alma, Paulo, ¿qué más pasó? —Volvió al tema Patricia.

—Nada, fue ese beso y me dijo que algo le estaba pasando, algo raro, conmigo. Que no se podía contener.

—Ay, qué romántico —expresó Patricia.

—Ese gallego lindo es un romántico, cada vez me gusta más. Aunque el primito no está nada mal —señaló Amanda.

—Nena, pará un poquito, che. No dejás títere con cabeza vos —la amonestó Patricia.

—Ya voy a tener tiempo de descansar cuando esté muerta, nena, ahora dejame disfrutar. Vos sos la que se quiere casar y dormir por el resto de tu vida con el mismo hombre. A mí dejame ser, yo quiero degustar la vida, menos mujeres, voy a probar todo lo que pueda —Amanda hablaba y hacía gestos con las manos. Las tres se rieron.

—Y bueno, luego me dijo que quería invitarme a cenar, que quería pasar tiempo a solas conmigo.

—Le dijiste que sí, obvio, ¿no? —dijo Amanda.

—Sí, pero no sé, chicas, no sé si estoy preparada. Le dije que necesito ir despacio, que esto me asusta. Además, no tengo ropa para ir a un restaurant, no tengo nada para salir. —Se quedó pensativa—. En realidad, no tengo nada de nada.

—Almita, no seas tonta —intervino Patricia mientras le tocaba el brazo a Amanda e intentaba calmar a la fiera, que parecía que iba a saltarle a la yugular a Alma—. Ropa te damos nosotras, te venís a almorzar, vengan a casa y las dos te probamos ropa. —Amanda movía la cabeza de modo afirmativo y agradecía que Patricia fuera tan

tranquila para resolver—. Eso está resuelto. Lo otro es más importante. No te pongas palos en la rueda, no te autoboicotees. Mariano se llevó tu confianza, tus ganas de vivir. Ahora Paulo puede ser una buena oportunidad. Date esa oportunidad, dale a él esa oportunidad.

—¿No me estaré equivocando, chicas? Y si… ¿y si me vuelven a lastimar? —preguntó Alma con tristeza, casi con el gesto de una niña—. No podría soportar otro dolor tan grande.

—Mirá, Almita —continuó Patricia—, cuando Mariano se fue, no te dolió tanto el abandono por vos, creo que te dolió que no aceptara a tu hijo, que le diera lo mismo que estuvieras o no con él para darle un hijo, el dolor venía por ahí, creo yo. Hacía rato que los veíamos como alejados, como distantes, parecían amigos más que una pareja. El final estaba cerca, creo; el embarazo simplemente lo adelantó. La muerte del bebé es otra cosa, eso sí te mató en vida. Nunca vas a experimentar un dolor tan grande, amiga. De eso estoy segura. Espero que nunca pases por esa situación otra vez. Pero Paulo es alguien nuevo en tu vida, debés darle una oportunidad.

Las palabras de Patricia se iban abriendo camino lentamente en la cabeza de Alma, de a poco iba siguiendo la lógica de lo que le decía. Sí, debía darse una oportunidad con Paulo, debía dársela a él, la había salvado de la muerte; tal vez fuese una señal de que podría salvarla en otros sentidos.

—Tienen razón, chicas, lo voy a hacer. Mañana voy a ir a cenar con él y ver qué pasa —resolvió más animada.

—¿Vos cómo te sentís? —preguntó Patricia—. Digo, más allá de la excitación natural.

—La verdad… —Alma se quedó meditando, como eligiendo qué pensamientos develar—. Es que me gusta mucho, me siento segura con él, siento que podría ser algo importante. Si me pongo a analizar, vive en Madrid, eso nos juega en contra. Es demasiada distancia. Lo que siento, para ser honesta, es que me gusta muchísimo, que me genera sensaciones que no sentí nunca. Tengo ganas, pero a la vez miedo.

—Almi, es normal que tengas miedo, todo esto es muy desconocido para vos, ¿qué digo «para vos»?, para mí también lo es, jamás un tipo me hizo sentir eso, me calientan, me gustan, pero nada más. Todos se me aparecen como con un cartelito en la frente, algunos dicen «trucho, te va a cagar», y los cago yo primero; otros dicen «alejate, te va a quitar libertad» y paso la noche con ellos, me saco las ganas, pero no vuelvo a verlos. Son pocos a los que les permito volver a verme —comentó Amanda.

—Tu historia es distinta, amiga. Vos tuviste una historia pesada y dolorosa en el secundario, y eso te marcó. Una mierda de tipo, pero no todos son así, te lo dije ya un millón de veces. Vos te cerraste para poder resistir —siguió Patricia—, ya sobreviviste, ahora deberías buscar alguno de los buenos, porque los hay.

—Sí, amiga. Pato tiene razón. Sufriste demasiado, y eso te hace ahora estar siempre a la defensiva —acotó Alma.

—Puede ser, chicas. Pero realmente no encuentro un flaco que me llame la atención.

—Lógico, no les das tiempo a ninguno para que te gusten de esa manera —analizó Patricia.

—Puede ser… —Amanda se quedó pensativa y de pronto pareció cruzársele una idea—. Te propongo algo, Almi.

—¿Qué? A ver, decime —dijo Alma algo intrigada.

—Vos le das una oportunidad completa a Paulito y yo hago lo mismo con el primero que me cruce. Le doy una semana para que me enamore, ¿dale?

Las tres se rieron con ganas, pero a todas les parecía un buen arreglo, Patricia hacía rato que se sentía preocupada por Amanda y su vida sin compromisos. Además, salía con cuanto hombre se le cruzaba y lo llevaba a su departamento. Todo el tiempo le decían, con Alma, que tuviera cuidado, que no sabía nada de ellos, «¿y si fueran asesinos seriales o violadores?». Amanda descartaba sus argumentos con frases hechas y bromas.

—Dale. Hagamos el trato —propuso Alma—, mañana a la mañana veo a Paulo, vamos por los celulares y a lo de Mauro. Le confirmo que quiero cenar con él. Vos, Amanda, deberías aceptar salir con el primero que te lo ofrezca y darle una semana completa de salidas.

—Hecho. Prometo hacerlo —contestó Amanda, absolutamente convencida.

—Amigas, me están haciendo muy feliz esta noche, las dos parecen quitarme un peso de encima —manifestó Patricia con alivio—. La verdad es que me tenían preocupada.

—Ay, Patito, lo que pasa es que vos sos una madre en potencia y no podés dejar de preocuparte por nosotras, que seríamos como tus hijitas —dijo Amanda mientras las tres largaban la carcajada—. Por eso estás a punto de casarte, estás más que lista para asumir esas responsabilidades. Pobrecito Martín, lo vas a ahogar con tanto cuidado y psicología.

—Amandita, no me pongas de mal humor —respondió Patricia cambiando su gesto—.Te quiero mucho, pero no me gusta que me tomes para el churrete.

—Ay, Patito, ¡cómo te quiero!, si hasta hablás como mi abuela —agregó Amanda antes de ponerse a reír con ganas.

Alma miró a sus amigas y en silencio agradeció tenerlas en su vida. Eran sus ángeles de la guarda. Luego de charlar durante más de dos horas y hacer bromas, se despidió de ambas. Amanda se fue dándole su abrazo característico y su frase de despedida infaltable:

—Chau, amiga, hasta mañana al mediodía. ¡Ah!, no te olvides de vivir.

# Capítulo 8

En el automóvil de Germán, la familia de Paulo viajaba en silencio. Marcela estaba sentada en el asiento de atrás, en el medio. Su madre, a la derecha y Paulo, a la izquierda. Sacó su celular y escribió un mensaje, que no pensaba enviar, a Paulo, y luego se lo hizo leer. No quería hablar delante de su familia, pero necesitaba decirle lo que pensaba.

> Paulito…, ¿te volviste loquito, primo? Cuando entré a la cocina y los vi besándose, no lo podía creer. ¿Qué pasó con María y tu discurso de fidelidad y que te pensabas mudar con ella? ¿Alma sabe de María?

Paulo tomó el celular de manos de Marcela y leyó en silencio. Matilde observó el movimiento de ambos y la hija respondió a la pregunta tácita de la mirada de la madre.

—María me mandó un SMS hace rato, no escuché la llegada. Se lo doy para que lea y le responda, nada más.

—Ah —respondió Matilde, a quien el cansancio parecía estar venciéndola.

Paulo borró el mensaje escrito por Marcela y escribió de manera muy rápida.

> Marce, no sé qué me sucede con Alma. Hay algo instintivo, diría casi salvaje, que no me permite

alejarme. Fuerte, muy fuerte, intenso. Te pido unos días de silencio. Voy a decirle a Alma de María, pero quiero entender lo que me sucede primero. Sé que si le dijera de la existencia de María, ella se alejaría rápidamente. Necesito estar con ella y ver qué me sucede antes.

Marcela leyó, levantó la mirada, muy seria. Observó a Matilde, que ya se había dormido. Respondió.

Oki. Te doy unos días. Pero, por favor, no la lastimes, Alma se ve que es buena persona y no merece sufrir. María tampoco. Vos vas a tener que definir rápidamente. ¿Será una calentura? A lo mejor solo te querés encamar y nada más.

Paulo leyó, hizo gesto negativo con la cabeza, la miró de frente, levantó una mano para hacerle una seña y llamar su atención. Se acercó la mano al corazón. Luego escribió.

Esto es demasiado intenso. Lo siento aquí, en mi corazón. Siento una necesidad increíble de protegerla, de cuidarla y de no compartirla con nadie. Nunca, ni con María ni con ninguna otra, tuve estas sensaciones, lo juro.

Marcela leyó, pero cuando pensaba responder, Germán, que iba conduciendo y observando la alternación del celular por el retrovisor, habló y los sacó de su comunicación secreta.

—¿Se durmieron? Están muy silenciosos ahí atrás —dijo, como marcando que lo estaban dejando fuera de la charla y que se había dado cuenta.

—Estamos despiertos Pauli y yo, mami se durmió. El silencio debe de ser por el cansancio —alegó, con una sonrisa, Marcela, que ya conocía a su hermano y sus celos.

—Mami estaba muy cansada —acotó Adrián.

—Sí, ahora va a descansar cuando lleguemos —siguió Germán mientras miraba por el retrovisor.

—Déjame en el hotel, Germán. Estoy exhausto —pidió Paulo mirando por la ventanilla. La ciudad había cambiado su cara: silencio, tristeza, ausencia, paredes sucias, árboles caídos, aún quedaba basura

para levantar.

Al llegar a la puerta del hotel, Paulo se preparó para bajar. Miró a Marcela con una súplica en los ojos y ella le respondió con un gesto afirmativo. Saludó a Germán y a su tío. Le dio un beso sonoro a Marcela y le susurró:

—Te quiero, primita. Gracias.

Entró en el *hall* del hotel, pidió su llave y fue directamente a su habitación. El agua caliente de la ducha fue aflojando todos los músculos. Alma estaba presente en todas las cadenas de asociaciones que hacía. «¿Qué es lo que me atrae tanto de ella? Es una preciosura. Ese rostro angelical, la mirada profunda y hasta diría atormentada. Su boca… uyyyy, esa boca me tiene prisionero. Su cuerpazo. Eso definitivamente me atrae, pero muchas mujeres comparten esas características», pensaba Paulo mientras tomaba un poco de champú y lo pasaba por su cabello. «Su dulzura, definitivamente, me atrae mucho, su inteligencia para responder, su independencia, pero que me genera una necesidad extrema de protegerla. Necesito asegurarme de que está bien. Sé que me estoy comportando como un energúmeno. Pero no puedo detener esto que siento». Terminó de ducharse, comenzó a secarse y siguió con sus reflexiones. «María… ¿qué voy a hacer con ella? ¿Realmente la amo? De verdad que la quiero mucho, es buena gente, pero no me inspira estos sentimientos tan salvajes. La cama era normal, quiero decir, vamos, que la he pasado de maravillas con María, nos conocemos mucho, hace tiempo que hemos pasado algunas barreras. Me gusta que se anime a experimentar. Lo hemos hecho ya, bastante. Pero cuando pienso en lo que me hace sentir aquí en el pecho, no lo sé. No estoy seguro…».Terminó de secarse y, desnudo, se dirigió a la cama. Abrió las sábanas y se metió en ellas. El cuerpo necesitaba el calor de la ducha y la sensación confortable de la cama mullida. El sueño lo raptó casi de manera inmediata.

La tenía atada a la cama con un dispositivo que había puesto él mismo. Las muñecas sujetas a unas esposas de cuero, con cuerdas, fijas a las esquinas de la cabecera del lecho; las piernas, inmovilizadas del mismo modo. Ella estaba en su poder. La penumbra no le permitía identificarla con claridad. Sintió la erección que apretaba la bragueta del pantalón. Era doloroso. La vio mojarse los labios con la punta de la lengua. Ese movimiento, casi involuntario, lo había excitado a más no poder. Ella tenía los ojos vendados y no sabía dónde se encontraba él. Acercó a su pierna una pluma y comenzó a recorrerla haciendo círculos con la punta. La piel de ella se erizó. De sus labios escapó un susurro. Estaba a punto de explotar. Pero quería enloquecerla, llevarla al límite. Siguió su camino, subiendo, trepando el cuerpo femenino: la

pantorrilla, el muslo, la cadera, la cintura, el abdomen, los pechos, el cuello. Y luego volvía a empezar. Ella comenzó a gemir ante cada roce etéreo del arma de tortura, Paulo supo que estaba preparada. Comenzó a sacarse el pantalón y se dirigió hacia la cama. Nunca había tenido relaciones con otras mujeres sin usar protección, siempre había usado condones, con todas. Eso lo sabía en su mente, lo recordaba, pero extrañamente, cuando se acercó a la mujer, desechó el preservativo. Se acercó a su oído y le dijo casi en un susurro:

—Estoy sano y sé que tú también lo estás. Quiero sentirte como no he sentido a ninguna, no quiero barreras entre nosotros. ¿Confías en mí?

Ella no logró articular palabra, estaba demasiado excitada. Mientras él le hablaba, había estado besando todo su rostro y en ese momento besaba las comisuras de sus labios. Pasaba con suavidad la lengua por el labio inferior de la mujer, esperando una respuesta. Ella apenas movió su cabeza en señal afirmativa. Lo quería adentro del mismo modo que él le proponía. Contrariamente a lo esperado, él se levantó y tomó un pequeño frasco de la mesa de noche, untó sus dedos con un contenido espeso, volvió a su oído y susurró:

—Voy a untarte con un gel que hará que todo sea mucho más intenso, hermosa. —Y, acto seguido, acercó los dedos a la vagina. Con mucha delicadeza comenzó a friccionarle el producto.

Ella emitía gemidos, se notaba que la excitación la estaba volviendo loca. Luego él se puso de rodillas y, sin avisarle, se posicionó muy cerca de la vagina expuesta. La miró casi con devoción. «Qué hermosa es, por Dios…».Sin decir una palabra, exhaló una bocanada de aire sobre ese espacio. El soplido de Paulo sobre la vagina despertó una de las funciones de ese gel; de manera automática, ella comenzó a sentir un calor indescriptible en toda la zona. Paulo esperó unos segundos y volvió a soplar con lentitud, incitándola. Un gemido fuerte le indicó a él que estaba a punto de llegar al clímax. No aguantaría demasiado tiempo más. Sin perder un segundo, Paulo se acomodó entre sus piernas, enfocó su erección hacia la entrada húmeda y pasó su glande por los labios vaginales una y otra vez. La sensación era distinta, exquisita. Cerró los ojos para disfrutarla. Se acercó a su oído y le advirtió:

—Eres tan hermosa, pequeña, tanto me excitas que no sé si voy a poder aguantar. Voy a entrar lentamente para no lastimarte y para que disfrutes cada centímetro.

Y comenzó a ingresar en ella. Los gemidos de la mujer eran cada vez más fuertes. No podía creer las sensaciones que le estaba generando. Nunca había sido así para él. La sentía muy estrecha, eso

incluso lo enloquecía más. Aún no había entrado por completo y sabía, a ciencia cierta, que no le quedaba mucho tiempo. Apuró la penetración en los últimos centímetros y ella gritó.

—¿Te he lastimado, pequeña? ¿Quieres que me detenga?

—Noooooooooooo, mássssssss, quiero mássssssssss —escuchó por primera vez su voz. Era una voz transformada por completo por la excitación—, dame todo, Paulo, por favor, no pares.

Esas palabras lo foguearon aún más, comenzó a moverse dentro de ella, primero lenta y luego con más rapidez. Los movimientos de su pelvis hacían que ambos rebotaran. Ella estaba fija por las ligaduras, aun así, él lograba moverla. Comenzó a sentir el cosquilleo característico de cuando se avecina el orgasmo, tuvo que controlarse, no debía dejarla sin saciar.

—Alma, no puedo más, me corro, necesito que te corras conmigo. —Era la primera vez en el sueño que tenía la seguridad de que se trataba de Alma. Era ella, estaba seguro. La voz de respuesta salió casi en un grito:

—Ya, yaaaaaaaaa, Paulo, más rápido, ¡no pares!

Alma alcanzó un orgasmo increíble y lo gritó como nunca. Él se sintió satisfecho cuando la escuchó disfrutar del placer que le había dado. Sintió subir por la columna vertebral su propio orgasmo, las extremidades comenzaron a ponerse rígidas, arqueó la espalda y…

Se despertó cerca de las 8:30. Un sonido insistente lo secuestró del sueño. Era el teléfono de la habitación. Levantó el tubo aún adormilado e incluso enojado por haber perdido el hilo de su sueño. La voz del conserje le dijo que le pasaría una llamada. No podía creerlo, había estado a punto de tener un orgasmo y lo habían despertado. Se miró por debajo de la sábana. Tenía una erección matutina que demostraba, a las claras, que el sueño había tenido una parte real. Estaba demasiado excitado, de su glande salían algunas gotas. Alma… Se escuchó el sonido seco de la entrada de la llamada en la línea, supo que era María de los Ángeles. Su erección bajó casi de inmediato, como si le hubieran tirado un balde de agua fría.

—*¿Pauli? ¿Estás ahí?* —Oyó la voz casi histérica de María de los Ángeles.

—Buenos días para ti también, Mari —contestó Paulo aún somnoliento.

—*Ay, por todos los santos, Pauli. Que me has hecho pasar dos noches de mierda, que no he podido pegar un ojo, y tú allí durmiendo a pata tendida. ¿Qué ha pasado contigo?* —empezó María de los Ángeles.

—Nada grave, Mari —dijo con tono irónico—. Una inundación que casi me mata primero y, ayer, pues, estuvimos todo el bendito día

limpiando lo que el agua dejó: barro, restos de mugre, hojas, ramas, basura. Mis tíos tuvieron su casa casi doce horas invadida por todo lo que acabo de mencionar, así que te imaginarás. Terminamos de limpiar y estaba exhausto, me vine directo para aquí.

—*Por Dios, Pauli, pero mira que has pasado peligros en los confines más inhóspitos del planeta, e ir casi a matarte en ese país de mierda, en una inundación. Me has dado un susto de mil demonios* —siguió María.

—Pues quédate tranquila, chula, que el susto lo he tenido yo más que tú. ¿Puedes bajar la intensidad de tu voz? Recién abro los ojos y no me es grato escucharte a los gritos, más cuando aún no he hecho nada para enojarte. —Por dentro pensó que ese «aún» no era rigurosamente exacto y sintió remordimientos.

—*Paulito, perdona, cariño. Es que no pude pegar un ojo. La simpática de tu prima me pidió que no te llamara anoche, puesto que debías estar durmiendo. Si hubiéramos hablado ayer, no estaría tan nerviosa* —explicó María con un tono acusador.

—Pues será que debes aprender a tener paciencia, Mari, nada más —dijo Paulo, razonando que María de los Ángeles volvía a comportarse como siempre, nunca se hacía cargo de sus responsabilidades ante situaciones difíciles, la culpa siempre era de los demás.

—*Ay, pero mira que eres malo tú, después de todo lo que me he preocupado, que no me llamas, que no sé nada de ti, y me quieres hacer creer que soy impaciente. Pues serás gilipollas, bastante paciencia te he tenido hasta ahora* —soltó María de los Ángeles irritada.

—Primero, te recuerdo que no tengo móvil. Debo comprar uno nuevo. Segundo, no eres una mujer que se caracterice por la paciencia, creo que ese soy yo. Tercero, Mari, me perdonas, pero si tu llamada es solo para tratarme de este modo, preferiría hablar contigo más tarde, después de un sustancioso desayuno que me dé fuerzas para escuchar tus acusaciones sin sentido —respondió Paulo con una voz que indicaba que estaba enojándose.

—*Muy bien, Paulo, mejor hablamos entonces cuando tengas ganas de hacerlo, veo que no tienes un buen amanecer hoy y me estoy soportando tu mal humor. Ea, bonito, llámame cuando tengas nuevo móvil y ganas. Al menos sé que sigues vivo* —indicó María con tono de pelea, pero no esperó respuesta, simplemente cortó.

Paulo se quedó mirando el tubo telefónico, no podía creer la actitud poco empática de María de los Ángeles. ¿Dónde se había criado esa mujer que en lugar de preguntarle si necesitaba algo, si quería ayuda o dinero, le echaba en cara que no la había llamado para que ella se quedara tranquila? Colgó de un golpe el teléfono. Se quedó

recostado, rumiando su irritación. Lentamente fue pasando del enojo a la sorpresa. Empezó a recordar el sueño interrumpido. Hacía años que su mente no creaba fantasías húmedas, casi desde que era adolescente. Ninguna mujer lo había excitado de esa manera, para que durante la noche necesitara someterla en sus pensamientos. Desde que su vida sexual había comenzado, cada vez que sentía ganas solo tenía que hacer una de dos cosas, dependiendo de si estaba en pareja o no: llamar a alguna amiga (de esas que lo dejaban hacerles de todo y no exigían nada a cambio) si estaba sin compromisos, o a la noviecita de turno, si la había. Nunca se había quedado con las ganas de nada. Era un hombre atractivo y eso le facilitó siempre esas situaciones. Estaba bien dotado, y esa fama le abría *caminos* entre sus amigas especiales.

Alma estaba llevándolo a lugares desconocidos de su interior. «Alma, Alma, pequeña… Me has hecho sentir un hombre protector, un obsesivo, un energúmeno. La necesito con desesperación, necesito estar dentro de ella, sentirla a pelo. Nunca, en toda mi vida, he tenido relaciones sexuales sin protección. El abuelo y el tío fueron taxativos en ese tema: "Nunca sin protección". No solo por los embarazos no deseados, sino además por esa lista interminable de enfermedades que podría haber contraído si no me cuidaba. He salido y me he acostado con cuanta mujer se me ha cruzado. Siempre me cuidé. Pero con Alma… en el sueño lo dije abiertamente. Necesito sentirla, sentir su interior sin barreras. Esta mujer está trastocando todo. ¿Y si la dejo embarazada? No. Debo asegurarme de que ella tome precauciones, y si no, deberé ir en contra de lo que necesito y cuidarme yo. Un momento… ¿Estoy pensando realmente en follar con Alma? ¿Y María, qué papel juega en todo esto? ¿Quiero follar con Alma y luego perderme? No. Eso es seguro. No podré irme, lo sé, necesitaré más. Tengo esta extraña sensación en mi pecho. Quiero verla todo el tiempo, tocarla, aunque sea con una excusa tonta, rozar su mano, algo. Escuchar su voz, conversar con ella, saber de su vida. Verla, acariciarla con la vista. Decididamente estoy hecho un puñetero adolescente. Necesito hablar con alguien. ¿Mamá? No. Ella me amonestará por no ser fiel a María, aunque estaría contenta de que otra mujer despierte todo esto en mí, con seguridad su consejo sería que no haga nada hasta tanto no hable claramente con María y decida mi situación. El tío José, el tío Adrián, Germán… Germán sí. Tenemos casi la misma edad, él entenderá».

Levantó el tubo y pidió línea para llamar, le dio el número de la casa de su primo. Atendió Marcela.

—*¿Hola?*

—Marce, soy yo, Paulo. Buenos días, prima.

—*Hola, Pauli, ¿cómo pasaste la noche? ¿Bien?*

—Sí, dormí bastante bien. Pero me desperté de un sueño maravilloso con la voz de María de los Ángeles, ya me ha llamado. Dios, no puede con su genio. No pudo esperar a que yo la llamara.

—*Y sí, Pauli. Ya sabemos que es muy impaciente. No sé cómo esperó desde anoche.*

—Sí, así es ella. Oye, ¿se ha levantado ya Germancito?

—*No, ese duerme a pata tendida todavía, es una foca, ¡deberías venir a escuchar los ronquidos!* —bromeó Marcela, pero al instante notó que su primo no reía, que algo lo preocupaba—. *¿Qué pasa, Pauli?, ¿te puedo ayudar en algo?*

—No, gracias, prima, es que es un tema de hombres. Quería charlar con él —respondió Paulo algo distraído.

—*Si se trata de polleras, yo tengo unas cuantas, así que podría darte mi opinión como mujer, no sé si te animás* —dijo Marcela, como picándolo.

—Ya, no te preocupes. No es nada de eso. Deja que luego lo hablo con él. No es ese el tema, prima. No te preocupes. En un rato estoy por allá. Desayuno, me ducho y luego voy.

—*Listo, quedamos así. ¡Ah!, esperá, Pauli. Me dice mi viejo que te diga que la hoja que le dejaste ayer ya está casi seca, pero que si no la ponés rápido en algún marco, se va a arquear mucho* —indicó Marcela comunicando el mensaje, aunque quedaba claro que no sabía de qué estaba hablando.

—Perfecto, Marce. Gracias. Os busco y vamos al centro. Compro un marco. Te envío un beso, belleza —dijo Paulo y cortó.

Miró su reloj, calculó la diferencia horaria y decidió que debía llamar a Borja, su amigo de la escuela secundaria. Habían hecho amistad desde el primer día de clases y aún la seguían teniendo a pesar de que habían estudiado en universidades distintas y carreras diferentes. Seguían saliendo cada tanto con varios amigos a tomar unas cervezas y de tapas. A veces se escapaba sin decirle a María de los Ángeles y se iban a bailar. María lo detestaba, decía que Borja lo llevaba por el mal camino. Para Paulo, era un tipo divertido que sabía disfrutar la vida. Repitió las acciones y logró una llamada a Madrid. A esa hora debería de estar en mitad del día laboral, lo llamaría al móvil. Le costaría un dineral, pero necesitaba hablarlo con otro hombre, uno que realmente lo entendiera. A la quinta vez que escuchó el tono, Borja atendió con voz algo sorprendida. Había visto el número con seguridad y no lo reconocía.

—*¿Aló? ¿Quién es?*

—Borja, amigo, soy Paulo. Te estoy llamando desde Argentina.

¿Tienes un minuto?

—*Ea, cabrón, qué bueno oír tu voz. Ayer hablé con tu madre para ver si sabía algo de ti y me ha contado lo sucedido. Qué puñetera suerte la tuya. Anda, habla, que tengo un momento.*

—¿Te ha contado? Pues ya sabes entonces, chaval, que casi me mato en este país. Oye, ¿estás en tu oficina? Porque si estás allí sería buena idea usar el Skype, así no gasto todos los euros en esta llamada, colega.

—*Perfecto, estoy encendiendo el ordenador. Mientras, dime, ¿cómo estás? ¿Tu familia está bien?* —Se escuchaban los movimientos de Borja que encendía su portátil. Paulo hizo lo propio.

—Todos bien, a Dios gracias. Nadie lastimado, un poco asustados, esto que sucedió hace dos noches nunca había ocurrido. Tiene magnitudes increíbles. Aún no he podido averiguar mucho, pero creo que tengo tela para armar un buen reportaje. Hubo muchos elementos que se juntaron para dar lugar a esta catástrofe. No sé si me entiendes bien, quiero decir que hay mano del hombre que ha ayudado a la naturaleza —habló en tono enigmático, no le gustaba hablar abiertamente de sus investigaciones por vías telefónicas que no tuvieran contramedidas de seguridad.

—*Sí, lo imagino. Bueno, tío, ya tengo el Skype encendido. ¿Cortamos?*

—Vale, al mío le faltan unos segundos, hagámoslo y seguimos por allí. —Ambos lo hicieron.

El programa terminó de abrirse y Paulo buscó a Borja. Allí apareció la imagen de su amigo, con la oficina de fondo y su traje impoluto. Borja era un ejecutivo de una empresa de marketing y tenía una oficina espaciosa, lujosa. Trabajar en ese cargo y en esa empresa implicaba un nivel de vida, y su amigo estaba a la altura: trajes de marca, zapatos italianos, automóviles de última generación. Paulo no lo envidiaba, esa vida era de Borja, no suya, y nunca hubiera sido feliz en ese mundo. Su amigo había querido contratarlo como creativo y Paulo había dicho que no cada una de las veces.

—Hola, amigo, dime, ¿qué sucede en aquel confín del mundo? Te veo cara de preocupación, ¿es que te ha pasado algo que no te has atrevido a chivatearle a tu madre? Anda, cuéntale a tu amigo de andadas lo que te tiene intranquilo. —Borja conocía mucho a su amigo, como nadie, y veía el rostro de Paulo surcado por una sombra, algo lo tenía mal y su amigo lo sabía.

Paulo sonrió ante la cámara.

—Vale, es que me conoces como a tu propia mano, y me refiero a la que usas siempre pa' picarte la polla, ¿eh? Esa que debe de tener pelos ya —dijo Paulo, volviendo a las bromas de cuando eran

adolescentes, para distender el clima.

—Pues mira, colega, que ya no me la pico tan seguido, ahora tengo quien lo haga por mí, así que la mano ha perdido sus pelos. —Ambos sonrieron—. Pero, vamos, debe de ser algo muy importante para que des tantos rodeos —acotó Borja con cara divertida, pero intrigado.

—Pues verás, es que he conocido a alguien… que me trae loco y estoy pensando seriamente en serle infiel a María, pero no sé si con eso me alcance —soltó Paulo como largando un peso. El rostro de Borja cambió, de divertido pasó a sorprendido en un segundo.

—¿Estás de coña, tío? ¿O es que te has levantado con ganas de jugarme bromitas?

—Es cierto, amigo, te digo la verdad. —Su gesto no dejaba lugar a dudas, se notaba el remordimiento.

—Eres un diablillo, chaval, que nunca me hubiera esperado esto de ti. Siempre me has dado los sermones acerca de la fidelidad, de esto y aquello, que el respeto, que la seguridad. Pues, venga, lárgame toda la historia, que muero por saber.

Paulo contó con lujo de detalles todo lo que había sucedido desde que conoció a Alma, hasta incluyó el sueño que había tenido un rato antes. Borja escuchaba en silencio, casi no preguntó nada. No podía creer que veía así a su amigo de toda la vida, un tipo que siempre se había caracterizado por ser frío, que razonaba cada movimiento, que no hacía nada sin medir las consecuencias; y en ese instante tenía delante de la pantalla a otro, uno que besaba sin pensar, que decía sentir cosas que no podía explicar, que tenía que decidir en una encrucijada y que le pedía a él su ayuda. Justo a él, que nunca se había enamorado, que no había tenido más que novias de ratos, que nunca se había comprometido.

—Veamos, colega, me estás diciendo que no sabes lo que te sucede con exactitud con ella, que es algo que nunca sentiste, que despierta en ti sensaciones nuevas. ¿Que te calienta la polla?, eso está fuera de discusión. El tema aquí es que tienes una novia, casi esposa, esperándote en Madrid. Pues bien, si lo que quieres es mi opinión sincera, amigo, debo serte franco. Tú sabes que María no es una persona que me agrade particularmente, no me parece simpática para nada, es una mujer que tiene un carácter horrible, que es posesiva, celosa, insegura.

—Vale, vale, que no es necesario destrozar su imagen, amigo, tiene sus puntos fuertes también. Es una buena mujer, atractiva e inteligente. No todo es malo con ella. —Se vio impelido a cortar la descripción que hacía Borja.

—Sí, pero a veces no alcanza. A pesar de que te he escuchado

quejarte de ella en miles de ocasiones, nunca sentiste la necesidad de mirar a nadie más. Aunque tampoco te escuché hablar de lo que sientes por ella como lo haces por esta argentina. Jamás dijiste que ella te hiciera sentir de ese modo. La cama ha sido buena, te conozco y sé que no seguirías con ella si no fuera así. Te lo digo yo, que me he acostado con medio Madrid. De verdad se me hace muy difícil encontrar un buen consejo para esta situación, no conozco a… ¿Alma es su nombre? —Paulo afirmó con un movimiento de cabeza—. No sé cómo es la relación, solo te conozco con María, y ya sabes, ella no me gusta mucho. Perdona mi franqueza, pero creo que no estás enamorado de María. —Paulo hizo un gesto para interrumpir el monólogo de Borja y este le hizo una señal con la mano para silenciarlo, lo dejaría intervenir al terminar la idea, sabía cuál era su objeción al discursito que estaba dándole—. Y te lo digo sin tener en el horizonte a esta chica. Me refiero a lo que te he dicho varias veces cuando te quejas de María. Es claro que nunca escuchaste mis respuestas. Siempre te he dicho que, si todo aquello te molestaba tanto, es que algo no andaba bien. Te repito, nunca te vi hablar de ella con la vehemencia con que lo haces de Alma. —Borja hizo silencio esperando que Paulo tomara la palabra, pero el discurso estaba surtiendo efecto. Paulo se quedó mudo mirando hacia la mesa sobre la que tenía apoyada su *netbook*. Borja continuó—: La madre que me parió, te has ido al culo del mundo a buscarla, chaval. ¿Debería irme yo para allá también? —dijo Borja para terminar su monólogo, esbozó una sonrisa como tratando de suavizar con la última frase todo lo que le había dicho. Paulo lo miraba en silencio.

—Lo sé. Sé que lo que siento nunca antes me había pasado. Por eso es que estoy seguro de que debo seguir con esto para adelante. Pero Alma no sabe nada de María, ¿y qué hago con ella? En este momento estoy muy cabreado con ella, con su falta de tacto, con su puñetero carácter, no quiero tomar decisiones estando enfadado. A pesar de todo eso, es una gran mujer —respondió Paulo como un niño perdido.

—Paulo, amigo, María es pasado. Desde el momento en que esta chica Alma entró en tu vida, desde el momento en que generó esos sentimientos, no podrías volver con María. Ella nunca te los ha generado, nunca podrías vivir a su lado después de haber experimentado todo eso con Alma. Antes de ella nunca lo habías sentido, María era una posible vida tranquila; ahora que has probado esos sentimientos, María no estará a la altura, necesitarás buscar a otra que te genere lo mismo. Como dije, María es pasado. Debes animarte a probar. ¿Cómo es en la cama? Supongo que si te hace sentir tantas cosas, será que folla como los dioses.

—¿Puedes creer que aún no le he tocado ni un pelo? Solo nos hemos dado el beso que te he contado con lujo de detalles. No te he ocultado nada, amigo —dijo, con cara de avergonzado, Paulo.

—¿Me estás diciendo que aún no sabes cómo la mama, cómo es estar dentro de ella, cómo es cuando se corre? ¿Nada de nada? —preguntó Borja sorprendido—. Sé que no contaste nada de esos temas, pero creí que te guardabas esos datos. Pues ahora te digo que no dejaría con tanta seguridad a María, amigo. Sé que con ella te sientes bien en la cama, y si con Alma aún no has probado nada, pues, ea, tómate un tiempo para ver qué tal funcionan.

—Pero ¿es que tú no escuchas lo que te he contado? Tres días, solo hace tres días que la conozco, ¿cómo crees que podría haberla tocado en tan poco tiempo? —respondió, sorprendido a su vez, Paulo—. Apenas la he besado y ya te he dicho todo lo que generó ese beso. Nada más.

—Pues qué me iba a imaginar yo, tío. A mí me alcanzan unas horas de baile para convencerlas de llevarlas a mi cama, y generalmente caen como mosquitas. Esto me da otro panorama, chato, pues te diré. No dejes aún a María, más vale pájaro en mano que cien volando, espera a ver si encajan en ese aspecto. Tómate tu tiempo. No la asustes. Tal vez debas quedarte unos días más, deberías empezar a evaluarlo —agregó Borja algo pensativo.

—No quiero lastimar a ninguna de las dos, Borja, ¿cómo hago esto?

—Yo diría que te conectes con María por Skype y le vayas adelantando que no volverás en la fecha que pensabas regresar. Por un lado, puedes ponerle alguna excusa de tu trabajo y, por otro, empezar a establecer entre vosotros la idea de una crisis. Quiero decir, puedes hablarle de que tienes tus dudas de ir a vivir con ella. Que este tiempo separados y lo sucedido te han dado otra perspectiva de la vida y que necesitas estar solo por ahora. Eso te dará un poco de tiempo. Técnicamente no le mentirás a Alma, porque tu noviazgo con María estará en suspenso, y tampoco le mientes a María, ya que le estás adelantando algo que realmente te sucede, pero tampoco la liberas. No sea que la dejas libre y algún cabrón te la enamora y te quedas sin el pan y sin la torta.

—No sé, Borja. No me siento honesto, y esa idea me molesta en demasía —agregó Paulo poco convencido.

—Mira, le dices que, cuando regreses, van a hablar, pero que ahora evite llamarte, así aclaras tus pensamientos. De este modo la pones en *stand by*, de manera que no la pierdes, y si las cosas con Alma no funcionan, pues regresas con María.

—Hace un minuto me decías que no podría volver con ella, además, ¿no te parece que sospechará de que hay alguien? —planteó Paulo, incrédulo.

—Tal vez, pero tú se lo niegas, tu trabajo es importante, no debes perder esta ocasión y, también, tienes la oportunidad de que vuelva a pensar en sus actitudes de mierda, sus celos, por no hacerse cargo de lo que hace, le darás en qué pensar. Sé lo que te dije antes, pero… —Borja estaba indeciso—. Y si regresas a Madrid, te aseguro, amigo, que el sexo de reconciliación es increíble. Así que no pierdes por ningún lado.

—No sé, en estos temas realmente no tengo experiencia. Tú eres el especialista en esta materia —reconoció Paulo más para sí mismo que para Borja. Su amigo afirmaba con movimientos de cabeza—. El tema de esta inundación puede servir de excusa, me gustaría hacer una nota sobre esto, huelo que hay algo turbio en este asunto, además del agua. Eso me dará tiempo. Y puede servirme el tema de hacerle ver a María que estoy dudando. Ahora estoy viendo que yo nunca me he enamorado de ella como ella lo ha hecho conmigo —reflexionó Paulo.

—Ojalá pudiera estar escuchando esa charla, chaval, que seguro va a ser de antología.

—Vale, sigue dándome ánimos. Ya me falta coraje para enfrentarla y tú me dices esto. —Cortó la comunicación luego de prometerle a su amigo que volverían a hablar en unos días, debía presentarle a Alma o darle los datos para encontrarla en Facebook.

Se levantó, se duchó nuevamente y se cambió. Bajó al comedor del hotel y desayunó. Mientras lo hacía, seguía pensando en la decisión que debía tomar. «Es difícil. Algo ha cambiado, en eso lleva razón Borja. Ya no puedo conformarme con menos, y quedarme con María significa eso, conformarme. No lo merezco, y María, a pesar de su carácter difícil, tampoco. Es una buena mujer y merece que la amen con locura, merece un hombre que la adore. ¿No soy ese hombre? No lo sé, estoy muy confundido». Terminó su desayuno, agradeció la atención y se retiró. Fue a la agencia de alquiler por el tema del automóvil que había perdido en la inundación. La oficina había recibido la denuncia de él la tarde anterior. El vehículo tenía un chip con GPS y ya lo habían encontrado. Se había inundado casi hasta el techo. Paulo tuvo que hacer un descargo, explicando el modo en que se encontró en el agua, por dónde y cómo se vio obligado a abandonar la unidad.

—Quédese tranquilo, señor Girat, entendemos que lo que le sucedió es una situación de fuerza mayor. No se preocupe, acá debe responder el seguro del automóvil. No habrá problemas. No se le hará

ninguna imputación ni cargo a su tarjeta de crédito. Esto que sucedió la noche del martes fue una tragedia climática nunca vista en La Plata. Nadie podía haberlo esperado. Entendemos que su vida corrió riesgo y que debió abandonar el coche para salvaguardarse. Todo ha quedado claro en su relato escrito para el seguro. De todos modos, cuando tenga un nuevo número de celular, le pido que se acerque o nos llame para dárnoslo. Así seguimos en contacto. Por ahora si necesitamos algo más con respecto a este tema del siniestro, lo localizamos en su hotel o en la casa de sus tíos —informó el gerente de la agencia, un hombre muy amable que lo atendió ni bien entró Paulo y dio su nombre.

Pasado ese trámite, la agencia le otorgó una nueva unidad para continuar con los días pactados para alquiler. Un automóvil más pequeño, puesto que era uno de los únicos que tenían en su haber. Se trataba de un Fiat Uno, casi cero kilómetro. Era color rojo. Se veía muy acogedor y, a la vez, rápido. Paulo lo tomó enseguida, agradeció la atención y se retiró. Con el nuevo vehículo fue a casa de sus tíos. Marcela y Germán estaban listos. Se subieron, lo saludaron y fueron en busca de Alma.

—Che, me dijo Marce que me llamaste hoy temprano, ¿qué necesitabas? ¿Ya lo resolviste? —preguntó Germán algo intrigado.

—Pues, ea, primo, que eres todo un dormilón, ¿a que sí? Quédate tranquilo, que ya lo he resuelto, era por un tema con el automóvil que perdí en la inundación y el relato que debía armar —mintió rápidamente Paulo.

—Ah, pero mirá que sos bolas —intervino Marcela—, yo te podría haber ayudado con eso, conozco re bien esta ciudad y escribo como los dioses. Mi intervención hubiera sido más valiosa que la de Germancito, que es un pobre animalito cuando se trata de escribir —se rio Marcela.

—Pero callate vos, ¿qué sabés de cómo escribo yo? —respondió Germán entre divertido y haciéndose el ofendido.

—Mirá si sabré lo malo que sos escribiendo que, cuando tenés una minita para levantarte y tenés que escribirle alguna dedicatoria, una carta o algo por el estilo, venís con mamita —dijo Marcela, riendo y señalando su pecho con el dedo pulgar a la vez que hablaba— para que no solo la redacte, sino que, además, debo usar mi puño porque vos tenés letra de médico. —Y espetó una carcajada fuerte.

—¿Cómo así? ¿De médico?, ¿pero tú no eres contador? —preguntó Paulo riendo.

—Naaaaa, primo, no le des bola a esta tarada, sí soy contador. Es que acá, en Argentina, cuando tenés letra difícil de leer, fea, se dice

que tenés letra de médico. Será que los médicos, cuando hacen prescripciones o pedido de estudios, escriben de un modo que resulta ininteligible, no se entiende nada.

La dinámica entre Marcela y Germán siempre divertía mucho a Paulo. Ellos vivían peleando por tonterías, pero se notaba el amor que se tenían. Ambos consultaban al otro para consejos sobre sus problemas y eran muy unidos. Se llevaban pocos años. Germán tenía un año más que Paulo y Marcela, tres años menos que Germán, es decir, dos menos que Paulo. Eran divertidos y, cuando ocurría algo como lo del martes, se volvían muy unidos. En momentos como esos, Paulo pensaba que hubiera sido muy bueno criarse con ellos cerca, su infancia habría sido distinta, tal vez no mejor, pero definitivamente sí más entretenida. Los quería mucho y se sentía muy cercano a ellos. De esos pensamientos lo sacó Germán.

—Che, primo, desembuchá, largá la historia de Alma. Ya Marce me contó que te vio apretando con ella en la cocina. Mirá que sos pillín vos, eso de andar buscando historias lejos de donde tenés a la legal está bueno, nunca se te van a cruzar las chicas.

Paulo miró por el retrovisor a Marcela para reprocharle que le hubiese contado, luego pensó que en realidad él mismo había estado a punto de contarle todo a Germán esa mañana, así que suavizó su rostro. Su prima, que lo miraba también, le pedía disculpas con la mirada y las manos levantadas con las palmas hacia arriba.

—Veamos, Germán, empecemos por el principio. Esto que está pasando no es una aventura. No puedo definir lo que me pasa con Alma. Sé que es algo que nunca antes sentí. Hace tres años que estoy con María y, si bien la quiero muchísimo, nunca me sentí tan atraído por ella como me siento por Alma. Y no hablo solo de atracción sexual. María es una mujer muy atractiva, me siento bien con ella, nos llevamos bien en casi todos los ámbitos, en la cama sobre todo —aclaró cuando vio una mirada interrogativa de Germán—, pero nunca sentí la necesidad, casi arcaica, de protegerla, de evitar que otros la miren o la deseen. Alma es otra historia. Siento que necesito tenerla cerca todo el tiempo, que no podría soportar que alguien más le toque la mano. Ayer mismo, cuando fuimos a su departamento, el vecino del piso de arriba le hablaba con una familiaridad que me molestó. Incluso la abrazó, la tocó al saludarla. Si no hubiera detenido mi impulso, lo hubiese agarrado de los cojones y lo hubiera molido a golpes —dijo Paulo, y su relato fue subiendo lentamente el grado de violencia contenida. Quedó claro para ambos primos que él realmente había sentido eso, lo estaba reviviendo.

—Epa, epa, de verdad me estás preocupando, Paulito —expresó

Marcela—, nunca te escuché tan vehemente. ¿Qué vas a hacer? ¿Alma sabe que vos estás por irte a vivir con María?

—Alma no sabe que María existe —confesó con una voz cortante y una mirada helada a su prima—, y así debe seguir. En algún momento le diré la verdad. Pero aún no estoy listo. Por otro lado, ya no estoy seguro de querer mudarme con María.

—¿Qué? —exclamó, sorprendida, Marcela. Germán giró el rostro para enfrentar a su primo—. ¿Qué decís, va en serio lo de Alma? ¿Vas a dejar a la persona que te bancó todo este tiempo por alguien a la que recién conocés, de la que no sabés nada, solamente que te calienta y te pone duro? Holaaaaaaaa, ¿sos mi primo vos? —siguió, en tono de enojo, Marcela.

—Paulo, ¿estás seguro de dejar a María?, no sea cosa que te mandes una cagada grande como una casa. ¿Y si con Alma no funciona? ¿Y si no congenian? ¿O si tiene mal aliento a la mañana, mal carácter? No sé, ¿estás seguro? —atacó, a la vez, Germán.

—Sé que sois mis primos y que os preocupa mi vida. Pero mi vida es mía y solo yo sé lo que es estar en esta piel. Sé que María es una gran mujer, que me ha acompañado en momentos difíciles, que me ama, que está enamorada y haría cualquier cosa por mí. Pero yo no estoy seguro. La quiero, pero no la amo con locura. Soy consciente de esto desde antes de aparecer Alma. Pero me conformé con María, una mujer atractiva que cualquier hombre querría tener a su lado, inteligente, seductora, compañera. Y me hubiera conformado con ella, con el tipo de relación tibia que tenemos, si no hubiese conocido lo que estoy sintiendo con Alma. Ahora quiero probar a fondo lo que Alma me está haciendo sentir, quiero el fuego, no la tibieza.

Ambos primos miraban en silencio a Paulo, lo escuchaban con atención, sorprendidos. Paulo era un hombre de pocas palabras, pero las que usaba siempre estaban en su justo lugar. Nadie podía retrucarle lo que había dicho. Paulo continuó:

—Sois lo más cercano a hermanos que tengo. Espero que podáis entender. En estos días iré hablando con María acerca de mis reticencias. No quiero hacerla sufrir. Aún no decido si dejarla o no, creo que me tomaré un tiempo. No quiero que sepa la existencia de Alma, porque confundirá mis razones. Sé que Alma y su presencia es lo que me ha hecho repensar si seguir o no esa relación, pero Alma no ha hecho nada, soy yo el responsable. Yo siento estas dudas desde hace tiempo, pero no me atreví a enfrentarlas. Soy yo. Alma es tan inocente como María. No quiero lastimar a ninguna.

—Bueno, sin dudas, alguna de las dos va salir lastimada a corto o largo plazo, pero quedate tranquilo, ninguno de nosotros va a hablar

con Alma ni con María de los Ángeles, obviamente. Pero vos vas a tener que charlar con mis viejos, explicarles algo. Porque seguro meten la pata con Alma o si llama María de los Ángeles. Vas a tener que hacer algo lo antes posible, para que no haya quilombo con los viejos o con tu vieja desde allá. No te olvides que la tía Valentina llama casi todos los días —recordó Marcela.

—Lo estoy evaluando. Lo sé —respondió Paulo, girando casi en la esquina de la casa de los abuelos de Alma, estacionó y se dio vuelta en su asiento para enfrentar a ambos primos—. Necesito vuestra ayuda. Necesito conocer a Alma y pasar tiempo con ella, y que vosotros me cubráis con los tíos. Yo hablaré en cuanto pueda con María. Seguramente hoy por la tarde le dé alguna idea de lo que está sucediendo, además voy a quedarme más tiempo por el tema de investigar esta inundación y ver si puedo armar algún artículo para mi diario. Es probable que María llame a vuestra casa para saber si algo me hizo cambiar. Os suplico que seáis prudentes. No mientan, solo oculten parte de la verdad, lo que tiene que ver con Alma —pidió casi con cara de niño suplicante.

—Está bien, mirá, Paulito, que yo no acostumbro a mentir, no me gusta para nada. A este —dijo Marcela señalando a su hermano— lo mandé al frente más de una vez cuando tenía varias novias y todas llamaban. Así que no me pongas en esa situación: tenés unos días para regularizarla.

—Sí, mirá que esta es una buchona —afirmó Germán con seriedad —. A mal puerto vas por leña si esperás que ella te ayude. Mejor contá conmigo, primo, entre gauchos no vamos a pisarnos el poncho. Yo te cubro, quedate tranquilo, y cuido que la buchona no hable. Pero con mis viejos hablás vos, ahí no te podemos ayudar.

—Okey. Estamos de acuerdo entonces —cerró Paulo como asegurándose. Luego, al ver los rostros aún confusos de sus primos, aclaró—: Sé que para vosotros esto es algo inentendible, y no puedo explicároslo mejor porque ni yo me entiendo. Solo estoy haciendo algo que nunca en mi vida hice, dejarme llevar. Estoy dejando que mi corazón me dicte el paso, primos. Nunca sentí esto así, pues estoy dispuesto a vivirlo con todo, aunque estoy cagado hasta los cojones.

—Te entiendo, primo —dijo Marcela—, quedate tranquilo, pero de todos modos no te tomes la vida para blanquear. María no es santo de mi devoción, lo sabés, sabés que para mí es una pesada, incluso siento que por momentos me tiene celos, como si entre vos y yo pudiera haber algo más que un amor de hermanos. Pero a pesar de eso, no me gustaría estar en su lugar, así que te pido que le expliques la situación en cuanto tengas las cosas un poco más claras.

—Ya vengo, bajo a buscarla —avisó Paulo realizando ya la acción de abrir la puerta del automóvil.

Tocó el timbre en la casa de Jorge; unos segundos después salió Alma. Se saludaron con dos besos en la mejilla y caminaron hasta el vehículo mientras hablaban. Alma entró por la puerta trasera del lado del acompañante. Germán y Marcela la saludaron. Cuando todos se hubieron puesto los cinturones de seguridad, Paulo encendió el motor y se incorporó al tránsito de la calle.

—¿Cómo pasaste la noche, Alma? —preguntó Marcela como para romper el hielo.

—Bien, bien —dijo, y miró al reflejo de los ojos de Paulo en el retrovisor, que estaban fijos en ella. Se puso algo nerviosa, pero continuó—: Mis amigas tardaron bastante en irse, pero logré descansar. Apoyé la cabeza en la almohada, en un segundo me dormí y tuve un sueño pesado hasta hoy, cuando mi viejo me despertó, hace una hora, para desayunar. Menos mal, porque con el cansancio ni me había acordado de poner un despertador ni nada. —Y se quedó pensativa—. Claro, es que siempre usé el reloj de mi celular y ahora debe de estar en el fondo del río —analizó casi distraída, y todos rieron.

—Lo imagino, pequeña, a mí me pasó exactamente lo mismo —la apoyó Paulo centrando su mirada en ella, a través del espejo retrovisor—. Dormí como un bebé recién nacido. Me desperté con el tiempo suficiente para ir a la agencia del automóvil. Como verás, ya me dieron otro.

—Sí, qué lindo. No sé cómo era el anterior, pero este está buenísimo —acotó Alma.

—Bueno, primo, tú dirás. Dime hacia dónde me dirijo —pidió Paulo mirando directamente a Germán, que no había emitido palabra aún.

—Eh… bueno, seguí hasta el centro, vamos hasta calle 8 y ahí te indico —señaló Germán volviendo de su ensimismamiento.

—*Okey*, primo —respondió Paulo aún intrigado acerca del mutismo de Germán. Llegaron a destino, les costó encontrar un espacio para estacionar, pero finalmente lo hallaron.

—Paulo, vas a tener que comprar estacionamiento medido. ¡Qué cagada que mi celular no ande en este momento, tengo ahí cargado como treinta pesos aún! A ver, esperen acá, voy de una escapada hasta el kiosco de la esquina, ahí indica el cartel que se puede hacer —propuso Germán, empezando a caminar hacia el lugar. Cuando estuvo unos pasos por delante del automóvil, giró la cabeza y leyó la patente. Cerró los ojos, como haciendo un juego mnemotécnico y comprobando

el resultado, y luego continuó el camino. Paulo y las dos mujeres se quedaron parados al costado del coche.

—¿Tenés idea de qué aparato te vas a comprar, Alma? —preguntó Marcela.

—La verdad es que no, quiero uno simple. Yo no soy muy tecnológica. Uno que pueda enviar SMS, llamar, y me dijeron que debía tener sistema Android, así puedo usar el WhatsApp. Alguno fácil de usar. ¿Vos, Marce, también perdiste el tuyo? —interrogó a su vez Alma.

—No, el mío está acá —dijo Marcela mostrando un celular de alta gama. Alma creyó que era una mini computadora y abrió grandes los ojos, sorprendida—. Se mojó, no mucho, pero algo. Quiero que me lo revisen. Y, de paso, voy a ver opciones de abonos, el que tengo me está resultando limitado.

—Pero ¿eso es un celular o una computadora? —preguntó Alma casi bromeando.

—Almi, de verdad que no sabés nada de tecnología vos, ¿eh? —dijo Marcela riendo—. Esto es un Galaxy. Excelentes celulares. Este, particularmente, es un Samsung Galaxy S3 Mini, es otra versión del Galaxy S3, una pantalla de cuatro pulgadas, procesador *dual core*, sistema Android y capacidad de almacenamiento interno de 8 gigas, cámara trasera de cinco mega píxeles, cámara frontal —informó Marcela al mejor estilo de una vendedora. Se notaba que los celulares eran uno de sus temas favoritos—. Además, tiene funciones *Voice*, *Smart Stay*, *Direct Call* y *Smart Alert*. Incluso, *Pop Up Play*. Agregale a eso un extra, por si te parece poco: no pesa nada, súper cómodo, delgado. Con esto —levantaba el celular y lo movía a la altura de su cara— tenés el mundo a tus pies, Almita —aseguró con una sonrisa al terminar el discurso—. Me lo dieron hace apenas unos días. Creo que soy una de las primeras en la ciudad que lo tiene. Una amiga llamó desde Miami cuando lo vio, me pasó el dato, le hice una transferencia y me lo compró. Creo que acá está saliendo recién por estos días —prosiguió con orgullo—. La única cagada es que estos celulares no están preparados para una inundación, ¿viste? Almita, vos dejame a mí, yo te elijo uno bueno.

—Mirá, Marce, que yo no sé usar tanta cosa, y además no creo que me sirva. No quiero gastar mucho, mi viejo y mis abuelos me dieron algo de plata para comprarme algo bueno —contó Alma algo escandalizada cuando Marcela le ofreció su ayuda para comprar el celular. Estaba segura de que gastaría un dineral argumentando que era absolutamente necesario.

—Ok, quedate tranqui, gasto lo básico, pero te compro uno bueno

—insistió Marcela poniendo los ojos en blanco y luego fijando la vista en Paulo, que se había mantenido en silencio. Él estaba riendo—. ¿Y vos de qué te reís?

—Me divierte mucho, Marce, tu obsesión con los celulares. Yo también buscaré algo tranquilo, que no te dé un infarto, por favor —dijo Paulo aún sonriente.

En ese momento llegó Germán con el estacionamiento medido comprado. Todos se dirigieron hacia el local de telefonía. Estuvieron allí casi una hora, fueron atendidos a los minutos de haber entrado y lograron arreglar los problemas que todos habían llevado. Marcela y Germán se fueron con sus celulares funcionando, a Marcela le revisaron el celular por completo, estaba en óptimas condiciones, le ofrecieron un abono mucho más conveniente y lo tomó. Germán necesitó dejar el suyo para arreglar y le dieron uno en comodato por el tiempo que le retuvieran el suyo en el taller. Paulo y Alma estuvieron viendo aparatos un rato largo. Marcela eligió varias opciones y se las presentó.

—Estos son los más potables, chicos, y que no se van de sus presupuestos —aseguró Marcela en cuanto se los puso delante, luego prosiguió hablando con el vendedor—: Me imagino que nos vas a hacer precio, te estamos llevando dos celulares al mismo tiempo y, encima, es por el tema de la inundación que sufrimos. Este negocio respetable debe de tener en consideración estas situaciones —dijo con un tono contundente y casi amenazante.

El empleado terminó haciéndoles un descuento total del treinta por ciento en la compra de los aparatos. Paulo y Alma se fueron cada uno con un Samsung Galaxy Ace, dos aparatos bastante completos. Alma iba a necesitar unas cuantas clases para aprender a usar todas las funciones que tenía, pero estaba a un buen precio y valía la pena. Paulo había tenido ese mismo en España. En su viaje anterior a Argentina, había traído uno de esos, pero acababa de comprar, un mes antes de viajar, un modelo más completo (o al menos eso le habían dicho). Ahora había vuelto al modelo que tanto le había servido.

Alma recuperó su número. A Paulo tuvieron que darle uno nuevo. En la puerta del negocio, todos se registraron. Mientras Alma guardaba el contacto de Germán, este se acercó un poco y le habló en tono bajo, como queriendo que no se enterasen ni su primo ni su hermana. Los otros dos estaban muy entretenidos, Marcela le estaba pasando a Paulo los celulares de sus padres, de Valentina, de María y de varias personas más.

—Che, Alma, te quería preguntar algo. Tu amiga, Amanda, ¿está saliendo con alguien?, ¿qué onda? —planteó Germán, como

restándole importancia al tema.

Alma levantó la vista de la pantalla de su nuevo teléfono y, con una sonrisa instalada en el rostro, contestó:

—Todo bien con Amanda, no está saliendo con nadie por ahora, pero no está cerrada para nada a conocer gente, ¿por qué?, ¿te interesa? —le dijo con una sonrisa pícara, y luego, sin esperar respuesta, prosiguió—: Mirá que no es una blanca palomita, yo te diría que es un águila, ha tenido muchas relaciones y le encanta divertirse, pero no es la típica mujer enamoradiza. Es un hueso duro de roer mi amiga.

—¿En serio? —exclamó Germán algo sorprendido—. Con ese rostro angelical, esos ojos tan expresivos, no me la imagino como una mujer fatal.

—No, pará, no te hagas una idea equivocada. No dije que es una comehombres, dije que no es fácil enamorarla, que nadie hasta ahora lo ha logrado, pero que disfruta mucho de intentarlo. Solo quiero advertirte que Amanda es todo un reto. No es la típica mujer que se gana con bombones y flores, pero es muy divertida, ocurrente, entretenida. ¿Querés que te pase su celular? Así la invitás a tomar un café, digo.

—Dale —respondió Germán con rostro entusiasmado—, pero ahora no tenés tu agenda en este chip.

—No, es cierto, pero lo sé de memoria, el suyo y el de Pato. También recuerdo el de mi viejo y mis abuelos; aunque mis abuelos solo lo usen cuando salen a algún lado, me lo sé. —Acto seguido, Alma le dictó el nombre completo de Amanda y su celular. Ya estaba disfrutando de pensar en la cara de su amiga cuando recibiera el mensaje o llamada de Germán. Recordaba la noche anterior cuando habían acordado que aceptaría la invitación del primero que le dijera de salir y que le iba a dar la oportunidad de enamorarla.

—¿Tiene WhatsApp? —preguntó Germán a la vez que le indicaba al sistema que actualizara sus contactos—. Uyyy, sí, acá me salta. ¿Te parece muy mandado si le escribo por ahora mismo?

—Para nada, escribile. Recordá que ella no es la típica mujer a la que le guste la cosa melosa. Tampoco seas un tipo superado ni frío. Punto medio. —Luego de decir eso, se alejó de Germán para darle intimidad y se acercó a Paulo y Marcela, que se mantenían en silencio a un costado.

Alma volvió su vista a su celular y estrenó el uso de WhatsApp. Buscó entre sus pocos contactos guardados a Amanda y le puso: «Hora de cumplir tu promesa». Apretó *Enviar* y sonrió. Paulo vio que Alma se acercaba, guardó rápidamente en la agenda a María y salió de esa

pantalla enseguida. Levantó la vista sonriendo a la recién llegada.

—¿Qué sucede, pequeña? ¿De qué hablabais con mi primo? Digo, si puede saberse.

—Obvio que puede saberse. Mmm, creo que Amanda, mi amiga, anduvo rompiendo corazones, acabo de pasarle su número.

Los tres miraron a Germán; él, muy concentrado, escribía.

> Hola Amanda, soy Germán, el primo de Paulo, el gallego. Perdón si te molesto, le pedí tu número a Alma. Quería invitarte a tomar algo, tal vez esta tarde si no tenés ningún compromiso. Espero tu respuesta. Beso.

Lo leyó varias veces, le pareció acorde, no era muy desesperado, tampoco frío. Daba la información justa. Hacía mucho tiempo que no hacía esas cosas. Había estado en una relación bastante larga, casi cinco años, y hacía seis meses que se habían separado de mutuo acuerdo. Así y todo, se había tomado ese tiempo para analizar qué fue lo que hizo que perdieran el calor en la relación. No había intentado salir con nadie hasta ahora, pero Amanda había despertado algunas sensaciones que estaban dormidas desde hacía mucho. Pulsó *Enviar* y miró al cielo como haciendo una breve plegaria. Los otros tres lo esperaban, mirándolo. Cuando giró la cabeza, los vio con una sonrisa en el rostro.

—¿Qué? ¿Tengo monos en la cara? —preguntó casi como ofendido—. ¿Por qué me miran de ese modo?

—Ay, hermanito, te conozco, te conozco desde el pelo hasta los pies, como dice Arjona. Tranqui, andá despacio —sugirió Marcela mientras daba unos pasos hacia el automóvil y, luego, como queriendo dejar a un lado la charla—: Che, Pauli, nos llevás a casa, ¿no? Ustedes iban a ir a lo del flaco que los ayudó y nosotros ahí no tenemos nada que ver. ¿Te jodería mucho alcanzarnos hasta ahí? Quiero aprovechar para llamar a algunas amigas para ver si necesitan ayuda. Con esto de la inundación una no sabe a quién le tocó y a quién no.

—No tengo problemas, Marce, os llevo donde me digáis. Nosotros queríamos pasar por casa de Mauro, ¿no es así, Alma?

—Sí, quiero agradecerle a él y a su madre. ¿Te parece que les llevemos algún regalo?, digo, aprovechando que estamos en el centro, podríamos comprarle algo a cada uno.

—Excelente idea, pequeña. ¿Tienes algo pensado?

—Veamos, yo me encargo de Mónica, vos encargate de Mauro, ¿te parece? ¿Marce, me acompañás? —Miró a Marcela y esta hizo gesto

afirmativo. Alma prosiguió—: Germán, vos ayudalo a Paulo con un regalo para Mauro, no sé qué podría ser para él, ¿ropa, calzado, vino?

—Creo que ya tengo una idea, cuando me ayudó esa noche, me contó que le gustaba ir de campamento, que la vida al natural le parecía lo más atrayente. Creo que iré a comprar algo de eso. Germán, ¿podrías llevarme a alguna casa de camping?

—Dale, hay un negocio por acá que tiene de todo. Vamos a tener que ir en el automóvil, son unas cuantas cuadras. Chicas, nos llaman ni bien terminan y nosotros venimos a buscarlas, ¿está bien? —En ese momento, sonó un mensaje de WhatsApp en el celular de Germán y, casi al unísono, uno en el de Alma. Ambos buscaron sus aparatos y dibujaron sonrisas.

> Mirá que sos guacha, amiga, yo creo que ya tenías pensado esto anoche, cuando me hiciste la apuesta. Te voy a cagar. Voy para adelante. Te quiero, amiga, no te olvides de vivir.

> Hola, bonito, ningún drama. Dejemos las cuestiones de etiqueta para otros, yo soy súper relajada con lo que debería ser y lo que la etiqueta marca. Soy honesta y sincera. Me encantaría salir a tomar algo. ¿Me pasás a buscar por mi depto.? Tipo 19 estaría lista. Si te parece bien esa hora, te paso la dirección. Besito.

Germán levantó la vista con una sonrisa dibujada en el rostro. Miró a Alma y ella le devolvió otra.

—¿Todo bien? —dijo Alma, sabiendo que así era.

—Todo bien, esta noche la veo. Gracias, Alma —respondió Germán.

—Acordate, no seas cursi, ella odia esas cosas. Bueno, Marce, vamos. Tengo pensado comprarle algo lindo, tipo una cartera, ¿qué te parece?

—Buena idea, pero pensemos en un modelo para señora, no te va a salir barato, Almi, están caras —avisó Marcela.

—No importa, ellos nos salvaron la vida, no hay nada que pague eso, gasto lo que sea —afirmó Alma decidida.

Se saludaron y tomaron caminos diferentes. El grupo de las chicas se fue a pie, los hombres tomaron el vehículo y fueron a buscar la casa de camping. Una hora más tarde volvieron al punto de reunión. Las chicas habían comprado una cartera muy vistosa, de esas que son para

llevar colgada en el antebrazo, color suela, con unos arreglos en el cuero de arriba muy atractivos. Los chicos volvieron con una navaja, de las suizas, que tienen tantas funciones que uno se olvida de para qué servían esos adminículos. Paulo, además, había conseguido un hermoso marco para la página de Alma, la que tenía la dedicatoria de su madre. Lo tenía guardado en el automóvil, era una sorpresa. Contentos con las compras, fueron a llevar a Marcela y a Germán a su casa. Luego de dejarlos, siguieron camino para la casa de Mauro, a una cuadra de lo de Alma. Mauro y Mónica los recibieron con abrazos y besos. Estuvieron charlando y contando historias que les habían sucedido a varios conocidos. Los regalos fueron muy bien recibidos.

—¿Ubicás, Alma, a la señora mayor de mitad de cuadra de tu casa, de la mano de enfrente? La que tiene más de setenta y ocho años —siguió haciendo el *racconto* Mauro. Alma hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Bueno, estuvo sumergida en el agua. La salvaron temprano. La llevaron al hospital porque estaba muy descompensada por el frío, pero zafó. ¿Quién lo hubiera creído, no?

—No te puedo creer, Mauro. Se llama Magdalena. Doña Magda es un pan de Dios, buenísima. Su hijo mayor viene casi todos los mediodías a almorzar con ella y le hace sus mandados. Menos mal que aguantó —comentó Alma.

—Sí, ¿y la chica de la esquina de 24? ¿Anita? La que vive con el novio, la flaquita.

—Sí, sí, la ubico, no somos amigas, pero la saludo. Uyyy, ellos han debido de tener agua hasta arriba, ¿no? —continuó Alma.

—Tal cual —tomó la palabra Mónica—, lo de ellos es de película, nena. Bah, lo que vivimos todos, pero lo de ellos parece de película de drama. El agua subió tanto que no pudieron abrir la puerta para salir de su casita. Cuando se decidieron a escapar, el agua les hacía resistencia, no pudieron abrir la puerta, las ventanas tienen rejas, así que se pararon a la mesa. Cuando el agua parecía que los iba a tapar, subieron dos banquetas a la mesa y ellos encima. Y el agua continuaba subiendo. Paró de llover y seguía elevando el nivel. Así que se tomaron de las manos y se despidieron. —Doña Mónica se emocionó al contar eso, tanto que se le quebró la voz—. ¿Te das cuenta, Almita?, se dijeron adiós con la seguridad de que morirían. Esto es terrible. —Una lágrima comenzó a bajar por la mejilla. Alma la tenía agarrada de la derecha y comenzó a lagrimear también.

—Por favor, Mónica, tranquilícese, que le puede hacer mal, esto que vivimos, todo, fue demasiado fuerte —alcanzó a articular Alma.

—Vieja, tiene razón Alma, tranquilizate, te va a subir la presión. No sé para qué carajo te conté y te llevé a verlos, esto te hace mal a

vos —intervino Mauro.

—Mónica, a ver, no se me emocione tanto, ¿le alcanzo un vaso con agua? —dijo Paulo tomando por la izquierda a la señora y dándole fuerzas—. Entiendo que si pudo verlos hoy es que todo se solucionó de una manera favorable, ¿no es así?

—Sí, nene. Por suerte, después de que se despidieron, casi mágicamente, de manera lenta, el agua empezó a bajar. Están bien, aunque algo asustados, pero bien. ¡Qué terrible esta inundación! La cantidad de gente que debe de tener historias como esa. Terrible —decía doña Mónica mientras sacaba un pañuelo de tela de adentro de su manga derecha y se limpiaba las lágrimas y la nariz.

—Absolutamente de acuerdo. Tal vez sería una buena idea armar un blog donde cada persona pudiera subir su propia historia, su aventura. Sería algo así como un mural colectivo, un mosaico de historias. Qué buena idea —se quedó pensando Paulo a la vez que ponía en voz alta lo que su pensamiento dibujaba.

Cuando se hizo el mediodía, Paulo y Alma intentaron despedirse, Mónica los quería invitar a almorzar, pero ambos se disculparon.

—Doña Mónica, no se me enoje. Pero ya quedé con unas amigas para almorzar. Ya va a haber oportunidad para juntarnos a comer. Mis abuelos y mi papá quieren agasajarlos con una comida, así que en estos días los llamo y arreglamos una fecha, ¿les parece? —dijo mirando a los tres interlocutores—. Ahora ya tengo sus teléfonos, así que estamos comunicados.

—Está bien, nena, todavía lo quiero matar a Maurito, que no quiso que fuéramos anoche. A mí me encantan los sociales y él se empecinó en no ir, que yo tenía que descansar. Bueno, ya está. Ahora vamos a arreglar un nuevo encuentro, pero antes te venís a comer conmigo. Quiero hacerte una comida yo a vos. Sos una muy linda persona, y a esa gente hay que cuidarla mucho, ¿no te parece, Maurito? —Mónica estaba haciendo cara de convertirse en casamentera y de estar haciendo el trabajito para su hijo.

Mauro comenzó a reírse y luego dijo:

—Está todo bien, mami, quedate tranquila, estoy de acuerdo con vos. Pero Alma es grandecita y yo también, no necesitamos angelitos que nos enganchen. Además, viejita, no sabemos si Alma no tiene un noviecito por ahí —siguió Mauro, guiñando un ojo—, no querrás generarle un problema. —Todos rieron excepto Mónica, que miró confusa a Alma—. No le den bola, chicos, mi vieja nunca va a dejar de buscarme novias. Ella no entiende que me gusta estar solito y salir con muchas chicas a la vez —aseguró mirando a su madre y dejando en claro su postura.

—Es que no me parece sano, Maurito, tenés que sentar cabeza. Ya estás grande para seguir en la joda. Tenés que buscarte una chica buena, así, como Almita. Casarte y tener hijitos. Sabés que todas mis amigas ya son abuelas, y yo sigo en veremos.

—Uyyyy, mami, cada vez la embarrás más. Dejate de decir boludeces. Chicos, quedamos así, ustedes nos avisan cuándo y nos juntamos a comer algo. Y gracias de nuevo por los regalos, no tenían que traer nada, lo que hicimos nosotros lo hubiera hecho cualquiera en su sano juicio. —Se despidieron con un abrazo.

Alma y Paulo salieron del edificio y subieron al automóvil.

—¿Adónde te llevo, pequeña? —preguntó Paulo.

—Si no es mucho lío, ¿podrías llevarme a la casa de mi amiga Pato? Allí me esperan para almorzar mis amigas.

—*Okey*. Tú me indicas el camino, que esta ciudad me tiene desorientado con sus diagonales y siempre termino dando vueltas en el lado contrario de la ciudad.

—Dale. Vamos por esta hasta calle 13 y luego te indico.

Ambos estuvieron muy conversadores durante el viaje, tocaron bastantes temas (carreras universitarias estudiadas, gustos en cuanto a la música, lugares del mundo que preferían), aunque ninguno de los dos se animó a preguntarle al otro su situación sentimental. Cuando llegaron a la puerta de la casa de Pato, debieron despedirse.

—Nos vemos esta noche entonces, pequeña. ¿Te parece bien si te paso a buscar por la casa de tu padre a las 7 de la tarde? Creo que para esa hora estaré listo.

—Dale, no tengo drama. Esa hora está bien para mí. Pero es muy temprano para ir a cenar. ¿Qué vamos a hacer?

—Emmm… —Paulo se puso algo nervioso, quería volver a verla en el menor tiempo posible y no había pensado en que los restaurantes, en Argentina, abrían sus puertas más tarde que en Europa—. Pues, nos vamos de copas. Nos tomamos algo previo a la cena. Y podemos seguir conociéndonos, ¿te parece bien?

—Sí, perfecto. —Los ojos de Alma brillaban con ilusión, se veían más verdes aún.

Alma se acercó, casi de manera inconsciente, para saludarlo con un beso en la mejilla. El movimiento fue rápido, pero Paulo no se quedó quieto, giró su rostro unos centímetros y la boca de Alma encajó justo con la suya. La electricidad volvió a unirlos, la lengua de Paulo recorría el interior de la de Alma, explorando, saciando, gimiendo. Bajó sus manos y apretó su cintura, la atrajo hacia sí. La abrazó a medida que adentraba el beso.

Ella lentamente se fue entregando al placer. Alma también

comenzó a apretarse al cuerpo de Paulo, la posición dentro del automóvil era bastante incómoda, pero logró (en un movimiento rápido) girarse sobre su eje. Alma quedó mirando hacia atrás, enfrentándose a Paulo. Él volvió a atraerla en un abrazo y ella cruzó el espacio entre ambos asientos. Alma, que se encontraba en posición invertida y con medio cuerpo sobre el lado del conductor, puso su espalda sobre el volante. Él la acercó y le hizo sentir la erección que estaba por hacer explotar su pantalón. El beso tan intenso, la dureza de él, todo la estaba volviendo loca, a punto de olvidar dónde se encontraba. Las manos de Paulo estaban apretándola y, , viajaban por su cuerpo. Se habían posicionado sobre sus nalgas, las apretaban y ahora comenzaban a subir, lentamente. Cola, cintura, espalda, giraban y se ponían en el abdomen. Seguían en franco camino, despacio pero seguro. Faltaban unos milímetros para llegar a sus pechos cuando un sonido seco los expulsó de su paraíso. Amanda se acercó a la ventanilla y golpeó para saludarlos, y, de algún modo, indicarles que se veía todo desde afuera.

—Hola, chicos —dijo Amanda sonriente, con cara de pícara, hablaba en un tono alto para que su voz se escuchara a través del vidrio—. Hola, gallego lindo, ¿me dejás a mi amiga un ratito? Te prometo que te la devolvemos esta noche, sana y salva.

Paulo abrió la ventanilla con lentitud y esbozó una sonrisa.

—Hola, rubia, ¿siempre eres tan oportuna? No te preocupes, ya te devuelvo a tu amiga, pero te la encargo. Esta noche debe estar lista para las siete de la tarde, que la paso a buscar, ¿vale?

—Hecho, gallego lindo —reiteró Amanda, estirando más aún la sonrisa—, quedamos así. Te la dejo preparadita. ¿Venís, Almi?

Alma se había mantenido en silencio, avergonzada, pero aún abrazada por las manos de Paulo. Levantó la mirada, vio a su amiga y le hizo un gesto afirmativo. Estaba muy colorada. Se sentía casi una adolescente; esa situación de estar en la calle mostrándose de ese modo no era su estilo. Pero cuando estaba cerca de Paulo, no tenía control sobre su cuerpo, este tomaba decisiones propias. Giró el rostro hacia Paulo, que la miraba algo divertido.

—Nos vemos esta noche, Paulo. —E intentó soltarse del agarre de Paulo. Este le impidió moverse, acercó su boca a la de ella y le dio un beso. Íntimo y suave. Alma agradeció estar sentada porque las piernas se le habían aflojado.

—Hasta la tarde, pequeña. No te olvides de mí —se despidió Paulo con mirada intensa.

—Imposible —respondió.

Alma se destrabó, bajó del automóvil y, cuando se puso a la par de

Amanda, esta la tomó del brazo y le dijo, entre dientes (en voz muy baja para que solo ella la escuchara):

—«Boluda» te dicen a vos, Almi. Si no te paro, el gallego te ensarta acá mismo, a la peor hora del mediodía y con todas las chusmas del barrio de Pato mirando por las ventanas. —Y agregó en un tono más alto para que escuchara Paulo—: Chau, gallego lindo, dejala en mis manos, que son buenas. Te prometemos que va a estar lista para esa hora. —Mientras, agitaba la derecha a modo de saludo.

Sin dejar de mirar a Alma fijamente, y antes de retomar su rumbo, le hizo un guiño cómplice que la puso más colorada aún.

Alma se tocaba los labios con los dedos de la mano derecha, los sentía hinchados. Ambas amigas se giraron sobre sus talones y tocaron el timbre de la casa.

# Capítulo 9

Las amigas entraron en la casa de Pato, que las esperaba con la mesa puesta. Siempre se había destacado por hacer de anfitriona, era una excelente cocinera y disfrutaba de agasajar a su gente querida con cenas o almuerzos. Hacía de cada ocasión un encuentro especial. Había puesto la mesa en un patio interno pequeño. Estaba muy bien decorado con plantas, una pared cubierta por enredaderas y muebles de exterior de madera. Su vivienda integraba un PH y era la que estaba al final, eso le daba la posibilidad de tener ese espacio exterior, íntimo. Era un ambiente muy acogedor. Ya había comenzado a cambiar la temperatura, pero no lo suficiente para que hiciera frío. Además, era el mediodía, el sol iluminaba tibiamente la mesa preparada. Era cuadrada, y tenía cuatro sillones del mismo material y lona. Pato había preparado un almuerzo de chicas, así que había colocado un mantel con puntillas que le había hecho su abuela, tres platos de porcelana con flores en la circunferencia (heredados de su tía abuela Pepi), cubiertos antiguos y copas de color rosa, dos para cada una (también de Pepi, quien le había entregado a ella todo su juego de vajilla y copas de fiestas: solo Patricia podía cuidarlos y darles valor). Había una cubeta con hielo para un vino blanco, y una botella de agua saborizada. Servilletas de tela con puntillas, puestas sobre el plato, formando una contorsión coqueta. Cuando entraron a la casa, Amanda comenzó a hacerle una síntesis exagerada, con ademanes y gritos incluidos, de lo que había ocurrido en el automóvil de Paulo. Alma se mantenía en silencio, avergonzada, pero más porque sabía que debía dejar a su amiga expresar todo lo que tenía adentro. Luego ella tendría tiempo de hablar.

—Te lo digo, Patito, que si no llego y les golpeo la ventanilla, tu amiga es ensartada por el mástil español cual bandera que se clava en territorio conquistado —decía Amanda haciendo los gestos del conquistador que entierra una insignia de propiedad—. Se cagaba en tus vecinas chusmas, en vos y en mí, que la íbamos a estar esperando. Igual te digo, no me hubiera importado si eso le devuelve a mi amiga la sonrisa, ¿eh?

—Che, Amanda, no seas exagerada. Estábamos vestidos, y jamás le hubiera permitido sacarme nada, menos meterme, qué tonta sos —disparó Alma, haciéndose la enojada.

—Almi, no lo puedo creer. No puedo creer que seas vos. Este gallego debe volverte realmente loca para que vos, la que siempre se ponía límites, estés haciendo todo lo que siempre dijiste que no volverías a hacer. Le voy a besar los pies a este gallego. No solo te devolvió a la vida, sino que te hizo más humana —analizó Pato siguiendo la broma, y todas sonrieron.

—Ayyyy, chicas, con el grado de abstinencia que tengo. Creo que hasta les hubiera golpeado la ventana para unirme en un trío —soltó Amanda, y todas comenzaron a reír con ganas ante la broma—. En serio, hace casi una semana que nada de nada, amigas. Ustedes saben lo que es eso para mí: ¡la muerte! —Todas continuaban sin poder hablar de la risa, solo Amanda—. Aunque tal vez eso se arregle esta misma noche y sin ayuda del mástil español —insinuó con cara misteriosa.

—¿Cómo? —Se sorprendió Pato—. Dale, nena, largá, desembuchá, ¿con quién te vas a ver?

—Esta tarde comienzo a cumplir con mi promesa. Me invitó el primito del gallego, vamos a salir a tomar algo. Así que tal vez tenga festichola en casita. Se lo ve lindo, buen lomo. Tiene unos ojazos hermosos, parecidos a los del gallego, ¿no, Almi?

—Sí, Germán tiene bonitos ojos. Tranquila, Amanda, no lo apabulles. Es un buen flaco. Por lo que supe por Marcela, la hermana, tuvo una relación larga que se cortó hace unos meses. No lo vayas a asustar.

—Uyyyyyyyyy, qué bueno, esta info me ayuda bastante. Entonces es un flaco que hace meses que no está con una mujer, eso puede significar solamente algo bueno. Se va a esmerar tanto para que quiera quedarme con él… Eso redunda en beneficios para este lindo cuerpito —señaló Amanda destacando sus curvas—. Está dicho, hoy corto la mala racha.

—Sos terrible, querida, ya nos vas a contar vos, ahora quiero saber de Almi —siguió Pato.

Estaban distendidas, relajadas. Pato sirvió la comida. Había decidido que comerían un pollo al curri, que era su especialidad. Lo servía con unas verduras al vapor. Cuando todas tuvieron sus platos servidos, Amanda levantó la copa con vino y propuso:

—Brindo porque el agua se llevó la tristeza y la depresión en la vida de mi amiga, porque, además, trajo a un hombre súper atractivo que la quiere agarrar para hacerle todo lo fantásticamente prohibido, y porque esta tarde tengo una cita —dicho eso, levantó la copa y la hizo chocar con las de sus amigas, que completaron el brindis.

—Brindo por todo eso, chichis. Las quiero mucho y agradezco que la inundación no nos haya hecho nada malo —dijo, a su turno, Pato.

—Brindo por todo eso, amigas, y porque quiero agradecerle a Dios que me las puso en mi camino hace unos años y las tengo a mi lado cada vez que las necesito —cerró Alma.

Terminado el brindis, empezaron a almorzar. El plato estaba muy sabroso. Las tres comían, hacían gestos y contaban lo que les había ocurrido en ese día. Alma comentó que fueron a ver los celulares, sacó su nueva adquisición y se las mostró. Luego habló de su visita a Mauro y su madre, les hizo el *racconto* de las historias de supervivencia y las tres quedaron muy impresionadas. Luego llegó al punto donde los había encontrado Amanda. Les confesó cómo perdía la fuerza de voluntad apenas Paulo la tocaba y se derretía en cuanto sus labios la rozaban. Las amigas escuchaban atentas, casi como si fuera el capítulo estreno de la telenovela de moda.

Terminaron el almuerzo y comenzaron a levantar la mesa. Pato llevó la vajilla a la pileta de la cocina, Amanda ya se había ofrecido para lavar los platos, así que Pato y Alma se pusieron a preparar el mate. Pato tenía listos unos cuantos conjuntos de ropa y los había dejado en el sillón. Amanda había traído dos más. Era tiempo de ver cómo le quedaba todo a Alma. Mientras Amanda lavaba, Alma iba probándose los diferentes estilos. Se puso primero un pantalón de *jean* elastizado blanco, muy ajustado, con una remera roja bastante entallada, con algunos detalles en plata. Luego, siguió una falda larga tubo color tostado, con otra remera entallada cruda. Ninguno de esos estilos le quedaba bien. Más allá de que la ropa le cabía y le calzaba, se notaba que estaba incómoda, que no se sentía a gusto. Fue el turno luego de un vestido de gabardina elastizada negra que llegaba un poco antes de la rodilla. Era muy seductor, aunque no era extremadamente ajustado. Tenía parte de los hombros descubiertos, le quedaba hermoso y tapaba justo la herida del muslo que aún tenía vendada, la que se había hecho durante la inundación.

—Ay, Almi, creo que este te queda pintado, parece hecho para vos.

Esperame acá, tengo un cinturón de cadena dorada que le va re bien a ese vestido, y un par de zapatos de taco alto que dan el último toque —sostuvo Pato, y salió corriendo hacia su habitación.

—Sabía que te iba a quedar genial. Cuando me lo compré, pensé que era demasiado serio para mí, pero me habían gustado mucho las mangas, quedan muy sexis, ¿no te parece? —consultó Amanda—. Lástima que casi no lo usé, solo fui a una fiesta del trabajo. Después no volví a ponérmelo.

Alma seguía mirándose al espejo. Se giraba hacia un lado y el otro. Realmente le sentaba muy bien el modelo. Pato regresó con el cinturón de cadena y los zapatos, Alma procedió a ponerse todo y ver el resultado. Realmente se veía hermosa, y aún no estaba maquillada ni peinada.

—Chicas, ¿no será mucho? No tengo idea dónde me va a llevar, pero tal vez esté demasiado de pinta. ¿Y si lo que tiene pensado es llevarme a comer una pizza?

—Si tenía pensado llevarte a comer una pizza crota, cuando te vea salir va a tener que cambiar de idea, te va a tener que llevar a un lugar de categoría —aseguró Amanda. Las tres rieron con ganas. La ropa estaba resuelta, los zapatos también.

—¿Vos ya sabés qué te vas a poner, Amanda? —preguntó Pato—, para tu salida con Germán.

—Todavía no pensé, tenés razón —respondió Amanda con tono ausente, estaba tratando de hacer una revisión mental de su guardarropa—. ¿Qué les parece la mini negra de cuero con la remerita ajustada, esa turquesa? ¿Se acuerdan de cuál les digo? Es la que tiene un corte debajo del busto y que te deja las tetas presentadas como en bandeja —recordó a la vez que hacía el gesto con las manos debajo de sus pechos.

Alma y Pato rieron ante la ocurrencia.

—La mini me gusta, la remera también, pero creo que iría mejor con un *jean*, ya mostrás mucho, dejemos algo para la imaginación —planteó Pato—. Probate esta remera —propuso, y le dio una suya, verde, con mangas al codo. Era ajustada al cuerpo pero no apretada, se ceñía al busto y lo marcaba sin mostrarlo. Tenía un detalle de cierres en las mangas y en un bolsillo de vista. Las tres acordaron en que le quedaba perfecta—. Llevate esa, amiga. La usé una vez, supercómoda, linda y te va a quedar re bien con la mini. Ponete las botas negras de taco alto. Y ahí va todo de diez, ¿no, Almi?

—Sí, perfecto. Vas a matar a Germán, nena —vaticinó Alma a la vez que le alcanzaba el mate. Las dos amigas le daban indicaciones a Alma acerca de cómo manejarse en su cita.

—Almi, dejate de joder con tu mojigatería. Dejate llevar. Ya somos grandes, no somos unas nenas. Eso de que en la primera cita nada de nada porque tenés miedo de que piense que sos rápida, no. Eso no. Él te conoce, sabe de dónde venís. No hay preconceptos. Dejate llevar. Disfrutá —atacó Amanda.

—Pará, Amanda, tampoco se le va a tirar encima para darle sexo toda la noche. No, ella debe evaluar cómo viene la mano. Es claro que Paulo está muy atraído por vos, Almi, y vos por él. Obviamente no son nenes. Así que coincido en lo de que no haya vueltas. Pero ustedes no saben mucho uno del otro. Estaría bueno si pueden hablar algo más, conocerse, y si encajan en todo lo demás, el sexo va a fluir —comentó, a su tiempo, Pato.

—No sé, chicas, no quiero hacerme muchas expectativas. ¿Y si no le gusto cuando estamos ahí? Digo, cuando no haya tela que disimule las imperfecciones. —Alma recordaba, con vergüenza y dolor, ciertas estrías que tenía marcadas en la cadera del poco tiempo que había estado embarazada, o el simple hecho de que siempre le habían parecido demasiado redondeadas sus caderas. Las dos amigas reaccionaron casi al mismo tiempo y comenzaron a hablar a los gritos:

—¿Vos estás loca, Almita? ¿De qué me hablás? ¿No viste cómo te come con la mirada Paulo? Es un hombre, ¿qué digo un hombre? Es un machote español. Nena, enterate, no solo le va a gustar lo que va a ver, sino que te va a dar hasta decir basta. Y más vale —mientras Amanda decía eso, se había acercado y con el dedo índice le tocaba la frente a Alma— que dejes lejos de esa cabecita al bicho sarnoso de Mariano y todas las pelotudeces que te dijo para hacer que perdieras la autoestima.

—Claro, nada que ver. Amanda tiene razón, esos miedos tienen que ver con las cosas que Mariano te decía. Pero no son verdad. Él siempre te hinchó con el tema de las caderas y que tenías piernas de futbolista, ¡cualquiera! Él quería bajar tu autoestima para tenerte segura al lado de él. Ya lo hablamos. Nunca fuiste una mujer acomplejada, no podés empezar ahora. Sos hermosa, sos una mujer con todas las letras. ¿Tenés alguna estría? Y bueno, ¿quién no tiene una? Somos mujeres reales, no tenemos *Photoshop* para la vida real. Almi, Paulo está loco por vos, se nota a la legua, y eso no lo va a cambiar nada.

—Tienen razón, lo sé. Mi cabeza me dice que es así, pero tengo tanto miedo. Nadie me tocó desde Mariano. Nadie entró en mi cuerpo desde… ustedes saben. Todo esto es demasiado fuerte, demasiado doloroso, demasiado… Eso, es demasiado. Quiero salir corriendo. —Alma estaba realmente asustada.

—Almi, tenés que enfrentar esta situación. Estoy segura de que mañana, cuando nos llames, nos vas a decir que la pasaste bomba. Entiendo tus temores, nosotras estuvimos al lado tuyo en cada una de las situaciones, pero ahora te vemos plantada de otro modo. En otro momento, vos hubieras salido corriendo para el lado contrario adonde estaba Paulo, pero algo te hizo cambiar. Vos estabas huyendo de todos los hombres y ahora no huís de Paulo. Por más que lo digas, que querés salir corriendo, estás acá, poniéndote ropa, evaluando estar con él. Eso ya es un cambio, y es para bien —concluyó Amanda.

—Tiene razón Amanda, acordate de cuántas veces te invitó Lucas a su ciudad, te dijo que fueras para que se conocieran personalmente. Te cae re bien, hablan muchísimo, te conoce mucho y, sin embargo, huiste de ese encuentro. Nunca fuiste. Tu actitud con Paulo fue otra desde el comienzo. Date la oportunidad, si sale mal, no sé, por lo menos lo intentaste, amiga.

—Tienen razón, tengo que intentar. Pero es que cuando lo tengo cerca, el corazón se me acelera tanto, siento que me va a salir por la boca. Tengo miedo —confesó con ojos tristes.

—¿Miedo? ¿De qué? —preguntó Pato.

—No sé, de salir lastimada de nuevo, de sufrir.

—Amiga, te voy a decir un secreto —dijo Pato tomando la mano de Alma—. Somos humanas, y si no sufrimos es que estamos muertas. Ojalá todo salga bien con Paulo, pero siempre, en toda relación, va a haber cuestiones que te hagan sufrir. Una, cuando se enamora, le entrega al otro su corazón, para bien o para mal. Para que lo cuide y lo haga feliz, pero también tiene la clave exacta para destrozarlo. No puedo asegurarte que Paulo no te vaya a hacer sufrir. Pero puedo asegurarte que si no le das una oportunidad, te vas a reprochar toda la vida no saber si podría haber sido.

—Sí, no se lo va a perdonar ella ni nosotras tampoco. Vamos a tener cincuenta años y te voy a estar diciendo: «¿Te acordás del mástil español? Ahhh, no, cierto, que nunca te logró ensartar porque tuviste miedo, mirá lo que te perdiste, amiga» —satirizó Amanda—. Dejate de buscar excusas, Almi, disfrutá hoy y pensá mañana. No te olvides de vivir, te lo digo siempre. Quedarte adormecida con un corazón sin dueño para evitar sufrir no es vivir, es morir de a poco.

—Está bien, lo sé. Sé que tienen razón. Sé que debo darme una oportunidad. Vamos, ayúdenme a sacarme todos estos pensamientos. Pato, dejame que me bañe en tu casa, así me arreglan el pelo ustedes, ¿les parece? —cambió de tema Alma.

—Dale. Tenés todo en el baño, ¿te parece si te lo planchamos y en las puntas hacemos unas ondas? Te van a quedar genial —aseguró

Pato mirando a sus dos amigas y buscando aprobación.

—Almita, decime que estás bien depilada. Si no, nos ponemos ya mismo. Pato, ¿tenés cera? En dos tirones te dejo limpita. —Las tres rieron ante el gesto de Amanda de tirar de una franja de cera imaginaria.

—Quedate tranqui, estoy depilada. Voy al baño y me doy una ducha. Cuando salgo, soy toda de ustedes. Me convierten en una nueva Alma —anticipó mientras encaraba hacia el sanitario de Pato.

Tres horas después, Alma miraba su reflejo en el espejo y no podía creer que esa imagen que le devolvía fuera ella. Estaba parada sobre unos tacos negros; el vestido, también negro, al cuerpo con el cinturón de cadena que le caía hacia la cadera derecha; el rostro absolutamente glorioso, maquillada por Amanda, de forma muy natural, los labios con un brillo color *nude*, los ojos ahumados, las pestañas muy largas, las mejillas apenas sonrosadas; el cabello era un marco perfecto. Pato había planchado cada mechón y luego, al llegar al extremo, había ondulado todas las puntas, lo que generaba un movimiento atractivo. Pato le había conseguido una bandita autoadhesiva grande, con forma de rectángulo, para cubrir la herida del muslo: era tan delgada y color piel que no se notaba. Alma era una obra maestra.

—Chicas, creo que voy a llamar a Paulo para que me venga a buscar acá. Si mi viejo y mis abuelos me ven así, les va a dar un infarto. ¿Qué les parece?

—Dale, llamá a tu viejo para decirle que estás acá y que Paulo viene a cenar. Vas a tener que decirle que te quedás a dormir conmigo, amiga, así no tenés que dar explicaciones cuando no regreses. Luego le avisás a Paulo que venga, que se te hizo tarde —organizó Pato.

—Sí, tenés razón, no había pensado en ese tema de la vuelta. Pero ¿y si no pasa nada con Paulo? ¿Si se arrepiente y me lleva de nuevo?

—¿Estás loca, Almi? ¿Te viste en el espejo? ¿Qué tipo con pelotas te va dejar ir sin tocarte? Sos una diosa, no creo que pueda ni cenar el gallego, la erección no lo va a dejar tragar —acotó Amanda, y las tres rieron—. Che, yo le voy a mandar un WhatsApp a Germán, no llego a bañarme y vestirme para la hora que me pasaba a buscar, le voy a decir de ir a cenar —dijo, más hablando para sí misma que para sus amigas. Tomó el celular, buscó el chat de «Germán ojitos lindos» y escribió rápidamente.

> Hola, Germán, se me hizo un poquito tarde. Podríamos vernos tipo 21 hs para cenar en lugar de tomar algo a la tarde???? Digo, si no tenés otros

planes. Si se te complica, lo dejamos para otro día, como vos quieras.

Apretó *Enviar* y vio que debajo del nombre, donde figuraba la última hora de conexión, se cambiaba a la leyenda «en línea» y, unos instantes después, a «escribiendo…». La respuesta llegó en segundos.

Ningún problema, Amanda. Te paso a buscar a las 21 hs. Pasame la dirección, por favor.

Amanda aplaudió y sus amigas la miraron sorprendidas.

—Ya está. Germán me viene a buscar a las 21, salimos a cenar —contó Amanda con una sonrisa—. Cuando vos te vas, Almi, me voy rápido a cambiar. Patito, ¿te uso yo también el baño, me ducho y me ayudan con el pelo? —pidió con ojitos suplicantes.

Pato se rio.

—Obvio, amiga, dale, andá.

Amanda salió corriendo. Quince minutos después regresó duchada y con el cabello mojado mientras lo secaba con una toalla enérgicamente. Pato se puso a la tarea de usar el secador de cabello, modelárselo y luego planchárselo.

Alma llamó a Jorge mientras Amanda se duchaba, le explicó la historia de la cena en la casa de Pato y que se quedaba a dormir. Le dijo que tenía nuevo celular y que en ese momento estaba apagado cargando la batería. Luego, cuando Amanda ya había salido y estaba en manos de Pato, buscó el papel donde había anotado el celular y llamó a Paulo desde el teléfono de Amanda. El corazón le latía fuertemente en el pecho mientras el teléfono sonaba.

—*Aló, ¿quién es?* —contestó Paulo.

—Paulo, soy yo, Alma. Te estoy llamando del teléfono de Amanda.

—*Hola, pequeña, es que no reconocí el número. ¿Este es el de la rubia? Lo agendo entonces. ¿Qué ha sucedido con tu móvil nuevo?*

—Nada, es que lo apagué y lo puse a cargar. La batería que traía ya se estaba terminando.

—*Vale, tienes razón, yo he hecho lo mismo, solo que no lo he apagado, como ya sabrás. Dime, ¿por qué me llamas? ¿Es que ya me estabas extrañando?*

—No seas tan agrandado, lindo, que no es por eso —respondió Alma mientras sus amigas le hacían señas para que fuera más atrevida en sus respuestas. Ella agitó la mano libre indicando que hicieran silencio.

—*Okey, entonces dime. Estoy todo a tu disposición* —dijo Paulo en un

tono sugerente.

Los colores en las mejillas de Alma subieron un tono y ambas amigas adivinaron que Paulo le había dicho algo que la había provocado.

—No es nada del otro mundo. Simplemente un cambio de lugar. En vez de buscarme en casa de mi papá, ¿podrías pasar de nuevo por lo de Pato? Es donde me dejaste al mediodía. Al final me terminé quedando acá. ¿Puede ser?

*—Perfecto, pequeña. No tengo ningún problema. ¿A la misma hora? ¿O necesitas que te dé más tiempo? Sé que a las mujeres nunca os alcanza para prepararse.*

—No, mismo horario. No necesito más, incluso casi ya estoy lista. Así que vení cuando vos termines.

*—Bien. En una hora estoy por allí. Nos vemos entonces.*

—Dale, un besito.

*—Eso espero, digo, vale.*

Ambos cortaron la llamada. Alma miró a sus amigas con una sonrisa de esperanza. Pato trajo un saco largo negro, de paño, que le llegaba por debajo de las rodillas a Alma. Las tres se pusieron en campaña de ayudar a Amanda, que decidió no irse a cambiar a su casa. Pato le insistió con que usara el *jean* blanco y la remera adherente color verde. Se puso un saco relativamente corto del mismo color que la blusa, pero un tono más oscuro. Estaba casi lista también, solo faltaba maquillarse. Tomó nuevamente el celular y le envió un mensaje a Germán con la dirección de Pato. Y él contestó, enseguida, que iría a buscarla a las 21 en punto.

Amanda se miró en el espejo. Ese *jean* le hacía unas piernas largas y delgadas, le quedaba más ajustado que a Alma, pero le iba perfecto, sugería pero no mostraba. El contraste con la remera verde le quedaba increíble también. Los zapatos de taco y la cartera le completaban el equipo. De lo único que se quejaba era de no haber podido ponerse el conjunto de ropa interior que tenía nuevo en su cajón. Era de encaje blanco y le hubiera quedado inmejorable. Debía conformarse con el que le había prestado Pato, no era tan osado pero estaba lindo. Pato las había vestido casi por completo a ambas.

Unos minutos más tarde, puntualmente, sonó el timbre. Paulo había llegado a recoger a Alma. Ella tomó la cartera, desenchufó el celular y lo encendió. Lo guardó dentro de la cartera. Hacía todo corriendo, iba de un lado para el otro, nerviosa. Antes de salir, volvió sobre el espejo. Pato atendió el portero eléctrico y le informó a Paulo que Alma ya salía. Esta la miró con rostro ansioso y se acercó a la puerta. Ambas amigas se acercaron y le dieron un abrazo.

—*Merde*, Almi. Pero acordate esto: la suerte la hacen los valientes. Sé valiente, amiga —recomendó Amanda—. Mañana al mediodía te llamo para ver cómo te fue y contarte cómo me fue a mí. —Se dieron un abrazo y luego fue el turno de Pato.

—Amiga, espero que esta noche vuelvas a vivir. Date el permiso de disfrutar y sé vos misma, eso le gusta al gallego, estoy segura.

Se abrazaron a su vez. Alma se giró para abrir. Debía caminar por un pasillo y luego traspasar el cancel de cristal junto al que estaba parado Paulo esperando. Pato y Amanda cerraron la puerta de madera tras salir Alma, corrieron al portero eléctrico, levantaron el tubo y esperaron en silencio. Querían escuchar la reacción de Paulo al verla acercarse.

# Capítulo 10

Alma salió con el corazón latiéndole en la garganta. Estaba muy nerviosa. Caminó lentamente, conteniendo los nervios. Las palpitaciones se fueron haciendo más fuertes, Paulo se encontraba al otro lado del cristal y verlo tan atractivo la dejó sin aire. «Respirá, Alma, respirá», se repetía a modo de mantra. Él la miraba fijamente. Estaba guapísimo, tenía un pantalón y un saco en color gris oscuro, en una tela con un leve brillo, y una camisa blanca sin corbata. El cabello aún húmedo caía sobre sus ojos, despeinado. Condenadamente sexi. Sus ojos, por Dios, parecían los de una bestia a punto de cazar una presa. Alma sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo entero. Quería ser cazada, caer en esas garras.

—Dios santo, María, Jesús y José.

Pato y Amanda escucharon la voz y la tonada inconfundible de Paulo a través del portero eléctrico. Las dos comenzaron a reír sin emitir sonidos y siguieron atentas.

Del otro lado del cancel, Paulo miraba a Alma sorprendido, le había parecido una mujer hermosa, sexi y atractiva desde el momento cero, desde que la vio acercarse flotando en el agua, en medio de la inundación. Pero verla así, tan hermosa, tan sublime… No podía creer lo que sus ojos le mostraban. Tenía la mirada fija en ella, la boca abierta en gesto de asombro, y, de manera instintiva, la erección se pegó dolorosamente a la bragueta del pantalón. Alma abrió la puerta de cristal, salió, se acercó a Paulo, le dio un beso en la mejilla y se alejó para ver bien su reacción. Paulo se sintió invadido por una ola de perfume sensual que lo sedujo aún más. Alma lo miraba con una sonrisa enigmática en los labios.

—Hola, Paulo. Llegaste superpuntual. Eso me gusta en los hombres, la puntualidad es muy importante para mí. —Acercó su mano a la barbilla de Paulo e hizo el ademán de cerrarle la boca—. Tené cuidado, a ver si te entra algún bichito en esa boquita abierta, lindo —bromeó Alma.

Y sus amigas, a través del intercomunicador, sonrieron satisfechas. Amanda hizo un gesto con su brazo, como cuando alguien festeja un gol o un tanto en deportes.

—Hola, pequeña. Me… eh… me has sorprendido. Estás… despampanante. Disculpa si me quedé atónito, es que no creía que fuera posible verte más bella, pero veo que me he equivocado. Tú logras sorprender hasta cuando la naturaleza indica que ya no es posible —alcanzó a contestar Paulo saliendo del estupor—. ¿Has traído más lápiz labial? —preguntó Paulo con rostro imperturbable.

Alma lo miró sorprendida.

—Sí, lo tengo en la cartera, ¿por qué me preguntás? —indagó Alma con el ceño fruncido. Paulo no contestó. Inmediatamente, cuando Alma le había confirmado que sí tenía, se acercó casi sin pensar y la besó de una manera intensa.

La electricidad volvió a aparecer. Paulo la aferró fuertemente, la apretó hacia su cuerpo mientras su lengua invadía la boca de ella. La esponjosidad de sus labios, sus alientos, sus respiraciones agitadas, sus sabores, todo potenciaba lo que ambos estaban sintiendo. Alma notó que sus piernas le fallaban. Agradeció estar bien agarrada al cuerpo de Paulo y que él la sostuviera. Sintió una corriente que la recorrió por completo y se centró en su clítoris. Notó, a la vez, la erección de Paulo en la parte alta de su vientre, eso la hizo envanecerse, le demostraba que no era solo ella la que se sentía tan excitada por él, ella lo afectaba. Lentamente, Paulo fue menguando el agarre y el beso pasó de ser salvaje a uno bastante dulce, muy suave. Cuando separó su boca de la de ella, pegaron sus frentes; Paulo mantuvo cerrados los ojos.

—Dios santo, pequeña. Me desconozco, me tientas demasiado, debo controlarme.

—¿Y quién dijo que quiero que te controles? —dijo Alma con una sonrisa pícara.

Pato y Amanda, que seguían escuchando por el intercomunicador, se miraron sorprendidas. No podían creer que esa que intentaba seducir al español fuera la misma mujer que unas horas antes les decía que no quería sufrir de nuevo. Se abrazaron y festejaron en silencio.

—Venga, vámonos, o te tomaré aquí mismo.

Se giró sobre sus talones sin esperar respuesta, asió a Alma de la

mano y comenzó a caminar a la par en dirección al vehículo. Alma sonreía. Cuando llegaron a la puerta del acompañante, Paulo destrabó con el comando, luego tomó la manija y la abrió cortésmente. Ella entró al automóvil, él cerró y dio la vuelta para subir. Cuando lo hubo hecho, puso la llave en el encendido, giró la cabeza y se quedó mirando a Alma. Ella estaba absorta arreglando su maquillaje, había sacado el lápiz labial y estaba corrigiendo lo que el beso había borrado. Lo vio con su visión periférica y se giró.

—¿Qué? —dijo Alma intrigada—. ¿Pasa algo?

—Nada, nada, es que aún no puedo creer lo bella que eres. Te ves tan hermosa y, a la vez, tan frágil.

—Si hay algo que no soy, Paulo, es frágil —aseguró mientras recordaba cuando unas horas atrás había hablado con sus amigas mostrándose de esa forma. En ese momento, decidió que no volvería a sentirse vulnerable, lucharía por todo lo que valiera la pena. Paulo definitivamente lo era—. Aún no conocés mucho de mi vida, pero puedo asegurarte que he vivido situaciones fuertes, y acá me ves, enterita. Así que *frágil* no soy. Lo de hermosa lo dejo por tu cuenta, de verdad me siento la misma que iba flotando en el agua cuando me salvaste —sostuvo Alma con una sonrisa.

—Cuéntame, pequeña. Dime qué cosas te han pasado en la vida, tan duras. Mientras conduzco, me cuentas, así nos seguimos conociendo, ¿vale?

El automóvil comenzó la marcha y, en ese momento, Alma empezó su relato.

—Dale. Una de las cosas más difíciles que debí enfrentar fue la enfermedad de mi madre. Se enteró de que tenía un cáncer de páncreas cuando ya no había mucho por hacer. Le hicieron una quimio bastante fuerte, pero no lograron ayudarla con eso. Mi papá y nosotras decidimos, luego de meses de descomposturas y de que se sintiera terriblemente mal, que si no había forma de darle una cura, al menos que tuviera calidad de vida el tiempo que le quedara. Aunque estuviéramos todos devastados por dejarla ir, sentíamos su dolor, lo sufríamos con ella. Y ella sufría más por hacernos ver su dolor. Yo abandoné la facultad. Estaba estudiando Letras, una carrera hermosa que había elegido siguiendo el consejo de mi mamá. Ahí conocí a Pato y a Amanda. Ellas continuaron y se recibieron. Yo dejé en ese momento. Me dediqué a cuidar a mi mamá hasta su muerte. Fue un tiempo no muy largo, pero estuve muy cerca de ella. Se sentía culpable por ocupar mi vida, por haber tenido que dejar mi carrera. ¿Pero cómo no iba a hacerlo? Era mi madre, hubiese dado todo por salvarla, por cambiar lugar con ella. —La voz de Alma se quebró casi

imperceptiblemente—. Su muerte, si bien significó un alivio para su cuerpo destrozado, fue terrible para nosotros. Ella estaba preparada para irse, había luchado demasiado, estaba muy cansada —continuó Alma, cómoda ante el silencio atento de Paulo. Él hacía gestos afirmativos con la cabeza, como para indicarle a Alma que estaba escuchando y que entendía de lo que estaba hablando—. Fue terrible ver desaparecer a la madre que fue, a la mujer luchadora que siempre supo ser. Solo quería que tuviera paz, y cuando se fue, a pesar del dolor, sentí algo de alivio por ella. —La voz se quebró nuevamente. Paulo apoyó su mano sobre la de ella.

—No te angusties, Alma, me gusta saber de ti, pero no quiero entristecerte.

—No te preocupes, hablarlo no me hace mal, solo me conmueve. Te decía que aún recuerdo los días posteriores a su muerte como una gran nebulosa. Recuerdo a mis amigas haciéndome el aguante, hablándome, queriéndome sacar de mi mutismo y mi encierro. Mi papá se asustó tanto que me llevó a un psiquiatra. Debieron medicarme para sacarme del estado de depresión profunda en el que había caído. —Esa parte de la historia no la hacía sentirse cómoda, no quería verse como una «loca». Pero Paulo merecía saber todo si quería conocerla verdaderamente—. A la par comencé una terapia con una psicóloga. Una mujer increíble que me supo llevar. De hecho, aún la veo, no tan seguido como en aquella época. Mi papá, cuando me vio algo mejor, me propuso hacer un viaje a su tierra. Mi hermana tenía a Lola muy pequeña y no pudo viajar con nosotros. Mis abuelos paternos ya no se animaban a subir a un avión. Así que nos fuimos los dos solitos. Viajamos a Motrico, el pueblo donde nacieron mis abuelos y donde aún hay familia. Es un pueblo con puerto, con playa. Una aldea marítima. Hermoso lugar. La familia que nos esperaba ya sabía, por mis abuelos, lo que nos había pasado. Primos y primas de mi padre, con sus hijos e hijas de mi edad, se fueron turnando para recibirnos en sus casas y sacarnos a conocer los alrededores. Me enamoré del País Vasco. Es un lugar hermoso, su cultura, sus bailes, su idioma, sus comidas, todo. Ahí volví lentamente a ser yo, la Alma que todos recordaban. Volví a sonreír. —Alma se quedó pensativa unos segundos, Paulo comenzaba a subir a la autopista La Plata-Buenos Aires. Ante el silencio repentino de Alma, giró la cabeza y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—No, nada. Es que cuando te dije esa última frase, me vino a la mente una imagen muy clara del momento exacto en que volví a sonreír. Es extraño, uno, cuando lo dice, es de manera metafórica, pero justamente no fue ese el caso. Recuerdo exactamente dónde

estaba parada, recuerdo que mi padre me había llevado a ver la playa de Saturrarán, en Motrico. Era el lugar en el que habían estado durante su luna de miel él y mi mamá. Y recuerdo haber visto Saturraran Zahar, un bello y singular caserío del siglo XVIII que está sobre la playa y que mi madre me había descripto tantas veces en sus historias. La sentí tan cerca en ese momento, y entendí que si bien no estaba físicamente, estaba cerca su alma, su esencia. La sentí realmente ahí. Y sin pensarlo, sonreí. No lo había recordado hasta ahora. Qué raro es el cerebro, ¿no? Había guardado ese recuerdo, como archivado.

—Imagino, pequeña, el dolor que debe de haber sido para ti ver apagarse a tu madre lentamente. Yo no sufrí la pérdida de mi padre, puesto que falleció cuando yo aún estaba en el vientre de mi madre. Pero si tuviera que enfrentar la muerte o la posible muerte de mi madre, de verdad que no estoy preparado para eso. Sé que es una ley natural, pero no sé cómo voy a enfrentarlo cuando ocurra.

—¿Vamos a Capital? —preguntó Alma prestando atención nuevamente al camino.

—Sí, hablé con mis primos y me aconsejaron ir allí, me dicen que con este tema de la inundación hay muchos restaurantes buenos que no están disponibles. Pensé en ir a un lugar lindo que ellos me aconsejaron.

—Ah, tenés razón, no lo había pensado. Volviendo al tema —Alma trató de ser cauta ante lo que iba a decir—, Paulo, lo vas a enfrentar con dolor, seguramente, con mucho dolor, pero vas a salir adelante. Cada uno tiene sus tiempos y sus modos propios, algunos necesitamos más o menos ayuda. Pero todos pasamos por ese momento odioso —aseguró Alma con una sonrisa triste.

—Lo sé, lo único que espero, pequeña, es que ese momento esté muy lejos aún. No quiero perderla, mi madre es la columna de mi vida. Tal vez te parezca tonto que un adulto considere que su madre aún ocupe un lugar tan importante, pero si yo llegué a nacer es porque ella tuvo el coraje de escapar de una muerte segura. Me hizo el hombre que soy, y no es de esas mujeres que esperan que sus hijos le den fidelidad absoluta toda la vida, que estén detrás de sus faldas. Mi madre es un ser increíble, que sigue buscando a una mujer que me haga feliz, que le dé nietos, es… —Se quedó pensativo y luego volvió a la realidad—. Creo que mejor callo, puede que pienses que soy un tío con el complejo de Edipo no resuelto —dijo riendo—, pero puedo asegurarte que mi relación con ella es absolutamente normal.

—Me encanta escucharte hablar así de ella, Paulo. Ojalá algún día un hijo mío hable así de mí. Es un orgullo. Que un hijo te vea de ese

modo es que hiciste bien las cosas en la vida. No seas tonto, nadie podría creer esas bobadas.

—Pues espero que así sea —contestó recordando las frases recriminatorias de María de los Ángeles, en las que lo acusaba de inmaduro, de nene de mamá—. Y dime, ¿has debido enfrentar otras cosas dolorosas? Porque cuando empezaste dijiste que eran varias.

—Mmm, directo al punto, Paulo. Bueno, a veces dicen que es mejor enfrentar todo de un tirón, como cuando sacás una *curita*. Tal vez no sea buena charla para una primera salida a cenar, pero es mejor que me conozcas de una —afirmó Alma poniéndose nuevamente seria—. Después de lo de mi mamá, empecé a trabajar con el vidrio. La psicóloga me indicó que hiciera un trabajo manual para mejorar mi día a día. La depresión me tuvo mucho tiempo aislada y sin hacer otra cosa que pensar. Así que realizar una tarea manual, donde el cerebro parece descansar, fue muy placentero. Ahí empecé con la vitrofusión. Me apasionó. Y lo convertí en mi modo de vida. Un día, después de mucho insistirme mis amigas, fui con ellas a bailar. Conocí a un chico, empezamos a salir y teníamos planes de futuro juntos. Él era del sur, había ido a La Plata a estudiar Ingeniería. Tenía organizado que, cuando terminara de estudiar, volvería a su pueblo, se instalaría y, luego de conseguir un buen trabajo, me iba a mandar pasaje y yo me iría con él. Todo organizado. Hasta que algo nos sacó de sus planes y me hizo conocer la verdadera naturaleza de su ser.

—¿Qué pasó? —preguntó intrigado Paulo.

—Quedé embarazada —dijo Alma sin preámbulos. Nunca se había sentido tan cómoda al contar todo lo que había vivido. Era como cuando estaba con su psicóloga, hablaba de manera objetiva lo que le había pasado, sin buscar subjetividades. Paulo giró su rostro, asombrado. La miró en silencio—. Sí, embarazada. Los planes de Mariano se fueron al tacho. Evidentemente, no me conocía bien, o creyó conocerme, no sé. Me propuso hacerme un aborto, que buscaríamos otro bebé cuando hubiéramos cumplido con *su* plan de vida. En ese momento, se me volvió a romper el corazón en mil pedazos. —Los ojos de Alma se pusieron brillosos, las lágrimas amenazaban con caer.

—Madre santa, dime, ¿qué sucedió? Digo, si te hace daño recordar, cambiamos de tema, pero mira que soy gilipollas, te vengo a hacer recordar todo esto en nuestra primera cita. No quiero que te entristezcas, belleza —se disculpó con gesto compungido.

—No, no hay drama, Paulo. Es que contar esto me moviliza, pero estoy bien, es mejor que sepas esto de mí, porque esto es lo que soy,

consecuencia de estas cosas.

—En verdad, estoy removiendo cosas de tu pasado que pueden hacerte sentir mal, dejemos estos temas, ¿vale? No quiero empañar nuestra cita, no quiero que te sientas incómoda —dijo a la vez que le tomaba una mano a Alma. El calor Paulo le dio más fuerza para seguir.

—Paulo, de verdad que, si no me sintiera cómoda hablando de esto, no lo haría. Son temas que solamente he hablado con mi psicóloga, mis amigas y mi hermana. Mi papá sabe lo básico, pero nunca quise darle demasiada información. Mis abuelos tampoco saben mucho —detalló Alma con la vista algo nublada pero determinada—. Cuando él me propuso eso, lo eché de mi vida, le pedí que me dejara sola y me hice cargo de la situación. Sola.

—Pero acaso… —articuló Paulo, confundido.

—No, nunca nació. A pocos meses de saber del embarazo, lo perdí. Tuve un aborto espontáneo. Ese fue uno de los dolores más grandes de los que he debido reponerme —terminó Alma al momento en que caía una lágrima por su mejilla derecha. Se limpió y tomó aire por la nariz, tratando de no caer en el llanto que le anudaba la garganta.

—Me has dejado sin palabras, de verdad que eres una mujer muy fuerte. Has vivido situaciones muy duras, y estás aquí, entera. Me causas admiración —expresó apretando de nuevo la mano de Alma.

—No sé, creo que simplemente sobreviví. Mi familia y mis amigas fueron el sostén en ese tiempo, y hoy siguen sintiéndose responsables de mí. Pero bueno, uno va haciéndose más fuerte con cada día que pasa.

—¿Y cuánto tiempo ha transcurrido de esto que me cuentas?

—Tres años. Tres largos años. —Y dejó la mirada perdida en la autopista. Ya estaba, ya había dicho todo lo que más la había marcado en su vida. No había sido terrible, sí duro, pero se sentía aliviada. Tragó la tristeza que sentía en el pecho. Necesitaba escucharlo a él, quería conocerlo. Volvió el rostro hacia Paulo, decidida—. ¿Y vos? Bueno, yo ya te conté lo más duro que tuve que enfrentar en mi vida, ahora quiero saber de vos, ¿qué fue lo más difícil que enfrentaste?

—Bien, veamos. Creo que la falta de mi padre y las circunstancias en que se produjo esa ausencia fueron bastantes fuertes, aunque mi madre siempre tuvo la misión de hacerme sentirlo cerca. Cada noche me contaba una aventura en la que mi padre era protagonista. Al mejor estilo Robin Hood. Me mostraba las pocas fotos de él que pudo salvar, su reloj, que es este que ves en mi muñeca, y lo hacía presente con sus relatos.

—Uyyyy, ese reloj de tu papá estuvo bajo el agua, ¿no? —preguntó

Alma apenada.

—Así es, pero de todos modos hacía rato que no andaba bien, es muy viejo y nunca fue de buena calidad. Lo uso más como recuerdo que como reloj.

—Sí, entiendo.

—Pues bien, me crie con mi madre y toda su familia madrileña. Se encargaron de ella y de mí en cuanto llegamos a Madrid. Mi abuelo y mi tío fueron mis referentes. Con ellos crecí, aprendí y evacué todas mis preguntas de adolescente. La pérdida de mi abuelo hace unos años fue terrible, por eso entiendo lo que tú sentiste al perder a tu madre. Mi abuelo era ya muy mayor, así que era natural que se me fuera, pero nada nos prepara para ese momento. Mejor dicho, nada nos prepara para el después de ese momento. Yo comencé a extrañarlo tanto. Los días posteriores, su ausencia se notaba en las situaciones cotidianas, y allí me sentía muy mal.

—Es así, tal cual, yo la extrañé en el momento en que se fue, pero sobre todo cuando preparaba el mate, o a la hora de la merienda, que era cuando ella preparaba el café con leche para todos.

—Además de esa situación, he tenido la suerte de no vivir muchas tristezas. Luego, por mi profesión, he vivido peligros, pero no somos nosotros los que las sufrimos, sino nuestras familias las que padecen estas situaciones, hasta que nos vuelven a ver sanos y salvos. He estado en varias guerras, en varios atentados, en Congo con su revolución constante, en Colombia, en su situación de guerrillas. Nunca tuve demasiado temor, tal vez soy un inconsciente, pero esa es la realidad.

—Entiendo. ¿Y mujeres? Digo, me imagino que tuviste muchas, ¿pero alguna muy importante?

—*Touché*, o como tú dices, pequeña, directo al punto. Pues verás. —Paulo sintió un escalofrío que comenzó a recorrerle toda la espalda, ahí estaba el temido tema. ¿Debía ser sincero o mentirle? Quería tener una oportunidad con ella, si decía la verdad, la perdía. Tampoco quería mentir, una verdad a medias era la mejor opción—. Estuve en una relación seria, creo que la única en mi vida. Tuve muchas mujeres, una adolescencia con bastantes ligues, y la disfruté al máximo. Luego apareció María de los Ángeles. Si bien nunca estuve plenamente enamorado de ella, su forma de ser y su independencia me dieron justo lo que necesitaba. Salimos unos cuantos años, estuvimos a punto de irnos a vivir juntos.

—Epa, eso es bien serio, ¿y qué pasó?, ¿hace mucho que cortaron? —preguntó, bastante interesada, Alma.

—Pues pasó que me puse a analizar si realmente la amaba o si

estaba con ella por rutina. Y me di cuenta de que no había un sentimiento que me uniera a ella. Quiero decir, pasión física nunca nos faltó, siempre tuvimos nuestra cuota de salvajismo. Pero eso a veces no alcanza, debe sostenerse con sentimientos muy fuertes fuera de la cama, y a mí me faltaban. La sentía como una amiga, sin celos si alguien la miraba, no me ponía mal si ella por su trabajo no podía venir a verme, incluso por momentos se sentía como un alivio. —A medida que Paulo hacía el resumen de sus sentimientos para con María, iba haciendo una lista para él mismo. Todas aquellas cosas no había sabido verbalizarlas, pero estaban en su subconsciente—. Cortamos antes de que yo viniera a Argentina, debo serte honesto.

El rostro de Alma reflejó sorpresa. Ella no esperaba que se tratase de una ruptura tan cercana. Paulo no tenía las cosas claras entonces, y ella podía salir lastimada. Una alarma interna empezó a sonar en su interior.

—¿Antes de venir? Entonces es muy reciente, Paulo. ¿Qué…? ¿Estás seguro de lo que estamos haciendo? Yo te pido, Paulo…

—Shhhhh, pequeña… —Paulo volvió a asirla a la vez que hablaba e intentaba tranquilizarla—. No soy un adolescente, no soy el tipo de jovenzuelo sin experiencia que cree que un clavo saca otro clavo. Si estoy aquí, contigo, es porque estoy dándome una oportunidad. Yo esperaba pasar un tiempo solo, analizar mi ruptura, pero desde el momento en que te vi, no he vuelto a pensar en María de los Ángeles, en si hice bien o no. Estoy seguro de que esto es lo correcto. —Apretó la mano de Alma con firmeza—. Nada podrá alejarme de ti, belleza. Eres un imán al que me veo obligado a pegarme.

—¿Estás seguro, Paulo? No quiero que ninguno salga lastimado de esto, ninguno de nosotros, pero tampoco quiero ser quien lastime a… ¿María de los Ángeles dijiste?

—Eso no ocurrirá —mintió Paulo, sabiendo que sus palabras eran un bálsamo de alivio para Alma, pero eran su sentencia—. Todo está claro con ella. Y el destino te puso en mi camino. «A la ocasión la pintan calva», dice el dicho, pero sabemos que tiene un único cabello, yo me estoy tomando de ese para tenerte conmigo. —En ese momento tuvo que detener el automóvil al llegar al segundo peaje. Aprovechó el momento y le dio un beso en los labios a Alma—. Vuelve a componer tu maquillaje, pequeña, aunque te aviso que voy a estar desarreglándolo toda la noche —advirtió, y luego rio abiertamente.

Alma aún no se reponía del todo de la noticia. Se sentía un poco atemorizada de que esa ruptura hubiese ocurrido tan poco tiempo atrás. «El hecho de que lo esté blanqueando es un punto a favor de Paulo», razonó. Paulo pagó el peaje y siguió el camino. Alma arregló

su labial y luego volvieron a conversar.

—Si no te molesta hablar de María de los Ángeles, ¿cuál es su profesión? ¿Cómo es ella?

—Para nada, pero no creo que sea apropiado hablar de mi exnovia en nuestra primera cita. Pero si te deja más tranquila, te doy los datos que necesites y, a cambio, voy a pedir la misma información —advirtió con cara de pícaro.

—Trato hecho. Vos me contás y yo te cuento —concordó Alma sonriendo.

—Bien, si es así, ahí va. María de los Ángeles es directora de cine y da clases en la Universidad donde se dicta esa carrera. Estuvimos saliendo bastante tiempo, pero cada uno estaba muy comprometido con su profesión. Nunca tuvo reparos en que yo viajara por el mundo, porque mi trabajo siempre me obligó a hacerlo. Y el de ella no le permitió acompañarme. Es muy independiente. Es una buena mujer. —Alma comenzó a sentir en el estómago una puntada, los celos, como si hablar de María de los Ángeles la lastimara—.Tuvimos una buena relación, sin demasiados problemas. De todos modos, siempre fue bastante controladora, quería estar en contacto todo el tiempo y era bastante celosa. Mi madre tuvo una buena relación con ella, aunque según su astrología no tuvimos nunca buen futuro. Y de hecho tuvo razón. —Paulo trató a derivar la conversación a un tema en el que se sentía más seguro y donde no tuviera que mentir—. Sabes, mi madre es una especialista en astrología y te diré que casi rige su vida, para ella hay datos importantes que uno no debería dejar de considerar y que tienen que ver con la posición exacta que los planetas tuvieron en el minuto en el que se nace.

—¿En serio? No te puedo creer. Me apasiona el tema de la astrología, pero nunca me hice una carta natal. Es algo que me interesó siempre. Es tal cual, yo creo que hay cuestiones de la personalidad y de la manera que uno va a reaccionar frente a la vida, y tienen que ver con los planetas. Yo soy sagitario en el horóscopo occidental y soy casi un calco de lo que dicen los libros: optimista, trabajadora, independiente, libre. ¿Cuándo es tu cumple? El mío es el 25 de noviembre.

—Pues si lo que quieres es desinteresarme, no lo logras, lo que escucho me gusta. Además, puedo tener a dos locas por la astrología en mi vida perfectamente. —Rio—. Me intrigas. Eres un misterio a resolver. Pues verás, yo soy escorpio, de la noche de brujas, 31 de octubre. Y según mi madre soy valiente, duro, fuerte, determinado, constante, pero a la vez soy obstinado y me pongo metas difíciles de alcanzar. Creo que en algunas características tiene razón.

—Qué interesante, ¿en cuáles, por ejemplo? —preguntó Alma sonriendo, dejando de ver hacia el camino.

—Pues en que me pongo metas muy altas, pero también que soy tan determinado y decidido que siempre logro lo que quiero —respondió, rápidamente, Paulo con una sonrisa sexi que le hacía poner los labios un tanto de costado.

—Epa, más interesante aún, ¿y siempre logra lo que quiere, señor Girat?

—Siempre, señorita Recabarren, usted no será lo primero que no se acomode a esa regla —aseguró a la vez que volvía a apoyar su mano sobre la de ella, que descansaba sobre su rodilla.

—Se lo ve muy determinado, pero debo advertirle, señor Girat, no soy de las chicas fáciles a las que debe de estar acostumbrado.

—Lo sé, y eso es precisamente lo que me gusta de usted, señorita Recabarren. —Los dos comenzaron a reír. Paulo ya estaba bajando de la autopista y tomando por la Avenida Huergo. El GPS que le había prestado su primo Germán le indicaba el camino, estaban en Capital Federal. Se cortó un poco la charla, puesto que ambos estaban atentos a las indicaciones. Puerto Madero parecía una postal. Las luces, la gente, los locales, todo ayudaba a dar la imagen perfecta.

Llegaron al restaurant rápidamente, se llamaba Puerto Cristal. Un hermoso lugar a orillas del río, a escasos metros de la Fragata Sarmiento, el Puente de la Mujer y la Avenida Belgrano. Paulo se bajó y le entregó las llaves al acomodador del estacionamiento. Se acercó a Alma y la tomó de la cintura. Antes de dar un paso, la besó en los labios con suavidad, para que no tuviera que retocar el maquillaje.

—Demasiado tiempo sin sentir su sabor, señorita Recabarren. Lo dicho: es un imán y yo no puedo alejarme.

—Se lo repito, nadie le pidió que se alejara, señor Girat —respondió Alma con mucha seguridad.

Caminaron hacia la puerta del restaurant y entraron de la mano. Paulo pidió una buena ubicación. Los acomodaron en una mesa muy acogedora, bastante privada, que tenía una vista magnífica al río. Paulo ayudó a Alma a quitarse su abrigo; al momento de bajarlo, aprovechó para acariciar el triangulito de piel que le quedaba expuesto en el hombro. Un escalofrío la recorrió al tacto. Se sentaron uno enfrente del otro. Paulo eligió un vino Rutini Merlot 2005, puesto que le gustaba beberlo cada vez que iba a Argentina. Alma pidió, además, agua mineral sin gas. Ambos se concentraron en la carta del menú. Ella se decidió por un salmón rosado a la crema de almendras acompañado con una terrina de vegetales. Paulo, por su lado, pidió un ojo de bife con papas en cubo y mayonesa de rúcula. Mientras

esperaban los platos, retomaron la charla.

—Bien, pequeña, ahora me cuentas tú. Dime cómo conociste a tu ex.

—Veamos. Mariano, así se llama, como ya te dije, vino de Comodoro Rivadavia para estudiar Ingeniería. Comenzó la carrera y, en su cuarto año, nos conocimos. Fuimos a bailar al mismo boliche una noche de mayo y nos gustamos al instante. Estuvimos de novios durante tres años. Creí que lo conocía más de lo que en realidad lo hacía, o tal vez lo sabía y no quería admitirlo. Su familia era muy autoritaria, él jamás pudo ponerles un límite. Le armaron una vida a futuro, le prometieron un empleo bastante importante cuando se recibiera, y esa fue su meta. Yo me crucé en su camino de manera inesperada. Creo que lo desestabilicé bastante, porque, según mis amigas, él se sentía muy inseguro y con miedo de perderme, y se encargó de trabajarme la autoestima y bajarla todo lo posible. —Paulo la miró con cara interrogante—. Sí, como te lo digo. Lentamente, muy de a poco, fue diciéndome frases que fueron horadando mi seguridad, él era el que me hacía el favor de seguir conmigo.

—Pero, cómo… No puedo creer que me estés hablando de ti, no puedes ser esa persona.

El mozo se acercó y trajo la bebida. Ambos se quedaron en silencio viendo la maestría del hombre en abrir la botella del Merlot. Sirvió la copa de Paulo, apenas un dedo, y esperó que lo degustara. Paulo hizo lo propio y luego, un gesto afirmativo con la cabeza.

—Exquisito, sírvale a la señorita, por favor —ordenó Paulo con una sonrisa en los labios. El hombre lo hizo. Tomó la botella de agua mineral y escanció bastante en la segunda copa de cada comensal. Los miró, anunció que en unos minutos traería sus platos y preguntó si necesitaban algo más, ya que estaba a su disposición. Paulo y Alma hicieron gestos negativos con las cabezas, el mozo entonces comenzó su movimiento, solicitó permiso y se retiró.

—Cuando habla así, señor Girat, parece extraído de una novela histórica. Eso me gusta.

—Imagino que, para una romántica como tú, debe ser difícil encontrar en este mundo frío un Don Quijote con corazón ardiente. Pero tranquila, mi hermosa Dulcinea, he dejado mi reluciente armadura escondida en un baúl hechizado y, aun así, sigo siendo un caballero.

Alma hizo un gesto con su cabeza, como otorgándole la razón.

—Entonces, caballero de la armadura que no está oxidada, le voy a solicitar cambiar la temática que ronda nuestra charla. No me es grato recordar al hombre que lastimó este corazón que se ha olvidado de

latir —dijo Alma con un modo afectado, exagerando los gestos, actuando como las doncellas de los libros de caballeros medievales. Se tocó el pecho para continuar con su broma y sintió lo fuerte que estaba latiendo, tal vez por la cercanía de Paulo o su perfume, que la inquietaba terriblemente.

—Ese corazón, mi hermosa dama, será mi recompensa. Lucharé por él contra los dragones más temibles y ganaré la reyerta más encarnizada con los caballeros oscuros que osen acercarse a vuestra merced, *my lady*. —Paulo tomó la mano de Alma por encima de las copas y la acercó a sus labios, apenas el dorso de la mano y ambos sintieron un estremecimiento leve.

—Eso espero, *my lord*. Espero que su magia sane este corazón —dijo Alma bajando la vista de manera recatada, como las doncellas.

—Así será, *my lady*. —El mozo llegó con sus platos de comida. Alma estaba por empezar a comer cuando Paulo levantó su copa de vino y la miró a los ojos—. Si me lo permites, mi bella dama, voy a hacer un brindis. —Alma tomó la suya y la llevó a la altura de la de Paulo, la acercó lo suficiente como para chocarla cuando terminara de expresarse y esbozó una sonrisa—. Primero, por el imbécil que ha tenido la feliz idea de alejarse de ti, dejándome el camino libre para ganar el trofeo; y en segundo lugar, porque he tenido la suerte de que el agua te trajera a mis brazos, y espero tener el honor de borrarte esa mala imagen que tienes de los hombres. Brindo por ti, belleza, y por mí, y por el encuentro de dos almas. —Intentó chocar la copa con la de Alma, pero ella la corrió suavemente y tomó, a su vez, la voz cantante.

—Yo también quiero brindar, mi caballero, porque cuando creí que mi vida terminaba, cuando finalmente me di por vencida, Dios, mi madre y todos mis seres queridos te pusieron en mi camino, y no solo para salvarme físicamente. Mis ojos ven todo con otra perspectiva, con ojos de Adán. O, mejor dicho, de Eva. El tiempo es un hilo muy delgado y puede cortarse en cualquier momento. Y voy a aprovecharlo al máximo —aseguró Alma con decisión, lo miró directamente a los ojos y chocó la copa con la de Paulo. Ambos tomaron un sorbo de vino sin dejar de observarse.

—¡Dios bendito! Este vino es realmente exquisito, y nada mejor que beberlo con una princesa como tú.

—De verdad, es muy rico.

—¡Cómo me erotizan las mujeres argentinas con esa pronunciación tan particular que tenéis! —confesó Paulo con una sonrisa—. Esos sonidos tan específicos de vosotros y esa musicalidad.

—La verdad es que yo no me doy cuenta de mi musicalidad, pero

sí de la tuya.

—Exactamente de eso te hablo, ese sonido de la *y* que pronunciáis tan distinto. Me encanta, me seduce.

—Entonces dejame pensar más palabras que tengan esa letra así te vuelvo loco —arriesgó Alma riendo abiertamente.

—Te aclaro, mujer, que no necesitas hacer nada para seducirme, tu intento de no seducirme me seduce. —Paulo alargó su mano y tocó nuevamente el dorso de la de Alma.

—Bueno, bueno, no hablemos de seducir, porque hablar de seducir lo hace perder poder de seducción —dijo Alma guiñando un ojo y continuando con el juego de palabras—. Contame algo de vos. Por ejemplo, ¿cómo se llama tu mejor amigo? ¿Cuál es tu color preferido? ¿Cuál es tu lugar en el mundo? ¿Tu comida favorita? —Paulo sonrió y tragó un bocado de comida. Alma hizo silencio y se quedó mirándolo —. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Nada, mujer, es que me encanta tu curiosidad. Veamos… Borja, verde, Barcelona, la paella que hace mi madre.

—Ah, no, me respondés como si hicieras un formulario, dame historias, dame datos jugosos —repuso Alma con cara ansiosa.

—Ok. Borja es mi mejor amigo desde la escuela, juntos nos escapábamos de clases, juntos nos hemos ido de parranda y juntos hemos hecho las locuras más grandes. Es el único, por el momento, que sabe de ti —contó Paulo mirando provocativamente a Alma, ella levantó la vista de su plato, sorprendida.

—¿Sabe de mí? Pero ¿y cuándo tuviste tiempo de hablarle de mí? —Alma tenía una sonrisa dibujada en el rostro y, a la vez, asombrada.

—Pues esta mañana. He hablado con él por Skype y lo he puesto al tanto de lo que vivimos en la inundación y de ti. Está ansioso por conocer a la belleza argentina que me ha vuelto loco. —Tocó con su dedo índice el dorso de la mano derecha de Alma—. Pero te advierto que espero que no le des demasiado trato a Borja, que es un empedernido seductor.

—¿Siento una leve punzada de celos tal vez? —lo provocó Alma.

—Absolutamente. Has logrado que me sienta un cavernícola, de esos que se golpean el pecho con los puños y se llevan a su mujer de las mechas —siguió también riendo Paulo.

—Lejos de mí esa intención, macho alfa. Si hay algo que no me seduce, es un machista que cree que tiene que decidir por mí o que sabe lo quiero. —Alma puso cara de retarlo, aunque claramente estaban bromeando.

—Pues verás tú cómo lo manejas, me ha pedido que le envíe una foto tuya o al menos que le dé tus datos para buscarte por Facebook.

—Y ambos comenzaron a reír.

—Ni ahí, chiquito, no le das nada mío. La próxima vez que le hables me lo presentás y listo. Bien, ahora, ¿qué más era? Ahhh, sí, el color, verde dijiste, ¿por qué ese color?

—Pues el verde es un color que me gusta de toda la vida, el del mar, siempre me gustó el mar, de niño adoraba jugar en el agua. Mi madre pasaba horas gritando en la orilla hasta que salía hecho una uva pasa. Es el de la casa en la que me crie. Además, creo que definitivamente decidí que era mi color al ver tus ojos, que me seducen de un modo increíble. —Alma sonrió algo avergonzada, pero no bajó la vista—. ¿Y tu color favorito, hermosa?

—El mío es el azul, siempre que pienso en algo azul me da paz, me relaja.

—Buena elección. Mi lugar en el mundo es Barcelona porque ahí he pasado muchas vacaciones de niño, y eran épocas hermosas. De más grande he viajado bastante, pero siempre vuelvo a Barcelona porque amo su vida nocturna, sus lugares únicos para recorrer. Conozco tanto la ciudad que ya la considero como mi hogar.

—¿Tenés amigos o amigas allá?

—Sí, tengo varios amigos, algunas amigas y parte de la familia de mi madre vive aún ahí. Es una ciudad que no descansa, y eso me gusta.

—No conozco Barcelona, pero todos los que han ido hablan maravillas de ella, muero por conocerla.

—Pues, si me haces el honor, podría llevarte y hacerte conocer sus mejores lugares. Podríamos irnos de tapas, las noches de tapas de Barcelona son más que famosas.

—Podría ser. Pero, mi señor, apenas nos conocemos, ¿qué pretende usted de mí? —dijo Alma en un tono seductor e ingenuo.

—Pues nada más que llevarla por el mal camino, doncella, pero eso queda entre nosotros, no lo cuente a vuestro padre. —Ambos rieron—. Mi comida preferida es la paella que hace mi madre, puesto que le sale como los dioses, aunque la carne argentina se le acerca bastante. ¿Cuál es la tuya?

—Cualquier comida que hagan mis abuelas, son mis cocineras favoritas y ambas tienen buena mano. Pero lo que más me gusta son los pescados y mariscos. Me pierden.

—¿Ves que nada es casual? A ti te gustan los pescados, y a mí mis amigos me dicen que tengo cara de besugo.

Alma comenzó a reír ante la ocurrencia de Paulo, que era muy entretenido y divertido.

—Sos terrible, pará de hacerme reír que me va a doler la panza y

no voy a poder terminar la comida, y si hay algo que odio, es dejar comida en el plato.

—Pues espero que no lo hagas, porque detesto a las mujeres que comen una lechuga para no aparentar que lo hacen en demasía.

—Nada que ver, ya me vas a conocer, pero yo como en cualquier ocasión de manera normal, soy como lima nueva.

Paulo se quedó pensativo mientras interpretaba la metáfora y luego sonrió.

—Eres tan hermosa.

—Ay, caballero, que usted es muy galante, pero me hace sonrojar.

Siguieron haciendo bromas y terminando sus platos. Al momento de elegir postres, ambos optaron por opciones tentadoras:

—Yo voy a pedir un *brownie* tibio con helado de crema —señaló Alma en el menú.

—Para mí, *trifle* de mousse de chocolate, dulce de leche, crema catalana y mermeladas frutales. Ah, y, por favor, me traes para maridaje la copa de Malamado Malbec —indicó Paulo al mozo—. Ahora probarás, pequeña, un exquisito vino de postre. Soy el conductor designado, así que no puedo beberlo todo, deberás ayudarme.

—Señor Girat, si bebo de su copa, según mi nona, develaré sus secretos, ¿está dispuesto a que lo conozca tan profundamente? —respondió Alma, y en ese momento comenzó a sonar en la música funcional del lugar el tema de Reik, *Creo en ti*. Alma cerró los ojos para disfrutar los primeros acordes—. Qué hermosa canción.

—Choquemos nuestras copas. Estoy dispuesto a que conozcas mis más profundos secretos, belleza. —Paulo levantó la suya y volvieron a brindar. Alma comenzó a cantar el tema en voz baja mientras miraba a Paulo muy fijamente, con una sonrisa en los labios.

Alma cantaba la canción haciendo suya cada palabra. El cantante decía que todo lo que había debido padecer había valido la pena por haber encontrado a su amor. Paulo se encontraba obnubilado por la música y las declaraciones que ella hacía al interpretar la letra.

—Pequeña, juegas con fuego, estás encendiendo uno y luego deberás hacer algo al respecto.

Alma dejó de cantar, mientras escuchaban el estribillo, para responderle:

—Soy lo suficientemente grande para saber cómo manejar lo que genero, ¿no le parece? Siempre termino lo que empiezo. —Y luego retomó la letra, cantando muy bajito y con la vista clavada en Paulo.

—¡Dios! —atinó a decir Paulo—, pequeña, me vuelves loco. —Acercó su mano a la de Alma y, en ese momento, los interrumpió el

mozo que llegaba con los postres y puso cada uno delante de ellos—. Muchas gracias —dijo Paulo con una sonrisa, como un niño cuando ha sido sorprendido en una travesura. Alma tomó el tenedor y lo hincó en su postre, saboreó una porción generosa.

—Mmm, este *brownie* está increíble —apuntó Alma con los ojos en blanco y saboreando el bocado—. No, no, de verdad, tenés que probarlo, abrí. —Sin darle tiempo a decir algo, Alma acercó una cuchara repleta de helado, torta y nueces a los labios de Paulo. Este, sorprendido, no amagó a hacer otra cosa que abrir su boca y aceptar la prueba. Degustó y luego afirmó.

—Tienes razón, está muy bueno. ¿Lo que siento son nueces? Espero que no.

Alma cambió su rostro a uno de asustada, aspiró fuerte y se llevó una mano a la boca para taparla.

—¡Ay, Dios! No te pregunté nada, te metí la cuchara sin darte aviso, decime que no sos alérgico a nada, por favor.

—Quédate tranquila, pequeña, te he echado una broma, no soy alérgico, así que no corro ningún peligro. —Alma relajó el gesto—. Ahora es tu turno, me pruebas un trozo del *trifle* con un sorbo del Malamado. —Paulo tomó una porción pequeña de su postre y acercó el tenedor a la boca de Alma. Ella abrió los labios de manera muy seductora y tomó el bocado. Cerró los ojos para concentrarse en los sabores.

—Mmmm, exquisito.

—Toma un sorbo del vino. —Observó con detenimiento mientras Alma probaba la copa.

—Uyyy, qué buen maridaje, es exquisito el postre, pero con esta copa sube a la categoría de sublime —certificó Alma mientras volvía a cerrar los ojos para concentrar sus sentidos.

—Tal cual, pequeña, tú lo has dicho. Sublime. —Y Paulo aprovechó que ella tenía los ojos cerrados aún y pasó la punta de su dedo índice por el ángulo de su rostro. Una caricia suave. Alma abrió los ojos y sonrió.

—Señor Girat, no imaginaba que usted podía tener tan oscuros secretos —dijo Alma sonriendo. Paulo congeló su caricia. No entendió al momento su broma, creyó que algo había dejado al descubierto de su mentira sobre María de los Ángeles. Su rostro se turbó. Luego, en una fracción de segundo, comprendió la broma de Alma, que había bebido de su copa.

—*My lady*, es usted quien me traerá al lado de la luz nuevamente, vivo desde hace mucho en la oscuridad.

—Espero, caballero, dar con el camino correcto.

—Estoy seguro de que así será. Bueno, ahora me dices tú qué podemos hacer, eres la lugareña.

—Uy, sabés que acá en Capital soy de terror. No conozco nada. Si te parece volvamos a La Plata y podemos ir a tomar algo. Yo conozco algunos lugares lindos, pero acá en Capital voy muerta, no vengo nunca.

—*Okey*, entonces, cuando terminas, pido la cuenta y nos volvemos a La Plata. Allí serás mi guía. ¿Adonde tienes pensado llevarme…?, estoy a tu entera disposición.

—Mmm, eso es demasiado tentador, Paulo, tal vez decida secuestrarte y no dejarte ver el sol por mucho tiempo.

—Pues esa propuesta me seduce bastante a mí también. ¡Mozo! La cuenta, por favor. —Y bajó el tono, como hablando en secreto con Alma—: No sea cuestión de que te arrepientas, belleza, vámonos rápidamente.

—Cuando decido algo, caballero, no cambio de opinión tan fácil. —Alma miró con intención a Paulo.

Al momento de pagar, se produjo un desacuerdo. Alma quería aportar su parte de la cuenta, no aceptaba que Paulo abonara todo. Luego de discutir entre sonrisas, acordaron que esa vez invitaba Paulo y que la próxima salida iría a cargo de Alma. Solo así logró él convencerla. Paulo se levantó y ayudó a Alma. Ella se sentía como en una película antigua, donde los hombres eran caballeros, corrían las sillas de sus mujeres, ayudaban con los abrigos y abrían las puertas de los automóviles. Paulo parecía sacado de un filme en blanco y negro. Como era de esperarse, prestó su auxilio con el saco. Mientras ella ponía los brazos dentro y él lo subía, Paulo aprovechó para acercar su nariz al cabello de Alma. Lo olió profundamente. Una puntada de dolor lo atravesó cuando la erección volvió a comprimirle los genitales.

—Me estás matando, pequeña. Mi cuerpo no puede parar de reaccionar, no puedo mantener mis manos alejadas de ti.

—Nadie te está pidiendo que las saques o que te alejes, ¿no? —le respondió Alma al tiempo que lo tomaba de la mano y comenzaba ella a caminar entre las mesas para salir del restaurant. Los zapatos altos la obligaban a dar pasos lentos y cuidados. Siempre fue bastante torpe sin zapatos, pero con tacos tan altos las apuestas subían mucho. Caminar de ese modo la llevaba a menear más de lo normal sus curvas.

—Dios, creo que hoy moriré del corazón —suspiró al momento de empezar a caminar detrás de ella.

—Conozco unos ejercicios cardíacos que te podrían revivir, Paulo,

estoy segura de que nos vamos a divertir bastante practicando. —Alma se volteaba para hablarle, lo miraba y luego giraba de nuevo para ver por dónde continuar.

Cuando salieron al fresco de la noche, Paulo la tomó por la cintura y la giró, la abrazó muy decididamente y empezó a besarla con avidez. El beso se inició de una manera inesperada, pero la reacción no se hizo esperar. Paulo recorría el interior de la boca de Alma con su lengua, la de Alma se dedicó a acariciar con timidez a la de Paulo, y ambas emprendieron una sincronizada danza de caricias. El cuerpo de él se acercó más y más al de ella, la sostenía con fuerza, la acariciaba con la mano derecha mientras la mantenía aferrada con la izquierda. Le tocaba el cabello, luego viajaba por el maxilar, el cuello, el hombro, bajaba por el costado del pecho hacia la cintura. El cuerpo de Alma reaccionaba a cada caricia. Los pezones se endurecieron al instante y comenzaron a marcarse en la tela del vestido. La erección de Paulo se clavaba en la parte superior del abdomen de Alma. Los jadeos de ambos sonorizaban la espera del automóvil. El acomodador llegó con el vehículo, se puso a la par de la pareja y bajó en silencio. Paulo dejó, casi con fastidio, a Alma, lo miró y agradeció con una propina. Abrió la puerta de su dama y la hizo subir. Al momento de cerrar, se acercó un poco.

—Pequeña, pequeña, en este momento estoy decidiendo que soy yo quien te va a raptar y te va a llevar directamente a mi escondite.

—Caballero, déjeme recuperar el aliento y podré responder a su propuesta. —Se acomodó el cabello algo revuelto mientras Paulo daba la vuelta y entraba. Alma continuó—: Debería negarme, ¿qué pensarás de mí si voy con vos en nuestra primera cita? —dijo Alma, aprovechando la broma, pero lo preguntaba de verdad.

—Pequeña, no puedo pensar, solo sentir. —Dio arranque al motor. Puso su mano sobre la rodilla de Alma. Comenzó a realizar pequeñas caricias sobre el muslo y a subir con lentitud. Alma sintió una necesidad extrema de que siguiera tocándola. Iniciaron una charla sobre música, algo que distendiera la tensión sexual que había en la cabina del automóvil.

—Así que tu gusto por la música es bastante amplio —dio por cierto Alma.

—Pues, no sé si amplio, pero te explico que me gustan grupos y cantantes heterogéneos. En realidad, escucho mucho las letras, y eso es lo que me acerca o me aleja de cada intérprete. Me gusta el jazz, el blues, el pop, algo de rock. Me gusta la música en inglés y en español. Lo maravilloso de la internet es que tienes acceso a toda en un clic, así que semana a semana descubro nuevos temas e intérpretes. Algunos

cantantes ingleses, italianos, hay una alemana que me parece excelente.

—¿Alemana? No me hubiese imaginado que pudiese gustar una canción en alemán, es un idioma que suena más duro y frío. Cuando puedas, dejame escucharla, quiero tener una idea.

—Pues creo que es tu día de suerte, pequeña, tengo algunos temas de Christina Stürmer, deSilbermond, y otros de Samuel Anthes en el *pen* que está conectado al equipo del vehículo. Déjame buscar. —Tocó el estéreo, buscando las carpetas de música. Encontró una y comenzó a sonar una melodía de guitarra y una voz de hombre muy suave—. Este es Samuel, tiene una voz algo entristecida, llega muy profundo. Espera que busco a Christina; para empezar en el pop alemán, te encantará.

—Dale. Estoy en un momento bastante pop de mi vida. Escucho Axel Ubago, David Bisbal… —Alma se quedó en silencio—. ¿Sabés algo curioso? Estoy recordando que unos minutos antes de que me tirara la corriente, venía escuchando a David Bisbal. Mi celular se ahogó en medio de una canción de él.

—No puedo creerte, qué casualidad, un español te canta al oído, el agua te arrastra y otro español te empieza a gritar con una voz de cuervo terrible. —Ambos se pusieron a reír—. ¿Recuerdas qué canción era?

—Obvio, era *Hasta el final*. Qué oportuno, ¿no? —Volvieron a reír —. Mi mamá decía que nada pasaba porque sí, que no existen las casualidades, solo hay causalidades.

—Concuerdo con tu madre. Creo que es una hermosa canción y que algún mensaje se ha cifrado en su letra para ti.

—¿Vos decís? Mañana me pongo a *googlear* la letra y la analizo. —En ese momento comenzó a sonar una canción con una melodía atractiva, un tono femenino entonaba sílabas difíciles de pronunciar, pero que se escuchaban hermosas—. Qué buena voz, es genial. ¿Y la letra? ¿Sabés qué dice?

—Esta no es Christina, es Silbermond. Se llama *Symphonie*, es algo así como una pareja que llegó al final del amor, ella se percata de que no siente lo mismo, que no hablan el mismo idioma, que dejaron atrás esa conexión especial que los unió, y ahora deben despedirse en medio de la lluvia.

—Triste, pero me encanta, tiene una dulzura al cantar… Creo que a partir de hoy seré una fan del pop alemán. Dejá esta música, quiero escuchar más.

—Sabía que te gustarían, lentamente te voy conociendo, pequeña. ¿Y escritores? ¿Cuáles son tus autores preferidos?

—Ufff, ¿tenés un ratito? No me alcanzaría el resto de la noche. —Alma rio—. Tengo muchísimos, no puedo decir uno solo. Borges y Cortázar fueron siempre los clásicos, Florencia Bonelli últimamente me está volviendo loca. Me han gustado autores clásicos, como Shakespeare, Jane Austen, Conan Doyle, Emily Brontë, Baudelaire, Verne. Uyyy, no sé, son demasiados —respondió Alma, pensativa, como haciendo un catálogo.

—Tienes un listado grande y heterogéneo, me gustan muchos de los que has mencionado. Ahora estoy leyendo *Ensayo sobre la Ceguera*, de José Saramago. No es un estreno, pero no lo había leído y una amiga me lo recomendó, ¿lo conoces?

—Sí, por Dios, qué libro fantástico. Sorprendente cómo el hombre, fuera de su ámbito de civilización habitual, puede volver al estado salvaje, cómo se pierden los límites y cómo se desdibuja la ética y la moral. Me recordó mucho al libro *El señor de las moscas*, de Golding, de posguerra. Una historia similar en lo alegórica y en mostrar la decadencia del ser humano cuando las pautas de la civilización desdibujan sus límites y el retroceso que se produce.

Paulo aseguró no haberlo leído, pero lo imaginó interesante, como era para él Saramago. Alma confirmó que era un gran libro y le recomendó leerlo. Le adelantó que se trataba de un grupo de niños de un colegio de clase alta que viajan en avión con docentes, que hay una catástrofe aérea donde solo sobreviven, casualmente, los niños y todos los adultos mueren. Cómo se organiza la sociedad en la isla, los tipos sociales que se muestran y otros detalles.

—Bueno, es muy largo, si me das cuerda arranco y no paro. —Rio Alma—.Me gustó mucho, lo leí en la facultad. Y cuando leí el de Saramago, me lo recordó bastante.

El camino de regreso pareció mucho más largo que el de ida. Estaban tan ansiosos por llegar. Paulo, medio en broma y medio en serio, se quejó de la extensión de la autovía. Alma le sugirió tranquilidad y afirmó que no le conocía esa veta impaciente. Y comenzó a realizar pequeños círculos en la pierna de él, sobre el pantalón sedoso. Lo hacía en dirección ascendente, acercándose muy despacio hasta la pelvis y volviendo a bajar a la rodilla. Se notaba, en el rostro de Paulo, la tensión. El pantalón se advertía tirante en la zona genital, a punto de explotar.

—Pequeña, estás tentando al lobo, deberías tener cuidado, puedes quedar atrapada.

—Tal vez ni siquiera intente escapar, aunque sería más entretenido si lo hago, ¿no? —dijo guiñando un ojo.

Paulo bajó de la autopista. Cuando se acercaba a la rotonda, fue

hacia la banquina y paró la marcha para preguntarle a Alma.

—¿Adónde vamos ahora, señorita guía turística?

—No sé, ¿vamos a tomar algo? Te diría de ir para el Camino Centenario, ahí hay buenos bares, pero la verdad es que no tengo muchas ganas de… —Paulo la miraba muy cerca y comenzó a acercarse. Alma seguía haciéndole las caricias en la pierna y él comenzó a tocarla en la suya.

El beso no se hizo esperar. Mientras sus sabores se mezclaban, las manos hacían un recorrido propio de manera enfebrecida. Alma exploraba el pecho de Paulo con las yemas de los dedos, iba a la zona de los pezones y sentía los montículos duros. Pasaba los dedos por ahí levemente y luego hacía un leve pellizco. En el momento en que apresaba las tetillas, Paulo resoplaba, muy excitado.

—A la mierda con la etiqueta de las citas, pequeña —gruñó Paulo al separar su boca de Alma, muy agitado, apoyando su frente sobre la de ella—. Te necesito, no he pensado en otra cosa que estar dentro de ti desde que te he conocido. Y hoy, en especial, no me lo has hecho nada fácil. No puedo más. Te necesito. ¿Estaría mal si te invito a mi hotel? —propuso, y cerró sus ojos esperando la respuesta de Alma.

Ella se quedó callada unos segundos, recuperando el aliento también.

—¿Estaría mal si te dijera que no está mal y que estaba esperando que me lo pidieras? ¿Pensarás que soy una promiscua? —preguntó a su vez.

—Solo pensaría que eres una mujer muy hermosa con los apetitos normales de un ser humano muy sensual. No soy un prejuicioso, espero que lo sepas. ¿Vamos a mi hotel?

—Sí —dijo Alma con los ojos bien abiertos y la mirada clavada en él. Paulo sonrió, puso la palanca de cambios en primera y salieron casi disparados.

El camino desde la rotonda hasta el hotel no fue largo, pero ambos se mantuvieron en silencio. Las respiraciones continuaron agitadas. Ambos seguían acariciando la pierna del otro, como un modo de mantener el calor que ya había nacido. La música cambió del alemán al español. El grupo Camila, Alejandro Sanz, Juanes, todos se fueron prestando el micrófono, para cantarles a Paulo y Alma que viajaban hacia el primer encuentro de sus cuerpos. Paulo llegó al hotel, entró el automóvil a la cochera que tenía asignada y le abrió la puerta a Alma. Cuando bajó, la abrazó y empezó a besarla, la aprisionó contra el vehículo mientras le apoyaba la longitud de su cuerpo. La sostenía por las caderas y, de manera lánguida, empujó su erección contra Alma. Los gemidos los envolvían y los incitaba aún más. Ella sentía que la

sangre bullía en sus venas. Acarició el cabello de Paulo, pasó sus dedos por los mechones desordenados, su nuca y luego bajó por su cuerpo.

—Vamos —dijo él.

La tomó de la mano y la llevó de inmediato al interior. Pasaron por la conserjería y pidió el número de su habitación. Le entregaron la llave. Se dirigieron al ascensor.

# Capítulo 11

Los ascensores siempre son un espacio tentador para los amantes. En cuanto entraron a la pequeña cabina y las puertas se cerraron, Paulo aprisionó nuevamente el cuerpo de Alma contra una de las esquinas. Sus manos tomaron las muñecas de Alma y las llevaron por encima de la cabeza, y allí las mantuvo él con l derecha mientras con la izquierda tocaba muy suavemente un pecho de Alma. Constantemente se besaban de una manera casi salvaje, todo lenguas, labios, dientes, gemidos… El ascensor hizo el pitido que indicaba que estaba llegando al piso indicado. Paulo apoyó su frente sobre la de Alma, como calmando a la fiera interna. Cerró los ojos.

—Me pones de una manera, hermosa, como nadie antes. Debo controlarme. Perdóname. —Y mordisqueó con suavidad la barbilla de Alma.

—No me pidas perdón, Paulo. Si algo no me gusta, te lo diré. —Paulo salió del ascensor y Alma, tomada de su mano, lo siguió. Cuando se pusieron delante de la puerta de la habitación, Alma tiró de Paulo, haciéndolo girar sobre sí mismo, para que la mirara—. Lo único que te pido —dijo algo insegura, en ese momento la estaban asaltando los miedos— es que seas paciente conmigo. Hace mucho tiempo que nadie me toca, la última vez fueron los médicos —confesó, y en sus ojos se podía adivinar el temor.

—Tranquila, pequeña. Haremos lo que tú quieras. Tú tienes el control de la situación, completamente —aseguró él, y en su mirada se notaba que hablaba en serio.

Ella hizo un gesto afirmativo.

Paulo abrió su habitación, encendió las luces, luego tocó un

dispositivo y se apagaron algunas, solo quedaron prendidos los veladores, dando una luz tenue sugerente. La hizo pasar primero, después cerró. Alma alcanzó a ver el estar con unos pequeños sillones y una mesita de café. Más allá se veía una cama enorme con una gran cabecera de madera. Paulo la tomó por detrás, abrazándola, y besó su cuello. Respiraba sonoramente sobre su piel. Alma cerró los ojos mientras concentraba sus sentidos. Paulo le quitó de a poco el abrigo. Ella arrojó su cartera sobre el sillón más cercano y lo dejó hacer. Paulo tiró el saco sobre el mismo asiento y se giró. Se miraron en silencio. Él bajó la cabeza hasta ponerla a la altura de la de Alma y le habló en un susurro:

—Puedes decir que no en cualquier momento. No quiero obligarte a hacer nada. Muero por sentirte debajo de mí, pero nunca te obligaría, lo entiendes, ¿no?

Alma solo pudo contestar con un gesto afirmativo. Y luego comenzó a besarlo, primero lentamente y enseguida con más urgencia. Los labios de Paulo eran tan suaves, tan mullidos, su sabor era tentador. El calor de su boca la llamaba. Pegó su cuerpo al de él y lo acarició. Comenzó por su cabello, lo tomó con ambas manos y dio tirones suaves. Paulo gemía sobre su boca. Luego pasó sus manos por sus hombros. ¡Dios!, se sentía tan ancho y tan fuerte. Él comenzó a tocarla a su vez, la abrazó con fuerza y una de sus manos, la derecha, comenzó a viajar por toda la espina dorsal de ella, hasta llegar a su trasero, y allí se detuvo, apretando de manera gentil, seductora. Le apretaba la cola a la vez que empujaba levemente con su pelvis, haciéndole notar su erección enorme. Como si fueran bailando una danza de salón, sin soltarse, Paulo caminó con ella abrazada a su cuerpo. Él se adelantaba, besándola. Ella lo hacía marcha atrás, dejándose guiar por Paulo. Las manos de Alma recorrieron los abdominales de Paulo, los sentía en tensión. Bajó más, tocó la cintura y la recorrió con lentitud. Seguía saboreando sus besos. Paulo despegó su boca de la de Alma, la besó detrás de la oreja izquierda y siguió un tortuoso camino de besos suaves y lengua que rozaban desde el cuello hasta sus pechos. Bajó, con tranquilidad desesperante, el cierre del vestido para dar espacio a la piel. Alma acariciaba las caderas de Paulo y llegó finalmente a su erección. La tomó y la presionó. Paulo gimió encendido. Dejó de besarla y cerró los ojos. Alma contenía la respiración, la excitación la hacía sentirse como flotando. Cuando se percató de la falta de aire, volvió a repetirse el mantra: «Alma, respirá». Paulo bajó el vestido de Alma y se quedó mirando el cuerpo expuesto de ella. Un conjunto de ropa interior de encaje color negro, muy seductor. La ayudó, con una mano, a salir del círculo que dibujó

el vestido sobre la alfombra. En ese momento, en su mente, Alma agradeció a Amanda por su insistencia en usar ese conjunto. Se sentía muy sexi en él y con los zapatos de taco. Los ojos de Paulo la recorrieron en silencio y, en un tono de voz enfebrecido, con ojos oscuros del deseo, le dijo:

—Eres tan hermosa, Alma, que a veces dudo de que seas real. No puedo creer lo bella que eres y lo mía que vas a ser.

Esas frases de Paulo soltaron a Alma. Se contenía porque no sabía si le gustaba a Paulo lo que estaba viendo. Cuando él la observó con esa mirada de deseo líquido, con esos ojos tan profundamente afectados por ella, no necesitó nada más. Lo besó con intensidad a la vez que comenzaba a desnudarlo. El saco de Paulo besó el piso y, segundos después, lo acompañó la camisa. Siguieron camino hacia la cama; cuando Alma sintió el borde detrás de sus rodillas, se detuvieron. Ella tomó el cinturón de Paulo y lo abrió, luego el pantalón también bajó a la alfombra. Paulo se quitó todo y lo empujó a un costado. Se elevó en su metro ochenta y cinco para acercarse a ella. Alma observó la grandiosidad del cuerpo de Paulo. Hombros definidos y anchos, brazos muy marcados por el ejercicio. Los abdominales parecían una tableta de chocolate. Y Alma tuvo la idea de que eran en verdad de chocolate y que moría por morderlo. Una nube de vello empezaba en el pecho marcado y se extendía en dirección descendente hasta su pelvis. Las caderas fuertes, las nalgas prietas. Piernas muy largas y fuertes, con vello. Paulo tenía un bóxer de algodón color negro que se adhería muy bien a su pelvis y a su erección. Alma lo miró y sintió que su boca se secaba. Él se revolvió el cabello desordenado y se acercó para volver a abrazarla. Nunca bajó la vista, nunca perdió el contacto visual con ella. Alma lo tocó, sintiendo el calor de su piel. Rozó con suavidad el pezón de Paulo con sus yemas y de la boca de Paulo salió un sonido gutural. Él retomó sus caricias, tocando el cuello y bajando hasta sus pechos. Los aprisionó, los masajeaba con lentitud. Alma gemía muy bajo. Con las puntas de sus dedos tocaba los pezones a través del encaje, que estaban muy duros, y comenzó a amasarlos, muy despacio, entre los dedos índice y pulgar de sus manos grandes, y por momentos alternaba con pequeños tirones que la encendían aún más. Desabrochó el corpiño y lo dejó caer. Con movimientos lentos la fue acostando sobre la cama, besando cada espacio de piel. Acariciaba los pechos desnudos y tironeaba los botones. Alma lo dejaba hacer, estaba como una zombi. Él podría haber hecho con ella lo que se le viniera en ganas, estaba absolutamente entregada y excitada. La acostó y besó sus pechos. Esa boca y esa lengua la enloquecían. Paulo acariciaba con sus labios y

succionaba el pezón con fuerza, lo mordía con suavidad y luego lo volvía a mimar con la lengua. Un pecho y luego el otro, de manera alternada. Alma se movía debajo de Paulo. Se retorcía. La excitación no la dejaba quedarse quieta. Paulo dibujó una sonrisa maliciosa en su rostro, disfrutaba de volverla loca. Abandonó los senos y continuó camino a su abdomen, mordiendo y besando de manera superficial. Sus manos pasaron a ser las encargadas de seguir estimulando los pezones, haciendo el mismo trabajo de su boca. Alma puso sus manos en la cabeza de Paulo, hundía sus dedos en sus mechones y sentía la suavidad de su cabello. Él llegó hasta el borde de su tanga y comenzó a bajarla muy despacio. Su lengua iba cubriendo el espacio que antes ocupaba la tela. Alma sentía cómo su excitación iba humedeciendo su ropa interior, y jadeaba.

—Eres tan jodidamente hermosa, Alma. No puedo esperar a estar dentro de ti.

—Paulo, te necesito, vení.

—No, hermosa, te voy a volver tan loca como me vuelves tú a mí. Te voy a hacer sentir tanto, tanto, nena, que no querrás que nadie más te toque, nunca más —dicho eso, volvió sobre uno de los botones erectos de Alma, lo lamió y luego lo sopló suavemente. Mientras, con su mano derecha, con los dedos pulgar e índice, tomó el otro y lo alargó con cuidado. Un escalofrío recorrió a Alma, que temblaba de la excitación y no podía quedarse quieta. Esas acciones en sus pechos se transportaron como una electricidad hasta su clítoris. Paulo reanudó su camino de bajada, pasó por el abdomen, llegó al ombligo y lo acarició con su lengua. Después de varias vueltas con la punta, continuó bajando. Llegó a la pelvis que había desnudado parcialmente; con sus manos a los costados de la cadera, levantó, sin dejar de besarla en esa zona, y sacó la prenda íntima de Alma. Al pasarla por la herida, ella hizo un movimiento involuntario.

—¿Te he lastimado? Lo siento mucho.

—No, no. Es que… la herida duele un poco, nada más. Seguí. —Alma estaba extasiada, Paulo había olvidado la herida, que lo había alertado de que estaba viva, y trató de recordarlo para no volver a tocarla allí.

Los dedos de Paulo continuaron el trabajo. Terminó de quitar la prenda de encaje y develó el pubis absolutamente depilado de Alma. Paulo lo observaba como si estuviera viendo el tesoro más grande y luego la miró a los ojos con una sonrisa.

—Bella, tan bella. Justo para mí. No puedo esperar a comerte toda, hermosa. —Alma no contestó, solo gimió, tenía levantado un poco el torso y lo miraba. Cuando él le dijo eso a Alma, ella volvió a

recostarse con los ojos cerrados, entregada.

Paulo lo tomó eso como una invitación. Arrodillado, comenzó a dibujar con la punta de su lengua un camino sinuoso hacia el triángulo del placer de Alma. Recorrió, con mucha dedicación, cada uno de los labios externos. Los mordisqueaba con suavidad y luego pasaba seductoramente la lengua por los internos, buscaba el pequeño botón de nervios que era el centro de placer. Alma se sobresaltó al sentir la punta de su lengua. Él comenzó una serie de movimientos: lamía poniéndola plana, luego apretaba con la punta y finalizaba succionando con mucha suavidad. Después de terminar la serie, la volvía a comenzar. La estaba llevando en una espiral, lentamente hacia la cima. El orgasmo estaba a un paso. Ella tenía los ojos cerrados, concentrando todos sus sentidos en ese pequeño espacio que él estaba reviviendo. Sus manos apoyadas sobre la cabeza de Paulo, que con las suyas seguía torturando los pezones de Alma. Gemía sin poder controlarse. Nunca, nadie, ninguno de los hombres con los que había estado, la había excitado tanto. Abrió los ojos y miró hacia Paulo. Él seguía comiendo su clítoris mientras tenía fija la mirada en ella. No bajaba la vista, la miraba con intensidad. Alma clavó sus ojos en él mientras movía la pelvis para acercarse.

—Más, por Dios, Paulo, me estás matando —rogaba Alma—, no pares… por favor.

—Quiero que me llames de nuevo, pequeña, quiero que te corras en mi boca mientras dices mi nombre.

Alma seguía mirándolo a la vez que se mordía el labio inferior. Sentía el cosquilleo que le indicaba que estaba por alcanzar el orgasmo. Los gemidos se hicieron cada vez más fuertes. Paulo adivinó que estaba a pocos segundos de alcanzarlo y sumó a sus series de movimientos dos dedos que entraban en la vagina, profundo, y luego salían. Sintió más humedad en su boca y Alma empezó a gritar. El hormigueo, cada vez más fuerte, se convirtió de a poco en uno intenso, un leve aturdimiento en los oídos. Alma cerró los ojos con fuerza, el orgasmo era inminente. Nunca había sido tan intenso. Sintió subir la espiral y, de pronto, una explosión de luz y calor. El cuerpo de Alma casi convulsionó, temblaba y, en ese instante, lo nombró:

—Paaaaaauuuuullllllllllllloooooooooooooooooooooo. —La voz de Alma fue apagándose.

—Así, mi reina. Así, dame todo tu sabor, dame todo tu orgasmo, tu placer… Eres mía, solo mía, pequeña. —Paulo terminó de absorber todo el éxtasis de Alma. Relamió los labios externos y subió lentamente. Se acostó sobre ella y comenzó a besarla—. Saborea, pequeña, esta eres tú —dijo mientras y pasaba su lengua sobre la de

ella—. Alma, quiero entrar en ti, necesito estar dentro.

—Vení, te necesito yo también, quiero sentirte muy adentro.

Paulo se levantó unos segundos para abrir un preservativo, se bajó el calzoncillo y la erección saltó, libre al fin. Alma no podía creer. Había imaginado que con el cuerpo y la altura de Paulo su miembro sería mayor a los que había visto y sentido. No solo era más largo de lo esperado, sino que, además, era mucho más grueso. Los ojos de Alma demostraron su sorpresa, pero eso no la detuvo ni la paralizó.

—No. No te lo pongas aún. Quiero saborearte como vos lo hiciste conmigo. Ya sabés que yo no tengo ninguna enfermedad, de hecho, hace tres años que no estoy con nadie. ¿Puedo sentirte sin correr peligro?

—Puedes, hermosa. Me encanta que seas tan directa. Puedes. No he estado con nadie más que con… —Paulo iba a mencionar a María de los Ángeles, pero lo sintió como incómodo— mi ex, no estuve con nadie más.

Alma no esperó un segundo más. Se levantó y se acercó a Paulo, lo besó muy seductoramente mientras lo llevaba, girándolo, al espacio que ella había ocupado unos segundos antes. Recorría el pecho con fuerza, con las yemas de los dedos dibujaba curvas en todo el cuerpo, los pasaba por los pezones de Paulo, provocándolo. Él gemía y resoplaba. Las aletas de su nariz se movían mostrando el esfuerzo que estaba haciendo por controlarse. Despegó sus labios de Paulo un momento y lo hizo acostarse. Todo él, en su esplendor, yacía mirándola, expectante. Alma se tendió sobre él y siguió besándolo mientras sus manos recorrían su piel. Siguió tironeando de los pezones con sus dedos y, luego, cuando sintió la erección del pene en su vientre, comenzó una serie de movimientos pélvicos para lograr un masajeo constante. Paulo estaba excitadísimo, respiraba de manera audible, su pecho subía y bajaba rápidamente. Sus lenguas realizaban una danza constante, Alma dejó su boca y bajó por su cuerpo besando, mordisqueando, acariciando con su lengua: mejillas, cuello, detrás de las orejas, hombros, cada uno de los pezones, abdomen, cintura.

—Sos tan hermoso, Paulo, tan hermoso… y me volvés tan loca… Necesito darte un poquito del placer que me diste, hacerte sentir como vos me hacés sentir —musitó Alma con un tono de voz cambiado por la excitación. Tocarlo, besarlo, sentirlo la excitaban terriblemente. Había tenido uno de los orgasmos más fuertes de su vida y, en cuestión de segundos, ya estaba estimulada de nuevo, algo que con Mariano siempre le había llevado más tiempo.

—Pequeña…, eres una droga y me voy a hacer adicto a ti —pudo responder Paulo.

Cuando Alma llegó a la pelvis, comenzó a dar mordiscos sobre la piel que rodeaba al miembro erecto, sin tocarlo, apenas rozando con sus mejillas la enorme extensión. Pasó su lengua por toda la zona, incluso por los testículos. Cuando lo hizo, Paulo emitió un sonido gutural muy bajo, pero que denotaba cuánto le gustaba. Ella entendió que eso le era placentero y los lamió con más ahínco, incluso los mordía con suavidad hasta que, de pronto, sin dar aviso, sacó su lengua de forma plana y dio un lametazo al pene desde la base hasta el glande. Cuando llegó al bálano, Alma sintió en su boca el sabor de las primeras gotas preseminales, producto de la excitación que ella le estaba provocando. Esas acciones hicieron vibrar a Paulo, que suspiró de manera muy audible y luego gimió.

—Mujer, me matas… Así no voy a durar demasiado, necesito estar dentro de ti, me voy a correr… —dijo Paulo en un tono suplicante, levantando el cuerpo y mirándola. Ella se encontraba muy ocupada, pero con la vista clavada en él; metió con lentitud prevista el miembro en su boca, sintiendo la suavidad aterciopelada de su piel. Ocupaba su boca por completo, y aún quedaban unos centímetros por entrar. Lo llevó hasta su garganta, lo mantuvo ahí unos segundos y luego comenzó a sacarlo. Todos los movimientos eran muy lentos y ajustados. Acomodó sus labios de manera que apretaran bien el pene y enfundaran los dientes. Cuando llegó hasta el glande otra vez, desenfundó los incisivos y mordió levemente. Eso enloqueció a Paulo. Ella prosiguió, de nuevo cerró con fuerza y succionó hasta que sus mejillas se ahuecaron. Y empezó a meterlo en su boca otra vez, hasta el tope. Ella respiraba pausadamente por la nariz, degustando cada centímetro de Paulo. Cuando llegó por segunda vez a morderle el glande, Paulo no pudo más.

—Que el control se me escapa, mujer, que me corro, eres increíble, me enloqueces con eso que me haces. Vente, que necesito ese coño hermoso que tienes.

Alma lo miraba a través de sus pestañas mientras succionaba otra vez el pene. Lo dejó unos segundos y tomó el preservativo olvidado en la mesa de noche. Rompió el empaque y se dedicó a la sensual tarea de colocárselo, mirándolo todo el tiempo a los ojos, de una manera provocadora. Lo estiró sobre toda la plenitud de Paulo y se levantó sobre la cama, pasó sus piernas a los lados de Paulo y apuntó la erección a su entrada. Estaba terriblemente excitada, muy húmeda. Pasó la punta del pene por toda su hendidura, como masajeándola, y, en un movimiento inesperado, la hizo entrar. Paulo emitió un gemido fuerte, muy masculino. Alma cerró los ojos y se le escapó un suspiro audible. Paulo la tomó por las caderas, como deteniendo el

movimiento.

—Espera, Alma, espera… necesito sentirte, disfrutarte. Estoy demasiado excitado y me correré enseguida, además, no quiero lastimarte, déjame disfrutarte. —En ese momento, posó sus manos en los pechos de Alma y los masajeó despacio. Alma apreciaba la extensión de Paulo entrar de a poco en ella, se sintió demasiado completa, demasiado llena y bajó un poco la vista porque aún no sentía el tope de la pelvis de Paulo. Era verdad, aún faltaban unos centímetros por entrar y ella se sentía repleta.

—No voy a poder, Paulo, sos muy grande… —dijo Alma algo preocupada.

—¿Te duele? ¿Te estoy haciendo daño? —preguntó Paulo al instante, levantando el torso de la cama con preocupación.

—No, no me duele, me encanta sentirte, lo llena que me hacés sentir…, pero falta —explicó Alma, que había empezado con lentos movimientos hacia arriba y hacia abajo, inclinando con cuidado su pelvis hacia delante, pero sin llegar al tope.

—Despacio, pequeña, vamos despacio, y si te molesta, cambiamos la posición —propuso él, que de a poco introdujo unos milímetros más, aprovechando los meneos que hacía Alma—. Así, así, pequeña, ya no falta mucho. ¿Me sientes bien?

—Sí —respondió ella, y estiró el sonido indicando el placer que estaba experimentando.

—Dios, pequeña, eres tan estrecha, tan justa… no voy a aguantar, creo que voy a correrme ahora —avisó Paulo a la vez que cerraba los ojos intentando controlarse—. Vente conmigo, quiero que te corras conmigo, juntos, hazlo de nuevo para mí, Alma.

Alma no creía posible volver a tener un orgasmo tan fuerte y tan seguido del anterior, pero escuchó las palabras de Paulo y, de manera automática, su cuerpo comenzó a generar el segundo orgasmo, obediente a la voz de su hombre. Bajó en la extensión del miembro de Paulo y, finalmente, tocó la pelvis. Estaba dentro de ella por completo, se sentía tan bien, tan de ella, tan apropiado en ese espacio. La conexión entre ellos era intensa. Alma sintió el cosquilleo una vez más, tomó el rostro de Paulo entre sus manos y lo hizo mirarla.

—Estoy llegando, quiero sentir tu orgasmo con el mío, Paulo —gimió ante la sensación de perder el miembro de Paulo unos segundos, cuando él la levantó levemente y la volvió a penetrar de manera dura —. Estoy… llegando… de nuevo… voy a acabar, Paulo…, quiero que lo hagas conmig… —Alma no pudo terminar la palabra, el orgasmo le turbó los oídos y la mente. Todo fue calor y energía liberándose.

Paulo estaba controlando el orgasmo, que también era inminente,

sentía un escalofrío recorrerle toda la espina dorsal y concentrarse en sus testículos y en su pene. Cuando Alma no pudo terminar la palabra, abrió rápidamente los ojos y la vio alcanzar el orgasmo, eso lo descontroló. La electricidad se centró en su pelvis y explotó. Alma al instante sintió, a pesar de la turbación, que el miembro de Paulo se endurecía aún más y de pronto una explosión fuerte y el glande de Paulo latiendo en su interior. Seguía temblando aún por su propio orgasmo, pero comenzó a realizar movimientos fuertes hacia arriba y hacia abajo para extraer todo el semen que Paulo tenía para darle. Necesitaba obtener hasta la última gota de placer. En cuanto pudo hablar, le dijo:

—Así, Paulo…, sí…, dámelo todo, dame todo tu placer…, quiero tener todo tu placer, hermoso, quiero que sea todo mío. —Se levantaba y se volvía a sentar. Paulo tenía los ojos abiertos y la miraba fijamente, con la boca abierta y emitiendo unos sonidos guturales que a Alma le encantaron. Ella seguía hablándole con el cuerpo agachado sobre él, lo hacía al oído de Paulo y él parecía reaccionar a sus palabras, no terminaba nunca su orgasmo. Había clavado los dedos en las caderas de Alma y estaba apretando con fuerza. Su cuerpo temblaba con cada bombeo. Se incorporó despacio y la abrazó con fuerza mientras la empujaba hacia abajo para introducirse aún más en ella, como si eso fuera posible. Alma lo rodeó con sus piernas y sus brazos, y se fundieron en un abrazo intenso. Paulo la cubrió con todo su cuerpo. Hundió el rostro en el hombro de Alma. No podía decir nada, estaba demasiado conmovido, su mundo había quedado patas para arriba. Alma había entrado en alguna parte muy profunda en su corazón, que nunca antes había sido ocupada. Se quedaron un minuto en silencio… solo abrazados.

—Por Dios, Alma…, no puedo explicar.

—¿Para vos también fue tan intenso como para mí? —consultó ella, separando el abrazo y mirándolo a los ojos.

—Sí, pequeña. Fue increíble, yo nunca… es decir… he tenido orgasmos en mi vida, pero este fue una explosión tan salvaje, no sé cuánto habrá durado, pero lo sentí incluso más extenso.

—Yo también lo sentí así, muy intenso, Paulo. —Lo besó dulcemente en la boca, acariciando con sus manos las mejillas. Él recorría la espina dorsal de Alma con los dedos de la mano derecha y la izquierda la sostenía abrazada. La apretó aún más y la giró sobre su cuerpo, para acostarla a su lado. Salió de ella, aunque sin ganas, y se sacó el profiláctico. Lo tiró a un lado de la cama y se giró para volver a rodearla.

Se abrazaron y entrelazaron las piernas. Se quedaron en silencio.

En ese momento sonó, entre la montaña de ropa de Paulo, su celular. Había recibido un mensaje. Alma lo miró, como viendo si él iba o no a atender. Paulo supo, por la hora, que podía ser un mensaje de María de los Ángeles.

—Esta noche nada me separará de ti, preciosa. Ni siquiera un SMS. Seguro es mi madre o el gilipollas de Borja para preguntarme por ti… Nada —afirmó a la vez que la cercaba más—, nada me alejará de ti.

—Me siento… tan… bien, Paulo. Se siente tan bien que hasta me da un poco de miedo —dijo Alma apoyando su cabeza en el pecho de él. Paulo había tomado la sábana y el acolchado de la cama y los había puesto por encima de ellos. Estaban ceñidos y tapados, calentitos… El vino, los nervios y la excitación del día y de la noche, la intensidad de sus orgasmos, el bienestar que sentían ambos en esa situación los fue adormeciendo. Las respiraciones fueron haciéndose cada vez más profundas y más lentas hasta que ambos se quedaron dormidos.

Los primeros rayos de sol de ese viernes los encontraron durmiendo abrazados, desnudos. Alma estaba de espaldas a Paulo, de costado con un brazo por debajo de la almohada y otro sobre el de su hombre. Él se encontraba también de costado, formando la concavidad donde Alma había acomodado su cola y espalda. La tenía tomada por la cintura, bien cerca de su cuerpo. El derecho acomodado como el de Alma, hasta tocar la mano de ella. Las piernas estaban entrelazadas. Alma abrió levemente los ojos y pestañeó como consecuencia de la claridad que había. La noche anterior, cuando habían llegado, habían olvidado cerrar las persianas de la habitación. Se refregó un ojo para poder hacer foco con él y entender dónde se encontraba. Sintió en ese momento el calor del cuerpo de Paulo en su espalda y tomó conciencia de todo lo ocurrido. Recordó lo que habían hecho, lo bien que se había sentido. Era extraño, nunca había tenido dos orgasmos tan intensos y seguidos. Con Mariano apenas lograba uno y, para alcanzarlo, debía usar su propia mano para excitar su clítoris. Nunca antes había tenido un éxtasis solo con la penetración. Paulo la había llevado a un grado de excitación tan grande que apenas la penetró la hizo llegar al clímax. Era extraordinario en la cama y la hacía desinhibir, la hacía sentir libre y no se avergonzaba de tener ganas de sentirlo todo el tiempo dentro de ella. Notó una dureza grande que se extendía desde el comienzo de su cola hasta su vagina. Estaba pegada a su piel, sin introducirse. Se giró lentamente, intentando no despertar a Paulo. Era tan hermoso, tan seductor, tan perfecto. Se sentía tan bien con él… Sus ojos cerrados mientras dormía hacían movimientos rápidos, parecía que estaba soñando. Alma

recorrió con el dedo índice las cejas, luego la nariz, tan recta y perfecta, dibujó los labios carnosos, el mentón fuerte. Sí, Paulo era un hombre hermoso y, en ese momento, era de ella. Esa idea la excitó mucho. Sintió su propia humedad extendiéndose por su pierna. Decidió darle otro orgasmo, sorprenderlo. Se movió por el interior de la sábana y acolchado, llegó hasta la erección matutina del pene y comenzó a lamerlo, como si fuera un helado. Primero con la lengua plana, luego usando la punta para dibujar sobre toda la extensión y luego fue haciéndolo entrar de a poco en su boca a la vez que succionaba. Los dientes masajeaban la superficie, la lengua acariciaba la parte inferior. Cada centímetro entró. Lo llevó hasta la garganta y luego comenzó la salida, succionando con fuerza. Paulo comenzó a gemir, primero levemente y, a medida que Alma hacía sus movimientos más audaces, los gruñidos fueron aumentando la intensidad.

—Qué hermoso despertar. Recuérdame acostarme cada noche contigo satisfecha a mi lado, para que cada mañana me despiertes de esta manera, nena… Despacio, así… sí, déjame sentir la dulzura de esa boca, nena.

—Quiero tu orgasmo… Paulo, quiero que me des tu orgasmo —susurró Alma, excitada.

—Alma…, si sigues, no voy a aguantar mucho más… Déjame ponerme un preservativo, quiero follarte. —Alma detuvo el movimiento de Paulo y dejó su miembro unos segundos—. Dios, hermosa, eres mi perdición. Conoces cada botón de mi cuerpo para hacerlo reaccionar y sabes apretarlo en el momento exacto —graficó Paulo a la vez que se incorporaba, la abrazaba y la besaba—. Déjame ponerme protección… —sugirió, pero a pesar de decir eso, no se movió y se dedicó a tocar los pechos de Alma. Acercó la mano derecha a la vagina y acarició los labios externos, sintió la humedad y pasó el dedo índice por la hendidura—. Hermosa, estás tan preparada, necesito estar dentro de ti. —Abrió el cajón, sacó un profiláctico y comenzó a desenrollarlo en su pene. Cuando lo tuvo puesto, volvió a acercarse a ella. Se subió a la cama en cuatro patas, como un animal feroz que se cierne sobre su presa. Alma lo esperaba con ojos que brillaban. Ambos estaban ávidos uno por el otro.

Se fue poniendo encima de ella; sus rostros enfrentados. Cuando Paulo llegó a la altura de la boca de Alma, la besó de manera muy suave al principio y de manera más salvaje después. Apoyó todo su cuerpo sobre ella y fue orientando su miembro erecto hacia su abertura. Hizo entrar el glande y se detuvo. Alma gimió al sentir esa parte de su pene en ella, pero a la vez gimió de frustración porque él

se quedó inmóvil. Dejó de besarlo y lo miró expectante. Paulo ingresó unos centímetros más y nuevamente se paralizó. Alma no soportaba la espera, necesitaba sentirlo en su plenitud.

—Todo, Paulo. Entrá completo, por favor, te necesito ya —dijo, casi suplicante, Alma.

—Despacio, pequeña, quiero que sientas cada centímetro, quiero que disfrutes cada movimiento, déjame disfrutar tu estrechez. —Paulo continuó de una manera muy lenta. Cuando faltaban unos pocos centímetros, hizo entrar lo restante de golpe. Alma emitió un grito ahogado. De pronto se sintió completa, sin más espacio. Paulo se quedó quieto por unos instantes, con los ojos cerrados. Y luego se movió dentro de ella, salía muy despacio y volvía a entrar de manera más brusca. Adentro, afuera, adentro, afuera… A medida que la excitación aumentaba, los gemidos también lo hacían y, en consecuencia, subía además la frecuencia e intensidad de los movimientos. Paulo gemía junto a Alma. Estaban muy conectados. Ella enrolló las piernas en la cintura de Paulo y estaba abrazada fuerte a su espalda. Clavó allí las uñas y él mordió el hombro de ella, que comenzaba a sentir que el orgasmo se avecinaba.

—No pares, Paulo, no pares… Viene, ya viene…

Paulo levantó el torso, se apoyó sobre sus palmas (que se encontraban a ambos lados de la cabeza de Alma) e ingresó en un ángulo distinto, frotando con su glande la pared anterior de la vagina. Alma, que estaba demasiado receptiva, se acercó aún más al clímax con esa nueva sensación. Nadie antes había descubierto ese espacio erógeno.

—Dámelo, dame tu orgasmo, hermosa, di mi nombre mientras te corres… Quiero escucharte. —Paulo aceleró los movimientos y los hizo más salvajes.

—Más, más fuerte, no pares. ¡Vieneeeeee…, Pauloooooo! —Alma alcanzó su clímax, fue una liberación increíble de energía, su cuerpo convulsionó y comenzó a temblar. Cerró los ojos y solo pudo visualizar miles de estrellas de luz que generaron el clímax—. ¡Seeeeeeeeee! —A la vez que terminaba de expresar su éxtasis, buscó la mano derecha de Paulo, lo hizo levantarla, la llevó hasta su pecho y lo hizo sentir sus latidos, acelerados—. ¿Sentís? Esto sos vos…, esto me hacés vos. Me volvés loca, me hacés sentir como nunca nadie me hizo sentir antes. —Paulo continuaba moviéndose dentro de Alma, casi de una manera frenética. En el momento en que Alma le hizo sentir su corazón, él sintió que el orgasmo le aturdía los oídos y la electricidad le recorría la espalda para concentrarse en los testículos y el pene. Un inmenso *big bang* se preparaba. Cuando ella terminó de

decirle sus palabras, Paulo explotó de una manera brutal. Ella sentía cómo latía el pene de Paulo y los chorros de semen que intentaban salir del preservativo. Movía sus caderas debajo de él, intentando que tuviera más sensaciones. Liberó su mano y con las suyas le pellizcaba los pezones. Paulo siguió en su clímax, tan intenso y mucho más largo de lo que ella recordaba que hubieran terminado alguno de sus amantes anteriores. Emitió un sonido que ella reconocía como el que acompañaba a la eyaculación. De pronto se quedó quieto, dobló levemente sus codos y acercó su rostro al de Alma. Apoyó su frente en la de ella y respiró agitado.

—Alma… Dios, nada en mi vida ha sido tan intenso como cuando hago el amor contigo, nada se acerca a esto que me haces sentir. —Pasó sus brazos por debajo de ella y la abrazó con firmeza—. Te siento en mi pecho, pequeña, esto es nuevo para mí. —La besó por todo el rostro—. Es… es increíble. Tú eres increíble. Siente —le propuso, se separó un instante de ella y le hizo tocar su pecho a la altura del corazón. Ella posó sus manos y sintió el corazón acelerado—. Nadie lo había puesto de este modo, quiero que lo sepas, no te miento, nunca nadie me hizo sentir de esta manera.

—Paulo, Dios mío, esto va tan rápido. Siento tanta conexión con vos que me da miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué miedo? No debes temer nada, hermosa, me tienes a mí, estoy aquí y seguiré estando. Vas a tener que hacer mucho esfuerzo para alejarme, porque no estoy dispuesto a perderte sin dar pelea.

—Tengo miedo, no sé… de que no sea real. De que te canses de mí rápidamente, de que debas volver a tu país y esto se enfríe. —Él se acostó a su lado. Se puso de costado y apoyó su cabeza en la mano; ella hizo lo mismo.

—Tú no entiendes la dimensión, Alma, esto es inmenso. ¿No entiendes que nadie en mi vida me ha hecho sentir de este modo? Una conexión tan fuerte y en tan poco tiempo. Lo presentí cuando te salvé del agua. Sentí que había algo distinto. —Le tomó la palma y le hizo tocar el corazón—. Lo siento aquí. —Alma escuchaba en silencio y sus ojos se llenaron de lágrimas—. No, pequeña, no llores. Dios, debería de darme de patadas por el culo por hacer que te pongas de esta manera. Me destroza verte llorar. —Alma derramó las primeras lágrimas y comenzó a limpiarlas. Él la abrazó.

—No, no estoy triste, es que estoy conmovida. Evidentemente se siente tan intenso para vos como para mí. Yo me siento del mismo modo. Es como si hubiera estado muerta todo este tiempo y ahora vuelvo a la vida. —Abrazó a Paulo a su vez y se quedó así, en silencio.

—Vamos a darnos un baño, pequeña, tanta actividad me ha puesto famélico. Bajemos a desayunar, el de este hotel es abundante y exquisito —Paulo dijo eso, pero su cuerpo se negaba a alejarse del de Alma. La besó con intensidad por casi un minuto y, sin ganas, la fue liberando—. Tú primero, hermosa. Si vamos juntos, nada podrá evitar que te tome de nuevo. Vete ahora que puedes. Tienes unos minutos para alejarte. Este adicto aguantará hasta que termines —dijo Paulo abatido, pero con una sonrisa.

—*Okey*, no tardo mucho, y luego esta adicta va a pensar si te da unos minutos para que vos hagas lo mismo, pero lo haré seriamente, ¿eh? —respondió Alma siguiendo el tono de Paulo.

Se dieron un beso corto a la vez que Alma se levantaba de la cama. Desnuda caminó hasta el baño. Se sentía un poco incómoda desfilando sin ropas delante de Paulo y a plena luz del día. Le pareció algo tonto tener esa clase de pudores después de todo lo que habían hecho, pero en el momento del amor y en penumbras, todo parecía sexi. La luz del día mostraba con crudeza lo que la noche había maquillado. Alma caminaba algo tensa, sintiendo sobre ella los ojos de Paulo, que adivinó su incomodidad, así que quiso relajarla.

—Espero que no se te pase por tu loca cabecita tapar ese hermoso cuerpo con nada que no sea mi piel —dijo sonriente. Alma giró la cabeza al escucharlo y le sonrió—. Tus curvas son increíbles y quiero perderme en ellas con mis ojos tal cual lo hice con mi tacto. Te me bañas, te secas y sales como Dios te trajo al mundo, que aún necesito tocarte aunque sea unos segundos más. De lo contrario, no podré irme a duchar, pequeña —aseguró, y le guiñó un ojo.

—Como usted desee, mi caballero, usted ordena y yo cumplo. —E hizo una reverencia graciosa, un poco más animada. Paulo la hacía sentirse desinhibida, libre.

Entró en el cuarto de baño. Miró a cada lado, se sentó en el inodoro y bajó la cabeza unos segundos. Se quedó pensando en el modo en que había cambiado su vida en tan poco tiempo y en la cantidad de cosas intensas que estaba viviendo en esa misma semana. Se limpió, se levantó y se miró al espejo. Era la misma Alma de siempre (aún quedaban restos del maquillaje que Amanda y Pato habían realizado, sobre todo, en los ojos), algo más producida, pero la misma. No podía creer sentirse del modo en que se estaba sintiendo. Paulo era un sueño, era el hombre que conocía cada una de sus teclas, cada uno de los puntos exactos donde tocarla, o las frases justas para decirle. Era lo que había estado esperando. Demasiado bueno para ser real. En cualquier momento vendría el golpe, algo que la hiciera volver a su cotidiana vida gris. Se miraba al espejo de manera fija,

apoyadas las manos a ambos lados del lavatorio. Abrió el agua caliente y la fría un minuto después. La entibió graduando la salida de ambas canillas y se lavó la cara con cuidado para quitar los restos de maquillaje, refregó los ojos para sacar la sombra, el delineador y la máscara de pestañas. Necesitaba cepillarse los dientes… Miró con picardía el cepillo de Paulo, que se encontraba junto a la pasta dental. Lo tomó, lo apoyó sobre su labio, pensativa. No lo pensó más, lo cargó con pasta y lo usó. La frescura que sintió la renovó. Abrió la llave de la ducha y se metió en el cubículo. El agua le recorrió el cuerpo desde el cabello. Cerró los ojos y se dejó acariciar por la sensación de bienestar que la inundaba. Luego buscó un champú, lo encontró, lo abrió y lo olió. Era el de Paulo. Era su aroma. Puso una cantidad en su palma y comenzó a masajearse el cuero cabelludo. Se sentía condenadamente bien. Se enjuagó. El hotel siempre ponía unos frascos pequeños con champú y crema enjuague. Agradeció la costumbre argentina de no poner no gel de ducha (como en el resto de los lugares del mundo). Su cabello, normalmente, al mojarse se volvía una masa increíble de nudos. Después de una noche de amor como la que había pasado, tenía más razones para suponer que la maraña sería terrible. El acondicionador aliviaría los tirones. Se enjabonó el cuerpo, pasando sus dedos por los lugares donde hasta un rato antes la habían acariciado los de Paulo. Pensar eso la excitó, no podía creer el modo en que Paulo la encendía. Se puso debajo del chorro intenso de agua, se enjuagó completa y salió. Enrolló su cabello en una toalla y secó su cuerpo con un toallón. Tomó una bata blanca y se la puso. Se abocó a la ardua tarea de desarmar los nudos. Buscó en uno de los cajones un peine y allí halló el de Paulo, uno bien varonil. Lo pasó por el cabello húmedo. La tarea no fue tan difícil como creyó que sería, terminó más rápido de lo esperado. Sacudió la cabeza para que los mechones tomaran su posición habitual (que nunca coincidían con la que imponía el peine) y salió.

Mientras Alma se duchaba, Paulo aprovechó a buscar, entre el montículo que formaba su ropa en el suelo, el móvil. Quería ver el mensaje que le había entrado. Era de su madre: respiró con alivio. No podía lidiar en ese momento con María de los Ángeles. Abrió el SMS.

> Me disculpas, hijo, si te molesto a esta hora. Pero estoy algo preocupada por ti. Te he llamado a la casa de tus tíos y me han dicho que has salido a cenar. ¿Con quién lo has hecho? Te he llamado varias veces y no he logrado comunicarme. Entra directamente a la casilla de mensajes. He tenido un sueño extraño,

necesito hablar contigo.

Paulo sonrió. Valentina tenía una intuición muy acerada. Esos sueños siempre habían estado presentes en su vida. Lo había soñado a su padre morir, por eso se sintió viuda en el momento en que decidió irse de Argentina. Paulo había puesto la función para que las llamadas telefónicas fueran atendidas por la casilla, temía que María de los Ángeles llamara justo durante la cena. No pensó que su madre podría haberlo buscado. Con esa sonrisa en los labios aún, empezó a teclear en el móvil la respuesta.

> Buen día, mamá. No me molestan tus mensajes. Estoy en un momento de mi vida algo complicado. Necesitaría de tus consejos de mujer. En cuanto pueda llamarte, lo hago y hablamos. Estoy bien, no te preocupes. Salí a cenar y luego vine directo a dormir. Ya te contaré. Si te comunicas con María de los Ángeles, no le comentes nada de mí, hemos discutido y realmente no tengo ganas de que sepa nada de mí por un tiempo. Te lo explicaré también… Beso grande.

Puso *Enviar*. En cuestión de segundos, sonó la contestación. Sabía que su madre estaría esperando su mensaje.

> Ayyyy, mi niño, que me has tenido con el corazón en la boca hasta la mañana. Ya me olvidé la cantidad de veces que llamé a tu móvil. Bien, vayamos por puntos, me dices que saliste a cenar, pero no con quién… Esto me da la idea que has ido con alguien que te compromete. La discusión con María, ¿está relacionada? Este momento difícil… ¿en qué sentido difícil? Llámame, majo, que quiero hablar contigo.

Los mensajes de su madre siempre eran larguísimos. Ella no podía economizar espacios, palabras, ni letras. Volvió a teclear, debía asegurarse de que su madre no llamara a su móvil.

> Valentina, Valentina, tú sí que eres astuta… Ya te contaré los pormenores… Ahora no puedo, sigo acompañado… No me pidas más detalles. Sigo

siendo un hijo hablando con su madre, ja, ja.

La respuesta tardó unos segundos.

Lo sabía! Vale, me llamas en cuanto se vaya o la dejes ir. Pero me llamas o juro que me tomo el primer avión a Buenos Aires para darte de nalgadas, niño. Que seguirás siendo mi hijito hasta que muera, ¿vale? Sabes perfectamente lo que opino de estas situaciones, quiero mucho a María y sé que por más que las estrellas no estén a su favor, ella no merece sufrir. No te he criado para ser un mal hombre. Piensa bien lo que haces…

Vale, Valentina, eres una pesada. Te llamo en cuanto esté solo. Lo que estoy haciendo ya lo he pensado bien. Tienes razón sobre María, por eso te pido discreción. Tengo pensado resolver este tema con ella lo antes posible.

Envió el mensaje sin esperar respuesta alguna. Para su sorpresa, recibió una más.

¿Resolver? ¿Es que tienes pensado dejarla? ¿Ahora, que se iban a vivir juntos? Necesito que me llames, hijo, necesito hablar contigo de todo esto. No tomes decisiones apresuradas.

Vale, así lo haré. Te llamo en cuanto pueda. Tenme paciencia. Te adoro, belleza.

Envió el mensaje y casi al segundo entró otro. Pensó que su madre no podía ser tan rápida con el teclado para responder. Tenía razón. No era de ella, sino de María de los Ángeles.

En 24 hs no he recibido noticias tuyas. Vale, entendí la señal. Quiero saber de ti. Ya hablaremos personalmente de nuestros modos de manejarnos en situaciones de tensión. Estuve muy asustada con esto de la inundación. Te he llamado, pero me salta el contestador. Necesito hablar contigo.

Paulo leyó y releyó varias veces. El momento había llegado. «Debo decirle algo en el mensaje que le dé una idea de la crisis que estamos pasando. ¿Que estamos pasando? No. Debo ser claro, aunque sea solo para mí. La crisis la estoy pasando solo yo. María no tiene la más mínima idea… Debo empezar enviando alguna frase que le dé una pista de que las cosas no van bien entre nosotros. Pero no debo ser demasiado claro, Alma estará por salir de un momento a otro del cuarto de baño, ya cerró el agua de la ducha». Pensó frases. Varias. Se decidió por una.

> Buen día, María. No hubo mensaje cifrado en mi silencio. Este tema de cómo tú manejas la tensión fue hablado varias veces ya… Pero parece ser que estamos destinados a repetir la historia. Te llamo esta noche por Skype y hablamos, ahora estoy por entrar a una reunión por una nueva investigación que comencé. Beso.

Lo envió, esperando que la ansiedad característica de María de los Ángeles no la hiciera llamarlo en ese momento. Releyó el mensaje, había una frase simple que daba una pequeña pauta de que no estaban bien las cosas entre ellos, y la frialdad, por otro lado, era una pista muy sutil. La respuesta llegó unos minutos después.

> Vale. Regreso de la uni a las 23 hs de España. Me avisas cuando te conectas. Detesto cuando eres tan frío conmigo, yo discrepo contigo, no repetimos, tratamos de avanzar y por momentos nos quedamos estancados. Beso. Te amo.

Bien, el mensaje llegó claro. Debía organizar lo que le iba a decir sin meter en esa situación a Alma. En ese momento, escuchó la manija de la puerta del baño. Salió Alma envuelta en su bata de toalla. Se levantó desnudo de la cama y se dirigió directamente a ella. La beso con pasión contenida, en la boca. Sintió la frescura de la pasta de dientes…

—Demasiado tiempo sin saborearte, pequeña. Este adicto no puede separarse demasiado de ti, lo sabes… Mmm, me has hecho trampa, te me has lavado los dientes y he perdido tu sabor. —Miró con una sonrisa pícara a Alma, ella le devolvió la suya, cómplice—. Ahora deberé besarte tanto hasta lograr que tu sabor vuelva a ser el tuyo.

—Nada de eso, caballero. Se me va derechito a la ducha, se me baña y me lleva a desayunar, que ahora no puedo pensar en otra cosa que en una abundante comida matutina. Usted clavó esa imagen en mi cerebro, hágase cargo.

Paulo volvió a besarla con suavidad.

—Espero que no haya sido lo único que he clavado en ti, pequeña, o que sea lo único memorable —dijo riendo.

—Caballero, usted ha dejado en mí imágenes que no podré olvidar nunca, pierda cuidado. Pero el desayuno es importante en este momento si no quiere escuchar mis tripas quejarse.

—Uyyyy, nadie quiere que esas tripitas se quejen. Me baño rápido y bajamos. ¿Vale?

—Listo —dijo ella con una sonrisa, y lo besó rápido.

—Pero voy a necesitar esto —dijo Paulo al momento en que comenzó a tironear de la bata—. Además, te había advertido que no quería que cubrieras ese hermoso cuerpo con nada, excepto con mi piel —reiteró a la vez que la dejaba desnuda y aprovechaba a acariciar un hombro.

—Es cierto, usted lo había dicho. Pero ahora deberemos bajar, caballero. ¿Está dispuesto a que los demás hospedados en el hotel me vean como usted lo hace en este momento?

—De ninguna manera, este territorio —dijo mientras recorría el cuerpo de Alma con sus manos— es solo mío. Nadie, hombre, mujer ni animal, tiene derecho a posar sus ojos sobre lo que es mío. *My lady*, tiene mi permiso para cubrirse, pero será absolutamente temporal, se lo advierto. —Paulo le dio un beso en la punta de la nariz y se giró para entrar al baño. Dio dos pasos y vio en el piso el vestido de Alma; se giró nuevamente—. Pequeña, si te parece, podemos pedir el desayuno al dormitorio. Lo digo porque no tienes otra ropa, solo ese sugerente vestido de noche —comentó con una sonrisa.

—Tenés razón, no lo había pensado. Llamo entonces y pido a la habitación, ¿te parece?

—Me parece perfecto —coincidió Paulo complacido—. Así no deberás taparte y podré desayunar con mi paisaje favorito. —Alma se acercó a la puerta del baño, lo abrazó y le dio un beso en la mandíbula.

—¿Y cuál es ese paisaje? —dijo sonriendo a su vez.

—Es un país poco explorado, tiene una cordillera impresionante, un valle profundo y una frontera posterior que te deja sin aliento. —Paulo hablaba a la vez que iba acariciando los pechos, el abdomen, la vagina y la cola de Alma; ella tenía una sonrisa dibujada en el rostro —. Es increíble ver el sol reflejado sobre su superficie… realmente

tentador.

—Qué hermosa descripción, mi caballero explorador, y dígame, don Magallanes, ¿está dispuesto a cruzar los tempestuosos mares del olvido y del temor para conquistar ese país inexplorado? ¿Está dispuesto a enfrentar todos los peligros?

—¿Y qué clase de explorador sería si no estuviera listo para todo ello, mi bella dama? Creo que la recompensa bien lo vale, ¿no lo cree así? —La apretó contra su cuerpo, sintiendo que la erección volvía a crecer y lo ponía en evidencia.

—Estoy segura de que usted ya ha evaluado los pro y los contra en tamaña empresa. Seguramente debe valer la pena.

—No lo dude, *my lady*. Lo vale —dicho eso, le plantó un beso profundo en la boca. No podía separase de ella. Alma respondió con la misma pasión y, de pronto, se escuchó el sonido del estómago de Alma —. Este caballero está maltratando a su dama, la está matando de hambre y eso es inaceptable, no solo de amor vive el hombre, ¿verdad?

—Se lo había advertido, caballero, mi estómago sigue estrictas reglas de horarios. —Cambió el tono formal a uno menos circunspecto y mostró el rostro sonrojado—: Dale, metete a bañar, que yo pido, ¿te gusta más lo salado o lo dulce para desayunar? —Lo besó a modo de despedida y se giró para tomar el teléfono.

—De desayuno me gustas tú, hermosa, pero si tengo que tener otra cosa en la boca, además de ti, prefiero algo salado.

—Listo…

Paulo cerró la puerta y comenzó a bañarse. Alma se acercó al aparato y levantó la carta que se encontraba al lado. Pidió dos cafés con leche, dos jugos de naranja, medialunas y unos sándwiches tostados.

Alma necesitaba ponerse algo, en un momento tocarían a la puerta y no podía recibirlos desnuda. Abrió un cajón de Paulo y eligió una camiseta. Era inmensa, pero la tapaba. Se puso su ropa interior. Tomó un short de ejercicios y también se lo puso. Parecía disfrazada, pero al menos estaba decente. Encendió el televisor y buscó el informativo que veía cada mañana. Unos minutos más tarde se escucharon unos leves golpes en la puerta, seguido de una voz masculina que dijo: «Servicio a cuartos». Se dirigió a la puerta.

Cuando Paulo terminó de bañarse, se secó rápidamente el cabello y el cuerpo con un toallón. Salió desnudo, cubierto a la altura de la cintura, descalzo y sacudiendo la cabeza para extraer hasta la última gota de humedad. Cuando abrió la puerta, la imagen lo dejó en silencio: Alma sentada sobre la cama, con las piernas cruzadas como

chino, miraba la televisión. La vio muy distendida, cómoda, en su espacio. En su cama, con su camiseta y su short. Alma parecía una extensión suya, todo se sentía cotidiano, relajado.

Ella giró la cabeza al sentirse observada y, de manera automática, sonrió. Paulo parecía un adonis, un dios griego. Su cuerpo trabajado, sus brazos fuertes, su abdomen plano y marcado. La toalla se ceñía de manera perfecta a sus caderas, seductoramente… Alma sintió una punzada en su clítoris. No podía creerlo, hacía menos de cincuenta minutos había estado gimiendo en los brazos de ese hombre y ya estaba preparada para hacerlo de nuevo. El rostro de Paulo era hermoso, con la piel algo enrojecida por el calor del agua de la ducha, la barba incipiente, las pestañas oscuras y abundantes, las pupilas intrépidas, la boca… Dios, esa boca tan atrayente… El cabello le caía desordenado y mojado sobre la frente y los ojos. Hacía movimientos enérgicos para secarlo. Alma lo miraba obnubilada. Él la sacó de su ensimismamiento.

—¿Le gusta lo que ve, *my lady*?

—Absolutamente, *my lord* —respondió Alma saliendo del mutismo —. Ya trajeron el desayuno, ¿dónde comemos?, ¿vamos hasta la mesita? —consultó ella señalando el espacio de *living*.

—No, este espacio, en el que estás sentada, es nuestro, se siente apropiado, ¿no te parece, pequeña? Cuando salí y te vi ahí sentada —Paulo se fue acercando y la miraba directamente a los ojos. Se apoltronó muy cerca—, lo sentí tan natural, como si hubiésemos estado juntos durante muchísimo tiempo. Quedémonos aquí, aquí eres indiscutiblemente mía. —Terminó de acomodarse al lado de Alma y tomó su mentón con la mano derecha, la miró intensamente y la besó.

—Dale, así me siento, Paulo. Totalmente libre y sin trabas. Me hiciste sentir tan bien, tan natural. Me parece una idea buenísima. —Ambos se sonreían.

—Y si a lo dicho le agregas que llevas puesta mi ropa, creo que nunca me gustó tanto esa sudadera ni esos shorts —acotó Paulo riendo.

—Ayyy, perdón, tuve que abrir unos cajones para sacar algo de ropa. Iban a traer el desayuno y estaba desnuda. Pero te juro que solo saqué lo primero de la pila, no estuve revisando ni chusmeando —se excusó Alma con las manos extendidas al frente, como a la defensiva.

—Tranquila, pequeña, que no me ha molestado en lo absoluto. Me encanta verte con mi sudadera, te siento más mía aún. —La calmó al tiempo que la estrechaba. Le dio un beso en la punta de la nariz y luego se acomodó a su lado para desayunar.

Ambos tomaron sendos cafés con leche y un tostado. Empezaron a

comer: Alma dio un sorbo grande a su café y cerró los ojos para saborearlo.

—Mmmm, Dios, cómo me gusta el café expreso, tiene un sabor tan intenso —dijo Alma abriendo los ojos lentamente.

—Es verdad, pequeña, el café de este tipo de máquina es muy sabroso. También lo disfruto mucho. Deberías comprarte una máquina para tu casa, puesto que te gusta tanto. No creo que esté demasiado cara, ¿no?

—Me encantaría, pero la última vez que averigüé estaba bastante carita y yo tenía otras prioridades. Igual que ahora, si mi horno para vidrio no funciona, deberé gastar en el arreglo o en comprar uno nuevo. Así que mi cafecito expreso deberá esperar.

—¿Tan caros están los electrodomésticos aquí, en Argentina? En España, creo que están más accesibles.

—Sí, acá, con el tema de las importaciones, muchos no entran o tardan demasiado en hacerlo. Lo mismo para su reparación. Hay marcas que no tienen repuestos actualmente. Una de mis amigas tenía que comprarse una licuadora y no sé qué cantidad de tiempo debió esperar para que entrara.

—Pero ¿y el mercado interno? ¿No hay nacionales?

—Hay, pero no de todas las clases, y la mayoría no son buenos. Los que sí lo son desaparecen de las góndolas. Está bastante difícil.

—Pues, en verdad, no recuerdo que mis primos o tíos me hayan contado antes esto. Convengamos que mi tía tiene una casa armada con todos los electrodomésticos andando, pero estoy seguro de que ha necesitado reparaciones.

La conversación fluía y ellos iban terminando el desayuno. Cuando ambos lo hicieron, Paulo tomó la bandeja, la depositó en la mesita de café cercana y ambos se tiraron en la cama, perezosos.

—Tengo algo para ti, pequeña —dijo Paulo de la nada.

—Epa, epa, me encantan las sorpresas, ¿qué podrá ser? —respondió Alma como una niña.

—No es nuevo, pero es algo que te había prometido y que es muy importante. —Alma lo miró intrigada. Paulo se levantó y trajo a la lecho un paquete cerrado con un papel de seda color morado. Alma lo miró con la pregunta en los ojos—. Ábrelo, pequeña. —Alma lo hizo, no desgarró el papel, lo desenvolvió sin romperlo, odiaba desgarrar los empaques. Cuando la envoltura dejó ver el interior, descubrió un marco rectangular de cuero negro, con los bordes cosidos. Detrás del vidrio se encontraba la página del primer tomo de *Don Quijote*, la que tenía la dedicatoria de su madre. Se había vuelto un poco amarillenta, los bordes habían sido recortados a modo de pergamino.

—Paulo… —la voz de Alma se quebró, los ojos estaban repletos de lágrimas.

—Vamos, pequeña, que no me gusta verte triste, verte llorar me parte el corazón. No llores, ¿vale?, pensé que ibas a alegrarte —dijo Paulo a la vez que se acercaba a ella, se sentó a su lado y tomó sus manos entre las de él.

—No son lágrimas de tristeza, son de emoción. Cuando vi el libro, creí que no era posible recuperarlo, digo, yo puedo volver a comprar un *Don Quijote de la Mancha*, pero nunca iba a recuperar esta hoja, que es lo que lo hace único y de un valor incalculable. La dedicatoria de mi mamá. Nunca pensé que pudieras hacerlo y, además, tan rápido. —Lo abrazó fuerte—. Gracias, esos trazos en tinta azul son una de las pocas cosas que me quedan de ella. —Los ojos volvieron a colmarse de lágrimas que, de modo silencioso, rodaban por sus mejillas—. Tengo fotos, algún vestido, tenía algunos libros, pero esta dedicatoria me la escribió a mí, solo para mí, fue después de una discusión tonta de adolescente. Ella me dio su Quijote. Gracias, gracias, gracias —repetía Alma a la vez que lloraba y besaba en todo el rostro a Paulo.

—Bueno, bueno, pues creo que voy a hacer más seguido esto de darte sorpresitas, puesto que me gustan mucho estas recompensas —decía Paulo sorprendido—. Venga, pequeña, ya no llores, ahora dime… ¿qué planes tienes para hoy?

—Eh, a ver… dejame pensar —comentó Alma a la vez que se sentó en el regazo de Paulo. Se limpió con un pañuelo descartable que Paulo le pasó de la mesa de noche, se sonó la nariz y luego lo miró—. Veamos, por ahora creo que nada. Debo ir a casa de mi papá y abuelos a dar señales de vida, ir un ratito a lo de mis amigas y comunicarme con los clientes que esperaban sus encargues para la semana que viene, porque no creo que pueda cumplirles. Debería ir a casa para poner a prueba el horno. Ya estuvo secándose al sol más de 24 horas. ¿Creés que esté en condiciones de enchufarlo ya?

—En verdad, pequeña, no creo que sea conveniente. Según tu vecino Eduardo, deberías estar plenamente segura de que se han secado todos los circuitos interiores. Lo dejaría secar por lo menos dos días más.

—¿Sí? ¿Tanto? Bueno, más aún tengo que comunicarme sí o sí por los pedidos, estoy segura de que para el lunes, aunque funcione, no llego a hacer la cantidad de piezas encargadas. La casa de sushi me había reservado diez fuentes rectangulares individuales con sus diez cuencos para la salsa de soja, y doce fuentes, de las grandes, con sus doce cuencos grandes. No llego. Tenía cortados los vidrios y me faltaba pintar unos pocos, pero son los vidrios rotos que encontramos

en mi patio. Así que tengo que empezar de cero y luego hornear. Y el horneado lleva bastante tiempo por las mesetas que tengo que hacerle.

—Pues, si mis manos te sirven, princesa, estoy a tu disposición. Entre dos, el trabajo se hace más rápido y más divertido.

—Gracias, Paulo. Tu ayuda seguramente me vendrá bien. Pero solo vas a poder pintar, para cortar debo hacerlo yo. Dale, cuando tenga todo, te aviso y te explico la técnica de goteado para pintar en vitrofusión.

—Bien, así que hoy debo entregarte primero a tu padre y luego a tus amigas, ¿podré volver a verte? Ya sabes, la adicción no me permite estar tanto tiempo sin ti —dijo con cara suplicante. Alma levantó su mano derecha y la apoyó en la mejilla de Paulo, lo acarició suavemente.

—Sos tan hermoso y dulce. Sí, podemos vernos, pero seguramente deberé pasar la noche en casa de mi papá. Ya ayer, cuando le dije que no iba, se enojó un poquito. Esto de la inundación lo hizo volver a la época de mi adolescencia, donde se sentía absolutamente responsable de mí.

—Entiendo, aunque me gustaría tenerte de nuevo en mi cama. Quisiera que no te fueras nunca de ahí.

—Mirá, hagamos una cosa. Hoy voy a lo de mi viejo y trato de explicarle algo de esto y de decirle que ya quiero volver a mi casa, y tal vez mañana vos puedas quedarte a dormir en mi cama, ¿qué te parece?

—Mientras signifique tenerte entre mis brazos, pequeña —Paulo hablaba y la iba rodeando—, cualquier idea será bien recibida. Alma, deberás cambiar el colchón de tu cama. Estuvo totalmente sumergido, varias horas. Por más que se seque, estará repleto de bacterias.

—Sí, tenés razón. Bueno, eso es otro tema que deberé resolver hoy. ¿Vamos saliendo? ¿Te parece? Así paso por mi casa y abro las ventanas para que se airee un poco. Luego me podrías dejar en lo de Pato, ahí tengo ropa. Si regreso a la casa de mi papá así, creo que le va a dar un infarto. —Y rieron.

—Dios me libre y me guarde… Vamos, pequeña, ponte ese vestido de infarto así te puedo regresar a la calabaza.

Ambos se levantaron; Paulo primero, se puso de pie y le tendió la mano a Alma. Ella se elevó y quedaron juntos, de pie. La abrazó con firmeza y luego la besó. Fue soltándola sin ganas.

—Plan B: ¿y si nos quedamos encerrados todo el día y la noche haciendo el amor hasta estar exhaustos? —propuso Paulo sin querer dejarla ir del todo.

—Me encantaría, es muy seductor ese plan, pero temo que mi

padre, el rey de los dramas, envíe a toda la caballería si no doy señales de vida, *my lord*.

—¡Diantres!, tiene usted razón, *my lady*. Pero le advierto que el plan B se convertirá en A en cualquier momento, me encargaré de preparar el secuestro y mantenerla ocupada, princesa.

—Y seguro lo voy a disfrutar tanto que ya no puedo esperar a que eso suceda.

Paulo la soltó y ambos se vistieron. Ella se puso nuevamente su vestido de noche. Él, un *jean* y una remera ajustada color negra. Ambos tomaron sus abrigos, se miraron antes de dejar la habitación y salieron.

En el ascensor iban tomados de la mano, Paulo le acariciaba el dorso de la de Alma con su dedo pulgar. Ninguno hablaba. Los dos en silencio, se miraban con una sonrisa dibujada en el rostro. Bajaron, Paulo entregó la llave de su habitación al conserje y fueron en busca del automóvil que estaba en la cochera. Subieron y salieron con rapidez. Alma sacó de su cartera su celular y vio que tenía una llamada perdida de su padre, varios mensajes de Pato y uno de Amanda.

4 de abril

## 23:01

Almi, ¿cómo va todo con Paulo? ¿Te sentís cómoda? Avísame si te quedás con él, así me quedo tranqui.

5 de abril

## 01:30

Almi, me tenés preocupada. ¿Podrías decirme si está todo bien? Te quedás con él, seguro.

5 de abril

## 06:43

Almi, estoy como loca. Decime que estás bien. Estoy tan

nerviosa que la llamé a Amanda. Me atendió, re dormida, y me dice que seguro pusiste el celular en silencioso. Que no te pasó nada. Que soy insoportable con mis miedos. Por favor, en cuanto puedas, enviame algo.

5 de abril

# 06:48

Almita, la pesada de Pato está preocupada. Llamala o mandale algo. Yo le dije que seguro pusiste el celular silencioso para que las hinchapelotas como ella no te rompan mientras estás ensartada por el mástil español… A propósito… ¿la tiene grande? Decime que sí… con esas manos y esos pies, no puede fallar. La tiene que tener enorme y sabrosa… Decime que la probaste. Besote.

Enseguida largó la risa. Paulo, que estaba en silencio mientras manejaba, la miró desconcertado.

—¿Qué te hace tanta gracia, pequeña?

—Nada, es que tengo varios mensajes de Pato y uno de Amanda, pero el de Amanda vale por diez. —Y continuó riendo.

—La rubia es muy ocurrente, ¿no? Me divierten mucho sus salidas extrañas.

—Sí, la rubia, como la llamás vos, es muy ocurrente. Es su mecanismo de defensa para tapar un alma que soportó mucho. Más adelante te contaré su historia, Amanda sufrió bastante, y ese carácter que tiene es su manera de sobrevivir.

—Pues estaré esperando esa historia, debe de ser de todo menos aburrida.

—Así es. Esperame que les voy a responder así se quedan tranquilas.

Primero, le escribió a Pato:

Amiga, tranquila, estoy bien, estoy con Paulo. La pasé de diez. Estoy camino a tu casa con él. ¿Estás ahí o te fuiste a trabajar? Tengo que ponerme mi ropa para volver a lo de mi papá.

Pulsó *Enviar* y comenzó a escribir el de Amanda.

Amiga, sos terrible. Estoy bien, la pasé genial. Sí, lo probé, después te cuento. La tiene… Para darte envidia, te diré que la tiene gigante y la sabe usar bien. ¿Y vos, amiga? ¿Cómo te fue?

Alma escribía y sonreía pícaramente, imaginaba la cara de Amanda al leer. Alma nunca hablaba en esos términos, así era Amanda. Pero Paulo había despertado en ella un lado desconocido, donde la vergüenza no existía.

Estoy yendo a lo de Pato con él. Si podés, andá para allá y les cuento a las dos. Ayyy, amiga, este hombre me encanta… demasiado…

Antes de pulsar *Enviar,* escuchó el pitido característico de entrada de un mensaje. Envió el de Amanda y leyó el que había llegado. Era de Pato.

Almita, me vuelve el corazón al cuerpo. Estaba re preocupada. Venite, estoy en casa. En la escuela siguen suspendidas las clases por la inundación.

A los pocos segundos sonó otro mensaje, de Amanda.

Estoy saliendo, dame unos minutos para despertarme bien y voy para allá. Quiero detalles, nena. Yo la pasé bomba, ya te cuento en lo de Pato. Kisses.

Levantó la vista del celular y miró a Paulo. Estaba serio pero con gesto relajado. Manejaba concentrado. En ese instante, giró la cabeza y la vio observándolo:

—¿Qué sucede, princesa?

—Nada, nada. Las chicas. Pato está en su casa, así que nos espera.

—Alma, yo debo empezar la investigación. Mi primo Germán quedó en contactarme con alguien en YPF para hablar sobre las compuertas y la posible explosión de la destilería. Y, por otro lado, debo ver a algunas personas del gobierno municipal. Este tema de la inundación voy a seguirlo hasta las últimas consecuencias. ¿Sabías que el intendente local posteó en Twitter que estaba ayudando a los afectados, cuando en realidad se encontraba vacacionando en Brasil?

—¿Qué? —Los ojos de Alma se agrandaron por la sorpresa—. No te puedo creer… ¡Qué trucho! ¿Para qué hacer una cosa así? ¿Qué sentido tiene?

—Evidentemente, para él se juegan cuestiones políticas importantes, pero ahora, con esto, pues creo que se le ha puesto difícil. Es casi imposible levantar eso, es un suicidio político. Debo ponerme al habla con algunas fuentes. Así es que te dejo en casa de Pato y parto a trabajar. Seguimos en contacto por teléfono, ¿vale?

—Dale. Yo veo si hoy puedo resolver lo del colchón y hablo con papá.

Fueron directamente hasta la casa de Alma, abrieron las ventanas, dejaron entrar el sol. Volvieron a sacar el colchón al patio y algunas cosas que aún necesitaban secarse. Alma se acercó de nuevo a su horno, lo inspeccionó por dentro.

—Ojalá mañana pueda conectarlo. Hoy se ve seco, pero le voy a dar un día más, como vos me dijiste.

—Perfecto, Alma. Recuerda lo que dijo Eduardo, que la mayoría de los electrodomésticos que se mojan hay que dejarlos secar de manera natural. Si se secan completamente, antes de volver a recibir electricidad, tienen muchas chances de encender. Mantengamos los dedos cruzados para que así sea —dijo a la vez que realizaba la acción.

—Ojalá se cumpla. Este horno es mi vida.

Una vez que dejaron todo preparado para que se aireara, siguieron camino a la casa de Pato. En la puerta, Paulo estacionó el vehículo, pero no detuvo el motor. Se acercó a Alma y la besó.

—Te voy a extrañar todo el día, Alma. Estoy seguro —dijo entre besos.

—Yo también. Todavía no te fuiste y ya siento que te extraño… —contestó Alma con voz algo melosa. Se abrazaron fuerte y luego se dieron un beso intenso de despedida.

—Si no te bajas del automóvil en este instante, pasaré al plan B de inmediato. Lo que significará problemas con tus amigas, tu padre y mi trabajo. Anda, ala, ala. Vete ya, antes de que me arrepienta.

Alma abrió la puerta y se bajó. Cerró de un golpe seco y luego se asomó por la ventanilla:

—Chau, bonito. Esta noche nos comunicamos. Extrañame.

—Hasta la noche, belleza. Ocuparás mi mente todo el día. Piensa en mí tú también.

—Obvio. —Alma acercó su mano a través de la ventanilla y tocó la de Paulo. Se giró, sin ganas, y comenzó a caminar hacia la casa de Pato. Tocó el timbre y, en segundos, se escuchó el pitido que

destrababa la puerta de entrada. Se giró, lo miró con carita triste y entró.

Paulo puso primera y arrancó, el hecho de estar lejos de Alma lo ponía de un humor de mil demonios. Sacó mentalmente la cuenta de las horas que iba a estar sin ella y se insultó para sus adentros… «No soportaré estar tanto tiempo lejos». Pero debía organizar lo que iba a decirles a su madre y a María de los Ángeles, y tenía que empezar su investigación tal y como le había dicho a Alma. Estacionó y pensó bien lo que el discurso que usaría con su madre. Sacó el móvil y digitó su número. A la segunda llamada, ella atendió.

—*Aló, mi niño. ¿Cómo has estado? ¿Qué es lo que te está pasando, Paulito?* —El tono de su madre siempre lo tranquilizaba.

—Hola, hermosa, estoy bien. Creo que nunca he estado mejor en mi vida. ¿Tú cómo estás? —dijo Paulo evadiendo el tema.

—*Mira, niño, que tú sabes perfectamente que mi estado depende del tuyo. Me has dejado preocupada. ¿Eres el mismo Paulo que se fue de Madrid pensando en mudarse con su novia al regreso de Argentina?* —Directa al grano, Valentina.

—Soy un Paulo nuevo, madre. Es decir, soy físicamente el mismo, pero mi vida ha cambiado. Esta inundación me ha cambiado la vida.

—*Estoy confundida, hijo. ¿Qué ha pasado para que haya producido ese cambio?*

—No seas ansiosa, Valentina.

—*No es que yo sea ansiosa, hijo, es que tú estás siendo deliberadamente lento, joder, niño. Habla claro.*

—Bien, tú sabes lo que siento por María de los Ángeles. Nadie me lee como tú. Sabes que la quiero muchísimo, pero que siempre he sentido que me faltaba algo. De hecho, por ese motivo no he intentado casarme con ella.

—*Sí, aunque es la primera vez que lo reconoces. He sentido durante mucho tiempo que no te completaba, pero tú siempre insistías que era la única mujer con la que funcionabas bien, hijo. ¿Qué te ha hecho ver esa parte que te falta?*

—Otra mujer, madre, una que me hace sentir completo. Una que no deja espacio en mi cabeza para pensar en nadie más. —Valentina no respondió, se quedó en silencio—. ¿Estás ahí, mamá? ¿Se ha cortado?

—*Perdón, hijo. Aquí sigo. Es que tus palabras, tu vehemencia me han sorprendido. Nunca te escuché hablar así de ninguna mujer. Explícame.*

—Es un sentimiento… No puedo explicarlo, mamá. Es tan grande, siento que el pecho va a explotar. No puedo dejar de pensar en ella, siento que debo protegerla de todo y todos. Me siento un energúmeno

cuando la tengo cerca, quiero matar a todo el que la mira, y te advierto que son muchos, porque es hermosa. Siento una extraña sensación en el pecho y en la boca del estómago, una opresión… Alma me tiene encadenado. No puedo pensar en nada, solo en tenerla conmigo. No logro concentrarme ni siquiera para trabajar.

—*¿Alma? ¿Así se llama? Alma, Alma… un nombre con mucha fuerza, un nombre con mucho simbolismo. Necesito que me averigües su fecha de nacimiento y la hora, hijo. Debo hacer su carta natal. Dios mío, hijo, jamás te he escuchado hablar así de ninguna mujer. Sé que lo que sientes debe de ser muy grande, puesto que lo estás hablando conmigo y no con tu compinche Borja.*

—Ya lo he hablado con él, mamá. No te enfades, por favor. Le telefoneé ayer. Me ha dicho lo mismo que tú. Que nunca me ha visto de esta manera, pero bueno, tú también sabes lo que él siente por María de los Ángeles. Le he pedido que me ayude a resolver esto con ella y pues… lo que me ha aconsejado no me parece bien.

—*Ya imaginaba yo que no tenía la exclusiva. Ese Borja siempre se lleva la primicia. Sí, sé lo que siente, lo hemos hablado en más de una oportunidad, pero dime, ¿qué es lo que quieres hacer con María?*

—Mamá, después de Alma… nada es igual, nada puede seguir igual. Ella no sabe de la existencia de María de los Ángeles. Es decir, sabe de ella, pero cree que, técnicamente, ya estamos separados.

—*¿Técnicamente? ¿Y quién le ha dicho eso?*

—Yo. Quise decirle la verdad, pero sé que si supiera que aún no he cortado con María, ella desaparecería. Y si algo no quiero en esta vida, es perderla.

—*Ayyy, hijo, las mentiras tienen patas cortas. Sé que el temor a perderla puede hacer que digas o hagas cosas impensadas, pero deberás reflexionar una manera de decirle, con el tiempo, la verdad. Tal vez se enoje, pero el hecho de que se lo hayas dicho tú minimizará el enojo.*

—Pues no será ahora, mamá. Te lo aseguro. No tengo aún los cojones. Creo que si se aleja de mí me volvería loco.

—*Ayyy, mi niño, nunca creí que podrías decir todo esto así. Te escucho y oigo a tu padre cuando me hablaba en los tiempos de nuestro noviazgo. Necesitaba convencerme de que me quedara con él, que no me alejara, imagínate que yo vivía del otro lado del mundo. Sentía que me perdía cada vez que yo viajaba a ver a mi familia.* —La voz de Valentina se empezó a oír acongojada y, en un momento, se quebró—. *Paulo, mi niño, es que te han tocado el corazón.*

—Mamá, no llores. No me hagas esto. Estoy a miles de kilómetros y no puedo calmarte. Sabes que me pone mal escucharte llorar.

—*Hijo querido, son lágrimas… Estoy feliz por ti, te escucho y me*

*recuerdas tanto a tu padre.*

—Pues enhorabuena, mamá. Soy su hijo, algo debías ver en mí que fuera de él, ¿no?

*—Siempre me lo recuerdas, hijo. Tus ojos son los suyos, tu pasión, tus ideales, tu fuerza, todo tú eres igualito a él. Pero hoy me recordaste al hombre que me enamoró, y eso me emociona aún más.*

—Pues me alegro… creo. Mamá, necesito que me ayudes con el otro tema. No sé cómo encarar la situación con María de los Ángeles. No quiero hacerla sufrir, pero después de sentir todo esto, aunque lo mío con Alma no prospere, que espero que eso no ocurra, no podría volver con ella. No sería justo para ella ni para mí.

*—Paulo, ¿estás muy seguro de hacer esto? Ambos sabemos que le romperás el corazón, aunque se lo digas con todo el tacto del mundo. Ella te ama, es evidente. Esto será un dolor terrible.*

—Lo sé. Por eso es que no sé cómo hacerlo. Quería hablarlo personalmente, pero no puedo viajar aún por el trabajo, pero sobre todo por Alma, no puedo alejarme. A la vez no puedo continuar en esta situación que lastima a María de los Ángeles y es una potencial causa para que Alma me deje.

*—La situación ideal, hijo, sería hablar personalmente. Pero visto lo que sientes y lo que me indicas, habla con ella lo antes posible.*

—Sí, esta noche la llamaré por Skype.

*—Bueno, es un medio de comunicación un tanto más personal que el teléfono. Al menos os veréis las caras.*

—¿Qué le digo? ¿Qué frases uso y cuáles crees que no debería ni pronunciar?

*—Pues, déjame ver… Yo empezaría diciéndole las buenas características de María y lo que te unió a ella todo este tiempo. No marques sus defectos. Habla acerca de la pareja y de lo que no funcionó como par. No menciones a Alma. Y si te pregunta si hay alguien más, lo niegas rotundamente. Esto debe venir de tu reflexión, de su alejamiento y de una toma de perspectiva.*

—¿Pero no sería bueno si le digo que hay alguien más? Digo, tal vez eso le dé la imagen completa de que no hay nada más por hacer. Sé que eso la lastimaría mucho, pero decirle que la dejo tendrá el mismo efecto.

*—No, de ningún modo. Cuando a una mujer le dices que hay otra mujer, se establece una batalla, una competencia. Sentirá que ella te embrujó y que aún puede recuperarte. No hay nada que le digas que la convenza de cejar en su lucha. Ahora, si lo que los separa es algo de la pareja, algo en lo que no pueden compatibilizar, es doloroso, pero no hay nada que hacer.*

—*Okey*. Tienes razón, viéndolo de ese modo, puede que tu razonamiento sea el correcto.

—*No le digas ninguna de las frases más conocidas de los rompimientos: «No eres tú, soy yo» o «Estoy confundido». Cuando un hombre usa una de esas frases es que hay otra mujer rondando.*

—¡Mierda! Era exactamente lo que me había dicho Borja. Qué suerte que te he llamado entonces.

—*Dios, sois tan predecibles los hombres. Ese Borja ha terminado con todas sus mujeres del mismo modo, y así va por la vida, sembrando rencores de mujeres despechadas. Hazme caso, niño. Habla claro en todo lo demás, pero oculta a Alma. Bien sabes que con una charla esto no acaba. María de los Ángeles necesitará más explicaciones y deberás atenderla las veces necesarias. Cuando las cosas estén claras y no tenga más cuestionamientos, deberás dejarle en claro que, por su propio bien, no la verás por un largo tiempo, para que ella pueda hacer el duelo. Y seguramente intentará contactarte con cualquier excusa. Pero tú, nada. No respondas. Y designa a alguien de aquí como representante para buscar tus cosas.*

—Dios, mamá. La cabeza me da vueltas. No puedo creer que todo termine de esta manera con María de los Ángeles. Pero debo hacerlo.

—*Anda, niño, tómate tu tiempo. Piensa bien lo que vas a decirle. Arma un listado de frases para que en el momento no te olvides de decir nada y, sobre todo, sé terminante. ¿Estás decidido?* —preguntó Valentina, intentando identificar alguna señal de titubeo.

—Sí… —dijo luego de un corto silencio—. No hay vuelta atrás. Lo que siento por Alma es distinto a todo y debo apostar mi vida a por ello. No podría besar a María de los Ángeles pensando en Alma. No sería justo con ella y me sentiría un cobarde sinvergüenza.

—*Bien, entonces está dicho. Debes hacer lo que debes hacer. Hijo, me llamas si necesitas consuelo o más consejos. Sabes perfectamente que en mi corazón no hay distancias y tú siempre lo ocupas todo. Estoy aquí para ti.*

—Te amo, mamá. Eres una reina. Eres todo para mí.

—*Bueno, todo, lo que se dice todo, no, ahora debo compartirte con Almita, ¿no?*

—Es cierto, pero sigues siendo mi reina. Espera a conocerla. Te encantará, estoy seguro. Es tan bella, tan buena gente. Y ha sufrido tanto… Solo quiero darle felicidad.

—*Qué hermoso escucharte hablar así. Ya tengo muchos deseos de conocerla. ¿Cómo es? Dime.*

—Es bella, alta, con unas curvas increíbles, tiene el cabello marrón rojizo y unos ojos verdes que me pierden. ¿Recuerdas aquel cuadro que tanto me gustó cuando fuimos al museo?

*—Sí, sí. Lo tengo muy presente. Ofelia, de Hamlet. Se suicida y su cuerpo es arrastrado por la corriente entre flores y hojas. La recuerdo, y tengo en mi memoria que tú te quedabas mirándola por horas.*

—Bien, la noche de la inundación, mientras trataba de no morir, Ofelia se dirigió directamente a mis brazos. La salvé. ¡Era Alma! Ella venía flotando en el agua de la inundación y su rostro se veía tan hermoso, tan sereno. No lo pensé, me arrojé al agua, debía saber si aún vivía. Parecía muerta. En cuanto la toqué, mamá, una electricidad me recorrió. Algo extraño. Estuvimos toda la noche hablando y dándonos calor. Sobrevivimos juntos. No puedo alejarme de ella. Ahora mismo la he dejado en casa de su amiga y ya siento que necesito tenerla nuevamente en mis brazos.

*—Ay, Paulito, realmente te has enamorado. Pero de una manera tan arrolladora que asusta, es como un vendaval de verano, hijo. Te arrastra y se lleva todo. Lo único que puedo decirte es que lo tomes con calma, así me sentí cuando conocí a tu padre. Sentí que me arrebataba la vida, que perdía toda mi individualidad porque lo necesitaba tanto que no podía vivir sin él. Pero cuidado, es solo una sensación. Debes cuidarte y cuidarla mucho, siguen siendo dos con sus individualidades. Deben acordar, conocerse, disfrutarse, no mezclarse. Dale su tiempo y tómatelo tú también, hijo.*

—Pues me resulta casi imposible. Ahora siento que la necesito.

*—Si no le das tiempo a la relación, será como un fuego. ¿Recuerdas en tus campamentos de niño? El tío te explicó que la fogata tiene sus técnicas, si armas un fuego sin control, se consumirá con rapidez. Si lo haces lentamente y teniendo el control, durará toda la noche. Debes vigilar la furia inicial y luego continuar alimentándolo día a día. Por desgracia, no tuve esa oportunidad con tu padre, me lo quitaron.*

—Siempre te digo lo mismo, mamá. Eres aún joven y hermosa. Debes darte la oportunidad de encontrar a alguien y darle a ese hombre la oportunidad de amarte.

*—Ala, niño. Que ya no estoy para las cosas del amor. Soy una vieja madre a la espera de nietos. Solo eso. Ala, ala. Me escuchas bien, habla con María de los Ángeles del modo que te aconsejé y luego me llamas para ver cómo tomó las cosas y qué quieres que yo haga desde aquí, ¿vale?*

—Vale, vale, mi reina, siempre me cambias de tema. Así lo haré. Hablaré con ella esta noche. Mañana te llamo. Te amo, hermosa.

*—Y yo a ti, guapo. Espero tus noticias.*

Paulo cortó la comunicación y se quedó pensativo. Una lista: debía empezarla. Dio marcha al automóvil, puso primera en la caja de cambios y salió con destino a su hotel mientras pensaba en la dichosa lista.

# Capítulo 12

Cuando Paulo la dejó en casa de Pato, Alma caminó hacia el cancel por la que había salido unas horas antes, con más deseos y esperanzas que en toda su vida. Regresaba, feliz y con nuevas esperanzas. A pesar de que intentaba por todos los medios calmar ese corazón que se le desbocaba en el pecho, no lo lograba. No quería hacerse demasiadas ilusiones ni planificar nada. La historia con Paulo era difícil por la geografía, pero era posible. Caminaba por el pasillo cuando la puerta de Pato se abrió bruscamente. Su amiga siempre fue una persona impaciente y la esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho, como una madre aguarda a su hija adolescente que salió y pasó la noche fuera.

—Mamá, quedate tranquila. Estoy sana y salva —dijo Alma haciéndose la graciosa.

—¡¡Ayyy, nena, me mataste del susto!! —Enseguida la abrazó—. Me tenés que contar todos los detalles. Amanda está llegando. Entrá, dale. —Una vez dentro, Pato cerró detrás de ellas y continuó—: ¿Desayunaste?

—Sí, Patito. Nos llevaron un flor de desayuno a la habitación de Paulo, pero igual te digo que unos mates me tomaría. Tengo que ir a almorzar a lo de mi viejo, así que solo unos mates.

—Dale, sentate. Ya preparo. —Pato se dirigió a la cocina, puso la pava y preparó el mate. Alma buscaba su ropa para cambiarse—. Dale, Almi, contame algo mientras llega Amanda.

—¿Qué te puedo contar? —bromeó Alma haciéndose la distraída.

—No te hagas la inocente, amiga, dame detalles, como dice Amanda.

—Ayyyy, Patito, no sabés lo lindo que es. Un dulce. Re atento. Me tuvo mucha paciencia, fue muy despacio, pero yo estaba tan enganchada que casi no le di tiempo a él.

—¿En serio, amiga? No te hacía tan apurada, es como si todo este tiempo cerca de Amanda te hubiera hecho efecto ahora, ja, ja, ja. —Ambas rieron—. ¿Adónde fueron a cenar? ¿Te llevó a un lugar lindo?

—Hermoso, me llevó a Puerto Madero. Un lugar increíble. Yo no lo conocía. Tenía pinta de caro. Pero no sé cuánto pagó porque no me dejó ni siquiera ver la cuenta.

—Ahhhh, un caballero. Como los de antes, diría mi abuela.

—Sí, eso me molestó un poquito. Vos viste que eso de la cuestión arcaica no me va mucho. Pero, bueno, la próxima salida pago yo. Espero que no vayamos a un lugar tan pituco o voy a dejar mi sueldo allí.

—¿Qué comieron?

—Yo comí salmón rosado con vegetales y él, bife de chorizo con papas. Tomamos un vino carísimo, pero tan rico… Y los postres ni te digo. Obvio, yo pedí mi clásico, *brownie* con helado. Él, una copa con mousse y varias cremas. Estaba exquisita y venía acompañada con un vino increíble, tenía un nombre gracioso. Ay, qué macana, no me acuerdo. Esperá que hago memoria… —Cerró los ojos para concentrarse—. Empieza con M… Mal… algo así, mal algo. —Alma seguía pensando.

—¿Malamado? Uyyy, es un vino dulzón, muy rico. Yo lo probé en el cumple del tío abuelo de Martín. Me encantó. Creo que era Malbec.

—Sí, ese es. También era Malbec, eso sí me lo acordaba. Ay, una exquisitez. Me encantó.

—Y sí, es una delicia. Che, ¿y qué te contó de su vida?

—Lo más importante, Pato, es que se separó de su ex antes de viajar a Argentina. Eso me cayó como un balde de agua fría.

—¿Antes de venir? O sea que hace unos días, nomás, estaba en pareja. Ay, Almita, qué cagada es eso. ¿Y cómo fue? ¿Quién dejó a quién?

—Estaban por irse a vivir juntos y él se sintió en la necesidad de evaluar si realmente la amaba.

—Ah, bueno, si te lo estás planteando entonces es que algo no andaba bien. Uno no se pregunta si ama o no a alguien, simplemente lo siente. Si te lo preguntás es que el sentimiento se fue y no te diste cuenta.

—Bueno, eso exactamente es lo que le pasó. Se llevaban bien, no peleaban mucho, físicamente eran compatibles, pero nada más. —Sintió celos de solo pensar a Paulo siendo pareja de otra mujer—. Se

dio cuenta de eso, de que si alguien intentaba seducirla, a él no le preocupaba. Y decidió hablarlo. No tengo más detalles. Solo que se pelearon antes de que él viajara. —Pato sirvió el primer mate y lo tomó ella. El segundo se lo dio a Alma.

—Amiga, esa mujer no lo va a dejar escapar así como así. Seguro le va a poner las cosas difíciles. Seguro pone palos en la rueda. Tenés que estar preparada.

—Pará, no te adelantes tanto. No sé cuánto va a durar esto, aunque te confieso que esa noticia me hizo dudar un poco. Pero bueno, él me aseguró que estaba seguro de lo que estaba haciendo, que es un adulto.

—Sí, entiendo. Pero creo que no es fácil cortar una relación y empezar otra. Hay que estar atentas.

—Sí, pero no quiero perseguirme, Patito. Me tengo que concentrar en lo que estamos viviendo, lo otro es accesorio, al menos para mí. —En ese instante sonó el timbre—. Esa debe de ser Amanda.

—Sí, tal cual, esperame. —Se acercó al teléfono del portero eléctrico y respondió—. ¿Quién es? Buenísimo, Amanda, ya te abro. Llegó. No, todavía no me contó lo jugoso, ahí te abro, ¡pesada! —Colgó, intentó abrir con el portero, pero no funcionó y se giró para mirar a Alma—. Ya vengo, Almi, está fallando el portero.

Salió rápidamente. Alma se puso a revisar el celular. Le había bajado el sonido y quería asegurarse de que no hubiese quedado ningún mensaje sin responder. Se dio cuenta de que en WhatsApp figuraba como que aún le quedaba sin leer un mensaje. Abrió y buscó. No se encontraba a primera vista. Era un mensaje de Lucas. Eran varios escritos, uno de la noche del diluvio y dos más de los días siguientes, donde preguntaba cómo se encontraba. La noche de la inundación él había intentado conectarse con ella y no había respondido. Él seguramente se había enterado de la inundación por los noticieros. Y en los mensajes posteriores se notaba su preocupación. Enseguida escribió un mensaje para calmarlo.

> Hola, lindo. Estoy bien. Quedate tranquilo. Estuve en medio de la inundación, pero gracias a Dios no me pasó nada. Estoy a mil porque perdí desde el celular hasta toda mi ropa. Recién ayer pude comprar otro aparato. Esta noche me conecto seguro, desde la casa de mi viejo, que es donde me estoy quedando. Mi casa quedó hecha pelota. Te mando un besote.

Amanda y Pato entraron ambas hablando como acostumbraban, dando voces y grandes gestos. Amanda se acercó a Alma.

—Dejame verte… Sí, la pusiste, nena, y cómo. ¡Mirá la sonrisa que te dejó el gallego! Te la puso, ¿o no, Almita? Síiii…, te veo la carita, nena.

—Callate, Amanda, dejate de decir guasadas —ordenó Alma. Amanda se acercó y se saludaron con un beso sonoro y un abrazo—. Dale, sentate que recién empezamos el mate.

—¿Qué me importa el mate a mí, Almi? Contá, que me muero. ¿Ya le contaste a Pato?

—No mucho, solo que fuimos a un restaurant en Puerto Madero y que antes de viajar a Argentina, Paulo estaba de novio y justo cortó —resumió Alma como al pasar. En ese momento le sonó un mensaje de WhatsApp a Alma. Ella bajó la mirada y comenzó a leer distraídamente.

—¿¿¿¿Qué???? —exclamó Amanda sorprendida—. Ah, no, lo mato. ¿Cómo que estaba de novio? ¿Muy de novio? Che, Almi, dame bola, ¿qué lees?

—Ehhhh, esperame un segundo, estoy calmando a Lucas. Tenía varios mensajes de él y nunca le respondí. —Escribió, luego levantó la vista, satisfecha—. Listo, ya le dije que seguimos a la noche, que estoy en una situación importante.

—Y sí, nena, ¿qué más importante que decirme cómo es eso de que estaba de novio? De nuevo, ¿muy de novio? De Lucas hablamos después.

Alma sonrió.

—Bastante, estaban por irse a vivir juntos.

—Ahhh, noooo, ¿este flaco sabe lo que está haciendo? ¿Y vos qué le dijiste?

—Nada, ¿qué querías que le dijera? Solo le pregunté si era oportuno empezar algo ahora, que si estaba seguro. Me dijo que sí, que sabía lo que hacía. Convengamos que si él no me contaba lo de su ex, podría no haberme enterado nunca, tiene un punto a su favor por ese tema. Digo, que me lo contara podría haberle jugado en contra y, sin embargo, me lo dijo.

—Sí, bueno, vos sabés que los tipos son re calentones, que no piensan. Tenés razón, decírtelo no lo ayudaba. Pero, bueno, no me gusta nada eso —analizó Pato.

—Bueno, dale. Desembuchá. ¿Cómo fue? —indagó Amanda, yendo directo al punto.

—Fue… increíble —dijo Alma pensativa, casi soñadora—. Fuimos a su hotel y en el ascensor ya empezamos a besarnos de un modo…

increíble. No puedo pensar otra palabra, chicas. Besa tan bien. Y me revoluciona tanto cuando me besa. El mundo desaparece. No puedo pensar. Solo sentir. Me nace una urgencia por sentirlo, no me puedo controlar.

—Ay, Almi, qué lindo —dijo Pato con las manos a los lados de sus mejillas.

—No la cortes, Patito. Vos callate y cebame un mate, que desde que llegué no me tocó ninguno —dijo Amanda mientras le daba el cuenco vacío para que Pato lo volviera a cebar.

—¿Cómo? ¿No era que no te importaban los mates? —dijo Pato haciéndose la ofendida, sirvió uno y se lo entregó.

—Dale, no seas mala. Vamos a escucharla —propuso Amanda poniendo cara de pedir disculpas.

Alma continuó:

—Él estaba como yo, creo. Me agarró con fuerza contra una de las paredes del ascensor y me apoyó. Estaba re duro. Y era… grande.

—¡Te lo dije! Te dije que con ese cuerpazo y esa altura la debía tener muy grande —gritó Amanda, y casi volcó el mate—. Dale, seguí, prometo quedarme callada.

Alma la miraba con cara divertida, pero indicándole que si no hacía silencio, no iba a continuar relatando.

—Dejame terminar. Ahí solo nos besamos mucho, nos tocamos, pero enseguida llegamos a su piso, así que paramos y fuimos a su habitación. Entramos y, en el momento, retomamos lo que habíamos empezado en el ascensor. Él todo el tiempo iba despacio, como dándome tiempo para que lo parara si no estaba cómoda. Pero él tenía la misma urgencia que tenía yo. Nos fuimos sacando la ropa, me llevó besándome hasta el borde de la cama y… —Alma se sonrojó y cortó su relato.

—Almita, estás toda colorada. ¡Boba, contá! ¡No me digas que tenés vergüenza! —dijo Amanda riendo.

—Pará, no necesita darnos todos los detalles si eso la incomoda. Lo importante es que lo haya pasado bien —reflexionó Pato, intentando calmar la curiosidad de Amanda.

—¿Estás en pedo, Patito? ¿El mate tiene agua o vodka? Quiero detalles —se volvió a Alma—, tiene que tener detalles más que jugosos. Esto es mejor que cualquier novela erótica que pueda leer.

Las tres rieron.

—Está bien, no tengo problema. Me cuesta hablar de esto, pero quiero contarles —dijo Alma tratando de superar su vergüenza—. Me… Paulo… me acostó y me besó todo el cuerpo, me sacó la ropa y, con sus labios y su lengua, bueno… me hizo tocar el cielo. Tuve un

orgasmo, chicas, nunca había sido tan fuerte. Sentí una explosión tan grande, y una necesidad automática de más.

—Ay, Almi, ese boludo de Mariano no te hizo gozar nunca como es debido. Evidentemente era un pelotudo completo, nena. Paulo es un machote, te tocó apenas y te derretiste. ¡Qué alegría, amiga! —lanzó Amanda, feliz.

—Es claro que Paulo y vos lograron esa conexión especial. Fijate el tiempo que estuviste con Mariano y jamás lograste soltarte y sentir de ese modo; y con Paulo, apenas te toca, te hace sentir placer —analizó Pato mientras recibía el mate de Amanda y volvía a cebarlo.

—Tienen razón, chicas, con Mariano tardaba mucho en llegar al orgasmo, era trabajoso, me sentía incómoda por momentos y siempre fueron orgasmos rápidos. Incluso nunca tuve la necesidad de repetir, no sentía ganas. Con Paulo, en cambio, estaba terminando y ya sentía ganas de tenerlo adentro de nuevo. Chicas, cuando se desnudó, creo que mi cara fue como la de la película *La Máscara* cuando se le cae la mandíbula, ¿recuerdan? —Las tres empezaron a reír—. No se imaginan el cuerpo perfecto que tiene. Todo marcado, fibroso. Unas piernas fuertes y largas. ¡Dios! Cuando vi el tamaño y el grosor del… —Alma señalaba su entrepierna—, casi muero.

—¿En serio? ¿Lo mediste? ¿Cuánto sería? —preguntó Amanda muy interesada.

—¡Amanda! Pero mirá que sos, eh. ¿Cómo se te ocurre? ¿Qué va a hacer Almita, sacar una regla en medio de la situación y medirlo? —respondió Pato algo enojada.

—No, pero hay otros modos de medir. Por ejemplo, cuando se la chupaste, ¿te entró toda en la boca? Si te sobró, ¿cuántos dedos te sobraban? —Amanda hablaba y hacía la imitación con su boca y sus manos para ser lo más explícita posible. Todas rieron con ganas.

—Me quedaban dedos, varios —dijo Alma ruborizándose.

—Nena, ¡es enorme! ¿Me estás jodiendo? —gritó Amanda sorprendida.

—¡Amanda! ¿No ves que está toda colorada?

—¿Y te entraba justa en la boca o quedaba espacio alrededor? —continuó Amanda, haciendo caso omiso a Pato.

—Justa —dijo Alma sin dar más detalles.

—Almi… —Amanda comenzó a darse aire con las manos, la sorpresa la había dejado atónita—. Realmente no puedo creer, es un tipazo hermoso, la tiene enorme, te hace vibrar. Nena, si no aprovechás esto te mato —amenazó Amanda en tono aún sorprendido.

—No le des bola a esta. Seguí contando —dijo Pato tratando de calmar la situación.

—Después de que tuve mi primer orgasmo, me penetró. Creí que no iba a entrar todo, pero lo hizo, y lo más sorprendente es que, a pesar de que hacía unos minutos había tenido un orgasmo increíble, empecé a sentir que venía otro, y lo tuve.

—Amiga, no te das una idea de lo feliz que me hace saber que al fin hay un hombre como la gente, que te hace sentir una mujer de verdad, que te estremece como nadie —aseguró Pato mientras volvía a cebar el mate.

—Sí, Almita. Por fin, pero seguí. ¿Y él? ¿Tuvo orgasmos? Me imagino que con la calentura que tendría no debe de haber aguantado mucho —siguió Amanda.

—Tiene un autocontrol terrible. Retrasó el suyo hasta que yo volví a tener un orgasmo. Fue increíble sentirlo vibrar adentro. Chicas… —Alma se acercó a ellas como si fuera a contar un secreto que nadie más podría escuchar—. Creo que me estoy enamorando.

—Chocolate por la noticia, nena, se te re nota en la cara, desde el primer día —interrumpió Amanda.

—Creo que me estoy enamorando como nunca antes —siguió Alma —. Cuando Paulo tuvo su orgasmo, tuve una sensación muy extraña. Sentí que era mío, que me pertenecía, que ese hombre hermoso que estaba dentro de mí temblaba solo por mí, no sé si se entiende. Una sensación muy visceral, de posesión. —Alma hacía gestos con sus manos, como si atrajese un objeto al interior de su pecho.

—Te entiendo, amiga —habló Pato luego de unos segundos en silencio—. Eso exactamente es lo que siento por Martín, hay veces que no quiero que salgamos, que lo quiero solo para mí. Es una conexión muy profunda con tus instintos, con la mujer salvaje que vive en vos.

—Pará, pará, Patito, con tus pedos místicos. Vos tenés mucha lectura de *Mujeres que corren con lobos.* —Rio Amanda haciendo alusión al libro que Pato había estado leyendo unas semanas atrás y sobre el que les había contado—. Jamás en su vida alguien le movió el piso como este flaco. ¿Viste, Almita? Dios es sabio, cuando decidiste cortar con Mariano, parecía que el mundo se había venido abajo, y no te hizo sentir ni la mitad de lo que te hace sentir Paulo.

—Eso justamente es lo que más miedo me da, chicas. Si con Mariano sufrí tanto, si pierdo a Paulo, ¿qué va a quedar de mí? —Pato se levantó de su silla, se puso detrás de la de Alma y la abrazó fuerte.

—Amiga, disfrutá a Paulo, no planifiques nada. Disfrutá y dejate llevar. Estoy segura de que él se siente de la misma manera y que lo de ustedes no se puede apagar —dijo en tono tranquilizador.

—Tiene razón Pato, Almi, disfrutá —afirmó, a su turno, Amanda.

Pato regresó a su asiento.

—Sí, tienen razón. Es que la cabeza me funciona a mil y no quiero volver a sufrir. Pero bueno, no puedo seguir pendiente de si voy o no a sufrir porque me pierdo vivir. —Aspiró aire, llenó los pulmones, como queriendo sacarse fantasmas de su cabeza, y continuó—: Bueno, así pasamos toda la noche, creo que llegamos a dormir una o dos horas. Nos levantamos, nos bañamos y desayunamos en su cuarto. Y mientras lo hacíamos, me dio esto. —Alma sacó de la bolsa, que había pasado inadvertida, el marco con la página rescatada—. Es la única página del libro de mamá que tenía la dedicatoria, ¿se acuerdan?

—Sí, cómo no acordarme, vos cuidabas ese libro como oro. Nunca lo prestaste —remarcó Pato—. Creí que se había perdido en la inundación, a ver… ¿me lo pasás? —Alma le alcanzó el marco y Pato lo miró con detenimiento—. Es increíble que haya podido salvar esta página.

—Es un groso el gallego —dijo Amanda conmocionada—, qué gran tipo, amiga. Él sabía lo importante que era para vos y se pasó el día buscando la forma de recuperar ese recuerdo. Y te lo da, nena, ese hombre muere por vos, te lo aseguro.

—¿Vos decís? —preguntó Alma. En su mirada se notaba la inseguridad y el temor, pero también la esperanza.

—Sí, estoy segura. Si yo te digo «apretá el pomo», es que es carnaval. Si algo conozco de tipos, y sabés que es un tema en el que soy experta, puedo decirte que el gallego se está sintiendo como vos. Está poniendo toda la carne al asador, está dando la batalla de su vida para ganarte. Lo que no sabe es que ya te tiene. —Las tres rieron. En ese momento, le sonó un mensaje de WhatsApp a Alma. Lo abrió y sonrió abiertamente.

—Ayyyy, chicas…, es un mensaje de Paulo, ¿no es hermoso? —Y giró el celular para que sus amigas pudieran leer el mensaje.

> Hola, pequeña, dime que tú me estás extrañando tanto como yo a ti. Ya casi he perdido el sabor de tu boca. Debería pasar por donde te encuentres y renovarlo, ¿no crees?

—Almita, ¡es un romántico! —dijo Pato con ojos risueños—, qué lindo mensaje.

—Sí, amiga, a mí me gustan un poco más subiditos de tono, pero no caben dudas de que el gallego la tiene clara, te está volviendo loca y le encanta. —Amanda rio ruidosamente. Todas la siguieron mientras Alma escribía en su celular una respuesta.

—¿Y vos, Amanda? ¿Cómo te fue anoche con Germán? —preguntó

Alma, con expresión divertida, mientras terminaba de teclear.

—Tengo que reconocer, amigas, que no fue mala idea salir con Germán. Es un tipo divertido, educado, muy culto. Durante la cena conversamos muchísimo. Me entretiene, es increíble, cuando no estoy en plan de conquista de una noche, suelo aburrirme mucho con los tipos. Germán tiene una charla súper variada, hablamos de fútbol, de cine, de libros, de su carrera, de la mía, de las familias, de las relaciones, de música, y ya no recuerdo de cuántos temas más. En ningún momento me sentí con ganas de irme ni obligada a nada. Todo se dio de manera natural.

—Por… Dios… —Pato pronunció esa frase haciendo un espacio de silencio entre ambas palabras. Se notaba su sorpresa, que era real—. Nunca creí que volvería a escucharte hablar así de un hombre. Amigas, este es el día más feliz. Las dos están felices y enamoradas —sintetizó, emocionada, Pato—. No hay nada que me haga más feliz.

—Ay, Pato, dejate de decir boludeces, ¿querés? —Amanda fue cortante—. No estoy enamorada, no. Me gusta, me hace sentir bien, pero enamorada… no sé, nena, no pongas rótulos, que me asustan. Vos sabés. Germán apenas se está recuperando de una ruptura traumática, yo entiendo de esos temas, ustedes saben. No quiero presionar nada. Quiero que se sienta bien y quiero sentirme yo bien.

—¿Y vos cómo te sentiste con él? —preguntó Alma.

—Bárbaro. Muy cómoda. Ya te digo, él es un flaco muy interesante. Estudió, tiene una carrera, un trabajo, una familia que lo contiene y ayuda, es fanático de Soda Stereo como yo, pero es del Lobo, así que ahí tiene su primer defecto —dijo Amanda, cambiando la seriedad de lo que decía con un comentario gracioso. La rivalidad entre Estudiantes de La Plata (club de fútbol del que Amanda era fanática) y el club Gimnasia y Esgrima La Plata, también conocido como Lobo (club de Germán), era muy conocida e histórica.

—Amanda, dejate de joder —dijo Alma poniéndose seria—, no me vas a poner excusas. Prometiste que le ibas a dar una semana de tiempo al que te invitara. No vas a cortarle la cara por ser del Lobo, ¿eh? Dejate de hinchar.

—No, bolas, cómo las quiero. —Las amigas la miraron sorprendidas—. Era una broma. —Ambas respiraron aliviadas—. Me gusta bastante. Me hizo sentir cómoda. Fuimos a cenar. Él quería ir para Puerto Madero o a Palermo Hoolywood. Pero yo le dije que mejor no. Si hubiéramos ido tan lejos, alguno de los dos no iba a poder tomar vino, así que mejor estar cerca.

—¿Adónde te llevó entonces? —preguntó Pato entusiasmada.

—Fuimos a City Bell, a un restaurant muy lindo, Sutra. Sobre la

calle Cantilo. —Pato la miró con cara de interrogación, evidentemente no lo conocía; Alma seguía esperando sus explicaciones—. Muy tranquilo, una onda *slow*. —Sus amigas la miraron sin entender—. Vieron que el estilo de los restaurantes es que no tarden casi nada en servirte la comida, de ahí lo de *fast food*. —Alma y Pato hicieron gestos afirmativos con sus cabezas—. Bueno, en este lugar tardan lo necesario para cocinar todo lo fresco. No tienen nada prearmado. De ahí lo de *slow food*. Y el ambiente, las luces, la música te ayudan a disminuir el estrés, los nervios y esperar la comida bajando los decibeles. Hacen una comida estilo gourmet, pero te llenan más el plato. Riquísimo todo. Yo me pedí —comenzó a describir antes de que ambas amigas le preguntaran— un plato de pasta. Elegí unos ravioles de calabaza con una salsa de frutos de mar. Él se pidió un carré de cerdo agridulce con puré de batatas al caramelo.

—Qué rico, nena —dijo Alma entretenida.

—Nada…, bueno —continuó Amanda—, la pasamos muy bien. La cena terminó cuando los del restaurant nos hicieron ver que éramos la última mesa ocupada. Pagamos y nos fuimos. Nunca me di cuenta de que los demás se habían ido. Subimos a su automóvil y ahí empezó otra charla que terminó en la puerta de un bar adonde íbamos a tomar una copa, pero ninguno intentó bajar. La charla nos llevó a un punto de intimidad tan grande que, sin darnos cuenta, empezamos a besarnos.

—¡Ayyy, me muerooo! ¿Yyyyy? —gritó Pato.

—Y bueno, como ya les había advertido, cuando una sale con alguien que ha estado tanto tiempo solo luego de una ruptura, está buenísimo. Porque es como un famélico que se encuentra frente a un plato de comida. Yo soy el plato, aclaro. —Todas rieron—. Fue…

—Dale, Amanda, no pienses tanto, contá —seguía Pato.

—Ahhhh, ¿ahora sí querés saber? Cuando yo le preguntaba a Almi, me cagabas a pedo.

—Pero es que Almita es distinta, le cuesta contar, y yo sé que vos te morís por contarnos los detalles —la pinchó Pato.

—Bueno, tenés razón, sigo. Al principio, muy suave, como medido. Pero cuando vio que yo no le ponía trabas, se liberó. Un animal, chicas, parecía que me iba a comer. Estaba re caliente él, y yo ni les digo.

Las dos amigas estaban silenciosas y escuchaban expectantes.

—Me invitó a un *telo*, y la verdad es que no me daba para ir a hacer cola o esperar habitación. Le dije de ir a mi departamento. —Las dos amigas hicieron gesto de presentarle sus quejas, pero Amanda les hizo una seña con el dedo índice para que se mantuvieran calladas

mientras terminaba de explicarles—. Sé lo que me dicen siempre: que el peligro de llevar a mi *depto*, que no conozco a los candidatos, etc., *etc.* Pero era Germán, el primo de Paulo, ya conocimos a toda su familia. Si algo me pasaba, ustedes sabían con quién había salido, y, la verdad, no hay lugar donde me sienta más cómoda que en mi casa. —Terminó su explicación y les dio espacio para que ambas dijeran algo; ninguna lo hizo—. Entramos a casa y, mientras él dejaba su campera y las llaves del automóvil, fui prendiendo las velas que están esparcidas por todo el *living*. Apagué las luces y todo quedó ambientado como a mí me gusta. Música, la que me vuelve loca, obvio… —Esperó que sus amigas respondieran, lo hicieron al unísono.

—Soda Stereo.

—Obvio. —Rieron las tres—. Empezamos con *Trátame suavemente*, como para darle una ideíta. —Volvieron a reír—. Chicas, esos besos… parece que nunca le fueron suficientes y tomó más y más de mí. Y yo lo dejé porque me encantó. Nos sentamos en el sillón de dos cuerpos. Lo tocaba y él me tocaba. Nada… Cuando llegué al bulto en el pantalón, no aguanté más, le desabroché el cierre y lo saqué. Me en-can-tó —resaltó cada sílaba—, la tiene grande, evidentemente no tanto como el primo. —Las tres rieron y Alma se sonrojó—. Pero bastante bien. Saqué de la mesita ratona, del cajoncito que tiene en un costado, un forro sin lubricación y con sabor, especial para hacer sexo oral.

—Ayyy, no sabía que existía eso —cortó la charla Pato.

—Ay, Patito, mirá que sos *virga* vos. Claro, como solo la ponés con Martín, no tenés peligro. Yo he estado con muchos tipos, si no me cuido hasta en eso, me puedo contagiar cualquier cosa.

—¿En serio? ¿Con sexo oral también? —continuó preguntando Pato.

—Obvio, nena. Los tipos largan fluidos preseminales, yo se las chupo con la boca, donde hay contacto con alguna lastimadura, aunque sea microscópica, por ejemplo, del cepillo de dientes, puedo contagiarme algo.

—No lo había pensado, tenés razón, amiga —dijo Pato.

—Obvio que sí. Nada… se lo puse con esta boquita —dijo Amanda señalando sus labios y la lengua que sacaba a medias—. Creo que ya con eso lo maté. Casi me acaba en ese momento. —Las tres rieron—. Y luego le realicé una *felatio* inolvidable, de esas que le sacan hasta la última gota. No aguantó mucho. Le hice eso que te enseñé, Almi —dijo haciendo un guiño a su amiga—. Succiono hasta que no me da la boca, lo llevo a la garganta y, cuando la voy sacando, arrastro los dientes por toda la extensión. Eso los mata —comentó sonriendo—.De

todos modos, lo hago sin apretar tanto los dientes para no romper el forro, son súper finitos.

—Sí —asintió Alma—, eso le hice yo también a Paulo y se volvió loco.

—¿Viste? Esa es mortal. Así que pensé que ese orgasmo lo iba a mantener fuera de combate un ratito. Pero me equivoqué —contó Amanda con una sonrisa—. Es decir, cuando acabó, me desilusioné un poco, pero me levanté y lo besé, y lo empecé a acariciar. Bueh, se imaginarán. Me acostó de una en el sillón y se cambió el forro. Chicas… —Los ojos de Amanda miraron hacia el techo, como evocando un recuerdo muy placentero—. Me encantó, tiene mucho aguante, me esperó hasta que yo tuviera el orgasmo y luego acabó él nuevamente.

—Ah, bueno. Ese es un tema muy importante, y más para vos, el tema físico. Germán estuvo a la altura de tus expectativas, parece —esbozó Pato contenta.

—Ni hablar, chicas, más que a la altura. No tienen idea de lo que se esmeró Germancito. A lo largo de la noche me dio dos orgasmos más. ¿No me ven la sonrisa? —comentó a la vez que con su mano derecha señalaba su gesto divertido; las otras sonrieron—. Cuando fueron dejados por alguien y vuelven a estar con alguna nueva, se esmeran muchísimo por los miedos que les quedaron. Los tipos son re machistas, viste que creen que si te dan hasta dejarte exhausta no vas a buscar cuestiones para discutir ni dejarlos. Rollos masculinos.

—¿Sabés que sí? Eso mismo discuto siempre con Martín —aportó Pato, concediendo—, cada vez que peleamos por algo busca solucionar todo con sexo, y a mí justo en esos momentos no me dan ganas. Y a Martín se le cae el mundo.

—Tal cual —siguió Amanda—. Me encantó —resumió con naturalidad—, y lo bueno es que ya me gustaba antes de la cama. Digo, pasé una noche completamente entretenida, y no solo por su cuerpo.

—Me gusta verte así, Amanda. Creo que hacía mucho tiempo que no te dejabas la oportunidad de conocer a alguien, pero conocerlo de verdad —aseveró Alma.

—Bueno, chicas. No exageremos tampoco. No estoy enamorada, lo repito. Me gusta. Punto. Veremos.

—Bueno —siguió Alma—, pero por algo se empieza, amiga. Relajate y dale la oportunidad. —Mientras hablaban, le sonó el celular a Amanda y ella siguió charlando mientras buscaba en la cartera.

—Por ahora estoy así, no quiero andar armando planes de nada. —Seguía hurgando la bandolera, revolviendo todo—. ¿Dónde mierda

guardé el celular? Decí que es un WhatsApp, que si era una llamada, la pierdo. Cuanto más grande es la cartera, más cosas le metés. Y después no encontrás nada. Bueno, les decía que se fue de casa tempranito, tipo ocho de la *matina*. Quería volver a su casa para cambiarse e irse al trabajo. —En ese momento lo encontró. Lo abrió y leyó el mensaje—. ¿No te digo? Es un bomboncito —expresó a la vez que giraba la pantalla y les mostraba el mensaje que Germán había enviado.

> Buen día, chica sexi, no puedo dejar de pensar en vos. Estoy en el trabajo y tengo esta sonrisa dibujada en el rostro. Recuerdo cada uno de los orgasmos que me hiciste tener y ya me pongo loco. Cómo va tu día? Te extraño mucho, creo que amerita un nuevo encuentro. Besito donde vos quieras.

—Ayyy, Amandita, qué lindo. No es un mensaje sexual como los que te mandan esos guarros con los que salís siempre vos —gritó Pato contenta—, no es inocente del todo, pero es un adelanto.

—¿Sabés que tenés razón, Patito? —reconoció Amanda—. Todos mis mensajes tienen un tono sexual zarpado o de enojo cuando ya no quiero verlos. Germán es un dulce de leche y me habla con dulzura. Espero no empalagarme pronto —dijo riendo.

—Si en el medio te tomás los tiempos necesarios para evitar el empalago, seguro no va a pasar —agregó Alma divertida—. No hagas lo mismo que hacés siempre. No te veas todos los días, extrañalo. Y tratá de que tu relación sea más racional. —Ante la cara de no entender de Amanda, Alma se explicó mejor—: Quiero decir que si bien físicamente se llevan muy pero muy bien, deberías cultivar un poquito más la conversación, conocerlo más en profundidad, que es lo que nunca hacés con los hombres.

—Mmm… —Amanda se quedó pensando mientras evaluaba lo que su amiga le proponía—. Almi, si no fueras mi amiga, ya te hubiese mandado a la puta madre que te parió. —Pato comenzó a reír y Alma se juntó a su risa unos segundos, después de salir del estupor—. Pero como sos mi amiga, no lo voy a hacer. Por lo que me decís, pareciera que nunca media una palabra antes de acostarme con un tipo —le remarcó Amanda fingiendo enojo—. Y si bien me los llevo a la cama bastante pronto, también hablo con ellos. Solo que no hago demasiadas preguntas como ciertas personas —insinuó, con intención, mientras hacía gestos con los ojos señalando a Pato.

—Che, nena, a mí no me metas, ¿eh?, que yo no hago nada de

malo, pregunto lo que cualquier persona quisiera saber, nada más —se defendió la acusada.

—Dale, no te hagas la boba. Vos sabés a qué me refiero. No necesitás hacer demasiadas preguntas, simplemente escuchar lo que tiene para contar Germán. Conocelo, pero de verdad, y dejate conocer.

—¿Qué querés que haga? ¿Me estás diciendo que le cuente del innombrable? —preguntó Amanda con un cambio notorio en su humor. Recordar esa vieja herida la ponía de muy mal humor—. Ni en pedo le cuento, ¿querés que él piense que soy medio boluda? O peor, ¿querés que piense que puede hacer conmigo lo que se le dé la gana y luego descartarme? No, chicas. No soy tarada y no quiero darle esa imagen —sentenció.

—Pará, amiga, pará. No lo fuiste por haberte relacionado con Carlos, volvemos siempre al mismo punto de la discusión —agregó Alma—. Parece que habláramos diferentes idiomas. Vos sabés mejor que yo que eras menor de edad, una adolescente. Sabés también que Carlos era mucho mayor, tu profesor, y que te manipuló como quiso para conseguir que te entregaras hasta que lo logró. No fuiste ni sos boluda. Sos un ser humano que actuó exactamente como haría una adolescente ante esa situación. Tu necesidad de atención, tu inocencia, tu inexperiencia, tu miedo, todo eso hizo que él supiera que, si te manipulaba, te iba a tener. Él actuó de mala fe, es un abusador. Te tuvo en sus garras demasiado tiempo, demasiado tardaron en la escuela en descubrir lo que te estaba haciendo cada día en el recreo largo, ahí donde guardaban las cosas de limpieza. Después recibió lo que se merecía, ¿y vos seguís echándote culpas? —Los ojos de Amanda estaban repletos de lágrimas, recordar el abuso al que había sido sometida durante tanto tiempo la destrozaba, era una herida abierta aún—. Perdoname, amiga, que te lo recuerde, pero necesito que te abras, ya es tiempo; con Germán sería una buena idea. Él tiene que conocerte realmente, tiene pinta de buen hombre, de buena persona.

—Pero… —La voz quebrada de Amanda destrozaba a sus amigas —. Chicas, no… puedo. —Las primeras lágrimas comenzaban a rodar por las mejillas de Amanda, la angustia hacía que casi tartamudeara —. Es muy, muy doloroso para mí. Carlos me hizo sentir siempre que yo lo había buscado, que yo quería eso. Me siento tan mal. —Ambas amigas se acercaron y la abrazaron—. Yo nunca dije que no, nunca lo denuncié. Si yo misma me veo como una tarada, ¿cómo hago para que él no me vea así? ¿Ven que es mucho más fácil usar mi máscara cotidiana? —decía Amanda mientras el llanto la invadía.

—Tranquila, amiga —la calmó Alma, hablándole bajito, y lo

repetía una y otra vez—. Tranquila.

—Amandita, escuchame. Calmate. Nadie te vio como una tarada ni te juzgaron como rápida por lo que pasó con Carlos. Sos vos la que sigue juzgándose. Tenés que perdonarte. Tenías catorce años. Él hizo las cosas mal. Vos no. Esta postura de mujer comehombres no te hace bien, no calma el dolor que sigue ahí adentro. Yo creo que Germán te va a entender y te puede ayudar a sanar.

—Chicas, ¿se olvidan de Andrés? ¿Se olvidan de cuando todo salió a luz, cuando se vinieron a llevar preso a Carlos, Andrés me repudió? ¿Se acuerdan de que me dio una patada y me dijo que era una reverenda puta porque me había entregado a Carlos? ¿Se acuerdan de que ese día me morí un poco? No puedo permitir que alguien me lastime de esa manera de nuevo. Nunca más.

Alma le tomó el rostro con ambas manos y la hizo fijar la vista en ella.

—Amanda, amiga, calmate. Por favor, te va a hacer mal. Escuchame. —La miró para confirmar que ella le prestara atención—. Vos le hacés a Germán lo mismo que vos no querés que te haga él. Lo estás prejuzgando. Estás dando por hecho que él va a reaccionar igual que ese tarado. Andrés era un adolescente pelotudo, de diecisiete años, que se encegueció de celos al saber que su profesor te había violado infinidad de veces. Porque eso fue, él te violó todas las veces. Vos no podías decir que no, te tenía atrapada. Andrés era un nene. Germán es un hombre, y estoy segura de que te va a entender.

—Almi, si él también me repudia el pedacito de corazón que me quedó entero, se me va romper del todo. No lo voy a soportar.

—El que no arriesga no gana, amiga —retrucó Pato, segura de lo que decía—. ¿Y si te entiende? ¿Y si es un gran hombre y comprende lo que pasó? ¿Y si no te juzga? ¿Y si es justo el hombre que estás esperando, ese amor adulto que te va a dar todo lo que soñaste? ¿Te lo vas a perder por miedo? ¿Lo vas a dejar ir?

Amanda se tomó la cabeza como dándose alivio a un dolor de cabeza fuerte.

—Yo sé que tienen razón. Sé que tengo que darle la oportunidad. Pero no sé cómo enfrentarlo, cómo contarlo.

—No es necesario que hables ya, amiga —advirtió Alma—, lo que debés hacer es escucharlo más, ver cómo es él, eso te va a dar la pista de si está listo para escuchar tu historia, y cuando lo esté, no solo te vas a dar cuenta, sino que vas a encontrar las palabras exactas para confiarle tu dolor más grande.

Amanda se quedó en silencio y se limpiaba el rostro con un pañuelo descartable que le había dado Pato, mientras evaluaba lo que

Alma decía.

—Tal vez tengan razón. —Cuando Amanda se mostraba así de insegura, cuando exponía su temor, era cuando sus amigas entendían aún más todo lo que había sufrido.

—Sí, amiga, confiá en nosotras, dale la oportunidad —dijo Pato.

—Puta madre, ya pasaron casi quince años y ese hijo de puta me sigue cagando la vida —recordó Amanda muy compungida.

—No, amiga. Él no te la sigue cagando. El problema es que vos seguís siendo una víctima. Tenés que convertirte en una sobreviviente —expresó Pato con seguridad—. Si seguís sufriendo, sintiendo que él te quitó todo, que no te queda nada, entonces es como si él siguiera violándote aún hoy. Tenés que dejar de ser la víctima de Carlos y convertirte en la sobreviviente de esa horrible situación. Tenés que entender lo que sucedió, perdonarte vos misma, eras una nena. Por más linda que fueras, por más piola que fueras, él nunca debió cruzar esa raya. Él era el adulto. Él sabía que tocarte estaba prohibido.

Amanda lloraba abiertamente, pero atenta a las palabras de Pato. Alma escuchaba en silencio y con admiración a su amiga.

—Pero a mí Carlos me debe de haber gustado, chicas, yo debo de haberle dado alguna señal para que él me tocara, seguro hice algo. —Las palabras de Amanda salían con dolor y vergüenza.

—No, eso no tiene nada que ver —intervino, cortante, Alma—. Todas siempre tuvimos algún amor platónico con un profe. A todas nos gustó alguien de ese modo y, sin embargo, ninguno hizo nada. Todas teníamos las hormonas a *full*, pero eso no le daba derecho a él a tomar lo que tomó. Es una mierda de persona, un abusador. El que actuó mal fue él. Es como dice Pato, vos tenés que perdonarte, Amanda. Tenés que dejar que eso quede definitivamente en el pasado.

—Claro —retomó Pato—, mientras no te perdones, mientras él siga «cagándote la vida», como decís vos, sigue ganando él. No es pasado, es presente. Sobreviví, amiga, perdonate, y así él quedará en el pasado.

Amanda lloraba haciendo pucheros como una niña pequeña. Se limpiaba las lágrimas que corrían por sus mejillas. Las tres hicieron silencio.

—Menos mal que las tengo, amigas. ¿Qué sería de mí sin ustedes? —Las tres rieron, Alma y Pato se acercaron y se dieron un abrazo grupal—. «Son bolas… pero son mis amigas». —La frase hacía referencia a una publicidad que había pasado un tiempo atrás, eso las hizo reír—. Gracias, chicas, de verdad. Estoy mejor —afirmó mientras desarmaba el nudo que las tres habían formado—. Voy a hacer todo lo posible por convertirme en sobreviviente. Lo prometo.

Las tres comenzaron a soltarse, muy conmovidas. Volvieron a sentarse.

—Patito, arreglá el mate. Tomemos unos ricos, ese ya se debe de haber lavado —supuso Amanda volviendo a su mejor humor—. Ahora le mando un mensajito a Germán, uno lindo. —Amanda se sonaba la nariz.

—Dale —se entusiasmó Pato mientras iba a la cocina para cambiar la yerba al mate.

Amanda escribía el mensaje en silencio. Luego levantó la vista.

—Ayudame, Almi, esto de responder mensajes no tan sexuales se me hace difícil, solo les mando de esos a ustedes y a mi familia. —Las dos rieron—. Y no quiero que Germán sea un hermanito mío.

—Dale, decime qué le pusiste o qué le querés decir —pidió Alma, dispuesta.

—No sé, decirle que lo pasé re bien ayer, que me sentí genial con él y que tengo ganas de verlo de nuevo —insinuó Amanda.

—Bueno, decile eso, exactamente como me lo dijiste.

En ese momento volvió Pato.

—¿Qué hacen?

—Estamos viendo cómo puede escribirle a Germán una respuesta que no sea del estilo guarro que suele usar Amanda con los hombres, ¿entendés?

—Ah, me encantó, chicas, déjenme a mí, estoy re inspirada. —Se puso a pensar mirando el techo—. Pasame el mensaje de él, dejame ver cómo te escribió. —Amanda le dio el celular y Pato leyó con detenimiento—. Bueno, convengamos que él no fue muy inocente que digamos.

—Es cierto —concedió Alma—, pero lo que buscamos es algo que sugiera más de lo que diga en realidad. Digo, a Amanda no la vamos a cambiar, pero podemos hacer que sea más tranqui, a ver si Germán logra enamorarla.

—Bueno, bueno, chicas. Tampoco quiero irme del bracete al altar. Quiero… quiero una historia común, quiero querer y que me quieran. Nada… eso.

—Nada más y nada menos, amiga —siguió Pato—. A ver, ¿qué te parece esto? Hola… no sé cómo querés llamarlo, digo, un sobrenombre…

—Ojitos lindos —propuso Amanda, segura.

—Bueno: «Hola, ojitos lindos, la verdad es que lo de anoche fue mágico. Y como de nena me quedó la frustración de viajar a Disney a vivir la magia de Mickey, me gustaría que me sigas mostrando lo que podés hacer para seguir sorprendiéndome. ¿Cuándo podríamos vernos,

mago?», y le ponés una carita con un guiño —terminó Pato, esperando la respuesta. Alma y Amanda largaron la carcajada sonoramente—. ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué se ríen así, bobas?

—Es que no te hacíamos tan ocurrente, Patito. Me encantó —dijo Amanda todavía riendo—, dale, dictame, que lo pongo. —En ese momento, le sonó un mensaje de WhatsApp a Alma. Lo leyó y comenzó a sonreír—. Esa sonrisa tiene dueño, seguro es un mensajito del gallego, ¿no?

—Sí, es tan lindo, chicas. —Suena el timbre de la puerta de calle —. No, no lo puedo creer. Está acá, ¿es él?

—Bolas, si no atendés, no vamos a saber —respondió Pato divertida. Alma se levantó y se fue a responder el portero eléctrico.

—¿Sos vos, Paulo? —La sonrisa de Alma les confirmó que era él. Todas rieron. Alma les hizo señas de que bajaran el sonido, ya que no podía escuchar bien—. Enseguida. —Colgó y se giró para hablarles a las amigas—: ¿No es un divino? Vino a darme un beso porque me extrañaba. Me mata…

—Vaya, vaya, señorita adicta al aire español —bromeó Amanda—, debe darle a él lo que quiera, así le da él lo que usted quiere —agregó mientras hacía una seña con ambas manos, simulando el miembro de Paulo.

—Ay, nena, sos incorregible. —Alma salió corriendo como una adolescente. Iba por el pasillo con una mirada ansiosa y una sonrisa instalada en el rostro. A medida que se iba acercando a la puerta sentía una necesidad extrema de besarlo.

# Capítulo 13

Era aún temprano, ya estaba refugiado en su habitación, hacía un rato había dejado a Alma en casa de su amiga Patricia. Había manejado todo el tiempo pensando en lo que había sucedido y en cómo lo había afectado. Ni siquiera había prestado atención a la música en la radio ni a los cortes informativos que hablaban sobre los adelantos con los sobrevivientes de la inundación. Había estado pensando en los elementos a anotar en la bendita lista que su madre le había aconsejado. Se puso a responder unos *mails* que tenía en su bandeja de entrada, trató de concentrarse, pero se le hacía imposible. Apagó el ordenador y fue al lavabo, se mojó la cara y quedó mirándose en el espejo. Tomó la toalla de mano, se secó el rostro y sintió el aroma del perfume de Alma. Cerró los ojos y aspiró como un adicto. Paulo no podía creer que estaba pensando en separarse de María de los Ángeles. Apenas unos días atrás planeaba mudarse con ella. Volvía sobre esa decisión que había tomado antes de viajar a la Argentina. Revisaba mentalmente cómo fue el proceso de decisión. No recordaba con claridad. Se tiró en la cama, pasó el brazo derecho por detrás de la nuca y trató de meditar cerrando los ojos.

Recordaba las charlas en las que María de los Ángeles había expuesto sus razones por las cuales debían vivir juntos: «Ambos alquilamos departamento y, cuando nos quedamos a dormir en casa del otro, siempre nos falta algo: cepillo de dientes, ropa interior. Nuestra relación lleva un tiempo largo siendo estable, y es como el paso natural». Era como si pudiera oírla.

Caviló. «¿Estables? ¿Fuimos estables?… Ahora que he sentido con Alma todas estas sensaciones no puedo creer mi grado de

conformismo. La estabilidad no debería de ser el punto decisorio en estos temas. Es el corazón el que debería de guiar esto. ¿Cómo fue que dejé mi corazón de lado y nunca entendí que María de los Ángeles tenía sentimientos que yo no compartía? Mi vida es un antes y un después de Alma. Es como les he dicho a mi madre y a Borja. Nada puede seguir igual. Aunque Alma se entere de mi mentira, si me deja, lucharé por recuperarla, iría al fin del mundo para pedirle una nueva oportunidad, pero no regresaría a María de los Ángeles. Lo que Alma me ha hecho sentir, la conexión que tenemos, es… sublime. Está por arriba de todo. No puedo seguir conformándome con una relación que lo único que me genera es comodidad y placer físico, pero sin sentimientos o pocos. El sexo con María de los Ángeles siempre ha sido muy bueno, pero con Alma es realmente superior, mágico, me hace sentir condenadamente increíble. Debo poner los cojones necesarios y empezar la ruptura con María. Pero ¿y si Alma se entera de que aún estoy con ella? ¿Y si me deja? ¿Qué haré?».

Meditó cuáles serían sus reacciones en caso de darse esa situación. La amargura lo inundó, un dolor en el pecho, un hueco parecía estar abriéndose camino. «No. No puedo perderla. Haré lo que sea necesario. Y lo que no, también. Alma debe estar a mi lado. Ella es mía. Así esté cabreada, haré lo que sea. No puedo, siquiera, contener la furia que me genera pensar que otro hombre pueda tocarla o intentar seducirla. Imaginarla con otro hombre en su cama me revuelve las tripas. No hay nada más que pensar. María de los Ángeles es buena gente, pero definitivamente no la amo». Recordó el consejo de Valentina. Buscó en el primer cajón del escritorio de su habitación, tomó un lápiz y un pequeño bloc de hojas con el membrete del hotel, lo apoyó en el borde de su labio inferior y analizó, luego comenzó a escribir:

Puntos en que diferimos:

1) No nos gustan los mismos deportes. Yo prefiero los de alto riesgo, ella solo bicicleta.

2) No nos interesan los mismos temas.

3) No me gustan las películas de terror que a ella le apasionan.

4) Prefiero las películas policiales o de intriga que a ella le aburren.

5) Me gustan las salidas en familia y María prefiere salir solo conmigo.

6) Adoro pasar domingos con mi familia, ella prefiere levantarse tarde y quedarse en pijama viendo películas.

7) Me apasiona la política española e internacional, ella no entiende nada de política y le aburre.

8) Prefiero leer, ella prefiere ver televisión.

9) Si vemos televisión: yo prefiero los programas de investigación, de política, periodísticos; ella prefiere películas, telenovelas y algunos *realities*.

10) Me gustan las vacaciones en lugares con peligros y aventuras, ella prefiere unas vacaciones tranquilas.

11) Me gusta salir con mis amigos, disfrutar cenas con ellos. Ella no tiene muchas amigas y no sale casi nunca con ellas.

12) Siento que solo habla de su trabajo.

13) Seguramente, yo también hablo solamente de trabajo cuando estoy con ella.

14) Quiere casarse, yo no.

15) Quiere hijos, yo no.

16) Cuando discutimos: prefiero terminarlo, aclararlo hasta el fin, ella evade los temas que sabe que no puede manejar.

17) Terapia: en mi vida fue una etapa hasta lograr aclarar mis dudas y obtener las herramientas suficientes para vivir medianamente sano. Ella es adicta, no decide nada sin consultarlo con su terapista.

18) Mi familia es muy importante en mi vida, es primordial y siempre están presentes. Ella apenas si habla con su madre una vez por semana. Con su hermana hace años que no se ven después de la discusión que tuvieron.

19) Es celosa, yo no (al menos no con ella).

20) No me hace sentir en el pecho lo que estoy sintiendo por Alma.

21) No la extraño cuando no nos vemos.

22) La siento muy cercana, como una gran amiga, pero definitivamente no la amo.

La última frase la escribió con letras más grandes y las resaltó al pasarle el trazo del lápiz varias veces. Eso era lo más definitivo. Continuó con la segunda lista.

Puntos en común:

1) Sexo increíble. Ambos disfrutamos de innovar, probar cosas nuevas, sin límites.

2) Somos independientes.

3) Cada uno tiene su carrera y seguimos intentando mejorar en ellas. Me da el espacio para que yo siga mis intereses.

4) …

Siguió pensando, no encontró más puntos en común. Debía llamarla esa misma noche. Al otro día estaría técnicamente libre para estar con la pequeña. Alma… Decidió enviarle un mensaje de WhatsApp, miró la hora en su móvil y se dio cuenta de que apenas habían pasado dos horas desde que la había dejado en casa de la

amiga. Buscó entre los chats su nombre y le escribió. Envió el mensaje y enseguida le llegó. Vio que ella entraba «en línea» y luego apareció la leyenda «escribiendo…». A los segundos, le llegó respuesta.

> Lindo! Cada vez me gustás más! Sigo en casa de Pato todavía, ya sabés cómo son estas dos parlanchinas. Te extraño muchísimo. Quiero un beso…

Paulo decidió, en segundos, que iba a pasar por allí, aunque fuese para robarle un beso. Cerró su habitación y salió en busca de su automóvil. Mientras caminaba, llamó a su primo.

—Hola, Germán, soy yo, Paulo.

*—Hola, primo, no necesitás presentarte, que con esa tonada te reconozco enseguida, macho. Acá todo bien. ¿Cómo te fue anoche? ¿La pusiste?*

—Debo confesarte que la he pasado de maravillas con Alma, ya te daré detalles, aunque los más jugosos me los voy a reservar. Un caballero no tiene memoria. ¿No es así?

—Dale, primo, largá prenda. Dale. Te sigue gustando en la cama tanto como afuera, ¿no?

—Más. Me gusta cada vez más, Germán. Por tu buen humor, supongo que a ti también te ha ido bien con la rubia, a que sí.

*—Esa rubia, como vos le decís, me tiene agarrado de las pelotas. Es muy ácida en las respuestas, es inteligente. Dios. Me vuelve loco. Y en la cama, una fiera, primo. Hace rato que yo no la ponía, pero esta mina me dio vuelta como una media.*

—Pues bien por ti. Me alegra mucho que la hayas pasado de maravillas. ¿Y ahora? ¿Os veréis en estos días o queda en esta salida?

*—Debo llamarla. Te juro que lo voy a hacer esta misma noche. A ver si repetimos. Estoy re enganchado, loco.*

—Pues te cuento que me siento del mismo modo. Alma me tiene atrapado. Estoy por cambiar toda mi vida. Esta noche hablaré con María de los Ángeles y pondré nuestra relación en el frízer. En todo el tiempo que estuve con ella, nunca he sentido algo tan fuerte como cuando estoy con Alma.

*—¿Estás seguro de hacer semejante cambio? Y si las cosas con Alma no van, ¿qué hacés?*

—Mira, estoy apostando todo a Alma. Nunca antes viví algo así, debo entregarme a esto. Si las cosas no funcionan, al menos no podré recriminarme que no lo intenté, y puedo asegurarte que voy a luchar por ella hasta el final. Si me quedo con María de los Ángeles sintiendo

esto por Alma, no seré feliz y no podré hacerla feliz a ella. Sé que es arriesgado, pero debo hacerlo.

—*Bueno, entonces te apoyo. Entiendo lo que es sentir que algo no alcanza. Lo viví desde el otro lado. Mi ex sintió eso mismo y siguió durante un tiempo largo intentando que funcionara. Yo sentía su esfuerzo, me daba cuenta de que no iba más. Pero no podía dejarla ir. Hasta que finalmente ella misma terminó la relación. Me mató, me costó muchísimo reponerme. Entiendo que fue lo mejor, pero ella debió haber tomado esa decisión antes. O yo. No sé. Pero no debimos atrasar lo inevitable. Entiendo entonces que necesites ser claro con María de los Ángeles. Pensá bien lo que vas a decirle.*

—Lo sé. Estuve meditando. Ya tengo algo armado. Luego te cuento cómo me ha ido. Ahora necesito hacerte una consulta. ¿Has logrado concertarme una entrevista con tu amigo, el que trabaja en YPF?

—*Hablé ayer con él. Me dijo que puede verte el lunes a la mañana. Pero no quiere que vayas a su oficina, tiene miedo de que se divulgue y sepan que está hablando con un periodista. Tiene miedo de perder su laburo, ¿viste?*

—Perfectamente. No tengo problemas. Pásame su móvil, el lunes tipo ocho de la mañana le envío un mensaje acordando un bar para encontrarnos. ¿Te parece bien?

—*Listo. Yo le paso a él tu teléfono y le digo que espere tu mensaje. Por favor, Paulo, no lo mandes al frente. No digas quién te dio la info. Tiene una familia que sostener y va a hablar con vos como un favor personal a mí.*

—Quédate tranquilo. Nunca revelo mis fuentes. Soy un periodista de investigación, entiendo perfectamente el peligro que corremos tanto él como yo.

—*Bien. Te mando un WhatsApp con sus datos. ¿Vas a casa hoy?*

—De seguro iré a cenar. Ahora estoy saliendo rumbo a la Municipalidad. Debo entrevistar a algunos contactos. Luego te cuento.

—*Dale. Cuidate, loquito. Un abrazo.*

—Bye.

Paulo cortó la comunicación, subió a su automóvil y lo puso en marcha. En ese momento le sonó el mensaje de su primo con los datos. Se dirigió a la casa de Pato. Estacionó frente a la puerta y no bajó. Sacó el móvil del bolsillo, leyó lo que le había enviado su primo Germán; ingresó, entre sus contactos, al amigo de Germán y luego abrió el chat de Alma.

> Te dije que era demasiado tiempo sin sentir tu sabor… No hay nada peor para el adicto que estar

alejado de su objeto de adicción.

Pulsó *Enviar*. Alma abrió la conversación a los pocos segundos. Paulo dejó pasar el momento justo para que ella terminara de leer, bajó del automóvil y tocó el timbre. Luego volvió a tipear.

Vengo a por mi dosis, me abres y entro, o sales tú?

Paulo se acercó al vehículo y se apoyó sobre el capot, mirando hacia la puerta.

Alma apareció corriendo detrás del grueso vidrio de entrada y se quedó observándolo antes de abrir. El cabello ondeaba con la brisa, los anteojos Ray Ban Aviator, que Paulo se sacó al verla aparecer tras el cristal, el cuerpo trabajado que se adivinaba bajo la remera ajustada, los *jeans* que marcaban sus largas piernas; todo él, apoyado en el frente del automóvil, parecía un modelo europeo. «Es tan perfecto, tan hermoso, y ese hombre tan seductor, que me espera, es mío, está tan loco por mí como yo por él». Nadie le había hecho sentir lo que Paulo estaba generando en su cuerpo. Haber escuchado su voz había sido suficiente para que su corazón se acelerara, y las palmas de las manos ya le sudaban. Trató de calmarse, respiró hondo, abrió la puerta y caminó decidida hacia Paulo. Cuando él la vio acercarse, sonrió de manera pícara.

—Vaya, vaya, la imagen en mi memoria no le hace justicia, *my lady*. Usted es tan hermosa.

Alma no lo dejó terminar, llegó a su lado y lo abrazó fuerte, pegando sus cuerpos, y lo besó de un modo casi salvaje. Paulo se sorprendió al principio, pero no tardó en unirse al beso. La necesidad de sentirla entre sus brazos, de sentir su sabor, se hizo presente. Se besaron unos minutos. Cuando las ansias se calmaron, lentamente fueron aflojando el nudo que habían formado con sus cuerpos. Paulo estaba muy excitado y eso se hacía evidente en sus *jeans*. Alma lo sentía duro y eso la encendía aún más. Paulo apoyó su frente en la de ella, ese gesto que hacía siempre, un gesto de intimidad y que le encantaba a Alma—. Pequeña, me tienes embrujado. No puedo estar lejos de ti tanto tiempo. Eres una necesidad.

—Dios, Paulo. Me pasa lo mismo. Cuando enviaste el mensaje, tenía tantas ganas de besarte, y tanta necesidad de verte, de sentirte.

—Pues, pequeña, creo que me sientes bien en este momento. —Paulo acercó su pelvis más a ella, haciéndole notar su erección—. Y creo que sería una situación algo embarazosa si a alguna de tus

amigas se le ocurriera la feliz idea de salir a saludarme. —Ambos rieron.

—¿Me extrañaste? —preguntó Alma como si fuera una niña.

—Creo que queda en evidencia la respuesta, hermosa. ¿Y tú? ¿Me has extrañado? Porque a ti no se te nota nada, déjame aclararlo.

—Mmm —Alma se acercó al oído de Paulo y le dijo en un tono muy sugerente—: Si pudieras pasar tu dedo por mi abertura, notarías lo feliz que me hace verte y lo mucho que te extrañé —dijo eso y le mordió el lóbulo de la oreja derecha. Paulo sintió un estremecimiento en todo el cuerpo. Sin mediar palabra, la tomó nuevamente y comenzó a besarla casi con furia. Alma respondió al beso, pero se sentía observada en aquel espacio—. Cielo… cielo… —trató de decir entre besos—, estamos en la calle y nos miran, ¿vamos a otro lado? Necesito tenerte dentro de mí, ¡vamos! —musitó decidida, sorprendida de cómo sonaba la propuesta en sí y también su propia voz atravesada por el deseo.

—Pequeña, pequeña, me haces perder todas las formas. Me vuelvo un salvaje cuando de ti se trata. No podemos irnos, aunque me duela más a mí decirlo. Estoy camino a una entrevista importante. No puedo llegar tarde. Pasé porque no soportaba tantas horas sin ti, pero no puedo retrasarme. Odio dejarte así, sin lo que necesitas y sin lo que yo necesito, pero no puedo en este momento. En cuanto me desocupo, te envío SMS. ¿Me avisas si hay posibilidad de vernos esta noche? ¿Vale?

—Bueno —concedió Alma poniendo carita de niña triste—. Está bien, pero que conste en actas que me dejás hecha un manojo de hormonas que vos mismo desataste.

—Qué hermosa manera de decirlo. —Paulo se acercó y depositó un beso corto en sus labios—. Constará en fojas, pero además deberá indicarse que ese lío hormonal solo podrá y deberá ser arreglado por el suscripto, origen del mismo.

—Muy bien —dijo Alma, e hizo con sus manos el ademán de tipear en una PC, luego lo volvió a mirar—. Acta terminada. Acuerdo logrado. Chau, bonito, extrañame mucho como hasta ahora, y decile al *amigo* —dijo apoyándose en el pene aún erecto de Paulo— que se quede guardado y enfundado hasta que me vuelva a ver, no sea cosa que entre en otras fronteras ilegales, ¿eh?

—Te me quedas tranquila, mi amigo ha sacado la visa en esta frontera y de allí nada ni nadie lo hará irse. —Ambos rieron y se abrazaron con fuerza. Paulo olía el cabello de Alma mientras la abrazaba. Alma olfateaba el pecho de Paulo. Ambos en silencio. Paulo fue el que lo rompió—: Pequeña, debo irme. Odio hacerlo, pero debo.

—Está bien, no te preocupes. Hablamos por mensajitos entonces.

Chau, cielo. —Y se acercó a darle un beso. Paulo la detuvo.

—Me encanta que me llames así, suena tan cercano, tan personal. Me gusta ser *tu* cielo.

—Y a mí me encanta ser *tu* pequeña. —Se dieron un último beso y, casi sin ganas, se separaron—. Dale, andá ahora, si no, en un minuto te secuestro. Andá a tu entrevista.

—*Bye*, pequeña, esperaré tus mensajes. —Se subió al coche y arrancó mirando a Alma.

Ella se quedó observándolo alejarse. Luego se dio vuelta y caminó hacia la puerta de Pato, con una sonrisa dibujada en el rostro.

Paulo siguió camino a la Municipalidad. Cuando llegó, le tomó un rato encontrar espacio para estacionar; era viernes, hora pico. Difícil en una zona tan céntrica. Al fin encontró un espacio muy reducido a una distancia de una cuadra de la intendencia. Puso el guiñe, esperó que se fuera el otro vehículo que intentaba salir y comenzó la serie de maniobras para acomodar el suyo. Lo logró luego de varios movimientos. Buscó en su móvil el sistema de estacionamiento medido para las zonas céntricas de la ciudad y envió el mensaje para darle alta. Luego envió otro a la persona que estaba esperándolo.

> Carlos, acabo de aparcar el coche. Estoy caminando para la Municipalidad. Quieres que nos encontremos en el café de la esquina?

Puso *Enviar*, guardó el móvil en el bolsillo y, antes de sacar la mano nuevamente, sintió la vibración de la respuesta de Carlos.

> Paulo, esperame en el café de calle 12 esquina 59. Yo ya salgo y voy para allá. Acá está todo muy revolucionado.

Paulo tipió un escueto «ok» y guardó el móvil. Debía caminar seis cuadras. Le puso ritmo a sus pasos. Llegó a la esquina de la cita luego de unos minutos. Entró y observó todo el local, como era su costumbre. Se decidió por una mesa del fondo, alejada de los ventanales, cerca del baño. Los años de investigaciones periodísticas en ambientes muy peligrosos le habían enseñado a cuidar sus espaldas y encontrar en cada lugar una salida de emergencia ante algún movimiento inesperado. Se sentó y esperó. Un momento después se acercó el mozo.

—Buenas tardes, ¿qué va a tomar, caballero?

—Una lágrima, por favor. —Paulo se había acostumbrado a pedirla en los bares argentinos, un tipo de infusión muy característica del país. El café le gustaba, pero debido a sus gastritis repetidas, le habían prohibido tomarlo negro. Esta bebida estaba compuesta por una gran cantidad de leche espumosa que apenas tenía unas gotitas de café.

—Enseguida. Ya la traigo. —Se giró y gritó—: Marche una lágrima para la mesa dos.

Unos minutos más tarde, el mozo se acercó con la bandeja circular, la taza con el líquido humeante y un vaso pequeño con agua gasificada. Acomodó los implementos en la mesa, acercó un soporte con servilletas descartables y un contenedor de sobres de azúcar y edulcorantes. Luego se retiró en silencio. Paulo abrió uno y lo vertió sobre la taza. Distraídamente comenzó a revolver. En ese momento, vio que pasaba, por una de las vidrieras, Carlos. Cuando traspasó la puerta, le hizo señas con la mano. Carlos fue directamente a la mesa y se sentó.

—¿Cómo andás, loco? Estoy hecho percha. No puedo más del cansancio y todavía me tengo que quedar en el laburo dos horas más. No veo el momento de dormirme tranquilito en casa, hasta mañana. Sin despertarme ni una vez.

—Hola, Carlos. Yo estoy bien. Imagino el cansancio de todos vosotros. El tema de la inundación debió convertir la Municipalidad en un avispero.

—Tal cual, gallego. Es un loquero. Entre la cagada que se mandó la persona que maneja el Twitter del intendente y el quilombo con los desaparecidos, los muertos, los heridos y los que perdieron todo… Nada, un verdadero polvorín.

—*Okey*, Carlos, vayamos por parte entonces, ya me empiezas a dar info que me sirve. Empecemos por el principio, el Twitter del intendente, ¿quién lo maneja?

—Fue una mujer del equipo de comunicaciones, bastante cercana, tomó las decisiones sin consultarlo. Todos los de ese equipo son gente de confianza del jefe de gabinete, Santiago Martorelli. Encima, el intendente estaba de vacaciones, por el fin de semana largo, en una playa de Brasil. Y justo lo habían fotografiado. Un quilombo. Se volvió al toque y, cuando regresó, lo primero que hizo fue solucionar ese tema, habló con la mano derecha muy seriamente. No sé si siguen laburando esas personas. Lo veremos con el pasar de los días. Por los gritos que se escucharon, no creo que sigan siendo su equipo de comunicación, es muy probable que los reemplacen.

—Sí, eso salió por todos lados. Enseguida se supo que la frase del Twitter no era suya, incluso se pensó que sí la había publicado él en

un intento de manejo político, pero que le había explotado en la cara.

—No, nada que ver. Viste que hay más papistas que el papa, esta boluda pensó que le hacía un favor al hacerlo aparecer como presente en una situación tan grave, nunca imaginó que algún argentino lo había visto y lo iba a desmentir. Pero bueno, eso es ya asunto resuelto, o al menos eso creo.

En ese momento, se volvió a acercar el mozo. Ni bien lo vio acercarse, Carlos no lo dejó ni preguntar.

—Traeme una gaseosa bien fría, tipo Seven Up o Sprite. No sé con qué línea trabajás. —El mozo se dio vuelta y comenzó a gritar el pedido. Carlos volvió a mirar a Paulo—. Ando para el culo con el estómago. Lo único que me calma es eso, gaseosa de lima limón.

—No es para menos, Carlos. Este tema debe de ser muy serio. Yo estuve en medio de la inundación, en la zona de 35 y 24. Vi pasar muchos cuerpos flotando. No cierran los números que se están dando a conocer.

—Gallego, si se sabe que te estoy dando data, pierdo todo. Por favor…

—Quédate tranquilo, Carlos. No es la primera vez que trabajo contigo, tío. Jamás te podría en peligro, ni a ti ni a mí. Pero esta situación es muy poco clara.

—Sí, tenés razón. Imaginate el quilombo que, unas horas después de que se supo la gravedad de la inundación, teníamos a Berni gritando a todos y dando órdenes en la Municipalidad para paliar lo que se venía.

—¿Berni? ¿Sergio Berni? ¿El secretario de Seguridad de la nación? —preguntó Paulo asombrado.

—Sí, el mismo. El tipo no es ningún improvisado, es médico además de militar. Sabe manejar estas situaciones graves. Está capacitado para dirigir emergencias desde lo militar y también el tema de los peligros con respecto a la salud. No es un improvisado, pero tiene los modos característicos de todos estos tipos que están en el gobierno: prepotencia e impaciencia. Se nos puso difícil. Empezó a gritar a los cuatro vientos. Quería hablar con el intendente, con el hermano del intendente, con los grandes cargos. Quería respuestas inmediatas, y nosotros corríamos de un lado para el otro, apenas estábamos cayendo en la gravedad de la situación. Ni hablar de los puntos débiles. Empezó de una a tapar agujeros y a indicar los caminos a seguir. —Dio un largo respiro.

—Carlos, ¿y cuáles son esos puntos?, por ejemplo.

—Números. Se nos prohibió dar los números exactos. Y debemos ver la posibilidad de bajar de los listados a las víctimas que no

murieron estrictamente ahogados. La posta es que los que se están diciendo no son los reales. Por un lado, existe una gran cantidad de personas que aún se encuentran desaparecidas, pero que, además, no tenemos forma de identificar. Se trata de muchísima gente que vivía en el asentamiento lindero al arroyo El Gato, por ejemplo. Ahí vivían decenas de familias de inmigrantes que no tenían sus documentos en regla, razón por la cual…, para nosotros, nunca existieron.

—¿Eran indocumentados? —indagó Paulo sorprendido—. Pero si hay algo que es fácil en este país es sacar los documentos y nacionalizarse, ¿cómo es que no lo han hecho?

Volvió el mozo con la gaseosa, puso todo enfrente de Carlos. Ambos hicieron un silencio esperando que terminara de acomodar los implementos. No querían que escuchara la conversación. Cuando se hubo retirado, continuaron. Era un acuerdo tácito.

—Porque al ser ilegales temían acercarse a regularizar sus situaciones. Un gran número no lo hicieron, pero por desconocimiento, porque no saben que deben anotar a sus hijos que nacen o los que ya han nacido hace rato. Hay muchísimos que vienen de Paraguay, de Perú, de Bolivia, traídos por parientes que hace rato están en el país, y como ellos, tal vez, nunca supieron que el trámite es fácil y que tienen muchos beneficios, y no lo hicieron. Es gente que se acomoda en un espacio reducido, imaginate que viven varias familias en una casa, se reparten las habitaciones: una por familia. Así viven. En el hacinamiento total. Con la mejor de las suertes, entre varios alquilan una casa que esté medianamente en condiciones, con servicios. Pero un número mayor se van a los asentamientos, donde ya viven muchos de su misma nacionalidad, consiguen unas chapas, unos cartones y se arman una casita. —El gesto de preocupación en el rostro de Paulo hacía evidente el proceso de entendimiento de una realidad tan compleja como desconocida para él—. Gallego, es increíble las cosas que soportan estas personas, el modo en el que viven, y están acostumbrados, parece. Sacarlos de sus rutinas, de sus modalidades, es muy difícil. Primero, porque nos tienen miedo, y luego, por desconfianza. Las trabajadoras sociales laburan muchísimo con estas capas marginales, pero los resultados son lentos. Apenas estamos logrando que se acerquen a registrarse por el tema del cobro de la asignación universal por hijo. Cuando salió ese beneficio, muchos vinieron a anotarlos, pero aún hay muchísimos que no tienen sus papeles en regla.

—Es decir, entonces, que en la lista de niños muertos y adultos, no se cuentan esas personas de las que me hablas. Además, no aparecieron sus cuerpos, ¿no es así?

—Exacto. Los cuerpos no están. Puede ser que el arroyo los haya arrastrado y llevado en su cauce enloquecido al río. Pero es imposible buscarlos y recobrar los cuerpos. Lo cual nos ayuda en la cuenta de números de víctimas: no hay cuerpos, no hay reclamos por cuerpos, no hay víctimas. ¿Entendés, gallego?

—Entiendo. —Paulo estaba pensativo.

—Por otro lado, existen muchas personas que murieron, pero por causas naturales, no debido al ahogamiento. Entonces, esas personas no entran en el listado de fallecidos por la inundación.

—¿Cómo es eso? ¿De qué hablas específicamente?

—Te doy un ejemplo, una abuela de ochenta años pasó toda la noche sumergida en el agua. Tuvo mucho frío y miedo. Tuvo un ataque al corazón camino al hospital. Muerte natural. No entra en el listado. Un hombre de setenta y cinco manejaba, lo agarró la inundación, se asustó, ataque al corazón…

—Ya, ya entiendo. Las muertes naturales, a pesar de que hayan ocurrido en medio de la inundación, que la misma haya sido factor detonante, no se cuentan. ¿Por qué sucede esto?

—Mirá, gallego, este tema del número de muertos va a quedar como un misterio. Porque si aseveran que hay más de cien muertos, debe declararse «catástrofe», y eso implicaría millones de dólares en subsidios y ayudas. Ni la ciudad ni la provincia pueden afrontar eso. El número se va a clavar antes del cien, te lo puedo asegurar.

—Pero es una hijoputez, coño. No puedo creerlo. Hay gente que ha perdido todo, que debe comenzar de cero. ¿Quieres decirme que esa gente deberá endeudarse con préstamos bancarios? ¿No tendrán ayuda del gobierno, que por su ineficacia y la ausencia de trabajos de mantenimiento, generaron esta inundación?

—Eso es así, gallego. Sé que te enoja. A mí también. Pero es así. Van a salir unos préstamos del Banco Provincia, para inundados, con bajísimo interés. Pero préstamos al fin. Las personas más afectadas van a tener que presentarse lo antes posible y pedir uno. Deciles a tus tíos, si lo necesitan, que vayan ya. Vos sabés cómo es todo acá, es para inundados, pero lo van a terminar sacando todos. Y la guita no alcanza. Así que, te repito, deciles a tus tíos que ya vayan pidiendo el certificado de inundados y se vayan al banco.

—No, Carlos, gracias a Dios mis tíos no perdieron mucho, con un poco de pintura nueva y dejar secar algunos muebles estarán bien. Lo que han perdido no son elementos comprables, fotos, álbumes, documentos. Eso no hay banco que se los devuelva. Pero gracias por tu dato. Puede servirme para alguien más —agregó pensando en Alma.

—Bueno, como vos quieras, gallego. Con respecto a las causas, te

digo que hay muchos factores. Por un lado, está lo que ya dijiste. No hubo mantenimiento de la ciudad. Soy de esta gestión y debo reconocer que no fue un punto importante. La Universidad Nacional de La Plata está haciendo una investigación sobre esto. Puedo pasarte por WhatsApp un enlace, cuando me lo den, donde ya van a ir publicando conclusiones. Otro tema es el de YPF. Viste que también hubo quilombo ahí esa noche. Hablan de unas compuertas que no abrieron.

—Sí, algo de eso escuché. De todos modos, ya tengo planificado entrevistar a una fuente que sabe bastante de lo que sucedió esa noche.

—Ah, bueno. Bien. Entonces vas encaminado. Pongamos las cosas en perspectiva. Esto pasó por una conjunción de factores: fue una tormenta como pocas vistas en esta ciudad, más la existencia de asentamientos urbanos sobre los cauces naturales de los arroyos y zonas vecinas, que es lo que veníamos hablando. No hubo una gestión integral del riesgo de inundaciones, esto es una causa determinante en la falta de implementación de acciones preventivas, correctivas y de acción durante la emergencia. A todo esto sumale la respuesta tardía y desorganizada, y el déficit en la acción institucional de los responsables. Caos total. Tampoco hubo un sistema de alerta que funcionara correctamente. La evacuación fue caótica y no con ayuda institucional, sino con la colaboración de los mismos damnificados. Sé que me la estoy jugando cuando te lo estoy diciendo. Ojo, gallego, esto nos puede costar el pellejo a los dos.

—Sí, lo sé. Es decir, lo entiendo, pero no puedo creerlo.

—Como verás, este quilombo se generó por varias causales, no por una única razón. Nadie pudo hacer lo que debía, en el momento que debía. Ahora todos preguntan por el número y reconozco que es importante. Pero el punto central acá es ver los errores que pudieron evitarse. Porque, como sabrás, la cuestión climática va empeorando cada día más y este tipo de tormentas, con esta cantidad de agua caída en tan poco tiempo, puede repetirse. Ojalá que no, pero puede ocurrir. Tenemos la obligación de tomar nota de todo lo que hicimos mal para no repetir cagadas. Hay muchas variables y responsables.

—Sí, es más, todas las personas de este gobierno deberían ir a juicio político por ineptos, y pagar con sus propios bienes las pérdidas materiales.

—Pará, gallego, que en esa volteada caigo yo también. Aflojá.

—Pero, Carlos, es que es terrible el nivel de incompetencia de esta gente. No puede ser que las personas mueran a su alrededor y ellos esperen que vengan del gobierno nacional a resolver, o que otro tome

la voz cantante. —Paulo se tomaba el puente de la nariz con los dedos índice y pulgar de la mano derecha, en un gesto que intentaba calmarlo.

—Tranquilo, gallego, todavía hay más —avisó Carlos con una sonrisa resignada.

—¿Más? ¿Qué más puede haber? —preguntó Paulo sorprendido.

—Números, de nuevo. Pero otros. Las donaciones, la guita que va a entrar para los damnificados. Eso es harina de otro costal. Y creo que va a pasar lo de siempre.

—Sí, a los inundados les va a llegar menos de la mitad de lo que en realidad llegue.

—Tal cual. O menos.

—Estas situaciones siempre son utilizadas por los arribistas, que están al acecho, esperando la oportunidad para sacar tajada. Los hay de todas las nacionalidades, evidentemente.

—Es así, gallego, si no te lo dijera, te estaría mintiendo. Pero lo peor es que una gran tajada, como decís vos, se la va a quedar una organización que manejan desde Nación, los que empiezan originariamente con C y ahora con K, como vos quieras escribirlo. No los quiero nombrar porque siempre hay espías de ellos por todos lados. Sabés de qué te hablo, ¿no? —Paulo respondió con un gesto afirmativo—. Son los mismos que se están quedando con parte de las donaciones de colchones, de ropa y comida. Las grandes marcas comerciales, la gente común, muchos donan, pero esas cosas pasan por el filtro de esta organización. Lo que ellos quieren va a los damnificados; lo que no, desaparece. —En ese momento, le sonó el teléfono a Carlos y ambos se sobresaltaron. Buscó el celular en el bolsillo y atendió sin tardar—:¿Qué pasa, Carina? ¿No puedo irme cinco minutos a estirar las piernas que ya me tienen que romper las bolas? ¿Cómo? ¿Pero son todos boludos en esa oficina? Está bien. Dame unos minutos que vuelvo. Estoy a siete cuadras caminando para allá. Que no hagan nada hasta que yo llegue, ¿entendés? Dale. Ya voy. —Colgó el teléfono con furia—. Yo no sé si son idiotas profesionales o si están más nerviosos y eso los boludiza. Una cagada tras otra. Y el resultado es que acá me tenés, hecho mierda, sin dormir y sin vistas de hacerlo por unos cuántos días más.

—Carlos, mándalos a que se hagan joder. Tu salud es primero. Estás destrozado y se nota.

—No puedo, gallego. Tengo que irme a resolver esto, te dejo. Estamos en contacto. Si necesitas algo más, ya sabés. Me mandas *whats* y nos vemos.

—Bien, Carlos. Cuídate ese estómago. Y nos vemos.

—Dale. —Carlos apuró lo que le quedaba de gaseosa y atinó a sacar la billetera.

—Ni se te ocurra, Carlos. Vete ya, que te esperan. Yo me encargo.

Paulo pagó la cuenta y aguardó unos minutos. Envió unos *e-mails* desde su móvil. Uno, a su jefe de redacción; otro, a María de los Ángeles. Al jefe le indicó cómo iba su investigación del papa, le informó lo sucedido en la inundación y le indicó que le enviaría un *abstract* para informarle de esa pesquisa y obtener su apoyo. A María de los Ángeles le envió un escueto texto donde le pedía conectarse esa noche por Skype, y le agregó frases que fueran dándole una idea clara de ruptura: «Ciertamente, estoy agotándome de tus tratos sin consideración, de tus malos modos y de tus celos infundados. Cuando subí al avión que me trajo a Argentina, lo hice planeando en que a mi regreso me mudaría contigo. Estas actitudes, que con claridad no puedes controlar, me hacen volver a pensar seriamente si la mudanza es una buena idea. Y, por el momento, nada me ayuda a confirmarlo».

Terminó de tipear las palabras y se quedó pensando antes de pulsar *Enviar*. Acto seguido, mandó un WhatsApp a Borja.

> Mira que soy gilipollas. Venga, que casi cometo el error de seguir tu consejo. Solo a mí se me ocurre la feliz idea de consultar a tremendo ligón que luego no sabe cómo sacárselas de encima. Suerte que mi madre me ha ayudado justo antes de cagarla en serio. Ya tengo todo listo. Esta noche hablo con María. Mañana te cuento. Gracias de todas formas, tío.

En unos segundos, la última hora de conexión de Borja se borró y se podía leer «en línea», y luego volvió a cambiar a «escribiendo…». En un minuto, llegó la respuesta.

> Que tú eres un gilipollas no tengo la menor duda. Ahora bien, mi consejo está dirigido a un tío que tira los tejos a cuanta mujer se le cruza en el camino. Evidentemente, no es tu caso. En mi vida, la idea es cepillarme todas las mujeres que pueda, y no está en mis planes cuidarles los sentimientos. Así que, vale, espero que te vaya de mil amores esta noche. Me lo estaré pensando mientras le meto esta polla ardiente en el coñito de la que me toca esta noche. Nos vemos.

Paulo sonrió al leer las palabras de Borja, podía imaginarlo diciéndolas, hasta las entonaciones que haría en cada frase. Escribió.

> Vale. Ponla donde te toque, pero recuerda usar sombrero, chaval, no sea cosa que te contagies algo. Un abrazo.

La respuesta llegó enseguida.

> Pero mira que te me pones nostálgico tú, lejos de casa. Lo del abrazo casi me ha hecho caer una lágrima. Vale. Me cuentas mañana. Mucha *merde*.

Sonrió, nuevamente. «Borja es un gran amigo, pero un reverendo hijo de puta con las mujeres». Nunca se había enamorado, por eso nunca ponía el corazón en sus relaciones. Solo el cuerpo. Lo sacó de sus pensamientos el móvil que comenzó a sonar. Era la tía Matilde. Deslizó el dedo por la superficie pulida y atendió.

—Aló, tía. Sí, estoy trabajando. Vale, sí. Cortaré un rato mi trabajo y me encantaría ir a almorzar a tu casa, sobre todo si cocinas uno de tus pucheros de antología. Vale, vale. Nos vemos en dos horas.

Los pucheros de la tía Matilde eran conocidos en España, Paulo se había encargado de hacerlos famosos. Si hasta Valentina la había llamado para pedirle la receta, pero nunca se parecía. «Estoy segura de que tu tía Matilde no me ha dado todos los ingredientes, algo me ha escatimado, porque he puesto exactamente lo que ella me ha indicado, pero dices que no está igual, niño», era la queja de Valentina. Paulo estaba seguro de que su tía no habría dejado de anotar nada. Tal vez fuera el tema de algunos cortes de carne que en España no se conseguían, o simplemente la mano distinta. Lo cierto era que le encantaban esos pucheros y que, a pesar de comer los manjares más elegantes y exóticos, siempre se volvía un niño con esa comida de su tía Matilde.

Tomó sus cosas y se puso en camino. Cuando llegó al automóvil, envió un mensaje de WhatsApp a Alma.

> Puedes imaginarlo? A que sí… Ya estoy necesitando la dosis. No puedes estar en mi sangre, niña. Soy un almadicto.

Alma se puso en conexión y escribió enseguida.

Ayyyyy, bonito, me pasa lo mismo… Te mando esto para que puedas seguir el resto del día.

Enseguida entró una foto del rostro de Alma enviando un beso. De manera automática, la erección de Paulo se pegó, dolorosamente, al *jean*. Se metió con rapidez en el automóvil, era demasiado evidente para quedarse allí, parado en la vereda. Se sentó en la butaca y escribió.

Si en unas horas te llaman desde la alcaldía para decirte si quieres salvar a un reo, pues ve rápidamente, pequeña. Puesto que eres la culpable de que deba cascarme la polla en medio de la calle. Tu foto me ha dejado empalmado. Voy directo a mi hotel, al cuarto de baño, o terminaré entre rejas por exhibicionista.

Envió el mensaje y ella respondió enseguida.

Noooooo. Caballero de la noble armadura…, le prohíbo tocarse. Esa erección es toda mía y, en cuanto pueda ir a sus aposentos…, le daré solución… Lo prometo.

Paulo leyó, sonrió y escribió.

Os tomo la palabra, mi doncella. En horario del almuerzo, estaré degustando el puchero de *lady* Matilde, pero en horas de la tarde, me encontrará en mis aposentos, esperándola con mi espada, ansioso.

Leyó la respuesta.

Pues ahí estaré. La cita será corta, pero dará sus frutos (y agregó un emoticón con un guiño de ojo).

Dio arranque al automóvil y se dirigió a trabajar, a su hotel. Ya tenía varias líneas de investigación; sabía para qué lado iba a orientar su artículo. Llegó al hospedaje, silencioso. Seguía armando mentalmente el artículo. Entró en la habitación, prendió su ordenador

y esperó que se cargaran todos los programas. Vio, a un lado del computador, el listado que había confeccionado antes de salir y se quedó mirándolo. «¡Coño! Esta es una situación de mierda y deberé enfrentarla solito, como solito me he metido en ella». Sentía mucha incertidumbre, mucho temor; dejar a María de los Ángeles implicaba salir de su zona de confort. Ella siempre había sido un espacio de comodidad donde había respuesta a sus necesidades. Conocer a Alma le había cambiado la perspectiva, se daba cuenta de que eso no era vivir. Era subsistir. Antes respiraba porque sus pulmones lo hacían involuntariamente; a partir de la noche de la inundación, lo hacía por Alma. Su vida se había trastocado tanto en tan poco tiempo. Debía esconder el listado para evitar que Alma lo viera por accidente. Lo guardó en la gaveta inferior de su mesa de noche. Se fue al cuarto de baño, se posicionó en el lavabo y abrió el grifo. Una columna intensa de agua salió. Puso sus manos debajo y las empapó, luego, con ambas manos, se lavó el rostro. El agua fresca parecía sacarlo de esa nebulosa que su estado generaba a su alrededor. Volvió al cuarto. El ordenador había terminado de cargar los programas. Abrió el Word y preparó varios documentos a la vez; en uno comenzó a delinear el artículo; en otro anotaba todos los detalles de lo que vivió en primera persona; en un tercero todos los pormenores que le había dado Carlos; y preparó un cuarto para anotar lo que le diera el amigo de Germán, el que trabajaba en Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Volvió al principal y comenzó a perfilar lo que sería la introducción: su viaje obedecía a cuestiones políticas, el enfrentamiento abierto del flamante papa Francisco con el Gobierno Nacional. Las formas en que el antiguo cardenal Bergoglio había luchado, desde su púlpito, con sus discursos, en fechas clave de la liturgia, relacionando las actitudes del Gobierno Nacional con actitudes poco cristianas y hasta incoherentes. También resumió las respuestas por parte del Gobierno a esos discursos. En ese clima político, la naturaleza había decidido dar una advertencia, no solo al Gobierno Nacional, sino al Provincial y al Municipal. Cambio climático que implicaba un desborde a todo lo esperado. La corrupción, el sobrepoblamiento, la falta de interés sobre el mantenimiento, la desviación de recursos para fines políticos o propios, todo ello se había conjugado para formar una catástrofe que tenía un origen natural, pero que hubiera podido preverse y hasta evitarse.

Después de una hora de escritura, Paulo tenía abiertos los cuatro documentos y varias páginas de internet. De ahí iba sacando datos útiles, mapas, diseños de la ciudad de La Plata con las indicaciones de las cuencas de los arroyos. Era visible que las zonas más afectadas

eran las márgenes de los afluentes y sus desagües naturales. En planos antiguos, se los veían; en planos posteriores, se veían los entubamientos. En los del presente, se mostraban esas zonas actualmente pobladas, con mucha gente en circunstancias de extrema pobreza, cuyas viviendas se construían con materiales simples y de descarte: chapas, cartones, plásticos, telgopor, lonas. Su móvil le indicó que ya era hora de salir hacia la casa de sus tíos si quería almorzar con ellos. Detuvo el sonido insistente, guardó los cambios en los documentos y apagó el ordenador.

Dos horas más tarde, estaba de regreso. Estaba feliz de haber ido a la casa de sus tíos. Matilde había elaborado un guisado exquisito, que le devolvía las ganas de escribir. Había intercambiado mensajes con Alma durante todo el almuerzo. Ella había ido a almorzar a casa de su padre. Le había dicho que pasaría por el hotel a eso de las dieciocho horas. Encendió nuevamente el ordenador y puso la alarma para las diecisiete. Nuevamente se perdió en las tramas políticas, sociales y religiosas que conformaban la compleja realidad argentina de ese momento. Las acusaciones de un lado y la información que mostraba las realidades de dichas acusaciones.

El tiempo volvió a correr más rápido que lo esperado. Cuando estaba muy compenetrado, el sonido previsto y molesto lo hizo saltar. La detuvo, guardó los documentos y se fue al cuarto de baño a darse una ducha. Quería esperar a Alma limpio y fragante. Cuando terminó, se sentó, solo cubierto por una toalla en la cadera, nuevamente delante del ordenador y comenzó a armar una lista de música. Fue eligiendo cada uno de los temas que sabía le gustaban a Alma y, luego, otras, pero siempre de los mismos cantantes. Preparó una serie de canciones, bastante larga. Cuando la hubo terminado, se sintió satisfecho. Levantó el teléfono y le pidió al conserje que le avisara cuando la señorita Recabarren llegara al vestíbulo. Había calculado el tiempo de subida en el ascensor. Cuando apenas habían pasado unos minutos de las seis de la tarde, el conserje lo hizo sonar.

—*Señor Girat, la señorita Recabarren está subiendo en el ascensor.*

—Gracias, Matías, y ya te he dicho que me llames Paulo, a secas —le recordó en tono amistoso.

—*Gracias, señor… eh, Paulo. Es que no estoy acostumbrado a llamar a los huéspedes por sus nombres de pila.*

—Bueno, pues practica conmigo, chaval. Paulo y punto.

—*Listo, así será entonces. Hasta luego.*

—*Bye*.

Alma estaría allí en unos minutos. Preparó todo: las luces tenues, las ventanas estaban cerradas con las cortinas, que oscurecían la

habitación, un pañuelo de cuello sobre la cama. Preparó la lista en el ordenador y lo giró para que la luz no demostrara que estaba encendido. Se sacó la toalla que aún conservaba en la cintura. Desnudo, se posicionó en el cuarto de baño, a la espera de que ella golpeara. Un minuto después, se sintieron tres golpes suaves en la puerta. El corazón le latía con tanta fuerza que podía sentirlo en la base del cuello. «¡¿Qué mierda me está pasando?! Me siento un adolescente a punto de debutar». Alma producía todo ese lío de hormonas, nervios y excitación que sentía. Trató de calmarse, se serenó cerrando los ojos e hizo una respiración profunda, quería que su voz sonara sensual.

—Adelante, *my lady*, os esperaba con ansias. —Su tono fue muy sexi, él seguía escondido en la penumbra del cuarto de baño.

Alma entró asomando el rostro por la puerta, todo se veía en sombras y luces tenues. Trató de que sus ojos se acomodaran a la poca luz.

—Mi caballero, esperaba tener más que esa voz sensual. Esperaba tenerlo todo para mí, ¿se ha escondido? ¿Debo buscarlo?

—Mi hermosa dama, os prometo que tendrá lo que espera… y más. No siga adentrándose. Ahí se me queda, sentada en el borde del lecho. —Alma levantó las cejas en señal de sorpresa y divertimento. Siguió en silencio y esperó nuevas instrucciones—. Ahora, *my lady*, deberá quedarse solo en ropa interior. —Ella no dudó y comenzó a desvestirse. La voz de Paulo sonó mucho más grave y sensual—. Adoro que vuestra merced sea tan obediente, eso me pone.

—*My lord*… Adoro que usted se ponga, así que haré lo necesario para que ello ocurra —respondió Alma con una sonrisa pícara, oteando el espacio, tratando de identificar el lugar desde donde provenía el sonido. Alma se sacó las zapatillas, el *jean*, la campera y la remera. Quedó en ropa interior, un *culotte* de encaje rosa y un corpiño del mismo color y material. Volvió a sentarse en el borde la cama.

—Ahora, deberá tomar el pañuelo que está junto a usted y atarlo a la altura de esos hermosos ojos que tiene. Los ocultaremos por una fracción de tiempo.

Alma no se había percatado de la presencia del pañuelo. Apenas Paulo lo mencionó, ella movió ambas manos hasta rozar la seda con la izquierda. Lo posicionó y luego lo ató lo más fuertemente que pudo.

—Sus palabras son órdenes —aseguró ella con una sonrisa pícara, y Paulo sintió que la erección que tenía, desde que ella había entrado al cuarto, se había endurecido aún más—. Estoy para serviros, mi señor.

—No esperaba menos, *my lady*.

Cuando estuvo seguro de que ella no podía verlo, se acercó en silencio hasta el ordenador y puso *Play* a la lista. Los primeros acordes de la canción de David Bisbal, *Cuando hacemos el amor*, comenzaron a sonar. Alma giró la cabeza hacia el lugar de donde venía la música. Paulo le dijo con su voz seductora:

—Escucha las letras, pequeña, nada es al azar.

Alma agudizó sus sentidos. El oído le traía las palabras de Bisbal, frases que hablaban de que él creía tener todo, pero que todo era nada si ella no estaba con él; sin ella, nada tenía valor. El corazón de Alma comenzó a latir cada vez con más impulso. Esas palabras eran tan fuertes que le resonaban muy adentro. El perfume de Paulo se sentía más cerca, él estaba aproximándose, no le cabían dudas. Sintió, luego, que la cama se hundía por detrás de ella. Él se había subido y se estaba acercando a ella lentamente. Sintió el calor de su cuerpo en la espalda. Paulo posicionó cada pierna a los lados de las de ella, sin tocarla. Apenas respiraba sobre su hombro. Cada exhalación de Paulo generaba un escalofrío en la piel de Alma. Le tocó suavemente el cabello y lo puso todo en el lado derecho, dejando expuesto el cuello. Con el dedo índice recorría desde la nuca, en línea recta, hasta el final de la cintura. Un estremecimiento la recorrió al contacto con la yema del dedo de Paulo. Una descarga eléctrica, al mismo instante, se realizó sobre el centro de placer de ella, en su entrepierna. La mano de Paulo exploró el final de la espalda, apenas rozando el borde del *culotte*, y fue hacia el costado derecho, dibujando la cadera, la cintura, y volvió a subir por el costado del pecho y llegó al punto de partida original. El camino era tortuosamente lento. Cuando volvió al punto de origen, agregó el resto de sus dedos y comenzó a rozarla de nuevo, pero con la mano entera. En ese instante, inició la peregrinación por el lado izquierdo, pero en el derecho agregó otra distracción: sus labios comenzaron a besar con suavidad la nuca y el omóplato. Alma estaba excitadísima, sentía los pezones erectos, la piel de todo el cuerpo estaba muy erizada, hasta la raíz de sus cabellos. Intentó moverse para buscarlo y tocarlo, pero él detuvo sus caricias en el momento en que ella cambió su postura.

—No debes moverte. Si lo haces… detendré mis manos. Déjame disfrutarte, pequeña. —Ella respondió afirmativamente. No podía hablar, estaba conmovida, excitada. La canción, lo que significaba, cómo él había preparado todo, la delicadeza con que la tocaba… Todo la enloquecía.

Paulo volvió a recorrerla, la mano izquierda de él acariciaba ese mismo lado en ella, su boca mordisqueaba y lamía todo el espacio entre el cuello (en el nacimiento del cabello) y el hombro derecho.

Con lentitud planeada fue sacándole el *soutien*. En cuestión de minutos, los pechos de Alma estaban libres de la prenda, pero atrapados por ambas palmas de Paulo. Sus ágiles dedos estiraban los pezones, torturándolos. Alma gemía, cada caricia la ponía cada vez más cerca del orgasmo. Pero era obediente, trataba de no moverse mucho y mantuvo sus brazos a los costados de su cadera, casi tocando los muslos de Paulo. Cada movimiento de él enviaba electricidad al clítoris de Alma. Dejó de mordisquear el hombro y acercó su boca al oído de ella, justo en el momento en que terminaba el primer tema y comenzaba el segundo: *Asignatura pendiente*, de Ricky Martin.

—Ahora tienes permiso de moverte, apenas puedes hacerlo con tus manos y piernas, pero aún no te giras. —En el instante, Alma abrió las piernas que había mantenido cerradas. Paulo comenzó a quitarle el *culotte*. La levantó apenas para sacarlo mientras acariciaba el cachete de la cola. Ella llevó sus brazos hacia atrás, intentando acariciarlo. Primero, tomó su cabeza y acarició el cabello, las orejas, el rostro, la mandíbula. Apoyó su espalda sobre él y sus palmas bajaron hasta encerrar su miembro en erección. Estaba muy duro y eso la enloquecía. Paulo volvió a tocarle uno de los pezones a la vez que pasaba sus dedos por la vagina. Alma sintió una punzada profunda, estaba al borde del abismo; en cuestión de segundos, caería en picada en el orgasmo.

—Pequeña…, eres tan perfecta, y tenemos una conexión tan especial. Quiero que te corras cuando te lo indique, no antes. ¿Entiendes? —dijo Paulo al oído mientras su lengua recorría el pabellón de la oreja y mordisqueaba el lóbulo.

—S… s… sí —murmuró Alma, casi reprimiendo lo que sentía bullir en su interior. No estaba segura de poder aguantar mucho tiempo más —, no sé si pueda, Paulo, estoy demasiado excitada, estoy a punto.

En ese momento, Paulo la soltó.

—Cuando yo te lo diga, pequeña, o no tendrás orgasmo —reiteró con una voz a la vez sensual y determinante.

—Está bien —respondió Alma, que ya no era dueña de su voluntad. Él retomó sus movimientos: pezón izquierdo con mano izquierda, y clítoris con la derecha. Mordía el cuello. Luego de unos segundos, el tema terminaba y comenzaba otro, *Nadie más que tú*, también de Ricky Martin.

—Escucha, pequeña, esto es lo que nos pasa, ¿entiendes? No puedo alejarme, no puedo dejar de tocarte, es tan íntimo lo que nos pasa, una conexión tan profunda… Nadie le ha hecho esto a mi alma antes, solo tus besos se grabaron en mí y ahora soy un adicto. —Los gemidos de Alma eran cada vez más intensos, las palabras que él le decía

suavemente al oído la estaban llevando al límite, pero iba a aguantar —. Cuando lo diga, vas a correrte en mi mano, vas a hacerlo allí y luego voy a follarte tan fuerte que mi polla te hará tener otro orgasmo fuertísimo… —Esperó que sus palabras surtieran el efecto deseado y, luego de un instante, le dijo con voz de mando—: AHORA, ALMA, ¡te corres ahora!

Como si el tono de Paulo fuera una autoridad sobre su cuerpo, la reacción inmediata de ella fue el orgasmo, empezó a bullir en sus entrañas, los oídos se le aturdieron y apretó los ojos, bajo el pañuelo, por la explosión de luz y calor que venía. Una sensación increíblemente placentera hizo convulsionar su cuerpo y los gemidos se convirtieron casi en gritos de placer. Paulo la tenía en sus brazos y se sentía tan unido a esa mujer, tan excitado, tan íntimo, tan placentero… Esa era su mujer, desde ese momento y para siempre. No había vuelta atrás y lo supo con certeza. Alma seguía retorciéndose. La mano de Paulo, que aún jugueteaba con el clítoris, estaba empapada con los fluidos de Alma. Con lentitud, Alma comenzó a serenarse. Y quedó recostada sobre él, con el cuerpo laxo.

—Eres tan bella, pequeña. Nunca, quiero que lo entiendas bien, jamás, nadie me ha hecho sentir como tú. Eres tan perfecta para mí. —Giró la cabeza de Alma, le quitó la venda y la besó como un hambriento. Alma respondió al beso y comenzó a girarse para poder tocarlo y abrazarlo.

—Vos sos lo más lindo que me pasó en la vida, Paulo. Sos todo lo que soñé en un hombre, de verdad. Me tocás apenas y ya estoy viva, hasta la última fibra de mi cuerpo. No te das una idea del efecto que tenés en mí, yo soy la adicta, te necesito cada vez más.

—Es exactamente lo que quiero, pequeña. Quiero que me necesites como yo a ti. —Volvieron a besarse. Alma se posicionó de frente a él, con las piernas a los lados de Paulo. Comenzó a tocarlo con necesidad, a besarlo con afán. Sus dedos le hacían a él lo que minutos antes él le había hecho a ella, estiraban los pezones, los tocaban suavemente. Ella fue cambiando la posición. Bajó de la cama y se arrodilló a la altura de Paulo. Lo besaba en los tetillas y los mordisqueaba; primero, suavemente y, luego, con fuerza, tras lo cual los lamía con delicadeza. Sus manos seguían tocando el miembro erecto de Paulo. Lentamente comenzó a recorrer y besar cada centímetro de piel, en franca bajada. Cuando llegó al pene, el glande estaba rojo, grande, terso y por la abertura asomaba una pequeña gota blanca perlada… Sin pensarlo, Alma le dio un lametazo y levantó el rostro para mirar el efecto que su lengua había producido en Paulo: fue recorrido por una electricidad, un gemido gutural salió de su pecho.

—Pequeña, pequeña…, me matas. Es que no sé cuánto puedo aguantar. Estoy por correrme… —Ella sonrió, eso la hacía sentirse muy sexi. Sacó su lengua y lo lamió, siempre con la mirada, inocente, clavada en sus ojos. Paulo la observaba como hipnotizado. El orgasmo se avecinaba; a lo largo de sus piernas y de sus testículos, ya sentía el cosquilleo. Alma lo fue metiendo todo en su boca, succionando, llevándolo hasta su garganta y volviendo a sacarlo. Succión, entrada, límite, salida, una y otra vez, siempre con su mirada en él, bajando levemente las pestañas. Quería hacerlo gozar, quería que él la necesitara tanto como ella a él. Quería darle las gracias por preparar todo ese clima que había dispuesto para ellos. Terminó la canción y volvió a escucharse a David Bisbal con su famoso *Herederos de sangre*, una canción que Alma adoraba. Succionó de nuevo con fuerza mientras con los dedos y manos acariciaba los testículos que estaban muy tensos.

—Alma, pequeña…, estoy por correrme, ven, quiero penetrarte.

—No… Esta vez vas a esperar, me vas a obedecer como yo lo hice —sentenció Alma con decisión, disfrutando de tener el mando.

—No sé, ¡Dios!… Niña. —Alma había retomado sus acciones sin esperar respuesta de Paulo—. Alma, detente, no puedo más, ¡no aguanto!

—Todavía no, cielo… —murmuró, y acomodó sus labios bien ajustados alrededor del pene de Paulo, lo hizo entrar apretado en su boca y comenzó a sentir que se ponía aún más duro. Las venas se marcaron a lo largo del tallo de Paulo. Sabía que estaba por alcanzar el orgasmo. Abandonó el miembro y se sentó a horcajadas de él. Paulo no entendió el movimiento, estaba con los ojos cerrados, pero en cuanto la penetró, abrió los ojos, sorprendido.

—¡AHORA! —indicó ella en tono de mando, con seguridad. Paulo no contuvo su orgasmo, Alma sintió el miembro hincharse, latir y descargar su simiente sobre ella—. ¡MIRAME! —volvió a decir en voz de autoridad, y él abrió los ojos, obediente. La miraba y sus almas parecían contactarse aún más. Se sintió orgullosa de que un hombre tan hermoso estuviera en su poder, que acatara sus órdenes de esa manera, era algo impensado. Ella excitaba hasta la locura a semejante hombre. Era la responsable de ese orgasmo tan grande. Luego de unos segundos, Paulo quedó como desmayado. Le dio un beso profundo.

—*My lady*, usted sí que sabe hacer feliz a su caballero. ¡Dios!, ha sido intenso de verdad —dijo con una sonrisa increíble. Alma se contagió esa risa. Su rostro se iluminaba cuando estaba con él. En ese momento, Paulo la tomó en brazos y la acomodó en los suyos en la cama. Ambos estaban de costado, tomados con brazos y piernas—.

Nunca hice eso con nadie, sin protección, pero contigo todo es tan natural. Tan increíblemente conectados estamos. ¿Corremos algún riesgo?

—No, cielo. Quedate tranquilo. Me siento igual que vos, siento que te conozco, que puedo adivinar lo que te gusta, lo que te puede volver loco. —Paulo la abrazó con ímpetu y la beso en la boca. Su lengua entró rozando seductoramente cada espacio. El beso fue profundizándose cada vez más. Alma sintió entre sus piernas que el pene de Paulo comenzaba a cobrar vida otra vez—. ¿Ese señor tiene al día su pasaporte? Mi frontera está más que lista para dejarlo entrar —anunció ella con una sonrisa.

—Niña, es que me puedes… Hace un minuto tuve una corrida increíble y ya estoy palmado de nuevo. Así es, oficial, el pasaporte en orden, solo tiene visa para esta frontera, de este país no querrá irse nunca. ¿Abrimos las barreras? —preguntó Paulo a la vez que le acariciaba un pecho con una mano.

—No hay barreras, tiene acceso total, caballero.

—No me diga eso, oficial, o no me iré hasta probar todo en todas las fronteras —lanzó Paulo de manera seductora.

—Pues tiene libre albedrío… Usted sabrá qué hacer con el pase libre, imagino. —La sonrisa pícara de Alma excitó a Paulo aún más. La besó y fue poniéndose encima de ella. Mientras lo hacía, la recorría como un loco, tocando, apretando, pellizcando. Fue moviéndola, con su fuerza, hasta posicionarla más cerca de la cabecera. Ella abrió sus piernas y comenzó a frotar su vagina sobre el pene en erección de Paulo. Él se puso un preservativo, tomó sus dos manos, las puso por sobre su cabeza y con su la derecha las mantuvo ahí inmovilizadas.

—Mira cómo me tienes, pequeña… Esta polla vive para darte placer, nada en el pasado la hacía despertar tan rápidamente, nadie la sacia como tú. Necesito entrar.

—Sí, cielo… Entrá, no puedo más… Te necesito —dijo ella casi en una súplica. La palabra «cielo», pronunciada por Alma, fue un detonante en él. Sin soltarle las muñecas, se puso en posición para penetrarla. La miró a los ojos.

—Quiero que me mires todo el tiempo como lo hice yo, ¿entiendes? Necesito ver la conexión, voy a ser rudo, pero jamás voy a lastimarte. ¿Confías en mí? —Alma escuchó esa pregunta y su cerebro la proyectó al sueño. Paulo era su sueño. Él era lo que ella estaba esperando, fue él quien la trajo a la vida, esa conexión estaba destinada. Cuando en una fracción de segundos su cerebro entendió eso, algo en su interior, el miedo a perderlo, a que le mintiera, todo, se desvaneció. Nunca nadie había estado en su cuerpo y en su mente

como él. Paulo esperaba su respuesta, con esos hermosos ojos brillando.

—Sí, confío plenamente. —La felicidad se mostró en el rostro de él y, de una sola estocada, penetró, entró por completo en Alma. El gemido de ella fue increíble. Y eso lo aguijoneó aún más. Comenzó una danza, adentro, afuera, adentro, afuera; las estocadas eran cada vez más fuertes y, por momentos, él orientaba de un modo distinto la entrada y el grosor de su pene rozaba la pared anterior de la vagina de Alma, de modo que la hacía vibrar. Ella seguía con las manos inmovilizadas, quería tocarlo, pero confiaba en él. La besaba con intensidad, los sonidos de ambos inundaban la habitación.

—Pequeña…, eres tan hermosa… y te siento tan mía… Nadie puede tocarte… eres mía, de nadie más… Voy a darte tanto placer… tanto… como nadie antes. Jamás vas a dejarme… porque sin ti… estoy muerto… Sin ti no hay vida… No puedo vivir sin ti luego de haber estado en tu interior y haber tenido esta conexión… Nada es lo mismo para mí, ¿lo entiendes? —Cada frase era dicha con un grado de dificultad mayor, el orgasmo estaba acercándose y la voz de Paulo denotaba eso.

—Cielo, siento lo mismo que vos… Nadie antes me hizo sentir así… Y no quiero perderte, nunca, sé que no podría recuperarme de vos, jamás. Dios…, cielo… ufff… ¡Dios!, viene. Voy a acabar, cielo… Quiero que lo hagamos juntos, acabá conmigo, Paulooo. —Alma comenzó a sentir el cosquilleo, se puso tensa y comenzó a refregarse en Paulo con mayor vehemencia. Paulo dejó de retrasar su orgasmo y comenzó a liberarlo. Ambos continuaron mirándose, refregándose uno en el otro y gimiendo. El aturdimiento los encontró juntos, los dos liberaron el placer al mismo tiempo, con un gemido intenso. Paulo siguió eyaculando en ella. Ella seguía moviéndose debajo de él. Seguía teniendo los últimos estertores del éxtasis.

Lentamente… los movimientos de ambos fueron haciéndose más lentos, las respiraciones fueron acompasándose. Paulo fue soltando su agarre en los antebrazos de Alma y fue liberándola. En el silencio posterior al clímax, ambos abrazados con los ojos cerrados, Paulo dijo solo tres palabras que marcaron, como un sello, aquella tarde:

—Te amo, pequeña.

# Capítulo 14

El rostro de Alma se congeló. Paulo había dicho «la frase». Ella sentía lo mismo, sentía que cada vez tenía más necesidad de compartir todo con él. Pero la aterraba pronunciarlo, temía que él se asustara. Esas palabras, dichas por Paulo, la sorprendieron.

—Yo… Paulo…, esto es una locura —dijo a la vez que ponía la mano derecha sobre su frente. El gesto de Paulo cambió a uno serio, temía haber apurado las cosas con Alma.

—Perdona, pequeña, no quiero presionarte. No quiero ponerte en la obligación de decir algo que no sientes. Es simplemente que se desactivó el filtro entre mi cerebro y mi boca y…

—Paulo… —Alma tomó el rostro de Paulo con rapidez y lo enfocó en su propio rostro, llamándole la atención. No quería que malinterpretara su gesto ni su silencio—. Cielo, escuchame. —Él la miró, serio—. Yo también te amo —lo dijo marcando silencios entre las palabras, deliberadamente, para que sonara más rotundo. Paulo escuchó las palabras y fueron como un bálsamo, su gesto se relajó—. Te amo, y de verdad me asusta. Nunca sentí esto antes, ni con Mariano. Imaginate que si perderlo me costó muchísimo superarlo, no podría seguir viva si esto con vos no funciona. ¿Entendés el porqué de mi miedo? —Paulo seguía sus palabras con atención y respondía con gestos de cabeza—. ¿Hace cuánto nos conocemos? ¿Dos, tres o cuatro días? No entiendo cómo es esto así, tan fuerte. —Paulo la miró conmovido, relajó su abrazo sobre ella, besó su frente.

—Ven, date la vuelta. Apóyate en mí, como la primera noche. —Alma se dejó mover, como si lo que estaban diciendo la hubiera dejado sin voluntad. La acomodó de forma que ella le apoyara su

espalda en el pecho y luego la abrazó con fuerza. Las piernas estaban entrelazadas. Paulo besó la coronilla de la cabeza y luego usó una voz calma—: Pequeña, quiero que entiendas, esto es igual de fuerte para mí que para ti. Estuve a punto de mudarme con alguien y tú estuviste a punto de ser madre del hijo de otro hombre…, y nada se acerca, ni por asomo, a lo que estamos sintiendo. Mi madre dice que con seguridad estamos aspectados astrológicamente, que las estrellas nos ayudan a unirnos, a encontrarnos. —Alma giró su cabeza de manera brusca, Paulo hizo silencio ante el movimiento.

—¿Le contaste a tu mamá de nosotros? ¿En serio? ¿Cuándo? —Alma parecía estar ametrallándolo con preguntas.

—Tranquila. Sí, quiero que comprendas la dimensión de lo que siento. Mi madre es quien mejor me conoce, es quien sabe darme los mejores consejos. Perdona si tú no querías que le contara aún.

—No, no es eso. Es que me sorprende mucho. Bueno, estos últimos días, todo lo que nos está pasando no tiene explicaciones racionales, pero es que la mayoría de los hombres no presentan a las novias hasta no sentirse muy seguros. Y vos… digo… yo tampoco, quiero decir, no estamos seguros desde la razón.

—Has dicho bien, desde la razón, pero sí en el corazón. Te siento en mi corazón. Y necesité hablar con ella. Te paso el mensaje de ella, que necesita tu fecha y hora de nacimiento exactas para hacer tu carta natal y compararla con la mía. Ya te había dicho de su locura con la astrología, ¿no es así?

—Sí, me habías contado. Me encanta que ustedes tengan esta dinámica, que sean tan unidos. Espero que yo no le caiga mal, no quiero ser tema de discusión —planteó Alma, preocupada.

—Nada de eso, quítate esas ideas tontas de la cabeza. Mi madre ha querido a cada una de las mujeres que le he presentado. No fueron tantas, aclaro. Luego de dejarte en casa de Patricia, la llamé y, cuando le hablé de ti, pues, se quedó pasmada. Nunca me escuchó hablar de una mujer como lo hice en ese momento. Si casi se me pone a llorar del otro lado de la línea… Odio que llore —comentó Paulo sonriendo.

Alma apretó el abrazo.

—Ojalá le caiga bien. Seguime contando qué te dijo tu mamá, yo te corté con mis preguntas.

—Bien, mi madre me ha hablado muchas veces del amor que ella y mi padre sintieron, y nunca entendí con exactitud sus palabras, hasta ahora. Ella me contó una bonita historia, cuando era más chaval, que me gustaría contarte. —Alma dijo que sí solo con un gesto de su cabeza—. Pues, verás, cuenta una leyenda oriental que las personas destinadas a conocerse tienen un hilo rojo, invisible para los humanos,

atado en sus dedos meñiques. Este hilo nunca desaparece y permanece a pesar del tiempo y la distancia. No importa lo que tardes en conocer a esa persona ni importa el tiempo que pases sin verla, ni siquiera importa si vives en la otra punta del mundo: el hilo se estirará hasta el infinito, pero nunca se romperá. Cada noche, la luna sale a conocer a los recién nacidos y a atarles un hilo rojo a su dedo, el hilo que decidirá su futuro, el hilo que guiará estas almas para que nunca se pierdan. —Alma escuchaba cada palabra, conmovida, sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas a la vez que apretaba con sus brazos los de Paulo, que la rodeaban—. El hilo rojo es el destino al que no podremos imponer nuestros caprichos ni nuestra ignorancia, un hilo que no podremos romper ni deshilachar, que va directamente al corazón, que conecta a los amores eternos, a los profundos, esos que simbolizan el antes y por los que no hay después. —Paulo esperó en silencio unos segundos, escuchó a Alma que lloraba, la giró y la miró a los ojos—. Pequeña…, eso es lo que nos pasa. Tú eres mi hilo rojo, yo soy el tuyo. —Alma lo miraba en silencio, llorando, absorbiendo cada una de sus frases—. Por eso sentimos que nos conocemos de mucho antes y que es demasiado fuerte este sentimiento. Y por eso es que ambos debemos hacer lo necesario para cuidarnos y estar unidos siempre. Te amo, pequeña, no me avergüenza decirlo, no me da temor. Al contrario, me hace más fuerte reconocerlo. Mi único temor es que algún día, por cualquier razón, te pierda.

—Eso no va a pasar, Paulo. Yo no me voy, estoy acá y no pienso alejarme de vos. —Lo besó lentamente. Se fundieron en un abrazo fuerte, en silencio, unidos, conmovidos.

Los sacó de ese mundo privado una llamada telefónica, era otra fuente que Paulo había contactado por el tema de investigar al papa Francisco. Atendió y quedó en encontrarse con la persona ese mismo día, en una iglesia de la localidad.

—Bueno, te dejo seguir trabajando —expresó Alma cuando Paulo cortó la comunicación—, vos tenés que ir a tu cita con ese informante y yo debo ir a ver a mi hermana, que me está volviendo loca desde el miércoles.

—¿Es que sospecha algo? —preguntó, riendo, Paulo—. ¿Cómo así? Si es que ambos somos muy buenos fingiendo —comentó exagerando las palabras para darles un tono falso.

—La verdad, no entiendo, será que mi hermana es muy perspicaz. —Ambos rieron.

Paulo se acercó a ella, que estaba ya vestida, se había ido poniendo la ropa vistiendo mientras él hablaba por teléfono. Cuando estuvieron cerca, él la tomó de la cintura y la abrazó.

—Pequeña, tus abrazos me llenan el alma, me hacen sentir tan completo aquí. —Y la separó de su cuerpo para mostrarle que tocaba el centro de su pecho—. Cada abrazo se siente aquí muy fuerte.

—Te amo, Paulo, te estoy dando mi alma rota, te la estoy entregando para que la sanes, no me lastimes.

—Y yo te estoy dando la mía, que ya es tuya. Jamás te lastimaría, ¿confías en mí? —Alma escuchó de nuevo esa frase, que un rato antes le había dado la clave de aquel sueño, que la había vuelto a la vida. Paulo era vida, su vida, y debía aferrarse a él.

—Absolutamente —Alma lo respondió con decisión.

—Te amo, pequeña, y no imaginas lo feliz que me haces. Ahora no quisiera que te fueras, quisiera encerrarme aquí, contigo, y que otro investigue esas cosas feas, frías, mundanas, con las que me voy a encontrar.

—Vaya… vaya mi caballero de noble armadura. Si no fuera por usted, este mundo se perdería en las fuerzas oscuras. Gracias a Dios está vuestra merced para salvar a las almas inocentes con su espada de luz. Vuestra dulce doncella os esperará siempre —dijo Alma fingiendo un tono español antiguo. Paulo rio.

—Pues este caballero la hará sentirse orgullosa, hará su mayor esfuerzo, trabajará toda la noche si es necesario y pasará mañana a buscarla en su corcel para disfrutar el día con vuestra merced. —Paulo hizo una reverencia exagerada; mientras él se mantenía en la posición, Alma se acercó y dijo en tono cómico:

—Que la fuerza te acompañe. —Paulo se sonrió y, al levantarse, se abrazaron y se besaron con dulzura. Cuando cortaron el beso, juntaros sus frentes y mantuvieron los ojos cerrados—. Me voy, caballero de la noble armadura. Seguimos hablando por mensajes. Hasta mañana, cielo. —Cuando ella pronunció la palabra «cielo», él apretó los ojos y esbozó una sonrisa.

—Amo escuchar que me llamas de ese modo, pequeña. Me encanta, ¡joder! —Ella recompensó sus palabras con un suave beso en los labios—. Vale, seguimos hablando por mensajes. Debo trabajar y tú, calmar la curiosidad de Karen. Me saludas a cierta enana sabihonda, le dices que su amigo que habla raro le manda sus recuerdos y que iré a llevarle alguna sorpresa pronto. ¿Vale?

—No, «vale» no, ¿te acordás? Te dijo que se llama Lola —contestó, riendo, Alma, haciendo mención al malentendido que habían tenido Lola y Paulo.

—Ok, entendí. La enana es Lola.

—¡Oiga! No se me haga el vivo, solo yo le digo «enana». —Se abrazaron y ella se giró para caminar a la puerta de salida—. Chau,

cielo, nos vemos mañana. Extrañame.

—¿Cómo no hacerlo? Venga, vamos, que bajo contigo.

—No, quedate tranquilo. Conozco la salida. Además, no vamos a entrar en el ascensor —dijo sonriendo, Paulo hizo gesto de no comprender—. Ahora somos vos, la fuerza y yo, bobo. ¿No te dije que la fuerza está contigo? —Ambos rieron—. Mejor ponete a trabajar y no pierdas tiempo, que mañana no te voy a dar un minuto —aseguró Alma mientras guiñaba un ojo.

—¿Prometido? Pues espero que así sea —dijo, con una sonrisa, Paulo.

Se besaron en la puerta de su habitación y él la siguió con los ojos hasta que las puertas del ascensor se cerraron. Entró pensativo. Le quedaban unas horas antes de hablar con María. Decidió seguir escribiendo un rato más, hasta la hora de ir a la iglesia, donde debía ver a su informante. En el ordenador seguía sonando, en un volumen bajo, la música que había preparado para esa tarde especial, para Alma. Una hora después, se levantó, guardó los cambios en sus documentos y salió a buscar su automóvil para ir a la iglesia. La idea era encontrarse en la puerta, del lado de adentro. En ese horario, se oficiaba la última misa del día, así que debían encontrarse al lado de la pila donde estaba el agua bendita. En el momento en que su nota de investigación había cambiado la temática, ese encuentro ya no le era de tanta utilidad, lo había arreglado la semana anterior, pero había asistido de todos modos, quería averiguar cómo se relacionaba el Gobierno con la Iglesia, aún necesitaba esos datos. Se encontró con el contacto. Hablaron dentro del automóvil de Paulo. No fue demasiado útil, pero al menos le dio pautas de dónde ir a buscar más información.

Ya entrada la noche, decidió ir a comprarse algo para cenar, a dos cuadras tenía un lugar de comidas rápidas. Volvió al hotel, guardó el vehículo en la cochera y volvió a salir caminando. El lugar al que se dirigía a comer tenía la particularidad de poder armar, parte a parte, el sándwich que sería su cena. Eso le gustaba, lo preparaban delante de él y con cada uno de los ingredientes que él mismo elegía. Se decidió por un pan de avena dulce, con un relleno de pollo, cebollas coloradas, lechuga, pepinos, tocino, queso cheddar y mayonesa. Comió en el mismo lugar, eso le daba el tiempo para pensar tranquilo. La gente entraba y salía, sobre todo, adolescentes. Los jóvenes siempre le llamaban la atención, su forma de hablar a los gritos, de hacer gestos exagerados, los rituales de seducción, todo lo entretenía mucho. Se quedó observando a una parejita que había entrado. Se miraban todo el tiempo, hablaban y pasaban largo rato solo viéndose. Había

una intensidad en ellos, parecía que estaban al margen del mundo, que nada ni nadie podía inmutarlos… Supo que, seguramente, había un hilo rojo enredado en las patas de la mesa. Esbozó una sonrisa. En ese momento, le sonó el teléfono. Era Marcela.

—Aló, Marce.

—*Hola, Pauli, ¿cómo estás, tenés un minuto para hablar? ¿O estás ocupado*? —La voz de Marcela estaba distendida.

—Estoy cenando a una cuadra del hotel. ¿Quieres venirte? Tienen unos sándwiches increíbles.

—*Dale, estamos cerca. Danos unos minutos. Voy con el pesado* —dijo, y se notaba que reía. Por detrás de su voz se escuchó la queja de Germán:

—*Nena, dejate de boludeces, dale.*

—Vale, primita. Os espero aquí. Te paso por mensaje la dirección y el nombre del lugar.

—*Perfecto, besito.*

Cortaron la comunicación y Paulo envió los datos.

Diez minutos después los vio pasar por la vidriera y les hizo señas con la mano. Ella entró con una sonrisa. Germán, con un gesto que indicaba que Marcela lo había agotado en el camino, puso los ojos en blanco y se mordió el labio inferior cuando Paulo dirigió sus ojos a los suyos. El español debió ahogar la risa que le produjo el gesto de su primo. Se puso de pie. Paulo y Marcela se besaron al estilo español, dos besos, uno en cada mejilla. Cuando Germán saludó a su primo, se dieron esos abrazos de hombre, repletos de golpes secos en las espaldas, y, al oído, el primo le dijo:

—La pesada de mi hermana me volvió loco, quiere hablar de ya-sabés-qué. Le sale la *cuida*.

Paulo sonrió. Se separaron y tomaron asiento.

—¿Quieren comer algo? —preguntó Paulo.

—Yo no —acotó Marcela—. En un ratito me encuentro con un amigo y vamos a comer unas pizzas.

—Yo me comería algo livianito, esperen que ya vengo. Nena, ¿una gaseosa? —Germán se había levantado y caminaba hacia el mostrador.

—Dale, eso sí. Mejor un agua saborizada sin gas, así no me hincho. No quiero que me vea con más panza. —Y miró a ambos hombres que la observaban sin entender—. Cosas de mujeres, chicos, no entenderían.

—Dale. —Germán volvió a girar los ojos—. ¿Sabor? —Marcela le encargó de pomelo. Su hermano se giró del todo y encaró hacia el mostrador.

Ella aprovechó para empezar a hablar con Paulo:

—Escuchame, primito, ¿qué onda con Alma? Al final, ¿tenés algo pensado o decidido? —Paulo hacía gestos afirmativos con la cabeza, pero no respondía. Marcela sentía eso como una invitación para seguir hablando—. Ojo, no te pregunto porque sea chusma. Alma me cae re bien, pero vos tenés una historia armada, y, si bien a María de los Ángeles no la conocemos personalmente, soy mujer, ¿viste? Y bueno, entre nosotras nos tenemos que ayudar. Y lo que vos le estás haciendo a ella no me gustaría que me lo hicieran a mí. Además, María de los Ángeles tiene nuestros teléfonos, el de la casa, y nos ponés en una situación que realmente no me gusta. Vos sabés, no me gusta mentir. —En ese momento, volvía Germán con su sándwich, una cerveza y el agua saborizada de pomelo. Puso la botella y el vasito descartable delante de su hermana y se sentó para escuchar lo que decía—. No lo hice ni por este croto, las veces que salía con más de una chica a la vez en el secundario. Siempre lo mandé al frente. Y bueno, vos sos como mi otro hermano, Pauli, pero no quiero mentir.

—Yo doy fe, primo. Me cagó varias veces, me mandó al frente en tercer año. Salía con dos minas: una de mi colegio y otra de un colegio en Berisso. Venía bárbaro hasta que las dos empezaron a llamar a casa. Tuve la suerte de que una vez atendiera ella —dijo señalándola con el dedo, acusándola— y yo había salido con la de Berisso. Le dijo que había salido con una de mis novias, ¿podés creer?

—Bueno, querido, yo no miento. Lo que vos hacías estaba mal. Yo no tenía por qué cubrirte —recordó Marcela riendo.

Paulo se divertía al observarlos. Cuando presenciaba este tipo de dinámica entre ellos, se preguntaba cómo hubiese sido su vida si Valentina no hubiese huido con él en su vientre. Si hubiera sido argentino y crecido con ellos. No lo sabía, pero seguramente se habría divertido bastante.

—¿Y qué pasó, Germán? —preguntó, muy intrigado.

—La minita me armó un quilombo impresionante al otro día, a la entrada del colegio. Me gritó de todo y no podía defenderme porque algunas de las chicas de su curso me habían visto con la otra y le habían contado cuando la vieron llorar. Nada, me gané el odio del sexo femenino de tercer año. Estuve saliendo solamente con la de Berisso unos meses más, pero como nunca la llevaba a reuniones de amigos o del cole, supuso que algo raro había y me terminó cortando ella.

—Eso les pasa a todos los que son como vos, a la larga se quedan sin el pan y sin la torta —sentenció Marcela, triunfal.

—Pues, primos, espero que eso no me ocurra. Les cuento que ayer tuvimos nuestra salida con Alma. Y comprobé que el camino es estar

juntos. Si verla y estar cerca de ella me generaba muchísimos sentimientos… estar íntimamente con ella fue sublime. Ninguna mujer me ha hecho sentir lo que ella. Y no he estado con pocas. Nadie se acerca a lo que sentí con ella. Alma es un punto de inflexión en mi vida. —Ambos primos lo observaban obnubilados, asombrados. Marcela, en silencio; Germán había dado un mordisco al sándwich y se había quedado con el bocado a la vista, con la boca abierta.

—Primo, me sorprendés mucho. Pensé que me ibas a decir que Alma era una aventura en Argentina, esa aventura que nunca habías tenido. Esto es distinto. Es groso —opinó Marcela aún sorprendida.

—Ya lo he dicho, Alma me ha cambiado la vida. María de los Ángeles es una hermosa y querible mujer, pero que se merece a alguien que esté dispuesto a cambiar su vida por ella, merece alguien que la adore, que la ame con locura. Y ese no soy yo: todo eso me pasa con Alma. No con María. Por esta razón he decidido conectarme con ella esta noche por Skype, para darle un final.

—¿Ya lo vas a hacer? —Marcela no salía de su asombro.

—Sí. Lo he decidido. Si bien no voy a hacer un corte rotundo esta noche, sí voy a plantear que necesito estar solo, técnicamente soltero. Y de a poco me voy a alejar, a desaparecer. Creo que en unos días, a lo sumo un mes, podré ponerle punto final. He hablado con mi madre para que esté avisada de esto. Estoy seguro de que María va a buscar su amparo. Ella va a tratar de calmarla, pero siempre dándole a entender que se prepare para lo peor. Además, en un tiempo no muy largo debo irme a Madrid, no solo por trabajo, sino para recuperar las cosas que dejé en el departamento de ella. Allí haré el corte definitivo —afirmó Paulo con tono victorioso, como marcándose a sí mismo el camino.

—Bueno, parece que tenés súper claro lo que vas a hacer. Espero que nada se te salga del plan —le deseó Germán tragando el primer bocado de su sándwich.

—Mi madre ya sabe de Alma.

—¿Y qué dice la tía? —preguntó Marcela intrigada.

—Nunca me escuchó hablar de una mujer como lo hago de Alma. Está feliz. Pero quiere que cumpla con María de los Ángeles, con mis responsabilidades. Mañana iré a hablar con la tía Matilde y el tío Adrián. No quiero que, si Alma los ve, si la llevo a vuestra casa para cenar, alguien mencione a María. Alma cree que la dejé antes de viajar, así debe seguir creyéndolo.

—*Okey* —dijo Marcela—, preparate para el sermón de Matilde, seguro alguna cagada a pedos te comés. Esta superposición de relaciones no le gusta nada.

—Lo sé. Me ha pasado lo mismo con mi madre. Pero confío en que vea en mis ojos el amor que siento por Alma.

—¿Amor? Paulo, ¿no vas un poco rápido? —Germán seguía comiendo, pero se lo notaba algo preocupado por las palabras de Paulo.

—No. Por primera vez en mi vida, estoy seguro de algo: amo a Alma y haré lo que sea necesario no solo para no lastimarla, sino para no perderla.

Ambos primos lo miraron con incredulidad. Germán distendió el tema con una broma y la charla derivó luego en que él les contara (sin detalles) lo bien que la había pasado con Amanda. Al terminar su sándwich, propuso ir caminando juntos hasta el automóvil estacionado. Así lo hicieron. Hacía algo de frío. Cuando llegaron hasta el vehículo de Germán, se saludaron.

—Bueno, chicos, los dos vienen bien con sus chicas. Ojalá sea una constante de esta semana para todos los Girat, así me va bien hoy a mí también —lanzó, con sonrisa pícara, Marcela—. *Navoleti*, ¿me llevás hasta la pizzería de 7 y 60?

—No me llames así, che. Te alcanzo. Suerte hoy con la gallega, primo. Mañana andá para casa y nos ponés al día de cómo lo tomó —indicó Germán a la vez que abrazaba a su primo.

—Hecho, mañana voy a la hora del almuerzo. ¿Sales esta noche? —le preguntó.

—Salir, salir, no. Creo que con suerte me voy a quedar haciendo cucharita con cierta rubia que me vuelve loco.

—Ah, ¡te ves con la rubia! Bien, espero que os vaya de maravillas. Ambos os merecéis lo mejor. —Luego de decir eso, Paulo volvió a abrazar a Germán.

—Che, guardame un abrazo a mí. —Fue el turno de Marcela de estrecharse—. Chau, primo, te espero mañana.

Los primos subieron al automóvil y se fueron. Paulo entró al hotel. Aún le faltaban unos minutos para el horario de conectarse con María de los Ángeles, pero decidió ponerse en línea por las dudas. La conocía, sabía que ella estaría mordiéndose los codos y que trataría de conectarse antes. Unos minutos después, vio en WhatsApp que María se conectaba y le enviaba un «Estoy lista», y realizó la llamada. El corazón le latía a mil. Sabía que era lo que debía hacer. Si no hubiera tenido sentimientos para con María, hubiera sido más fácil, pero la quería, no era una persona que mereciera sufrir, y ella estaba a punto de empezar a hacerlo por él. La imagen se hizo clara y definida. María se encontraba en el *living* del departamento. Se le notaba en el rostro la tensión.

—Hola, amor. ¿Cómo te ha ido el día de hoy? ¿Has hecho adelantos con tu investigación?

—Hola, María. ¿Cómo has estado tú?, yo, bien. —El rostro duro, casi inexpresivo, de Paulo borró la sonrisa dulce que María de los Ángeles tenía dibujada, casi como forma de distender el clima. Algo feo se acercaba, ella lo supo.

—Yo estuve todo el día al pendiente. Pensé que tal vez te conectaras antes y me dieras una pista de lo que pasa. Pero nada. Estuviste ausente, como parece ser tu costumbre últimamente. —María empezaba con sus ironías, su forma de reaccionar en las discusiones ayudaba a que él no fuera blando.

—Pues verás, ya que vas directo al punto, te diré. La realidad, María, es que desde hace meses me vuelves loco con la idea de irnos a vivir juntos. Y si bien he cedido en ese tema, no me siento muy seguro de dar ese paso. Siento que no estoy siendo sincero conmigo mismo, que lo hago para no escuchar más tus quejas, pero uno no debe tomar ese tipo de decisiones por presión o por aburrimiento. Uno debe decidirse porque siente que no compartir con el otro todo el tiempo posible es como morir de a poco. Lamento decirte que no estoy sintiendo eso. Justamente este tiempo sin vernos me ha aclarado que no me pasa eso si no te veo, incluso hay momentos en los que siento un alivio.

—¿De qué carajos me estás hablando, Paulo? —La voz de enojo, de incredulidad, de María de los Ángeles denotaba que la charla iba a subir el tono.

—Te estoy diciendo que tu forma de hablarme, de tratarme, de celarme, de decidir las cuestiones relativas a nuestra pareja no son las mejores, y no me siento a gusto en esta relación. Ya no siento emoción al verte o pensar en pasar tiempo contigo. Simplemente no siento. O en los casos en que algún encuentro se suspende, pues, siento alivio. No creo que esos sean los sentimientos adecuados para comenzar una convivencia, ¿no crees?

—Paulo, no puedo creer que me estés haciendo esto. No puedes irte al otro lado del mundo y cambiar de opinión como te cambias de camisa. Esto es la vida, guapo, aquí se gana y se pierde. Lo que tú no cuidas, pues bien, otro lo codicia. ¿Es que acaso no piensas en cómo he de sentirme con tu inseguridad? ¿Y si decido no aceptar tu negativa?

—¿De qué mierda me hablas, María? ¡Aquí la que no entiende eres tú! Esto no es uno de tus jueguitos, yo no juego a ver quién manipula mejor. Te estoy hablando de sentimientos.

—¿Estás haciendo esto para darme celos o alguna supuesta lección

por haberte tratado con indiferencia luego de esa inundación de mierda?

—¡Y una coña, María! No entiendes nada. Es evidente que hablamos idiomas distintos. Esta inundación de mierda, como tú la llamas, me ha puesto de frente con la muerte, me ha puesto a hacer un balance y, en él, has salido perdiendo. —El enojo que la tozudez de María y sus ironías le habían provocado lo habían llevado a hablar con dureza—. Eres una parte de mi vida que, en este momento, quiero suspender. De verdad, María, no quiero lastimarte diciéndote cosas hirientes, pero la realidad de mis sentimientos, hoy, es que no te amo. —El rostro de María se transformó de una mueca irónica a un rostro traspasado por el dolor, los ojos se le llenaron de lágrimas. Su idea inicial era pedirle un tiempo para que se fuese habituando a la noticia, pero su forma de hablarle, su modo de hacerlo sentir culpable lo habían hecho reaccionar de manera agresiva, diciendo de un tirón todo lo que sentía.

—¿Paulo? ¿De qué coño estás hablando? Tus palabras me están lastimando. Si esto es una broma, te juro que es muy mala.

—¿A ti te parece que podría hacerte una broma con estos temas?

María negó con la cabeza, buscó un pañuelo y secó las lágrimas.

—Paulo, ¿me estás dejando? Hace unos días estábamos pensando en el color con que íbamos a pintar el cuarto y ahora me dices todo esto. No entiendo. ¿No me amas? Pero…

—Mira, María, ninguno de los dos se puso a analizar bien nuestra relación, pero en estos días, lo que me ha sucedido… —Paulo cambió el tono. Verla angustiada, llorando, lo mataba. Nunca podía soportar que una mujer llorara de dolor delante de él. Era una debilidad. Endulzó su voz, quería ser claro sin ser cruel— me ha hecho ver con más claridad algunas cosas. Siempre hemos tenido una relación física increíble, pero en cuanto a los sentimientos, nunca me he sentido como tú pareces sentirte conmigo.

—Yo… Paulo, yo… —El llanto no la dejaba hablar con fluidez—. Yo te amo. Si no estás conmigo, moriría, no hagas esto, por favor.

Paulo la miraba aparentemente frío, distante, sin conmoverse. Por dentro se sentía el tipo más despreciable del planeta.

—Lo siento realmente, María. Me gustas, me siento bien contigo, pero creo que eso no es suficiente. Tus ataques de celos, tus ironías, tu mal carácter, tu no relacionarte con mi familia ni con la tuya, tu ostracismo por momentos, el no compartir gustos, todo eso me hace sentir cada vez más lejos de ti. No tengo ganas de ir a vivir contigo. No quiero lastimarte, Mari. Pero debo serte sincero, y debo serlo conmigo también. Esto no puede seguir. Tú te mereces un hombre que

se juegue por ti, que esté dispuesto a todo… y ese no soy yo.

—Me estás hiriendo mucho, Paulo. Yo sí siento que eres el hombre para mí. ¿Por qué me haces esto? ¿Es que hay alguna otra mujer?

—No, Mari —lo dijo serio, casi sin pestañar—. Esto es un problema entre tú y yo, uno del que nunca hemos hablado, pero que ambos sospechábamos que estaba ahí. Esto no debió llegar hasta aquí, mi error fue no poner un límite antes. Debería de haber sido sincero. No debí conformarme contigo y con lo que me dabas, ni tú debiste conformarte con el cariño tibio que yo te daba. Tú mereces amor, pasión. Y yo también. Nosotros no podemos darnos lo que necesitamos.

—Paulo, por favor… Yo necesito lo que tú puedas darme. Me alcanza con eso. Hemos tenido nuestras noches de pasión, ¿o eso no cuenta?

—Mari, pasión física hemos tenido, tenemos piel. Pero de lo que hablo es de esa conexión más profunda, cuando sabes que respiras y vives porque el otro también lo hace. No siento eso contigo, y creo que no soy un buen hombre si te dejo quedarte conmigo sabiéndolo. Debes buscar a ese hombre que no puede estar lejos de ti, que desea cuidarte, hacerte su esposa y darte sus hijos. Un hombre que esté a la altura de lo que necesitas. Yo no soy ese hombre. —La voz de Paulo se escuchaba sincera y, a la vez, algo acongojada—. Te pido perdón por el dolor que estoy infringiéndote. Pero es mejor ahora que más tarde. No he tenido los cojones para hablarlo antes.

—¿Y has tenido que irte al fin del mundo para decirme toda esta mierda? ¿No merecía tenerte frente a mí cuando lo dijeras? ¿O es que acaso temías que te golpeara? —María de los Ángeles se limpiaba el rostro de lágrimas. Se quedó un instante en silencio. De pronto hubo un cambio en su gesto, en su tono de voz, fue como si recobrara las fuerzas para luchar luego de la primera estocada—. ¿Te olvidas qué tan profundo te conozco? ¿Olvidas lo que eres capaz de hacer y algunas necesidades especiales que hemos compartido?

—Mari, tienes todo el derecho del mundo de estar enojada, pero nada de lo que digas cambiará lo que he decidido —dijo mientras se contenía. La furia que el último comentario le había provocado estaba contenida en el tono de sus palabras. No quería que ella reconociera ese tema como una debilidad con la cual extorsionarlo—. Recuerda bien, esas «necesidades especiales», como las llamas, te incluyen, y hablan tanto de mí como de ti. No creo que te convenga seguir por ese camino.

—Es que no puedo creer lo que me haces. ¿Enojada? Te quedas corto, majo, estoy cabreada, estoy furiosa. Me dejas cuando estás a

miles de kilómetros, cuando no puedo hacer nada. ¿Esperas que acepte tus palabras así, sin más? ¿Te acostaste con alguna zorra argentina? ¿Con tu prima, tal vez?

—Mira, María —liberó su enojo—, puedes enojarte conmigo porque te estoy lastimando. Pero no tienes el derecho de insultar a mi familia. Mi prima y yo somos eso, primos, y nos queremos como lo que somos. Jamás pondría mis ojos en ella, no la veo como mujer. Lo que insinúas no solo es horrible, sino impensado. ¿Tú crees que, si tuviera una relación casi incestuosa con mi prima, sería aceptable para mis tíos, para mi primo y mi madre? ¿Sería aceptable para mí? ¿No me conoces ni siquiera un poco?

—Creí que te conocía, creí que compartíamos gustos. Pero la verdad es que a ti no te conozco. Tú no eres mi Paulo. Tú no eres el hombre al que amo. No sé quién eres y puedo esperar cualquier cosa de ti.

—María, soy el que te está diciendo lo que siente, porque es lo mejor. Jamás podríamos haber sido felices. Yo no al menos, y sé que tú, a la larga, ibas a necesitar de mí una entrega y unos sentimientos que no están.

—Hay alguien más. Lo presiento. Sé que solo otra mujer podría hacerte cambiar de ese modo. Te ha calentado la polla y ahora quieres que sea ella la que siga calentándola, ¿no es así? Sabes que puedo soportar eso.

—Si te dijera esa mentira, ¿acaso te haría sentir más tranquila? —Recordó lo que su madre le había advertido—. ¿Necesitas echarle la culpa a alguien más? ¿No puedes aceptar, por una vez en tu vida, que eres responsable de esto?

—Dime la verdad, Paulo. Puedo aceptar que otra te haya seducido, que hayas caído en sus redes. Puedo aceptar y hasta perdonar si has tenido una aventura, hemos manejado estos temas antes. Pero no me voy a dar por vencida.

Paulo entendió que su madre tenía razón en haberle dado aquel consejo.

—No, María. No hay otras personas. Y lo que hemos manejado antes te lo recuerdo, fue de común acuerdo. Lamento decirte que deberás hacer el duelo. Esto es responsabilidad tuya y mía. No deberíamos de haber llegado hasta acá. El conformismo es el culpable mayor. Puedo entender que te sea más fácil pensar en otra persona como la culpable, aunque no puedo creer que estuvieras dispuesta a perdonar una infidelidad. Lo que hemos pasado en otras oportunidades eran situaciones distintas, planteadas de otro modo, y no vienen a colación. No es el caso. —La frialdad de Paulo la dejó

enmudecida, sin argumentos. Paulo aprovechó para continuar—. Me tratas como si yo fuera un niño al que una mujer embruja y manipula. Me ofendes al pensar así de mí. —Paulo decía eso a la vez que reconocía, en su interior, que Alma sí lo había embrujado, pero nunca hubiera sido capaz de manipularlo—. Soy un hombre que está decidiendo que necesita enamorarse de verdad, sentir pasión. En algún momento encontraré a la mujer que me haga sentir todo eso, o no… quién lo sabe. Pero decido que esto que tenemos… no me alcanza.

—Paulo, te lo suplico, no me dejes. —María cambió totalmente la actitud, la voz acongojada le llegó directamente al pecho de Paulo, como una lanza. La estaba destrozando, lo sabía. Pero debía hacer el final necesario—. No puedo vivir sin ti, amor. Por favor. —Las lágrimas caían, nuevamente, a ambos lados del rostro, como arroyos. Su mirada sufrida lo torturaba.

—No, María. Te suplico yo. No me pongas en esta situación. Quiero hacer lo que es más justo para ambos, sé que es doloroso, pero alguno de los dos tenía que empezar a cambiar las cosas. Sé que hubieras aguantado todo con tal de que me quedase, pero eso no es lo que tú necesitas. Te mereces un hombre que se enamore hasta los cojones de ti, que esté dispuesto a todo para mantenerte a su lado. Yo no puedo. Podrás vivir sin mí. Estoy seguro. Será difícil, pero no imposible.

—No, no… No, por Dios. —María lloraba y se tomaba la cabeza con ambas manos, desesperada—. No puede estar sucediendo esto, todo marchaba sobre rieles, todo estaba bien y ahora me dejas.

—Mari, escúchate. No has entendido nada de lo que te he explicado. No puedes tapar el sol con un dedo. Nada marchaba sobre rieles. Esto iba a suceder tarde o temprano.

—No puedo aceptarlo, dame otra oportunidad. Te lo suplico.

—No hay nada que podamos hacer. Lo que no está, no está. Lo que no se siente, María, no se siente. Deberás tener un tiempo sin comunicarnos para hacer el duelo. Así que no te llamaré y no contestaré tus llamados.

—¡No!, no puedes hacerme esto. No puedes decidir tú cuál es el mejor modo para que yo haga mi duelo. Me niego a darte ese poder.

—Pues… ya verás de qué modo lo trabajas. No responderé.

—¿Cuándo vuelves a Madrid? —preguntó de pronto.

—No veo cuál es la importancia de ese tema —dijo, confuso, Paulo.

—Me lo debes, deberíamos vernos personalmente, hablar luego de un tiempo, ver si las cosas siguen igual. Me lo debes. —Empezó con su arte manipulador—. Además, tienes ropa, libros, películas en mi

departamento. Espero que no me humilles al extremo de tener que llevarle tus cosas a tu madre.

—Mi madre podría recibir esas cosas y jamás te humillaría; pero tienes razón. Te lo debo. Aún no sé cuándo regreso, tengo una nota nueva entre manos y debo exprimirla. En unos días, a más tardar un mes, estaré en Madrid —le informó Paulo pensativo.

—Bien, te llamaré para acordar. —María de los Ángeles tomaba las riendas de la situación como acostumbraba. Paulo la cortó en seco.

—Tú no me llamas. Yo te haré saber cuando haya regresado y ahí acordaremos un lugar y un horario para el encuentro.

—Bien. Espero que tengas buenas noches, si puedes —dijo María de los Ángeles en un tono irónico.

—Tú también. *Bye*. —Acto seguido, Paulo cortó la comunicación en su ordenador.

Había dicho todo de un tirón. De manera automática, marcó el número de su madre. Si conocía un poco a María de los Ángeles, sabía que iría a buscar ayuda de Valentina, necesitaría el apoyo del género. Al segundo llamado, Valentina atendió.

—*Hola, mi niño lindo, ¿me extrañas? Porque yo sí, bonito, te extraño horrores.* —El tono jovial de Valentina le devolvió un poco de calma a Paulo, evidentemente había logrado adelantarse en la llamada a María de los Ángeles, que estaría destrozando su departamento en alguna de sus pataletas.

—Hola, mi reina hermosa. Te he extrañado mucho, pero ahora te llamo por otra cosa —dijo él, cambiando levemente su humor.

—*Dime, hijo. Ya sabía yo que tú querías algo.*

—¡Eh!, no seas injusta.

—*Vale, tienes razón, guapo. Dime qué es.*

—Pues… he hablado —hizo una pausa casi teatral— con María de los Ángeles. Recién corto con ella.

—*Uy, hijo, dime, ¿qué le has dicho? ¿Cómo lo ha tomado?*

—Pues… se me ha ido un poco de las manos. —Otro silencio.

—*¡Hijo! Habla de una bendita vez, ¿quieres? Que me pones los pelos de punta.*

—Bueno, le he dicho que no la amo, que teníamos muchas características que no compartíamos, pero que lo más importante es que no siento por ella lo que se merece. No lo tomó muy bien, como puedes imaginarte.

—*Entiendo. Hijo, dime que en el fragor de la discusión no se te escapó lo de Alma. Por favor…*

—No, mamá. Que te he hecho caso en eso. Incluso enseguida que le hice el planteo me dijo que seguro había alguna otra mujer y que

ella podría perdonarme lo que fuera.

—*¿Entiendes de lo que te hablo, hijo? Las mujeres somos competitivas, nunca creemos que nuestro hombre nos deja por falta de sentimientos, siempre es por otra mujer, y esto implica que fue ella quien lo engatusó y que ellos no tienen fuerza de voluntad. Se establece una guerra entre ambas para ver quién se queda contigo, sin importar lo que tú piensas.*

—La única salvedad para tu teoría es que Alma jamás hubiera participado, ella no pelearía por mí si supiera que es la razón por la que dejé a María de los Ángeles. Se hubiese alejado sin mediar palabra.

—*Pues la entiendo. Ojalá muchas mujeres reaccionaran así cuando se encuentran con un hombre comprometido. Vosotros, los hombres, sois lo que nos enfrentan, sois los culpables, pero también las mujeres, con sus actitudes frente a la verdad, las que hacen que estas historias se lleven a extremos impensados.*

—Bueno, mamá. El punto es que debía darle una primera charla acerca de que no estaba seguro sobre irnos a vivir juntos, pero me ha respondido con tanta furia e ironía que me descontroló. Y le exploté la bomba en el rostro. Creo que aún tengo esquirlas en mi cuerpo de la onda expansiva. Lo tomó muy mal. Primero, lloró; luego, se enfureció; más tarde, suplicó. Le di cierre en el mismo momento. Le dije que iré a buscar las cosas en cuanto pueda y que allí hablaremos más profundamente. Esto no tiene vuelta atrás.

—*Hijo, has sido muy duro. Pobre María de los Ángeles, debe de estar destrozada, debería llamarla.*

—¡No! ¡No, mamá! Le he dicho que no hable contigo, no irás tú a buscarla. Estoy seguro de que tarde o temprano te telefoneará o irá a verte, espera y piensa qué dirás, no debes decir ni una palabra de Alma.

—*Lo sé, Paulo. No soy estúpida. Está bien, esperaré. Te has equivocado, hijo. Deberías de haberlo hecho más lento, en etapas. Es muy sospechoso lo tuyo.*

—Mamá, la inundación y la visión de una posible muerte me hicieron hacer el balance. Es absolutamente entendible, ¿o no?

—*Sí, en eso puedes tener razón. Esperemos que lo crea, aunque lo dudo, ambos sabemos que es muy inteligente.*

—Bueno, lo hecho, hecho está, como decía el tío José. Ya veré cómo manejo lo que pase de ahora en más.

—*Bien, tú sabrás. Ahora dime, ¿has visto a Alma hoy? ¿Le diste mi recado?*

—Sí, mamá. La he visto. —La voz de Paulo se dulcificó—. Los tiempos en los que no estamos juntos se hacen insoportables y

demasiado largos.

—*Ayyyy, hijo, estás enamorado…*

—Le he dado tu recado y dijo que me daría los datos. Se ha sorprendido de que tú supieras de ella —dijo Paulo.

—*Pues, lindo, yo estoy más pasmada de saber de Alma. Te diré que nunca creí que tú te ibas a enamorar tanto y tan rápido. Así que yo soy la sorprendida.*

—Sí, pero ella dice que los hombres son inseguros y que tardan bastante en presentar a las novias con sus familiares. No es mi caso, mamá. Me siento tan bien, tan feliz de tenerla en mi vida, tengo ganas de gritarlo a los cuatro vientos.

—*Ahhhh, el amor… el amor.*

—¿Sabes qué historia le conté esta tarde? —le confió poniendo tono divertido.

—*Dime, ¿cuál?*

—La del hilo rojo, ¿recuerdas? Me la contabas siempre que narrabas la forma en que tú y mi padre se habían conocido.

—*Ay, hijo mío de mi alma. Ahora entiendo que has prestado atención cada vez que te contaba algo. Esa historia es mágica. Y es así, tal cual. Estoy segura. Algo hace que dos personas se miren entre una multitud, se vean realmente, sientan, en un segundo, que deben estar junto al otro para siempre. Tal vez tarden más o tarden menos, lo hagan de una manera más fácil o se resistan, pero cuando se han descubierto, cuando saben de la existencia del otro, ya nada vuelve a ser lo mismo.*

—Exacto, mamá. Es lo que siento. Y reconocerlo, verbalizarlo, me hace sentir más seguro. Aunque todo esto es muy nuevo para mí. En cambio, para Alma se presenta de un modo distinto. Ella dice sentir lo mismo, pero le da mucho temor. No lo entiendo.

—*Pues verás, hijo. Es normal. Las mujeres sentimos temor frente al amor verdadero, y esto es porque antes de tu aparición, seguramente, la han lastimado. Su corazón ya viene con heridas cicatrizadas, pero la inmensidad de esto, cómo os sentís ambos, es tan grande, tan poderosa… que la posibilidad de luego perderlo ya la destroza, la angustia. No te olvides de que todo lo que hayáis vivido hasta ahora, lo que les ha dolido, todo… era superficial. El amor verdadero, el que llega hasta lo profundo, si se pierde… puede provocar el dolor más increíble. Uno se enamora y, en ese momento, le entrega al otro el arma con la que puede destruirnos.*

—Mamá, siempre eres tan clara, tan justa. Tienes razón en todo. El solo hecho de pensar en perder a Alma me hace ya sentir una molestia insistente en el pecho. Y lo que te digo es literal —señaló a la vez que pasaba la palma de la mano derecha por el centro de su pecho, donde se producía la molesta sensación.

*—Cuídala, hijo. Y cuídate tú. Vosotros sois lo más importante en este momento, hoy y siempre. Esto es inmenso y, como dice la Biblia, no tiene fin.*

Ambos siguieron hablando de temas cotidianos, familiares. Luego de unos minutos, se despidieron y cortaron la comunicación. Paulo se dispuso a acostarse. Abrió la cama, se desnudó y se metió en ella. Definitivamente, extrañaba ya el cuerpo de Alma a su lado.

# Capítulo 15

Esa primera semana juntos fue como si proyectaran una película en modo acelerado. Los días pasaban rápidamente, cada uno debía volver a sus actividades: Alma, a acomodar su casa y todo lo que aún no había vuelto a su lugar, comunicarse con todos los clientes por los pedidos, conseguir nuevo vidrio. Paulo debía escribir los artículos prometidos, los tiempos de entrega se acercaban. Entrevistas con contactos, ver fotos, escuchar relatos, recibir denuncias. El único momento del día donde la cámara parecía volver a la velocidad normal era cuando estaba con Alma.

Las notas de Paulo iban perfilándose, su tono agudo y la información que iba logrando hacían que su tarea fluyese. Vicente seguía hablando con Paulo casi todos los días, necesitaban coordinar las entregas y quería testear los adelantos. Paulo enviaba *mails* con fotos para que Vicente fuese comprobando la seriedad de la situación. Los diarios locales hacían denuncias sobre la poca reacción del gobierno municipal y cómo los gobiernos provincial y nacional se desdibujaban, las ayudas nunca llegaban, y cómo las donaciones en efectivo se *perdían* en alguna parte de la máquina burocrática.

Paralelamente a la escritura, Paulo disfrutaba de ir conociendo a Alma, ir viendo la relación con sus amigas, con su familia. Cada vez se convencía más de que Alma era la mujer de su vida. La cotidianeidad de encontrarse, compartir comidas, espacios, familias los hacía sentirse de a poco más unidos. La naturalidad con la que se hablaban, con la que se trataban les daba la ilusión de ser una pareja establecida desde hacía mucho tiempo. Ambas familias notaban los cambios en ellos, verlos tan juntos los hacía sospechar, pero como la pareja no

aclaraba su situación, nadie preguntaba. El refugio era el hotel de Paulo, allí pasaron varias noches, donde no existían las reglas ni tabúes. Alma se estaba permitiendo, por primera vez en su vida, sentir plenamente, expresarse, liberar su cuerpo y su mente. Paulo era un hombre seductor que la volvía loca en la cama, pero además la seducía con su conversación, con sus ocurrencias. Conversaban sobre muchos temas en los que coincidían y otros en los que no, pero el disenso estaba permitido. Todo la seducía de él; incluso, cuando no coincidían en algo, sus esfuerzos discursivos para convencerla. La semana se escapó de sus vidas casi sin darse cuenta.

La noche de ese lunes habían acordado que Alma no dormiría con Paulo, ella seguía estando instalada en casa de su padre. Jorge y los abuelos habían insistido en que no volviera a su departamento, temían que siguiera contaminado. Alma sabía que no corría peligro en su casa, pero no quería discutir con ellos. Estar con Paulo la llevaba a tener un buen humor constante y a evitar todo tipo de confrontaciones innecesarias. Las noches que dormía con Paulo acusaba que salían a cenar y que luego iba a dormir a la casa de su amiga Pato. Jorge sospechaba que eso no era así, pero su hija era mayor de edad y él confiaba en que ella le contara la verdad en algún momento o cuando estuviera lista para hacerlo. Había hecho algunos intentos de sacar el tema con ella, de preguntar por qué se veía tan seguido con Paulo, pero ella había respondido con evasivas.

Alma terminó de lavar los platos de la cena y tomó su celular. Recordó que en toda la semana no se había conectado a la red social donde, cada noche, conversaba con Lucas. En algún mensaje recordaba haberle dicho que lo haría, pero Paulo había ocupado su vida en toda esa semana. Buscó el mensaje y comprobó lo que sospechaba. Le había prometido la conexión casi una semana atrás y nunca había cumplido. Le parecía extraño que Lucas no hubiera insistido. No había nada nuevo de él.

Lucas… Lo había olvidado casi por completo. Paulo había revolucionado su vida de un modo increíble. La amaba, lo había dicho. Entendía que no tendría defensas si la lastimaba. Ella le entregaba su corazón para cuidarlo, pero también podía destrozarlo. Y eso la asustaba. Mariano la había herido mucho, y nunca lo había amado del modo en que amaba a Paulo.

Recordó las charlas con Amanda y Pato sobre Lucas. Ellas querían que viajara a conocerlo, esa historia de Alma con Lucas se les antojaba una novela de folletín. Una de esas novelas rosas por entregas, donde cada capítulo se va otorgando semana a semana y las acciones de los personajes son lentas y medidas porque deben estirar la atención de

los lectores. Cada charla y cada mensaje de Lucas daban una idea clara del grado de compromiso que comenzaba a tener con ella. Y ella nunca se había decidido. Coincidían en muchas cosas, lo sentía cerca, pero no tenía un interés físico por él, no sentía celos cuando le contaba de situaciones con otras mujeres de su pueblo o de su trabajo. Cuando Mariano la destrozó, su corazón dejó de sentir y la única forma de rearmarse como mujer fue dejarlo dormido todo ese tiempo. Paulo había entrado arrasando en él, sin pedir permisos, había sacudido ese corazón de un modo impensado.

Decidió conectarse y hablar con Lucas. Aprovecharía la conexión a internet de su padre. Ella pasaba las tardes en su casa, armando piezas de vitrofusión que debería de haber entregado. Se le estaba haciendo difícil conseguir vidrio y algunos pigmentos. La ciudad había colapsado por algunos días y lentamente volvía a su ritmo. Lo mejor era conectarse desde ahí. Tomó el celular y escribió un mensaje a Lucas diciéndole que en unos minutos se conectaría a la red social. Luego fue hasta su habitación, la que usaba en casa de su padre, y encendió la computadora que Jorge había puesto en el cuarto. Mientras cargaban los programas, iba pensando todo lo que debía contarle. «Mmm… ¿Es buena idea hablarle de Paulo?». Lo pensó unos minutos. «Sí. No tengo por qué no contarle, somos amigos, nada más. Lucas debe saber cómo me siento, necesito compartirlo». Mientras esperaba que estuviera lista la PC, escuchó que le llegaba un mensaje de WhatsApp. Supuso que era Lucas indicándole que ya estaba conectado. Buscó el celular y abrió la aplicación. Era, en efecto, un mensaje de Lucas. Le indicaba que había temido por la inundación y, si bien ella le había dado alguna información de lo que le había sucedido, no habían hablado con claridad. Volvió a mirarlo. Alma sonrió, se conocían tanto que adivinaban los movimientos del otro. Al abrirlo, apareció una segunda frase que la congeló. Una inseguridad repentina la invadió.

> Estoy en tu ciudad. Vine a verte finalmente. Lo sucedido en la inundación me hizo entender que podría haberte pasado cualquier cosa. No quise avisarte para no romper la sorpresa. ¿Me pasás la dirección así voy a verte?

Todos los temores que había tenido, durante los meses en que se estuvieron conociendo, se hicieron presentes. Ella no sabía qué sentimientos albergaba Lucas, los sospechaba, pero lo que tenía claro era que lo que ella sentía por él no se acercaba a la inmensidad que

sentía por Paulo. No quería lastimar a Lucas, era un gran amigo, lo quería mucho. Tenía miedo de su reacción. No podía creer que él se hubiera venido. Con el accidente donde había perdido a su familia ya casi no viajaba por tierra, solo en ocasiones estrictamente necesarias. Por esa razón era que aún no se habían visto. Ella siempre tenía alguna complicación para tomarse unos días y viajar a Plottier, y él aún no podía superar su fobia y salir de allí. Estaba claro que se había animado, estaba allí, cerca. Por arriba de la ventana de diálogo se veía que Lucas estaba conectado. Con seguridad, atento, esperando la respuesta de Alma. ¿Qué debía hacer? De pronto, la frase «en línea», que indica quietud, espera, se convirtió en «escribiendo…», acción, y saltó un nuevo mensaje.

> Alma, ¿estás ahí? Pasame una dirección así nos vemos. ¿Estás nerviosa que por fin vamos a vernos? Yo sí, pero muero por abrazarte.

Debía contestar. Los dedos temblaban sobre el teclado digital. Tuvo que escribir, borrar y volver a escribir varias veces, los nervios no le permitían escribir una frase completa.

> Holaaaaaaaa!!!! Qué sorpresa me diste!!!! Estoy en la habitación de la casa de mi papá, prendiendo la compu para hablar con vos, y ahora resulta que te tengo cerquita y te voy a ver… Dame unos minutos para que calme a este corazón, que los nervios lo pusieron a mil.

La respuesta apareció en la pantalla, casi inmediatamente.

> Dale, bonita. Dame la dirección. Estoy algo perdido en esta ciudad tan simétrica. Tirame una dirección, que tengo el GPS preparado. Estoy igualmente nervioso. ¿En la casa de tu viejo? ¿Por?

Alma escribió.

> Te paso la dirección. Dame unos minutos para cambiarme (estaba en pijama) y preparar un café para cuando llegues. Es que con lo de la inundación perdí casi todo, así que me vine acá por unos días,

así puedo rearmar mi casa de a poco.

Dale.

Apuntó Lucas. Estaba feliz, finalmente iba a conocer a la mujer que lo había revivido. Alma significaba mucho para él. Ella, con sus palabras, con sus secretos, con su compañía constante, había hecho que el dolor, el sufrimiento y la amargura, que regían su vida, desde la muerte de sus padres y hermana, desaparecieran. Cuando supo que había habido una inundación mortal en su ciudad, intentó contactarla por todos los medios y no obtuvo respuesta. Enloqueció del miedo, podría haberla perdido a ella también. Luego vinieron los mensajes escuetos. Sabía que estaba bien, pero algo le había pasado; Alma había cambiado, era claro. No podía perderla también a ella. No podía creer su propia cobardía, su comodidad; no se habían visto porque él seguía teniendo miedo a hacer el viaje. Los ataques de pánico aún regresaban, pero no era excusa para perderla. Decidió ir.

Con su psicólogo habían conversado varias veces, en las sesiones, la posibilidad de una terapia extrema, una que lo enfrentara a su temor mayor: la ruta. Nunca había logrado tomar la decisión, el temor lo embargaba de solo pensar en ver esa línea interminable de asfalto que se extendía delante del coche y hasta el infinito. Generar la imagen en su mente, la cinta asfáltica lisa, con las líneas blancas y amarillas, los lados de la carretera sin edificaciones, los automóviles de la mano contraria pasando a alta velocidad, los choques de las fuerzas contrarias del vehículos, todo se conjugaba en la sensación de ahogo, la transpiración fría, la taquicardia, la certeza de que estaba a punto de morir. Con solo pensarlo ya entraba en un ataque. No había podido enfrentarlo. Pero perder a Alma, la única persona del planeta que lo había rescatado, que lo había *visto* realmente detrás de sus temores, la única que lo conocía detrás de sus máscaras, era imposible. No podía quedarse a la espera de sus noticias. Habló con un amigo de su trabajo, uno que era muy cercano, le explicó la situación y le pidió que lo llevara en su automóvil. Durante las horas de viaje, se había sentido muy mal. Había tenido momentos muy difíciles donde había revivido el accidente de su familia. Tenía a mano la medicación que su psiquiatra le había dado para evitar los ataques, pero enfrentar su peor temor era muy fuerte. Un viaje que normalmente hubiera llevado doce horas terminó tardando casi veinte. Debían parar cada tanto para que él bajara y tomara aire. Cuando se le calmaba el corazón, disminuía la taquicardia, continuaban. Mientras se movían, Lucas realizaba los ejercicios

respiratorios que su psicólogo le había enseñado. El equipo de psiquiatra y psicólogo lo había preparado para ese momento de enfrentar su temor mayor. Respiración profunda y lenta, visualizando espacios seguros, personas que le generaran paz. Alma era su lugar seguro, su paz. Habían llegado a ciudad de La Plata hacía cuatro horas. Habían buscado un hotel donde quedarse. En las calles 10 y 54 habían encontrado uno bueno y se habían instalado. Lucas necesitó dormir una siesta de dos horas para reponer su cuerpo castigado por el pánico. El agotamiento que los ataques le generaban era increíble. Durmió, se bañó y luego salieron a comer algo. No se repuso del todo, pero sentía que estaba listo para verla. Le pidió la llave del automóvil a su amigo y salió de la habitación cuando hubo cargado la dirección que le había enviado, por mensaje, Alma. No veía la hora de verla, abrazarla. Necesitaba decirle muchas cosas, pero la principal era que supiera que, viendo la posibilidad de su muerte tan cerca, había decidido jugarse por ella.

Alma se cambió rápidamente y, con su torpeza habitual, hizo ruidos que advirtieron a su padre que algo pasaba. Jorge golpeó la puerta de la habitación de su hija y abrió un filito para hablarle.

—Almita, ¿estás levantada? ¿Puedo pasar?

—Sí, papi, entrá. Me estoy cambiando, sí —dijo a la pregunta silenciosa que hacía el gesto de su padre.

—¿Vas a salir, nena? Es muy tarde, ¿no te parece?

—No, pa, no voy a salir. Es que Lucas, mi amigo del sur, está en La Plata. Vino a verme por lo de la inundación, ¿viste? Y ahora está en camino para acá, a tomar un café.

—¿Ahora? Pero estas no son horas de visitas en las casas decentes. —Habiendo dicho eso, se fue caminando para su habitación—. Esperá que yo también me cambio, Almi, así lo recibo.

—No, papi, andá a dormir, que es tarde para vos. Yo abro y lo recibo.

—Ni mamado con grapa te dejo sola con un desconocido a esta hora, ¿qué clase de padre creés que soy?

—Ay, papi, no hay problema, además, no es un desconocido, es un amigo.

—Como sea, yo no lo conozco. Voy a abrirle yo y, si no me gusta la pinta, me quedo con ustedes.

—Bueno, pero dale porque está por llegar —aceptó Alma con los ojos en blanco. Cuando Jorge se ponía en modo cuidador, nada lo hacía cambiar de opinión.

Lucas ya quería llegar. La idea de ir a la casa del padre no le gustaba demasiado. «Ahí no podremos hablar tranquilos y, si da para

algo más…, allí no vamos a poder de seguro. Bueno, no importa, si da para estar juntos, me la llevo a un hotel, da lo mismo. Hemos esperado demasiado tiempo para este momento». Una hora más tarde estaba estacionando en la puerta de la casa. Había manejado con lentitud, adrede, ella necesitaba tiempo para prepararse; él también. Ese era un encuentro largamente esperado. El corazón le latía a mil, aunque de una forma distinta a cuando tenía ataques de pánico. Estaba nervioso, pero no tenía sensación de muerte, no se sentía en peligro. Bajó, cerró el automóvil de su amigo y se acercó al timbre. «¿Qué voy a hacer cuando ella abra la puerta? ¿Le doy un beso de amigo o uno como yo quiero? ¿Y si la asusto?».

Tocó y percibió movimiento detrás de la puerta, sentía que el corazón le latía en las sienes, se escuchó que giraba una llave y, lentamente, se abrió la entrada.

# Capítulo 16

La puerta se abrió lentamente. Lucas tenía una sonrisa amplia instalada en el rostro. De la oscuridad interior, salió una figura que comenzó a caminar hacia la reja. Una figura masculina.

—Buenas noches —dijo el hombre con una sonrisa obligada—. Lucas, ¿no?

—Sí, buenas noches, señor —contestó enseguida.

El extraño extendió la mano para tomar la de Lucas, luego de abrir la reja.

—Hola, soy Jorge, el papá de Alma. Un gusto. —Los dos hombres se saludaron con un apretón.

—Lucas Irigoyen. Un gusto. Alma me ha hablado mucho de usted y de toda la familia, es como si ya los conociera —confió Lucas con una sonrisa. Entró, dio unos pasos en el parque y divisó la casita de los abuelos—. Los abuelos viven allá atrás, ¿no? —consultó señalando la construcción que se veía en el fondo. Jorge hizo gesto afirmativo—. Es justo como lo imaginé. Alma es buena describiendo.

Jorge sonrió y siguió caminando hacia la otra puerta, la de su casa.

—Pasá, Lucas, pasá. Hace frío y vos tuviste un viaje re largo. Pasá, que te doy algo caliente, ¿cenaste ya?

—Sí, gracias, señor. —Tenía una voz segura aunque tímida.

—No me digas señor, che. El Señor está en el cielo. Yo solo soy Jorge, llamame así. Así que ya comiste. ¿Llegaste hace mucho?

—Un poco más de cinco horas. Me instalé en un hotel con mi amigo, que me acompañó. Ya dormí una siestita, me bañé y cené. Muchas gracias, Jorge —expresó con una sonrisa.

Jorge le hizo señas a Lucas para que entrara primero. Así lo

hicieron. Jorge lo hizo último y cerró detrás de sí. Se giró, colgó el manojo de llaves en un llavero puesto justo al lado de la puerta y gritó:

—Almita, ya llegó Lucas. Vení.

Enseguida se escucharon unos pasos rápidos, casi corriendo, por un pasillo lateral. Lucas giró la cabeza hacia el sector de donde provenían los sonidos, a su izquierda. Vio venir una figura delgada y alta, corriendo. El cabello se adivinaba saltando al ritmo de las zancadas. Era ella, finalmente… era ella.

Cuando Alma salió a la luz del comedor, trastabilló con su propio pie. Se abalanzó sobre el escalón que separaba el pasillo del comedor, donde se encontraban Lucas y Jorge. Caía casi en cámara lenta; el rostro sonriente se fue convirtiendo en un gesto de terror cuando entendió lo que sucedía. Con rapidez y habilidad, Lucas hizo dos pasos hasta ella y logró ponerse debajo para sostenerla y evitar el golpe. La sostuvo en cuestión de segundos. Se miraron sorprendidos. Definitivamente no era la forma que habían imaginado de encuentro. Cuando la escena se detuvo, y ella cayó sobre los brazos de Lucas, los ojos de ambos se centraron en el otro, hicieron foco. Los verdes de Alma, los marrones de Lucas.

Jorge había visto la escena sin poder moverse. Solo logró despegar los brazos del cuerpo y flexionar las piernas, como si fuese a soportar él el peso de la caída. Todo fue tan sorpresivo que no tuvo tiempo de enviarle la orden a sus extremidades de dar un paso adelante.

Cuando Alma ya estaba en brazos de Lucas, ahí logró acercarse más.

—Hola —dijo, con timidez, Alma—, te juro que no siempre llego así a todos lados. —El ambiente se distendió y todos sonrieron.

—Hola, Alma. ¿Estás bien? ¿No te lastimaste? —La miraba preocupado mientras la volvía a parar en sus pies.

—Nena, pero mirá que sos torpe, ¿eh? —agregó Jorge casi habituado a esos despliegues de Alma—. Menos mal que estaba Lucas, que si no, te estrolabas en el piso, hija. Y yo que tengo menos reacción que una babosa —agregó sonriendo y mirando a Lucas, luego—: La edad no viene sola, ¿viste? Trae lentitudes de toda clase. —Le golpeó el hombro a Lucas, como festejando el chiste.

—Ay, papi, no digas bobadas, ¿querés? Estás bárbaro vos, soy yo, que soy una atolondrada, no vi ni siquiera con qué me tropecé —aclaró mirando hacia sus pies, como buscando alguna soga que le hubiera producido la caída—. Bueno, ya está. Estoy bien, Lucas. Quedate tranquilo. Vamos, pasá, que tengo un cafecito rico preparado.

—Dale —respondió Lucas casi sin ganas.

Tanto había planeado el encuentro y nada había salido como esperaba. El momento se había perdido. «Al final, ningún beso en la presentación, encima ahora no vamos a estar solos, el viejo seguro se queda acá».

Alma comenzó a caminar entre los muebles hasta llegar a unos sillones mullidos que se veían muy cómodos. Sobre la mesita baja estaban dispuestas las tazas, el azúcar, edulcorante, un plato con *muffins* y servilletas. El ambiente olía a café recién hecho. Alma le indicó que se acomodara a partir de un gesto con la mano.

—Sentate, Lucas, ya traigo la cafetera. Ya vengo. —Siguió camino hasta la cocina, que se encontraba pegada a ese espacio.

Lucas lo hizo en el sillón de dos cuerpos. Jorge seguía de pie.

—Bueno, muchacho. Yo me voy a ir a dormir. Estoy un poco pasadito de mi horario normal, siempre me acuesto cerca de las diez. Pero no quería que Almita atendiera la puerta a esta hora. —Se acercó con la mano extendida—. Un placer haberte conocido. No se queden hasta muy tarde, que tienen que descansar.

—El placer es mío, Jorge. Vaya tranquilo a dormir, de todos modos, no me voy a quedar mucho tiempo, sé que no es buena hora para visitas, pero vine desde Plottier, Neuquén, solo para ver a Alma y para ver que estuviera bien.

—Quedate tranquilo, Lucas, mi nena la pasó feo, nos pegamos un susto terrible, pero por suerte ya la viste sana y salva. —Y, como acto reflejo, miró hacia arriba, como hablándole a Dios—. Gracias por Paulo, barbudo. —Luego volvió a mirar a Lucas que lo miraba, a su vez, algo extrañado—. Disculpá, todo el tiempo hablo con el de arriba, otra costumbre de viejo —confesó y rio—. Ya te va a contar la nena. Bueno, me voy, los dejo.

En ese momento aparecía Alma con una cafetera italiana, de las que tienen dos partes unidas en el centro. En la de arriba se pone el café de filtro; en la de abajo, el agua. La temperatura y la presión hacen que el agua suba, se mezcle con el café y, al apagar el fuego de la hornalla, se filtra nuevamente a la parte inferior. Alma venía con las dos partes unidas aún y con un plato donde iba a depositar la superior al abrirla. Jorge le dio un sonoro beso en la mejilla a su hija y acercó la boca a su oído para decirle:

—Estoy a unos metros, Lucas me cae bien, pero no lo conocemos, nena. Cualquier cosa gritá.

Ella sonrió.

—Andá tranquilo, papi. Hasta mañana.

Jorge se fue. Alma se sentó al lado de Lucas. Él la miraba obnubilado. Ella comenzó el trabajo de separar la parte superior de la

inferior. La presión acumulada le hacía dificultosa la apertura. Para alivianar la tensión que se sentía entre ellos, comenzó a hablar, casi nerviosa.

—La verdad, me sorprendiste. ¿Cómo hiciste para viajar? ¿Cómo hiciste con tu fobia? Me siento re culpable, Lucas. Si te hubiera respondido antes, no te hubieras asustado tanto.

—Sí, pero no hubiera venido y no te tendría ahora delante de mí. Sos mucho más hermosa en persona de lo que veía en la cámara —aseguró Lucas—. No me arrepiento de haber venido, de ningún modo. Me trajo Matías, ¿te acordás que te hablé de él?

—El que trabaja con vos, ¿no?

—Sí, ese. Me hizo un favorazo. Me trajo en su automóvil desde Plottier, fuimos parando cada vez que el corazón no me daba más. Vos sabés que mi elemento fóbico es la ruta, así que viajé todo el camino con cada uno de los síntomas. Tomé la medicación antes de salir de allá y, si bien fueron más leves, los seguí teniendo todo el tiempo. Llegué destruido.

—Ayyyy, Lucas, qué mal me siento. Mirá lo que te hice hacer. —Alma había dejado de luchar con la cafetera para escuchar la explicación. Retomó la tarea. Logró abrirla, un aroma intenso a café los envolvió. Puso la tapa y se puso a servirlo.

—Vos no me hiciste hacer nada, Alma. Yo vine porque pensé que te había pasado algo. La intriga, el temor, los nervios, la incertidumbre… todo eso junto me hizo venir. Pero estoy feliz de haberlo hecho. Pude salir de Plottier, que se había convertido en mi cárcel. Y ahora estoy bien. Digo, me dormí una siesta importante cuando llegué, porque parecía que había corrido una maratón.

Alma sirvió la primera taza y se la dio.

—Acá tenés azúcar y edulcorante, no recuerdo cómo te gusta el café —dijo distraídamente.

—Lo tomo negro, amargo. Mirá vos, yo me acuerdo perfectamente cómo te gusta a vos: con un toque de leche y un sobre de edulcorante —señaló él mirando a Alma con intensidad.

Ella giró el rostro, sorprendida.

—Sí, es cierto. Es exacto como me gusta. ¿Cómo te acordaste?

—¿Cómo no acordarme de lo que le gusta a la persona que le cambió el humor a mis días? Cada noche, nuestras charlas, horas de conexión, eran el momento más esperado del día para mí. Habernos encontrado aquella noche, que hayamos empezado a hablar y hayamos conectado tan bien… es realmente difícil que eso pase. Y por suerte nos pasó, ¿no?

—Sí. Es cierto. Encontrarnos de modo tan accidental y tener tantos

puntos en común es raro. —Alma le terminaba de poner el sobre de edulcorante a su propia taza. Ya la había traído con un poco de leche tibia. Revolvió, se recostó sobre el respaldo del sillón y miró a Lucas. Él la miraba como paralizado—. ¿Qué pasa? ¿Tengo algo? —preguntó a la vez que se limpiaba alguna suciedad que imaginaba en el rostro.

—Nada, nada, Alma. Es que no puedo creer estar acá, con vos. Y te repito, sos mucho más hermosa personalmente. No me canso de mirarte.

—Ay, bobo, dejate de decir pavadas. Soy normal, una mina normal. No me mires así que me vas a ojear y después voy a tener que despertar a mi amona para que me cure.

—Bueno, andá pensando en despertarla porque no puedo dejar de mirarte —insistió Lucas sonriendo. Ambos sentían la tensión del primer encuentro. Las charlas se daban con tanta fluidez en el chat, o a través de las videollamadas, sin embargo, en ese momento costaba tanto. Lucas decidió cambiar de tema—. Bueno, contame lo de la inundación, por favor. Es lo que me trajo hasta acá.

Alma comenzó el relato. Empezó con el almuerzo en casa de los abuelos, su salida en medio de la tormenta, su caminata por el agua, el nivel que iba subiendo, su caída, su viaje alocado por el arrastre del agua, su cruce con cuerpos y su decisión final de entregarse al destino, el golpe que la lastimó y la caída de Paulo a rescatarla.

—Paulo, un turista madrileño que estaba de viaje por acá y lo agarró la inundación. —Los ojos de Alma comenzaron a tener un brillo distinto. Lucas lo notó enseguida y una punzada de celos lo atravesó—. Por suerte, él estaba en un árbol y me vio pasar. Se tiró para salvarme.

—Pero con la potencia del agua, él no podía detener tu marcha, ¿cómo hicieron para salvarse los dos?

—A él lo estaban ayudando, a su vez, desde un balcón de un edificio. Otro flaco, Mauro, lo tenía atado con una soga al balcón. Él nos sostuvo unos minutos hasta que Paulo encontró un espacio donde resguardarnos. Un antiguo zaguán, ¿viste?

—Sí, entiendo. Pero el nivel del agua, ¿no era muy alto?

—Sí, en la calle no hacíamos pie, calculo que habría como dos metros; pero el zaguán estaba como a dos o tres escalones de la vereda. El agua nos llegaba casi al cuello.

—¿Y estuvieron mucho tiempo allí?

—Sí, bastante. Era de noche cuando me salvó, y cuando el agua empezó a bajar, estaba amaneciendo. Unas horas.

—Qué garrón, Alma. Quedarte en esa situación y con un desconocido. Decime que al menos era buena gente y no trató de

propasarse con vos —indagó Lucas, que quería verse despreocupado, pero los celos se le notaban.

—Nada que ver. Paulo es un gran hombre. Imaginate que se puso en riesgo para salvarme. Podría haberse quedado seco sobre el árbol, sin embargo, se arrojó al agua. —Lucas entendió allí la frase que Jorge había hecho mirando al cielo. Trató de mantener el gesto relajado. La forma en que se le iluminaba el rostro a Alma cuando hablaba de ese tipo no le gustaba mucho—. Gracias a Dios que se cruzó en mi camino, Lucas. Si no, hoy estaba flotando en el río, muerta.

—Bueno, Alma, tampoco exageres —dijo Lucas minimizando.

—Lucas, no te das una idea de la magnitud. Te dije que me crucé dos cuerpos de personas muertas, y eso fue en mi recorrido de menos de diez cuadras. ¿Te imaginás cuántas personas se murieron? ¿Sabés que todavía no se pudo dar un número exacto?

—No.

—Paulo es buena gente; por suerte, Mauro también. Y la mamá de Mauro, una genia, todos ellos me ayudaron.

La charla siguió su curso, un poco menos tensa. De a poco, ambos se fueron acostumbrando a estar frente a frente y fueron haciendo más fluida la conversación. Lucas, en un momento, le pidió ver a Alma su nuevo celular. Ella se sentó más cerca de él y lo activó, lo había apagado cuando llegó Lucas. En el momento en que se cargaron todas las aplicaciones, le sonaron varios mensajes de WhatsApp. Alma sospechó que uno era de Paulo, así que, deliberadamente, no los abrió delante de Lucas. Quedó el ícono en la barra superior indicando que había mensajes sin leer. Lo haría más tarde, cuando Lucas se hubiera ido.

La cercanía de Alma generaba muchas sensaciones en Lucas, de pronto el perfume de ella lo rodeó; aspiró de manera lenta y profunda. Quería llenarse las fosas nasales con su aroma. Cerró los ojos e inspiró. Alma seguía hablando sin darse cuenta de la actitud de Lucas acerca de las bondades de esa minicomputadora que le había hecho comprar una tal Marcela, que sabía bastante de esos temas. Alma enderezó el cuerpo, giró su mirada a Lucas y lo vio con los ojos cerrados.

—¿Te cansé, Lucas? Perdoname. No me di cuenta de que vos debés de estar re cansado y yo estoy hablando desde hace tres horas. ¿Te me estás durmiendo? —preguntó sonriendo.

Lucas abrió los ojos con rapidez, Alma lo había descubierto. Las mejillas se le pusieron coloradas.

—No, Alma, no estaba durmiendo. Nada que ver. Me encanta escucharte, no me aburrís para nada —dijo Lucas algo avergonzado.

—Ahhh. Como te vi tan recostado encima de mí y con los ojitos

cerrados, nada, pensé que estabas dormido. ¿Querés que dejemos la charla para mañana? Yo no tengo drama —Alma preguntó con toda su inocencia.

Lucas se dijo en su interior: «Es ahora o nunca». Comenzó a aproximarse con lentitud a Alma para besarla, como había querido hacer desde que había llegado. Alma lo vio acercarse en silencio. Al principio no entendió el movimiento y lo miraba con gesto de incomprensión, pero cuando ya lo tenía encima, captó lo que estaba pasando. Lucas iba a besarla. Su corazón se aceleró en cuestión de segundos, Lucas posaría sus labios sobre los suyos y no quería que eso pasara. Pero tampoco quería lastimarlo. ¿Qué debía hacer? ¿De qué modo pararlo sin hacerlo sentir mal? Lucas seguía moviéndose y cerraba sus ojos, la mano derecha de él se había posicionado en la espalda de Alma y la empujaba hacia su propio cuerpo. Alma no logró pensar con claridad una estrategia. Lucas llegó a sus labios y comenzó a besarla. Alma seguía con los ojos abiertos, sin responder al beso. Lucas besaba con suavidad a Alma y pasaba su lengua intentando que ella abriera la boca para profundizarlo, y, al mismo tiempo, con la atraía hacia él. Alma no sabía cómo salir de esa situación, pero debía hacer algo de inmediato. Puso sus manos en el pecho de Lucas y empujó hacia atrás; al segundo intento, Lucas abrió los ojos, desconcertado.

—Perdón, Lucas. Perdón si te di una imagen equivocada —se excusó Alma, seria, acongojada, intentando alejarse de él—. Creo que yo nunca te dije algo que te hiciera pensar que podíamos ser algo más que amigos. —Lucas fue soltando a Alma, la sorpresa se le notaba en la mirada—. De verdad, te quiero muchísimo, sos una persona que se fue haciendo muy importante para mí, pero sos un gran amigo. No puedo verte de otro modo. Además, estoy en pareja —Alma dijo eso último con un tono más bajo.

—Pero… Pará, pará, ¿qué? ¿Estás en pareja? ¿Desde cuándo? Hablé con vos el lunes antes de la inundación y no dijiste nada, ¿cómo pudo cambiar en tan pocos días? Me suena a verso. Además, ¿cómo que nunca pensaste en mí como otra cosa que un amigo? Hemos hablado por casi un año, cada noche hasta tarde y hemos hablado cada día por mensajes. He estado más presente en tu vida de lo que he estado en la de muchos que viven en Plottier conmigo. Viajé desesperado por verte, por saber que estabas bien. ¿Y vos me decís que soy solo un amigo? —La cara de incredulidad de Lucas mostraba que no podía entender la situación.

Alma pensó que tal vez ella había sido muy permisiva con él, sin imaginar lo que sentía. Luego se dijo a sí misma: «Yo también lo he

pensado. Si Paulo no hubiera aparecido, tal vez hubiera probado una relación con Lucas. Pero ahora Paulo lo ocupa todo. Lucas tiene razón, los dos sentimos algo distinto, pero yo nunca estuve del todo segura, por algo él insistía en que viajara y yo me negaba. Para no enfrentar esta situación, seguro ».

Lucas continuó:

—Sos tremendamente injusta conmigo, Alma, ¿qué juego es este? Me volvés loco cada noche, me contás intimidades, me hacés calentar, y ahora que estoy acá, me tirás un balde de agua fría.

—Pará, Lucas, pará. No confundas. Yo hablaba con vos como amiga. Jamás tuve otra intención. —Alma trataba de justificarse, pero la realidad era que no podía explicar nada. Buscaba en su cabeza frases que mostraran que nunca había habido ninguna insinuación—. Y las intimidades que te conté son las mismas que podría contarle a Amanda o a Pato. Nunca tuve intención de excitarte con nada, y te pido disculpas si algo dije o hice que te confundiera.

—Yo no soy Amanda ni Pato, soy un hombre. No te puedo creer, Alma. Al final sos como todas las minas. Yo creí que eras distinta, creí que nos habíamos conectado de verdad.

—Sé que tenemos una conexión especial, Lucas, pero no sé si se trata de una conexión de pareja. Sé todo lo que has sufrido y no quiero ser otra persona que te lastime. Pero en este momento hay alguien en mi vida y apenas estamos empezando.

—¿Hay alguien en tu vida? —El gesto de incredulidad de Lucas asustó a Alma—. ¿Cómo que están empezando? No me dijiste nada aquel lunes.

—Es que…

—Si están empezando… —Lucas intentaba calmarse y razonar con ella—, tal vez puedas estar conmigo también y comparar. Estoy seguro de que con nadie vas a tener esta conexión que ya tenemos. —Lucas volvía a acercarse, con más bríos—. Dame un beso, uno de esos besos que te vuelan la cabeza. Sé que podríamos hacer chocar los planetas si pudiese tocarte, estar dentro de vos.

Alma, que se había ido corriendo, al escuchar la última frase se puso de pie de inmediato.

—¡Basta! —lo dijo en un tono enérgico, su rostro demostraba decisión—. ¿Qué clase de mujer creés que soy? ¿Y vos decís conocerme?

—Pero, Alma, estoy seguro de que si pudiera hacerte sentir mujer de nuevo, como no te sentiste todo este tiempo por culpa de Mariano, bueno… creo que podría funcionar. Sé que físicamente andaríamos bien, vos me gustás mucho.

—Lucas, pará. Te estás enterrando cada vez más. Pará. —Ella, de pie, ponía el largo del brazo de distancia entre ellos. Lucas se había parado y aún se acercaba. La palma de la mano de ella le ponía un obstáculo para seguir adelante—. No te estoy mintiendo. Estoy saliendo con Paulo, el madrileño que me salvó.

Esa noticia lo congeló. Lucas se detuvo en seco.

—¡¿Con el flaco que te salvó?! Pero si apenas lo conocés. ¿De qué carajo me hablás, Alma? Vos me estás tomando por boludo. Si ese tipo te conoció hace unos días.

—Diez días, para ser exactos —corrigió Alma, su rostro se había endurecido.

—Bueno, da igual. Te conozco hace un año, sé todos tus temores, tus tristezas, lo que te gusta, lo que no, cómo tomás tu café, todo. —Lucas había dejado la postura del enojo y se mostraba conmovido, casi suplicando; se sentó—. ¿Cómo es que él puede estar con vos si ni siquiera te conoce la mitad de lo que te conozco yo? —Alma volvió a acomodarse a su lado, aunque guardando las distancias.

—Lucas, cuando conocés a alguien, hay algo en el interior que te indica si será amigo o será algo mucho más intenso. Con vos siempre sentí esta conexión especial y, por momentos, tuve dudas. Debo confesártelo. Tuve instantes que sentí que podía ser algo más.

—¿Ves? Ves, lo que digo. Tenemos que darnos una oportunidad. Tenés que dejarme probarte que sí podemos ser una pareja.

—Pará, Lucas, dejame terminar. Cuando conocí a Paulo, no me pasó eso, no tuve dudas. Tuve la seguridad. Sabía que quería otra cosa, sabía que mi conexión con él era fuerte, más fuerte que cualquiera. No necesito que me conozca tanto, todavía. Tengo tiempo por delante. ¿Entendés?

—Entiendo que te estás cerrando a la posibilidad de conocerme más profundamente. Él no puede darte ni la mitad de lo que yo puedo darte, Alma. Estoy seguro…

—Lucas, yo te agradezco mucho tus palabras. No creo que vos estés enamorado de mí, creo que estás agradecido por la conexión que tengo con vos, por haberte escuchado en tus tiempos difíciles. Pero no creo que sea amor —señaló Alma tratando de distender el clima.

—¿De qué me hablás, Alma? Vos no tenés idea de lo que siento yo acá adentro. —Se tocó el pecho—. Vos me gustás, me gustaste desde el primer día que empezamos a chatear. Hablé con vos, te conté todo porque vos me gustabas, y creo que, cuando uno encuentra su pareja en la vida, a esa persona no hay que ocultarle nada. Te conté todo de mí: mis miedos, mis alegrías, mis tristezas, mis penurias. Es como si me hubiese desnudado enfrente de vos. Creí que teníamos algo más.

—Lucas miraba a Alma de una manera triste, desilusionada. Alma sentía una gran pena—. Mejor me voy, Alma, no sé qué mierda estoy haciendo mientras te digo esto. Vos, dejá, nada… Me voy. —Se levantó como un resorte.

Alma hizo lo mismo, quería decirle algo que lo reconfortara.

—Está bien, Lucas. Te acompaño a la puerta. Pero te suplico que no te enojes mucho conmigo. Sé que vos estás en tu derecho de hacerlo y de odiarme, pero no tuve intención de lastimarte, te lo juro. —Ella apoyó la mano derecha en el torso de Lucas. Al contacto, él cerró los ojos.

—Me estás matando, Alma. Dejame ir. Nunca podría odiarte, aunque quisiera. Yo… te amo. —Alma abrió sus ojos, sorprendida—. Hace mucho que lo sé. No hay nada que me confunda o me haga pensar distinto. Me duele muy profundamente que vos no sientas lo mismo, o al menos que el tipo ese me haya ganado de mano. No lo dudo, si hubiéramos podido probar, te hubieras enamorado de mí tanto como yo de vos. —Una pequeña y tímida lágrima caía del ojo izquierdo de Lucas. Alma sentía una tristeza infinita—. Abrime, Alma. Quisiera irme.

Ambos caminaron en silencio hasta la puerta. Lucas tenía la cabeza gacha, parecía un nene triste a pesar de medir más de un metro ochenta. Alma le abrió y, luego, lo hizo con la reja. Cuando ambos se encontraban en la vereda, ella se disculpó:

—Lo siento mucho, Lucas. Por favor, no quiero que esta sea la última vez que nos veamos. No quiero que este sea el último recuerdo de nosotros. —Se la notaba triste.

—Dejame ir, Alma, después veré si me quedo unos días más. Chau. —Lucas se acercó a darle un beso en la mejilla y ella aprovechó para abrazarlo. En silencio, ambos se quedaron como suspendidos en el tiempo.

—Perdoname, por favor —le dijo al oído—. Sos muy importante para mí. No quiero perder tu amistad —dijo Alma con la voz quebrada.

—No tengo nada que perdonarte, Alma. Sobre lo que uno siente no hay vueltas. Dejame ver si, a pesar de lo que siento, puedo seguir siendo un amigo, no sé si pueda. En este momento te diría que no, pero dame unos días. Te envío mensaje.

—Mañana. Quedo esperando tu mensajito. Chau. —Alma le tocó la mejilla con un beso sonoro.

Lucas giró hacia el vehículo y se fue caminando cabizbajo. Alma esperó que él arrancara el automóvil y lo saludó con la mano cuando pasó por la puerta. Entró con mucha tristeza. Cerró, caminó hacia la

mesita baja y levantó las tazas, la cafetera, el platito vacío. Cuando estaba lavando todo, repasó mentalmente el encuentro. Ella debía reconocerse, a sí misma, que si Paulo no hubiera aparecido en su vida, era probable que le hubiera dado una oportunidad a Lucas. Pero estaba Paulo y, desde su llegada, nada era lo mismo. No podía pensar en que alguien más la tocara. En ese momento, recordó que su celular había sonado. Regresó al *living*, secándose las manos. Tomó el aparato y abrió la aplicación. Había varios mensajes, uno de Paulo; lo leyó.

> Cómo está la mujer más hermosa del planeta? Sabes, pequeña? No puedo dormirme, me faltas a mi lado.

«El mensaje llegó hace un rato largo. ¿Se habrá dormido ya? En la última hora de conexión figura que lo hizo hace unos minutos». Se conectó y escribió.

> Te extraño mucho, cielo. Yo tampoco puedo dormir. Quisiera tenerte conmigo. Hasta hace un ratito estuve con un amigo, en una situación que me dejó un sabor amargo. Ojalá estuvieras acá para consolarme.

Enseguida se dio cuenta de que Paulo leía. En cuestión de segundos sintió una llamada: Paulo.

—¡Holaaa, cielooo! —atendió Alma estirando los finales de las palabras, como mimosa—. Te extraño mucho.

*—Hola, pequeña. Yo también te extraño, pero ¿cómo es que te quedaste triste? Cuéntame qué ha sucedido con tu amigo. ¿Quién es? ¿Alguien de quien me hayas hablado ya?*

—No, creo que no te he hablado de Lucas aún. Nos conocimos hace casi un año. Fue en un grupo virtual donde hacemos crítica literaria. Allí nos pusimos a hablar por privado y luego nos pasamos los celulares. Hablamos por Skype, por Facebook, y nos mandábamos WhatsApp todo el tiempo. Tenemos muchas cosas en común, sufrimos mucho. —Paulo guardaba silencio, Alma supuso que no le gustaba lo que oía—. Él perdió a toda su familia en un accidente de ruta y, bueno, vos sabés lo que yo sufrí en mi vida.

*—Entiendo, os habéis hecho muy cercanos. ¿Y qué ha sucedido ahora?*

—Él vive en otra provincia, Neuquén, y con el tema de la inundación que vio por los noticieros, intentó contactarme por todos

los medios habituales y, como yo no respondía más que con mensajitos muy escuetos…, se vino. Llegó hoy.

—*Ah, pues imagino vuestra felicidad.* —Paulo trataba de hablar con naturalidad—. *¿Vosotros os conocíais? Digo, personalmente.*

—Hoy nos vimos por primera vez. Sí. Al principio estuvimos medio duros, como si no tuviéramos temas de conversación.

—*¿Dónde os viste? ¿Fueron a algún bar?* —el tono usado por Paulo daba a entender cierto nerviosismo.

—No, vino a casa de mi padre. Cuando me conecté esta noche, a la hora acostumbrada, me mandó un mensaje pidiéndome una dirección de donde estaba parando. Él había estado viajando todo el día.

—*¿Y cómo es eso de que en un año nunca se vieron? ¿Es tan lejos Neuquén?*

—No tanto. Es que él tiene una fobia a la ruta porque es donde murió su familia. Así que siempre me invitaba a ir, pero nunca me animé. —En ese preciso momento, se dio cuenta de la infidencia que estaba por contarle. «¿Es necesario decirle que estuve confundida con Lucas? ¿Cómo lo tomará Paulo? No. No voy a mencionarlo».

—*¿Por qué nunca te animaste?*

—No sé. Lucas y yo hablábamos mucho, lo conocía bastante, pero esto de conocerte a través de la compu, viste… no sé. Nunca sabés exactamente si hablás con quien pensás que estás hablando. Irme yo sola para allá… Tenía miedo de que Lucas no existiera, que fuesen secuestradores virtuales, qué se yo.

—*Pues me parece una buena filosofía de supervivencia, pequeña. Tienes toda la razón del mundo en no haber ido. Aunque creo que deberías repensar esa actitud de andar contándoles tus intimidades a desconocidos, sobre todo cuando no puedes verles la cara en vivo y en directo. Vale, ¿y por qué te has quedado con esa tristeza? Me pone muy mal escucharte así, ¿quieres que vaya a la casa de tu padre? Podría estar allí en diez minutos.*

—No, cielo. Quedate tranquilo. No te haría salir del hotel a esta hora. Me encantaría tenerte acá, abrazarte. Pero ni loca te dejo venir. Nada, lo que pasó es que luego de que le contara todas las peripecias que vivimos en la inundación, y luego de saber que yo estaba bien, me dijo que estaba enamorado de mí y que quería otro tipo de relación conmigo. —El silencio del otro lado de la línea puso en alerta a Alma, Paulo no estaba bien con la noticia—. ¿Hola? ¿Paulo, estás ahí? —Alma comprobaba que el canal de comunicación seguía abierto.

—*Sí, sí, aquí estoy. Es que me has sorprendido.*

—Sí. Así quedé yo. Sorprendida.

—*Pues, pensándolo mejor, pequeña, no veo por qué me sorprendo.* —Paulo hablaba con cierta frialdad, como tomando distancia—. *Eres una*

*mujer hermosa, seductora, inteligente, fogosa. Y, además, estás libre.*

—No, no, ya no lo estoy.

—*Vale, pero entiendo que él no lo sabía. Digo, con todas esas características, ¿qué hombre en su sano juicio no se enamoraría de ti?*

—Ay, Paulo. Dejate de decir bobadas. Nunca fui una *femme* fatal. Menos ahora. Nunca enamoré a todos los que me rodearon.

—*A ver, pequeña, lo más probable es que sí lo hayas hecho, pero tú no has sido consciente de ello. Digo, y eso precisamente es otra característica que enamora de ti, tu simpleza y humildad. Eres tan llana que no puedes ver lo que ocultan los demás.*

—No sé, puede que sea como vos decís. Pero lo cierto es que Lucas confesó sus sentimientos y él estaba seguro de que yo me sentía igual, y…

—*¿Y tú, pequeña? ¿Tú qué sientes por ese tal Lucas?*

—Lo quiero mucho, pero como un amigo, nada más —afirmó ella enseguida. Se escuchó una respiración fuerte de Paulo, como si hubiera estado contenida.

—*¿Y qué le has dicho al chaval?*

—Y bueno, le dije eso. Que no lo veía como una pareja, sino como amigo. Después de que me besó y le dije eso… —La voz de Paulo saltó estridente y cortó la frase que quedó inconclusa de Alma.

—*¿Te besó? ¿¡Cómo que te besó!? ¿Y tú lo dejaste? Dime, por Dios, que no trató de hacer nada más contigo, porque soy capaz de irme directo a matarlo.*

—Pará, Paulo. Calmate. Esperá que te explico. Él, sin mediar palabra, se me acercó y me besó.

—*¿Y tú? ¿Cómo es que no lo has detenido? ¡Coño! Estoy cabreado, Alma, ¿no has hecho nada para detenerlo? ¿Cómo puedes contarme todo esto y pedirme que esté calmo?*

—Calmate, ¿querés? Dejame explicarte. Yo no respondí a su beso, me sorprendió su movida, nada me avisó que lo iba a hacer. En ese momento, no solo tomé distancia, literalmente, de su cuerpo, sino que, además, le expliqué nuestra relación. —A través de la línea se escuchó el soplido de Paulo, tal vez fuera de alivio, o tal vez un bufido que redoblaba su enojo.

—*Por Dios, Alma, ese tipo tocó algo que no le pertenece. Tu boca, tu cuerpo, toda tú eres mía. Te juro que lo tomaría del cuello por solo haber posado sus labios en ti. Estoy tratando de controlarme, Alma, dime qué más sucedió.*

—Tranquilizate, por favor. Te recuerdo que soy una persona, no una posesión —aclaró Alma, algo enojada a su vez por la actitud de Paulo.

—*Llevas razón, te pido disculpas.* —Paulo expresó conciliador—. *¿Y él cómo lo tomó?*

—Bueno, al principio no muy bien, pero luego se puso muy triste. Y decirle eso, verlo cómo se entristeció me destrozó. Me sentí la peor de todas.

—*Mira, pequeña, juro que te entiendo. Pero creo que has hecho lo mejor. Ser claro desde el principio siempre es lo mejor. Él sufrirá seguramente ahora, pero a la larga se hará a la idea. Lo mejor será que no lo contactes por un largo tiempo* —agregó

—No, ni ahí. No voy a alejarme de él. Lucas es muy importante para mí. Con él he hablado todos los temas que ya te conté a vos, pero con él fue con la primera persona con la que me abrí. No puedo alejarme, no puedo pedirle que se aleje. No sé si me entendés.

—*Pues la verdad es que no, no te entiendo* —dijo Paulo con un tono que denotaba enojo—. *En estas circunstancias, lo mejor es darle espacio a la persona a la que uno acaba de lastimar. Lucas deberá hacer su duelo de tu pérdida y, si estás cerca, cada palabra tuya, cada actitud tuya pueden significarle una esperanza. Lo mejor es darle un corte y luego retomar la amistad cuando él te vea de la misma forma. Si es que puede hacerlo.*

—No comparto tu opinión, Paulo. —Se presentaba la primera discusión entre ellos. Cada uno planteaba claramente su posición, pero debían negociar para quedarse en un punto intermedio—. No puedo alejarme. Yo no soy así. Me preocupó que se fuera tan triste, y le pedí que no regresara a Neuquén así. Que mañana o pasado podíamos volver a hablar, como amigos obviamente.

—*Mal hecho. Lo que le has pedido no lo ayuda a que él entienda. Tu boca dice algo y tus actitudes, otra cosa. Creo que le das esperanzas.*

—¿No puedo ser su amiga y preocuparme porque no esté mal?

—*Sí, claro que puedes, pero eso debe ocurrir cuando a él no lo aten sentimientos de amor contigo. No ahora. Creo que así no podrá tomar la distancia necesaria. Él es un sediento en pleno desierto, tú eres su vaso de agua. Si sigues ahí para él, nunca dejará de tener la esperanza de alcanzarte.*

—Bueno, no sé, la verdad es que no lo había pensado de ese modo. Pero me angustió mucho verlo así, ser yo la razón de esa tristeza. Me siento muy culpable.

—*Has hecho bien en decirle la verdad. Lo que no me parece correcto es que esperes que los sentimientos de él cambien como por arte de magia. Eso no ocurrirá, no podrá verte como amiga.*

—No entiendo, ¿a qué te referís?

—*Tenerle pena no va a ayudarlo, querer seguir viéndolo como un*

*amigo es una actitud… casi infantil. Me disculpas, Alma, pero la verdad es que no creo en la amistad del hombre y de la mujer, salvo en los casos en los que ya han tenido una relación amorosa y, por mutuo acuerdo, la terminan. Ahí, que ya no hay tensión sexual, pues, ahí sí puede haber amistad. En el resto de situaciones, creo que siempre una de las partes está esperando que el otro lo vea con otros ojos.*

—Bueno, tu actitud me parece bastante arcaica. Entonces debo entender que vos y tu ex nunca podrán ser amigos, ¿no?

—*Exacto. Nunca lo seremos. Si bien ambos estuvimos de acuerdo, el que tomó la iniciativa fui yo, entonces, no creo que ella pueda tenerme cerca sin hacerla sufrir. Por eso no la contacto* —expresó, con rapidez, Paulo.

—Bueno, debo ser egoísta entonces. Yo no quiero alejarlo. Si él se siente mal, que me lo diga y se aleje. —Alma hablaba en un tono enojado.

—*Está visto que no vamos a ponernos de acuerdo en esto, Alma.*

Ella notó que Paulo estaba enojándose a su vez, pero era un punto en el que no iba a ceder. Lucas era importante en su vida, y no se resignaba a perderlo. Internamente, además, debía reconocer que la halagaba sentirse deseada también por Lucas. De ser una persona asexual, en días se había convertido en una pulsión fuerte. Aparte, Paulo no la llamaba «pequeña», eso le indicaba que su enojo era real.

—*Te pido que cambiemos de tema* —agregó Paulo de manera seria.

—No te enojes, cielo. Te amo, pero tengo mucha gente en mi vida que me ayudó en mis peores momentos. No me resigno a perderlos. Te prometo que siempre voy a tener en cuenta lo que Lucas me dijo hoy, para no dar dobles mensajes. —Alma trataba de mediar.

—*Bien, eso espero. Si vuelve a intentar besarte, va a tener una conversación interesante con mis puños.*

—Uyyyy, mi caballero de la noble armadura, cómo me gusta que le salga el energúmeno de adentro y esté dispuesto a salvar a esta doncella en apuros. De todos modos, espero que lo digas en broma. —Relajaron la tensión—. Bueno, lindo, te dejo dormir. Ya es muy tarde. Seguro morís de sueño y mañana deberás de trabajar tempranito para que la tarde y noche sean mías.

—*Mmm, pequeña, de solo imaginarlo, ya estoy poniéndome duro como una roca. No quiero dejar de escucharte. Necesito dormirme con tu perfume en mis fosas nasales y tu voz como arrullo. No es justo que estemos en lados opuestos de la ciudad.*

—Cielo, sabés que me encantaría estar ahí, y lo que menos te dejaría hacer es dormir. Pero ambos necesitamos una noche completa de sueño, arreglar cosas y hacer trabajos. Luego seremos exclusivos el

uno del otro.

—*¿Prometido?*

—Prometido. Hasta mañana, soñá cosas lindas… y que yo esté con vos en el sueño.

—*No podría tener sueños lindos si tú no estuvieras en ellos. Tú duérmete pensando en todo lo que te voy a hacer gozar mañana, ¿vale?*

—Uyyyy, así no voy a poder dormirme. Bueno, lo voy a intentar.

—*Te amo, pequeña. No puedo creer la necesidad de ti que tengo.*

—Yo también te amo, cielo. Y siento exactamente lo mismo.

Cortaron la llamada.

Paulo se acostó nuevamente. Lo que ella le había referido le había hecho sentir cosas desconocidas por él. Su cuerpo había empezado a expresar una acidez tenue que, al ir adelantando el relato, se convirtió en un fuego incontrolable. Ese tipo no le caía bien. Alma se había convertido en el centro de su vida. Se quedó pensativo, mirando el cielorraso. Ese tal Lucas debía alejarse. Nada ni nadie debía alejarlo de Alma, y si se acercaba más de la cuenta, podía hacer algo para separarlos. Lo pensó nuevamente. No, Alma no se separaría de él. Lo que sentían, lo que habían vivido, todo los unía de una manera inexplicable pero segura. Por algo se había entregado a él sin reparos y no había viajado a ver a ese hombre hasta Neuquén. Definitivamente, Alma era suya, pero era un tesoro que debía cuidar más que cualquier otro. Perderla significaría… ¿qué le pasaría si la perdiera? No podía siquiera ponerlo en palabras.

Comprendía la indecisión de Alma, se sentía identificado con ella. Había cortado la llamada de María de los Ángeles hacía un poco más de una hora. Ella seguía llamando para pedir explicaciones y él seguía atendiendo. Le pedía a Alma ser cortante en sus acciones y él mismo no podía serlo. Cuando le explicó lo de su ex, lo había hecho tratando de ser lo más verídico posible, el detalle siempre eran los tiempos verbales que usaba, aunque para expresarlo seguían siendo pretéritos.

En casa de Jorge, Alma dejó el celular, lo puso en carga y preparó una alarma para la mañana siguiente. Hizo un *racconto* mental de lo acontecido. Qué increíble que su vida hubiera sido un remanso, una paz, tanto tiempo y que en diez días se hubiera convertido en un torbellino increíble. Inundación, muerte, Paulo, salvación, sexo, PAULO, amor, necesidad, seguridad, Lucas. Demasiado. Los ojos fueron cerrándose. Se durmió casi sin darse cuenta.

Sábado. Hermoso día de sol. Un rayo se filtraba por la ventana mal cerrada de Alma. Sus ojos de a poco se abrieron. Había dormido profundamente. Miró el celular, aún le faltaban unos minutos para que sonara la alarma. Se levantó, se dio una ducha, cambió el vendaje de

la pierna lastimada y se vistió. Debía desayunar y salir a conseguir vidrio para sus encargues. Ya había hablado con sus clientes y les había pedido un aplazamiento en la entrega. Ese día pasaría por su departamento.

Comenzó el día tal y como lo tenía previsto. Desayunó con Jorge y él mismo le ofreció llevarla a hacer las compras y a su casa. La idea era poner en funcionamiento el horno. Debía cortar vidrios, pintarlos y posicionarlos sobre los moldes. Durante la semana había pintado y preparado muchas piezas para hornear.

Jorge acomodó el horno. Alma trajo varios moldes pequeños, con forma de portasahumerio. Trajo el vidrio *float* que tenía cortado mientras Jorge preparaba todo. Los bordes ya habían sido pintados. En el centro de cada portasahumerio, puso un autoadhesivo con un dibujo, todos de estilo aborigen. Puso el vidrio de arriba a cada pieza, que funcionaba como tapa. Durante la fusión, los pigmentos atrapados entre ambos vidrios dibujarían interesantes colores, formas y burbujas.

Fue al patio, bajo el techito donde tenía acomodado el horno. Jorge preparaba todo para enchufar el artefacto. Le pidió espacio y acercó el enchufe al tomacorriente.

—Correte, Almita, a ver si hace un chispazo y te lastimás.

—¿A vos te parece, papi? Che, tené cuidado vos también, a ver si te agarra electricidad.

—No creo, de todos modos, tenés la térmica. Si pasa algo, va a saltar.

—Bueno, dale, probá.

Los dos se quedaron mirando con atención. El enchufe entró en el tomacorriente y no hubo ningún signo de mal funcionamiento. Alma buscó las piezas, las acomodó en el centro del horno y aplicó el producto similar al talco que se usaba para que los vidrios no se adhirieran al molde. Puso el programa, el tiempo y dio inicio. El sonido del horno les dio la pauta de que comenzaba con su trabajo. Había que ver si las resistencias llegaban a las temperaturas deseadas.

—Vamos, papi, creo que tengo algo de café para hacer. ¿O preferís unos mates? Esto va a tomar un rato largo. Cocina el programa completo, con sus mesetas, y luego debo esperar la bajada de temperatura total para abrirlo.

—Dale, nena. Unos mates mejor. Yo preparo, que vos sos malísima cebando.

—Dale, pa. Mejor. Así, mientras vos cebás, yo voy armando las otras piezas que se me rompieron con la inundación, y son varias. —Alma le explicó que, si no lograba hacer que el horno funcionase bien, iba a tener que llevar las piezas al taller de vitrofusión y pagar la

horneada. Todo eso tenía que entregarlo sí o sí en unos días.

—Yo creo que el horno está funcionando bien, Almi. Pensemos en positivo.

Al entrar, Alma vio que tenía una llamada perdida, comprobó que había bajado el volumen del tono para que no la molestaran durante la noche y, al levantase, no había recordado subirlo nuevamente. Era un número desconocido, pero lo que más la extrañó fue la característica. No era de La Plata ni de Capital Federal. Era de Argentina, pero comenzaba con 0297. La desconocía. Y quien había llamado había colgado sin dejar mensaje. «Bueno, si es urgente volverán a llamar; si no, tal vez más tarde lo haga yo». Sin darle importancia, dejó el celular sobre la mesada y puso la pava a calentar agua para el mate.

El resto de la mañana charlaron, Jorge cebó mate y ayudó a Alma transportando las piezas cortadas a una mesa auxiliar, donde la artesana iba acomodando los vidrios que quedaban a la espera. El horno terminó su labor, las primeras piezas salieron terminadas. Alma preparó los pigmentos rojizos y negros para los juegos, de estilo japonés, que le había encargado la casa de sushi. Se puso a pintar.

—Almi, ¿qué pasa entre vos y Paulo? —Alma levantó su rostro, sorprendida.

—¿Por qué preguntás eso, papi?

—Porque no soy ciego, nena. Lo veo cómo te mira. Y vos, cuando estás con él, te ponés colorada, como cuando eras chica. Por eso.

—Bueno, papi. La verdad, me sorprende que seas tan observador. Sí. Algo nos está pasando. Me siento muy atraída por él, y me dijo que a él le pasa lo mismo.

Jorge se pegó una palmada en la pierna derecha, con una sonrisa en los labios. Estaba contento.

—Lo sabía. Ese muchacho me cae re bien, a pesar de que sea madrileño y nosotros, vascos. Debe ser su sangre argentina la que me lo hace simpático.

—Ay, papi, dejate de joder con el eterno tema del enfrentamiento de los españoles con los vascos. Paulo es un buen hombre y punto.

—Bueno, si hace feliz a mi nena, entonces lo es. Si la hace sufrir, le corto las pelotas yo mismo.

—¡Papá! ¿Qué decís? —recriminó Alma asombrada—. Nunca fuiste así vos.

—Es cierto, pero porque no fui así te lastimaron mucho. Mariano fue una porquería con vos. Debería haberle roto todos los huesos. Ahora ya aprendí. No voy a dejar que te lastimen otra vez. Dios quiso que nunca más me lo cruzase, si algún día lo vuelvo a ver, le voy a

decir unas cuantas cositas.

—Gracias, papi. —Alma dejó el pincel apoyado, se levantó y se acercó a su padre. Lo abrazó por detrás—. Igual, pa, quiero que entiendas que, cuando una se enamora, entrega el corazón, y cualquier herida ahí es insoportable. Seamos conscientes de que, en las relaciones, no todo es color rosa, siempre suceden cosas que lastiman, pero si hay amor… bueno, todo lo demás se puede charlar, negociar, resolver. Ojalá no tenga tanto para resolver con Paulo, pero seguramente vamos a tener que acordar en muchas cosas. —Alma recordaba la discusión de la noche anterior.

—Almi, qué orgulloso me hace sentir escucharte hablar así. Sufriste un montón, pero no quedaste amargada. Tenés la misma sabiduría de tu madre. —Jorge se levantó emocionado y la abrazó con fuerza.

# Capítulo 17

Paulo se levantó temprano, desayunó en la habitación y se puso a escribir. Necesitaba tener casi terminado el artículo para luego irse a ver a otro contacto que podría hablarle de los problemas de distribución de las ayudas para los afectados por la inundación. Quería tomarse la tarde y la noche libres. Deseaba buscar a Alma y tenerla solo para sí. Almorzaría en casa de sus tíos, necesitaba explicarles lo que sucedía con Alma; en toda esa semana, no había encontrado el modo de hablar con ellos y decirles.

El lugar del encuentro con su nuevo contacto era un centro vecinal de la zona de Villa Elvira. Juan José, el hombre al que estaba buscando, lo invitó a recorrer la zona. Paulo aprovechó a tomar fotos de todos los problemas que había generado la inundación. Mientras caminaban y presenciaban los destrozos, Juan José le fue contando de qué manera la agrupación política que dependía del Gobierno Nacional había tomado el control en la distribución de las ayudas para inundados. Esa agrupación tenía mucho poder político, todo pasaba por su manejo gracias al apoyo constante de la señora presidenta. Se habían cometido todo tipo de irregularidades, desde que las donaciones (de colchones, frazadas, almohadas, alimentos no perecederos) fueran repartidas entre los integrantes de la agrupación y ellos entregaran a cambio sus objetos viejos, hasta el punto en que, si un particular llevaba sus donaciones, no se las dejaban entregar si no se ponían pecheras con el nombre de la agrupación y se los fotografiaba o filmaba. El poder logrado les daba la impunidad necesaria.

Los vecinos estaban más que enojados. Además, muchos de los

frentistas de esa zona (una de las más castigadas) aún no habían podido acercarse al Banco Provincia para tramitar sus préstamos para damnificados; y ya se sabía que quedaban pocas oportunidades de obtenerlo. Paulo habló con muchos de ellos personalmente. Varios se quejaban de que el Gobierno Municipal no había aparecido, que luego de muchos días mandaban algunos camiones con comida, que no habían tenido tiempo de ir al Banco porque todavía estaban limpiando sus casas y casi no quedaban préstamos. Una señora de ochenta y ocho años se acercó a rogarle si Paulo podía investigar el paradero de su hija y sus dos nenas. La mujer estaba desaparecida desde la noche del 2 de abril con las niñas (una, de dos años y otra, de tres). Paulo no pudo prometerle nada, pero le pidió que le anotara el nombre de su hija y el de sus nietas. Juan José le hacía señas negativas con la cabeza, por detrás de la anciana.

Cuando retomaron la marcha, le explicó que él ya había intentado hacer averiguaciones, pero el problema era que la mujer era inmigrante paraguaya, sus hijas eran argentinas, pero no estaban anotadas. No existían para los registros. Él había estado buscándolas, pero lo más probable era que hubieran muerto las tres, no se encontraban en ningún hospital ni clínica, ni en comisarías. La mujer no se resignaba. Era entendible que no lo hiciera.

Paulo se fue de Villa Elvira con el ánimo muy caído. Lo destrozaba ver a la gente limpiando con tristeza, con la vista apagada. El agua se había llevado su alegría, todos habían perdido muchísimas cosas materiales, pero lo más importante era que habían perdido a más de un ser querido. Eso no podía repararse con nada.

Juan José se comprometió a enviarle un *mail* con las mejores fotos que había logrado tomar durante la inundación. Había pasado la noche del 2 de abril arriba del techo de una casa para evitar ahogarse. Había ayudado a varios a subir al mismo lugar. Con su esposa habían logrado salvar algunas cosas, entre ellas, una *tablet* con la cual habían logrado tomas dramáticas. Paulo sabía que apenas unas horas no le alcanzarían para recolectar los testimonios que necesitaba, pero el dolor reflejado en esa gente, la tristeza, lo estaban agobiando.

Se subió al automóvil y se dirigió, en silencio, a la casa de sus tíos. Pasados unos minutos, escuchó el aviso de los *mails* que Juan José estaría enviando con las fotos. Llegó, estacionó y, cuando se disponía a acercar a la puerta de calle, vio venir a Matilde con su carrito de compras. Agitaba su mano derecha, saludándolo, desde que lo había divisado. Paulo la esperó.

—Hola, Paulito —le gritó desde unos metros, mientras se acercaba a la puerta—. Ehh, ¿qué anda pasando que tenés esa carucha?

—Hola, guapa. —Se abrazaron cuando ella llegó a su lado—. Nada, tía, es que vengo de hacer unas entrevistas. Durísimo ver la tristeza de la gente, se me parte el alma, y mira que estoy acostumbrado a tratar con catástrofes, pero no logro mantenerme objetivo ante estas situaciones.

—Eso es lo que te hacer seguir siendo un ser humano, Paulito. Si fueras apático al dolor humano, no podrías ser el excelente periodista que sos. Es una condición primordial de tu vocación, hijo. Sos un ser sensible que debe ser la voz de los que no quieren ser oídos, o de los que no pueden hablar. Y eso te hace, indefectiblemente, hacerlos parte de vos, a ellos y a su dolor.

—Cómo te quiero, tía, siempre tienes la palabra justa. Pero mira nada más, cada día te me pones más linda. Voy a tener que hablar con el tío Adrián, no le estarás engañando con algún tío vecino o carnicero, ¿no?

—Andá, zalamero. Siempre tan comprador vos. Dejate de decir pavadas, ¿querés? Vamos, entremos. Me falta poco para terminar la comida. La dejé a Marcelita cuidándola mientras iba al supermercado.

Ambos entraron. Paulo saludó a todos y se sentó a la mesa. Ya casi estaba todo listo. Matilde sirvió las milanesas a la napolitana con puré de papas que había hecho. Todos empezaron a almorzar contando sus experiencias de los últimos dos días. Cuando terminaron, mientras Marcelita levantaba los platos, Paulo creyó oportuno hablar sobre su ruptura con María de los Ángeles:

—Tíos, os quiero contar una situación que ha cambiado en mi vida. —Adrián y Matilde lo miraron serios. Marcela le pegó, con la rodilla, en la pierna a Germán—. Desde hace poco más de una semana he terminado mi relación con María de los Ángeles. —Se hizo un silencio sorprendente.

—¿Cómo que te peleaste, Paulito? Pero ¿no ibas a irte a vivir con ella a tu regreso? —preguntó Adrián preocupado—. ¿Qué pasó?

—Así era, tío. Pero estos días que llevo en Argentina me han hecho pensar si esa decisión era la correcta. Y pues, en verdad no lo siento de esa manera. Incluso he sentido un alivio al no tenerla todo el tiempo encima de mí.

Matilde estaba silenciosa; de pronto atacó:

—¿El nombre? —Y todos la miraron sorprendidos.

—¿Perdón? —respondió, confundido, Paulo.

—Digo… Estamos en familia, en total confianza. Paulito, yo te adoro, pero no nací ayer. Un cambio tan rotundo no puede darse solo por la lejanía. Evidentemente, no solo no la amabas, sino que ya te fijaste en otra. Yo te preguntaba el nombre de esa otra persona, ¿la

conocemos? —respondió Matilde, mostrando decisión en lo que conjeturaba.

Todos hicieron silencio y miraron directamente a Paulo, que pensaba a toda velocidad qué era mejor hacer. «¿Debo decirlo u ocultarlo por unos días? Marcela se fue a la cocina a buscar tazas pequeñas para café. Las cartas están echadas. Si no lo digo hoy, en unos días todos recordarán la respuesta de este almuerzo y seré un mentiroso».

—Alma —lo dijo con decisión, serio.

—¿Alma… Alma? ¿Alma, la que conociste en la inundación? —indagó, sorprendido, Adrián.

—Así es, la misma. —Paulo los miraba desafiante.

—Ahora sí. A mamá mona no le vengan con bananas verdes. Tu tía te adora, Paulito, y así como hace un rato te dije que sos un gran ser humano, también te digo ahora que sos hombre y, como tal, usan las mismas excusas; a veces parecen calcadas. Vos sabés qué tipo de mujer soy, me gustan las cosas claras. Acá somos familia y no nos ocultamos nada. Si me permitís, Paulito, te voy a dar mi opinión.

Marcela hizo gesto de susto, sabía de las sentencias de su madre, dejó las tazas y partió de nuevo a la cocina para buscar la cafetera y el azúcar.

—Adelante, tía.

—Mirá. Alma me cae re bien, es una persona muy dulce, su familia es genial. A María de los Ángeles no la conozco personalmente, no sé qué tipo de mujer es, he hablado unas cuántas veces nada más y, por lo que escuché, es una mujer que te ama, pero también intenta manejarte. Tu tío y yo llevamos casi cuarenta años casados y, si hay algo que entendimos desde el principio, es que cada uno debe respetar al otro. Manipular, manejar, mentir, ocultar no son las formas de respetar al otro. Estar juntos no es estar mezclados, cada uno tiene que tener sus espacios, y dar esos espacios no puede servir de excusas para manipular. Si la base de la relación es que una de las partes cree poder cambiar al otro, o hacerlo hacer cosas que no van con su forma de ser, estamos al horno. Entiendo que no te hayas sentido a gusto con la idea de irte a vivir con ella, y me parece que es una sabia decisión alejarte. —Paulo seguía la lógica del discurso de Matilde y realizaba movimientos afirmativos con su cabeza—. Pero debo aclararte algo. Si la decisión la tomaste porque Alma te calentó, creo que, antes de hacer algo, deberías pensar con la parte de tu anatomía que se desarrolló específicamente para pensar. Perdoname si soy muy directa, pero en esta casa, tu tío y yo hemos hablado con tus primos siempre así. Vos sos como otro hijo y no voy a cambiar los modos. Debés

entender que una calentura se calma en unos días, unos meses, pero el amor no.

Todos se quedaron en silencio y miraron a Paulo para ver cómo reaccionaba. Marcela tomó asiento nuevamente y se puso a servir el café y alcanzar una taza a cada comensal. Paulo dio una carcajada que asustó a sus primos.

—¡Ja! Te adoro, tía. Eres una persona franca y directa, eso me gusta en la gente —dijo él con una sonrisa, tomó la taza que le entregaba Marcela y siguió—: Verás. María de los Ángeles es tal y como la has descripto. Pero no me molestaban sus manejos antes porque ponía en primer lugar que me daba el espacio para seguir con mi trabajo, aunque… como tú dices, eso siempre tenía un costo adicional. María es una persona con la que es fácil llevarse bien, pero cuando hay desacuerdos, se pone difícil. Rutina, costumbre, esos conceptos me hacían continuar con ella, eso y, bueno, nuestra relación física, que era óptima.

—¿Era? —preguntó Adrián.

—Sí, era. Porque hasta ese momento, si bien estuve con muchas mujeres en pareja, con ella fue con la que mejor me llevé. El punto es que, ya desde la noche de la inundación, tener a Alma cerca de mí significaba una aceleración de pulso, una sensación extraña en la boca del estómago y unas ganas de quedarme a su lado para siempre. Con el trascurso de los días estas sensaciones se potenciaron y prácticamente no recordé a María. Estos sentimientos que tengo con Alma nunca los había experimentado antes. Son en absoluto nuevas. Ahora estoy seguro: no solo sé que amo a Alma, sino que tengo en claro que perderla a ella sería mi muerte.

Matilde lo miraba en silencio, Adrián tenía la boca abierta de la sorpresa.

—¿Cómo podés estar tan seguro? —arremetió Matilde.

—Es una certeza en el pecho. Lo sé y punto.

—Bien —prosiguió Matilde—, me alegra tu seguridad. No malinterpretes nuestra charla, por favor, quiero que entiendas que sos nuestro sobrino y nos preocupamos por vos. Y, de algún modo, estamos cuidando también a Alma.

—Mi madre está al tanto de lo sucedido.

—¿En serio? ¿Y qué opina? —preguntó Adrián.

—Pues, se puso feliz cuando me escuchó hablar de Alma. Nunca en su vida me había escuchado enamorado. Ella supo reconocer esto en mí.

—No se hable más —dijo Adrián—. Si tu mamá está feliz, nosotros también. —Y miró a Matilde con gesto de que abandonara la discusión

—.Confiamos en su buen tino. Sabemos que, si ella está conforme, es que realmente es lo que debes hacer.

—Tengo que pedirles un pequeño favor —advirtió Paulo—, si en algún momento sale el tema de mi noviazgo con María de los Ángeles, mi pelea con ella fue antes de viajar.

—¿Cómo? —preguntó Matilde con cara de pocos amigos—. ¿Y quién va a preguntar eso?

—Mira, tía, Alma no sabe que yo aún estaba en pareja con María de los Ángeles cuando la conocí. Si lo hubiera sabido, seguro no me aceptaba.

—Bueno, creo que hubiera sido lo óptimo. Entiendo su postura —acotó Marcela, callada hasta ese instante. Paulo la miró con cara de reproche.

—Entonces, ¿qué es lo que le dijiste a esa pobre chica? —dijo Matilde algo molesta.

—Eso, tía. Que María de los Ángeles y yo nos separamos antes de mi viaje a Argentina. Es decir, no le he mentido en lo sustancial, le he contado mi relación con ella y el porqué de la decisión de cortar. El único detalle es la variación temporal.

—Que no es tan «detalle» —opinó a la vez que con sus dedos hacía las señas del entrecomillado—, visto que nos vas a hacer mentir. Yo te voy a decir algo, Paulito. No me gusta mentir, no lo hice por nadie, ni por Germancito, que bastantes dolores de cabeza nos hizo agarrar. Yo no voy a mentir. Si ella pregunta, le voy a decir que hable con vos; si ella no pregunta, yo no digo nada. ¿Estamos?

—Está bien, tía. Con eso me alcanza. Y otro tema es que, cuando terminé con María de los Ángeles, no le dije que estaba con otra mujer. Y quiero que siga sin saberlo. —Matilde dio vuelta los ojos, los puso en blanco. Esa situación le era molesta desde todos los ángulos —. Nuestra relación se terminó básicamente porque no somos compatibles. —Paulo se sentía muy molesto de tener que dar tantas explicaciones. Nunca había expuesto su vida personal de esa manera familiar. Pero de eso dependía que las cosas salieran bien con Alma.

—Te repito. No hablé mucho con María de los Ángeles, pero si ella pidiera hablar conmigo y pregunta, yo digo la verdad. Si no pregunta, zafás.

Paulo miró a su tío y a sus primos buscando ayuda. El tío se retiró un poco hacia atrás para no ser captado por la visión periférica de Matilde. Le hizo señas con una mano y una guiñada de ojo. Eso le dio la pauta a Paulo de que los otros tres sí serían sus cómplices.

—Gracias, tía.

Cuando terminaron de tomar el café, Paulo se disculpó con todos y

se retiró. Se fue nuevamente al hotel. Necesitaba terminar el artículo, el primero en realidad. Había estado en contacto todos esos días con Vicente, quería escribir sin apuros y sin cometer errores. Su nota semanal se había atrasado, pero estaba seguro de que valía la pena. Esa situación daba para escribir unas cuantas notas, así que había que dividir el material en varias entregas. La primera hablaba de la inundación física y de los destrozos. La segunda, de las responsabilidades. La tercera, acerca de las consecuencias en lo económico y social para la localidad y los barrios afectados. Y, finalmente, la cuarta entrega sería sobre el incendio de YPF.

La primera entrega estaba casi terminada. Faltaban algunos detalles y ver si la cantidad de caracteres que había usado coincidía con las que tenía destinadas para esa edición. Ya se encargaría de pedirle a Vicente que le permitieran usar más espacio para la próxima. Abrió los *mails* de Juan José, las fotos eran impactantes. Seleccionó dos. Luego buscó en el resto de sus carpetas las que había obtenido de otras fuentes. Eligió otras dos más. Adjuntó las cuatro a la nota. Debía titular. Era muy importante que el título elegido fuera lo suficientemente atractivo no solo para que fuese leído el primer artículo, sino, además, para captar la atención de las siguientes entregas. Pensó varias opciones, iba escribiéndolas en el anotador. Siempre le había parecido más fácil comprobar la efectividad de uno si lo veía en papel. Luego de varios intentos y tachaduras, llegó a uno que sentía correcto: *Crónica de una inundación en el fin del mundo: ¿Desastre climático o ineptitud? Lo que el clima, sumado a la incompetencia y la corrupción, puede generar. En las tierras del papa Francisco, una inundación diezmó la población. (*Primera entrega*).*

Terminó la primera nota luego de dos horas de trabajo. Envió el texto, en un archivo adjunto en un *mail*, a la casilla particular de Vicente y agregó las fotos. Estaba conforme con el resultado. Comenzó a trabajar directamente con la segunda entrega. Una hora después, le llegó una respuesta de Vicente. Estaba conforme con la nota, pero le proponía que la siguiente no fuera la semana después de la aparición de la primera, sino en dos o tres días. El tono intimista del relato, por momentos, cambiaba a un tono de denuncia, ácido, crítico.

Vicente estaba muy conforme con el trabajo de Paulo, era uno de sus mejores periodistas, confiaba plenamente en que ese artículo iba a interesar. Paulo revisó sus notas. La segunda nota estaba bastante delineada. Solo le faltaba hablar con los ingenieros de la Universidad Nacional de La Plata que estaban haciendo el estudio. Necesitaba contactarse con ellos o con alguna persona que tuviera acceso a sus notas. Pensó de nuevo en Carlos y en que él podría conectarlo con

alguien. Debía confirmar algunos puntos. Contestó a Vicente que iba a tratar de cerrar la segunda entrega antes del miércoles de la semana próxima. Continuó escribiendo la segunda entrega. Se anotó varios puntos en su libreta de pendientes:

• Hablar con Carlos nuevamente y solicitar datos de alguien del entorno de la UNLP.

• Hablar con esa persona que sepa del estudio.

• Cita con amigo de Germán, el de YPF.

Recordó que la semana anterior se había mensajeado con el amigo de Germán. No habían podido encontrarse porque su trabajo en la destilería estaba siendo vigilado. Habían decidido hacerlo en esa nueva semana que estaba por comenzar. Continuó la escritura. Cuando lograba la concentración, nada podía sacar a Paulo del tema. Excepto Alma… Luego de tres horas de labor, sonó un mensaje del celular de Paulo, uno de ella.

Te extraño.

Paulo sonrió, inmediatamente tecleó en el teléfono.

Pequeña, no sabes la alegría que me producen tus palabras. Yo creo que te extraño aún más. En un rato paso a por ti, ¿vale?

Ella respondió en segundos.

Perfecto, qué vamos a hacer????

Paulo escribía con una sonrisa pícara en los labios.

Estoy en el plan B, ¿recuerdas? Te voy a secuestrar. Compramos algo para cenar y nos escondemos en mi habitación ¿a que sí?

La respuesta no se hizo esperar.

Me encantó el plan. Pero te cambio una partecita. Yo cocino algo y lo llevo, dale?

Él tecleó.

Excelente idea, seguro me encantará tu comida.

# Capítulo 18

Paulo terminó de escribir casi por completo la segunda entrega que tenía pensada. Luego se duchó y salió caminando del hotel. Sabía de la existencia de una bodega cerca y se dirigió hacia allí. Compró una botella de vino mendocino tinto, Malbec. Era de una bodega pequeña, una bodega *boutique*, no muy conocida. Él lo había degustado en casa de sus tíos y le había parecido exquisito. Fue a un bazar del centro y compró dos copas de vino. Hizo todo corriendo, los negocios estaban a punto de cerrar. Fue a su habitación y dejó el vino sobre la nevera, la idea era darle un toque de frío unos minutos antes de abrirlo. Puso las copas lavadas y sin etiquetas sobre el refrigerador también. Envió el mensaje a Alma.

¿Estás lista? Quiero ir a por ti.

Ella respondió al minuto.

Dame diez minutos más. Quiero llevar la comida bien calentita porque no tenemos horno en el hotel.

Paulo leyó y sonrió, Alma despertaba en él las ganas de realizar juegos dialogales que hacía años no ponía en ejercicio.

Bien. Te aseguro que vamos a calentar muchas cosas, pero justamente no creo que sea la comida.

Ella respondió segundos después.

> Lindo!!!! Te espero en diez o quince minutos. Ya estoy ansiosa.

Paulo acomodó las copas en la mesita que había en la parte que funcionaba como recibidor. El vino quedó arriba del refrigerador, no había decidido si lo iba a enfriar, tal vez no fuera necesario. Buscó el automóvil e inició el camino que lo separaba de Alma. El corazón ya le latía aceleradamente en el pecho. No podía entender cómo, siendo un hombre de su edad, y con la experiencia que tenía con las mujeres, se sentía un adolescente. Manejaba con apuro, quería tenerla entre sus brazos. En minutos, llegó a la casa de Jorge. Tocó el timbre. Abrió él.

—Hola, muchacho, qué bueno verte.

—Buenas noches, don Jorge, ¿cómo ha estado?

—Bien, bien. Pasá, que Almita estuvo cocinando mucho y ya tiene todo listo —contó Jorge a la vez que destrababa la reja.

—Gracias. —Paulo pasó y se dio un abrazo con Jorge.

—Sabés, Paulito, me gustaría hablar un poco con vos en algún momento.

—Dígame, Jorge —contestó Paulo alarmado.

—Quedate tranquilo. No es nada grave. En otro día, es simplemente que veo que Almita y vos están teniendo algún interés más y, bueno, quería contarte algunas cositas para que mi nena no salga lastimada, ¿viste?

—Es cierto, Jorge. Alma y yo estamos juntos.

Ambos caminaban hacia la puerta de madera y se quedaron hablando allí unos minutos, como guardando el secreto de la conversación.

—Lo sé —dijo Jorge con semblante feliz—, mi hija se piensa que soy un viejo boludo, y soy viejo pero no boludo. —Paulo atinó a reír —. Sí, sí. Yo le pregunté por ustedes, ella algo contó. La veo distinta, la veo como si hubiera renacido. Se la ve feliz, rozagante.

—Pues, Jorge, yo me siento del mismo modo.

—Entendeme bien, Paulito. Te tengo un cariño grande, te estoy más que agradecido, si no fuera por vos, hoy no tendría a mi Almita. Pero es muy frágil, ya pasó por muchas, ¿viste? Y te pido encarecidamente, como padre preocupado, que no me la hagas sufrir.

—Entiendo a la perfección, Jorge. Alma y yo hemos hablado de nuestras vidas, sé todas las cosas duras que ha debido enfrentar. Es una gran mujer, muy valiente y fuerte, y eso también me enamora de ella. Lejos está de mí lastimarla, le confieso que nunca sentí por una

mujer lo que siento por ella y en tan poco tiempo. Entiendo su miedo, yo mismo estoy sorprendido de lo que nos está pasando. Pero le aseguro que pondré todo de mí para estar a la altura de las expectativas de Alma y de todos.

—No lo dudo, muchacho. Te entrego a uno de mis tesoros más preciados, imaginate cuánto confío. —Jorge abrazó nuevamente a Paulo y esa vez se dieron unos golpes muy masculinos en las espaldas.

En ese momento se abrió la puerta y Alma los miró extrañada.

—¿Qué pasa acá? —dijo sonriendo—. ¿Qué traman ustedes?

—Nada, nena —contestó Jorge soltando a Paulo y pasando por delante de ella—. Uno no puede charlar con Paulito temas de hombres, che, qué cosa… —Se giró para mirar a Paulo y fingir—. Bueno, Paulito, después seguimos con la discusión de si es mejor el Real Madrid o el Barcelona. Ya te digo, para mí es mejor Barcelona, lo tienen a Messi. Bueno, entro porque está fresco. —Guiñó un ojo a Paulo e ingresó. Alma los miraba divertida.

—Pues yo creo que no. Ya lo charlaremos en otro momento, don Jorge —respondió Paulo a la vez que guiñaba un ojo mirando a Alma. Jorge desapareció y Alma se tiró sobre Paulo y lo besó casi con desesperación.

—¡Dios! ¡Cómo te extrañé, cielo! —exclamó Alma al soltar un poco el abrazo.

—Pequeña, Dios sabe que te he extrañado aún más. Pero si me recibes de este modo, creo que volveré a no verte mañana todo el día —bromeó, y ambos rieron.

—¿Qué es eso de cuchichear con mi papá? ¿Qué te dijo? ¿Fútbol?

—Se nota que la inteligencia es de familia —dijo Paulo sonriendo de manera irónica—. Nada, pequeña. Es preocupación de padre, nada más. Tú crees que nadie se da cuenta de lo nuestro, pero lo tenemos escrito en los rostros con luces de neón. Tu padre me ha advertido acerca de lo que me espera si tengo pensado hacerte sufrir —le contó riendo.

—Ah, bueno, si tenés pensado hacerme sufrir, entonces primero te la vas a tener que ver conmigo, luego con la rubia y Pato, y después tenés una larga fila que cierra con cierta enana que puede hacerte la vida insoportable.

—Noooooooooooo… Por favor, puedo soportar a todos y cada uno. Pero a la enana noooooooo. —Ambos rieron, Paulo abrazó a Alma y la besó. Apoyó su frente en la de ella y, con voz casi en susurro, agregó —: Tu papá está preocupado, pequeña. Pero creo que lo dejé satisfecho con mis respuestas.

—¿Sabés a quién tenés insatisfecha vos? —insinuó Alma con

sonrisa pícara.

—No tengo ni la más mínima idea de quién podrá ser. —Alma se giró y caminó hacia el interior de la casa. Un aroma a salsas invadió a Paulo.

—Dale, cielo, ya tengo todo listo. Agarremos la comida y nos vamos.

—Alma, qué rico aroma, ¿qué has cocinado?

—¿Te gusta? Hice una lasaña de jamón, queso y espinacas con salsa blanca y tuco.

—Pequeña, esta relación va en contra de los agujeros del cinto. Si sigues cocinándome de este modo, voy a tener un abultado abdomen —supuso a la vez que acariciaba su abdomen plano y que Alma recordaba marcado como una gran tableta de chocolate.

—Ay, nada que ver, che. Puedo cocinar pastas ricas y también platos más *light*. Igual no te hacía muy preocupado por tu cuerpo, mirá vos.

—No estoy inquieto por mi cuerpo, sino que me interesa seguir pareciéndole sexi a cierta señorita que ocupa todos mis pensamientos por estos días —dijo dándole un golpecito en la punta de la nariz a Alma.

—Por estos días y espero que por muchísimo tiempo más. Cada día me gustás más, cielo. Nada ni nadie puede hacer que me gustes menos.

—Eso espero, pequeña —Paulo lo expresó sonriendo, pero preocupado.

—Bueno, hermoso, ¿vamos? Estos potes descartables guardan el calor, pero no por mucho tiempo.

—Vale. Déjame saludar a tu padre y a tus abuelos y seguimos viaje. —Paulo caminó para hacer lo que había dicho. Jorge ya había puesto la pava para tomar unos mates.

—¿Haciendo puntos tal vez? —susurró, divertida, ella. Paulo sonrió.

—Un poco, pero es que me siento muy a gusto con todos ellos. La familia es un punto importante para cada persona, son su puerto seguro. Cuando en una pareja no se tiene buena relación con la familia del otro, a la larga habrá problemas. Por suerte, tu familia es hermosa —explicó a la vez que retomaba el paso lento y la besaba en los labios de pasada.

Alma sintió una emoción enorme en el pecho, sentía del mismo modo el tema familiar. Para ella, la familia era muy importante en su vida, los necesitaba cerca, y no podía estar con alguien que no sintiera así. De hecho, ese había sido un tema importante de discusión con

Mariano, él tenía muy presente a su familia, pero no de la forma que ella creía correcta. Mariano le temía a su padre y debía cumplir con una planificación que su familia había organizado para él. Había estudiado en La Plata porque su papá había decidido eso y le tenía un trabajo a la espera de su diplomatura. No importaba si estaba de acuerdo, si la carrera le gustaba o no, solo debía cumplir, sobre todo, por el sacrificio económico que hacían para mantenerlo mientras estudiaba. Se quedó pensando en Mariano. Paulo era otro hombre, uno que coincidía con ella en su percepción de la familia.

Él saludó a los dos abuelos que vivían en el fondo, previa charla acerca de las comidas que le gustaban y cómo estaba su familia, y prometerle a la abuela que iría a cenar pronto. Jorge lo despidió con una sonrisa y, al saludarlo, le dio un abrazo. Alma, feliz, subió al automóvil. Paulo hizo lo propio y ambos partieron al hotel.

Al llegar, Alma acomodó el bolso, donde trasladaba la comida, sobre la mesita del recibidor de la habitación, justamente donde Paulo había dejado las copas y apoyaba el vino. Ella sacó las dos fuentes descartables de papel de aluminio, puso la más grande del lado de Paulo, sacó cubiertos y unas servilletas de papel. Observó a Paulo que tomaba la botella y comenzaba a abrirla.

—Esa etiqueta no la conozco, tiene pinta de ser buen vino. ¿Dónde lo compraste?

—Aquí, a unas cuadras tengo una bodega muy buena. He buscado este vino especialmente para compartirlo contigo, pequeña.

—No lo conozco, ¿está bueno?

—Cuando lo probé en casa de mis tíos, me gustó mucho, y quería que tú lo probaras también. —Abrió el vino y sirvió ambas copas. Alma terminó de destapar las fuentes y acercó su mano para recibir la suya con el líquido de un rojizo intenso—. Es de una pequeña bodega *boutique* mendocina.

—CarinaE Reserva Harmonie —leyó Alma en la etiqueta blanca con letras elegantes en negro y *bordeaux*, desde donde ella se encontraba, sin tocar la botella que estaba en mano de Paulo—. No me digas nada, dejame ver si puedo adivinar —pidió como juego.

Ella tomó su copa y la inclinó un poco, la levantó hacia la luz, observó el tinte, lo hizo girar sobre el cristal y prestó atención a las huellas que dejaba el vino al danzar en él y que con lentitud desaparecían. Acercó la nariz a la boca del vaso con pie, la metió por completo luego de haber hecho virar el líquido varias veces. Aspiró. Se quedó pensativa unos segundos. Paulo la veía hacer, entretenido. Ella estaba muy concentrada, acercó la copa a sus labios y sorbió una pequeña porción. La pasó de un lado al otro del interior de su boca. Lo

retuvo un instante y recién después tragó. Esperó y declaró con voz segura:

—Malbec, tiene paso por barrica de roble, no puedo asegurarlo, pero podría ser francesa. Es muy intenso, color púrpura, aroma a frutos rojos, ciruela, vainilla… Mmm, algo de chocolate, largo en boca, aterciopelado. No se siente la presencia de los taninos. —Paulo se quedó sorprendido, viéndola en silencio, con los ojos muy abiertos. Ella dejó la copa, lo miró y se sorprendió, a su vez, de su sorpresa—. ¿Qué, dije algo malo?

—In-cre-í-ble —aseguró Paulo separando notoriamente las sílabas —, eres una eximia catadora también. Dios, con esto me has matado, niña.

Alma rio, Paulo había puesto la mano derecha sobre su propio pecho, como si tuviera un infarto.

—Qué tonto que sos… El año pasado, con Amanda y Pato quisimos hacer unas vacaciones distintas y nos fuimos a hacer el camino del vino, en Mendoza. A todas nos gusta mucho este tema, así que tomamos todas las excursiones a bodegas que pudimos. Esta bodega no la vimos, seguro les hubiera gustado. Recorrimos una cuantas por Luján de Cuyo y Maipú, pero esta no la ubico.

—Dios santo, niña, eres increíble. Sabes de vinos, estamos hechos el uno para el otro —bromeó, y Alma le dio un pequeño golpe en el brazo. Paulo sonrió y continuó—: Se trata de una bodega pequeña, *boutique*. Sus dueños son un matrimonio de franceses que se instalaron en Argentina, compraron unos viñedos y ahora están de a poco haciendo los vinos que les gustan. Adrián, mi tío, la ha visitado hace dos años, se trajo algunas botellas y me contó la historia. Él me ha hecho probar una mixtura propia de esta bodeguita, se llama Octans, tiene Malbec, Cabernet Sauvignon y Syrah, no recuerdo los porcentajes de cada uno. Es exquisito, especiado, equilibrado —explicaba Paulo a la vez que volvía a servir.

—Entonces debo ir a probarlo, me voy a tener que sacrificar y viajar nuevamente al camino del vino —agregó sonriendo. Paulo dejó la botella y levantó su copa—. CarinaE… parece una declinación en genitivo del latín —planteó Alma pensativa.

—Pues no sé exactamente a qué declinación del paradigma latino se refiere, pero es palabra latina. Mi tío me explicó que los dueños de la bodega son fanáticos de las constelaciones. Carina es una del cielo de esta zona, la austral. Aparece muy clara en las noches de verano y en las de otoño, pero sobre todo durante la cosecha de las uvas. Me dijo Adrián que formaba parte de una constelación mayor, la de Argo, el barco de los argonautas, luego la dividieron en cuatro. Una es

Carina, que sería «de la carena», creo que traducido sería la quilla del barco.

—*Touchè* —exclamó Alma, aún fascinada por toda la explicación —, de ahí que es el genitivo. Parece que no tengo tan olvidado el latín. —Rio—. Espero que nuestra relación sea como la nave de los argonautas que al final lograron sus metas. Aunque preferiría pasarme por alto algunas aventuras que nos pongan en peligro —mencionó divertida.

—Seguramente, en ese viaje mitológico nos divertiríamos mucho. ¿No lo crees? —Paulo levantó la copa y propuso—: Por la mujer más hermosa del planeta, que sabe cocinarme exquisiteces, disfruta de un excelente vino, quiere vivir todo tipo de aventuras conmigo y, como si fuera poco, es y será mía para siempre —afirmó Paulo con una sonrisa.

Alma acercó su copa a la de él y, antes de hacerla s tocarse, tomó la palabra:

—Y yo brindo por un hombre especial, que tiene mil historias para contarme, que es muy divertido, que no duda en ponerse en peligro para salvar a alguien, que adora vivir el clima familiar y que me devolvió a la vida. Y que es tan, pero tan hermoso que hasta me hace doler el pecho verlo —dicho eso, golpeó con su copa la de Paulo.

—Pequeña, no dejas de sorprenderme. Eres especial. Tú eres especial… y yo no puse en riesgo mi vida, no exageremos. Además, hermosa, por ti iría al mismísimo Hades a rescatarte y lucharía con los peores demonios para salvarte. —Paulo hablaba con una voz aterciopelada que casi hipnotizaba a Alma, y se acercaba despacio. Se aproximó a sus labios, mirándola fijamente, como el encantador lo hace con su serpiente. Apoyó sus labios sobre los de Alma e inició un recorrido con su lengua por cada sector del interior de la boca de Alma. Ella lo dejaba hacer, entregada, disfrutando las sensaciones que se concentraban en sus puntos erógenos. El beso fue haciéndose más demandante, tomó a Alma del cuello y la acercó aún más. La mesa los separaba, así que fueron levantándose y corriéndose a un costado. Cuando sus cuerpos sintieron el contacto del otro, una electricidad los recorrió a ambos, como solía ocurrirles. Alma separó apenas sus labios de los de Paulo y le dijo en un susurro:

—Amor, cielo… Dios, me volvés loca. Pará un segundo.

En ese momento, Paulo abrió lentamente los ojos y, con desgano, dejó de besarla.

—¿Qué sucede, pequeña? ¿No me has extrañado? Porque yo no he hecho otra cosa que pensar en ti —murmuró a la vez que apoyaba su pelvis, con su evidente erección, sobre ella.

—Sí que te extrañé, mucho. Y me pone bien que te pongas así de feliz al verme —dijo ella tomando el pene con su mano derecha. Paulo cerró los ojos y se mordió el labio inferior—. Pero le recuerdo, señor, que me la pasé cocinando toda la tarde y que, si arrancamos ahora, se va a enfriar y ya no vamos a poder comer. —Paulo sonrió, ella soltó con lentitud el miembro en plena erección. Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza, casi resignado.

—Tienes razón, pequeña, es un pecado mortal dejar que estas lasañas se enfríen. Comamos. Tengo toda la noche para estar dentro de ti, deberé ser paciente.

—Dale —acordó ella sonriendo.

Alma terminó de abrir las fuentes descartables. Aún salía vapor del interior. «Perfecto, no se enfriaron». Cada uno tomó sus cubiertos y comenzaron a cenar. Paulo puso el primer bocado en su boca y cerró los ojos para degustarlo, concentrado.

—Pequeña, está exquisito. Tiene los sabores de las tres capas, pero, además, se siente el picor de la salsa italiana y el dulzor de la blanca. Increíble.

—Me alegra mucho que te guste. Las pastas son un tema que nos tomamos muy en serio en mi familia. La nona Donatella me deshereda si sabe que te hice alguna pasta que salió fea. Y esperá a probar mis fideos a la carbonara —dijo, subió la mano hasta su rostro e hizo un gesto característico en su familia, se besó las puntas de los dedos de su mano derecha hechos un montoncito—. Una delicia.

—Bueno, bueno. Deberé sacrificarme y probarlos para dar mi veredicto.

Cenaron charlando, se sentían muy cómodos. Hablaron de vinos, de viajes, de lo que cada uno había estado haciendo mientras estuvieron separados. Mientras comían, ambos habían dejado sus celulares sobre la mesa. Paulo formuló una pregunta que sorprendió a Alma.

—¿Has tenido noticias de ese chaval del sur con el que tuviste el problema ayer? —El tono usado denotaba celos.

—No —respondió Alma—, dijo que me enviaba un mensaje y todavía no lo hizo. Estoy algo preocupada, no quisiera haberlo lastimado de modo tal que ya no podamos ser amigos —agregó con notoria preocupación.

—Pues verás, pequeña, yo creo que, si estuviera enamorado de ti, y cuando me animo a confesártelo, me dices que no sientes lo mismo, vamos, es algo así como destrozar mi corazón en mil pedazos. Entiendo que el chaval haya tomado distancia. Y debo decir que agradezco que lo haya hecho, de lo contrario, mis puños deberían

haberle hecho entender tu negativa.

—Uhhh, qué fea tu actitud, no te hacía tan celoso —exclamó ella sorprendida.

—A ver, princesa. No soy un enfermo de celos, pero cuando alguien, a pesar de que le han dicho que no, sigue intentando convencerte, pues no voy a dejarlo propasarse contigo, o que me vea como un estúpido. No quiero que esté cerca de ti, no quiero darle oportunidad de nada, lo mejor será que se aleje.

—¿Esto es más por vos o por mí? Digo, no sé qué te hace sentir peor, que él me ponga en una situación incómoda a mí o que te veas como un estúpido. Te recuerdo que soy una adulta y que sé cómo poner a un hombre en su lugar —expresó, molesta.

Paulo cerró los ojos como intentando calmarse. Y luego continuó:

—Sé que eres una adulta. Sé que puedes defenderte. Pero sé que no quiero que nadie te toque ni se acerque a ti con segundas intenciones. No voy a permitirle a nadie hacerte pasar un mal momento. Es la primera vez en la vida que me siento así por alguien. Es nuevo, no sé si es bueno o no, pero soy honesto, es como me siento. ¿Suena a cavernícola? Puede ser. No me preocupa que me vean como estúpido, me preocupas tú.

—Bueno, de todos modos, no creo que siga insistiendo, pero lo que temo es que se haya enojado y que ya no podamos ser amigos —dijo ella insistiendo con el otro tema.

—No lo van a ser, Alma. —Ella notó el cambio de tono y que ya no la llamaba «princesa» ni «pequeña»—. Nunca podrán ser amigos, de eso estoy seguro, y agradecería que no insistieras en serlo, ¿o es que tanto te importa el chaval? Porque una cosa es que él insista sin tener esperanzas, pero si tú insistes, pues…

—Paulo, no es que me importe en el sentido de pareja. Pero él me ayudó mucho a superar cosas tristes de mi vida, es un gran amigo.

—Te recuerdo que él no se sintió nunca tu amigo, él siempre tuvo otro interés en ti.

—Para mí siempre fue un amigo.

—Punto a mi favor: la amistad entre hombres y mujeres no existe. Por eso espero que no tenga que explicarle a ese tipo que tú nunca podrías ser otra cosa, y que nunca va a alcanzarte. —La charla había devenido en una discusión. Si bien ninguno levantaba la voz, ambos estaban como parados en lados opuestos de la calle y sin intenciones de moverse de su lugar.

—Yo… ¿Sabés?, no puedo creer que no creas en la amistad entre el hombre y la mujer.

—Realmente, en estas circunstancias, pequeña, creo que no. Ya te

lo expliqué anoche. Creo que los hombres que se hacen amigos de mujeres tienen dos posiciones posibles: una, son gay; dos, son hetero, pero tímidos, están interesados en ligarse a la mujer en cuestión y entran en la zona de *amigos* creyendo que eso les dará la oportunidad de conquistarla. Craso error. La mujer que te pone en categoría de *amigo* rara vez te saca de ese compartimento.

—¿Es tan taxativa tu categorización? ¿No hay posiciones intermedias?

—Pues yo creo que no. Creo que la amistad real es posible cuando un hombre y una mujer ya han tenido una relación y la misma terminó. Y ninguno alberga esperanzas de repetirlo. En ese caso, la tensión sexual entre ellos desaparece. Pero si ninguno de los dos es gay y nunca probaron estar juntos, la tensión sexual entre ellos no permitirá que la amistad sea honesta. Real. —La mudez de ella le dio un pequeño triunfo a Paulo, sonrió con gesto victorioso.

Alma no compartía la opinión, pero tampoco recordaba una amistad con un hombre que nunca haya tenido intenciones de ser su pareja o que no fuera gay. No le gustaba tener que guardar silencio, pero si no tenía nada concreto, no podía explicar nada. Con tono de enojo continuó:

—No puedo creer que seas tan arcaico, que en el siglo XXI aún haya hombres que crean que todo se arregla con golpes.

—Te dije que es la primera vez en mi vida que me siento cavernícola, y es por ti, aunque esta postura sobre la amistad del hombre y de la mujer la tengo de mucho antes. Los hombres fuimos, somos y seremos hijos del rigor. Si algo no sale como queremos, si las palabras no alcanzaron a explicar el punto, los puños siempre serán muy claros —afirmó él sonriendo.

—Horrible. Horrible postura. Para mí, el diálogo no debería agotarse nunca —replicó ella enojada. La discusión los hacía sentir incómodos. Pero llegar al fondo del tema era necesario para ambos, cada uno quería dejarle en claro al otro lo que sentía.

—Pero todo tiene un límite, Alma, y los hombres, evidentemente, llegamos primero a él. Soy un tipo que aboga por la paz hasta que se meten con lo mío, ahí se termina todo. Si ayer hubiera estado en casa de tu padre, ese tipo se habría ido con la cara amoratada, te lo aseguro.

—Espero que nunca lleguemos a ese punto —dijo, alarmada, ella.

—Si alguien te toca —insistió él, acercándose a su rostro—, no respondo de mí. Si eres tú quien decide irse, sé que sufriré muchísimo, pero nunca —se aproximó más aún a ella y siguió con un tono más íntimo—: NUNCA te haría daño. JAMÁS desconfíes de mí. Nunca te

lastimaría. Puedo destrozarle la cara a cualquier hombre, pero no te tocaría ni un cabello a ti ni a ninguna otra mujer.

Se hizo un silencio. Ambos repasaban mentalmente lo ocurrido. Cuando la cena había terminado, Paulo la miró con gesto preocupado.

—Espero que este tipo no nos cague la noche. Te he extrañado mucho y espero que mi forma de pensar en estos temas no nos aleje. Siempre soy frontal y debo serlo en todo.

—Coincido con vos, Paulo, yo también necesito ser honesta. Y aunque esto genere roces, es lo normal en las relaciones. Uno nunca coincide cien por cien con el otro. Somos distintos, y eso es lo que lo vuelve atractivo. Yo también te extrañé mucho todo el día, no podía dejar de pensar en vos.

Paulo sonrió un poco aliviado. Todavía se sentían algo endurecidos, acartonados. Intentó cambiar el clima y se movió en dirección al perchero. Extrajo de su saco una tableta grande de chocolate con leche. Los ojos de Alma se iluminaron.

—Tengo algo de postre —anunció Paulo moviéndola en su mano —, y por cómo se te iluminaron los ojitos, pequeña, creo que te gusta mucho.

—¡Uyyyyy, qué ricor! Me encanta el chocolate, ¿cómo supiste?

Ambos intentaban olvidar la discusión.

—Solo lo imaginé, no hay nada más sabroso, luego de una buena cena, que un trozo de chocolate —aseguró a la vez que abría el paquete para repartirlo.

—Ah, espere, caballero, si hay algo que no me gusta, es disfrutar del postre sin haber levantado y lavado los platos. Deme unos minutos —pidió Alma, y enseguida abrió una bolsa grande, puso dentro los cubiertos, las servilletas usadas y cerró cada fuente sobre sí misma (evitando el goteo de los restos de salsa) y también terminaron en la bolsa; se levantó y caminó hasta un cesto grande que había en ese espacio. Paulo la miraba distendido. Regresó pasándose una de sus muñecas por la frente, como limpiando un sudor imaginario—. Listo… Uffff, qué cansada estoy, esto de lavar platos es inhumano, creo que debería comprar un lavavajillas, ¿no? —Paulo asentía sonriendo—. Ahora sí. Tengo ganado ese postrecito.

Paulo repartió el chocolate y ambos se sentaron juntos en el borde de la cama. Cuando terminó su parte, se dedicó a besar el cuello de Alma. Ella seguía comiendo su chocolate y cerraba los ojos disfrutando no solo del sabor que la invadía, sino de las caricias que Paulo estaba realizando. Sus labios vagaban por su nuca, besando y lamiendo con suavidad; la mano izquierda sostenía la esbelta conexión entre la cabeza de alma que se inclinaba y el resto del cuerpo que se

estremecía, la derecha paseaba sin rumbo fijo por el abdomen de Alma, subía y bajaba. Llegaba hasta uno de los pechos. Y cuando ella creía que él iba a tomar uno de sus pezones entre sus dedos, la engañaba y bajaba de nuevo. Cuando se acercaba al extremo opuesto, realizaba la misma tortura cerca de su clítoris. Alma tenía una remera de mangas largas, algo gruesa. Fue terminando el chocolate, tiró al piso el papel y posicionó su derecha sobre el gran bulto que se evidenciaba en el *jean* de Paulo. Apenas la apoyó, un ronquido bajo salió de la garganta de Paulo, casi un gruñido. Alma fue acercando su rostro, incitándolo para que él subiera sus labios a su altura. Paulo fue se fue elevando, besó de nuevo cuello, oreja, detrás de estaa, mejilla, ojos cerrados, nariz, comisura de la boca, y se detuvo recorriendo con la punta de su lengua los labios de Alma, primero el superior y luego el inferior. Alma no tuvo la paciencia de esperar que terminara el camino, abrió su boca y comenzó a besarlo sin control. Paulo reaccionó enseguida, hundió su lengua en ella, bien adentro. Alma gemía. La fue recostando a la vez que le quitaba la remera y la dejaba en *soutien*.

Cuando Alma apoyó su espalda en la cama, Paulo ya estaba refregándose sobre su pelvis. Esa acción la excitó aún más. Él estaba posicionado sobre ella, con ambos brazos a los lados del rostro de Alma, soportando la mayor cantidad de su peso para no asfixiarla. La cadera se refregaba sin cesar sobre la de ella y la miraba con unos ojos de predador. Se apoyó en sus codos y comenzó a besarla de nuevo mientras los dedos tocaban el pezón de su pecho izquierdo. Alma gemía cada vez más fuerte. Paulo se levantó y se quitó la ropa de modo rápido; Alma hizo lo mismo. Él se quedó mirándola mientras ella se bajaba el *jean* y se quedaba en tanga y corpiño. Se giró y lo observó con una mirada salvaje.

—Acostate, cielo, hoy quiero empezar yo. Quiero volverte tan loco como vos lo hacés conmigo. —Paulo obedeció y ella sonrió. Le gustaba tener el control. Era algo que nunca antes había hecho. Nunca había disfrutado tanto del sexo ni se había sentido tan abierta para experimentar. Eso era nuevo y definitivamente le agradaba.

Luego de haber disfrutado del cuerpo de su ser amado, ambos se recostaron de perfil, enfrentándose. Paulo mimaba el rostro de Alma con leves caricias.

—Pequeña, es tan intenso… Todo contigo lo es. Te amo, Dios, no puedo contener en el pecho lo que me haces sentir.

—Te amo yo también. Me siento tan chiquita en tu abrazo, siento que soy una partícula que vos tenés en tu poder. Podés hacer conmigo lo que quieras, la mujer más feliz del planeta o la más desdichada si

me dejaras.

Paulo la abrazó y la apretó contra su cuerpo, con fuerza.

—No, pequeña, jamás. No podría dejarte, imposible. No puedo vivir sin ti, te me has hecho indispensable. —Paulo hablaba a la vez que la estrechaba más a su cuerpo y cerraba los ojos.

—Yo tampoco, Paulo. —Unas tímidas lágrimas caían por las mejillas de Alma, que también tenía los ojos cerrados. Las palabras de Paulo y la unión que sentía con él la tenían conmocionada. Una de ellas rozó la mejilla de Paulo, que se sorprendió y alejó un poco su rostro para observarla.

—¿Estás llorando, pequeña? Alma, amor, no llores, ya te he dicho que eso nunca pasará. Por favor, me destroza verte llorar —decía Paulo a la vez que le secaba infructuosamente los ojos con sus dedos pulgares, acción inútil, ya que surgían nuevas que corrían con libertad.

—Perdoname, Paulo. Es que nunca me sentí así con nadie. No sé qué me está pasando, me desconozco. No quiero parecerte una boba, no quiero que pienses que soy una tonta que llora por todo, pero…

Paulo puso su dedo sobre los labios de Alma, obligándola a callar.

—Nadie, jamás, podrá decir o pensar, en mi presencia, que eres tonta, Alma. Eres la mujer de mi vida, y todo lo que te emociona o conmueve también lo hará conmigo.

Alma lo besó con tanto sentimiento que Paulo se estremeció. Ambos fueron acomodándose en la cama, aflojando el nudo, tapándose con las sábanas y la frazada. Paulo acomodó a Alma en el hueco que formaba él con su cuerpo, ella apoyando su espalda en el pecho de él; esa misma posición que los había ayudado a retener el calor en medio de la inundación. Paulo la abrazaba por la cintura y por el pecho mientras besaba su coronilla, pensativo. Debía evitarle, por todos los medios, la información sobre María de los Ángeles. Paulo sintió que ella comenzaba a respirar más profundo, como si comenzara a dormirse. Decidió ir al baño. La movió apenas para sacar el brazo que había dejado bajo su cuello. Alma abrió los ojos.

—Voy al lavabo —dijo a modo de explicación—, ya regreso.

Alma asintió con la cabeza y se acomodó en la cama.

Paulo se fue al baño y empezó a orinar. En ese instante, el sonido de su móvil lo despabiló. El aparato estaba en la mesa de luz, al lado de Alma. Se desesperó, era una llamada, no se trataba de un mensaje. Y, encima, no podía terminar la micción, en ese momento era imposible correr a tomar el teléfono. Solo rezaba para que la persona que estuviera llamando (era algo tarde) cortara la comunicación rápidamente y que Alma no se despertara. En segundos terminó y salió

del baño, corriendo. Alma estaba sentada en la cama, con las piernas cruzadas como chino. Tenía en sus manos el celular y lo miraba sorprendida. Paulo temió lo peor. Al acercarse, lo confirmó: sobre la pantalla se veía el nombre «María de los Ángeles», el sonido seguía sonando muy alto. Alma lo miró confundida, sin comprender.

—Alma, no atiendas, por favor. No es apropiado que habléis vosotras —dijo Paulo muy nervioso, a la vez que estiraba la mano para recibir el aparato.

Alma miraba alternativamente el celular y el rostro de Paulo. Cuando él se hubo sentado, le entregó el teléfono, aún confusa. Paulo comprendió que, si no atendía a María, Alma sospecharía; y si lo hacía, corría peligro de decir algo que lo dejara al descubierto. Paulo miró la pantalla y respiró hondo.

# Capítulo 19

Paulo deslizó el dedo sobre la pantalla y, con el corazón latiéndole en las sienes, habló con tono terminante. Alma no salía del asombro, la ex de Paulo estaba llamándolo y hacía unos minutos habían estado haciendo el amor, prometiéndose seguir juntos siempre. La voz endurecida de Paulo la trajo a la realidad. Nunca creyó que Paulo pudiera hablar de una manera tan cortante y fría con alguien.

—Te dije, María, que lo mejor era no tener contacto por un tiempo. Creo que la claridad de esa frase no tiene posibilidades de malinterpretarse —habló al teléfono Paulo, tajante. Los ojitos expectantes de Alma lo hacían sentirse más duro. Decidió no poner altavoz. No responder a la llamada lo habría dejado en mala posición con Alma, ella podría sospechar que no había cortado con la ex y que la tenía de amante. Lo mejor era tomar la llamada y que presenciara la dureza de su trato. Desde el otro lado se escuchaba la voz temblorosa de María de los Ángeles, nunca la había escuchado de ese modo. Se sintió muy mal por ella. La quería, no la amaba, pero definitivamente no quería tratarla mal ni hacerla sufrir más.

—*Hola, Pauli. Discúlpame que te moleste, pero necesitaba escucharte*. —Su inseguridad y el tono lo desconcertaron. Dulcificó un poco el propio, aunque siguió siendo distante.

—¿Qué sucede, María? No te escucho bien.

—*No lo estoy, Pauli. Desde que hablamos, desde que me dejaste, no puedo pensar en otra cosa, me duele tanto esta separación.* —La voz de María se quebró, se notaba que estaba llorando. Paulo sintió un dolor en el pecho, escucharla sollozar lo desarmaba. No soportaba oír en ese estado a una mujer, y menos sabiendo que él era la causa—. *Sigo sin*

*entender tus razones.*

—Mira, María, puedo volver a explicarte mis razones, pero primero debes dejar de llorar. Sabes el efecto que eso genera en mí —dijo a la vez que miraba a Alma, como pidiéndole permiso para hablar con María en privado.

Alma se levantó, tratando de no hacer ruido, y le hizo señas de que se iba al baño para darle intimidad. Se puso la remera de Paulo, que se encontraba en el piso, y caminó hacia el otro cuarto. Cerró detrás de sí la puerta, pero la cerradura estaba falseada y, luego de que ella se acomodara en el inodoro con la tapa cerrada (a modo de asiento), la puerta se abrió despacio, casi sin sonido. Apenas unos centímetros quedaron de espacio, lo suficiente para oír con claridad la voz de Paulo tratando de tranquilizar a María de los Ángeles. Alma entendía el dolor de aquella mujer, entendía que ella estuviera sufriendo tanto, que se negara a entender. Si ella perdiera a Paulo, ¿cómo se sentiría? Un dolor agudo se hizo presente en su estómago y en el centro de su pecho. No podía ni imaginarlo. La entendía y tenía sentimientos encontrados. María de los Ángeles ya lo había tenido, él había sido suyo y no logró enamorarlo; tuvo su cuerpo, sus besos, sus caricias, su cariño. A medida que iba pensando en Paulo con María de los Ángeles, los celos iban comenzando con sus tenues pero persistentes aguijonadas. Sus pensamientos la llevaban por mal camino, no quería imaginarlo con otra mujer. Decidió escuchar lo que pudiera.

—María, escucha. Lamento hacerte pasar por este momento triste y por este sufrimiento, pero creo que es mejor hacerlo ahora, cuando aún no hemos complicado más nuestras vidas. No tenemos hijos en común, no tenemos casa en común. Es mejor ahora. Lo que no se siente, no se siente. No podemos obligar al corazón.

*—Te he escuchado la primera vez que lo has dicho y te juro, Pauli, que me destrozó. Nunca creí que fueras tan duro. Compartíamos tantas cosas, te dejé tanta libertad para todo, nos llevábamos tan bien en la cama.*

—María, tú sabes tan bien como yo que amor no es sexo. Sí, nos llevamos muy bien a la hora del sexo, tenemos una libertad en ese ámbito que no experimenté antes. —Alma sintió que su corazón se detenía. Sintió una punzada en la boca del estómago—. Pero la realidad es que no me alcanza. Para formar una pareja, es indispensable el sentimiento. El sexo puede ser espectacular, pero con sentimiento puede llegar a ser mágico. —Paulo hablaba a la vez que pensaba en lo que había sentido cada vez que había estado dentro de Alma. Debía cuidar sus palabras, María no debía sospechar que ya había alguien que había despertado sus sentimientos—. Una pareja es la combinación de ambos, y contigo solo tenía sexo. Espectacular, por

cierto, pero solo sexo. Perdóname si soy tan duro, pero creo que lo mejor es ser honesto, decir todo aunque duela.

—*Pauli, no te das una idea de cómo me lastiman tus palabras.* —María lloraba del otro lado de la línea—. *La otra vez, cuando hablamos, fuiste muy duro conmigo y ahora eres peor.*

—Mari, te lo dije el otro día y te digo lo mismo hoy, mi decisión se basa en la falta de un sentimiento que es imprescindible para una pareja. Creo haber sido claro en esa ocasión y te lo repito hoy, me conoces, sabes que no juego con los sentimientos, que oírte llorar me desgarra, pero creo que aquí no puede haber errores de interpretación ni chantajes sentimentales.

Alma estaba conforme con las palabras que él le decía a su ex, pero un par de frases le prendió una señal en el cerebro: «Te lo dije el otro día… te lo dije ese día y te lo repito hoy». Paulo nunca había comentado que hubiese seguido hablando con ella, no mencionó ninguna llamada ni charla. No le gustó desconocer eso, pero el lado racional de su cerebro le repetía que Paulo no había hecho nada malo, solo había hablado para dejarle en claro lo que sentía. «Sí, debo pensar en eso, hablaron por teléfono, pero le dijo lo mismo que ahora. Calmate, Alma, no tuvieron sexo telefónico o algo por estilo». Alma desconocía su veta celosa, nunca la había atacado antes.

Paulo continuaba:

—Creo que lo mejor será que te tomes un tiempo para que puedas procesar esto.

—*Entiendo que lo mejor es no buscarte, mi cabeza me lo indica, pero no puedo pensarte lejos de mí, tocando a otra mujer. Me destroza el corazón.* —El dolor se traslucía en su voz quebrada y en las respiraciones agitadas que revelaban que seguía llorando.

—Te entiendo, María, sé que será duro. Un duelo siempre lo es. Pero debes transitarlo sola, sin mí, porque soy yo a quien estás despidiendo. Debes buscar la ayuda de alguna amiga o familiar que te apoye. No puedo ser yo.

—*Vale, vale. Lo sé. Pero tú sabes bien que no tengo amigas tan cercanas, amigas a quienes poder confiarles este dolor.*

—Pues, Mari, ese, lamentablemente, es un problema que no puedo resolver por ti. He insistido a lo largo de nuestra relación para que cuides tus amistades, que no las dejes de lado. Fueron tus decisiones. Ahora deberás empezar de cero, buscar a alguien que te ayude. —María estaba en silencio, los sollozos indicaban que la llamada continuaba—. Mari, me disculpas, pero ya no puedo seguir hablando, aquí es muy tarde, de hecho me has despertado. Mañana debo seguir trabajando desde temprano.

—*¿Me vas a cortar la llamada de este modo? Aquí es más tarde que allí. ¿Será que te corté alguna situación con esta llamada acaso?* —María volvía con sus sospechas y ataques.

—María, te estoy teniendo la paciencia que no le he tenido a nadie en esta vida, no me obligues a perderla. No hay nadie. —Paulo lo dijo convencido, con decisión, luego recordó que Alma podría estar escuchando y se arrepintió de haberlo dicho con vehemencia—. Y si lo hubiera, tampoco sería de tu incumbencia. Ya no somos pareja, espero que te hagas a la idea de que más tarde o más temprano volveré a estar en pareja.

—*Tienes razón, debo hacerme a la idea, pero si ahora tienes a alguien en tu vida, sí me importa, porque tu cambio tan rotundo no tiene otra explicación para mí.*

—Bien, para ti será de ese modo. Si te hace feliz o te es más fácil de entender que yo esté con otra mujer, allá tú. Yo ya he cumplido con explicarte. Buenas noches, María. —Acto seguido, cortó la comunicación y lanzó el móvil sobre las sábanas, con furia. «La madre que me parió. Es increíble cómo María puede llevarme de pensar en ella con empatía a este estado de molestia y enojo».

Paulo se quedó un minuto sentado, repasando mentalmente toda la conversación y tratando de bajar el enojo, había sido cuidadoso, no había tratado mal a María y tampoco había dicho nada que lo comprometiera con Alma… «¡¡¡Alma!!!». Recordó de golpe que ella se había encerrado en el baño y que aún no salía. Se levantó de un salto y corrió hasta allí. Abrió y se encontró con Alma sentada sobre la tapa del inodoro, en penumbras. Parecía un pollito mojado, tenía las piernas recogidas sobre la misma tapa, por delante de su cuerpo, rodeadas por sus brazos.

—Perdóname, pequeña, perdóname este mal momento. Hubiera querido que no presenciaras esta discusión, pero mi ex aún no entiende que la relación terminó y sigue pidiéndome explicaciones. —Paulo se acercaba, la rodeó en un abrazo fuerte, dándole la sensación de seguridad. La besó tiernamente en los labios y la levantó en sus propios brazos para trasladarla a la cama. Una vez allí, la acostó y la arropó, había sentido que su piel estaba fría y le había parecido que temblaba. Alma estaba conmocionada. Temblaba, pero no de frío, el frío que sentía venía de adentro, no del ambiente. Escuchar a Paulo con María de los Ángeles la había destrozado. Él se acostó a su lado y refregó sus brazos para darle calor—. Pequeña, te me has congelado. Qué gilipollas he sido, te he dejado irte al cuarto de baño y te he abandonado allí. Perdóname, amor.

—Está todo bien, cielo. Es que yo no quería estar cuando hablaras

con ella, no quiero escuchar cómo hablás con alguien que fue una parte importante de tu vida. Creo que me moriría de celos, supongo. —Describía con exactitud lo que había sentido. Se maldecía por no haber cerrado la puerta mejor, hubiera sido conveniente no escuchar nada—. Un poco de frío, nada más. —Alma quería olvidar todo lo que había escuchado, quería sacarse la imagen de Paulo con esa desconocida en la cama.

—Déjame darte algo de calor. —La abrazó con vehemencia. El calor de a poco fue devolviéndole flexibilidad al cuerpo entumecido de Alma. Tenerla en contacto directo comenzó a excitar a Paulo. Su miembro se irguió, duro en todo su esplendor. Alma se percató y se giró, calzando la erección en el hueco entre su cola y piernas. Paulo emitió un gemido gutural—. Pequeña, ¿estás invitándome?

—¿A usted qué le parece, caballero? —respondió ella contorneándose. Haberlo escuchado con María de los Ángeles le había generado muchos sentimientos encontrados, pero sobre todo la certeza de que ella no iba a perderlo, no podía perderlo.

—Pequeña, apenas me tocas y me calientas la sangre de un modo que nadie en mi vida entera lo ha hecho. ¡Joder!… No puedo mantener mis manos alejadas de ti, y menos aún mi polla.

—Pues entonces, caballero, tome lo que, por derecho, es suyo. ¿Quién se lo impide?

Alma levantó la remera grande de Paulo que aún conservaba y llevó las manos de él a sus pechos. La cola seguía refregándose sobre la pelvis de Paulo, que estaba durísimo, y, de un movimiento, puso el glande orientado directamente hacia la entrada de la vagina. Paulo apenas la rozó varias veces para comprobar si ella estaba preparada y, cuando lo hubo hecho, entró en ella. En esa postura, ambos se movían sin entorpecer los meneos del otro. Paulo mordisqueaba el lóbulo de la oreja de Alma y besaba el cuello. Alma giró el rostro para darle acceso a su boca. Los gemidos los rodeaban e incentivaban cada vez más. Los ritmos se aceleraron En un arrebato, Paulo logró subirla sobre su cuerpo. Ambos boca arriba, sobre la cama. Él seguía adentrándose, logrando más profundidad en Alma. Paulo tomó con fuerza uno de los pezones y lo comenzó a estirar con insistencia; con la otra mano, se dedicó a rozar y torturar el clítoris de Alma, que quedaba expuesto.

—Ayyyy, Paulo… No, no voy a aguantar así. Pará, me vas a hacer explotar…

—Eso es lo que quiero, pequeña, quiero que explotes para mí. Quiero ese orgasmo, quiero sentirte temblar, quiero que grites mi nombre. —A medida que Paulo hablaba, hacía más intensos los movimientos de entrada en Alma y sus dedos refregaban, sin pudor, el

clítoris. Ella sintió generarse la explosión de calor y energía. Logró avisarle y Paulo reaccionó a su vez liberando su propio orgasmo. Ambos quedaron temblorosos, abrazados, respirando con agitación. Mantenían los ojos cerrados. Alma sentía en su espalda el latido del corazón de Paulo, desbocado. Tomó la palma de él y la llevó a su pecho, quería que él sintiera el suyo.

—Así me ponés, cielo. Así reacciona mi cuerpo y mi corazón a vos —dijo a la vez que le hacía sentir la aceleración de su pulso en todo su cuerpo.

—Pequeña, me llevas a la gloria. Mi corazón no puede tranquilizarse si tú estás cerca. Eres mi cielo, mi paraíso personal, nada puede pasarme o lastimarme si tú estás conmigo. —Paulo la abrazó con fuerza. Alma se bajó de encima de Paulo y se giró. Se abrazaron a la vez que Paulo, con un movimiento experto de una de sus piernas, lograba taparlos a ambos. Las respiraciones fueron calmándose de a poco. El silencio los adormecía.

—Te amo, pequeña… —pronunció Paulo casi dormido.

—Y yo te amo más, cielo —respondió Alma. Una lágrima caía de uno de sus ojos. Definitivamente, escuchar a Paulo con María de los Ángeles la había estremecido, no podría nunca sobrevivir a un abandono de Paulo, y eso la asustaba sobremanera.

El sol entraba por la ventana, colándose por las hendijas que lo dejaban. Alma abrió los ojos con pereza, se sentía muy cómoda, calentita en la cama. Miró a un lado y vio a Paulo escribiendo en su computadora. Estaba concentrado. En su entrecejo se marcaba un doblez que indicaba preocupación. Algo no le gustaba. Alma se levantó por el lado que Paulo había dejado libre, caminó sin decir palabra y evitando hacer sonidos. Abrazó a Paulo por detrás. Él se sobresaltó.

—Pequeña, me has dado un susto de muerte —expresó respirando de manera sonora—, no te oí levantarte.

—Será tal vez porque estás muy concentrado, cielo. Buen día, hermoso —saludó a la vez que pasaba su rostro por delante del de Paulo y lo besaba en la boca—, ahora puedo empezar mi día, tengo mi cuota de vos —indicó ella sonriendo.

—Pues mira que eres fácil de contentar. Debo informarle, *madame*, que no me conformo así de fácil, tengo muchas ansias de usted, por lo tanto, no me quedaré conforme con un besito. —La besó con más intensidad y con desesperación. En ese momento, se escucharon unos golpecitos suaves en la puerta—. Ese debe de ser el desayuno. Quería darte la sorpresa, quería que tú despertaras con tu taza humeante de café con leche. Vete al cuarto de baño, que no quiero que el mesero te

vea como solo yo puedo hacerlo.

Alma besó los labios de Paulo. Corrió al baño, decidió que podía darse una ducha rápida mientras entraban el desayuno. Giró las canillas, buscó algo para atarse el cabello y encontró una gomita que estaba conteniendo el cable del secador de cabello. Lo desató, levantó el cabello y entró a la ducha. Se dio un duchazo rápido. Cuando cerraba las canillas, Paulo golpeaba la puerta.

—Ya está todo listo, pequeña. ¿Vienes?

—Ya voy, cielo. Dame un minuto para secarme.

—Bien. Te dejo tu ropa aquí dentro. No quiero que tomes frío.

—Gracias, cielo.

Alma salió de la ducha, se secó y se puso la remera y la tanga que Paulo había dejado. Mucho no la cubría del frío, pero era algo. Sonrió sola, mirándose al espejo, nunca se había sentido tan plena, tan feliz. Salió del baño sin hacer demasiado ruido, tomó su cartera y sacó de su interior el perfume y un desodorante. Se puso una dosis de ambos y luego se acercó al lugar que había preparado Paulo. Aún tenía una sensación extraña en el pecho por aquella llamada. Esa charla la había dejado bastante angustiada. Desayunaron conversando animadamente. Organizaron el día: iban a ir a visitar a Mónica y a Mauro, luego iban a ir al cine y pasarían a cenar con la familia de Alma. Sus abuelos querían cocinarle otra comida típica.

Mónica y Mauro los recibieron con abrazos cariñosos. Mónica tenía preparado un almuerzo que compartieron. Paulo les contó que ya había entregado la primera parte de su nota y que podrían leerla en unos días. Habló de lo que estaba investigando. Cuando Mónica miró a Alma, vio en ella algo distinto y le habló bajito, como en secreto:

—Nena, vos estás distinta. Como… iluminada, ¿qué te pasó en estos días?

—Ay, Moni, ¿en serio me decís?

—Sí. De verdad. Te veo algo distinto en la carita —aseveró Mónica mientras acariciaba la mejilla sonrojada de Alma—, me parece que mi Maurito perdió el tiempo. Será que otro no lo perdió —comentó con una sonrisa pícara, mirando de reojo a Paulo. Él y Mauro seguían charlando en su propio mundo masculino.

—Ayyy, Moni, ¿tanto se me nota?

—Nena, el diablo sabe mucho por diablo, pero más sabe por viejo. Y yo veo cómo se miran. Sí, mi Maurito perdió tiempo, vos hubieras sido una nuera divina y me hubieras dado unos nietos hermosos.

—Moni, sos más linda vos. Dejalo de hinchar a Mauro, tanto le decís que a lo mejor no busca sentar cabeza por eso. Te lo digo porque a mí me hinchaban todos. Mis abuelos, mi viejo, mi hermana, todos

me decían «Salí, andá a bailar, conocé a alguien, date la oportunidad», y mirá de qué modo pasó todo.

—Ojalá la Virgencita me haga el favor y Maurito me dé la sorpresa. Ya estoy muy mayor y quiero poder disfrutar a mis nietos, y él no es ningún pequeño ya, debería pensar en dejar la joda, ¿no?

—Dale tiempo y no lo presiones, ya va a llegar. Estoy segura.

Paralelamente, Mauro y Paulo conversaban sentados a la mesa. Paulo aprovechó los minutos de soledad con el anfitrión para aclarar lo que temía que saliera a colación en la charla.

—Mauro, chaval, aprovecho estos minutos que las mujeres se fueron a la cocina. Necesito pedirte discreción con el tema de mi novia en España.

—Ah, gallego picarón. ¿Te vas a tirar una canita al aire con Almita? ¿En qué quedó todo ese discurso de «soy un tipo fiel, no me hace falta»? —Mauro hablaba haciendo gestos e intentando simular el tono de voz de Paulo.

—Coño, Mauro. Déjame explicarte antes de que regresen. —Se notaba el nerviosismo de Paulo.

—Dale, dale, explicame, mirá que resultaste chamuyero vos. —Seguía divertido.

—No es una canita al aire, y María de los Ángeles ya no es mi novia. He cortado con ella. Estoy empezando una relación con Alma.

El rostro de Mauro mostró sorpresa.

—¿Largaste a la gallega? ¿Pero con Alma viene en serio entonces? ¿Estás seguro? Apenas se conocen.

—Estoy seguro, seguro de lo que siento, seguro de lo que ella siente. Es algo muy fuerte que no podemos explicar, pero que debemos llevar adelante. Te ruego que no menciones a María delante de Alma.

—¿Alma no sabe nada de la gallega?

—Sabe que estábamos de novio, que casi me mudo con ella y que la dejé. Lo que cambié en la historia son los tiempos. Para ella, la dejé antes de viajar y por dudas mías, propias. No sabe que fue hace menos de diez días y por su aparición en mi vida.

—Entiendo. Y si lo supiera, tal vez no estaría de acuerdo con seguir.

—Exacto. Y no quiero que eso suceda.

—Bien, gallego, quedate tranquilo. Entre gauchos no nos vamos a pisar el poncho. —Paulo ya se había habituado a los dichos argentinos, algunos ya los comprendía plenamente y otros los dejaba en su haber memorístico para consultar a sus primos.

—Gracias, chaval.

La conversación derivó a otros temas, las mujeres se acercaron con los platos y se unieron. Luego de un almuerzo entretenido y con rica comida casera, Paulo y Alma se marcharon para continuar con sus planes. Fueron hasta el cine, pero las películas de la cartelera que querían ver ya habían empezado. Decidieron no ir y se fueron a dar una vuelta en el automóvil. Tomó la conducción Alma y lo paseó por diferentes lugares atractivos de la ciudad: la Municipalidad, la Catedral, las plazas principales, el centro comercial de calle 8. Luego tomaron por la avenida 60 y fueron hasta Berisso a visitar a Karen.

La casa se encontraba muy cerca del centro comercial de esa localidad. Cuando Alma estacionó en la calle, Lola se asomó por la ventana de su habitación. Su rostro mostró alegría al ver a su tía. Salió corriendo, y se adivinaba que estaría gritando a sus padres avisando la llegada.

—Hola, qué linda sorpresa, chicos. —Salió Guille a recibirlos. Atrás llegaba, trotando, Lola.

—Maaaaaammmmmiiiiiinnnnnnaaaaaaa. —Corría y estiraba cada sílaba.

—Parece que hay cierta enana que está feliz de verte, pequeña —dijo Paulo a la vez que Lola se colgaba del cuerpo de Alma, abrazándola como una boa constrictor.

—Lolita, hermosa de la tía, me vas a matar si me seguís apretando —decía Alma casi sofocada—. Dame un beso y un abrazo de esos lindos que me gustan a mí. —Cuando la pequeña soltó la cintura de Alma, esta bajó a su altura y se dieron un abrazo—. Te extrañé mucho, Loli, ¿vos me extrañaste?

—Mucho, ¿no se nota? —preguntó, y de manera inmediata giró el rostro para mirar a Paulo—. Hola, *Palo*, ¿cómo estás?

—Bien, bien, princesa. Pero me llamo Pauuulo —dijo remarcando la vocal que Lola se había olvidado.

—Sí, ya sé… pero a mí me gusta decirte así, ¿puedo decirte «Palito»? —pidió con gesto sincero y sonrisa plena.

Paulo y Alma se rieron al unísono.

—Vale, vale, princesa. Yo te llamo «princesa» y tú me dices «Palito».

—Buenísimo, ¿y vos por qué siempre estás con mi mamina? ¿Sos el novio? —Todos rieron, en ese momento se les unía Karen.

—¡Lola! Esas cosas no se preguntan —acotó Karen llamando su atención—. Hola, chicos, qué bueno que hayan venido, vengan, pasen. —Y se giró para abrir la puerta y que entrasen. La pregunta de Lola quedó en el aire. Como nadie le respondió y se dispusieron a caminar, Lola se puso a la par de Paulo, le tiró del saco y llamó su atención.

—Palito, ¿sos el novio o no?

—Si tú me guardas el secreto, te contesto. ¿Prometes hacerlo? —contestó Paulo con cara de pícaro. Lola se acercó más y le hizo la seña de promesa, cruzó el dedo índice de la manito derecha por delante de sus labios, luego los giró en sentido perpendicular y se quedó a la expectativa—. Bien, sí, soy su novio. ¿A ti te gusta la idea?

—Claro, Palito. Pero mirá que mi mamina es muy importante, hay muchos que quieren ser novios de ella, y ella no le da bolilla a ninguno. Son unos pesados. Si ahora sos el novio, entonces vos te vas a encargar de que se vayan —comentó, en susurros, Lolita, como contándole un gran secreto.

—¿Y esos hombres son muchos? ¿Quiénes son? —Paulo había encontrado una fuente de información incalculable e iba a aprovecharla.

—Y… más o menos. Yo siempre escucho cuando hablan y me hago la tonta. El bicho hace rato que no viene, pero estuvo mucho tiempo llamando y la mamina no le contestaba.

—¿El bicho? ¿Y quién es ese de nombre tan gracioso? —Karen se asomó a ver por qué esos dos seguían en el garaje sin entrar. Los miró con rostro intrigado y Paulo respondió—: Ya seguimos, Karen, aquí Lola me está explicando de su escuela y de su maestra.

—Bueno, bueno. Pero vengan a charlar acá —respondió, y siguió camino al *living*.

—Dime, princesa. ¿Quién es ese bicho? —indagó Paulo algo celoso.

—El nombre no lo sé. Amanda siempre lo llama «bicho». Creo que fue novio de la mamina, a lo mejor se casó con ella hace mucho y yo no me acuerdo. —Se quedó pensando y luego afirmó—: Sí, yo creo que sí, me parece que era el papá del porotito.

—¿El qué? —preguntó, sonriendo, Paulo.

—El porotito, Palito. ¿No entendés? El porotito era el bebito que tenía en la pancita mi mamina. Se fue al cielo con la abu y ella lo cuida allá. ¿Ahora entendés? —Paulo hizo gesto afirmativo, se trataba del famoso Mariano. Lola continuó—: Yo creo que lo vi hace unos días, cuando me iba de la casa del abuelo Jorge, pero mami me dijo que no podía ser, que el bicho vivía en un lugar muy lejos. Después… —Se quedó pensando—. Hay un chico que le escribe todo el tiempo por el celu. Ella me dice que es amigo, pero yo no le creo. Ese no sé cómo se llama. Y después está el que vive en la misma cuadra que el abuelo y los nonos. Creo que su nombre es Sebastián. Arregla las plantitas del abu y, cuando va la mamina, se queda con cara de tonto.

—Lo que pasa, princesa, es que tu mamina es muy hermosa. Y es

entendible que los hombres se enamoren. Ahora es mi novia, así que todos esos deberán alejarse, o los voy a invitar a que lo hagan.

—Dale, Palito. Entre vos y yo la vamos a defender. Es como me pasa a mí. A mí me gusta Milo, un amigo del jardín, pero tengo a Martín y a Valentín que me preguntan si quiero ser su novia. Me vuelven loca, no me dejan jugar tranquila. Y Milo no me dice nada —contaba Lola haciendo gestos con sus manitos.

—Yo creo, princesa, que las mujeres de esta familia rompen corazones. Si me llego a cruzar al tal Milo, le voy a dar algunos consejos —respondió Paulo algo tentado de la risa.

—Dale. —Le extendió la derecha para sellar el acuerdo—. Trato hecho. —Ambos se tomaron las manos e hicieron una movida—. Pero a mi papá no le digas nada, ¿eh?

—¿Por qué, princesa?

—Porque él me dice siempre que yo, hasta que tenga veintiún años, no puedo salir ni tener novios. Y no quiero que se ponga triste.

—Vale, princesa. Ese será nuestro secreto. Vamos a entrar o todos van a sospechar.

—Sí, dale.

Ingresaron al *living* y se unieron al resto, que ya charlaba animadamente. Alma hizo gesto de pregunta a Paulo, con su rostro, y él respondió con otro que indicaba que después le contaba.

# Capítulo 20

Paulo volvió de su reunión con el amigo de Germán. El ingeniero de YPF le había dado mucha información, pero había partes que no podría publicar. Mucho de lo que ese hombre le había explicado era importante para entender, pero si lo hacía público, iba a quedar en claro quién había sido el informante. El ingeniero lo había conectado, además, con uno de los bomberos que había trabajado infructuosamente en apagar el incendio de aquella noche en la destilería que se encontraba en Ensenada, en la zona de 128 y 50. Paulo escuchó con atención las explicaciones que cada uno a su turno (el ingeniero y el bombero) le daban de lo sucedido.

—En realidad, Paulo, fueron dos incendios —comenzó su relato el ingeniero—. Ambos en la misma destilería. El origen fue la explosión de uno de los hornos que procesa coque, en la planta de coque A —explicaba a la vez que armaba un croquis, en una servilleta, de la destilería y sus diferentes plantas—, y luego siguió el de la planta de destilación Toping C, donde se procesa crudo y gasoil. El horno de coque se encuentra circundado por una especie de piletón cuya función principal es la de recolectar lo que pueda caer del mismo horno, como combustible y otros líquidos inflamables. La idea de ubicar el piletón abajo es la de evitar el desparrame que podría generar una explosión. El problema se produjo cuando el 2 de abril cayó tanta agua en tan poco tiempo. El líquido no llegó a escurrirse y el piletón comenzó a levantar el nivel, acercando los inflamables (que por su peso específico flotan sobre el agua) al horno en sí, que tenía temperaturas altísimas. Nunca había tenido que detenerse el proceso de producción de coque por una tormenta. Te repito, el problema fue

la lluvia torrencial que no dio respiro y fue en pocas horas. Fue algo único, rarísimo. La planta seguía trabajando sin que se pudiera sospechar lo que pasaba. A esa situación extraordinaria, se sumó la complicación de que todo el complejo tenía un corte temporario de energía. Al contacto con el horno, se originó el incendio, que se extendió en pocos minutos. La empresa posee sus propios bomberos y ellos fueron los convocados en primera instancia. Pero dada la furia del fuego, la situación atípica y el peligro que se corría (había constantes explosiones, olor a gas por toda la zona y la cercanía de las otras plantas con otro tipo de combustibles o líquidos inflamables) se convocó a dos dotaciones más de bomberos, uno de Ensenada y otro de Berisso, todos bomberos voluntarios.

—El incendio comenzó cerca de las veinte y logró apagarse pasadas las cuatro de la *matina*, o sea, cuando ya era 3 de abril —intervino el bombero de Berisso.

Paulo razonó que eso había ocurrido mientras él y Alma se encontraban sumergidos en el agua, junto a la puerta de la casa de Mauro, esperando que el nivel bajara. Recordaba todo lo sucedido como si hubiese pasado muchísimo tiempo… apenas días. El ingeniero retomó la explicación:

—El alto nivel de lluvias, eso favoreció el contacto entre combustibles y elementos con fuego; a esa situación se sumó que todo ocurrió durante un fin de semana largo, más bien, recontra largo, fueron seis días. La falta de inversión en mano de obra provocó que no hubiera personal suficiente para prevenir el accidente. Ese incendio dejó a la planta fuera de servicio durante un tiempo.

Paulo ya quería regresar a su hotel y repasar la grabación que había hecho con su móvil. Siempre que entrevistaba a alguien, dejaba testimonio de lo hablado guardado, por seguridad. Era meticuloso porque temía perder parte de la información.

Mientras manejaba hacia el hotel, recordó el fin de semana que habían pasado con Alma. Habían compartido todas las horas y nunca se sintió abrumado. Habían pasado tiempo con sus familias y ambos se habían sentido muy cómodos. Definitivamente, había hecho lo correcto. Alma y él eran compatibles en todos los aspectos. María de los Ángeles había dejado de llamar, pero Paulo la conocía, sabía que ella no se daría por vencida. La charla telefónica había sido efectiva y estaba seguro de que Alma no había escuchado mucho. Al menos su actitud, la de haber atendido, debió darle el mensaje de que, en verdad, la relación había terminado.

Regresó a su habitación y comenzó a transcribir la grabación en un documento de Word. Luego usaría ese archivo como base para su

artículo. Decidió que llamaría a su madre al terminar, hacía unos días que no hablaban y ya necesitaba escucharla. Todas las mañanas se enviaban mensajes y sabían el uno del otro, pero requería oír su voz. La tarde se veía larga en su perspectiva, Alma iba a seguir trabajando con las piezas que debía entregar, el horno funcionaba correctamente, así que había encargado el vidrio suficiente para hacer todo lo que adeudaba. Ella debía trabajar, él debía trabajar; mala combinación: no iban a poder verse hasta la noche.

Se puso a escribir sin más. La primer nota ya había sido publicada y había tenido una excelente repercusión. Ya había terminado la segunda entrega y estaba por publicarse, faltaban los últimos retoques para la tercera. En esa misma semana debía finiquitarla. Luego de unas horas de trabajo constante, le dolía el cuello por la postura sobre el ordenador. Decidió ir a comprarse un café y algo dulce. Seguiría luego de tomarse ese descanso. Bajó con el ascensor y, mientras esperaba, sacó el móvil y lo revisó. Cuando trabajaba, le bajaba el volumen a los sonidos de los mensajes. Había recibido varios. Tres le llamaron la atención: uno, de su madre; otro, de María de los Ángeles, y el tercero, de Vicente. Valentina le pedía que, cuando tuviera un minuto libre, la llamara. El de María de los Ángeles era simple: «No puedo seguir con tanto dolor. Te extraño demasiado». No imaginaba a María de los Ángeles como una potencial suicida, pero esa frase le había despertado una alarma. ¿Debía contactarla? ¿Y si era uno más de sus manejos? ¿Y si realmente estaba mal, deprimida y cometía una locura?

El tercer mensaje era escueto pero contundente, Vicente le informaba que la nota había sido publicada y que en dos horas había sido leída y compartida por un número sorprendente de usuarios. Había logrado el efecto que deseaban. Salió del ascensor y preguntó en la conserjería dónde encontrar un kiosco que vendiera café para llevar. Le indicaron uno a dos cuadras. Sacó el teléfono nuevamente y llamó a Valentina.

—Aló, bonita, soy tu hijo desde el otro lado del mundo, ¿cómo estáis vosotros?

*—Hola, hijo, qué alivio que me llames. Bien, bien. Toda la familia se encuentra en condiciones óptimas. La que me tiene preocupada es María de los Ángeles. Se ha deschavetado, hijo.*

—¿Cómo así? ¿De qué me hablas, mamá?

*—Es que no deja de llamarnos, quiere saber si hemos hablado contigo, si sabemos por qué no quieres volver a España, si sabemos de otra mujer. ¿Cómo ha sido tu charla con ella? ¿Le has dicho algo de Alma?*

—Por supuesto que no, mamá. He seguido tu consejo, he hablado

de nuestras diferencias y ella ha insistido en que debía de haber otra razón. Me ha seguido llamando y siempre me he mantenido en la misma postura.

—*Pues lo dicho, se ha deschavetado. Anda como loca buscando información. Creo que es mucho más perspicaz de lo que imaginábamos. Huele algo, no es ninguna tonta.*

—Pero he sido siempre terminante en ese tema. Nunca he dicho nada que le diera una pista.

—*Lo sé, entiendo que has hecho las cosas tal cual las acordamos. Pero evidentemente esas diferencias, que le planteas como dificultad para seguir, son cuestiones que siempre estuvieron presentes y eran evidentes. Y a ti nunca te habían molestado. Poniéndome desde su perspectiva, pensaría: ¿por qué ahora le molesta todo esto? Pues bien, uno más uno…, hijo. No es muy difícil, hay alguien que te hizo ver las cosas de otra manera.*

—Tienes razón. Pero lo hecho, hecho está, mamá. Ya no puedo desdecirme.

—*Por supuesto, hijo. Debes mantenerte en tu posición: no hay nadie.*

—Bien. Tú sigues negando, yo sigo negando. Con el tiempo deberá entenderlo. Lamento hacerte pasar por esta situación.

—*No hay problema, hijo. Todo vale la pena si es por tu felicidad. Me ha dicho que si quieres tus cosas, deberás ir a verla personalmente y retirarlas.*

—Es lo que le había dicho que haría. La madre que la parió, deberé regresar en unos días. Debo arreglar algunas cosas del trabajo, acomodar algunos compromisos, aunque no me guste nada alejarme de Alma, debo ver a María y ponerle la cara.

—*Pues creo, hijo, que será lo mejor.*

Paulo siguió hablando con Valentina para informarse de la salud de su familia y, antes de cortar la llamada, debió prometerle a su madre que le enviaría los datos para la carta natal de Alma. Releyó el mensaje de María de los Ángeles y decidió no responder. Suponía que se trataba de una estrategia. Escribió a Vicente indicándole que en una semana volvería a Madrid para arreglar algunas cuestiones de su contrato que necesitaba rever. La idea era terminar la parte que le faltaba de las notas de cierre y luego viajar. Vicente recibió su mensaje y, en cuestión de segundos, lo llamó:

—*¿De qué coños quieres hablar? No me vengas con que renuncias o que te ofrecieron un contrato mejor. Sabes perfectamente que no podemos pagarte más, muchacho, pero nadie te dará la libertad de trabajo y de expresión que tienes con nosotros.*

—Tranquilo, Vicente, nada de eso. Estoy cien por cien con el periódico. Quiero rever algunos puntos del contrato, como, por

ejemplo, dónde pasaré la mayor parte del tiempo en el año y cuál es el banco con el que trabajaré. Los tiempos de producción y las temáticas que ya no voy a investigar.

*—¿De qué carajos me hablas, muchacho? ¿Eres tú el mismo con el que acordamos que viajarías por el mundo para dar cuenta de todas las injusticias que ocurren?*

—Sí, viejo, soy el mismo. Pero he cambiado un poco. Tengo dos personas que me retienen y a las que hago sufrir cada vez que viajo al Congo, a Siria, a Colombia, a Gaza o a algún lugar del planeta donde no saben si regresaré entero o vivo.

*—Entiendo lo de tu madre, aunque creo que está acostumbrada. Pero María de los Ángeles… ella tiene su profesión y nunca te ha puesto inconvenientes con la tuya.*

—María de los Ángeles ya no es parte de mi vida, Vicente. No es ella de quien hablo. Y te pediría que tengas toda la reserva que puedas con este tema.

*—¿Qué no es ella parte de tu vida? ¿Cómo coños no es ella? Te fuiste a Argentina y me dijiste que a tu regreso ibas a necesitar dos días para mudarte con ella, ¿qué ha pasado, muchacho?*

—María de los Ángeles y yo hemos terminado. No habrá mudanza, no al menos con ella. Hay alguien nuevo en mi vida y espero sepas respetar mis decisiones y que no lo comentes. Sobre todo porque María de los Ángeles no lo sabe aún.

*—Joder, muchacho, no puedo creerlo. Por supuesto cuentas con mi silencio. Me gustaría entender más tu decisión, sabes que puedes hablar conmigo, soy tu jefe, pero creo que también me he sentido como un segundo padre. Así que cuentas conmigo.*

—Gracias, Vicente. Sé que cuento contigo, por eso es que te digo esto, sé que tú entenderás. En cuanto llegue a Madrid, nos vemos y te pongo al tanto.

*—Bien. Avísame cuando tengas el tiquete de avión, así organizo tu llegada.*

Las cosas se iban sucediendo sin darle tiempo a Paulo para digerirlas. Sabía que debía hablar con Vicente por su trabajo, no podía seguir trabajando como lo había hecho siempre, irse a cualquier punto recóndito del planeta donde hubiera guerras y ponerse en peligro. Alma no soportaría eso, y él no podía ponerla en tal situación. En realidad, debía reconocer que él mismo no podía alejarse de ella, le parecía que sería insoportable estar lejos. Por otro lado, también tenía que enfrentar a María de los Ángeles. No podía seguir escondiéndose detrás del móvil y de otros que pusieran la cara.

Compró el café y una porción de tarta dulce. Caminó de regreso y

le envió un mensaje a Alma.

> Belleza, no puedo pensar en pasar una noche sin ti. He trabajado todo el día, tú también. ¿No nos merecemos un premio?

Alma no tardó mucho en responder.

> Obvio que nos lo merecemos. Cenamos algo rápido y nos vamos a la cama, ¿te parece? Voy yo para tu hotel.

Paulo sonrió al leer y enseguida tecleó la contestación.

> Me encanta el plan. Comemos unos sándwiches aquí cerca. No tardes. ¿Tú estás en tu casa aún? ¿Quieres que vaya a por ti?

Alma contestó.

> No te preocupes. Estoy en mi departamento. Termino algunas pocas piezas que me faltan, me baño, pido un taxi y voy.

> Bien. Si no consigues taxi, me avisas y voy a por ti.

Paulo envió el último mensaje cuando llegaba a la puerta de su hotel.

Volvió a la habitación. Terminó su café y de escribir algunas ideas. Luego se dio un baño. Todavía quedaba tiempo para que Alma llegara. Decidió pasar por la casa de Jorge y ver si veía al tipejo que le había mencionado Lola. Quería darle la impresión correcta, que no se acercara a Alma más de lo necesario. Debía delimitar su territorio, sobre todo si pensaba viajar la semana siguiente a Madrid. Recordó la situación del tipo del sur. Ella se había encargado de dejarle en claro que no lo quería más que como amigo, pero él necesitaba estar atento. Si Alma le dijera eso a él, no se daría por vencido, lucharía por conquistarla. Ese también era una amenaza. Le envió un mensaje a Alma.

Pequeña, voy a por ti. Está haciendo frío y no quiero que esperes un taxi. Doy una vuelta para despejarme y paso. Te aviso cuando estoy al llegar.

Alma respondió en segundos que lo esperaba. Paulo salió del hotel, pasó por la puerta de la casa de Jorge y vio salir por la reja a un chaval de unos veintitantos años. De espaldas anchas. Se notaba que trabajaba expuesto al sol y haciendo grandes esfuerzos. Sus ropas indicaban que había estado cortando el pasto, y la gran bolsa que sacaba junto a él terminó de darle las pautas. Estacionó y bajó del automóvil. Puso la alarma y se acercó al muchacho. «¿Cómo coño dijo Lola que se llamaba?». Trató de hacer memoria… «Simón… Sixto… Era con S. De eso estoy seguro… Santino… No, ninguno de esos». Decidió hablarle igual.

—Buenas tardes, vengo a la casa de Alma y don Jorge —dijo Paulo con voz segura.

—Hola. Don Jorge está adentro, pero Almita no vino hoy —respondió el muchacho—.Toque el timbre, que don Jorge le abre. —Lo miró con desconfianza.

—Bien, sí sé que Alma no está aquí, gracias. ¿Cómo es tu nombre?

—Sebastián, soy el jardinero. —La forma en la que Paulo había expresado, con certeza y autoridad, que Alma no se encontraba allí, no le había gustado nada. El aire de superioridad de ese hombre, tan seguro de sí mismo, era como si estuviera marcando territorio. Ese tipo no le cayó nada bien, olía problemas.

—Bien, gracias, Sebastián. Aprovecho para presentarme, ya que me verás muy seguido por aquí. —Se acercó tendiéndole la mano, con tono seguro y la mirada penetrante—. Soy Paulo, el novio de Alma.

Esas palabras calaron hondo en Sebastián, hacía meses que había logrado entablar una amistad con Alma y esperaba lentamente que se convirtiese en algo más. «Este tipo… ¿de dónde salió? ¿Cómo es que ahora ya es “novio” de mi Alma?». Su rostro se mantuvo sin moverse y siguió escuchando como si no hubiera pasado nada.

—Te agradecería que si vieras algo extraño o a alguna persona extraña cerca de mi novia, me lo hicieras saber. Ha tenido algunos encuentros un tanto… extraños. Y no quiero que se repitan. Ahora ella tiene un hombre a su lado que va a velar por ella y su familia.

La cara de Sebastián, luego de esas últimas palabras, mostró, primero, su asombro y, a la vez, decepción.

—Ah, mirá vos. No sabía nada de que Almita estaba de novio. ¿Paulo me dijiste? No te ubico… y si no me equivoco, creo que nunca te vi antes por acá. Y mirá que soy de venir seguido. Por ahora, el

único extraño que vi por acá sos vos —dijo Sebastián queriendo lastimar el orgullo del tipo que tenía delante y que le estaba robando, en las narices, lo único más preciado para él.

—Pues verás, chaval —dijo Paulo en un tono severo, como marcando las diferencias entre ellos—, no he venido muy seguido porque no hace mucho que estoy en la vida de Alma, pero ahora que he entrado en ella, nadie podrá hacerme a un lado. He venido a quedarme. —Y lo miró con intención—. Seré extraño para ti, que no formas el círculo íntimo de Alma, pero su familia y amigas me conocen perfectamente.

—Mirá vos —expresó Sebastián algo enojado, lastimado. Había decidido ir despacio con Alma y, se evidenciaba, ella no había perdido tiempo—, así que no hace mucho. Sos español, ¿no? Entonces vos sos el que la salvó en la inundación.

—Finalmente, a que sí me conoces —agregó con ironía—. Sí, sí, ese mismo. Y ahora soy su novio. —Su postura era como rebelde, como haciéndole frente.

—Bue, ella sabrá. —Sebastián seguía enojado y ya lo hacía evidente.

—Así es, ella sabe —repitió Paulo muy seco.

—Bien, si veo algo, le voy a avisar a don Jorge, no te preocupes —aseguró aún enojado, no queriendo aceptar a Paulo en la vida de Alma.

—¿Qué pasa, tío? ¿Es que acaso no entiendes cuando hablo? Te agradecería que lo hablaras conmigo, no quiero que don Jorge se preocupe. Yo voy a estar viniendo seguido por acá, muy seguido —expresó con intención—. Sé que vives en la cuadra, así que podrás encontrarme seguro.

—Te entiendo perfectamente, solo que no confío demasiado en vos. No te conozco, sé que la salvaste, nada más. Pero todo esto me lo contás vos, y Alma y Jorge, a los que sí conozco, no me dijeron nada. —A Sebastián no le gustaba nada ese gallego y su gesto se endureció —. No soy estúpido, que quede claro, pero yo no te conozco y no tengo por qué creerte.

—Tienes razón en eso —concedió Paulo—, te pido que no hables con ellos del tema de los posibles peligros, averigua si es verdad que soy o no su novio. Cuando te hayas cerciorado, te pido que me asistas en este tema. Veo que Alma te interesa, eso es claro.

—Me interesa, hablemos a calzón quitado. —Sebastián se había parado erguido, posicionado sus hombros en una actitud abiertamente agresiva, como esperando un golpe—. Me gusta y espero tener una relación con ella.

—Aprecio tu honestidad, aunque no me gusta nada lo que dices. Sé que pasas mucho tiempo cerca, pero la amo, y ella me ama. Confío en que ella sabrá mantenerte a raya, y si ella no puede, pues… aquí estaremos yo… y mis puños —dijo Paulo sereno pero alerta.

—No tengo la menor duda de que en algún momento ambos probaremos los puños del otro, porque no me voy a dar por vencido antes de tiempo —respondió doblando la apuesta—. De todos modos, estaré atento, no quiero que le suceda nada a Alma. Me retiro. —Sebastián se iba masticando su bronca.

Paulo tocó el timbre y esperó a don Jorge, tenía la adrenalina que le corría por todo el cuerpo. La discusión con Sebastián lo había puesto de mal carácter, quería golpear algo para descargar la ira; la cara de Sebastián hubiera sido una buena idea, pero él no había hecho ningún movimiento en falso y Paulo jamás empezaba una pelea de puños. Él siempre arreglaba todo con palabras, aunque hubiera sido bueno no tener esa premisa en su vida.

La charla con Jorge fue muy productiva. Paulo se sentía receloso de dejar a Alma, temía por los hombres que la rondaban, pero, sobre todo, que surgiera algo que la alejara. Era lo que más temía, que ella se enterara de sus mentiras y decidiera apartarse de él. Pensar en esa posibilidad le hacía doler la boca del estómago. Jorge lo había calmado, Alma nunca había estado tan notoriamente enamorada. De todos modos, Paulo dejó en claro que la presencia de Sebastián y la cercanía del muchacho del sur no eran situaciones que le gustaran mucho. Jorge se sorprendió, de Sebastián no se había dado cuenta, no se había percatado de su interés en Alma, y respecto del otro muchacho, lo había visto solo unos minutos, no le había dado mala espina. Estaría más atento a esos datos en el tiempo de ausencia de Paulo. Le pidió absoluta reserva, ya que aún Alma no sabía de su partida por unos días.

Subió al automóvil, le envió un mensaje a Alma, avisándole que estaba en camino de buscarla, y comenzó a manejar. Alma lo esperaba cambiada, aunque con gesto cansado. Comieron un sándwich y fueron al hotel. Se acostaron abrazados y se contaron las actividades que cada uno había realizado en ese día. Alma se alegró al saber el éxito que estaban teniendo las notas de Paulo en su diario digital.

—Pequeña, debo decirte algo.

—Ay, bonito, te me pusiste muy serio, ¿es algo grave?

—No, no es grave, despreocúpate. Es algo no muy agradable, pero definitivamente no es grave. —Alma lo miraba expectante, Paulo tomó coraje y decidió decirlo—: Debo regresar a Madrid por unos días. Mi trabajo y otros asuntos me hacen volver. Pero en cuanto termine todo,

regreso contigo, lo prometo. —Alma se había quedado muda, sorprendida. Paulo la abrazó fuerte y le frotó los brazos—. Pequeña, ¿estás bien?

—Sí, sí. Paulo, quedate tranquilo. Estoy bien, es solo que me sorprendió la noticia. No esperaba que fueras a irte tan pronto. Bah, nunca lo hablamos tampoco.

—Es que no es algo que haya decidido con antelación. Hoy hablé con Vicente, mi jefe, y con mi madre. Y por cuestiones que me han transmitido debería ir a arreglar algunas cosas. Lo he decidido hoy mismo. Todavía no he comprado el tiquete de avión. Pero prometo que regreso en unos días. No puedo estar lejos de ti por tanto tiempo.

—Bueno, si querés te acompaño a conseguirlo, ¿dónde lo comprás?

—Eres tan hermosa y tan comprensiva. Te amo, pequeña. Quiero que sepas que te amo como nunca amé a ninguna otra mujer, y que los días que me encuentre lejos de ti serán los más difíciles.

—Yo también, cielo. —Alma se abrazó al cuerpo de Paulo y él, a su vez, la rodeó con firmeza—. Te voy a extrañar mucho, mucho… ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto que puedes.

—Entre esos temas que debes arreglar, ¿se encuentra la posibilidad de verte con tu ex?

La pregunta de Alma, tan de frente, lo sorprendió; no se la esperaba. No tardó en responder, y decidió que la honestidad era una buena carta para jugar en ese momento.

—Pues, pequeña, debo serte sincero, no quiero mentiras entre nosotros. Debo verla porque se ha negado a entregarle a mi madre o cualquier otro familiar las pertenencias que he dejado en su apartamento.

—Entiendo. —Alma se sentía incómoda con la situación, pero no se animaba a decir nada.

Paulo pareció leerle la mente.

—Solo la veré para recuperar mis cosas. No me interesa retomar nada. La otra noche me has escuchado, he sido claro con ella.

—Entiendo, sí, es cierto que fuiste cortante, no sabía que ella te seguía llamando para pedirte explicaciones. —Intentó que el tono de su voz no delatara la acusación—. Creí que el tema estaba cerrado.

—Y lo está. Por lo menos de mi lado.

—Ella no quiere cerrarlo. Ojo, yo la entiendo, si vos me dejaras, creo que moriría.

—Eso nunca pasará, pequeña. Jamás podría alejarme de ti.

—Ojalá sea así, pero la comprendo. ¿Sabe que yo estoy en tu vida ahora?

La nueva pregunta se sintió como una espada en el corazón de Paulo.

—No. No he querido lastimarla más. Creo que saber que no la amo la ha lastimado ya demasiado, decirle que hay alguien a quien sí amo sería un golpe terrible. ¿Crees que hago mal en ocultárselo?

—No tengo idea, no la conozco. Yo quisiera que el planeta entero esté al tanto y sepa que sos mío, pero acepto tus reparos.

—Mira, no quiero que tengas ningún problema con ella. Iré a buscar mis cosas y me despediré. Mi madre, por otro lado, me trae loco con el pedido de datos tuyos para la bendita carta natal. ¿Te molestaría si la llamamos por Skype para que hables con ella y le das tú misma los dichosos datos?

—¿Ahora? Pero allá debe de ser de madrugada; además, no estoy lista para que me conozca así, con los pelos desastrosos y sin ropa apropiada.

Paulo soltó la risa por la reacción de Alma.

—Ahora no, mañana por la mañana, antes de irnos. Te me peinas y te me vistes como una damita, y ahí te presento con la bruja de tu suegra. —Paulo seguía riendo a la vez que hacía cosquillas en las axilas y en la cintura de Alma. Ambos se movieron, divertidos. Paulo besó a Alma y sus cuerpos comenzaron a reaccionar a la cercanía y caricias del otro. Pero estaban extenuados y Paulo pensó que era mejor darle unas horas de sueño a Alma, ya tendría la madrugada para estar dentro de ella.

Se abrazaron y besaron intensamente. Ella apoyó su cabeza en el pecho de él. En el silencio nocturno, conversaron en susurros. Después de decirse frases amorosas y seductoras, fueron relajándose, la somnolencia los iba ganando, de modo que la conversación también se relajó, las frases pronunciadas por cada uno fueron espaciándose.

—Qué bueno que tu nota esté teniendo tantas repercusiones, cielo. La leí cuando me avisaste que había salido. Está muy buena. Es muy clara, a la vez que muestra el sentimiento de sorpresa y angustia que vivimos cada uno de los afectados, pero sin perder ese aire profesional necesario del periodista. No hay golpes bajos. Me gustó mucho.

—Pues ya verás las próximas. Hoy hablé con tres contactos, uno es el amigo de mi primo, el de YPF. Es un ingeniero que debo evitar mencionar para que no pierda su trabajo ni la vida. Lo que me dijo fue bastante esclarecedor. Incluso me dejó dialogar con un bombero voluntario de Berisso, que también me dio data importante. Lo que sucedió allí fue gravísimo. Te digo que, si no hubieran controlado la situación, pues, la inundación hubiera sido una situación poco peligrosa. La destilería estuvo muy cerca de desaparecer.

—¿En serio? Por Dios, qué noche terrible.

—Pues sí. Increíble la cantidad de peligros que estábamos enfrentando sin saberlo.

—¿Y el otro?

—¿El otro qué? —respondió, algo adormilado, Paulo.

—El otro contacto con el que hablaste.

—Ah, ya… sí. Un conocido que trabaja en Caritas. El papa Francisco ha enviado cincuenta mil dólares para ayuda a los damnificados, qué hombre tan increíble, ¿no te parece? Él no solo predica la cuestión de la humildad y de la ayuda con quienes la necesitan, lo practica dando el ejemplo.

—Es cierto, somos apenas una ciudad que sufrió una inundación y él, que se encuentra del otro lado del mundo, repara en las necesidades de los que lo perdieron todo. Qué bueno es esto para la humanidad, qué buen mensaje les da a aquellos que, pudiendo ayudar, no han hecho nada.

—Exacto. Y ahora se ha producido una inundación, pero de solidaridad. Están los que pueden ceder camiones para el traslado de la mercadería, los que depositan dinero en las cuentas habilitadas para los damnificados y también los que, en bicicleta o a pie, se acercan hasta un centro de evacuados o de recopilación de ayuda con apenas un paquete de fideos o una manta para quienes necesitan recuperar algo de lo perdido.

—¿Y cómo se va a hacer uso de toda esa plata? ¿Quién la recibió?

—Pues creo que la Acción Católica Argentina. Ellos verán los medios para hacerlo llegar a los damnificados.

La conversación continuó en susurros hasta que ambos se durmieron.

La mañana los encontró aún entrelazados. Se habían habituado a dormir abrazados, o al menos que sus piernas estuvieran mezcladas. Alma abrió los ojos y vio que ya había amanecido. Estiró su mano hasta la mesa de noche y revisó su celular para ver la hora. Eran las ocho de la mañana. Se levantó, sin hacer demasiado ruido, y se fue al baño para tomar una ducha.

Paulo siguió durmiendo unos minutos más, cuando se giró e intentó abrazarla, se despertó al abarcar el espacio vacío. Se sentó en la cama, confundido, y luego escuchó la ducha. Entendió dónde estaba Alma. Se recostó de nuevo y encendió el televisor. Se entretuvo viendo las novedades del noticiero. Cuando Alma salió del baño, se levantó y la besó con pasión.

—Estábamos realmente cansados, pequeña. Nos quedamos dormidos enseguida y mi plan era despertarte en la madrugada para

hacerte mía, pero el cansancio me jugó una mala pasada y, cuando abrí los ojos, pues anda, que ya te estabas bañando.

—No pasa nada, lindo. Yo ya soy toda tuya, podés entrar en mí cuando y como quieras, siempre hay tiempo para eso —sugirió Alma, acto seguido, dejó caer su toalla, se giró desnuda, tomó la mano de Paulo y caminó hacia la ducha. Al entrar en el baño, abrió la canilla de agua caliente, se volteó y desnudó a Paulo; tiró del brazo, él aún la seguía como hipnotizado, y lo hizo entrar en el cubículo de la ducha. Cuando ambos se metieron bajo el chorro de agua caliente, Paulo acorraló a Alma contra la pared y la besó con desesperación.

Alma respondió del mismo modo. La espalda de ella se pegó a los cerámicos de la pared. Paulo la levantó sobre sus brazos y ella lo circundó con sus piernas. La penetró de una sola estocada. Ambos se quedaron quietos por unos segundos, gozando la sensación. Luego, de a poco, fue haciendo más profundas y rápidas las entradas mientras el agua caliente parecía una capa protectora que los aislaba del mundo. Alma se meneaba, aprisionada contra la pared, con cada movimiento de Paulo. Las manos de él estaban por debajo de la cola de Alma, pero casi no la sostenían. Ella abrazaba a Paulo acercándolo aún más. El vaivén de sus cuerpos era acompasado, como una danza. Los gemidos y las frases cortadas eran la música que los incentivaba cada vez más.

—Pequeña, ¡Dios! Me vuelves loco. No puedo estar fuera de ti, ese coñito es mi lugar en el mundo. Vente conmigo, que no puedo controlarlo más, me voy a correr.

—Cielo, te amo. Nunca nadie me hizo sentir… así. —Alma no pudo terminar la frase, el orgasmo la sorprendió con una intensidad increíble. Las ondulaciones de los cuerpos se fueron haciendo más lentos y más profundos, Paulo liberó su placer unos segundos después de que Alma se recobrara del suyo. Luego se mantuvieron abrazados, en silencio, disfrutando los coletazos de placer. Cuando volvieron a ser conscientes del mundo circundante, fueron abriendo los ojos, relajando los músculos de a poco. Paulo bajó lentamente las piernas de Alma y, hasta que no se aseguró de que pudiese sostenerse, no la soltó. La observaba, serio. Esa mujer en sus brazos, esa mujer era LA MUJER. Le había cambiado el sentido completo a su vida. La abrazó fuerte, como queriendo fundirla con su cuerpo.

—Te amo tanto, pequeña, como nunca pensé que podría amar. Te lo juro.

No querían separar sus cuerpos, pero el día debía comenzar. Paulo decidió enjabonar el cuerpo de Alma, y ella lo dejó hacer. Luego fue su turno, también ella jugó a bañarlo y lavarle ese cabello que tanto amaba acariciar. Se enjuagaron, se secaron y se pusieron sus ropas.

Cuando ambos estuvieron listos, bajaron a tomar el desayuno.

Regresaron abrazados del comedor, habían acordado que llamarían a Valentina por Skype. Mientras estaban desayunando, Paulo le había enviado un mensaje a su madre anticipándole que la contactarían en unos minutos. Ella solía estar en las calles de Madrid, y él quería asegurarse de que estuviera en su casa. Fue disponiendo el ordenador sobre la mesa y puso dos sillas delante, de modo que ambos se pudieran sentar frente a la cámara, y preparó la conexión. Alma seguía en el baño, se peinaba, se acomodaba, se miraba en el espejo. Quería caerle bien a Valentina y los nervios la estaban matando. Paulo se asomó por la puerta y la espió. Adivinó sus nervios.

—Eres tan hermosa, pequeña. Deja ya de peinarte, mi madre te verá tan guapa como yo lo hago, despreocúpate. —Con una sonrisa en los labios, la tomó de la mano y la llevó hasta la mesa—. No hay nada de qué preocuparse, de verdad, Alma. —Su mirada de seguridad le transmitió algo de confianza y ella pareció relajarse un poco.

Ambos se posicionaron frente a la cámara de la *netbook*. En unos minutos, lograron la llamada. Valentina apareció en la pantalla. Era una mujer hermosa. Alma la observaba en detalle. El cabello castaño, con algunas canas, recogido en una media cola, los ojos claros, la sonrisa franca.

—¡Hola, mi niño! —dijo con una sonrisa abierta—. Ea, que te veo más guapo que nunca, bonito. —En ese momento, los ojos de Valentina captaron la imagen de Alma—. Ahhh, pero es que ya entiendo, mi niño. Hola, Almita, finalmente, así que tú eres la responsable de esa sonrisa que adorna la carita de mi niño. Es un gusto conocerte, Alma. —Valentina hablaba con una sonrisa abierta y sincera.

—Hola, Valentina, el gusto es mío. No sé si soy responsable de su sonrisa, pero sí sé que él es el responsable de la mía —respondió Alma algo vergonzosa.

—Pero, niña, si se os ve que estáis de lo más sonrientes los dos. Qué bellos sois ambos, mi Dios, si sois para un cuadro. —Valentina se tomaba el rostro con las manos mientras hablaba—. Ahora entiendo, mi niño, cómo es que te veía tan enamorado, no es para menos, Alma es una dulzura y, además, es una mujer hermosa.

—Gracias, Valentina, me va a hacer poner colorada —insinuó Alma, avergonzada.

—Nada de tratarme de usted, mi niña, me tratas de tú. Que no soy tan vieja. Eres la mujer que le ha enseñado a mi hijo lo que es el amor de verdad, así que te estaré eternamente agradecida, y, por otro lado te voy a pedir que no me lo lastimes.

—Mamá… —Paulo advirtió, con su tono, a su madre.

—A callar, niño. Que aquí tus mujeres están conociéndose y poniéndose de acuerdo.

—Creo que he creado un monstruo —dijo Paulo riendo.

—Más respeto, chaval, que soy tu madre… —Valentina lo retaba en tono de broma.

—Quédese tranquila, quiero decir, quedate tranquila, Valentina, si hay algo que no haría nunca es lastimar a Paulo, hacerlo sería como lastimarme yo misma.

—Ayyy, me encanta escucharos así, tortolitos. —Valentina seguía sonriendo.

—Bueno, mamá, te hemos llamado para que le preguntes a Alma sus datos para la bendita carta natal, no para que le hagas un interrogatorio.

—Bien, bien, Paulito. Ya lo sé. Sé que no te gusta cuando me comporto como madre contigo, pero eres mi niño y me sigo preocupando por ti.

Alma presenciaba la charla de Valentina y de Paulo, el amor con el que se trataban, el respeto, la unión entre ellos. Se sintió muy bien, entendió que esa mujer hermosa era quien había trabajado toda la vida para lograr ese hombre tan especial que la había enamorado desde el primer momento. Las mujeres se pusieron a hablar de los datos astrológicos de Alma, Valentina prometió hacer su carta natal y, cuando la tuviera, se encontrarían de nuevo frente a las cámaras para que ella le contara todo lo que había visto.

—Las cartas natales son un plano o mapa del cielo, del modo en que se situaron los planetas al momento de tu nacimiento. Cómo actúan los otros signos y las casas astrológicas en ti.

—Me apasiona la astrología, Valentina, ya te paso mi celular. Tengo mucha curiosidad por lo que puedas decirme de estos temas.

—Pues te advierto, mi niña, que en contrario de todo lo que piensa el resto del mundo, una carta natal no predice tu futuro, simplemente sirve para conocerse una misma y para conocer a los demás; podrás saber por qué tienes la personalidad que tienes, cuáles son tus potencialidades y talentos innatos. De este modo, podrás potenciar lo bueno de ti y crear estrategias para evolucionar en ciertas conductas o situaciones que no has podido controlar aún. ¿Se entiende, mi niña?

—Perfectamente. Me apasiona, Valentina. Podría quedarme horas escuchándote.

—No se lo digas de ese modo, pequeña, que te tomará la palabra y ya no podrás quitártela de encima —intervino Paulo.

—Mira que eres malo conmigo. Si no soy de esas viejas pesadas

que se la pasan hablando de locuras —reprochó Valentina, haciéndose la ofendida.

—Tienes razón, no eres de esas viejas pesadas —concedió Paulo riendo.

—Pues creo que comenzaré acciones legales por injurias contigo, majo. Me partes el corazón —dijo Valentina sobreactuando el papel de madre ofendida.

—Sabes perfectamente que me tienes en tu puño. Habla con mi Alma todo lo que quieras, solo te pido que no la agobies, me costó demasiado tiempo encontrarla y no quiero que se canse y me deje —dijo Paulo mirando a Alma.

—Bobo, eso es imposible —dijo ella.

—Déjalo, mi niña. Sigamos. Como te decía, yo tengo una frase en latín que explica a la perfección el malentendido con las cartas natales: «*Astro inclinant, non necessitant*». —Cuando Valentina comenzó a decir la traducción, Alma ya la había hecho en su mente. Ambas lo dijeron al unísono.

—«Los astros inclinan, pero no obligan».

El rostro de Valentina mostró el asombro.

—Mi niña, sabes latín, me has dejado atónita.

—Sí, es que estudié Letras durante varios años, y una asignatura obligatoria era Latín. Siempre me gustó mucho.

—Mamá, estoy seguro de que cuando os conozcáis en persona, deberé usar la fuerza para separarlas, ya que os pasaréis horas hablando.

—Me encantará charlar contigo, Almita. Bueno, chavales, os dejo seguir con su día. Paulo, niño, me envías el teléfono de Alma en cuanto puedas, ya ves que ella lo ha consentido.

—Está bien, mamá. Así lo haré. Te envío por WhatsApp el contacto. Espera unos minutos y te llegará.

—Valentina, es un placer conocerte.

—Lo mismo digo, niña. Eres un ser de luz, eso ya puedo verlo. Mi Paulito ha estado buscando a alguien que le desarme ese corazón de plomo que ocupaba su pecho, y tú has tocado directo en el centro, el plomo se convirtió en luz. Eso no puede ser casual. Enhorabuena, os habéis encontrado en este mundo que es tan grande.

—Gracias, Valentina. Tus palabras me emocionan.

—Sé que así será —confirmó Paulo, y Valentina hizo un gesto afirmativo.

Se despidieron. Alma se quedó con una sensación de felicidad en el pecho. Su suegra le caía muy bien y parecía que las cosas marchaban bien entre ellos.

# Capítulo 21

La segunda y tercera notas de Paulo fueron publicadas y el tema se instauró como cuestión de discusión en muchos lugares, dentro y fuera de Argentina. Las políticas internas del gobierno nacional, las políticas provinciales y municipales quedaban expuestas. Los manejos de algunas agrupaciones, de las que ostentaban el poder, la solidaridad de la gente común y la falta de ella de algunos de los más altos puestos se mostraban como cruda realidad. Los listados de desaparecidos y de muertos habían sido elaborados con meticulosidad, y eso demostraba que todo lo que Carlos, el trabajador municipal, había anticipado se cumplía. Los números se acercarían a la cifra límite, pero nunca la superarían.

También había armado la nota que lo había llevado originalmente a Argentina, la relación entre el flamante papa Francisco y la presidente del país. Tenía una investigación de cómo había sido tirante esa relación desde el comienzo. Las acusaciones por parte del poder político eran que el cardenal Bergoglio había ayudado a los militares en la época de la dictadura, pero nunca pudieron comprobarse. Se lo acusaba de haber entregado a unos curas que trabajaban en barrios de emergencia, cuando aún no era obispo ni arzobispo, o al menos haber posibilitado su secuestro al dejarlos desprotegidos.

Paulo había logrado información fidedigna, había hablado con personas que conocían a Bergoglio de toda la vida, nadie podía probar que había sucedido lo que decía el poder político. Orlando Yorio y Francisco Jalics habían sido secuestrados de la parroquia en la que trabajaban, en una villa del Bajo Flores. Bergoglio se desempeñaba en

ese momento como superior de los Jesuitas en la región. Los sacerdotes realizaban tareas de asistencia social y pastoral en el año 1976. Cuando se realizó el juicio, durante 2010, tanto Bergoglio como los testigos dejaron en claro que no había sucedido del modo en que el poder político lo presentaba. Si bien los curas estaban al tanto de los peligros que corrían, siguieron con sus actividades desoyendo los consejos del ahora Papa. Los padres secuestrados creyeron durante años que Bergoglio los había denunciado ante los militares y que esto había dado las causas para el secuestro.

Paulo intentó comunicarse por todos los medios con el padre Francisco Jalics, pero este se encontraba viviendo en Alta Franconia de Wilhelmsthal, Alemania, y no fue posible ni siquiera una charla. Yorio había fallecido en el año 2000. La familia de Orlando Yorio sí lo recibió, los hermanos Graciela y Rodolfo dieron sus testimonios. Le transmitieron sus sensaciones a partir de lo que el padre Orlando dijo en aquella época, sus sospechas. No poseían otra prueba que la palabra de un hombre que tenía el alma dolorida por la supuesta traición de su superior. Una carta, escrita en aquella época, era toda la evidencia con la que contaban. No pudieron encontrar pruebas que avalaran sus sospechas. Por otro lado, Paulo habló con varias personas que trabajaban en la parroquia del Bajo Flores en aquella época. Felipe Hernández era un humilde carpintero que había realizado arreglos en la iglesia donde Yorio y Jalics oficiaban, y también había hecho reparaciones para.

«—Mire, le pido que mi nombre no aparezca en los diarios —había pedido Hernández—. Ya tuve bastante cuando se hizo el juicio en 2010. Me volvieron loco. Yo le cuento lo que sé, y punto. Acá en la parroquia había una catequista que tenía ideas políticas fuertes. Y vio cómo era en aquella época. Si uno militaba o decía abiertamente tener una idea política, quedaba marcado. Había que moverse con cautela. Mónica Quinteiro, María Marta Vásquez de Lugones, Mónica Mignone, César Lugones, Horacio Pérez Weiss, Beatriz Carbonell y María Esther Lorusso eran integrantes del grupo del Bajo Flores. Hacían trabajo social en el barrio. Mónica Quinteiro era catequista y, un tiempo antes de ser *chupada*, les dijo a Jalics y a Yorio que dejaba la parroquia porque tenía temor de comprometerlos. Casi todo el grupo desapareció y, dos semanas después, se llevaron a los curas. Antes del secuestro, Bergoglio vino varias veces a hablar con ellos para indicarles que temía por sus vidas si seguían en la parroquia. Ojo, no era una amenaza, sacado de contexto podría parecerlo, pero él les hablaba con sinceridad, realmente se lo veía preocupado. Incluso supe, en el juicio, que Bergoglio había transmitido sus miedos a sus

superiores en la Orden Jesuita. Cuando los raptaron, fue él mismo quien encaró las tramitaciones para lograr saber sus paraderos y recobrarlos con vida. Ellos estuvieron detenidos en la ESMA un tiempo, luego los llevaron a una quinta en Don Torcuato y, durante el tiempo del cautiverio, Bergoglio estuvo en contacto con los familiares.

Paulo había visto los videos del juicio en 2010. Ahí había podido escuchar los testimonios de Felipe y de varias otras personas de la parroquia, los familiares de los secuestrados y al propio Bergoglio.

—Nosotros sabíamos —había continuado Hernández— que había ido a hablar con las autoridades por ellos, pero en el juicio supimos exactamente con quién. Pidió audiencia con Emilio Massera, el jefe de Marina del gobierno militar, porque había logrado averiguar que los que habían orquestado el secuestro eran de esa rama militar, y después habló con el propio Jorge Videla para interceder por ellos. Luego de tratativas y audiencias, y después de cinco meses de torturas, a los padrecitos los liberaron.

—Entonces, Felipe, ¿por qué cree que muchos lo acusaron como denunciante?

—Yo creo que porque esa era la forma en la que se manejaban esos escuadrones de secuestros. Como la Gestapo de los Nazis. Se llevaban a las personas que habían sido denunciadas o por sospechas, por ser allegado a alguien que ya había sido llevado. No lo sé con seguridad. El miedo de aquella época era muy grande.

—¿Usted cree que puede haberlos denunciado Bergoglio?

—Mire, yo no creo, no tengo pruebas, pero no creo. Bergoglio vino a decirles que los quería proteger, que estaban expuestos, y luego movió cielo y tierra para encontrarlos. Incluso se supo que una persona muy allegada a Bergoglio perdió un familiar que fue secuestrado, y él abogó por su liberación y la logró.

—Tengo testimonios de personas que dicen haber sido salvados por Bergoglio. Sergio Gobulin, Alicia Oliveira, Ana María Aimetta, incluso investigué al sacerdote Miguel Ángel La Civita. Supe que Bergoglio usaba el Colegio Máximo de San Miguel, ahí escondía gente, se preparaba documentación y se los ayudaba a salir del país. Hablé con Ana María Careaga, quien me indicó que Bergoglio la ayudó a ella a volver del secuestro.

—Es cierto, de ella le hablaba, pero lamentablemente a la que no pudo ayudar fue a su madre, Esther Ballestrino. Era una amiga muy querida por Bergoglio, fue jefa de un laboratorio en el que trabajó mucho tiempo. Cuando recuperaron a Ana María, se mudaron al exterior, las ayudó en eso, pero Esther volvió y ahí la chuparon.

—Todo esto deja a las claras que Bergoglio no podría haber

denunciado a los curas, digo, ¿por qué ayudar a tantos y denunciar a esas dos personas? No tiene sentido.

—Claro, es lo que le digo.

—Entonces ¿cómo es que se los llevaron?

—Yo creo que el grupo de Trabajo Social, liderado por Mónica Quinteiro, hizo que los milicos miraran para este lado. Tal vez el hecho de que ella haya sido religiosa, catequista y que trabajara en la parroquia los puso en la mira. A todo ese grupo se los chuparon, ninguno volvió. A los curas se los llevaron quince días después. Tal vez alguno, mientras los torturaron, dijo algo que los comprometió. Uno no sabe lo que pueden hacer la picana, las violaciones y los golpes. Esa pobre gente debió de sufrir mucho.

—Es posible.

—Lo que le digo, Paulo, esto es algo que nunca se va a esclarecer del todo. Nadie tiene pruebas, solo sospechas. Nadie que haya conocido de primera mano a Bergoglio puede decir otra cosa que no sean elogios. El propio Jalics, desde Alemania, él mismo escribió una carta abierta donde exime de toda culpa a Francisco. Con todo este revuelo de que es Papa, lo fueron a buscar hasta aquel lugar».

Paulo seguía razonando: «Bergoglio siempre profesó la humildad, el voto de pobreza, y lo demostró en su persona. Fue un cura sencillo, que se cocinaba sus propias comidas, que se trasladaba usando los medios públicos y pagando boleto, como cualquiera de las personas que asistían a sus misas. Era un hombre ameno y respetuoso con todas las personas con las que tenía trato, desde las personas que lo atendían cuando iba a hacer sus compras, hasta el canillita que le llevaba cada mañana el periódico. Es un hombre cálido y humilde, y se ganó el cariño de la gente». Paulo no encontró a nadie que pudiera decirle algo malo de él. «Por eso tiene la autoridad moral para dar los discursos que daba cuando era arzobispo de Buenos Aires. Sus prédicas en las misas del día de la Independencia, el tedeum eran ácidas, repletas de pedidos enérgicos: la gente no puede seguir viviendo en este clima de odio, no puede ser que los hermanos se enfrenten de este modo, y la responsabilidad exclusiva es del gobierno». Sus fuertes tomas de posición durante la dramática crisis argentina que devastó al país en 2001 fueron punto de referencia.

Paulo había estudiado la figura de la presidente, de su antecesor (y marido) y la de varias figuras políticas que concentraban el poder político de distintos países latinoamericanos. Investigó en profundidad sus teorías, sus manejos y manipulaciones. Cada vez que lo consultaban, en su trabajo y en otros medios de comunicación, él siempre explicaba con vehemencia su postura. Incluso recordaba una

discusión con Borja donde intentaba aclararle la realidad política y social latinoamericana.

«—En materia de política, Borja, ya no se trata de ver si el gobernante es de derecha o de izquierda, esas son categorías arcaicas. En la actualidad, los sistemas se debaten entre ser *populistas* o *republicanos*. Esta diferenciación se basa en la forma de actuar de los líderes y en cuáles son los intereses que lo mueven.

—¿Cómo es esa diferenciación? —había preguntado Borja, interesado.

—Pues, verás. En el caso de los populistas, se trata de líderes corruptos que concentran el poder, desmantelan las instituciones, cambian códigos y leyes, reescriben constituciones, restringen las libertades individuales y de comercio de sus pobladores. Esto no sucede de un día para el otro, es un largo proceso. En estos países, nunca se logró establecer igualdad sobre la ley y la justicia para sus pobladores; tampoco se impidió que los empresarios y sindicalistas buscasen privilegios. El país no se desarrolla y comienzan los sistemas populistas. ¿Te suena conocido? Venezuela, Cuba, Argentina. Principalmente en Argentina, desde hace mucho tiempo, se ha establecido este sistema, y con la llegada de la familia que actualmente gobierna el país, se pronunció aún más. El líder populista considera que el poder le fue otorgado para hacer lo que él quiera, incluso si es necesario incumplir las leyes y constituciones vigentes, porque *supuestamente* —había dicho a la vez que señalaba, con sus dedos, las comillas— todo lo que hace es por el bien de su pueblo, por la voluntad popular; aunque al pueblo no se lo consulte. El líder decide cuál es el mejor modo para que cada ciudadano gaste, invierta o ahorre su propio dinero. De este modo, el bienestar que prometen al momento de los discursos nunca llega para el pueblo, aunque sí se nota un mejoramiento del nivel de vida de los que están en el poder y sus allegados o familiares.

—Pero, Paulo, ¿y las leyes, el Congreso?, ¿nadie hace nada?

—Bien pensado. El líder populista necesita concentrar los tres poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial, para que su programa populista no sea cuestionado y pueda hacer y deshacer a su antojo. No se permite mostrar la realidad, los medios de comunicación opositores son atacados y acusados de mentir o participar de supuestos *complots* o movimientos que intentan desestabilizar. En realidad, un grupo de medios manejados por el poder populista cuenta una versión tergiversada de la realidad, donde el líder populista se presenta como *el salvador del pueblo*. Este programa se completa con la idea de satisfacer ciertas necesidades sociales, y publicitarlas, de modo que el

líder aparece como el que *cura* las injusticias sociales. Esto lleva a un aumento del gasto público, de empleo estatal, de subsidios, planes sociales, bolsas de comida. Todo este aumento de gastos se financia aumentando los impuestos, la deuda pública y la inflación, que se termina comiendo los ahorros de los pobres ciudadanos.

—Lo que describes, Paulo, son situaciones claras en varios países de Latinoamérica.

—Así es. Además, estos líderes deben crear adversarios, son necesarios para usarlos como culpables. Inventarán enemigos internos y externos a los que culparán de todo lo que no le permita al pueblo lograr su bienestar. Por ejemplo, en Argentina, el enemigo interno son la clase media y la alta, los empresarios locales, las empresas en sí, la oligarquía. El enemigo externo son los yanquis, los sistemas económicos mundiales, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, los fondos buitres. En cada discurso, el líder populista busca insertar el odio en la sociedad, enfrentar al pueblo con los enemigos internos y externos. De este modo, se establece la dicotomía y, gracias a eso, el pueblo adora al líder populista y puede perdonarle la corrupción, los robos, la falta de justicia.

—Pero estos condenados líderes y sistemas son nefastos, ¿por qué no los toman de los cojones y le dan una patada en el culo?

—Porque no pueden verlo, estar inserto en el sistema no te deja ver la manipulación».

Paulo recordaba esa charla claramente. Todo eso, que le había explicado a Borja, antes de viajar a Argentina, le serviría de sustento a su nota. Todo el proceso que implicaba el sistema populista le robó la dignidad al pueblo; de ahí las críticas del arzobispo Bergoglio y sus pedidos reiterados de no destrozar a los argentinos. El enfrentamiento entre el papa Francisco, en aquel entonces Arzobispo, y el Gobierno se hizo más presente cuando esos líderes pusieron en funcionamiento el mecanismo de manipulación. Toda la realidad que veía Paulo así lo confirmaba.

Francisco había comenzado a hablar, desde el púlpito, de esa brecha, de esa separación en el pueblo, del odio entre hermanos, del enfrentamiento entre personas comunes, situación que debía evitarse. La brecha generó más odio y más situaciones de violencia entre los hermanos. He ahí el origen de las distancias entre el papa y el Gobierno del país donde nació. Francisco siempre bregó por la unión, por la hermandad, siempre predicó que el sacrificio y el trabajo compartidos eran el camino a seguir para sacar a Argentina del pozo en el que los líderes corruptos la habían dejado. Sus discursos siempre fueron claros y concisos, siempre fueron coherentes con su manera de

pensar y su filosofía franciscana.

Paulo guardó los cambios en su ordenador, la nota estaba terminada. Solo debía pulir algunos detalles, unas frases, y colocar los títulos. Pensaba que Vicente estaría feliz con el análisis profundo de la realidad social y política que había logrado. Esperaba que, con las cuatro notas sobre la inundación platense, más la del papa Francisco, su jefe estuviera tan conforme como para darle un descanso para dedicárselo a Alma.

Una semana después de la entrevista con Felipe, y habiendo diagramado las notas finales, Paulo pudo destinar más tiempo a Alma. Cada vez se sentían más cómodos el uno con el otro. Hablaban de todos los temas, coincidían en la mayoría y, en los que no, discutían sin pelear. Paulo había sacado ya los tiquetes. Debía abordar su avión rumbo a Madrid al día siguiente. Estaba pensativo preparando su valija pequeña y su bolso de mano. Habían acordado con Alma que, a su regreso, se instalaría con ella. No quería perder tiempo. La nueva cama ya había sido entregada, habían vuelto a lavar con cloro las paredes. Todo estaba listo. La llegada de un mensaje extraño y amenazador lo había terminado de decidir. No quería que Alma estuviera sola. Le había ocultado el mensaje, y a Jorge también. Pero lo había hablado con Amanda.

«—Rubia, disculpa la molestia. Soy Paulo —la había llamado por teléfono para acordar un encuentro y contarle todo.

—*Hola, gallego. No tenés que presentarte con tanto preámbulo, con esa tonada te reconocería hasta en el fin del mundo* —dijo ella con su jovial tono divertido.

—Eres todo un personaje, rubia. Mira, te llamo porque necesito tu ayuda. Quisiera verte, si podemos juntarnos para que te explique. Pero temo que debo pedirte reserva absoluta. Ni Germán ni Alma pueden saber nada.

—*Apa…, me estás intrigando, gallego. Cuando quieras y donde me digas, voy. Anticipame algo. No me digas que vas a dejar a mi amiga porque paso la mano por el teléfono y te acogoto.*

—No, rubia, venga, que es exactamente lo contrario. No quiero dar detalles por teléfono. Hablamos en persona.

Se habían encontrado en un café cerca del hotel de Paulo. Se sentaron lejos de las ventanas y, como solía hacer el español, frente a las vidrieras, cerca de una salida de emergencia, con la espalda apoyada sobre la pared.

—Mira, rubia, debo contarte que he recibido algunas amenazas serias. Es por mi investigación. Me han amenazado a mí, pero temo por el bienestar de Alma. No quise decirle porque no quiero asustarla.

Tampoco quiero preocupar a mi familia, ya ves que ellos han padecido bastante con el secuestro y muerte de mi padre. Estos capullos no me asustan, pero debo tomar sus amenazas en serio, por mi familia. Alma es mi familia también.

—Ay, gallego, me asustás. ¿En qué consisten esas amenazas? ¿Son serias? —consultó Amanda cambiando su tono.

—Pues, no sé qué tan serias son, este tipo de amenazas me llegan seguido. Hasta ahora, una sola vez intentaron lastimarme, en Colombia. Fueron los de las FARC. Me cortaron los frenos del automóvil y casi me estrello contra un tanque; el choque era la distracción y luego iban a secuestrarme. Terminé en el fondo de un río. Me escondí durante horas entre juncos, estaba herido en una pierna, un corte largo, pero debí soportar el ardor y el dolor. Mi vida dependía de ello. Salí recién cuando anocheció. Pude evitar mi secuestro, si no hubiera sido así, aún estaría prisionero y estarían pidiendo rescates o usarían mi diario como lugar para comunicarse directamente con el mundo. Esos cabrones ni de coña imaginaron que podía escabullirme. Tuve una infección bastante importante en la pierna, pero amigos colombianos me ayudaron, me escondieron, y una médica de confianza me atendió durante semanas. —El gesto sorprendido de Amanda lo preocupó—. Tranquila, rubia, es historia pasada. Pero el resto de las veces han sido solo eso, amenazas anónimas.

—Por Dios, gallego, qué terrible.

—Ellos no llegaron a tocarme, pero como te he dicho, en el choque tuve un corte profundo en la pierna. He tenido suerte, la podría haber perdido si la infección llegaba al hueso.

Amanda había puesto sus manos sobre el rostro, como sosteniendo la mandíbula.

—¿Cómo hace tu vieja para bancar los nervios y el estrés de saberte en peligro?

—Pues no sabe, rubia. No podría preocuparla de este modo. Solo le oculto los puñeteros peligros. No te olvides que cabrones como estos se llevaron a mi padre, lo torturaron y finalmente lo mataron. Mi madre cree que investigo sin correr peligros, ella no pregunta más, yo no doy más info.

—Qué difícil, gallego. Y mi amiga, ahora ella sufrirá el estrés y los nervios.

—No, rubia. Ella sabrá lo mismo que mi madre. De todos modos, parte de las causas de este viaje que debo hacer es volver a mi periódico y reestructurar mi contrato. Voy a evitar los lugares abiertamente peligrosos. Ya no puedo ni quiero alejarme de Alma.

—Ah, qué alivio, gallego. Y en este caso, ¿en qué consisten las amenazas?

—Lo acostumbrado, que deje las cosas como están, que no siga revolviendo la mierda porque la mierda me va a ahogar. Que mi cabeza tiene precio, etcétera. —Paulo las había mencionado con total naturalidad; Amanda, a medida que escuchaba, se iba asustando cada vez más.

—Ay, gallego, pará, pará. Vos apenas lo contás y a mí se me ponen los pelos de punta.

—Lo siento, rubia, es que tengo naturalizado este tema. Estoy acostumbrado a recibir amenazas por el tipo de investigaciones que hago. Nunca me preocuparon mucho, siempre me sirvieron para estar alerta, tener precauciones. Pero ahora tengo a Alma en mi vida y temo que puedan lastimarla por mi culpa.

—Bien. ¿Y cómo puedo ayudar yo en todo esto?

—Pues, verás… Como ya he dicho, estoy por viajar de vuelta a Madrid, Alma ya está instalada nuevamente en su departamento. Si tú puedes estar atenta, pues te lo voy a agradecer. Sé que vosotras sois de juntarse muy seguido. Ante cualquier situación extraña, sospechosa, cualquier persona que te dé mala espina, pues deberás dirigirte a hablar con un hombre que trabaja en la policía. Es el único en quien confío. Me ha ayudado en muchas investigaciones. Sé qué clase que persona es. Te voy a dar su número. Él ya está al tanto de todo, le voy a dar tu nombre. En el caso en que vea que existe una amenaza real, él se comunicará conmigo y pondrá bajo resguardo a Alma. Deberás intermediar con ella para explicarle los peligros que corre, pero solo en el caso de que él confirme que existe peligro.

—Está bien, Paulo. Entiendo, esto es *pesuti*, parece. No me imaginé. Quedate tranquilo, contás conmigo».

Recordar esa charla a horas de irse lo tranquilizaba un poco. Amanda era una mujer muy despierta y, advertida de esos peligros, iba a estar más atenta que nunca.

La última noche de Paulo en Argentina la pasaron en el departamento de Alma. En diez días se terminaba abril. La ciudad de La Plata se estaba reconstruyendo, los barrios más afectados ya estaban rearmándose. Un grupo grande de gente se había organizado para exigir ayuda para los familiares de las víctimas y castigo a los responsables de la desidia. Paulo se había acercado a uno de esos grupos y había logrado notas muy interesantes, que le servirían para un epílogo.

Alma cocinó una bondiola de cerdo a la mostaza, con cerveza y azúcar negras. La guarnición eran unas batatas caramelizadas. Paulo

disfrutó de la comida y del vino que él mismo había seleccionado. Había conseguido que su tío Adrián le regalara una botella de vino de la bodega *boutique* mendocina, aquel del cual le había hablado tanto: Octans. La cena fue prodigiosa en sabores, pero los ánimos estaban algo caídos. Alma se sentía triste de tener que despedirse de Paulo, aunque recién tuviera que hacerlo al otro día, cuando Germán, Amanda y ella lo llevaran al aeropuerto de Ezeiza.

Paulo terminaba su plato mientras hablaba de su última entrevista a uno de los miembros del grupo de apoyo a víctimas de la inundación, pero Alma parecía ausente. Dibujaba en su plato, en la salsa de la bondiola, distraída.

—¿Te sucede algo, pequeña? —Paulo preguntó alarmado, nunca la había visto tan distraída. Ella se sobresaltó cuando él la sacó de sus pensamientos.

—No, nada… ¿por?

—Es que te estoy contando lo del grupo de víctimas y pareciera que estás a kilómetros de aquí.

—No, es que… —Se quedó en silencio. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Paulo, al verla, se acercó rápidamente y la abrazó—. Nada, cielo. No te preocupes, bobadas mías.

—Nada de eso, pequeña. Dime.

—Es que —Alma se secaba las lágrimas que la habían delatado— no quiero que te vayas. Tengo una sensación acá, muy rara —dijo a la vez que se tocaba el pecho—, no sé cómo explicarlo, pero siento que algo malo puede pasar.

Paulo enseguida encendió todas sus alarmas. ¿Habría visto algo que la asustó? ¿Alguien la había amenazado?

—¿De qué hablas? ¿Alguien te ha dicho algo que te atemorizó? ¿Alguna amenaza? ¿Volvió a hablarte el tipo del sur?

—No, no. Nada que ver. Lucas no volvió a escribir para decirme nada más. Es buena persona, no podría lastimarme. Son solo locuras mías, no puedo explicarlo. Pero nadie me dijo nada ni me intimidaron, además, ¿por qué me amenazarían a mí? No soy importante en esta ciudad, menos en el país.

—No lo sé, Alma. —Paulo quiso desorientarla para que no entendiera cuáles eran sus temores reales—. Tú sabes, esto de que ese muchacho del sur podría haberte dicho algo que te asustara.

—No, nada que ver. Lucas se fue a su pueblo, ya viajó, supongo. Al final había dicho que volveríamos a vernos, pero no pudo. Jamás me amenazaría con nada. Es evidente que lo lastimé más de lo que creí. No ha vuelto a responder mis mensajes.

—¿Qué mensajes? ¿Tú le has enviado mensajes? Pero ¿es que no te

ha quedado claro que debías darle tiempo para volver a hablar con él?

—No. No me gustó que se fuera como lo hizo, no me gustó sentirme responsable de su dolor. Solo le escribí para decirle que sentía mucho que se hubiera ido así y que esperaba seguir siendo su amiga.

—Eres testaruda tú. Te lo he anticipado. No podrás ser su amiga, no hasta que él te olvide. Y eso llevará tiempo. Cuando uno ha tirado los tejos y ha sido rechazado, pues la vergüenza y el dolor no dejan pensar con claridad.

—El cabeza dura sos vos. Ya te dije que yo no creo que sea así. Pero de todos modos, nunca respondió.

—Mejor así… Pero volviendo a tus sensaciones. Quiero que sepas que nada malo va a pasar. Estaré llamando cada noche por Skype, nos enviaremos mensajes constantemente. En cuanto solucione todos los problemas de aquel lado del mundo, pues, me regreso de inmediato. ¿O piensas por un minuto que te dejaría aquí al alcance de cualquier capullo que intente liarse contigo? Ni de coña, pequeña. Tendrá que verse con mi puño. —La broma distendió el clima y ambos sonrieron.

—Tonto, nadie me va a seducir. Soy tuya y nadie tiene chances conmigo —dijo a la vez que lo abrazaba.

—Pues eso espero. Me romperías el corazón si alguien más pudiera seducirte. —Paulo la abrazó a su vez y se quedaron unos minutos en silencio.

Él lavó la vajilla mientras ella servía el postre. Había preparado un tiramisú casero. Descorchó un Malamado y sirvió una copa para cada uno, junto a la porción de postre. Paulo se sorprendió.

—Pequeña, has trabajado todo el día en esta cena. Y, además, has conseguido el Malamado. Eres increíble.

—Bueno, el amor de mi vida se me va al otro lado del mundo, debo asegurarme de que regrese a mis brazos. Mi nona dice que a los hombres se los atrapa por el estómago, así que le estoy haciendo caso —confió ella con picardía.

—Pues vea usted, *my lady*. A este caballero lo ha cautivado vuestra belleza, vuestro cerebro despierto, vuestra destreza en las artes amatorias, vuestra pericia bucal y, en último lugar, las habilidades culinarias. Y en cuanto llegue a Madrid, estaré deseando subir al avión que me traiga de regreso a vuestros brazos.

—Eso espero, porque esta *lady* estará esperando su regreso, mi caballero de noble armadura. Y si no regresa en un lapso de tiempo razonable, abordará un avión rumbo a Madrid para traerlo a la rastra.

—Pequeña, pequeña, es que me vuelves loco. Aún no entiendes el trabajo que me toma estar lejos de ti. Regresaré en el menor tiempo

posible, pero no por ti, sino por mí. Soy un capullo egoísta que no soporta la distancia con tu cuerpo, con tus brazos y con tu boca. —A medida que hablaba, Paulo se iba acercando, la abrazó y, con el dedo pulgar derecho, acarició el labio inferior de Alma, mirándolo como hipnotizado—. No sé cómo haré para respirar lejos de ti. Eres tan necesaria para mí como el mismo aire de mis pulmones. —La besó con pasión, como solía hacerlo, arrasando con su boca, invadiéndola para dejarle su sabor, para marcarla como propia.

Se dirigieron a la habitación de Alma, donde la nueva cama esperaba ser estrenada. En la ventana, comenzó a verse una suave lluvia, como una cortina que los aislaba del mundo. Algunos truenos suaves y relámpagos. Alma sintió, por un momento, un *déjà vu*. Paulo la acostó en el lecho, la desvistió, ambos en silencio, conectados por la mirada y los besos. Parecía una danza ensayada. Cada movimiento de uno se replicaba en otro acorde en el cuerpo del otro. Había una conexión natural entre ellos. Cada idea era anticipada y la única meta alcanzable era el placer. Cuando ambos estuvieron desnudos, Paulo se acostó encima de Alma, la besó con intensidad y, en un momento, la miró con una pasión indescriptible. Se acercó a su oído y le susurró:

—Pequeña, eres tan mía, te entregas de una manera dulce… me vuelves loco, hermosa. Nadie me ha hecho sentir todo esto que tengo aquí. —Llevó la mano de Alma al centro de su pecho y la hizo sentir el palpitar de su corazón—. Nadie ha entrado aquí. Solo tú. Quiero que lo sepas, que lo entiendas. —Alma atinó a mover su rostro para hablar, pero Paulo le tocó los labios con su dedo—. Nada ni nadie cambiará lo que tú has creado. Soy tuyo para siempre.

Alma lo besó con necesidad. Paulo cortó el beso y volvió a mirarla.

—¿Te fías de mí, pequeña?

—Confío plenamente.

—Jamás te haría daño, fíate de mí. Te haré sentir el placer más intenso que nunca has sentido.

Paulo se levantó y fue hasta la puerta de la habitación. Detrás de esta, Alma tenía un perchero con varios pañuelos de cuello, algunos muy largos. Tomó cinco de ellos y se giró para mirar a Alma.

—Déjame intentar algo, hace días que sueño con hacerlo, fíate de mí.

Alma hizo gesto positivo, sin romper el silencio.

Paulo volvió a trepar el cuerpo acostado de Alma, llevó su brazo derecho hacia arriba y lo ató a la cabecera de la cama. Hizo lo propio con la izquierda. Luego la besó con delicadeza. Bajó e hizo lo mismo con las piernas, atándolas a la piecera. El último pañuelo lo ató alrededor de su cabeza para taparle los ojos. Se acercó a su oído

derecho y susurró:

—Si hago algo que no te guste, te duela o quieres que me detenga, deberás gritar una palabra de seguridad y yo me detendré en el acto. ¿Estamos de acuerdo? —Alma movió su rostro en gesto positivo—. Pequeña, ¿podríamos usar tu color? —Alma afirmó con su cabeza—. Azul, bien. Entonces, si debo parar, deberás gritar «azul».

Paulo comenzó a besarla, de modo apasionado, recorriendo cada centímetro del interior de la boca de Alma; sus manos acariciaban toda su piel. Cuando pasaban por sus pezones erizados, los tocaba con ligereza con las yemas de sus dedos, pero no los apretaba. Luego tomó una pluma que Alma tenía en un adorno de su mesa de luz. Con ella la recorría y se detenía en las zonas erógenas, haciéndola desear más caricias. Alma necesitaba abrazar, tocar a Paulo, pero las ataduras no se lo permitían, ella estaba en su poder. De pronto, sintió la lengua de Paulo. Jugueteaba con los pezones, los succionaba, los estiraba. Los gemidos de Alma lo azuzaban y cada vez los mordía con más fuerza. Contrariamente a lo que esperaba Alma, ese leve dolor no la hacía querer que se detuviera, sino que quería más. Paulo pasó sus dedos por la abertura de Alma, comprobando que estaba excitada. Se acercó al oído nuevamente.

—Estás siempre preparada para mí, pequeña, eso me enloquece de ti. ¿Te fías de mí?

—Completamente. —Fue una respuesta rotunda, casi gemida, pero sincera.

Paulo bajó hasta la pelvis de Alma y se abocó a juguetear con sus dientes y lengua en los labios externos de la vagina, luego los internos, el clítoris finalmente. Los gemidos de Alma iban subiendo su intensidad. Paulo adivinaba cuando ella estaba cerca del orgasmo y, en ese momento, dejaba de jugar con la lengua y mordía las piernas. La llevaba al límite, y luego la dejaba allí unos segundos, donde el clímax volvía a dormirse. A los minutos de haber empezado ese juego, Alma no podía más.

—Paulo, por favor, no puedo más.

—¿Qué quieres, pequeña? ¿Quieres venirte? ¿Quieres que te folle duro? Dime, ¿qué quieres? —Paulo aflojaba las ataduras de Alma sin que ella se diera cuenta. Seguía con el pañuelo sobre los ojos—. Dime, Alma, ¿qué quieres?

—Todo eso, quiero todo… Te quiero dentro de mí. —Casi era una súplica. Paulo supo que era tiempo ya. En un movimiento experto, giró a Alma y la puso boca abajo. Alma se sorprendió porque no se había dado cuenta de que la había liberado de las ataduras a la cama, aunque los pañuelos seguían en sus muñecas y tobillos.

—Soy tuyo, Alma, de nadie más. —Paulo se posicionó en la entrada de la vagina de Alma, apoyando su glande hinchado en ella—. Quiero vivir y morir dentro de ti, ¿lo entiendes, pequeña? —Y de una sola estocada entró en ella. La posición en la que se encontraban, ella boca abajo y con las piernas abiertas y él encima, el ángulo de entrada, todo se asoció. Paulo entró y Alma sintió que su pene tocaba un sector híper sensible al que nadie nunca había llegado, supo que, en segundos, un orgasmo arrasaría con ella. Y así fue. Paulo salió y volvió a enterrarse con fuerza, y Alma sintió el cosquilleo y el aturdimiento que anticipaban el goce. Sus gemidos y su cuerpo le indicaron a Paulo que estaba al borde del abismo—. Te amo, pequeña, eres mía. Tu placer, tu cuerpo, tu corazón, todos son míos, ¿entiendes? Yo soy el dueño de todo esto —susurró a la vez que le recorría el cuerpo con sus manos y se detenía en los pechos. En segundos, Alma sucumbiría—. Y tú eres dueña de esto —dijo a la vez que entraba con dureza y tocaba con insistencia ese lugar sensible. Alma se arqueó y tomó la cabeza de Paulo, giró la suya buscando su boca. El clímax los arrasó por completo, fue fuerte, profundo, una descarga de luz y fuego. Ambos jadearon en la boca del otro, entregándole su propio placer a su hacedor. Se quedaron abrazados, gimiendo los últimos temblores del orgasmo.

Cuando los dos se calmaron, sus respiraciones fueron volviendo a la normalidad, Paulo se bajó de Alma y la giró. Se abrazaron en silencio, ella aún conservaba las ataduras y el pañuelo que le vedaba la vista.

—Paulo, sos mi cielo, sos todo. Si mi corazón late es por vos. Confiá vos también en mí. Yo confío en vos.

Paulo fue sacándole la venda de los ojos y ambos se miraron de un modo intenso.

—Estoy en tus manos, pequeña. Completamente. —Se abrazaron con fuerza.

A lo largo de la noche, hicieron el amor dos veces más. La posibilidad de no verse por un tiempo lo urgía a unirse y extender lo más posible la sensación de estar uno en el otro. El amanecer los encontró aún despiertos, acostados, abrazados, hablando de los planes a futuro.

El celular de Paulo hizo sonar la alarma. Debían levantarse para llegar al aeropuerto. Sin ganas, lo hicieron. Tomaron un café con leche y comieron una porción del tiramisú que había quedado en la heladera. Germán y Amanda fueron puntuales para buscarlos. El camino a Ezeiza fue melancólico y algo silencioso. Cuando llegaron al punto donde Paulo debía pasar la puerta que los separaría, ambos se

miraron sin decir palabras. Los ojos de los dos mostraban lágrimas. Germán dio un abrazo a su primo, Amanda también, le hizo un guiño cómplice a Paulo y le indicó a Alma que la esperaban a unos metros. Paulo se giró hacia Alma.

—*My lady*, este caballero se va a enfrentar a un dragón, pero no temáis, que en menos tiempo de lo que creéis estaré de vuelta con la cabeza del dragón en mi espada.

—Mi caballero de la noble armadura, vuelva lo antes posible, no me importan los dragones ni sus cabezas, vuelva enterito y cuídese, se está llevando mi corazón en su alforja. Aquí me quedo, medio muerta, esperando que regrese.

—Alma, te amo —dijo Paulo, dejando los juegos de lado, serio y con una mirada intensa—. Te amo como nunca amé a nadie y como nunca amaré. Tenlo por seguro. Vuelvo a ti lo antes posible. —El llanto que Alma contenía logró escapar. Paulo la tomó fuerte y la besó. Ella respondió con desesperación, a la vez que más lágrimas bañaban su rostro. Cuando ambos volvieron a abrir los ojos, Alma vio que varias de estas también corrían por las mejillas de Paulo; no supo si eran las propias que lo habían mojado o si eran de él.

—Te amo, Paulo. Volvé rápido. Me quedo sin mi aire, sin mi vida, sin mi corazón.

El representante de la aerolínea dio el último llamado para abordar y ellos debieron soltar el nudo de abrazo que habían armado. Paulo caminaba mirándola. Ella lo observaba. Al momento de traspasar la puerta, se giró y, con movimiento de labios, en silencio total, le dijo «Te amo». Alma contestó del mismo modo: «Yo también», y puso su mano derecha sobre su corazón. Paulo se giró y desapareció entre la gente que debía abordar el avión.

# Capítulo 22

En la primera semana de su vuelta a Madrid, el tiempo se le había pasado demasiado rápido a Paulo a pesar de estar lejos de Alma y creer que los días se le harían interminables. Aprovechó para visitar a sus amigos, reunirse con Borja, pasar tiempo con su madre. Valentina lo había recibido feliz, no solo porque lo había extrañado muchísimo, sino porque la carta natal de Alma y el análisis de compatibilidad de la pareja era excelente. Si se hubieran buscado a propósito, no hubiera sido tan perfecto.

—Hijo, es una sinastría de ensueño, una relación estupenda, se os va a agrandar el corazón a ambos. Mantener este amor no les llevará trabajo ni esfuerzo, os entendéis de maravillas. Sois activos e intensos, la relación está basada en el deseo de alcanzar metas comunes. Pero atención, mi niño, debéis trabajar constantemente la comunicación, ella será tu fuente de madurez y la organización en tu vida, tal vez esto te agobie un tiempo porque es nuevo para ti. Pero debes confiar en ella. Ella será tu energía, tus ganas renovadas, tu imaginación. El estímulo de la imaginación es profundo. Yo creo que tal vez exista entre vosotros un vínculo psíquico o casi telepático, pero deberéis tener cuidado de no exigirse demasiado para no debilitar la relación. Tú la apoyarás y la ayudarás en lo que emprenda, incluso en el mundo emocional. Estoy segura de que ella no verá tu intensidad como obstáculo, quizás viva tu modo de ser como aliciente para profundizar en su propia vida emocional. Una persona muy intelectual, productiva, como tú. Acuerdo total en todos esos ámbitos; acuerdos a nivel filosófico y cultural, espiritual, profesional y sexual. Paulito, estoy tan feliz… Es la mujer perfecta para ti, más te vale cuidarla, no

la pierdas, por favor.

—Mamá, te lo he dicho y lo has notado. Estoy real y totalmente enamorado de ella, como nunca antes en mi vida. ¿Crees que seré tan tonto para perderla? Antes muerto.

—Ay, mi niño, no me digas esas cosas. Ni menciones a la muerte, que es una mujer vengativa y siempre anda dando vueltas, no la llames.

Su familia materna también fue objeto de visitas por parte de Paulo. Además, vio a Vicente, quien lo recibió con los brazos abiertos.

—Muchacho, bienvenido. Debo felicitarte. Las notas que escribiste son extraordinarias. Han tenido una repercusión increíble. Estamos esperando con ansias la última.

—Gracias, Vicente. Esperaba que así fuera. La situación en sí da para que interese, pero el grado de corrupción y los manejos hacen la noticia aún más atractiva. La situación de la inundación fue grave y aún están viendo consecuencias, pero lo del incendio en la destilería podría haber tomado dimensiones mucho más terribles. Las autoridades de YPF no han dado informes oficiales, pero sé, de buena fuente, que los altos cargos son personas que no tienen experiencia para lo que fueron nombrados, el Gobierno puso gente en lugares de decisión que no supo manejar la emergencia ni sus posibles consecuencias.

—Increíble la desidia, Paulo. No dejan de sorprender.

—Así es. Debo aclararte que casi termino la última nota. Pero traigo un agregado. Me enviasteis para investigar la relación del papa con la presidente, ¿no es así?

—Así era, pero me cambiaste la temática en el trayecto.

—Sí, pero un Girat siempre cumple. Aquí traigo la investigación casi terminada. Tengo también esa nota.

—¿Pero estás de broma, chaval? No puedo creerlo. Tu forma de crear tanto en tan poco tiempo me tiene azorado —dijo Vicente.

Paulo abundó en detalles y explicó toda la teoría sobre el populismo que había explicado en la nota. Vicente quedó aún más sorprendido. Decidieron que se publicaría la semana siguiente a la última nota de la inundación.

—Vicente, he venido para hacer unos cambios en mi contrato. Mi vida ha cambiado de un modo radical, pero ya ves que sigo fructífero en cuanto a mi trabajo.

—Sí, sí, muchacho, creo que esta nueva mujer en tu vida te ha despertado de un letargo. Tus trabajos siempre han sido de excelencia, pero ahora, además de ser buenos, son más. Pide, Paulo, que te será concedido.

—Gracias, Vicente, por este reconocimiento. Espero puedas mediar con los socios mayoritarios para arreglar esto. No quiero seguir trabajando en las líneas de fuego, no más Colombia, Venezuela, Gaza, Irak, Irán, Congo y países de ese estilo. Quiero trabajar sobre política, pero dentro del grupo de países medianamente seguros. Quiero establecer mi domicilio seis meses en Madrid y seis meses en Argentina. No puedo mantenerme alejado de ese país mucho tiempo. Alma vive allí y su familia también. Puedo traerla conmigo un tiempo, pero su familia es tan importante en su vida como lo es la mía en mi vida.

—Me dejas sin palabras, Paulo. Nunca creí que alguien pudiera cambiarte la vida tanto. Con María de los Ángeles se te veía a gusto, y ella te dejaba hacer, libre.

—Mira, Vicente, Alma me ha hecho sentir, en este mes de conocernos, muchísimo más de lo que María de los Ángeles me hizo sentir en casi tres años de relación. Ella no me ha pedido ningún cambio, ni siquiera sabe con exactitud qué tipo de trabajo hago y cómo me enfrento al peligro en cada misión. Lo hago yo, yo he decidido cambiar mi vida. Quiero establecerme, quiero que viva tranquila, quiero, en algún momento, tener hijos. Y para todo eso debo estar presente.

—Absolutamente de acuerdo. Lamento que el periodismo pierda un excelente cronista de campo. —Se quedó pensativo—. Quédate tranquilo, que yo hablo con los de arriba. Ellos deberán acceder, eres nuestro periodista estrella, no creo que se arriesguen a perderte.

—Además, seguiré trabajando en la política, solo cambiaré la geografía. No es demasiado pedir, creo.

—Por supuesto. Te me quedas tranquilo. Yo abogo por ti.

—Gracias, Vicente. Necesitaré, también, que cambiemos la entidad bancaria donde se depositan mis haberes. El que yo había seleccionado no tiene sucursales en Argentina. Si bien he podido sacar dinero de todos modos, ante la posibilidad de estar viviendo allá un tiempo largo deberé hacer trámites y tener acceso total a mis cuentas también desde allá.

—Déjame ver con cuál podemos arreglar. Veré cuáles de los bancos con los que trabajamos tienen sucursales y te hace más fáciles los trámites en aquella parte del planeta. Dame unos días.

Paulo salió conforme de la oficina de Vicente. En unos días, le darían las respuestas que estaba buscando. Mientras, debía terminar sus notas inconclusas. Se dirigió a casa de su madre. Valentina había salido a tomar el té con amigas, así que él se dispuso a trabajar tranquilo. Encendió el ordenador personal, abrió los archivos que ya

había comenzado a escribir, leyó lo último y retomó el hilo de la descripción. Tenía un *pendrive* con fotos del incendio de YPF. Debía terminar la nota y seleccionar por lo menos tres fotos, las más impresionantes. Dos horas después, estaba eligiendo ya las imágenes cuando le sonó un mensaje en el móvil. Era de Alma.

> Te extraño mucho… demasiado… Hoy se cumple un mes de que nos conocimos. Hoy hace un mes de la inundación, y vos estás de ese lado del mundo y yo, solita en este. Encima, se está preparando una tormenta igual de furiosa que la del día que nos conocimos.

Paulo borró su sonrisa al leer lo último. De manera automática, la llamó.

—*¡¡¡Hola, cielo!!!! Pensé que íbamos a hablar por Skype como todas las noches.*

—Hola, pequeña, ¿estás bien? Me has preocupado con lo de la tormenta.

—*Ahhhh, no, cielo, no era para preocuparte. Pero te estoy extrañando mucho y justo va a llover, está muy feo, y es la primera lluvia intensa desde que nos pasó la inundación. Me hubiera gustado tenerte acá para que me abraces.*

—Princesa, desearía estar allí y no solo para abrazarte. Tú sabes que esto es muy difícil para mí también. Si bien estoy feliz de tener a mi madre cerca, a mis tíos, a mis primos madrileños, a mis amigos, me faltas tú. Que eres todo. Mi felicidad no es completa.

—*Ayyy, cielo, me hacés sentir tan bien cuando me decís esas cosas. Tu mamá, una genia. Me llamó por Skype ayer. Me contó con lujo de detalles mi carta natal. Me dijiste que sabía de estas cosas, pero nunca imaginé que tanto. Es una especialista.*

—Uy, pequeña, te he entregado al lobo. Ahora te torturará todo el tiempo. Cuando encuentra a alguien que la escucha, y que ve que le interesa el tema, se pone a hablar y ya nadie puede detenerla.

—*No, nada que ver, me encanta. Sabe tanto… Y me explicó cosas de mi personalidad que ni yo conocía. Ahora sé por qué tengo tanta imaginación y por qué el tema de la comunicación y del lenguaje es tan importante para mí. ¿Y lo de la sinamía? ¿Te contó?*

—¿Lo de qué?

—*Sinamía o algo así. Me dijo que es el estudio de la pareja a partir de las cartas astrales de los dos integrantes.*

—Ya, ya. Sinastría. Sí, sí. Me ha vuelto loco con nuestra sinastría.

*—Eso, si-nas-trí-a —pronunció separando las sílabas—, eso.*

—Sí, la hizo hace días y aún viene a decirme cosas nuevas.

*—Dice que somos una pareja increíblemente conectada y destinada a estar juntos, que si tenemos los cuidados que ella nos va a indicar, podremos seguir juntos eternamente.*

—Mira, pequeña, eso no necesito que lo diga ella, ¿recuerdas nuestro hilo rojo? Ya te he dicho que no te librarás de mí tan rápido. Voy a seguirte al fin del mundo, así que deberás ir pensando cómo haces tú para librarte de mí.

*—Eso, nunca. No quiero librarme de vos, quiero mezclarme con vos, te extraño.*

—Y yo a ti. Extraño tu olor, tu voz, tu suavidad, tu piel, todo. No me hagas seguir hablando, pequeña, que a medida que nombro todas las partes de ti que extraño me voy poniendo como una roca, y luego deberé picarme solito.

*—¿Picarte?*

—Ya sabes, arreglarme… con mis manos.

*—Ah, no, eso no. Es un desperdicio. Me tomo un avión y me voy ya mismo para que tengas el remedio.*

—Pues eso sí que sería fabuloso.

*—Ah, y gracias por las flores.*

—¿De qué me hablas, Alma?

*—De las flores que me llegaron hoy. El ramo es hermoso, pero hubiera esperado que le pusieras una tarjeta.*

—Me encanta que te hayan gustado —Paulo mintió rápidamente. Él no había enviado un ramo de flores, y era algo que no le gustaba nada. ¿Su mujer recibiendo flores de un extraño?

La charla continuó durante casi una hora sobre temas cotidianos. La familia de ella, el trabajo con el vidrio y la entrega de encargues, sus amigas, la cercanía de la boda de Pato, los preparativos. Él contó su charla con Vicente, la salida de la noche anterior con Borja y cómo este amigo había inspeccionado todas las fotos que tenía publicadas Alma en su Facebook ni bien ella lo aceptó como amigo. Buscaba a alguna amiga con la cual repetir la historia de ellos. Luego Paulo recibió un mensaje y decidió cortar para verlo. Se despidieron con la promesa de hablar a la noche por Skype. Era de María de los Ángeles.

> Sé que estás en Madrid. Te pido que vengas al departamento a retirar tus pertenencias. Yo voy a estar hasta las 20 esperando que des la cara. Beso.

Paulo decidió que ya era hora de enfrentarla. Respondió.

Pasaré hoy. Pero me es imposible en ese horario. Estoy libre después de las 22. Si tú no puedes esperarme, paso y retiro mis cosas, y nos encontramos mañana para hablar.

Lo envió. Sabía que alguno de sus amigos seguía teniendo contacto con ella. Solo así podría saber que estaba en la ciudad. Enseguida llegó la contestación.

Perfecto. Ven a esa hora y retira tus cosas. Mañana nos ponemos de acuerdo para hablar.

La certeza de que no debía enfrentarla en ese momento lo relajó bastante. Se puso a escribir. Llegaron dos mensajes de WhatsApp. Uno, de Alma y otro, de Amanda. El de Alma decía:

Empezó a llover. Truenos y relámpagos. Igual que aquella noche; la diferencia es que aún es de día.

Paulo respondió enseguida.

Pequeña, ve a la casa de alguna amiga. No quiero que estés sola. Por favor. Hazlo por mí.

Ella contestó casi al instante.

Oki. Llamo a las chicas y hacemos juntada.

Paulo sonrió y tecleó rápidamente.

Perfecto. La cuestión es que estés acompañada. Te amo.

Ella envió:

Yo más.

Luego de cerrar esa conversación, Paulo abrió la de Amanda.

> Hola, galleguito. Acá sigue todo tranquilo. No vi nada raro. Lucas le envió un mail, eso la puso un tanto triste. Fue bastante hiriente el susodicho, pero bueno… de a poco se repone. Vos le mandaste el ramo de flores hoy? Me llamó y me dijo que habían llegado unas flores hermosas, rosas color rojas, sin tarjeta. Pero estábamos seguras de que habías sido vos.

Paulo se quedó intrigado y algo preocupado. Él no tenía idea de quién podría haber sido, pero quería tomar del cuello al que se hubiese atrevido a enviarle flores a su mujer. Escribió, bastante enojado.

> Hola, rubia, mejor así, mejor que no veas nada raro. Recién hablé con ella y me ha dicho de la tormenta. Podríais tú y Pato hacerle compañía? Me preocupa que esté sola nuevamente en ese departamento donde ya sufrió una inundación que casi la mata. Las flores no son mías. Hubiera querido que lo fueran… pero no. Hazme el favor de averiguar, si puedes, el lugar donde las compraron y llama para ver quién las encargó. Temo que sean estos capullos que me han amenazado… o que sea algún tipejo que no sabe que ella ya es mía…

Amanda tardó unos minutos en ver y leer el mensaje, enseguida de haberlo leído respondió.

> Quedate tranquilo, gallego, ya estoy saliendo para su casa. Justo estaba hablando por el teléfono fijo con ella, por eso tardé en responder. Me estás jodiendo? Las flores no son tuyas? Qué cagada!!! Quedate tranquilo, me fijo la tarjeta de la florería, pero no voy a poder llamar hasta que vuelva de su casa… digo… para que no sospeche que hablo con vos.

> Perfecto, rubia. Ningún problema. Espero que me

avises en cuanto puedas averiguar algo. Te agradezco infinitamente.

Paulo retomó la nota. Eligió las fotos y guardó los cambios. Abrió la casilla de *mail* y envió la nota con las imágenes como archivos adjuntos. Ya no tenía ganas de terminar la otra. La noticia de esas misteriosas flores le había sacado las ganas de escribir. ¿Y si se las había enviado el jardinero? Eso era una provocación, él había sido claro diciéndole que Alma era suya. Lucas, el del sur, no podía ser, había enviado el correo electrónico donde había sido hiriente, según Amanda. La otra explicación le gustaba menos aún. Si los que lo habían amenazado se habían enterado de la existencia de Alma, y del significado que tenía ella en su vida, estaban en un verdadero aprieto. La única manera de que supieran que ella estaba en su vida es que hubieran hablado con sus tíos o primos. Iba a tener que comunicarse con Germán o Marcela, debía saber si alguien les había cuestionado del tema, aunque fuese de un modo ocasional. Se preparó para ducharse y envió un mensaje de WhatsApp a ambos primos.

Hola, primos, estoy bien en casa de mi madre, tratando de resolver todo lo antes posible para volver a Argentina. Estoy algo preocupado y por eso os consulto. Os pido reserva total sobre este tema. Vosotros sabéis que, mientras estuve en Argentina, escribí cuatro notas sobre la noche de la inundación, sus consecuencias y sus responsabilidades. Además, había estado escribiendo sobre la relación presidenta Argentina / papa, con un análisis exhaustivo del gobierno kirchnerista. Alguien, de cualquiera de esos ámbitos, se sintió en peligro y, antes de salir de Argentina, recibí amenazas. No ha pasado nada, a Dios gracias. Pero temo que alguien, como distraídamente, les haya preguntado sobre mi relación con Alma. Saber de la existencia de ella en mi vida la pone en peligro. Han hablado con alguien?

Se los envió a ambos. Y, en diferentes tiempos, los dos respondieron. Marcela lo hizo enseguida.

Paulito, qué cagada. Nunca nos dijiste que te

habían amenazado. Yo no hablé con nadie. Quedate tranquilo. Nadie preguntó y yo no lo mencioné a nadie. Estaremos en peligro nosotros también?

Paulo le escribió.

Quédate tranquila, Marce. No corréis peligro. El trabajo y el contacto constante de mis tíos con las Abuelas de Plaza de Mayo los mantiene fuera de peligro. Nadie se meterá con alguien que está ahí dentro. Te pido reserva, no quiero que Alma se asuste. Tengo gente en el tema, vigilando que nada le pase.

Marcela volvió a responderle.

Listo, Paulito. Si me entero de algo, te aviso. Besote.

Germán respondió unos minutos después.

Primo, ni idea de lo que me hablás. No comenté con nadie, excepto con Amanda. Te juro que esa mujer me dio vuelta la vida. La estoy pasando de 10 con ella. Cuando tengas un rato, te cuento por Skype, no quiero escribir. Che, lo de las amenazas parece algo serio. Querés que hable con algún amigo de la policía?

Paulo quiso calmarlo.

Tranquilo, Germán, gracias por tu ofrecimiento. Ya está todo en manos de personas especializadas, solo me quedaba la duda de si alguno de vosotros hubiera hablado sobre ella. Podrías investigar con mis tíos?

Germán esperaba su respuesta, en segundos le comunicó:

Dejalo por mi cuenta. Te averiguo. Pero no creo

que hayan hablado, ya sabés que son muy reservados y desconfiados. Después de lo de tu viejo, nunca volvieron a confiar en personas que no conocían bien. Pero de todos modos averiguo.

Paulo se despidió de Germán y se fue a duchar. Se vistió, sacó su automóvil del garaje. Valentina regresó de la reunión con sus amigas. Lo invitó a cenar. Estaba deseando cocinarle y él aceptó. Ella se puso a preparar un pescado con salsa. Por suerte, era una comida que se preparaba en poco tiempo. A la media hora, Valentina le presentó un plato humeante con un abadejo con salsa de crema y queso, y papas naturales. Comieron felices, conversando de cómo habían sido sus respectivos días. Cuando terminaron, Paulo levantó la mesa y se puso a lavar los platos. Valentina lo dejó hacer, era un acuerdo implícito entre ellos, el que cocinaba no lavaba. Paulo luego le dijo que se iba a buscar sus pertenencias al apartamento de María de los Ángeles.

—Ay, hijo, ¿quieres que te acompañe? Esa muchacha no está bien, tengo miedo de que te lastime.

—No creo, mamá. Quédate tranquila. Además, ella me dijo que en este horario no iba a estar, así que busco mis cosas y regreso. Quedamos para mañana, hablaremos en otro lugar, supongo.

—Bueno, cualquier situación poco clara me avisas, niño. No me fío de ella, y tú no deberías hacerlo tampoco.

—Bien. Lo haré. Adiós, mamá.

Salió de la casa y puso rumbo a la casa de María de los Ángeles. Aún tenía la llave que ella le había dado cuando habían acordado vivir juntos. Subió hasta el piso. El lugar estaba en silencio y tenía algunas luces encendidas. Entró, se sacó el abrigo, que dejó sobre el sofá, y se dirigió a la habitación. Mientras él juntaba sus pertenencias en un bolso, revisaba el placar y los cajones, María de los Ángeles, que se había escondido en la cocina, salió sigilosa y comenzó a revisar los bolsillos de Paulo. Encontró su móvil en el derecho. Intentó con la clave de acceso que siempre usaba Paulo. Dio resultado. Así había estado vigilando su vida durante el tiempo que habían sido pareja. Ella esperaba que él se durmiera y le revisaba los contactos y todos los mensajes del teléfono y del *mail*. De ese modo, ella se sentía segura para dejarlo hacer su trabajo: se cercioraba de que ninguna otra mujer estuviera en su vida.

Tomó el aparato nuevo y comenzó a revisarlo. Abrió los contactos, buscó los *favoritos* y se le heló la sangre. La identidad de quien ocupaba el puesto número uno era una mujer, una que ella no conocía y que él se había cuidado de no mencionar. Buscó las actividades

entre ese contacto y la línea de Paulo. Las manos le temblaban, estaba nerviosa, furiosa, sus sospechas se confirmaban… Ellos hablaban casi todos los días, una o dos veces. Entró a la aplicación de WhatsApp y la buscó. Leyó las conversaciones. Las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro. Esa mujer era una amante. Estaba más que probado. Hasta que se detuvo en una línea que había escrito Paulo. Un frío le recorrió la espalda, sintió la sensación de la adrenalina corriendo por sus piernas y sus brazos. Él lo había escrito, se lo había hecho saber a esa desconocida, y en tres años de relación jamás se lo había dicho tan abiertamente a ella: «Te amo, pequeña».

Escuchó movimientos en el pasillo de las habitaciones y el baño, eso la sacó del ensimismamiento y se apresuró. Buscó su propio chat con él, puso «Compartir contacto». Buscó a Alma Recabarren y la envió. En cuanto sintió que su móvil, en su pantalón, vibró con la llegada del mensaje, lo borró de la conversación de Paulo. De esa manera, a él no le quedaba registro del envío. Volvió a dejar el teléfono en la chaqueta. Cuando estaba por abandonarlo, sintió que vibraba. Miró la pantalla. Era esa mujer. Estaba llamándolo. El móvil estaba puesto sin volumen. Lo dejó en su lugar. En silencio, se acercó a la puerta de la habitación. Allí lo vio, ajeno, moviéndose, guardando sus cosas. El enojo, la furia, la tristeza, todo se le juntó adentro, en el pecho. Las lágrimas brotaron. Paulo se giró y se sobresaltó al verla.

—Demonios, María, ¡me has asustado! Estaba concentrado en guardar todo, no te oí entrar.

—Hola, Paulo, veo que te encuentras bien. Disculpa si te asusté. He llegado hace unos minutos y te estoy observando mientras guardas todo. Me sigues rompiendo el corazón. —El dolor que le había causado encontrar los mensajes de esa mujer, el grado de intimidad en las conversaciones y esa frase, todo se mezcló, la tristeza surgía junto a las lágrimas.

—María, te suplico. No llores. Si quieres podemos hablar, pero no llores. —Paulo dejó unos libros sobre una silla sobre la que había apoyado el bolso. Se acercó a ella y María dio un paso atrás instintivamente.

—No me toques. Por favor. —El gesto duro de su mirada lo congeló. María se acercó a la cama, se sentó en ella y se largó a llorar. Paulo se aproximó y se acuclilló para quedar a su altura.

—Mira, Mari. Si dejas de llorar, podremos hablar lo que quieras, pero si lloras de ese modo, no tengo forma de explicarte nada.

—¿Y qué me podrías explicar? ¿Eh? Dime, Paulo. Dime todo lo que me has dicho por teléfono. Dime todo eso, pero agrega el nombre de la mujer que te ha calentado la polla y la que te obliga a hacer todo

esto.

El gesto de Paulo cambió al escuchar esa última frase.

—Te lo he repetido varias veces. No hay otra mujer, pero debes hacerte a la idea de que seguramente la habrá en algún momento.

—Me estás mintiendo, Paulo. Lo veo en tus ojos. Sé que hay alguien, estoy segura. Merezco que me digas la verdad.

—Ya te he dicho hasta el cansancio, no la hay… —Su voz era débil, no iba a poder sostenerlo mucho más, ella parecía estar muy segura.

María de los Ángeles se cerró en sí misma, se envolvió con sus propios brazos y lloró de un modo desgarrador.

—No puedo, no puedo vivir sin ti, Paulo. Me estás matando… Puedo soportar todo, hasta que me hayas sido infiel, estaría dispuesta a perdonarte. Pero no me dejes, por favor. —Su voz era lastimosa.

—Mari, te suplico. —Quería darle algo de consuelo. No podía aceptar que ella saliera tan lastimada ni mantenerse en su postura fría y calculada. Se acercó y la abrazó.

Ella se fue soltando de su propio abrazo y rodeó el cuerpo fuerte y acuclillado de Paulo. Primero, se dejó consolar y sollozó. Luego, comenzó a besarle el cuello a Paulo. Tres años juntos le habían dado el conocimiento exacto para la situación. Sabía dónde tocar, dónde apretar, dónde besar y dónde soplar. Paulo sentía que se excitaba y trató de alejarse, pero con pocas ganas. María era una hábil amante, sabía cómo y dónde tocarlo, y estaba jugando su última carta. La cabeza de Paulo lo entendía, su razón le indicaba que se alejara de ella, de su boca y de sus manos, pero su cuerpo lo traicionaba, reaccionaba exactamente como ella calculaba que lo haría. Las respiraciones se hicieron más sonoras, la boca de ella buscó la de él. Cuando la encontró, entró en la de Paulo, incitándolo. Recordaba cómo provocarlo. Sus manos recorrían el pecho de Paulo, tocando la piel erizada. Bajó hasta su pantalón y sonrió sobre los labios de Paulo. Estaba duro como una piedra. Era lo que esperaba. El plan marchaba sobre rieles. Iba a tenerlo de nuevo. Apretó su miembro con la mano y comenzó a sobarlo con lentitud. Paulo respiraba de forma pesada. María recordó la llamada de un momento atrás. Esa mujer había intentado hablarle y él no había respondido. Eso serviría.

María movió a Paulo, lo llevó a sentarse en la cama, como ella, y, a su vez, se fue arrodillando. Lo seguía besando mientras sus manos trabajaban. Recordó que debería ponerse un tanto más al costado, la imagen debía mostrar su perfil. Se fue corriendo para quedar en la posición óptima. Abrió el pantalón de Paulo y liberó el miembro. Paulo emitió un gemido gutural. Ella sonrió, lo tenía atrapado.

Abandonó la boca de Paulo y bajó al miembro, lo metió completamente en su cavidad bucal. Lo lamió y succionó con suavidad.

Paulo estaba sintiendo cada movimiento de María de los Ángeles sin recordar nada, sin pensar en nada más que el placer. De pronto, sintió la necesidad de que esa boca, que lo contenía, lo mordiera levemente, que desenfundara los dientes, como hacía Alma… «¿Alma?… ¡Alma! ¡Dios mío! Alma. ¿Qué mierda estoy haciendo? ¿Estoy dispuesto a perder a Alma? NO. DE NINGÚN MODO». La erección de Paulo desapareció en cuestión de segundos, la flaccidez de su miembro llenó la boca de María.

Ella, extrañada, levantó los ojos, observando qué sucedía con Paulo. Nunca antes había pasado eso. Paulo volvió a la realidad, abrió los ojos, como despertando de una pesadilla, y se levantó. María se quedó de rodillas, con un hilo de saliva asomando por la comisura, sin entender lo que sucedía.

—María de los Ángeles, no. No puedo hacer esto. Te suplico que me disculpes. No debería haberte permitido llegar hasta aquí y darte esperanzas. Lo siento mucho, lo siento, perdón. —Paulo lo repetía. No creía de lo que había sido capaz. La carne es débil, ahora entendía bien la frase. Más de una semana sin ver a Alma, el cuerpo exigía placer, pero María no debía dárselo, él no debía permitírselo—. Me voy. Perdón. Debo irme. —Se cerró el pantalón con rapidez, tomó el bolso a medio armar y caminó hacia la sala de estar del departamento.

María de los Ángeles se levantó como un resorte.

—Quédate, Paulito. Sé lo que quieres. Yo puedo dártelo. Los dos sabemos que tenemos una conexión increíble, no te vayas, por favor. —Ella caminaba un paso detrás de él.

Paulo ni siquiera la miraba. Buscaba su chaqueta. La encontró en el sillón. Se la puso y se dirigió a la puerta. María se interpuso.

—Déjame, María. No debo quedarme. Esto no puede seguir. He sido claro, no quiero lastimarte diciéndote palabras que puedan herirte aún más. —Paulo estaba desencajado. No podía creer que la hubiese dejado llegar hasta ese punto. Alma no podía enterarse tampoco de eso.

—¿Por qué no puedes quedarte? ¿A quién le debes explicaciones? Somos libres y somos pareja.

—No, María de los Ángeles, no. Ya no lo somos. No te equivoques. —Paulo salió de su adormilamiento e hizo frente a María, que parecía haber ganado terreno—. Tú y yo ya no somos nada. Y eso debe quedarte en claro.

—No, por favor, quédate. Hagamos el amor.

—No quiero herirte más, María de los Ángeles. Yo no puedo hacerte el amor porque no te amo. Ya no hay vuelta atrás. —Esas palabras la helaron.

Paulo y María estaban parados de frente a la puerta, ella entorpecía el camino de él. Cuando escuchó esas palabras, entendió que lo que hiciera con el video que había podido tomar en la habitación ya no sería para recuperarlo, sino para destrozar su relación con la intrusa. Dio un paso al costado y lo dejó salir. Paulo salió sin mediar palabras y cerró la puerta detrás de él. Entre la furia y el dolor, María cayó sobre sus rodillas, al lado de la puerta. El llanto la invadió. Pero no fue un llanto silencioso ni lastimero, fue uno repleto de furia, odio y dolor. María de los Ángeles golpeaba el piso con las palmas de sus manos, el enojo la enceguecía. Paulo debía pagar caro ese dolor que le infligía. Le había dicho, en la cara, que no la amaba. Con el pasar de los minutos se fue calmando. Si iba a seguir su plan, debía hacer todo en cuestión de minutos. Si Paulo veía la llamada perdida de esa mujer, le telefonearía y ella perdería el espacio de tiempo donde debía instalarse la duda. Corrió a su habitación, se dirigió a la pared que estaba frente a la cama, buscó entre los libros del estante la cámara que había dejado escondida. La conectó con la computadora que se encontraba debajo. Descargó el video. Pudo ver su figura, la de Paulo. La discusión primera, su llanto, el abrazo. Se quedó mirando unos segundos, el rostro de Paulo no lograba verse, quedaba fuera de cuadro. «Esa mujer lo tiene bien agarrado. En otras circunstancias no se hubiera negado ni se hubiera puesto flácido». Esas imágenes no servían. Se enojó consigo misma y arrojó un pisapapeles al piso, furiosa. El objeto se estrelló contra la cabecera de la cama, y ella vio, en ese momento, unas ligaduras que habían quedado allí, hacía más de un año, cuando Paulo había regresado herido de Colombia. El primer reencuentro había sido salvaje, y esas ataduras eran el testimonio. En ese momento, recordó que ambos habían acordado filmar ese encuentro. Lo buscó en su computadora. Lo encontró. Con el programa para editar que usaba asiduamente, eligió las imágenes en las que Paulo se veía activo, encima de ella, tomándola por todas las partes en que era posible. Acortó los cuadros al máximo para que el video no fuera tan largo y pesado, y lo cambió a un formato que sirviera para móvil. Mientras el ordenador transformaba el fragmento de filmación al elegido, ella abrió su WhatsApp. Cargó en su lista de contactos a Alma y abrió un chat.

> Si él te dijo que volvía a Madrid por trámites urgentes…, puedo darte una idea clara de que algo

era inaplazable…, pero no un trámite.

Tomó una imagen de la filmación actual donde Paulo guardaba sus pertenencias en el bolso, la detuvo y, con el móvil, le sacó una foto. El mensaje y la foto salieron de Madrid, llegaron en cuestión de minutos a Argentina. El video que iba a materializar su venganza estaba listo. Estaba transformado y podía enviarlo. Eso sería algo definitivo. Si ella lograba su cometido, no iba a haber vuelta atrás. María de los Ángeles debía repensar cómo atraparlo para lograr salvar su reputación, y aún tenía algún as en la manga.

Mientras pensaba y decidía, el estado de Alma cambió la leyenda con el horario de su última conexión por otra que decía «en línea». Esa mujer estaba viendo el mensaje y la foto. No quedaba otra salida, Paulo ya no sería suyo, no voluntariamente, pero tampoco de ella. Y él nunca la perdonaría, era evidente. El cartel debajo del nombre indicó que Alma estaba escribiendo…

¿Quién sos? ¿Cómo tenés mi número?

# Capítulo 23

Mientras se secaba las últimas lágrimas, María de los Ángeles esbozó una sonrisa irónica. Había prendido el anzuelo. Escribió:

> Dicen que una imagen vale mil palabras… te envío varias que explicarán quién soy.

Envió el video, acto seguido, esperó. Luego de unos minutos, Alma respondió.

> Son tal para cual. María de los Ángeles, espero que enviarme esto te haya hecho feliz, no creo que te dé el resultado que esperás. De todos modos, me alejo de la gente tóxica, y vos sos muy tóxica. Que tengas una buena vida, aunque lo dudo porque todo el mal que uno hace vuelve.

Las frases de Alma la enojaron aún más. «Esa mujerzuela sabe mi nombre, Paulo le ha hablado de mí, es evidente. Y a pesar de saber que él está conmigo, lo sedujo de todos modos… Zorra…». La contestación no se hizo esperar.

> Zorra, para que sepas: fue, es y será mío… Aléjate de él.

Intentó enviarlo, pero el mensaje salió de su móvil y no fue entregado. Intentó enviarlo por segunda vez. Lo mismo. Nunca le llegó. Esa mujer la habría bloqueado. Ya no importaba. El daño estaba hecho.

Paulo estaba conmocionado. No podía creer de lo que había sido capaz. «Dios mío… casi la cago en grande. Alma no puede saber nada de esto. Sería perderla». En ese momento, sintió la vibración. Se detuvo en el cordón de la calle, estacionó y tomó el móvil. No recordaba que lo había puesto en modo silencioso. Al desbloquear la pantalla, le aparecieron: el WhatsApp de María de los Ángeles y una llamada perdida de Alma. Los ojos se le agrandaron. ¿En qué momento Alma lo había llamado? Nunca escuchó el tono, recordó y cerró los ojos: lo había puesto en modo silencioso. Se fijó en el registro de la hora, era de hacía más de una hora. ¿Qué debía hacer? ¿Debía devolver la llamada? En ese momento, estaba muy intranquilo. Lo que había sucedido en casa de María de los Ángeles lo tenía muy alterado. «Alma lo notará. Estoy seguro. Mejor le envío un mensaje, y le explico que la llamaré en la mañana».

> Hola, pequeña, ¿cómo te trata esa tormenta? Estoy en camino a casa. ¿Te puedo llamar en la mañana? Estoy muy cansado…

Mientras esperaba respuesta de Alma, abrió el mensaje de WhatsApp de María de los Ángeles.

> Mañana puedes regresar a buscar lo que te falte. Lo he puesto en una caja y lo dejaré en el *hall* de entrada, apenas entres la verás. No quiero nada tuyo en mi vida. Lo que me has lastimado hoy fue el límite. Bye.

«Bien, un poco de tranquilidad, no veré nuevamente a María de los Ángeles». Debía retirar todo e iría con su madre para evitar cualquier encuentro nuevo. Volvió al mensaje de Alma. Le extrañó no haber recibido respuesta. Tal vez ya estuviera dormida. Mañana, más tranquilo, la llamaría. Volvió a incorporarse al tránsito, llegó a la casa de Valentina y guardó el automóvil en el garaje. Subió sin hacer demasiado ruido, Valentina ya dormía. Se acostó sintiendo una opresión en el pecho. Se sentía terriblemente culpable.

El sol matutino le trajo el alivio. Con la luz del día, ya no veía lo sucedido como tan grave. De todos modos, ¿quién sabía lo ocurrido? Nadie, solo él y María de los Ángeles. Él no hablaría, María de los Ángeles no sabía de la existencia de Alma. Todo estaba bajo control… Se levantó a tomar el desayuno. Valentina tenía preparado todo para compartirlo juntos.

—Buen día, mi niño, ¿cómo te ha ido anoche? No te escuché llegar —dijo a la vez que servía un café con leche humeante. Puso delante de Paulo, cuando ya se había sentado, un plato con tostadas, un poco de fiambre, manteca, dulce.

—Hola, mamá, llegué algo tarde. No quise despertarte y entré sin hacer ruidos. Pude retirar algunas cosas, pero luego apareció María de los Ángeles y terminamos discutiendo, así que dejé sin llevarme algunas cosas. Te voy a pedir que me acompañes a retirarlas. Así evito otro encuentro desagradable.

—Ay, mi niño, ¿tan fea fue la discusión? Te dije que no está bien esa niña. Es capaz de todo.

—En realidad, no fue tan terrible lo que dijimos, sino lo que hicimos… —Paulo no miraba a su madre a los ojos.

—¿Qué has hecho, Paulo Girat? —Cada vez que Valentina usaba su nombre completo era porque estaba enojada.

—Mamá, no te gustará, te pido que entiendas.

—No, no me lo digas… Creo que te mataré y te cortaré los cojones. ¿Puede ser posible que te hayas acostado con ella nuevamente? ¿Y Alma? ¿Dónde queda todo eso que me has dicho de que te has enamorado como nunca?

—Tranquilízate, Valentina. Que no fue así. No me he acostado con María de los Ángeles. No hemos llegado a… eso.

El rostro de Valentina se relajó un poco. Y respiró.

—Ay, niño. Me matas del susto. Dime con exactitud lo que sucedió.

Paulo relató, sin demasiados detalles, lo ocurrido. Explicó que María de los Ángeles había aprovechado la oportunidad de tenerlo cerca y en sus brazos para seducirlo y comenzar a hacerle sexo oral. Se hizo cargo de la parte que le tocaba.

—Los hombres sois todos unos capullos, definitivamente, capullos y calentones. Es que sois tan predecibles.

—Pues, mamá, entiéndeme. María me conoce mucho, sabe qué cosas decir o hacer para calentarme la polla, perdona mis modos, pero es la única forma de expresarlo que encuentro.

—Sois esclavos de la carne, pero una mujer es más que carne, no es un bofe con ojos y otros agujeros. Las mujeres somos todo corazón, hijo, debes saberlo. Tienes algunas de mal corazón y otras de buen

corazón, pero todo pasa por allí. Aunque no te hayas acostado con ella, ese es un tecnicismo. Si Alma se entera, niño, la pierdes.

—Dios, mamá, ¡ni lo digas!

La mención de Alma le recordó que no había recibido ninguna respuesta de ella. Y él había prometido llamarla por la mañana. Terminó su desayuno y se fue a su habitación para llamarla. Sonó el tono de llamada. Alma no atendía. De pronto, se cortó y la voz de la telefónica le indicó que el número solicitado no podía recibir llamadas en este momento. «Intente más tarde». Paulo se sintió intranquilo. Siguió probando durante toda la mañana. Nada. No logró comunicarse. Temió que algo le hubiera pasado, ¿y si la habían secuestrado? Decidió enviar un mensaje a Amanda. No la llamaría por las dudas de que estuviera cerca de Alma o con ella. Abrió la charla.

> Rubia, perdona la molestia. Estoy intentando comunicarme con Alma, pero no lo logro. Estoy preocupado, ¿está bien? ¿Estáis juntas?

En cuestión de segundos leyó que Amanda escribía una respuesta.

> Mirá, gallego, te dije que no la lastimaras. La hiciste mierda, ¿y encima pretendés que te atienda? Dejate de romper las bolas, hacete cargo de tus cagadas. No vuelvas, porque somos varios los que te queremos matar.

A Paulo se le heló la sangre. «¿Alma está sufriendo?… ¿Pero cómo? ¿Qué sabe? ¿Cómo sabe algo? ¿Qué es lo que sabe exactamente?». Digitó enseguida.

> ¿De qué carajos estás hablando? No entiendo ni jota, rubia. ¿Qué es lo que supuestamente hice para lastimarla? Ayer hablamos y estaba todo bien, ella me llamó y no escuché, no la atendí, pero no creo que sea tan grave eso.

Las palabras de Amanda lo dejaron congelado.

> Sos trucho, como todos los tipos. Vas a negar todo hasta las últimas, ¿no? Te voy a ahorrar trabajo y mensajes. Anoche estabas muy ocupado para

atenderla, ¿no? Tu noviecita se encargó de que mi amiga vea las porquerías que hicieron. Gallego, sos de lo peor, no entiendo para qué nos hiciste la actuación del novio preocupado… Te duró poco… Anoche mostraste lo que sos. Una mierda.

Paulo se quedó sin respiración. «¿Cómo puede ser que Alma sepa algo de lo que sucedió con María? ¿Qué? ¿Cómo es que María se lo envió? ¿Qué carajos ha enviado? ¿Cómo mierda lo hizo?». Su cuerpo estaba en tensión y se puso a revisar su propio móvil. No encontró nada que indicara que ella tenía el número de Alma. ¿Cómo cojones lo había conseguido? Decidió encararla. Marcó su contacto. Ella tardó en atender.

—*Buenos días, Paulito. ¿Te arrepentiste de haberme dejado sola anoche? ¿Quieres que repitamos?*

—¿Qué has hecho? ¿Qué le enviaste?

—*No entiendo de qué me hablas.*

—No te hagas la tonta, que tú no tienes un solo pelo.

—*¿Hablas de la mujer que hay en tu vida, la que negaste rotundamente en cada ocasión que te pregunté? ¿Cómo es su nombre?, es con A… Dame unos segundos que hago memoria… Ah, sí, Alma…* —El tono de ironía estaba enloqueciendo a Paulo—. *¿Qué pasó, majo? ¿Te ha dado una patada?*

—¿Qué mierda le mandaste?

—*Algo muy, pero muy, educador. Sobre todo, de ciertos gustos sexuales.*

—Eres la peor hija de puta que he conocido. No puedo creer que estuve tres años de mi vida contigo. Nunca vi lo vengativa que eras.

—*¿Yo soy la hija de puta? Esto es de fábula, niño. Tú te vas al culo del mundo, me dices que a la vuelta te mudas conmigo. Tres años esperé que te decidieras. ¡Tres años!* —El tono de María de los Ángeles iba subiendo —. *Nunca, jamás, en esos putos tres años me dijiste «te amo». Y resulta que en unos días, en otro país de mierda, una jodida mujer no solo te calienta la polla, sino que le dices que la amas. Ahhh, no, eso es ya demasiado. ¿Y luego soy yo la hija de puta?*

—Pues verás que sí lo eres, María. Hice todo lo posible para evitarte el dolor de saber que otra mujer, en días, me hizo sentir lo que tú no lograste en años. Y ahora que lo descubres sola, te quieres desquitar lastimándola a ella y a mí. Pues te advierto, esto lo voy a arreglar, pierde cuidado, pero tu vida será siempre una mierda. —Paulo cortó la llamada.

«¿Qué es lo que le ha enviado? ¿Qué? ¿Foto o filmación? En lo que

sucedió anoche, solo el hecho del sexo oral puede comprometerme, nada más… ¿Nada más? Si yo viera una foto de Alma chupándole la polla a otro tío… Pues, joder, creo que la mataría. Pero ni siquiera la toqué a María. Debe de ser algo más, Amanda fue clara: "Las porquerías que hicieron", los dos. No puedo seguir especulando». Tomó el móvil y llamó a Amanda.

—Rubia, por favor, no me cortes.

—*¿Qué no te corte? La puta madre que te parió, gallego, pobre tu mamá, que es una santa, pero vos, querido… Parecías un angelito y resultaste tremendo hijo de puta. Desde anoche que Alma no hace otra cosa que llorar. Le rompiste el corazón.*

—Por Dios, te suplico. No sé qué carajo le mandó, pero estoy seguro de que es un truco. Ella me robó el contacto de Alma, acabo de darme cuenta y la he enfrentado, me lo ha confirmado.

—*¿Ah sí?* —Amanda usaba un tono irónico—. *¿Y qué mierda hacías con ella ayer?*

—Fui a retirar pertenencias mías que habían quedado en su apartamento. Ella había dicho que no estaría y fui. Alma estaba al tanto de que en algún momento yo iría. Mientras yo guardaba mis cosas, ella tomó mi móvil y robó el contacto. No tengo idea de lo que envió.

—*Bueno, te digo que en el video no se te veía ni muy distraído ni preocupado por Alma ni por ninguna pertenencia. Estabas ávido de sexo. Le diste por todos lados.*

—¡¿Quéeeeeeeee?! No puede ser. Amanda, eso no ocurrió, os lo juro. Jamás la toqué.

—*No, seguro, gallego. A ella ni la rozaste. Se la metiste por todos lados sin rozarle nada.*

—Rubia, esto es serio. Te juro por lo más sagrado que tengo, te lo juro por mi madre y Alma. Eso no ocurrió.

—*Y después de todos los hombres que ha habido en mi vida y en las vidas de mis amigas que nos han mentido, ¿creés que puedo creerte? No, gallego. Quisiera, porque mi amiga la está pasando mal, pero no puedo. Todas le prometimos que no te atenderíamos, yo rompí esa promesa porque quería darme el gusto de cantarte las cuarenta. Pero no me convencés con ese discursito de «te lo juro por lo más sagrado».*

—Por favor, Rubia. Dime cómo hago para convencerlas. Desconozco lo que María le envió, pero te puedo asegurar que no pasó anoche lo que ustedes vieron. Discutimos, peleamos, me llevé cosas, pero nada más. Somos grandes, ¿tú crees que estaría haciendo el estúpido contigo, aguantando tus insultos, si es que no fuera todo eso un engaño?

—*No sé, gallego* —el tono de Amanda comenzó a calmarse—, *no me das confianza. Mostraste una forma de ser, pero el video es muy explícito. No existe persona en el mundo que pueda borrarse esas imágenes, te lo aseguro.*

—Espera, espera. Dime exactamente qué vieron. Así puedo ver de dónde sacó las imágenes. —Se escuchó un sonido de fastidio de Amanda.

—*Es lo que te dije. Vos y ella en una habitación, una cama. La tenés atada al respaldo. La penetrás por todos los agujeros posibles. Punto. No se ven calendarios ni nada que indique qué día es.*

Paulo trataba de recordar en qué situación de su relación habían filmado sus noches de sexo. Evocó varias, pero ninguna coincidía con lo que Amanda había descripto.

—Mira, te juro, rubia, que anoche no hice nada de eso. María y yo nos hemos filmado varias veces, ella es cineasta, las debió guardar, con seguridad, y tiene los programas necesarios para la edición. Debo encontrar algo que le demuestre a Alma que eso no ocurrió anoche. Necesito que me ayudes. No puedo ser acusado por todo lo que he hecho en mi vida antes de conocerla, me he mandado cagadas, me he filmado, pero Alma no estaba en mi vida. Ella es un antes y un después. —La amargura le cerraba la garganta.

—*Mirá, gallego. No sé. Quiero creerte, quiero que seas el tipo que enamoró a mi amiga, el que le prometió amor eterno, el que la volvió a la vida. Pero no sé si te creo.*

—Te lo suplico, rubia. —La voz de Paulo se quebró, él se quedó en silencio. Nunca le había pasado sentir el dolor que estaba sintiendo ante el panorama de haber perdido a Alma. Nunca antes había llorado por una mujer.

—*Gallego, ¿estás llorando?*

Paulo no podía responder, lo embargaban las ganas de llorar y dejar salir todo el dolor que tenía adentro. Esperó unos segundos interminables, cuando sintió que su voz no lo delataría.

—Rubia, si la pierdo, muero. Es mi vida. Ella cambió todo en mi vida. Ella me hizo desear tener una familia, dejar los riesgos de mi trabajo. Es la primera vez en mi vida que veo todo claro. Ella lo es todo para mí. Te lo juro.

—*Está bien. Gallego, quedate tranquilo. Ya con tu silencio y tus lágrimas me habías convencido. Dejame ver si puedo enviarme el video y te lo paso para que veas exactamente.*

—Por favor. Espero tu mensaje. Dile que la amo, que nada de esto es verdad. Que me dé la oportunidad de hablar con ella. Que me atienda.

*—No, gallego. Si le digo todo eso, se va a dar cuenta de que hablé con vos. Se nota que estás conmocionado, no pensás bien. Yo veo cómo insertarle la duda de si es o no real ese video. Dame la oportunidad.*

—Confío en ti, rubia. Estoy en tus manos. Te suplico que abogues por mí.

*—Chau, gallego. Estoy en su casa, me vine al baño para que no escuche. Dejame ver cómo hago.*

Cortaron la llamada. Paulo salió de la habitación con el rostro desencajado. Valentina lo vio acercarse y se asustó.

—Ay, niño, qué cara llevas, ¿qué ha pasado? No me asustes.

—Mamá…, la hijoputa de María le envió a Alma un video de nosotros. —Las lágrimas corrían nuevamente por el rostro de Paulo. Valentina nunca lo había visto de ese modo y se asustó—. La perdí, mamá, la perdí, ¿cómo hago ahora? ¿Cómo respiro, cómo vivo si ella es mi aire, mis ganas?

—Paulito, hijo, tranquilo… —Paulo se había sentado en una silla del comedor. Valentina se acercó para abrazarlo como cuando lo consolaba de niño por la pérdida de algún juguete—. Tranquilo, hijo. Algo se podrá hacer. Debes hablar con ella. ¿Un video, dices? Entonces lo de ayer fue filmado, Paulo. ¿Te das cuenta? Ella tenía todo planeado. Qué sucia mujer…

—No, mamá. Lo de anoche no fue lo que envió. Es peor. Es algún video que filmamos cuando aún éramos pareja. Los dos fuimos demasiado activos para la cámara.

—Ay, mi niño. Estas cosas modernas de filmarse… La verdad, no las entiendo, si no hay mejor cámara que nuestros ojos y mejor reproductor que nuestra mente, ¿qué necesidad teníais de filmaros?

—Mamá, ya es tarde para esos planteos, ¿no crees?

—Bien, bien, tienes razón. Sé que no sirven esos planteos ahora. Espero que todo esto te sirva de escarmiento. Pero si lo que envió es de cuando vosotros estabais de novios, algo habrá que delate eso, el peinado, la ropa, la barba, algo… no sé. Alma no puede ofenderse por algo que sucedió antes de ella.

—Lo sé, mamá, pero no me atiende, no quiere hablar conmigo. No sé qué imágenes son. Una de sus amigas prometió ayudarme, pero debo volver. No puedo seguir en Madrid esperando que esto se resuelva.

—Tienes razón, hijo. Dejame ver si consigo un pasaje lo antes posible. Trata tú de cerrar lo que debes cerrar con tu trabajo.

Paulo se levantó y comenzó a hacer llamadas, a su jefe, a Borja, a sus demás amigos. Fue a buscar sus pertenencias a casa de María, esperando cruzarla. Quería verla para gritarle unas cuantas en la cara.

Pero ella no estaba. Tomó la caja con todo lo suyo y se disponía a salir cuando se le ocurrió dejarle una nota. Buscó papel y lápiz.

*Eres de lo peor. No puedo creer que haya compartido mi vida durante tres años contigo y no te haya conocido bien hasta este momento. Aléjate de mí y de los míos, y sobre todo de Alma, ella es todo lo que tú no fuiste ni serás nunca. Desde hoy estás muerta para mí. P.*

Quiso ser cruel, quiso lastimarla como ella había lastimado a Alma y, en definitiva, a él mismo.

Habían pasado cinco días desde la separación de Alma. Paulo había bajado de peso, sus ojos se veían rodeados de unos círculos grandes y oscuros. Seguía llamándola, enviándole mensajes. Ella seguía en silencio. Amanda aún no había logrado hacerse con el video. Alma no dejaba solo su móvil en ningún momento y se había negado a compartirlo con Pato y Amanda, alegando que eran hechos de la intimidad de Paulo, que se lo veía desnudo y que, si bien ellos ya no eran nada, no le parecía correcto. Así era ella, leal hasta el final. Simple, cuidadosa.

Las lágrimas de Paulo volvían a escapar de sus ojos. «Necesito el puto tiquete de avión. Debo buscarla, ¿justo en este momento se les ocurrió viajar a todos los españoles con rumbo a Argentina?… Necesito el puñetero boleto». Tenía las maletas armadas y los papeles en orden desde hacía días. Vicente había logrado, casi en tiempo récord, todos los pedidos que había hecho Paulo. Las notas sobre la inundación, y la de la explosión en YPF,y, finalmente, la del papa Francisco eran excelentes y habían dejado muy bien posicionado al periódico. La imagen del camino de la corrupción en Argentina quedaba expuesta. Tenía todo en orden.

Cada noche repasaba mentalmente lo que iba a decirle, armaba el discurso, pensaba las objeciones que ella iba a presentarle e ideaba una respuesta para cada una. Estaba volviéndose loco. Su cerebro no descansaba. Todo el tiempo pendiente del teléfono, de los mensajes, de ella en sí. Su vida ya no tenía sentido, nada lo tenía. «Si Alma no está en mi vida, ¿para qué quiero seguir viviendo?, ¿para sentir este dolor en el pecho? Sería capaz de todo por recuperarla. No verla, no escucharla me está enloqueciendo. Por Dios… Ahora entiendo plenamente el dolor de María de los Ángeles. ¿De qué sería capaz si otro hombre fuera el culpable de que Alma me dejara? De todo, lo sé. Solo quiero que sea mía de nuevo. Alma, eres todo en mi vida, eres mi faro en la noche, tú guías mis pasos, eres mi puerto seguro. Mi hogar no es Madrid ni La Plata, mi hogar está donde tú estés… Mi hogar eres

tú». Paulo cerraba los ojos y pensaba. Tal vez, alguna magia hiciera que sus palabras llegaran al espíritu de Alma.

Llamó a su primo Germán, quería saber si Amanda no había conseguido nada aún. Su primo estaba al tanto de todo, igual que Marcela y sus tíos. Todos estaban preocupados por Paulo. Valentina les contaba lo desmejorado que lo veía. Paulo pasaba noches enteras sin dormir, Valentina lo oía llorar, hablar solo; por momentos, la furia lo encontraba y rompía parte de su habitación. Estaba muy preocupada, pero lo dejaba hacer, sabía que el sentirse culpable tampoco ayudaba. Valentina ingresaba cuando escuchaba que el ataque de furia había terminado, lo hallaba en el piso, llorando, entre sus cosas hechas añicos. Ella entraba en silencio, lo abrazaba y trataba de calmarlo. Paulo lloraba en brazos de su madre como cuando era un niño. Ni sus amigos más cercanos ni Borja habían logrado sacarlo o distraerlo. La familia, desde Argentina, lo llamaba para darle ánimos, para tratar de ayudarlo. Nadie podía hacerlo, solo Alma podía devolverle la vida.

El único momento en que no se sentía miserable era cuando recordaba los momentos de pasión y felicidad con Alma. La rememoraba jugando con Lola, sonriéndole luego de una broma, preparando una comida, haciéndole el amor, sus caricias, sus sonidos, sus besos. Aquellos recuerdos lo apartaban del dolor por unos minutos, pero al volver al presente, al ser consciente de haber perdido todo aquello, el padecimiento lo atravesaba otra vez. Aquella tarde estaba como absorto, recordando la última noche que habían pasado antes de su viaje a Madrid y las promesas que se habían hecho. De pronto, un sonido lo sacó de su fantasía feliz, sonó el móvil, número desconocido. Lo atendió. Le habían conseguido un pasaje de último momento. Viajaba al otro día a la mañana, muy temprano. Volvió a llamar a Germán y le contó la novedad.

—*¿Querés que te vaya a buscar a Ezeiza? Estás muy nervioso, no podés manejar vos.*

—No, primo. Quédate tranquilo. Alquilo el automóvil y me voy yo.

—*¿Vas a parar al mismo hotel de siempre?*

—No sé aún, solo pienso en llegar a su casa y hablar con ella. No tengo reserva en el hotel.

—*Bueno, despreocupate. Te venís para casa. Acá mi vieja te arma una cama al toque, además, con el estado que tenés, necesitás contención de familia.*

—Gracias, primo.

# Capítulo 24

El video que aún estaba guardado en su celular era muy doloroso. Alma lo había recibido hacía días y aún no podía contener las lágrimas al recordarlo. Paulo encima de una mujer, la tenía atada, ella gemía, primero la besaba en todo el cuerpo y ella se contorsionaba. Luego él la penetraba, entre gritos de ella y jadeos de él. Las imágenes estaban en penumbras, había una luz muy tenue, pero se veía claramente que era Paulo, y ella tenía los ojos tapados. En un movimiento, que Alma reconoció como propio de Paulo, la giró, manteniendo sus manos aún atadas, y la penetró por la cola, sin preparación previa. La mujer emitió un grito, pronunciando el nombre de él. No quedaba lugar a dudas, era Paulo. Él seguía como endemoniado, penetrándola de una manera salvaje y golpeando con su mano derecha un glúteo de esa mujer. Cuando el orgasmo se avecinaba, Paulo logró articular una frase: «Dios mío, María, cómo te extrañé». El video terminaba con el sonido gutural del orgasmo de Paulo. Las lágrimas corrían por las mejillas de Alma. Por eso no había podido atenderla. Estaba con ella, estaba con María de los Ángeles.

El corazón seguía destrozado. Alma sentía un dolor tan profundo que casi no podía respirar. Alma era un fantasma. No comía, dormía poco y mal. Jorge volvió a llamar al psiquiatra de ella para solicitarle que la viera y le diera pastillas para dormir, el hecho de no poder conciliar el sueño era el inicio de un proceso que no iba a terminar bien, ya lo sabían. El profesional la vio y le diagnosticó una depresión profunda. La medicación volvía a su vida, solo le prescribió algo suave para dormir; mientras ella pudiera hablar y llorar de lo que la angustiaba, no creía necesario medicarla con antidepresivos. Alma no

había querido ir a la sesión, fue obligada y acompañada por Jorge y Karen. Salió descontenta, no quería volver a ser la zombi que había sido con la medicación que le habían dado hacía unos años, «Pero dormir me hace bien; si duermo no pienso en él, no me duele, el dolor se va».

Amanda, Pato, Karen y Jorge se juntaban periódicamente, hablaban de cómo la veían y se organizaban para no dejarla sola. La medicación la hacía dormir mucho, y ella pasaba el día encerrada. Cuando Alma había perdido a su hijo y a Mariano, había estado mal, triste, pero no se acercaba a cómo la veían en esa oportunidad. Los asustaba. Alma se apagaba lentamente, no había vida en sus ojos. Amanda, en esas reuniones, se animó a comentar lo que había hablado con Paulo.

—Cálmense todos, por favor. Les voy a contar algo. Les pido que no salga de acá. Alma nos prohibió a todos hablar con Paulo, pero a mí me llamó él.

—¿Qué? ¿Y lo atendiste después de lo que le hizo a mi hermana? Ese tipo tiene cara de roca.

—Pará, Karen, dejame que les cuente. Al principio lo puteé, le dije todo lo que se me pasó por la cabeza. Él no entendía por qué yo lo agredía. Luego me explicó que esa noche sí se había encontrado con su ex, pero solamente para retirar pertenencias del departamento de ella, que él había dejado.

—Sí, y ahí le dio para recordar los viejos tiempos, ¿no? Y le salió mal porque la turra lo filmó —dijo Pato furiosa.

—Chicas, esperen. Dejen que Amanda explique. Yo sigo sin poder creer que Paulito sea esa clase de hombre. Me miró a los ojos y me dijo que la amaba, que la iba a cuidar. Yo vi sinceridad en su rostro, ¿tanto me pude equivocar?

—No, Jorge. Exactamente eso quiero explicar. Él me jura que lo que vimos nunca pasó, o al menos no pasó esa noche. Parece que la mina es cineasta y que, con Paulo, durante su relación, se autofilmaron teniendo relaciones. Él está seguro de que ella usó alguna filmación vieja. Les juro que me partió el alma escucharlo, se me puso a llorar. Está como loco.

—¿No será verso? —preguntó Pato aún desconfiando.

—Te juro que lo pensé, pero en un momento se quebró. Me partió el corazón. Yo le creo, no sé. Germán dice que su tía habla seguido con ellos, ella les aseguró que lo que esa mina mandó es algo filmado de hace tiempo, y que Paulo está destrozado, y Valentina está asustada.

—¿Y por qué carajos no está acá, aclarando todo con Alma? —Pato

seguía furiosa.

—Hubo una oferta de aéreos. Parece que se agotaron todos los pasajes a Argentina. Podría tomarse un avión a otra parte y luego desde ahí venirse, pero Valentina está asustada de dejarlo irse así, sin tener nada seguro. Ella tiene contactos en varias aerolíneas, en cuanto alguien anule un pasaje, los van a contactar. En cualquier momento llega. Hay que ir preparando a Alma para que esté dispuesta a escucharlo.

—¿Vos creés que la ex armó todo solo como venganza? —dijo Karen aún reticente.

—Yo creo que sí. Confío en el dolor de Paulo.

—Pero si eso es así, Alma y Paulo están sufriendo por la maldad y egoísmo de una mina sin escrúpulos —dijo Jorge azorado.

—Sí. Pero Almita no quiere hablar con él, no lo atiende. Esto se está extendiendo demasiado, este silencio entre ellos creo que es peor. Yo le prometí a Paulo que iba a tratar de conseguir el video para enviárselo, así él puede identificarlo y explicarle a Alma.

—¿Y cómo pensás hacer, querida? —preguntó Jorge preocupado.

—No sé, don Jorge. Alma no deja su celular ni a sol ni a sombra. No me lo quiso pasar alegando cuestiones de intimidad de Paulo. Les pido que me ayuden. Si alguno logra tocar el celu de ella, me pasa el video.

—Bien, si esto ayuda a la testaruda de Alma, y si es cierto que Paulo no tuvo nada que ver, ayudamos —dijo Karen segura.

Un día después, en casa de Karen, Alma depositó su celular en la mesa de la cocina y anunció que iba al baño. Karen había cebado una pava entera de mate. En cuanto salió de la habitación, Karen saltó hacia el teléfono, abrió la galería, buscó el video. Lo encontró luego de unos instantes. Eligió la opción de compartir con WhatsApp y tocó el contacto de Amanda. Los dedos se le trababan de los nervios. El mensaje salió, esperó el doble visto, que indicaba que el mensaje había llegado a destino, y automáticamente borró el envío para que Alma no se diera cuenta. Escuchó sonidos por el pasillo. Imaginó que su hermana ya regresaba. Se apuró. Salió de la aplicación, cerró todo lo que había abierto y apagó la pantalla. Lo volvió a acomodar en el mismo lugar que lo había dejado Alma. Se quedó con ganas de autoenviárselo. Ella quería saciar su curiosidad. Tomó su propio celular y escribió un mensaje a Amanda.

> Amanda, te envié el bendito video. Almita está en casa y se descuidó. Ojalá esto ayude. La veo muy desmejorada.

Alma regresó arrastrando los pies, que era su modo habitual de caminar desde que el corazón se le había destrozado y en su lugar quedaba un hueco doloroso.

—¿Supiste algo de Paulo, Almita? —preguntó Karen.

—No lo nombres, por favor. Este hueco que tengo en el pecho me duele cada vez más, Karen. Cuando lo recuerdo o lo nombran, se hace más grande. No puedo soportarlo. —Las lágrimas volvían a surgir, Alma se abrazaba a sí misma, como queriendo unir las dos partes en las que se había dividido su cuerpo al perder su centro, el corazón.

—Almi, ¿vos pensaste que tal vez, solo tal vez, él sea inocente? Esa mina podría haber hecho algún truco, y vos no le das la oportunidad a él de defenderse.

—No puedo escucharlo, quisiera creerle cualquier explicación que me dé, incluso la menos creíble. Sé que voy a querer creerle, pero no puedo. Es él, el video no miente. Es su cuerpo, su rostro, su cabello, su voz, sus sonidos al hacer el amor, es él…

—Hermanita, entiendo el dolor de verlo con otra, pero tal vez esa filmación no es actual, tal vez sea antigua. ¿No pensaste eso?

Alma levantó la mirada, algo sorprendida.

—No… no lo pensé. Pero eso sería muy conveniente para él, ¿cómo puedo saber si esto es así o si es una excusa?

—Hablando con él, Almi.

—Todos los días me envía mensajes, yo no los respondo, pero los leo. —Las lágrimas caían a los lados del rostro como dos ríos—. Me pone que me ama, que le deje explicar, que nunca amó a nadie como a mí, que no puede vivir sin mí.

—¿Y vos cómo te sentís con eso?

—Siento que me encantaría que fueran verdad, pero no le creo. Algo se rompió dentro de mí, no confío en él.

—Yo te digo esto: si vos fuiste solamente una aventura, una infidelidad, y si es que ellos no habían terminado, ¿te parece que iba a seguir insistiendo durante cinco días seguidos para que lo escuches? ¿Te parece que va a hacer el papel de boludo, suplicando, si no hubiera una posibilidad de que fuera inocente? ¿Para qué lo hace si no es inocente?

Alma se quedó sin argumentos. Su silencio le dio la pauta a Karen de que sus palabras habían generado la duda. Guillermo entró con Lola en ese instante.

—Maminaaaaaa —dijo Lola y corrió a abrazarla—. ¿Qué le pasa a la mamina, mami? ¿Por qué llora?

—Hola, Lolita —dijo Alma abrazando a la niña con fuerza—. No me pasa nada, estoy un poco triste.

—¿Por qué, mamina? ¿Querés que vayamos a la plaza? Cuando yo estoy triste, mami y papi me llevan a la plaza y juego un ratito, se me va enseguida.

—Dale, Loli, vamos a la plaza. —Alma se puso de pie y miró con una súplica a Karen, pidiéndole que fueran a la plaza y olvidaran la charla.

—Dale, mamina, vamos. Papi, ¿nos llevás a la placita?

—Vamos, chicas, las llevo. Karen, cargá el equipo de mate y nos pasamos la tarde en la plaza, les va a hacer bien.

Karen preparó todo, en segundos, en una canasta. Alma y Lola estaban en la puerta, tomadas de la mano. La niña le tironeó la mano para que Alma se acercara a ella y poder hablarle en secreto.

—Mamina, yo también lo extraño a Palito. Pero quedate tranquila. —Las palabras de la niña hicieron que el hueco en el pecho se agrandara unos centímetros, mucho dolor—. Él me dijo que te quiere mucho, como hasta la luna ida y vuelta, pero varias veces, ¿eh? —dijo Lola señalando el techo de la casa—, y que iba a volver pronto. Y me dijo que mientras él está en su país, yo te cuido. Así que, si vos tenés algún problema, me decís a mí.

—Gracias, Loli. Sí, sí, es eso, nada más.

—A mí me pasa lo mismo, vos sabés que Milo se fue con los papás de vacaciones y no está yendo al jardín. Yo lo re extraño. Por suerte vuelve en unos días, creo que el lunes ya lo veo.

—Qué bueno, Loli. —Alma sonrió con ternura, ojalá las cosas fueran tan simples en la vida como lo eran para Lola.

Paulo estaba entrando en el aeropuerto, en minutos debía abordar el avión que llevaría de nuevo a Alma. Ya quería estar en Argentina, y le esperaban más de ocho horas en avión, luego seis más entre escala y nuevo vuelo, y finalmente casi dos para llegar a ver a Alma. El corazón le latía apresurado. Valentina lo notó distraído, como ido.

—Hijo, tranquilo. Estoy segura de que todo esto se va a arreglar. Quédate tranquilo. Acuérdate lo que os dije a ambos, la comunicación es primordial entre vosotros, vuestra sinastría ya os lo anticipaba. Pero saldréis airosos. Es seguro.

Ambos se abrazaron con fuerza y sin palabras. Valentina nunca había visto a su hijo tan mal. Había adelgazado varios kilos, estaba muy desmejorado.

El amor… Paulo dejó a su madre, miró hacia la puerta que debía cruzar para subir al avión. Se giró y saludó con la mano a Valentina, que lo miraba con lágrimas en los ojos. Ella le mostró su derecha con los dedos índice y mayor cruzados, en señal de deseo de suerte, y

luego se tocó el corazón. Paulo hizo el mismo gesto. Eso era un ritual, cada vez que él partía del aeropuerto a alguna de sus investigaciones. Valentina sabía, sospechaba, que siempre viajaba a lugares muy riesgosos y que por su mismo trabajo corría peligro. Ella leía sus notas, sabía que arriesgaba el pellejo en cada investigación. Ese ritual era su modo, silencioso, de decirle que entendía en qué estaba metido, que lo aceptaba y que lo amaba profundamente. Normalmente se quedaba preocupada hasta que su hijo lograba comunicarse con una llamada o un mensaje y le indicaba que estaba bien.

Paulo se giró, dio varios pasos y, al momento de pasar por la puerta que lo llevaba al avión, sintió una vibración en el bolsillo. Era el móvil. Todo el tiempo estaba atento por si Alma decidía responder. Abrió la conversación, era Amanda. Le había enviado un video. Cuando vio la primera imagen, de manera automática bajó completamente el volumen del para archivos multimedia. Se congeló. Entendió que borrar esas imágenes de la mente de Alma sería casi imposible. Caminaba a la vez que seguía viendo. Entró en el avión. Prestaba atención a lo que sucedía en la pantalla, al lugar, a los detalles. Detuvo la filmación, encontró su asiento, tenía ventanilla. Se sentó, buscó en su otro bolsillo los audífonos y recomenzó el video, sumando el audio. Se maldijo por haber permitido que María de los Ángeles tomara esas imágenes, nunca creyó que una situación de tanto placer terminaría provocando tanto dolor. Cuando llegó a su propio orgasmo, escuchó su voz diciéndole algo a María. Retrocedió y volvió a ver. No había logrado entender. Esa segunda vez distinguió lo que decía. Lo detuvo y se puso a pensar. ¿En qué situación podría haberlo dicho? Era claro que se encontraban en la habitación de María de los Ángeles, era su cama con su respaldo. Era evidente que él había estado unos cuántos días sin sexo, puesto que esos encuentros salvajes, con tal grado de violencia, se daban únicamente cuando Paulo regresaba de algún viaje largo. Pero ambos se veían iguales, sin demasiados cambios con respecto a la actualidad. Excepto… Paulo detuvo una imagen donde aparecía de espaldas, su cuerpo se veía en penumbras, pero se notaban algunas marcas. Hizo una captura de pantalla y amplió esa imagen. Sí. No cabían dudas, su espalda y sus brazos mostraban zonas oscurecidas, los moretones de los golpes del choque. Eran poco visibles en la penumbra, pero estaban. Al acercar tanto la foto, se pixelaba, pero las marcas se veían. Definitivamente eran de su vuelta de Colombia, de cuando habían intentado secuestrarlo y había logrado escapar; con el resultado de la herida en el muslo que en la actualidad se reducía a una cicatriz. El corazón se le aceleró aún más. Ya sabía cómo demostrarle a Alma que ese video no era actual. Envió

un mensaje a Amanda. Muy breve, pero conciso.

> Ya sé de cuándo es el video. Tiene poco más de un año. Hay varias marcas que son elocuentes. Estoy en el avión y debo apagar mi móvil.

El mensaje salió rumbo a Argentina y llegó a destino. Cuando Paulo vio el doble visto, lo apagó tranquilo. Ya sabía en qué momento había sido filmado, sabía cómo encarar la conversación con Alma. Solo esperaba que ella le diera la oportunidad.

Luego de más de quince horas de viaje, ya que su vuelo no era directo, sino que había tenido una escala de casi tres horas en New York, Paulo llegó a suelo argentino. El avión estaba carreteando, finalmente, en Ezeiza. Él estaba agotado, no había podido dormir mucho, se sentía extraño. Hacía casi tres semanas que había partido desde ese mismo punto, feliz, con el corazón rebosante de amor. Regresaba siendo una sombra, triste, desesperado por recuperar a Alma. «¿Estaré a tiempo? Nuestra historia no siguió los cursos normales de tiempo. Todo sucedió muy rápido y de modo muy intenso. Esto me asusta. No sé si ella podrá escucharme ahora. Ese video es demasiado fuerte para olvidarlo. A pesar de demostrarle que no es actual. Es muy difícil quitarse de la mente al energúmeno que parecía atacar y violar a una indefensa mujer. ¡Maldita seas, María de los Ángeles!…».Había elegido esa filmación demasiado bien para sus propósitos. Aún en el caso de que él lograra demostrarle a Alma que no la había engañado, que era una filmación de otra época, el hombre sediento de sexo que se encontraba en las imágenes le generaría un terror difícil de vencer.

A lo largo de las casi quince horas que viajó, Paulo había visto infinidad de veces la filmación. Cuadro a cuadro. Lo tenía grabado en sus retinas y en su cerebro. Cerraba los ojos y lo podía repasar. Había encontrado dos detalles que lo ayudarían. El primero: en el video, tenía el cabello más corto. No era algo muy notorio, pero si se prestaba atención se notaba esa diferencia. De hecho, no llegaba a taparle los ojos, como sí lo hacía actualmente. Incluso Alma le hacía bromas todo el tiempo sobre ese tema, Paulo tenía un movimiento casi involuntario, que repetía cada tanto, y era llevar el pelo, que caía sobre la frente y los ojos, hacia atrás; pero lo hacía sin usar las manos, usaba un golpe seco de la cabeza. La melena se retiraba y se acomodaba sin molestarle la visión. En la filmación, el cabello caía sobre el rostro sin fastidiarle y no había movimiento involuntario para

corregir la caída sobre la vista.

El otro punto, tal vez el más importante que le permitiría demostrar que no era de la noche en cuestión, era que se identificaba la herida de la pierna, solo en unos pocos cuadros lograba verse el muslo de Paulo desde adelante. De ese viaje para investigar las actividades de las FARC que estaban relacionadas con los carteles de droga en Colombia, Paulo había regresado con escoriaciones en varias partes de su cuerpo (por el choque) y un corte algo profundo en el muslo izquierdo. Ese corte se había infectado debido a que, por la situación de peligro en sí, Paulo había tenido que mantenerse sumergido en el río durante horas antes de recibir atención médica. La herida había sanado, en un poco más de un año de tiempo, había logrado que esa herida solo fuera una línea irregular, blanca, plana y sin dolor, pero con poca sensibilidad. En los cuadros en cuestión, Paulo realizaba varios movimientos donde se exponía esa parte, se notaban los apósitos que tenía pegados y que mantenían resguardada la lesión. Era cuestión de segundos, en la imagen, Paulo buscaba una ligadura o algo por el estilo y, al girarse, se veía, con rapidez, el muslo de frente con la venda.

Estaba seguro de que si pudiera hablar con Alma, si ella le diera unos minutos para explicarse, le mostraría esos dos hechos y lograría que ella entendiera la verdad. En su corazón, muy adentro, Paulo se sentía muy culpable. Si bien esas situaciones que se veían en la filmación no habían sucedido en esa noche, aún no podía dejar de recriminarse, porque casi llegaron a repetirse. María de los Ángeles había logrado ponerse su pene erecto en la boca, lo había succionado varias veces. Y él, movido por las sensaciones, el placer y la costumbre, se había dejado hacer. Y la erección era su peor sentimiento de culpa. El nombre de Alma le había surcado la mente como un rayo de luz y se había apartado justo a tiempo. «Pero qué hubiese pasado si… No debo seguir pensando en eso, no pasó. Además, no debo tener titubeos. Debo ser categórico con Alma. Si ella sospechase que algo sí ocurrió, pues no habrá vuelta atrás».

Quería llegar. Estaba planeando qué caminos tomar para llegar más rápido mientras esperaba ser atendido en la casa de renta de automóviles. Terminó de completar formularios, le devolvieron su tarjeta de crédito y le informaron que, en el espacio donde se encontraban los vehículos estacionados, estaba el auto Citroën C3 que acababa de alquilar. En realidad, había dos: uno negro y otro gris. Las llaves estaban adentro. Debía subir al que eligiera y mostrar los documentos al empleado. Comenzó a caminar de manera distraída, sus pensamientos seguían con Alma. De pronto escuchó que alguien, por

detrás, lo llamaba:

—¿Señor Girat? —Se giró casi sin pensarlo y, en el mismo segundo, le pegaron un golpe que lo dejó sin conocimiento.

Cayó como una bolsa repleta de piedras, tres pares de manos lo levantaron y lo movieron, casi sin ser notados. Todo estaba preparado, se habían acomodado en el único rincón ciego del estacionamiento, las cámaras no podían captar lo que estaba sucediendo, lo acomodaron en el baúl de un automóvil que se encontraba a escasos centímetros. Le ataron las muñecas y piernas con precintos y le pusieron una venda en los ojos. Cerraron la tapa del baúl y salieron del aeropuerto. El empleado de la empresa de alquiler, que debía encontrarse con Paulo en el sector, se acercaba caminando por el otro extremo, vio el secuestro, se asustó y se escondió entre dos automóviles. Al huir los secuestradores, salió a su vez del escondite y se fue directo al teléfono de seguridad.

FINAL DE LA PRIMERA PARTE

# Alma Ciudad de tempestades

Todo puede suceder en una ciudad plagada de diagonales cuando una tormenta acecha y el nivel del agua en las calles sube sin miras a detenerse, incluso encontrar el amor.

Las pérdidas no son fáciles de superar, sin embargo, Alma, con la ayuda de su familia, logra salir adelante y encausar nuevamente su vida. Pero la muerte parece esperarla a la vuelta de la esquina cuando una tormenta poco inusual se desata en su ciudad. Dispuesta a entregarse a ella, pronto descubrirá que ese no era su destino.

Paulo, madrileño de nacimiento e hijo de un desaparecido durante la dictadura militar argentina, suele visitar el país de su padre una vez al año. Y su profesión como periodista lo lleva allí también para realizar una investigación en el gobierno de turno. Todo parece ir en orden con su trabajo y su vida, no obstante, el diluvio con el que se encuentra lo hará descubrir que el hilo rojo invisible del que le habló su madre es real.

La tormenta los une y el amor los atraviesa. Pero ambos deberán enfrentarse a los temores y los peligros que los acechan.

**Valeria Naya.** Nació en La Plata el 7 de diciembre de 1971. Desde muy pequeña se sintió atraída por la literatura. Ávida lectora de cuanto libro encontrara armaba narraciones orales, que mucho más tarde se animó a plasmar en papel. La lectura de las novelas románticas llegó recién en la adolescencia, pero alternaba con géneros y autores diversos. Al momento de elegir su carrera la vocación docente y la literatura fueron significativas. Cursó en la misma ciudad de diagonales que la vio nacer, en la Universidad Nacional de La Plata, donde se graduó con el título de Profesora en Letras. Dictó clases en Escuelas Secundarias, participó como Jurado de Literatura en los Torneos Bonaerenses desde 2008 al 2012, donde además realizó talleres de escritura en los Encuentros Regionales. Su novela *Alma. Amor en la tormenta* es su primera incursión en el género romántico.

Edición en formato digital: agosto de 2019
© 2019, Valeria Naya
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-17610-58-6
Composición digital: leerendigital.com www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Selecta

# Paulo

Laberinto de pasiones

Bilogía Amor en la tormenta 2

*Valeria Naya*

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

## Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la Real Academia Española* siempre está disponible para consultas.

## Capítulo 1

Alma seguía sentada frente a su desayuno. Miraba la taza, concentrada. En realidad se hallaba a una distancia increíble del café con leche. Estaba en los recuerdos, en los brazos del único hombre que la había hecho sentirse mujer. Rememoraba la vez en que habían hecho el amor y la había atado al respaldo de la cama. Recordaba cada detalle, cada sensación... Sintió, de repente, humedad en la vagina y sus pezones se erizaron. El roce de uno contra el borde de la mesa la devolvió al presente, ese hombre ya no estaba en su vida y no volvería a estarlo. Hacía dos días que no recibía mensajes de él, se había producido el esperado silencio de aquel lado de la línea. Y ella se sentía peor aún. Tenía guardada la esperanza de que él siguiera intentando comunicarse para explicarle. Que se apareciera de improviso en su puerta. Nada. Incluso había revisado en WhatsApp su última conexión. «Hace más de un día que no se conecta, eso es extraño. ¿Habrá cambiado de línea? ¿Tendrá una con la cual se comunica conmigo y otra que usa con esa mujer? ¿Podrá ser que esté tan organizado?».

El dolor aún le corroía las entrañas, el hueco en el pecho se hacía cada vez más grande. Recordarlo, recordar lo feliz que había sido en sus brazos, era como un ácido que iba comiendo la carne alrededor del agujero, generando más dolor. Las lágrimas la invadieron y, como se encontraba sola, decidió dejarse llevar. Lloró de un modo desconsolado, se tiró arriba de la mesa y dejó salir la desesperación, la desilusión, el dolor. Cuando estaba con su familia o con sus amigas, se guardaba bien de expresar tanto su tristeza. Los sabía a todos preocupados y pendientes de ella. Cuando estaba sola, dejaba que la expresión de su tristeza saliera con toda su fuerza. Le dolía la cabeza de tanto llorar, le dolía el rostro, le dolía el cuerpo, le dolían hasta las raíces del cabello. La nona Donatella siempre decía que cuando a una persona le dolía el cabello, era porque le estaba doliendo el alma, y a ella le sucedía eso. No había parte del cuerpo que no le doliera. Hacía

días que no hacía otra cosa que llorar, que preguntarse por qué. «¿Por qué me sedujo? ¿Para lastimarme después? ¿Por qué me aseguró que nunca me lastimaría si ya tenía pensado hacerlo? ¿Por qué me dijo que a su regreso viviríamos juntos, si no tenía pensado hacerlo? ¿Para qué hacerme vivir para luego matarme de este modo? ¿Y todo lo que hablamos, todos los planes, todas las palabras de amor? ¿Todo era mentira?». Por enésima vez, en ese torturante tiempo sin Paulo, se dio la respuesta a sí misma, gritando sola en la cocina: —¡¡¡Sí, todo fue una mentira!!!! Fui una aventura sexual en Argentina, nada más.

Alma le había dado lo que quería, aunque, a juzgar por el video, no del modo que él necesitaba, y luego había vuelto a su verdadero amor, a los brazos de una mujer que era capaz de perdonarle cualquier cosa, hasta una infidelidad. Porque, en ese momento, desconfiaba hasta de que hubieran estado separados. Desconfiaba de que él le hubiera dicho que estaban separados solo para acostarse con ella. Su celular se encontraba a unos centímetros, sonó indicando la llegada de un mensaje. Se secó las mejillas y lo tomó. Era de Pato.

> Amigas, no se olviden de que hoy las paso a buscar para ir a Capital a comprar los vestidos. Debemos conseguir el mío del civil y los de ustedes de la iglesia. En una hora estoy en sus puertas. Estén listas, chichis.

Alma estaba al tanto de que debían ir; la verdad era que no tenía ánimos, pero desde que había roto con Paulo, se había impuesto a sí misma no abandonar a sus amigas en sus situaciones felices, aunque ella se sintiera el ser más infeliz de la tierra. Así que con una fuerza de voluntad inverisímil, seguía acompañando a Pato en los últimos preparativos de la boda y escuchaba los relatos de Amanda y sus aventuras románticas con Germán. A pesar de todos los pronósticos, que les jugaban en contra, Germán y Amanda seguían con su relación y ambos parecían comprometidos afectivamente. Por desgracia para Alma, escuchar las ocurrencias de Germán y las situaciones románticas que generaba para Amanda la hacían recordar aún más a Paulo. Además, tener que verlo la destrozaba. No se había dado cuenta, hasta ese instante, del parecido que había entre ellos; cuestiones físicas, nada más, pero eran un recordatorio constante de Paulo. Sin ánimos, y con mucha tristeza en el alma, respondió.

> Estoy terminando de desayunar. Ya estoy vestida. Cuando quieras, podés pasar.

Y había agregado una carita guiñando un ojo y con la lengua afuera, como queriendo demostrar una alegría que en verdad ya no podía existir en su interior. Intentó arreglar su rostro, los ojos hinchados de tanto llorar, la piel enrojecida, la mirada sin vida. Se

lavó con agua fría para que todos sus rasgos volvieran a la normalidad; lo de la mirada no tenía arreglo.

En el camino a Capital Federal, Pato conducía, Amanda cebaba mates y Alma iba atrás, sentada junto a la hermana de Pato, que también iba con ellas para elegir el suyo. «Salida de chicas», había dicho Pato, entusiasmada. Marina, la hermana de Pato, estaba al tanto de todo lo sucedido. Miraba de reojo a Alma y se mantenía en silencio. Era una mujer dulce, tenía apenas unos años más que su hermana. Estaba casada y terminando de hacer la casa con su marido, y no querían tener hijos hasta tenerla concluida. Pato y Amanda iban adelante charlando como dos locas, riendo, haciendo bromas. Alma tomaba mate en silencio. En un momento, una lágrima silenciosa se escapó de uno de los ojos de Alma. Marina la notó. En silencio, le tomó la mano y Alma la miró sorprendida. Le hizo un gesto que le indicaba que estaba intentando darle fuerzas. Alma sonrió sin muchas ganas.

Caminaban por la calle Corrientes. Amanda y Pato iban por delante de Marina y Alma. Amanda hablaba con sus ademanes exagerados a la vez que revisaba todo el tiempo su celular. Marina y Alma, ambas de caracteres más tranquilos, caminaban unos pasos detrás, viendo las vidrieras con más tranquilidad. Marina se animó y le sugirió a Alma: —No te veo muy bien, Almita.

—La verdad, Mari, estoy hecha pelota. Destrozada. Pero no puedo arruinarle a tu hermana el día. Está esperando con tanta felicidad la boda. Y cada preparativo es una nueva alegría. Yo, la verdad… —Los ojos se le llenaron de lágrimas y la voz se le cortó.

—Tranquila, Almi —dijo a la vez que la abrazaba. Estaban a unos pasos del comercio; Pato y Amanda habían entrado a ver un vestido. Marina sacó unos pañuelos descartables y le dio el paquetito a Alma, que se secó rápidamente las lágrimas—. Sé todo lo que pasó, pero no sé qué te explicó él.

—Nada. No lo dejé. No hablamos. No le respondí más. Ni las llamadas ni los mensajes. Lo quiero lejos de mí. Quiero transitar este dolor sola, sin más mentiras.

—Ah, pero, Almi, ¿no te parece que deberías darle la oportunidad de que se explique? Digo, de última, te va a servir para confirmar que es un mentiroso patológico.

—No. No quiero escucharlo. Tengo miedo de que me convenza y yo lo perdone, y después darme cuenta de que todo es peor.

—Ahora, yo digo, Almita, ¿tanto trabajo le costó ganarse tu confianza, que te entregaras a él, que toda tu familia lo aceptara, que tus amigas lo amenazaran, para después mandarse a mudar y

mandarse semejante cagada? ¿Qué sentido tiene?

—Ninguno, Mari. Ninguno. Desde que todo esto salió a la luz, no hago otra cosa que pensar lo mismo: ¿por qué? No encuentro ninguna explicación viable. Pero los hombres a veces son animalitos que se rigen por sus instintos, tal vez solo lo movió la atracción de tenerme en su cama, nada más.

—A veces sí, a veces no, casi siempre son animalitos. —Las dos sonrieron—. A mí igual no me cierra. Te lo repito. Yo le daría la oportunidad de hablar para evaluar qué dice.

Amanda y Pato salían riendo del comercio y el tema se cortó. Siguieron eligiendo. Luego de caminar por más de tres horas, todas habían logrado lo que buscaban: Pato había conseguido una solera azul con corte debajo del busto y que luego caía entallado hasta las rodillas, sin ajustar demasiado, y con un saquito corto, tipo bolero, transparente, en el mismo color. Amanda había elegido un soberbio y sensual vestido *strapless* en color dorado, muy ajustado. Alma se había decidido por un vestido con un solo hombro, ajustado hasta la cadera y que luego bajaba *evassé* hasta el piso, tenía un corte que dejaba ver una de sus piernas; el color elegido era verde petróleo. Marina, a su vez, había elegido un vestido de ruedo irregular, en gasa color rojo intenso, era solero y tenía diferentes gajos de gasa formando la falda. Todas habían comprado y todas estaban de acuerdo con las elecciones realizadas. De hecho, Alma se hubiera decidido por un vestido negro, porque así era como se sentía, pero sus amigas habían encontrado el vestido verde petróleo y sabían que era un color que le encantaba a Alma. Se le impusieron.

«—Almita, no podés llevar el negro, dejate de joder, es muy de vieja; además, ese color no te hace brillar. Este verde petróleo es muy sensual y es un color que a vos te gusta mucho, ¿o no? —había dicho Pato, preocupada porque su amiga volviera a verse sexi a sí misma.

—Sí..., pero no estoy segura —había contestado Alma no muy convencida.

—Te queda bárbaro, Almita —terció Marina, que quería ayudarlas a alegrar a Alma—. Fijate el contraste de tu piel blanca con el color verde, increíble; la tonalidad marrón de tu cabello, todo forma un conjunto impecable.

—Sí, salvo esas ojeras horribles. Vamos a tener que gastar un pomo entero de corrector, che, el día de la boda —dijo Amanda con su naturalidad—, más vale que te pongas las pilas, nena. No vamos a poder taparlas si se marcan más.

—Te prometo hacer el intento, amiga —aseguró Alma sonriendo.

—Todas esperamos que lo hagas, Almi —agregó Pato, y, en un

segundo, las tomó y formó un abrazo grupal—. Chicas, ¡cómo las quiero!, estoy feliz de vivir estos momentos con ustedes...».

Se abrazaron. El celular de Amanda sonó. Y ella fue la primera en romper el círculo. Necesitaba abrir los mensajes. Sabía que Paulo estaría llegando; ella y Germán estaban tratando de organizar el encuentro entre Paulo y Alma. De ahí que había estado toda la tarde atenta al móvil. En la última comunicación, Germán le indicaba que Paulo no había dado noticias de llegar, y todos estaban preocupados. Lo que leyó le cambió el gesto. El rostro se le puso pálido.

—Ay, Amanda, mirá que sos fría, nena. Estoy diciendo algo re sentido y te vas a ver el aparato ese —comentó Pato a modo de broma. Cuando vio que el rostro de Amanda cambiaba de color, se asustó—. ¿Qué pasó, nena? No me asustes.

—Chicas, tenemos que volver a La Plata, ya —dijo Amanda empezando a caminar enérgicamente hacia el automóvil.

—¿Qué pasa? Decinos algo —insistía Pato. Las otras dos la seguían preocupadas, pero siguiendo el mismo ritmo de Amanda. Ante la insistencia de Pato, Amanda se paró en seco y se giró. El rostro estaba por completo cambiado.

—Chicas, pasó algo y tengo que ir a acompañar a Germán. Es grave. —Guardó silencio. No sabía si decir la verdad o no. Entendió en segundos que debía hacerlo—. Alma, necesito que me escuches. Espero que no te enojes conmigo. —El gesto de Alma cambió a uno de atención. Si eso grave que había sucedido la involucraba, seguro le había pasado algo malo a alguien que ella quería—. Desde antes de viajar a España, Paulo estaba preocupado por ciertas amenazas que había recibido. —Alma hizo un mohín, se tapó los oídos como una niña y recomenzó la caminata, no quería oír nada de él. Amanda la miró y la tomó del brazo—. Me vas a oír, Alma Recabarren. Yo sé que estás enojada, yo misma lo estaba. Y lo recontra puteé por teléfono cuando me llamó.

—¿Te llamó y lo atendiste, Amanda? —gritó Alma enojada.

—Sí, Alma, lo atendí. Porque quería decirle de todo, insultarlo con todas mis fuerzas. Pero ¿sabés qué? Me re cagó. Se me puso a llorar. Te juro que al principio no le creía, sabía que iba a hacer lo que fuera para convencerme, pero escucharlo quebrarse me dio una pista de que tal vez no fuera culpable. Y me dijo que tenía pruebas de que ese video no era actual. Y hace dos días...

Alma la interrumpió.

—No quiero saber nada, Amanda. Es obvio que va a decir que no es él —insistió Alma enojada y con los ojos llenos de lágrimas.

—Pará, Almi, dejame terminar. Me envió un mensaje antes de

subir al avión, me dijo que había dos hechos que demostraban claramente que no era un video actual.

—No quiero escuchar sus excusas, porque... tengo miedo —expresó Alma quebrándose.

—Ay, Almi, ¿y si tiene razón? —comentó Pato esperanzada—. Mirá si es una tramoya de esa mina para mantenerlos separados y no era verdad. Dejalo que te explique.

—Supongamos que le creo su explicación. ¿Y si me vuelve a lastimar? Chicas, yo no puedo soportar más dolor. —Alma se quebró ahí mismo, en la vereda. Las tres la abrazaron y le dieron contención.

—Chicas, vamos al coche. No quiero estar en la calle y que nos vean. Además, tengo que contarles algo peor —siguió Amanda.

—Vamos —confirmó Pato con decisión.

Entraron al vehículo, Amanda y Pato se giraron para hablar tranquilas con las pasajeras traseras. Alma se secaba las lágrimas con un pañuelo descartable.

—Calmate, Almi. Te estaba diciendo que Paulo encontró dos detalles que pueden demostrar que es un video viejo. Me lo escribió cuando subía al avión.

—¿Qué avión? —preguntó Alma mirándola asombrada.

—El avión que lo traía de vuelta a Argentina, a vos.

—¿Está acá? —dijo en un hilo de voz.

—Se suponía que debía llegar ayer, pero la familia no lo vio. Él no quiso que nadie lo fuera a buscar a Ezeiza, se alquilaba un automóvil y venía manejando solo, pero nunca llegó.

—Amanda, me estás diciendo... —La voz se quebró, las lágrimas nuevamente la embargaron—. ¿Qué le pasó? Por Dios, no me digas que...

—Pará, Almi. No sabemos nada aún. Germán se fue hoy a Ezeiza, con un amigo de la policía, a ver qué había pasado. Su avión arribó a horario ayer y aterrizó sin problemas. Pero él nunca llegó a La Plata. Están viendo. Germán me acaba de decir que tienen pruebas de que fue secuestrado.

—¿¿¿¿Secuestrado???? ¿¿Qué?? ¿¿¿Por qué??? —Alma no paraba de llorar y los nervios la encerraban en un espacio de confusión, no escuchaba claramente lo que las otras decían.

De pronto, todo se puso negro. Cuando volvió en sí, se encontraba en una camilla. Abrió los ojos y no comprendió dónde estaba ni por qué. Cuando intentó levantarse, una enfermera se acercó y le pidió que no se moviera, tenía un suero en el brazo izquierdo. Le explicó que estaba en la guardia del Hospital Fernández, que se notaba que estaba deshidratada, que no había estado alimentándose bien y que

tuvo un *shock*, que ella buscaría a sus amigas. «¿Un *shock*?». Trató de hacer memoria dónde había estado antes del desmayo. Recordó la salida de compras, la charla sobre Paulo... «¡¡¡Paulo!!!». En ese momento, entraban, como una banda, las tres amigas. Se reunieron a su alrededor preguntándole cómo se sentía. Alma miró fijamente a Amanda.

—Explicame quién podría haber querido secuestrarlo y por qué —reclamó, seria.

—Almi, el día anterior a viajar para España, el gallego me pidió que nos viéramos porque quería pedirme un favor. Nos vimos. Me dijo que había recibido algunas amenazas, que él creía que tenían que ver con su investigación. No sabía si era por la inundación o por lo de YPF. El punto es que temía por vos. Me pidió que estuviera alerta, que no te dejáramos sola.

—¿Y por qué no habló conmigo? ¿O con mi viejo?

—Porque no quería preocuparte, con suerte no pasaría nada y él habría tomado medidas al divino botón. Había un amigo policía al que debía contactar si algo extraño pasaba. Por ejemplo, cuando te llegó el ramo de flores, le pregunté a él y me dijo que no había sido él, que estuviera al tanto. Como no vi otros, me relajé.

—Pero sí hubo más ramos —expresó, sorprendida, Alma.

—¿Cómo? Nunca dijiste que te hubieran llegado más —señaló Amanda.

—No, porque llegaron cuando ya me había enojado con él. Dos más. Pero los tiré a la basura. No quería nada que me lo recordara.

—¿Y tenían tarjeta? —consultó Pato, que se había mantenido en silencio.

—No recuerdo bien... Creo que tenían una tarjetita que solo decía: «Perdón». Sí, eso. Por eso asumí que eran suyas.

—Chicas, esto me huele muy mal —acotó Amanda—. El gallego no mandó ningún ramo de flores, y menos uno que dijera «Perdón». Acá hay gato encerrado.

—¿Qué te dijo Germán? ¿Qué dice el mensaje? —preguntó Alma preocupada.

—Que estuvieron en la agencia de alquiler, buscaron los datos de Paulo. Llegó a alquilar el coche, se llevó el contrato, pero nunca retiró el automóvil del estacionamiento. Luego fueron a ver a la guardia aeroportuaria. El amigo policía de Germán lo ayudó a hablar con ellos. Vieron los videos de seguridad. Paulo camina a retirar el automóvil y nunca llega. Parece que se lo llevaron ahí, en un punto ciego de las cámaras. Además, un empleado de la agencia de alquiler presenció el secuestro. Los vio. Eran tres tipos. Tenemos sus

descripciones.

—¡Noooooooo! —Alma se tapaba la boca con la mano derecha—. Tenemos que ir con su familia. Tenemos que encontrarlo.

Alma tomó las riendas de la situación. En el hospital, nadie quería dejarla salir. Ella se empacó como una nena caprichosa y pidió firmar un acta donde se responsabilizaba de su salud por retirarse. Pato manejó más velozmente que nunca. La familia de Paulo las esperaba en Ezeiza. Al llegar, Amanda puso a Germán al tanto de que habían estado casi tres horas en el Hospital Fernández y explicó lo sucedido.

—¿Será prudente, Amanda, que esté acá? A ver si se nos desmaya de nuevo —comentó Germán en tono bajo, aún preocupado por la salud de Alma. Ella, a su vez, supuso lo que cuchicheaban esos dos y se acercó decidida.

—Hola, Germán, ¿qué sabés de tu primo? Y no andes con rodeos, ya sé todo y de acá no me voy.

Los rostros de Germán y Amanda se pusieron serios.

—Está bien, Alma. Mi primo ya lleva casi 48 horas desaparecido. Mi viejo está radicando la denuncia en donde corresponde. Tenemos ayuda, ya que conocemos gente de adentro de la fuerza. Están rastreando todo el área, pero el hecho de que se hayan perdido las primeras horas es una cagada. Pueden haberlo llevado a cualquier parte.

—¿Y qué van a hacer? ¿Pidieron rescate?

—Nadie se comunicó con nosotros ni con mi tía en España.

—Por Dios, Valentina debe de estar destrozada —expresó Alma recordando rápidamente a la madre de Paulo, que volvía a pasar por la situación de desaparición.

—Mi tía está volando hacia acá. Llega en unas horas. Por eso yo me quedé.

—¿Viene a Argentina? Paulo me había dicho que no había vuelto a este país. Ni siquiera cuando encontraron los restos de su esposo.

—Exacto. Ella nos alertó de que Paulo ya debería haber llegado. Lo llamó varias veces y le daba «celular apagado», eso la hizo sospechar. Las abuelas de Plaza de Mayo están en el tema. Es un hijo de desaparecido que también desaparece. Están moviendo todas sus influencias.

—Dios mío, no puedo creer nada de esto. —En ese momento sonó el celular de Alma. Atendió, era Jorge—. Hola, papi. Sí, estoy en Ezeiza. No, no estoy en el aeropuerto en sí. Estamos en un café. ¿Cómo te enteraste? —Alma hizo un silencio y escuchó atenta. Miró a Germán y a Amanda. Pato y su hermana las habían dejado a las dos y se habían ido a La Plata—. No lo puedo creer. Estoy destrozada, papi.

Sí. Estamos esperando que llegue la madre, desde España. Sí, te llamo en cuanto tenga novedades. ¿Los abuelos vieron la tele? Bueno, sentate con ellos y evitá los noticieros. No quiero que se pongan nerviosos. —Cortó y miró a sus interlocutores—. Dice mi viejo que está saliendo en todos los noticieros. Incluso muestran hasta una foto de él.

—Sí. Mi viejo habló ya con varios canales de televisión. La noticia tiene que saberse, el hecho de que sea hijo de un desaparecido y, además, periodista está a su favor. Estos tipos no van a atreverse a matarlo, no van a crear otro «caso Cabezas[1]». Cuanto más medios estén cubriendo la nota, más posibilidades hay de que lo suelten.

—Amor, ¿pero no puede haber sido un secuestro al boleo? —dijo Amanda preocupada.

—No, esto no fue secuestro *express* ni extorsivo. Esto fue por su laburo, no queda otra. Está metido en muchas cosas peligrosas, investigó y habló del Gobierno nacional, del provincial, del municipal, ahí tenés tres fuerzas grosas. Además, trae sus enemigos de otros países, de Colombia, de Venezuela, de Irak, por ejemplo. Esto estuvo organizado, ¿cómo mierda se enteraron de que llegaba en ese vuelo?

—No sé. ¿Quiénes estaban al tanto de que venía? —preguntó Alma.

—Sabíamos mis viejos, Marcela, Amanda y yo. Nadie más. —Los tres se quedaron en silencio.

—Pero entonces... —Amanda se quedó en silencio en mitad de la frase.

—Exacto, chicas, debemos tener los teléfonos intervenidos. Eso no lo logra una bandita de chorros comunes —dijo Germán—. Ahora estamos buscando chips nuevos para todos, incluyéndolas a ustedes. No estamos seguros.

—¿Y ahora? ¿Qué hacemos? —preguntó Alma.

—Esperar.

Tres horas después llegaba el avión de Valentina. Germán, Amanda y Alma entraron al aeropuerto a buscarla. Había cámaras de televisión esperándola. Cuando salió a la sala general, caminaba buscando a su sobrino, su rostro demacrado demostraba el dolor que estaba viviendo. Primero, divisó a Alma y luego a los otros. Los ojos se le llenaron de lágrimas al verla. Ambas corrieron a darse un abrazo.

—Ay, mi niña. Qué hermoso verte aquí, saber que tú también lo buscas. Y qué desgracia conocernos en estas circunstancias.

—Valentina, Valentina... —Alma no paraba de llorar. Cerca de ellas se empezaban a juntar los periodistas, sacaban fotos, filmaban desde la distancia—. No puedo creer que esté pasando esto.

—Imagínate yo, Almita. Segunda vez en mi vida. No puedo soportar otra pérdida. Mi niño, no. —Ambas se hablaban al oído sin soltar el abrazo—. ¿Has podido hablar con él antes de que subiera al avión? ¿Os habéis amigado?

—No. Hace semanas que no hablo con él.

—Y estás aquí de todos modos. —Valentina separó el abrazo y la miró a los ojos—. Eres una gran mujer, Alma. Él te ama profundamente, te adora, niña. Eres la única que le ha puesto el mundo de cabeza, yo no he criado a un mal hombre.

—Valentina, yo...

Valentina la interrumpió.

—Mi niña, permíteme decirte solo esto. Luego vosotros deberéis hablar solos, pero déjame decirte. María de los Ángeles es una mujer vengativa, quedó muy dolida con la separación. Mi hijo nunca ha sido infiel, y no empezará a serlo justamente con la única mujer que le ha despertado ese corazón grande que tiene. Yo le creo cuando me jura que no hizo esa noche lo que muestra el video. Tú pensarás que lo defiendo, porque es mi hijo, pero sé cómo lo he criado y jamás defendería una acción tan desleal. No miente. Debes darle la oportunidad.

—Estoy acá, Valentina, es una pista de lo que siento. —En ese momento, las interrumpió Germán.

—Tía Valentina, ¿cómo estás? —dijo a la vez que intentaba abrazarla. Valentina se giró, lo estrechó rápidamente y le dio dos besos en las mejillas, a la usanza española.

—Ay, Germancito, qué grande estás, niño. Qué pena vernos en estas circunstancias. Estoy... angustiada, como es de esperarse. —Miró hacia Amanda—. Hola, bonita, soy Valentina —se presentó, ya que ni Alma ni Germán atinaban a hacerlo. Estiró la mano derecha, que estrechó la de Amanda, a la vez que le daba también los dos besos.

—Hola, Valentina. Soy Amanda, la amiga de Alma y... —Se cortó dubitativa. Ni ella ni Germán habían puesto rótulos a su relación.

—Es mi novia además, tía —expresó Germán con convicción. El rostro de Amanda se iluminó y el de Germán también. Alma los miró y, si bien se puso feliz por ellos, por estar compartiendo una relación hermosa que les hacía bien a ambos, sintió una pequeña punzada de envidia: ella no tenía a Paulo.

—Ay, pues. ¡¡¡Enhorabuena!!! Os felicito.

—Amanda es una mujer increíble. Me costó mucho convencerla de ser mi novia —agregó abrazándola.

—Así me gusta, chavales. Cuidaros mucho, ambos. Uno nunca sabe cuánto tiempo se tiene, el de arriba tiene todo armado, pero aquí,

abajo, nunca sabemos hasta que es tarde. —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Ella sola salió de ese emotivo momento—. Vamos, chavales, vamos, debo buscar y encontrar a mi niño. Ha llegado una leona enfurecida —apuntó a la vez que empezaba a caminar. Se paró en seco cuando vio que los periodistas avanzaban hacia ella con cámaras y con micrófonos—. ¿Y esto?

—Tía, todo el país se enteró, hace como cinco horas, de que Paulo fue secuestrado. Saben que estabas por llegar. Si no podés hablar con ellos, yo me encargo.

—No. Yo lo hago. —Se acercó con decisión a las cámaras, se detuvo e hizo un gesto con su mano para pedir silencio a todos los periodistas que ya la inundaban de preguntas—. Silencio, por favor. Haré una declaración y por el momento no responderé preguntas. Espero sepáis entender, he viajado más de trece horas y por una situación muy triste para mí. Necesito ver a mi familia y que me pongan al tanto de lo que se ha podido saber. Mi hijo es un colega vuestro, intachable. Ha trabajado en los lugares del planeta que os imaginéis. Viajó a Argentina para cubrir una noticia, lo sorprendió una inundación terrible que casi le quita la vida. Inició en ese momento otra investigación para encontrar a los responsables políticos de esa tragedia climática y del incendio de la destilería de YPF. Encontró a los responsables y los dejó expuestos. A mi hijo se lo llevaron porque gritó, en medio del silencio, cuáles eran las responsabilidades y las corrupciones. —Valentina cambió el rostro, se endureció, miró directamente a las cámaras—. Ahora os voy a hablaros a vosotros, a los secuestradores de mi hijo. Quiero que sepáis que, si habéis hecho esto para silenciarlo, os habéis equivocado. Su desaparición hará que cada vez más gente busque en internet sus artículos. Vais a tener que liberarlo, tarde o temprano, llegaré a vosotros. Perdí a mi esposo hace más de treinta años, cuando un gobierno de facto de este país me lo llevó. No pude luchar por él, lo haré por mi hijo, no les quepa la menor duda. —Alma tenía su mano tomada con mucha fuerza—. Tenemos la democracia a nuestro favor, todos los organismos de derechos humanos que nos apoyan y están buscándolo, y tenemos una familia fuerte que no cejará hasta encontrarlo. —Valentina le apretó a su vez la mano a Alma—. Buenas noches a todos, y en cuanto tengamos novedades, volveré a hablar con vosotros.

Valentina comenzó a caminar con paso decidido, abriendo una franja para ella. Alma, a la que aún arrastraba de la mano, Amanda y Germán, que tiraba de la maleta de su tía, la siguieron. Salieron del aeropuerto, se subieron al automóvil de Germán y partieron rumbo a

La Plata.

Alma seguía conmocionada, estaba orgullosa de Valentina y de cómo había manejado la situación frente a los periodistas. La habían inundado de preguntas en cuanto había comenzado a caminar, pero se mantuvo en silencio, seria, solicitando, con mucha educación, que le permitieran pasar. No respondió a nada. Tranquila, sin nervios ni llantos.

En el camino, Germán la fue poniendo al tanto de lo que habían podido saber e investigar. Las maletas de Paulo habían sido encontradas, su celular no. De su paradero se sabía poco, solo un hombre había visto cuando se lo llevaron y eran pocas las pistas que pudo dar. El miedo del momento no le había permitido ver la patente o algo más específico para identificar a los responsables. En la imagen del secuestro, donde no se alcanzaba a distinguir cuando lo llevaron, sí se lograba ver el carrito con la maleta, que se adelantaba solo, y un automóvil color gris oscuro que salía haciendo chillar las ruedas. La imagen era muy rápida y la patente del vehículo no era nítida. Estaban tratando de aclarar la esa parte con programas que ayudaban a despixelar.

Todos regresaron, entrada la noche, a La Plata. Se encontraron en casa de los Girat. Concentraron información y organizaron las funciones. Valentina y Adrián encabezarían las acciones. Valentina iba a ir a cada programa de televisión que le diera espacio. Sin perder tiempo. Amanda buscó direcciones de los canales de aire más conocidos y organizaron la salida del otro día. Adrián seguiría hablando con las autoridades, se iba a presentar a primera hora nuevamente en las oficinas de la policía que estaba llevando adelante las pesquisas sobre el secuestro. Alma seguía en silencio, como si todo se tratase de un sueño, una pesadilla en la que se había sumergido, y ahí no estaba Paulo para salvarla... justamente.

## Capítulo 2

Paulo no tenía idea de cuánto tiempo hacía que se encontraba en ese lugar, pero tenía la certeza de que ya habían pasado varios días. Lo mantenían atado de manos. Desde el primer momento, le habían vendado los ojos, y nunca pidió que le sacaran la venda, sabía que verles el rostro a sus secuestradores implicaba su sentencia de muerte. Se mantenía sentado; a su derecha había un colchón tirado en el piso. Se sentía muy débil, la falta de alimento y las torturas diarias no le permitían moverse. Se pasaba la jornada dormitando. En toda su carrera de periodista, habían intentado lastimarlo y secuestrarlo. Siempre había logrado escapar. Era la primera vez que caía, por lo que aún se estaba reprochando su falta de cuidado. Siempre había sido un hombre frío, que calculaba los peligros de cualquier situación en segundos. En su vuelta a Argentina, el tema de Alma lo había enloquecido tanto que perdió todas las precauciones que siempre tenía.

Lo tenían casi sin ropas, descalzo, la habitación era gélida y húmeda. Sentía que el frío le calaba los huesos. Por momentos no dejaba de temblar. Los precintos, que le mantenían atadas las muñecas, le habían lastimado la piel. El cuerpo estaba lleno de golpes y laceraciones. La venda que tenía en los ojos también había producido escoriaciones. Comía lo poco que le daban, y muchas veces era tan asqueroso que lo tragaba solo pensando en mantenerse fuerte para poder escapar cuando tuviera la oportunidad.

Al no poder usar su vista, agudizaba los otros sentidos, quería tener indicios de dónde se encontraba para ayudar a la policía a hallar a los responsables, si salía de esa situación. Los sonidos: estaban alejados de la calle, no escuchaba ruidos de automóviles, sí oía, cada cierto tiempo, el traqueteo de un tren, aunque no muy cerca; en algún lugar no muy lejano, había una fábrica o algo por el estilo, percibía dos veces al día unas sirenas que él asociaba con el horario de entrada y de salida. Olores: el ambiente tenía mucho tufo a humedad, incluso

algo de eso le recordaba el olor del agua sucia de la noche de la inundación. Reconocía las tres voces de sus secuestradores: uno era el que jugaba el papel de malo, era muy irascible, tenía la voz más gruesa y se notaba que era una persona corpulenta porque, cuando se movía, los pasos sonaban retumbando; el segundo era el que cumplía rol de bueno, tenía una voz un tanto más fina, se notaba una persona aseada, era el único que, al acercarse, despedía aroma a colonia. Al hablarle a Paulo, usaba bien las estructuras sintácticas y su nivel de lengua estaba por encima del coloquial; tenía mucha paciencia, pero, aun así, se dirigía a Paulo con frialdad. El tercero no hablaba mucho, pero Paulo lo identificaba por el olor. Era un hombre que tenía un fuerte tufo a tabaco mezclado con desechos, basura o algo por el estilo. No necesitaba hacerse escuchar, cuando se acercaba, con el hedor que despedía se anunciaba solo.

Paulo los escuchaba en la habitación contigua. Miraban la televisión. Estaban los tres: el violento, el calmo y el silencioso, así los identificaba. No podía escuchar lo que decían, pero reconocía la música de los distintos programas informativos. Se escuchó un golpe en la mesa, supuso que había sido el más violento.

—¡Vieja de mierda!, a mí nadie me dice eso, y encima en televisión. Qué vieja chota, tendría que hacerle tragar las palabras y hacerle mierda al hijo. Hace tres días que habla sin parar en la televisión y me está buscando.

—Pará —intervino el calmo—. El jefe nos dijo que lo trajéramos a este sucucho, que le sacáramos información, contactos que usó para sus notas. Nada más. Si lo vamos a matar, será cuando él nos lo indique.

—Pero, jetón, no entendés que la tipa esa nos está provocando. ¿Quiere ver quién la tiene más larga? Yo se la voy a mostrar, siempre la más larga es la mía.

—Calmate, ¿querés? Vos no podés hacer lo que te venga en gana, hacemos lo que se nos indicó y punto. La mina está buscando a su hijo, que diga lo que quiera, al tipo lo tenemos nosotros y no lo van a encontrar.

Paulo sintió un escalofrío. «¿Mi madre ha venido de España? ¿Es ella de quien hablan? No puede ser. Valentina nunca ha pisado Argentina nuevamente. No puede ser». El mudo estaba cerca, pudo captar la combinación casi nauseosa de su olor. Sintió que lo levantaban del piso y lo hacían caminar. Lo estaba llevando a la otra habitación.

—No... ¿Otra vez? Por favor, no me hagáis esto de nuevo —dijo Paulo, preocupado. Desde hacía algunas jornadas, una vez al día lo

llevaban a otro cuarto, lo golpeaban con unas varas finas, como si fueran cañas, en la espalda, el abdomen, en las plantas de los pies y en las manos. Lo tenían descalzo, con una remera y un pantalón hecho jirones. Luego lo metían en una especie de tina y lo sumergían en agua helada durante minutos y, cuando notaban que comenzaba a ahogarse, lo dejaban subir a la superficie. Todos los días se repetía el proceso. El mudo lo trasladaba, los golpes los daban este y el violento. El calmo esperaba. Entre medio de la acción le pedía una lista, debía dar nombres y apellidos de sus contactos para todas las notas. Paulo no había dado ningún dato. Por eso seguían insistiendo. La tortura se volvía a repetir. En ese momento, estaban llevándolo para la sesión acostumbrada, nuevamente.

Lo acomodaron en la camilla donde lo acostaban cada día. Escuchó la llegada de los otros dos. Se preparaban para pegarle. El calmo los detuvo.

—A ver, querido. Esta es una situación que se va a repetir hasta que tires los nombres. Largá la lista y te dejamos en paz, ¿sí?

—No sé qué nombres queréis que os dé. No usé personas específicas en mi investigación, hice notas a las personas afectadas en la inundación, más de cien. No puedo darles esa cantidad de nombres de memoria; además, ninguno dijo lo que yo escribí, fueron mis propias conclusiones. —Paulo seguía negando la lista.

—Mirá que sos cabeza dura, gallego. Ahora entiendo que tu vieja te hizo así, porque es igual.

—¿Qué coño tiene que ver mi madre en todo esto?

—Epa... epa —intervino el violento—, parece que al pollito le salió carácter cuando van a tocar a la gallinita. La vamos a traer y le vamos a hacer lo mismo que a vos, y algunas cositas más. La vieja no está tan mal.

—La tocas y te mueres, te lo advierto. —Paulo se tensó sobre la camilla.

—¿Sí? ¿Te parece que estás en situación de amenazarme? Vos ahí atado, nosotros acá a punto de hacerte mierda. Qué boludo que sos, gallego. —El violento reía y eso enojó aún más a Paulo—. Me la voy a coger a tu vieja, gallego, por todos lados. Hace una semana que estoy encerrado con vos acá, no salgo ni para ponerla, así que estoy caliente para darle a ella y... Che, podríamos ir a buscar a la otra, la que sale al lado de la vieja en todas las notas. —Paulo confirmaba que su madre estaba en Argentina y que corría peligro también ella—, la coloradita esa, alta, de buenas tetas. —Paulo supo que hablaban de Alma que estaba con su madre, estaban juntas en televisión. Tuvo sentimientos encontrados en segundos: por un lado, sintió felicidad absoluta al

saberla buscándolo; por el otro, terror, si esos tipos lograran llegar a Alma y a su madre, no sabía de qué serían capaces. En realidad, sí sabía, simplemente no quería ni imaginarlo. Comenzó a tensarse y retorcerse, quería soltarse de las ataduras y tomarlos del cuello, apretar hasta que dejasen de respirar.

—Sois unos malditos cobardes. Se les animan a dos mujeres, pero a mí, ninguno. Para secuestrarme habéis tenido que golpearme de sorpresa y de a tres. Sois unos cobardes de mierda.

El violento le pegó en el abdomen con la vara, Paulo sentía como si lo cortaran con un cuchillo muy delgado y afilado. Cada golpe era un nuevo corte, un nuevo dolor intenso que lo atravesaba y luego se concentraba en el punto donde la caña había tocado su piel. Ni siquiera podía prever dónde sería el próximo latigazo, para endurecer la zona y evitar el dolor. Eran rápidos y concisos, certeros, repartidos por todo el cuerpo, incluyendo manos y plantas de los pies. Paulo se tensaba por completo para tratar de sentir menos el padecimiento, pero luego del tercer azote ya no podía sostener su mecanismo de defensa. Una laceración lo atravesaba. Él cerraba los ojos, muy fuerte, debajo de la venda y trataba de contener los gritos que llegaban a su garganta. Emitía unos sonidos similares a gruñidos, apenas audibles. Se concentraba en generar imágenes, en su mente, que le dieran paz, que lo alejaran del sufrimiento. El rostro de Alma aparecía en esos momentos y él intentaba recordar cada detalle del bellísimo semblante de su amada. Cada tortura que soportaba le ayudaba a encontrar un nuevo detalle de la cara. Como cada tarde, el violento comenzó con los golpes y Paulo viajó, en su mente, a la cara de Alma: la nariz pequeña, la piel blanca, la fragancia de su piel, que era única. Los ojos verdes, tan expresivos, con pestañas negras que lo enmarcaban. El cabello castaño suave y hermoso, que al sol parecía tener reflejos rojizos, con sus ondas naturales. «La boca... Dios, esa boca que tanto placer me ha dado, esos labios mullidos, levemente gruesos, que saben besar y elevarme sobre el resto de los mortales, o cuando me chupa la polla, esos labios alrededor de mi polla, aprisionándola, succionando, llevándome al éxtasis...». Paulo evadía el dolor, pero cada vez aguantaba menos tiempo antes de desmayarse. Estaba a punto de hacerlo cuando al calmo le sonó el celular. Antes de atender, le pidió al violento que parara, que los golpes y los sonidos de Paulo no lo dejarían escuchar. Atendió el teléfono.

—¿Hola?, sí. Hola, jefe. Sí, estamos en la actividad de cada tarde, usted sabe. ¿Qué? ¿Está seguro? Todavía no pudimos sacarle ningún nombre. —El violento se acercó al oído de Paulo y le dijo: —Gallego, cuando vayamos a darte el baño del día, hoy te voy a dar un changüí.

Te voy a agregar un poquito de electricidad, así nos divertimos viendo cómo te portás, ¿qué te parece? Un condimento nada más. Andá preparando la picana, vos. —Paulo escuchó que uno salía del cuarto, el silencioso; el calmo seguía hablando por teléfono.

—Hijoputa, sois la peor mierda de este país —dijo Paulo en un murmullo, casi sin fuerzas.

—Ay, miralo al gallego, se hace el cocorito. Para tu información, pedazo de mierda española, mi viejo era un torturador de arte durante los años ´70, él me enseñó el oficio, ¿sabés? Y ahora con vos voy a hacer mi mejor esfuerzo, te lo prometo.

—Calmate, loco. Ya te lo dije. —El calmo cortó la comunicación y volvió a ellos—. El jefe ordenó que lo saquemos de acá, parece que los *rati* tienen *info* posta. Las características del automóvil, que somos tres. Algún buchón tiró data de dónde puede ser que lo tengamos. Nos vamos. Levanten todo.

—¿Con el Gallego, qué hacemos mientras guardamos todas las cosas para rajar? —La voz del mudo casi lo sorprendió.

—Déjenlo ahí. Muy lejos no se va a ir, está atado y golpeado, cagado de frío, débil. Dejalo ahí. Vamos —ordenó el calmo.

Paulo no entendía si era que lo iban a llevar a otro escondite, a liberar o a matar. Pero el cansancio era mayor. Los golpes, el dolor corporal, el estrés, el miedo, todo lo llevaba a sentirse adormilado. Un espacio negro iba ganando lugar, presencia.

Se sobresaltó cuando uno de sus secuestradores lo tomó de un brazo para moverlo y lo bajó de la camilla o camastro donde le pegaban cada tarde. No mediaron palabras, supo que era el mudo por el olor y el silencio. Llegaron a un lugar donde estaban los otros dos.

—Vamos, muchachos, tenemos que usar la oscuridad para sacarlo. Que nadie nos vea ni sospeche. —Paulo entendió que se había dormido durante unas cuantas horas—. Gallego, te vamos a subir al automóvil. Si te portás bien, no va a pasar nada; si gritás, te pego un tiro en las pelotas, ¿entendés? —dijo el calmo a la vez que apoyaba un caño frío sobre los testículos de Paulo.

Paulo hizo un gesto positivo con la cabeza. Dos de ellos lo tomaron de los brazos, él estaba tan débil que no podía dar un paso. Lo arrastraron, sintió un aire fresco sobre el rostro, imaginó que estaban a la intemperie, un patio o la calle tal vez. Escuchó abrirse una puerta de automóvil, luego entendió que era el baúl. Lo acostaron de costado y cerraron la tapa. El vehículo se puso en marcha. La debilidad de Paulo lo arrastró otra vez a esa manta negra, de seguridad, donde nada dolía. Se durmió nuevamente.

Se despertó cuando lo movían, eran los tres pares de brazos, como

el inicio del secuestro. Sintió que lo tiraban al piso, era tierra en su espalda, estaba fría y húmeda.

—Gallego, fue un placer conocerte, pero antes de irme me voy a dar el gusto. —La voz del violento se escuchaba como si estuviera sonriendo. Se escuchó que amartillaba el arma. Paulo tuvo la certeza de que iban a dispararle—. ¿Tenés algo para decir, galleguito?

Paulo se mantuvo en silencio. Su mente decía todo aquello que su boca se negaba a pronunciar: «¡Ojalá no estuviera atado, podría romperte la cara, hijo de puta! Estos tipos me matan, no salgo con vida. Dios mío, cuida a Valentina y dale las fuerzas para sobrevivir a esto, perder a mi padre fue algo que superó porque venía yo en camino, ahora ¿cómo hará? No se merece este dolor. Virgencita, te suplico que ayudes a Alma. Ella ha debido enfrentar sola muchas cosas, no la dejes en este momento difícil y hazle llegar la certeza de que la amo y de que la amaré eternamente. Padre, sé que me estarás esperando, ese abrazo que me has debido desde que nací me lo darás en un momento. Perdón, Señor, si he ofendido a alguien, si lo he lastimado, no ha sido con intención. Sé que no he rezado mucho, pero siempre que he hablado contigo ha sido con honestidad. Lamento no haber ido a la misa en San Antonio de los Alemanes cuando estuve en Madrid, podría haberme confesado y llegar limpio a este momento. Ojalá mi corazón sincero alcance...». Sus ojos bajo la venda, apretados, vieron una tenue luz, y la tomó como una señal. Sintió paz, sonrió. El coraje no lo abandonaba nunca. Menos en ese momento en que moriría.

—Mirá que sos sorete, gallego. No largaste prenda nunca. Ni siquiera ahora que te la ves jodida de verdad. Encima te reís, dale, seguí. Me das más razones para hacerte mierda. Bueno, «vayamos por partes», dijo Jack el Destripador. —Los otros dos comenzaron a reír. El violento disfrutaba al infundir terror. Disparó sin dar aviso. Paulo sintió un dolor intenso en el muslo derecho y luego un gran ardor, como si estuvieran metiéndole un hierro candente por la herida. Sentía frío en todo el cuerpo, y temblores, la sangre comenzó a escurrirle por el costado. La garganta estaba tan seca que no pudo siquiera gritar.

—Dale, boludo. Apurate, que alguien va a escuchar, van a llamar a los *rati* y nos van a agarrar. Terminá de una vez —aconsejó el calmo. El violento seguía riéndose. Amartilló nuevamente y se dispuso a dar el disparo final.

—Te metiste con los tipos equivocados, gallego. Anda a escribir al infierno —dijo a la vez que disparaba. El casquillo nunca salió, la pistola se trabó—. ¿Qué? ¿Qué mierda pasa? —El violento empezó a

luchar con el percutor del arma, algo se había trabado. Paulo supo que su padre estaba con él. Rezó. Volvió a pedirles a Dios, a la Virgen y a su padre que lo sacaran con vida. Alguien, alertado por el primer disparo, encendió luces cerca de donde estaban, y se sintieron movimientos. Empezaba a aparecer gente asomándose de las casuchas que rodeaban al descampado.

—Eh, loco, ¿qué hacen ahí con ese chabón? —La voz lejana de un desconocido podía ser su salvación.

—Vamos, ya está, dejalo como está —dijo el calmo. El violento, enfurecido con su arma que se había trabado, le dio una patada en las costillas. Paulo sintió un dolor punzante.

—Hijo de puta, ojo con lo que decís a los *ratis*. Si nos encuentran...

—Dale, boludo, la *yuta* debe de andar cerca, seguro alguien ya la llamó, rajemos —lo interrumpió el mudo. Lo tomó del brazo y lo tironeaba para alejarse; el violento tiraba en sentido contrario, quería terminar su amenaza—. Dale, boludo, rajá, el gallego nunca nos vio, dejalo.

—Tenemos muchos amigos —prosiguió—, amigos grosos, de los que tienen poder, alguno va a llegar a tu vieja y a la pelirrojita, tené la seguridad, ¿entendiste, gallego del orto? Si nos meten en cana, ellas pierden, y vos perdés también. Zafaste del tiro en la cabeza, usala para pensar lo que te conviene.

Paulo escuchó los pasos de los tres hombres, que salieron corriendo. A la vez que esos se alejaban, sintió que se acercaban otros, del lado contrario.

—Uyyy, loco, ¡estás hecho mierda! —Alguien se acercó y tironeó de los precintos que le ataban las piernas y las muñecas. Como no podía deshacerlos, intentó sacarle la venda de los ojos. Por primera vez, en más de una semana, los ojos se abrieron y no pudieron hacer foco. La banda estuvo muy apretada durante todo ese tiempo, con lentitud su vista debía acostumbrarse a la falta de presión. Ciego temporalmente, débil por todas las heridas, la falta de comida y el miedo, apenas pudo pronunciar: —Ambulancia, por favor, disparo, pierna, sangre. —Sintió que los oídos se aturdían, todo lo demás era muy lejano. Vio una luz azul intensa, intermitente. La cara de su salvador se dibujaba lentamente con más definición, pero a la vez se alejaba. Logró escuchar que hablaba con alguien justo antes de caer en un pozo negro.

—Yaren, marcá de nuevo 911. Tiene un plomo en la pierna, necesita méd... —Luego ya no oyó más.

Valentina y Alma seguían sentadas. Los dos primeros días en la clínica lo habían operado para extraerle el proyectil y lo habían

puesto en Terapia Intensiva para que se recuperara. El médico había sido claro: Paulo había sufrido un disparo de arma corta, a poca distancia, tenía dos costillas fracturadas, cortes y varias escoriaciones, producto de los latigazos repetidos con objetos contundentes y golpes de puño; y tenía laceraciones en las muñecas por haberle mantenido los precintos apretados desde el día del secuestro. Se notaba que Paulo había hecho fuerza para romper los precintos en varias ocasiones, pero lo único que había logrado fue lastimar su carne y piel. Durante los dos días de terapia, solo podían verlo por quince minutos cada vez. Entraban Valentina, Alma y Germán. Cinco minutos cada uno. Paulo estaba dormido. Así lo mantenían con sedantes para evitarle sentir el dolor en todo su cuerpo. Casi al final del tercer día, el médico decidió bajar la dosis y verlo despierto. Quería evaluar la posibilidad de llevarlo a una habitación común.

—Buena noches, Paulo. Soy el doctor Amaral. Estás internado por las heridas que sufriste en tu secuestro. ¿Cómo te sentís? ¿Recordás algo? —el doctor Amaral habló con su voz segura y tranquila, Paulo recién abría los ojos y parecía no entender.

—Sí... algo recuerdo —mintió rápidamente. No quería tener que dar detalles del secuestro. Si esos tipos cumplían con su promesa, si él abría la boca, sus dos amores estarían en peligro. Dentro de él se enfrentaban el periodista justiciero, que quería decir todo lo que sabía para que los encontraran, y el energúmeno protector, que no quería poner a sus mujeres en peligro; había ganado el último. Paulo tomó de a poco conciencia de todos los dolores en cada una de las partes de su cuerpo. Dolor y cansancio. Hizo gesto de sufrimiento cuando intentó moverse en la cama.

—No se mueva todavía, está bastante lastimado, amigo. Va a tener que hablar con la policía, que espera hace más de dos días para tomarle declaración, tal vez pueda hacerlos esperar hasta mañana. ¿Cómo se siente? Digo, además del dolor, que es normal.

—Bien, estoy algo aturdido. Me duelen las piernas, los pies, las manos, la espalda, el abdomen y la cara. Y las costillas también. —Paulo hizo un *racconto* mientras iba moviendo mínimamente cada parte que mencionaba.

—Es lo normal. ¿Las costillas?, tiene dos fracturadas, deben sellarse en unos días, pero no podemos hacer mucho, está bien vendado para evitar movimientos. La pierna: extrajimos el casquillo de la bala, que ya se lo llevó la policía. La herida va a tardar unos días en cicatrizar. Además, tiene escoriaciones en todo el cuerpo, hasta en las plantas de los pies.

—Sí, cada tarde me torturaban pegándome con unas cañas en las

piernas, pies, dedos de las manos, espalda y abdomen. Lo hacían todos los días —contó Paulo, como si dijera una cuestión sin importancia.

—Me imaginé que era algo flexible y fino, se nota por las marcas que le quedaron en la piel. Los precintos también hicieron estragos, tuvimos que quitarlos con mucho cuidado, se ve que intentó zafarse de ellos y se hundieron en la carne, y luego de un tiempo las heridas de los flejes cicatrizaron alrededor de ellos, incluyéndolos. Fue bastante difícil. De igual modo, la venda que tenía en los ojos le produjo una dermatitis severa en la zona de alrededor de los ojos y párpados. Se curarán en unos días.

—Pues, doctor, debo parecer un monstruo por lo que describe —alegó Paulo, tratando de poner un poco de humor.

—No se crea, he visto cosas peores —bromeó a su vez el doctor—. Bueno, lo noto animado, creo que está listo para pasar a una habitación, ¿qué le parece? Podemos ayudarlo con analgésicos fuertes para soportar los dolores, pero creo que cambiar de ambiente le va a venir bien.

—Pues lo que usted diga, usted es el que sabe.

—Sí, por eso le digo. Creo que será mejor para usted y para esas dos mujeres que se pasan el día y la noche en la sala de espera y que solo tienen cinco minutos cada una para verlo, desde hace más de dos días.

El corazón de Paulo se aceleró al saberlas allí, sobre todo a Alma. Las máquinas, que lo monitoreaban, aún no habían sido retiradas y dieron cuenta de esa aceleración.

—Ah, mi amigo, así no —dijo a la vez que movía la cabeza negativamente—. Se me tranquiliza. Sé que esas dos mujeres deben de ser su vida, que estará feliz de verlas, pero se me calma, no es bueno que se altere.

—Lo prometo, doctor. Quiero verlas, por favor —suplicó Paulo.

—Va, va. Deme un minuto que le sacamos todos los monitores y la bomba de infusión, y las dejamos pasar. Las vías se mantienen. Clarita —llamó a una de las enfermeras que se encontraba más allá de donde podía ver Paulo—, venite —dijo a la vez que hacía un gesto con su mano. Cuando la mujer se acercó y lo vio despierto, le sonrió.

—Ah, bueno, pero miren quién decidió despertar, bueno días. Tenemos dos mujeres divinas esperando por usted hace rato, y más de medio país está en vilo por su salud. —Paulo hizo gesto de no entender lo que le decía. Ella le aclaró—: Desde que lo secuestraron, fue noticia en todos los canales. Cuando lo encontraron, ni le digo. Todo el país sigue su caso.

—No tenía idea —aseguró Paulo, perplejo, luego recordó que su

madre había sido identificada por los secuestradores cuando apareció en la televisión.

—Seguramente. —La enfermera consultó cómo seguían al médico, que escuchaba divertido. El doctor Amaral le indicó que mandarían a Paulo a una habitación común.

—Fijate que con el seguro del señor creo que podemos enviarlo a un departamento privado, así puede descansar tranquilo con sus acompañantes.

—Perfecto —respondió la enfermera—, ya me comunico con la parte administrativa, a ver qué departamento hay disponible.

—Anotá en la historia clínica un control completo antes de desconectarlo de los monitores: temperatura, presión, que vengan del laboratorio y le saquen sangre para un análisis completo, que sea rápido. Si todo está bien, le sacás todo, excepto las vías. Los fluidos siguen por un día por lo menos, estaba muy deshidratado cuando llegó. Quitale la sonda, y que observen que comience a orinar. —Miró a Paulo—. Ahora le sacan la sonda que está usando para orinar, deberá comenzar a hacerlo usted, si siente ardor o alguna molestia insistente, avise a la enfermera, yo le voy a dejar indicado un antibiótico por si surge una infección urinaria. De todos modos, al sacar la sonda es probable que sienta unas molestias durante un rato, pero deberían ir desapareciendo. ¿Se entiende? —Paulo hizo un gesto afirmativo, el médico volvió el rostro a Clara—: Cuando termines, que Manuel venga con la camilla y lo traslade.

—Bien, doctor.

—Ojo, antes avisale a los guardias que están afuera. Deben acompañarlo hasta el departamento y quedarse con él. —La enfermera se fue al *office* y tomó el teléfono. El doctor seguía anotando cosas en la planilla de la historia clínica y mirando su reloj. Paulo se sentía muy cansado, pero seguía despierto observando todos los movimientos.

Regresó Clara. Le informó al doctor que ya tenía un departamento y que ya lo estaban preparando: el D, en el tercer piso. Ya había llamado a Manuel, el camillero, quien le dijo que estaría ahí en diez minutos. El personal del laboratorio iría directamente al departamento, no podían hacerle en ese momento la extracción, estaban yendo al sector de Neonatología a sacarle sangre a un prematuro.

—Perfecto, Clarita, ya lo anoto en la historia clínica. Por favor, remarcales que vayan en cuanto se desocupen. —Clara inició la tarea de tomarle presión y temperatura. Una vez hecho y anotado, le quitó cada uno de los cables a los que estaba conectado. El médico lo saludó

y se retiró. La sonda fue bastante molesta de sacar, pero la enfermera tuvo cuidado. Cuando solo le quedaron los dos sueros, lo ayudó un poco a incorporarse. Lo acomodó, le lavó el rostro y lo peinó.

—Bueno, Paulo, ahora estás más presentable. Manuel te va a llevar a la habitación, allí te van a estar esperando Valentina y Alma. —En todos los días que las dos se habían mantenido en vilo, habían establecido buenas relaciones con las enfermeras de cada turno, pero con Clara era con quien mejor se llevaban. Las había hecho entrar a escondidas, a la madrugada, varias noches, para que lo vieran dormir. Manuel estaba acomodando la camilla cerca de la cama para trasladarlo. Cuando Clara lo nombró, levantó el rostro e hizo un gesto en forma de saludo. Entre Clara, Manuel y otro enfermero de la Terapia Intensiva, lo pasaron a la camilla—. Chau, Paulito. Cuidate mucho y cuidá mucho a esas mujeres que son de fierro.

—Gracias, Clara. Así lo haré. Gracias a ti por tus cuidados, nunca voy a olvidar lo que vosotros hicisteis por mí —aseguró Paulo con ojos emocionados y sinceros.

La camilla bajó los dos pisos que los separaban del lugar donde debían acomodar a Paulo, salieron del ascensor y se dirigieron directamente al departamento. Paulo buscaba a ambos lados, como loco, a su madre y a Alma, pero no lograba verlas; insistió al salir de Terapia y al llegar al piso de su departamento, pero no las vio. Cuando lo entraban a la habitación, escuchó el sonido del ascensor y, al abrirse la puerta, logró distinguir la voz de Valentina hablando con alguien. El corazón se le aceleró, llegó a verla. En el cuarto, lo esperaban una enfermera del piso y otro enfermero para ayudar a ponerlo en la cama. Así lo hicieron, sin mayores problemas. La enfermera fue la primera en hablarle: —Buenas noches, si me permite, lo voy a cambiar. En terapia los tienen desnudos, pero aquí la temperatura no es la misma y supongo, además, que se sentirá más cómodo estando vestido.

—Gracias. ¿Su nombre? —preguntó Paulo algo incómodo con la situación, nunca había dependido de que alguien lo cambiara.

—Soy Amalia, un gusto. —Amalia era una mujer de unos cuarenta años o un poco más; cuando Paulo le preguntó su nombre, a ella le brillaron los ojos.

—Amalia, le agradezco mucho, pero no tengo ropa. Creo que recién en la mañana traerán algo —dijo Paulo.

—No, no, tu mamá me dio una bolsa con un pijama y ropa interior. ¿Es tu mamá, no?

—Sí, seguro que fue mi madre. Es hiperorganizada.

—Sí, se nota. Ella y la otra chica, ¿es tu hermana la chica

pelirrojita?

—No —expresó Paulo sin enojo, pero contundente—. Es mi mujer.

—Ah, perdón. No sabía —repuso Amalia algo desilusionada. Tenía una obsesión que era mirar las manos de las personas ni bien las conocía, les había observado los dedos a ambas, y solo la que poseía anillo era Valentina. Por eso no había hecho la relación. Confirmó una teoría que ella ya tenía: «Los tipos lindos y educados ya fueron cazados por alguna otra mujer o son gais». Paulo ya tenía dueña.

—Ningún problema, Amalia, nadie te avisó, no tienes por qué saberlo. —Paulo le sonrió y Amalia se sonrojó.

—Creo que lo mejor será ponerte la parte de arriba del pijama y la ropa interior. El pantalón no lo recomiendo porque debemos hacer las curaciones de la pierna. —«Qué atractivo es, por Dios».

—Me parece bien. —Asintió haciendo un gesto positivo con la cabeza—. Si me das la ropa interior, yo creo que podré ponérmela.

—¿Estás seguro? No hagas fuerza —insistió Amalia. Ella quería ponerle toda la ropa y verlo en su plenitud. Pero Paulo se mantuvo en su idea.

—Estoy seguro.

Paulo estiró la mano para tomar el calzoncillo bóxer que le entregó Amalia. Era nuevo, lo sacó de una caja. «Ojalá mamá haya acertado con el talle, no sería agradable que me quedara pequeño». Con la mano libre pasó la pierna herida, al moverla sintió una quemazón importante en la zona afectada, pero aguantó sin decir una palabra. Luego, incorporándose un poco, pasó por el bóxer la pierna que no tenía lastimada. No quería que nadie lo ayudara a vestirse. «Santa Valentina, el bóxer me queda bien». Tal vez fuera mejor un talle más, pero al menos no le apretaba. Cuando terminó de moverse y contorsionarse para lograr ponerse la ropa interior, Amalia le pasó la manga del pijama por el brazo donde tenía conectados los sueros. Una vez que los pasaron, el resto de la tarea fue más fácil. En cuestión de pocos minutos, ya estaba vestido. Los camilleros se habían retirado cuando ellos empezaban con la vestimenta. Paulo se recostó nuevamente, bastante agitado, cansado.

—¿Te subo un poco la cama? La parte de la cabecera, así estás más cómodo —ofreció Amalia.

—Sí, por favor. Gracias —respondió Paulo a la vez que se peinaba con las manos, como lo hacía cada vez que salía de ducharse. Seguía acostado boca arriba, se sentía algo mareado. Amalia apretó el botón que levantaba la parte de la cabecera. Cuando llegó al punto en que Paulo se sintió cómodo, él le indicó que parara y luego le agradeció.

—No es nada, Paulo. —Amalia seguía poniéndose colorada.

—Sé que no es horario de visitas, Amalia, pero ¿podrías hacer una excepción? Quisiera ver a mi madre y a mi mujer, no las veo desde... —Se quedó pensativo. No podía calcular la cantidad exacta de días, pero sentía que era mucho—. La verdad es que no recuerdo con exactitud la cantidad de días que pasaron, pero parece una eternidad.

—Por supuesto, Paulo. Ningún problema. —Se dio vuelta y se dirigió fuera de la habitación. La puerta se cerró tras ella y volvió a abrirse con lentitud a los minutos. El corazón de Paulo comenzó a latirle con aceleración.

Lo primero que vio fue a Amalia que abría con su mano derecha la portezuela y la sostenía para dejarlas pasar. Valentina entraba adelante con los ojos repletos de lágrimas.

—Ayyyy, mi niño, qué bueno verte mejor, qué bueno que estés despierto. Es lo único que importa, he rezado tanto para que mejores. —Valentina se apuró y se recostó sobre la cama para abrazarlo. Los dos se unieron en un abrazo silencioso, solo se escuchaban los sollozos de Valentina. Amalia tosió, como para llamarles la atención.

—Señora, le pido que no lo pongan nervioso. Todavía no está recuperado y necesita descansar —aconsejó Amalia mirando a Valentina y a Alma alternativamente, como haciéndoles la advertencia de que se controlaran.

—Sí, perdón, niña. Es que fueron demasiados días temiendo por su vida. Ya estoy más tranquila. Te prometo que no lo vamos a alterar —dijo Valentina mirando a la enfermera y usando un tono seguro.

Alma se encontraba en la puerta, aún no la traspasaba. No podía moverse, estaba congelada. Ahí estaba él, finalmente, vivo... Tendrían tiempo de hablar de lo de ellos, pero en ese momento solo importaba que era él, sano y salvo. Se sintió de más en la habitación y atinó a salir. Cuando lo hizo, justo Valentina corrió el cuerpo y Paulo y ella lograron verse a los ojos. Una intensidad, una electricidad, le recorrió el cuerpo. Paulo tuvo las mismas sensaciones y sonrió con un gesto que indicaba que todo su ser sonreía, que se alegraba de verla ahí. Alma se quedó en el lugar.

—Bien, entonces los dejo. En la cabecera de la cama hay un interruptor. Si me necesitan, lo tocan. Pueden quedarse un ratito las dos, pero luego les voy a pedir que solo quede una cuidándolo.

—Perfecto, niña. ¿Cómo es tu nombre, criatura? —preguntó Valentina, secándose los ojos con su pañuelo, ajena totalmente al diálogo de miradas silencioso que se desarrollaba entre Paulo y Alma.

—Amalia, señora.

—No me digas «señora», Amalia. Soy Valentina, es un gusto conocerte. Quédate tranquila, que yo creo que me voy en un ratito, y

mi nuera, Alma, se queda con él —dijo Valentina. En ese momento, Alma salió del hechizo en el que se encontraba por la mirada de Paulo. «¿Valentina se va y yo voy a cuidarlo? ¿Me llamó "nuera"?». La enfermera miró a Alma y le sonrió con una sonrisa fría, que no le llegó a los ojos.

—Bien, permiso, me retiro —avisó en voz alta para que Alma se corriera de la puerta de entrada.

Alma dio un paso dentro de la habitación y despejó la salida de Amalia.

—Mira qué bello está, Almita. ¿No crees? Ven, acércate, niña. Te me has quedado congelada allí atrás.

Alma se movió hacia la cama.

—Ho... ho... la —logró articular.

—Hola, pequeña. Mamá, sabes que te adoro, pero ¿me darías un minuto para saludar a mi mujer?

Alma sintió un escalofrío que le recorría todo el cuerpo. Valentina, que la miraba, le guiñó un ojo y se giró para hablarle a su hijo: —Pues claro, mi niño. Les doy unos minutos solos. Voy a pedir un poco de agua y un vaso, pero mira que regreso enseguida.

—Lo sé. Me parece bien —agregó Paulo guiñando, en ese instante, un ojo a su madre.

Valentina se levantó y pasó al costado de Alma. Cuando sus brazos se rozaron, le tomó el suyo y le dio un apretón para darle ánimos. Alma parecía un bloque de hielo. Valentina salió y cerró la puerta tras de sí.

## Capítulo 3

Paulo trató de incorporarse y, al hacerlo, sintió un dolor agudo en la pierna y en el pene, que aún le molestaba por la sonda que le habían retirado. El hecho de que Alma estuviera tan hermosa delante de él no era de ayuda, su miembro comenzaba a endurecerse y se sentía molesto en esas circunstancias. Emitió un quejido y se recostó enseguida por el dolor. Alma se asustó y se acercó.

—No te muevas, por favor, te vas a lastimar más. —La cercanía de Alma le permitió olfatear su perfume, que le inundó las fosas nasales. El peso de haber pasado tantos días sin ella, y de creerla perdida, lo agobió. Dio un respiro sonoro y cerró los ojos para disfrutar la sensación de olerla, privilegio que creyó que no tendría más.

—Déjame olerte, pequeña, pensé que no iba a tenerte tan cerca de nuevo. —Paulo, con los ojos cerrados, olía a Alma; ella, en silencio, lo observaba a unos centímetros—. Este dolor es nada, no existe dolor más grande que saberte enojada conmigo, creí que te había perdido para siempre, pequeña. Ese es un dolor que no podría enfrentar nunca. —Mantenía la concentración en el sentido del olfato, la vista se había anulado.

Alma se apiadó y le rozó la mejilla con el dedo índice, recorriendo desde el pómulo hasta la mandíbula.

—Shhhh —pronunció ella, tranquilizándolo. Tenía mil preguntas y acusaciones en la cabeza, pero no debía expresarlas aún, y verlo tan débil la hacía abandonar la idea de ser cruel con él—. Ahora no es momento de hablar. Ya lo haremos cuando estés más fuerte —le dijo en un tono muy suave, acercándose a él lo suficiente. Alma pudo vislumbrar una pequeña lágrima asomar en el rostro de Paulo. Hipnotizada, la tocó y la secó; nuevas gotas cristalinas salieron de sus ojos y ella las retiró con sutiles caricias—. No, cielo, no llores. Te va a hacer mal. —Paulo abrió los ojos al escuchar la palabra «cielo» que tanto le gustaba recibir de labios de Alma.

—No creí que volvieras a llamarme de ese modo nunca más,

pequeña. —Se quebró. Alma se sentó en el costado de su cama. En un movimiento brusco, Paulo se levantó y la tomó entre sus brazos. La apretaba contra su cuerpo, casi con violencia. La estrujaba como si pudiera fundirla a su pecho. Besaba su cabeza, su cabello. Casi con desesperación. Ella lo estrechó a su vez cuando salió del asombro del arrebato de Paulo. Cuando él sintió que ella respondía del mismo modo ,le besó el rostro, diciéndole frases cortadas—. Te juro, te lo juro por la vida de mi madre, que, después de ti, es lo más sagrado que tengo. Te lo juro, amor de mi vida, no toqué a María de los Ángeles. Ese video... —Paulo besaba las mejillas, la frente, la nariz, el mentón. Sus manos mantenían el rostro de Alma hacia arriba, mirándolo.

—Shhhh —Alma lo calmaba, le acariciaba las facciones—, tranquilo. Te va a hacer mal y me van a hacer ir. Quedate tranquilo. Ya vamos a hablar. Necesito que te recuperes.

—Solo te necesito a ti, pequeña, para recuperarme. —Paulo la besaba en todas las partes de la cara, pero no tocaba los labios, no se animaba a ser rechazado. Se atrevió a darle varios besos suaves en las comisuras de la boca. Fue ella quien besó de golpe y con violencia a Paulo. Y como sucedía cada vez que ellos se tocaban, sus cuerpos sintieron el pasaje de la corriente eléctrica que los había recorrido desde la primera noche, cuando él la tomó del brazo para salvarla de la furia del agua. Sus cuerpos buscaron unirse, sentirse en toda la extensión. El beso se hizo profundo, sus lenguas bailaban una danza sensual, contorneándose una sobre la otra, visitando cada espacio del interior de la boca del otro. Paulo usaba el brazo con los sueros para apretarla contra su cuerpo y la mano libre para acariciarle la espalda, el rostro y los brazos—. Te amo, no puedo vivir sin ti, Alma. No quiero vivir sin ti. Este tiempo sin ti... estuve muerto en vida. —Dejaron de besarse para mirarse. Ambos estaban delgados, con las ojeras violetas, demacrados.

—Yo también, cielo. Yo también. —Paulo la besaba con desesperación y ella lo dejaba hacer. No quería decir mucho, ella aún albergaba dudas, necesitaba aclarar todo antes de soltarse, y no era ese el momento. De pronto, él tomó una mano de Alma, la besó y la apoyó sobre su miembro, que estaba erecto.

—No podría haber estado con nadie más —dijo ante la cara de sorpresa de Alma al sentirlo tan excitado—. Si tú generas esto tan solo con estar presente delante de mí y me has dado todo lo que te he pedido, ¿para qué pondría todo en riesgo? ¿Por qué te perdería de un modo tan tonto? —Las lágrimas de Alma corrían por sus mejillas—. Nunca, Alma, ¿me escuchas? Nunca sentí esto por nadie más, ¿cómo

osaría perder algo tan increíble y único?

—No, no sé. No tengo idea de los porqué, pero...

—Entiendo que las imágenes debieron asustarte, darte la idea que yo necesitaba algo que tú no podías darme. Pero no es así, además de que verme con otra debe de haberte roto el corazón. —Paulo había preparado tantas veces qué decirle y, sin embargo, nunca imaginó que el encuentro se daría en esas circunstancias y estando él en ese estado —. Te juro, pequeña, esas imágenes no fueron de la noche que fui a por mis cosas al apartamento. Es una filmación antigua, de cuando estábamos en pareja y luego de un viaje mío por trabajo, es un reencuent... —Alma le tapó la boca a Paulo con su mano. No quería seguir escuchando en ese momento.

—Ahora no, no quiero hablarlo ahora. Ya tendremos tiempo, y tené por seguro que voy a pedir esas explicaciones. Quiero que tu madre tenga un ratito con vos antes de tener que irse. —Se escucharon dos golpes en la puerta—. Adelante, Valentina.

Valentina asomó la cabeza y los vio juntos, aún abrazados, los ojos de ambos congestionados.

—Mis niños, debéis hablaros de todo, no os dejéis nada adentro, que lo que queda adentro se pudre. No deben quedar dudas. —Entró y apoyó la botella de agua mineral y un vaso de vidrio sobre la mesita con ruedas. Sirvió el agua y se la entregó a Paulo—. Bebe, mi niño. Cálmate. Entiendo tu desesperación por saberla aquí, pero te quedas tranquilo, ella aquí estará, al menos hasta escuchar tus explicaciones. Antes debes recuperarte. —Paulo tomó un sorbo de agua sin soltar a Alma—. Ella estuvo a mi lado desde el momento en que supimos que te habían secuestrado y yo pisé suelo argentino. Hace más de quince días que no nos separamos. Esta niña te ama tanto como tú a ella. Y ha dejado su orgullo de lado para acompañarme en esta situación terrible, y la tienes ahí en tus brazos, aunque aún no escuchó tus explicaciones.

—Gracias, Valentina —interrumpió Alma, conmovida al saberse tan comprendida por su suegra.

—No, mi vida, gracias a ti por amarlo tanto, por ser una mujer íntegra. Gracias a ti por tu brazo, que me sirvió de apoyo cada día en este tiempo que duró esta pesadilla. —Valentina se acercó y los abrazó por encima del abrazo de ellos—. Os debéis cuidar mucho, mis niños, hay mucha gente que es mal intencionada y que solo aboga por sus propios intereses sin importarle que en el medio lastime a la gente. Ya han enfrentado uno de esos ataques, no permitáis que nadie más os separe. Hijo, debo contarte que, mientras esperabas que te llamaran para darte un tiquete de avión para regresar, María de los Ángeles

habló con Morena, vuestra amiga que trabaja en la aerolínea. Le contó su versión de la historia y Morena se identificó con su dolor. Por eso es que tardaste tanto en conseguir vuelo. Morena tenía órdenes de María de los Ángeles para no conseguirte boleto. Cuando Borja lo supo, habló con ella, le explicó la otra campana y te lo consiguió. Has perdido una semana también como resultado del enojo de María de los Ángeles. Hacedme caso, niños, y escuchad a esta vieja. Debéis confiar el uno en el otro, pero sin secretos ni ocultamientos... —Se aclaró la garganta—. Bueno, ahora vamos a tranquilizarnos. Si no, nos van a echar a patadas de aquí, mis amores.

—No puedo creerlo, mamá. En cuanto pueda, hablaré con Morena. Sus acciones me perjudicaron mucho. Me he equivocado, una vez más.

—Tranquilo, hijo. Ya habrá ocasión para todo. Para pedir explicaciones y para darlas. Todo a su tiempo.

Valentina, con su carácter resuelto, organizó las acciones del día siguiente y puso a su hijo al tanto de lo que se había enterado acerca de la investigación. Sabían cuál había sido el automóvil usado para el secuestro, habían logrado descifrar la imagen de la patente. Era un vehículo que estaba denunciado como robado. Así que por ese lado la investigación había quedado trunca. Lo habían encontrado, quemado, el día anterior. Los miembros de la policía científica estaban haciendo sus pesquisas, pero suponían que no hallarían mucho, era evidente que los secuestradores eran profesionales. La policía esperaba hablar con Paulo para que diera pautas sobre el lugar donde lo habían mantenido oculto.

—La verdad es que no podré dar demasiados detalles —anticipó Paulo—. Me mantuvieron todo el tiempo con los ojos vendados. Nunca vi ni el lugar ni a los tipos.

—Pero qué contrariedad, hijo. Teníamos esperanzas de poder encontrarlos y encerrarlos, pero cada vez se nos hace más difícil.

—¿Y características del lugar? ¿Sonidos, olores? —preguntó Alma, tratando de encontrar algo.

—No hay mucho. Se ve que el lugar estaba alejado de la calle, no se escuchaban sonidos de automóviles, ni bocinas, ni nada que demostrara que había gente pasando cerca. Mis gritos, cada vez que me pegaban con la caña, hubieran alertado a cualquiera. —Alma tomó la mano de Paulo y la apretó con fuerza. Valentina agrandó los ojos cuando Paulo mencionó la tortura.

—¿Te torturaron, hijo? —El dolor se reflejó en su rostro, se sentó del otro lado de la cama. Alma le tomó la izquierda con su derecha—. Este país no termina de quitarme lo que amo. Y ahora te torturan, Dios mío.

—Mamá, quédate tranquila. Estoy aquí, estoy bien, un poco magullado, nada más. Pero estoy. No me di cuenta de que os iba a afectar tanto cuando lo mencioné, estaba pensando en voz alta. Creí que, al verme tan lastimado, podríais adivinarlo. —Paulo se preocupó. Acarició el rostro compungido de su madre.

—Está bien, hijo. Perdóname tú, por favor. Continúa. Soportaré cualquier cosa que cuentes. Continúa.

—Estaba tratando de recordar algún detalle, pero no había muchas cosas que fueran resaltables del lugar. Era frío, húmedo, oscuro, incómodo. Yo estaba en un sector y los tipos en otro. Cuando era momento de... me llevaban a otro espacio. Nunca hubo nada que llamara mi atención. —Paulo se quedó pensativo—. Lo único que podría indicar es el sonido de una sirena cada mañana y cada tarde. Yo pensé que podría tratarse de alguna fábrica cercana.

—Ese es un dato importante —dijo Alma.

—Sí, pero debe haber muchas fábricas. Necesitaríamos algún detalle más —intuyó Valentina.

—Lo siento, mamá. No recuerdo mucho más. Estaba muy débil, me daban poco y nada de comer. Tomaba poca agua también. Me pasaba el día sentado o acostado durmiendo, muy débil. Creo que el olor... ahora lo recuerdo...

—¿Olor? ¿Qué clase de olor, Paulo? —preguntó Alma intrigada.

—Los primeros días sentí un olor desagradable, supongo que luego mi nariz debe de haberse acostumbrado y ya no lo percibí más. Un tufo entre putrefacto y a humedad, mezclados. ¿Recuerdas, pequeña, el día de la inundación? ¿Recuerdas el hedor particular del agua de la inundación? —Alma hizo un gesto afirmativo con su cabeza—. Bien, ese, o al menos muy similar.

—Qué extraño, hijo.

—No tanto, Valentina. Tal vez lo tuvieron en algún lugar que estuvo muy inundado. Si, como él dice, era un lugar oscuro, frío y húmedo, puede que el agua de la inundación haya dejado rastros que no fueron limpiados y, con el pasar de los días, el agua desapareció, pero quedó el olor y tal vez hasta algunos pegotes —conjeturó Alma.

—Tienes razón, pequeña. No lo había pensado. Había relacionado solo el olor, pero no pensé que podría haberse inundado ese lugar.

—¿Qué querían, Paulo? —preguntó Alma intrigada.

—Los nombres y apellidos de mis contactos para las tres investigaciones.

—¿Cómo tres investigaciones? ¿No habías hecho la de la inundación y la del incendio? —consultó, confundida, Alma.

—Sí, esas dos sirvieron para cuatro notas que se publicaron

mientras estuve aquí; pero originalmente había viajado para hacer una nota acerca de la relación entre el Papa y la presidenta argentina. Esa la dejé inconclusa por la de la inundación, pero al llegar a Madrid la terminé. Tenía todo el material necesario, había investigado mucho antes del 2 de abril. Con lo que ya tenía pude hacer la nota y publicarla.

—No lo sabía. Nunca me dijiste que ya habías sacado otra nota —expresó Alma, triste, como desilusionada de no haber sido informada de algo tan importante.

—Es que eso sucedió por esos días en los que vosotros ya no os hablabais, hija. Tal vez por eso no supiste —terció Valentina.

—Ah… —dijo Alma avergonzada.

—Sí, fue por esos días, es verdad —continuó Paulo—. Pues bien, querían mis contactos de todas las investigaciones. Seguramente para tomar represalias y, pues, ya que estaban, para castigarme por todo lo publicado.

—¿Les diste algún nombre? —preguntó Alma.

—Por supuesto que no, pequeña —le respondió sorprendido y algo ofendido por la suposición de Alma—. ¿Acaso crees que pondría en peligro a alguien que confió en mí? —Alma se encogió de hombros, como disculpándose—. Jamás he descuidado una fuente. Son los que me permiten hacer mi trabajo, sin ellos no tengo material. Los cuido como a mi propia vida. Jamás entregaría un nombre.

—Bien hecho, hijo. Sabemos qué clase de hombre íntegro eres, no quedan dudas.

Siguieron conversando hasta que Amalia entró para realizar un control de la presión y la temperatura. En un ratito irían a relevarla de su turno y quería dejar todo en orden. Las hizo salir un minuto y les pidió que luego quedara una sola. Valentina se despidió y le dijo a Alma que iría al mediodía a reemplazarla. Germán, a su vez, podría cuidarlo por la noche, así que Alma debía irse a descansar hasta el otro día. Cuando volvió a entrar, luego de que saliera Amalia, Paulo tenía la cama recostada y solo quedaba encendida una pequeña luz de noche. Alma miró asombrada el cambio en la habitación.

—¿Es un mensaje subliminal tal vez? ¿Para que me deje de molestar y te deje dormir? —preguntó Alma sonriendo.

—Creo que has dado en el blanco —dijo Paulo riendo—. Ven, pequeña, siéntate cerca de mí.

Alma tomó la silla del acompañante, que Amalia había corrido hasta los pies de la cama, y la acomodó al lado de la cabecera de Paulo. Se sentó y Paulo le tomó la mano.

—Dormite, cielo. Necesitás recuperar energías.

—Es que no puedo dormir bien si no tengo tu cuerpo a mi lado. En Madrid me costaba mucho conciliar el sueño. Y no me había dado cuenta de que era por tu ausencia en mi cama hasta que una noche conversamos por teléfono hasta muy entrada la noche. Me acosté mientras hablábamos. Y cuando corté contigo, enseguida me dormí, y muy profundo.

—¿En serio?

—Verdad absoluta. Eres indispensable para mí, ¿aún no lo crees?

—La verdad es que a veces me cuesta creer que hayas tenido una vida tan distinta y que todo esto haya aparecido cuando me conociste. Quiero decir, esto de sentir algo por primera vez, sentir que dependés de otra persona, que querés saber dónde está la otra persona todo el tiempo y si te extraña como vos la extrañás.

—Puedo jurarte por la Virgen que me pidas, puedo hacerlo en nombre de mi madre. Nunca antes me había enamorado. He experimentado todas las sensaciones que puedas imaginar. Pero nunca el amor como lo siento por ti. —Alma bajó su cara, avergonzada. Paulo le levantó el rostro y la miró a los ojos—. Y tu descripción se queda corta. No solo quiero tenerte cerca, necesito estar dentro de ti todo el tiempo. Tu cuerpo, tus brazos, no me importa vivir en España, en Argentina, da lo mismo, tú eres mi lugar en el mundo.

Alma comenzó a llorar.

—Es muy hermoso lo que me decís, cielo. Este tiempo separados... fue muy duro, creí que todo había sido mentira.

—Pequeña, no tienes ni la menor idea. —Llevó la mano de Alma, que tenía tomada, y la apoyó en su pecho. Se sintió una secuencia acelerada de latidos—. Cada vez que estás cerca, pequeña, el corazón se me desboca. —Alma se acercó un poco más y le dio un beso suave pero sentido. Paulo la abrazó con su brazo libre y la apretó. Alma se levantó lentamente y, casi sin ganas, separó su boca de la de él.

—Si no te ponés a dormir, me van a echar y me van a prohibir venir a cuidarte.

—Está bien. Prometo dormir. Solo quédate cerca de mí y dame tu mano. —Paulo se acomodó y la tomó otra vez. Como si un mago lo hubiera hechizado, a los minutos se puso a respirar profundamente; se había dormido.

Luego de unas horas en la misma posición, Alma tenía adormecida la palma, que seguía debajo de la de Paulo. Intentó moverla para despertar las terminaciones nerviosas. Fue sacándola con lentitud. Cuando la tuvo libre, Paulo se movió de modo brusco en la cama. Tenía algún sueño.

—¡¡¡Noooo!!!! —gritó, de golpe, Paulo. Alma se asustó y se acercó

a él con rapidez. Le tomó la cabeza entre sus manos. Paulo seguía inmerso en el sueño—. Hijos de puta, no la toquéis, dejadla. Es mi mujer, ¡noooo! —El rostro de Paulo estaba compungido, mostraba dolor, y las lágrimas que caían de sus ojos revelaban que la pesadilla que lo torturaba era muy real—. ¡Alma! Noooo, ¡piedad! Basta... —Paulo sollozaba, Alma se sorprendió al escuchar su nombre. Comenzó a moverlo y a hablarle para despertarlo.

—Cielo. Abrí los ojos. Es solo un sueño. Por favor. —Alma le secaba las lágrimas—. Cielo, abrí los ojos. —Lo tomó de los hombros y lo zarandeó. Paulo abrió un poco los ojos, pero seguía sacudiéndose de manera violenta. Daba golpes al aire. Alma tenía miedo de que se sacara las vías de la vena. Tocó la alarma para llamar al enfermero, quien en instantes abrió la puerta con tranquilidad, pero en cuanto vio la lucha de Alma con Paulo, el gesto cambió rotundamente, corrió hasta la cama y se dedicó a detener los movimientos de Paulo. Este despertó con lentitud por el dolor de los brazos y piernas, y por la voz de Alma que lo conminaba a calmarse.

—Alma, Alma, ¿estás bien? Dios mío... Lo que te hacían... ¿Qué? ¿Qué pasa? —dijo cuando se dio cuenta de que tanto Alma como un enfermero estaban sosteniéndole los brazos con fuerza.

—Gracias, creo que ya despertó, ya puedo encargarme —le sugirió Alma al enfermero, que la miraba como preguntando si estaba segura. Ella hizo un gesto afirmativo, entonces lo soltó y se fue. Alma volvió el rostro hacia Paulo, que la observaba sin entender nada—. Cielo, tranquilo, te vas a sacar los sueros. Tuviste una pesadilla. Es eso, nada más.

—Pequeña, por Dios, era tan real... Eran esos tipos, no podía ver sus caras, pero reconocí sus voces. Dios mío, tenían a mi madre atada a la espera de torturarla, y a ella y a mí nos hacían presenciar todo lo que te hacían. —Paulo tomó la mano de Alma y la apoyó sobre su corazón, ella sintió la aceleración con la que latía el pecho—. Te juro que pensé que moriría. Quería matarlos.

—Tranquilo, cielo. Fue un sueño, nada más. Estoy acá con vos. Nadie nos hizo nada. —Alma trataba de calmarlo.

—Dios mío, era tan real... —Paulo la acercó más. La besó. Solo sus besos lograban apaciguarlo—. Quédate conmigo, pequeña, acuéstate a mi lado. Necesito sentir tu calor cerca de mí. —Alma se recostó cuando Paulo se hizo a un lado, ella se ubicó de perfil y Paulo acomodó su cuerpo detrás del suyo, pasó su brazo con sueros por encima de ella y la abrazó. Respirar su aroma, sentirla a su lado, tenerla ceñida le relajó el cuerpo tensionado por la pesadilla. En cuestión de minutos, lograron dormirse los dos.

## Capítulo 4

Luego de tres días en el departamento privado de la clínica, Paulo había recobrado el vigor. Ya lograba sentarse solo, ir al baño sin ayuda, trasladando consigo un pie con ruedas de donde colgaban los sueros. El médico fue a hacer su visita, control que se repetía diariamente. Revisó la pierna y las marcas. Todos los golpes ya habían pasado del azul-violeta a un color amarronado. La pierna estaba recuperándose, cicatrizaba según lo esperado y no había habido infección. Ese día iban a sacarle los sueros. El rostro de Paulo se mostraba mucho más repuesto. El galeno decidió, luego de un control exhaustivo, que le quitaría las vías y, si no había complicaciones, a la mañana siguiente le darían el alta.

Todos recibieron con alegría la noticia. La familia de Paulo iba a verlo todas las tardes, Matilde y Valentina eran las que más tiempo pasaban. Alma estaba durante el crepúsculo y todas las noches. Paulo le había pedido que fuera ella quien lo cuidara en ese momento; solo si la tenía cerca, él podía conciliar el sueño. Cada noche Cuando él se disponía a dormir, ella se sentaba a su lado, ambos se tomaban la mano y Alma se recostaba sobre la cama. Percibir el perfume de Alma lo relajaba tanto que en minutos estaba roncando.

Esa tarde, cuando terminó el horario de visitas, Valentina se acercó a hablar con su hijo. Alma se encontraba saludando en la puerta de la habitación a Germán, Amanda, Marcela y los tíos. Cuando regresó al interior del cuarto, Valentina estaba contándole algo a Paulo. Cuando Alma se acercó, de pronto se quedó en silencio. Alma se sintió incómoda y se le notó en la cara.

—Mamá, explícale a Alma lo que me estás contando. Entre ella y yo no hay ni habrá secretos —aseguró Paulo.

—Bien, así me gusta, hijo —expresó, con una sonrisa, Valentina, luego prosiguió—: Le estaba diciendo a mi hijo que anoche recibí una llamada de María de los Ángeles. —Alma abrió los ojos bien grandes, pero se mantuvo callada—. Estaba al tanto de lo sucedido a Paulo,

sabía del secuestro y de que ya había sido rescatado. Lo sabía por el diario digital en el que trabaja Paulito, donde este tema aparecía cada día en los titulares. Nunca se había vuelto a poner en contacto conmigo, hasta ayer. Cuando hablé con ella, le informé que la salud de mi hijo estaba bien, que estaba siendo acompañado por su mujer, Alma, y que lo que había hecho con vosotros demostraba una bajeza moral de la que no la creía capaz. Que no todo es válido para retener a un hombre y que ella debería de haber entendido que, si no había más sentimiento, no había nada que salvar.

—Bien dicho, mamá —la cortó, entusiasmado, Paulo, orgulloso de la defensa de su madre.

—Gracias por contármelo, Valentina —dijo Alma. Saber que esa mujer aún estaba rondando la vida de Paulo le generaba sentimientos que desconocía.

—Esa muchacha no creo que me llame más, o al menos eso espero.

—Yo también, mamá. Después de todo lo que le he dicho cuando supe lo que había hecho, espero que tampoco intente comunicarse conmigo. Aunque aún me queda por decirle lo que pienso sobre lo que hizo con Morena. A ella la llamaré en cuanto pueda para decirle unos cuantos adjetivos.

—Bueno, mis amores, os dejo tranquilos, quería comunicaros esta novedad. Almita, ¿me envías un mensaje cuando el médico dé el alta? Me vengo con Germancito o Adrián a buscaros.

—Perfecto, así lo haré.

Valentina saludó a su hijo y Alma la acompañó hasta el ascensor.

—No te veo convencida, mi niña. ¿Aún no habéis hablado vosotros dos? —Alma hizo un gesto negativo—. Mal hecho. Te voy a decir algo. Si esperas que él te dé todas las explicaciones solito, puedes quedarte sentada esperando. Los hombres no hablan hasta que una no los orilla. Debéis hablar, hoy lo veo repuesto, creo que es un buen momento.

—Está bien, Valentina. Tenés razón. Hoy mismo lo hablamos.

Las dos mujeres se abrazaron, se dieron besos en ambas mejillas. Alma se había acostumbrado, a fuerza de pedir disculpas por dejarlos siempre con un beso colgados. Enfiló hacia la habitación luego de que las puertas del ascensor se cerraron delante de Valentina. Caminaba con paso inseguro, pensando de qué modo iniciar la conversación. De pronto, absorta como estaba en sus pensamientos, se chocó con una persona. Pidió disculpas e intentó retomar su camino, casi no había visto de quién se trataba. Una mano la retuvo del brazo, ahí fijó su vista en quien la había chocado: Mariano. En más de tres años no había vuelto a saber de él: estaba igual. Otro corte de cabello, pero él era el mismo.

—Almi, qué bueno encontrarnos. Hace tanto que no sé nada de vos.

—¡Mariano! —Alma no pudo articular una palabra más. La sorpresa la había dejado muda.

—Sí, soy yo. Hace rato que quiero encontrarte, hace rato que necesito hablar con vos.

—¿Qué? ¿Hablar? ¿Vos y yo? No entiendo, ¿qué tenemos que hablar vos y yo?

—Yo... necesito que hablemos, necesito que me entiendas algunas cuestiones. No pude olvidarte, olvidar todo lo que nos pasó. Supongo que vos tampoco —sugirió con su sonrisa acostumbrada, una sonrisa que lo mostraba como pedante.

—Gracias a Dios, Mariano, pude olvidarte —dijo Alma volviendo del mutismo y de la sorpresa.

—Sé que no es así. Lo nuestro fue muy fuerte, muy intenso. Dudo de que te hayas olvidado de mí. Te vi en la televisión hablando como la fulana del periodista español, supongo que estás acá con él. ¿Podríamos irnos a tomar un café y hablar?

—Estás en lo cierto. Estoy acá con él, cuidándolo. De ningún modo me iría con vos a ningún lado y lo dejaría solo. Dejame aclararte que no soy «su fulana», soy «su mujer». —Alma trató de soltarse el brazo de la mano de Mariano, tironeó, pero no logró liberarse. Mariano la miraba fijamente a los ojos.

—Ese tipo no es nada en tu vida, Alma. Yo soy todo. Yo te di un hijo. Yo soy todo, ¿entendés?

—¿Qué? ¿Te fumaste algo que te cayó mal? ¿De qué me estás hablando, Mariano? ¿Te acordás que ni mi hijo ni yo entrábamos en tu vida? ¿De qué mierda me estás hablando? ¡Tres años pasaron! ¿Qué derechos te pensás que tenés?

—Todos. Vos sos mía. Ese tipo ya fue en tu vida. Ahora yo volví, por vos y mi hijo.

—¿Estás loco?

—Estuve loco el día que me fui. Ahora sé que debí haberme quedado. Pero volví para recuperar el tiempo. Tengo un excelente trabajo, pedí un pase a la destilería de La Plata. Con el tema del incendio que hubo necesitan toda la ayuda posible. Te pedí perdón, varias veces ya. Creí que eso había sido suficiente, Alma.

—¿De qué hablás? Estás totalmente loco. —Alma miró a ambos lados, buscaba desesperadamente a alguien que la ayudara a sacarse de encima a Mariano. En eso vio pasar, hacia el *office* de enfermería, a Carlos, uno de los enfermeros. Él la miró como al pasar y Alma le hizo un gesto de terror con sus ojos. Carlos vio al tipo que tomaba a Alma

por el brazo, imaginó que algo andaba mal y se acercó.

—Vamos a tener la vida que nos merecemos, Almi. Te mandé varios ramos de flores, de las que sé que son tus favoritas, siempre puse una tarjeta diciendo «Perdón». ¿Cuántas flores más debo enviarte para que me perdones?

—Nada, nada hará que cambie de opinión. Lo nuestro se terminó. —Carlos ya estaba cerca y lo miró abiertamente.

—Alma, ¿está todo bien? —dijo Carlos, observándola con seriedad —, ¿necesitás ayuda?

—Gracias, Carlos, el señor ya se retiraba, ¿no es así, Mariano? ¿O vamos a tener que llamar a Seguridad? —Mariano los escrutó a ambos, primero a ella, luego a él. Su mirada de odio generó temor en Alma, aunque trató de disimularlo. La soltó, casi con desprecio.

—Esto no termina acá, Alma.

—Esto terminó hace tres años. Chau. —Alma comenzó a caminar, Carlos la siguió un paso detrás.

—Alma, llamo a Seguridad, este tipo parece peligroso.

—Bueno, fijate que salga y no vuelva a entrar. —Se giró y vio que Mariano entraba al ascensor y se iba, pero antes le daba una mirada que le heló la sangre.

Estaba frente a la puerta de la habitación de Paulo. Debía apaciguarse, él no podía verla alterada. Respiró varias veces profundamente. Se calmó. Cuando intentó entrar, la puerta se abrió de manera sorpresiva. Alma se asustó. Era la enfermera que acababa de retirarle las vías a Paulo y se llevaba los cañitos y el resto de suero. Alma entró más tranquila.

—¿Ya te sacaron todo? —preguntó con ánimo y una sonrisa en los labios.

—Así es —contestó Paulo con una sonrisa—. Ahora puedo abrazarte sin la limitación de esos sueros —dijo a la vez que abría los brazos para recibirla. Alma se acercó, se sentó en la cama y se abrazaron con fuerza. Se mantenían en silencio, respirando el aroma del otro, ambos con los ojos cerrados.

—Cielo, necesito hablar con vos —inició ella sin abrir los ojos ni soltar el abrazo. No iba a decirle aún lo de Mariano, no quería alterarlo. Pero sí necesitaba aclarar las cosas entre ellos. Decidió que todo lo sucedido con Mariano unos minutos antes quedaría en suspenso en su memoria hasta poder lidiar con ello.

—Dime, pequeña.

—Creo que estoy lista para escuchar tus explicaciones, aquellas que no te dejé darme el primer día.

Paulo abrió los ojos y fue soltando el abrazo. Ambos estaban serios.

—Bien, es justo. Entiendo que necesites oírlas. —Paulo se debatía en su interior entre contarle toda la verdad u omitir algunas partes.

—Quiero que entiendas que en estos días estuve al lado tuyo porque, como te dije muchas veces, te amo. Sos mi vida, sos el hombre de mi vida, pero también sos el hombre que me rompió el corazón. Todo este tiempo en el que me senté a tu lado en esta cama, te besé, te abracé, te sentí; pero no me sentí honesta conmigo misma. No me malinterpretes. No me arrepiento de haber estado acá ni de haberte dado ningún beso. Pero no me sentí cien por ciento segura de nosotros, de que yo sea lo que vos necesitás, de que esto que nos pasa sea suficiente.

—Alma, comprendo tus dudas. Permíteme explicarte.

—Gracias. Lo necesito.

—María de los Ángeles y yo tuvimos una relación de más de tres años. En ese tiempo me sentí cómodo con ella, pero nunca estuve enamorado. De hecho, nunca le dije que la amaba. Y eso ella lo sabía, era consciente de esa situación. María creyó que con el tiempo cambiaría y que tarde o temprano comenzaría a amarla. En la cama siempre tuvimos una muy buena relación, y confiaba en ese aspecto para ganarse mi amor. —Alma bajó la cabeza y cerró los ojos, como soportando un golpe. Paulo le tomó la barbilla entre sus dedos índice y pulgar y la obligó a mirarlo—. Necesito ser honesto, quiero que veas la honestidad en mi mirada. —Lo miró con lágrimas. Paulo sintió un dolor en su pecho, lo lastimaba verla llorar—. Como te he dicho, ella me daba mucha independencia en el trabajo, pero a la vez, su inseguridad la hacía celarme demasiado. Si bien me dejaba ir de viaje por mi trabajo, cuando estaba en Madrid, ocupaba mi tiempo y no me permitía salir con amigos, incluso me celaba de mi madre. Irnos a vivir juntos fue su idea y no me molestó. Pero luego pasó algo que me hizo cambiar la vida. Algo que me hizo repensar todo.

Alma se quedó en silencio a la espera de una aclaración.

—Continuá, por favor. ¿Qué pasó? ¿Qué te hizo cambiar de opinión y no irte a vivir con ella?

Paulo sabía que debían cimentar nuevas bases para esa relación, debía decirle la verdad, solo de esa manera podrían estar tranquilos y unidos.

—Tú. Eso me pasó. Me pasaste tú, pequeña. Dios quiso que te salvara, pero no para el mundo, sino para mí.

—¿Qué? —Alma estaba sorprendida, no daba crédito a lo que oía —. Pero vos, entonces...

—Déjame explicarte. Lo que nos pasó, lo que me pasó contigo, fue algo mágico, único. Te vi acercarte flotando y solo le pedía a Dios que

estuvieses viva. Ya en ese momento supe que algo fuerte y distinto me sucedía contigo. Luego hablamos toda la noche, te tuve en mis brazos, te ayudé en tu casa, te vi con tu familia; en fin, supe que debías ser mía. Nunca había sentido tal certeza. El corazón se me aceleraba tan solo con tenerte cerca. Jamás me había pasado con María de los Ángeles ni con ninguna otra mujer. Comprendí que lo mío con María debía terminar. Aún antes de haber hecho el amor contigo, entendí de manera cabal que ya no podía seguir con nadie más.

—Pero, entonces..., vos y María de los Ángeles estaban juntos cuando nos conocimos.

—Sí, y lamento haberte mentido. Lamento no haber sido sincero, pero pudo mi egoísmo. Temía perderte si te decía que estaba por dejarla, te conocí en poco tiempo y supuse que no me lo hubieras permitido.

—Estás en lo cierto. Me hubiera hecho a un lado.

—Lo sé. Por eso no te lo dije.

—¿Cuándo fue el corte con ella entonces? —preguntó Alma con temor.

—La noche siguiente a la que pasamos juntos por primera vez. —Alma abrió la boca para intentar hablar, pero Paulo le impidió hacerlo con un gesto de su mano—. No lo hice antes porque no logré comunicarme con ella y porque no quería alejarme de ti ni un minuto. No porque estuviera probando nuestra cama antes de decidirme. Yo le había anticipado por mensaje de móvil que las cosas entre nosotros no estaban bien, que necesitaba hablar con ella, pero no me dieron los tiempos.

—¿Me mentiste desde el comienzo? ¿Qué papel juego en esta historia? Debo de haber quedado como una tarada frente a toda tu familia.

—Te suplico que no me juzgues, pequeña. Hice lo que creí necesario para no perderte. Si te pierdo... El dolor de perderte... Como esos días en Madrid que te supuse perdida, no te imaginas lo que sufrí. Eres mi oxígeno, te necesito como necesito respirar. —Paulo hablaba y sus ojos se llenaron de lágrimas que daban veracidad a sus palabras—. Lo eres todo para mí, en este poco tiempo juntos, la intensidad de lo que sentimos es increíble, es como si estuviéramos destinados a estar juntos. No en vano el agua te trajo a mí. —El llanto anegó su mirada —. Podría haber vivido toda una vida de grises, de sexo sin amor, todo antes de conocerte, pequeña. Tú eres un antes y un después en mi vida. Desde que te conocí, no existen más los grises ni sexo sin amor. Desde que te tengo en mi vida, todo es color, sensaciones, sentimientos; hacerte el amor ha sido, cada una de las veces, un acto

sublime, no puede compararse a nada. ¿Cómo seguir viviendo luego de ser arrasado por tanta intensidad y perderla? Imposible. Si no te tengo, no hay razones para seguir vivo, tú eres la razón de mi existencia, tú, solo tú me tienes en tu puño. Solo tú puedes destruirme. —Alma lo escuchaba azorada. Las lágrimas de Paulo, la sinceridad de sus palabras, lo fuerte que era lo que decía, todo la impelía a escuchar, a dejarlo decir—. Cuando corté la relación con María de los Ángeles, nunca te mencioné, no quería lastimarla más de lo que la lastimaba dejándola. Fui terminante pero cortés. Para mi familia, nunca hiciste el papel de tonta. Todos me pidieron que te dijera la verdad, pero temía tu reacción, temía perderte. Ahora entiendo que una relación no puede comenzar con una mentira, por eso estoy tratando de empezar de cero, sin engaños, pequeña.

Alma se quedó en silencio unos instantes, como asimilando las palabras de Paulo. Luego preguntó: —¿Y lo de Madrid?

—Cuando volví a Madrid, ella me envió un mensaje, me dijo que dejaba el apartamento para ir a una reunión y que yo podía ir para retirar mis pertenencias. Evidentemente, tenía preparado todo para filmarme.

—Entonces sí eras vos el de la filmación.

—No, dame un minuto para explicarme. Ella debió de preparar todo para filmarme e intentó seducirme. No te lo voy a negar. —Decidió que el hecho de que María de los Ángeles le hubiese hecho una felatio de unos minutos podía omitirlo—. Intentó por todos los medios lograr que me quedara con ella. Tal vez en ese momento fue que llamaste, pero tenía el móvil en silencio. Cuando vi que la situación se ponía inmanejable, decidí irme, dejé las pertenencias que me quedaban y me fui. No te llamé en ese momento porque estaba alterado.

—¿Qué intentó? Necesito saber.

—Alma, estuvimos juntos tres años, ella me conoce, entiende mis lados flacos. Intentó hacerme caer por todos los medios que le resultaban familiares. Pero no pudo. No creo que sea necesario que te dé más imágenes que las que ya tienes en tu cabeza. Debes pensar en la frase final: no lo logró.

—Está bien —concedió Alma, poco convencida.

—Al otro día, tú ya no respondías a mis llamadas ni a mis mensajes. Estuve llamando a la rubia; luego de insultarme mucho, me dejó explicar que no había hecho nada malo. Estaba seguro de que se trataba de una trampa, no podía creer que María de los Ángeles hubiese armado todo eso. Algunas cosas habían quedado en el apartamento, debía volver. Lo pensé y ya había arreglado con mi

madre para que ella me acompañara a retirar lo que había quedado. No quería a generar otra situación incómoda como la de la noche anterior. Ese mismo día, comencé a buscar aéreo para volver a ti, pequeña. Ya sabes lo que pasó con ese tema, no lo conseguí hasta casi una semana después. Hablé con la rubia varias veces y finalmente me pudo enviar el bendito video. Creo que lo sé de memoria de tantas veces que lo vi. Cuadro a cuadro. —Alma bajó su cabeza intentando ocultar las lágrimas que anegaban sus ojos—. No puedo decirte que es falso —dijo Paulo a la vez que levantaba el rostro de Alma con dos dedos—. Sí, soy yo, e imagino lo duro que debió ser para ti verme con ella y de ese modo. Pero puedo asegurarte que no es un video actual. El año pasado estuve en Colombia, en una de mis misiones. Fui atacado por las FARC, intentaron secuestrarme, logré escapar, pero terminé lastimado. —Paulo destapó la pierna que había salido herida en aquella ocasión, el muslo izquierdo, y expuso la cicatriz blanca.

—Sí, la recuerdo. He visto esa cicatriz y varias más en tu cuerpo.

—Bien, esta cicatriz fue bastante más grande originariamente y, debido a una infección, la tuve cubierta durante mucho tiempo. En el video puedes ver, solo en un cuadro, en unos segundos, que la pierna tiene el apósito que la protegía. —Paulo notó la vacilación de Alma—. ¿Tienes aún el video en tu móvil?

—Sí —dijo ella con dolor.

—Permíteme buscarlo, no quiero que haya dudas entre nosotros. No te haré revivir más de lo necesario, lo prometo.

Alma sacó del bolsillo de sus *jeans* el celular y abrió la pantalla, buscó en la galería y tocó la miniatura del video mencionado. Antes de que lo pusiera a correr, Paulo lo tomó y lo detuvo. Bajó el volumen del aparato y lo hizo correr nuevamente. Fue adelantando los cuadros de la filmación y, cuando vio que se acercaba a la parte en la que se vería el apósito, se mantuvo alerta. Detuvo la imagen y se la mostró—. Ahí puedes ver el apósito, mi muslo está de frente —dijo a la vez que acercaba el dedo a la imagen. Alma se mantenía en silencio— y, además, el largo de mi cabello, pequeña. Está mucho más corto de lo que está ahora o de lo que estaba cuando viajé a Madrid. —Ella mantenía el mutismo, Paulo desvió su mirada para ver qué sucedía con ella. Las lágrimas caían a los lados de su rostro.

—Pequeña, te pido perdón, te juro que esto que ves es un reencuentro de hace más de un año. Estuve mucho tiempo en cama, recuperándome de las heridas, entre ellas, la de la pierna. Cuando me repuse para viajar nuevamente a Madrid, me dieron ropa y me cortaron el cabello antes de subirme al avión. Querían que me vieran repuesto al bajar. ¿No te sirven estos detalles para creerme? Por Dios,

dime que me crees, no puedo perderte. —Alma seguía llorando en silencio, Paulo la abrazaba, la acercaba a sí.

—Te creo, te creo... No podía ni pensar que me hubieras hecho esto.

—No lo hice, pequeña. No lo haría nunca, te amo, tanto, tanto... No lo dudes, por favor. Eres mi vida, el motor de mi existencia. Te lo juro. —Las lágrimas de Paulo caían también y la besaba a la vez que hablaba.

—Creí que iba a morir, Paulo. El dolor en el pecho era tan grande, tan fuerte...

—Dios mío, jamás perdonaré a María de los Ángeles por hacernos esto. Tú no sabes lo que fue para mí este tiempo.

—Creí que moriría de tanto dolor —insistía ella—, era como si el mundo siguiera su curso sin siquiera notar que yo ya me había bajado de él. Los demás comían, reían, respiraban, y yo... yo hacía un esfuerzo sobrehumano para todo eso. —Se abrazaron fuertemente, uniendo cada parte de sus cuerpos.

—Nunca más, pequeña, nunca más nos volveremos a separar. Estar lejos de ti me destroza.

Alma volvió de ese abrazo.

—¿Ya te habrán firmado el alta? Podríamos irnos y te llevaría adonde me digas —propuso ella tratando de calmar las ansias que comenzaban a aparecer en ambos.

—Por lo que me dijo la enfermera, si para mañana he estado sin ninguna complicación y tolero alimentos, pues me dejarán irme. Nos iremos a la casita, a tu casa, donde vamos a estar juntos hasta que podamos establecernos en un lugar más grande y menos inundable. —Los dos sonrieron—. Pero antes... —Paulo la besó y, lentamente, le acarició el cuerpo. Alma fue bajando las barreras de a poco, la conversación había logrado hacer que desaparecieran sus temores. Las pruebas de Paulo habían borrado las dudas, podía sentirlo sin interferencias. La urgencia de sus cuerpos, la necesidad de estar uno en la otra, el tiempo que hacía que sus pieles no se fundían, todo los urgía a unirse.

Sin mediar palabras, Paulo se separó de la boca de Alma. Se miraron y, en silencio, en un acuerdo tácito, él se levantó y se dirigió a la puerta de la habitación. Cerró con traba, se giró y miró a Alma con una intensidad que la sobrecogió. Sintió un escalofrío en toda su piel. A medida que se iba acercando a ella, Paulo se iba despojando de sus pocas ropas, la camiseta, la ropa interior. Quedó desnudo. Cuando llegó a la cama, donde Alma lo esperaba, le sacó la remera y ella se dejó hacer. Alma se puso en pie para sacarse los pantalones; para

hacerlo, apoyó su mano en el pecho de él, que emitió un suspiro al sentirla. Lo miró con le mismo ardor y lo besó. El tiempo transcurrido sin tocarse, la necesidad del cuerpo del otro, el temor de haberlo perdido los hacía sentirse hambrientos uno del otro. Alma de pronto cortó el beso y se arrodilló en el piso. Su rostro quedaba exactamente a la altura de la pelvis de Paulo y de su miembro erecto, rosado, tentador. Alma, sin esperar un segundo más, lo ubicó dentro de su boca, lo degustó, lo acarició con la lengua plana y, luego, lo lamió con ferocidad; succión, entrada, salida, un sistema que siempre utilizaba, para enloquecer a Paulo. Después de varias repeticiones, Alma desenfundó levemente los dientes y arañó con suavidad todo el recorrido del pene, haciéndolo más intenso al llegar al glande. Las respiraciones sonoras de Paulo se convirtieron en gemidos; cuando Alma mordió levemente ese espacio tan sensible, él sintió que el clímax se avecinaba. Levantó a Alma del piso y la acostó en la cama, todo en un solo movimiento. Ella, aún sorprendida, se quedó mirándolo. Paulo tiró de la ropa interior de Alma, rompiéndola. Los despojos destrozados volaron al lado de la puerta de entrada.

—Necesito entrar en ti, pequeña, estoy al borde del orgasmo, pero necesito correrme dentro de ti. —Y sin decir una palabra más, la penetró. Las sensaciones los invadieron a ambos. Se encontraban apabullados por emociones que ambos habían temido no volver a sentir. Paulo abrazó con firmeza a Alma y trató de contener el éxtasis que parecía que no iba a poder dominar. Besaba a Alma de manera descontrolada, su lengua la recorría con furia. Se acercó al oído de Alma y, con un susurro gutural, le dijo: —Eres tú, pequeña, todo lo eres tú, no me dejes nunca. Me moriría sin ti.

Alma estaba conmovida, su cuerpo reaccionaba a cada caricia de Paulo, sentir su peso sobre ella, sus embestidas cada vez más fuertes, sus manos pellizcando sus pezones, el miembro colmándola, todo la tenía en un umbral estremecedor. Oír esa confesión de Paulo, tan sencilla, tan honesta, tan visceral, la llevó a explotar de placer. No pudo responder, el calor, el fuego, las luces la envolvieron, la aturdieron en una elevación indescriptible. Paulo, a su vez, al sentirla derretirse en sus brazos, al saberla inmersa en un orgasmo tan intenso, no pudo contener el propio y se vació entero dentro de ella. Unidos, abrazados, fundidos, en silencio.

## Capítulo 5

Esa mañana, como cada mañana que despertaban juntos desde que Paulo había sido dado de alta un mes atrás, Alma se levantó para preparar el desayuno. Habían hecho el amor varias veces a lo largo de la madrugada y sus cuerpos necesitaban un alimento reparador. Alma, con una sonrisa en el rostro, recordando las veces que se despertó con Paulo dentro de ella, puso la cafetera en funcionamiento. Cada noche y cada día confirmaba que él compartía la misma adicción que ella sentía por su cuerpo. Ambos necesitaban estar unidos para sentirse vivos. Recordó el horno de vitrofusión, que había dejado funcionando durante las horas de descanso. Las piezas debían estar terminadas y frías ya. Fue hacia el patio interno y abrió la tapa. Confirmó que habían quedado perfectas, las sacó y les limpió el polvo que se pone para evitar que el vidrio se adhiera al molde. Sus pensamientos vagaban y, en una asociación, evocó la última vez que había visto a Mariano. Hacía diez días había vuelto a presentarse para exigirle volver a estar juntos. Cada vez se convencía más de que Mariano no estaba bien, algo en su mirada, en su insistencia, en su no registro de las negativas de Alma la preocupaban cada vez más. No se animaba a llamar a su familia, de hecho, no había tenido una buena relación con ellos antes de la ruptura y no había vuelto a hablar en el tiempo posterior. Aún no se animaba a conversarlo con Paulo.

Sintió el aroma del café proveniente de la cocina. Volvió a preparar las tazas y las tostadas. Sirvió el líquido humeante y aromático. Mariano debía estar pasando por algún momento de estrés, como solía pasarle en los días previos a rendir un final de la facultad, y eso lo llevaba a tener picos de nervios y, una vez, un *surmenage*. Eso explicaba su mirada perdida. No hablaría con Pato, estaba cerca de su boda, apenas faltaban dos días, no quería preocuparla. Lo haría con Amanda, ella sabría qué hacer. Paulo aún se estaba recuperando y ella había decidido no contarle sobre la vuelta de Mariano por el momento.

Sirvió jugo de naranjas en vasos y los acomodó en la fuente; agregó unos cuantos productos que fue sacando de la heladera. Preparó todo en una bandeja apta para llevar a la cama y se dispuso a despertar a Paulo. Antes de irse de la cocina, tomó su celular y decidió enviarle un mensaje a Amanda. Cuando desbloqueó la pantalla, se encontró con varios mensajes de Mariano que, a lo largo de la noche, le había estado enviando. Primero, una foto de ellos de hacía unos años; luego, mensajes donde le pedía hablar. «¿Te puedo llamar?», «Por favor, dejame llamarte. Hablemos», «¿Qué pasa? ¿Ya no te interesa hablar conmigo?», «Debería darte vergüenza el trato que me destinás... soy el padre de tu hijo».

El último mensaje fue una alarma, algo estaba mal en Mariano definitivamente. El hecho de que hablara en presente del bebé que nunca llegó a nacer la preocupó. Alma tenía por costumbre dormir con el celular a su lado, en la mesa de luz, un ritual que había cambiado con la llegada de Paulo a su vida. No querían ser molestados ni interrumpidos, el mundo podía esperarlos; cuando estaban juntos, nada más importaba. Mariano debió creer que ella seguía manteniendo esa rutina, que había leído cada mensaje y había decidido no responderle. De todos modos, aunque los hubiera leído a tiempo, no hubiera contestado. Abrió el diálogo con Amanda y le escribió rápidamente.

> Amiga, necesito hablar con vos. Mariano volvió y está más loco que nunca. Paulo no sabe nada. Te llamo en cuanto él se vaya a trabajar.

Alma trató de calmar sus nervios, respiró varias veces profundamente y se fue a la habitación, apoyó la bandeja en una mesita y levantó la persiana; hizo que el cálido sol invernal entrara en el cuarto. Paulo se desperezó y la miró con una sonrisa.

—Buenos días, remolón. Vamooos, a sentarse, que su amada le trajo el desayuno —saludó a la vez que se acomodaba a su lado y apoyaba en la cama la fuente que había vuelto a tomar.

—Pequeña, me malacostumbras. Sexo toda la noche y una recuperación matutina con un desayuno digno de un rey —dijo Paulo a la vez que recorría con su mirada toda la comida. Había pan tostado, manteca, dulce de leche, un poco de fiambre, dos tazas de café con leche humeantes y dos vasos con jugo de naranja. Paulo tomó uno de los vasos y vació el contenido de un solo trago.

—Epa, parece que el señor se encuentra sediento. Y yo que pensé que le había dado todo lo que necesitaba para unos días.

—Contigo, pequeña, nunca es suficiente. Siempre estoy famélico de ti, de tu cuerpo, de tu boca. —A la vez que hablaba, Paulo se iba

acercando, hipnotizando a Alma. Cuando estuvo a unos milímetros de su rostro, le acarició los labios con los suyos, con mucha dulzura. Sus besos la desarmaron en cuestión de segundos. Al notar Paulo que ella se entregaba del todo, lentamente lo fue cortando y, con gesto de picardía, continuó—: Aunque en este momento necesito comida de verdad.

—Malo —le espetó Alma, haciéndose la ofendida, mientras le armaba un sándwich con pan tostado. Sabía que Paulo gustaba de comer algo salado por las mañanas. Se lo entregó y, a la vez, le golpeó el brazo.

—Pequeña —comentó él cambiando de tema—, debo irme a Capital hoy. Me esperan en *La Nación* para hacerme una entrevista.

—¿En *La Nación*? ¿Hoy? ¿Cómo? ¿A qué hora? No me habías dicho nada —dijo ella entusiasmada.

—Me olvidé de comentarte. Es que cuando te tengo cerca no puedo pensar con claridad, hermosa.

—Ay, cielo, dejate de bobadas. Contame —siguió Alma.

—Pues verás, seguiré trabajando para mi diario digital español, pero si voy a establecerme parte del año aquí... —Cuando expresó eso, esperó la reacción de Alma.

—¿Aquí? ¿Te vas a quedar conmigo?

—No te agrada la idea, parece.

—Me encanta la idea. Pero nunca lo habíamos hablado claramente. No quería que sintieras ninguna presión por mi lado, por eso nunca lo mencioné. —Alma tenía las manos juntas a la altura del rostro y usaba un tono que denotaba su estado de entusiasmo.

—Bien, escucha, pequeña. Tengo esta propuesta para hacerte. Veamos qué te parece. —Alma hizo gesto afirmativo para indicar que estaba dispuesta a escuchar—. Yo podría venirme a establecer en Argentina, contigo. Porque no puedo alejarme, aunque lo quisiera. Pero no podría hacerlo todo el año. Deberíamos armar un croquis de estadía en Argentina y pasar algunos meses en Madrid, cerca de la otra parte de mi familia. Yo tampoco puedo estar tanto tiempo lejos de mi madre, tú lo sabes bien.

—Entiendo, yo no tengo problemas con esa propuesta, al contrario, me encanta. Pero ¿cómo haríamos para mantener dos casas al mismo tiempo? La de acá y la de allá, digo.

—Había pensado que podríamos vivir en esta casita o comprar una nueva, tengo algo de euros ahorrados. Y cuando vamos a Madrid, pues tenemos la casa de Valentina, ahí tengo mi habitación, que deberíamos remodelar para nosotros. Valentina estará feliz de tenernos tan cerca el tiempo que vivamos allá, ¿qué opinas?

—Me encanta, sí... Sí, hagamos eso entonces. Pero ¿Valentina no se sentirá invadida?

—¿No la conoces aún? Tenernos cerca la hará feliz, deberemos ponerle reglas para que ella no nos invada. —Alma sonrió—. Pues bien, ya que viviré parte del año aquí, Vicente me ha conseguido una entrevista con el jefe de redacción de *La Nación*, para lograr un editorial o un artículo semanal. Eso nos ayudaría mucho. Además, *La Nación* fue uno de los periódicos que se ocupó de mi secuestro, así que estimo que estarán interesados en tenerme en sus filas ahora que soy un poquito famoso. Modestia aparte, manejo algunos temas de investigación que pueden serles de utilidad.

—Me imagino que sí. Ay, cielo, me ponés recontenta. Estoy feliz de que quieras vivir conmigo y de que me quieras en tu vida —declaró ella a la vez que saltaba sobre Paulo y lo abrazaba.

—Espere, *my lady*, que falta lo más importante —enunció él manteniendo el misterio. Se separó de ella, dándole un beso en la punta de la nariz, se levantó y buscó su morral, un bolso que se había acostumbrado a cargar consigo todo el día y donde dejaba guardado todo. Sacó una cajita color bordó. Se acercó a Alma, que lo miraba sin comprender. Se sentó a su lado—. Lo que se estila es que me arrodille, pero te recuerdo que mi pierna aún duele bastante con los esfuerzos —dijo sonriendo, y abrió el estuche. Contenía dos alianzas de oro bastantes gruesas, y en el centro había un solitario de diamante y oro. Alma abrió los ojos muy grandes de la sorpresa.

—¿Qué? Eh, ¡oh! No puedo creerlo... —Alma no salía de su sorpresa.

—Alma Recabarren, ¿me harías el inmenso honor de convertirte en mi esposa para estar a mi lado, en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad, apoyándome, amándome, cuidándome hasta que la muerte nos separe? —Alma tenía los ojos repletos de lágrimas, no podía pronunciar una palabra—. Deberás ser mía, y solo mía, para toda la eternidad, ¿qué me dice, *my lady*? —Ella no pudo responder enseguida. Cuando logró tragar el nudo que tenía en la garganta, articuló las palabras entrecortadas.

—Sí... Digo que sí. Que voy a ser todo eso para vos, si vos también sos solo mío para toda la eternidad y si me cuidás, me apoyás, me aconsejás y me amás para siempre. —Las lágrimas caían a ambos lados del rostro de Alma y Paulo se emocionó a su vez, al escucharla tan entusiasmada. Se abrazaron muy fuertemente, tanto que casi hacen caer la fuente con el desayuno.

—Pequeña, cuando estuve en Madrid y pensé haberte perdido, casi muero. Entendí que esto se siente una sola vez en la vida, que no

necesitaba más tiempo para darme cuenta, que necesito tenerte en mi vida hasta que seamos tan pero tan viejitos que la muerte venga a buscarnos juntos. No puedo solo vivir contigo, necesito que el mundo sepa que eres mía, necesito sentirme unido a ti por un lazo mucho más sagrado.

—Te amo, cielo, te amo tanto... No te das una idea de cuánto. ¿Podemos contarlo?

—Pues, pequeña, te diré que nadie podrá evitar que lo grite a los cuatro vientos, estoy feliz.

—Yo también —dijo ella—, pero primero debemos hablar con tu madre, tu familia de Madrid, mi padre, mis abuelos y mi hermana. Luego los amigos. ¿Te parece?

—Perfecto. Cómo me has cambiado la vida, no te das una idea. —Paulo la abrazó y la besó con mucha dulzura.

Esa tarde, ambos la dedicaron a realizar tareas que debían hacer solos: Alma fue a depilarse para poder lucir sus piernas en la boda de Pato, y Paulo, a la reunión con la gente del periódico. Amanda acompañó a su amiga a la depiladora y allí aprovecharon a hablar acerca de Mariano. Alma tenía tanto para contarle que no sabía por dónde comenzar, el tema de su inminente boda con Paulo debía dejarlo oculto, al menos un día más, habían acordado primero comunicarlo a las familias. Alma sentía que se le salía el corazón por la boca, pero decidió cumplir lo pactado. Se giró el anillo para que no fuera reconocido y se dispuso a contarle lo que la preocupaba: Mariano. La puso al día de todo lo acontecido.

—¿Y ahora qué le picó al bicho? Tres años ausente, sin noticias y se le ocurre aparecer. Y encima exigiendo retomar una relación que quedó claramente destruida por su accionar. No sé, amiga, esto me huele mal —opinó Amanda preocupada.

—Sí, a mí me parece raro también. Viene y me empieza a hablar como si nada. Además me dijo que las flores que recibí las mandó él, ¿te acordás de todos esos ramos que recibí hace unos meses?

—No te puedo creer. Sí, sí, recuerdo. Los ramos con la tarjeta sin firmar que decía «Perdón».

—Exacto. Esos. Sigo sorprendida. Ay, amiga, deberías de haberle visto la mirada, está como ido.

—¿Y si llamamos a la familia? A lo mejor este se piró y se vino a cometer una locura, que venga la familia y se hagan cargo de este pesado.

—No sé, nunca me quisieron. No me da la confianza como para llamarlos.

—Nena, esto me huele mal. ¿Por qué no abrimos el paraguas antes

de que llueva? Yo te digo que todo esto no me gusta nada. Creo que deberías contarle a Paulo, por las dudas. —Alma negó con la cabeza, pero Amanda no la dejó pronunciar una palabra y continuó—: Mariano siempre tuvo menos reacción que una oruga, pero, sacadito, no sé qué sería capaz de hacer, ¿entendés?

—No creo que me venga a hacer daño. No entiendo mucho lo que quiere, pero tal vez si voy y hablo con él, se calma, ¿no?

—No me gusta nada. Si decidís ir, yo voy con vos. Sola no te dejo.

—Bueno, tranqui, Amanda. Todavía no sé qué hacer. Cualquier decisión que tome te digo. Pero a Paulo quiero dejarlo fuera de todo esto. Lo único que me falta es que se agarren a trompadas.

—Dejate de hinchar, amiga. ¿El gallego pegándose con Mariano? No me lo imagino al gallego tan violento, no creo que reaccione así.

—¿Ah, no? ¿Te acordás del chico que le corta el pasto a mi viejo? ¿El que también le hace todos los arreglos de la casa?

—Sí. ¿Sebastián era? ¿Qué tiene que ver?

—Sí. Bueno, me explicó la otra vez que iba a mantenerse alejado de la casa de mi papá cuando yo estuviera ahí porque no quería tener problemas con mi novio.

—¿El gallego lo amenazó? —preguntó Amanda boquiabierta.

—Mirá, no me lo dijo abiertamente, pero sí dejó claro que Paulo lo paró en algún momento y le dio a entender que no le gustaba que él estuviera cerca de mí.

—Y sí, lo entiendo. Sebastián te miraba como queriéndote comer. Se notaba a la legua que estaba enamorado de vos; bah, caliente seguro, enamorado no sé.

—¡Amanda! —dijo, enojada, Alma—, no digas esas cosas.

—Ay, Almi, vos sos tan inocente. ¿Nunca te diste cuenta de cómo te miraba?

—No, no sé de qué hablás.

—Hablo, querida amiga *naif*, de que ese flaco venía a hacer cosas a lo de tu viejo siempre que estabas vos, o si las había hecho en otro momento, cuando vos llegabas iba a buscar sus herramientas y aprovechaba para quedarse charlando con vos un rato largo. ¿No te había invitado a salir una vez?

—Bueno, si lo vemos de ese modo, puede ser. Sí, una vez me invitó, pero yo andaba rebajoneada y le dije que en otra ocasión.

—¿Ves? Es lo que te digo. Ese flaco estaba loco por vos. Entiendo al gallego, pero, la verdad, no me lo hacía tan celoso.

—Yo tampoco, pero evidentemente es. Sebastián me dejó en claro que había sido bastante antipático y duro, que le había indicado que él era mi novio y que cualquier cosa que tuviera que ver conmigo que

lo hablara con él. —Alma hizo una breve pausa y recordó—: ¿Y con lo que pasó con Lucas?

—Pero con Lucas no se vieron nunca, ¿no?

—No, pero su actitud cuando le conté todo lo que me había dicho Lucas, cuando vino, fue bastante dura. Discutimos. Él quería que fuera cortante, que no le diera posibilidades ni siquiera de ser amigos.

—Otro que se notaba a la legua que estaba enamorado de vos, amiga. Pobre gallego, no debe de poder contener los celos —dijo Amanda divertida.

—Che, no es tema de risa. Yo me sentí remal con Lucas, lo lastimé mucho, si bien me lo imaginaba, por eso no quería viajar. Cuando lo conocí a Paulo, supe con certeza que no estaba enamorada de Lucas. Lo quiero mucho, es un gran amigo, con el que he compartido mi sufrimiento y el suyo. Por eso no quería perderlo como amigo —explicó Alma con tristeza.

—Es entendible lo que sentís, pero si él está tan enamorado de vos, lo mejor para él será tomar distancia para hacer el duelo, ¿entendés? ¿Te volvió a contactar después de esa noche?

—Me dijo que se iba a quedar unos días más, que tal vez nos veríamos. Pero la realidad es que se fue sin que nos volviéramos a ver. Le mandé algunos mensajes, pero nunca responde.

—¿Y en el chat del blog donde hablaban tan asiduamente, o en Facebook?

—Nada. Yo no he estado muy activa en esos medios, pero las pocas veces que me conecté no lo vi en línea.

—Es lo mejor, amiga. Dale tiempo. Seguro, cuando se sienta más seguro y menos dolido, vuelve a hablar con vos, aunque es muy difícil ser amigo de alguien a la que se ama.

—Paulo me dice lo mismo. Pero cuando hablamos de Lucas, se le endurece la mirada, yo me doy cuenta de que trata de contenerse, trata de parecer objetivo, pero no le sale bien. Por eso es que no quiero decirle lo de Mariano, porque si se puso así con un hombre que no tuvo nada que ver conmigo, como Sebastián, o se pone como loco por Lucas, imaginate con Mariano que, además de haber sido pareja mía, casi tuvimos un hijo y me dejó en el peor momento.

—Sí. Si lo pensás de ese modo, sería mejor no decirle.

—Voy a dejar que pase la boda de Pato. El viernes, civil; el sábado, iglesia. Calculo que el lunes que viene iré a verlo, lo voy a encarar. Esto tengo que terminarlo de raíz.

—Bueno, confirmame cuándo y a qué hora, voy con vos —insistió Amanda con seguridad.

Con la caída del sol, Paulo regresó de su entrevista. Fue a la casita

de Alma a buscarla para luego ir a cenar con la familia de ella.

—¿Cómo te fue, cielo? Contame todo con lujo de detalles, por favor —pidió Alma ni bien entró por la puerta principal. Corrió a su encuentro y le cerró los brazos en el cuello.

—Buenas noches, futura esposa. Pero mira que eres curiosa, que apenas pongo un pie dentro y ya me estás atosigando con preguntas —respondió Paulo de muy buen humor.

—Ahhh, me imagino que si el señor está de tan de buen humor, es que hay buenas noticias, ¿no es así?

—Pues usted sabe, *my lady*, que, además de hermosa, es un poco vidente.

—Vidente no soy, pero empiezo a conocerte bastante. —Alma se acercó y lo besó con dulzura. Paulo reaccionó abrazándola con decisión, invadiendo su boca con la necesidad de un sediento frente a un vaso de agua. Las horas separados eran terribles para ambos. Alma fue cortando lentamente el beso, estaba ávida por información—. Contame, dale —dijo en un tono casi de súplica. Paulo sonrió.

—Estás frente al nuevo periodista que escribe una columna semanal en el periódico *La Nación*. —Alma lo abrazó a la vez que lanzaba un grito de alegría—. Oye, niña, que debes dejarme escribir aunque sea mi primer editorial, no sea cosa que me rompas todo de tanto apretarme —bromeó.

Ambos se prepararon para ir a la casa de la nona Donatella. Jorge llevaba a los abuelos vascos, Karen y Guille iban directamente desde su casa, que quedaba a unas cuadras. Se ducharon juntos, hicieron el amor bajo el agua, se cambiaron y salieron.

—¿Lo decimos en la cena? —preguntó, nerviosa, Alma.

—Cuando tú quieras, pequeña. Yo ya lo hubiera gritado a los cuatro vientos, solo tú me detienes.

—No seas malo, es que estoy nerviosa. Bueno, cuando estemos por brindar, lo decimos, ¿te parece?

—Hecho —coincidió Paulo—. Y mañana a primera hora hablamos con Valentina por Skype. A mis tíos y primos, vamos mañana a la noche a cenar y les damos la primicia. Ya le envié mensaje a Marcelita y Germán para que organicen cena.

—Listo, hacemos así.

—¿Tus amigas? ¿Cómo vas a hacer?

—Supongo que el viernes, luego del civil de Pato, les voy a decir. —El resto del viaje continuaron hablando de las actividades que debían realizar al día siguiente, cotidianidades.

La nona Donatella les había preparado unas pastas caseras que eran su especialidad: sorrentinos de ricota, queso de cabra y nuez, con

una salsa putanesca. Era un manjar, y toda la casa transportaba el aroma de los condimentos. Para la pequeña Lola, previendo que la salsa sería muy picante, la nona le había preparado una más suave con manteca y salvia. Paulo y Alma llevaban unas botellas de vino especial. El aitona llevaba sus acostumbrados panes y la amona, un postre vasco que les encantaba a todos: *goxua*, un cuenco grande de barro en el cual ponía una capa de natas montadas, luego bizcochuelo y otra capa de crema pastelera caramelizada. Un manjar. Fueron recibidos por Jorge, que abrió la puerta, pero detrás de él venía corriendo Lola, como era costumbre.

—Maminaaaaaaaaaaaaa —venía gritando desde el fondo. Al alcanzar la altura de los recién llegados, se abalanzó para abrazar a Alma. Paulo se puso en el medio y, en un movimiento sorpresivo, la tomó por la cintura y la levantó para girar con ella y hacerla volar. Los gritos de Lola, de Alma y de Paulo llamaron la atención de todos los que estaban adentro. Se asomaron Guille, Karen y la amona. Todos reían ante el espectáculo de vida y energía de esos tres. Cuando Paulo la bajó al piso, la pequeña se dio vuelta y le abrazó las piernas—. Hola, Palito, me gusta mucho que me hagas volar.

—Lo sé, enana, y a mí me encanta hacerte volar, por eso lo hago, belleza —aseguró él con una sonrisa. La de Lola se borró y puso cara de ofendida.

—¿Por qué me decís «enana»? ¿Es algo de tu país? Eso no me gusta, che...

—Lolita, es una forma de decir, es que de toda la familia eres la más bajita, y por eso te llamé de ese modo. Discúlpame, bella, si te he ofendido —aclaró Paulo, bajando a su nivel, al ponerse de rodillas, y la abrazó.

—Bueno, Palito. Pero no me digas más así. No me gusta. Te juro que me voy a tomar toda la leche que me da mami, para crecer tan alta como la mamina. —Ella también lo abrazó y le besó la mejilla. Alma, que se había mantenido al margen, solo haciéndose caras con Paulo, se arrodilló a su vez y la abrazó.

—Uyyyy, qué lindo esto, un abrazo grupal, ¿puedo sumarme? —dijo ya haciéndolo.

—Sí, mamina. Vení que te alcanzo. —Lola hacía los intentos para que sus bracitos, que rodeaban a Paulo, ahora alcanzaran a su tía, pero no llegaba—. Ufa, che, estos brazos míos son muy cortos. Al final tiene razón Palito, soy toda chiquitita. Tengo que empezar a crecer o me va a sobrar mucho del vestido de novia de mami para mi fiesta de quince años. —Todos reían ante la ocurrencia. Karen, Guillermo y Lola habían ido al cumpleaños de quince de una prima segunda de

Guillermo, hacía dos meses. Lola había quedado obnubilada con el vestido de la joven, el peinado, la fiesta. Decía que parecía una princesa y que ella quería lo mismo para sus quince. Desde aquel momento, pensaba todos los detalles y quería usar el vestido de boda de su madre.

Se soltaron del nudo de abrazos y siguieron riendo a medida que entraban en la casa. Era una típica vivienda de Berisso, de las casas de inmigrantes. Originariamente, había sido hecha con los materiales con los que contaba el nono y todos los trabajadores: chapas de principio de siglo y pinotea amachimbrada. La familia había renovado los materiales, los habían cambiado por los tradicionales ladrillos y cemento, en diferentes épocas, pero la distribución respetaba el diseño original. La cocina era la última habitación y daba al parque. Los ventanales más modernos dejaban ver un espacio cuidado que Guille cortaba y mantenía una vez a la semana en verano y un poco más espaciado en invierno.

La mesa estaba preparada y la pasta estaba a punto. A medida que ingresaron, fueron tomando sus lugares. Alma y Paulo se acercaron a Donatella, que estaba en la cocina con su delantal manchado de salsa; la abrazaron y la besaron. Paulo tomó de uno de los cajones el sacacorchos y se dirigió a la mesa a abrir las botellas de un exquisito Malbec Reserva que habían comprado para festejar la noticia que iban a dar. Alma con Donatella, Karen y la amona fueron sirviendo las pastas y cargando cada plato con mucha salsa. Solo un plato salió sin salsa putanesca, el de Lola. El pan, la gaseosa, el queso rallado, todo se encontraba ya en la larga mesa que habían preparado. Cuando todos se hubieron sentado, Lola tomó la palabra para hacer un agradecimiento a Dios por la comida que iban a comer.

—Gracias, Diosito, por los alimentos que hoy vamos a comer, por cuidar la salud de toda la familia y porque la amona hizo un postre rerico. —Todos sonrieron—. Amén —dijo abriendo sus ojitos con ánimo de saltar sobre su plato de pastas.

Todos comenzaron a hablar, se generó un bullicio natural de familia, en el que hablaban al mismo tiempo, y degustaron los manjares. Todo estaba exquisito. Cuando terminaron sus platos, y nadie pidió repetir, tomó la palabra Paulo. Llamó la atención de todos los comensales, golpeando levemente su copa con el tenedor. Hicieron silencio, dejaron sus cubiertos sobre los platos y lo miraron sorprendidos.

—Este país me ha quitado algo que hubiera sido muy importante en mi vida, pero me ha compensado esa falta grandísima dejándome conocer y enamorar de esta mujer que el destino me ha puesto

delante, y, además, esta hermosa familia en la que he sido aceptado y soy querido. Quiero deciros que estáis todos en mi corazón, muy adentro. Gracias, abuelas, por esta rica comida, por el rico postre que nos espera; al abuelo, por los panes exquisitos de siempre. Aprovecho esta oportunidad, en la que estamos todos reunidos, para daros una nueva y feliz noticia. —Hizo un silencio casi teatral y luego prosiguió —: Cuando era solo un chaval, de la edad de mi amiga aquí presente —señaló a Lola—, mi madre me contó una historia muy hermosa que quiero compartiros: es una historia oriental.

—Me encantan los cuentos —dijo Lola con un brillo en los ojitos.

—Hagamos silencio, Loli. Paulo va a decir algo importante —acotó, a su vez, Guille.

Paulo prosiguió:

—Un ser mágico, hijo de la luna, decidió usar un hilo rojo, invisible, que conectara a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar ni circunstancias. El hilo rojo se puede estirar, contraer o enredar, pero nunca romper. Desde el momento en que cada uno comienza a caminar esta vida, su futuro está consagrado a encontrar a esa otra alma a quien está destinado a amar. Ambos comparten ese hilo rojo que tienen atado a sus meñiques. —Todos escuchaban mudos, casi embobados. Paulo hizo un silencio y retomó el discurso—. Mi hilo rojo estuvo perdido, estirado, pero indefectiblemente me trajo al fin del mundo a buscar a esa otra alma a la que estoy atado por el corazón. —Hizo otro mutis, tomó a Alma de la mano izquierda y les enseñó a todos algo que ninguno había notado: el anillo de compromiso. Se escuchó un sonido de asombro general—. Y como ambos nos hemos reconocido, y nos amamos con todas nuestras almas y corazones, es que hemos decidido casarnos.

—¡Palitoooooooooo! —Lola, que había seguido todo el relato como si se tratase de un cuento de hadas, no entendió por qué Paulo mostraba la mano de su mamina, pero la sorprendió escuchar que se iban a casar. Saltó al cuello de Paulo, expresando, en sus gritos, toda su algarabía.

—Hostias, Paulo, hijo, que me has hecho emocionar tanto —dijo el aitona con los ojos llenos de lágrimas mientras esperaba que Lola soltara a Paulo para abrazarlo.

—Mi niña, mi nieta hermosa va a casarse. —La amona abrazaba, llorando, a Alma.

—*Bambina, che mi sento felice, veni cui.* —Abrazó a la nona.

Todos fueron acercándose con lágrimas en los ojos, felices y emocionados por la noticia. Jorge y Paulo se dieron un abrazo y varios golpes en las espaldas. Lola agregó saltando contenta: —¿Y cuándo se

casan? ¿Puedo llevar los anillos? Mi amiga, Paloma, llevó los anillos de su madrina cuando se casaron y me explicó cómo tengo que hacer. Mamina, decime que sí. —El rostro suplicante de Lola daba risa. Todos rieron.

—Claro, hermosa, ¿quién más podría hacerlo? Solo una princesa como vos, Lolita —dijo Alma con la voz aún entrecortada por la emoción.

—¿Y cuándo será el gran evento? ¿Pensaron alguna fecha ya? —preguntó Karen secándose las lágrimas que aún corrían por sus mejillas—. Los ayudamos en la organización, cuenten con nosotros.

—Gracias, Karen, aún no hemos puesto fecha y vosotros sois los primeros en saberlo. Todavía no he hablado con mi familia de aquí ni con mi madre. Mañana lo haremos. Pero tengan por seguro que será en poco tiempo, no quiero que mi Alma se arrepienta y cambie de opinión —dijo Paulo en tono de broma.

—Tonto, no vas librarte de mí tan fácilmente —intervino ella mientras se acercaba a besarlo.

—*My lady*, debo aclararle que usted tiene a este caballero de noble armadura en vuestras manos —señaló al besarla. Lola fue la primera en aplaudirlos y toda la familia siguió su expresión de alegría.

—Bueno, vamos, todavía nos falta el postre de la amona —marcó Lola cortando el momento y recordando que aún quedaba una parte importante de la cena.

El resto de la noche continuó con expresión de planes, posibilidades, listado de todo lo que sería necesario. Se hizo un brindis y luego, cuando Lola ya se había dormido en el sillón, frente al televisor, fueron partiendo lentamente.

Alma y Paulo se despertaron con mucha energía, habían puesto el despertador temprano, querían hacer la llamada por Skype lo antes posible. Desayunaron, se vistieron y Paulo envió el mensaje a su madre para que se conectara, si se encontraba en su casa. En cuestión de minutos estaban en línea.

—Buenos días, mis bellos niños. Se os ve de maravillas esta mañana. Diría que radiantes. ¿Qué os ha pasado?

—Pues verás, mamá. No andaremos con más rodeos. Esta bella mujer que ves a mi lado, que es la única que me acelera el corazón, por la única que he perdido el sueño, ha aceptado ser mi mujer.

Los ojos de Valentina se abrieron de la sorpresa y, al mismo tiempo, las lágrimas le anegaron la vista.

—Ayyyy, mis niños. —La voz se le quebró—. Qué alegría, no tenéis idea de lo feliz que me estáis haciendo. ¡¡¡Enhorabuena!!! Quisiera estar allí para poder abrazaros. Ya mismo llamo a los tíos y a todos

aquí en Madrid, todos deben saber esta noticia.

—Gracias, Valentina, me alegra mucho que lo tomes de esa manera. Nosotros estamos felices también —expresó Alma secando las lágrimas que también ella había derramado.

—Mi niña, cómo no tomarlo de esta manera. Tú debes saber que esto que vosotros sentís es algo único e irrepetible. Uno no entrega su corazón todos los días. Cuando una siente con esta intensidad, se da cuenta de que todo lo que ha sufrido en el pasado por amores era nada, una intensidad tres o cuatro frente a un contundente diez que es el amor verdadero. Sois almas gemelas, lo vi desde el momento de la sinastría. Lo percibí claramente cuando viajé por mi niño, Almita, y te tuve a mi lado a pesar de tu dolor y de todo aquel malentendido. Eres una mujer admirable y mi hijo te merece. Tus padres deben estar orgullosos de ti, Almita, eres una gran mujer. —Mientras Valentina hablaba, los ojos de Alma no dejaban de verter lágrimas de emoción.

—Gracias, Valentina, gracias por tus palabras de ahora, por tu cariño, por tus silencios cuando fue necesario y por tus consejos certeros. Gracias, de verdad te quiero mucho.

—Lo sé mi niña, lo puedo sentir. Y yo te quiero tantísimo a ti. Cuando una persona es tan buena como tú, genera a su alrededor un clima de amor y respeto. Por eso estoy feliz, porque sé que mi hijo será feliz contigo.

—Bueno, bueno, madre, también diga algo bonito de mí, que parece que ella lo es todo —medió Paulo en son de broma, tratando de cortar un poco la emotividad de esas dos mujeres tan importantes en su vida. Verlas llorar, a pesar de saber que lo hacían de emoción, lo ponía algo incómodo.

—Mi niño, qué decirte. Eres todo para mí. Te mereces la felicidad, te mereces una vida plena de amor, y Alma es quien puede darte eso y más. Sobre todo voy por el «más», que quiero nietos en un corto plazo, ¿eh? No me hagáis los tontos, que quiero ser abuelita prontito.

—Bueno, madre, ya veremos cuándo, pero te prometo que, a su debido tiempo, lo serás. En principio, te cuento que por mi trabajo deberemos pasar un tiempo aquí en Argentina, porque me han contratado en el diario *La Nación* para una columna semanal, y parte del año estaremos viviendo contigo, si nos lo permites. —El gesto de sorpresa de Valentina fue genuino y las lágrimas, que ya no vertía, volvieron a parecer.

—¡Claro que sí! Ayyy, hijo, ¡cuántas alegrías juntas me estáis dando! No lo puedo creer, vais a vivir conmigo, con lo que os adoro. Ya me pongo en campaña para redecorar tu vieja habitación, Paulito. A menos que quieras hacerlo tú, Almita, cuando vengan.

—No, Valentina, tranquila, no tengo problemas con que lo vayas haciendo. Cuando vayamos para allá, será mejor tener todo armado. Por favor, no uses colores estridentes, es lo único que te pido —solicitó Alma con una sonrisa.

—Perfecto, mis amores, debéis decirme cuáles son vuestros colores preferidos.

—Azul y verde, mamá —apuró Paulo, anticipando la respuesta de Alma. Se miraron y se sonrieron.

Siguieron ultimando detalles, Valentina les pidió que, en cuanto decidieran la fecha de la boda, se la dieran a conocer, así podrían sacar los pasajes ella y todos lo que quisieran asistir de su familia materna.

La algarabía de la familia de Alma se repitió en la cena en casa de los tíos Matilde y Adrián. Cuando comenzaron los abrazos de felicitación, la tía Matilde se acercó al oído de Paulo.

—Ay, nene, decime que le dijiste la verdad a Almita. Decime que no empiezan con una mentira —musitó casi afligida.

—Quédate tranquila, tía, ya sabe toda la verdad, y así y todo me ha dicho que sí. Sé que siempre tuviste razón, que era necesario ser honesto, pero temía perderla —dijo Paulo en un susurro, mientras la abrazaba aún.

—Paulito, qué alegría. No te das una idea de la felicidad que me das —habló, primero, en murmullos y, luego, levantó la voz para que escucharan los demás—. Qué suerte que vos nos das esta noticia, Paulito. Estos dos me tienen esperando, que salen con uno, que se pelean, que salen con otra y se pelean; al final, no voy a ser nunca abuelita —vaticinó a modo de broma y queja a la vez.

—Ayyyy, chicos, ¡¡¡qué buena noticia!!! ¿Y ya saben cuándo será? Miren que tenemos que organizar todo, son muchas cosas —remarcó Marcela con decisión—. Mamá, debemos comprarnos vestidos, papá y Germán ya tienen traje. Ahhhh, Almita, tengo un lugar genial para la fiesta y, como es de unos conocidos, les puedo conseguir precio especial.

—Gracias, Marce, vamos a necesitar ayuda de todos, estamos pensando con Paulo que queremos que sea antes de fin de año, así que toda colaboración es bienvenida.

—Nena, contá con nosotros —dijo Adrián, feliz—, nosotros no solo lo haremos con mano de obra, sino que vamos a participar en los gastos.

—No es necesario, tío, os lo agradezco de corazón, pero no es necesario.

—Sos mi único sobrino, Paulito. Dejame darme ese gusto. —Lo

mencionó con una emoción tan particular que Paulo no pudo seguir negándose e hizo un gesto positivo con la cabeza.

—Listo, entonces el salón corre por nuestra cuenta —dijo, animada, Marcela—. Ustedes decidan fecha lo antes posible, que yo hablo para conseguirlo, estamos medio justos de tiempo.

Luego del brindis para festejar la noticia, Paulo y Alma anunciaron que se iban a dormir porque al otro día debían empezar temprano con el trajín de la boda de Pato.

A la mañana siguiente, se levantaron sin demoras, se cambiaron y se prepararon para asistir al civil de Pato y Martín. Alma oficiaba de testigo de su amiga. Se dirigieron hacia el Registro Civil donde se llevaría adelante la ceremonia. Cuando llegaron todos, el personal los hizo pasar a la sala. Allí, la jueza de paz procedió a leer los artículos del Código Civil y los datos de los contrayentes y testigos, luego se tomó unos minutos para hablarles de lo que significaba ser una pareja, más allá de los convencionalismos de la ley. Las palabras de la jueza fueron sinceras y muy emotivas. Incluso les dio una sugerencia.

—Chicos, esto que les voy a decir proviene de la experiencia, no de los papeles legales que hoy firman. Lo único que los une es ese latir al unísono, ese mirarse en los ojos del otro y saber que esa otra persona es parte de uno. Mi consejo es que no olviden eso que sienten, eso que los une; a veces, la cotidianeidad, la rutina y los problemas externos nos hacen olvidar. Dialoguen mucho, todo puede ser charlado, y nunca se vayan a dormir enojados.

Luego les solicitó que se pusieran de pie para dar su consentimiento. Ambos lo hicieron, y los testigos, Alma y Nicodemo, un amigo de Martín, hicieron lo propio.

Después de que Martín y Patricia dieran el «sí», la jueza los declaró «marido y mujer» y pidió un fuerte aplauso para el nuevo matrimonio. Patricia y Martín se miraron ambos con ojos anegados en lágrimas. Se abrazaron fuertemente y se besaron coronando una ceremonia de emociones. Los primeros en saludarlos fueros Alma y Nicodemo, y luego siguió un rosario de personas que querían felicitarlos.

Alma se giró con lágrimas que le caían a ambos lados de su rostro, emocionada, buscando a Paulo. Entre la muchedumbre vio un rostro que sintió fuera de lugar. Fue una visión rápida, cuando intentó fijar la vista para comprobar si Mariano realmente se encontraba en el fondo de la sala, ya no lo vio. «Seguro fue un error, estuve pensando en él, y eso me hace verlo por todos lados». Al acercarse al automóvil de alquiler de Paulo, comprobaron que tenía una de las cubiertas pinchada. Él debió cambiarla por la rueda de auxilio y llevar a emparchar la que se había roto. Eso los hizo atrasarse y Alma recibió,

primero, una de Amanda y, luego, una de Pato, ya que ambas estaban preocupadas por la tardanza. Todos esperaban a Alma y a Paulo para comenzar el almuerzo. La reunión, en casa de los padres de Patricia, fue muy amena. Paulo y Germán eran las dos personas que robaban las miradas, ni Alma ni Amanda habían llevado nunca novios ni parejas a los eventos familiares de Pato, y toda la familia estaba revolucionada con su aparición. Por suerte, se tenían el uno al otro para no sentirse solos. Sus mujeres estaban con ellos, pero iban y venían charlando y poniéndose al día con sus conocidos. Alma se tomó unos minutos para separarse el resto de la gente con Amanda y Pato. Cuando se separaron lo suficiente, Alma se puso enfrente de ellas.

—¿Qué pasó, Almita? ¿Por qué tanto misterio? —preguntó Amanda.

—Ningún misterio, chicas, miren —dijo a la vez que ponía su mano izquierda extendida, al lado de su rostro. El anillo de compromiso de Paulo brillaba en la mano.

—Nooo te puedooo creeeeeeeeerrrrrr —gritaron al unísono las dos amigas. Las tres se abrazaron, saltaron y gritaron como si fueran niñas que recibieran una gran noticia.

Los pocos invitados las miraban divertidos. La tarde transcurrió con mucha alegría y emoción. Se fueron retirando lentamente para descansar. Patricia y Martín se fueron a pasar la noche en un hotel, Alma y Paulo les habían regalado una noche de bodas allí.

El sábado comenzó con corridas, Alma y Amanda se juntaron, luego del almuerzo, para ir a hacer los encargos que les habían dado. Debieron retirar el ramo de flores de la novia y llevarlo al estudio de la diseñadora de modas, retiraron los suvenires y centros de mesa y los llevaron al salón de fiestas. Ya cansadas, se dirigieron a la peluquería para que las «produjeran» para la fiesta.

Paulo había devuelto el auto de alquiler la tarde anterior, razón por la cual Germán los pasó a buscar a ellos y a Amanda. El vestido que había elegido tiempo atrás, que habían comprado con Amanda y Pato, le quedaba hermoso. Se notaba que había recuperado peso desde aquellos tristes y grises días en los que no comía, no dormía y apenas podía respirar debido a la tristeza. El vestido era ese elegido en su momento: un solo hombro, ajustado hasta la cadera y luego con bajada *evassé* hasta el piso, un corte a lo largo de la falda que descubría una de sus piernas, color verde petróleo, y la tela con un leve brillo. Alma había recuperado el color, estaba maquillada y peinada, el conjunto era exquisito. Sus ojos resaltaban con el color del vestido. Unos tacones altos la estilizaban aún más. Paulo se quedó

boquiabierto cuando ella salió del cuarto, ya producida, al escuchar el timbre.

—Joder, pequeña, que no dejas de sorprenderme con tu belleza. Aún no puedo creer que esta mujer bellísima es solo mía —aclamó al tiempo que se acercó y la besó con intensidad. Sus cuerpos aún reaccionaban al más mínimo contacto. Paulo se obligó a separarse—. Pequeña, deberás llevar labial en tu bolso porque te besaré tantas veces... Déjame contestar. —Paulo levantó el tubo del portero eléctrico y preguntó quién llamaba. Era su primo, enseguida le avisó que ya salían. Se giró, volvió a besar a Alma y luego le dijo—: Vamos, o juro que te haré el amor ahora mismo y romperé ese hermoso vestido que te ciñe las curvas. —Ambos rieron. Alma se corrigió el labial y salieron.

Subieron al auto y partieron, entre risas y bromas, hacia la boda. La iglesia ya se encontraba bastante llena de gente, pero ellos consiguieron sentarse en las primeras filas, ya que la hermana de Pato les había guardado lugar. Se acomodaron, se miraron y se felicitaron todas por lo bien que les quedaban los vestidos que las tres habían comprado juntas. Unos minutos más tarde sonaron los acordes de la marcha nupcial. Martín y su madre se encontraban en el altar, a él se lo veía muy emocionado. Las puertas se abrieron y Pato apareció como una princesa de cuentos. La hermana y las amigas se emocionaron, el vestido era sublime: se trataba de un corsé muy ajustado que se encontraba totalmente bordado en perlas y piedras. La falda caía desde la cadera en pliegos con volados lánguidos y formaba una cola que se arrastraba un metro detrás de ella; tenía bordados, algunos cercanos al corsé, y luego una franja gruesa en el ruedo del vestido. Tenía, además, un peinado alto y un tul que la cubría. Pato caminaba del brazo de su padre y se adivinaba su emoción. Alma tomó la mano de Paulo y la apretó con fuerza. Se sentía conmovida. Paulo se acercó a su oído y dijo en susurros: —Cuando seas tú la que camine por esa alfombra, serás la mujer más hermosa del planeta, y juro que no sé cómo haré para contenerme y no hacerte el amor en el altar, pequeña. —La abrazó y ella sonrió ante la ocurrencia.

## Capítulo 6

Las luces del amanecer comenzaban a clarear. La fiesta había llegado al final. Habían bailado toda la noche, estaban todos felices y agotados. Germán, que era el chofer designado, casi no había tomado alcohol y era el único, dentro del automóvil, que seguía despierto. Alma y Paulo iban atrás, abrazados y dormidos. Amanda estaba en la butaca del acompañante, pero dormida. Cuando llegaron a la puerta de la casa de Alma, Germán tuvo que sacudir a su primo para levantarlo.

—Vamos, Paulo, ya llegamos. Estamos en la puerta de Alma. —Se había bajado, había abierto la puerta del lado de Paulo y lo zamarreaba fuertemente para avivarlo. Se despertaron Alma y Amanda. Y Paulo apenas abrió los ojos—. Mirá que resultaste una foca, che. Dale, primo, abrí los ojos de una vez.

Las chicas reían y Paulo se desperezaba con tranquilidad. Bajaron los dos, saludaron, y marcharon a la puerta. Germán puso primera y arrancó, giró en la esquina cuando Alma aún buscaba las llaves en su bolsito.

—Alma, estoy destruido, dame las llaves, necesito dormir —decía Paulo, parado con los ojos casi cerrados.

—No las encuentro, esperá un minuto, amor. No puede ser, no es tan grande el bolso, y no las veo. —Alma seguía buscando, extrayendo las pocas cosas que contenía el pequeño *clutch* que había elegido para la ocasión. Sacó todo y no las encontró—. ¿No las tenés vos, cielo? Acá no están.

Ella estaba mirando su bolso, guardando todo nuevamente. Paulo, de espaldas a ella, buscaba en sus bolsillos. Ninguno de los dos se percató de lo que ocurría. Alma hizo silencio de golpe, Paulo escuchó un golpe suave y se giró. No alcanzó a ver nada. Sintió un golpe fuerte en la cabeza que le puso la visión en negro total.

Un tiempo después, alguien le golpeaba la cara y trataba de despertarlo. Creyó que era Alma en un principio, pero luego se dio

cuenta de que no era su voz. Todo estaba confuso. Tenía el sol en la cara, el dolor en la cabeza era terrible y la sed le hacía doler la garganta. La voz que lo increpaba para despertarlo era la de Eduardo, el vecino del departamento de arriba de la casa de Alma.

—Despertate, gallego, abrí los ojos. Hace rato que estás tirado acá. ¿Qué te pasó? ¿Alma dónde está?

Todo era confusión en la cabeza de Paulo, no entendía qué hacía ahí tirado en la vereda, el sol parecía cortarle los ojos, pero cuando Eduardo mencionó a Alma, un rayo de lucidez atravesó su cerebro.

—¡Alma! ¿Dónde está? —gritó como saliendo de un coma.

—No lo sé, gallego. Te lo estoy preguntando yo a vos. Cuando bajé, estabas solamente vos, tirado acá, desmayado.

—Por Dios, Alma. —Paulo intentó incorporarse de golpe, pero se mareó y sintió náuseas.

—Pará, gallego, te dieron un golpazo muy fuerte, creo que fue con esto —dijo a la vez que señalaba un pedazo de caño que estaba abandonado cerca del cordón—. Tiene algo de sangre, ¿ves?

—La madre que me parió, ¿estoy perdiendo sangre? —preguntó desorientado—. Pero Alma estaba conmigo. ¿Dónde está? ¿La lastimaron? Seguro que querían robarnos. —Paulo hablaba sin dejarle espacio a Eduardo para responder.

—Ya no sangrás, pero perdiste sangre. Quedate acá que voy a buscar mi automóvil a la cochera. Te voy a llevar al hospital, seguro que te tienen que coser. —Paulo tomó del brazo a Eduardo para impedirle caminar.

—¿Alma está herida? Respóndeme, por favor. —Tenía un gesto de terror.

—Gallego, no lo sé. Alma no está. Cuando bajé, ella ya no estaba. En la casa no hay nadie, sigue todo tan cerrado como cuando se fueron a la boda. Escuché ruidos como a las tres de la mañana, escuché la puerta. Pero luego nada más.

—¿La puerta? ¿A las tres? A esa hora estábamos en la boda. Volvimos cerca de las cinco.

—Dejame que llame a la policía, acá hay gato encerrado. —Eduardo se soltó y subió corriendo a su departamento. Unos minutos más tarde, la policía llegaba y comenzaban los interrogatorios. Llegó una ambulancia para que atendiera a Paulo. Él observaba atónito cómo la policía científica cerraba el espacio, tomaba huellas del caño, tomaban una muestra de la sangre del borde exterior, y todo era guardado. Revisaban el piso, levantaban colillas y cosas que Paulo no pudo entender qué eran. Le tomaron huellas digitales, una muestra de ADN de su boca y le pidieron permiso para abrir la puerta del

departamento.

—Sé que aún debe estar aturdido, señor Girat —dijo el inspector Casale, que estaba a cargo en la investigación—, pero debemos aclarar cómo sucedieron las cosas y entrar a la casa. Es vital encontrar alguna pista del secuestrador.

—¿Secuestrador? ¿Usted cree que a mi mujer la secuestraron? ¿Para qué? —Paulo no salía de su asombro, seguía sin razonar, no podía entender que, a un mes de su liberación, fuera Alma la secuestrada. «¿Qué coño está sucediendo, Dios mío?»—. ¿Será para pedirme plata por el rescate? ¿Y por qué no han llamado aún? —Un miedo terrible se alojó en las entrañas de Paulo. «¿Y si fueron los tipos que me secuestraron? ¿Y si esos hijos de puta cumplen sus amenazas y han venido a buscar a Alma?». El terror se dibujó en su rostro.

—Tranquilo, señor Girat. Usted recibió un golpe fuerte en la cabeza, eso, sumado al alcohol que consumió anoche en la fiesta de la que venían, lo tiene muy confundido. Déjeme explicarle. El vecino que nos llamó nos explicó que ustedes salieron anoche a una boda, ¿es así?

—Sí, se casó una de las mejores amigas de mi mujer, Patricia. Usted no entiende, esto puede ser peor de lo que pensamos.

El inspector levantó la vista, intrigado.

—Su vecino nos dice que escuchó la puerta de entrada cerca de las tres de la mañana, ¿por qué dice que puede ser peor?

—No fuimos nosotros los que estuvimos a esa hora, inspector. Alguien nos estaba esperando. Salimos del evento cerca de las 5 a. m. y habremos llegado a esta puerta 5:20. No mucho antes. Si llama a mi primo, él podrá darle mejor que yo los tiempos, él fue quien condujo el automóvil y nos dejó en la puerta.

—Bien, ahora mismo lo hago llamar. Necesitamos abrir la casa; si ustedes no fueron los que entraron a las tres, probablemente fuera el secuestrador, como usted dice.

—Mire, inspector, hace dos meses, yo fui secuestrado al regresar de mi país. Mis secuestradores...

El inspector lo interrumpió.

—Por eso usted me parecía conocido. Ahora recuerdo, fue todo un tema nacional su secuestro. ¿Se supo quiénes fueron?

—No. Nunca los encontraron. Precisamente eso es lo que me preocupa. Ellos me amenazaron varias veces con secuestrar y violar... —la voz se le quebró y se repuso enseguida— a mi mujer. Puede que hayan sido ellos.

—Bien, es una hipótesis fuerte y, en este momento, la única viable. El que lo hizo, o los que lo hicieron, tenían llave, entraron y cerraron al salir. Pero lo de su ataque en la calle... no me cierra. Digo, qué

mejor, si hubieran sido los mismos tipos, que mostrarse ante usted. Dejarle en claro que cumplían sus amenazas es la mejor tortura. Pegarle por la retaguardia... esto tiene pinta de que decidió o decidieron actuar afuera, en el momento, algo improvisado. Es vital revisar el departamento. ¿Tenemos su permiso para abrir?

—Sí, por supuesto. Háganlo ya, por favor. Cada minuto cuenta —dijo Paulo, y el inspector dio la orden.

Dos policías con unas pinzas pequeñas comenzaron hacer movimientos sobre la cerradura y, en cuestión de segundos, lograron abrirla. Entraron y revisaron todo. Luego ayudaron a Paulo a ingresar. En la ambulancia ya le habían hecho las curaciones, no necesitaba puntos, pero le habían indicado que debía darse una vacuna antitetánica. Estaba aturdido y no caminaba solo. Lo ayudaron y, cuando traspasó la puerta, no reconoció el desorden de la casa. Había ropa de Paulo diseminada y cortada por todas partes, algunas prendas de Alma estaban en el piso, y muchas faltaban de sus perchas. La cama estaba desarmada, las sábanas y edredón estaban hechos jirones y los almohadones estaban abiertos al medio, como si los hubieran tajeado con un cuchillo. Paulo se quedó mudo.

—Señor Girat, para nosotros es evidente que no va haber llamada por rescate, esto tiene todas las características de una situación de otra índole. Alguien decidió sacar a la señorita Recabarren del medio, es importante que nos comuniquemos con los familiares y amigas más cercanas para ver si tuvo, últimamente, alguna amenaza. También necesitaremos su declaración y todos los detalles que pueda aportar sobre los tipos que lo secuestraron. Será difícil relacionarlos, ya que su propio secuestro aún no ha sido aclarado, pero tenemos que ver el panorama completo. ¿Habían recibido amenazas de algún tipo?

—No, no. Salvo la de mis secuestradores. Además, ¿quién podría querer hacerle daño? —La mente de Paulo trabajaba rápidamente, buscaba rostros, personas, nombres. Como un rayo en medio de la tormenta, recordó a María de los Ángeles—. No puede ser. La primera de la que puedo sospechar es una expareja mía. Ella nos hizo la vida imposible, pero vive en Madrid, no creo que haya viajado.

—Bien, ahora le va a dar los teléfonos y nombres de la familia, de las amigas y de esa mujer a mi asistente. Nosotros empezaremos a analizar lo que pudimos encontrar. Las primeras doce horas en un secuestro son las más importantes. Trataremos de encontrar la mayor cantidad posible de información. Deberá quedarse en otro lugar. ¿Tiene adónde ir?

—Sí. Tengo a mis tíos.

—Déjele a mi asistente también esos datos.

—Yo me encargo de llamar a mi suegro y a mi cuñada. Si me dan el teléfono, se lo agradecería. No quiero que se asusten más de lo necesario. Que los llame un policía será peor.

—Como usted quiera. Pero su celular no podemos devolvérselo en este momento. Los de Informática deben revisar la línea. Llámelos desde la casa de sus tíos. Dígales que los espero a todos, en cuanto puedan, en la DDI de acá, de La Plata. Que pregunten por mí: inspector Casale. Necesitamos declaraciones de todos, incluido usted.

—Ahí estaremos.

Un patrullero llevó a Paulo a casa de sus tíos. Todos se levantaron asustados y, al escuchar lo que les había sucedido, no podían creerlo. Dos horas más tarde se presentaron en la DDI Paulo, sus tíos, su primo Germán, Jorge, Karen y Guillermo. Haber llamado a Karen en primera instancia fue lo que se le ocurrió a Paulo. No tenía idea de si Jorge sufría del corazón o de presión alta. No podía llamarlo y generarle un ataque. Habló con Guillermo y le explicó lo mejor que pudo. Ellos hablaron con Jorge, teniendo todos los cuidados que debían tener. Los abuelos se habían quedado al cuidado de Lola. En la puerta de la DDI, fue donde se encontraron todos por primera vez. Paulo y Jorge se dieron un abrazo silencioso al principio, los sollozos de ambos se empezaron a escuchar muy tímidamente.

—Le he fallado, Jorge. No pude cuidarla lo suficientemente bien. Alguien me la robó —decía Paulo acongojado.

—Pero no, Paulo, muchacho, no digas eso. Nadie la podría cuidar mejor que vos. Mirá cómo te dejaron la cabeza para poder llevársela. Ese hijo de puta sabía que la única oportunidad de lograrlo era dejarte inconsciente. Si no, no hubiera podido. La tenemos que encontrar, quedate tranquilo. La mamá la está cuidando desde el cielo y la va a traer de vuelta. Estoy seguro.

—Dios lo oiga, Jorge. Si le pasara algo... —La voz de Paulo se quebró de nuevo.

—Ni lo digas, Paulo —intervino Karen, que ahora también se abrazó con Paulo—. Nada malo le va a pasar. Pensemos en positivo. —En su mirada, aterrada, se adivinaba que ella tampoco podía hacerlo, que temía por la integridad física de su hermana.

Después de que todos se saludaron, ingresaron a la oficina policial y esperaron a ser atendidos. Los primeros en dar sus declaraciones fueron Paulo y Germán, que fueron las últimas personas que estuvieron con Alma. Amanda estaba por llegar. Siguieron el resto de las dos familias, aunque no pudieron aportar muchos datos. Amanda apareció con gesto asustado. No estaba maquillada ni peinada. Parecía otra persona. La cara desencajada y los ojos llorosos.

—¿Qué mierda pasó, gallego? Nosotros nos fuimos y estaban entrando, ¿cómo es que se la llevaron? —Germán la abrazó para calmarla. Paulo tenía un gesto adusto.

—No lo sé, rubia. No los vi. Me golpearon por la espalda y, cuando desperté, ya no estaba. Lo peor es no saber quién carajos pudo haber hecho esto.

—¡El bicho de mierda! Tiene que haber sido él, no hay otra —gritó Amanda, y asustó a todos.

—¿Mariano? —dijo Karen asombrada—, pero si se fue hace años a Comodoro.

—Volvió —respondió Amanda, terminante—. Alma no me permitió contarle a Paulo. Pero el bicho volvió hace rato.

Paulo tomó del brazo a Amanda y le preguntó, serio: —¿Cómo que volvió? ¿La buscó? ¿Hablaron? ¿Le dijo algo?

—Sí, la buscó. Ella lo vio en el hospital cuando vos estabas internado. Como ahí no pudieron hablar, él la siguió molestando con mensajes.

—¿Desde que yo estaba en el hospital? ¡Eso fue hace más de un mes! ¿Cómo no me dijo nada? ¿Qué quería?

—Nunca le aclaró de qué quería hablar, pero daba a entender que quería retomar la relación.

—¿¡Está loco!? —exclamó Karen en un grito—. ¿Qué se le cruzó por esa cabeza? ¿Se olvidó de que la dejó con un bebé suyo en la panza y que lo perdió?

—Evidentemente, no lo recuerda —razonó Amanda.

Paulo se había quedado silencioso, sorprendido.

—¿Por qué no me dijo, rubia? ¿No confiaba en mí? —El gesto de dolor de Paulo demostró su sufrimiento—. ¿Quería pensar la posibilidad de volver con él?

—¿Estás loco, gallego? ¿O el golpe te dejó tololo? Alma te adora, te ama con todo su ser. Nunca amó al bicho como te ama a vos. No lo dudes. Ella no quiso decirte porque tenía miedo de que se enfrentaran, de que vos quisieras pegarle y se lastimaran. Quiso evitar un enfrentamiento entre ustedes. Yo le dije que la iba a acompañar a hablar con él.

—¿Hablar con él? ¿Para qué? —dijo Jorge, sorprendido.

—Para decirle que la dejara en paz. Nada más. Para aclararle que no quedaba nada entre ellos. Pero yo le aclaré que sola no iba a ir. Ella me aseguró que lo iba a llamar después de la boda de Pato. Pero este hijo de puta se la llevó. Estoy segura. —La puerta de la oficina se abrió y el inspector se asomó para llamar al próximo que debía declarar. Paulo se calmó un poco, había otra hipótesis, podría haber

sido Mariano y no sus secuestradores. Las entrañas le quemaban.

—Amanda Valdez, ¿se encuentra presente ya? —Miró a todos.

Amanda se separó del grupo.

—Soy yo —expresó, y se puso a la altura de la puerta.

—Adelante —señaló Casale.

## Capítulo 7

Alma seguía desaparecida, los días pasaban y nadie sabía nada de ella. Seis días, siete, ocho, nueve... Los diarios locales llevaban, en su portada, las novedades sobre su búsqueda. El diario para el que Paulo trabajaba sacaba un nuevo editorial sobre el tema. La policía había rastreado todas las pistas, pero aún no podían encontrarla. El celular de Alma se había mantenido apagado desde el día del secuestro.

Los investigadores habían interrogado a la familia de Mariano. Ellos habían dicho que no estaban al tanto de que él hubiera viajado a La Plata. Según sus dichos, Mariano se había tomado vacaciones hacía ya unos días y estaba en Chile. El vuelo en el que había viajado, supuestamente, lo tenía en la lista de pasajeros. Desde que se encontraba en Chile, había hablado pocas veces con su familia, mantenía su celular apagado y no era posible rastrearlo. La familia de Mariano estaba escandalizada con la suposición de que él hubiera secuestrado a su antigua novia. «Si bien él no ha vuelto a formar pareja, la relación se terminó porque esa mujer ha querido endilgarle un hijo que no era suyo. Por esta razón, él decidió dejarla y volver a Comodoro Rivadavia», fueron las declaraciones de la madre de Mariano a un programa televisivo comodorense.

La indignación de toda la familia de Alma, de sus amigas, era grandísima, no podían creer que esa familia, de la más alta sociedad de Comodoro, fuese tan negadora de la verdad.

Nadie, en La Plata, había logrado dar señas de haber visto, en ningún momento, a Mariano. La policía empezaba a dudar de que fuera efectivamente este hombre quien se la hubiera llevado. Cobraba fuerza la otra hipótesis, la de los secuestradores de Paulo. Alma seguía desaparecida y nadie podía dar una pista. La familia Recabarren debía enfrentar más pérdidas, sumaban otra partida. Sacaban fuerza de la unión y de la esperanza de encontrarla.

Cada día, cada noche lejos de ella, Paulo padecía terriblemente. No dormía y casi no se alimentaba. Matilde lograba hacerlo comer algo

diciéndole que, si no lo hacía, no tendría las fuerzas para buscar a Alma, para pensar con la claridad necesaria y encontrar detalles que ayudasen en la investigación. Cada mañana se levantaba y se iba a la DDI. Ya todos lo conocían allí, su aspecto, cada vez más deteriorado, era lo que lograba que fuera atendido por quien lo recibiera. Nadie tenía corazón como para no atenderlo. Pero la realidad era que el pasar de los días y la falta de pistas restaba posibilidades de encontrarla viva.

Alma abrió los ojos y sintió, casi al instante, el dolor corporal de haber permanecido en la misma posición durante mucho tiempo. Se giró sobre el colchón y trató de estirar la espalda. El brazo derecho permanecía atado a la cabecera de la cama con un precinto que le marcaba la piel. Cada noche, Mariano la amarraba. Decía que era para evitar que ella escapara mientras él descansaba. Alma lo había visto tomar una medicación antes de dormirse. Trataba de hacer un *racconto* de todo lo sucedido cada vez que despertaba. Temía olvidar detalles que serían importantes cuando fuera rescatada. «Dios mío, ¿cuánto tiempo habrá pasado desde que desaparecí? Estoy muy confundida, no recuerdo bien. Vi a Paulo de espaldas, buscando las llaves, e intentaba abrir la puerta de la casita, pero luego nada más. Cuando abrí los ojos, estaba en una habitación sucia, Mariano me sacó el vestido y me cambió con esta ropa. Lo extraño es que es mi ropa». Cerca de ella había un pequeño bolso con algo de su guardarropa, lo reconoció en seguida. «Recuerdo que el primer día me dolía la cabeza, Mariano me dijo que me había golpeado y me había desvanecido. Estuve inconsciente varias horas». Mariano, que se sentaba con ella a conversar bastante seguido, en una de sus tantas charlas le había explicado que se irían juntos a Chile, que pensaba retomar su relación justo donde la habían dejado.

«—Tu vida de puta, de acostarte con cuanto hombre se te cruzó, se terminó, vas a ser mi esposa y te vas a olvidar de tu vida anterior. Mi hijo no nacerá sin un padre. Pero ese padre soy yo, no un desconocido que metiste en tu cama de atorranta».

Alma entendió, en segundos, que Mariano no estaba en su sano juicio.

Ese hombre se expresaba del bebé como si siguiera en el vientre de Alma, luego de tres años de que hubiera muerto. No quiso aclararle que eso sería imposible, temió su reacción. Por el contrario, cada vez que hablaban, ella trataba de calmarlo, de hacerlo sentir seguro, de hacerle creer que ella quería retomar también la relación. Una noche, la segunda de su secuestro, él se acercó, en silencio, con la intención de tener relaciones con ella. Alma no supo cómo manejar la situación

y, ante la insistencia de él, se negó. Dio como excusa que no se sentía bien, que las náuseas, provocadas por el embarazo, la tenían muy descompuesta. Mariano intentó, de todos modos, tomarla. Se puso agresivo y comenzó a romperle la ropa y a hacerla suya por la fuerza. La mano derecha de Alma estaba atada con precinto y él se había puesto entre sus piernas; mientras luchaba con ella, iba sacándose los pantalones.

—¡Quedate quieta, carajo! —gritaba él—, solamente voy hacerte el amor como tantas veces, te voy a hacer gozar como nadie nunca lo hizo.

Alma lloraba a los gritos y daba patadas, Mariano la abofeteó violentamente en el rostro. Ese golpe la dejó inconsciente. Cuando despertó, él dormía a su lado. Su ropa estaba rota, pero nada indicaba que él la hubiera violado mientras estuvo desmayada. Alma no podía creer lo que estaba viviendo. Debía escapar, Mariano, evidentemente, estaba fuera de sus cabales y era capaz de cualquier cosa.

Cada vez que hacían un tramo del camino, él la dormía. Ponía algo en su comida, en su desayuno, en su agua. Algo que la dormía en cuestión de minutos. Cuando ella volvía a abrir los ojos, se encontraba en un nuevo lugar: habitación nueva, aunque igual de básica y sucia, temperatura distinta, una cama nueva, pero siempre la mano derecha atada a la cabecera de la cama. No podía prever en qué momento le daría el somnífero, había tratado de aguantar la sed y el hambre, evitando comer y beber lo que le pusiera delante, pero él tenía paciencia. Esperaba que ella empezara a sentirse famélica y que volviera a probar un bocado; tal vez no se lo ponía en esa primera comida que volvía a consumir, pero en la siguiente sí. Y ella volvía a dormirse y a despertar en otro lugar. Eso le dificultaba seguir la cuenta de los días que hacía que estaba prisionera. Alma no entendía cómo nadie la veía en el automóvil, cómo la bajaba del automóvil dormida sin ser visto por nadie.

Luego de varios días de viajar, se establecieron en un lugar bastante seco, aunque el frío era muy duro aún en esos días. Alma calculaba que había sido llevada de la boda de Pato y, teniendo en cuenta los días que recordaba que habían pasado, estarían terminando el mes de septiembre. Esa tarde, Mariano estuvo mascullando solo, como enojado. La observaba constantemente. Alma se encontraba atada a la cama. Mariano había empezado a tenerla así con mayor frecuencia y en distintos momentos del día: cuando dormía siestas, cuando salía a hacer alguna compra, cuando se duchaba. Él entró decidido y Alma creyó que iba a cortar el precinto, que la liberaría, pero al verlo con otro en la mano, perdió la esperanza. Pensó,

entonces, que se apiadaba de ella y que iba a cambiar el agarre de la derecha a la izquierda, ya que notaba la sangre seca en la muñeca. Pero se equivocó.

—No voy a cortarlo —dijo él, adivinando sus pensamientos—. Hoy te veo más repuesta. No te vi con náuseas ni con dolores de ningún tipo. Y me tenés recaliente desde hace días. Se ve que el embarazo te sienta bien, tenés las tetas inmensas y tengo ganas de probarte.

Alma sintió que un frío le recorría el cuerpo. Él no solamente veía una realidad distinta, sino que estaba avisándole que iba a violarla.

—Mariano, por favor, soltame, no me hagas esto. No quiero que lo hagamos así. —Ella creyó prudente convencerlo de que la liberara y así, tal vez, tendría oportunidad de escaparse o evitar la violación—. Podríamos lastimar al bebé.

—No —dijo él de modo taxativo—. Esta vez es como yo quiero —afirmó a la vez que empezaba a sacarse la ropa. Alma se sacudía intentando zafarse, pero era imposible. Estaba atada, de modo que cada movimiento suyo hacía que los precintos se le clavaran más en la carne. Mariano se sacó la campera de lana y la camiseta de un solo movimiento, también el pantalón y las zapatillas. Cuando estaba por sacarse la ropa interior, ella intentó razonar nuevamente.

—Mariano, por favor. No hagas algo de lo que después te vayas a arrepentir. Te lo suplico. Si lastimamos al bebé, ninguno de los dos nos lo vamos a perdonar. —Alma lloraba. Su voz era casi un suspiro. Mariano sonrió con una mueca que ella no le conocía. Era como si fuese otra persona.

—No te das una idea de lo que soñé con volver a tenerte así, acostada, desnuda, bajo mi cuerpo. —A la vez que hablaba, le pasó el buzo, que ella tenía puesto, por detrás de la cabeza y lo dejó atravesado entre brazos y nuca, luego comenzó a romper la remera y a bajarle el pantalón con movimientos violentos por parte de ambos. Él estaba totalmente desnudo y la desnudaba con tranquilidad a pesar de las patadas que ella le daba constantemente y de la violencia con la que él la trababa. Pero parecía disfrutar de su resistencia—. Y todo lo que me costó —seguía él—. El secuestro del tipo ese con el que me cagaste me costó un dineral. Encima los estúpidos que estaban encargados de torturarlo y luego traerlo conmigo, para que yo pudiera tener el placer de matarlo, lo dejaron escapar.

Alma se congeló. Mariano era el responsable del secuestro de Paulo, pero ¿cómo supo? ¿Para qué? Ahí encontró un tema para distraerlo y no desaprovechó la oportunidad.

—¿Vos lo hiciste? — Por el gesto que hizo Mariano, ella supo que se sentía orgulloso—. Pero, ¿cómo supiste...?

—Alma, hoy en día es muy fácil intervenir teléfonos. El tuyo, el de tu viejo, el de la puta de tu amiga, Amanda. Así de fácil. —Él sonreía con soberbia, Alma no salía de su asombro—. Es increíble los amigos y los favores que compra el dinero, y por suerte mi familia tiene mucho. Así me enteré de que ese hijo de puta te cagó con otra mina. Mirá que resultó trastornado el galleguito, le gustaba atar a la mina, pegarle, cogerla por todos lados. —El gesto de Mariano se endureció—. A vos te lo hizo así, ¿no? Sí, seguro. —Se le notaba el resentimiento.

—No, Mariano, nada que ver. A mí nunca me ató, nunca fue violento conmigo, ese estilo de sexo no me atrae para nada —contestó ella enseguida, asustada. Mariano ya la tenía casi completamente desnuda.

—Estoy seguro de que con lo turra que sos, calentás a todos los tipos a tu alrededor. Ese hijo de puta te lo hizo. ¿Y sabés qué pensaba yo cuando veía el video? —Alma no respondía, estaba aterrada—. Pensaba en vos y en mí. Pensaba que nosotros podíamos ser esos dos. Que podía atarte y cogerte por todos lados. —Mientras hablaba, el miembro de Mariano iba endureciéndose—. Y me calentaba tanto... que terminaba masturbándome y acabando como una fiera. Y mirá, parece que se me cumple el sueño. —Mariano estaba de rodillas entre las piernas de Alma, desnudo, con su pene erecto. Lo masajeaba con su mano derecha, sacando el glande y volviendo a ocultarlo.

Alma supo que estaba perdida, no había forma de evitar que Mariano la tomara. Seguía atada y nada de lo que le dijera podría sacarlo de su idea. Las lágrimas comenzaron a correr, nuevamente, por sus mejillas, lo único a lo que atinó fue a tratar de convencerlo de que tener sexo salvaje con ella, en ese momento, pondría en peligro al supuesto bebé.

—Marian —usó deliberadamente el sobrenombre con que lo llamaba cuando eran pareja—, entiendo que hayas pensado en esa fantasía y que quieras hacerla realidad. —Buscó la forma de sonar lo más casual posible—. Pero no te olvides de que estoy esperando un hijo tuyo, y tener esa clase de sexo ahora podría ser perjudicial, sobre todo para el bebé. —Por dentro, Alma rezaba para que sus palabras se abrieran camino en la mente perdida y afiebrada de Mariano.

—Pero... —parecía que lo habían hecho dudar—, ¿lo podemos lastimar? ¿Y si te doy por...? —Alma aprovechó esos segundos de duda.

—No, Marian. Cualquier situación violenta puede afectarlo. —Se sentía victoriosa, el miembro comenzaba a perder dureza.

Mariano titubeó unos segundos y luego arremetió con furia.

—No. ¡Puta! Me vas a dar lo que me corresponde, aunque sea del

modo tradicional. Ya tendremos tiempo en Chile de que me entregues lo demás. —Sin dejar lugar a protestas, se posicionó sobre Alma y la penetró de un solo golpe. Alma, al sentir la intrusión, gritó y, al mismo tiempo, su mente, sobrecargada de dolor, la sacó de su propio cuerpo. La situación no parecía estar ocurriéndole a ella, era como si su espíritu hubiera salido de su cuerpo y observara lo que sucedía en esa cama, con horror, pero sin poder detenerlo. Se veía a sí misma casi sin vida, sin movimientos propios, que era embestido con brutalidad por un Mariano que parecía poseído.

Alma era una marioneta a la que Mariano manejaba a su antojo. Los movimientos de aquel desconocido eran violentos, bruscos, mostraban su desesperación. Estaba encima de ella, cubriéndola completamente, moviéndolo con golpes de su pelvis. Mariano se meneaba de modo de entrar cada vez más en Alma, la mordía en los pechos, los labios y en el hombro derecho, y luego la besaba, pero todo de un modo agresivo, violento. La desesperación lo asemejaba a un animal. El silencio y el cese de resistencia sorpresivos por parte de Alma lo animaron en un principio, pero después de unos minutos lo alarmaron. En el comienzo, tan cegado en su propio placer, no se había percatado de que Alma yacía quieta debajo de él. Seguía invadiéndola, cada estocada le generaba más y más placer, y estaba a punto de llegar al orgasmo cuando notó que Alma no participaba de la situación ni siquiera resistiéndose. De pronto cayó en la cuenta de que podía haberla lastimado, creyó que la había matado. Su miembro se puso flácido en cuestión de segundos y salió de ella enseguida. Se quedó observándola: los ojos vidriosos, casi sin vida, la boca hinchada por los mordiscos y besos que él le había logrado dar, los pechos con marcas de sus dientes; de las muñecas caían pequeñas gotas de sangre. Los precintos se habían clavado en la carne, lastimándola.

La golpeó en la mejilla, asustado, primero de manera suave, luego de forma más violenta. Alma no reaccionaba. Parecía sin vida. Las lágrimas en los ojos de Mariano le nublaron la vista. Se levantó aterrado y se quedó parado al costado del cuerpo inerte. «¿Qué hago? Alma no puede estar muerta. No pude haberla matado, si tan solo estaba haciéndole el amor». Se recostó sobre ella, estaba algo fría, y apoyó su oreja en el pecho. Escuchó latidos. Se calmó. Seguramente estaría en *shock*. Corrió a la cocina, buscó algo donde cargar agua, una jarra plástica. Y de nuevo corrió a la habitación. Vació la jarra sobre Alma. El agua helada fue como una corriente que la revivió, y volvió en sí. Todos los alaridos que su mente estaba dando escaparon por sus labios y el silencio, que había extrañado a Mariano, fue atravesado por un rugido desgarrador. El dolor de ese espíritu se vio reflejado en el

rostro de pánico de Alma y en los gritos que sucedieron al primero.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! Soltame. ¡Dejame! ¡No me toques! —Cuando el rostro de Alma logró enfocarse en Mariano, su propio gesto, siempre dulce, se trastocó en uno de odio—. Dios tiene que castigarte, sos la peor mierda del mundo, Mariano. Te maldigo a vos y toda tu familia de mierda. —Ella exclamaba con furia cada sílaba, parecía poseída por un demonio. Se arqueaba hacia arriba, levantando los brazos como queriendo tomarle el rostro para desfigurarlo, pero las ataduras la limitaban y casi no le quedaban fuerzas, entonces caía sobre el colchón de nuevo.

Mariano se asustó, recordó cuando su madre le decía que muchas mujeres hacían brujerías para hechizar a los hombres y, viendo a Alma como poseída, supuso que era una bruja. Llegar a esa conclusión lo asustó. Se fue moviendo con lentitud, retrocediendo, levantó sus ropas cuando las pisó y siguió caminando, sin sacar los ojos de Alma, hasta que se chocó con la pared.

—¡No me maldigas, hija de puta! ¡No me hagas ningún hechizo! ¡Ni a mí ni a mi familia! ¡Puta! No hice otra cosa que darte lo que a vos te gusta. —A medida que él también gritaba, liberaba toda su furia —. Te di pija como te dieron los demás, pero a mí me maldecís, y a los otros, ¿les cagaste la vida como a mí? Mi vieja tenía razón, seguro me hiciste tomar algo con tu menstruación y por eso te tengo clavada acá —decía como un loco a la vez que se tocaba la sien derecha.

—Andate, Mariano, no quiero verte, dejame sola. —Alma gritaba, aunque ya con menos vigor. La realidad de lo que había pasado la aplastaba—. Sos una mierda, dejame... andate.

—Me voy, pero te vas a comer tus palabras. Me vas a sacar tus maldiciones y el hechizo que me hiciste, aunque tenga que matarte. —Salió y dio un portazo.

Alma escuchó que cerraba con llave la puerta.

«¡Dios mío! ¿Por qué Dios me pone en estas situaciones? ¿Cómo voy a seguir viviendo después de todo esto? ¿Cómo hago para enfrentar a mi familia luego de haber sido violada? ¿Cómo enfrento a Paulo? ¿Cómo le explico que no pude defenderme, que me fui y lo dejé hacer a su antojo? ¿Me creerán que fui violada o pensarán que yo quise todo esto?». Pensó en su madre, en que ella siempre creía que estaba cuidándola. «¿Dónde estás, mamá? ¿Por qué me pasan estas cosas?». Lloró amargamente. Con angustia, con congoja, durante un rato largo. El cuerpo le dolía, los brazos le dolían muchísimo y le ardían las laceraciones. Los pechos y el hombro, la vagina y las piernas. Se miró inspeccionando su cuerpo. Vio los moretones, los dientes marcados. Necesitaba bañarse, se sentía sucia, manchada.

Luego de un tiempo prolongado en el que lamentó su suerte, comenzó a llamar a Mariano a los gritos.

—¡¡Mariano!! ¡¡Mariano, vení!! —Sus alaridos se repetían sin cesar. Unos minutos más tarde, se escuchó la voz de Mariano a través de la puerta. Una voz que denotaba enojo.

—¿Qué mierda querés ahora?

—Soltame, los precintos me están matando y necesito bañarme —expresó ella en el mismo tono elevado.

—No. Te quedás así, por hija de puta.

—Mariano, te lo suplico. —Su voz se dulcificó—. Necesito lavarme y curarme las heridas. Por favor. Necesito ver si el bebé está bien, lavarme y ver si no pierdo sangre.

—No, ya te dije. —Se escucharon los pasos de Mariano al alejarse por el pasillo. Silencio absoluto, solo el llanto de Alma, muy suave, como el quejido de un bebé. Luego de unos instantes, se escuchó la llave. Mariano asomó la cabeza con gesto de enojo.

—¿Prometés que no me vas a hacer ningún conjuro o maldición más? —Mariano estaba asustado.

—Lo prometo —dijo Alma sorprendida, ese hombre realmente creía que ella tenía algún poder sobrenatural y que lo usaba en su contra. Si así fuera, ¿no hubiera salido de esa situación? Eso cada vez tenía más visos de locura, pero de una locura de la cual no hay regreso.

—No hay agua caliente. Solo fría. Si te querés bañar igual, no tengo problemas. —Ella pensó que seguiría torturándola a pesar de haber logrado lo que quería. Necesitaba limpiar su cuerpo, purificarlo —. Te aviso que mientras te bañes, voy a estar en el mismo cuarto. Tengo que vigilarte.

Ella se quedó pensando. «¿Qué es lo que teme? ¿Que le pegue? ¿Que me escape? ¿Con qué fuerzas podría hacer algo de todo eso?». Estaba realmente quebrada.

—Dejame bañarme, no importa nada más —dijo derrotada, al fin.

—Bien. —Se acercó con el cortaplumas y cortó los precintos.

La ayudó a levantarse. La ropa rota cayó sobre el piso, hecha jirones. Le sacó de modo brusco el buzo que le había trabado entre el cuello y los brazos. El tirón fue sorpresivo y le dolió bastante a Alma. Tenía los músculos agarrotados, doloridos por sus propios movimientos defensivos. La llevó fuera de ese cuarto y la hizo entrar en un baño diminuto, frío, oscuro. La metió en el sector de la ducha y se sentó sobre el inodoro, como vigilante. No había cortina en la ducha ni mampara, así que cuando Alma logró, casi sin fuerzas ni ánimo, abrir la canilla, el agua comenzó a pegarle en su cuerpo y

rebotaba, mojando a Mariano. Alma se puso entera bajo el chorro, estaba helada, pero ya nada le molestaba. Sentía el frío que penetraba en sus huesos, hasta sentía dolor en la piel. La lluvia helada le enrojecía la piel del rostro y del cuerpo. Nada importaba. Cerró los ojos, los apretó tratando de borrar las imágenes que aún la torturaban. Debía pensar en cosas buenas, trataba de imaginar algo que le hiciera bien. Pensó en Paulo, en Lola, en su familia. En todo lo que le daba felicidad: un buen libro, los mates con sus amigas. Solo tenía un jabón para bañarse, no había champú ni acondicionador. Cada uno de sus movimientos significaba una gran cantidad de agua que caía sobre Mariano. Este aguantó lo que creyó suficiente y luego se puso en pie.

—Me voy, me estás empapando. Total, de acá no te vas a ir a ningún lado —concluyó, y se escuchó el portazo que indicó a Alma que estaba sola.

El llanto, nuevamente, la invadió y ella lo dejó salir libremente mientras lavaba todo su cuerpo, refregando, haciendo espuma con el jabón. Friccionaba con fuerza y desesperación sus pechos, su vagina, su abdomen, su rostro. Enjabonó con furia todo, incluyendo su cabello, y se dejó enjuagar por el chorro intenso de agua helada. Su piel blanca como la leche se había vuelto colorada por las fricciones y la temperatura del agua. Unos minutos después de que Mariano escuchara que ella había cerrado el grifo, se acercó a la puerta del baño y le entregó una toalla y ropa. Alma se secó, se vistió y se sentó sobre el inodoro. Necesitaba dejar de temblar antes de volver a enfrentarlo. Unos minutos después, abrió la puerta. Él la esperaba en silencio. La condujo nuevamente a la habitación. Las ropas que él le había roto ya no estaban en el suelo. La cama estaba nuevamente estirada.

—Necesito vendas para las muñecas, las tengo muy lastimadas —dijo ella a la vez que levantaba las mangas del buzo para mostrarle las laceraciones—. ¿Podrías dejar de atarme? Aunque sea por unos días, hasta que se curen estas heridas.

—No —dijo él, aunque no lo hizo en un tono convencido, se notaba que las heridas de Alma le indicaban que debía hacerle caso, pero al igual que un niño que no quiere darle la razón a su madre, insistía en negar la realidad—, no puedo dejarte suelta, te vas a ir.

—¿Cómo lograría irme? Si pusiste maderas del lado de afuera de la única ventana de la habitación. La única puerta está siempre cerrada con llave. No hay forma de que escape. —Debía darle seguridad, solo cuando él confiara cometería errores—. Además, Marian, ¿para qué me iría? Sos el padre de mi hijo, ¿no? Mi lugar está con vos, vayas donde vayas. —Esas palabras lo desorientaron, si bien era lo que

quería escuchar.

Luego de unos minutos de duda, respondió:

—Está bien. Ahora busco unas vendas y no te voy a atar. Pero si veo que intentás algo raro, te vuelvo a poner el precinto —amenazó a la vez que cerraba la puerta nuevamente con llave y se iba a buscar las vendas.

Alma se quedó sentada en el borde de la cama, mirando sus muñecas. Unos minutos más tarde, entró Mariano, traía unos trozos de telas que ella podía usar para confeccionarse las vendas.

—No tengo nada para que te desinfectes. Por ahora ponete estas vendas caseras, en un rato salgo y compro algo para que lo hagas —anunció él rápidamente. Cuando intentaba cerrar de nuevo la puerta, Alma le hizo otro pedido.

—Tal vez necesite toallas femeninas. —El rostro de sorpresa de Mariano significó una pregunta en sí misma. Alma procedió a responder—. Es probable que tenga pérdidas en los próximos días. Fuiste muy violento a pesar de que te lo advertí. Ojalá me equivoque, pero tal vez le hayas hecho daño a tu hijo —deslizó con intención de lastimarlo—, si es así, vas a tener que llevarme a un hospital.

—Pero, pero... no, no puede ser, solo estuve dentro de vos un momento, ni siquiera acabé. ¿Acaso me vas a decir que las parejas que esperan hijos nunca hacen el amor hasta que nacen?

—Seguramente lo hacen, pero no con la brutalidad con que vos te manejaste. —Por dentro moría por escupirle que él no le había hecho el amor, sino que la había violado. Quería matarlo, tomarlo del cuello y apretar hasta que dejara de respirar.

—Bueno, si veo compro. Igual avísame si sentís algún dolor o empezás a sangrar. —Ella nunca deseó tanto tener su período. Si comenzaba a sangrar, Mariano debería llevarla a un hospital y podría ser salvada. Salió y cerró la puerta tras de sí. Alma escuchó que nuevamente cerraba con llave. Luego de unos minutos sintió que arrancaba el automóvil. Mariano se había ido.

Se levantó e intentó sacar las maderas que tapaban la ventana. Estaban clavadas y muy bien. No lograba moverlas, solo alcanzó a ver, en un espacio de unión entre dos de las maderas, algo del exterior. Se veía una zona desolada, con poca vegetación. En el piso había hielo; más allá se veían montañas al final del paisaje. Los picos se notaban cubiertos de nieve. «¿Dónde mierda estoy? ¿Cómo hago para pedir ayuda?». Volvió a su cama de tortura. Se puso de costado, en posición fetal. Lloró de nuevo, lloró con amargura y tristeza hasta quedarse dormida.

Mariano, finalmente, volvió con desinfectante, vendas y comida

real. Se sentía culpable. La hizo sentar en la mesa por primera vez. Alma estaba como muerta, no podía soportar el pensar en lo que él le había hecho, y encima debía aguantar en esa situación hasta ser trasladada para poder escapar; desde ahí sería imposible. Los días posteriores fueron más tranquilos, aunque ella esperaba, a cada momento, la oportunidad de huir, que nunca se le presentaba. Hasta que una tarde vio que él se preparaba, se disponía a ir de compras a un supermercado cercano, y ella comprendió que era el momento de escapar. Si lo convenciera de que debía acompañarlo para comprar ciertas cosas, tal vez alguien la viera y ella pudiera pedir ayuda.

—¿Puedo acompañarte, Marian? —dijo con su mejor sonrisa inocente.

Mariano debió sentir una alarma interna, se giró para verla con gesto escrutador.

—¿Venir? ¿Para qué? ¿Para escaparte?

—No, nada que ver, Marian. —Ella volvía a llamarlo como cuando eran novios, apelaba a darle confianza—. ¿No te parece que si hubiera querido escaparme lo hubiera intentado alguna vez? Teneme confianza, necesito comprar algunas cositas propias de las mujeres. Vos sabés, cosas femeninas, y quisiera elegirlas yo, ¿entendés? Te las pedí hace días y no me las trajiste. Además, tendríamos que ir comprando algo de ropa un poco más grande para cuando me salga la panza, ¿no te parece?

—Sí, pero para eso falta un poco, ¿no? Tal vez te guste más la ropa del lugar al que vamos a ir finalmente —dijo Mariano entrando en el engaño.

—Dale, Marian, dejame ir con vos. Estoy aburrida acá, siempre sola cuando vos te vas. Así por lo menos veo el sol, respiro aire puro. Al bebé le va a hacer bien —dijo Alma tentando a la suerte.

—El aire de Neuquén es bueno, en eso tenés razón.

Alma se sorprendió. «¿Neuquén? ¿Estamos tan lejos? ¿Adónde piensa llevarme? ¿A Comodoro?». Recordó que él había mencionado Chile. «¿Planea sacarme del país? ¿Pero cómo tiene pensado cruzar la frontera?». Ella se acordaba del paso en Mendoza, de cuando había viajado con sus amigas. Debería haber otros pasos, más al sur, para cruzar a Chile, pero en todos iba a tener que pasar por una aduana. Trató de controlar sus nervios y continuó fingiendo alegría.

—Sí, el aire de montaña es bárbaro. El médico me lo dijo. Las ciudades tienen mucha contaminación. Dale, Marian, ¿me llevás? Te juro que me quedo a tu lado, sin hacer ningún lío.

—Está bien, pero si te mandás alguna, me vas a conocer —aseguró amenazante.

Alma fue al baño y se lavó la cara. Cuando se miró al espejo, no se reconoció. Su rostro tenía una coloración blanquecina anormal, casi rozando el gris. Tenía el pómulo levemente hinchado aún por el golpe que él le había dado; un moretón se extendía entre el pómulo y el ojo izquierdo. Tenía el labio partido, ojeras, el cabello sucio y el cuerpo con marcas de las ataduras de la cama, de cuando la trasladaba, y las de la violación. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Decidió atarse el cabello en una trenza, para que no se viera tan feo. Se lavó bien el rostro y se refregó intensamente con la toalla al secarlo. Esto le dio algo de color. Salió del baño y él la esperaba. Caminaron juntos hasta la sala que funcionaba de *living* y cocina. Alma recién recorría por primera vez ese espacio con verdadero interés. Prestaba atención a cada detalle. Él se separó para buscar una chaqueta y alcanzarle una a ella del bolso. Alma miró la mesa y vio varios mapas. Allí, Mariano había marcado el camino: pasaban por Neuquén, Plottier, seguían hasta Zapala por la ruta 22 y luego tomaban la ruta 13 hasta el paso Icalma que los cruzaba a Chile. «¿A qué altura del recorrido estaremos ya? Él mencionó Neuquén, ¿será la provincia en general o la ciudad? Si estamos en la ciudad de Neuquén, Plottier está muy cerca. Lucas podría ayudarme... pero ¿querrá hacerlo?». Tomó un pedazo de papel que estaba en el piso y lo guardó en su bolsillo. Trató de recordar el número telefónico de Lucas, pero no lograba hacerlo.

Mariano se puso su abrigo y la ayudó a ponerse el ella; la inmovilidad y los golpes recibidos le habían endurecido el cuerpo, sola no hubiese podido. Salieron en el automóvil que él tenía, uno que ella no le conocía. Alma se sentó en el lado del acompañante y aprovechó a mirar bien para reconocer el lugar, los peligros, los elementos que podrían ayudarla si lograba salir y escapar. La casita en la que estaban no se encontraba en una ciudad, sino en las afueras, se notaba que era cerca, pero no dentro de una zona urbana. Había una ruta vecina, hacia allí se dirigía el vehículo. Si pudiese ver algún cartel, podría orientarse, pero su vista no estaba bien, hacía días que no veía la luz del sol, se encontraba encandilada. Ambos seguían en silencio. Cuando Mariano acercó la trompa del coche a la ruta, puso el guiñe como si fuera a doblar a la izquierda y esperó que dejaran de pasar automotores. Ella aprovechó a mirar a la derecha, como queriendo fijarse en los que venían para avisarle cuándo cruzar. A la distancia había un cartel, hizo un esfuerzo para leerlo, agudizó lo más que pudo: «Neuquén 12 km». Como si un rayo la atravesara, entendió exactamente dónde se encontraba. Estaba cerca de Plottier entonces. Mariano, ajeno a sus pensamientos, giró hacia la izquierda e inició el camino. Ninguno hablaba. Alma necesitaba confirmar lo que estaba

pensando.

—Marian, ¿no nos hubiera convenido ir para Neuquén en lugar de Plottier? Digo, porque es una ciudad grande, hay más negocios y posibilidades de comprar. —Miró la reacción de Mariano. El tono natural que usó no le encendió ninguna alarma a su captor. Él siguió naturalmente manejando.

—No. —Fue rotundo—. Odio las mega ciudades. Me siento más cómodo en los pueblos. Además, lo que tenemos más cerca es Plottier, son apenas cinco kilómetros. No te preocupes, que vamos a conseguir todo —afirmó él, que sin darse cuenta le fue dando información vital —, hay un lugar bastante grande donde venden de todo, y también hay ropa. Ahí algo vas a conseguir.

El corazón de Alma latía acelerado. Su mente armaba formas de escapar o de comunicarse con alguien que llamara a Lucas. Desde que tenía celular, ya no recordaba de memoria casi ningún teléfono, solo el de Paulo, su padre, sus amigas y su hermana. Pero el de Lucas nunca lo había aprendido de memoria. Llamar a los otros implicaba que tardaran mucho en venir en su rescate. Lucas estaba cerca. Si no podía recordarlo en esos minutos, escribiría su nombre (había guardado un papel y solo debía conseguir una lapicera), además de su calidad de secuestrada y el teléfono de Paulo, para que la localizaran a 5 km de Plottier, camino a Neuquén. Debía poner la mayor cantidad de precisiones. Luego de unos minutos que parecieron eternos, llegaron al lugar mencionado por Mariano. Era una megatienda nueva, al costado de la ruta, entre un pueblo y otro. Mariano estacionó en un sector apartado. Cuando se disponían a salir del automóvil, él la tomó del brazo y le mostró su cinturón. Allí había una culata de arma que se veía claramente.

—No hagas ninguna estupidez o me vas a obligar a usarla. —Alma abrió grandes los ojos, el miedo la atravesó. Mariano estaba fuera de sí y, aunque por momentos ella creyera que podría manejarlo, la realidad le indicaba que él era quien hacía y deshacía. Y en su locura podría justificar cualquier cosa—. No hables con nadie que no sea estrictamente necesario, la persona de la ropa. Y, por supuesto, no intentes escapar. Si lo hacés, no solamente no vas a volver entera, porque te pego un tiro, sino que, además, no volvés a ver el sol hasta llegar al pueblo donde nos vamos a quedar al final.

—Quedate tranquilo, Marian. Nunca haría algo para alejarme de vos y poner en riesgo al bebé —dijo a la vez que se tocaba el vientre vacío, simulando los movimientos de las mujeres embarazadas. Por dentro agradecía, por primera vez, a Dios que se hubiese llevado a su hijo: tener como padre a ese loco hubiera sido terrible para el niño, y

su familia no era menos escabrosa.

Caminaban a la par. Mariano tomó un carrito de compras y entraron a la tienda sin que les prestara atención el empleado de seguridad. Se lo dio a ella para que lo condujera. Él iba cargando las cosas que creía necesarias. Alma estaba en silencio y miraba hacia todas las góndolas, buscando alguien que reparara en su rostro, para pedirle ayuda. Nadie reparaba en ellos. Ella se dirigió al sector de ropa para mujeres y seleccionó varias remeras y unos pantalones largos con cintura elástica. Se acercó a Mariano y le informó que iría a los probadores. La acompañó y le dijo que la esperaría afuera. Ella creyó que, entrando ahí, luego podría escabullirse. Mariano frustraba sus planes. Una mujer de edad avanzada se encontraba en la puerta de los probadores de mujeres. Había que darle las prendas y ella anotaba con cuántas se entraba y se fijaba que la persona saliera con la misma cantidad. Cuando la miró y vio las marcas en el rostro, hizo un gesto de sorpresa, luego miró a Mariano y lo hizo con odio. Esa señora podía ser una aliada.

—Son cinco prendas —indicó Alma con voz apenas audible. La empleada anotó e hizo gesto positivo.

—Pase, si necesita ayuda, me avisa, que yo voy a ayudarla.

Alma se sorprendió porque las prendas que llevaba eran muy grandes y sin inconvenientes para probar. Estaba diciéndole algo más. Ella hizo, a su vez, una señal de que comprendía.

—Gracias —contestó Alma, y entró. A los dos minutos, fingió tener un inconveniente con uno de los pantalones. Se asomó por la puerta —. Señora, perdón que la moleste. Uno de los pantalones tiene mal puesta la alarma y no puedo meter un pie.

—Bien, ahí voy, déjeme llevar el aparato para sacarla y volverla a poner. —La mujer miró a Mariano que presenciaba todo en silencio. Le hizo un gesto poco amigable y se metió—. Escuchame, nena, si este tipo te pega hoy, te va a seguir pegando siempre. Tenés que dejarlo. Yo sé que seguro vos querés pensar que cambió, que te pega porque te ama y te cela, pero eso no es amor, es enfermedad. Y de eso no hay cura. Yo te lo digo porque lo pasé, hace muchos años. Tomá —le dijo y sacó una tarjeta donde se nombraba a una ONG que ayudaba a víctimas de violencia de género—. Siempre tengo de estas guardadas. Llamalos, ellos te van a ayudar. Lo hicieron conmigo.

—Señora —interrumpió Alma, nerviosa—, no soy su mujer, él me secuestró. Estoy secuestrada desde hace días, me sacó de mi casa, en La Plata. —La mujer cambió su gesto, la sorpresa era grande—. Me está llevando a Chile. —El asombro no cambiaba—. ¿Tiene una lapicera? —dijo, y le mostró el papel—. Así le doy los teléfonos de mi

familia para que los llame y les indique dónde buscarme. —La mujer sacó rápidamente una del uniforme y se la dio. Alma anotó el teléfono de su hermana y de Paulo, con sus nombres, puso el suyo e indicó todo lo que recordaba del lugar donde la tenía Mariano. Anotó a cuántos kilómetros del negocio se encontraba donde la mantenía secuestrada y agregó: «casita pequeña en medio del campo, color beige, techo negro. Tiene dos pinos en la puerta y una ligustrina»—. Por favor, llámelos, yo soy Alma Recabarren.

—¿Alma Recabarren? ¿La de la tele? ¿Sos vos, nena? Todo el país te está buscando —dijo azorada. Alma se quedó muda, sospechaba que estarían buscándola, que su familia y Paulo deberían de haber hecho las denuncias, pero no supuso la magnitud de la investigación—. No te reconocí, en la foto de la tele te ves distinta.

—Lo imagino. Hace días que me tiene... Por favor, señora, soy yo. Hable con mi familia. Llámelos en cuanto nos vayamos. No le diga nada a Mariano, si se da cuenta que le hablé... —En la puerta sonaron unos golpes y se escuchó la voz del secuestrador.

—¿Qué pasa ahí adentro? ¿Por qué no salen? —preguntó sospechando algo. El rostro de Alma se congeló. Temía que Mariano se diera cuenta y lastimara a esa pobre mujer.

—Dejame que yo salgo y le digo que se complicó al sacar la alarma. Quedate un poco más y salí —dijo la mujer raudamente. Cuando Alma se sentó un minuto, para salir de la vista al abrir la puerta, ella abrió y cerró con rapidez—. Pero qué impaciente, señor —le espetó de mal modo—. Tengo dos manos y tuve que cambiar de lugar las alarmas de todas las prendas. Ahora se está probando. Voy a ir a hablar con la repositora de ropa para decirle que hay una tanda de alarmas mal puestas. Si tengo que venir a cada rato al probador para cambiarlas, que me paguen horas extras, che. —Y se fue hablando sola para disimular.

Mariano no sospechó nada raro, siguió esperando unos minutos.

—¿Te falta mucho, Alma? —dijo al cabo de unos instantes.

—Ya salgo —dijo desde adentro Alma, temerosa. Tomó las prendas en su brazo y abrió.

—¿Qué mierda pasó? Tardaste mucho —se quejó Mariano, como poniéndola a prueba, para ver si ella decía lo mismo que la mujer.

—Lo que pasa es que todas las prendas tenían la alarma mal puesta y no podía pasar un brazo o una de las piernas, habían atravesado el dispositivo por las dos capas de tela, ¿me entendés? —Alma había escuchado la voz potente de la mujer al darle la explicación a Mariano —. Así que la señora tuvo que sacar una por una y volverlas a poner.

—Bueno, dale. Ya tengo todo lo que necesitamos. ¿A vos te falta

algo? Quiero volver a la casa lo antes posible.

—Ya estoy. Me llevo solamente una remera y un pantalón. El resto no me gustó.

—Al final, me hiciste esperar un montón y no llevás nada. Qué tipa complicada. —Se dio vuelta y empezó a caminar mientras seguía hablando como si lo hiciera más para sí—. Son todas iguales, complicadas. Mi viejo tenía razón, las minas te complican hasta una compra en el supermercado.

Alma se contenía de contestarle. Había borrado de su memoria cuán insoportable era Mariano. Le parecía curioso que en esos tres años separados hubiera olvidado casi todo lo de su relación con él. No recordaba esos comentarios sexistas. Siempre tenía frases de su padre para traer a colación, y nunca eran agradables. El papá de Mariano debía ser un machista recalcitrante, autoritario y violento, que gobernaba con mano férrea la familia. Se hacía lo que él quería y como él quería. Así había sido con la vida de Mariano, él nunca tuvo posibilidades de elegir nada, solo debía acatar. Alma fue lo único que había elegido, incluso bajo la negativa del padre. Pero su valentía solo había durado el tiempo hasta que ella quedó embarazada.

Ella caminaba dos pasos detrás de él, que se mantenía hablando mientras hacía gestos con los brazos. Alma seguía buscando entre los rostros alguien que la reconociera, pero nadie reparaba en ella. Algunos miraban al tipo raro que parecía hablar solo, pero nadie a ella. Cuando se acercaban a la caja, Mariano se percató de que había olvidado comprar jabón de tocador.

—La puta madre que me parió, me olvidé de agarrar jabón y no tenemos nada. Mirá la cola que se hizo en la caja.

—¿Querés que vaya yo a buscarlo? Vos te podrías quedar haciendo la fila.

—¡No! —Fue categórico, tal vez temía que ella escapara por atrás—. Quedate haciendo la cola, yo voy a buscar. —Acomodó el carrito en la hilera de una de las cajas y se giró para ir en busca del jabón.

Alma se quedó silenciosa, mirando al piso, pensando las posibilidades de que saliera bien lo que había hecho con aquella mujer. De pronto, una voz masculina la sacó de sus pensamientos.

—¿Alma? ¿Sos vos? ¿Qué hacés acá? —La voz de Lucas sonó muy extrañada, Alma levantó la cabeza y quedaron expuestos los hematomas de su rostro—. ¿Qué? ¿Qué te pasó en la cara?

Alma no salía de su asombro, ella lo había llamado con el pensamiento. Lucas, ahí, en el mismo lugar que ella. Debía actuar rápido, debía pedirle ayuda antes de que regresara Mariano.

—¡Lucas! No lo puedo creer. Por Dios. Ayudame. Me tiene

secuestrada. Me va a sacar del país. Está armado. —Alma vertió una catarata de información en un tono muy bajo para que las personas curiosas de la fila no escucharan, no quería que se generara una situación al regreso de Mariano. No daba tiempo a que Lucas entendiera todo lo que estaba sucediendo.

—Pará, Alma, que no entiendo nada.

—¿No viste los noticieros? —preguntó ella extrañada, la mujer le había dicho que ella aparecía en la televisión, que su secuestro era algo que se sabía.

—No, estuve a *full*, trabajando. Debía entregar un laburo y estuve quince días sin mirar otra cosa que la pantalla de mi PC... —Reaccionó —: ¿¿Entonces el gallego ese...??

Alma lo cortó, quedaban segundos antes de que volviera Mariano.

—¡No! Escuchame: Mariano, mi ex. Está loco. Él me secuestró. Me tiene prisionera. Seguinos con el automóvil. Informá a la policía. Me están buscando por todos lados. No me hables cuando vuelva, tiene un arma. —Alma vio que se acercaba Mariano con una mueca que cambió totalmente al ver que un hombre le estaba hablando. Los había visto. Apuró el paso y Alma cambió el gesto—. La verdad es que no sé de dónde sacó ese café mi novio —simuló Alma cuando Mariano llegó hasta ellos—. Ahhh, acá viene, espere que le preguntamos. Marian, este señor quiere comprar este mismo café, ¿en qué góndola lo encontraste?

Lucas se quedó en silencio, demasiada información en poco tiempo. Mariano lo miró con cara de pocos amigos.

—En la góndola que dice «Café» —le contestó de mal modo. Ese tipejo se había acercado a Alma seguramente para seducirla, esa pregunta por el café no era otra cosa que una excusa, estaba seguro. Si no se alejaba en ese momento, iba a darle un golpe en medio de la cara. Lucas vio la expresión violenta de Mariano y enseguida contestó siguiendo la corriente.

—Es que no soy de por acá, no conozco. Estoy de vacaciones y no tengo una gota de café —dijo haciéndose el desorientado.

—Yo tampoco soy de acá, pero leo los carteles. Segunda góndola a la izquierda —siguió con su mal genio Mariano. Alma no podía creer que ese hombre a su lado, que maltrataba a todos, incluida a ella, fuera el Mariano al que ella amó. Porque lo había amado, de un modo distinto al que amaba a Paulo, pero había sido una persona importante en su vida. Era como si algo dentro de él se hubiera liberado, una bestia ávida de sangre.

Lucas se disculpó por la molestia y agradeció el dato para mantener el engaño. Le pidió a la persona que estaba detrás de él que

le cuidara el carrito, que iba a buscar algo, y se encaminó a la góndola indicada. Cuando quedó fuera de la vista de Mariano, tomó su celular y llamó a la comisaría que estaba cerca de su casa. Hizo la denuncia.

Alma seguía mirando el espacio hacia donde se había ido Lucas. Esperaba que le hubiera entendido todo, aunque le había hablado demasiado rápido. Esa locura debía terminar, y debía ser en ese instante. Luego de unos minutos, Lucas regresó a la cola y le hizo un guiño a Alma, que Mariano no vio porque comenzaba a poner todos los productos en la cinta transportadora de la caja. Como Lucas no tenía demasiados, terminó, en la caja de al lado, antes que ellos a pesar de haber empezado después. Se fue al automóvil y esperó en marcha para seguir a Alma y a su secuestrador. Unos minutos más tarde, los vio salir. Se subieron a un vehículo, Mariano cargó las bolsas en el baúl y se sentó al lado de Alma. Ambos arrancaron con lentitud. Lucas se mantenía a unos metros para no ser descubierto. El camino no fue demasiado complicado, salieron a la ruta, hicieron cinco kilómetros y luego giró a la derecha y se metió un kilómetro aproximadamente. La casita estaba bastante oculta y no tenía vecinos. La vivienda más próxima se encontraba a unos setenta metros. Lucas los vio detenerse, él siguió en marcha hacia el fondo de esa calle de tierra, para disimular.

Alma y Mariano bajaron las bolsas de la megatienda. Entraron a la casa. Él dejó todo sobre la mesa y le indicó a Alma que volviera a la habitación donde dormía, y se puso a buscar otro precinto para atarla nuevamente.

—Ay, Marian, no me hagas ir de nuevo a la pieza. Me habías prometido que no me ibas a atar por un tiempo, aún me duelen mucho las muñecas. ¿Me puedo quedar de este lado? Tal vez pueda ayudarte a cocinar.

Mariano evaluaba con gesto serio la situación.

—No, lo mejor va a ser que te acuestes un rato, te levantaste hace mucho y vos en tu estado... Mejor andá. Yo ahora voy.

Alma se dirigió al dormitorio con pocas ganas. Ella no quería contrariarlo, no quería que sospechara nada. Estaba segura de que en poco tiempo la rescatarían. Entró en la habitación húmeda y oscura. Miró todo el entorno. Una cama de dos plazas con un juego de sábanas que estaba sucio y una manta con agujeros. Una mesa de luz destartalada, con una luz de noche muy pequeña. No había armarios ni cajoneras. No había ropa ni cortinas. Sus pensamientos volaron, como cada momento dentro de ese cuarto, a su familia, a Paulo, a sus amigas. Cómo necesitaba un abrazo, cómo necesitaba la sensación de protección que todos ellos le hacían sentir. Cómo extrañaba a Paulo,

su cuerpo, sus frases, sus diálogos; extrañaba no sentir miedo.

Luego de veinte minutos, Alma seguía sentada en el borde de la cama, con la mirada perdida, seria, y de repente esbozó una sonrisa muy sensual. En ese momento, Mariano, que había acomodado ya todos los víveres de la compra, se asomó a la habitación. La observó detenidamente. La vio sonreír. Algo había recordado que la hizo hacer ese gesto de esa manera tan sensual, pero él creyó que lo hacía por él, que ella había sentido su presencia y que lo invitaba. Mariano sintió un tirón en sus pantalones, su miembro reaccionaba de nuevo a Alma. Se acercó en silencio, sin hacer demasiado ruido. Se sentó a su lado y comenzó a acariciarle la espalda. Alma se tensó por completo.

—Alma, quiero hacerte el amor, como antes, como cuando estábamos juntos, antes del bebé. Sin golpearte. No quiero lastimar a mi hijo ni a vos, pero no aguanto más —dijo a la vez que se acercaba a ella para besarla. Alma trató de no moverse, de soportar con estoicismo el beso que le generaba repulsión. No quería hacerlo enojar. Cuando él cortó el beso, ella notó que se encontraba demasiado excitado.

—Marian, no creo que sea prudente. Hace unos días fuiste demasiado brutal. No sé si el cuerpo está preparado para recibirte ahora. Encima no quisiste llevarme a que me vean a un hospital. —Mariano estaba pegado a ella, la tenía envuelta con el brazo izquierdo y con el derecho le había tomado la mano y la obligaba, con la suya, a que ella tomara y acariciara su excitación. Luego, mientras ella le explicaba, la abandonó sobre su miembro y le acarició el rostro a la vez que le daba pequeños besos; ella seguía hablando—. ¿Me escuchás, Marian?

—Sos tan hermosa, Alma, tan hermosa. Mi viejo no puede entenderme porque no te conoce, no sabe lo hermosa que sos, no sabe lo que estos pechos me hacen sentir al tocarlos. —Los tomó con ambas manos—. Él no entiende lo que siento cuando estoy dentro de vos, Alma, nadie lo entiende. —Él seguía su recorrido con los dedos, llegaba a la vagina y la acariciaba. Alma sentía repulsión, no podía violarla de nuevo. Ella no podía permitirlo.

—Marian, te repito. No sé si es conveniente. Con todo lo que viene soportando este bebé, creo que por lo menos podrías aguantar un poco tus ganas. En unas semanas se va a empezar a mover y vas a poder sentirlo, pero mientas tanto no podemos saber si está todo bien.

—¿Vos me estás diciendo que tengo que esperar semanas para hacerte el amor? —Alma sintió una repugnancia muy grande, hacer el amor era cuando había amor, lo que le hacía no era el amor, sino violarla—. ¡No! ¡De ninguna manera! Vos con tus hechizos me hiciste

que no pudiera olvidarte. Si este tiempo intenté estar con otras y nunca pude, incluso fui a una puta, no logró ni siquiera que se me parara, ¿entendés? Y acá estás vos, que no me hacés nada, me mirás, me sonreís, apenas me tocás o solamente te huelo y ya la tengo dura como nunca. —Nuevamente llevó la mano de Alma a su entrepierna para que le tocara el pene y confirmara lo que decía—. ¿Entendés que solo puedo con vos? ¡No puedo esperar más, hace demasiado que te espero!

—Pero, Marian, hace unos días nomás lo hiciste. Me hiciste lo que quisiste. ¿No te alcanza con eso?

—Sos una bruja, sos de lo peor, encima ahora me tomás por pelotudo. ¿Qué mierda te hice? Te empecé a dar y te desmayaste, estuve a punto de acabar a pesar de que no me la hiciste fácil, pero después no llegué. Te tuve que despertar, creí que te había pasado algo grave y resultó que te habías desmayado. —Mariano se veía enfurecido.

Alma temía que él la hubiese dejado embarazada cuando la violó, no estaba dispuesta a tener en su vientre a otro hijo de ese hombre. Ella solo podría tener hijos con el único hombre que amaba y que la hacía vibrar: Paulo. Pero ¿él volvería a aceptarla ahora que estaba sucia? ¿Él podría aceptar que su mujer hubiera tenido sexo con otro, aunque no hubiese sido consentido? De algún modo oscuro y recóndito, saber que él no había logrado tener un orgasmo la hizo sentirse feliz. Ese energúmeno no había logrado lo que quería y ella estaba un poco más tranquila al saberse libre de la sospecha de un embarazo. El dolor que le generaban sus pensamientos le llenaron los ojos de lágrimas. Mariano seguía expectante.

—Alma, te necesito, entendeme. No puedo esperar semanas. —La besaba nuevamente, con más necesidad, con más locura—. En todo caso, vos sos la que no puede hacerlo en este momento, yo sí. Me vas a tener que dar lo que yo necesito sin poner en peligro al bebé. —La acostó de modo brusco y se subió sobre ella. La besaba y la mordía con desesperación, su respiración estaba agitada. Alma trataba de detenerlo, pero no lo lograba.

—Mariano, dejame por favor. No me siento bien. No puedo en este momento. Dejame.

—¡No! ¡Perra! Me vas a dar placer como te corresponde, con lo que puedas. —De modo repentino, se levantó y se subió por completo sobre el cuerpo de Alma, se arrodilló sobre el pecho de ella, con las piernas le trababa los brazos, de modo que ella se encontraba extendida, con los brazos a los costados, y él estaba sentado sobre ella, a horcajadas. Mariano la había inmovilizado—. Me vas a dar lo que

necesito. Mirá cómo me tenés —dijo a la vez que sacaba su miembro erecto y lo posicionaba frente al rostro de Alma. Ella intentó zafarse de su prisión y trató de levantar las piernas para golpearlo, pero nada lo hacía cambiar de idea ni distraerlo. Él se sobaba el pene y lo acercaba a la boca de Alma—. No te das una idea lo que extrañé que me la chuparas. Lo hacías tan bien, me succionabas de una manera, como ninguna otra persona. Le pagué a la prostituta, pero no pudo hacer siquiera que se me calentara, después fui a un travesti. Algunos decían que nadie te la chupa mejor que otro tipo. Me banqué que ese esperpento me tocara y se metiera mi pija en su boca, todo para ver si podía olvidarte, Alma. —Alma no podía creer lo que escuchaba, ese hombre sobre ella no podía ser el que alguna vez había amado. Ese ser trastornado, que había estado con prostitutas y travestis, era un desconocido. No había vuelta atrás. Alma sintió que el estómago se le revolvía y adivinó las arcadas—. ¿Entendés lo bajo que caí por vos? ¡Dejé que otro me la chupara! ¡Pero ni eso sirvió! Nunca más logré acabar, solo cuando me masturbaba pensando en vos. Ahora me vas a dar lo que me merezco. —Alma movía la cabeza con desesperación, pero estaba trabada. Mariano le tomó el rostro con una mano, le hacía daño por el modo cómo la apretaba—. Me la vas a chupar, y ni se te ocurra morderme, Alma, porque te vuelo la cabeza —dijo al tiempo que le mostraba la pistola y la apoyaba en la mesa de luz. Ella lo miraba con ojos suplicantes.

—Mariano, por favor, así no puedo respirar bien, estás encima y no puedo respirar, menos voy a poder hacerte lo que vos querés. —Sus pensamientos la llevaban a suplicar a todos sus seres queridos muertos, a Dios, a la Virgen. «¿Cuánto más debo soportar? ¿Cuánto más debo sufrir y aguantar las ideas macabras de este loco?». Ella se mantenía con los labios sellados, las mandíbulas apretadas y se resistía con todas sus fuerzas. No quería irse de su cuerpo nuevamente, no quería evadirse, quería defenderse con uñas y dientes. «Si debo morderlo, lo haré; si él me pega un tiro, no me importa, ya nada me importa. Ya no sé si puedo seguir viviendo». Se sacudía para quitarse el cuerpo de Mariano de encima y trataba de golpearlo con las piernas. Él seguía con su mirada fija en la boca de ella. Se acercaba con su miembro erecto a sus labios, le pasaba el glande por ellos, la excitación que tenía Mariano lo hacía despedir las primeras gotas de líquido preseminal y él aprovechaba para desparramarlo, con su glande estirado, por el rostro de Alma. Ella cerraba los ojos, con asco, los labios sellados, respiraba con dificultad por la nariz.

—¡Chupala! ¡Puta! Te lo estoy ordenando. ¡Putaaaaaaa! Lo mirabas al tipo del supermercado, yo sabía que él quería cogerte, se le notaba

en la mirada, y vos, puta, lo mirabas con ganas, yo lo sé. Ahora vas a pagarme esa deshonra. ¡Chupala!, ¡abrí la boca! —Mariano estaba tan inserto en la situación que no escuchó que se abría la puerta de la habitación. El movimiento fue sigiloso, pero él no se percató hasta que sintió unas manos que lo tomaban de los hombros y lo tiraban.

## Capítulo 8

Todo ocurrió de un modo tan sigiloso y rápido que ni siquiera Alma entendió al principio lo que sucedía. De pronto, Mariano ya no estaba encima de ella aprisionándola e intentando introducir su miembro en su boca. Alma volvió a respirar libremente al perder el peso del cuerpo de Mariano. Su captor voló por el aire y cayó al lado de la cama, y se golpeó la cabeza contra la ventana. Todavía atolondrado por el golpe, ya estaba siendo levantado por varios hombres que entraron, en segundos, en la habitación. Todos vestidos de azul oscuro o negro, con chalecos con letras amarillas que ella no lograba entender. Una mujer, vestida del mismo modo, se acercó a ella y, con mucho cuidado, la ayudó a levantarse. Alma miraba todo sin comprender. No escuchaba nada, solo los gritos de Mariano.

—Déjenme, somos marido y mujer. Ella es mi mujer, ¿qué creen que hacen? Estamos en intimidad. Ustedes no pueden caer así y entrar. ¿Quiénes se creyeron? ¿Acaso no saben con quién se están metiendo?

Los policías corrían a su alrededor, lo alejaron del arma; uno de ellos entraba con cámara de fotos para lograr imágenes de lo que encontraran allí dentro.

Todo ocurrió muy rápido, Mariano entendió que estaba perdido, la miró con gesto de odio y quedó luego en silencio. Los hombres de la fuerza policial registraban la habitación, le hablaban a él, le leían sus derechos, lo intentaban sacar del cuarto. Pero Mariano peleaba con todos, tenía mucha fuerza y estaba absolutamente loco, ya nada le importaba.

—Señor Urrutia, tiene derecho a guardar silencio, todo lo que diga será usado... —Mariano no escuchaba nada, peleaba por liberarse. Forcejeaba con dos de ellos a la vez que un tercero intentaba vestirlo. Su ropa interior seguía en el piso y su miembro, en ese momento flácido, colgaba como una burla. Mostraba mucha energía para luchar, no decía una palabra.

Los gritos que se escuchaban eran de los investigadores que entraban e iban reconociendo espacios. La mujer policía comenzó a mover a Alma, la ayudó a levantarse y le puso una frazada en los hombros para sacarla. Al fin iba a salir de esa pesadilla.

—Alma, venga conmigo, vamos a llevarla con su familia. Vamos. Camine conmigo. —Alma se movió lentamente, no entendía lo que la agente le decía. Todos los sonidos entraban en su cabeza como si estuviera dentro de un frasco, le llegaban apagados. Cuando Mariano vio que la retiraban de la habitación, se enloqueció, la llamó a los gritos, ella apenas podía girar la cabeza. No lograba creer en lo que él se había convertido.

—Almaaaaaa, Almaaaaaa, no, no te vayas, vos sos mía, tenés a mi hijo dentro de vos, no me dejes acá. Almaaaaaa. —Los alaridos desgarradores de Mariano la atravesaban, las lágrimas la invadieron. Bajó el rostro y siguió caminando.

De pronto, como si todo ocurriese en cámara lenta, cuando Alma estaba ya en el marco de la puerta, algo en las voces del interior de la pieza le llamó la atención. Giró la cabeza y alcanzó a ver, antes de que la policía la sacara empujándola. Mariano había logrado tomar el arma de la cartuchera que colgaba en la cintura del policía que intentaba subirle los pantalones, todos lo rodearon apuntándole con las propias.

—Apoye la pistola en el piso, a sus pies, no haga más difícil la situación. Todos lo tenemos en la mira, de esta no sale vivo si continúa —aseguró el que parecía el jefe.

Alma ya se encontraba en las manos de otra mujer de la fuerza que la llevaba hasta la puerta de la casa, hacia afuera, no tenía visión de lo que ocurría en el interior de la habitación, aunque se escuchaba y se adivinaba perfectamente la situación.

—Tenés razón, de esta no salgo vivo —dijo a la vez que giraba el arma y la apuntaba a su propia mandíbula. Los policías intentaron acercarse, pero fue tarde. Un estruendo increíble, que se oyó en toda la casa, le dio la pauta a Alma de que Mariano no había errado el tiro. El alboroto de los agentes le confirmó la sospecha. Alma se detuvo y se giró sobre sí misma. Creyó que Mariano habría matado a uno de los policías y que saldría corriendo de la habitación para hacer lo mismo con ella. Se paralizó, cerró los ojos y se encomendó a su madre.

—Central, aquí el agente Suárez, necesito un 10-38 en la dirección a la que fuimos convocados, el detenido se dio un tiro en la boca. La situación es alarmante. Envío urgente de ambulancia, ¿me escuchan, Central? ¡10-38!, QSQ, ¡médico urgente! —La voz del agente gritaba códigos y órdenes a través del *handy*, y del otro lado de la línea se

escuchaba que enviaban, a su vez, órdenes a otros lugares. Todos corrían y vociferaban. Alma abrió los ojos, sorprendida. Mariano estaba herido, tal vez muerto. Dios... «¿Cómo puede haber llegado a esto?». Sintió que sus pies no la sostenían, que el piso sucio de la casa se acercaba a su rostro y, luego..., oscuridad.

Cuando volvió en sí, Alma se encontraba fuera de la casa, había una ambulancia estacionada en la puerta. Una mujer estaba a su lado, vestida con un ambo de médico. Los demás seguían entrando y saliendo de la vivienda con gestos compungidos. Alma logró enfocar su vista. La doctora estaba tomándole la presión, concentrada en esa actividad; no se había percatado de que ella había abierto los ojos. Alma giró su mirada hacia alguien que no había captado al principio. Al costado, sentado, sosteniéndole la cabeza a Alma, se encontraba Lucas con gesto preocupado. Alma hizo una leve sonrisa y tocó, con el brazo libre, una de las manos de Lucas. Se sobresaltó, estaba muy abstraído en ver los signos vitales de Alma, verla despertar le hizo poner cara de alivio.

—¡Alma! Por Dios, por fin despertaste, pensé que ese tipo había logrado lastimarte en serio, pensé que estabas en coma o algo así.

La médica lo miró con una sonrisa, como expresando la exageración de sus palabras.

—Tranquilo, señor, su novia está bien, solo tuvo una hipotensión, seguramente provocada por la situación. Está bien —dijo sonriendo.

—No, no es mi novia. Somos —la voz de Lucas denotaba tristeza— solo amigos.

—Perdón —agregó algo sorprendida—, cuando lo vi tan asustado y preocupado por ella creí que eran pareja. —Luego se dirigió a Alma—. Hola, Alma. Soy la doctora Castelli, la vamos a trasladar al hospital. Queremos hacerle una serie de controles, ¿entiende lo que le digo?

—Sí —contestó ella con un hilo de voz.

—Bien, ¿de cuántas semanas está? ¿Tuvo algún sangrado? —preguntó la doctora como siguiendo con el interrogatorio de rutina.

—¿Qué? —expresaron al unísono Alma y Lucas. Alma lo hizo casi sin fuerzas, como si no hubiese oído la pregunta, pero Lucas estaba verdaderamente sorprendido, la miró con desconcierto—. ¿Estás embarazada? ¿Cuánto hace que te tiene este tipo? ¿Es de él? ¿Te violó? —Todas las preguntas de Lucas generaron más confusión y Alma solo podía expresarse llorando.

—No —respondió al fin—. No estoy embarazada.

—Pero el occiso repetía algo de un bebé que usted y él iban a tener —adujo, confundida, la médica—. Al menos eso es lo que me transmitió la agente que estuvo con usted hasta que yo llegué.

—No. No. Es... Es que yo estuve embarazada de ese hombre, pero hace más de tres años. Ese embarazo lo perdí. —El gesto de confusión de la mujer hizo que Alma continuara. Lucas sabía aquella historia—. Ese hombre y yo tuvimos una relación hace más de tres años, el embarazo nos separó, pero no llegué a tenerlo, lo perdí. No lo veía desde aquel entonces. Desde antes del secuestro, Mariano insistía en hablar del embarazo como si aún existiese, nunca me animé a contradecirlo. No tengo idea de cuánto tiempo hace que me llevó, Lucas. —Alma iba respondiendo a todas las preguntas que le habían formulado, pero cuando tuvo que contestar si había sido violada, se quedó en silencio, las lágrimas anegaban sus ojos y no le permitían decir nada más. Lucas adivinó por qué ella no seguía hablando.

—¿Te violó, Alma? Contestame, ¿te violó? —Los ojos desencajados de Lucas advertían a Alma lo qué le sucedía en su interior. «Si Lucas reacciona de este modo, ¿cómo lo hará Paulo? ¿Le daré asco? ¿Me repudiará?». Alma no necesitó dar esa información, el llanto contenido dio la respuesta—. ¡Hijo de puta! —Lucas se dio vuelta y comenzó a pegar patadas y piñas a todo lo que se atravesaba en su camino: la pared, un balde, un sillón destartalado de madera, las llantas de la ambulancia—. ¡Hijo de puta! ¡Hijo de una gran puta! ¡Ojalá se pudra en el infierno! —Dos agentes policiales, que se encontraban cerca, corrieron a calmarlo. La doctora miraba a Alma sin comprender del todo la situación.

—Alma, cálmese, por favor, es importante que me responda, ¿la violación fue hoy?

—No, hace dos días... creo. No sé exactamente, ahí adentro yo no podía llevar una cuenta clara de los días —indicó un poco más calmada, aunque su vista seguía en Lucas que, a su vez, continuaba muy alterado—. Hace por lo menos un día. Hoy estaba tratando de hacerlo nuevamente cuando ustedes llegaron.

—Alma, debemos trasladarla con más razón y hacerle las pruebas necesarias para constatar la violación y prevenir riesgos en su salud.

—Pero... Me bañé. —Las lágrimas volvían a invadirla—. Necesitaba limpiarme, me sentía muy sucia —explicaba mientras se rodeaba con sus propios brazos, meciéndose como si durmiera a un bebé—. Igual él me dijo que no llegó al orgasmo, así que no van a encontrar semen.

—Alma, vamos a realizar las pruebas que usted nos permita hacer, quédese tranquila. Por más que no haya habido una eyaculación, tal vez encontremos ADN de todos modos. ¿Se realizó una ducha vaginal? Si realizó solo una ducha regular, aún podemos hallar rastros de los fluidos preseminales. Además, debe de haberla marcado de algún

modo, debe de haber desgarros. —Alma afirmó con el gesto—. Bien, debemos fotografiar su cuerpo para la causa. Necesitamos realizar el kit de emergencia para evitar problemas mayores. Por lo que me dijeron, ese hombre estaba sobre usted cuando llegó la policía, ¿no es así?

—Sí, quería que le hiciera sexo oral.

—Bien, vamos a tomar muestras de su boca, del interior y el exterior. —La mujer se giró y tomó un hisopo grande con tapa, lo mostró a Alma y esperó que ella abriera la boca para realizar la prueba. Alma lo hizo. La doctora obtuvo la muestra y cerró el adminículo en un estuche.

—No llegó a meterlo, pero me lo pasó por los labios y casi todo el rostro —dijo entre lágrimas Alma, reviviendo con vergüenza lo que había pasado tan solo unos minutos atrás.

—Bien, permítame tomar muestras de esos lugares. —Hizo lo propio con otro hisopo. Luego escribió códigos y llenó una planilla. La mujer seguía un protocolo y se veía muy profesional.

Alma se sentía como en otro mundo, como si todo eso no estuviera sucediéndole a ella.

—¿Qué es el kit de emergencia? —consultó Alma preocupada.

—Se trata de una serie de medicaciones que se les dan a las personas que han sido violadas, para prevenir embarazos y el contagio de enfermedades venéreas. Usted me dijo, Alma, que hacía tres años que no se veía con este hombre, ¿no es así?

—Sí —contestó ella asustada, pensando en la cantidad de peligros que corría, aún cuando había salido de esa casa donde el terror había sido protagonista.

—En ese tiempo puede haber contraído cualquier enfermedad. ¿Usted logró ver si él usó preservativo?

Como un rayo en la oscuridad, Alma recordó lo que Mariano le había contado de haber estado con un travesti y una mujer que ejercían la prostitución. ¿Y si le había contagiado alguna enfermedad? Alma escuchaba las preguntas y agradecía que Lucas se hubiera apartado.

—No lo vi con certeza, pero creo que no. No hubo tiempo, se desnudó y no tenía nada, luego empecé a luchar con él. —La voz se le quebró. La médica apoyó su mano en la de Alma, como dándole fuerzas.

—Tranquilícese, Alma. Es difícil, la entiendo. Tómese su tiempo. ¿Quiere un vaso con agua?

—Gracias. —Alma respiró hondo y trató de calmarse—. Estoy bien. Y si Mariano tenía alguna enfermedad de esa clase, ¿ya la contraje?

—Por eso hacemos el kit de emergencia, le vamos a dar antirretrovirales, antibióticos y una anticoncepción de emergencia. Mientras no hayan pasado las 72 horas, estamos a tiempo. Cálmese y trate de recordar detalles, eso ayudará mucho —aseguró la médica, y siguió escribiendo. Lucas se fue calmando, los agentes que lo acompañaban le hablaban en un tono bajo, pero fueron logrando que se tranquilizara. Caminó cabizbajo hacia el sector en el que la médica continuaba tomando muestras de Alma—. Bueno, el resto de pruebas las vamos a sacar en el hospital, al igual que las fotografías. —En ese momento salía del interior de la casita un agente de la policía científica con bolsas de evidencia y, detrás de él, los forenses sacaban el cuerpo de Mariano en una camilla, que se encontraba en un saco con cierre—. Agente, necesito que busque en el interior de la habitación la ropa rota de la señorita, debe de estar tirada en algún lado. ¿Recuerda, Alma, lo que llevaba puesto? —La doctora la miró porque no respondía y se dio cuenta de que estaba observando la salida del cadáver. Alma empalideció de un modo preocupante y todo comenzó a temblar. La médica le tomó la mano y la miró a los ojos—: Alma, tranquilícese. Ese hombre no volverá a lastimarla, usted tiene una vida por delante. Seguramente no será fácil, pero esto ya va a pasar.

Alma tiritaba, pero a la vez respondía a la médica con gestos positivos de cabeza. Lucas, que se estaba acercando, se arrodilló al lado de Alma y le tomó la otra mano. La piel de Alma estaba muy fría y sudada.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Alma de manera autómata, su voz sonó sin vida, estaba empalideciendo rápidamente. Quería guardar el día en su cabeza.

—1º de octubre —respondió Lucas sin comprender qué importaba ese detalle. Alma giró su rostro sorprendida. Habían pasado un poco más de dos semanas desde la boda de Pato y ella era un despojo de ser humano—. Alma, ¿te sentís bien? —consultó Lucas a la vez que la miraba; luego apuntó a la doctora, que la tenía de su mano—. Está muy fría, doctora, ¿estará por tener un colapso? —Se miraban y se hablaban sin esperar respuesta de Alma.

Ella volvió nuevamente el rostro y, con los ojos, siguió el camino del cadáver de Mariano. De pronto sintió una roca en el vientre y, seguido de eso, sintió que subía por el conducto. No llegó a avisar nada, se dobló sobre sí misma y descargó el estómago en el piso. Ver el cuerpo de Mariano la llenó de culpa. «Yo soy la responsable de su locura, el amor que le di lo llevó a la locura. ¿Qué pensarán todos? ¿Cómo reaccionarán los padres de Mariano? ¿Y mi propia familia?

¿Me verán como responsable? ¿Paulo? ¿Él también creerá que yo lo volví loco? ¿Podrá perdonarme? ¿Estará buscándome o me habrá olvidado? ¿Y si Paulo teme que yo le genere la misma locura? ¿Y si Mariano me contagió alguna enfermedad? ¿Y si muero? Tal vez sea lo mejor...». Alma sentía que el mundo giraba en torno de ella, se miró la mano sucia y lastimada, el anillo de compromiso no estaba, había desaparecido el mismo día del secuestro. «¿Y si eso es una señal de que Paulo ya no quiere casarse conmigo? Fui raptada, violada y permití la muerte de otro ser humano. Paulo tal vez ya no me considere digna de él. ¿Podré seguir viviendo con toda esta culpa? ¿Debo seguir viva?». El estómago, aún revuelto, comenzó a hacer nuevamente los movimientos propios del vómito. Su visión se hizo borrosa e intentó avisar que se desmayaba.

La doctora y el enfermero que conducía la ambulancia subieron a Alma y salieron para el hospital. Lucas iba con ellos como acompañante. Mientras la ambulancia corría en dirección a Neuquén, adentro, la doctora iba tomándole los signos vitales y hablando por *handy* con el hospital al que se dirigían, transmitiendo el parte. En un momento cortó y miró a Lucas.

—Necesito saber si usted se comunicó con la familia de esta mujer. Ahora vamos a hacerle un chequeo completo en cuanto lleguemos. Desconocemos el estado en que se encuentra, lo que tenemos claro es que está en *shock* y deshidratada. Necesito saber a quién pueden dirigirse en el caso de que haya que tomar medidas extremas.

—Yo... no... Yo llamé solamente a la policía de Neuquén. No tengo los teléfonos de su familia. Supongo que ellos deben de haberlos llamado.

—Bien, déjeme comunicarme con la delegación para avisarles que la estamos trasladando y que informen a su familia, urgente.

Realizó unos cambios en la frecuencia y habló con la policía. Avisó a cuál hospital estaban llevándola y solicitó que se comunicaran con la familia directa, Alma los iba a necesitar cuando despertara. Del otro lado de la línea, la despachadora les avisó que la familia de la secuestrada ya estaba en viaje, que llegarían en una hora a más tardar, bajarían en el aeropuerto Presidente Perón de Neuquén. La doctora procedió a informar que la mujer sería trasladada al Hospital Provincial de Neuquén y que su familia debía ser llevada hacia allí inmediatamente.

Alma caminaba en un espacio que no comprendía. «¿Dónde estoy? ¿Cómo llegué acá?». Caminaba por el borde de un lago, una orilla con rocas de todos los tamaños, había mucha vegetación, árboles frondosos cuyas ramas se recostaban sobre la margen acuosa, flores de

varios colores, un cielo diáfano, celeste intenso, sin nubes. No sentía frío ni calor. No había siquiera una brisa. De pronto, comenzó a sentir una seguridad, una plenitud, una falta de malestares y dolores, una confianza que hacía tiempo no sentía. Avanzaba caminando lentamente, descubriendo cada detalle de ese hermoso paraíso. «¿Dónde quedaron la ambulancia, la doctora y Lucas?». Nada de eso estaba ahí, no había sirenas, gritos, nada. Solo el sonido del agua lamiendo la orilla, las pequeñas olas chocando contra las piedras, algunos trinos de aves que iban de árbol en árbol. Se sentía en armonía total. Cerró los ojos e inspiró fuerte, llenó sus pulmones, los aromas eran intensos. Escuchó entonces el aleteo insistente de un colibrí. Fijó la vista en el punto cardinal de donde creyó identificar que venía y, sobre una planta alta con flores amarillas lo vio. Era un pequeño colibrí, las alas no alcanzaban a verse, se adivinaban en el movimiento rápido y constante; los colores del pequeño pájaro hipnotizaban a Alma. Una voz dulce, familiar, la sacó de su ensimismamiento.

—Una podría pasarse una vida completa viéndolos, son tan hermosos, ¿no es así, hija?

Alma se sorprendió al girar y ver a su madre tal cual como la recordaba, pero sin el color macilento y la delgadez extrema a la que se había acostumbrado el último tiempo debido a la enfermedad. Se la veía sana, rozagante, feliz. Alma corrió hacia ella. Sin mediar palabras, se dieron un abrazo sentido. Alma comenzó a sollozar.

—No, hija. No llores, por favor. Ya sufriste mucho, ahora es tiempo de ser feliz, ¿entendés? Vinimos para decirte que es tiempo. —Alma estaba muy conmocionada, su madre allí delante. Desde su muerte, nunca había soñado con ella. Si bien se había conectado, siempre había sido a través de los sueños de otros.

—Mami, me pasaron tantas cosas, no doy más... —dijo ella entre lágrimas.

—Ya está, Almi. Calmate. Dios pone pruebas delante de sus hijos, algunas son muy duras, pero él sabe que podrás seguir adelante, él confía en vos y te acompaña en las partes más escabrosas del camino, nunca lo dudes.

—Pero, mami, Mariano... me... Es... es tan horrible.

—Tranquila, Alma, es una prueba que ya pasaste, de esto también te toca aprender, hija. Él está donde debe, pagará sus actos, y vos debés volver, debés vivir lo que te toca, ahora todo será mejor, creeme.

—No, mami. No puedo seguir. No tengo fuerzas. —Alma lloraba y Alicia la abrazó fuertemente.

—Alma, vos podés. Tenés a tu familia de allá y de acá, todos estaremos para darte la fuerza que creés haber perdido. Acá tengo a dos que no pueden esperar a darte fuerzas para que sigas, por ellos, por vos.

Levantó el rostro, sorprendida.

—¿Dos? ¿De qué me hablás? —Por toda respuesta, Alicia dio un paso al costado y liberó la visión de la margen del lago por donde había venido ella. Allí se veían dos figuras robustas, una masculina y otra femenina. Alma no las reconocía aún. Se acercaban lentamente. Por la postura, la robustez y el paso lento, adivinó que eran mayores.

—Dos y medio, me olvidé del porotito —agregó Alicia. Esa última acotación la llevó a las lágrimas de nuevo. Notó que una de las figuras, la femenina, traía un pequeño bulto en sus brazos. Alma agudizó la vista.

Lentamente sus ojos pudieron distinguirlos, era el abuelo Carlo, el padre de Alicia y el esposo de la nona Donatella, que había muerto cuando Alma era pequeña, pero lo recordaba por algunas escenas de su propia memoria y por todas las historias que la nona le contaba sobre él cada vez que podía. De cuando eran novios, allá en Italia, de cuando se casaron, del viaje inmigratorio, de los comienzos en el frigorífico Swift en Berisso. Estaba igual a como lo recordaba. La otra figura se hacía clara lentamente. La amona. «¿Pero qué hace ahí la amona? ¿La amona?». Intentó hablar, pero las palabras no salían de su boca, hacía un esfuerzo grande, pero ni un solo sonido emergía. Las lágrimas la invadían, miró a Alicia como buscando una explicación.

—La amona no soportó la tristeza cuando supo que te habían llevado. —Alma lloraba desconsoladamente. Una pérdida más en su vida—. No llores, Almi, aprovechá esto que te están dando, nadie puede verse con sus muertos, aprovechá a disfrutarlos antes de irte.

—¿Irme? Quiero quedarme, mami, con ustedes. Acá no hay dolor, no hay recuerdos dolorosos, los tengo a todos ustedes.

—No, hija. No es tiempo, esto es solo un regalo. Disfrutalo. —En ese momento, los abuelos llegaban a su lado. Alma se acercó a Carlo y lo abrazó como pudo. Tan alto y robusto era él que Alma quedó en el aire.

—*Bimba, cara mía*. —La tonada italiana era tan familiar, su voz gruesa y su cocoliche eterno, lo único distinto era que había perdido ese catarro tan característico que siempre tenía, fruto de su trabajo constante, a lo largo de su vida, en las heladeras del frigorífico. La abarcó en ese abrazo protector tan de él—. *Ma ti veo más hermosa, mía ragazza, bellísima.* —Al ver que Alma no dejaba de llorar, la calmó—. *Calma, bimba, calma o si fa male… andiamo.* —Le dio palmadas en la

espalda para tranquilizarla.

—No, Almita, llorá tranquila. —La amona siempre contrariando lo que otros decían, no podía cambiar su esencia—. Te va a hacer bien. Llorar depura el alma —decía su amona en ese tono dulce que extrañaba—. Llorá ahora, porque tenés que volver y ser fuerte. —Alma soltó sin ganas a su abuelo, el nono, y se abrazó a la amona.

—Amona, por Dios, por mi culpa estás acá. ¿Cómo hago ahora para volver?

—Almi, vos no tenés nada que ver, hija de mi corazón. Soy yo, que estaba muy débil y no soporté saberte en peligro. Ese malnacido ya está pagando. Pero vos, Almita, vos tenés que volver. —Ambas hablaban abrazadas, sin poder verse los rostros. El bebé estaba entre ellas, dormido.

—No, amona, no puedo... no quiero. —Alma se soltó lentamente de su amona y clavó la miraba en el bulto envuelto en una frazadita infantil, era Lucio, su bebé.

—No te asustes, hijita, todo esto va a pasar. Pero vos, ahora que encontraste el amor, tenés que confiar en él.

—No creo poder soportar más dolor, amona. ¿Puedo tomar a Lucio? —preguntó a la vez que estiraba los brazos. La amona negó con tristeza.

—Vos no podés pensar en morirte, Almi —continuó—. Vos sabés que Paulito te ama más que a nada y más que nadie. Dale la oportunidad de demostrártelo. Sé fuerte, Almita querida, por vos y el bebé. —Otra vez el rostro de Alma mostró sorpresa, dejó de mirar a su hijo.

—¿Qué?... ¿Qué? ¿Bebé? ¿De qué me hablan? —Alma no salía de su asombro—. ¿Qué bebé? —Lucio hizo unos sonidos típicos de los bebés y Alma lo miró nuevamente, era un bebé varón muy pequeño, más de lo normal, dormía plácidamente, parecía esas pinturas del renacimiento que muestran querubines, le faltaban los largos rizos enrulados, pero el gesto beatífico de su rostro transmitía paz—. ¿Mariano? ¿Otra vez?

—El amor, hija —dijo Alicia con una sonrisa—, Paulo. —Las imágenes de sus seres queridos se iban borroneando.

—¿Qué? No, no se vayan. No quiero irme...

—Hija, lo que debe ser hecho debe ser hecho. Tenés que volver. Nos dieron este ratito para que sepas que debés seguir. Ya tuvimos nuestro momento. Recordá, mi niña: la vida puede ponerte muchas pruebas, pero solo aquel que confía en su propia fuerza y es, a la vez, humilde va a poder salir airoso. Y vos, hija mía, sos una gran persona, ya llegará el tiempo de cosecha. Te amo, hija. —Las cuatro personas

que Alma amaba comenzaron a desaparecer de su vista, todo el paisaje se iba borrando, como cuando se pinta con óleos y se mezclan los colores en una paleta.

—Y yo a vos, mami. —Nuevamente respondía con la voz quebrada y con lágrimas—. Los amo... a todos. Lucio, te amo.

Alma de pronto sintió que el suelo no la sostenía y que el agua de la orilla la cubría por completo. Sintió el ahogo, le faltaba el oxígeno, se desesperó, revivió esa noche en la inundación cuando creyó que moriría y, como un rayo que atraviesa la negrura de la noche en una tormenta, recordó que estaba entre los muertos y no podía, entonces, morir. Acto seguido se relajó, distendió todos los músculos y se dejó llevar. De pronto, un relámpago en medio del celeste etéreo.

## Capítulo 9

Cuando abrió los ojos, se encontraba en un *shock room*. Todo a su alrededor le era desconocido. Había varias personas: médicos y enfermeras a su alrededor. Se escuchaban varias alarmas insistentes. Al poder mirar, varias de esas alarmas cesaron. Alma tomó una bocanada de aire como cuando se sale de una inmersión prolongada. Todos se quedaron estáticos ante el sonido de su respiración. El médico de la emergencia tenía en sus manos las paletas del desfibrilador que habían preparado y no habían llegado a usar. Todos estaban asombrados y se miraban sin poder creerlo. Alma lo miraba, a su vez, asustada, con la agitada. Una de las enfermeras fue la que reaccionó primero y le puso la mascarilla que le daría un flujo de oxígeno continuo. Los enfermeros y médicos retomaron la actividad y le fueron haciendo preguntas y solicitando datos de los demás que estaban alrededor.

—Quiero todos los signos vitales, temperatura, presión, frecuencia cardíaca, quiero saber si la saturación es correcta. Lucy, haga una muestra de sangre y envíela a laboratorio, análisis completo.

—Sí, doctor. Enseguida la tomo. —A la vez que empezaban a ponerle nuevamente todos los cables que le habían sacado para realizar la resucitación, algunos ya gritaban los datos. Lucy, la enfermera que había vuelto a ponerle la mascarilla enseguida, se giró para tomar una aguja y una jeringa para la extracción. El médico anotaba todo lo que iban diciendo en unas planillas.

—Temperatura, 36 grados —indicó el enfermero que le había puesto un termómetro digital.

—Presión, 10-6 —dijo otro que le tomaba la presión en el brazo derecho.

—Está baja aún, pero subió bastante —analizó el médico que aún estaba extrañado de lo que había sucedido en esa sala. Se acercó al rostro de Alma y le habló—: Hola, Alma, ¿me escucha bien? —Ella hizo un gesto positivo con la cabeza—. Perfecto, soy el doctor

Mazachezzi, estamos en el hospital de Neuquén. ¿Recuerda algo de lo que le sucedió? —Alma hizo nuevamente la señal de que sí lo hacía y pronunció desde su mascarilla, la voz se escuchó atenuada.

—Me secuestraron, me rescataron, él murió. Tuve un desmayo y luego... aparecí acá.

—Bien —asintió el médico, conforme con la respuesta. Alma no tenía pérdidas de memoria a corto plazo, habría que ver si no las había en la memoria a largo plazo—. Eso es correcto. Su presión bajó demasiado en el lugar de los hechos, la ambulancia la trasladó hasta aquí, llegó deshidratada y con un cuadro de hipotensión alarmante. Al comenzar las tareas de rutina para la reanimación, se produjo una bradicardia y desembocó en un paro cardíaco súbito. Una enfermera le realizaba masaje cardíaco, RCP, mientras nos preparábamos a reanimarla con desfibrilador, pero usted volvió sola. Algo médicamente imposible, debo agregar —explicó Mazachezzi, aún extrañado—. En los segundos que se produjo el paro, no hubo oxigenación, es probable que sienta mareos y confusión, y obviamente dolor en el pecho, por la RCP.

—Estoy bien, doctor. Le pido que tenga precaución, es probable que esté embarazada —dijo Alma en tono seguro.

—¿Embarazada? Pero... —A la vez que mostraba sorpresa, revisaba los protocolos que había completado la doctora de la ambulancia que la había trasladado—. Acá pusieron posible embarazo y luego lo tacharon, ¿cómo es esto?

—Cuando la doctora me preguntó en la casa, yo no sospechaba nada de un embarazo, ahora estoy casi segura, aunque no tengo explicaciones médicas para esta certeza, como tampoco mi forma de volver a la vida.

—Bien, es importante saberlo lo antes posible. Usted estuvo médicamente muerta menos de un minuto, no sabemos cómo pudo afectar la falta de oxígeno al feto, si es que lo hubiere. Lucy, urgente. —La mujer estaba a punto de pinchar a Alma y lo miró—. Incluí el análisis de la beta-BCG.

—Bien, doctor. Si quiere puedo pedir el ecógrafo transportable. Creo que está en el segundo piso, están haciéndole una ecografía a una paciente que no puede levantarse.

—Perfecto. Vamos a hacerlo también. Ahí nos aseguramos y, si está embarazada, vemos las señales del feto y confirmamos que todo sea correcto. ¿Recuerda cuándo fue su última menstruación?

—No, estoy muy confundida. Estuve un tiempo sin tomar las pastillas, y luego retomé. Desde que volví a tomarlas no tuve mi período.

—¿Cuánto tiempo estuvo sin tomarlas? —Alma se quedó en silencio unos segundos, pensando, intentando hacer las cuentas.

—Un mes o dos, no más de eso.

—¿Cuáles tomaba? ¿Qué tipo de píldoras: monofásicas, bifásicas, trifásicas, cuatrifásicas o de ciclo continuo? —Alma estaba confundida y no respondía—. ¿Son veintiún activas y siete inactivas, en total veintiocho? ¿Son de veintiuno?

—No sabía que existían tantas. Tomaba veintiún píldoras activas y siete de placebo, pero de lo otro no tengo idea. —Y acto continuo le indicó la marca comercial que usaba.

—Y cuando las retomó, ¿usó ese primer mes otro sistema de protección?

—¿Además de las pastillas? ¿Para qué? —Alma contestaba con la mascarilla aún puesta.

—Ahí tengo mi respuesta y su explicación, que termina siendo médica nomás, Alma. Las píldoras anticonceptivas son muy efectivas pero cuando se las toma sin ningún error. Cuando las dejó de tomar, el ciclo se cortó, de modo tal que, al comenzar de nuevo el uso, debía utilizar otro método alternativo para asegurarse de no correr riesgos; sobre todo los primeros siete días. ¿Lo habló con su ginecóloga?

—No —respondió con simpleza Alma, confirmando sus sospechas. En el tiempo de la separación de Paulo, las había dejado. Cuando volvieron a estar juntos, había comenzado a usarlas nuevamente, sin cuidarse de otro modo. El médico le confirmaba que no era un milagro, sino un error de ella.

—Vamos a esperar, entonces, la ecografía. Es lo que nos dará la respuesta más rápida. —Mientras aguardaban al ecógrafo, fueron curándole todas las heridas; fotografiaron cada parte de su cuerpo que presentaba hematomas y laceraciones.

El doctor se retiró un momento para darle espacio a la doctora que debía realizar los testeos de violación. Alma se sintió avergonzada, dolida. La mujer fue muy profesional y le fue anticipando cada una de las pruebas que efectuaría, se las explicaba y esperaba el consentimiento de Alma. Ella los dejó hacer, sabía que eso era lo mejor. Cuando tomaron las fotografías, debieron desnudarla por completo. Lucy, la enfermera, se había quedado para ayudar a la doctora que sacaba las fotos y las muestras. Se sentía muy cerca de Alma, había vivido una violación cuando tenía veinte años, y esa experiencia traumática la había decido a estudiar enfermería. Quería infundirle fuerzas a la joven. Cuando lograron sacarle la poca ropa que llevaba Alma, vieron el cuerpo totalmente marcado. Los brazos mostraban las laceraciones que habían dejado los precintos, se

observaban impresiones dentales en los pechos y el cuello de Alma, en el interior de los muslos se veían las marcas de las manos de Mariano cuando luchó para separarle las piernas. La doctora realizaba las fotos y hablaba con Alma y con Lucy para mejorar las tomas.

—Lucy, ayude a Alma, necesito fotografiar las piernas, los muslos internos, debo captar las improntas digitales. —La enfermera esperaba que Alma le indicase que estaba lista. Abrió la pierna derecha, la doctora sacó la fotografía, y luego la izquierda. Ella seguía su *racconto* en voz alta a la vez que grababa un archivo de audio como testimonio del análisis del cuerpo de Alma—. Lesiones externas evidentes, equimosis en muslos internos y zona vaginal, hematomas en rostro y abdomen. Petequias en los ojos indican corte de oxigenación. —Cuando terminó de captar todo, apagó la grabación y se dirigió a ambas mujeres—. Voy a entregar las muestras al laboratorio. Enseguida realizo el informe para poder presentarlo a los fiscales lo antes posible. Gracias por su cooperación, Alma. —Se acercó como queriendo decirle algo más personal—. Sé que esto es lo más duro que ha tenido que vivir. Piense que, al menos, está viva. Ese tipo ya no podrá lastimar a nadie más. En este hospital hay un grupo de ayuda para mujeres que vivieron lo mismo que vivió usted. Si le interesa, puedo contactarla.

—Gracias, doctora, por ahora necesito estar sola y digerir todo esto. Si me decido, le voy a avisar —contestó Alma conmovida.

—Bien, hágamelo saber. Yo estoy todos los días a esta hora en emergencias. —Le pidió a Lucy que por favor se quedara con Alma hasta que llegase el doctor Mazachezzi. Eso era una formalidad. La doctora y Lucy formaban parte de ese grupo de autoayuda y sabían que la enfermera iba a quedarse para socorrer a Alma, pero querían que confiara en ella.

—Por supuesto, doc, acá me quedo. —La doctora salió. Lucy se sentó al lado de la camilla—. Alma, sé que en este momento necesita estar sola, analizar lo que vivió. Pero quisiera decirle algunas cosas para que tenga en cuenta. —El silencio de Alma habilitó a Lucy a continuar. Miraba el techo, silenciosa, y unas lágrimas corrían por sus mejillas hacia la almohada que le habían puesto—. Ante todo, debe entender que usted no es culpable de nada —aseguró Lucy, como leyendo la mente de Alma, que cerraba los ojos como si esas palabras la hubieran tocado profundamente—. Usted no es ni fue culpable de la enfermedad de ese hombre, de que sintiera derechos sobre usted, de que la tomara del modo en que la tomó. Nada de eso es su culpa, como tampoco lo es su muerte.

—¿Cómo no sentirme culpable? ¿Él estaba loco? ¿Y si esa locura

empezó cuando yo lo alejé? ¿No soy culpable de la bestia que yo misma creé? ¿No fue mi rechazo el que generó todo esto? Y ahora... él está muerto y yo, muerta en vida. —Alma hablaba llorando.

—Nada de eso es cierto, Alma. Usted habrá tenido sus razones para dejarlo en aquel momento, pero él ya estaba enfermo. Es evidente que el rechazo alimentó un odio y una necesidad de posesión que lo llevó a hacer todo lo que hizo y a suicidarse al final. Él tenía una patología psiquiátrica, y ahí radica todo esto. Pero aunque él no tuviese ese estado de enajenación, nadie puede tomar a otra a otra persona cuando una deja en claro que no quiere. Usted lo dejó en claro, su cuerpo lo muestra, él no tenía derecho.

—No sé, Lucy. Me siento tan vacía, tan sucia, tan... triste.

—Lo sé. Sé exactamente cómo se siente, Alma. Yo estuve en ese lugar, tuve ese mismo sentimiento, hace mucho. —Alma mostró un gesto de sorpresa al entender lo que le decía Lucy y giró su rostro para verla a los ojos—. Sí, yo también fui violada. Hace casi diez años. Al tipo nunca lo agarraron. Pero nada me hizo bajar los brazos, estudié para enfermera y aquí estoy, fuerte, segura, trabajando y ayudando a mujeres como yo y como usted. El grupo del que le habló la doctora Shaeffer, ese grupo está a cargo de ella y de mí. Nosotras lo llevamos adelante. Quiero que sepa que cuenta con nosotras. —Las manos de ambas mujeres se unieron en un apretón que significaba mucho—. Confíe en mí, Alma. Usted es fuerte, debe serlo. Esto no es un final ni algo que la vaya a definir como persona. Usted es más que esto que le pasó. Luche. No se deje caer. —Lucy sacó de su bolsillo unos pañuelos descartables y le dio a Alma. En ese momento, se escucharon unos golpecitos suaves en la puerta. Lucy se asomó, era Mazachezzi—. Me retiro, voy a buscar los resultados de los análisis y vuelvo. El doctor Mazachezzi ya está en la puerta con el ecógrafo.

—¿Volvés, no? —preguntó, algo insegura, Alma. Entre esas dos mujeres se había instalado una relación de confianza.

—Obvio, voy por los resultados, tenemos que darte el kit de emergencia, el doctor no quiso hacerlo antes hasta confirmar tu embarazo. Quedate tranquila, Alma. Vuelvo en unos minutos.

Alma afirmó con un gesto.

Ninguna se percató de que habían abandonado el trato formal. Lucy salió del cuarto. Unos minutos después, entró el doctor Mazachezzi con un ecógrafo. Ambos se acomodaron a los lados de la camilla.

—Alma, él es Julián Novoa, es el ecógrafo. Vamos a realizarte la ecografía para confirmar o no el embarazo. —El médico quería ser prudente, esa mujer había padecido maltratos durante casi dos

semanas, era posible que lo hubiera perdido—. Su familia está afuera, esperando para verla. —A Alma se le aceleró el corazón. Estaban ahí afuera, solo una puerta la separaba de sus seres queridos—. No los dejé aún entrar, quiero tener un panorama completo de su salud para darles el parte. Luego de eso la trasladaremos a una habitación en piso, se quedará en observación, en principio, por 48 horas.

—Bueno —accedió Alma, emocionada. Recordó de inmediato a Lucas. «¿Y Lucas? ¿Dónde se habrá metido? ¿Estará afuera, con mi familia?». Recordaba haberlo visto antes del desmayo. «¿Estará Paulo?». El doctor le dio lugar al ecógrafo para que comenzara su trabajo.

—Hola, Alma. Vamos a empezar —anunció a la vez que ponía los datos que necesitaba ingresar en la máquina—. ¿Recuerda cuándo fue su última menstruación?

—No —dijo Alma, sintiéndose una adolescente descuidada.

—Bien. No importa. Nos las arreglaremos con la información que tenemos. Le voy a poner un gel que se va a sentir frío. —Esperó que ella reaccionara y aceptara ser tocada.

Las mujeres que habían sido atacadas no podían soportar que un desconocido se acercara, menos aún que la tocaran. Novoa esperaba su consentimiento. Alma levantó, como temerosa, la ropa descartable con la que la habían cubierto y descubrió su vientre. El doctor le mostró un pote que contenía un producto sin color con textura gelatinosa. Y ella asintió con un movimiento de cuello. Él le puso una porción de gel transparente, que se sentía muy frío, y a continuación apoyó el ojo que permitiría ver el interior del útero de Alma. Casi de manera inmediata se vio un porotito, que se distinguía perfectamente, y, en su centro, una lucecita que se encendía y se apagaba con insistencia. Al mismo tiempo se escuchó un sonido parecido a un latido humano, pero con una frecuencia más acelerada a la de una persona adulta.

—Acá está —aseguró el ecógrafo tocando la pantalla y girando su rostro con una sonrisa—. Alma, está embarazada, de aproximadamente… —puso unos datos en la máquina, midió y mantuvo el suspenso un poco— siete semanas. Es una suerte que le hayamos hecho hoy la eco, recién en esta semana se puede ver y oír el corazón. —Alma no hablaba, estaba conmocionada. Tenía delante de sí la imagen de su hijo, de ella y de Paulo. Las lágrimas comenzaron a caer silenciosamente.

—Alma, ¿se encuentra bien? —preguntó, preocupado, Mazachezzi ante su silencio y sus lágrimas.

—Sí, sí. No puedo creerlo… Estuve prisionera, sin comer,

soportando golpes y vejaciones, mucho miedo, y a pesar de todo ahí, está... mi hijo, el hijo del hombre al que amo... —Ambos hombres entendieron la magnitud de lo que esa mujer estaba viviendo—. Eso sí es un milagro... —Su voz se quebró de la emoción.

—Alma, usted debe estar tranquila ante todo. Esto va a pasar, las heridas y las marcas van a desaparecer, pero esto que ve acá recién comienza —dijo señalando a su hijo—, y usted debe estar bien por él, ¿entiende?

—Sí, sí —dijo, conmocionada, Alma.

—Voy a hablar con Lucy, necesito que le den el kit de emergencia. Ahora que sabemos que está embarazada debemos cambiar el antibiótico, le vamos a dar una única dosis de azitromicina. Con los retrovirales no hay problema, los tomará. Envié a hacer un test rápido por infectología, para saber si adquirió HIV, hepatitis B. Debemos saber todo eso para seguir cuidándola a usted y al bebé.

—Lucy me explicó, me dijo que iba a buscar los resultados —señaló Alma preocupada.

—Bien, en cuanto me los traiga, voy a hablar con su familia, ya pido que la trasladen al piso así los recibe usted más tranquila. La noticia del embarazo, ¿prefiere darla usted?

—Sí, gracias, doctor.

—Bien entonces. —En ese momento, se asomó Lucy con los análisis. Los entregó al doctor en mano y él los leyó en silencio. Lucy, que ya los había espiado, miró a Alma, le hizo un guiño y puso su pulgar hacia arriba sin que la vieran los médicos, como dándole a entender que todo había dado bien. Mazachezzi bajó los papeles y miró a Alma—. Está todo bien, Alma, todos los resultados son negativos. De todos modos, con el tema del HIV, deberemos repetirlo en unos meses. Si me permite, busco a su familia y ya me los llevo a mi oficina, así pueden acomodarla. —El médico agradeció al ecógrafo Julián por tu trabajo profesional, el cual elogió. Ambos se dieron las manos y Mazachezzi salió del *shock room* rápidamente. Novoa empezó a desconectar el ecógrafo. Lucy también salió.

—Sea fuerte, Alma. Nadie puede imaginar por las cosas que tuvo que pasar, pero si este bebé es fruto del amor, entonces nada debe lastimarlo, usted debe protegerlo por sobre todo.

—Gracias, doctor. Estoy feliz, a pesar de estar saliendo de una pesadilla, esta noticia me da fuerzas.

—Así debe ser. Lucy, que la lleven a la habitación y asístala para que orine. Le dimos mucha agua para la eco. —En ese momento, entraron dos camilleros y la llevaron al tercer piso para darle comodidad en una habitación.

Luego vinieron dos enfermeras que le cambiaron los sueros, que le habían colocado en la sala, y le dieron un camisolín de tela para que estuviera más cómoda. La habitación era doble, pero en la cama de al lado no había ningún paciente aún.

—Cuando su familia le traiga su propia ropa, nos avisan y la ayudamos a cambiarse. Evite levantarse por hoy, puede tener mareos y caerse. —Todo el hospital ya conocía la historia del secuestro de Alma, pero sobre todo, lo que se había desparramado como pólvora era la historia de su resucitación milagrosa luego de un ataque cardíaco súbito. Ella era para todos «La joven del milagro».

—Gracias, chicas, ¿alguna de ustedes podrá averiguarme algo?

—Sí, por supuesto, díganos —respondió una de las dos enfermeras, la más jovencita.

—En la casa donde me tenían, cuando me sacaron, estaba un amigo mío que se quedó conmigo hasta que me desmayé. Cuando desperté acá, ya no lo vi. Creo que fue él quien se comunicó con la policía para el rescate, y todavía no pude agradecerle. ¿Podrán decirme si sigue en el hospital como yo?

—Sí, en unos minutos me acerco a los policías que están con el doctor Mazachezzi y les pregunto. Quédese tranquila, ahora descanse —contestó, nuevamente, la enfermera.

—Gracias, de pronto estoy muy cansada, siento mucho sueño.

—Es normal, Alma, después de tanta adrenalina, y cursando un embarazo de tan pocas semanas, es normal que sienta tanto sueño —explicó la enfermera mayor.

Alma recordó súbitamente que Mariano le había dado unas cuantas pastillas para dormirla.

—La persona que me secuestró me dio varias veces somníferos cuando me trasladaba de un lugar a otro, ¿esto puede afectar a mi bebé?

—¿Tiene idea qué clase de somnífero era? —preguntó la enfermera mayor, algo preocupada.

—No, nunca vi ni una caja. No sé si eran pastillas o gotas. Solo sé que de pronto me dormía y, cuando despertaba, estaba en otro lugar, sin entender cómo me había movido y yo no me daba cuenta.

—Alma, no se preocupe. Ese bebé debe estar sano si logró sobrevivir a ese horror. Lo peor que puede hacer es ponerse nerviosa, porque eso lo afecta a él. Usted debe estar tranquila. Ya se llamó a la obstetra de turno para que haga los controles correspondientes. Ni bien venga, le transmitiremos sus preocupaciones. Vaya haciendo una lista mental de las preguntas que quiere hacerle. De todos modos, en los laboratorios que se hicieron, si hay residuos de somníferos, va a

saltar qué droga utilizó. Usted descanse tranquila.

—Está bien —dijo Alma tratando de calmarse. Las dos enfermeras se retiraron, le dejaron solo una luz de noche. Era muy tarde, casi medianoche. Alma se durmió enseguida.

Sintió una mano que se apoyaba en su frente. La mano algo fría la despertó de manera brusca, se asustó. Imaginó que era Mariano que venía a tomarla nuevamente. Abrió los ojos asustada y corrió la palma que la tocaba de modo agresivo. Cuando logró enfocar la vista, los vio: su padre, su hermana y Paulo. Allí estaban los tres, con ojos llorosos, con mirada que denotaba cansancio, pero con una sonrisa. La mano que había golpeado Alma era de Paulo. Él estaba más cerca de la cabecera. Cuando ella los reconoció, sus ojos se dulcificaron y comenzó a llorar. Paulo se tiró encima de ella y la abrazó.

—Pequeña, por Dios, dime que estás bien. Ese hijo de una gran puta debe estar pagando en el infierno. Ojalá se pudra allá.

—Amor, cielo... —Ella lo abrazaba con desesperación y él a ella. Se besaban, hablaban, se tocaban, todo a la vez.

—Bueno, bueno, che, gallego, dejanos un poquito de mi hermana —dijo Karen emocionada. Paulo, a regañadientes, se corrió para dar espacio a Jorge y a Karen—. Hermanita, qué susto —expresó Karen, y se puso a sollozar. Ambas, abrazadas, lo hicieron sin consuelo—. Qué reverendo hijo de puta resultó ese bicho de mierda, mirá cómo te dejó. —Karen se separó para verle las heridas en el rostro y los brazos. Los tres habían sido advertidos por el médico sobre el estado de Alma, sabían que había sido violada y golpeada. Cuando el médico lo dijo sin más anestesia, Karen se había puesto a llorar. Jorge se congeló en el lugar y Paulo comenzó a pegarse en la cabeza. No podía imaginar a ese tipo haciéndole eso a Alma. No soportaba la idea. Mientras subían por el ascensor, habían acordado no mencionarlo, que fuera ella la que se los contara, si es que se sentía segura de hacerlo. Sabían, por el médico, que se había enviado a hacer toda clase de análisis para asegurarse de que ese hombre no le hubiera contagiado ninguna enfermedad venérea—. Nena, ya está... está donde tiene que estar. Tranquila, no te angusties. Ya estamos con vos. —Volvió a abrazarla.

—Karen, la amona, ¿qué vamos a hacer ahora? —Karen se separó de ella y fijó sus ojos asombrados en Alma. Los tres se quedaron helados ante el comentario de Alma; en el viaje en avión, se habían puesto de acuerdo en no contarle que la amona había fallecido al otro día de conocerse su secuestro. No podían generarle más tristeza y dolor, no sabían en qué estado la encontrarían. Pero el hecho de que ella ya lo supiera los descolocó. Ante la sorpresa de los tres, Alma estiró los brazos para abrazar a su papá—. Papi, la amona se nos fue,

me siento tan culpable... —Jorge la rodeó con firmeza, llorando a su vez.

—Almita, tranquila, hija. Te va a hacer mal. Vos no tenés nada que ver, ¿por qué te vas a sentir culpable?

—Se murió por mí, papá. —Sollozaba desconsoladamente. Karen y Paulo estaban parados a los costados de la cama. Él le acariciaba las piernas, como queriendo que ella sintiera su presencia constante.

—No, hija, se murió porque era una mujer mayor y con un corazón cansado. Mamá luchó mucho en su vida, hizo frente a muchas injusticias, como la vasca cabeza dura que fue siempre, dio batalla. Pero cuando te supo en peligro, no lo soportó más.

—Papi, ¿cómo está el aitona? —Miró a todos esperando respuesta.

—Está, bueno... como es de esperarse. Llora, la extraña, está muy triste. Pero ahora que te recuperamos se va a poner feliz de nuevo —aseguró Jorge más animado.

—Todos estamos tristes, Almi. La extrañamos un montón, con el pasar de los días, en lo cotidiano, ahí se siente —siguió Karen—. Lola está irreconocible. No canta, no baila, pregunta por ella, pregunta por vos.

—¡Mi hermosa! Me mata su grado de sensibilidad —dijo Alma conmovida.

—Sí, es muy perceptiva. Sabés que volvió a soñar con mami. Nos lo contó unos días después del entierro. —Alma prestó atención—. Nos dijo que vio a mami y a la amona en un lago, que las dos le decían que estaban bien y la iban a cuidar. —Alma comenzó a llorar, emocionada nuevamente. Karen también lo hacía a la vez que hablaba —. Y le pidieron que, como prima mayor, cuidara a un porotito. —Alma se sorprendió—. Pero esa parte no la entendimos, seguro mezcló el sueño que tuvo hace unos años de Lucio —dijo Karen, como quitándole importancia al comentario. mientras pronunciaba las palabras, se secaba con un pañuelo descartable las lágrimas.

—Vamos, chicas, no lloren, que les va a hacer mal —intervino Jorge. Paulo se mantenía en silencio, observando a Alma. Ella giró el rostro y lo miró sin pestañar, cuando habló, lo hizo con una voz segura.

—No —dijo sin dejar de mirar a Paulo.

—¿No qué, Almi? —preguntó, confusa, Karen.

—No, no se confundió con el otro sueño. —Se hizo un silencio en la habitación. Todos esperaban una aclaración. Alma se tomó unos segundos, aclaró la garganta y, sin titubear, les dio la noticia—: Estoy embarazada. —El gesto de sorpresa de los tres fue elocuente, los ojos de Paulo se llenaron de lágrimas, pero volaba en el ambiente la

pregunta que nadie se atrevía a hacer. Si Alma había sido violada, podía ser que ese hijo fuese fruto de la violación. Alma se dio cuenta de que los tres sabían lo que había padecido. No dudó en dar la respuesta—. No es de Mariano, cuando me secuestró, yo ya estaba embarazada. Estoy de siete semanas aproximadamente.

Los tres rompieron a llorar. Paulo volvió a tirarse encima de ella para abrazarla con fuerza mientras lloraba. Le habló muy bajo, para que solo ella lo oyera.

—Pequeña, no tienes idea de las veces que le supliqué a Dios que te devolviera sana y salva, que me dejara volver a verte, y ahora no solo estás tú, sino que vas a darme un hijo. No te puedes imaginar la alegría que siento. Te recuperé y me darás un hijo, nada más importa. —Paulo lloraba, su voz se cortaba por los sollozos, pero intentó que ese último mensaje llegase claro. Alma lo separó un poco para poder mirarlo a los ojos.

—¿Estás seguro de que nada más importa? ¿Me vas a seguir viendo como la Alma que conociste, después de haber vivido yo este infierno? Yo misma no me siento igual —afirmó con mucha tristeza.

—Alma… —dijo Paulo, calmándose, recuperando su tono de voz—, nada ni nadie podrá lograr que te ame menos. Ese hombre tomó algo que no le correspondía, que es mío, si yo tuviera la posibilidad de tenerlo frente a mí, le arrancaría la vida con mis propias manos, pero ya no está. Como bien dije, pequeña, «es», tú eres mía y así va a seguir siendo mientras tú me sigas aceptando a tu lado. Lo que tú quieras contarme de lo que has vivido, yo estaré ahí para escucharte y darte apoyo. Y si no quieres hablarlo, te respetaré. Pero ten por seguro que de aquí nadie me mueve. Eres mía, y ese hijo que llevas en las entrañas es mío. No dudes de mí. —Alma lo miraba sollozando. Jorge y Karen estaban abrazados al costado, en silencio. Entendían que ese momento tan íntimo era necesario lo antes posible y decidieron pasar inadvertidos. Cuando Paulo hizo un silencio, Alma lo acercó y lo besó con pasión—. Te amo, pequeña, más que a mi vida. Por eso te pedí matrimonio. Eres la mujer de mi vida y, cuando volvimos a estar juntos, nos prometimos que no habría mentiras entre nosotros. Entonces no dudes de mí. Yo estoy —dijo, y esa vez fue él quien la besó.

—Te amo… te amo —repetía ella entre besos.

—Chicos… —dijo Karen sabiendo que era inoportuna—. Perdón que los moleste. Pero no podemos quedarnos los tres tanto tiempo. El médico fue claro —recordó a la vez que miraba a Jorge y a Paulo—. Alma debe descansar y debemos evitarle emociones fuertes.

—Sí, es cierto —concedió Jorge.

—Yo me quedo, Karen, vayan ustedes a descansar. Mañana por la mañana venid uno de vosotros a reemplazarme, ¿os parece?

—Está bien. Dale. Vengo yo —agregó Jorge decidido.

—No, papi, vengo yo. Vos quedate descansando un poco más. Sos una persona mayor e hicimos mucho viaje, además de la tensión. Tenés que cuidarte vos también. Yo vengo —sostuvo mirando a Alma y a Paulo—. ¿Tipo ocho estará bien?

—Perfecto —acordó Paulo—. Tiene razón Karen, Jorge. Será mejor que descanse.

—Me tratan como a un viejo, che. No soy tan mayor, y es mi hija al fin y al cabo —expresó, algo enojado, Jorge.

—Hagamos esto, papi. Te levantás tipo diez, desayunás y te venís y te quedás con nosotras. Pero te levantás más tarde —trató de conciliar Karen.

—Está bien —acordó a regañadientes. Cuando empezaban a moverse para irse, Alma les preguntó: —¿Alguno tiene idea de dónde quedó Lucas? —No pudo dejar de consultar, debía agradecerle a su amigo—. Papi, ¿vos lo viste? Fue él el que me descubrió. En un supermercado. Le pedí que nos siguiera para que supiera adónde enviar a la policía.

—Hija, nosotros supimos que estabas acá en principio por una llamada de una mujer, una empleada del supermercado —contó Jorge.

—Sí, me llamó a mí, a mi celular, me dijo que vos estabas prisionera de un hombre y que a ella le habías dado un papel con este teléfono —cortó Karen a su padre.

—Ah, sí, ahora recuerdo... Antes de ver a Lucas en el supermercado, le di a esa mujer del probador los datos. Estaba tan desesperada...

—Lucas llamó a la policía y los acompañó a realizar el rescate —continuó Paulo—, estuvimos con él hace un rato. Ya se fue a su casa. Nos dejó su número de teléfono y su dirección para que le avisemos cómo sigues. —Alma recordaba que Paulo no tenía particular simpatía por Lucas debido a su declaración de amor, pero, en ese momento, se lo escuchaba hablar de él en tono neutro, casi agradecido.

—Cuando la policía se comunicó con Paulo —siguió Jorge—, nosotros tres ya estábamos abordando un avión hacia acá. Por eso llegamos tan rápido.

—Almita, nos vamos, mañana te damos más detalles —dijo Karen, y guiñó un ojo.

Besaron a Alma y a Paulo. Comenzaron la retirada. Alma estaba agotada. Apenas se hizo silencio en la habitación, sintió que el cansancio la ganaba de nuevo. Paulo se acomodó en la cama con ella,

que se puso de costado, y él hizo lo mismo, ambos ocupando los espacios que el otro dejaba libre, cóncavo y convexo. Él le acarició el rostro y luego la abrazó fuertemente, pasando su mano por el vientre donde, sabía, estaba su hijo. Sentía un alegría tan grande en el pecho que casi había olvidado la furia de saberla violada, aunque esa luz de alarma seguía prendida.

## Capítulo 10

Tal y como lo había dicho el doctor Mazachezzi, Alma estuvo dos días internada, en observación. Al término de ese lapso, se trasladaron a un hotel. Pasaron allí casi una semana, tratando de calmar los nervios. Alma no podía subir a un avión ni enfrentar un viaje tan largo en automóvil sin tener el permiso médico. Los días en Neuquén sirvieron para bajar el estrés de Alma, reencontrarse con Paulo y con su padre. Karen debió regresar cuando Alma salió del hospital. Guille y Lola la extrañaban y su permiso laboral terminaba.

Cuando los médicos vieron que Alma recuperaba el color saludable en su rostro, las ojeras desaparecían y todas las heridas cicatrizaban del modo esperado, decidieron darle el permiso para viajar. Le habían dado todos los antibióticos y retrovirales necesarios. Emprendieron el regreso tomando todas las precauciones del caso. La policía los acompañaba en cada momento, la obstetra del Hospital de Neuquén le había dado unos complejos vitamínicos para tomar, ácido fólico y hierro, porque estaba algo anémica. Alma había sido sometida a toda clase de pruebas médicas y de labora torio. Estaba sana, no había más consecuencias de su secuestro que las marcas externas, que tardarían un tiempo en desaparecer, y las huellas en su interior, que tal vez se prolongarían un poco más en el tiempo. Se había confirmado el embarazo, de ocho semanas al momento del alta, y se había dado fecha probable de parto en abril.

El vuelo de regreso no tuvo complicaciones y, en cuestión de horas, todos se encontraban cómodos en sus propias casas. Alma y Paulo, al llegar al departamento, hablaron por teléfono con Valentina para que escuchara a su nuera sana y salva, y para darle la noticia de que sería abuela.

—*Ayyyyy, mis niños... ¡¡¡Qué alegría tan grande me estáis dando!!! Al fin tendré un nietito para malcriar.* —Se escuchaba el llanto del otro lado de la línea, ambos adivinaban que, mientras hablaba con ellos, Valentina lloraba—. *Pero, niños, que vosotros no dejáis de darme*

*sorpresas. ¿Es que queréis que caiga redonda de un infarto? Fijaos qué alegría me dais, ya necesito que me deis las fechas, debo calcular bien.*

—Nacerá para abril, mamá —adelantó Paulo, adivinando a qué se refería su madre.

—*Excelente, será Aries. Excelente signo. Es de fuego. Ya veremos ascendente. En el horóscopo chino será… dejadme buscar. Tengo mi ordenador aquí cerca. Me esperáis ahí hasta que encuentre el archivo. ¡Uyyyy, mis niños!* —Paulo y Alma sonreían ante la obsesión de Valentina—. *Qué hermoso, mi nieto será Aries, con todo el fuego que esto implica, pero además será…* —dijo estirando el suspenso— *¡¡caballo de madera!!*

—Y eso es bueno porque… —agregó Paulo riendo, dejando la frase inconclusa adrede para darle la oportunidad de explicarse a su madre.

—*Ay, hijo, el caballo es un animal fuerte y, como todos los caballos, será una persona popular y mentalmente rápida. Los caballos de madera son muy sensuales, sociables y cálidos, observadores y muy habladores. Como buenos caballos, son muy cambiantes e impulsivos en sus modos de actuar. Impredecibles, los caballos suelen enamorarse y desenamorarse con facilidad, tienen un gran sentido del humor, son divertidos. El hecho de que su elemento sea madera nos dice que le dará estabilidad y fuerza, será muy trabajador, eso sí. Este niño, Almita, nos dará mucho trabajo, estoy segura. Dejadme averiguar más de esto y os hago un informe completo* —dijo Valentina ya emocionada con darles un panorama de cómo sería ese bebé que ella ya había asumido como varón. Paulo y Alma reían.

—Está bien, mamá. Arma el dichoso informe si eso te hace feliz, pero debo avisarte que no nos importa qué animal sea ni qué signo, es nuestro hijo —concedió mirando a los ojos a Alma—, y solo eso ya lo hace perfecto.

—*Ayyyy, Paulito, me haces tan feliz, hijo mío. Qué bien me hace oírte así. Creí que nunca te llegaría el momento, la persona indicada. Estoy feliz, mis niños. Os amo, y me hacéis tan feliz. ¿Cuándo es que os venís para Madrid? Os estoy esperando con ansias, necesito abrazaros a ambos.*

—Gracias, Valentina, por tus palabras. Me hacés feliz con tu alegría —dijo Alma con un dejo de tristeza en la voz.

—*Alma, criatura. Sé que no es momento, pero quiero que sepas que me tienes a tu lado para hablar todo lo que has pasado, cuando tú te sientas con ganas y ánimo. Sé que aún es muy pronto, pero deberás hacerlo. Será necesario para curar esa alma tan buena que tienes. Debes hablar y sacar el dolor para que eso que viviste no te afecte más de lo que ya te ha afectado. Recuerda, querida, Dios no te pone delante una prueba que no puedas superar.*

Alma reconoció las palabras de su propia madre en las de

Valentina, sonrió. Dios tenía caminos misteriosos para comunicarse con ella.

—Lo sé, Valentina. Te agradezco mucho que estés ahí para mí. Te quiero mucho.

*—Y yo a ti, mi vida. Me cuidas a ese padre primerizo y a mi nietito que llevas en el vientre. Estoy a una llamada nada más, recuérdalo.*

—Gracias —expresó Alma emocionada.

—Mami, te amo, belleza. Gracias por apoyarnos, vamos a necesitarte seguramente. Por ahora no podemos viajar. El embarazo es muy reciente y pasaron muchas cosas difíciles. Cuando pasemos al segundo trimestre estaremos en condiciones de viajar, pero solo si los médicos lo autorizan.

*—Está bien, hijo. Lo entiendo. Lo más importante ahora es que estéis tranquilos, sobre todo Alma. Duerme, hija; come, descansa y duerme, que es lo que se necesita para tener un hijo sano. Mira, si no, al que tienes a tu lado. Yo debí enfrentar sola la peor situación que hubiese imaginado, la muerte del amor de mi vida, y escapar. Se puede, Alma. Aquí estamos Paulo y yo para dar fe. Todo lo que te pasó será solamente un mal recuerdo, doloroso siempre, pero recuerdo.*

—Mamá —expresó Paulo con precaución, Alma estaba en silencio y con la cabeza gacha, adivinó que lloraba—, han sido demasiadas emociones por hoy. Entiendo tus buenas intenciones.

Alma levantó la cabeza y le tocó la mano para detener a Paulo.

—Gracias, Valentina —pronunció con la voz tomada por el llanto —, sé que será difícil, pero mi hijo necesita a su madre. Y yo voy a estar cien por ciento con él. Debo recuperarme para él. Con mi familia, Paulo y vos estoy segura de que podré hacerlo. Gracias.

*—Así es, mi niña. Todos estaremos para ti, no dudes en acudir a nosotros, no te aísles.*

—Mami, Alma está muy cansada. Quiero que se acueste a dormir. Hablamos esta noche por Skype, ¿te parece?

*—Bien, hijo. Acompáñala. No me la desatiendas. Cuidaos. Os amo.* Bye.

—Adiós, mamá. Vamos, pequeña, debes dormir. —Alma y él se dirigieron a la habitación.

Era el primer día que volvía a estar en su propia casa. Amanda y Pato habían hablado por teléfono con ella y habían arreglado que ese mismo día irían a verla por la tarde. Paulo preparó la cama para que ella hiciera una siesta. Alma se fue a dar una ducha y, al salir, se encontró a Paulo acostado, esperándola. Sintió nervios, como si fuera inexperta, como si fuese la primera vez que tenía a un hombre delante de ella. Paulo estaba escribiendo un mensaje en su celular y ajeno a la

turbación que estaba sintiendo Alma. Ella se recostó, apenas vestida con una camiseta y ropa interior, se tapó con la sábana y el acolchado. Paulo estiró el brazo y la envolvió, y dejó el celular en la mesita de noche.

—¿Cómo se siente esta hermosura que es solo mía? —preguntó estrechándola.

—Bien, cielo. —Ella lo abrazó a su vez, sintiendo el aroma tan característico de él, que la hacía sentir tan cuidada—. Algo cansada, pero bien. Me encanta estar en casa.

Sentía un nudo en el estómago, tenía en el pecho la certeza de que debía hablar con él, explicarle todo lo que había pasado con Mariano, darle los detalles que en las conversaciones que habían tenido no había podido darle. Adivinaba que él los precisaba y necesitaba ella, a su vez, decirlos para aliviar su propia alma. La psicóloga, con la que había hablado por teléfono desde Neuquén, se lo había advertido: «Alma, Paulo va a necesitar esos datos, debe armar su propia imagen de lo sucedido para luego romperla y poder olvidar. Mientras vos no le des la imagen completa, es algo que le quedará clavado como duda y no podrá dejarlo ir. A la larga, eso terminará por separarlos. Cuando vos estés lista, cuando te sientas segura, hablá con él. Dale la información que puedas, respondé a sus preguntas, será doloroso seguramente, pero a la vez sanador». Esa conversación rondaba la cabeza de Alma y había buscado el momento para hacerlo. Se dio cuenta de que era tiempo de aclarar. Se sentó en la cama, como chino, y lo invitó a hacer lo mismo. Paulo se quedó mirándola extrañado, hizo lo que ella le pedía, se sentó del mismo modo. Ella comenzó muy seria.

—Necesito que hablemos, cielo. Necesito contarte para poder empezar a olvidar.

—¿Estás segura, pequeña? ¿No crees que es demasiado pronto? Tal vez después de que descanses un poco y bajes la tensión…

—No, estoy preparada. No me siento bien si no te cuento, tengo esta sensación acá —dijo tocándose el pecho—. Es como si tuviera una roca de nervios, si lo saco, si lo expreso, voy a poder desanudarlo.

—Aquí estoy, princesa. Para escucharte —indicó él serio a su vez. La mandíbula estaba tensa, sabía que no le iba a gustar lo que iba a escuchar, pero debía hacerle frente a la situación.

—Mariano, como sabés, era el padre de mi otro hijo, el que murió. Por algún motivo, él volvió a querer saber de mí, me hizo seguir y, cuando no aguantó más, volvió a La Plata. Al verme, tuvo, no sé cómo explicarlo, como… —Se quedó pensativa eligiendo las palabras. De pronto las encontró—. Tuvo un brote psicótico. Volvió en el tiempo,

en su mente, a la época en la que estaba embarazada de él.

—Pero él supo que vuestro hijo se había malogrado, ¿o no?

—No quise ponerme en contacto con él cuando perdí al bebé, estaba aún enojada. Pero Amanda lo hizo, le envió un *mail* donde le explicaba todo.

—Bien, así que el tipo sabía que tú ya no le darías ningún hijo.

—Sí, pero cuando regresó, tuvo esta especie de regresión en su mente, no sé, no lo entiendo bien aún. Me veía embarazada y siendo aún su pareja. Y creyó, en su locura, que yo le estaba siendo infiel con vos. Fue el primero en notar los cambios de mi cuerpo, cambios generados por este embarazo, pero que él asumió como el suyo. En medio de sus diálogos caóticos, difíciles de seguir, me confesó que fue él quien te hizo secuestrar cuando volviste de Madrid.

—¿Él? Pero... No puede ser, no puedo creerlo, Alma. Pero los tipos, no los vi nunca... Además, siempre me preguntaban por mi investigación. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Desconozco las razones completas, sé que fue él. Con su dinero pagó para *hackear* mi celular, el de papi y el de Amanda. Así supo de nuestra separación, del video... —Alma bajó la cabeza al recordarlo.

—Y supo de mi regreso por el móvil de Amanda. Solo a ella le dije cuándo llegaba —dijo él, sacando la conclusión. Alma afirmó con la cabeza.

—Supongo que lo de los interrogatorios eran para que no sospecharas nada, pero para darles la excusa perfecta para torturarte. Todos saben que los periodistas cuidan a sus fuentes, tu negativa a dar datos era lo que necesitaban para lastimarte. La idea era que te llevaran herido pero con vida ante él, y él mismo matarte, pero te escapaste. No sé si esos tipos sabían realmente las razones del secuestro, tal vez pensaran que Mariano era alguien del gobierno.

—Hijo de puta, qué enfermo... —Paulo se quedó pensativo, los puños mostraban su tensión, tenía marcados los nudillos.

—Desde que llegó me empezó a seguir. En un momento, hasta creí que estaba volviéndome loca, creí verlo en varios lugares y, cuando fijaba la vista, ya no estaba. No era locura, él estaba ahí, acechando. Me fue diciendo cada una de las cosas que hizo para llevarme. ¿Te acordás lo de la goma pinchada el día del casamiento de civil de Pato?

—Sí, nos retrasamos bastante por ese motivo.

—Fue él —dijo contundentemente—, no pudo llevarme en ese momento porque había mucha gente cerca. Iba a hacerlo cuando volviéramos de la boda. Las llaves las robó de mi cartera en la fiesta. Entró a la casa y armó un bolso. La idea era dejar todo revuelto, golpearte a vos y llevarme cuando entráramos. Nos iba a esperar

adentro, se había hecho una copia. Pero se atrasó y no pudo devolver la llave. Nos esperó en la calle.

—Sí, Eduardo confirmó que escuchó la puerta y algo de ruidos temprano, antes de que regresáramos nosotros —recordó él.

—Me durmió con algo en un trapo que me puso en la nariz y, como me resistí, me golpeó, yo ni siquiera lo vi. Cuando desperté, había perdido la noción del tiempo, no tenía la misma ropa ni el anillo —expresó mostrando el dedo vacío—. Cada vez que estaba despierta, aparecía en un lugar nuevo, me ponía somníferos en la comida o en el agua cuando tenía pensado trasladarme. Así fuimos alejándonos de la provincia, pasando a otras. Él me hablaba como si nunca nos hubiéramos separado, como si no hubieran pasado tres años sin vernos.

—Absolutamente enajenado, por Dios. De todos modos, no es excusa, lo que hizo es imperdonable. Qué increíble la cabeza de un hombre, cómo puede perderse y armar una realidad alternativa —observó Paulo más como una conclusión para él mismo.

—Y en ese pensamiento, lo más normal para él era tener relaciones conmigo. —Sintió el peso en el pecho—. Yo... logré, por unos días, mantenerlo alejado usando su realidad alternativa. Le decía que para el bebé no sería bueno, que corría peligro. Y aceptó no hacerlo, pero una tarde, algo en su cabeza lo hizo recordar tu video.

—¿Él había podido verlo? —preguntó sin comprender.

—Él pudo ver todo lo que entraba en nuestros celulares, Paulo. Lo tenía guardado y lo veía cada vez que quería.

—Dios mío. —No dejaba de sorprenderse.

—Algo le recordó el video y comenzó a decirme que seguro yo te había dejado hacerme esas cosas, las posiciones, y que entonces él tenía el mismo derecho. —Alma bajó la vista, avergonzada. Paulo le tomó el rostro y la obligó a mirarlo.

—Nada, Alma, puede hacerme pensar mal de ti ni hacerme amarte menos. —Esas palabras le dieron algo de ánimo—. Si tú pudiste perdonar y hacer a un lado esas imágenes tan terribles, cómo no entender lo que viviste, cuando ni tú misma consentiste.

—No, no consentí, pero de algún modo lo dejé hacer, no pude... —Su voz se quebró, tomó aire y continuó—: Me ató, siempre me tenía atada con unas tiras de plástico para sujetar cables. Siempre el brazo derecho. Esa tarde me ató los dos. Y ahí fue que... —La mandíbula de Paulo estaba tensa y oprimida, si hubiera apretado un poco más se habría roto todos los dientes, incluso se los oía rechinar.

—Pequeña, necesito... —Los ojos de Paulo, a pesar de la furia, estaban llenos de lágrimas—. Perdóname, pero necesito saber. Por

favor, continúa, no te detengas a pesar de mis lágrimas, necesito saber.

Ella tardó unos segundos para tomar aire. Cerró los ojos y se calmó, luego prosiguió: —Fue muy violento, yo lo pateaba, le gritaba, lloraba, pero él tenía tanta fuerza... Estaba como ido, no había nada que lo detuviera. —Alma lloraba a la vez que contaba, sus brazos, de manera automática, se habían acomodado alrededor de su propio cuerpo y se abrazaba, meciéndose—. Me arrancó la ropa. —Un sollozo de Alma cortó el relato. Se quedó unos segundos en silencio y retomó —. Y cuando supe que estaba perdida, sentí como si el alma se me saliera del cuerpo. Y me quedé como muerta, ¿entendés? Lo dejé hacer, me fui, no podía seguir ahí. —Ella lloraba desconsoladamente, Paulo permanecía frente a ella y estaba congelado. Los puños apretados, la mandíbula a punto de romperse—. Perdón, perdón, yo entiendo si vos pensás que lo dejé hacer conmigo lo que quería, que no pude detenerlo. Me fui, me escapé como una cobarde. Y él... no se dio cuenta de lo que me había pasado y me trató como un salvaje. —El llanto de Alma era desgarrador y se mecía aún más—. Perdón, sé que no vas a poder perdonarme, sé que es terrible, sé que no vas a poder seguir conmigo, yo misma no puedo perdonarme, no puedo entender cómo lo dejé hacerme todo eso. —Paulo estaba como ausente, las imágenes en su cabeza lo habían llevado a un espacio de furia y de impotencia, las palabras de Alma le llegaban como desde lejos, apenas las escuchaba—. Yo sé que no podés seguir conmigo, te entiendo. —Esa última frase lo sacó de la ausencia, lo volvió a la realidad como un balde de agua fría que se le hubiese echado en el rostro.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo, Alma?

—Eso, que te entiendo si no querés seguir conmigo. —Lo miró con los ojos anegados en lágrimas—. Que lo dejé hacer como la cobarde que soy, que no le di pelea. Yo no puedo perdonarme. ¿Cómo voy a esperar que vos me perdones? Sé que no soy digna de vos, que no debo obligarte a seguir al lado mío.

—Alma...

—Sé que vos te quedás por este bebé.

—Alma, escucha. Detente. —Paulo se iba acercando a Alma, abrazándola.

—Pero quiero que sepas que vos vas a ser el padre, siempre, aunque no estemos juntos, y que te entiendo. —Paulo la tomó de la mandíbula para que ella se callara y lo mirara. Fue un movimiento casi violento.

—Silencio —ordenó—. Entiendo lo terrible que es todo eso que

viviste. Sé que no hubieras podido detenerlo, ni siquiera estando con ambas manos libres. Te entiendo, pequeña, no te juzgo a ti. Solo le pido a Dios que ese hijo de puta tenga su merecido, que se queme en el infierno, por tomar lo que ya no era suyo. —Paulo se quebró y se puso a llorar a la vez que hablaba—. Por hacerte todo el daño que te hizo y por poner en riesgo a mi hijo. —Cortó la frase queriendo contener el enojo que estaba ganando espacio en su interior. Se mantuvo en silencio y con los ojos cerrados, como queriéndose concentrar en algo. Estuvo así unos segundos, pero las imágenes de la violación volvían a atacarlo, no le daban paz. De pronto, la furia que venía dominando se desató. Paulo comenzó a pegarle con el puño al colchón sobre el que estaba sentada, aún, Alma. Él, arrodillado al lado de Alma, descargaba la frustración y la ira que tenía guardada desde hacía días; en cada golpe, imaginaba el rostro de Mariano. Golpeó varias veces, Alma lo miraba asustada, enmudecida, paralizada. La mirada de terror de Alma y los movimientos que hizo para alejarse lo volvieron a la realidad. De pronto la vio y percibió el miedo en su rostro, se había replegado, se había hecho un ovillo en la cabecera de la cama. Él se congeló.

—Pequeña, perdóname —dijo acongojado, dándose cuenta del temor que le había generado a Alma con su reacción—. Lo siento, lo siento, por favor, pequeña, no te alejes, no me temas, jamás sería capaz de lastimarte. —Intentaba acercarse a ella y Alma, a su vez, se alejaba—. Te suplico me perdones tú, tengo mucha furia contenida. Maldita sea mi suerte. —Se golpeó la cabeza a sí mismo, como llamándose la atención—. No debí explotar delante de ti.

—Yo... —Alma seguía con una mirada aterrada.

—Pequeña, cálmate, yo ya lo he hecho, te prometo que esto nunca volverá a ocurrir —decía a la vez que intentaba tomarle las manos para transmitirle calma—. La furia, la ira de saberte en esa situación, las imágenes en mi cabeza... Me volví loco. Estuve hablando esto con Germán. Creo que removí demasiado. Mi mente me tortura con todo lo que sucedió, arma un filme que no puedo detener. —Paulo se golpeaba en la frente, como si existiera un botón allí que le permitiera borrar eso, y lloraba. Alma se fue acercando entre tanto dolor.

—Cielo. —Paulo la miró—. Sé que esto te afecta tanto como a mí.

—Perdón, te suplico que no me tengas miedo. Jamás te lastimaría, lo juro.

—Lo sé. Yo... —intentó decir Alma, pero él la calló, ya recompuesto.

—No me voy a alejar de ti. Que te quede claro, pequeña. Eres la mujer de mi vida y voy a hacer lo que sea necesario para que lo

entiendas, y no desconfíes de mí, ¿entiendes? —Alma lo miraba con los ojos aún llorosos—. Te amo, no puedo vivir sin ti, no quiero vivir sin ti. Lo que no puedo perdonar es haber dejado que ese hijo de puta te llevara. No puedo perdonarme el no haber conseguido detenerlo. Yo no me puedo perdonar, tú eres la más inocente en todo esto.

—Paulo —ella comenzó la frase, pero luego quedó en silencio.

—Estoy aquí, feliz porque me darás un hijo. Pero estoy aquí por ti. No me quedaría contigo si no te amara y si no estuviera seguro de lo que siento. Desde el momento en que te vi aparecer, flotando, la noche de la tormenta, lo supe. Mi vida cambió totalmente desde ese instante, y mi forma de apreciar todo. No puedo estar sin ti, me niego a vivir un minuto en este mundo sin ti. Eres mi otra parte, eres quien me completa, eres mi hilo rojo, ¿o acaso lo olvidas? Hay maneras de ser padre sin estar contigo. Pero no quiero eso. Quiero el paquete completo. Quiero a mi mujer junto a mi hijo, quiero a mi familia, y nadie me va a arrebatar eso, ni siquiera un hijo de puta que, además, está muerto. ¿Soy claro?

—Te amo. —Se abalanzó sobre él y lo abrazó mientras lo besaba emocionada—. Te pido que me tengas paciencia, estoy muy nerviosa, no me siento yo misma aún.

—Tenemos toda la vida por delante, necesito que te sientas bien de nuevo, aunque nos tome tiempo, quiero que seas tú otra vez —dijo él muy cerca de su rostro—. Te amo.

—Yo te amo más, cielo.

Ambos se fundieron en un beso apasionado, pero a pesar del tiempo que hacía que no se tocaban, y de la necesidad que tenían uno del otro, Paulo no intentó tocarla. Sabía que ella no estaba preparada. Se abrazaron con fuerza y volvieron a acostarse. Así, juntos, se durmieron.

Pato había regresado de la luna miel. Todos habían acordado no contarle el secuestro de Alma hasta que no regresara. Los recién casados habían viajado a Brasil, como viaje de recién casados, y allí pasaron diez días. Cuando regresaron, Pato se enojó muchísimo con toda su familia y con Amanda. No podía creer que ante una situación tan seria la habían mantenido afuera, aislada. Se puso a investigar junto con Amanda ni bien regresó. Todo las llevaba a pensar en Mariano, pero no tenían forma de encontrarlo. Cuando supieron que Alma había aparecido en Neuquén, sintieron el alivio. Sabían, porque Karen las había mantenido informadas, todo lo que Alma había sufrido. Habían llorado juntas, pensando en el dolor de su amiga. Esa tarde volvían a reunirse. Tocaron el timbre de la casita. Se escucharon pasos que se dirigían a la puerta. El rostro sonriente de Paulo las

recibió.

—Hola, bellas, qué bueno que estéis aquí, os necesita. —Amanda se adelantó y se abrazó a Paulo. Luego Pato hizo lo mismo.

—Hola, galleguito. Tu primo te está esperando en el automóvil, nos trajo hasta acá y ahora te lleva un rato a lo de tus tíos. Así nos quedamos un ratito con ella.

—Hola, Paulo —dijo Pato conmovida—. Quedate tranquilo, nos quedamos con ella hasta que vuelvas, tomate tu tiempo.

—Gracias, chicas. Debo hacer algunas compras. No quiero dejarla sola, pero casi no tengo nada en la heladera.

—¿Cómo está? —averiguó Amanda, preocupada.

—Sorprendentemente mejor de lo que yo esperaba. Bastante entera. Necesita mucho amor, chicas, está lastimada física y psicológicamente. Pero el amor es el mejor remedio.

—Gracias a Dios que te tiene, Paulo —dijo Pato—. Estamos todos y estás vos. Amor es lo que le sobra. Va a estar bien. Vamos, Amandita, entremos.

—Gracias, chicas, os aviso cuando esté llegando. —Las hizo entrar, cerró la puerta detrás de ellas y se dirigió hacia el automóvil de Germán.

Amanda y Pato entraron en la casa y fueron a la cocina, donde se escuchaban movimientos. Alma estaba allí preparando el mate. Había puesto sobre la mesa el termo con agua caliente y estaba terminando de completar la calabacita con yerba. Pato y Amanda se quedaron paradas en el resquicio de la puerta.

—Almita —dijo Pato con voz quebrada.

Alma se dio vuelta, emocionada. Las tres corrieron y se unieron en un abrazo grupal.

—Chicas, no se dan una idea... No sé cómo... Dios mío. —Lloraba sin consuelo.

—Amiga, shhhhh, tranquila... Bicho del orto. Ojalá se cague quemando en el infierno. Mirá que Dios es bueno porque lo dejó irse sin pagar de este lado. Si yo lo hubiera agarrado, amiga, lo dejaba sin pija. Se la cortaba de a poco, para que le duela mucho, y después se moría desangrado.

—Amanda, por favor. Eso no ayuda a Alma. Cuidá lo que decís, nena.

—Fue siempre un sorete, Pato, hasta el momento en que se murió, fue una mierda de persona. Si en el infierno hay un castigo justo para él, espero que esté sintiendo un dolor indescriptible y eterno. —Amanda hablaba enojada. Alma seguía llorando.

—Por favor. Le prometimos a Paulo que la íbamos a cuidar. ¿Te

parece que esto es cuidarla? —reprochó, enojada, Pato. Amanda se calmó.

—Perdoname, amiga. Me dejé llevar por la bronca. Perdoname. —Volvieron a abrazarse.

—Almi, calmate, si no Paulo no nos va a dejar volver a verte —repitió Pato.

—Ya estoy mejor —dijo Alma, aún agitada por el llanto, pero intentando calmarse—. Siéntense. Preparé el mate.

—Dale, dejame que yo cebo —dijo Amanda—. A vos siempre se te lava enseguida. Además, no hay mates más ricos que los míos. Así que dejá el termo en mis manos. —Amanda imponía un clima distendido con su buen humor.

La ronda de mate comenzó y ese ritual las relajó. Alma se sintió con mejor ánimo, preguntó por la luna de miel, por las playas de Brasil. Cuando todas estuvieron listas, Alma les relató la serie de situaciones que había vivido desde la madrugada en que terminó la fiesta de bodas hasta el suicidio de Mariano.

—Ay, amiga, menos mal que te encontraste a Lucas ese día. Por Dios, si él no te hubiera visto, a lo mejor todavía hubieses estado prisionera —reflexionó Pato asustada.

—De todos modos, chicas, en el supermercado le di mis datos a una mujer. Ella me vio golpeada, asumió que Mariano era un hombre golpeador y que yo era víctima de violencia de género —explicó Alma.

—Bueno, tan equivocada no estaba, ese bicho te lastimó toda, y eso que cuando fueron novios no mataba una mosca. —Se quedó pensativa Amanda.

—Tenía mucha furia contenida, chicas. Yo creo que algo le pasó, y eso desató al animal enjaulado. No lo reconocía cuando me insultaba, cuando me hablaba con odio, cuando me maltrataba. Era como si estuviese poseído y... en otros momentos volvía a ser el tipo inseguro que yo conocía.

—Por más loco que estuviese, Almi, nada justifica lo que te hizo —dijo Pato.

—Chicas, él me... —Alma sintió que las fuerzas la abandonaban. Aún no podía hablar de eso sin quebrarse, pero debía aclarar su verdadero estado.

—Tranquila, amiga. El gallego nos puso al tanto. Por eso lo odiamos aún más al bicho, porque lo que hizo fue de poco hombre. —Ambas amigas le tomaron sendas manos para infundirle ánimo, y ellas también se pusieron a llorar.

—Fue tan... No puedo recordarlo y no sentir ganas de vomitar, chicas. Fue violento, fue animal, me golpeaba, me ató, yo... yo... —El

llanto la embargaba—. Hice fuerza para soltarme, para pegarle con las piernas, quería zafarme, pero él tenía tanta fuerza y yo estaba agotada. —Ambas amigas guardaban silencio, estaban tensionadas por el relato—. Solo quería morirme, que me matara en ese momento.

—Alma, por Dios, no digas eso —reaccionó Pato.

—Es así, Pato. No quería seguir viva después de eso. Me fui, me evadí de la situación. Me quedé como muerta.

—¿Te desmayaste? —preguntó Amanda.

—No sé si fue un desmayo, creo que fue algo similar. Yo sentí que me salía de mi cuerpo y pude ver la situación desde otro lugar. Es difícil explicarlo, no entiendo bien lo que pasó.

—¿Y él? ¿Qué hizo cuando vos ya no te moviste? —siguió Amanda.

—Al principio no se dio cuenta, siguió siendo brutal. Pero después notó mi silencio. Según me dijo él después, no llegó al orgasmo, pero no confié en él.

—Puta madre, amiga. ¿Te dieron el anticonceptivo del día después en el hospital? Sé que a las mujeres que vivieron lo que vos viviste se los dan.

—Me dieron todo lo necesario para evitar enfermedades de transmisión sexual. Tomaron muestras para el fiscal, para comprobar la violación, pero no pudieron darme el anticonceptivo.

—¿Qué? —Amanda se quedó en silencio.

—¿Qué querés decir, Almi? —preguntó Pato asustada—. ¿Te dejó embarazada?

—No. Mariano no me dejó embarazada.

—Ahhhhh —respiró Amanda—. Amiga, estos suspensos me están matando. ¿Entonces por qué no te la dieron?

—Porque el que me había dejado embarazada era Paulo. —Las dos amigas se quedaron mudas, con los ojos grandes de la sorpresa—. ¿Entienden?

—¿Cómo? —dijo Pato.

—Paulo y yo estábamos esperando un hijo cuando Mariano me secuestró. Ninguno de los dos sabía nada, pero por la cantidad de semanas que tengo de embarazo es de él. —Las tres se levantaron y, entre risas y llantos, se abrazaron, gritaban y reían. Luego de unos instantes volvieron a sentarse.

—Ayyyyyy, amiga, no puedo creerlo, cómo puede ser que entre tanto dolor y tanto maltrato ese bebito siga ahí, protegido —agregó, conmocionada, Pato.

—Pero, Almi, vos siempre tomaste píldoras anticonceptivas. ¿Cómo pudo pasar esto? No me digas que pueden fallar porque me mato, yo

me cuido con el mismo sistema —repuso, preocupada, Amanda.

—Es que las dejé de tomar cuando Paulo y yo nos separamos, y cuando volvimos, las retomé, pero al hacerlo debía de haber usado, ese primer mes, otro sistema de cuidado. Y no lo hice. Fue mi culpa.

—Ay, nena, menos mal que me lo aclaraste, ya me estaba dando un ataque —respiró, aliviada, Amanda.

—Ay, Amanda, no seas tan exagerada, de última, vos estás por primera vez en pareja, estable, con un hombre como la gente, que te cuida, te ama, tiene su propio trabajo, no te vive. ¿Tan malo sería quedar embarazada en esta situación?

—Ah, Pato, dejate de decir boludeces, ¿querés? Germán y yo hace unos meses que nos conocemos, estamos rebien, sí. Él es un tipo distinto a todos los que tuve en mi vida. Estoy haciendo el intento de tener una relación con alguien por primera vez en mucho tiempo. ¿Te parece que me haría bien quedar embarazada?

—¿Por qué no? No me parece nada grave, además, tal vez eso te ayude a decidirte y a lo mejor perdés todas tus dudas —siguió Pato.

—A mí dejame tranquila, en esto soy más tradicional.

—¿Amanda una *tradicional*? —dijo Pato riendo y haciendo con los dedos el gesto del entrecomillado—. Esto es mucho.

—¡Pato!, sé que no soy muy tradicional, pero en estas cosas creo que sí. Dejame que me sienta segura con él, que vivamos juntos y solos un tiempo, y luego, si los dos estamos de acuerdo, buscaremos un hijo.

—¿Huelo miedo al compromiso? —siguió afilada Pato.

—Che, nena, ¿qué te agarró hoy? Ya te dije, si las cosas se dan despacito, sí, de a poco, hablando. Pero que me llegue de sorpresa, ni en pedo. —Cuando terminó de decir todo eso, Amanda se percató de que el panorama que había descripto también se refería a la vida de su amiga. Enseguida cambió el gesto y se disculpó con Alma—. Ay, amiga, perdón, perdón, no me di cuenta de que vos estás en la misma situación que yo, con una diferencia, Paulo ya te había pedido matrimonio. Qué animal soy, te pido que me perdones, amiga, no quise...

—No te preocupes, nena, entiendo tus miedos. Y sé que en el fondo comparto algunos. Pero Paulo me habló con tanta claridad, está tan feliz de que vamos a tener este bebé.

—Me imagino, Almi. Esto es algo que debemos festejar, amigas —propuso Pato feliz.

—No sé cómo, chicas —dijo Alma volviendo a su tono triste—. No me siento preparada para salir a ningún lado, tengo miedo, veo en todos lados a Mariano, es como si no hubiera muerto.

—Alma, pero vos tenés que superar a Mariano, no puede que gobierne tu vida aún muerto —reflexionó Pato preocupada.

—Ya sé, trato de que no sea así. Pero el miedo está ahí, agazapado, para hacerme temblar, o verlo en rostros por la calle.

—¿Le dijiste eso a Paulo?

—No.

—¿Y a tu psicóloga?

—A ella sí. Me explicó que lo que viví con Mariano fue tan intenso, tan fuera de lo normal, que mi mente no puede aceptar así de fácil que ese hombre haya desaparecido.

—Bueno, muy fácil no fue, hubo todo un movimiento policial, judicial, y se pegó un tiro, digamos que no la hizo demasiado fácil —dijo Amanda con gesto de ironía.

—Ya sé. Pero me dice la psicóloga que no pude ver a Mariano muerto, y eso es lo que me hace desconfiar, inconscientemente, claro.

—¿Verlo? ¿Era necesario verlo? —preguntó, extrañada, Pato.

—Parece que sí. La psicóloga dice que para eso sirven los velatorios. En un primer momento, hace más de cien años, eran necesarios porque muchas personas padecían una enfermedad rara que los hacía tener desmayos y respiraban tan despacito que no se escuchaba, y el corazón también se ponía muy lento. —Alma se quedó pensando—. No recuerdo el nombre de la enfermedad.

—Era catalepsia —afirmó Pato.

—Eso. Entonces a muchos los enterraban vivos y se daban cuenta después, cuando volvían a abrir las tumbas y estaban en otras posiciones. ¿Se acuerdan en Literatura Inglesa, que leímos un cuento así, de Poe?

—Sí, recuerdo. Qué feo que te pase eso. Horrible. —Amanda se quedó pensativa.

—El punto es que los velatorios eran para darle tiempo al enfermo a despertar en el caso de tener catalepsia. Hoy ya no se hacen por eso, se hacen para que los allegados comiencen a realizar el duelo, ver al muerto te pone de frente con la realidad, no te queda otra que entender que esa persona se fue.

—Claro, al no poder ver el cuerpo sin vida, tu mente teme que él vuelva a aparecer; aunque tu cerebro sabe que es imposible, te faltó verlo —analizó Amanda siguiendo los razonamientos de la psicóloga —. Cuando te sientas mejor, podríamos ir a su tumba, te acompañaríamos.

—No, la familia se llevó el cuerpo. Lo iban a sepultar en Comodoro Rivadavia. No puedo ni quiero viajar hasta allá.

—Está bien, Almi. Lo mejor será volver a terapia, confiá en el

tiempo —planteó Pato, segura de que decía una obviedad.

—Sí, lo estoy haciendo. Pero no ayuda mucho —dijo como ausente.

—O podemos viajar nosotras, Pato. Vos y yo nos vamos a Comodoro, buscamos la tumba y tomamos una foto. Cada vez que desconfíes, podés mirar la lápida —propuso Amanda.

—Podría ser. Dejame hablar con Martín, a ver si él nos acompaña.

—Dale —dijo Amanda.

—No sé si me va a ayudar eso, amigas, pero les agradezco el intento.

—Lo hacemos, no se hable más —afirmó, decidida, Amanda.

—Chicas, hablemos de cosas lindas, por favor. Almi, pensemos en positivo. Es la única forma de salir adelante —insistió Pato.

—Sí, tenés razón. Mariano fue —dijo Amanda.

—Tienen razón. ¿Cómo siguen sus vidas? —preguntó Alma intentando cambiar el ánimo.

Las tres amigas comenzaron una charla que fue distendiendo lentamente el clima. La mente de Alma entendía que, si bien lo sucedido era difícil, la gente que la rodeaba no hacía otra cosa que darle ánimos, y no la juzgaban. Si ellos no lo hacían, ella misma debía dejar de hacerlo. Nada en su conducta pasada o presente había habilitado a Mariano a hacer o pensar ni un ápice de lo que hizo ni pensó. Seguramente, le llevaría tiempo superar esa situación traumática, pero no le sería imposible. Sus amigas, su familia y el hombre al que amaba estaban ahí para ayudarla.

## Capítulo 11

Paulo regresó cuando casi era de noche, había hecho compras para alimentar un batallón durante unos quince días aproximadamente. No quería tener que salir y dejar sola a Alma.

—¿A cenar a la casa de la amona? —preguntó sorprendida.

—Supongo —dijo Paulo—, siempre que se hace reunión familiar es allí, ¿no?

—Sí, es que... —El tono de voz denunció nerviosismo—. Entrar a la casa de la amona sin que esté ella cocinando, no sé... No sé cómo me voy a sentir —anticipó Alma estrujando sus manos, nerviosa. Paulo se sentó frente a ella y la miró a los ojos.

—Pequeña, tu aitona necesita verte, saber que te recuperó. Está muy decaído desde la muerte de la amona. Lola necesita verte también, y Guille. En estos momentos de dolor, lo mejor es unirse para pasarlos juntos. —La tomó de la mano—. Yo estaré contigo todo el tiempo.

—Está bien —asintió no muy convencida—. ¿A qué hora nos vamos?

—En unos minutos, no te cambies, así estás hermosa. —Se acercó y la besó con dulzura.

—Qué lindo que sos —dijo ella, halagada.

—¿Tú crees?

—Estoy segura —aseguró ella, respondiendo a su beso. Paulo la besó con un poco más de efusividad. Al principio Alma se sintió bien, pero luego una sensación de ahogo, de temor y de rechazo la invadió, y, de pronto, oscuridad. Se sentía rodeada por oscuridad y, como un rayo, el rostro retorcido de Mariano se le apareció. Hizo un solo movimiento brusco y se alejó de Paulo casi sin pensarlo. Este se quedó sorprendido por el rechazo. Alma, con gesto compungido, volvió a acercarse—. Perdón. —Cubrió su boca con una mano, como sorprendida de sí misma—. Perdón, cielo, es... de pronto... Mariano...

—Tranquila, pequeña. Sé que no será fácil. Entiendo, es que

necesito tanto tu contacto.

—Lo sé, me pasa lo mismo. Te juro que también quiero estar con vos, pero recién... me sentí tan mal, una sensación de ahogo, y, de pronto, la cara de Mariano se me hizo presente.

—Te suplico. Ese hombre no puede seguir presente entre nosotros. Destiérralo, sácalo de tu cabeza. Yo esperaré lo que sea necesario, pero no le des el poder de gobernar en tu cabeza.

—Te prometo que voy a hacer todo lo posible. —Alma estaba compungida, no quería lastimar a Paulo, aspiraba a sentirse como siempre se había sentido a su lado: plena, feliz, completa, segura.

—Él ya no está, su fantasma debe irse también. Prometo darte todo el tiempo que requieras. Necesito a mi Alma de vuelta. Esperaré que seas tú la que me digas que estás lista. Creo que tengo algo que puede ayudarnos para comenzar el camino. Esto —dijo Paulo a la vez que sacaba un estuche de su bolsillo, el rechazo sorpresivo de Alma había roto el clima en el que Paulo quería darle esa sorpresa, pero necesitaban algo que los llevara lentamente al punto del camino donde se habían quedado casi un mes atrás, aquel punto donde debían retomar el paso, juntos—. Es para renovar el voto. Él te robó el anterior, pero mi amor sigue aquí —sostuvo a la vez que tocaba el dedo donde había colocado el anillo de compromiso anterior—. Y aquí. —Le tocó el pecho a la altura del corazón—. Este espacio vacío —dijo señalando nuevamente el dedo desnudo— te lo va a recordar. Por eso lo vamos a reemplazar por otro. —Y abrió el estuche. Alma hizo un gesto de asombro—. Pero este es mucho más especial porque simboliza un amor que nace del fuego corporal, un amor adulto, maduro, con toda la pasión y con toda la vida por delante. —Alma estaba emocionada—. Este anillo simboliza tradición, historia, compromiso para siempre.

—Paulo... —Su voz demostró la emoción que la embargaba.

—Este no es cualquier anillo, es uno que debería de haber puesto en ese dedo desde el primer momento. Pero quiso Dios que no me llegara la encomienda a tiempo. —Alma hizo gesto de no comprender —. Este anillo es el que mi padre le dio a mi madre cuando ellos se comprometieron. Cuando hablamos a Valentina para contarle que íbamos a casarnos, ella luego me llamó por privado para decirme que quería darme esta sortija. Tardó unos días en enviar la encomienda y por eso llegó tarde. Eso nos jugó a favor, porque si lo hubieras tenido en tu mano, ese tipo te lo habría sacado. Gracias a Dios, fue el otro. —Paulo lo tomó y lo puso lentamente en su dedo—. Llegó hace días, pero tuve que enviarlo a una joyería para que lo hicieran un número más pequeño. —La argolla calzó en Alma de modo preciso. Ambos se

quedaron mirándose como embelesados—. Te amo, pequeña, nunca lo dudes. Mi vida eres tú... ah, y ese pequeño que crece dentro de ti —Alma se acercó, lo besó con dulzura, lo abrazó y se quedaron así unos instantes.

—Vamos, belleza, debemos salir para la casa de tus abuelos. Nos deben de estar esperando. —La abrazó con dulzura y la obligó a moverse.

—Bueno —consintió ella, aún con los ojos húmedos por las lágrimas.

Subieron al automóvil e iniciaron el camino para llegar a casa de Jorge y los abuelos vascos. Cuando Paulo estacionó, desde el fondo de la casita del aitona salió como un rayo Lola. Gritaba con júbilo, estaba feliz por rencontrarse con su mamina.

—Maaaaaammmmiiiiiiiiinnnnnaaaaaaa —vociferaba a la vez que corría. El sobrenombre de su tía se estiraba en sus labios. Cuando llegó a la reja de la entrada, Jorge salió de la casita con las llaves para abrirle a los recién llegados.

Alma estaba emocionada de ver a su familia.

—Lolita, hermosa de la tía. Calmate, belleza. La mamina está bien. Calmate. — Paulo y ella ya estaban del otro lado de la reja, la niña saltaba y gritaba esperando que su abuelo abriera.

—Dale, abuelito, apurate por favor. Abrí la reja así entra la mamina, daleeeeee, apurateeeee. —Saltaba con las manos juntas a la altura del pecho. Jorge caminaba con su paso cansino pero seguro, con una sonrisa en los labios.

—Princesa, tu tía no puede ponerse nerviosa ni levantarte —explicó Paulo antes de que la niña se abalanzara sobre su mujer—. Cálmate, bonita.

—Palito, te juro que no la lastimo. Yo la quiero a mi mamina, no le voy a hacer mal. Te lo juro —decía la pequeña a la vez que se besaba el dedo índice poniéndolo perpendicular a sus labios y luego lo giraba completando la forma de una cruz. Jorge terminó de poner la llave en la cerradura y, apenas dio las dos vueltas, la pequeña se tiró sobre la reja para abrazar a su tía—. Mamina, ¡te extrañé mucho! Te fuiste y no te vi por muchos días. ¿Por qué Mariano hizo eso? ¿No sabe que vos ahora sos novia de Palito? A él ya no lo querías más vos, ¿no? —Lola hablaba en forma de catarata, no dejaba que su tía respondiera. Ambas se habían fundido en un abrazo y Alma estaba arrodillada, siguiéndola, con los ojos cerrados y algunas lágrimas de emoción que se deslizaban por sus mejillas.

—No, Lolita. Él no sabía que yo no lo quería más. Pensó que seguíamos siendo novios.

—Pero, ¿está loco? Si cuando se fue yo era así de chiquitita —señaló separándose de su tía para hacer una marca de altura ridícula.

—Parece que se olvidó —dijo Alma riendo amargamente, secándose las lágrimas.

—Pero mirá que es tonto, menos mal que Palito, el abu y mami te encontraron. ¿Ya le hicieron entender que no lo querías más? —Alma miró a su padre buscando respuestas, no sabía hasta dónde le habían contado a Lola sobre lo sucedido.

—Sí, Loli. Ya le explicamos. Vamos, dejá entrar a la mamina, que hace frío —apuró Jorge ayudando a Alma a ponerse de pie, luego la abrazó fuertemente y le dijo al oído—: Fuerza, hija. Todo va a salir bien.

Paulo abrazaba a Lola y, cuando terminó, cerró la reja, puso llave y la entregó a Jorge, que le dio un abrazo. Lola tomó a Alma de la mano.

—Vamos, mamina. Vení, entremos, que te tengo que contar algunas cosas. En este tiempo que no te vi, mi amigo Milo se rompió un brazo, le pusieron un sello, ¿así se dice, abu? —dijo a la vez que se giraba para hablar con su abuelo Jorge.

—No, Lolita, le pusieron un yeso, no un sello —aclaró Jorge riendo.

—Bueno, eso. Y me dejó hacerle un dibujo. Yo le hice una flor porque no se me ocurría qué hacerle. La señorita nos hizo hacer un experimento, a mí me gustó, nos pusimos unos anteojos grandes y unos pintores para no mancharnos, estuvo bueno, tenía olor feo, pero me gustó. Y me *pelié* con Carlina, mi amiga. —Alma hizo gesto de pregunta y Lola comprendió que su tía le iba a preguntar las causas—. Sí, ya sé, mamina, somos amigas desde la primera salita, pero me robó mi lugar en la mesa del jardín y me empujó—. Lola puso trompita de enojada.

—Seguro que lo hizo sin darse cuenta, Loli, no creo que lo haya hecho a propósito. Ella te quiere mucho.

—No sé, mamina, pero todavía estoy enojada.

—Qué lástima, Loli. —Alma caminaba de la mano de su sobrina.

—Ah, y cuando vos te fuiste, la amona se fue al cielo, ¿sabías? Yo la extraño mucho, pero todos me dicen que era muy viejita y que está mejor allá —dijo señalando el cielo. Alma se sorprendía de la naturalidad con que Lola vivía todas las cosas que les estaban sucediendo. Su hermana había hecho un buen trabajo con Lola, era una niña sana, que sufría las mismas cosas que otros niños, pero con una sensibilidad distinta.

—Sí, Loli. Ya me lo habían dicho. Yo también la extraño mucho,

todos la extrañamos, pero seguro fue lo mejor para ella —opinó, conmovida, Alma. Se acercaban a la puerta de la casa.

—Sí, eso dice mami. Así que ahora está con la abuela y el porotito, seguro. —La mención a su madre y a Lucio, su primer hijo, la hizo detenerse. Su quietud abrupta preocupó a Paulo.

—Pequeña, ¿te sientes bien? —preguntó con gesto afligido.

—Sí, sí... Vamos, Lolita, entremos.

—Dale, mamina. Entremos, el aitona está muy triste hace mucho, seguro que ahora te ve y se pone contento. —Lola tiraba de la mano de Alma, haciéndola entrar.

Traspasar la puerta de la casa y recibir un abrazo de oso fue todo uno. El aitona estaba mirando por la ventana hacia la calle y los vio llegar. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras esperaba la entrada. Recuperar a Alma, en medio de tanto dolor, era como encontrar una isla en medio del océano.

—Almita, ¡qué alegría!... No te das una idea, tenerte en mis brazos, hija, después de tanto dolor —Sabino hablaba a la vez que lloraba.

La abrazaba fuerte y Alma no podía responder. El llanto contenido por la amona se liberó. Ambos se envolvían, parecían un nudo. Los sollozos de los dos eran el único sonido que se escuchaba en el comedor. Jorge se acercó lentamente, temía por la salud de esas dos personas tan queridas para él.

—Aita, por favor. Te va a hacer mal. Calmate un poquito —dijo a la vez que apoyaba la mano sobre la espalda de Sabino, que temblaba por los sollozos.

—Aitona, vamos a sentarnos, vení. —Se metió Lola—. Vení, aitona, te digo. Haceme caso. Te podés caer vos que sos tan viejito, y ya se me fue la amona, no quiero que te vayas vos también. —Lola lo había tomado de la mano y tironeaba para que se sentara en los sillones que estaban cerca de la entrada. Paulo le hizo un guiño con el ojo y le indicó que hiciera silencio, que él se encargaría.

—Sabino, vamos a sentarnos, os acompaño hasta los sillones. Usted está muy débil y Alma también. Hágame caso, seguirá abrazándola allí, no se preocupe, no se la voy a alejar. —En ese momento, ambos comenzaron a destrabar el nudo humano—. Pequeña, hazme caso tú también. Me preocupa que ambos os descompenséis. Calmaos, por favor.

—Sí, tenés razón. Esperá que lo ayudo. —Alma tomó a Sabino del brazo y caminaron con cuidado hacia los sillones.

—Paulo, Paulo... Nunca creí que fuera a querer tanto a un madrileño en mi vida. ¡Hostias! Pero es que me cuidas a esta niña, que es mi corazón. Cómo no quererte, muchacho —decía Sabino a la vez

que avanzaba y miraba a Paulo, que lo sostenía junto con Alma—. Si me la has salvado ya dos veces. —Sabino tomó la mano de Paulo, la misma con que lo sujetaba para llevarlo al sillón, la asió con fuerza, como llamando su atención—. Gracias, muchacho —dijo con una honestidad que se le traslucía en los ojos—. El destino se ha ensañado con mi niña, pero gracias a Dios has aparecido en su vida. Gracias.

—No es nada, Sabino, no debe agradecerme nada a mí —respondió Paulo algo incómodo por no sentirse totalmente merecedor del halago. Haber facilitado de algún modo que Mariano la secuestrara aún lo tenía mal—. Cuando uno ama de verdad y sin egoísmos, la vida de la mujer a la que amas es lo más preciado. —Miró a Alma con intención —. Y en esa persona que tiene usted a su lado, están las dos que amo más en este planeta. La salvaría del mismísimo diablo, son todo para mí. —Sabino dio un apretón a Paulo, sentía la sinceridad de aquel al decir esas palabras y mirar a su Alma como lo hacía—. Lamento no haber podido impedir el secuestro, muchas de estas cuestiones que hoy nos entristecen no hubieran ocurrido —dijo con tono afligido.

—Nada de eso, muchacho, tú no eres responsable de eso. Mi esposa, el amor de mi vida, vivió muchas situaciones duras a mi lado, las transitó con la tristeza que merecían, pero con ganas de salir adelante. Es evidente que había llegado su hora de partir. Y aunque me duela cada día más su ausencia, casi como una daga clavándoseme en el pecho, debo creer que era necesaria en aquel lugar y que allí está mejor. —La voz se cortó por la emoción. Ya habían llegado a los sillones y los tres estaban parados esperando que pasara la emoción de Sabino para ayudarlo a sentarse.

—Es así, aitona. La amona está feliz del otro lado. No solo estoy segura porque creo eso, sino que la he visto. —La mirada sorprendida de Sabino se posó en Alma—. Vení, sentate. Necesito contarte. —Paulo quedó sorprendido también. Ayudaron a Sabino, que tomó asiento en el sillón de dos cuerpos. Alma lo hizo a su lado y tomó su mano derecha. Paulo se acuclilló frente a ambos. Todos en la casa se acercaron; Karen y Guille, que habían permanecido en la cocina en silencio, junto a la nona Donatella, se aproximaron lentamente y ayudaron a la nona a acomodarse en un silloncito pegado, emocionados por el momento. Jorge lo hizo en el sillón de un cuerpo y Lola, arriba de su abuelo. Alma vio entonces a Karen, Guille y a la nona. Los abrazó de a uno.

—Nona, ¿cómo estás? Te extrañé tanto.

—*Tutto bene, bimba. Ti veo bene a te.*

—Estoy bien, de a poco volveré a ser yo, nona. Escuchá esto que tengo para contar, a vos te incluye —dijo, y volvió a su asiento al lado

de Sabino. De pronto se formó una atmósfera de intimidad y amor que podía percibirse. Alma pensó bien lo que iba a narrar—. Siempre estuve algo enojada con mami porque, desde que se fue, solo ha elegido comunicarse a través de Lola, que es la única que la ha soñado. —Todos giraron a ver a Lola, que hinchó el pecho orgullosa de ser la que recibía ese honor, aunque sin comprender, de manera acabada, de lo que hablaban—. Le pedí siempre que se me apareciera en sueños, pero nunca lo hizo. Cuando la policía me sacó de la casa donde Mariano me tenía, tuve una descompensación seria. —Sabino miró a su hijo, que en silencio hizo gesto positivo—. Los doctores dicen que, al trasladarme, tuve un paro cardíaco y estuve técnicamente muerta por unos minutos. Cuando llegué al hospital, estaba en paro y comenzaron a reanimarme. Hicieron todo lo posible, pero yo no volvía. De pronto, sin que mediara ninguna acción por parte de ellos, volví.

—*Dio, mia figlia* —dijo, asombrada, la nona.

—Cuando empezó el paro, yo desperté en un lugar desconocido donde me esperaban mamá —miró con intención a Jorge y Karen—, el abuelo Carlo —miró la sorpresa en el rostro de la nona— y la amona. —Volvió a mirar a Sabino, que tenía los ojos repletos de lágrimas. —Los tres me esperaban con Lucio. —Al nombrarlo, cerró sus propios ojos, como si la mención de su nombre le doliera en el alma. Cuando abrió los abrió, miró a Paulo—. Lucio es el bebé que perdí, el hijo de Mariano. —La voz de Alma se quebró, Paulo le tomó con fuerza la mano para darle ánimos—. Todos ellos me esperaban para decirme que ese no era mi momento de morir. Yo no tenía energías. —Miró a Paulo como pidiendo disculpas—. Con todo lo que había pasado, ya no sabía cómo seguir. Pero ellos me hablaron, me dijeron que estaban cuidando a mi Lucio, que yo debía volver para seguir con mi vida y que, cuando fuera mi momento, todos me estarían esperando. La amona estaba bien, cuidando a mi Lucio, a mi mamá y peleando con el nono —dijo, y miró a Donatella, que sacaba un pañuelito de tela guardado en la manga derecha. Se secó las lágrimas y la miró a su vez, con una sonrisa—. Por ellos supe que tenía a este otro hijo en el vientre, el hijo del amor, el hijo de Paulo y mío. —Alma tocó su vientre aún plano—. La amona me dio fuerzas, me dio el empuje necesario para volver. Y acá estoy, aitona.

—Mi nena… Tu amona siempre fue una mujer fuerte, siempre cuidó a todos a su alrededor, tuve el honor de ser el hombre al que eligió para compartir su vida. —Sabino miró hacia arriba, como hablándole al cielo—. Gracias, amor de mi vida, por todos estos años de amor y felicidad. Sé que con mi sufrimiento no te estoy dejando ir,

pero es que me resulta tan difícil no tenerte.

—*Ti capisco, Sabino, non so come... Cuando il mio Carlo se fue, creí que non avrei mai ridere, eh... sono cui. Cuestas bimbas mi ravivare* —dijo Donatella con sinceridad y lágrimas.

—Lo sé. Sé que debo permitirle irse. Pero me cuesta mucho —expresó Sabino, triste.

—Te entiendo, aitona. Pero ahora todos te necesitamos fuerte, de a poco, no te apabulles. Lentamente dejará de doler tanto.

—Eso espero, espero poder recordarla con amor, con alegría, no con este dolor que tengo acá —pronunció a la vez que se tocaba el plexo—, pienso en ella y me da una puntada fuerte.

—Aitona, calmate. Es la tristeza. Acá estamos todos para ayudarte. Apoyate en nosotros —acotó, a su vez, Karen.

—Sabino, vosotros sois una gran familia, muy unidos. No dudo que en un corto tiempo esta tristeza va a menguar. Usted deberá ayudarnos en estos meses, en el nacimiento de nuestro hijo, usted es un eslabón muy importante en nuestras vidas, debe hacer lo necesario.

—Aita, la ausencia de ama va a doler siempre. Pero de a poco nos haremos a la idea.

—Tenés razón, Jorgito. Todos la sienten. Perdónenme. La extraño tanto, he pasado más años de mi vida junto a ella que sin ella, y yo siempre creí que yo iba a irme primero, con mi hipertensión, mis comidas y panes, sin registrar lo que me indican los médicos. Estaba seguro, ella siempre fue tan correcta, hacía caso de los médicos, me retaba todo el tiempo. —Las lágrimas volvían a surgir—. Nunca me preparé para perderla.

—*Nessuno, Sabino. Lo hemos parlado. Nessuno é preparado per la morte del suo amor. Carlo sigue doliendo quí.* —Se tocó su pecho—. *Ma a volte mi hago la stupida, trato de no sentire.*

—Aitona —volvió a hablar Karen—, ella no querría verte así, no te permitiría dejarte morir de tristeza. Te hubiera hecho reaccionar con uno de sus retos característicos. Fuerza, aitona.

—Sí, sé que todos tienen razón, pero... —Sabino miraba el suelo, Alma le tomó la mano.

—Aitona, mi bebé te necesita.

—Y voy a estar, mi niña. Te lo prometo. —La frase de Alma pareció una inyección de vida—. Vamos, familia, tenemos que sentarnos a comer. Mi mujer no nos hubiera perdonado que se enfriara la comida. —Se levantó como si tuviese un resorte y comenzó a organizar, igual que lo solía hacer la amona.

—Así me gusta —dijo Guille, abrazando a Sabino, cuando pasó a su lado—. Ella nunca nos perdonaría que la olvidáramos ni que no la

nombráramos para no sufrir. Ella debe seguir viva en nuestras vidas, en las charlas, en las comidas.

Sabino le dio unos golpes en la espalda.

—Gracias, Guille. Lo sé. —Se pusieron a armar la mesa, Donatella se dirigió a la cocina y sirvió los fideos a la carbonara que había preparado—. Lamento decirles que no he preparado ninguno de mis panes —anunció Sabino a la vez que ponía un vino tinto en la mesa—. Prometo volver a hacer mis famosos panes. Este de hoy lo hizo el panadero de la esquina, no es gran cosa, pero... es pasable.

Todos rieron.

—Aitona —dijo Lola a la vez que le tiraba de la manga de la campera de lana—, te quiero mucho.

—Y yo a vos, belleza. Vos y ese bebito que tiene la mamina en la panza son mi gasolina, son mis ganas de vivir.

—Mirá, aitona, yo coche no soy, pero si no vas a estar tan triste, le digo a mami que me haga un disfraz de micro o de avión.

Todos rieron ante la ocurrencia de la pequeña Lola, tan sabia para su corta edad. Se fueron sentando y disfrutando la cena un poco más distendidos. Paulo se acercó por detrás de Alma y la ayudó a tomar asiento, le habló al oído: —No fue tan difícil, ¿no? —concluyó al oído, y le dio un besito en la mejilla.

—Te amo. Gracias por tu apoyo.

—Siempre.

Se sentaron a la mesa y comenzaron la comida. Los ánimos fueron mejorando lentamente, Lola siempre era un motivo de risas con sus ocurrencias.

## Capítulo 12

Valentina traía en su valijita la poca ropa que iba a necesitar en esa estadía corta, pero lo más importante, cargaba el informe que había preparado para su Paulito y Alma acerca de la personalidad del bebé que estaban esperando. Había agregado uno extra, aunque ese iba a dárselo solo a Paulo, no quería generar problemas, pero su hijo debía saber eso también.

Desde aquella noche en que subió al avión de Iberia, a escondidas, para escapar de un gobierno de facto que le había arrebatado al amor de su vida, no había pensado en regresar. Sin embargo, era la segunda vez que lo hacía en menos de un año. Esta vez era por una noticia feliz. Volvía para participar del casamiento de Alma y Paulo. Llegaba a Argentina unos días antes, necesitaba estar con su hijo el día de su cumpleaños, y luego ayudar a preparar la boda que ocurriría una semana después, el 8 de noviembre. En la penumbra de la cabina del avión, mientras los demás pasajeros dormían, ella seguía pensando en todos los acontecimientos que habían vivido ella, su Paulito y Almita en ese tiempo. Hizo un *racconto* de lo acontecido y de cómo habían cambiado sus vidas en tan poco tiempo.

Escuchar y ver a Paulo tan enamorado, tan feliz, le daba una sensación de plenitud. Lo había visto en pareja, con muchas mujeres en su vida. Nunca lo vio realmente enamorado, entregado a una persona. Alma había sabido tocar en él unas fibras que estaban ocultas y que nadie supo encontrar antes. Alma, Almita... esa pobre niña, había sufrido mucho dolor en su vida. Alma había perdido a muchos de sus seres queridos, demasiadas pérdidas, esas ausencias dolían mucho más al pasar el tiempo. Gracias a Dios, Alma y Paulo habían logrado encontrarse, el hilo rojo nunca se cortaba. ¿Y qué mejor elemento para unirlos que el agua? La astróloga que vivía en ella analizaba todo a su alrededor y no le había pasado inadvertido ese elemento que llevó, literalmente, el cuerpo de Alma (quebrado, destruido por las pérdidas) a las manos sanadoras de Paulito.

Valentina lo razonaba, lo ensayaba para explicarles a ambos: «El agua es energía en estado puro, se relaciona con las emociones, los sentimientos, la profundidad, la calma, la reflexión. El agua es creadora de vida, como la bolsa uterina en la que se gestan los niños, es símbolo de transición y transformación. Justamente Alma y Paulito vivieron esta transformación, estos cambios. Sus vidas tranquilas se volvieron un remolino, el amor los sacudió con sentimientos tan profundos que ellos no creyeron sentir nunca, y, luego de aceptar la nueva realidad, la calma y la reflexión se hicieron presentes. Ellos mismos se transformaron a partir de su unión, eran otras personas». Valentina concluía: «Aquella noche, en la que el agua fue el hilo conductor, sus vidas se hicieron una. El universo siempre conspira para unir a las almas, o para recordarles a los espíritus enamorados que el amor está cerca».

En ese mismo vuelo, Valentina traía consigo a personas muy queridas para Paulo. La decisión de celebrar la boda fue muy rápida y, debido al estrés que había vivido Almita, querían evitar un vuelo para celebrarla en España. Se decidió realizar la boda civil y por iglesia en La Plata, ciudad que los reunió. Pero habían prometido repetir una bendición en la iglesia San Antonio de los Alemanes, en Madrid. En esa misma iglesia, Paulo había sido bautizado y el padre Julián esperaba darle la bendición a ese matrimonio que comenzaría, y al bebé. Allí había sido el primer refugio adonde Valentina había corrido a descargar su sufrimiento y su enojo por la muerte de Alejandro en un país convulsionado.

El padre Julián, el párroco de esa iglesia tan querida, había sabido hablarle como para calmarla y encontrar juntos la resignación y el perdón necesarios para sobrevivir. Fue el mismo sacerdote quien tuvo varias charlas con Paulo acerca de su padre, de su crecimiento, de lo que Dios esperaba de él. Le había dado todos los sacramentos, el matrimonio no podía faltarle. El padre Julián había sido su puerto seguro todos estos años, con él, Valentina había hablado sus miedos, sus teorías sobre su hijo, había hablado acerca del temor durante las misiones que Paulo debía cumplir en puntos riesgosos del planeta, su secuestro en Colombia, su secuestro en Argentina. Ella entraba a la casa parroquial y pasaban horas hablando.

Valentina cerró los ojos (viajar en avión aún la asustaba; luego de su huida, nunca pudo recuperar la tranquilidad para volar) y comenzó a visualizar esa iglesia que tanta paz le había dado: su fachada sobria, tanto que pasaría inadvertida en el bullicio normal de la Gran Vía; su forma elíptica, su pintura al fresco; su interior, con una arquitectura barroca; las esculturas de los retablos, que creaban un efecto de lujo,

movimiento y colorido; los muros curvos cubiertos de pinturas de los milagros de San Antonio. Toda la imagen que rememoraba Valentina le transmitía paz. Luego visualizó el rostro sonriente del padre Julián, apenas si la aventajaba en unos años. Julián había sabido ayudarla y apoyarla en la crianza de Paulo. Ese rostro, siempre que lo evocaba, le generaba paz. Paz y algunos sentimientos que ella misma se negaba. En ese momento, mientras recorría mentalmente el rostro de Julián, una pregunta se colaba en sus pensamientos: «¿Cómo sabrá un beso de Julián?». De manera instintiva, casi como si alguien del resto del pasaje adivinara sus pensamientos, abrió los ojos sorpresivamente, como queriendo explicar lo que había pensado. Se calmó al mirar alrededor y comprobar que nadie reparaba en ella: «Valentina, Valentina..., esos pensamientos impuros te llevarán al infierno. Julián es un hombre de Dios y está vedado, maldita mi suerte», se repetía en su mente como un mantra, mientras respiraba profundo e intentaba volver a sus visiones de paz. Pero apenas cerraba los ojos, su cerebro volvía a traicionarla proyectando imágenes, como si fueran las de una película, en la que Julián se despojaba de su camisa y del cuello de cura, la tomaba en sus brazos y la besaba con una suavidad increíble, la tocaba, como si ella fuera de cristal. Sintió de pronto el cosquilleo en sus pezones y un latido en la vagina. Julián la desvestía justo cuando algo la desconcentró. Un ronquido fuerte la volvió a la realidad.

El hermano de Valentina, Fernando, iba sentado en el asiento de la ventanilla, al lado de ella. Estaba profundamente dormido; era evidente, a él no lo afectaba la altura ni el avión. Viajaban, además, uno de los primos de Paulo, con su esposa, era uno de los hijos de Fernando. El resto de la familia, por cuestiones laborales o de salud, no habían podido asistir. El ronquido de Fernando sacó a Valentina de su visión. Molesta, le pegó un codazo para que dejara de bramar. El roncador no solo no se despertó, sino que se acomodó mejor en el asiento para continuar con unos ruidos un tanto más suaves. Borja, sentado en la misma hilera que Valentina, pero dos asientos más atrás, notó su molestia. Se acercó para ofrecerle ayuda.

—Valentina, si te molestan los ronquidos de don Fernando, permíteme cambiarme de asiento.

—Gracias, hijo. Te agradezco. Estoy acostumbrada. No puedo dormir por otra causa.

—Lo imagino. Es que esta boda tan apurada no os ha dado tiempo de prepararse para la idea de perderlo. ¿A que sí?

—Tampoco, hijo, gracias a la Virgen que Paulito encontró a Alma y que ambos se adoran. Sé que no lo pierdo, sé que gano una hija. Ellos

viajarán y se quedarán a vivir una vez al año en mi departamento.

—Pues entonces, ¿qué te tiene en vilo, por qué no descansas?

—Es este miedo a volar, hijo, que me quedó desde mi vuelo de regreso a Madrid cuando estaba embarazada de Paulito. Nunca he superado este temor.

—Valentina, no imaginaba que tuvieses esta fobia. Debes relajar el cuerpo y visualizar algún lugar que te dé paz.

—Eso intentaba, hijo, pero este Fernando me cortó la paz con sus sonidos. Despreocúpate. Ya pasará.

—¿Qué hacemos, Valentina? ¿Le contamos a Paulo la novedad de María de los Ángeles? No quiero pasar por chivato, pero no creo que sea buena idea que se entere en Madrid cuando se vean cara a cara.

—No estoy segura aún, Borja. No tengo claro qué es lo mejor, si decirle o esperar. ¿Tú crees que haríamos bien en decirle en este momento? ¿Y si esperásemos a la vuelta de la luna de miel?

—Yo creo que sería mejor darle la noticia lo antes posible. Ella puede aparecer o lograr comunicarse por algún medio, y lo mejor es que él esté al tanto. Además, no quiero que nos culpe de ocultarle algo tan importante.

—Sí, entiendo por dónde vas. Pero es que ella misma no se acercó hasta muy tarde. De todos modos, esto no hubiera cambiado nada entre ellos. Mi hijo es un hombre de bien.

—Lo sé. Y porque conozco a Paulo, sé que mi amigo necesita saberlo cuanto antes.

—Sí, creo que llevas razón. Déjame hablarlo con él en el momento que crea oportuno.

—Bien, sabes que puedo asistirte en esa charla. Conozco a mi amigo. Cuenta conmigo, Valentina. —Borja se quedó pensativo, acuclillado en el pasillo.

—Gracias, hijo, sé que cuento contigo y que mi hijo también. Ve a descansar. Mañana cuando lleguemos será un día de mucho trajín, y si no descansas ahora, y con el cambio de horario, te me vas a dormir estando de pie.

—Está bien, Valentina. Pero si cambias de idea, me dices y me vengo a dormir con el roncador oficial de Madrid —dijo a la vez que se levantaba para dirigirse a su asiento. En la misma hilera de Borja estaban sentados dos amigos más de Paulo: Manuel y Santiago. Ellos pensaban tomarse unos días para conocer Argentina.

El rencuentro de Paulo con sus amigos y su familia fue muy emocionante. Valentina, Fernando, el primo Víctor y su esposa Raquel fueron los primeros en saludarlo, también a Alma, a la familia Girat y a toda la familia Recabarren; luego Borja, Santiago y Manuel. Ese

primer día, todos lo pasaron conociendo La Plata. Adrián, Germán y Paulo los hicieron pasear y conocer la ciudad donde Paulo había encontrado a la mujer de su vida y donde Valentina había amado y perdido el amor. Se realizaron comidas en los días previos a la boda. Todos los viajeros se habían hospedado en el bonito hotel donde, cada año, paraba Paulo cuando venía al país a visitar a su familia.

El jueves 31 de octubre, el día del cumpleaños de Paulo, todos se dispusieron a festejarlo a su modo y con sus propias sorpresas. Alma se despertó esa mañana y le preparó un desayuno que le llevó a la cama. Lo despertó con unos besos suaves por todo el rostro y, cuando Paulo intentó adentrarse en su boca, Alma le dijo: —Feliz cumpleaños, caballero de la noble armadura, abra bien los ojitos porque hoy será un día repleto de sorpresas. —Acto seguido, le puso delante la bandeja con el desayuno: un café cargado y aromático, como le gustaba a él, un jugo de naranjas recién exprimidas, unas tostadas tibias, unas medialunas, manteca, dulces, fiambre y un paquete. Paulo se sentó en la cama con una amplia sonrisa, casi juguetón, y la invitó a hacer lo mismo a su lado.

—Pequeña, me has sorprendido, no esperaba iniciar el día de este modo —exclamó revisando todo lo que contenía la bandeja.

—Ay, cielo, ¿me vas a decir que tu mamá no te preparaba desayunos así en tus cumples?

—Sí, cuando era un crío. Ya de grande no vivía con ella, y la mayor parte de las veces estaba en algún viaje por mi trabajo, así que todo era por teléfono o Skype.

—Espero —dijo ella tocando su vientre que comenzaba a abultarse — que este caballerito o princesita no me haga lo mismo a mí. Flor de castigo si no me deja estar con él el día de su cumpleaños —expresó como retando a su pancita.

—Pues, pequeña, seremos dos. Ahora que estoy por ser padre entiendo lo difícil que ha sido para mi madre. Sé que me ama como nadie, y yo a ella, pero me doy cuenta de que no le he permitido estar cerca en situaciones importantes.

—Por suerte tenemos todo el tiempo ahora para remediarlo. Este mediodía te vas a ir con ella a almorzar, y con tu tío.

—¿Cómo es eso? ¿Y tú? —dijo sorprendido.

—Yo voy a estar ocupada organizando la cena con tu familia, tus amigos, mi familia y mis amigas.

—Dios, es que el día recién comienza y ya me has dado tantas sorpresas.

—Tendríamos que ir pensando nombres para el bebé, ¿no te parece?

—Pues sí, yo estaba esperando a saber qué será para buscarle el nombre. Te aviso, pequeña, que para mí es muy importante, estoy seguro de que el nombre imprime carácter.

—Totalmente de acuerdo, pienso lo mismo.

—No será fácil ponernos de acuerdo, pero debemos empezar a buscar.

—Dale, pero hoy tenemos otro tema, también importante. —Y ante el gesto de duda de Paulo, ella aclaró—: Tu cumple, amor. —Él rió divertido—. Bueno, desayunemos y abrí este regalo —dijo ella a la vez que le daba el paquete.

—Pequeña, no deberías...

—Paulo Girat, ni se te ocurra terminar la frase. Sos el amor de mi vida, el hombre con el que voy a tener un hijo y compartir la vida, cómo no voy a llenarte de regalos. Te amo, te adoro con todo mi corazón, esto es solo una pequeña muestra de mis sentimientos.

Paulo, aún con la sonrisa, rompió el papel que tapaba el regalo. Cuando lo descubrió, lo miró con ojos de niño feliz. Se trataba de un Vitorinox Swiss Army Chrono Classic Watch. Un reloj simple en aspecto, pero elegante, sobrio, con muchas funcionalidades, pulsera de acero, cuadrante en tonalidad azul noche; contaba con cronógrafo y taquímetro y era resistente al agua. Germán la había ayudado a elegirlo. Alma estaba orgullosa de su obsequio.

—Pequeña, ¿cómo supiste? Este reloj...

—Te escucho, siempre te escucho. Has mencionado algunas veces que este reloj te gustaba. Además, recordé que llevabas el de tu papá hasta el secuestro. Y bueno...

—Pero... te debe de haber salido una barbaridad.

—Qué fea actitud, caballero, en lugar de agradecer está preguntando el costo de su presente—dijo Alma haciéndose la ofendida—. Espero sea de su agrado, como lo es del mío. El costo es nada, ¿en quién puedo gastar mejor? En el amor de mi vida, y en este porotito, pero hasta no cumplir los tres meses, ni mis abuelas ni mi mamá me permitirían comprarle nada; así que aproveche mi generosidad, caballero.

—Gracias, hermosa, gracias. —La abrazó con fuerza y la besó con premura. Fueron corriendo la bandeja a medida que su beso se fue haciendo más exigente. Paulo la fue acostando y ella fue dejándose llevar hasta que un rostro, ya conocido, hizo su aparición. Ella se puso tensa en segundos y Paulo notó ese cambio. Quería hacerle el amor, moría por estar dentro de ella, pero necesitaba que fuera ella la que lo pidiera, que fuera ella misma la que alejara ese fantasma. No quería forzar nada. Fue besando más levemente, subió su rostro y la observó

con una sonrisa—. Eres lo más hermoso que he visto en mi vida, pequeña. Pero vamos a desayunar, que no quiero que se desperdicie nada de este sabroso desayuno que has preparado. —En su interior estaba tratando de pensar en cosas que lo ayudaran a bajar la tremenda erección que tenía. Alma se levantó, casi tan aturdida como Paulo, ella también se estremecía con cada roce, aunque percibió algo de alivio. Se sentía mal por no poder darles rienda suelta a sus necesidades ni a las de Paulo. Con su psicóloga estaban trabajando estrategias para sepultar en su mente a Mariano.

—Volviendo al tema de los nombres —retomó Alma—, tengo unos en la cabeza, de nena y de nene, a ver qué te parecen.

—Dispara —dijo él, estaba contento.

—De niño me gustan Gael y Alejandro. De niña no tengo tantas opciones, me gusta Florencia. Antes de que digas nada, dejame explicarte por qué cada nombre. —Alma se adelantó cuando vio que Paulo intentaba dar su opinión.

—Adelante, dime.

—Gael es un nombre sofisticado, es celta, una cultura que me apasiona, significa «señor generoso», y me encanta. Es una característica que definitivamente me gustaría que tuviera nuestro hijo: generoso de corazón, que ame y sea amigo sin límites, pero que también sea generoso en dar ayuda. Me encanta.

—Llevas razón, pequeña. Me gusta. No lo había pensado. Continúa.

—Alejandro. Bueno, en primer lugar, porque tu padre se llamaba así, pero es un nombre griego que significa «el protector», y también quiero esa característica en nuestro hijo.

—Me gusta su significado y me honra que lo pensaras por mi padre. Pero en este caso voy a disentir contigo. Mi padre fue un gran hombre, pero su vida se truncó muy temprano. No quiero eso para mi hijo y, como te dije antes, para mí el nombre imprime carácter, y si le ponemos Alejandro por mi padre, temo que le suceda algo parecido. —El rostro de Paulo expresaba, en su gesto, el dolor que había significado no tener a su padre y lo que podría representar perder a su hijo—. No quiero heredarle esa carga.

—Entiendo, te entiendo perfectamente, cielo. Alejandro queda afuera entonces.

—Propongo otro nombre de varón: Gabriel. Es, como seguro sabes, un nombre hebreo, cuyo significado es «la fuerza y el poder de Dios».

—Me encanta, cielo. Me gusta mucho el significado. Está en la lista, definitivamente.

—Bien, vamos con el de niña.

—El de niña, Florencia, es un nombre latino que significa «bella

como una flor», y espero que nuestra hija lo sea, pero más que una belleza física espero una belleza interior y una profundidad que luego se transparente en su rostro. Además, bueno, para ser honesta, mi escritora favorita se llama así.

—Pequeña, no dejas de sorprenderme. Eres tan profunda en todo. Me encanta ese nombre. Me encanta Florencia. La verdad es que hemos hablado mucho, de tantos temas, pero no sabía que tuvieras una escritora favorita.

—Sí, lamentablemente los libros que tenía de ella los perdí en la inundación, pero es genial. Es argentina, Florencia Bonelli. Escribe dentro del género romántico-histórico. Es... increíble.

—Pues ya creo que me has convencido del todo, amor. Y ve pensando qué libro de esa autora vamos a comprar, que ya quiero leerlo contigo y compartir esa pasión.

—Ufff, te va a gustar; además de que escribe historias divinas, hace unas investigaciones geniales. En la última trilogía que sacó, *Caballo de fuego*, habla del mundo del petróleo, de la guerra de guerrillas en Congo, de la eterna pelea en Gaza...

Siguieron hablando de los libros. Desayunaron juntos, Paulo se puso su regalo ni bien terminó de ducharse y se preparó para el almuerzo con su madre y su tío, que le había organizado Alma. Ella se quedó en casa de su padre para terminar los arreglos de la reunión de la noche.

Paulo, Valentina y Fernando fueron al restaurante donde Alma les había hecho reserva. Un restaurante especializado en parrilla argentina, en las afueras de la ciudad. La idea era que no tuvieran problemas con el estacionamiento y, además, poder probar de todo un poco de la famosa parrilla. Se acomodaron y Valentina le dio a su hijo su regalo: una cadena de oro con un dije de San Benito.

—Este, mi niño, es el regalo que decidí este año. —Viendo el gesto de no comprensión de Paulo, aclaró—: Sé que no eres de practicar efectivamente la religión, pero este año la vida te ha dado muchos reveses, mi niño, y he conversado con Julián este tema. Temo por ti, por Almita y por mi nieto, así que le consulté cómo podía acercarte más protección, y él no dudó. Me dijo: «San Benito es el indicado». Se lo encargó a un orfebre amigo suyo, que es quien le confecciona los cálices. Es de oro y está bendecido, hijo. No puedo darte más protección que esta, y creo que no es poca.

—Belleza, mamá, me hace feliz que pienses tanto en mí, en nosotros, pero quiero sacarte un poco de temor. —Se puso la cadena y, al terminar de abrocharla, la besó—. Ya nada ni nadie podrá hacernos daño, estamos muy unidos por el amor.

—Cuánta alegría me da escucharte, hijo. Pero uno nunca debe bajar las defensas. Desgraciadamente, siempre hay gente mala o con malos pensamientos.

—Le agradeces al padre Julián de mi parte. En cuanto podamos regresar a Madrid, iré a hacerlo personalmente. —Paulo le dio un beso a su madre con un abrazo grande. Estaban sentados del mismo lado de la mesa.

—Ala, ala, basta ya de estas cuestiones melodramáticas, ahora es el turno de tu tío favorito —dijo Fernando haciendo uso de su buen humor—. Que te he traído un regalo de infarto, sobrino. Toma. —E hizo entrega. Paulo demostró su alegría, con un brillo especial en sus ojos, al ver el símbolo de la bolsa: el escudo con el círculo, la corona y las tres letras características: MFC. Se trataba de una camiseta original del equipo de fútbol de Real Madrid. En realidad dos: una del tamaño de Paulo y otra para un bebé. Paulo levantó la mirada con una amplia sonrisa—. Conste, sobrino, que es el último modelo, la que salió para la temporada 2013-2014: blanca con rayas en negro y naranja, con el nuevo sponsor: Fly Emirates.

—Tío, coño, muchas gracias, es que entiendo lo que debe de haberte costado conseguirla, si casi no se ha visto en los locales aún este modelo.

—Pues llevas razón, sobrino. He tenido que hablar con algunos contactos del club, pero ya ves, una para ti y otra para el niño. —Paulo se levantó y le dio a su tío esos abrazos bien masculinos con golpes en las espaldas. Volvieron a sentarse.

En mitad del almuerzo, cuando Valentina creyó conveniente, sacó un tema escabroso que debía comunicarle a su hijo.

—Paulito, mi niño, tengo una noticia para darte, que te impactará. No había encontrado el momento de decirla, pero creo que este es el adecuado.

—No me digas, mamá, que tienes un novio. Eso, más que impactarme, me pondría muy feliz —dijo él con su tono jocoso. El gesto grave de Valentina lo llevó a guardar silencio.

—Hijo, ojalá fuera algo así. Pero no. Desde que te fuiste de Madrid, no volvimos a saber nada de María de los Ángeles. Hace un mes, Borja la cruzó por la gran Vía, la vio... distinta. Ella se puso nerviosa. En cuanto lo supe por Borja, la busqué, nos sentamos a hablar y es lo que quiero contarte.

Un frío se extendió desde la nuca de Paulo hacia toda su espalda. Sabía que lo que iba a escuchar no sería bueno.

—Mamá, me estás empezando a preocupar.

—Escucha. María de los Ángeles está embarazada. —Paulo sintió

que el frío lo cubría completamente, se puso pálido—. Paulito, cálmate, por favor.

—Pero yo. No puede ser mío, yo...

—Escucha primero, y luego saca tus conclusiones. Ella dice que antes de tu viaje a Argentina, en marzo, estuvieron juntos. Que tú te habías cuidado porque ella había dejado el sistema anticonceptivo por unos meses, por un problemilla de salud.

—Es cierto. Lo recuerdo. Yo me cuidé en ese momento.

—Pues bien, ha debido fallar. Luego vino tu viaje, que se extendió más de lo esperado. Cuando decidiste cortar con ella, María aún no sabía del embarazo. Lo descubrió la semana que regresaste a Madrid. Se desesperó, ella sospechaba que estabas con otra mujer, pero no quería tenerte a su lado por obligación. Te quería con ella por ella, no por el bebé. —Paulo no emitía palabra, había vuelto a guardar silencio—. Todo lo que hizo para recuperarte, si bien reconoció que estuvo mal, lo hizo guiada por la desesperación. Incluso había acordado con su amiga de la aerolínea que no te consiguieran el tiquete para volar a Argentina, ¿recuerdas? Bien. Luego tú te fuiste de Madrid y ya no la atendiste. Dice que intentó comunicarte esta noticia, pero ya no respondías.

—Es cierto. Primero, estuve secuestrado, cuando recuperé la libertad y el teléfono, nunca más atendí sus llamadas.

—Bien, ella no iba a molestarte por un tiempo, y cuando hubiera nacido la niña...

—¿Niña? ¿Ya sabéis que es niña? —exclamó aún más sorprendido.

—Sí, Paulo. Ya sabemos que es niña porque nacerá en un mes y medio —intervino Fernando.

—¡Mes y medio! ¡Dios mío! Alma, ¿cómo se lo diré? Sigo insistiendo que no confío en María de los Ángeles. Después de lo que nos hizo, ¿cómo confiar en su palabra?

—No debes confiar, por supuesto. Cuando lo hablé con ella, ofreció realizarle un estudio de ADN luego del nacimiento.

—Y ten por seguro que lo voy a hacer. No confío en ella.

—Entendemos cómo debes sentirte, sobrino, pero ponte en su lugar. Ha de ser difícil enterarse de esto estando sola. —Paulo intentó hablar, pero Fernando lo interrumpió—. Eso no la disculpa, entiendo que lo que hizo no estuvo bien, todos estamos de acuerdo con eso, pero la desesperación nos lleva a comportarnos de modos inexplicables.

—¿Por qué Borja no me lo ha dicho?

—Borja habló con nosotros primero. Fue en el momento en que habían secuestrado a Alma. Yo no lo dejé decírtelo. No era el

momento.

—Bien. Pero ¿cómo puedo decirle esto a Alma sin lastimarla?

—Hijo, sé que esto va a doler. Pero Alma es una buena mujer. Debe entender que sucedió antes de que vosotros os conocierais y que tú estabas en pareja con María. Lo de vosotros, lo de Alma y tú, es mucho más profundo, eterno. Blanca solo vendrá al mundo para sumarse a vuestra familia.

—¿Blanca? ¿Así la llamará?

—Así será. Blanca Girat si tú decides reconocerla —dijo Fernando.

—Si es mi hija, lo haré. Soy un hombre de bien, jamás castigaría a la niña por los errores de la madre y míos.

—Con Almita, hijo, te aconsejaría que esperases a la luna de miel. Creo que la tranquilidad de unos días alejados, de todo y todos, os sentará de maravillas, sobre todo a ella —opinó Valentina, más esperanzada que convencida.

El resto del almuerzo ya perdió el tono festivo. Paulo estaba pensativo. La tarde giró en torno a los preparativos de la cena familiar. Adrián quiso que se realizara en su casa. Tenían un fondo bastante grande, parquizado, con una gran parrilla. El menú lo habían decidido con Germán, harían pollo al disco, con salsa de crema y vegetales. Alma notó algo distante a Paulo, supuso que era el cansancio. La cena estuvo perfecta. Asistieron todos los familiares madrileños de Paulo, los argentinos, los familiares de Alma y sus amigas. Todos agasajaron a Paulo con regalos, pero el que se llevó los elogios de la mayoría de los invitados fue el dibujo con muchos colores que había realizado Lola. La ilustración era de Paulo, según como lo veía Lola, salvando del agua de la inundación a Alma, que se veía acostada sobre una superficie oscura. Paulo era un superhéroe, casi flotando por sobre el río negro, y Alma, un ángel.

—Princesa, es una belleza tu regalo. Voy a ponerlo en un marco y estará colgado en nuestra casa.

—¿Te gustó, Palito? Me costó mucho hacerlo. Yo sabía que vos habías salvado a la mamina y que la sacaste del agua.

—Así fue, princesita.

—Pero mirá. —Señaló el dibujo, donde se veía a Paulo tomar de la mano a Alma—. Parece que estás volando, ¿no?

—Sí, así parece.

Lola lo acercó tirándole de la manga.

—Pero, shhhh, no digas nada. Vamos a decirles a todos que vos volabas, pero mirá. —Señaló una línea casi imperceptible que se veía por detrás de Paulo—. ¿Ves esa rayita?

—Sí, ahora que la señalas, me doy cuenta de que hay algo allí

detrás, ¿qué es?

—¡Una soga, Palito! ¿Cómo ibas a volar? Si vos no tenés súperpoderes, no podías volar de verdad —le explicó riendo.

—¿Cómo que no? Ahora vas a ver los poderes que tengo —dijo Paulo entre risas y tomando a Lola por la cintura; le hizo cosquillas, luego la levantó por sobre su cabeza y comenzó a caminar rápidamente con ella extendida con los brazos abiertos, como si volara —. Ahora, Lolita, yo me hago invisible y todos van a creer que tú vuelas sola, ya verás.

—Lolita, ¿estás flotando en el aire? Eyyy, vengan todos a ver cómo vuela Lola —dijo Amanda, que estaba a unos pasos de ellos y entró en el juego. Todos la felicitaban, la aplaudían y Lola sentía que realmente estaba volando.

—Palito —dijo susurrando para que ningún espectador se diera cuenta—, te guardo el secreto de los poderes. Total, en el dibujo no se nota.

—Bien dicho, princesa.

## Capítulo 13

Los días pasaron de modo rápido. Paulo y Alma fueron teniendo reuniones juntos y por separado. Despedidas de solteros con amigos y comidas familiares. Todos, parientes y amistades más cercanas, querían ayudar en la organización y en la realización de la boda, y cada uno asumió una responsabilidad. La idea era evitarles a los enamorados cualquier estrés.

Paulo y Alma habían organizado el casamiento en menos de un mes. Pato había ayudado con muchos elementos que ella tenía en claro por la preparación de su propia boda. El lugar del evento lo habían conseguido Adrián y Matilde. Ellos eran socios del Club Universitario de La Plata, que disponía de un lugar para eventos en el mismo predio que llamaban el «Tercer Tiempo». Ese lugar era un salón muy cálido, con apariencia de estancia rural y de estilo rústico. En medio de un parque cuidadosamente trabajado, entre canchas de rugby y hockey, subiendo una escalinata, se accedía a un *hall* de entrada donde se preparaba la recepción. El edificio tenía ladrillos a la vista y amplios ventanales que dejaban disfrutar de la naturaleza que lo rodeaba. Esa antesala tenía las islas con diferentes temáticas de comidas (mexicana, sushi, fiambres criollos). Una vez que se ingresaba al salón propiamente dicho, una mujer indicaba a qué mesa dirigirse. Las mismas estaban vestidas con manteles color manteca, y cada una contaba con un camino rústico que repetía el color manteca con dibujos en turquesa. Las sillas estaban vestidas con telas en mismo color y los respaldos tenían una cinta ancha también en color turquesa. Valentina y Raquel se habían hecho cargo de la decoración del salón. Raquel era *wedding planner* y tenía muchos conocimientos en el tema, que fueron aceptados por los novios. El salón había sido decorado con columnas de globos perlados en color manteca y turquesa, y telas que adornaban y caían con gracia desde el techo hasta acomodarse en los ventanales.

La ceremonia había sido muy emotiva. Lola había entrado delante

de su mamina, llevando, en un almohadoncito, las alianzas y el anillo de compromiso. Paulo y Valentina estaban parados en el altar, ambos con una sonrisa en sus rostros. Valentina había traído un hermoso vestido negro largo y angosto, con un corte debajo del busto, y un saco igual de largo que el vestido, en encaje, también negro. Su impecable cabello estaba recogido en un *chignon* deliberadamente desprolijo, con algunos mechones que caían a los costados y le daban un aire jovial. Paulo esperaba a su mujer muy nervioso. Quería verla, saber que todo estaba bien. La charla con Valentina lo había dejado preocupado, intranquilo. Debía hablarle, sabía que habían prometido no tener secretos, pero no sabía cómo encarar el tema. El traje que Paulo tenía era negro, con una corbata turquesa que le hacía resaltar los ojos. En el rostro se le veía una amplia sonrisa, pero en algún gesto, que pasaba inadvertido para muchos, se adivinaban sus nervios.

El padre Marcos estaba en el altar, esperando la entrada. Los primeros acordes indicaron el ingreso inminente. Todos se pusieron de pie. Las puertas se abrieron y la imagen de Alma, del brazo de Jorge, sobrecogió a los presentes, principalmente a Paulo. Estaba bellísima, casi angelical. Parecía que emanaba luz de todo su cuerpo. Su rostro mostraba una alegría suprema. El vestido era color marfil, con estilo sirena. El embarazo apenas comenzaba a notarse, así que la línea del vestido ceñido resaltaba las curvas de Alma, las partes que el embarazo había redondeado: el busto, las caderas. A la altura de la pelvis tenía una cinta gruesa de gasa drapeada que le disimulaba la incipiente pancita. El cabello estaba recogido en un peinado griego, con bucles que caían sobre un velo que arrastraba. El ramo de lilium, que llevaba en el antebrazo, estaba a tono con la imagen de luz que emitía ese bello ángel. La alegría de Alma se traslucía en la belleza, casi hipnótica, que emanaba. A su lado estaba Jorge, muy emocionado, llevando a su hija. Lola caminaba con su natural desparpajo, saludando a los conocidos que iba viendo en los bancos. Tenía un vestidito en color marfil que le llegaba casi hasta el piso, ceñido en el torso y luego vaporoso en la caída, y un lazo con un moño en color rosa intenso terminaba el atuendo. Una corona de pequeñas flores rosadas (en el mismo color que el lazo) adornaba la cabecita que giraba a uno y otro lados de la iglesia. Ella caminaba con un ritmo rápido, saludando a todos, distrayéndose, pero en cuanto vio a Paulo le sonrió y se dirigió directamente a él. Alma y Jorge venían más rezagados, con un ritmo que denotaba la emoción que los embargaba.

Paulo le hizo una sonrisa cómplice a Lola y luego fijó la vista, orgulloso, en la mujer que caminaba por el pasillo central hacia él. La

mujer con la que iba a vivir su vida, la mujer que iba a darle un hijo, su mujer.

Alma llegó al altar, Jorge le dio un beso en la mejilla y le entregó su mano al novio. Paulo le dio un abrazo rápido a Jorge y tomó a Alma. Acarició con sus labios el dorso y la trajo hacia sí. La ceremonia comenzó cuando el sacerdote se dispuso a hablar con su acostumbrado tono de reflexión. Luego de colocarse las alianzas, el padre Marcos le pidió a Valentina que hiciera entrega de lo que le había traído a Paulo. Valentina se acercó al sacerdote, abrió su *clutch* y sacó una bolsita bordada. Era algo que habían usado con Alejandro.

—Lo que ven aquí son las arras, son trece monedas de oro que la madre de Paulo, Valentina, usó en su propia boda, y antes que ella, sus propios padres. Las arras significan la promesa de compartir y cuidar los bienes futuros, es la aceptación de responsabilidades por parte de Paulo y Alma para que nunca falte nada en el futuro hogar que están formando. Son trece porque simbolizan los doce meses del año, y hay una más como acto de generosidad para compartir con los más desfavorecidos. Una vez bendecidas —el padre realizó la consagración en voz baja, haciendo la señal de la cruz sobre las arras y luego continuó— Valentina se las entregará a su hijo. —Valentina hizo lo propio, entregó el puñado de monedas a Paulo, que las recibió con ambas manos formando un cuenco—. Y luego él deberá dárselas a Alma. —Paulo a su vez las pasó a su mujer siguiendo la misma forma que su madre con él.

—Alma, recibe también estas arras: son prenda del cuidado que tendré de que no falte lo necesario en nuestro hogar.

Alma las tomó y respondió:

—Yo las recibo en señal del cuidado que tendré de que todo se aproveche en nuestro hogar.

—Oremos a Dios —propuso el padre— para que estos hermanos nuestros, Alma y Paulo, que hoy se unen en matrimonio, alcancen la felicidad en esta vida y en la otra.

Cuando el padre Marcos los declaró marido y mujer, una música celestial, instrumental, llenó toda la parroquia. Una sensación de alegría y emoción los invadió. Paulo y Alma se besaron, emocionados, y, al terminar el beso, se dijeron «te amo» casi al unísono, en voz muy baja, en una acción que más pudo leerse en sus labios que escucharse. Saludaron a todas las personas que estaban en la iglesia y que quisieron compartir con ellos ese momento tan especial de sus vidas. Luego todos se dirigieron al salón.

La fiesta fue un evento sencillo. No era mucha la gente, pero todos los invitados eran muy cercanos a Alma y Paulo. Además de a sus

familias, habían invitado también a dos personas con las que habían establecido un vínculo especial desde la misma noche en que se habían conocido: Mauro y Mónica. Ambos habían sido testigos del *flash* que los había obnubilado a ambos. Mónica seguía intentando convencer a Mauro de sentar cabeza y lo apremiaba a que bailara con varias amigas de Alma, para ver si alguna lo aceptaba. Mauro aprovechaba a bailar con varias, fiel a su estilo de seductor. Luego de la primera tanda de música, los amigos de Paulo ya estaban agazapados como tigres sobre sus presas, las amigas de Alma. Borja era uno de ellos y, mientras bailaba haciendo piruetas, se acercó a su amigo de toda la vida y le habló en secreto: —Es que estas argentinas, colega, sacan fuego. Una más bonita que la otra, ¿a que sí? Pero son difíciles de roer, chaval, es que tienen unas respuestas tan acertadas para todo.

—Exactamente esa fue una de las primeras cosillas que me atrajeron de Alma, colega.

—¿Cómo has hecho para no caer en sus brazos antes?

—¿En brazos de Alma?

—No, zopenco, mira que eres lerdo tú, me refiero a que no hayas caído en brazos de otra antes. Es que están de puta madre.

—Pues, alelado, es que ninguna me atrapó antes de ella —dijo haciendo cara de enojo—, sus salidas inteligentes, además de su belleza, que salta a la vista, me atraparon por completo. Dime —le dijo a la vez que pasaba su brazo por el hombro de su amigo; si se los miraba atentamente, parecían dos adolescentes contándose secretos, abrazados—, ¿cuál de todas ellas te ha colado?

—Pues, chaval, la rubita que está con ese vestido ceñido de infarto, la de colorado —respondió señalando a Amanda—, quisiera llevarla ya mismo a mi hotel.

—¿Estás de coña? Joder, mira que tienes mujeres para elegir, hombre. Pues justamente Amanda no podrá ser. Es que ella está con mi primo Germán. Son pareja hace unos meses —le contó, apenado, Paulo.

—La madre que me parió, la he visto todos estos días, colega, y me trae loco. Pero siempre está cerca Germán y, pues bien, me he quedado a la espera, no quiero salir cagando leches de este país y que el que me haga ir sea tu primo, colega. Pero mira que tengo un ojo crítico.

—Vale, tranquilo, tampoco es que le hayas tocado el culo, simplemente le has echado el ojo. ¿Y alguna otra?

—Pues sí, tampoco es que me haya enamorado hasta las trancas de ella. Pero definitivamente es una que llama la atención. Sí, sí hay otra.

—¿Cuál? Tal vez pueda darte buenas noticias —dijo, emocionado, Paulo.

—Pues, cabrón. No sé si te caerá bien la noticia, pero tu prima Marcelita es muy atractiva también y he estado conversando con ella todos estos días. —El gesto de felicidad de Paulo se cambió a uno de sorpresa.

—Anda, Borja, chaval. Tú sí que me la estás poniendo difícil. Mi prima Marcela es como mi hermana, no es mujer para una noche y luego adiós. Te conozco, te vuelves un capullo con ella y deberás vértelas conmigo y con mi primo Germán.

—Hostias, ¿es que estoy destinado a salir cagando leches de este país? —dijo Borja haciendo aspavientos con sus brazos, sobreactuando.

—Venga, hagamos un trato. Eres claro con ella, le dices qué intenciones tienes, sin mentir, y si ella acepta estar contigo, pues yo aceptaré.

—Tenemos un trato, colega —dijo Borja.

Los hombres siguieron bailando en medio de la muchedumbre que danzaba sobre la pista. Borja lentamente se fue acercando a Marcela, que bailaba sola en un grupo de mujeres. La tomó de la mano y comenzaron a danzar. Un momento después se sentaron a charlar en el *living* que se encontraba al costado del salón, ajenos por completo de la fiesta que los rodeaba. Paulo buscó de nuevo a su flamante esposa y la llevó a la pista. Ambos se movían tomados de la mano, felices, radiantes. Valentina se les unió y los abrazó a ambos.

—Mis amores, os veo tan felices. Me alegro tanto por vosotros y por ese niño que va a nacer. Y debo reconoceros que soy un poquito egoísta y me alegro por mí. Me hacéis tan feliz también a mí, chavales.

—Mamá, eres tan hermosa. Gracias por acompañarnos en todo.

—Valentina —dijo Alma mirándola a los ojos—, quiero agradecerte tus palabras, tu compañía en los momentos difíciles, tu cariño. Estoy feliz de tenerte tan cerca.

—Ayyy, mi pequeña Almita. No tienes idea de cuánto bien nos has hecho a mi niño y a mí. Yo soy la agradecida, no me alcanzará la vida para agradecerlo. Eres la única persona en el planeta que ha despertado este corazón que estuvo dormido siempre —le confió Valentina a la vez que tocaba el pecho de Paulo—, y lo haces feliz, así que cómo no quererte, niña. Y me darás un nieto. Dios mío..., yo debo darte gracias a ti. —Ambas mujeres se dieron un abrazo.

Jorge se acercó a ellos, dio unas palmadas en el hombro a Paulo y le dijo en voz baja: —Me la cuidas, muchacho. Por favor, no le digas

nada hasta tenerla en las sierras. Que el aire serrano y la tranquilidad ayudarán a que lo tome bien.

—Tranquilo, Jorge, así lo haré. Espero que no se enfade por no habérselo dicho antes, pero temía que con todo el estrés se descompensara. Lo hablé con usted, Jorge, por eso.

—Hiciste bien, Paulito. —Luego giró la cabeza y, en voz más alta, pidió—: Si me permiten, me llevo a Valentina a bailar. Para ser la envidia de todos los hombres de mi edad en esta fiesta —continuó mientras le tomaba la mano para irse al centro de la pista.

—Pequeña, vamos a sentarnos un rato, no quiero que te canses demasiado en tu estado —dijo Paulo algo preocupado.

—Tonto, estoy embarazada, no enferma. Me siento genial. —En ese momento, algo llamó la atención de Alma, algo que se movió detrás de uno de los cortinados. Se puso pálida y caminó decidida hacia allí. Paulo la siguió unos pasos detrás, sin comprender. Cuando llegó al cortinado, Alma tomó la tela con decisión y la corrió con un movimiento seco. A la altura de su cadera se revelaron Lola y un amigo que jugaban. El corazón de Alma latía acelerado, emitió un suspiro audible y les dijo a los pequeños que habían sido sorprendidos —. Lolita, vayan con tu amigo a jugar al salón. No se metan en los cortinados, que pueden enredarse y terminar tirándolos al piso.

—Bueno, mamina. Vení, Theo, vamos a los sillones, podemos armar un castillo con los almohadones. Las cortinas no sirven. —Los niños salieron corriendo, ajenos al temor que habían infundido a Alma. Amanda y Pato habían visto toda la escena, se acercaban con el celular de Amanda en la mano. Alma se giró y se encontró con Paulo, que la miraba sorprendido, sin comprender.

—¿Qué pasa, pequeña? ¿Por qué te has puesto tan nerviosa? —preguntó pasándole el dedo índice por el hombro y el brazo. Pudo notar que Alma temblaba.

—No, nada, es que... —No llegó a contestar. Amanda y Pato llegaron a rescatarla.

—Hola, galleguito lindo —dijo Amanda en su tono festivo, pero sus ojos miraron a Alma como indicándole que sabía lo que ocurría—. Te vamos a robar un minutito a la novia, tenemos que preparar lo de las ligas, ¿me la dejás?

Paulo, que aún no entendía nada y miraba a Alma esperando una respuesta, dijo: —No tengo problemas, chicas. Alma, ¿te sientes bien? ¿Quieres ir a sentarte? —Y un poco más cerca, para que solo ella escuchara—: ¿Por qué tiemblas, pequeña?

—Estoy bien, cielo. Es solo un poco de frío. Ya va a pasar.

Paulo se quedó en silencio, mirándola, para ver si podía leer en su

rostro lo que ocurría.

—Bien —dijo Paulo; se giró para mirar a Pato y Amanda—. Se las entrego solo unos minutos. Está con frío y solo yo puedo darle el calor que necesita.

—Uhhh, gallego acaparador, dejate de bobadas. Te la traigo en un ratito. —Las tres fueron, rápidamente, hacia el *hall* de entrada, donde no había gente. Cuando estuvieron allí y se aseguraron de que no hubiera nadie más, Amanda sacó su celular y buscó una imagen. Pato buscaba en una bolsita de tela todas las ligas que debían ponerle en los muslos a Alma. Amanda hablaba mientras buscaba, Alma seguía sorprendida—. Como te conocemos, amiga, sabemos que cuando fuiste hacia la ventana creíste ver un fantasma. Nosotras te prometimos que cada vez que eso pasara, te íbamos a mostrar esto —dijo a la vez que giraba el celular y lo ponía de frente al rostro de Alma. La imagen que se veía era la de un mausoleo con un apellido tallado en la piedra, en letras grandes—. Te dije que íbamos a ir.

—Amiga, fuimos el fin de semana pasado. ¿Viste cuando te dijimos que íbamos a comprarte tu regalo a Capital? En realidad, nos tomamos un avión a Comodoro —explicaba Pato mientras sacaba las ligas de la bolsa y miraba a Alma a los ojos—. Tardamos un día completo. Llegamos a Comodoro, el taxista nos llevó directamente al cementerio. Tomó un poquito de tiempo convencer al encargado de que nos indicara dónde encontrar su tumba. Tuvimos que explicarle que éramos tus hermanas, que él se había suicidado en tu secuestro y que, como no habías visto el cuerpo, no creías que estuviera muerto y que por eso tenías pesadillas todas las noches.

—Cuando le contamos todo eso, el cuidador se ablandó. Nos dijo que había seguido la noticia por la tele y que lo que te había hecho Mariano era imperdonable. No solo nos llevó al mausoleo familiar de los Urrutia, sino que abrió con la llave y nos dejó fotografiar esto. —Amanda buscó otra foto y se la puso a la vista de Alma. Se trataba de una del interior del panteón, se veían estantes libres, algunos estaban ocupados por féretros y el que ocupaba el centro de la imagen tenía una inscripción sobre el borde del estante que rezaba «Mariano Urrutia - 1980-2013».

—Sabemos que esto puede parecer algo de mal gusto justo hoy, amiga, en tu fiesta. Pero tenés que dejar de buscarlo en todos lados. Se fue. Ya no está y no podrá lastimarte nunca más —aseguró Pato a la vez que le apretaba el hombro y la miraba directo a los ojos.

—Así es. El cuidador nos dijo que él mismo lo puso en la bóveda, no pudieron abrir el cajón nunca, puesto que la autopsia y el tiro del suicidio hacían imposible verlo, pero ha visto a su madre venir a

llorarlo cada día, a la tarde. Media hora antes del cierre. Quería que te quedaras tranquila también él.

Alma lloraba en silencio. Miraba la foto y a sus amigas alternativamente.

—Gracias, chicas —dijo al fin. Las abrazó fuertemente y lloró en silencio—. Gracias por conocerme y saber lo que necesito, por entender mi miedo, por haberse ido hasta el fin del mundo para traerme esto.

—Amiga —dijo Pato enfrentándola—, ¿para qué están los amigos si no es para respetarse, conocerse y protegerse? Te quiero mucho, te queremos mucho —agregó a la vez que volvía a abrazarla.

—Sí, y ya es hora de que empieces a ser feliz. Los muertos, al cementerio; los vivos, a vivir. Viví amiga, que la vida es corta —acotó Amanda.

—Las adoro, chicas. ¡Gracias! —Las tres se volvieron a abrazar y luego se dedicaron a la tarea de poner cada una de las ligas en los muslos de Alma.

Una vez que el cielo empezaba a clarear, la gente de a poco se fue retirando. Alma, Paulo y sus familias despedían a todos al lado de la puerta de salida. Karen y Guille saludaron a todos. Guille a su vez cargaba con Lola, que se había quedado dormida hacía un rato.

—Los esperamos a almorzar, no se levanten tan tarde, ¿sí? —dijo Karen mirándolos a ambos al mismo tiempo—. Digo, así almorzamos todos y luego los llevamos al aeropuerto para que embarquen a tiempo.

—Está bien, hermanita —dijo Alma—, vamos ni bien nos levantemos.

—Dale. Vienen todos a casa. La familia de Paulo y nosotros. Guille los lleva cuando terminamos. ¿A qué hora tienen que estar? —Alma miró a Paulo para esperar su respuesta. Paulo le había dicho que debían abordar un avión pero no sabía el destino.

—Deberíamos estar en Aeroparque a las diecisiete —dijo Paulo, sonriendo, sin decir nada más.

—¡Malo! —dijo Alma, dándole un pequeño golpe en el hombro.

—Este hombre malo va a tenerte para él solo durante siete días, y ahora unas horitas —dijo Paulo tomándola de la cintura y acercándola para besarla.

—Pero primero, la vas a compartir un ratito, cuñado. —Se saludaron—. Nos vemos, chicos.

Paulo y Alma fueron llevados por Germán y Amanda al hotel donde ellos, junto a Pato y Martín, les habían regalado la noche de bodas. Se trataba del hotel Corregidor, un hotel muy lujoso, de cuatro

estrellas, ubicado en el casco urbano de la ciudad de La Plata. La habitación que les habían regalado era una suite ubicada en el décimo piso. Contaba con un estar en la entrada, muy cómodo y lujosamente amoblado, un dormitorio íntimo, con detalles de calidad y estilo, un baño principal increíble, un vestidor espejado y enormes ventanales que daban a la plaza San Martín, un pulmón verde de la ciudad. Paulo y Alma se cambiaron la ropa de la ceremonia por una ropa más común.

La noche de bodas se convirtió, en realidad, en mañana de bodas. Paulo y Alma ingresaron al hotel, para hacer el *check-in*, a las sies de la mañana. Agotados como estaban, entraron, se sacaron la ropa y se acostaron abrazados. En cuestión de minutos, Alma comenzó a respirar de modo lento y profundo, lo que le dio la pauta a Paulo de que se había quedado dormida. Y en cuestión de segundos, también él se había dormido.

Cuando el sol estaba llegando al centro de la esfera celeste, un rayo se coló por el *blackout* de uno de los ventanales. Alma se despertó primera. Miró a Paulo, que estaba a su derecha, profundamente dormido. Sintió orgullo al ver a ese hermoso hombre dormido a su lado. Ese hombre era su hombre, era su esposo ante la ley y ante Dios. La había elegido, la amaba, la deseaba, la cuidaba, la celaba. Era suyo.

—¿Le gusta lo que ve, *my lady*? —dijo Paulo, sorprendiéndola, él se había despertado y Alma no lo había notado, tan ensimismada estaba observando el cuerpo de Paulo.

—Me encanta —contestó ella con una sonrisa, y se acercó a besarlo. El beso fue siendo cada vez más exigente por parte de Alma.

—Pequeña, no sé si estás lista para hacer algo en este momento, ¿estás segura de esto? —preguntó, con precaución, Paulo. No quería apurarla, quería que ella superara ese trauma sin presionarla.

—¿Acaso vos no querés? ¿Ya no te excito? —consultó ella algo desilusionada, deteniendo las caricias que le hacía en el pecho.

—Pequeña, ¿me estás preguntando eso en verdad o estás de coña? —dijo a la vez que llevaba la mano derecha de Alma hacia su erección para que ella comprobara cuánto lo excitaba. El gesto de Alma se calmó al comprobarlo—. Nunca dejarás de excitarme, eres la única mujer del planeta que me pone así con solo mirarme. Pero no sé si tú estás preparada, no quiero que sientas obligación de cumplir conmigo porque es nuestra noche de bodas. Prefiero esperar a que realmente te sientas bien.

—Cielo —lo calmó ella, con una sonrisa en el rostro, emocionada por tanto cuidado por parte de su flamante esposo—, nada en el mundo me haría fingir algo con vos. —Tomó una de las manos de él y

la llevó hasta su ropa interior, corrió el borde y le hizo tocar su vagina. Enseguida Paulo notó la viscosidad y humedad características. El gesto de Paulo se cambió, se notó la urgencia de sentir ese cuerpo tan amado, de estar dentro de ella, de sentir todo aquello que durante meses no habían tenido.

—Pequeña, ¿estás segura? ¿Te sientes preparada? ¿No podríamos hacerle daño al niño? —La cabeza de Paulo tenía mil interrogantes que expresaba con rapidez.

—Cielo —pronunció Alma a la vez que comenzaba a besarlo muy sensualmente—, estoy lista.

—Sí, sí, pero... —Alma cortó las palabras de Paulo con un beso profundo que le quitó las pocas barreras que aún tenía en pie, y la tomó con fuerza y la apretó a su cuerpo, respondiendo a su intensidad —. Pequeña, tengamos cuidado, tengo tanta necesidad de ti, tanta... No quiero lastimarte, asustarte o lastimar a nuestro hijo.

—Amor, la obstetra me dijo que no hay peligros para el bebé, que debemos hacerlo con tranquilidad, pero físicamente no podrías lastimarlo a él si no me lastimás a mí, y sé que no lo vas a hacer.

—Jamás, antes de lastimarte me mato, pequeña.

—No seas tan exagerado, cuando el bebé esté afuera, tal vez un poquito más rudos nos podemos poner, ¿no te parece?

—Pequeña, pequeña, eres increíble, me pones a mil. Estoy duro como un tronco y me dices estas cosas y logras ponerme más duro aún.

—Es lo que quiero —agregó ella con una sonrisa pícara—. La obstetra dijo que la mejor posición para el bebé es que yo esté arriba, así no corremos riesgo con tu peso encima de mí —le explicó ella mientras se acomodaba, dejando al descubierto un camisolín de seda casi transparente que había comprado para la ocasión. La ropa interior era diminuta y muy sensual.

Alma se puso arriba de Paulo, mientras lo besaba con insistencia, y se acomodó a horcajadas. Luego siguió acariciando con sus labios el cuello, el pecho y bajando por su cuerpo. Lentamente fue tocando y mordisqueando cada centímetro de piel, Paulo se estremecía con cada beso, la piel se le erizaba. Estaba muy excitado, pero trataba de controlarse. No quería asustar a Alma ni quería que ella se sintiera agobiada, como les había sucedido en las ocasiones que lo habían probado. Se mantuvo quieto, con los ojos cerrados, disfrutando todo lo que Alma le hacía sentir. Había decidido que la vez que lo volvieran a intentar la dejaría a ella tomar el control, tal vez sentirse dueña de la situación le diera la confianza suficiente. Alma lo observada cada tanto, veía sus reacciones, se daba cuenta de lo mucho que le gustaba

a Paulo todo lo que le daba. Fue acercándose al miembro erecto. Siguió besando y lamiendo todo lo que encontraba a su paso; cuando llegó al pene, lo sintió aprisionado dentro de la ropa interior de Paulo. Le indicó que se levantara un poco, le quitó el calzoncillo y finalmente quedó libre. Cuando ella posó su mirada en el miembro, quiso tenerlo dentro de ella, pero un segundo después tuvo un *flash*, un rostro que se apareció en su mente de modo abrupto. Se asustó y se congeló. La quietud en la que quedó llamó la atención de Paulo, que notó el cambio.

—Pequeña...

—Estoy bien, estoy bien —susurró para calmarlo, cerró los ojos para apaciguar su pulso, que se había disparado. Centró su visión interior en el rostro de Mariano, que había irrumpido en la intimidad. Trató de concentrarse en él y le habló en su mente. A la vez que hacía eso, con los párpados bajos, masajeaba de a poco el miembro de Paulo con su mano, de arriba abajo, de manera intensa, fuerte. Paulo comenzó a gemir y volvió a recostarse. Alma mantuvo la cerrazón de su vista y le dijo al Mariano que no la dejaba ser la mujer de Paulo: «Hoy te vas, hoy elijo hacerte a un lado, elijo ser feliz. Te vas. No vas a manipularme desde la tumba, bastante me lastimaste ya... Te vas». Y acto seguido, con decisión, abrió los ojos y tomó con su boca el pene erecto de Paulo. Lo repentino de la acción sorprendió a Paulo, que emitió un gemido fuerte.

—Dios, ¡oh! Dios mío, pequeña. Esa boca, ¡Dios! Cómo te he extrañado... qué bien me la chupas, pequeña.

Alma succionaba, hacía entrar y salir el pene en su boca. Disfrutaba porque sabía que lo estaba haciendo gozar, pero disfrutaba más porque sabía que estaba ganando la batalla. Mantuvo sus ojos en el rostro de placer de Paulo, una de sus manos acariciaba los testículos. Dejaba los ojos abiertos porque temía cerrarlos y ver nuevamente a Mariano. Luego pasó a sentir su propio placer, su propia excitación. Tenía al hombre al que amaba en su boca, le estaba dando placer. Escucharlo gemir, además de las frases inconclusas de Paulo, la iba excitando cada vez más. Casi sin darse cuenta fue cerrando sus propios ojos y el rostro de Mariano no apareció. Solo fueron imágenes de placer, de ella y Paulo. Eso la motivó a succionar con mayor fuerza y a hincar levemente los dientes sobre el glande, acción que, ella sabía, enloquecía a Paulo. El pene comenzó a endurecerse aún más. Alma supo que Paulo no estaba lejos del orgasmo. Lo sacó de su boca de manera tan sorpresiva como lo había puesto, se levantó y se posicionó hasta estar a unos centímetros del rostro de Paulo, que abrió los ojos.

—Soy yo de nuevo. Soy libre, amor —dijo con una sonrisa en los labios, se puso a horcajadas de Paulo y, mientras él la tomaba y la besaba, ella corrió su ropa interior hacia un costado y se sentó sobre el miembro, sin dar aviso. El gemido de ambos fue estremecedor. Paulo se incorporó y la abrazó con firmeza.

—Dios mío, Alma... Te amo. ¡Dios!, cuánto te amo. —Debieron quedarse inmóviles y abrazados unos segundos. Sus cuerpos habían estado separados tanto tiempo que el sentirse unidos los estremeció a ambos hasta lo más profundo.

—Yo también, cielo, te amo más que a mi vida —murmuró Alma con un hilo de voz, totalmente conmovida.

—No quiero que vuelva a pasar un minuto sin poder tocarte, eres una adicción para mí, te pienso y necesito penetrarte, sentirte mía, sentir que soy tu dueño. —A la vez que la abrazaba, ambos realizaban una danza con sus cuerpos. Paulo la subía y la bajaba sobre su pene, y ella se refregaba hacia atrás y hacia delante. La desesperación de ambos, de sentirse unidos, los llevaba a moverse cada vez más rápido. Paulo le quitó el camisolín casi de un solo movimiento. Los pechos de Alma se movían al ritmo en que sus cuerpos se prodigaban placer. Desde que Alma había sido rescatada, Paulo la había visto varias veces desnuda, había contemplado esos pechos, pero se notaban mucho más grandes y turgentes, los pezones habían cambiado levemente de color, de un rosado lívido habían pasado a uno mucho más intenso. No los había tocado, los había deseado con intensidad, pero no había intentado tocarla para que ella no lo rechazara. Alma pareció leerle los pensamientos. Mientras se movía, le estiraba el pezón izquierdo y, cuando lo tuvo erecto, lo acercó a la boca de Paulo, invitándolo a succionarlo. Paulo la miró sorprendido, era real que Alma se había liberado de su fantasma. Sin darle un segundo para que se preparase, se dedicó a besar y chupar el pecho y, con la mano derecha, tomó el otro e inició unas caricias para prepararlo también. Los gemidos de Alma se hicieron más intensos y sus movimientos sobre el pene de Paulo, cada vez más profundos y seguidos. La boca de Paulo alternaba un pezón y el otro, el que quedaba libre era estirado por los dedos pulgar e índice. Ella se movía de manera frenética, Paulo supo que estaba llegando al orgasmo. Dejó de controlar su propio clímax, que venía retrasando desde que la penetró, y, en cuestión de segundos, ambos emitieron el grito triunfal que los elevó metros sobre la humanidad. Luego, se unieron en un abrazo repleto de temblores y estremecimientos.

—Te... amo. Dios, no sabés cuánto, cielo. —Alma temblaba y las palabras salían de sus labios entre respiraciones profundas para bajar

la agitación—. Dios, vos no sabés lo profundo que fue esta vez para mí, amor. Hacer el amor con vos siempre es una experiencia increíble, de otro mundo, pero hoy... —Su voz se entrecortó, Paulo aflojó el abrazo que la mantenía unida a su cuerpo, la miró para comprender qué le sucedía. Alma le tomó la mano derecha y la apoyó en su pecho, a la altura de su corazón, para que él sintiera el latido acelerado—. ¿Ves? Esto sos para mí, un fluir constante, una aceleración del corazón, sos lo puro, sos la vida. Hoy le dije adiós al fantasma, lo saqué de mi vida —se corrigió—, de nuestras vidas.

—Pequeña, agradezco al cielo y a Dios que te hayas liberado, nadie te retenía más que tú bajo ese poder que nos lastimó tanto.

—Lo sé, y quiero pedirte perdón por todo este tiempo que no pude darte el placer que tanto amo darte, que te mezquiné esta unión tan necesaria para nosotros. Pero es que con todo lo que viví, me sentía poco merecedora de vos, de esta felicidad. Y de algún modo, me autocastigaba.

—Creo que no tienes real magnitud de lo que siento por ti, pequeña. Siento que he caminado como un zombi toda la vida, buscando a esa persona ante la cual mi alma estuviera desnuda y encontrar en ella un alma desprovista de mentiras y secretos. Caminé sin prestar real atención, hasta que te vi; en ese momento, mi visión se agudizó, te vi y lo supe, supe que tu alma y la mía estaban unidas. Es tan extraordinario encontrar a ese alguien, encontrarte, que me conozcas tal y como soy, que me aceptes con mis errores y aciertos. Conocerte y adorarte sin poder encontrarte ni un solo defecto. Creo que no tienes verdadera dimensión de cómo has cambiado mi vida. Tú y mi hijo sois mi única razón de existir en esta tierra. No me alcanzará la vida para devolverte la alegría que me has dado al decir anoche «Sí, acepto». No podría existir sin necesitarte.

—Paulo, cielo, lo que decís... —Los ojos de Alma se anegaron.

—Pequeña, no llores, por favor, me destroza verte llorar.

—Pero es de emoción, cielo. Tus palabras me conmueven.

—Tú me conmueves, pequeña, tú eres mi corazón. No existen obstáculos que no pueda vencer por estar contigo. —Las lágrimas de Alma no dejaban de caer—. Ahora entiendes cómo me siento, ahora entiendes que, cuando nuestros cuerpos se unen, es como si se produjera una súper nova, porque con solo mirarte, pequeña, puedo hacerte mía. Tú eres el principio y el final de mi vida. Tú eres mi hogar.

Ambos se abrazaron, emocionados, conmocionados. Ella, por entender realmente la magnitud de los sentimientos de Paulo. Él, porque expresarle todo eso lo dejó como una persona que es operada a

corazón abierto, estaba sensibilizado, verbalizar todo eso lo hizo razonar hasta qué punto su vida y la de Alma estaban conectadas. Entendía qué lucha había librado esa mujer que temblaba en sus brazos, su mujer, durante todo ese tiempo. Entendía que el amor había triunfado por sobre la culpa, la mentira, el miedo, la muerte. Alma había luchado por ellos siempre, y él debía cuidarla y protegerla.

Germán y Amanda se habían ofrecido para llevarlos al aeropuerto, también Guille y Karen, así que decidieron ir en varios vehículos, en una caravana. Todos querían acompañar a los recién casados. Terminado el almuerzo y la sobremesa, fueron repartiéndose en los automóviles disponibles para recorrer el camino. Alma y Paulo se acomodaron con Germán y Amanda. El camino se hizo entretenido, Amanda siempre generaba un clima distendido, divertido, donde ella se encontraba.

—Me parece, señoras y señores, que hubo *noche de bodas* a full. Que mi amiga, aquí presente —decía Amanda hablando como si lo hiciera para un auditorio televisivo y ella fuera movilera—, tiene una sonrisa especial, de esas amplias que se cuelgan de oreja a oreja. —Paulo y Alma sonreían ante la ocurrencia, pero ninguno intentaba desmentirla—. Sí, sí. Confirmamos la noticia, esta sonrisa en el rostro de mi amiga solo puede haberla provocado el gallego con su habilidad amatoria. Sin más novedades, puesto que los mencionados no quieren dar declaraciones ni compartir más detalles con el público, volvemos a estudios centrales.

Llegaron al Aeroparque Jorge Newbery, se dirigieron a hacer el *check in*. Ahí, Alma se enteró de adónde viajaban. Paulo se acercó a la empleada de la línea aérea, entregó los comprobantes de los pasajes aéreos, su documentación y la de Alma. La mujer confirmó el vuelo a Córdoba Capital, que se encontraba en horario.

—¿Córdoba? —preguntó Alma sorprendida—. Pensé que, como vos no conocías mucho de mi país, querrías ir a algún lugar más estrafalario, cielo —aseguró ella con una sonrisa.

—¿Acaso no te gusta? —dijo él, algo pensativo.

—Me encanta, es una de las provincias de mi país que más me gusta, lo sabés, lo hemos hablado. Las sierras, el aire puro, la gente, la tonada, todo.

—¿En serio? No tenía idea. Bueno, entonces ha sido un acierto. Además, sé que cierta autora de novelas románticas e históricas ha nacido justamente en esta provincia. —Paulo se hacía el desentendido. Alma lo miraba con una sonrisa. Evidentemente, Paulo no mentía cuando le decía que recordaba cada cosa que habían hablado, que prestaba atención a todo lo que tuviera que ver con ella. Una alegría

infinita le colmaba el pecho—. De todos modos, *my lady*, la sorpresa continúa. Puesto que nuestro destino final no es la ciudad de Córdoba —informó con una sonrisa de autosuficiencia.

—¿Adónde vamos? Decime, por favor —pidió ella queriéndole sonsacar más datos.

—*My lady*, deberá esperar. —Paulo largó la carcajada al ver el enojo de Alma. La abrazó, tomándola por la parte baja de la cintura, y la acercó a su rostro—. Esa boquita enojada es una invitación, no puedo resistirme. —Y la besó con una suavidad increíble. Alma sintió que todo su cuerpo se aflojaba.

—Está bien, voy a aguantar la incertidumbre. Me tenés loca con este tema —confesó cuando finalmente él apartó su boca de la de ella y la dejó aún toda enloquecida.

Se fueron despidiendo de todo el tropel de personas que había querido acompañarlos. Abrazos y besos se repartían en una coreografía casi graciosa. Jorge le habló a Paulo, muy despacito, a la vez que lo abrazaba.

—Hijo, te pido que dejes pasar uno o dos días antes de hablar con ella, dejala aclimatarse. Y tené cerca los teléfonos por si se descompensa. Ya pasó los tres meses de embarazo, pero estas cosas pueden generar una situación fea. Hablale con el corazón, mi hija es una buena persona y va a entender.

—Espero que entienda, Jorge. No podría perdonarme que esto nos alejara, ella es lo que más quiero en este mundo, ella es mi mundo. —Se abrazaron. Luego fue el turno de Valentina.

—Hijo, te me cuidas y me cuidas a Almita. Cuando regreséis, os estaré esperando para despedirme antes de volver a Madrid. Aprovecharé esta semana para ver la tumba de tu padre. —Los ojos de Valentina se anegaron en lágrimas—. Es que ha pasado una vida y, pues, mira aún cómo me afecta. —Tomó un pañuelito de su cartera y se secó el llanto.

—Eres tan sensible, belleza. Ahora entiendo que aún te sientas unida a papá. Si a Alma o a mi hijo les pasara algo, no sé cómo podría seguir viviendo. Ahora te admiro más, mamá. —Ella lo abrazó emocionada—. Entiendo que te afecte tanto ir a ver a papá, no viste nunca su tumba. La vez anterior que estuviste en este país, cuando me repuse, no quisiste que te llevara.

—Es cierto, no estaba preparada, y esa vez vine por ti, pero asustada por tu secuestro. Cuando te supe a salvo, toda la tensión y el miedo acumulados me agobiaron. Me fui rápidamente de este país, no podía afrontar la visión de la tumba que me confirmaba todo lo que por años supuse.

—Tal vez ahora, mamá, puedas liberarte del fantasma y rehacer tu vida. —Valentina iba a protestar y Paulo le apoyó el índice en los labios para callarla—. Tal vez no vuelvas a enamorarte del mismo modo que con papá, ni con la misma intensidad. Pero sí puedes encontrar a alguien que te acompañe, que comparta contigo la vida.

—Lo dudo, hijo. —Valentina recordaba a Julián, sabía de su vocación y jamás se hubiera animado a confesarle lo que él despertaba en ella—. Pero como dices, no voy a cerrarme.

—Mejor así, bonita, ven, dame uno de esos abrazos que me llenan el corazón. —Se abrazaron con fuerza. Paulo cubría casi totalmente el cuerpito de Valentina con el suyo.

Unos minutos después, subían al avión. El vuelo duró casi una hora y cuarto, habían salido a horario y no había habido inconvenientes mientras viajaban. Las azafatas estaban algo alteradas por la presencia de Paulo y Alma en el avión. Los secuestros de ambos habían sido televisados y habían estado presentes en las noticias durante el tiempo que había durado cada uno. Pero, sobre todo, las excitaba la presencia de Paulo, se desvivían por atenderlo, su masculinidad, su belleza exótica, su presencia, su trato ameno, todo las atraía. Alma presenciaba todas las atenciones con una sonrisa, pero se sentía picada por los celos.

—Paulo, aquí le dejo un juguito de naranjas —se presentó la azafata por cuarta vez.

—¿Mariela, no es así? —La mujer afirmó con una sonrisa, le daba satisfacción que ese hombre impresionante recordara su nombre—. Te agradezco tu gesto, pero aquí se lo doy a mi mujer, que está esperando a mi hijo y seguro le viene de maravillas —dijo a la vez que entregaba el vasito a Alma. Esta lo recibió con una sonrisa leve y mirando a la azafata que, al caer en la cuenta de que esa mujercita que pasaba inadvertida a su lado ya no era una novia (como se había dicho en los noticieros), sino que era su esposa, se había sonrojado y puesto nerviosa.

—Por supuesto, perdónenme. No me había dado cuenta de su estado —se excusó confusa y avergonzada.

—No es nada, apenas se nota —dijo Alma posicionando sus manos en el vientre de cinco meses que comenzaba a abultarse.

—Permiso, voy por otro jugo, y otra vez le pido disculpas —dijo la azafata, y se retiró raudamente.

—Parece que voy a tener que acostumbrarme a que todas la mujeres del planeta se derritan en tu presencia y hasta casi se saquen la bombacha —acusó Alma en tren de broma, pero se notó en la inflexión de su voz que los celos la estaban acicateando.

—Mmm, pequeña, tú sabes que me excitas de cualquier modo. Pero verte así me pone a mil, ¿son celos eso que detecto en su voz, *my lady*?

—Nada que ver —se apuró a aclarar ella—, no soy una mujer celosa, odio a la gente celosa. —Bajó la vista, sabía que si él la miraba a los ojos podría leerle que sí eran los celos. Paulo acercó su rostro al de ella, tomó el de Alma con su dedo índice y la obligó a mirarlo.

—Podrán hablarme, intentar seducirme, hasta desvestirse. Nada ni nadie hará que me aleje de ti, pequeña. Soy tuyo, de nadie más, y que eso te quede bien claro. No existe en este mundo otra mujer que me haga sentir como lo haces tú. —Alma sonrió—. Recuerda que mi vida era un camino oscuro, sin intereses, sin emociones, hasta que te crucé. Ahí mi vida se volvió luz, sentimientos, pusiste mi mundo patas para arriba, Alma Recabarren.

—Espero que te sigas sintiendo así siempre, porque yo me siento igual. —Se abrazaron y se besaron con pasión. En medio del beso, se acercó la azafata y se quedó parada, sorprendida por la expresión de amor y pasión de esos dos. Envidiaba a Alma, quería un hombre como ese para ella. Tosió levemente para demostrar su presencia allí. Los besadores cesaron y ambos la miraron risueños.

—Le dejo el segundo juguito —indicó a la vez que le entregaba el vaso a Paulo, mirándolo fijamente.

—Gracias, me viene bien. Esta mujercita que ves a mi lado me vuelve tan loco que casi me olvido de todo. Un juguito nos vendrá bien.

La mujer se quedó con su sonrisa congelada, hizo un asentimiento con su cabeza, se dio vuelta y se marchó.

El descenso en la ciudad de Córdoba tampoco tuvo inconvenientes, retiraron su equipaje y se dirigieron a una casa de alquiler de vehículos. Paulo ya tenía reservado el de un automóvil económico pero cómodo. Se trataba de un Renault Clío, que ellos abordaron rápidamente. Alquiló, además, un GPS y, cuando puso la dirección y la localidad, Alma supo cuál era su destino final.

—¿Villa Giardino? No conozco, es cerca de La Falda, ¿no? —dijo emocionada.

—Así es, bella esposa. Estaremos a unos kilómetros de La Falda. En unas cabañas de ensueño.

—Genial, cielo, me encanta esta provincia y que eligieras un lugar que no conozco, me encanta que pienses en todos los detalles. Te amo. —Se acercó a él, antes de que pusiera en marcha el vehículo, y lo besó. La electricidad que los recorrió a ambos fue intensa.

—Pequeña, agradece que solo tenemos una hora y unos minutos de

viaje restante, que no es mucho. Te haría el amor aquí mismo, en presencia de todos. Me detiene, únicamente, que no soportaría que otro hombre te viera y gozara de tu cara de placer cuando te corres.

—¡Tonto! —dijo ella acariciándole la mejilla—. Vamos, tengo muchas ganas de llegar y hacerte el amor.

Paulo puso en marcha el automóvil y arrancó. La ruta a Villa Giardino era fácil de transitar, aunque ya empezaba a oscurecer. Paulo quería llegar antes de que se hiciera noche cerrada.

## Capítulo 14

La luna de miel era en un lugar que parecía sacado de un sueño, un paraíso en medio de las sierras. El complejo de cabañas se encontraba dentro de la ciudad de Villa Giardino, pero a unos metros del casco, retirado en medio de la sierra; estaba construido en madera de lenga y piedras, en un predio muy amplio y pintoresco. Las cabañas se encontraban a orillas del río Grande de Punilla. La que les había tocado era para dos personas, muy cálida. El frente presentaba todas las paredes con piedras a la vista, hasta casi un metro del piso, y el resto de la pared y las aberturas eran de madera de lenga natural. Cada tabla era una lonja de tronco, con la corteza incluida, en el color natural de esa madera, un amarillo claro, barnizada. Constaba de dos pisos: en el superior, la habitación principal con una cama inmensa con dosel, cortinados rústicos y muchos almohadones. Todo en una tonalidad manteca. El baño, amplio y confortable, tenía un *vanitory* de la misma madera de lenga, y una bañera con hidromasaje. El piso inferior contaba de una cocina-comedor pequeña, muy acogedora, y un *living* con una estufa hogar a leños y unos sillones frente a él. Todo el amoblamiento era de la madera que caracterizaba a la cabaña; la estufa hogar era de piedra. En la entrada de la cabaña, se veía una galería pequeña donde había sillones de exterior, cómodos, para admirar el paisaje.

Alma se levantó, como cada mañana desde que se encontraban en ese lugar soñado, hacía tres días ya, y se dispuso a preparar el desayuno. Puso la cafetera en funcionamiento y el aroma del café pronto inundó la estancia. Las tostadas aportaban su perfume. Ella estaba concentrada en preparar todo y no se percató de que Paulo bajaba, con cara de dormido y el cabello revuelto, por las escaleras, descalzo. Se quedó mirándola en su labor. Esa mujer hermosa, que preparaba un suculento desayuno, era suya. Era su mujer. Con ese rostro angelical, moviéndose con parsimonia, con esa barriguita que comenzaba a delinearse en la parte baja de su vientre, toda ella, era

suya. La observó en esos menesteres, concentrada, vestida solamente con una remera grande, de él, color blanco, el cabello revuelto que caía sobre el pecho, iluminada por la luz que entraba por una de las ventanas. Parecía un hada, un ser mágico. La melena, alumbrada de pronto por el sol, pareció abandonar su color castaño natural y potenciar los reflejos rojizos, de modo tal que toda la cabellera parecía fuego.

Esa hada, mágica y angelical, era la misma que la noche anterior lo había amado, con ansias, tres veces. Era la misma mujer que le había confesado que quería entregarse a él de todas las maneras posibles, porque ya le pertenecían su alma y su cuerpo. Ella le había dicho que quería entregarle la única parte de su cuerpo que seguía inexplorada, esa era su sorpresa. Paulo se había sorprendido y excitado a la vez. Su cola lo excitaba muchísimo, pero había temido ir demasiado rápido para pedirlo. La había tocado, la había penetrado con el dedo, en juegos eróticos, pero hasta ahí habían llegado. Con todo el cuidado del que podía ser capaz, como si ella fuera de cristal, lo habían logrado. Sus orgasmos explotaron con una intensidad sorprendente. Siempre habían sentido que, cuando sus cuerpos se unían, el mundo parecía desaparecer; pero desde que estaban en Córdoba, la intensidad de sus encuentros era mayor. Sintió que se ponía duro al recordar todo eso, se quitó el bóxer ajustado, que dejó tirado en el primer escalón, se acercó lentamente por detrás de ella y la abrazó con fuerza, apoyándola en su pecho y acercando la erección para calzarla en las nalgas de Alma. Ella saltó por la sorpresa, no lo había escuchado.

—Cielo, qué susto me diste —dijo mientras él posicionaba su mano en el pecho de Alma.

—Buenos días. Y muy buenos, debo agregar, verte aquí preparando nuestro desayuno es una visión celestial. —Comenzó a besarla lentamente en el cuello y la mejilla derecha.

—Amor..., si seguís en ese camino, las tostadas se me van a quemar y el cafecito con leche se nos va a enfriar. —Cerraba los ojos mientras Paulo acariciaba, en ese momento, ambos pechos, retorciendo levemente los pezones. Sintió la urgencia que solía invadirla cada vez que él la tocaba. Un latido en la entrepierna que era imposible de calmar. Paulo seguía concentrado en excitarla y ella iba cediendo a sus caricias. Le levantó la remera, se la sacó por arriba de la cabeza y la dejó sobre la mesada. Alma quedó desnuda, aprisionada por Paulo, contra la mesada. Él la mantuvo de espaldas, la urgió a recostarse levemente sobre la tabla de la mesada y se dedicó a pasear su glande por toda la abertura de Alma, haciéndole desear estar dentro de ella.

—¿Cómo se siente, *my lady*? ¿Acaso le duele alguna parte de este

hermoso cuerpo? —dijo a la vez que pasaba las manos acariciando los cachetes de la cola y acercando los dedos a la entrada del ano. Alma tuvo un escalofrío cuando un dedo de Paulo pasó suavemente sobre la entrada, y se estremeció. Si bien sentía algo de molestias y ardor, sentir que él la tocaba en ese lugar con una mano la hizo excitarse más. Paulo seguía pasándole todo su pene erecto y sentía cuán húmeda estaba esa vagina que era suya.

—Estoy algo ardida, nada más —dijo ella en un hilo de voz.

Paulo bajó el dedo, lo metió lentamente en la vagina y el gemido de Alma lo endureció más. Sacó el dedo pringado y lo posicionó en el ano, y su glande en la entrada de la vagina. Empezó a penetrarla lenta y profundamente en ambos lugares. Lo hizo de un modo pausado, haciéndola enloquecer. Alma sintió las penetraciones y solo pudo gemir y acercar más su cuerpo al de Paulo. Los movimientos fueron haciéndose cada vez más hondos y rápidos. Los gemidos de ambos inundaban la cocina-comedor. El sol tibio de la mañana los bañaba y les sumaba calor. Alma se incorporó, apoyó su espalda sobre el pecho de Paulo y pasó el brazo derecho por detrás de la cabeza de él. Giró la cabeza de manera de alcanzar su boca para besarlo. La lengua de Paulo la penetró con la misma urgencia que su miembro y su dedo se movían dentro de ella. La mano de él, que estaba sobre un pezón, viajó hasta el clítoris y se dedicó a realizar masajes. Ambos sentían el cosquilleo previo al orgasmo, los gemidos de Alma se hicieron más audibles. Los movimientos se volvieron más frenéticos, más profundos. Segundos después, ambos alcanzaron el orgasmo juntos, entre temblores, los gritos de Alma y el sonido gutural de Paulo. Alma sintió que las fuerzas la abandonaban, lamentó estar de espaldas a Paulo, adoraba verle el gesto cuando alcanzaba el clímax. El rostro de Paulo se contraía en un gesto que parecía de dolor, con ojos cerrados y apretados, los tendones y arterias del cuello se le marcaban. Ella lo veía en ese momento, como desnudo de todas las convenciones morales y sociales. Le veía la esencia. Se mantuvieron en la posición, abrazados, conmovidos. Las piernas de Alma se habían aflojado y Paulo la mantenía de pie, sosteniéndola.

—Dios mío, pequeña, me resulta imposible separarme de tu cuerpo, eres una adicción —dijo sin salir de ella, apoyando su frente en la parte posterior de la cabeza de Alma.

—Me pasa lo mismo, me tocás y parece que encendieran un interruptor que me pone como loca.

—¿Habrá algún peligro para el bebé? —dijo, aún sin moverse de su posición.

—La obstetra dijo que lo que me hace bien a mí, a él también... a

él o ella, todavía no sabemos. —La piel de Alma se erizó por el frío. Paulo salió del interior de Alma, a desgano.

—Tienes frío. Cúbrete, no quiero que te enfermes. —Paulo, que aún la sostenía con sus manos, fue apoyándola mientras comprobaba que ella podía mantenerse en pie. Cuando vio que sí lo hacía, estiró el brazo y tomó la remera, la levantó por encima de ella y se la colocó. Ella se giró sobre su eje y lo enfrentó con una sonrisa sensual.

—Hola, hermoso. Buen día. —Lo besó con intensidad—. Sentate, que el desayuno debe de haberse enfriado.

Ambos se sentaron a la mesa y se pusieron a desayunar mientras charlaban animadamente. Paulo se había puesto una remera que había dejado la noche anterior sobre el sillón y el bóxer con el que había bajado, el que se había quitado con rapidez. Terminaron y Paulo lavó todo. Se ducharon y decidieron, mientras se vestían, ir a caminar por la ciudad de La Falda y conocer un viejo hotel de fines del siglo XIX, el hotel Edén, un lugar repleto de leyendas y relatos. Se cambiaron, se subieron al automóvil y partieron. La visita guiada resultó muy entretenida, supieron que en ese hotel habían estado alojados los presidentes Julio Argentino Roca, José Figueroa Alcorta, Agustín P. Justo y Roberto Marcelino Ortiz; también se alojaron Rubén Darío, Arturo Toscanini, Berta Singerman, Eduardo de Windsor, por ese entonces Príncipe de Gales, y Humberto II de Italia, duque de Saboya y heredero al trono de Italia. También pasaron (aunque no se habían alojado) Ernesto Che Guevara y Albert Einstein. Había sido inaugurado en 1898. El hotel original era inmenso y con comodidades para 250 personas. Desde dos balcones se apreciaba el parque donde se exhibía una fuente de mármol con una estatua de león a cada lado y miles de árboles traídos desde Europa. Era un emprendimiento novedoso para su época, casi una ciudad en pequeño. Se abastecía completamente solo; contaba con usina eléctrica propia, calefacción central, talleres, quinta y corrales para el suministro y procesado de todos los alimentos que se consumían. También poseía caballerizas que aprovisionaban los animales para las cabalgatas y «cacería del zorro». En sus terrenos, se emplazaba un campo de golf de 18 hoyos, una pileta de natación con aguas renovadas por una vertiente, canchas de tenis y hasta una dependencia bancaria. Luego les contaron cuáles eran las creencias en relación con la conexión nazi de ese hotel, la relación del matrimonio dueño, Walter e Ida Eichhorn. Alma sintió que la piel se le erizaba al oír hablar de esa parte de la historia.

Los sorprendió que semejante construcción estuviera desatendida, que no se hubiese cuidado ese pedazo importante de historia. Ya no funcionaba como hotel, sino más bien como espacio turístico. Les

contaron de varios proyectos para remodelar y volver a su esplendor el hotel, pero por el momento solo habían puesto en condiciones una de las posadas antiguas del hotel, donde se habían vuelto a recibir turistas en enero de ese año.

Disfrutaron la visita y, cuando finalizó, caminaron con tranquilidad por todo el centro. Luego decidieron ir a almorzar a una parrilla, que les habían aconsejado, en la ruta nacional 38, volviendo de La Falda a Villa Giardino. Comieron con avidez, disfrutaron de las carnes asadas, los vegetales a la chapa con aceite de oliva y ajo. Luego, un rico flan casero con crema y dulce de leche. Paulo estaba hecho un experto en comidas y postres criollos. Alma se sentía repleta, nunca comía tanto. Volvieron a la cabaña y decidieron tirarse a descansar en los sillones que se encontraban en la pequeña galería. Paulo preparó un té para cada uno y tomó coraje para decirle a Alma lo que hacía días intentaba decirle. Se sentó al lado de ella, le dio su taza y respiró profundo.

—Pequeña, hace días que necesito contarte algo y no encuentro el modo ni el momento.

—Cielo, ¿qué pasa? No me asustes, por favor.

—No es para asustarse, pero es un tema delicado. Ni bien lo supe quise hablarlo contigo, pero mi madre y tu padre me lo impidieron. Me dijeron que esperara a verte más tranquila y menos estresada. —El gesto de Alma denotaba preocupación.

—Paulo, ¿mi papá y tu mamá? ¿Me podrías decir ya mismo de qué se trata?

—Tranquila. Se trata de María de los Ángeles.

—¿Sigue intentado comunicarse? ¿Qué intentó ahora?

—Ella ha intentado comunicarse conmigo desde que regresé de España, varias veces. Luego hubo un silencio de mucho tiempo. Nunca la atendí, como se lo advertí a ella, antes de volver, y como te lo había prometido a ti.

—¿Entonces? —Alma estaba muy ansiosa.

—Ella se comunicó con Valentina y Borja porque yo no la atendía. Les explicó que entendía mi enojo, que ella había estado mal en su comportamiento, pero que tenía un motivo muy importante para haber hecho todo lo que hizo para recuperarme. —Paulo bajó la vista, la voz se le puso temblorosa.

—No... No. No puede ser. —Alma suponía lo que Paulo estaba por decir. Sintió que las manos se le enfriaban, el corazón se aceleró y un temblor la recorrió—. No lo digas, por favor.

—Está esperando un hijo mío —dijo finalmente, casi sin voz. Se acercó a Alma al verla palidecer—. Pequeña, te suplico que te calmes.

Necesito que lo tomes con calma, por nuestro hijo te lo pido. —La aferró de las manos y ella retiró las suyas como si hubiera tocado un hierro candente.

—¿Cómo? Es que... ¿Cómo es posible? Quiero decir... —La confusión y el dolor se hacían presentes en su rostro y en su discurso —. Sé cómo ocurrió, lo que no entiendo es cuándo. Me dijiste que cuando volviste no la habías tocado, que ella había intentado seducirte. Pero que vos... no habías participado. ¿Me mentiste? ¡¿Cómo pudiste mentirme de ese modo?!

—Alma, no. No, no hagas esto. No armes una historia que no existió. Te pido que me des la oportunidad de explicarme. María de los Ángeles está embarazada de casi treinta y seis semanas —se lanzó a explicar de modo apresurado, sin darle oportunidad de hablar—. Quedó embarazada cuando aún éramos pareja. En los días previos a mi viaje de abril. Ella no lo supo hasta que yo volví a Madrid. Los días sin mí, la separación posterior, los nervios, su falta de regularidad, todo eso la confundió al principio. Cuando logró confirmarlo, ya estábamos peleados. Yo regresaba a buscar mis cosas y se enteró de ti. —Alma lloraba en silencio, sin bajar el rostro, mirándolo sorprendida —. Todo lo que hizo fue para lograr que regresara a ella POR ella, no por el embarazo. Todo lo que sucedió luego la hizo arrepentirse. Pero debía decírmelo, hacérmelo saber.

—¿Desde cuándo lo sabés? —preguntó ella enojada.

—El día del almuerzo con mi madre, en mi cumpleaños, me lo...

—¿Desde ese día? No puedo creerlo, hace más de diez días que me lo ocultás —dijo cortando la frase que Paulo estaba diciendo, aún enojada.

—Alma, te suplico que me escuches, entiendo tu enojo...

—¿Entendés mi enojo? ¿Ah, sí? ¿Me entendés? ¿Entendés lo que es que alguien más haya tocado a mi hombre, que lo haya alojado en su cuerpo, que lo haya amado y que fruto de todo eso ahora esté por darle un hijo? ¿Podés entender eso? —Alma se puso de pie. Hablaba llorando—. ¿Qué hubieras sentido vos si este hijo —se tocó el vientre — no fuese tuyo, sino de Mariano? ¿Cómo te sentirías, eh? —Estaba furiosa.

—Tienes razón, pequeña. No lo había puesto en esos términos. Creo que estaría destrozado si ese fuera el caso. Sé que no puedo sentirme como tú, pero quiero que entiendas que esto no cambia nada entre nosotros. Eres mi mujer, eres mi esposa, eres la mujer que elegí para compartir la vida. —Se puso de pie y se acercaba a Alma intentando abrazarla. Ella se corría hacia atrás—. A ti, Alma, te elegí antes de saber que esperábamos un hijo, no me casé contigo por

ninguna obligación moral, me casé porque te amo, más de lo que he amado a alguien en mi vida. Y así hubiera sabido lo del hijo de María de los Ángeles antes, nada hubiera cambiado, me hubiera casado contigo de todos modos.

—Me dijiste que siempre te habías cuidado, que nunca habían corrido ningún riesgo con ella. Cuando empezamos a tener relaciones, me dijiste eso, ¿me mentiste? —Seguía dolida.

—No. No te mentí, Alma. Siempre nos cuidamos, en algún momento ella dejó de tomar la pastilla para anticoncepción por un problema de salud y me cuidé yo. No sé qué pudo haber pasado. El tema hijos era un tema hablado. Ninguno de los dos quería tener un hijo.

—Qué ironía. Vos ahora vas a tener dos con meses de diferencia. —Comenzó a caminar hacia la escalera que salía al parque, ofendida, Paulo le salió al encuentro y trató de abrazarla.

—Pequeña, por favor, no te alejes de mí. Cuando hicimos nuestros votos matrimoniales, prometimos «en las buenas y en las malas», nos tocó una mala ahora. Demos pelea juntos, no entre nosotros.

—Dejame pasar, por favor. Necesito tomar distancia de vos en este instante. Dame espacio. Cuando me sienta mejor, volvemos a hablar. —La dureza en la mirada de Alma lo convenció de que no era un buen momento para seguir hablando.

—Está bien. Pero no salgas de la cabaña, temo que la presión nos juegue una mala pasada y te descompenses —dijo abriéndole el camino hacia el interior de la cabaña. Ella subió la escalera hacia la habitación, con aire cansino, agobiada.

Alma no bajó para cenar esa noche, le dijo a Paulo que se sentía físicamente bien, pero que necesitaba dormir. Cuando él subió a acostarse, ella estaba hecha un nudo en la cama, de espaldas al lugar que ocupaba Paulo. Dormía, pero no de manera plácida; en la respiración agitada, la nariz y las mejillas enrojecidas, se adivinaba que había llorado mucho hasta dormirse. Él tardó bastante en conciliar el sueño, estuvo dando vueltas todo en su cabeza varias veces. «No tendría que haberle hecho caso a mi madre ni a Jorge. Ni bien lo supe debería habérselo dicho a Alma. Además, debí llamar a María de los Ángeles, ¿cómo puedo estar seguro de que ese hijo es mío? Nosotros siempre nos cuidamos, ¿cómo pudo haber pasado esto?». Alma había sido clara en su dolor, y él la entendía. Si fuera ella la que esperara un hijo con otro, él estaría destruido, debía ser honesto con él mismo y, sobre todo, con ella.

A la mañana siguiente, cuando Paulo abrió los ojos, enseguida se percató del vacío al lado suyo. Bajó esperando encontrarla en la

cocina, preparando el desayuno. No había nadie. La cocina estaba fría. En la mesa, detectó una nota, la leyó con un leve temblor en sus manos. Temía lo que ella podría haber escrito: «Fui a caminar. Necesito pensar». El corazón desbocado de a poco se fue calmando. «¡Coño! Está alejándose de mí más y más». Estaba asustado por la reacción de Alma, temía que quisiera dejarlo. No podría perdonarse perderla. «No puedo imaginar una vida sin ella, todo tiene sentido si ella es parte. Ni siquiera pudo pensar en asumir la paternidad de Blanca si Alma no está a mi lado para enfrentar todo». Se preparó un café negro, bien fuerte. No tenía ganas de comer nada, solo quería tenerla en sus brazos, sentir que todo seguía igual entre ellos, que nada ni nadie podría separarlos. Buscó entre las cosas de Alma, quería asegurarse de que ella se hubiera llevado el móvil consigo. Como no lo encontró, dio por sentado que así lo había hecho. Decidió darle unas horas para que pensara, sin molestarla, le daría espacio, aunque su cavernícola interior lo instaba a salir a buscarla, oliendo el viento, encontrarla y convencerla con besos y caricias de que nada en él había cambiado.

Al caer la tarde, Paulo ya no soportaba más su ausencia ni la preocupación propia, oteó el horizonte por milésima vez con la esperanza de distinguirla. Solo sierras, árboles, plantas. Decidió telefonearle. Ya no le importaba si ella se enojaba por haberla llamado. A lo largo de la tarde había estado revisando el móvil y custodiaba cada hora que Alma hubiera usado el WhatsApp. Cada tanto le indicaba un cambio en la última hora de conexión. Ella se conectaba. Estuvo, como un animal salvaje, caminando dentro de la cabaña, mascando su enojo consigo mismo, insultándose por haberla llevado a esa situación. No quiso alertar a la familia ni a las amigas para evitar preocuparlos, tampoco quería salir a buscarla por temor a que ella regresara y no lo encontrara. Trató de entretenerse y no pensar, pero el silencio de la cabaña no hacía otra cosa que recordarle, con gritos, su ausencia. «Cómo ha cambiado mi mundo en tan poco tiempo... Esta mujer se volvió el centro de mi universo. Mi vida ha sido arrasada por un tsunami de sentimientos, que se llama Alma. Seré padre, por partida doble, y ahora soy el esposo de alguien». Se sentó en el sillón y se quedó horas rearmando la historia, la suya y de Alma; miraba el hogar en silencio, sentía un vacío increíble en su interior. Buscó leña y encendió el hogar. Estaba anocheciendo, ya no soportaba más no saber nada de ella. Buscó su móvil y salió a sentarse a la galería. Buscó el contacto para realizar la llamada, el corazón le latía acelerado. Miró hacia el horizonte nuevamente para calmarse. Y la vio venir caminando desde la sierra. Con su pasito característico, sus

cabellos que volaban por la brisa. «Mi hada regresa». Salió como eyectado a su encuentro y marchó rápidamente hasta alcanzarla. Ella venía a ritmo lento, concentrada, mirando el suelo. Se asustó al escuchar unos pasos casi encima de ella y se sobresaltó.

—Soy yo, pequeña. No te sobresaltes. Por Dios, Alma, me has tenido en vilo todo el día.

—Ahhh, hola. Me asustaste.

—Y tú me alarmaste a mí. Me tienes desde ayer sin saber nada de ti. —Paulo hablaba y seguía acercándose, ella se quedó parada, esperando que él la alcanzara—. Pequeña, sé que te debes sentir terrible, yo no podría soportar el dolor que seguro estás sintiendo, quiero... —Alma le apoyó el dedo índice sobre los labios y le pidió silencio.

—Vamos a la galería, necesito sentarme, estoy cansada. —Avanzaron en silencio, uno al lado del otro. Cuando ya habían subido los escalones, Paulo le cedió el paso a ella para que tomara asiento. Ella lo hizo en un silloncito individual que enfrentó al de dos cuerpos. Paulo se sentó en el más grande y esperó que ella comenzara a hablar—. Estuve toda la noche pensando, y todo el día. Estuve evaluando toda la situación. Incluso en un momento, hoy a la mañana, cuando pasé caminando por la terminal de micros de Villa Giardino, pensé en subirme a uno e irme.

—Dios, pequeña, te supl... —Lo volvió a interrumpir con una seña de mano. Él quedó sorprendido y la dejó seguir.

—Lo pensé. Seriamente. Estaba... estoy —aclaró, mirándolo a los ojos— muy dolida, un dolor muy profundo —dijo a la vez que se tocaba el pecho—. Entiendo que estos accidentes pueden pasar, entiendo que no tenés la culpa de no haberlo sabido antes y que las cosas se enredaron de una manera increíble. Pero ayer no podía pensar en otra cosa que en el dolor que me genera. Soy una egoísta, lo sé. Pero no puedo dejar de pensar que ella te tocaba, que ella te hacía el amor y que va a darte un hijo que será tu primogénito. —Levantó las manos para acallarlo—. Me duele, tengo que ser honesta. Me duele y mucho. Mientras caminaba, pensaba todo esto. Alejarme del dolor era lo único en lo que pensaba. Hablé con Amanda y Pato. Les conté. Ellas me dijeron que lo que me estaba moviendo era el orgullo, que vos me habías elegido a mí sin tener en cuenta el tema de los hijos, que lo que habías hecho primar, ante todo, eran los sentimientos. Que no eras el primero ni el último hombre al que le aparecían hijos de una vida anterior. Y que lo que me dolía a mí era «el qué dirán» de la sociedad. Y que yo debía dejar a un lado ese pensamiento, en rigor a la verdad, Amanda, con su verborragia acostumbrada, me dijo:

«Mandá a la mierda a todos, amiga, dejate de joder» —citó impostando la voz, intentaba simular el tono de Amanda. Paulo agradeció mentalmente a Amanda y a Pato—. Y creo que, en algún momento, me cayó la ficha, que tenían razón. Me duele, me resulta difícil pensar que vas a tener un vínculo con ella para toda la vida, me da muchos celos.

—Pequeña —Paulo siguió sentado, pero se acercó y le tomó sus manos entre las suyas—, te amo, te amo más que a nadie en este mundo. Nadie, antes de ti, me hizo pensar en casarme ni en tener hijos, solo tú. Nunca dependí de nadie como dependo de ti. Si hay algo que he cuidado en mi vida, fue siempre mi libertad, mi profesión, mis ganas de ir por el mundo sin nada que me detenga. Y luego irrumpiste en mi vida y todo cambió. Ya no puedo ir por el mundo si no estás conmigo, no puedo pensar en disfrutar de nada si tú no estás a mi lado. No quiero hacer nada si no puedo compartirlo contigo. No siento que haya perdido mi libertad, siento que soy libre solo contigo, y eso me hace plenamente feliz. María de los Ángeles será madre, yo seré padre, pero nuestra relación se va a resumir a ponernos de acuerdo con respecto a ese bebé, nada más. Ella lo tendrá en claro y debes tenerlo tú. Ni siquiera puedo pensar en ser padre si tú no estás a mi lado, acompañándome, enseñándome. Te elijo siempre a ti, frente al mundo, a la vida. Eres tú, pequeña. Eres mi vida, eres mi cielo, mi tierra, mi principio y mi fin.

—Paulo —dijo ella al borde de las lágrimas. El mentón le temblaba, las ganas de llorar la asaltaban.

—No. Ahora me escuchas tú. Te di tiempo para pensar, y, en este lapso, también yo pensé mucho. Quiero compartirlo contigo: sé que fue un error ocultarte, estos días, la noticia. Mi mamá y tu papá me aconsejaron, desde la preocupación por ti, por el niño, que dejara pasar el estrés de la boda y que, cuando estuviéramos tranquilos, en las sierras, lo habláramos. Debo confesarte que no sabía cómo decirlo, en qué momento hablarlo contigo. Sabía que esta noticia te iba a afectar y que nos iba a cambiar el modo en el que estábamos, por eso no me atrevía a decirlo. Estos días contigo han sido los más felices de mi vida, hemos vivido más conectados que nunca, pero esta novedad te ha alejado de mí. —Ella intentó hablar, pero él no le permitió—. Es así, pequeña. La noche de ayer dormí a tu lado, pero te sentí a kilómetros de distancia. Hoy te levantaste y te fuiste. Entiendo lo que sientes, quiero que lo sepas, sé lo doloroso que es. Pero te suplico que esto no nos aleje, que no te sientas lejos de mí, que hablemos todo para que nada nos afecte. Sé, con certeza, que si la situación fuera al revés, si tú estuvieras esperando un hijo de otro, yo no lo soportaría,

contigo me pongo territorial, no tolero que otros se acerquen y te toquen. Sé que soy un cavernícola, pero así es como me siento contigo. Sé que eres una mujer valiente y te admiro por eso. Te amo aún más. —Paulo besaba las manos de Alma a la vez que hablaba—. No dudes de mi amor, no dudes de que te elijo y te seguiré eligiendo, no te alejes ni me alejes. No soporto tenerte a mi lado sin poder tocarte, sin sentirte mía. —Se abrazaron intensamente. Paulo la apretaba tan fuerte que Alma sentía que le costaba respirar.

—Ayudame, cielo. No quiero sentirme así. No quiero sentir celos y no quiero tener sentimientos feos con una criatura que no tiene ninguna culpa. —Paulo la fue soltando con lentitud y la enfrentó, teniéndola aún en sus brazos.

—El solo hecho de que pienses en cuidar a Blanca, en no lastimarla con tus sentimientos, es prueba suficiente de que eres una gran mujer. Lo único que puedes sentir es amor, y ella sentirá lo mismo por ti, estoy seguro, y por su hermano.

—¿Blanca?, ¿es una nena?

—Así me dijeron mi mamá y mi tío. —Alma se quedó en silencio analizando esa nueva información—. Quiero que sepas, pequeña, que ni bien nazca la niña voy a hacerme un ADN para establecer, sin lugar a dudas, que soy el padre. En caso de confirmarlo, la reconoceré.

—Me parece bien. Yo quiero acompañarte. ¿Cuándo tiene fecha probable de parto?

—Tiene fecha para mediados de diciembre.

—En cuanto regresemos a La Plata, voy a hablar con mi obstetra. Necesito su permiso para viajar a España. Si Blanca nace en diciembre, allí debemos estar, nos quedan tan solo unas semanas para llegar a la fecha probable de parto. —Paulo se quedó sorprendido de la reacción de Alma, no solo ya le había dado entidad a la bebé al hablar de ella con su nombre, sino que se ponía manos a la obra para ser parte de esta situación—. ¿Qué? Te quedaste mudo, ¿pasó algo, dije algo fuera de lugar?

—Es que simplemente me has sorprendido, no creí que pudieras pensar los pasos de manera tan práctica, cuando aún no pasó demasiado tiempo del cimbronazo que significó enterarte de esto.

—Quedarme sufriendo y llorando no ayuda a nadie, ni a vos, ni a mí, ni a nuestro hijo. Y como te dije, Blanca no tiene culpa de nada, es una parte tuya, así que voy a amarla, como te amo a vos y a nuestro hijo.

—Pequeña...

—Dame tiempo, debo acostumbrarme a la idea. Sobre todo deberé ir pensando de qué manera voy a tratarme con María de los Ángeles.

Nuestra única comunicación no fue muy agradable.

—Lo sé. Estuve pensando que, en cuanto regresemos, voy a hablar por Skype con ella. Voy a poner en claro dónde están los límites y hasta dónde vamos a estar presentes.

—Necesito que me abraces, necesito sentirte.

Precisaba confirmar que su nexo, su conexión, seguía intacto. Paulo la abrazó, se fue poniendo de pie y buscó sus labios con desesperación. La noche sin poder tocarla le había hecho sentir que la estaba perdiendo, quería recuperarla con sus besos, con su cuerpo. Los labios de ella le salieron al encuentro. Se saborearon con locura, las lenguas de ambos recorrían la boca del otro, acariciaban dientes, encías, bailaban entrelazándose. Paulo comenzó a avanzar con ella abrazada, sin dejar de besarla. Ella caminaba de espaldas, él la guiaba y ella se dejaba llevar. Entraron en la casa y cerraron la puerta, en el mismo lugar fueron quitándose la ropa, mutuamente, con urgencia. El hogar seguía encendido, en esa localidad refrescaba bastante de noche. Corrió la mesita de café que estaba frente a la chimenea, arrojó los almohadones del sillón y una manta que siempre estaba apoyada en uno de los silloncitos. Se giró y buscó a Alma, le estiró la mano y la atrajo hacia él. La recostó con cuidado y la besó con intensidad. Estaba más que preparado para penetrarla y, cuando se aprestó a posicionarse, ella le habló con una voz atravesada por el deseo.

—Te quiero en mi boca, adoro apoyar mi lengua sobre vos.

—Así no, Alma. Dime cómo le dicen los argentinos, cómo lo mencionan de modo grosero. —Alma se quedó mirándolo, estaba indecisa, no sabía si mencionar el modo burdo, le daba vergüenza. Luego se dio cuenta de que, con Paulo, se despojaba de todo prurito, por qué no hacerlo en su lenguaje también.

—Quiero esa pija enorme y hermosa, que es mía, y sentir cómo empieza a latir cuando estás por acabar. —Sintió vergüenza al comienzo, luego vio el efecto que ejercía en Paulo y le encantó.

—Pequeña, por Dios, cuando me hablas así, me enloqueces. Háblame sucio, por favor. Necesito follarte sin ninguna barrera y que te liberes en lo que dices; es algo que me enloquece.

—Dejame chuparte, quiero esa verga ya. —De manera obediente, Paulo se acostó sobre la manta y ayudó a Alma a levantarse. Ella fue besándolo, acariciando y estirando ambas tetillas, enloqueciéndolo. La derecha se cerró de golpe sobre el pene erecto. Paulo dejó escapar un gemido bajo. Ella se dedicó a subirla y bajarla apretando alrededor del falo mientras mordía los pezones. Siguió masajeando mientras bajaba con su boca. Cuando llegó a los testículos, los acarició con la izquierda, los sintió tensos, duros, pesados, acercó su boca y los

comenzó a acariciar con su lengua. El glande estaba repleto de gotitas seminales, ella sintió, en su mano, que Paulo no iba a aguantar mucho más. Mordisqueó un testículo y lo abandonó para lamer el pene. El sonido que emitió Paulo fue rudo y fuerte. Siguió hasta el glande y luego lo hizo entrar en su boca, que ajustó para que él la sintiese apretada mientras bajaba, succionó al sacarlo, y al llegar a la cabeza hincó levemente los dientes. Sintió que Paulo estaba por llegar al orgasmo.

—Pequeña, oh, Dios mío, qué bien me la chupas, chupas la polla como nadie... Oh, oh, estoy por correrme. Ven, estoy... —Alma seguía succionando y mordisqueando. Lo sintió empezando a temblar, Paulo se levantó y fue besándola hasta rotar lugares. Controlaba su orgasmo que estaba a punto de invadirlo. Alma se acomodó debajo de él, relamiéndose los labios.

—Sos tan rico, me encanta saborearte, cielo. —Ella se removía, pidiendo más profundidad, más velocidad. Él no lo hacía, la penetraba un poco y salía, haciéndola desear. Esperaba que ella le pidiera, de modo salvaje, que fuese más fuerte. Ella pareció leerle los pensamientos—. Dame fuerte, necesito que me la des más adentro, más fuerte... —Era lo que Paulo necesitaba, se puso sobre ella, le tomó las manos y las llevó encima de su cabeza, las sostuvo con la derecha y la penetró con fuerza y profundidad a la vez que su izquierda masajeaba el clítoris. Los gemidos de Alma fueron creciendo en intensidad hasta el punto en que, con sus ojos cerrados, podía distinguir cientos de puntos de luz que iban concentrándose para formar una gran explosión. Cuando Paulo supo que el orgasmo se avecinaba, dejó el pezón que succionaba y se acercó al oído de Alma. Con una voz ronca por el deseo, le dijo: —Voy a follarte siempre, fuerte y profundo, por donde tú me lo pidas, porque eres mía y de nadie más, este cuerpo que adoro es mi terreno, mi hogar; pero aunque hablemos de modo rudo atravesados por la pasión y el juego, quiero que recuerdes que yo siempre, escúchalo bien, SIEMPRE te hago el amor, nunca es solo sexo contigo, mi corazón es tuyo y está en cada movimiento que hago y te da placer. Te amo. —Esas palabras susurradas al oído, más el pene enhiesto que entraba y salía sin piedad, la elevaron a una explosión intensa. Los gritos de Alma debieron escucharse en todo el predio. Paulo, orgulloso de los gritos de su mujer, la besaba para absorberlos. Segundos después de que ella se calmara, Paulo sintió, desde su centro de placer, una energía que se irradiaba hacia sus miembros y explotaba en medio de su cuerpo. Sus embestidas se hicieron más profundas y rápidas, como si pudiera entrar en ella más de lo que ya estaba. Su orgasmo lo dejó agotado,

apoyado de costado sobre uno de sus brazos para no aplastar a Alma con su peso.

—Cielo, fue tan... —Alma buscaba las palabras— tan sublime. —Lo abrazó fuertemente, como queriéndole dejar un rastro. En realidad, ya lo había hecho. El hombro de Paulo ostentaba una marca de los dientes de Alma, ella lo había mordido en algún momento.

—Pequeña, te amo tanto, no tienes idea, te amo más que a mi vida. Si llegara a pasarte algo, yo... no podría, no puedo seguir viviendo si tú no estás en mi vida.

—Shhhh, no digas eso. Nada ni nadie nos va a separar. No pienses eso.

Se abrazaron con fuerza. Luego de unos minutos, Paulo la ayudó a levantarse, la cubrió con la manta y acomodaron los almohadones para sentarse en los sillones. Se acostaron abrazados y se durmieron, agotados.

Los tres días restantes en la cabaña pasaron del mismo modo. Amándose, saliendo a caminar y a conocer lugares hermosos en la sierra, y también durmiendo. Habían ido a conocer la casa de un escritor que Alma admiraba, Manuel Mujica Láinez. La casita, llamada El paraíso, se encontraba a tres kilómetros de La Cumbre, en Cruz Chica. Hicieron la visita guiada y quedaron asombrados del sentido estético de ese escritor, la construcción en sí misma, casi laberíntica, las decoraciones con murales, los muebles, las obras de arte, su ropa y sus pertenencias que aún se exhibían. Los jardines estaban impecablemente diseñados y decorados con estatuas muy significativas. El lugar era bellísimo y enigmático a la vez. Manuel Mujica Láinez había estado muy interesado en el esoterismo y eso se notaba en su decoración, incluso los había sorprendido el baño. Se decía que Manucho, como lo llamaban, se sentía desprotegido en el baño y colgó, a modo de protección, veintiocho figas, amuletos en forma de manos de madera, que aprisionan el dedo pulgar entre el índice y el mayor. Se trataba de talismanes de la alquimia brasileña y que servían para conjurar fuerzas de luz y evitar la acción de fuerzas negativas o desarmonizantes. Alma quedó impresionada con ese temor que se notaba en la profusión de talismanes. Recordó lecturas que había hecho de ese autor, como *El escarabajo*, y entendió hasta qué punto ese tema lo había marcado.

En su estadía en las sierras cordobesas, Alma fue recuperando peso, su barriga fue haciéndose más notoria con el pasar de los días. Paulo y ella se turnaban para cocinar sabrosas comidas caseras y algunos días degustaban platos típicos de la zona en restaurantes pintorescos. La mañana que debían partir, mientras preparaban todo

para irse, ella percibió algo extraño. Guardaba ropa en la pequeña valija cuando sintió un movimiento que le recorría la barriga. Fue una sensación rara, primero, como si un pez recorriera el abdomen y con su aleta tocara la pared de la panza, y seguido a esa sensación, un golpe rotundo.

—¡Paulo! Dios mío, vení. —Ella se sentó emocionada. El grito asustó a Paulo, que se encontraba en el piso de abajo. Subió corriendo, pisando escalón por medio. Al ver a Alma sentada tomándose el vientre, pensó lo peor.

—¿Qué pasa? —gritó con miedo—. Pequeña, ¿qué sientes? Dime, ¿qué te duele? —Alma lo miraba con ojos llenos de lágrimas, sin decir palabra—. ¡Por Dios! Dime, ¿qué sucede?

—Se está moviendo —dijo ella emocionada. Le tomó la derecha y la posicionó donde ella había sentido el golpe. Paulo la miraba aún asustado, no lograba dilucidar si era algo bueno o malo, no entendía bien lo que estaba esperando con la palma ahí. En ese momento, ambos en silencio, con la mano de él sobre la pancita y la de Alma sobre la suya, sintió desde dentro de la barriga un golpe seco y suave a la vez. Sus ojos se agrandaron en gesto de sorpresa.

—¿Es él? ¿Es mi hijo? —Alma afirmó con un movimiento de cabeza, conmovida. Paulo acercó su rostro a la panza y le habló—. Hola hijo, soy tu papá. —Nuevo golpecito. Alma saltaba cada vez que el niño pateaba, y se sorprendía. Ambos se miraban sonrientes y emocionados—. Aquí estamos con mamá tratando de elegir tu nombre. Tenemos problemas con el de varón, el de niña está decidido. Tal vez puedas ayudarnos. —Miró a Alma con una sonrisa—. Nos gustaría llamarte Gael o Gabriel. Si te gusta Gael da una patada. —Esperaron y no hubo respuesta—. Si te gusta Gabriel, da una patadita. —Nada. Paulo levantó el rostro desilusionado, dejó su mano apoyada en el vientre—. Tenía que intentarlo. Parece que no le gusta ninguno de los dos nombres.

—Así parece, o tal vez está distraído —dijo ella riendo.

—No lo sé. Tal vez hemos buscado nombres por lo que significan y nos olvidamos de pensar en lo que nos gustaría ver en él. Digo, quiero que mi hijo sea una buena persona, querido por todos, valorado, pero también quiero que sea fuerte, con carácter, protector, que cuide a sus amigos. En fin, que sea bravo, valiente, como... un león. —En ese momento, ambos sintieron otro golpecito y se miraron atónitos. Alma observó su barriga y le habló con dulzura.

—¿Ese es el nombre que te gusta? —Esperaban otro golpe, pero no se movía. Ella intentó con la voz un poco más fuerte—. ¿León? —Y, de pronto, otro golpe se hizo patente.

—Creo, pequeña, que este niño, además, tiene una personalidad definida. Nos queda claro que ese nombre le agrada. León… no lo había pensado, es un nombre poco común, pero me gusta. Habla de un hombre con fuerza, de valentía, pero también con mucho corazón. —Miró a Alma, decidido—. Me gusta.

—A mí también. Me encanta. No lo había pensado tampoco yo, pero tenés razón. Bueno, León o Florencia —dijo hablándole a su barriga—, todavía no sabemos cuál de los dos serás, deja que mamá termine de armar la valija así podemos volver con los abuelos, los bisabuelos, los tíos y la prima.

Se pusieron en marcha hacia Córdoba capital. Se fueron del predio agradeciendo a los dueños del complejo por la excelente atención y por haber pasado unos días hermosos en ese lugar. Devolvieron el automóvil y tomaron el avión que los llevaría al aeroparque Jorge Newbery. Al descender contrataron un transporte que los llevaría hasta La Plata. En casa de Karen y Guille, los esperaban para cenar.

## Capítulo 15

Llegaron a la casita cansados, por la tarde. Se ducharon y prepararon los alfajores que habían traído para todos. A Lola le habían comprado, además, una muñeca artesanal. Estaba confeccionada en tela, con ojos y labios bordados y una melena rojiza de lana. Alma acomodó todo y esperó, sentada, que Germán y Amanda los pasasen a buscar. Cuando Paulo salió del baño, ella estaba apoltronada con los regalos a un costado. Se quedó mirándola con una sonrisa. Estaba bellísima. Tenía un pantalón suelto, con cintura elástica en color azul marino, una blusa blanca con canesú, entallada, que le marcaba la pancita, y unas sandalias franciscanas blancas. El rostro estaba levemente bronceado, ya casi no se notaban las marcas del secuestro, solo quedaban las cicatrices de las ataduras de las manos. Los moretones y marcas dentales habían desaparecido. Las mejillas, levemente sonrosadas, daban idea de un estado de salud bueno. Leía un libro en silencio, concentrada, sin darse cuenta de la observación de la que era objeto.

Alma levantó la vista cuando de pronto tuvo la sensación de que la miraban. Ahí estaba él, ese hombre que le aceleraba el pulso con solo estar cerca. Lo vio parado en el umbral del baño, detenido, mirándola con dulzura. Estaba hermoso, una remera blanca con escote en V que delineaba los abdominales y oblicuos, un *jean* ajustado azul que le marcaba la cadera, tenía el cabello húmedo y despeinado. Hacía tiempo que no lo cortaba, y a ella le parecía muy seductor que estuviese tan largo que las puntas le llegasen a los ojos. Hacía constantemente ese movimiento, tan característico, para sacarlo de ese lugar, corriendo el jopo con ese gesto que a ella tanto le gustaba. Una barba de un día le oscurecía las mejillas y el bozo. Los ojos grises resaltaban sobre el rostro bronceado. De pronto sintió esa puntada en la vagina que sentía cada vez que él estaba cerca. Una urgencia por sentirlo dentro de sí. Ella se había visto en el espejo y se había descubierto gorda. Se miró las mejillas, la barriga, las manos algo

hinchadas. No se veía bien, y el escrutinio al que la sometía Paulo no la complacía. Imaginaba que él estaba viéndole esos detalles y perdía sensualidad a sus ojos.

—¿Por qué me mirás así, cielo? Estoy muy gorda, ¿no? Sí, ya sé. Debería empezar a cuidarme un poco, seguro que engordé un montón estos días. Mañana mismo saco turno con la obstetra.

—¿De qué hablas, pequeña? Estás hermosa, no puedo dejar de admirarte. El embarazo te ha redondeado en los lugares justos. —Paulo se acercó y se sentó en el sillón junto a ella, mientras hablaba la miraba directo a los ojos—. Estoy flipao' —dijo, y le pasó su mano por la cola y ambos pechos, y luego la depositó sobre la panza abultada. Ella apoyó la suya sobre la de Paulo, que descansaba en su vientre. Él la tomó y la llevó hasta que tocara su pene en erección—. ¿Ves cómo me flipa este cuerpo que tienes ahora? Me enloquecen tus pechos abundantes, que rebalsan la copa de tu *soutien*, adoro ese culo, que tiene un único dueño, y que se ve grande y respingón, como una invitación constante. Amo ese vientre donde descansa mi hijo. Te amo tal cual eres, y amo cómo me seduces hasta en este estado y que tengas las ganas y los ánimos para complacer mi libido todo el tiempo.

—¿Cómo no complacerte? Si vos me generás esta necesidad de sentirte adentro con apenas mirarme. —Paulo se acercó para besarla con dulzura pero a la vez con pasión y urgencia. Ella comenzó a masajearle el pene erecto, provocándolo.

—Pequeña... —dijo él a la vez que dejaba escapar un suspiro audible—, Dios, no puedes volverme tan loco. Debemos hablar con tu doctora, estamos todo el día haciendo el amor y yo no me doy cuenta, pero por momentos me pongo algo brusco. Temo lastimar al bebé. No sé qué tan bueno puede ser esto para el niño.

—Cuando la veamos, le preguntamos. Pero mientras tanto... —Alma dijo y lo miró con rostro pícaro, bajó hasta su pantalón y con sus dedos liberó de la prisión del *jean* el miembro erecto de Paulo—. Ufff, este amigo está triste porque hace unas horas que no le hago ninguna caricia. Me parece que necesita atención, ¿no te parece? —dijo a la vez que masajeaba el pene, haciendo salir y entrar el glande. Se puso de pie y lo besó intensamente. La voz de Paulo salió distorsionada por la pasión.

—Ven, quiero penetrarte, necesito hacerlo. —Alma se deshizo del pantalón y de su ropa interior, lo hizo sentarse y ella se puso a horcajadas. Paulo se recostó sobre el respaldo del sillón y le abrió la blusa. Sacó los pechos que se movían con cada subida y bajada que realizaba ella. Mordisqueó un pezón mientras torturaba el otro con sus dedos. Alma llevaba un ritmo acelerado, subiendo y bajando, y luego

se refregaba hacia adelante y hacia atrás. Los gemidos iban subiendo la intensidad. Alma enredó sus dedos en el cabello largo de Paulo y buscó con desesperación su boca—. Estás tan hermosa, Alma. Y eres mía, solo mía.

Esa necesidad de Paulo de marcarla como su propiedad excitaba a Alma. En otro momento y con otra persona, seguramente, esa actitud la hubiera enojado, pero con él todo era distinto. Incluso ella misma, que nunca había sido celosa, que odiaba sentir celos, con Paulo no podía contenerse. Las mujeres lo miraban fueran a donde fueran. Algunas lo hacían con disimulo, embelesadas por su rostro bello, su cuerpo impecable, su porte y altura. Pero otras, bastantes, lo miraban con deseo, sin ocultarse, con desparpajo, siendo evidentes en su intento por seducirlo: la enfermera, la azafata, la moza de un restaurant. Ella apenas lograba contener la furia en esas ocasiones. Paulo siempre hacía notar que estaba con ella, la mostraba como su mujer, orgulloso, y eso la calmaba. Pero entendía la necesidad de Paulo de gritarle al mundo que ella era solo suya. Ella sentía la misma necesidad. Tal vez por esa razón lo mordió fuerte en el hombro cuando estaban en Córdoba. Pensar que su exnovia iba a darle una hija le hizo sentir también a Alma la extrema urgencia de decirle a quien fuera que ese hombre le pertenecía y que no iba a compartirlo con nadie. Tocó, con una de sus manos, el hombro donde se veían aún los dientes marcados y pasó el índice por la cicatriz. Como si él leyera sus pensamientos: —Y yo soy solo tuyo, pequeña. Nunca lo dudes. No existe mujer en el planeta que me haga sentir lo que tú aquí. —Alma sintió acercarse el orgasmo y cerró los ojos. Paulo adivinó que se encontraba al borde del abismo. Succionó y mordió con suavidad ambos pezones alternativamente. El grito de Alma lo enloqueció. A la vez que ella se refregaba con locura, como queriendo estirar los rezagos del orgasmo, él sintió su propio éxtasis atravesándolo como una saeta. Y cuando dio en el blanco, el placer se extendió desde su pelvis, por su sistema nervioso, a todo el cuerpo, en una especie de tsunami de placer. Su cabeza estaba apoyada en el pecho de Alma, con un pezón aún en su boca; la apretó contra sí, como queriendo fundirla a su cuerpo. Desde esa posición, habló sin moverse—. Creo que no voy a apoyar tu elección de amamantar a nuestro hijo. Tus pechos son míos y no sé si quiero compartirlos con este gañán que me quitará, además, tu atención —dijo con tono ofendido aunque bromeando.

—Bueno, pero podemos darle a él un poquito cada dos horas, y el resto del tiempo, hasta la siguiente toma, se lo damos al padre, ¿qué te parece? —Paulo no despegaba el rostro del pecho izquierdo de Alma, lo lamía, acariciaba con la punta de su lengua el pezón completo

mientras la abrazaba con una fuerza increíble.

—No sé, me lo pensaré, ¿vale? Esto es demasiado mío y demasiado hermoso para querer que alguien más lo toque, aunque sea mi hijo —expresó él, aún en plan de broma.

—Dale, pensalo. Además, será solo un año o poco más que lo compartirás, ya después volverán a ser de tu exclusividad. —Alma sonreía abrazando la cabeza de Paulo.

—Te equivocas en eso, es que voy a hacerte todos los niños que Dios me permita, porque no voy a dejar de follarte ni cuando tengamos noventa años, te lo voy advirtiendo.

—¿Noventa años? ¿Vos decís que para esa edad se te va a seguir parando? —comentó ella divertida.

—No lo dudes, pequeña. Esta polla tendrá vida mientras lata mi corazón y tú estés cerca. Y si la naturaleza me la pone difícil, pues, ¡joder!, haré uso de la industria farmacéutica. No lo dudes. Este coñito será atendido cada vez que lo requiera —agregó riendo y separándose del pecho, al que abandonó enrojecido por las acciones conjuntas de lengua, dientes y barba.

—Te amo, tanto, tanto. —Lo besó con suavidad.

—Pequeña, sabes que podría quedarme haciéndote el amor hasta la madrugada. Pero nos están esperando para cenar. Germán y Amanda deben de estar al llegar.

—Uhhh, tenés razón.

Se levantaron lentamente, casi sin ganas, fueron al baño para asearse y volver a vestirse. Cuando ya terminaban, sonó el timbre. Paulo atendió el intercomunicador e indicó que ya salían. Lo hicieron con varias bolsas donde llevaban los regalos para todos. Amanda y Germán los abrazaron con alegría: —Amigueta, ¡estás hermosa! Mirá esa pancita, está enorme, ¡cómo te creció en estos días! ¿Todo bien? —preguntó Amanda con su acostumbrado buen humor.

Paulo la abrazó y le contestó.

—Gracias, rubia, a ti y a Pato. Os debo mucho. Pero lo que hicisteis por teléfono hace unos días no me alcanzará la vida para agradeceros.

—Galleguito, vos hacela feliz a mi amigueta, que con eso saldás todas las deudas.

—Gracias, amiga —indicó Alma a su vez—, ustedes siempre me hacen bajar a tierra. Me calman, me hacen ver la realidad desde otro ángulo. Gracias. Estamos rebien.

A su vez, Germán se saludó con su primo y le preguntó por el viaje y el lugar. Mientras iban subiendo al automóvil, fueron narrando y describiendo esos diez días en que se mantuvieron alejados del

mundo. Al llegar a la casa de Karen y Guille, se encontraron con la algarabía de ambas familias. La primera en saludarlos fue Lola. Corrió a la puerta y les ganó la carrera a todos.

—Palitoooooo —gritaba, saltando en la puerta, mientras ellos se acercaban al portón—, maminaaaaaaaa, ¡cómo les extrañé! No sabés, mamina, quise dibujarlos muchas veces, pero no me salían bien las cabezas, me salían todas chuecas, y me ponía a llorar. —Guille, que intentaba destrabar la puerta con reja, puso los ojos en blanco, recordaba las tardes de llantos y no le parecía muy gracioso. Además, Lola, colgada de la reja, no le permitía cumplir con su tarea fácilmente.

—Lolita, bajate, te podés lastimar y, además, no me dejás abrirles a los tíos.

—Mirá qué poder tenés sobre las mujeres, cielo. Cuando llegábamos, antes, ella siempre me nombraba primero a mí, ahora soy un agregado detrás de vos, ¿viste? —comentó Alma en voz bajita, haciéndose la celosa.

—Mi pequeña hermosa siempre será la mujer número uno para mí —aseguró él abrazándola por detrás y besándole la mejilla—. Salvo que nazca Florencia, en ese caso, no sé quién tendrá el primer puesto. —Ante la cara de asombro de Alma, la abrazó más fuerte y le hizo cosquillas. La puerta, finalmente, se abrió—. Hola princesa, te hemos extrañado mucho—dijo al ponerse de rodillas y abrazar a la niña, que se había colgado del cuello de Paulo.

—Palito, qué suerte que volvieron, los extrañé mucho. Ahora seguro las cabezas de los dos me salen bien.

—Pues si no es así, podemos ayudarte con tu mamina.

—Hola, Loli. ¿Ya no me das bolilla a mí? —consultó Alma bajando a la altura de los otros dos para saludarla.

—Hola, mamina. —La niña la abrazó con fuerza, al notar la panza, se abrió camino entre la ropa de su tía—. Hola, primito, ¿cómo estás? Creció mucho, mamina.

—Sí, tesoro. El primito o primita está haciéndose grande. —En ese momento, Alma sintió un golpecito del bebé, le tomó la mano a la niña y la posicionó donde estaban los movimientos. Lola la miró sin entender hasta que el bebé le dio una patadita. El gesto de sorpresa de Lola fue impagable.

—¿Qué fue eso, mamina?

—Eso fue tu primito o primita diciéndote «Hola, Lola».

La niña cambió su gesto preocupado a uno de felicidad, y se puso a saltar y gritar.

—¡Me saludó, me saludó, papi! —Saltaba a la vez que gritaba—.

¿Viste? Mi primito me saludó, así. —Tomó la mano del padre y le dio un golpecito con la suya—. Me saludó así, me chocó los cinco —gritaba mientras brincaba.

—Menos mal que volvieron, chicos, nos tuvo días llorando y esperando que regresaran —comentó Guille, saludándolos a ambos.

Germán y Amanda que ya habían estacionado y se acercaban caminando.

—¿Y sabés una cosa, Loli? El primito o primita te compró un regalito en Córdoba. —Alma buscó en la bolsa grande el paquetito que habían traído para la niña.

—¿Y cómo te lo dijo, tía? ¿Habla? —preguntó sorprendida, ladeando la cabeza como cuando algo estaba fuera de su comprensión y haciendo montoncito con los dedos de su manito derecha para darle énfasis a su pregunta.

—Todavía no habla, pero se hace entender, como ahora que te saludó. Cuando pasamos por lo de una artesana que hacía unas muñecas, se empezó a mover como recién. Y yo le dije a Paulo: «Este bebé quiere que llevemos una muñeca, seguro que para Lola», y Paulo sin pensarlo la compró. —El gesto de sorpresa y felicidad de Lola bien habían valido el invento de la historia.

—Mamiiiiiiii, mirá. Palito y la mamina me trajeron un regalo del primito. —Salió corriendo para el interior de la casa.

—Gracias, chicos, no tenían que traerle nada, la están mal acostumbrando ustedes —expresó a la vez que saludaba a Germán y a Amanda, que entraban. Cerró la puerta.

—Nos encanta verla así de feliz, Guille. Me disculpo si os hemos generado disturbios con este torbellino que es Lolita, la adoramos.

—Paulo, no te preocupes. Esta nenita nos tiene a todos en su puño, ya les va a pasar. —Se giró y miró a Alma señalando la panza—. ¿Cómo viene? Se nota que creció bastante.

—Todo viene de maravillas —dijo Paulo mientras abrazaba a Alma —. Creciendo y pateando. Como es de esperarse.

Todos se adentraron en la casa. La familia completa les salió al encuentro. Abrazos y besos sonoros daban la pauta de que estaban felices.

—Mis niños, os he extrañado tanto, casi os llamo por celular todos los días —expresó Valentina, con ojos repletos de lágrimas de emoción, mientras los abrazaba a ambos—. Debéis agradecer a Jorge y a Matilde, aquí presentes, que me han escuchado y contenido todos estos días. —Los aludidos sonrieron.

Se fueron acomodando en las sillas. Alma y Paulo saludaron a todos y cada uno, y, a medida que terminaban los abrazos, se iban

sentando; a la nona Donatella y al aita se acercaron ellos para evitar que se movieran. Todos sorprendidos por el tamaño de la panza de Alma. Pato abrazó a su amiga con mucho sentimiento.

—¿Todo bien, amiga? —consultó mientras la abrazaba, aprovechando la cercanía. Habló en susurros.

—Sí, gracias a vos y a Amanda. Te quiero, amiga —respondió ella también en susurros. Karen entró en el comedor, venía de la cocina con el paquete de Lola en las manos.

—Hija, dame un minuto. Quiero saludar a Paulito y a la tía. Ya te abro el regalo —pronunció a la vez que los veía—. Hermanita, qué hermosa estás, mirá el tamaño de mi sobrinito —señaló a la vez que abrazaba a Alma y besaba la panza—. Hola, Paulito, bienvenidos. —Lo besó y, al acercar su boca a su mejilla, le preguntó bajito—: ¿Bien? —Paulo le dio un apretón de manos y, al separarse, bajó los párpados, asintiendo.

—Os agradezco a todos por este recibimiento y por haber cuidado a mi madre, que seguro os ha dado bastante trabajo —supuso, y todos rieron. Valentina le dio un codazo en las costillas a modo de reto—. Dame, Karen, si quieres, puedo abrirlo por ti —propuso a la vez que tomaba el paquete. Abrió el papel mientras Lola saltaba a su alrededor —. Pero mira qué belleza de muñeca, princesa, fíjate el vestido, es muy parecido al que usaste el día de nuestra boda —le comentó señalando el color del vestido, la corona de flores, el lazo. Todo era igual a lo que Lola había llevado el día del casamiento. Lo habían encargado así a la artesana, mostrándole una foto de Lola. El gesto de sorpresa y felicidad de la pequeña persistía.

—Mami, mami —llamaba a Karen, mostrándole la muñeca—, mirá, tiene el mismo vestido y las flores. Igualita a mí.

—¿Viste, Loli? ¿Qué se les dice a los tíos?

—No, mami. A los tíos, no. A mi primo. Él les dijo que me compraran la muñeca, vos no entendés. —Se acercó a Alma y le habló a la panza—: Gracias, primito, me gustó mucho, pero mucho, ¿eh? Lástima que no tenga el pelo del mismo color que yo —murmuró y se quedó pensativa.

—Pero, princesa, fíjate que tiene un color similar a tu tía. Cuando a tu tía le da el sol de lleno en la cabellera, pareciera ponerse así, como una remolacha —dijo Paulo riendo.

—Esooooo, Palito. Mi muñeca se va a llamar así, Remolacha. Es la princesa Remolacha, y yo, la princesa Lola. —Todos rieron con la ocurrencia. Lola no se separó de su muñeca en toda la noche y se durmió con ella abrazada.

La cena estuvo entretenida, Guille y Karen habían preparado unos

pollos deshuesados y rellenos al horno de barro con varias verduras (papas, batatas, calabazas, cebollas, morrones, zucchinis). Marcelita había hecho un tiramisú enorme, Matilde había llevado unas bombas rellenas de dulce de leche y crema pastelera, bañadas con caramelo, unas y otras en chocolate. Valentina había llevado, junto al tío Fernando, unas botellas de champagne; Jorge había llevado vinos y el aitona había hecho sus panes. La nona había ayudado en armar los pollos y cocer los vegetales. Todos y cada uno habían puesto su granito de arena para que la noche fuera especial.

Alma y Paulo fueron describiendo la cabaña, el complejo, los paisajes, el camino de los artesanos (donde habían disfrutado del trabajo de muchos de ellos y habían comprado la muñeca de Lola), La Cumbre, Los Cocos con su laberinto, la casa de Mujica Láinez en Cruz Chica, Capilla del Monte y el resto de los bellísimos lugares que conocieron. Todos hacían preguntas y los españoles, que estaban armando un recorrido para conocer Argentina, fueron los más interesados en los detalles. Víctor y Raquel tenían proyectado viajar unos días al glaciar Perito Moreno; Borja había planeado conocer Mendoza y San Luis, y dejar el sur para otra ocasión. La idea era viajar con Santiago y Manuel, pero ellos ya habían partido a los destinos cuyanos. Borja quería reencontrarse con Paulo, ver cómo había tomado la noticia Alma y quedarse unos días más, cerca de Marcela. La prima argentina de su amigo le estaba gustando más de lo que quería reconocer.

Al levantarse para llevar la vajilla a la cocina y preparar el postre, se armó un desorden de personas. Alma con Karen y Raquel se fueron a lavar los platos. Alma lavaba, Raquel secaba y Karen iba guardando. Marcela fue preparando, junto a su madre, el postre. Cortaron porciones, llevaron platos y cubiertos de postre, y las bombas presentadas en dos fuentes. Valentina se acercó a su hijo, junto a Jorge y Fernando. Todos esperaban saber cómo había tomado Alma la noticia de la existencia de Blanca.

—Al principio fue un golpe duro. Entender que una bebé nacería, de verdad, le dolió mucho. Pero algo que la hizo sentirse muy mal fue que yo supiera esto y hubiera tardado tanto en confiárselo.

—Hijo, en ese tema, la responsabilidad es toda nuestra, nosotros te aconsejamos eso. Te pido disculpas —comentó Valentina, preocupada.

—Lo sé, mamá. Pero yo no debería haberos escuchado. Conozco a mi mujer, Alma es transparente. Y yo le prometí serlo cuando pasó lo que pasó. No le he cumplido. Mi responsabilidad.

—Hijo, dejame que hable con mi hija. Yo le voy a decir lo preocupados que estábamos por su salud y la del bebé —propuso

Jorge serio.

—Le agradezco, Jorge. Este tema ya lo hemos aclarado. Al comienzo se ofendió, se enojó, con razón. Estuvo casi dos días sin hablarme. Luego mis ángeles de la guarda, aquí presentes —dijo señalando a Pato y Amanda—, hablaron con ella y la hicieron entrar en razón.

—Galleguito, de esta te zafamos porque el hecho ocurrió antes de que conocieras a nuestra amiga. Si te mandás una ahora, olvidate, te cazamos entre las dos para entregarte a la furia de Almita.

—Eso descontalo, Paulito —expresó Pato acordando con Amanda.

—Os quiero, majas. Me encanta veros defenderla así. Sé que mi mujer tiene familia y amigas que la quieren bien, y yo seré el primero de la lista en amarla y cuidarla. Chicas... —Paulo miró hacia la cocina, espiando que Alma no volviera y lo escuchara—, como en dos días es el cumpleaños de Alma, necesito que me ayudéis a comprar sus regalos, ¿podríais hacerme el favor?

—Obvio, Paulo. ¿Qué tenés pensado? —preguntó, en secreto, Pato.

—Pues, verán... —Paulo explicó las opciones que había pensado y todos a su alrededor dieron sus opiniones.

La mañana del 25 de noviembre Alma abrió los ojos al sentir los labios de Paulo que la recorrían. Primero, el rostro, luego el cuello, le levantó el remerón, que usaba para dormir, y siguió besándole los pechos, cada vez más sensibles, por el embarazo. Luego besó la panza con mucho cuidado. Cuando llegó a la vagina, Alma se había despertado y gemía casi como un ronroneo. Le sacó la ropa interior y se puso a lamer los labios exteriores, abriendo los pliegues para llegar a zonas más profundas. Paulo sentía a Alma moverse al compás de sus lamidas, ella lo había tomado por el cabello y lo llevaba hacia los lugares donde más placer le generaba. Paulo metió uno de sus dedos en la vagina y lo pringó con la excitación de ella. Mientras succionaba y acariciaba, con la punta endurecida de la lengua, el clítoris de Alma, introdujo en la vagina el índice y el mayor, a los que hacía entrar y salir a la vez que la excitaba con su lengua. El pulgar, que había sido humedecido con los fluidos de Alma, rodeaba la entrada del ano. Alma supo que no podría retrasar la explosión. Sentía crecer en su interior una bola de luz y calor que se iba a estrellar sobre ella. Adivinaba que tendría una intensidad increíble. Sus gemidos se fueron haciendo más intensos y los movimientos de su pelvis le indicaban a él con claridad que el clímax estaba llegando. Paulo llevó su mano libre a uno de los pechos de Alma y acarició el pezón sin estirarlo, pasándole la palma, insistentemente, sobre la punta, que se encontraba erguida. Las areolas habían crecido bastante desde que Alma estaba embarazada.

Ese masaje insistente más el trabajo sobre clítoris la elevaron y la hicieron descender hasta un abismo de placer en el que cayó perdida. El alarido que acompañó al éxtasis fue estremecedor. Alma gritó su nombre de manera tan intensa que Paulo se asustó. Temió haberla lastimado. Los estertores y temblores que continuaron le indicaron que todo estaba bien, o más que bien. Cuando Alma cayó en esa especie de sopor que sobreviene a los espasmos del placer, Paulo se irguió sobre ella, lamiéndose los labios, y se acercó a su rostro: —Feliz cumpleaños, amor de mi vida. Espero que haya sido un orgasmo para recordar —dijo él con una sonrisa socarrona que indicaba que así había sido.

—Gracias, cielo... —Ella apenas podía articular las palabras, el corazón aún latía aceleradamente y la agitación aún persistía—. Fue hermoso... increíble.

—Pues, pequeña, este amigo que ves aquí se siente desatendido y espera que le des su amor —comentó Paulo apretando su pene en erección sobre la pelvis de Alma. Ella sonrió, abrió los ojos y lo besó con profundidad. Lo llevó a acostarse y se subió sobre él.

—Es mejor si yo estoy arriba —musitó a modo de explicación. Lo posicionó sobre su entrada y, sin darle aviso, bajó de un solo movimiento sobre él. Paulo emitió un gruñido y casi se sentó. Se puso a la altura del rostro de Alma y, mientras ella subía y bajaba, besaba con suavidad y lamía ambos pechos; con la barba incipiente rozaba las areolas sensibles y ella gemía. Paulo le clavaba los dedos en la cadera, en la cola, la apretaba como si pudiera así hacerla bajar más sobre su miembro. Los movimientos de Alma se hicieron más rápidos cuando comenzó a percibir los latidos del miembro de Paulo. En cuestión de segundos, sintió cómo liberaba su simiente en su interior, y sentirlo eyacular, del modo brutal en que estaba haciéndolo, la condujo de manera directa a su propio orgasmo. Se descolocó, porque estaba ocupada en darle placer, y sentir nuevamente un placer tan grande, cuando hacía unos instantes había tenido uno demoledor, la asombró. Lo abrazó fuerte, lo acercó a su cuerpo y cerró los ojos cuando la intensidad la apabulló, la aturdió, la dejó sin visión ni audición.

—Pequeña, cada vez es más intenso, ¿estás bien? —consultó algo preocupado cuando vio que ella se mantenía con los ojos cerrados.

—Estoy bien... un poco mareada, pero bien. —Fue abriendo lentamente los ojos y vio el gesto preocupado de Paulo—. Tranquilo, cielo. Estoy bien.

Se abrazaron con intensidad, en silencio. Ella pasó sus piernas alrededor de él, y lo circundó, además, con los brazos, alojándolo aún en su interior.

—Te amo, cielo. Me hacés tan feliz —expresó ella emocionada.

—Y conste que aún no te he entregado tus obsequios, pequeña. Yo creo que cuando los veas, me vas a amar mucho más —comentó él con gesto pícaro.

—¿Más? ¿Vos creés que sea posible?

—Pues podemos hacer el intento, ¿no crees? —invitó, y se levantó de la cama. Se puso su bóxer y levantó la persiana de la ventana de la habitación. Abrió el placar y, de detrás de una serie de cajas donde guardaban los zapatos, trajo una bolsa—. Sé lo que te ha dolido perder en la inundación los libros que habías podido comprar en papel, y perdiste también la tablet. Así que pensé en regalarte algo que te permitiera cargar, sin demasiado peso, todos los libros que quieras leer. Un universo literario en tus manos.

—¿Qué es? —preguntó ella tomando la bolsa y rompiendo el papel de la caja. Leyó en voz baja y luego lo miró con un brillo en los ojos —. ¿Kindle Fire HD?

—Así es. Es un lector digital que tiene una gran capacidad para guardar libros, y la pantalla de siete pulgadas es de alta definición.

—Amor, es una belleza —dijo emocionada—. Gracias. Ahora debo bajar de internet los libros, ¿no?

—Pues, ciertas amigas se han tomado el trabajo de bajar la colección de literatura romántica que te gusta, así que tienes guardada una gran variedad de autores.

—Amanda y Pato, ¡cómo las quiero!

—¿A ellas? ¿Y a mí? Yo tuve la idea —expresó haciéndose el celoso.

—A vos, te amo, con todo mi cuerpo y mi alma, pero ya te amaba antes de esto, ¿eh?

—Menos mal, pensé que me había casado con una tía interesada.

Se levantaron para desayunar. Paulo había preparado uno suculento, al estilo americano, con huevos revueltos, panceta, bollos tibios de pan, queso crema, frutas, mermeladas, medialunas, café con leche y jugo exprimido de naranjas. Comieron charlando sobre los planes para ese día.

—Pequeña, habrá muchas sorpresas. Mi madre, mi tío y toda tu familia nos esperan a almorzar. Iremos a casa de tu padre. Por la tarde, tus amigas, Pato y Amanda, te llevarán a tomar el té para festejar vosotras solitas. Y por la noche iremos a cenar a un lugar sorpresa, pero solos tú y yo.

—Amor, no dejás de sorprenderme. Tenés todo organizado. ¿Y tu trabajo? Hace dos días que volvimos de la luna de miel.

—Ya he hablado con el jefe de redacción. Tengo unos temas para

trabajar, que me ha pedido que investigue. Ya me he puesto manos a la obra. He comenzado a armar un mapa conceptual para organizar mis ideas. Te he invadido la habitación donde haces vitrofusión. He usado la placa de alcornoque para poner ideas.

—No invadiste nada, cielo, esta casa es tuya y mía, y cada espacio de ella es tuyo. Me encanta que te sientas cómodo y ocupes más espacios. Vos lo único que invadiste... —buscó palabras amables— fueron mi vida y mi corazón. Y para eso fuiste, sos y serás bienvenido —aseguró mientras se acercaba para besarlo con dulzura—. ¿Entonces no tendrás problemas?

—De ningún modo, es un tema sobre guerrillas. Como supo que yo estuve a punto de ser secuestrado por una en Colombia, decidió darme el tema. Debo investigar un poco más y relacionar con las noticias actuales. Me llevará unos días. Pero él confía en mí, sabe que cumpliré con los plazos de impresión. De todos modos, aprovecharé esta tarde para dedicarme a escribir algo.

Se cambiaron. Alma estaba terminando de acomodarse cuando sonó su celular. Al tomarlo y ver la pantalla, supo que era Lucas. Hacía tiempo que no sabía nada de él, desde que había vuelto de su secuestro. Con la noticia del embarazo y el casamiento en puertas solo habían cruzado unos mensajes sin demasiada importancia.

—¡Hola, Lucas! ¿Cómo estás?

—*Hola, Almi, feliz cumple.* —El tono de voz no tenía la alegría acostumbrada.

—Gracias, Luquitas —dijo ella, trató de sonar normal, pero notarlo tan distante le dolía.

Lucas y Alma habían sido muy cercanos, en un momento, Lucas se había convertido en una extensión suya. Hablaban todo el tiempo, se escribían mensajes a cada rato, se comentaban todo. La confesión de Lucas, tiempo atrás, la había desarmado. Ella quería seguir siendo su amiga, pero (en eso debía darle la razón a Paulo, aunque de manera consciente nunca se lo dejaría saber) Lucas necesitaba estar lejos de ella, aplacar el dolor de su rechazo. No iban a poder seguir siendo amigos, si es que alguna vez él la había visto de ese modo.

—Pensé que no te ibas a acordar, qué lindo detalle que lo hayas hecho, y que te hayas animado a llamarme —probó ella con intención. No podía tener una charla intrascendente con él, a quien le había abierto su corazón y le había contado sus peores temores.

—*¿Cómo iba a olvidarme, Almi? El hecho de que no seamos pareja, como yo ansiaba, no me cambia en mi esencia. Vos fuiste, y sos, muy importante para mí, vos me hiciste dar el primer paso en mi recuperación. Te confieso que me cuesta muchísimo hablar con vos, sigo necesitando más*

*tiempo, pero no quería dejar de saludarte.*

—Entiendo. Te pido disculpas de nuevo por no poder corresponderte del mism... —Lucas la interrumpió, no quería que su charla, después de tanto tiempo de silencio, derivara para ese tema que tanto le dolía.

*—Alma, hoy es tu cumpleaños, ese es el tema que nos reúne. Lo demás... ya habrá tiempo de hablarlo. O no, ya veremos.*

—Bueno, tenés razón, es que...

*—¿Cómo están todos en tu familia?* —volvió a cortarla él.

—Bien, todos están bien, bueno... no recuerdo si supiste lo de mi amona. La verdad es que los días posteriores a mi rescate son bastante confusos.

*—Sí, lo imagino. Paulo y tu padre me lo dijeron cuando vinieron a agradecerme lo que había hecho por vos. Lamento mucho que la hayas perdido. Sé, porque te conozco bien, lo que significa para vos cada miembro de tu familia. Sé que tiene que haber sido un dolor muy grande.*

—Gracias, Lucas. Es así. Todos son indispensables en mi vida. Todavía hoy sufro por su ausencia. Especialmente en estos días. —Su voz se cortó por la emoción.

*—Alma, tu amona vivió una hermosa vida, las disfrutó a vos y a tu hermana, y a esa personaje que tenés como sobrina. Vivió al lado del hombre al que amaba hasta el día en que se fue, ¿qué más se puede pedir?*

—¿Tenerla un poquito más? —dijo con su voz tomada por el llanto.

*—Uno no va a estar nunca preparado para dejarlos ir. Los quisiéramos con nosotros eternamente, pero las leyes de la vida nos recuerdan que no somos nosotros los que tenemos ese control. Lo aprendí de la peor manera, pero lo aprendí.*

—Lo sé. Sé que me entendés en este dolor.

*—Sí, te entiendo. Pero también sé que quedarse en el dolor no ayuda. La vas a seguir extrañando, eso es seguro, pero tenés que reponerte y ser feliz. Es una deuda que tenés con ella, con tu vieja y con Lucito.*

—Sí —concedió con un dolor que se traslucía en su tono—, pero a veces me siento mal por sentir felicidad.

*—Alma, en la vida hay un momento para todo, vos llegaste al tiempo donde tenés que disfrutar de la felicidad. El destino se había emperrado en hacerte sentir tristeza, dolor, pérdidas, soledad, temor, miedo. Ya se terminó. Aunque me cueste reconocerlo, el español te ama mucho, se le nota. Te va a hacer feliz, dejá que lo haga. Te merecés toda la felicidad que puedan darte.*

Paulo iba a entrar en la habitación y se quedó detrás de la puerta. Escuchó un sollozo y, luego, que Alma continuaba hablando. «¿Quién

carajos está haciendo llorar a mi mujer en el día de su cumpleaños?». Iba a entrar y arrebatarle el teléfono, tomó el picaporte para hacerlo, pero algo en su interior lo detuvo y lo compelió a quedarse escondido, oyendo.

—Gracias, Lucas, por estas palabras —agradeció con la voz tomada por el llanto. A la mención de ese nombre, el gesto de Paulo cambió. Unos celos increíbles lo acometieron, tenía ganas de entrar, de reclamarle y cuestionarle por qué hablaba con ese hombre, de increpar a Lucas. «¿Con qué derecho llama a *mi* mujer? ¿Acaso no ha entendido que ella es mía?». Paulo sabía que había sido claro en la última conversación que habían tenido en Neuquén, le había agradecido su ayuda para salvar a Alma, pero le había dejado claro que sabía de sus sentimientos para con ella, y le había pedido que se mantuviera al margen, que Alma y él estaban por casarse, y que él no entraba en esa historia ni siquiera como amigo—. Me hacen mucho bien. Creo que, además de Amanda y Pato, vos sos una de las únicas personas del planeta que me conoce tan bien. —Un dolor atravesó el pecho de Paulo. Se sintió traicionado. ¿Ese tipejo la conocía más que él, más que su propio esposo, el padre de su hijo? Paulo se quedó escuchando, solo oía las respuestas de ella, por eso debía imaginar lo que ese tipo le decía.

*—Me hubiera encantado ser la persona elegida para compartir esa felicidad que los dos nos merecemos, pero me quedo tranquilo viendo que Paulo es buena gente y te ama bien.*

—Sé lo difícil que debe ser para vos reconocer esto. Aprecio muchísimo este esfuerzo que estás haciendo. Te quiero mucho.

Paulo estaba furioso.

*—Gracias, Alma, sé que sos honesta, siempre lo fuiste conmigo. Quiero aprovechar para disculparme por las frases poco felices que te dije en la casa de tu viejo. Estaba dolido, en carne viva. Quería lastimarte, como sentía que me estabas lastimando vos a mí, y dije algunas cosas que no sentía realmente.*

—Te entiendo. No tenés que disculparte.

*—Quiero compartir algo con vos. Vos me animaste siempre para que comenzara a enfrentar mis miedos. El hecho de viajar hasta La Plata a buscarte fue un paso difícil pero necesario para mi recuperación.*

—Sí, lo imagino. Todavía recuerdo cómo temblabas esa noche que nos vimos. — Paulo se quedó sorprendido. «¿Temblaba? ¿Qué noche? ¿Ha habido algo entre ellos que los había dejado temblando?». Los celos no lo estaban dejando pensar con claridad, todo se volvía rojo y las imágenes que generaba su mente lo atravesaban como flechas en el pecho. La imaginaba en brazos de ese tipo, gozando. Una voz lejana le

decía que se calmara, que Alma había vuelto a hacer el amor con él, después de su aborto nadie más la había tocado. «Pero ¿y si me hubiera mentido? ¿Y si ese tipo la ha tocado, la ha penetrado? ¿Y qué podría cuestionarle si eso pasó antes de estar conmigo? ¿Acaso yo no tendré un hijo con otra que fue mi pareja antes que Alma?». Cerró los ojos y respiró profundamente, debía calmarse.

—*Sí, es así. Temblé todo el viaje, pero fue necesario. Cuando volví, a pesar del enojo con vos, me obligué a salir todos los días en la bicicleta. Iba hasta la ruta y pedaleaba hasta que el corazón parecía que iba a estallarme. Y cada día adelantaba un poco más. Para el momento en que te encontré en ese supermercado, ya podía manejar el automóvil por ruta hasta Neuquén sin problemas. Fui superando mi fobia de a poco.*

—Es una excelente noticia, Lucas, realmente me alegro muchísimo. Me hace mucho bien saber esto.

Paulo seguía detrás de la puerta, torturado, imaginando qué era lo que ese tipo le decía a Alma, quería adivinarlo al escuchar sus respuestas. «¿Qué le habrá dicho ahora que ella se alegra? ¿Vendrá a verla? ¿Será eso lo que la pone feliz?».

—*Sí. Me siento mucho mejor. Todavía no puedo hacer grandes viajes, pero puedo moverme por la zona. Y, además..., estoy conociéndome con alguien* —dijo eso como sin darle importancia.

—¿En serio? No te puedo creer, Lucas, qué buena noticia. Me hace tan feliz. El amor cura todas las heridas, vas a ver.

—*Es muy pronto para hablar de amor, por ahora estoy abriéndome a la idea de compartir mis pensamientos y mis sentimientos con alguien nuevo, que no sos vos. Es difícil, pero lo estoy intentando.*

—¿Quién es?

Paulo se desorientó. «¿Quién es? ¿De quién hablan?».

—*Es una secretaria de la empresa para la que trabajo. Ella es el nexo con mis superiores. Esta fobia, que me mantuvo alejado hasta de mi propio trabajo, que me hacía permanecer en mi casa, trabajando desde allí, me obligaba a tener a una persona en la oficina con quien referenciarme cada día. A ella le contaba de los adelantos y de los inconvenientes cada día. Ella luego hablaba con mis superiores. Cuando regresé de La Plata y tuve que volver a mi rutina, ella notó mi cambio y me llamó por Skype, fuera del horario laboral, porque estaba preocupada.*

—Lucas, lamento mucho que hayas estado mal y que haya sido por mi culpa.

—*Lo sé, pero le doy gracias a eso y a vos. Celeste nunca se hubiera atrevido a conversar conmigo fuera del horario y de los temas laborales si no me hubiera oído muy mal. Ella confesó que yo le interesaba desde el comienzo, pero que nunca se había animado a mencionar sus sentimientos.*

*Arrancamos a charlar esa noche sobre vos, sobre todo lo que había vivido. Me abrí con ella como lo hice con vos.*

—Eso es muy bueno, Lucas.

*—Sí, y comencé a confiar en ella, a tener sentimientos confusos. Una tarde la quise contactar y me dijo que estaba preparándose para salir, que si podíamos charlábamos a la noche, cuando regresaba. Y en ese momento lo supe, supe que esta fobia me alejaba de todas las personas, me aislaba, y que las perdía. Te había perdido a vos y no quería perderla a ella también.*

—A mí no me perdiste, Lucas.

«¿No la perdió? ¿De qué habla Alma? Esto debe terminar». Sus nervios no podían resistir más.

*—Sí, Alma, te perdí. Estoy seguro de que hubiéramos podido ser felices juntos, pero no pude ir a verte, no pude salir de mi lugar seguro para enamorarte, y me ganaron de mano.*

—Yo siempre voy a estar cerca para vos, eso nunca lo dudes.

Paulo no podía creer lo que escuchaba. «¿Lo invita a verse? ¿Debo entrar? ¿Debo armarle un escándalo? No, esperaré, veré si ella me cuenta esta conversación. Debo saber si ella confía en mí». Siguió escuchando.

*—Lo sé. Y yo también voy a estar cerca, quiero que lo sepas, aunque aún me duela verte y escucharte.*

—Gracias, aprecio mucho que me digas eso. No sé si será posible vernos de nuevo. Paulo... no sé si...

*—Entiendo, si yo fuera él, no te dejaría. Estaría muerto de celos. Dejémoslo así por ahora.*

—Está bien. ¿Así que ella sabe todo?

*—Bueno, sí, todo... Algunos detalles los obvié, pero prácticamente sabe lo más importante.*

—Seguro no me quiere ni un poquito.

Paulo no soportó más y se retiró sin hacer ruidos, fue hacia el baño y se apoyó sobre el lavatorio, se miró en el espejo. Tenía el rostro cambiado, una mirada dura. Se lavó la cara y se secó. No escuchó más. Pero tampoco aguantaba quedarse allí. Salió del baño e hizo sonar el tiraje del inodoro para darle a entender a Alma que se encontraba a poca distancia, quería ver cómo reaccionaba, si se ponía nerviosa.

Alma oyó el sonido del baño y adivinó que Paulo estaba por ahí. Se puso algo nerviosa. Paulo había dejado en claro que no le gustaba que Lucas estuviera cerca, teniendo en cuenta el beso que habían tenido y que él estaba enamorado de ella. Decidió que no era momento de contarle, no quería tener una discusión en su cumpleaños.

—Bueno, te dejo. Te mando un beso enorme.

Paulo entró justo cuando ella cortaba la comunicación, las manos

de ella denotaron el nerviosismo, temblaban levemente.

—Ah, estabas al teléfono. ¿Con quién hablabas?

—Una compañera del secundario —se apuró a decir Alma—, me llamó para saludarme por mi cumple.

—Ah, qué atenta, ¿alguna de tus amigas que fueron a la boda? —Paulo sentía que la sangre le hervía en las venas, Alma le estaba mintiendo.

—No —se apuró a decir—, ella vive en otra provincia desde hace años. No la invitamos.

—Vamos, debemos llegar a la casa de tu padre. —Se dio vuelta, ofendido, y se fue.

Alma lo notó distante y frío, pero intentó convencerse de que no era algo que tuviera que ver con ella.

El viaje a la casa de Jorge fue silencioso. Y el almuerzo transcurrió de manera tranquila. Todos le entregaron sus regalos a Alma. Fernando y Valentina habían sido los cocineros, habían preparado una paella riquísima. Extrañamente, Paulo había decidido pasar tiempo con todos, menos con ella, no la tocaba, no la miraba. Al momento de sentarse, lo hizo al lado de Lola, que había pedido a gritos que él fuera su compañero de asiento.

A la tarde, Patricia y Amanda la habían llevado a tomar el té a un local en City Bell. Habían comido unas tortas exquisitas y charlado acerca de todo. Alma les contó la llamada de Lucas y lo feliz que la hacía que él estuviera probando suerte con una mujer. Sus amigas le habían regalado ropa de maternidad.

—Ustedes siempre son mis ángeles de la guarda. Siempre estuvieron conmigo y me bancaron. Ustedes son mis hermanas de la vida, son las dos personitas que el universo la vida me ha dado para compensar tantas pérdidas. ¿Qué hubiera sido de mí sin ustedes, chicas? Estaría muerta, seguro. —Patricia estaba emocionada y Amanda aguantaba las ganas de llorar, pero tenía un temblequeo en el mentón que denotaba su esfuerzo para evitar el llanto—. Son parte importante de mí, sin ustedes no me hubiera animado a ser feliz con Paulo ni hubiera podido superar lo de mi vieja, lo de Lucio y lo de Mariano. Amigas, las adoro, las amo.

—Ay, Almita, me emocionaste. —Pato se secaba las lágrimas con un pañuelito descartable mientras tomaba la mano de Alma.

—Che, mirá que sos boluda, Almi. La idea era que vos te emocionaras, no que nos hicieras llorar a nosotras. Puta madre... y yo que me maquillé con esmero los *smockey eyes*, ahora debo parecer un mapache —se quejó Amanda a la vez que se levantaba y abrazaba a su amiga. Patricia hizo lo mismo, las tres se fundieron en un abrazo

grupal.

—Ayyyy, Amandita, ¿a quién se le ocurre venir pintarrajeada como una puerta a una reunión de amigas? —la retó, entre risas y lágrimas, Patricia.

—A mí, querida, yo seré muy sensible, pero ante todo tengo glamur. Muerta antes que sencilla, una nunca sabe con quién se va a encontrar. Si venís hecha un escracho, de eso no hay regreso, linda.

Las tres rieron y aflojaron la tensión del abrazo conjunto. Un momento después, las tres volvieron a sentarse, repartieron pañuelos descartables y todas secaban sus lágrimas. Amanda sacó un espejito de su cartera y trató de arreglar el maquillaje de sus ojos.

—Chicas, tengo que preguntarles algo —comentó, como distraída, Alma—. No le dije nada a Paulo de la llamada de Lucas, ¿hice bien o creen que debo decirle?

—¿No estaba cuando llamó? —Amanda pasaba el delineador negro por debajo de las pestañas inferiores del ojo izquierdo.

—Estaba, pero en la cocina, creo, y yo sola en la habitación. Él no escuchó. Cuando entró, me preguntó con quién había estado hablando... y le mentí.

Las dos amigas dejaron lo que estaban haciendo. Amanda cerró el espejo y la miró fijamente. Pato apoyó en el plato la porción de *lemon pie* que estaba por llevarse a la boca.

—¿Cómo que le mentiste? —Patricia no salía de su asombro.

—Sí, es que terminé de hablar y apareció él enseguida. Y tuve miedo de que se enojara. Ya tuvimos varias discusiones por Lucas. Y el hecho de que fuera justamente él quien me salvó de Mariano no le hace mucha gracia a Paulo.

—Almita, ¿vos sos boluda natural o te vas perfeccionando? El gallego te adora, te idolatra, ¿por evitar una pelea estúpida le mentís? ¿Y si te estuvo escuchando hablar con él? ¿No pensaste eso? ¿Y si ahora está pensando que lo engañás por algo?

—Ayyy, Amanda, no lo pensé de ese modo. Solo quería evitar una discusión. No pensé que él pudiera desconfiar de mí. No debería. Yo nunca le mentí ni lo engañé.

—Amiga, los hombres no razonan tanto como nosotras. Si es como dice Amanda, si él tal vez estaba cerca y escuchó algo, tu mentira lo va a hacer sospechar algo que no existe.

—Sí, pero tampoco puedo ir ahora y decirle: «Paulo, te mentí», ¿qué hago?

—Rezá, Almita. Yo he usado la mentira muchas veces en mi vida, y ustedes lo saben. Nunca me fue bien. Rezá, amiga, para que él no haya escuchado y no sospeche nada malo.

Durante la cena de festejo, Paulo no se acercó mucho a Alma, ella lo notaba frío. No le gustaba sentirse así con él. Temía que las sospechas de sus amigas fueran ciertas, pero no se atrevía a enfrentar a Paulo.

Durante la tarde del día siguiente, tuvieron cita con la obstetra. La doctora la revisó y la encontró en perfecto estado. Le dio la orden para realizarse una ecografía que ya les indicaría, entre otros datos, el sexo del bebé. Paulo estuvo atento en todo momento, pero seguía distante. Alma le había preguntado varias veces qué le sucedía, pero él evadía la respuesta.

Paulo sometía a análisis cada llamada, cada conversación de Alma, buscaba indicios, algo que demostrara que estaba viéndose a escondidas con Lucas. Ella no salía de la casa si no era con él, su padre o Karen. Alguna tarde salía con Patricia y Amanda. «¿Se escapará para verlo? ¿El tipo estará en La Plata?». La cabeza le estallaba de teorías y preguntas. No podía ver nada claro, solo recordaba con cuánta rapidez y frialdad ella había respondido que hablaba con una amiga. Le había mentido con descaro, y eso tenía que ser por una razón importante.

## Capítulo 16

Era la primera vez en su vida que no iba a pasar las fiestas de Navidad y Año Nuevo con su familia. Los primeros días de diciembre se habían instalado en España para esperar la llegada de Blanca. Tenían todo organizado, aguardarían el nacimiento, pasarían las fiestas junto a la familia de Paulo y luego volverían poco antes de la fecha de parto de Alma. Ella quería estar cerca de su hermana y sus amigas para atravesar ese momento.

Paulo seguía extraño. Hablaba con ella, pero no lo hacía con la soltura de siempre. Incluso le extrañaba que él ya no la buscara para hacerle el amor. Él adjudicaba su falta de interés en tocarla con el temor de lastimar al bebé. Ella se sentía desilusionada, creía que ya no era lo suficientemente atractiva para él, pero el orgullo no le permitía decírselo. Temía pensar que estuviera buscando en otros brazos el placer que le negaba a ella. Por las noches la torturaban imágenes, en sueños, de Paulo con otras mujeres. Durante el día, simulaba que todo eso no le importaba, que no la lastimaba, aunque sentía la amenaza candente de que esos sueños fueran premonitorios.

Alma abrió la ventana de su habitación. Esa mañana despertaba sin ningún resabio de pesadilla. No recordaba qué había soñado, y eso la hacía levantarse de mejor humor. Se desperezó y posó su visión en la calle. Esa calle semipeatonal de Madrid era tan hermosa... Cada vez que la veía no dejaba de sorprenderse. El departamento de Valentina era bonito y cómodo. Cuando planearon pasar parte del año con ella, en España, Alma creyó que iban a invadirla, que los espacios en los apartamentos eran reducidos. Cuando entró por primera vez, no lo podía creer. La ubicación era inmejorable. Estaba situado en el barrio entre la Puerta del Sol y el Palacio Real. Un apartamento en un segundo piso, con ascensor, repleto de ventanales a la calle, muy luminoso, con techos altos, con un balcón y unas vistas preciosas, que asomaba a la calle Arenal y que dejaba ver el Teatro Real.

La habitación de Paulo, que se había convertido en la habitación

de la pareja, era muy amplia y confortable. Valentina la había decorado de un modo exquisito. Las paredes habían sido pintadas en una tonalidad beige muy suave, y habían puesto una moldura plana que recorría toda el cuarto a la altura de la cintura, en color aguamarina. La cama, *kingsize*, al igual que el resto de los muebles del dormitorio, era de madera oscura, con diseño moderno. La cabecera era alta y contenía varios estantes donde ambos dejaban sus libros. Las líneas eran rectas, los cajones de las mesas de noche, el *chifonier*, el escritorio y las puertas del placar tenían manijas rectas en plateado. Las cortinas eran de tela vaporosa en blanco, y la cama estaba cubierta con un edredón en la misma tonalidad de las paredes y una manta, a los pies, en color aguamarina, al igual que varios almohadones. Las luces de noche salían de la pared y eran bastante modernas. Valentina había reutilizado las lámparas y los muebles de la pieza original de Paulo, habían pintado y cambiado el tamaño de la cama, el resto era nuevo.

A la derecha de la cama, y en la pared contraria al ventanal, ya se acumulaban elementos que iba a utilizar el bebé cuando naciera: coche, cuna, ropa, peluches. Alma se acercó y tomó una jirafa de tela polar que ella había comprado. Estaba enamorada de ese peluche, tan suave, tan dulce se veía. Lo pasó por su mejilla y disfrutó la suavidad del tacto. Posicionó la mano sobre su vientre abultado y lo acarició con ternura. Su hijo, hacía ya unos días que habían confirmado con la ecografía que era varón, comenzó a moverse a la par de sus caricias.

—León, despacito, que a mami le duele la pancita si te movés muy rápido —dijo en voz alta, hablándole a su hijo, como cada día.

Se vistió lentamente, la panza ya pesaba y sus movimientos se habían lentificado. Salió de la habitación y, como era costumbre, Valentina se encontraba en la cocina, leyendo las noticias. A pesar de que su hijo trabajaba en un periódico de formato digital, ella no se acostumbraba a leer en la pantalla. Necesitaba tocar el papel, sentir el olorcito a tinta de la impresión. En cuanto vio aparecer a Alma, se puso de pie, se acercó y la abrazó.

—¡Almita! Belleza, buenos días. ¿Cómo dormisteis anoche? ¿Te ha dejado dormir ese travieso de León?

—Buen día, Valentina. —Alma se había habituado ya a las demostraciones de cariño de Valentina. Era una mujer muy cálida, la tocaba y la abrazaba todo el tiempo, sin llegar a ser pesada. La cuidaba, respondía a las preguntas de madre primeriza que todo el tiempo se le ocurrían a Alma. Tenía mucha paciencia y se preocupaba de que Alma estuviese tranquila—. Estoy perfecta, este niño es un santo, como su padre —dijo a la vez que se acariciaba nuevamente la

panza.

—No creas, mi niña. Ese muchacho me hizo sufrir bastante, si hasta creí que me había salido un jugador de fútbol. Me pateaba la panza de una manera... —Valentina se quedó pensativa, con una sonrisa dibujada en el rostro—. Qué hermosa sensación, Almita, sentir una vida dentro de ti. Disfrútalo, hija, tan pronto estará fuera, se hará grande y te traerá una novia.

—Ayyy, Valentina, apenas está creciendo en la panza, para eso falta mucho, por suerte. Espero ser tan buena suegra como una que yo conozco —comentó mientras la abrazaba.

—Ay, Almita, que me vas a emocionar. Sabes, lo bueno de tener hijos varones es que, a la larga, si eres buena gente, ganarás una hija.

—A mí me tenés para siempre, Valen. Y a Leoncito también —aseguró, y le llevó la mano de Valentina a su vientre. Al contacto, el niño pegó una patada.

—Digno hijo de su padre, Leoncito. Mira qué potencia en sus golpes. —Acercó su rostro a la panza y siguió hablando casi en susurros—. Hola, Leoncito, aquí la abuela Valentina. Me dejas de pegar esas patadas, que pobre tu madre debe soportar las molestias. Ya jugaremos al fútbol, al básquet o a lo que más te guste cuando salgas, bonito. Esta abuelita está esperándote ansiosa. —Como si León entendiera lo que su abuela le decía, comenzó a moverse en la panza, sin pegar ya patadas. Ambas mujeres se reían al ver el movimiento del niño calcado en la piel de la panza y en la remera ajustada que tenía Alma—. ¿Qué pasa, mi niña? Tienes ese gesto triste en el rostro desde que habéis llegado a Madrid, ¿extrañas mucho a tu familia?

—No, Valentina, no es eso. Sí los extraño, mucho, pero no es por eso. —Dudó en contarle lo que la preocupaba, al final se convenció de que Valentina era una mujer y que nadie mejor que otra mujer para entenderla, aunque fuese la madre de Paulo—. Lo que me pasa es que, desde hace días, incluso antes de viajar a Madrid, noto raro a Paulo. Está como frío, distante. No quiere tocarme. —Unas lágrimas rodaban por las mejillas de Alma.

—Alma, criatura... —dijo y se acercó a abrazarla—. Pero mira que es puñete este hijo mío. Sabes, Almita, no tuve la suerte de llegar a un embarazo avanzado con Alejandro. Él desapareció antes. No sé cómo hubiera reaccionado él ante la panza. Tú tienes una panza muy abultada y tal vez le dé temor generar algún inconveniente a Leoncito. Para serte sincera, yo también lo he notado extraño. Pero no creo que sea nada grave. Piensa que en unos días nacerá Blanquita, y luego vendrá Leoncito. Son muchos cambios en la vida de mi hijo, que nunca pensó en casarse y menos, en ser padre.

—Sí, entiendo. Yo no pensé que iba a volver a enamorarme y que en meses estaría casada y embarazada. Pero eso no me quita las ganas de estar con él, de tocarlo, de besarlo.

—Lo sé, hija. Las mujeres somos mucho más racionales que los hombres, ellos son puro sentimiento, y a veces la mezcla de muchos sentimientos los embota. Hoy debéis ir a la iglesia del padre Julián, ¿recuerdas? Hoy les dará la charla previa a la bendición que les dará mañana.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues bien, en ese encuentro puedes aprovechar a preguntarle, digo, si es que sospechas que le sucede algo más. Cuando se fue a la redacción hoy temprano, me pidió que te acompañara a la iglesia, a las cuatro de la tarde.

—Sí, tenés razón. Podría hacerlo, pero no sé... delante del padre Julián... no tengo tanta confianza con él.

—Pero mi Paulito sí. El padre Julián lo ha acompañado toda su vida. Delante de él no podrá mentirte. Julián lo conoce bien y él sabrá si está diciendo algo que no es cierto.

—Bien. Tal vez lo haga.

—¿Pudieron ver a María de los Ángeles?

—Paulo fue ayer a verla. Ella sigue sin querer verme. La entiendo, por eso no quiero forzar nada. Saber que soy la culpable de que Paulo la haya dejado no me convierte en buena opción para tener delante de la vista, encima embarazada.

—A ver, Almita. Que Paulo la dejara no fue tu culpa. La relación entre ellos ya no funcionaba desde hacía mucho. En realidad, creo que nunca hubo verdadero amor. Era cuestión de tiempo. María de los Ángeles es una buena mujer, pero el dolor no la deja ver. Debes darle tiempo, ya sanará las heridas.

—Lo sé, sé que pasará. Ojalá así sea. Ayer Paulo fue al control con ella. La doctora le dijo que todo está perfecto. Que es solo cuestión de tiempo.

—Bien. A mí me pidió que hablara con nuestro abogado. Quiere reconocerla ni bien obtengan el resultado de ADN y pedir la custodia compartida. Así, cuando vosotros estáis en Madrid, la niña vive con vosotros, y cuando debéis volver a Argentina, se queda con su madre.

—Sí, algo me dijo. Te juro, Valentina, que no quiero sentirme así, pero me dan unos celos... Sé que es su hija, sé que debe ir, pero...

Valentina le tomó una mano y la apretó.

—Alma, te comprendo. Es una situación difícil. Pero piensa que mi hijo está enamorado de ti. Eso está más que claro. —Alma trató de ocultar su mirada, ella estaba teniendo sus dudas al respecto, lo

notaba demasiado alejado de ella, demasiado diferente al hombre que no podía dejar de tocarla o besarla cuando estaban cerca. Ya no le enviaba mensajes de texto durante el día para decirle que la extrañaba. Algo no iba bien, lo sentía en el pecho.

A las cuatro de la tarde, tal como habían acordado, Valentina acompañó a Alma a la iglesia de San Antonio de los Alemanes. Era un trayecto de diez minutos a pie. Como Alma caminaba un tanto más despacio, salieron quince minutos antes. La fachada inconfundible de la iglesia era imponente aunque simple. Valentina la hizo rodear el templo para buscar la entrada a la casa parroquial. Allí encontraron a Julián.

—Ave María Purísima —saludó el padre con una sonrisa en su rostro.

—Sin pecado concebida —contestaron ambas mujeres a coro. Alma aún no se habituaba al modo de saludo del padre Julián. Ella recordaba que ese saludo en su país se usaba, pero más que nada en el ámbito rural, incluso lo consideraba de épocas pasadas. Luego vino el saludo madrileño, un beso en cada mejilla.

—Buenas tardes, hermosas damas. Qué buena suerte veros tan bien.

—Buenas tardes, padre —contestó Alma entristecida.

—Buenas tardes, Julián —dijo Valentina a la vez que se sonrojaba levemente. Aún recordaba el sueño erótico que había vuelto a tener la noche del último sábado, y tenía la sensación de que Julián podría leerle la mente.

—Valentina, ¿estás algo agitada? —La mencionada hizo gesto de no comprender la pregunta—. Es que tienes las mejillas algo coloradas, parece que han caminado con mucha energía.

—Sí, sí, es que temía que llegáramos tarde —aclaró enseguida.

—Me has fallado a la misa del domingo, ¿te ha sucedido algo?

—Nada grave, Julián. Es que la noche del sábado algo me cayó mal, y pues el domingo me sentí algo descompuesta. Pensaba venir a la misa de hoy de las siete de la tarde.

Alma la observó algo sorprendida. La noche del sábado se había acostado perfectamente y la mañana del domingo, si bien les había extrañado que no hubiese asistido a la misa, no habían notado ningún problema de salud, ni ella lo había comentado.

—Está bien, Valentina. No te preocupes. Te espero entonces en misa hoy.

Alma presenciaba el intercambio sin emitir palabras.

Estaba sorprendida por la familiaridad que se notaba entre el padre Julián y Valentina. Ella imaginaba al padre, cuando le hablaban de él,

como un hombre mayor, de cabello muy canoso, con una abultada panza y sotana negra. Julián distaba mucho de esa foto inventada por la mente de Alma. Se trataba de un hombre que apenas pasaba los cincuenta años, estaba en buen estado físico, se notaba que practicaba deportes porque sus bíceps se marcaban en las mangas de la camisa y no mostraba un gramo de panza; tenía el cabello castaño oscuro, abundante, que apenas clareaba en canas a la altura de las sienes. Poseía una mirada fuerte de ojos color café, con unas pestañas largas y arqueadas. Alma imaginó que debió ser muy difícil para Julián convertirse en sacerdote de joven, siendo un hombre atractivo como era, seguro hubieron muchas admiradoras. Alma observó las mejillas de Valentina, levemente teñidas de un color rosado. Si bien habían caminado un largo rato, tampoco el ejercicio ameritaba que tuviera agitación. Y como un rayo le cayó una idea que la hizo sonreír al principio y, luego, apenarse. Valentina se sentía atraída por el padre Julián. Después de perder a su amor, volvía a fijarse en alguien, solo que ese alguien no podía corresponderle.

—Perfecto, Julián. Vendré unos minutos antes para ayudar en la preparación de la misa. ¿Necesitas alguna ayuda extra?

—Nada, con tu presencia me basta —dijo, y sonrió mirando hacia el lado de Alma—. Bueno, Alma querida. Estás algo callada hoy, ¿no es así?

—Es que no quería interrumpirlos, nada más —respondió ella con una tímida sonrisa; sintió que podría delatar el descubrimiento que acababa de hacer, así que evitó los ojos del padre.

—Nada de eso, mi niña. Aquí la que no debe interrumpir soy yo. Os dejo tranquilos, y tú, Almita, te quedas en las mejores manos. —Se acercó a Alma y la besó. Luego enfrentó a Julián—. Paulito debe estar al llegar. —Y saludó al padre.

—Perfecto, Valentina. Nos vemos más tarde. —Valentina salió de la casa y Julián volvió la vista de nuevo a la joven.

—Cuéntame, Almita. Ya sé cómo os habéis conocido tú y mi Paulito. Cuéntame ahora de ti, de tu vida antes de él.

Mientras esperaban la llegada de Paulo, Alma le hizo un *racconto* de su historia al padre Julián. No ocultó nada, le contó de su familia, de lo importante que todos ellos eran en su vida, de sus amigas, del sufrimiento de su madre hasta la muerte, la pérdida de su primer embarazo, su soledad hasta el día en que conoció a Paulo. Los detalles de su secuestro le eran conocidos, puesto que Valentina lo había mantenido al tanto. Ambos se encontraban tan a gusto e inmersos en la charla que, cuando sin anunciarse Paulo apareció por la puerta que daba al templo, se sobresaltaron. Se dio un abrazo con Julián y se

acercó a Alma para darle un beso en los labios, que fue apenas un roce.

—Bienvenido, hijo. Aquí estamos con tu mujer, hablando. Me ha contado todas las pruebas que Dios, en su sabiduría, ha puesto en su vida. Eres muy afortunado con Alma, es una mujer fuerte que ha sobrevivido a cosas durísimas.

—Sí, lo sé. La admiro por su fortaleza. Se ha repuesto a pérdidas muy grandes —dijo Paulo sin mirarla, con un tono seco. El padre Julián se sorprendió, a su vez, al escucharlo tan frío. Paulo mantenía una mirada dura.

—¿Te encuentras bien, hijo? Te noto algo... severo para lo que es tu gesto normal.

Alma se asombró al escuchar al padre hablar de lo que ella venía notando desde hacía días.

—Estoy bien, padre. Todo perfecto. —La misma respuesta rápida y sin sentimiento que había estado recibiendo ella.

—Bien, como tú digas, hijo. Dime cómo te sientes con esta nueva vida que estáis comenzando.

—Pues, debo confesar que es bastante difícil imaginarme como padre. Tú sabes, no he tenido al mío, si bien he contado con imágenes de padres que lo sustituyeron. El nacimiento de Blanca me toma por sorpresa. León lo vengo procesando desde el comienzo, ha sido una noticia que me hizo feliz, aunque no esperaba tenerlo tan pronto. Lo de Blanca fue inesperado totalmente y no he logrado hacerme a la idea. El hecho de que las relaciones con María de los Ángeles estén tan tirantes no mejora mi sensación. Entiendo su dolor, su enojo. Es razonable. Pero Blanca debe venir al mundo en un clima de amor, cooperación, paz.

—Entiendo. María de los Ángeles sigue con sus reproches.

Alma se sorprendió, Paulo no le había contado que María de los Ángeles le hiciera ningún cuestionamiento. Ella los imaginaba en paz, unidos para recibir a su hija.

—Sí. Está cada vez más exigente. Si bien hemos aclarado desde el principio que nuestra relación se limitaría solo a lo que refiere a la niña, cada vez que tenemos la oportunidad de vernos, por algún estudio o control, no pierde ocasión de echarme en cara mi matrimonio con Alma, el supuesto abandono del que fue objeto, e intenta decirme que si no estoy cien por ciento con ella, su hija no podrá reconocerme como padre.

Alma mantenía el silencio, la asombraba escucharlo tan dolido, confundido, a la vez la enojaba que hubiera mantenido todo eso en secreto. No soportó la distancia. Paulo se había sentado a su lado. Ella

posó su mano sobre la de él, que giró su rostro y la miró.

—Siento mucho que estés pasando por esta situación y que no hayas confiado en mí. Podría haberte ayudado, hablando con vos, con ella, podría haberte ayudado a relajar tanta tensión. No quiero estar al margen de nada en tu vida.

El padre Julián se quedó en silencio observando la dinámica de la pareja.

—¿No quieres estar al margen? Pero tú sí me dejas al margen de la tuya, yo solo devuelvo lo que recibo —dijo Paulo serio, pero con dolor en la mirada, endurecido.

Alma sintió que un frío recorría su espalda.

—¿Paulo? ¿De qué me hablás? Yo no te dejo al margen. Vos sos todo para mí, sos el centro de mi vida.

—¿Sí? ¿Estás segura de que sientes eso? ¿Estás segura de que me quieres en tu vida o es solo que no sabes cómo volver a tu vida de antes y te dejas arrastrar?

—¿Qué? ¿De qué hablás? No entiendo nada —dijo ella, confusa.

—Te pregunto porque tal vez te hayas arrepentido de no comenzar una relación con alguien que tú ya conocías, por el que seguramente tendrías algunos sentimientos, pero aparecí yo en medio. Tu salvador. Tal vez estás conmigo solo por agradecimiento, y a escondidas intentas restablecer ese nexo. —El dolor, las lágrimas de Paulo marcaron el sufrimiento al que había sido sometido todo ese tiempo. Y como un dique que contiene un lago cuando las compuertas se abren, el agua se precipita desordenada, en torrente. Así Paulo miraba con frialdad a Alma, le hablaba con rencor, con dolor, su cuerpo se arqueaba intentando acercarse de modo de sacarle la verdad.

—Paulo, no entiendo nada de lo que decís. Yo no empecé ninguna relación con nadie antes de vos. El que estaba en pareja eras vos, y no me lo hiciste saber sino hasta cuando ya estábamos juntos. Yo no sentí esto que siento por vos por nadie más en mi vida. Te lo he dicho un millón de veces. Te he dicho que te amo más que a mi vida, que no podría vivir sin vos, que esa sería una prueba que no podría superar. Siento agradecimiento, sí —el rostro de Paulo mostró sorpresa—, ¿cómo no sentirla? Me salvaste de morir ahogada, pero además me devolviste a la vida. Antes de vos... —Las lágrimas de Alma rodaron por sus mejillas, su voz se notó tomada, pero ella no dejó de hablar. Había callado durante mucho tiempo, lo entendía. En su afán por no parecer molesta o repetitiva en sus dudas, había dejado que Paulo tuviera una idea equivocada y que sufriera por eso—. Antes de vos —repitió para ordenar sus pensamientos—, yo no vivía, solo subsistía. Respiraba, comía, trabajaba, todo eran cuestiones mecánicas, sin

voluntad. Las pérdidas en mi vida me habían convertido en una mujer rota, me sentía incompleta. Y cuando creí que era mi hora, que iba a encontrarme con mis muertos, apareciste vos. Me salvaste, literalmente, en todos los aspectos en que puede salvarse a una persona. Verte, hablar con vos, tocarte, necesitaba tenerte cerca, como necesito el oxígeno para respirar. ¿Cómo no estar agradecida si le diste color a una vida repleta de grises? Pero el agradecimiento fue siendo tapado por otros sentimientos mucho más fuertes y arrasadores. Amor, pasión, conexión. Vos me hacés sentir viva, completa, sana. —Paulo lloraba enmudecido, sin bajar la vista. Ambos se miraban de un modo intenso, casi hipnótico. El padre Julián observaba también en silencio—. No entiendo de dónde provienen estas acusaciones, no hice nada para merecerlas.

—¿Mentir no es suficiente para dar a sospechar? —acusó Paulo de pronto, golpeando con el puño la mesa. Alma se sobresaltó ante el golpe y se alejó instintivamente. El padre Julián también, temió que Paulo se pusiera violento, nunca lo había visto de ese modo. Se preparó para intervenir—. ¡Coño! ¡Coño! ¡Coño! ¡Y la madre que me parió! —Paulo se percató de que sus movimientos violentos habían asustado a todos. Se retrajo en sí mismo. Se tomó el puente de la nariz con el dedo pulgar y el índice de la mano derecha. Intentaba calmarse y acallar las voces que le gritaban en su cabeza, que le decían que ella lo traicionaba.

—Yo no te mentí, Paulo. Sé más claro. No sé de qué me hablás —expresó ella en tono suave, pero seguro.

—¿Hablaste con Lucas en este tiempo? Mírame a la cara y dime la verdad. —El frío en la espalda de Alma se acentuó. Su temor de que Paulo hubiera escuchado su conversación con Lucas, que hubiera malinterpretado algo, se hacía realidad. Pero en aquella conversación, poco más de unas semanas atrás, no recordaba haber dicho nada que pudiera ponerlo de ese modo. Patricia y Amanda tenían razón. No había habido razones que justificaran su mentira, y el hecho de haberlo hecho la hacía verse como culpable. Lo miró con entereza, seria, sin pestañar y habló de modo seguro: —Sí —aceptó rotunda—, he hablado con él. —Paulo esperaba que ella siguiera mintiendo, no esperaba su honestidad. Primero sintió alivio, ella dejaba de falsear, pero luego sintió dolor. Su mujer lo engañaba con otro hombre—. Charlé con él la mañana de mi cumpleaños, hace casi quince días.

—Me dijiste que habías hablado con una compañera del liceo.

—Es cierto, te mentí. Pero no lo hice porque tenga una relación con Lucas ni porque desee estar con él. Nada me acerca a Lucas, solo amistad. No hay nada que me ate a vos más que el amor. No me

importa el qué dirán, no me importa un papel que diga que somos esposos, ni siquiera me importa que nos hayamos prometido frente al altar cuidarnos y amarnos hasta que la muerte nos separe; si yo no te amara como lo hago, si yo no te adorara como lo hago, nada me retendría a tu lado.

—Alma, yo te escuché... tú le dijiste... —ella lo interrumpió.

—No recuerdo con exactitud todo lo que dijimos con Lucas. Fue la primera y única vez que hablé con él luego de que se fuera de mi casa aquella noche que me confesó lo que sentía. Nunca más habíamos hablado, excepto cuando me salvó de mi secuestro. Pero en ese momento no lo hicimos de nosotros, sino de la situación en la que estaba. Yo le agradecí su colaboración en mi rescate, le expresé que siempre iba seguir queriéndolo —Paulo iba a hablar y ella se adelantó — como a un amigo. Se lo aclaré en cada momento. Incluso me alegré muchísimo cuando me confesó que está mejorando en sus fobias y que está de novio con una chica. —Paulo sintió que el alivio le aflojaba de a poco todo el cuerpo. Sintió que un cansancio enorme lo invadía a la vez que la tensión de todos esos días lo abandonaba, hacía días que no podía dormir bien. Cada vez que intentaba hacerlo, cerraba los ojos y no podía evitar ver a Alma desnuda dándole placer a otro. La imaginaba entregada al cuerpo de otro hombre, que siempre estaba de espaldas y al que no podía verle el rostro, pero que sabía, con certeza, que no era él—. Te mentí, tenés razón. Pero no lo hice por las razones que vos pensás. Supe que te pusiste agresivo con el jardinero de mi papá, te vi enojarte por Lucas, te vi enloquecer cuando te conté todo lo que pasó con Mariano. Realmente temí que malinterpretaras la charla con Lucas y que te enojaras, que me reclamaras por atenderlo. Era mi cumple y no quería pelear con vos. Fui una cobarde, lo sé, pero no quería enojarte. Me equivoqué. Lucas es y será un amigo, me ayudó en uno de mis peores momentos, no puedo dejarlo a un lado porque a vos te dé celos. Entiendo que te sientas así porque él me dijo que estaba enamorado, pero tenés que confiar en mí. Yo te fui siempre de frente, nunca te dije una cosa y era otra. Sé que me mandé una grande con esto, pero fue desde la inocencia, desde mi temor, no fue desde la malicia o de preparar un engaño mayor.

Paulo seguía en silencio, mirándola como hipnotizado. No respondía, era como si su cabeza estuviera tramitando todo lo que ella acababa de revelarle.

El padre Julián decidió intervenir, pero lo hizo diciendo unas palabras en un tono muy bajo, como intentando llegar al cerebro recargado de Paulo. Si conocía en algo a su discípulo, era en la intensidad de sus sentimientos. Si durante días se había convencido de

que Alma lo engañaba, en ese momento, que entendía que había estado equivocado, debía acomodar su cerebro a esa novedad y hacerlo con la misma intensidad. El padre se puso de pie, rodeó la mesa y se colocó al lado de ellos dos, les tocó las cabezas y recitó un pasaje de las escrituras: —«El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. —Comenzó a articular la última frase con lentitud, para remarcarla—. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasará jamás». Corintios 13:4-8. Hijos míos, creo que no hay nada más para hablar, esta charla prebendición matrimonial, en lo que a mí concierne, ha terminado. Delante de mí habéis dicho todo lo que necesitaba escuchar. El amor que os une es más fuerte que el mundo que os rodea, pero debéis confiar en el otro, confiar y hablar con la verdad. El maligno siempre intenta meter la cola, siempre intenta sembrar desdicha, y todo comienza siempre con un engaño, con una mentira. Lo que hoy sucedió aquí es otro triunfo de Dios sobre el maligno, de la verdad sobre la mentira, del amor sobre el odio. —Alma miraba al padre Julián emocionada, con lágrimas cayendo por sus mejillas. Paulo aún tenía sus ojos fijos en ella, no los había quitado de Alma en ningún momento—. Quiero que recordéis lo que hoy pasó aquí, debéis recordar que hasta la más mínima mentira puede lograr separaros. De esto debéis aprender también. Mañana os espero para bendecir esta unión y a ese niño que estáis por traer al mundo. Os bendigo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. —A la vez que pronunciaba la bendición, movía el brazo derecho realizando la señal de la cruz—. Podéis quedaros todo lo que necesitéis. La casa del Señor es vuestra casa. —Julián tomó su Biblia, que se encontraba en una mesita auxiliar, y se dispuso a realizar confesiones en la iglesia. Cerró tras de sí para darles intimidad. Ante el sonido del pestillo de la puerta, Paulo pareció despertar de un sopor.

—Alma, yo... —Los ojos de Paulo estaban nuevamente repletos de lágrimas que comenzaron a caer por las mejillas algo barbudas. El mentón le temblaba por el esfuerzo que realizaba para no caer en un llanto abierto. La nuez de Adán subía y bajaba intentando tragar el nudo que sentía en la garganta. Alma mostró una sonrisa dulce, de entendimiento. Comprendió plenamente el sufrimiento que había estado pasando su hombre, el miedo que había sentido a enfrentar una realidad que lo atormentaba, el dolor de pensarla con otro. Lo miró con dulzura, le acarició la mejilla izquierda. Al contacto con su mano,

Paulo cerró los ojos con dolor, esa acción hizo caer más lágrimas que mojaron la mano de Alma. Ella se acercó y lo abrazó.

—Tranquilo, amor. Nada ni nadie me va a alejar de vos. Soy tuya, de nadie más. No podría soportar que nadie más me tocara. Te lo juro. Soy tuya, de nadie más.

—Mía. Eres mía, pequeña. —Mientras hablaba, él la acercaba más, la apretaba contra su cuerpo con mucha fuerza. La hizo levantarse y sentarse en sus piernas para poder abrazarla más enérgicamente. La panza de Alma se encontraba entre ambos cuerpos, rodeada de amor —. Creí... creí que te había perdido. Creí que... Perdón, perdón.

—Shhhh, tranquilo. Nunca me vas a perder, ¿cómo podrías perder a tu Alma? —Ella lo abrazaba y hablaba con los ojos cerrados, sobre su hombro.

—Perdón, perdón por todos estos días de frialdad, de no tocarte. Es que... me moría de las ganas, pero a la vez sentía un dolor tan grande aquí dentro del pecho. —Se miraron, ambos con ojos acuosos. Ella le acariciaba las mejillas, que hacía días él no afeitaba, y lo besaba recorriendo el camino de sus manos—. El orgullo no me dejaba pensar.

—Tranquilo, cielo. Acá estoy, acá estoy y voy a estar siempre para vos. Nunca más desconfiemos del otro. Ante cualquier cuestión que nos ponga en duda, hablemos, digámonos todo. Yo te juro que no te voy a mentir nunca más. Ni siquiera en lo más mínimo. Como dice el padre Julián: acabamos de ver cómo algo sin importancia se hizo una bola de nieve y casi nos lleva a separarnos.

—Sí, tienes razón. Yo también lo prometo —dijo él. La necesidad de saborearla lo ganó. Arremetió contra la boca de Alma, posicionándose sobre ella, invadiéndola, como le gustaba hacerlo. Sus lenguas se encontraron y se dispusieron a bailar la danza conocida, la de Paulo recorrió todo el interior de la boca de Alma, acarició dientes, encías. La penetraba con necesidad. Alma comenzó a sentir que el miembro de Paulo, debajo de ella, adquiría dureza y extensión, y de manera automática su vagina se humedeció y latió en respuesta. Tuvo un segundo de claridad en el que recordó dónde se encontraban y que el padre Julián estaba a unos pasos.

—Cielo, cielo... —Alma cortaba los besos cada vez más exigentes de Paulo, para intentar hablarle. En toda la sacristía no se escuchaba otro sonido que el de sus ropas refregándose, las respiraciones agitadas de ambos y los sonidos de sus bocas al besarse con efusividad —. Amor, pará. Paulo... —Él había comenzado a tocar los pechos de Alma e intentaba desabrocharle la camisa que llevaba puesta. Era una blusa con una cartera de cinco botones, luego bajaba entera, sin

aberturas. Sus dedos intentaban abrir cada botón para llegar a ese bien tan preciado, los senos de Alma. Durante ese tiempo habían vuelto a crecer y estaban grandes y apetitosos, necesitaba saborearlos, degustar el pezón, succionarlo. Paulo abrió los ojos al notar la resistencia de ella.

—¿Es que no me has extrañado como yo a ti?

—¿Te parece que no? Te busqué cada noche, te esperé cada tarde, pero vos no me diste bolilla. Pero ahora... estamos en la iglesia y el padre Julián está a unos pasos, ¿te parece apropiado? —Cuando Alma mencionó dónde se encontraban, recién ahí Paulo cayó en la cuenta. Miró hacia los lados.

—Tienes razón, pequeña. Ven, vamos. —Se pusieron de pie, la tomó de la mano para caminar. Ella tironeó del brazo para llamarle la atención.

—Pero ¿no vamos a saludarlo? —dijo ella extrañada.

—El padre Julián sabrá que nos fuimos y las razones, despreocúpate. —Abrió la puerta y salieron a la calle. Iba haciendo las cuentas mentales de cuánto tiempo le llevaría llegar a un hotel para parejas que estaba cerca y la conveniencia de ir en vehículo o a pie. La panza de Alma no le permitía caminar rápidamente, así que decidió ir por el automóvil. Doblaron la esquina aún en silencio, avanzando con apuro. Se subieron al automóvil que estaba estacionado y se pusieron los cinturones de seguridad.

—A esta hora, tu mamá debe estar en la casa, redespierta. ¿Cómo vamos a hacer?

—Esto es lo único que odio de compartir el apartamento con mi madre. Debo esperar a las noches para hacerte el amor, cuando estaría todo el día haciéndolo. Olvídate, con la urgencia que tengo de ti, creo que no me importaría escandalizar a mi madre —dijo él, y ella rió sonoramente.

—Cielo...

—Vamos a un hotel para parejas. Está cerca, pero a esta hora el camino estará bastante repleto de autos. Déjame ver si nos conviene ir por la calle Bailén o por el Paseo del Prado, por la calle Atocha. —Él fue haciendo los cálculos mentales, tiempo normal, tiempo en hora pico, tiempo de semáforos—. Iremos por el Paseo del Prado —concluyó, decidido—. Es un poco más largo, pero a esta hora es el camino que menos elegirán todos, precisamente por eso.

—¿A un hotel? —dijo ella extrañada.

—Sí, pequeña, con las ansias que tengo de ti, no podré contenerme, debo sentirme libre y expresar todo lo que me generas, no puedo hacer ni un *express* ni un silencioso —expresó él tratando de

imitar los dichos que su primo Germán le había enseñado.

—Ay, amor, me matás cuando tratás de hablar como argentino —comentó ella divertida.

—Me encanta que te ponga eso, en realidad me pone que tú te pongas con cualquier cosa. —Arrancó el automóvil, puso primera marcha y salió rápidamente para unirse al tráfico.

## Capítulo 17

Paulo manejaba con habilidad, iba sorteando todo lo que se le cruzara en el camino y atrasara su llegada al hotel. Llevaba la mano de Alma tomada con la suya. Ni siquiera la soltaba para usar la palanca de cambios, apoyaba la de ella y luego la de él, grande, que la contenía por completo. Pasaron la Plaza Mayor unos veinte minutos después, tomó por la calle Cava Baja para llegar a un hermoso hotel en el barrio de La Latina. Un pequeño hospedaje pintoresco que mostraba a la calle una pared repleta de varias puertas-ventanas rectangulares con balcones que tienen barandas de hierro forjado. Paulo estacionó en un *parking* que se encontraba enfrente. Pagó y tomó a Alma para emprender apurados la caminata. Entraron al lugar y se encontraron con una especie de barra de bar que funcionaba como tal y, en el otro extremo, opuesto a la entrada, como conserjería.

—Buenas tardes —dijo el hombre que los atendió con una sonrisa.

—Buenas tardes, queremos una habitación, en lo posible, de las que se encuentren más cerca —dijo Paulo con otra sonrisa, aunque se lo notaba tensionado por la necesidad.

—Bien, ¿tienen reserva? —preguntó a la vez que tecleaba en el ordenador.

—No —dijo Paulo serio y algo cansado de las cuestiones burocráticas.

—Bien, déjeme comprobar cuáles son las que puedo ofrecerle. —Mientras el hombre tipeaba, Alma y Paulo se miraban. Él cerraba los ojos poniéndolos en blanco, dándole a entender a Alma que lo molestaba sobremanera la artificiosidad del conserje. Y ella sonreía—. Bien. Puedo ofrecerles habitación con balcón o corrala doble, debo advertiros que la que posee balcón es hermosísima, pero tiene un valor más alto.

—No nos importa demasiado la vista, denos la corrala doble, pero que sea en el primer piso, no podemos subir mucho —respondió Paulo sin pensarlo ni siquiera un momento. Alma sonrió al conserje cuando

este la miró, fijó su vista en la panza de Alma y eso lo sorprendió.

—Bien, como vosotros queráis, ¿habéis traído equipaje?

Paulo cerró los ojos de modo de demostrar su hastío. Abrió su billetera, sacó la tarjeta de crédito y la entregó al conserje.

—No. Aquí tiene —expresó a la vez que le daba el plástico—. Cárguelo a mi cuenta, cuando me retiro firmo lo que sea. Deme la llave, por favor.

El hombre la suministró sin emitir palabra, y ellos se dirigieron al cuarto que les habían asignado en el primer piso.

Se trataba de una habitación muy pequeña, con aire acondicionado, televisión y un baño bien armado; tenía tres paredes blancas y una con papel tapiz con arabescos en azul celeste, del estilo de dibujo francés, con rombos y flores recargadas. La cama, también blanca, tenía una cabecera enorme con el mismo dibujo y color del papel tapiz. Delante del lecho, sobre el muro de la derecha, se encontraba un escritorio pegado a este, en melanina azul celeste, con una silla moderna en mismo material y color. El televisor, plano, colgaba arriba del escritorio. El baño estaba decorado en blanco. El lugar era pequeño, pero acogedor. Ambos entraron con apuro. La calefacción estaba encendida, el aire caliente los recibió. Afuera, en las calles madrileñas, el frío arreciaba. No subía de los seis grados centígrados.

Paulo la dejó entrar primero y ella lo hizo en penumbras. Él buscó el interruptor de las luces de noche y encendió ambas, desde la entrada. La iluminación era tenue. No había ninguna ventana a la vista. Paulo se posicionó detrás de Alma, apoyándole en la cintura y comienzo de su cola su erección.

—Estoy demasiado salido, amor. Me avisas si te hago daño, pero no puedo contenerme.

Paulo la abrazó primero con fuerza y luego fue recorriendo los senos de Alma con sus palmas. A la vez, empujaba su pene constantemente hacia el trasero de Alma. Ella se quitó el saco que tenía abierto, la bufanda de lana, todo sin darse vuelta, disfrutando de las caricias que Paulo le daba a sus pechos sensibles. Levantó los brazos y se sacó la camperita de lana y la blusa, solo quedó con el *soutien*. Cuando tiró la ropa al piso, Alma llevó su mano hacia el miembro erecto de Paulo y comenzó a acariciarlo. Él emitió un gruñido al contacto con la manito de Alma. Se sacó el abrigo que aún conservaba, el *sweater* de cachemira y la camisa. El pantalón fue abriéndolo. Cuando ella tuvo que soltar la tela para dejarlo caer, él sintió el frío que generaba la ausencia de la mano en su miembro. Bajó la ropa interior y el pantalón, todo junto. Su falo saltó. Ella aprovechó

para quitarse su *jean* y su propia ropa interior. Ambos habían mantenido sus lugares, Paulo detrás de Alma, que apoyaba su espalda sobre el pecho de él. Él calzó el glande entre los cachetes de la cola de Alma, desde arriba, y bajó sobre ellos, de modo que se realizaba un masaje erótico con solo apoyarla y moverse de arriba abajo. Sus manos volaron a los senos, desnudos. Se sentían tibios, pesados, inmensos. Besaba el cuello de Alma mientras estiraba suavemente los pezones. Ella emitió un gemido.

—Cielo, no puedo más, si seguís voy a acabar... Te necesito adentro. —Paulo siguió refregando su glande, haciéndolo aparecer y desaparecer entre los cachetes de la cola de ella y masajeando los pezones con insistencia. Tomó uno de los pechos con la mano entera y lo apretó en diferentes zonas.

—Estás cada vez más hermosa, estas tetas están día a día más grandes. Me gustan tanto, me ponen a mil, apenas te veo, la polla se me endurece como una roca. —Abandonó la cola y comenzó a moverse con lentitud, sin dejar de besar el cuello y detrás de la oreja derecha de Alma, y no dejó de masajear los senos. Se puso de frente a ella y la miró con fijeza.

Los ojos de ambos se encontraban oscuros de deseo. Sin decir palabra, mirándola, fue bajando su rostro para posicionarlo en el pecho izquierdo. Comenzó. Lo lamió y mordisqueó mientras lo recorría y lo soplaba, poniendo dura la punta de la lengua. Dejó el ese seno y atendió el derecho con su boca, y al abandonado le dedicó el esmero de sus dedos. De pronto, sintió la respiración agitada de Alma, levantó los ojos y, a través de la cortina de sus pestañas, pudo comprobar que su mujer estaba llegando al orgasmo. La conocía a la perfección, sabía que cuando estaba al borde respiraba con rapidez, emitiendo pequeños gemidos, como un ronroneo de gatito. De repente, un gemido más fuerte, y el cuerpo en tensión de Alma se aflojó. Paulo la tomó por la cintura para evitar que cayera. La besó en los labios con premura y la miró.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con una sonrisa socarrona.

—Un orgasmo fuertísimo, no puedo creerlo... Nunca me había pasado algo así, un clímax sin que me hayas penetrado, ni si quiera tocado —murmuró ella aún sorprendida.

Paulo la llevó hacia la cama y la acostó, se arrimó a su lado y siguió besándola con pasión. Ella fue encendiéndose nuevamente. Se puso de costado, dándole la espalda a él, y Paulo encajó su cuerpo en la concavidad. Y se abocó de nuevo a tocar los pechos mientras hacía entrar su miembro en el hueco de las piernas de Alma y su vagina. Atrapado allí, comenzó a mover su pelvis. Cada movimiento generaba

tanto placer que quería más. Posicionó el glande en la entrada de la vagina de Alma y entró con una embestida brusca. Ambos detuvieron los movimientos y disfrutaron, en la quietud, las sensaciones: ella, de sentirse otra vez plena; y él, de estar dentro del cuerpo de su amada. Cuando sintieron que se reponían de la primera impresión, Paulo recomenzó los meneos de penetración, primero, lentos y profundos, entraba y salía por completo y luego volvía a entrar. A medida que el placer los acercaba a la cima, las balanceos se fueron haciendo más frenéticos y veloces, aunque no menos profundos. En un giro rápido, Paulo se posicionó debajo de Alma, ella quedó subida, apoyando su espalda en el pecho de él. Él seguía penetrándola, y ella moviéndose de modo de hacer más honda la entrada. La mano derecha de Paulo abandonó el pecho que aprisionaba y se dedicó a estimular el clítoris con pequeños golpes y masajes, a la vez que intentaba adentrarse más en ella. Los gemidos de ambos llenaban la habitación, Alma comenzó a sentir nuevamente el hormigueo que anunciaba otro clímax, ronroneó y pidió más profundidad.

—Mássss... Quiero mássssss, no pares, por favor... —Paulo supo que su propio orgasmo sería devastador. Hacía días que no hacían el amor y la abstinencia lo tenía al borde. Sintió la electricidad que rodeaba su falo, se transmitía a sus testículos, que estaban pesados, el cosquilleo que le recorría la médula y los miembros inferiores, cuando la explosión estaba por aturdirlo. De pronto, una gran detonación de energía los atravesó al mismo momento. Ambos alcanzaron el éxtasis en los brazos del otro y potenciaron su placer al escuchar las expresiones que indicaban que también la otra persona estaba atravesado por el goce. Alma emitió un grito de placer que lo estremeció, él hizo el gruñido que emitía cada vez que ella lo llevaba al cielo. Alma sintió el semen de Paulo entrando en chorros profundos a su vagina, y parecía que no terminaba de eyacular nunca. Ella seguía meciéndose sobre él, haciéndolo entrar más con cada movimiento. Siguieron meneándose, con movimientos más lentificados, para que perduraran los efectos del placer, hasta que, despacio, fueron quedando más tranquilos, abrazados aún, susurrándose sus nombres y cuánto se amaban.

Paulo bajó una de sus manos a la panza de Alma y sintió que el niño se movía enloquecido, se asustó y se incorporó de un modo brusco. Alma se asustó, a su vez, por la reacción de Paulo.

—¿Qué pasa, Alma? ¿Qué le pasa al niño? —preguntó con el gesto transformado por el miedo.

—Nada, cielo. León está contento de que sus padres vuelvan a hacer el amor. ¿Por qué me preguntás?

—¿Es normal que se mueva de ese modo? —dijo señalando la panza. En la piel blanca de Alma se dibujaban partes del cuerpo de León: un tobillo, una mano iban recorriendo todo el ancho de la panza, como si tuviera poco espacio y quisiera expandirlo empujando.

—Es normal, cielo. No te asustes. Está despierto y siente felicidad, como nosotros. Se mueve para expresar eso. Vení —dijo a la vez que lo hizo acostarse nuevamente y volver a apoyar su mano sobre el vientre—, hablale a tu hijo, así se calma.

—Hola, granuja —probó suerte dirigiéndose al ombligo de Alma—, papá y mamá están muy felices y quieren seguir practicando. ¿Podrías calmarte un poquito? Si te hace mal lo que hicimos con mami, pues me lo haces saber.

—¿Y qué harías? ¿Dejar de hacerme el amor hasta que nazca? Te recuerdo dos cosas: la primera, que la doctora nos dijo claramente que hacer el amor no podría lastimar a nuestro hijo, y menos si usamos esta posición o que yo esté sentada arriba de vos. La segunda es que, después del parto, tendremos un período de abstinencia, la cuarentena, así que ni se te ocurra adelantar ese período. Todavía no sé cómo vamos a aguantar en ese momento.

—Tienes razón, pequeña. —Se quedó pensativo—. Ya sé, démosle algo para que se entretenga. Pediré servicio a cuartos, algo rico pero no dulce, eso lo excita. Ordenemos un sándwich y un café con leche, algo caliente y que lo alimente, así quedará listo para dormir una siesta. Y su madre quedará en mis garras otra vez.

—Me parece genial.

Llamaron e hicieron el pedido. Mientras lo esperaban, Paulo llamó a Valentina para avisarle que con Alma había ido a pasear al Prado y a tomar una merienda, que regresarían tarde.

El resto de la tarde la pasaron haciéndose el amor, tocándose, hablando, haciendo todo lo que en esos casi quince días no habían hecho, llenando los espacios de información que se habían generado. Bajaron de la habitación y decidieron cenar en un restaurante cercano al hotel. Él se sentía eufórico, feliz, y quería agasajar a Alma. Desde que habían llegado a Madrid, dado su enojo, no habían salido nunca, siempre habían comido en casa de familiares o con Valentina. Esta noche era una oportunidad única. Paulo no quiso dejar pasar la ocasión para llevar a Alma a uno de sus restaurantes favoritos en Madrid, Casa Lucio, un lugar típico donde la comida casera y sabrosa era la protagonista. El restaurante se encontraba emplazado en el mismo barrio, en La latina, apenas a unas cuadras del hotel. Salieron caminando a pesar del frío, querían hacerlo, disfrutar de la noche.

—¿A qué hora le dijiste a tu mamá que volvíamos?

—No le he dicho un horario de regreso, simplemente le indiqué que no nos esperara, ¿por qué preguntas?

—No, por nada en especial, es que con el embarazo tan avanzado, no quisiera que se preocupase cuando regresemos tarde.

—Estaba evaluando la posibilidad de quedarnos a dormir en el hotel, ¿qué opinas, pequeña? Si lo hiciéramos, podría beber un rico vino en la cena, porque no debería manejar, y nos levantamos tempranito para ir a casa a bañarnos y cambiarnos.

—La idea está buena, cielo. La verdad, me seduce bastante. ¿Pero qué le decimos a tu mamá? No quiero que se preocupe.

—Ya la llamo y le explico, mi madre es una mujer que entiende estas cuestiones, quédate tranquila. —Acto seguido Paulo tomó su móvil y volvió a llamar a Valentina—. Mamá, soy yo, sí. Todo está bien, no te asustes. Hemos caminado muchísimo, he llevado a mi Alma a conocer el Prado, sí, el Museo y el paseo. Luego hemos ido a por una merienda, y ahora la estoy llevando a cenar. ¿A que no adivinas a qué restaurante iremos? ¿A que no? —Se hizo un silencio mientras era notorio que hablaba Valentina—. Has adivinado, preciosa. Estamos llegando a la puerta de Casa Lucio. Que sí, que vamos a pedir los callos. Sí, lo saludo de tu parte. Escucha, mamá, es probable que beba un vino, así que no quiero manejar a la vuelta, hemos decidido quedarnos a dormir en un hotelito aquí cerca, ¿recuerdas La posada del Dragón? Sí, ese mismo. Bien. Sí, estaremos en casa a primera hora. Vale, duerme bien. Aquí Almita te manda su amor. Adiós, mami. —Cortó y puso los ojos en blanco—. Valentina es un amor de madre, pero está en todos los detallitos, hay días que...

—No te quejes, amor, vos por suerte la tenés, yo quisiera tener que llamarla por cualquier cosa y poder hacerlo. Mañana voy a telefonear a casa, a papi y a los abuelos. Tengo ganas de escucharlos.

—Perdona, amor. Tienes razón. Uno no valora a las personas hasta que le faltan. Disfrutemos entonces de Valentina, que la tenemos cerquita, ¿vale?

—Dale —dijo ella riendo. Estaban en la puerta del restaurante.

El frente era todo en madera oscura, bien al estilo de los mesones españoles de las películas antiguas. Las puertas eran rectángulos bien definidos de madera también oscura, con vidrios y cortinados blancos. Ingresar por esas portezuelas parecía un pasaje a otra dimensión. Alma sintió que entraba al escenario de alguna de las tantas obras de teatro españolas que había leído en su vida. El ambiente era amplio, tenía dos pisos con mesas. Las paredes blancas tenían hasta la mitad unas maderas oscuras con vistas labradas. Había, cada tantos metros, una arcada o una columna, todas ellas en ladrillos a la vista

barnizados en un color también oscuro. Las mesas impecables, con manteles blancos y copas altas; en cada una se veía un pan casero redondo y aromático, listo para ser degustado. Las sillas eran todas de madera de nogal, pesadas y antiguas, los asientos y respaldos eran de cuero con tachas enormes, al mejor estilo medieval. Alma estaba fascinada, recorría todo con la vista de una niña que descubre tesoros. En una pared, se veía una cava enorme, no muy alta pero sí ancha, de vidrio, con más de cien botellas de vino semiacostados. Los cuadros antiguos, los certificados de logros, las escrituras de frases importantes para los dueños, que fueron heredando el lugar, complementaban la visión cinematográfica del lugar. Alma no salía de su asombro. Al entrar, Paulo saludó al *maître* y le pidió la mesa acostumbrada.

—Con Valentina solemos venir seguido, es el restaurante preferido de ella y, por ende, ha sido el lugar al que la he traído en cada ocasión especial.

—Este lugar es increíble, cielo. No puedo creerlo. Me encanta.

—He pedido la misma mesa que uso con ella, el mozo que nos atenderá será el que mi madre considera el mejor y más atento. Con los años hemos ido probando varias mesas y mozos. Ella hace cinco años se quedó con este lugar. Hemos tenido suerte de que no estuviese ocupado.

—La verdad que sí. Qué lástima que no hubiéramos previsto venir aquí, podríamos haberle avisado y que compartiera con nosotros la cena —expresó ella mientras se acercaban a la mesa indicada por el *maître*.

—Alma, amo a mi madre, la adoro. Pero algunas veces adoro tenerte solo para mí.

—Está bien, cielo, tenés razón —dijo sonriendo. Cuando llegaron a la mesa asignada, el *maître*, que había caminado por delante de ellos, tomó la silla de Alma y la corrió en gesto de caballerosidad. Alma agradeció con un movimiento afirmativo con su cabeza y se sentó. Él le acercó un poco más la silla a la mesa, Paulo se sentó y agradeció. El hombre les entregó los menús y la carta de vinos. Aprovechó para hablarle de los especiales del día.

—Ya los atiende Joselo, que será su mozo esta noche, con permiso. —Y de modo muy educado se retiró. Un minuto después apareció el mencionado Joselo. Era un señor de unos cincuenta y cinco años aproximadamente, algo calvo, con pancita, que vestía una camisa impecable color blanca, pantalón negro y un delantal largo, también negro, atado debajo del abdomen.

—Buenas noches, Paulo, señorita. —Hizo una reverencia a ambos a modo de saludo—. Qué alegría teneros esta noche con nosotros. Veo

que tu madre no es de la partida, ¿no es así? ¿O debo agregar un lugar en la mesa?

—Buenas noches, Joselo, así es. Hoy mi madre se ha quedado en la casa, he traído a mi esposa para que conozca las exquisiteces de este lugar. —Cuando Paulo mencionó que traía a su esposa, Joselo hizo un gesto de sorpresa, se acercó a él y le extendió la mano.

—No sabía la buena nueva, Paulo. Enhorabuena —felicitó el mozo con un buen apretón—. Señora, mis bendiciones para este matrimonio. —E hizo lo propio con Alma—. Y para el niño —dijo cuando notó el embarazo de Alma.

—Gracias, un placer, Joselo, pero llamame Alma, no señora. Todavía no me acostumbro al mote de «señora».

—Encantado, Alma, entonces... ese acento... ¿Es usted argentina?

—Así es, lo soy. Nos conocimos con Paulo en ocasión de que él viajara a mi país por trabajo. ¿Cómo se dio cuenta? ¿Tan notorio es? —preguntó ella divertida.

—Es que en este lugar nos visitan muchos turistas, y los argentinos sois reconocibles. Habláis haciendo ademanes con los brazos, en un tono alto, y tenéis esta particular forma de pronunciar las *s*, *c*, *y*, *z* y las *ll*. Imposible no darnos cuenta. Además de esa musicalidad tan particular de vosotros al hablar.

—¿Has visto, Joselo? Yo se lo digo, pero no me cree. Ella dice que somos nosotros los que hablamos raro. —Ambos hombres rieron y Alma se unió a ellos.

—¿Ya sabéis lo que vais a ordenar?

—Si me dejas, pequeña, puedo elegir una entrada para compartir y luego dos platos que son la espacialidad de la casa —propuso Paulo.

—Dale, no tengo problemas, como de todo —aclaró más bien hacia el mozo.

—Bien, Joselo: nos traes, por favor, unos huevos estrellados para compartir, y de plato principal nos haces marchar dos cazuelas de callos a la madrileña.

—Perfecto, excelente elección para una recién llegada, debe probar los sabores más típicos de estas tierras.

—¡Olé! Estamos de acuerdo, Joselo.

—Si me permitís, voy a recomendaros un vino para maridar con estos platos tan madrileños.

—Adelante, te escuchamos —concedió Paulo entusiasmado.

—Pues os recomiendo un vino tinto, de una viña de aquí, propiamente madrileño, Viñas del Regajal: Las Retamas del regajal. Un sabor exquisito. —Paulo miró a Alma esperando su confirmación. Alma estaba muy entretenida y respondió con un movimiento

afirmativo de la cabeza.

—Pues no se diga más, nos traes ese vino.

—Joselo, sumá un agua mineral sin gas, por favor.

—Perfectamente, señora Alma.

El hombre agradeció, se dio vuelta con los menús en mano y fue a realizar la orden en la cocina.

—Bueno, ahora contame qué carancho me pediste de comida. Decime que no comen bichos raros los españoles.

—Pues mira, belleza, el único bicho que tendrás que enfrentar en España, y en el mundo, seré yo.

—Tonto, vos de bicho no tenés nada, hermoso. Si sos un galán de telenovela.

—Me encanta que me veas así. —Y bajó la mirada con timidez—. Veamos, la entrada son huevos fritos sobre una cama de patatas fritas adornadas con jamón serrano, chorizo y chistorra.

—Uhhhh, eso suena muy rico. Espero que mi estómago no se revuelva como suele ocurrirme cada tanto desde que Leoncito está ahí dentro.

—Esperemos que ese crío te deje probar estas delicias —dijo él acariciándole la mano con dulzura a través de la mesa. Había extrañado el contacto con la piel de Alma. Cada vez que la acariciaba sentía una conexión única, esos días de enojo casi no la había tocado. Sentir la suavidad de la piel de Alma, su tibieza, le hacía percibir alegría en el pecho—. Veamos, el plato principal es un clásico de la gastronomía madrileña. Los callos a la madrileña son una especie de guisado que se hace con ciertas partes de la ternera que no son cortes, digamos, tradicionales. —Paulo temía mencionarlo y que Alma sintiera rechazo por el plato.

—¿Qué parte de la vaca? No me preocupes, sé más claro. Lo único que no me gusta comer es la lengua, eso me olvidé de decírtelo.

—Quédate tranquila, pequeña. No es lengua lo que se usa. No sé exactamente cómo lo llamáis vosotros, pero se usa parte del estómago, el morro y la pata. A veces se usan estas mismas partes pero de cerdo. Y se lo guisa con tomate, cebolla, morcilla y chorizo. Aquí le ponen, además, garbanzos. Queda una exquisitez, justo para noches de frío como esta.

—Ah, ya entendí. Es una especie de mondongo a la española, pero con morcilla y chorizo. Tengo que probarlo, pero luego de esta comida voy a tener que tomarme algún digestivo, te lo advierto —se anticipó ella bromeando—. Desde que la panza se hizo tan grande, no puedo comer muy pesado porque, cuando me acuesto, no puedo respirar tan bien. Así que vamos a tener que caminar un rato largo y hacer algo de

ejercicio antes de irnos a dormir.

—Me parece perfecto. Pasaremos por una farmacia para comprar algún digestivo y luego me encargo de que no te sientas pesada, tú te relajas.

Joselo se acercó con el vino, lo abrió y lo dio a probar a Paulo. Cuando este lo hubo aprobado, sirvió un poco en la copa de Alma. Dejó el agua mineral y se retiró. Pasados unos instantes regresó con unos pequeños cuencos con algunos escabeches.

—Me he tomado el atrevimiento, Paulo. Te he traído unos escabeches nuevos que está implementando nuestro nuevo chef. Van por invitación de la casa.

—Muchas gracias, Joselo, son bienvenidos —respondió Paulo con una sonrisa.

—No es nada, enseguida les traigo los huevos estrellados.

Los dos dijeron «gracias» al unísono. Partieron el pan casero en porciones y probaron los tres escabeches de vegetales. En un minuto, se acercó nuevamente Joselo con una fuente oval con la entrada. Degustaron esa primera parte mientras charlaban animadamente. Alma se encontraba sentada de espaldas a la entrada, razón por la cual no vio cuando María de los Ángeles entró al local seguida de una amiga y un amigo.

María de los Ángeles entró sonriendo, en plena conversación con las dos personas que la acompañaban, miró hacia el costado y divisó a Paulo en cuestión de segundos. La furia la colmó. «Ha traído a esa mujerzuela a comer justo al mismo restaurante que a mí me gusta venir. No debería de sorprenderme, Valentina adora este lugar, de hecho, así lo conocí, en un cumpleaños de Valentina». Lo miró con furia, insultándolo mentalmente. Quería que él levantara la mirada y la viera, quería que él se sintiese mal. Como si leyera sus pensamientos, Paulo rió de algo que esa detestable mujer le dijo y, al levantar el rostro para largar la carcajada, se le congeló la mirada en ella. Con sonrisa de triunfo miró a sus acompañantes, que estaban petrificados, y les advirtió: —No nos quedaremos en este lugar, no os acomodéis. Yo no ceno en el mismo restaurante que su puta. Pero denme un minuto para aguarles la cena a ellos. —Y sin mediar más palabras, sus acompañantes, con miradas temerosas, se volvieron hacia la puerta de entrada y dirigieron unas palabras al *maître*. María de los Ángeles caminó con paso seguro hacia ellos, contorneando su cuerpo todo lo que su enorme panza se lo permitía.

Paulo cambió el gesto, y eso hizo que Alma se diera cuenta de que algo estaba por suceder. Giró su rostro al mismo momento que María de los Ángeles casi alcanzaba la mesa. Sintió temor al comienzo y un

frío que la recorrió.

—Veo que eres animal de costumbres, la traes a los mismos lugares a los que me has llevado a mí. Deberías avergonzarte, este fue nuestro restaurante y ahora traes a tu puta para faltarme al respecto. —María de los Ángeles hablaba con tono hiriente, haciendo gestos de desprecio, pero lo hacía bajo. Paulo se puso de pie como un resorte y se acercó casi de manera agresiva al rostro de María de los Ángeles de pie. Recordaba que estaban rodeados de personas y que esa detestable mujer no solo estaba embarazada, sino que lo estaba de su hija. Buscó calmarse antes de responder.

—No te permito que le hables de ese modo a mi esposa. Esta dama que ves aquí es la que he elegido para mi vida. Y le debes respeto. Te pido encarecidamente que te retires sin armar escándalos. Además, faltas a la verdad cuando afirmas que este fue nuestro restaurante. Este lugar lo conociste conmigo y mi madre. Este es el restaurante preferido de mi madre, nunca hemos venido tú y yo solos. —Paulo hablaba conteniendo la furia. Alma le tocó la mano desde el asiento para calmarlo y para pedirle que le diera la oportunidad que había estado esperando tanto tiempo.

—Gracias, cielo —dijo ella en su tono acostumbrado, tranquilo. Por dentro se sentía un volcán en erupción, pero por fuera era una piedra. Paulo y María de los Ángeles la miraron, ambos sorprendidos, como si recién se dieran cuenta de que ella estaba en la mesa—. Sentate, por favor. Quisiera hablar yo, si me lo permitís. —Paulo, sorprendido, tomó de nuevo asiento. Alma no se movió de su lugar, solo la miró con tristeza y comenzó a hablar—: Lamento conocerte personalmente de este modo. Me hubiera gustado hacerlo en otro lugar, pero como sabrás, nuestra historia no arrancó bien, la tuya y la mía quiero decir. Sé que me culpás de que Paulo te haya dejado. —María de los Ángeles hizo ademán de querer hablar y Alma la cortó en seco—. Ahora me vas a escuchar a mí, Paulo ya te escuchó bastante, y lo has lastimado mucho. Ahora voy a hablar yo. Quiero decirte que yo también lo hice mucho tiempo, lo de culparme; digo, cuando él me confesó que al conocerme estaba aún con vos, me sentí muy mal, no quería ser la causa de una separación. Luego entendí, porque Paulo me hizo entenderlo, que la relación de ustedes ya estaba mal, que estaban en una crisis y que mi presencia solo apuró el final anunciado. Realmente lo lamento. Lamento que tengas que pasar por el dolor de perder a alguien que significa tanto en tu vida. Pero si hay algo que aprendí en mi vida, es que uno no puede obligar al otro a amar. Lo que no se siente, no se siente. ¿Era preferible irse a vivir juntos y darte la cabeza contra la pared? ¿Era mejor que probaran estar juntos y que

él en un mes te dijera que no te amaba? Tal vez hubiera sido mejor, o no... Ahora no lo sabremos nunca. Lo que sí puedo decirte es que lo que nunca sintió Paulo con vos lo empezó a sentir por mí en el momento exacto de conocernos. Y ante eso no hay nada más que explicar. Te puede doler, te puede enojar, pero no lo podés ignorar. Él me ama como nunca amó en su vida, del mismo modo que lo amo yo a él, y contra eso no hay nada. No nos alcanzan ni tus palabras, ni tus reproches, ni tus mentiras. Vos podrás echarle en cara muchas cosas, pero eso no va a hacer que él te ame o que vuelva con vos, lo único que vas a lograr es alejar al padre de tu hija. Y sé que él quiere formar parte de la vida de tu hija, quiere ser su padre, pero tu maltrato, tus reproches lo van a terminar alejando. Por primera vez en tu vida, dejá tu egoísmo de lado y pensá en el de al lado, no en nosotros, pensá en lo mejor para tu hija. ¿No sería preferible para ella que naciera en un clima de respeto y amor?

María de los Ángeles se sintió ridícula, casi una adolescente inconveniente. Ante el silencio brusco de Alma, buscó algo que decir.

—Un hermoso discurso, querida, pero en la vida real lo de ustedes no existe. Cuando se canse del sexo vainilla contigo, vendrá a buscarme. Y mi hija y yo seremos siempre suyas.

—Qué triste, María de los Ángeles. Qué triste que no puedas dejar de lado tus ganas de lastimar, y qué patético intento de recuperar lo irrecuperable. Con toda la literatura erótica que ilustra a la perfección el sexo sadomasoquista, con mi experiencia previa a Paulo y conociendo las necesidades de mi hombre, ¿creés realmente que no puedo saciarlo? Lo que con vos hacía como divertimento una vez cada tanto, a mí me lo da cada noche. Y no creo que sea correcto contártelo justamente a vos ni en este lugar, pero debo aclararte que hemos estado perfeccionando ciertas técnicas que..., ufff, solo de pensarlas me dan ganas de decirle a Joselo que suspenda los callos, que me urge disfrutar de sexo salvaje con MI HOMBRE —recalcó—. Como te dije, una lástima que tengas esta actitud. Si cambiás de onda, consideranos parte de tu familia. Si tu forma de relacionarnos es a través del insulto y de la pelea, andá despidiéndote de nosotros. Mi hijo y tu hija merecen estar rodeados de amor, no de rencor y odio. —Alma se puso de pie súbitamente. María de los Ángeles se asustó y retrocedió un paso—. Voy al baño, mi amor —le dijo a un Paulo boquiabierto. Cuando se puso a la par de la mujer, se acercó a su oído y le susurró —: Y te aclaro que sí soy su puta, soy la más puta para mi hombre. A puta no me va a ganar nadie, y te aviso que a mala tampoco. No me molestes más a mí ni él, ¿te queda claro?

María de los Ángeles, igual de sorprendida que Paulo, se dio vuelta

y comenzó a caminar aireada delante de Alma. Varios comensales, que prestaban atención a la disputa, aplaudían al irse María de los Ángeles. Alma, que seguía de pie al lado de la mesa, miró a Paulo desconcertada, ella creyó que todo el intercambio había pasado inadvertido para los demás.

—¿Estás bien, pequeña? ¿Te sientes bien? —dijo él preocupado por el color intenso que adquirían las mejillas de Alma. Los aplausos lo obligaron a usar un tono un poco elevado.

—Sí, sí. No te preocupes. —Ella, aún de pie, tomó la copa con agua y bebió un sorbo para calmarse, sentía que todo el cuerpo le temblaba —. Voy al baño.

—Te acompaño, tengo miedo de que te descompenses, tal vez te haya subido la presión, estás muy colorada —insistió él, poniéndose de pie, preocupado.

—Amor, quedate tranquilo. Yo estoy bien, dame un minuto. —Se acercó y le dio un beso apasionado en los labios, se separó un poco y lo miró directamente a los ojos.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Ya lo sé —respondió ella haciéndose la vanidosa—, y vos sos lo mejor de mi vida, junto con Leoncito.

Alma caminó con lentitud entre las mesas para dirigirse al *toilette*. Al pasar por una mesa cercana a la de ellos, una señora mayor le tocó la mano y llamó su atención.

—Niña, en la vida me he encontrado con mujeres harto irrespetuosas y agresivas, pero nunca he visto a una mujer darse el lugar con tanta educación y clase. Te felicito, la has puesto en su lugar sin siquiera despeinarte un cabello. Eres una gran mujer y él —dijo señalando con un movimiento de cabeza a Paulo— tiene mucha suerte de tenerte.

—Gracias, señora, me reconfortan sus palabras. Esta situación fue tan desagradable que espero no vuelva a repetirse. Yo tengo mucha suerte de tenerlo a él. Es un gran hombre —agregó con una sonrisa. La mujer sonrió a su vez, miró a su marido y volvió a mirar a Alma.

—Cuando una ama de verdad, siempre dice la verdad. No tengo dudas de que lo es. Buenas noches, niña. Y que Dios os bendiga a ustedes y a esas criaturas.

—Gracias, señora. Que Dios los bendiga también. —Alma continuó caminando hacia el baño. Cuando pasó cerca de Joselo, vio que este le hacía señas y se acercó un poco para escuchar lo que quería decirle.

—Señora Alma, ¿quiere que suspenda el plato principal? ¿Van a retirarse?

—De ninguna manera, Joselo. Esa mujer desagradable no va a

aguarme mi primera cena madrileña. Sigue todo en pie.

—Bien, señora Alma, me gustan las mujeres que no se dejan amilanar. Paulito eligió bien.

—Gracias, Joselo. Espero que nunca se arrepienta —dijo con mejor ánimo, ya sonriendo con un poco menos de tensión. Siguió su camino. Entró al baño. Pasó al *box* individual y se sentó sobre el inodoro tapado. Sentía que las piernas le temblaban. León se movía bastante y eso la intranquilizaba más. Inspiró profundamente varias veces, soltando el aire con lentitud para bajar las pulsaciones. Cuando sintió que se calmaba lo suficiente, salió del lugar, se lavó las manos y la cara. Se secó. Se miró en el espejo. Si bien aún seguía algo enrojecido, su rostro se veía bastante bien. Salió del baño y se encontró con Paulo en el pasillo, que la estaba esperando.

—¿Estás bien, pequeña? Me quedé muy preocupado, ¿cómo sientes la presión? —Alma se acercó despacio, conmovida por su genuina preocupación. Lo besó, de modo lento y apasionado. Se apoyó en su cuerpo y lo abrazó con necesidad. Paulo, sorprendido, descansó su espalda en uno de los muros y la atrajo hacia sí. Las lenguas danzaban libres. En el pasillo los rodeaba el silencio, solo quebrado por el sonido acelerado de sus respiraciones y el de los labios al separarse para tomar otra posición. Luego de unos minutos, cuando calmaron esa sed del otro que los poseía, separaron sus bocas, apoyaron sus frentes juntas y se quedaron unos segundos así, sin decir palabra. Paulo rompió el silencio.

—Me hiciste sentir muy orgulloso de ti, pequeña. Siempre evité que vosotras os encontrarais por temor a que ella te lastimara. Te subestimé, pensé que ella te debilitaría, te debo una disculpa. Eres la mujer más fuerte y luchadora que he conocido en mi vida. Has sabido darte el lugar, ponerla a ella en el suyo, y sin siquiera levantar el tono de voz. Perdóname, pequeña. Creí conocerte bien, pero me doy cuenta de que me falta mucho por conocer de ti.

—Amor, espero que lo que te falta conocer de mí también te guste, porque a mí me gusta todo de vos, y cada día más.

—Estoy seguro de que así será. ¿Vamos a la mesa o prefieres irte del restaurant?

—Como le dije a Joselo: esa mujer no me va a aguar la primera cena madrileña que tengo. Vamos a la mesa. —Ella lo tomó de la mano y caminó con él a la zaga. Volvieron al salón, habían retirado los platos de la entrada. Los demás comensales habían olvidado ya el incidente, dado que nadie se giró a mirarlos ni se hicieron más comentarios. Paulo le retiró la silla a Alma y luego se la acercó cuando ella ya se había sentado.

—Debo reconocerte, pequeña, que eres toda una leona.

—Nadie se mete con mi hombre, con mi esposo y padre de mi hijo. Que ella me insulte a mí no me genera ningún sentimiento; de las personas que viven amargadas es lo único que se puede esperar. Pero que te torture, que te presione, que te quiera hacer sentir culpable porque no la amás... No, eso no se lo voy a permitir. Entiendo que todos le tengan consideraciones y no le canten las cuarenta porque ella está embarazada, está bien. Pero yo también estoy embarazada, yo sí puedo decirle lo que quiero y lo que siento.

—Y lo has hecho con mucha claridad y altura, debo aclarar.

—Una dama nunca pierde la cordura ni la educación.

—Brindo por eso —dijo él levantando la copa de vino tinto madrileño. Alma levantó la de agua, ya no quería beber alcohol, temía que la presión le jugara una mala pasada después de todo—. Si brindas con agua, deberemos chocarlas dos veces para no atraer la mala suerte —anunció Paulo, y ambos cumplieron ese ritual.

La noche continuó en el restaurante con la cazuela de callos a la madrileña y un postre que compartieron. Volvieron a la posada, hicieron nuevamente el amor, ya sin tanta premura como durante la tarde, lo efectuaron con delicadeza, dulzura, disfrutando de cada movimiento. Se levantaron temprano, se ducharon juntos, desayunaron en el comedor, firmaron los recibos de la tarjeta de crédito y partieron.

## Capítulo 18

Valentina los esperaba algo nerviosa. Tenía preparada la ropa de cada uno, la había depositado sobre la cama de la habitación de sus niños (como ella los llamaba). Cuando escuchó el ruido de la llave en la puerta, corrió desde la cocina a recibirlos. Ambos la saludaron y le contaron todo lo que habían comido la noche anterior. Alma se fue a cambiar primero y Paulo aprovechó para hablar a solas con su madre sobre lo ocurrido con María de los Ángeles: —Esa mujer debe agradecer que está esperando un hijo mío, si no fuera así, la hubiera tomado del brazo y la hubiera hecho pasar el papelón de su vida.

—Ay, hijo. Pensé que María iba a calmarse con el pasar del tiempo. Pero mira qué fea actitud ha tenido, insultar a Almita de ese modo —expresó escandalizada.

—Te digo, mamá, que Alma supo ponerla en su lugar, si alguna vez se le vuelve a ocurrir armar algún lío como el de ayer, lo pensará dos veces. Esa tía no sabe con quién se ha metido.

—Esa situación no creo que vaya a repetirse, amor —agregó Alma apareciendo de improviso. Ya estaba cambiada, se la veía hermosa. Tenía un vestido estilo Jacky en color manteca que le llegaba hasta arriba de la rodilla. Este se adhería a su pecho y a su vientre abultado, y luego caía de manera graciosa hacia los lados. Se había marcado unos bucles desordenados en las puntas de su cabello, que llevaba suelto, con la raya al medio. Traía en la mano el *neceser* con los maquillajes—. De todos modos, quiero aclararte a vos que no quiero que vuelvas a verla a solas, yo te voy a acompañar cada vez que debas ir. Quiero que esa mujer entienda, de una vez por todas, que aquí hay una familia unida, que ella no podrá separarnos nunca, y que su hija tendrá un lugar de privilegio y amor con nosotros.

Paulo se puso en pie, se acercó con una sonrisa y la besó.

—Estás más hermosa, y yo que creí que eso no era posible. Eres la mujer más hermosa del planeta o, mejor dicho, de la galaxia —dijo feliz, posó sus dedos en la mejilla de ella, la acarició y le besó el

espacio cercano al lóbulo de la oreja derecha. Sabía que ese era uno de los puntos débiles de ella. Y casi susurrando—: Se hará como mi mujercita lo quiera, siempre. Te amo.

—Yo más —pronunció ella sonriendo.

—No es posible —insistió él. Se giró y miró a su madre, que los observaba con alegría y en silencio—. Me visto y nos vamos, ¿os parece? Quiero llegar rápidamente.

—Perfecto, hijo. Ven, Almita, si quieres puedo maquillarte. Siéntate aquí que tengo mejor luz. —Las mujeres se pusieron manos a la obra.

La ceremonia fue muy emotiva, estaba toda la familia de Valentina y Paulo, amigos y amigas de ellos dos. Paulo había invitado a algunos colegas de andanzas, que no habían podido viajar a Argentina, y a algunos de su trabajo, incluyendo a Vicente. Todos fueron muy amables y participaron con alegría de ese evento tan importante para Paulo. Alma lo veía departir con su gente y le encantaba, cada vez la enamoraba más ese hombre. Al terminar la ceremonia, Paulo, Alma y todos se quedaron hablando en el atrio de la iglesia. Estaban arreglando el traslado a una casa en las afueras de Madrid, una casona perteneciente a los abuelos maternos de Paulo. Valentina y Fernando habían preparado un almuerzo campestre para la familia y los amigos, que disfrutarían luego de la ceremonia. Todos estaban preocupados por encontrar lugares en los automóviles.

Alma estaba distraída y de pronto vio a una mujer que se movía en el fondo de la iglesia, que quería entrar en la sacristía. La forma de caminar le pareció conocida. Sin que nadie se diera cuenta, se dirigió hacia el mismo lugar donde las sombras le habían hecho perder a la silueta misteriosa. Entró por la puerta y se paró en seco antes de ser vista. Efectivamente, se trataba de María de los Ángeles. Estaba llorando y el padre Julián la consolaba.

—Padre, qué vergüenza. ¿Qué hice yo para merecer esto? ¿Por qué tanto dolor?

—María, Dios en su sabiduría te ha puesto una prueba dura delante. Deberás pasarla, deberás crecer, madurar. El problema es que aceptes la voluntad de Dios y dejes de torturarte y de torturarlo.

—Yo lo amo, padre. Amo aún a Paulo. Él es el padre de mi hija. Si esa mujer no se hubiese cruzado en el camino, estoy segura de que hoy estaría conmigo.

—Si Alma no hubiera aparecido en la vida de Paulo, seguramente él estaría contigo, cumpliendo con su responsabilidad. Pero tú y yo sabemos bien que él tenía sus dudas desde mucho antes de que ella apareciera. Él ya no sentía amor de pareja por ti; es doloroso, lo

entiendo, pero es la realidad.

—Pero estaría conmigo de todos modos, yo ahora estoy sola.

—Estar contigo por obligación no es una buena opción, María. Si Paulo no te amaba, lo que pasó con Alma iba a suceder tarde o temprano. Debes dejar de pensar desde el egoísmo, desde la historia que tú armaste en tu cabeza y que no es real. Debes reconocer y reconocerte que si él no te ama, ya no hay nada más que hacer. Pero tu hija debe teneros a ambos. Vosotros seréis siempre los padres de Blanca, debes resignarte a que esa sea tu única relación con Paulo. Además, niña, cuando abras tu corazón, ese que hoy está cerrado en la negación y en el odio, vas a estar libre para dejar entrar a otro hombre en tu vida, estoy seguro.

—¿Quién me va a querer con una hija a cuestas?

—Ay, niña, niña, deja de lado tus prejuicios. Aquel hombre que está destinado a enamorarse de ti amará todo de ti, incluyendo a tu hija. Fíjate si Alma hubiera pensado eso, jamás hubiera permitido entrar a Paulo en su vida, y hoy son felices.

—¿Alma tiene otro hijo? —dijo ella levantando el rostro.

—Estuvo a punto de ser madre de una pareja anterior, esa pareja la abandonó y meses después perdió a su hijo. Hoy merece un poquito de felicidad, ¿no crees? Y así ese niño hubiera nacido, estoy seguro de que Paulo lo hubiera amado. —Ese descubrimiento la había dejado sin palabras, ir a hablar con el padre Julián no había sido mala idea después de todo, pensaba conmoverlo para ver si él podría interceder por ella con Paulo. Cuando entró a la iglesia, no esperaba encontrarse con la bendición. En ese momento, estaba reuniendo datos valiosos.

—No lo sabía —dijo a la vez que empezó a calcular cómo podía usar esta información.

—Ni deberías saberlo tampoco. Te lo estoy contando para que veas que no eres la única en el planeta a la que le ha tocado vivir situaciones difíciles. Dales un respiro. Y date un respiro. Disfruta de tu embarazo y trata de traer al mundo a una niña sana y rodeada de amor. —El padre Julián se acercó, la bendijo y la abrazó—. Ve, hija, que debo cerrar todo. Sal por la iglesia, que ya deben de haberse ido todos.

María de los Ángeles secó sus lágrimas y se dirigió hacia el templo. Al salir, se topó de frente con Alma, que seguía allí. Alma la miraba seria y María de los Ángeles no supo qué decir.

—Ahhh, me asustaste. Perdón —balbuceó María de los Ángeles reponiéndose del sobresalto.

—Disculpame, no quise escuchar, venía a buscar al padre —mintió rápidamente Alma al verse descubierta.

—Ya me voy, no vine a armar ningún lío. Ya me quedó claro todo anoche —dijo con marcado tono de reproche.

—Me parece bien. Ojalá en algún momento podamos sentarnos y charlar más tranquilas. Vivimos una historia difícil, pero si pensamos en nuestros hijos, lo mejor será comenzar de cero. Por mi parte, yo estoy dispuesta.

—Espero que no tengas la esperanza de convertirte en mi amiga, porque eso nunca va a ocurrir. Me robaste a mi hombre, nunca te lo voy a perdonar.

—Entiendo. Jamás hubiera esperado que vos y yo fuéramos amigas, te aclaro. Simplemente esperaba convivir en paz. Quisiera volver a aclararte que yo no robé nada. No supe de vos hasta después de habernos enamorado, pero si él se fijó en otra, es que las cosas entre ustedes no iban tan bien.

—Salvo que alguien intente meterse en su camino a como dé lugar. Cuando una mujer se enamora, usa todas sus armas. Eso es lo que yo voy a seguir haciendo. En cuanto me saque este bodoque de la barriga, volveré a tener mi cuerpo de infarto. Veremos cuánto puede soportar Pauli sin tocarme.

—La verdad, no dejás de sorprenderme. Llamar bodoque a tu hija, ¡Dios! ¿De qué película de terror saliste vos?

—De la vida normal, de la cruda vida real. Esto es una guerra declarada, y no pienso perder. —María de los Ángeles hablaba con tranquilidad y con una sonrisa socarrona en el rostro.

—Entiendo. Cualquier cosa sabés cómo y dónde encontrarme.

—Sí, lo sé. Pero de todos modos no te voy a buscar a vos, voy por él —afirmó, y caminó hacia la salida. Paulo regresaba en ese momento para buscar a Alma. Cuando vio a María de los Ángeles, se asustó. Se encontraron de frente. Miró alternativamente a Alma y a María de los Ángeles. Alma le hizo señas de que estaba bien—. Ya me iba, no te preocupes, no vine a gritar ni a pelear. Vine a ver al padre Julián y me encontré con la bendición. Discúlpame que haya estado en este momento. Ya me voy.

Alma se sorprendió de la capacidad de actuación de esa mujer. Unos minutos antes tenía un gesto seguro y un tono amenazante; cuando hablaba con Paulo, lo hacía con un tono inseguro y bajo, casi como una víctima.

—María de los Ángeles, si tu actitud fuera otra... Entiendo que debe ser difícil para ti. Pero quiero que sepas que, aunque no te amo como pareja, eres la madre de mi hija, y he compartido contigo muchos años, lo que menos he querido es lastimarte.

—Está bien. En este momento siento que no me alcanza, tal vez

pueda aceptarlo en un tiempo. Mejor tener distancia de ustedes para evitar problemas. —Cuando se disponía a salir, Paulo la tomó del brazo para llamar su atención.

—Entiendo, pero te pido que me tengas al tanto de Blanca.

—Sí, así será. Me voy. —Ella salió con paso cansino.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado cuando llegó hasta Alma.

—Estoy bien, aunque azorada. Unos segundos antes de que aparecieras, su actitud era otra. Si bien no estuvo agresiva como anoche, fue clara en sus intenciones de separarnos. Cuando te vio, su gesto y su voz cambiaron. Qué tipa compleja, ¿son todos así en su familia? ¿Tiene familia?

—Sí, tiene, pero hace años que casi no se trata con nadie. Su madre es viuda, creo que es la única que puede estar acompañándola. La hermana vive en Barcelona, se casó y tiene hijos, pero hace mucho que se pelearon.

—¿Amigas?

—Pues de las de verdad, no sé. Tal vez alguna de su profesión.

—Es entendible entonces, tiene una personalidad avasallante, seguro no debe aceptar que alguien piense distinto a ella o que la cuestione. Por eso se queda sola.

—Puede ser, es cierto que no soporta las críticas, ese fue siempre un tema de discusión.

—La verdad es que no quisiera estar en sus zapatos, por más que no la quiera, que no me agrade tenerla cerca de nosotros. Me da lástima, sinceramente. Pasar por este momento tan importante de su vida, y sola.

—Un aprendizaje más. Vamos, esposa mía, la familia nos está esperando. —La tomó de la mano, la acercó y pasó la suya por sus hombros. Salieron abrazados, se subieron al automóvil del tío Fernando y marcharon a la casa de campo a festejar.

El 14 de diciembre por la tarde, una semana después, Alma recibió una llamada en la casa de Valentina. Atendió el teléfono y la voz del otro lado le indicó: *—Buenas tardes, necesito localizar al señor Paulo Girat. Soy la madre de María de los Ángeles.*

Alma se sorprendió.

—Buenas tardes, señora, soy Alma, la esposa de Paulo. En este momento, él se encuentra en su trabajo. ¿Pasó algo? ¿Puedo ser de ayuda?

*—Está bien, señora. Es para avisarle que mi hija está en labor de parto. Estamos ya en la clínica. Cuando se desocupe, puede venir.*

—¡Dios mío! Ya mismo le aviso, quédese tranquila.

*—Gracias.* —Cortó.

Alma llamó nerviosa a Paulo. Al tercer intento logró comunicarse. Le dijo lo que había dicho su exsuegra y él le indicó que se preparara, que en unos minutos pasaría a buscarla para ir juntos al hospital. Alma también llamó a Valentina, que había ido a la iglesia. En cuestión de cuarenta minutos, Paulo, Alma y Valentina llegaron a la clínica. Paulo y María de los Ángeles habían acordado que el lugar elegido para el nacimiento sería el Hospital Nisa Pardo de Aravaca. La tecnología del lugar, los profesionales, la atención y el hecho de que tuvieran una UCI (Unidad de Cuidados Intensivos) pediátrica y neonatal fueron los elementos que los hicieron decidirse. Querían asegurarse de que Blanca no corriera ningún peligro. Les indicaron el número de habitación y hacia allí se dirigieron con paso apresurado. Al entrar, notaron la cama vacía, Paulo fue al *office* de enfermeras a solicitar información. María de los Ángeles había sido llevada a sala de partos y su madre había entrado con ella. Paulo comunicó que era el padre de la niña y consultó si él podía presenciar el parto. La enfermera le pidió que esperase mientras averiguaba. Él volvió al pasillo con Alma y Valentina. Buscaron un recodo con butacas para tomar asiento. Los tres estaban tensionados y ninguno hablaba. Alma tomó la mano izquierda de Paulo, que estaba concentrado en mirar el piso.

—Todo va a salir bien, quedate tranquilo. No es una cirugía a corazón abierto, amor, es un parto. Desde la prehistoria las mujeres damos a luz, y muchas, sin asistencia médica.

—Eso espero, pequeña. Espero que Blanca esté bien.

—Hijo, viene la madre de María de los Ángeles por el pasillo —advirtió Valentina.

Todos se pusieron de pie. La mujer venía con ojos lacrimosos, Paulo sintió que su corazón se salteaba un latido.

—Lucía, ¿algo ha salido mal? ¿Qué ha pasado? —preguntó con voz temblorosa. Alma observó que la nuez de Adán de Paulo subía y bajaba, intentaba contener las ganas de llorar.

—Nada ha salido mal, Paulo. Eres padre de una hermosa y saludable niña que pesó tres kilos y medio —informó a la vez que lo abrazaba. Paulo no salía de su asombro.

—¿Ya ha nacido? Dios mío, ha sido rápido, ¿cómo están las dos? Necesito saber la hora exacta, Lucía. —Valentina lloraba a la vez que hablaba.

—¿Cómo están? —preguntó Paulo, que tenía los ojos con lágrimas.

—Bien, bien. Ambas lo están. En unos minutos, las traerán. Estaban terminando de vestir a la niña. —Lucía y Paulo se soltaron y la señora se abrazó con Valentina. Luego miró a Alma, que pensó que

la mujer iba a hacerle un desplante teniendo en cuenta el modo en el que se habían dado las cosas. Sin embargo, la mujer la miró con una sonrisa—. Tú debes ser Alma. Encantada, gracias por avisarle tan rápido.

—Encantada, Lucía. En cuanto corté con usted, lo llamé. Tardamos un poquito por el tránsito, ¿cómo no iba a avisarle? Este es un momento importantísimo.

—Gracias —dijo la mujer tomando la mano de Alma—, tenle paciencia a mi hija. Es una buena mujer, pero está dolida. Sé que tú entenderás. Esta no es una historia de las comunes.

En ese momento, notaron que doblaba la esquina una camilla. Al acercarse vieron que se trataba de María de los Ángeles, que venía con la niña prendida al pecho. Los enfermeros les pidieron esperar hasta que acomodaran a madre e hija en la habitación privada. Unos minutos después entraron Paulo y Lucía. María de los Ángeles tenía lágrimas en los ojos y una enorme sonrisa en el rostro. La niña había abandonado el pecho y realizaba movimientos descoordinados y bruscos con los bracitos. Cuando Paulo entró, ella le estiró a la niña.

—Esta es tu hija, Blanca. Hija, este es tu padre. —Lucía tomó a la niña y se la acercó a Paulo, que aún no reaccionaba—. Tómala en brazos. Es tu sangre. —Paulo los estiró para tomar a la niña, no se sentía seguro de hacerlo, no estaba acostumbrado a alzar a bebés tan pequeños. Lo hizo. La niña pesaba muy poco y estaba con los ojos abiertos. Movía sus manitos y hacía un ruido semejante a un gorjeo. Paulo acercó sus labios a una de sus mejillas y pudo olerla. La niña tenía ese dolor dulce que caracteriza a los bebés. La estrechó contra su pecho y la besó.

—Bienvenida, Blanca, te amo. —Fue todo lo que pudo articular, el nudo en la garganta no quería bajar a pesar de tragar con fuerza. Esperó unos segundos hasta reponerse, levantó la vista y habló con tono más seguro—. Voy a mostrársela a mi madre y a mi esposa. ¿Me lo permites? —solicitó mirando a la madre primeriza. El gesto de esta cambió a uno de reproche; cuando intentó responder, Lucía tomó la palabra en su lugar.

—Por supuesto, Paulito. Ve —dijo con una sonrisa que no le llegaba a la mirada, y con esa mirada endurecida miró a su propia hija.

Paulo salió con la niña en brazos, Valentina y Alma se acercaron rápidamente. Valentina iba con los suyos abiertos para tomar a la pequeña.

—Dios mío, es tan hermosa, tan pequeña. —La niña apareció de entre los pliegues de la manta, era morena, con el rostro redondo, ojos

claros, de un color indefinido entre el gris y el marrón claro. Sus labios eran muy parecidos a los de la madre y el cabello se veía oscuro y lacio. La niña continuaba realizando sonidos graciosos—. Dámela, hijo, quiero tenerla en brazos. —Paulo se la pasó a su madre y abrazó a Alma.

—Es hermosa, cielo. Te felicito, tenés una hijita bellísima —expresó Alma con lágrimas en los ojos. Paulo la abrazó más fuertemente.

—Es bella, sí. De todos modos, debemos hacerle la prueba de ADN para confirmar que sea mía.

—Hijo, es muy bonita, tiene algo de María de los Ángeles, pero también de ti. Yo le veo los ojitos parecidos, bueno, son claros como los tuyos, no es exactamente el mismo color, pero el color suele cambiar con los días, hasta los tres meses.

—Mamá, sé que querrás encontrarle parecidos, pero la ciencia tendrá la última palabra.

—Está bien, tienes razón, hijo. —Valentina besó las mejillas de Blanca y la pequeña comenzó a buscar con su boca la punta de la nariz de la mujer, intuyendo que se trataba del pezón de su madre—. Creo que alguien tiene hambre —señaló a la vez que los tres comenzaban a reír—. Mejor la llevas con la única que tiene lo que esta pequeñita está buscando.

—Tienes razón, mamá, dámela. —Paulo la tomó nuevamente y se movió hacia la habitación. Al mover la puerta, percibió que las mujeres adentro discutían, no alcanzó a escuchar qué decían, pero sí el tono de enojo que ambas usaban.

—Adelante, Paulo, pasa —invitó Lucía haciendo una sonrisa amplia, como queriendo disimular. El gesto airado de María de los Ángeles era inconfundible, habían discutido y trataba de relajar el ceño que tenía fruncido.

—Aquí les traigo a esta comilona, está con hambre. —La entregó a Lucía, y esta, a su vez, la llevó a la cama con su hija. María de los Ángeles se preparaba para alimentarla y Paulo decidió salir.

—Quédate, Pauli. No verás nada que ya no hayas visto —deslizó María de los Ángeles, provocándolo.

—Me retiro para que os pongáis cómodas. Regresaré más tarde —dijo, algo incómodo por la insinuación de María de los Ángeles. Salió de la habitación y las dos mujeres que lo esperaban fueron a su encuentro. Se dieron un abrazo grupal, Paulo las contenía a ambas en su pecho. Se dirigieron al bar, que se encontraba en un subsuelo, y tomaron un refrigerio.

—El examen de ADN, hijo, ¿se realizará aquí? —preguntó

Valentina intrigada.

—Pues verás, mamá. He decidido hacer dos. Uno lo haré por mi cuenta, sin avisarle a María de los Ángeles, el otro se realizará aquí.

—¿Por qué decidiste eso, cielo? No me habías dicho nada.

—Es que acabo de pensarlo, es algo que se me acaba de ocurrir. Lo hablaré con mi abogado para que se haga de manera legal, pero quiero sacarme las dudas por otro lado. Cuando hablamos de este tema con María de los Ángeles, hemos acordado con su doctora que se haga aquí, antes del alta de ambas. Pero siento algo extraño, siento dudas. Y siempre que me siento así algo hay... Déjenme llamar a Roberto, mi abogado. —Paulo sacó su móvil y marcó—. Hola, Rober, sí. ¿Cómo has estado? Pues enhorabuena, chaval. Me alegro mucho por ti. ¿Y para cuándo sería? Genial, buena época. Sí. Bien, todo tranquilo, escucha, quería hacerte una pregunta. Acaba de nacer la hija de María de los Ángeles. Gracias, sí, pero aún no sé si es realmente mi hija. De eso justamente quería hablarte. Quiero hacer un ADN por mi cuenta, ¿qué posibilidades hay de que lo hagamos lo antes posible y que sea legal? —Hizo un silencio mientras escuchaba las instrucciones que daba el abogado—. Bien, ¿podrías arreglar todo para hacerlo mañana mismo? —Nuevo silencio—. Perfecto. Te lo agradezco mucho, sé que no será fácil hacer todo esto con tan poco tiempo, pero es esencial para mí. Bien. Gracias. Sí. Están aquí a mi lado, ambas, les envío tu cariño. Un abrazo. —Cortó la comunicación y las miró, estaban expectantes. Les hizo llegar el saludo y ellas dieron las gracias casi al unísono.

—Mami, Rober se ha comprometido y se casará en la primavera próxima.

—Ay, hijo, qué buena noticia me has dado. —Valentina se giró hacia Alma para explicarle—. Roberto es un joven muy querido, amigo de Paulito de la escuela. Estudiaron juntos, él se recibió de abogado. Hizo un estudio que por estos días tiene mucho renombre. Nosotros fuimos de los primeros clientes. Es un excelente profesional.

—Ah, entiendo —dijo Alma.

—Ya era hora de que ese chaval sentara cabeza. ¿Cuánto hace que sale con Victoria?

—Creo que casi diez años, apenas se recibió se pusieron de novios —acotó Paulo.

—Pues bien he dicho, ya era hora, esa muchacha sí que ha tenido paciencia, como una Penélope. —Los tres rieron.

—Bien, me dice que puede organizar todo para mañana. Vendremos a ver a la niña, la sacaré como hoy para que ustedes la vean. Aquí afuera estarán esperándome ustedes, Rober, un técnico de

un laboratorio de su confianza y un notario que dará fe por escrito de que todo se haya realizado según los estándares de seguridad que se necesitan.

—Bien, espero que todo esto aleje tus dudas, hijo.

—Yo también.

—¿La van a pinchar? —dijo Alma algo preocupada.

—No, pequeña. No es necesario. El técnico podrá sacarle una muestra de saliva a la niña y otra a mí, para hacer las comparaciones genéticas. Los resultados estarán en una semana.

—Ah —respiró con alivio.

Al otro día, todo se llevó a cabo del modo en que Paulo lo había comentado. María de los Ángeles y su madre no salieron de la habitación, así que no sospecharon nada raro. Esa tarde iban a darle el alta, así que el personal de la clínica realizó la extracción de sangre de la niña y de Paulo para efectuar el otro análisis de ADN. Ambos resultados, el del análisis de Paulo y el de la clínica, estarían listos para el mismo día.

Durante la semana, Paulo fue al departamento de María de los Ángeles casi todos los días, pasaba una o dos horas después de su trabajo en la redacción del diario. Quería ver a la pequeña. La niña era tranquila, dormía, comía y sonreía. Aún no fijaba la vista en nadie, pero el sonido de algunas voces la hacía sonreír. Esa pequeñita estaba ganándose el corazón de Paulo lentamente. Aunque él intentara mantener una postura distante, no quería ilusionarse con que fuera su hija y que los resultados dijeran lo contrario. Lucía se había mudado con su hija para ayudarla en los primeros tiempos. Se la veía demacrada, con signos notables de cansancio. Por el contrario, María de los Ángeles se veía rozagante, saludable. De a poco iba recuperando el cuerpo llamativo y redondeado que había tenido siempre.

—Lucía, la veo muy cansada, ¿necesita ayuda? Mi madre podría venir a ayudarla, solo que no ha querido invadirlas.

—Gracias, Paulo. Es que ya estoy algo mayor para cuidar a niños tan críos. No me malinterpretes, amo a mi nieta, pero es una niña muy demandante, como su madre.

—¿Pero usted se encarga de la niña? ¿Y María de los Ángeles no ayuda?

—Es que mi hija debe volver al trabajo en poco tiempo, necesita volver a estar en su estado físico y debe descansar bien. Así que yo hago casi todo. Además ella no sabe de biberones ni cambios de pañales.

—Bueno, para eso tuvo los meses del embarazo, para aprender.

Digo, yo estoy haciéndolo para recibir a Blanca en mi casa y a León cuando decida salir.

Lucía hizo un gesto de ternura, le acarició la mejilla.

—Mi hija ha elegido a un buen padre para Blanca.

La frase de Lucía hizo ruido en la mente de Paulo. «Ha elegido». El uso de ese verbo le despertó una alarma. María de los Ángeles había quedado embarazada en un accidente, ¿cómo podría haberlo «elegido»? Paulo percibía que en toda esta historia había algo oculto.

El día de la entrega de los resultados Paulo fue al bufete de Roberto. Él tenía los estudios en un sobre. Se lo extendió, estaba cerrado. Paulo rompió la solapa y sacó los papeles. Sus manos temblaban. Leyó con avidez y su vista se congeló en la última frase: «El donante queda excluido». Lo extendió a Roberto, nervioso.

—¿Qué coño significa esto? —dijo mientras Roberto leía el resultado. El abogado levantó la vista, serio.

—Que no eres el padre —sentenció, lapidario.

—Hija de puta, hija de puta y de un camión de putas. Me hizo creer todo este tiempo que era la mujer fiel, que yo la dejé por Alma, y resulta que se acostaba con otro, ¡y me quiso endilgar a mí su hija! —La furia se notaba en sus ojos. Roberto se preocupó, nunca había visto tan enfurecido a su amigo—. Pobre niña, pobre Blanca, le ha tocado una madre de mierda, que solo la trajo al mundo para usarla. —Se quedó pensativo—. Me voy. Gracias, Rober. Sabía que podía confiar en ti. Este resultado es legal, ¿no es así?

—Por supuesto. Pagamos un estudio oficial, que da fe de la cadena de custodia del material genético que se estudió; además, estuvo presente el notario. Esto es absolutamente legal.

—En el resultado de la clínica no hubo esos cuidados, imagino. Se pagó como «Estudio No Oficial», al menos eso decían las planillas que tuve que firmar.

—En ese caso, no lo son. Son estudios para las familias que no tienen intenciones de realizar acciones legales.

—Bien. En el caso en que me indiquen un resultado distinto a este, ¿podríamos iniciar acciones legales?

—Pues me dejas averiguar. No es un tema que maneje. Dame hasta mañana para darte esa respuesta. Imagino que sí, porque estarían falseando la verdad.

—Bien. Gracias de nuevo, Rober. Nunca he estado más conforme con el dinero que le pago a tu bufete. Me has salvado de una grande. —Se dieron un abrazo y los dos besos acostumbrados. Paulo salió como enloquecido.

## Capítulo 19

Paulo tocaba, como enloquecido, el timbre del departamento de María de los Ángeles. Lucía se asustó. Abrió con gesto de temor.

—¿Qué sucede, Paulo? Me has asustado.

—¿Está su hija? —respondió cortante.

Lucía frunció el entrecejo. Paulo nunca había sido descortés con ella y lo notaba muy tenso.

—Sí, estaba terminando de vestirse, recién se bañó. La niña está en la cuna si quieres ir a verla.

—No. —El tono rotundo de Paulo la alertó, algo había pasado.

Tal vez ese hombre había descubierto la verdad. Con María de los Ángeles habían discutido todo ese tema incansables veces. Desde el momento en que le confesó que Blanca no era hija de Paulo, sino de un hombre de quien ni siquiera recordaba el nombre, su vida se había vuelto un infierno. «Yo no he criado a esta mujer inmoral, fría y calculadora que vive en esa casa. Edgardo y yo dimos todo por nuestras hijas, por enseñarles las cuestiones morales y éticas. María de los Ángeles ha perdido el camino». Paulo la seguía mirando con los ojos desorbitados. María de los Ángeles escuchó la voz de Paulo y salió. Se había puesto ropa insinuante, muy ajustada. Había casi recuperado su cuerpo normal. El cabello empapado caía sobre los hombros y había mojado la tela de la remera que cubría los pechos. Al no tener puesto *soutien*, la tela mojada transparentaba sus pezones.

—Hola, amor, escuché tu voz y me vestí rápido para venir a recibirte.

—Lucía, le voy a pedir que nos deje a solas. —La voz de Paulo era baja, cavernosa.

María de los Ángeles confundió el tono de furia con el de excitación, sonrió pensando que por fin iba a tomarla de nuevo. Lucía se retiró sin decir palabra. María comenzó a caminar contorneándose, sensual, y se acercó a él. Paulo la miró con desprecio y eso la hizo detenerse en seco.

—¿Qué te pasa, Pauli? ¿Viniste a follarme y te sientes culpable? —Dio un paso más y levantó la mano con intención de acariciarle el rostro. Paulo la detuvo de un movimiento brusco.

—Hace meses que no te follo, y la verdad es que no lo extraño para nada. Alma me da todo lo que quiero y necesito pero, sobre todo, me da paz, esa es la verdad. Eres la peor mujer de este planeta y, si pudiera, me cortaría la polla por haberla puesto dentro de ti. — La actitud de Paulo, el tono y lo que dijo asustaron a María de los Ángeles, que dio un paso atrás de manera instintiva.

—¿Qué dices? ¿Cómo puedes hablarme así? A mí, que soy la madre de tu hija. —Esa frase pareció soltar la fiera que estaba encerrada en Paulo.

—¿Mi hija? ¿Mi hija? ¿Estás segura de eso?

El gesto de sorpresa de María de los Ángeles fue elocuente.

Mentalmente hizo la lista de cosas de debió pagar y hacer para que los resultados de la clínica mostraran esa mentira. Irían a buscarlo esa tarde. «¿Cómo es posible que Paulo sospeche algo?». Ella había ido aquella noche en que Paulo le habló por Skype, la noche en que cortó la relación, al bar de intercambio de parejas al que acostumbraban ir los dos. Ellos disfrutaban de su libre sexualidad. La idea era participar de tríos. Pero la regla de oro de esas escapadas era que debían estar los dos presentes y ninguno besaba a otra persona. El beso se guardaba para la pareja estable, porque significaba un grado de intimidad mayor. Aquella noche, ella entró sola al sector de reservados, era su revancha por lo que Paulo acababa de decirle; y buscó un box donde esperaran a una mujer. Se asomó, vio a dos hombres que se besaban, consultó si el cartel estaba correcto; sí, esperaban una mujer. Ella decidió participar. Al entrar, los hombres le hicieron un lugar en la cama y comenzaron a acariciarla y besarla. María necesitaba sentirse amada, deseada. Se entregó a los dos hombres y alguno de ellos falló en su método anticonceptivo. Cuando dos semanas después descubrió que estaba embarazada, vio la oportunidad de recuperar a Paulo. Aquella noche no había cruzado a conocidos, o al menos eso creía, nadie sabía que había ido. Paulo podía hacerse cargo, solo había que convencerlo. Su visita posterior a Madrid, al departamento, no había salido como ella lo había planeado, él no la había tocado. Entonces surgió la idea. Podría hacerles creer que había concebido antes del viaje de abril, solo que ella no se había dado cuenta. Pagó a las doctoras, para que cambiaran las fechas probables de parto, había pagado también para cambiar el resultado de ADN, la suerte había querido que su hija naciera dentro del rango de fechas posibles. ¿Qué podía sospechar Paulo? «Mi madre no pudo

haberme traicionado».

—¿De qué me estás hablando, Paulo? Claro que es tu hija, no soy una puta, la única puta en tu vida es esa argentina que tuvo un hijo antes que vos y al que mató ella misma —dijo ella con desprecio. Paulo no se contuvo y se acercó de un solo movimiento, la tomó por el cuello, la acercó al sofá que estaba detrás y la tiró, se posicionó encima de ella, amenazante, y volvió a tomarle el cuello, apretándolo.

—No vuelvas a insultar a MI MUJER. Deberías tener más cuidado antes de hablar de ella. Esa mujer perdió un hijo con muchísimo dolor, y recién ahora se está curando de esa herida. Tú eres un pedazo de mierda que evidentemente nunca conocí. ¿Cómo has podido hacerme sentir tan mal todo este tiempo si tú misma me estabas poniendo los cuernos con alguien? Eres la peor basura. —Ella lo interrumpió con un sonido raro, él apretaba el cuello y no la dejaba respirar. Soltó el apriete y ella volvió a respirar, con dificultad. Paulo se levantó y quedó de pie al lado del sofá—. Y mira que no te reclamo la acción de serme infiel, sino la de querer endilgarme una hija que no es mía.

—¡Yo no te engañé, Paulo! ¡No sé quién te ha dado ese dato, pero es mentira!

—Ese dato me lo dio tu hija. —Los ojos desorbitados de María de los Ángeles se posicionaron sobre él, sorprendida—. Las marcas genéticas en la sangre de Blanca no se corresponden con la mía. Hice hacer un examen oficial de ADN porque sospechaba lo que comprobé. Que no es mía.

María de los Ángeles mostraba su desesperación y sorpresa.

—¡Eso es imposible! Yo no he estado con nadie más, es tu hija. Hoy por la tarde nos darán el otro resultado, veamos qué es lo que dice. Yo creo que el lugar donde tú lo hiciste no es demasiado confiable, o les habrás pagado para que digan una mentira —dijo ella desesperada, masajeándose el cuello, como queriendo hacer pasar las bocanadas de aire que un momento atrás no entraban.

—Eres el ser más despreciable que he conocido. Aún no puedo creer que seas la misma mujer con la que pensé irme a vivir.

—Paulo...

—Supongo que eres tú la que ha pagado ese resultado falso, estoy seguro de que ese resultado que debemos retirar por la tarde dirá «Positivo con un porcentaje de seguridad del noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento». ¿No es así? —María de los Ángeles se quedó en silencio, mirándolo sin poder articular palabra—. Ya mi abogado está haciendo los trámites necesarios. Voy a denunciarte a ti y a los doctores que firmen cualquiera de los estudios que indiquen

que Blanca es mi hija. Me importa una mierda quién es el padre, ni siquiera me importa que me hayas puesto los cuernos, me importa que en todo este tiempo me has hecho sentir el peor hijo de puta del planeta por amar a otra mujer, cuando tú reúnes en ti todas las peores actitudes que puede tener un ser humano.

—Pero...

—Te callas —ordenó él, y el tono usado no dejó lugar a dudas—. He estado cerca acompañándote desde que me hiciste saber del embarazo, he participado en todo a pesar de tus palabras hirientes, de tus acusaciones. Me has complicado realmente la vida matrimonial con tus estupideces. Has jugado con mis sentimientos y con los de todos. Yo ya amaba a Blanca, al igual que mi madre, mi esposa y todos los que de mi lado te han conocido. He hecho oídos sordos a los cuentos que venían a decirme de ti, de los lugares a los que ambos sabemos que te gusta ir, donde mucha gente te ha visto en el tiempo en que estuvimos separados. Creí en ti, en tu palabra, pese a todo. Eres la peor hija de puta del mundo, y además debo escucharte seguir mintiendo hasta el último minuto. Ni acorralada dices la verdad.

—No te voy a permitir que me insultes, ante todo soy una mujer y me debes respeto.

—¿Y el respeto debo dártelo simplemente por tu género? ¿Acaso no debieras ganarte mi respeto? Agradece que no te muelo a golpes, en concesión a que eres mujer.

—Eres detestable. Tú me pusiste los cuernos a mí y resulta que yo debía quedarme llorando y haciendo duelo en mi apartamento. ¿Lo propio era quedarme haciendo ganchillo y llorando, como una Penélope? —dijo ella con desprecio en su voz.

—Nadie te pidió que lo hicieras, eras libre de hacer lo que querías. Y nuevamente te aclaro que yo no te puse los cuernos, mi historia con Alma comenzó después de nuestra charla por Skype.

—Ya estabas deseando meterle tu polla en su maldito coño cuando hablaste conmigo, así que es como si lo hubieras hecho. Técnicamente, pensarlo y desearlo es igual de grave que hacerlo.

—Si quieres pensarlo de ese modo, allá tú. Yo tengo mi conciencia tranquila. Pero que le niegues la identidad a tu hija, que me endilgues a mí una hija que no es mía... nada te da derecho a hacer esto.

—Vamos a ver, cuando vayamos al juicio de filiación, si dices lo mismo. Tu análisis contra el mío.

—He hecho el análisis en un lugar que está reconocido por la ley, he pagado la prueba que se podrá utilizar en un juicio, he llevado a un notario que dará fe no solo de la toma de saliva de tu hija y de mí, sino de todo el procedimiento. En estas llevo las de ganar, consulta

con tu abogado. Verás que tus maniobras dependen de la buena voluntad y del miedo de muchas personas que deberían mentir por ti. ¿Acaso has pedido en la clínica el análisis oficial que tiene validez legal en juicios? —El gesto de asombro de María de los Ángeles y su silencio fueron elocuentes—. Como me lo imaginaba. No lo has pensado, y por eso mismo te ha sido fácil lograr que te lo firmen por unos billetes. No tiene validez legal. Se te ha cagado el plan, te has cepillado a un chaval y te ha dejado con regalo, y pensaste que yo me haría cargo. Venga, que me has tomado por estúpido, por un crío al que se le puede manipular. Pues... verás que no es así, y lo peor es que has perdido la oportunidad de darle a tu hija una familia decente.

—¡Y una mierda! No te voy a permitir que me trates como a una puta. Eres un capullo egoísta que no entiende nada.

—Tú ya no tienes derecho a pedir ni a exigir nada conmigo ni con mi familia. No vuelvas a acercarte a ninguno. En consideración a esa bella niña que es Blanca, no accionaré judicialmente contra ti, tu familia ni tus médicos, pero ten por seguro que lo haré si vuelvo a saber de ti o si te acercas a mí, a mi mujer, a mi madre o a cualquiera de mi familia. Y te juro, María de los Ángeles, que no voy a tener compasión. —Paulo se giró para irse y María de los Ángeles le tomó un brazo.

—Por favor, no me dejes, no puedo sola. ¿Qué voy a hacer con Blanca? —La desesperación, el ruego, se notaban en su voz.

—Para comenzar, deberás ir a buscar al verdadero padre, darle la noticia y esperar que el tipo acepte reconocerla. Blanca merece todo el amor del mundo, estoy seguro de que si es una persona de bien lo hará. Trata de redimirte tú con ella, trata de ser la mejor madre que puedas. Tienes la suerte de tener a tu madre contigo y puedes tener a tu hermana y su familia. Deja tu orgullo a un lado, pide ayuda. A mí me has perdido para siempre.

—Pero... —Los ojos de María de los Ángeles estaban llenos de lágrimas—. No sé quién es, es que... —Paulo adivinó lo que ella trataba de decir.

—Eres una adulta. Si te ligaste a un tío cualquiera, si tuviste sexo con un desconocido, sabías a qué te enfrentabas. Hazte responsable. La niña no tiene la culpa de que la hayas concebido ni que la trajeras al mundo para mantener una mentira. Espero no volver a cruzarte en mi vida. —Paulo se soltó de un movimiento seco, brusco, que demostraba el asco que esa mujer le generaba. Se puso a caminar hacia la puerta y escuchó los sollozos de esa mujer con la que había compartido una parte importante de su vida. No sintió lástima ni empatía, solo asco. Al llegar a la puerta de salida, de un costado le

salió al encuentro Lucía, con la niña en los brazos.

—Lamento todo lo que mi hija te ha hecho, Paulo. Yo lo supe, pero es mi hija... no podía traicionarla. Pero te juro que traté de hacerla cambiar de opinión, hemos discutido mucho por este tema.

—Lucía, sé qué clase de mujer es usted, sé que no podría haberla ayudado en armar todo este teatro. Lamento que las cosas terminen de este modo. Usted es una gran mujer a la que respeto mucho, pero su hija... no quiero ser grosero. —Paulo bajó la vista, indignado, y observó a Blanca envuelta en una manta color turquesa pálido. La niña dormía plácidamente e irradiaba paz. Paulo acercó sus labios a la mejilla rosada de la pequeña y la besó con suavidad. La niña tuvo un sobresalto y siguió durmiendo. María de los Ángeles lloraba en el sofá, boca abajo, con gritos de niña caprichosa, ajena a lo que su madre y Paulo hablaban—. Blanca no es mi responsabilidad legal, pero tanto yo como mi familia hemos establecido un lazo afectivo con ella. Lo que usted necesite para ella, puede contar conmigo. Yo la voy a ayudar, pero esto es entre usted y yo. Su hija no debe saberlo. Creo que lo mejor para las tres será mudarse a Barcelona con Judith. —Paulo mencionó el nombre de la hermana de María de los Ángeles con un tono bajo, para evitar ser escuchado por ella, sabía que la relación de las hermanas no era buena—. Ahora que ella está tan frágil, es buen momento para decirle de irse. Judith sabe cómo manejarla y sabe cómo ponerla en camino. Usted sola no podrá. Y necesitarán ayuda extra con la niña.

—Gracias, Paulo. Aprecio mucho tu ofrecimiento de ayuda, quedará entre nosotros y solo te molestaré en caso de extrema emergencia. Lo de Judy ya lo había pensado, creo que sería lo mejor.

—Le pido que cada tanto me envíe fotos de la niña para ir viendo cómo crece.

—Cuenta con eso, Paulo. Y nuevamente perdón por todo lo que mi hija te ha hecho padecer. Parece que mi difunto esposo y yo no hemos hecho las cosas bien con ella.

—No se sienta de ese modo. Usted es buena gente e hizo lo que creyó mejor para ella. Ahora tiene la oportunidad de arreglar las cosas.

—Intentaré hacerlo.

—Tenga —dijo él a la vez que le entregaba un manojo de llaves, que eran las de entrada al edificio y al departamento de María de los Ángeles—. Ya no hay razones para que siga teniendo esto en mi poder.

—Gracias. —Lucía besó las dos mejillas de Paulo y se giró dispuesta a ir a consolar a su hija.

Paulo salió del departamento y del edificio sintiendo que se había

quitado un peso de encima. Había descargado toda su furia y frustración, y se sentía más liviano. Por un lado, se había sentido traicionado, burlado, tomado por tonto. Eso lo enojaba muchísimo. Pero por otro lado, se había encariñado con Blanca, y saberla hija de otro hombre le había dolido, muy profundamente, en el pecho. La frustración y el enojo se sumaban a la tristeza. Había descargado todo en palabras, sentía que podía ir a su casa y compartir estas noticias con sus mujeres. Mientras manejaba, usó el sistema sin manos de su móvil para hablar con el abogado y explicarle cómo se habían dado las cosas. Le indicó que dejara todo preparado para iniciar las demandas judiciales en caso de que María de los Ángeles volviera a la carga. Le indicó que se acercara a la clínica donde había nacido Blanca a retirar el resultado falso, que lo hiciera identificándose como el representante legal de Paulo. Ese resultado era también una prueba.

Alma y Valentina quedaron sorprendidas, no podían creer toda la trama que había orquestado aquella mujer. Blanca no era hija de Paulo y era una noticia movilizadora. Valentina se fue a su cuarto, necesitaba digerir la situación, estaba enojada y deprimida al mismo tiempo. Se sentía usada por María de los Ángeles, esa muchachita la iba a oír. En algún momento, iría a decirle todo lo que pensaba.

Alma no hablaba, estaba en silencio, pensando ensimismada.

—Pequeña, me preocupas, no has dicho una palabra.

—Es que no salgo de mi asombro. Debo ser honesta y confesarte que me da mucho alivio. Pero estoy más sorprendida que otra cosa. No puedo creer que una mujer siga usando la excusa de un hijo para intentar retener a un hombre, y lo que menos puedo creer es que quiera endilgarle el hijo de otro. Es terrible.

—Comparto plenamente contigo, pequeña.

—Encima hay que tener sangre fría, porque habló y se llenó la boca con que ella era la víctima de esta situación, jugó con nuestra sensación de culpa. Y armar todo el circo del nacimiento, del análisis de sangre... Increíble.

—Alma —la llamó y lo hizo mirarlo, y se sentó a su lado—, ahora solo debemos ocuparnos de nuestro hijo. Eso es lo único que importa.

—Pero ¿y si vuelve a acercarse? ¿Si intenta algo nuevo?

—Ya he preparado los pasos a seguir si ese es el caso. Roberto tiene todos los resultados de ADN y va a gestionar un escrito donde testifico cómo sucedieron las cosas. María de los Ángeles y su madre saben que esto es así, y si se acercara, yo inicio las acciones judiciales.

—Dios mío, cielo. Pobre niña, ¿qué culpa tiene ella?, ¿qué va a hacer con ella ahora?

—Lucía estará a cargo, no dudo de que ella sabrá qué hacer. De

todos modos, le he dicho que cuenta con mi ayuda económica y física para todo lo que tenga que ver con Blanca. Debo pedirte disculpas, pequeña, se lo he dicho sin consultarlo contigo.

—No hay nada que disculpar. Si no hubieras ofrecido tu ayuda con la niña, no te hubiera reconocido. Sé cómo sos, y sos buena gente. Sé que no podrías dejar a Blanquita a la deriva.

Paulo la abrazó fuerte, con una sonrisa dibujada en los labios.

—Eres tan hermosa, pequeña. Pero hermosa, hermosa. Por dentro y por fuera. No esperaba menos de ti.

—Ni yo de vos —dijo ella a su vez, abrazándolo.

—Bien, ahora ocupémonos de las cosas importantes que se nos vienen encima. Debemos pensar qué regalos comprar para Navidad y, sobre todo, para Reyes. —Y ambos echaron a reír.

Las fiestas pasaron con rutinas que, para Alma, eran desconocidas. Por primera vez en la vida, pasaba una Navidad con frío y entendía la razón de ser de las comidas características de esas épocas. Eran típicas para esos lugares donde el frío helaba todo. Frutos secos, pan dulce, ponche, bebidas espirituosas, comidas hipercalóricas.

Desde noviembre ya la ciudad mostraba signos de la proximidad de las fiestas navideñas, los centros comerciales, los escaparates y las calles de la ciudad lucieron luces y todo tipo de adornos navideños. Los comercios se llenaron de juguetes y demás regalos. Alma quiso recorrer todos los mercadillos navideños; el de la Plaza Mayor, que es el más conocido, fue el que más la impactó. La época navideña era de mucha alegría para Alma y su familia, ella quería ingresar en las tradiciones de la familia de Paulo y ser partícipe. Compró toda clase de adornos para el árbol de Navidad y para el pesebre de Belén (que los madrileños solo llaman «el Belén»). Se lamentaba de no tener un horno para vitrofusión en el departamento, le hubiera gustado realizar sus propias piezas de vidrio para obsequiar a Valentina y al resto de la familia.

Valentina la llevó a hacer la ruta de los Belenes, que no era otra cosa que el recorrido, por toda la ciudad, de cada pesebre que se encontraba expuesto en comercios y en la calle misma. Alma le contó a Paulo lo agotada que se sentía, pero que estaba feliz de haber conocido esos atractivos. Los tres que más le gustaron a Alma fueron el que estaba en el Palacio Real, era el Belén del Príncipe, uno los tesoros mejor guardados y menos conocidos de Palacio. Con figuras de trazo napolitano, se mostraba una variedad de riqueza en sus vestiduras y en las ingeniosas coreografías. Luego, el de la Comunidad de Madrid, un gran belén de 150 metros del que disfrutó en la Real Casa de Correos, en la Puerta del Sol. El último era el del Centro del

Palacio de Cibeles, sede del Ayuntamiento.

Luego de la caminata, Paulo se les unió para compartir con ellas otra tradición madrileña: chocolate calentito y churros en la chocolatería San Ginés. Se trata de una chocolatería muy antigua, fundada en 1894, situada entre la Puerta del Sol y la Plaza Mayor, y cerca de la plaza de Isabel II, en el pasadizo de San Ginés.

—Además de hacer el mejor chocolate y los mejores churros de todo Madrid, la peculiaridad de este lugar es que tiene un horario muy amplio, y en estas épocas especiales se puede tomar el chocolate hasta altas horas de la madrugada —explicaba Paulo mientras sorbía el espeso brebaje humeante. Las mejillas de los tres se colorearon luego de unos sorbos y pudieron contrarrestar el frío.

Alma se ofreció a ayudar en la elaboración de la cena navideña. La familia había decidido cenar la Nochebuena en casa de Valentina; el almuerzo de Navidad se realizaría en el campo del tío Fernando, en las afueras de Madrid. Según le fue explicando Valentina, la cena navideña se caracterizaba por ser muy abundante. Estuvieron evaluando qué entrantes, plato principal y postre elaborarían. Para la mesa dulce navideña estaba encargada Raquel, era especialista en hacer y presentar una gran variedad de dulces, entre ellos, turrones y mazapanes.

Finalmente se decidieron como entrada por las gambas y los langostinos. El plato principal fue cordero a la menta con vegetales especiados. El postre elegido consistió en un brazo gitano (una variedad de bizcochuelo muy delgado que se enrolla luego de untarlo con crema de chocolate y frutos secos, y se cubre con crema de chocolate, simulando un tronco o brazo oscuro).

La noche pasó entre historias y risas. Toda la familia de Paulo asistió a la misa y luego fueron a cenar. La comida fue elogiada por todos los comensales. Luego de las doce, se dieron los regalos. Alma y Paulo habían comprado detalles para cada uno de la familia, y regalos más importantes para los más pequeños (que eran solo dos, hijos de uno de los primos de Paulo: una niña de 7 años y un niño de 10). Paulo le entregó a Alma una pulsera de plata con eslabones grandes, y de la cadena colgaban cinco dijes, tres con formas de letras: P, A y L; el cuarto dije era una corona y el quinto, un corazón.

—Es para que lleves contigo siempre nuestra historia: Paulo, Alma y León.

—¿Y los otros dos? —preguntó Alma sonriendo. Había estirado el brazo y Paulo colocaba la pulsera. Él tocó cada inicial al momento de mencionar los nombres. Cuando ella hizo la pregunta, levantó la vista, tomó la corona y respondió.

—La corona es porque eres la reina, y no debo aclarar dónde es tu reinado.

—En tu corazón —terminó ella sonriendo abiertamente—, te amo.

—Estoy seguro de que mi primo Germán me llamaría «pollerudo», como decís vosotros, los argentinos. Pero me pareció un regalo muy simbólico.

—Me encantó, cielo. Adoro esta pulsera, va a ir conmigo a todas partes, te lo prometo. —Alma se giró y le entregó su regalo. Se trataba de un morral de cuero con compartimento para trasladar la *netbook* de Paulo y otro para llevar todas las libretas, lapiceras y demás cosas que él siempre usaba—. El mío no es tan simbólico, es más bien «práctico» —señaló sonriendo.

—Me flipa, pequeña. Es algo súper práctico. Mañana mismo lo preparo y lo comienzo a usar.

—Espero que no sea mañana, es Navidad y ojalá no te hagan trabajar.

—Tienes razón, pequeña. Lo usaré luego. —Se acercó y le dio un beso profundo y un abrazo.

Ambos le entregaron a Valentina el obsequio que le habían preparado: un *tour* para que conociera el Vaticano. El padre Julián se encargaría de acompañarla. Una feligresa de la parroquia había organizado el recorrido y le había pedido al padre Julián que oficiara de guía turístico. Valentina se los había comentado en una cena y, si bien le había parecido interesante la propuesta, no quería dejar a Paulo ni a Alma solos tan cerca del parto.

—Mis niños, ¿estáis locos? Por Dios santo y la Virgen María... —Leía el *boucher* y volvía a asombrarse—. ¿Cómo supieron?

—Es que nos lo contaste hace más de una semana. Y pues, lo hemos hablado con Alma. —La aludida hizo gesto positivo—. Y decidimos comprarlo para ti. Eres una gran madre y mereces unas vacaciones.

—Sobre todo porque en un corto plazo vamos a necesitar tu ayuda como abuela —aclaró Alma con una sonrisa—, y queremos que estés fuerte y feliz —agregó a la vez que la abrazaba—. Gracias por todo, gracias por tu ayuda cotidiana. Sos una gran madre, como dijo tu hijo, y una gran suegra. Te quiero mucho, Valen.

—Ayyy, niña —dijo Valentina soltando el abrazo y mirándola a los ojos. Ella estaba muy emocionada y Alma comenzó a lagrimear—. Me has emocionado. Eres la mujer que esperaba para mi hijo, ¿cómo no quererte? ¿Cómo no cuidaros si sois lo único que tengo y amo? Gracias. —Abrazó luego a Paulo y le acarició la mejilla.

—Bueno, mis mujeres, no os pongáis melancólicas, que es noche de

fiesta. Mamá, debes prepararte para el viaje. Parten rumbo a Roma al día siguiente de que Alma y yo viajamos de regreso a Argentina.

—Bien —analizó en voz alta—, eso me mantendrá ocupada hasta que regresen. ¡Qué feliz estoy, mis tesoros!

La noche del 31 de diciembre, la Nochevieja, como se la suele llamar en España, la cena fue en casa de Víctor y Raquel. Fue igual de abundante que en Nochebuena. Raquel y su madre cocinaron una entrada de pinchos con langostinos, y el plato principal fue un cochinillo asado con salsa de vino blanco y limón. El postre fue una selección de masas con distintos sabores y recubrimientos. Luego de la cena, todos salieron al parque a esperar los fuegos artificiales y las típicas doce campanadas. Se habían preparado potes con las tradicionales doce uvas de la suerte para cada uno. Cuando empezaron a sonar las campanas, con cada sonido se comieron una uva para augurar un nuevo año con suerte. Alma y Paulo se besaron con intensidad y emoción.

## Capítulo 20

Los primeros días de enero habían viajado de nuevo a Argentina. Alma debía ir en avión antes de cumplir los siete meses de embarazo, que era el límite que ponían casi todas las aerolíneas para el traslado de embarazadas.

Se acomodaron nuevamente en la casita de Alma y se dedicaron a armar la habitación extra destinada a León. Toda la familia de Alma estaba revolucionada con la vuelta de ellos, lo grande que estaba la panza y la inminencia de la llegada del bebé. El embarazo seguía su curso sin complicaciones, León realizaba movimientos continuamente, lo que dejaba tranquilos a sus padres. Antes de partir de España, Lucía se había comunicado con Paulo para comentarle que había logrado convencer a María de los Ángeles para viajar e instalarse en Barcelona. Judith ya había conseguido alquilarles un departamento cerca del suyo. Del padre de la niña María de los Ángeles aún no había querido hablar. Valentina, por su parte, ya estaba instalada en Roma con un contingente de personas amigas de la parroquia y el padre Julián. Paulo estaba tranquilo de que nada le pasaría, Julián velaría por ella.

El reencuentro con Amanda y Patricia se produjo el mismo día en que llegaron al país. Las dos amigas habían ido a recibirlos al Aeropuerto Internacional de Ezeiza. Martín había conducido, Paulo iba adelante sentado a su lado, mientras las tres mujeres iban detrás, gritando y hablando todas al mismo tiempo. León era el tema principal y, luego de que Alma les describiera Madrid, el tema se cambió a sus costumbres y a sus comidas. Iba mostrándoles fotos de su celular a medida que explicaba.

—Este es el departamento de Valentina... Ay, chicas, es hermoso y regrande.

—¡Qué copado, Almi! —exclamó Patricia.

—Una belleza, y muy amplio y luminoso, se nota en la foto —agregó Amanda; se la notaba menos expresiva de lo normal, como

apagada.

—Sí, tal cual. Es amplio, luminoso. Un lugar hermoso. Y Valentina, una genia. Me re ayudaba con mis miedos de madre primeriza, me acompañaba a todos lados, pero sin invadirme.

—Che, Almi. ¿Qué me contás de la cagada de María de los Ángeles? —dijo Amanda yendo directamente al punto. Dentro del automóvil se hizo un silencio incómodo. Paulo se dio vuelta y sonrió luego con naturalidad.

—Ni de coña nos esperábamos la noticia que tuvimos, por un lado nos alivió, pero por otro nos dejó un sabor amargo, ya nos habíamos encariñado con Blanca. —Todos volvieron a respirar con normalidad cuando Paulo respondió con tanta tranquilidad—. Entiendo que es una situación poco común lo que ocurrió. Pero no hay más que eso. Una mujer enojada, vengativa, una aventura de una noche, un embarazo no previsto, una herramienta para retener que salió mal. Nada más.

—Ay, gallego, sos un genio. Los tipos a veces son tan vuelteros con todo, son rencorosos y no perdonan, en cambio vos dijiste «borrón y cuenta nueva». Listo —dijo Amanda. Parecía que hablaba más como experiencia personal que viéndolo desde afuera. Alma frunció el entrecejo y miró a Patricia, esta a su vez hizo un gesto para indicarle que ya le explicaría, pero Paulo, que había percibido lo mismo que Alma, fue directo también.

—Rubia, pareciera que hablaras por experiencia personal, más que una opinión de lo que nos pasó a nosotros.

—¿Sabés que sí? Sí, hablo por experiencia personal. —Patricia y Martín cerraron los ojos porque sabían lo que venía en ese momento. Hacía días que Amanda no paraba con ese tema. No era para menos, era la primera vez que padecía una situación así—. Hablo así porque el infeliz de tu primo me pidió un tiempo. Mirá si será pelotudo. ¿Un tiempo? Eso no existe, una está o no está, ¿cómo hacés para dejar en suspenso los sentimientos?

Alma tomó la mano izquierda de su amiga y le habló con tristeza.

—¿Cómo? ¿Qué pasó, amiga? ¿Cómo te sentís?

—Para el orto me siento. Es la primera vez en mi vida que me engancho con alguien de verdad y que me animo a arriesgarme, le cuento todo, pero todo, lo que me pasó en la vida. Entendés, Almi, ¿no? —Alma hizo un gesto afirmativo con el rostro, comprendió qué tema había sido el que los había alejado, el dolor que debía estar sintiendo su amiga que, habiendo confesado un episodio de su vida tan doloroso, hubiera recibido esta actitud pacata de Germán—. Y este pelotudo me dice —cambió el tono de voz, intentando acercarse a un tono bajo, parecido a un hombre—: «Mirá Amanda, esto es duro de

digerir, dame un tiempo para ver si puedo seguir apostando a esta relación».

—Lamento mucho, rubia. No tenía idea.

—¿Qué le dijiste? —cortó Alma.

—Que se fuera a apostar al hipódromo, que se pusiera a digerir lo que le pareciera y que se fuera a la mierda. —El dolor se traslucía en la mirada dura de Amanda—. Perdonen, chicos, no soy buena compañía desde hace días. Pero no quería perderme la oportunidad de verlos.

—Pero... —Alma se quedó sin palabras.

—Rubia, no estábamos al tanto. Hoy mismo hablo con mi primo.

—No, gallego. Te lo prohíbo. Te pido —se moderó— que no le digas nada. Si él no está seguro de lo que siente y mis pecados de juventud lo avergüenzan, mejor tenerlo lejos. Que no me lastime más. —Guardó silencio y, un segundo después, se escuchó su voz tomada por el llanto—. ¿Ven por qué no quería entrar en una relación, chicas? Esto iba a pasar.

—Amandita —dijo Patricia, que hacía días venía escuchando ese tipo de frases—, calmate. Tal vez no es por ese tema, tal vez es otra cosa, no olvides que no lo dejaste hablar; cuando intentó explicarte, te levantaste y te fuiste.

—¿Y qué querías, Pato? No me iba a quedar como una tarada, ahí llorando enfrente de él, ni le iba a rogar nada.

—Yo hubiera escuchado las razones, al menos.

—Me da lo mismo por qué haya sido. Me dejó y duele mucho. Punto.

—Chicos, no sigamos en este tema —dijo Alma tratando de mediar —. Es nuestra primera hora en Argentina y no quiero angustiar más a Amanda. Hablemos de otra cosa, ¿les parece?

—Me parece bien —aceptó Amanda, aunque se la notaba aún amargada.

Cuando llegaron a la casita de Alma y Paulo, se dieron un baño y fueron a casa de Jorge a saludar a toda la familia de ella. Todos esperaban a los viajeros y los recibieron con un almuerzo criollo: un asado de carne y achuras, y algunas verduras. Lola se pasó el almuerzo y la tarde pegada a la panza de Alma, hablándole a su primito sobre todas las novedades de su vida. Había egresado del jardín y se preparaba para ingresar en la escuela primaria.

—Leoncito, te estoy esperando. Con mami te compramos unos peluches relindos para que juegues cuando salgas. ¿Te faltará mucho? ¡Mamina! —Dejaba de mirar la panza para posar sus ojos pícaros en el rostro de su tía—, ¿falta mucho para que salga León?

—A ver... —dijo Alma haciendo cuentas mentales—. Pedile al abuelo Jorge que te dé un calendario y yo te muestro. —La pequeña corrió a la cocina, sacó un calendario de un imán que colgaba en la puerta de la heladera y regresó con su tía—. Mirá cómo creciste en estos días que no te vi y lo rápido que corrés —señaló Alma. Las palabras de su tía enorgullecieron a la pequeña, que infló el pecho.

—Sí, mamina. Cuando fui a lo de Pablito —así identificaba al médico pediatra que la trataba desde el día mismo de su nacimiento —, me puso en la pared donde tiene una regla grande, con forma de jirafa, y después me hizo subir a un aparato y unas cositas pesadas se pusieron derechitas mientras él las movía.

—Ah, te midió y te pesó, muy bien. ¿Y qué te dijo?

—Me dijo que estaba muy sana, que se notaba que comía bien y que jugaba mucho. Pero ahora me tengo que dar muchas inyecciones, eso no me gusta.

—Bomboncito, Pablito te explicó —intervino Karen—. Cuando todos los nenes entran en la primaria, deben ponerse algunas vacunas, que son inyecciones chiquitas, no duelen, son casi como un mosquito, y son para evitar que te enfermes. —Todos la escuchaban y miraban el gesto de terror de Lola.

—Mami, un mosquito no tiene un pico tan afilado como una aguja. Y a mí me clavan una aguja asíííí de grande, yo me acuerdo —dijo Lola haciendo una seña con sus dedos, indicando el tamaño de la aguja—. Me hicieron doler mucho.

—Bueno, hijita, es un poquito que hay que aguantar, pero no duele tanto, y definitivamente la aguja no tiene el tamaño que decís. Es un pinchacito. Además, en esta oportunidad una de las vacunas es una gotita en la lengua y las otras son re chiquitas, te prometo. —La pequeña no estaba convencida.

—Lolita, hagamos algo —propuso Alma—, la mamina te lleva a ponerte las vacunas y, si te portás bien, cuando salimos te lleva a comprar el libro de cuentos que tanto estás pidiendo. Vamos a la librería y yo te lo compro, ¿dale?

—¡Dale, mamina! —dijo la niña entusiasmada—. Pero si me muevo un poquito o me quejo porque duele, me lo comprás igual, ¿no?

—Sí, Loli. Mientras te dejes poner las vacunas, tendrás el premio.

—Dale. —Lola le entregó el calendario y Alma se puso a contar días.

—Mirá, Lolita. Ahora estamos a diez de enero. Tu primo nace cuando pase todo febrero, todo marzo y unos días de abril. Falta bastante todavía.

—Ah —dijo desilusionada—. Entonces cuando salga yo ya empecé

la escuela, ¿no?

—Exacto —dijo, esa vez, Guille—, vas a estar en primer grado haciendo cuentas y escribiendo mucho.

—Papi, yo ya sé escribir, ¿qué decís?

—Digo que vas a escribir mucho más.

—Ufa. Pensé que faltaba poquito —reflexionó, volviendo a la fecha del nacimiento del primito.

Siguieron hablando el resto de la tarde. A la noche estaban invitados a cenar a la casa de Adrián y Matilde. Alma se anotó mentalmente la idea de hablar con Germán. Volvieron a la casita, se acostaron a descansar un rato y luego de ducharse se prepararon para ir a ver a la familia de Paulo. Llevaban algunos regalos que Valentina y Fernando habían comprado para la familia argentina. Entraron a la casa y fueron saludados por todos. Marcela estaba presentando a un novio nuevo, se la veía feliz.

—Él es Bruno, mi novio —dijo señalando a un hombre que medía más de un metro noventa, incluso superaba a Paulo, tenía un cuerpo robusto, se lo notaba trabajado de gimnasio. Tenía unos ojos marrones muy intensos, unas pestañas arqueadas y tupidas. Una boca de labios carnosos. El hombre los miró con una sonrisa que dejó entrever unos dientes blancos y parejos—. Ellos son Paulo y Alma, son mis primos, de los que tanto te hablé.

—Ah, sí. El español, ¿no es así? —dijo a la vez que estiraba la mano para saludar a Paulo, y se acercó a Alma para besarle la mejilla —. Un placer conocerlos. Marcela no deja de hablar de ustedes.

—Ay, qué tonto que sos. Es que los quiero mucho, por eso no dejo de hablar de ellos —se excusó Marcela.

—Encantado, Bruno. El placer es mío —afirmó Paulo, serio. Era un celoso increíble de sus mujeres, una veta que estaba empezando a conocer él mismo. Lo miró con gesto que indicaba que si lastimaba a su primita, debería vérselas con él.

—Hola, Bruno —dijo Alma, cortando la tensión—, un placer. Disculpá a mi esposo, estamos recién llegados de España y el cambio de husos horarios nos trae de los pelos. ¿Sos de La Plata?

—En realidad, nací en Ensenada, pero con mis viejos nos vinimos a vivir a La Plata cuando yo era muy chiquito. Hice la secundaria acá y empecé a jugar al rugby en el club Universitario. Después estudié para Contador Público.

—Ah, mirá qué interesante. ¿Se conocieron en la facultad?

—No —intervino Marcela—, trabajamos juntos. Él se recibió unos años antes que yo.

—Ah —dijo Alma—, ¿seguís haciendo rugby? ¿En qué club jugaba

Mauro, cielo? ¿Te acordás?

—Creo que en Albatros, pero no recuerdo con seguridad.

—Hace años que no juego, me encanta ese deporte, y sobre todo los terceros tiempos —bromeó—. Pero el trabajo me tiene demasiado ocupado y no puedo comprometerme con una actividad grupal y luego pegar el faltazo. Soy un tipo responsable ante todo.

—Me parece genial, es como debería ser —acotó Alma.

—¿Mauro?... ¿Qué apellido? Tal vez lo conozca.

Paulo comenzó a dar indicaciones acerca de Mauro y del modo que lo habían conocido. La charla derivó en la inundación que había reunido a Alma y Paulo, y, luego, en el incendio de YPF de la misma noche. Paulo habló de todo lo que había conseguido: informes, testimonios, fotos. El tema de la noche del 2 al 3 de abril de 2013 aún seguía abierto como una herida. Cada uno recordaba exactamente qué estaba haciendo al momento de la inundación, describía qué cosas hicieron mientras duró y qué consecuencias debieron enfrentar.

Germán llegó algo más tarde, con el tiempo justo para cenar. Se lo notaba demacrado, malhumorado, con unas bolsas violetas debajo de los ojos. Saludó a los recién llegados, a su familia y a Bruno. Se sentó en el único lugar libre, que era al lado de Paulo. Este no desaprovechó la oportunidad y, en cuando pudo, le tocó el brazo y le habló en un tono bajo para evitar que otros lo escucharan.

—No te veo bien, primo. Sé lo que ha pasado, pensé que te encontraría bien si es que habías cortado porque esta relación no funcionaba, pero te veo mal. Te pido que hablemos antes de que me vaya hoy.

—Supuse que vos o Alma iban a querer hablar conmigo. La verdad, no tengo ni media gana de dar explicaciones, pero bueno.

—Germán, a mí no me debes ninguna explicación, ni a Alma. Te la debes tú y se la debes a la rubia.

—A ella quise dársela y se fue, me dejó con la palabra en la boca.

—Mmm, conociéndola como la conoces, sabes que seguramente se fue para que no la veas llorar. Es una orgullosa y eso lo sabemos.

—Sí. Pero yo también tengo orgullo, ¿sabés? Y hay cosas que como hombre son difíciles de tragar.

—Entiendo. Por eso quiero hablar contigo.

—Bien. Cuando preparen el café, podemos ir al *living*.

Terminada la cena, Adrián ofreció un café especial para todos, habían comprado una cafetera original que hacía unos cafés expresos increíbles. Cada uno fue haciendo su pedido. Marcela puso en dos fuentes las masas finas que había traído Bruno. Paulo y Germán se escabulleron al *living*. Alma los observó y decidió unírseles en unos

minutos, quería decirle unas cuantas cosas a Germán. Los primos se sentaron en los sillones y Germán abrió el diálogo.

—Ante todo quiero que sepas que no hay ninguna otra mujer.

—Germán, hablas conmigo, con tu primo, no con Alma ni con la rubia.

—Sí, lo sé. Pero todos, cuando un hombre se separa, piensan que fue por terceras personas. Si hubiera sido el caso, no me estaría costando tanto superarla.

—A ver, primo. Empecemos por el principio. Dime qué te ha hecho cambiar de opinión, qué te hizo alejarte de la rubia. Cuando nosotros nos fuimos, vosotros os adorabais, os amabais. Es realmente increíble este cambio.

—Lo sé. Y te digo que sigo amándola y adorándola. No puedo sacármela de la cabeza ni del corazón. Esto es mucho más difícil que con mi novia anterior. ¿Te acordás lo que me costó superarla? Eso fue un poroto al lado de esta situación.

—Primo, no entiendo. ¿Por qué si la amas debes alejarte?

—Mirá, cerca de fin de año fuimos a una fiesta con mis compañeros del secundario. Un evento que se hace siempre para esas fechas. Este año se hizo en la casa quinta de Fabián, un flaco que era muy amigo mío en el secundario. Obviamente asistimos con Amanda. Lo que pasó en la fiesta fue fuerte. Amanda me había contado hace tiempo de un episodio que había vivido en su adolescencia, un profesor de la escuela que abusó de ella.

—No puedo creerlo. La rubia fue abusada, ¿qué edad tenía?

—No llegaba a los dieciséis, creo.

—¡Hijo de puta! Es violación —exclamó tratando de no levantar el volumen de la voz.

—Sí. Pero el tipo, en sus declaraciones, se cuidó de dejar en claro que siempre Amanda participó voluntariamente en las situaciones, y a ella le hizo creer una historia de amor inexistente. El tipo era un enfermo y un manipulador.

—Pero ella era menor de edad. Por más que quisiera tener relaciones, él era un adulto. Es un delito igual.

—Sí. Pero los boludos de la escuela, y varios tipos que conoció, la hicieron sentir culpable, la hicieron verse como la manipuladora que consiguió cagarle la vida a un tipo intachable.

—Pobre Amanda. Alma me ha comentado varias veces que la rubia había tenido una vida dura, pero no imaginé de qué se trataba.

—Es una época de su vida que decidió olvidar, superar.

—¿Y a ti te ha molestado que haya sucedido esto en la vida de Amanda? ¿Esto es lo que lo separó? Porque si es así, permíteme

decirte que eres una gilipollas. Esa mujer ha sufrido primero por el abuso y luego por la discriminación. Todo ocurrió hace muchos...

—No —lo cortó Germán en seco—. No es específicamente ese tema. Eso me lo contó ella hace meses, fue un tema que necesité meditar, pero no me afectó eso ahora. Lo que sucedió en la fiesta fue lo que me llevó a pedirle un tiempo.

—¿Qué sucedió?

—Fuimos, y viste cómo es Amanda, vaya donde vaya no pasa inadvertida. Ella siempre llama la atención. Es alta, atractiva, tiene un cuerpazo, el cabello tan rubio, los ojos, en fin. Es un minón.

—Entiendo, sí, sabemos que es así.

—Ella se fue vestida con uno de esos vestidos diminutos, color rojo. Estaba hermosa. La presenté con varios compañeros, todos se quedaron con la boca abierta. Yo estaba ancho que no entraba por la puerta del orgullo que sentía.

—¿Y entonces?

—Entonces, que mi vieja ese día me había cocinado un guiso espectacular. Y me cayó para el orto. —Paulo hizo gesto de no entender—. Me agarraron retorcijones. Tenía que ir a cagar con urgencia. Fui al baño corriendo. La dije a Amanda que me esperara y fui. Me encerré, me senté y largué todo lo que tenía en las tripas. Y mientras estaba lavándome las manos, escuché voces en el pasillo y escuché que alguien mencionaba a la mina del vestido rojo. Agucé el oído. Eran varios compañeros de mi división y de la otra, con quienes nos juntamos cada año. Hablaban de ella y se decían... —Germán cerró los ojos y trató de calmarse, iba a tratar de repetir frase por frase —. Marcelo preguntó si habían visto al minón del vestido rojo. Todos respondieron que sí, Fabio aclaró que decían que era mi novia. Leonardo se puso a reír y acotó: «¿Qué novia, ni qué ocho cuartos? Esa mina es puta». Ismael reafirmó lo dicho por Leonardo y aclaró que él también la conocía, que era reputa. Yo pensé en salir a romperles la cara, terminé de apoyar la toalla, con la que me había secado las manos, y, cuando me disponía a abrir la puerta, escuché que José preguntó: «¿Pero puta de las que cobran?». Y quise escuchar la respuesta. Leonardo e Ismael hablaron desordenadamente, pero aclararon que no era de las que cobraban, sino una de las que lo hacen porque les gusta. Parece ser que se acostó durante un tiempo con Leonardo y luego lo dejó, pero describió con tanto detalle la intensidad de sus encuentros que sentí vergüenza de salir. Y lo peor fue cuando Ismael habló. Dijo que Amanda había salido con él y le había propuesto hacer un trío, y que en el momento Ismael había llamado a un amigo y los tres fueron a un hotel. Otra vez los detalles

me helaron la sangre.

El rostro de Paulo se había puesto serio.

—Tranquilo, primo. Debemos pensar como los adultos que somos. Veamos. La rubia nunca te dijo que fuera virgen, eso es un hecho.

—Paulo, ¿vos escuchaste lo que te dije? Se acostó con media ciudad y encima tuvo este tipo de relaciones retorcidas. No sé... Es mucho, es muy fuerte para mí.

—¿Retorcidas? Espera, que debo acomodarme a escucharte hablar de ese modo. ¿Dónde quedó el hombre moderno que yo conozco? Mira, Germán, sé que este país sigue siendo anticuado en muchos sentidos y materias, la sexualidad es uno de ellos. En mi país, en Europa toda, el tema de la sexualidad se está abriendo para todos. Ahora no se trata de heterosexuales y homosexuales, blanco o negro. Hay muchos colores en el medio y nadie juzga a nadie. Lo importante es tener en claro las reglas, los límites y que todos los participantes estén de acuerdo.

—Ah, mirá vos, no te tenía tan modernoso a vos —dijo Germán con tono irónico y algo agresivo—. Así que los europeos se bancan todo. Bueno, prestame a tu Alma que le damos un ratito con un par de amigos, a ver qué te parece, ¿no?

Paulo endureció el gesto.

—A Alma no la tocas, ni de coña accedo a esto. Pero entiende lo siguiente: no quiero decir que yo esté dispuesto a hacerlo, digo que a lo largo de mi vida he participado en relaciones donde este tipo de cosas estaban permitidas, pero ambos estábamos de acuerdo. Incluso existen bares donde la estructura está prevista para tener sexo con una o varias personas. Obviamente, no son de la ruta turística de Madrid, pero los hay.

—¿Vos participaste de orgías? —preguntó, sorprendido, Germán.

Alma, que se encontraba cerca, afinó el oído para escuchar la respuesta. Su corazón latía muy fuerte, acelerado, y la aturdía.

—Orgías no. A ver si logro explicarme. En Europa, el sexo no tiene reglas, solo las que uno quiera ponerle. Con María de los Ángeles hemos ido a estos bares y hemos participado en tríos, nosotros dos con una mujer, nosotros dos con otro hombre. Era solo sexo, divertimento, placer. Había reglas: ninguno iba solo a ese lugar, siempre íbamos juntos y participábamos juntos, nadie podía besarnos en los labios, excepto nosotros dos, yo nunca acepté que otro hombre me tocara a mí, solo podía tocar a María de los Ángeles, en cambio ella sí aceptaba que otras mujeres la tocaran a ella y a mí. El resto era disfrute, simple y puro.

—¿Me estás hablando en serio? No te puedo creer. ¿Y vos podrías

hacer todo eso ahora con Alma? ¿Te animarías también con ella?

Paulo se quedó pensativo, debía responder con honestidad. Alma, que pensaba acercarse e interrumpirlos, se quedó expectante.

—Debo ser honesto contigo. En este momento de mi vida y con Alma específicamente, creo que no podría. Alma ha despertado en mí sentimientos más profundos que cualquier otra mujer. Incluso ha despertado al cavernícola que tenía durmiendo en mi interior. Si alguien se acerca y apenas la roza, quiero matarlo.

—¿Viste? ¿Y yo qué hago ahora si ya todos la tocaron?

—Primo, Alma tampoco llegó virgen a mí. Lo pasado es pasado y pisado. Debes tratar de olvidar. Y de esos capullos, pues bien, deberías marcarles que todo lo que dicen proviene de la envidia. Ellos quisieran a una mujer como la rubia, pero la tienes tú. —Germán se quedó mirándolo sin emitir palabra, sorprendido, procesando toda la información—. Esta sociedad argentina está lejos de entender esta filosofía aún.

—Totalmente, estamos a años luz.

—En el caso de la rubia, primo, ella estaba soltera, sin compromisos. Razón de más para disfrutar a pleno su sexualidad, experimentar. Tú no has llegado virgen a ella tampoco. No entiendo qué le puedes recriminar. Si tú te has perdido de probar, ella no tiene la culpa. Digo, luego de haber disfrutado lo que se le dio la gana, ha decidido estar únicamente contigo. Te repito, ella ha decidido darte todo a ti, tú la tienes en tu cama ahora.

—Ya no la tengo... por mi boludez atómica.

Alma decidió entrar.

—Germán, quería hablar con vos unos minutos.

—Alma, necesito irme, no puedo afrontar otra charla como la que tuve recién con Paulo. Estoy al borde de un colapso nervioso.

—Entiendo, escuché algo de lo que hablaban mientras me acercaba. —Paulo se preocupó, no sabía qué parte había escuchado, la miró sorprendido, buscando algún indicio de enojo. Ella lo miró y enseguida se centró en Germán—. Quiero darte un panorama de lo que vivió Amanda en esa época.

—Alma... —Germán se veía destrozado, realmente todo lo que le había dicho Paulo lo había afectado. Se sentía un hipócrita, un pacato; de pronto consideraba que había perdido a la mujer de su vida por su estupidez.

—Dejame darte la porción final de la historia. Es cierto que Amanda tuvo un período de desenfreno en su vida, pero no fue por gusto personal o como forma de realizar fantasías —explicó mirando alternativamente a Paulo y a Germán—. Fue su forma de responder al

sufrimiento. Amanda padeció durante mucho tiempo el acoso y violación sistemática de un profesor del colegio. Un enfermo que le hizo creer que era ella la que quería todo eso que le hacía hacer, era un manipulador. Cuando salió a la luz todo eso, el abusador fue juzgado judicialmente porque Amanda era menor de edad. Al tipo se lo condenó. Perdió su trabajo y la posibilidad de tener una jubilación. Estuvo preso poco tiempo de manera efectiva, luego le dieron libertad bajo palabra o algo así. En todo el tiempo desde el juicio hasta mucho después, la mayoría de los alumnos de la escuela hablaban de Amanda como de una mujerzuela, mi amiga soportó con entereza lo que ahora llaman *bullying*. Pero en algún momento la cabeza dijo basta y se creyó lo que tantas veces le habían dicho. Y comenzó un período de «vale todo para mí». Patricia y yo estuvimos muy asustadas, ella no nos escuchaba y salía con cuanto tipo se le cruzaba. Pensamos que iba a contraer alguna enfermedad o que se iba a llevar a la cama a un asesino serial que la iba a dejar con el cuello cortado o mutilada.

—Dios mío, pequeña. Nunca imaginé que la rubia hubiera vivido cuestiones tan intensas.

—Esto es algo que las tres hemos decidido olvidar, no es un tema del que hablamos. Amanda nos hizo prometerle que no traeríamos este tema a colación salvo que la viéramos caer en esas acciones autodestructivas de nuevo.

—¿Cómo pudo salir de esta situación? —preguntó Paulo ante el silencio de Germán.

—Los padres de Amanda estaban destruidos, pero ellos nunca la culparon, sino que intentaban ayudarla. Nosotras, lo mismo. Supimos siempre que todo esto era una fachada para esconder el verdadero sufrimiento. El puente para salvarla fue la terapia. Con Patricia conseguimos dar con una psicóloga muy buena que enseguida nos atendió y nos dijo cómo plantearle la posibilidad de comenzar la terapia sin que ella la rechazara. Hablamos usando los consejos de la psicóloga, y fue. Primero sin ganas, obligada por la familia y nosotras, y lentamente se le fue haciendo una necesidad. La terapia, su familia incondicional y nosotras fuimos matando lentamente a la Amanda descontrolada. Quedó una Amanda más racional, que se cuidaba de lastimarse, que disfrutaba de los hombres pero en relaciones más sanas; así y todo ella no creía en el compromiso, en el amor real... hasta que te conoció a vos, nene.

—¿Qué? ¿Yo cambié algo en su vida? —Mientras escuchaba a Alma, Germán se había mantenido en silencio, increíblemente sorprendido con todo lo que había tenido que superar su Amanda, la mujer fuerte y valiente que estaba a punto de perder.

—Sí. Cuando te conoció, te puso en el mismo listado de conquistas que había tenido durante mucho tiempo: hombres con los que salir, disfrutar del sexo y, luego de un tiempo, dejar. En esa lista está uno de tus compañeros de escuela. El otro es de su período anterior. —Paulo supo que si Alma identificaba a los compañeros de Germán, era que también había escuchado el estilo de vida sexual que habían llevado él y María de los Ángeles. Temió que eso la hubiese ofendido—. Pero cuando apareciste, le hiciste sentir algo distinto, y se le notó. Pato y yo lo notamos, y le hicimos prometernos que te daría un tiempo prudencial para que se conocieran y ella probara una relación más normal. —El rostro de Germán, de ojos agrandados y boca entreabierta, era muy elocuente—. Y la fuiste ganando. Con tus detalles románticos, con tu honestidad, siendo un hombre atento. Se enamoró, y volvió a entregar su corazón, te lo dio con todo el temor que esto le generaba.

—Y se lo hice pelota —dijo Germán, entendiendo de pronto, como si lo atravesara un rayo.

—Exacto —confirmó Alma.

—La puta madre que me parió, qué boludo. Fui un machista, de esos pelotudos bien grandes. Si ella no me fue infiel, ¿por qué debería sentirme mal por algo que tanto a ella como a mí nos hace felices? Nuestra relación es muy intensa y, sexualmente hablando, es la mina que más me ha vuelto loco. ¿Qué hago ahora? ¿Cómo lo arreglo?

—Yo creo, Germán, que deberías ir a verla y explicarle todo. La rubia está muy triste y encabronada. Pero es probable que te escuche.

—Aquel día quise explicarle, pero se fue sin siquiera escucharme. Me dejó con las palabras en la boca.

—Germán, Amanda es una mujer que ha pasado por mucho, ha escuchado y padecido muchas mentiras en su vida. No lo he hablado con claridad con ella, pero creo que supone que vos la dejaste por el tema con el profesor específicamente. No sé si tiene en claro la situación con tus compañeros. A ver, imagino que ella los vio en la fiesta y que los reconoció. Eso, sin lugar a dudas, tampoco pasó tanto tiempo ni están tan cambiados. El punto es que habrá confiado en que esos hombres eran caballeros y no expondrían la intimidad de una mujer.

—La verdad es que hablar como lo hicieron en ese momento de Amanda fue de poco hombre.

—¿Tú no les diste un golpe cuando saliste del cuarto de baño? —preguntó, casi extrañado, Paulo.

—Cuando abrí la puerta y me vieron, se quedaron congelados, en silencio. Fabián se acercó y me puso una mano en el pecho, como

queriendo pararme, y me dijo que me tranquilizara, que no querían faltarme al respeto. Y yo le pedí, conteniendo la furia, que me quitara la mano de encima, que el respeto se lo habían faltado a mi novia y que, si no se disculpaban por todas las groserías que habían dicho, no me iban a ver nunca más. Fabián se disculpó, pero los demás no lo hicieron. Ahí se armó un lindo reparto de piñas. Fabián trató de calmar los ánimos y se puso en medio, me sacó y me pidió que me fuera para evitar otros enfrentamientos. Y así lo hice, me fui. Amanda me vio volver del baño con cara de pocos amigos y solo le dije «vamos». Cuando llegamos a la puerta de su departamento, fue cuando le pedí el tiempo. La defendí ante esos tipos, pero no pude defenderla de mi conciencia y de mis prejuicios.

—Andá a buscarla, Germán. No pierdas tiempo. Si ella es la mujer de tu vida, que nada te separe de ella. Para ella sos lo mejor que le pasó, por eso está dolida. —Germán la escuchó en silencio y de pronto, como si un interruptor lo encendiera, se puso en marcha. Caminó hacia la puerta con decisión y, cuando estaba por salir, se volvió sobre sus pasos y abrazó a Alma y a Paulo.

—Gracias, chicos. Voy a recuperarla. —Y salió como eyectado.

Germán condujo como enloquecido hasta la puerta del edificio donde vivía Amanda. Tocó el timbre varias veces, pero no obtuvo respuesta. Estaba preocupado. Era tarde, no podía tocar el timbre de doña Celina, la vecina del mismo piso a la que Amanda quería como a una abuela. Celina siempre estaba al tanto de todo lo que hacía Amanda, ella le avisaba cuándo salía, cuándo invitaba a alguien. Celina era su guardaespaldas, la persona que en el día a día la cuidaba hasta de ella misma, incluso era la única que podía retarla y decirle que lo que estaba haciendo o pensando no estaba bien. Pero era muy tarde, Celina estaría dormida y despertarla no estaba en sus planes. Decidió regresar al otro día. Caminó desanimado hacia el automóvil. Abrió y se sentó. Estaba muy enojado consigo mismo. La impotencia que sentía, la sensación en el pecho que lo oprimía y la frustración lo hicieron golpear con fuerza el volante con la mano derecha. De manera instantánea, supo que el hueso de la palma de la mano que corre entre el nudillo y el comienzo del dedo meñique se había lastimado. El dolor agudo que sintió se lo dejó claro.

—La reputísima madre que me parió. Ahora me rompí la mano. —Decidió irse a una guardia. La extremidad en minutos se hinchó como un globo en la zona lesionada. Puso en contacto la llave y, cuando pretendía darle arranque al motor, la vio llegar. Bajaba de una camioneta Renault Duster 2.0 Privilege nueva, color negra. Amanda estaba hermosa, llevaba un vestido corto, muy corto, en color negro,

ceñido a sus curvas y escotado, y unos tacones muy altos. Bajó del lado del acompañante y caminó hacia la puerta del edificio. Del lado del conductor descendió un tipo que se veía como el de una publicidad: debería medir un metro noventa por lo menos, una espalda trabajada en el gimnasio que lo hacía verse como un triángulo invertido, una cintura pequeña, una cola parada y unas piernas altamente trabajadas. Tenía puesto un *jean* elastizado que marcaba, además, un bulto importante en la parte delantera. Germán no veía el rostro, pero imaginaba que con todo el resto podría haber tenido la peor cara de ganso que no hubiese importado. El tipo cerró la camioneta y se disponía a entrar a con Amanda. Ella había abierto la puerta del recibidor y lo esperaba sonriente. Germán comenzó a sentir que las entrañas le quemaban. Esa mujer era suya, y él la había dejado para que un ganso como ese, puro esteroides, la disfrutara. De ninguna manera. Sin pensarlo, se bajó decidido. Amanda miraba al desconocido con una sonrisa y, al ver movimiento cerca por el rabillo del ojo, giró la cabeza. Se le congeló la sangre y el gesto al ver a Germán acercarse con cara de loco. Cerró la puerta y caminó decidida hacia Germán.

—¿Qué mierda hacés acá vos? —dijo ella de mal modo—. ¿No necesitabas tiempo? Bueno, tomate todo el tiempo que necesites, yo ya tengo con quién compartir lo que vos rechazaste. —Germán sintió esas palabras como una cachetada.

—Mirá vos, mirá qué rápido me cambiaste por el señor esteroides. ¿Y qué pasó con el amor que me habías dicho que me tenías? ¿Desapareció así de rápido? ¿Ves una verga grande y ya no te acordás de qué sentís?

Amanda le cruzó la cara de una cachetada. Germán se quedó con el rostro mirando hacia abajo y con los ojos cerrados. Habían empezado de muy mala manera. El tipo ya llegaba a la par de ellos y pasó su brazo por la espalda de Amanda.

—¿Todo bien, Amandita? ¿Quién es este tipo? —preguntó el acompañante de Amanda al ponerse junto a ella. Amanda no le respondió.

—No me faltes el respeto, Germán. —Al escuchar el nombre, el acompañante hizo gesto de sorpresa y mantuvo el silencio—. No soy una puta. Y vos mejor que nadie me conocés. Sabés que vergas tuve todas las que quise, y puedo tener las que quiero. Pero lo que de verdad quería era otra cosa, y vos te negaste. Vos decidiste irte, ¿ahora qué querés de mí? ¿Tengo que quedarme encerrada llorando, haciendo tu duelo? —El acompañante la urgió a volver al edificio. Le tomó el brazo e intentó llevarla.

—Vamos, Amanda, entremos. No hay nada más que decir. —Ante esas palabras, Amanda se giró y se disponía a caminar cuando Germán habló. Lo hizo en un tono bajo, de tristeza absoluta.

—Esperaba que estuvieras triste, tan triste como estoy yo desde que no te veo. Sí, esperaba que me lloraras como te lloro yo cada noche. —Esas palabras enmudecieron a Amanda, que se volvió—. Esperaba que pensaras en mí como yo te pensé todo este tiempo. —Amanda lo miraba en silencio, y recién en ese momento notó lo demacrado que estaba, las ojeras violetas que circundaban los ojos de Germán. Había adelgazado bastante. «Maldita sea, está hermoso y no puedo siquiera tocarlo»—. Me di cuenta de la mujer que estaba perdiendo, me di cuenta de que sos la mujer de mi vida, que no puedo concebir la vida si no estás al lado mío, con tus bromas, con tus respuestas ocurrentes, con tus locuras, con tus indicaciones de moda, con tus dietas para verme más flaco, con tu amor, con nuestra conexión. —Germán se fue acercando lentamente a Amanda, con una mirada intensa.

—Vamos, Amanda, entremos. Este tipo está desesperado y vendería hasta a su madre para volver a tener un polvo con vos —dijo de mal modo el acompañante de Amanda. Tironéo del brazo de ella y, en ese momento, Germán realizó un movimiento brusco que había aprendido en sus tiempos de taekwondo. Hizo una llave, lo tiró al piso y puso su rodilla sobre el cuello del tipo, que no entendió nada hasta que aterrizó en el suelo con la rodilla de Germán impidiéndole respirar bien.

—No te metas, esteroides. Esa a la que tocaste es MI MUJER y nadie la va tocar, nunca más, excepto yo. ¿Entendiste?

—¡Nooooo! ¡Germán! —gritó Amanda intentando levantarlo y rescatar a su amigo—. Dejálo, soltá a Emilio, por favor. Voy a hablar con vos, pero dejalo. —Ella gritaba y tironeaba del brazo a Germán. Emilio estaba rojo por la falta de oxígeno.

—Lamento haberte cortado el chorro, *Emilio* —pronunció riendo—. Pero Amanda y yo tenemos que hablar. Te voy a soltar y te vas a ir tranquilito, ¿nos entendemos? —Emilio no podía responder, así que fue aflojando el apriete. Cuando pudo entrar una bocanada de aire, Emilio comenzó a toser de una manera violenta.

—¿Estás Bien, Emi? Por Dios. ¿Estás loco vos? —dijo mirando a Germán—. Cómo lo vas a tratar así, casi lo matás. —Amanda ayudó a Emilio a ponerse de pie. Tenía los ojos aguados por la falta de oxígeno. Se los secó, siguió tosiendo y tomándose el cuello—. Andá, Germán. Entrá en tu coche, que ya voy. Ahora vamos a hablar. Dejame despedir a Emilio —dijo Amanda con voz de autoridad.

Germán se fue moviendo con lentitud y caminaba dando pasos de espaldas a su automóvil, temía que Emilio se le arrojara por la espalda para vengarse. Tenía una sonrisa socarrona en el rostro. Emilio tosía y lo miraba fijamente.

—Amandita, ¿estás segura de querer entrar al vehículo para hablar con ese tipo? —preguntó cuando pudo articular. Seguía tosiendo entre bocanadas de aire—. Vos me lo describiste, pero nunca dijiste que fuera un tipo violento.

—Te juro, Emi, que Germán no mata una mosca. No sé qué bicho le picó.

—Está entrando. Si querés puedo llevarte a tu depto en dos segundos, te hago entrar y después le rompo todos los huesos a ese pelotudo. Me agarró desprevenido, que si no...

—Tranquilo, Emi. Él no me va tocar un pelo. Lo conozco. En serio me sorprendió su reacción. Andá, de verdad. Y gracias. Sé que viniste y me llevaste a cenar para hacerme el aguante. Andá a dormir, te digo. No corro peligro.

—Amiga, estoy con el celular. Cualquier peligro me llamás y vengo. Voy a estar cerca, tenía que encontrarme con Tomás acá nomás, a unas cuadras en un bar. Si no te deja en paz, me avisás y venimos los dos a ayudarte, ¿estamos?

—Dale, te lo prometo. Andá tranquilo. Mandale un besote a Tomás de mi parte. —Se abrazaron afectuosamente.

Germán observaba el intercambio y el abrazo, y sentía que un fuego le subía por el esófago. El tipo lo miró serio, clavándole la mirada. Era como una advertencia. Luego caminó hacia la camioneta y se fue. Amanda se dirigió al automóvil de Germán. Estaba tan hermosa. El cabello tenía unas ondas alrededor del rostro. Se notaba que había bajado de peso, el vestido quedaba holgado en algunas partes en las que Germán gustaba de posar sus ojos. Las piernas de Amanda, con ese vestido y esos zapatos tan altos, parecían más largas y delgadas. Abrió la puerta del acompañante y se sentó. El perfume que inundó el interior del automóvil apaciguó un poco a Germán, que mantenía el aire bélico.

—¿Qué pasó? ¿Le dijiste que me dabas *La polca del espiante* y que vuelva? ¿No le diste ni un besito porque yo estaba acá o porque todavía no te dio el primero?

—Haceme el favor, Germán, si vas a seguir insultándome y haciéndote el tarado, ya mismo me bajo. Te estoy dando algo que a otro, en estas circunstancias, no le hubiera dado. Te estoy dando la oportunidad de que te expliques, de que me hables de lo que viniste a hablar.

La sonrisa socarrona desapareció del rostro de Germán. Se puso serio.

—Está bien. Gracias. Aprecio que lo hagas.

—Empezá. Decime lo que venías a decirme. —Amanda se encontraba cruzada de brazos, tensionada, a la defensiva.

—Quiero empezar pidiéndote perdón. —Dejó de observar el parabrisas y la miró a los ojos—. Te pido perdón, Amanda. Siempre creí que era un tipo abierto, crítico. Que nunca prejuzgaría a nadie. Cuando vos me contaste toda la historia del profesor, eso me movilizó mucho. Sé que yo te dije que estaba todo bien, que era pasado, que nosotros estábamos en el presente y en el futuro. Pero algo me quedó ahí, como una señal encendida.

—Y como nunca terminaste de creerme del todo, decidiste alejarte de mí y de mi reputación —adelantó ella ofendida—. Por eso es mejor que me vaya. —Intentó irse, pero Germán la tomó por la muñeca. Sintió que el brazo de Amanda temblaba. La mano lastimada le dolía.

—Esperá. No. No fue por eso. Te creí, te creo que ese enfermo te manipuló. Ese no fue el tema. Vos me dijiste que después del juicio vos tuviste un período horrible en el que hiciste algunas cosas autodestructivas. Nunca aclaraste qué específicamente.

—¿Qué querías? ¿Que te hiciera una lista de uno de los peores momentos de mi vida? Hagamos un inventario entre todos. —Hablaba como si hubiera una audiencia invisible—. A ver todas las cagadas que se mandó esta mina en ese momento —dijo haciendo la mímica de anotar en un papel.

—No, Amanda. No pedía eso. Pero imaginé que te habías querido matar, o matar al tipo, no sé.

—Yo sí me quise matar. Mis viejos me salvaron llevándome a una emergencia donde me tuvieron que lavar el estómago. Me tomé un tarro de pastillas para dormir, de mi vieja. ¿Estás feliz de saber ese dato? ¿Te complace?

—Amanda. —El gesto de sorpresa de Germán era genuino. Alma no le había advertido de eso—. Esperá. Dejame hablar. No. Por supuesto no me complace saber que alguien pudo llevarte a hacer eso. Lo lamento. Soy un animal.

—La verdad es que no estoy entendiendo hacia dónde va esta conversación —dijo ella secando una lágrima que rodaba por la mejilla.

—Dame un minuto, dejame explicarme. Lo que quise decir es que solo imaginé esas acciones. Nunca sospeché que hubieras tenido un período de desenfreno... sexual —aclaró a la vez que quedó expectante. La poca reacción de Amanda lo asustó.

—¿Yo te dije alguna vez que había llegado a vos virgen? ¿De dónde creés que sé hacer todo lo que tanto te gusta?

—Entiendo. Obviamente sabía que no eras virgen, sabía que había habido varios antes que yo, y estaba feliz de que supieras tanto y me hicieras sentir tan completo en ese ámbito. Pero encontrarme con la narración detallada de varias de esas experiencias que habías tenido fue muy fuerte, fue un sacudón.

—¿De qué mierda me hablás? ¿De qué narración estamos hablando? —Amanda no comprendía, nunca le había contado nada a Germán.

—La noche que nos peleamos, la de la fiesta. ¿Te acordás? En la misma fiesta, estaban dos compañeros míos que te conocían de aquella época, y...

—¡Qué poco hombres que son! No te puedo creer, te fueron con el cuento. No salgo de mi asombro. —Hizo una pausa—. Pensé que había una regla implícita en este submundo del sexo por el sexo, que nadie hablaba con los que no compartían estos gustos, o de las personas que dejaron el ambiente. ¡Qué soretes esos tipos! Mirá si yo me iba a contarles a sus respectivas señoras lo que hicieron sus esposos modelos cuando eran más jóvenes, ¿qué hubiera pasado? Sí, Germán. Me cogí a esos dos pelotudos. Quise tener sexo con dos tipos y uno trajo a su amigo, lo hicimos, la pasé... relativamente bien. No fue algo que volví a experimentar si eso te estás preguntando. Con el otro fue algo normal, nos acostamos, le entregué todo lo que me pidió y lo que quise. Punto. ¿Soy una mala mujer por disfrutar del sexo y del cuerpo de otros? No estaba en pareja y no lo estuve nunca hasta que te conocí. Nadie me puede reprochar nada, excepto yo. No es un momento de mi vida que me guste recordar, pero está ahí. Y de eso también aprendí.

—Amanda, justamente estoy tratando de decirte que yo también lo entendí.

—Tarde, querido. Me hiciste bosta.

—Lamento mis dudas, lamento habernos lastimado a ambos. Pero entendí que esas acciones tenían mucho de castigo hacia vos, y que debió ser muy difícil darte cuenta y cambiar. Dejar de lastimarte. Y vengo yo a herirte con mi rechazo. Soy un boludo. Y por eso también te pido perdón.

—Sos un boludo, tenés razón. Pero ¿no te parece tarde que te arrepientas ahora?

—¿Emilio es una nueva pareja? ¿Yo te arreglé el temor de estar en pareja para que esa masa de músculos inservible se lleve el premio?

—¿Qué premio? —dijo ella riendo.

—Vos, Amanda. Vos sos mi premio. Vos, con tus bromas, con tus lealtades, con tu fidelidad, con tus secretos, con tus capacidades, con tu inteligencia, con tus conocimientos, tu carácter, con tu belleza. Toda vos sos mi premio. No quiero perderte —agregó en un tono bajo, e intentó tocarle la mano que ella tenía apoyada sobre la rodilla izquierda. Ella la corrió—. ¿Es tarde?, ¿ya te perdí? —Amanda no respondía, lo miraba fijamente, con ojos repletos de lágrimas—. Lamento haber dudado de vos, haberte juzgado. Sos la mujer con la que quiero vivir el resto de mi vida, a pesar de todo lo feo que los dos tengamos en nuestro pasado. O tal vez justamente por eso, por todo lo feo que nos tocó vivir, nos merecemos ser felices juntos, hacernos felices el uno al otro. Si un tipo vuelve a cruzarse y te conoce de aquella época, mi actitud será otra, orgullo. Esta mujer que todos desean por su sensualidad, su erotismo, su belleza, su inteligencia, es mía, solo mía, de nadie más. Yo me la gané, yo la amo con todo el corazón y, lo más importante: ella me ama y me elige entre todos los hombres del planeta. ¿Es así Amanda? ¿Me amás y me elegís como yo lo hago? Decime que soy ese hombre para vos, decime que me elegís entre todos los hombres del planeta como yo te elijo a vos.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Amanda.

—Sí, Germán..., te elijo. —El rostro serio de Germán se fue cambiando a una sonrisa—. Te había elegido hacía mucho. Cuando decidí comenzar la relación, sabía que esto que sentía por vos no era algo que hubiera sentido antes.

—Te amo —dijo Germán, y se acercó para abrazarla y besarla—, te amo tanto, Amanda. —La besó con pasión, por todo el tiempo que había recordado esos labios que lo volvían loco—. Perdón, amor, perdón... nunca más.

—Te amo —decía Amanda entre besos—, yo también te amo. Dios, cómo te extrañé.

—Amanda —dijo de pronto Germán, enfriándose—, vos en este tiempo... Emilio —No quería desconfiar de ella, pero ese tipo junto a ella había sido una imagen que se le había cruzado y lo torturaba.

—Emilio es gay. Es mi amigo de la universidad. Hizo la carrera conmigo y las chicas. Él se separó de su novio hace como un año y justo nos pusimos de acuerdo para vernos hoy. Ahora se fue a encontrar con un flaco con el que están empezando a probar. ¿Te creíste que ya te había olvidado? ¿Estás loco? —Amanda se había girado para ponerse de frente a Germán y lo abrazaba y besaba a la vez que explicaba.

—No sabés qué alivio me da que esa masa de músculos sea gay.

—De todos modos, debo aclararte algo. —Amanda se puso seria y

se alejó un poco—. En el momento en que Robert Pattinson pise suelo argentino, te dejo. Tenés que saber que ese actor es mi alma gemela y entre vos y él me quedo con él. —Amanda largó la carcajada y eso le devolvió el alma al cuerpo de Germán. La abrazó fuertemente y retomó sus besos apasionados. La extremidad comenzó a doler de un modo más intenso. Germán la apoyó en la espalda de Amanda y sintió una puntada quemante. Se quejó de dolor y recién en ese momento Amanda se percató de que la derecha estaba hinchada y algo amoratada.

—¿Qué pasó? ¿Por qué tenés la mano así?

—Larga y estúpida historia. Pero creo que vas a tener que llevarme a la guardia. Creo que me fracturé. Te juro que me ponen el yeso y venimos para tu casa a hacer el amor.

—¡Mirá que sos tonto vos! Ay, Dios mío, cómo la tenés. Dale, bajate y dejame conducir.

## Epílogo

Alma abrió la tapa de la *netbook* que habían comprado apenas unos días atrás. Lo habían hablado con Paulo mucho tiempo, él había leído algunos textos que ella había escrito y guardado hacía tiempo. Le habían parecido muy buenos, había que pulirlos, por supuesto, pero Alma tenía en sus manos el arte de narrar. Sentía que una historia le bullía en las entrañas, pugnaba por ser contada. Pero hacía tanto que no escribía que se sentía acobardada. Habían regresado a Madrid en junio, León ocupaba mucho de su tiempo: alimentarlo cada dos horas, cambiarlo, jugar con él, cuidarlo. Así, todo el día. Las palabras se abrían camino solas en su mente. Hilaba frases en sus ratos de soledad. Miró a León en su moisés de viaje: dormía, ubicado al lado de la mesa del comedor, donde Alma estaba sentada con la computadora.

Recordó el nacimiento y sonrió. Había empezado con el trabajo de parto el 7 de abril, en el nuevo departamento de Amanda. Las había invitado para mostrarles la decoración. Desde que se habían mudado juntos con Germán, habían cambiado casi todo del viejo apartamento. Parecía uno a estrenar. Germán había propuesto que debía tener una apariencia nueva, como ellos, que comenzaban de cero. Y ambos se habían puesto manos a la obra. Había quedado perfecto. Disfrutaron de una tarde hermosa, almorzaron, luego tomaron el té. Conocieron los planes de Amanda y Germán de casarse el año entrante, y Pato les dio su propia buena noticia.

*—Chicas —hizo un silencio para dar suspenso—, van a ser tías —dijo gritando y riendo. Las tres dieron alaridos y se abrazaron. Alma tenía una panza muy grande y baja, y no podía acompañar los saltos de sus amigas.*

*—¡No te puedo creer, amiga! ¡Qué notición! —exclamó Amanda, que seguía saltando abrazada a Patricia. Alma se separó del nudo de abrazos y buscó una silla.*

*—¡Qué bueno! ¡Te felicito, Patito! Martín debe estar chocho, ¿no? —agregó Alma sentándose. Había sentido un dolor punzante en la parte baja*

*del vientre que luego repercutió en la parte alta de la cola, a la altura del hueso sacro.*

*—Sí, estamos felices los dos. Estuvimos buscando un tiempo y no venía. Ya creíamos que íbamos a tener que hacer un tratamiento. No les conté por cábala, chicas.*

*—Ayyy, qué exagerados los dos —expresó Amanda—. ¿Y para cuándo nace, amiga?*

*—Para noviembre, creemos. —Pato seguía parada, feliz. De pronto prestó atención a Alma y a su rostro compungido—. Almi, ¿te pasa algo?*

*—Ay, chicas. Perdón, amiga, que le reste alegría a tu noticia, pero siento un dolor muy grande y la panza se me puso dura. Ahora está aflojando. —Ambas amigas se acercaron a Alma, observándola.*

*—Será una contracción, Almi. Pato, fijate la hora. Tenemos que controlarlas. Avisá cuando sientas otras.*

*Siguieron hablando sentadas, controlando las contracciones y la duración de cada una. Cuando llegó de a poco el anochecer, las contracciones ya estaban produciéndose cada cinco minutos. Llamaron a Paulo y le dijeron que fuera directamente al Instituto Médico Platense, que ellas llevarían a Alma. Leoncito estaba por nacer. Paulo entró a la sala de partos vestido completamente de verde, con ropas especiales para quirófanos. Se posicionó detrás de Alma y le tomó las manos. Le habló al oído: —Tranquila, pequeña, aquí estoy. Todo saldrá bien y hoy le veremos el rostro a Leoncito.*

*—Te amo, Paulo.*

*—Yo a ti, pequeña.*

*El parto duró relativamente poco. Las médicas le indicaban a Alma que pujara en el momento en que debía hacerlo, y ella lo hacía tomada de las manos de Paulo. El dolor era grande, pero la meta era lo más importante. El pujo final fue agotador, pero escuchar el llanto, segundos después, fue una inyección de energía. Cuando le trajeron a su hijo y se lo pusieron delante del rostro, el llanto la embargó. Entre lágrimas vio a su pequeño León, era un bebé perfecto. Tenía brazos, piernas y todos los dedos, fue lo primero que constató la mirada de la madre primeriza. Luego observó su rostro. Se trataba de un niño con cabello abundante, en un rubio rojizo, tenía los ojitos algo hinchados por el esfuerzo, la boca muy parecida al padre y unos cachetes abultados y rosados que invitaban a morderlo suavemente.*

*—Sos muy hermoso, hijo. Te amo —dijo quebrada por la emoción. La enfermera lo acercó aún más para que sus padres lo besaran. Alma lo hizo y giró el rostro hacia Paulo. El flamante padre estaba emocionado, la nuez de Adán subía y bajaba en el cuello, sin poder contener la emoción. Él besó al niño y luego a Alma.*

*—Pequeña, me has hecho el hombre más feliz del mundo. Sé que ha de ser la frase más usada, pero es así como me siento. No existen palabras que puedan expresar la magnitud de este sentimiento. Creo que decirte «te amo» no alcanza. Es más, mucho más. Pero no tengo otras palabras. Te amo, pequeña.*

*La enfermera se llevó unos minutos a León para realizarle las pruebas necesarias y tomarle la huella plantar. Alma le pidió a Paulo que siguiera al niño, su labor no había terminado, ella debía expulsar aún la bolsa uterina. Unos minutos después salía de la sala de partos Paulo, con León en sus brazos, para mostrárselo a Pato, Amanda, Jorge, Karen, Germán, Matilde y Adrián. Karen le había descripto la escena al detalle.*

*—Les presento a León Girat. Nació a las 20:24 horas y pesó tres kilos ochocientos cincuenta gramos. —Y lo entregó, orgulloso, a Karen (que fue la primera en llegar a su lado). León aún estaba colorado y despierto, y hacía unos ruiditos característicos. Movía los bracitos y buscaba el seno de su madre. Todos se acercaron y abrazaron a Paulo. Luego se fueron turnando para besar al pequeño. Cuando el niño comenzó a llorar por la frustración de no encontrar el pecho, todos decidieron dejarlo en paz. Paulo los despidió—. Lo llevaré con su madre. Está hambriento.*

Alma recordaba mientras observaba a su pequeño León dormir, las dificultades de los primeros días, las inseguridades y temores que debieron enfrentar Paulo y ella. León lloraba, y ellos se desesperaban porque no entendían la causa; si lloraba de hambre, porque estaba sucio, por dolorcitos en la pancita, frustración... Ser padres no era una tarea fácil, y ellos lo entendieron en la práctica. Karen, Matilde, la nona Donatella y Valentina fueron de gran ayuda en ese tiempo.

Era junio, el calor se iba haciendo presente y los días se ponían más hermosos. Valentina había salido de viaje una semana atrás, y ellos disfrutaban del departamento, aunque perder la ayuda de la abuela, en ciertos momentos, se hacía difícil. Pero tanto Alma como Paulo estaban felices de que Valentina estuviera viviendo esa nueva etapa. En el viaje que ellos le habían regalado al Vaticano, había conocido a uno de los turistas. Un médico barcelonés viudo, muy divertido. Valentina y él se habían llevado bien desde el principio. Charlaban, se hacían bromas, comentaban el viaje y se confiaban sus experiencias de vida. Joan ya había ido a visitarla, a conocer a su familia. Era el turno de ella de ir a Barcelona y conocer a sus hijos. Ver a Valentina enamorada los hacía felices. Era una mujer aún joven que se merecía un gran amor.

A falta de más manos que ayudaran, Paulo se había hecho un experto cambiador de pañales descartables, ya había aprendido a bañar y cambiar a su hijo, y disfrutaba haciéndolo todas las noches.

Alma se deleitaba de verlos interactuar cuando lo bañaba. Paulo le hablaba, le contaba historias, y León observaba a su padre como si entendiera realmente. Alma se mantenía en silencio y era testigo de esa hermosa escena.

Dejó de recordar y regresó al presente, León había hecho unos sonidos parecidos a los estornudos. Reflexionó que no había definición racional que explicara cómo un ser tan pequeño e indefenso podía colmar su vida de sentimientos y de sentido.

Paulo estaba feliz, iba a su oficina para trabajar cada día y regresaba corriendo para disfrutar el resto de la tarde y noche con su hijo y su mujer. El pequeño León había invadido sus vidas hasta en la geografía de la habitación: sus juguetes, sus ropitas, su carrito y su cuna ocupaban casi todo el espacio libre del cuarto. Valentina había viajado a conocerlo al otro día del nacimiento y se había puesto manos a la obra con la carta astral del pequeño León.

«—Mi nieto será un hombre fuerte, me lo dicen las estrellas —había dicho a la vez que observaba el extraño dibujo de un círculo dividido en doce casas, con líneas que las atravesaban».

Alma volvió a mirar la pantalla de la *netbook*. La hoja en blanco y el cursor titilando esperaban que sus dedos comenzaran a tipear. Iba a escribir una novela. Su historia. Aquellas frases e ideas que había ido hilvanando rondaban su cabeza, pero no sabía cómo dar inicio. La noche anterior habían estado hablando con Paulo sobre el tema.

«—Creo que voy a escribir sobre nosotros, cielo. Sobre el modo increíble en que nos conocimos y nos enamoramos. Creo que nuestra historia podría darles esperanzas a muchas personas que hoy sufren porque están solas, ¿no te parece? —Alma había estado amamantando a León mientras Paulo acomodaba la mesa para servir la cena.

—Pues, enhorabuena, pequeña, hace meses que vienes dándole vueltas a este tema y nunca te decidías. Creo que llevas razón en lo que dices, no es por vanagloriarme, pero coincido que lo que nos sucedió no es algo corriente. Lo nuestro se dio de un modo inverosímil, y nos salvó a los dos.

Alma había hecho gesto de confusión.

—Esperá. A mí me salvaste de morir ahogada, eso está claro; y luego me salvaste de una vida desierta de sentidos. Nunca había amado del modo que te amo a vos, con tanta profundidad, con intensidad y entrega. Me hiciste sentir plena desde el primer beso que me robaste en la cocina de mis abuelos, ¿te acordás? —Paulo había aformado con un gesto de su cabeza, sonriendo al recordar—. Y me diste razones para seguir viviendo. —Lo miraba con emoción—. La más importante está entre mis brazos. —León la miró en ese momento

y con su dedito rozó la mandíbula de su madre—. Pero lo que no me queda claro es cómo pude haberte salvado yo a vos.

—Pequeña, tú me has salvado de una vida gris, sin amor, sin sentimientos profundos. Antes de ti, mi vida era conformismo y relaciones superficiales o incluso tortuosas. Lo que me has hecho sentir, desde el momento en que te conocí, no tiene comparación con nada que hubiera vivido hasta ese momento. Tenerte cerca, tocarte, hacerte el amor me hace sentir el amo del universo. No concibo la vida sin ti y sin nuestro León. Vosotros llenáis mi pecho, siento que exploto de alegría cuando os veo. No me arrepiento de nada de lo que hemos vivido, porque todo nos ha traído hasta este presente. Y hoy me siento feliz.

—Cielo, me hacés sentir tan bien cuando decís esas cosas. Yo también soy feliz, aunque algunas cositas del pasado hubiera preferido no vivirlas —había dicho con gesto triste—, pero entiendo lo que querés decir.

—Pequeña, es como te conté una vez, el hilo puede estirarse, retorcerse, anudarse, pero nunca se cortará. Tú y yo estábamos destinados a estar juntos. —Se había quedado pensativo mientras tomaba la mano de Alma—. Estoy de acuerdo. Debes escribir nuestra historia.

—Pero es que no sé por dónde comenzar. ¿Empiezo contando nuestras vidas anteriores a conocernos o arranco cuando nos conocimos?

—Pues solo tú tienes esa respuesta. Sé que la encontrarás, confío en que harás una novela excelente. —La había besado con pasión. León dejó el pezón e hizo unos ruiditos llamando la atención de su padre—. Ea, chaval, que tu madre es mía también, debemos compartirla. Aunque voy advirtiéndote. En un año dejarás de usar esos pechos que serán míos nuevamente. —Como si León hubiera entendido a su padre, volvió a hacerse del pezón entre sus encías sin dientes y retomó los movimientos para alimentarse.

Alma miró nuevamente la pantalla en blanco y, de un modo mágico, supo exactamente dónde comenzar. Se levantó, se cercioró de que León durmiera tranquilo y corrió a buscar entre las cajas que había traído de Argentina. Rebuscó y encontró el *pendrive*. Lo encastró en la apertura para puertos USB y exploró, con desesperación, los archivos que Paulo le había guardado de su antigua computadora. Había demasiados archivos, Alma pensó que debía empezar a borrar muchas de esas carpetas, las había guardado para que ella las revisara cuando estuviese más tranquila, acción que nunca había realizado. Luego de unos minutos de búsqueda frenética, halló la carpeta de

archivos buscada. Era una copia de su diario virtual. Cliqueó sobre los íconos, uno a uno, buscó la fecha más cercana a la de la inundación y abrió el archivo. Leyó con rapidez primero y luego, sorprendida del hallazgo, releyó con detenimiento. Había olvidado por completo su diario virtual y lo que allí había escrito. Leerlo le hizo ver, desde otro ángulo, la historia con Paulo. Copió y pegó una parte, la que creyó más adecuada. Se quedó inmóvil viendo la pantalla, las palabras de Paulo, las de la noche anterior, todas cobraron un nuevo sentido. El amor, la sanación eran parte de un plan superior, no quedaban dudas. El hilo rojo, que los había mantenido siempre unidos, se había convertido en un sueño durante la noche previa y en agua el día en que se conocieron realmente. Todo en la vida sucedía por algo, tenía su razón de ser. Ella era, hasta ese día de la inundación, una mujer que no sabía quién era realmente, que no tenía razones para buscar, se sentía vacía, invisible, rota. Paulo, un hombre extraordinario escondido bajo un disfraz de hombre común, vivía sin colores, una vida opaca, las pérdidas de su vida lo habían hecho conformarse con lo poco que había encontrado; necesitaba plantearse una batalla, una búsqueda que lo volviera a la vida. El hilo rojo los hizo chocarse para formar la supernova que eran en el presente. Juntos brillaban con la intensidad del sol y a la vez se daban mutuamente las ganas y las fuerzas para ser mejores.

En la mente de Alma, cada pieza fue encastrando como un rompecabezas. Y miró la pantalla con alivio y emoción. Su novela estaba comenzando y era una nueva aventura. Tipeó el título de inicio del capítulo. Lo releyó con satisfacción.

*Capítulo 1*

*Fragmento del diario de Alma Recabarren Lunes 1º de abril de 2013*

FIN

Agradecimientos

A lo largo del tiempo que he destinado a la escritura de esta novela, he necesitado mucha orientación en temáticas que no manejaba. Es importantísimo, para cualquier escritor, contar con la inestimable ayuda de quienes nos rodean, y bastante seguido estos aportes se convierten en invalorables.

Gracias a:

Natalia Pomarés, tus explicaciones acerca de cuestiones médicas en general, de emergentología y de temáticas referentes a Medicina Legista fueron imprescindibles en esta historia. Los doctores Amaral, Mazachezzi y la doctora Castelli, que trataron a Paulo y Alma, hablaban con tus palabras y conocimientos. Gracias por esta ayuda que me diste, pero, sobre todo, por ser la gran profesional que sos, absolutamente responsable, criteriosa y dedicada. Te admiro profundamente.

Mariel Demarchi, por tu ayuda para conseguir informes sobre la inundación de La Plata. Sin tu ayuda no hubiera podido separar la información fidedigna de la que no lo fue. Sos una persona íntegra y con valores morales inquebrantables, es un honor tenerte tan cerca.

A Leticia Piñero, porque cuando te conté de la novela en la que trabajaba, con la empatía que te caracteriza, comprendiste, desde el corazón, la historia de Alma y Paulo. Escuchaste y enseguida me narraste la leyenda del hilo rojo. Esa fue la primera vez que la escuché y la tomé como eje conductor. Pasaron casi cuatro años y recuerdo esa charla (como tantas otras que hemos tenido) como si fuera hoy. Todo ocurre por algo.

A la Sra. María Palermo, porque sin tu contención y amparo no hubiera logrado la calma para escribir.

A la Sra. Graciela Taberna, que muy amablemente me prestó un libro hermoso que guió los pasos de Paulo y Alma en Madrid. Tu guía de Madrid, tan detallada y con tantas fotos, me ayudó en los capítulos que transcurren en esa hermosa ciudad.

Hugo Rosetti, por tu trabajo impecable con la foto de tapa. Supiste

comprender la fuerza de la imagen. Tu trabajo es siempre increíble, amigo.

A todas las personas que, a lo largo de muchas charlas que hemos compartido, me han contado sus experiencias, sus vivencias, sobre esa trágica noche. Sin esos datos, que ustedes me prestaron, mis descripciones hubieran perdido color e intensidad. Mi novela es un poco ese mosaico de relatos que idea Paulo, donde cada persona cuenta su propia historia de la noche de la inundación, su precepción sobre el frío, la lluvia, el agua de la inundación, la cercanía de la muerte, la necesidad de sobrevivir. Sus descripciones han sido mi material. Gracias.

## Bibliografía

Esta novela me ha llevado a investigar bastante sobre muchas temáticas que la atraviesan. El siguiente listado es la bibliografía básica que tuve cerca, de la que pude extraer datos y por la que pude entender situaciones. Existe un corpus mucho mayor que no incluyo, puesto que se haría un listado bastante interminable.

www.sedici.unlp.edu.ar *Estudio sobre inundación ocurrida el 2 y 3 de abril* www.ing.unlp.edu.ar/institucional/difusión/2013/inundación/informe www.dpn.gob.ar/informe/reconquista1.pdf *El negocio de la impunidad: la herencia K*. Luis Gasulla. Editorial Sudamericana (2013). Capítulo 20 YPF

Artículos periodísticos: *Jalics: Bergoglio no nos denunció a Yorio ni a mí*, Diario *La Nación*. 20/03/2013.

*Revelan cómo Jorge Bergoglio salvó a perseguidos por la dictadura, Infobae* 07/09/2013.

*La lista Bergoglio revela cómo el Papa salvó a perseguidos por la dictadura, Clarín*. 07/09/2013.

*La conducta de Bergoglio durante la guerra sucia en Argentina,* Foros de la Virgen María.

*La mirada de los analistas sobre los temas de la política actual*. Opinan: Eduardo Van Der Kooy, Joaquín Morales Solá, Mariano Grondona, Diario *Panorama*.

*Cuando Francisco era Jorge Bergoglio*, Diario *ABC.es* - Sociedad. 17/03/2014.

Video: Populismo versus República, Gloria Álvarez: www.youtube.com/watch?v=MZYEFNMdxG4

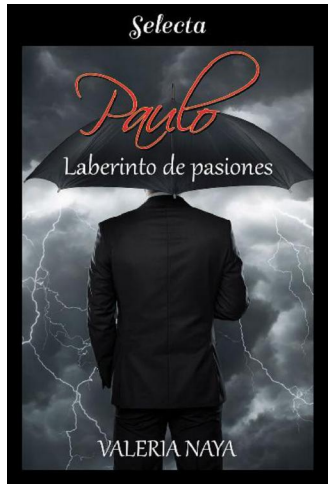
Gloria Álvarez entrevistada en *Animales Sueltos*: https://www.youtube.com/watch?v=hCcJHyDpWc8

Discurso de Gloria Álvarez en el Parlamento Iberoamericano: https://www.youtube.com/watch?v=_04ZS7b43eU

Videos: Jorge Bergoglio declara ante la justicia argentina por secuestro de Yorio y Jalics.

Videos: https://www.youtube.com/watch?v=kusAEY26O4Y

https://www.youtube.com/watch?v=6UirmAbUKzI https://www.youtube.com/watch?v=QcHGPkhCsOY
https://www.youtube.com/watch?v=E4U3VYTxwk0
https://www.youtube.com/watch?v=DfzZn8XX9YE
https://www.youtube.com/watch?v=_d5seunsxpw https://www.youtube.com/watch?v=AT0S0DOL6G0
https://www.youtube.com/watch?v=i1uYl3RfYZk https://www.youtube.com/watch?v=swRuNGPl56c https://www.youtube.com/watch?v=uwP-48aXOXQ
https://www.youtube.com/watch?v=YqaBLHSIgEw https://www.youtube.com/watch?v=8kIPZC_CiX4
https://www.youtube.com/watch?v=kaYF7OMIS2A https://www.youtube.com/watch?v=f1qVyKhqrF4




**Paulo. Laberinto de pasiones**

Cuenta una antigua leyenda oriental que existe un hilo rojo invisible que conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias. El hilo rojo se puede estirar, contraer o enredar, pero nunca romper.

La noche del 2 al 3 de abril de 2013 la ciudad de La Plata vivió una catástrofe climática inusitada en la historia de esa urbe. Una capital planificada y simétrica que suele convertirse en un laberinto para los forasteros. Esa noche, además de ser una maraña de calles y diagonales, se convirtió en una trampa mortal para todo aquel que se encontrara a la intemperie. Una tormenta torrencial inundó las calles y la furia del agua arrastró a muchos incautos, enfrentándolos con la muerte.

Alma, una mujer destrozada por las pérdidas en su vida, decide volver a su casa caminando bajo un paraguas, la noche de la tormenta. La muerte la espera a la vuelta de la esquina, agazapada, adquiriendo la forma de un río embravecido. El destino tiene nuevos planes para su vida, aunque deberá animarse a dar el paso.

Paulo es un periodista madrileño que está de visita. Hijo de un desaparecido durante la dictadura militar, viene al país para ver a su familia paterna. La tempestad lo encuentra en la calle, y el caudal de agua le impide llegar a destino. Como buen extranjero se pierde en las diagonales, termina a la deriva hasta que logra ponerse a salvo. Su vida está planificada, como esa ciudad que no conoce, pero el diluvio

que enfrenta cambiará su vida misma.
La tormenta los reúne, y el amor los atraviesa...
Deberán enfrentar intrigas políticas, confabulaciones, personas que intentarán separarlos...
¿Podrán dejar sus temores a un lado?
¿Podrán enfrentarse a todos los peligros que los rodean?
El hilo nunca se rompe...

**Valeria Naya** nació en La Plata el 7 de diciembre de 1971. Desde muy pequeña se sintió atraída por la literatura. Ávida lectora de cuanto libro encontrara armaba narraciones orales, que mucho más tarde se animó a plasmar en papel. La lectura de las novelas románticas llegó recién en la adolescencia, pero alternaba con géneros y autores diversos. Al momento de elegir su carrera la vocación docente y la literatura fueron significativas. Cursó en la misma ciudad de diagonales que la vio nacer, en la Universidad Nacional de La Plata, donde se graduó con el título de Profesora en Letras. Dictó clases en Escuelas Secundarias, participó como Jurado de Literatura en los Torneos Bonaerenses desde 2008 al 2012, donde además realizó talleres de escritura en los Encuentros Regionales. Su novela *Alma. Amor en la tormenta* es su primera incursión en el género romántico.

Edición en formato digital: septiembre de 2019
© 2019, Valeria Naya
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-17610-59-3
Composición digital: leerendigital.com www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

# NOTAS

Capítulo 1

[1] José Luis Cabezas fue un reportero gráfico y fotógrafo argentino. Su homicidio (sucedido el 25 de enero de 1997) se convirtió en el mayor emblema de la lucha de la prensa argentina en pos de la libertad de expresión. La repercusión derivó en cambios en el gabinete del entonces presidente Carlos Menem, y en las derrotas del Partido Justicialista en las elecciones legislativas de ese año y en las presidenciales de 1999, cuyo candidato fue el hasta entonces gobernador bonaerense, Eduardo Duhalde.

Su cadáver calcinado fue hallado en la localidad atlántica de General Juan Madariaga, dentro de un auto Ford Fiesta incendiado, con las manos esposadas a la espalda y dos tiros en la cabeza. El homicidio se había producido después de que tomara, para la revista *Noticias*, las primeras fotos públicas del empresario Alfredo Yabrán, objeto de una investigación periodística sobre su presunta implicación en casos de corrupción política. El auto y la cobertura era compartida con el futuro presidente del Foro por el Periodismo Argentino (FOPEA) Gabriel Michi. El empresario Yabrán se suicidó cuando supo que iría preso.

https://www.perfil.com/noticias/columnistas/quien-mato-a-jose-luis-cabezas.phtml https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Luis_Cabezas